

FERNANDO DEL PASO

Palinuro de México



F. DEL PASO
1974

ESPA
EBOOK

«Los Ulises de Homero y Joyce son como parientes cercanos de este inmenso poema sobre el amor, la muerte y el cuerpo humano.»

Libération

Palinuro, eterno estudiante de medicina, procede de una familia excéntrica entre cuyos extraños miembros se encuentran el tío Esteban, que huyó de Hungría durante la Gran Guerra y atravesó el mundo hasta llegar a México; el abuelo Francisco, que fue masón y antiguo compañero de Pancho Villa; el tío Austin, un ex marine británico... Y Estefanía, prima hermana de Palinuro a la que éste

ama desde niño con una pasión desbordante y devoradora, y con la que durante años satisfará sus deseos incestuosos y sus fantasías más extravagantes en una habitación en la plaza de Santo Domingo de México D. F. Celebración del cuerpo, del amor, de la alegría, pero sobre todo, de la vida, en *Palinuro de México* se conjugan el lirismo romántico, la erudición y un erotismo desenfrenado. Con un estilo virtuoso lleno de juegos de palabras vertiginosos y experimentos verbales, el gran autor mexicano Fernando del Paso nos ofrece el

placer de una lectura para degustar, que se desea paladear poco a poco para poder sentir todos los sabores y texturas que componen esta obra lúdica, grotesca, crítica y fantástica.



Fernando del Paso

Palinuro de México

ePub r1.0

Titivillus 30.08.15

Fernando del Paso, 1977

Diseño de cubierta: Dibujo de Fernando del Paso

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en espaebook.com

PALINURO DE
MÉXICO,
O LA DESMESURA

FRANCISCO GONZÁLEZ CRUSSÍ

Palinuro nació bajo el signo de la desmesura: todo en él es hipérbole, exceso, colmo y demasía. Así lo reconoció su progenitor, Fernando del Paso. Hasta la gestación de *Palinuro* rebasó con mucho los ineluctables nueve meses que la naturaleza impone al humano engendramiento, pues fue de siete años. Empezó en 1967, en la ciudad de México, y terminó en 1974, en Londres. Y si la preñez fue excesivamente dilatada, el alumbramiento no lo fue menos. Nació *Palinuro* con hipertrofia congénita: la edición que publica hoy el Fondo de Cultura Económica consta de 648 páginas.

Se esperaba que *Palinuro*, por antonomasia «de México», hubiese tomado su primer aliento del aire — otrora transparente, hoy caliginoso— del Anáhuac, pero no fue así. La novela se publicó primero en España, y sólo tres años después vio la luz en su verdadera patria. Su volumen intimidó a una editorial mexicana. Hubo más arrestos (y más recursos) en ultramar, y así fue como *Palinuro de México* nació, paradójicamente, en España.

Una crítica clasicista y prudente debió sentir angustiosa perplejidad frente a este libro que se presenta como novela, pero que trata de todo: mitología, ciencia, medicina, poesía,

política, crítica cultural, sátira social, arte, erotismo, burla, historia, etcétera, y que introduce múltiples personajes, pero no intenta pintar sus caracteres. En efecto, el tío Esteban, el abuelo Francisco, el tío Austin, la prima Estefanía, el primo Walter, Palinuro y tantos otros, son meras voces que se confunden en la formidable polifonía del conjunto, sin distinguirse como individuos cuando no son, de plano, «dobles» de Palinuro, útiles apenas para disfrazar lo que de otro modo sería un largo monólogo.

¿De qué hablan esas voces? De todo: ya se dijo que la obra exhibe una ambición totalizadora casi monstruosa.

Maravilloso torrente de metáforas deslumbrantes, de barroca imaginación y de lirismo arrebatador: no por nada la crítica mundial se pasmó ante este espectacular derroche de color, de espléndidas metáforas y auténtica erudición. Pero hay un tema recurrente: el cuerpo humano y su estudio por la medicina. Palinuro, es decir Fernando del Paso, quiso ser médico, atraído más por los aspectos «románticos» de esa profesión que por sus escuetas realidades.

«Cuando se es médico, se es todo», dice una de las múltiples voces: arquitecto, abogado, cocinero, mago; todo. El médico rodeado de asistentes

uniformados es el capitán de navío con su tripulación, navegando en «un mar de sangre y linfa»; es, frente a una radiografía, el moderno Champollion que «descifra las piedras color de rosa de la vesícula»; el arqueólogo del cuerpo que descubre «en tus ruinas humanas [...] toda tu historia y tu prehistoria clínicas»; «el abogado que te salva de la pena de muerte por unos años o por unos días»; el juez que te sentencia «a vivir enterrado, indefinidamente, en la cárcel de tu propio cuerpo»; es «el dictador por excelencia» cuyas órdenes —¡Saque la lengua! ¡Diga ah!— nadie se atreve a desobedecer: «¡Ni siquiera un papa

puede resistirse a un examen de próstata!»; es el portero del cuerpo, que «prohíbe el paso a la mantequilla y al tabaco»; el policía del cuerpo, al que vigila y coarta sus libertades; y es «nada menos que el sacerdote obligado a guardar el secreto profesional, al que le puedes confesar todas tus vergüenzas y padecimientos innumerales».

No es el menor problema de la medicina actual definir sus propios límites. Hoy la vida humana toda, desde sus aspectos más trascendentes hasta los más triviales, está siendo «medicalizada». Nacemos y morimos en un hospital, en medio de monitores, catéteres y tanques de oxígeno. Y entre

el nacimiento y la muerte nadie escapa al incesante, inexorable atalayar de la medicina oficial. ¿Es el niño inquieto, bullicioso y rebelde? Trátese el síndrome de hiperactividad y déficit de atención. ¿Nos abruman los embates de la vida? Tomar medicamentos antidepresivos. ¿Llega la edad reproductora? La menstruación y sus inconvenientes se suprimen con fármacos. ¿Esterilidad? Existe la reproducción asistida, que hace al sexo obsoleto. ¿Termina esa etapa? La menopausia y el climaterio se combaten con hormonas; las arrugas, con Botox; las redundancias, con liposucción, y los órganos desfallecientes se reemplazan

con transplantes.

Palinuro de México es una obra maestra. Por eso su vigencia es cada vez más evidente. Hoy, cuando la medicina engloba la vida entera, este libro de imaginación desbordante, de figuración grotesca y extravagante, nos hace reflexionar sobre nuestra corporeidad y el papel de la medicina. Imposible resumir en este breve espacio el torrente de ideas, imágenes y tropos que bullen en esta mirífica obra. Pero quien emprenda su lectura se sorprenderá al encontrar, cuando menos lo espere, en medio de larguísimos párrafos barrocos que parecerían bufonería pura, la súbita revelación de un aspecto de la realidad

que se reconoce por verdadero y que incita a la reflexión. Es decir, encontrará, entre el destello de agudeza y la facecia centelleante, la observación profunda, marca inconfundible del genio.

PALINURO DE MÉXICO

*Ésta es una obra de ficción.
La razón por la cual algunos
de sus personajes podrían
parecerse
a personas de la vida real,
es la misma por la cual
algunas
personas de la vida real
parecen
personajes de novela.
Nadie, por lo tanto, tiene
derecho
a sentirse incluido en este
libro.
Nadie, tampoco, a sentirse
excluido.*

Primera Parte

1. La gran ilusión

La ciencia de la medicina fue un fantasma que habitó, toda la vida, en el corazón de Palinuro. A veces era un fantasma triste que arrastraba por los hospitales de la tierra una cauda de riñones flotantes y corpiños de acero. A veces era un fantasma sabio que se le aparecía en sueños para ofrecerle, como Atenea a Esculapio, dos redomas llenas de sangre: con una de ellas, podía resucitar a sus muertos queridos; con la otra, podía destruirlos y destruirse a sí mismo.

Entre sus muertos queridos estaba — o estaría algún día, cuando en su pecho dejaran de escucharse las crepitaciones infinitesimales que lo ahogaban, oscuras y apenas perceptibles como un aleteo de mariposas— el tío Esteban, uno más de los seres queridos o admirados por Palinuro, que como él estaban vinculados desde siempre con la medicina. En efecto, el tío Esteban, que tenía manos largas y blancas capaces de copiar en el aire una operación maestra, y ligar con dos arabescos la arteria ilíaca de John Abernethy, el cirujano inglés que cien años antes había inventado la misma operación para asombro de la posteridad, el tío

Esteban, decíamos, soñó también con ser médico algún día.

Las campanas de la catedral de Leopoldstadt tocaban a rebato cuando el tío Esteban nació, a la orilla izquierda del Danubio, en un imperio que se extendía desde la Transilvania hasta los picachos helados del Tirol. Su padre, médico cirujano y músico de cámara los domingos y días festivos, lo levantó en sus brazos y lo consagró a todos los dioses de la medicina por él conocidos: Apolo, Danavandri, Esmuno el fenicio y Khors el eslavo. Pero en 1916, o sea cuando el tío Esteban tenía 16 años porque había nacido exactamente con el siglo en el que se cumpliría el vaticino

de Von Hofmannsthal, y Austria se derrumbaría y con ella la Kakanía entera—muerto ya su padre y lejos de los instrumentos quirúrgicos y de los libros que había heredado— el tío Esteban, que estudiaba entonces en Berlín, se vio de pronto enrolado en las filas del ejército alemán.

Y esto decidió para siempre su destino, el de Estefanía y el mío. En julio del mismo año el tío Esteban participó en la Batalla del Somme y gracias a que una bala se desvió unos milímetros y no le perforó la aorta, el tío se salvó de ser uno de los cuatrocientos mil soldados del ejército alemán que quedaron en el campo, y cuya sangre se

mezcló con el jugo de las remolachas francesas mientras los buitres se llevaban en sus picos las páginas de La Estrella de la Alianza. Esta fue la primera vez que el tío se salvó de la muerte.

Durante los primeros meses que pasó en el hospital —si hospital podía llamársele a esa serie de tiendas de campaña sucias y hediondas donde conoció a la enfermera polaca—, el tío Esteban tuvo oportunidad de leer varios libros de cirugía y de medicina, y de confirmar una vez más su vocación. Se prometió que cuando acabara la guerra iniciaría sus estudios facultativos y que con el tiempo llegaría a ser un cirujano

de prestigio en su querida Budapest. Cualquiera hubiera dicho que el tío Esteban pasó una mala temporada entonces: iba de una complicación a otra, de una fiebre recurrente a una disentería, de una infección a un delirio. Y además, y para colmo, hubo necesidad varias veces de transportar al hospital con todo y heridos y moribundos. El tío Esteban nunca supo, por ejemplo, si soñó o fue verdad que en una de esas ocasiones lo llevaron, Alpes arriba, en una camilla que colgaba de un trole aéreo. Pero el caso es que el tío Esteban, absorto en sus dos amores: la medicina y la polaca, pasó en el hospital algunos de los días más deliciosos de su

juventud.

Entre una convalecencia y otra se transformó en ayudante de la polaca y aprendió a confeccionar vendajes: la capelina simple, el vendaje de Velpeau y el vendaje de fronda, el guantelete. Después, cuando se acabaron las vendas de algodón, le enseñaron a improvisarlas con musgos esfagnáceos. En pocas semanas, el tío Esteban ya era capaz de aplicar una sonda gástrica o de ponerle a un camarada sifilítico una inyección intravenosa de Salvarsán; y en esas mismas pocas semanas podía diagnosticar una sepsis, recetar una venesección a una víctima de los gases tóxicos, interpretar el sombrío

pronóstico de las gráficas de temperatura que mostraban oscilaciones en aguja de campanario, y aplicar soluciones de agua y sal fisiológica en las heridas para estimular la producción de pus. Pero también el tío Esteban se encargaba de realizar una serie de tareas humildes que fueron, más tarde, el mejor ejemplo que pudo darle a Estefanía, como eran simplemente limpiar las encías de los heridos, lavarles el cuerpo con unguento de zinc y ricino cuando se ensuciaban en la cama, o espulgarles la cabeza en busca de piojos.

«Nada abundó más en la Gran Guerra que los piojos —le contaba el tío Esteban a su hija Estefanía—. Piojos,

había más que alemanes, rusos e ingleses juntos, multiplicados por mil.» Cuando el tío Esteban y la enfermera polaca hacían el amor, ya fuera en una de las viejas ambulancias tiradas por caballos al estilo sudafricano, o en un laboratorio bacteriológico móvil, siempre, al final o en los intermedios, se quitaban uno al otro los piojos. Luego se dormían o volvían a hacer el amor después de amarrarse a la cabeza una cuerda de lana impregnada con mercurio y cera de abejas. No por eso se querían menos: siendo ella enfermera y él un futuro médico, y viviendo en lo que comenzaban a ser los horrores de la guerra, el tío Esteban y la polaca le

perdieron el asco a la vida. El tío era capaz de silbar un concierto brandemburgués cuando incineraba las heces de las letrinas. El tío Esteban —y con él sus amigos húngaros, la polaca y las demás enfermeras—, comían y reían junto a los pabellones donde se pudrían los miembros de las víctimas de la gangrena gaseosa, y hablaban de libros, de la familia, de la primavera, y de ir a cenar y bailar una noche, cuando acabara la guerra, después de ver en el cine a la Mary Pickford en *El Sombrero de Nueva York*.

Y creció la mugre, y se multiplicaron aún más los piojos, y el tío Esteban se enfermó de pie de

trinchera, y a la polaca le picó el ácaro de la sarna, y los dientes de los dos se llenaron de sarro, y ellos siguieron amándose. Aunque es verdad que una vez —o quizás dos, o cinco— se metieron con sus amigos, todos juntos al agua en un enorme barril de madera que les recordó las tinajas donde se pisa la uva y que les permitió soñar que estaban bañándose con vino de Tokay.

Desde entonces el tío se vio a sí mismo casado con la polaca y transformado en un oftalmólogo: los ojos de ella decidieron su especialidad. Pero sus proyectos fueron unos, y las órdenes que le dieron y la suerte que le tocó, fueron otras. Le fue negado el

permiso para permanecer trabajando en el hospital y lo enviaron de nuevo al frente. El tío Esteban y la polaca hicieron desesperados el amor por unas noches con sus días: unas veces en el fango de la trinchera, otras bajo el toldo de un camión cargado con miles de dosis de suero antitetánico y otra más, la última, en el laboratorio móvil. Al final, el tío Esteban cogió un piojo, lo observó al microscopio y le dijo a la polaca que había descubierto que sus piojos eran piojas porque tenían, todos, un par de tetas negras. Se rieron tanto, que las lágrimas de la polaca bañaron la cruz gamada que le colgaba al cuello, y que según le había explicado ella, era un

emblema de la buena suerte y simbolizaba la fuente de la vida y el fuego sagrado. El tío le creyó, porque entonces ni él ni ella —los dos eran judíos—, sabían lo que la svástica iba a significar después. Ella, en realidad, no tuvo tiempo de saberlo porque murió con el cuerpo erizado de *shrapnel* unos cuantos meses después de que el tío Esteban marchó al frente oriental para incorporarse al ejército austrohúngaro. Y él, por lo pronto, casi no tuvo tiempo de llorar su muerte: cuando el general que según el tío Esteban tenía nombre no tanto de militar como de vacuna —la vacuna Brusilov— inició la ofensiva rusa, le tocó al tío Esteban ser uno de

los miles de húngaros que fueron hechos prisioneros en los Cárpatos. Y así fue como por segunda vez se salvó de morir. Pero antes arrojó el fusil y corrió, corrió todo lo que pudo, mientras que a miles de kilómetros de distancia, en la tierra que después adoptaría —México—, el abuelo Francisco huía de la Expedición Punitiva comandada por John J. Pershing. El abuelo Francisco, que iba a ser suegro del tío Esteban, era revolucionario, masón de un rito descendiente del Hijo de Hiram y Caltzontzi Vivo, y cabalgaba, como siempre, al lado de su general Villa.

Pero en Siberia, la Siberia de la leyenda, más abajo de la tundra

alfombrada de musgos y de líquenes, en la Siberia que después de todo no resultó tan inhóspita y tan en el fin del mundo como le habían contado, al tío Esteban le sobraron los días, las semanas y los años para llorar a la polaca. Para imaginarse cada primavera, al derretirse la nieve, cuando los muertos que habían quedado sepultados durante todo el invierno comenzaban a aparecer, asomando aquí y allá una mano, un pie, un codo, que ella iba a estar allí también bajo la nieve, pálida y congelada. Así lo imaginaba cada vez que en la blancura se formaba un hueco negro y líquido por el que asomaba un mechón de cabello rubio y quebradizo.

Tanto la lloró, que cuando lo pusieron en libertad supo que la había olvidado. Tanto también había llorado a su patria, que a pesar de que la Casa de Austria había fracasado en su intento de volver realidad el soberbio lema bilingüe de las cinco vocales: *Austria est imperare orbi universo —Alies Erdreich ist Oesterreich untertban—*, y que Hungría, por lo mismo, estaba liberada, el tío Esteban ya no quiso regresar a su tierra. Para él, Europa estaba podrida. Y fue así como salvó la vida por la tercera vez, al escaparse de ser uno de los veinte millones de europeos que murieron de 1918 a 1919 en la epidemia de influenza.

Con cuatro idiomas auestas y una guerra mundial pisándole los talones, el tío Esteban se dirigió a Vladivostok. Parte del trayecto lo hizo caminando, diciéndole adiós a los pasajeros que viajaban en el Ferrocarril Transiberiano. Parte lo hizo en el Transiberiano, diciéndole adiós a los caminantes que iban por el campo. De Vladivostok se fue a Hong Kong y de Hong Kong a San Francisco. Allí, en América, mientras trabajaba de lavaplatos en el barrio chino, de conductor de trenes cuesta abajo, de pelador de jaibas en el muelle y de mozo de burdel en Haight-Ashbury, el tío Esteban siguió soñando con ser un

médico, con penetrar en los misterios de la *sal reverberatum* de la lúe hablaba Paracelso y que purifica a la Naturaleza entera; con contemplar, en el ocular del microscopio, los siniestros espirilos negros del morbo gálico y con diagnosticar la muerte de un marinero muerto de una embolia aérea con el corazón lleno de espuma. Visitaba los museos en los fines de semana, compró libros y revistas viejos y colecciones de instrumentos antiguos: los electrodos oftálmicos del doctor Wirtz, las cucharas de Gibson para dar medicinas a los niños y a los locos, así como láminas anatómicas, estuches homeopáticos y microscopios dorados.

En las noches devoraba los libros y lo memorizaba todo, en desorden: conocimientos antiguos y modernos, recetas en verso de los médicos de la Escuela de Salerno y anécdotas sobre la vida de Listón, que se paseaba por los hospitales de Edimburgo en sus botas Wellington para afirmar la supremacía de Escocia en la cirugía de su tiempo. Y así se le pasaron los años, y cuando tenía más de treinta de edad sin haber jamás intentado presentar un examen de admisión en alguna escuela de medicina, el tío Esteban empacó sus maravillas y con ellas y un grupo de gitanos zíngaros se lanzó a recorrer a lo ancho los Estados Unidos hasta ir a dar a Nueva

Orleáns. A esta misma ciudad iba, dos o tres veces al año, el abuelo Francisco —que entonces estaba en el esplendor de su carrera política— a escuchar jazz, a practicar su inglés con las prostitutas irlandesas y a comer macarela al vino blanco en Bourbon Street. El tío Esteban, que estaba predestinado no sólo a ser su yerno, sino lo que es más, a hacerlo abuelo de verdad y por la vez primera, no lo conoció en esa ciudad. Aunque quizás algún día se cruzaron en la calle, sin saberlo. Quizás el abuelo Francisco se cruzó con un muchacho alto y blanco, de pelo negro como las pasas de corinto, y quizás el tío Esteban —que tampoco entonces era tío de nadie— se

cruzó con un hombre muy gordo de grandes bigotes —que todavía no eran blancos—, bastón de puño de nácar y reloj de ferrocarrilero de plata esterlina. Quizás. Pero había tanta gente tan rara en la Nueva Orleáns de aquella época y sucedían cosas tan extrañas que no le llamaban la atención a nadie, que uno podía tropezar en la calle, sin saberlo, con Duke Ellington, o asistir a los funerales de un músico y quitarse el sombrero al paso de la carroza de vitrales coloreados arrastrada por caballos negros y empenachados a los que se les había refregado los ojos con cebolla para que lloraran durante todo el entierro, mientras atrás jerimiqueaban

las viudas del jazz al ritmo de un blues.

Pero si no se encontraron en Nueva Orleáns, no cupo duda que el tío Esteban se acercaba cada vez más a su destino, y se esmeraba en hacerlo lo mejor posible: porque fue allí donde no sólo aprendió a tomar leche con sal como algunos cubanos —cosa que siempre le hizo mucha gracia al abuelo Francisco—, sino lo que era más importante, se adiestró en las artes y las fanfarronerías del pókar, el juego favorito del Presidente Municipal de San Angel.

Una tarde fondeó en Nueva Orleáns un barco mexicano, *El Tabasco*, que llegaba siempre cargado de plátano roatán y plátano cientoemboca y

regresaba a Tampico y a la bella Veracruz —las otras dos ciudades que el abuelo visitaba con frecuencia—, reventando de contrabando: whiskies, coñacs, cachemiras, perfumes franceses y camafeos florentinos. El capitán del barco —que por pura coincidencia era primo lejano del abuelo Francisco—, después de ganarle al tío Esteban en el pókar veinte dólares y un *speculum* vaginal de Ricord, lo invitó a viajar a México. Y el tío Esteban se agregó al contrabando de El Tabasco y entró a México, junto con una bocanada de vientos alisios, por el mismo lugar donde veintiséis años había llegado Jean Paul, el botánico francés con el que

nunca se casó la tía Luisa, hermana única del abuelo. Al despedirse, el capitán le devolvió el *speculum* y le dio la dirección que tenía en la ciudad de México su primo, que según le dijo era senador y en cualquier momento, el día menos pensado, podía subir de sopetón a la gubernatura de un Estado.

Pero al tío Esteban ya no le tocó la época dorada del abuelo Francisco, el cual efectivamente llegó a la jefatura de un Estado, pero por unos cuantos meses porque su nombramiento era de gobernador interino. Y los cuantos meses se redujeron a unas pocas semanas, porque el abuelo tuvo un accidente que lo obligó a retirarse para

siempre de la política y de la buena vida: estaba en una cantina de Tampico comentando el asesinato de Obregón en La Bombilla, cuando un camión sin frenos abatió la pared y fue a estrellarse contra el mostrador. El abuelo apenas tuvo tiempo de hacerse a un lado, y arrojarle al suelo como si esperara la explosión de una bomba. Pero una enorme máquina registradora le cayó en una pierna, en la pierna que ya desde antes lo había hecho sufrir, cuando le metieron una bala en la Revolución, y que después en más de una ocasión estuvieron a punto de cortársela. El contenido de la registradora se derramó sobre él, así que cuando llegó la

ambulancia, el abuelo —que en ningún momento perdió su buen humor—, arrojaba al aire billetes y centenarios de oro, gritando: «¡Soy rico, soy rico!» Pero desde entonces, y porque tampoco su destino perdió jamás el sentido de la ironía, la fortuna del abuelo comenzó a mermar y al fin se hundió en forma súbita y aparatosa —como se hunden los barcos y los transatlánticos: como se hundió el Titanic y se hundió el Lusitania—, y sus últimos resplandores coincidieron —años más, años menos—, con el apocalíptico incendio de los pozos Meriwether y Morrison que alguna vez, precisamente por la primera guerra, hicieron de Tampico el emporio

petrolero más grande del orbe.

Su mujer, la abuela Altagracia, que amaba a su jardín por sobre todas las cosas, se levantó un día decidida a solucionar el problema económico sin tener que vender la casa. «No ha quemado usted las hojas secas», le dijo a Ricardo el jardinero apenas asomó la cabeza fuera de su cuarto. «No señora», le contestó Ricardo. «No ha quemado usted las hojas secas», le dijo de nuevo cuando regresó de la misa. «No señora.» «No ha quemado usted las hojas secas», le repitió después del desayuno. Hasta que al fin Ricardo el jardinero recogió las hojas, las apiló en la azotehuela y consumó los funerales del otoño.

Ricardo el jardinero suspiró de alivio, y en la cocina la abuela Altagracia, satisfecha, detectó el olor a cortocircuitos y orugas expiatorias. Entonces fue cuando se le ocurrió la idea —que en realidad no tenía ninguna relación con las hojas secas—, y esa misma noche pintó el letrero y lo colgó en la fachada. De modo que cuando el tío Esteban, estrenando un sombrero Stetson de piel de castor y unos calcetines de hilo egipcio se apareció por allí para saludar al gobernador, a casi dos años de distancia de haber desembarcado en Veracruz, y se encontró con un letrero que decía: «Se Rentan Cuartos», pensó que se había

equivocado. Pero no, la abuela, sencillamente, había transformado la mansión porfiriana en casa de huéspedes. Y la casa era tan grande — como grande había sido la carrera política del gobernador—, que en ella no sólo había lugar para un comandante de tránsito, una corista retirada, don Próspero el vendedor de enciclopedias, la madre del subsecretario de la Marina Nacional y otros varios huéspedes, además de los mismos abuelos Francisco y Altagracia, y de sus hijas y yernos y por supuesto de la tía Luisa, sino también para el tío Esteban, el cual, después de conversar con el ex-senador y conocer a la tía Lucrecia (que lo miró

bajo sus cejas Marlene y sus pestañas de aguacero con los dos ojos verdes y resbaladizos que eran idénticos a los peces de su signo) alquiló desde ese mismo día y sin pensarlo un instante, la recámara provenzal.

Y fue en esta casa de cenadores emparrados y tolvas de lilas y portones sombríos, donde la tía Lucrecia y el tío Esteban primero —y papá Eduardo y mamá Clementina después—, y bajo una túnica de virtudes y losanges, se juraron de espaldas un amor enigmático y se besaron de pie a la altura de la manzana de Adán. Y fue allí, con esas caricias, donde Palinuro y Estefanía comenzaron a nacer, y en esa casa, en sus corredores

perfumados y sus desvanes azules, fue donde acabaron de nacer y vivieron sus primeros años, como primo y prima, como hermano y hermana, asombrándose de los huéspedes japoneses y los gusanos luminosos del jardín, de la enorme tina de baño y de la lámpara imperial del comedor que siempre estaba en un vértice de transformarse en caleidoscopio. Fue allí, en esa casa de los abuelos, donde Palinuro y Estefanía se sentaban en las tardes, con la tía Luisa, a descubrir rostros en el claroscuro de los nomeolvides. Y unos eran rostros que nunca habían visto, blancos y de piedra y con musgo asustado en los labios, y otros eran los

rostros que los miraban desde las tapicerías, y desde la pared del cuarto de la abuela Altagracia que no sólo sabía peinarse el cabello con cepillos mansos mojados con agua de sal para sacarle brillo, sino también se las arreglaba para llenar su vida de cuadros, daguerrotipos, fotografías y miniaturas de todos los parientes, vivos y muertos, que la salvaban del infierno cada noche con sus peripecias ajedrezadas.

Después, Palinuro y Estefanía se sentaban junto al tío Esteban, para oírlo hablar de medicina. El tío Esteban había esperado muchos años a que creyéramos mi prima y yo —es decir,

Estefanía y Palinuro—, para encontrar oyentes. Aunque también, a veces, se presentaba nuestro primo Walter, que tenía unos años más que nosotros. Antes, apenas comenzaba el tío Esteban a hablar de emplastos, peste bubónica o instilaciones de tuberculina en los ojos, la tía Luisa, o los huéspedes, o la abuela, exclamaban: «¡Qué horror! ¡Qué horror!» Hasta que el tío Esteban tuvo que reconocer que sus conversaciones sobre las maravillas y los horrores del arte de Hipócrates y Avicena y de su historia, no le hacían la menor gracia a nadie. Y no porque el abuelo Francisco o los demás no fueran personas cultas. El mismo don Próspero, que cuando

llegó el tío Esteban iba ya en la letra D de la enciclopedia, sabía ya quién había escrito *El Decamerón*, quién había sido Dédalo y dónde estaba el río Delaware. La propia abuela Altagracia, que tocaba el *Claro de Luna* en el piano y que sabía cómo entornar los párpados en las reuniones para ocultar su miopía espiritual, leía las Selecciones del Reader's Digest y recordaba haber visto alguna vez un cuadro original del Tiziano. Lo que sucedía, simplemente, era que el interés de todos ellos en la medicina no pasaba de las píldoras, las inyecciones, los jarabes, los enemas y los elixires paregóricos que los curaban o aliviaban de la constipación, las

anginas o la ciática. Por lo demás, no todo el mundo tenía el estómago y el ánimo necesarios para oír hablar de desmembramientos y amputaciones por más que el tío Esteban los adornara con yemas de huevos y aceite de rosas, que eran los ingredientes de los emplastos que Ambrosio Paré, cirujano de Francisco Segundo, untaba en los muñones de los heridos. No todo el mundo, tampoco, podía resistir el imaginarse a John Hunter disecando fetos en su casa de Covent Garden, por más que el tío Esteban se esmeraba en pintarles el espectáculo paradisiaco de la plaza, donde las verduleras y las floristas anunciaban las alcachofas y las

coliflores extrovertidas del día, mientras un poco más allá, en la ópera, Parsifal mataba con sus flechas al cisne y Ariadna se lamentaba de la soledad de Naxos. Sólo a la tía Clementina, madre de Palinuro, le conmovían estas referencias a la ópera. Por lo demás nadie pudo nunca entender —con la excepción ya señalada de Palinuro, Estefanía y el primo Walter—, las delicadas metáforas que el tío Esteban —a partir de esas mismas frutas y flores humildes de Covent Garden— empleaba para atenuar la corrupción y delitescencia de los cadáveres y sus metamorfosis en criaturas azucaradas, afirmando que las figuras del Museo de

Cera de Madame Tussaud, de la noche a la mañana y gracias a la piromanía de un loco, podían amanecer convertidas — tras derretirse en la oscuridad como los bustos de Medardo Rosso—, en las manzanas, las ciruelas y los duraznos, también de cera, que la abuela Altagracia colocaba cada domingo en el centro de la mesa del comedor.

Naturalmente, el tío Esteban nunca por fin estudió medicina. Incluso, jamás puso un pie en la facultad: no se le vio en la Universidad de Budapest, porque no regresó a Hungría. Pero nunca, tampoco, visitó la Escuela de Medicina de la Universidad de México, a pesar de que siempre decía que iba a ir un sábado

a tomar unas fotografías del Laboratorio Fernando Ocaranza y de las serpientes enroscadas en los dos mundos de ónix que adornaban las escalinatas del antiguo Palacio de la Inquisición. Pero nada de esto le hizo falta: de mozo de hospital pasó, en México, a mandadero de un laboratorio de inmigrantes checos que más tarde iniciarían la producción de sulfonamidas y otras drogas milagrosas, y cuando llegó a la casa de los abuelos, el tío Esteban ya hablaba español, era uno de los agentes vendedores mejor pagados del laboratorio y colaboraba en la publicación trimestral «Historia de la Medicina».

Fueron tantos los conocimientos de bacteriología, fisiología y bioquímica que el tío Esteban tuvo que entender y memorizar para convertirse en el vendedor estrella de los laboratorios. Fueron tantos los misterios y los prodigios del cuerpo que le fueron revelados: la danza de las arterias del cuello que se ondulan como serpientes en la insuficiencia aórtica; las quinientas funciones del hígado en el metabolismo humano; la jornada de los espermatozoides que viajan contra la corriente, como los salmones plateados, en busca del huevo que existe ya desde el nacimiento de la mujer y que ha esperado, en la oscuridad, veinte años, o

cuarenta quizás, para ser fecundado, y los ojos frescos de los muertos que aguardan sumergidos en agua citratada en el banco de ojos de Lariboisière la oportunidad de abrirse en otro cuerpo y a otros paisajes... Fueron tantas, también, las historias y biografías de investigadores y médicos que tuvo que leer para escribir sus artículos sobre la historia de la medicina —la vida triunfante de Pasteur y la vida oscura de Mendel, la vida trágica de Servet y la vida legendaria de Albucasis— y tantas las ilustraciones y las láminas que pasaron por sus manos, desde las danzas de la muerte de Holbein de Basilea que inspiraron a Saint-Saëns y a Glazunof,

hasta los apestados de Jaffa del Barón Gros, pasando por todos los estropeados de El Bosco, los dentistas de Van Ostade, los poseídos de Van Noort, los barberos cirujanos de Teniers, los pestíferos de Poussin, los leprosos de Hans Burghmair, los ciegos de Brueghel y los tiñosos de Giovanni della Robbia, que el tío Esteban no sólo no se sintió jamás frustrado, sino que incluso llegó a pensar y a actuar como un médico de verdad, y a creer que de alguna manera había vivido, por arte de la metempsicosis —o metem somatosis— la existencia de todos aquellos hombres que admiraba, o por lo menos, la de sus ayudantes más íntimos.

De su sabiduría como médico del siglo veinte, el tío Esteban dio numerosas pruebas, y entre ellas la menos importante y la menos espectacular no fue la hazaña que llevó a cabo cuando el ginecólogo diagnosticó que el bebé de la tía Lucrecia —que no era otro que Estefanía—, se presentaba al revés: en tres minutos, sin haber nunca efectuado una maniobra semejante y sin lastimar en lo más mínimo a la tía Lucrecia o a mi prima en ciernes, el tío Esteban hizo que Estefanía diera una maroma completa en el seno de su madre evitándole así el peligro y la vergüenza de entrar de nalgas en el mundo. Estefanía nació un año y un mes

después del matrimonio del tío Esteban y la tía Lucrecia. Palinuro apenas veinte días después que Estefanía.

Y fuimos nosotros dos, primo y prima, los que siempre creímos que de verdad el tío Esteban había sido, en otra vida, el doctor Wertt de Hamburgo, al que quemaron vivo con todo y faldas por haber asistido a un parto disfrazado de mujer; y en otra vida más Alfonso Ferrus el inventor del famoso *alfonsmum* o extractor de balas —como la que tenía en la pierna el abuelo Francisco—, o incluso el propio doctor Harvey. Y nos contaba a Estefanía y a mí como el maestro, con una varilla de hueso de ballena con mango de plata labrada, iba

señalando las vísceras del cadáver y para que los alumnos y los mirones no se aburrieran, les hablaba de mil cosas a la vez. No sólo de aquellas que tenían que ver con la descripción misma de las vísceras, como la curvatura menor del estómago y el ángulo cólico izquierdo, sino también de muchas otras cosas que no tenían relación alguna, como los regimientos de hierro de Oliver Cromwell, o la llegada al Parque de Saint-James de una pareja de tucanes brasileños de picos anaranjados que bebían el rocío estancado en los cálices de las flores, y que Carlos Primero nunca llegaría a conocer. Y por supuesto, más de una vez el tío Esteban

fue el mismísimo Andrés Vesalio —o al menos uno de sus asistentes, que le ayudaba a espantar a los gallinazos y a las ratas del patíbulo de Montfaucon para recoger los huesos que necesitaba a fin de reconstruir un esqueleto.

«¡Qué asco!», dijo Estefanía, con los ojos inmensamente abiertos, siendo así el primero de los tres oyentes asiduos y fieles del tío Esteban en manifestar desagrado con sus historias. Y esto no fue todo: Estefanía tuvo que correr al baño a vomitar cuando el tío Esteban agregó que por supuesto el ilustre sabio llegaba a casa con su costal de huesos y allí tenía que acabar de pelarlos y quitarles con la legra los ligamentos y

las inserciones tendinosas y dejarlos durante meses enteros en un baño de lejía de sosa, alumbre y cenizas de madera. Y sólo entonces, decía el tío Esteban, sólo cuando los 206 huesos que forman el esqueleto humano estaban limpios, sin rastros de sangre o de médula, de músculos agonistas o de tendones nacarados, limpios, sí, y blancos como aparecían en las ilustraciones del Testut o de la Anatomía de Quiroz, o como los vendía Caronte el viejo portero de la Escuela de Medicina, sólo entonces los huesos recuperaban su inocencia y ya no eran más los huesos de un mendigo o de un malhechor —incluso podía darse el caso

de que fueran los huesos de un asesino que como Elena Torrence y Juana Waldie se dedicara a estrangular criaturas para vender los cuerpos a los cirujanos—, sino que eran nada más, pero nada menos, que los huesos de *El Hombre*, el hombre de Protágoras que es la medida de todas las cosas; el hombre más allá del Bien y del Mal que ha dejado de ser Marco Aurelio el amo o Epicteto el esclavo; El Hombre microcosmos de la creación, como lo llamó Escoto Erigena; el hombre que más que vestigio es imago de Dios; el hombre, en fin, de la caída cósmica contada por Jacob Böhme, que se aleja del creador arrastrado por un remolino

centrífugo, pero que algún día, como lo ha prometido Schelling, regresará a su seno: en pocas palabras, el *Homo sapiens*. «Pero si son los huesos de una mujer —dijo Estefanía, con los ojos inmensamente abiertos—. ¿Entonces es la Mujer *sapiens*?» «Bueno —contestó el tío Esteban—, en esos casos en que los huesos están pelados y blancos, el hombre y la mujer, están más cerca del hombre celeste del que habla San Gregorio el Taumaturgo, que del hombre terrenal, y por lo tanto ya no tienen sexo.» «¿Y qué quiere decir sexo?», preguntó mi prima.

Cuando le faltaban a Estefanía muchos años para saber de verdad lo

que era el sexo. Cuando todavía no soñaban, ella y Palinuro que lo descubrirían juntos, una tarde, en las arenas de Mocambo y que lo seguirían descubriendo después, miles de tardes y de noches en el cuarto de la Plaza de Santo Domingo, Estefanía tuvo que tomar una de las decisiones más importantes de su vida. Para pensarla, se sentó en el jardín. En ese entonces era el jardín mágico de la casa de los abuelos el que nos daba todas las soluciones. El jardín estaba en el centro de la casa y en él se criaban cochinillas que se hacían munición cuando las tocábamos, y lombrices, multiplicadas por obra y gracia de una navaja, que quizás, como

las planarias memoriosas, recordarían siempre nuestra crueldad. Desde muy temprano, estalactitas invisibles merodeaban por los rosales, afilando el colmillo en la brisa matinal y dispuestas a cristalizar a las rosas de una sola mordida. A esas horas, los sábados y los domingos, ya estaban Palinuro y Estefanía en el jardín el olor de su propia piel, el olor a jabón de Marsella con el que se lavaban las fundas de las almohadas, se desmenuzaba de golpe en los azahares del limonero. Buscaban, sentados en cuclillas, una Catarina envuelta en una gota de agua. Muy pronto el naranjo pedregoso se rompería al sol de la mañana. Y luego vendría el

azul, tendiéndose de rama en rama: un azul de turbión, espumoso como un pastel, que al diluirse con el rosa de las rosas, daba un violeta de genciana del que echaba mano la tía Luisa para darnos toques en la garganta y colorearnos las amígdalas en su jugo de estafilococos. La abuela gritaba «¡A desayunar!» y entonces Estefanía y yo abandonábamos en el pasto los anillos de espinas de rosal que habíamos hecho y corríamos a lavarnos las manos para desayunar. Si acaso alguna espina se nos hubiera clavado, ya nos pondrían agua oxigenada que formaría, con la sangre, un racimo de burbujas rojas. Ese no era ningún problema; es decir, el problema

no era la sangre, sino la palabra *sangre*, que no se le podía mencionar a Estefanía cuando desayunaba —o cuando estaba almorzando, para el caso era lo mismo. Y tampoco, comiendo o no, se le podía hablar de saliva, materias fecales o líquidos cefalorraquídeos, sin que le dieran náuseas. Esto comenzó a suceder desde que el tío Esteban contó la historia de cómo se pelaban los huesos, y en vista de que ocurrió varias veces el tío Esteban, resignado, le dijo que ya no volvería a hablar de medicina —ni de nada que se le pareciera— delante de ella. Y Estefanía lloró y le preguntó al tío Esteban por qué la castigaba, que ella quería ser doctora y que cuando

fuera grande ya no sentiría asco. El tío Esteban no quedó muy convencido, pero esa mañana en que se sentó en el jardín, mi prima Estefanía decidió dominar el asco para siempre. Y lo logró durante muchos años. Es decir, pudo ocultar el terrible asco que le producían las palabras. Porque por otra parte, las cosas en sí —no las cosas en sí a la manera kantiana que estaban más allá de su conocimiento— sino simplemente las cosas por sí solas, sin los nombres que las acompañaban: así fuera la sangre, la orina verde-azulada de los enfermos de cólera o los espantosos sarcomas de Kaposi, jamás le dieron asco, y fue siempre capaz de enfrentarse a ellas: de

verlas, incluso de tocarlas o de olerlas, sin que sintiera náuseas.

Y lo más curioso de todo —esto obedeció a la segunda y gran decisión de su vida—, es que Estefanía nunca fue doctora, sino enfermera. En otras palabras, este contacto con las cosas más horripilantes y miserables de la naturaleza humana se transformó en la rutina de su existencia. Pero solamente cuando estaba en el hospital con sus enfermos y con sus cultivos, con su bata blanca y su cofia, se olvidaba de sus náuseas y de sus aprensiones. Por la misma razón, se vio obligada a estudiar todos sus libros de enfermería en las mismas salas del hospital, rodeada de

sus pacientes y sus detritos, sus esputos mucopurulentos y sus alientos a heno recién cortado. Al fin, y después de varios años de esfuerzo heroico, Estefanía se graduó de enfermera, alta y delgada y con sus ojos azules, inmaculada y blanca, rígida y misericorde como todas las enfermeras de sus sueños: las Diaconisas, las Jerónimas de Roma, Florencia Nightingale en Escutari, Edith Cavell fusilada por los alemanes, o las hermanas agustinas del Hotel Dieu de París que en los tiempos de las grandes epidemias acostaban a los vivos y a los muertos en las mismas camas. Pero eso sí: apenas terminaba su guardia y se

quitaba el uniforme blanco para ponerse un vestido de flores, se olvidaba de la miseria de los hospitales y no se podía mencionar delante de ella una enfermedad: ni por su síndrome ni por su causa, ni por su pronóstico ni por su tratamiento, y mucho menos, muchísimo menos por su nombre.

En la decisión de estudiar enfermería en lugar de medicina, influyó sobre todo el amor que Estefanía tuvo siempre por los animales. Su santo favorito era San Antonio de Padua, porque según la leyenda predicaba a los animales, y los peces asomaban la cabeza por la superficie del agua para escucharlo. Se sabía de memoria cuáles

eran los diez animales que tenían derecho a entrar en el Paraíso, y entre los que figuraban el palomo de Belkis, el carnero de Ismael, el asno de la Reina de Saba y la ballena de Joñas. Coleccionó las estampas del álbum de zoología de los caramelos Larín. Tenía ante la vida animal una especie de actitud jainista y respetaba la existencia de las tarántulas y de las anacondas. Le pedía a la abuela que le tocara el Vals del Perro y el Vals del Gato de Chopin. De niña, mi prima tuvo una gata que cuando comenzó a dar a luz a un sinnúmero de gatitos, Estefanía pensó que se iba a morir porque se le estaban saliendo todas sus vidas. Una vez, el tío

Esteban le regaló una colección de estampillas de correo de Guinea y otros países que ilustraban a toda clase de animales: tigres, pelícanos, monos de nalgas multicolores y tornasoladas; Estefanía quiso más que nunca al tío Esteban por ese regalo. Aunque no supo después si podía seguir queriéndolo —o queriéndolo y respetándolo— cuando descubrió en la biblioteca del tío Esteban una lámina de De Nova Anatómica, de Jean Pecquet, que ilustraba a un perro abierto en canal, y que le reveló, por primera vez, que la medicina había avanzado gracias al número infinito de experimentos que tantos y tantos investigadores habían

efectuado con animales.

«Pero naturalmente, niña —le dijo el tío Esteban—. ¿Qué querías? ¿Que se experimentara con los seres humanos? Los experimentos con animales son tan antiguos como Galeno, el padre de la medicina, que se pasó la vida haciendo vivisecciones de monos, vacas, mulas, asnos, leones y linceos, y dicen que cuando menos un elefante. Aunque de esto no hay certeza. Sí se sabe en cambio —agregó—, que Astley Cooper, que tenía un arreglo con una *menagerie* cerca de la Torre de Londres, y de la cual le enviaban los cuerpos de animales raros, diseccionó un elefante al aire libre en el patio de Saint Mary Axe.

También Empédocles, Alcmeón y Demócrito disecaban animales.»

Estefanía siguió queriendo y respetando al tío Esteban. Pero a cambio de eso nunca perdonó a Galeno y a Astley Cooper. Nunca, tampoco, a Alexander Read por extirparle el bazo a un perro, a Malpighi por destazar a los gusanos de seda, a Edward Tyron por disecar marsopas y serpientes de cascabel, a Lister por espiar a las corzas del Parque Real de Windsor para ver cuándo se acoplaban y unas semanas después abrirlas para estudiar los embriones. Tampoco perdonó —qué esperanzas— a Lavoisier, por asfixiar gorriones en una campana de cristal para

demostrar que la respiración animal equivalía a una combustión química. Y a Claude Perrault no pudo perdonarle que hubiera dedicado su vida a asesinar palomas y águilas, y sobre todo siendo hermano del hombre que escribió los *Cuentos de Mamá La Oca*, del hombre que la había llevado de la mano a los países de las hadas marinas con piel de luna, los lacayos que sostenían a la altura del pecho el fogón de las ágatas y los castillos de torres altaneras que se inundaban de verdor cada cuatro horas. «Por algo —pensó Estefanía—, por algo Dios lo castigó, y así como un puerco castró a Paracelso, Claude Perrault murió de una herida maligna después de

haber disecado a un dromedario...»

Pero a quien odió más que a ninguno fue a Flourens. A Pedro Juan María Flourens, el fisiólogo francés que le extirpaba a las palomas el cerebro y el cerebelo para demostrar de qué órganos dependían el equilibrio y la administración de las órdenes motoras. Sin el cerebelo, las palomas perdían la orientación y el equilibrio: se extraviaban en la nave mayor de Nuestra Señora de París, en los puentes del Sena y en la Puerta de Lilas, y se estrellaban en los vitrales y los rosetones. Sin el cerebro, las palomas volaban a la perfección cuando Flourens las lanzaba al vacío: pero nunca suspendían el vuelo

por ellas mismas, seguían volando eternamente como si cruzaran, ciegas, un mar infinito para llevarle un mensaje de amor o de despecho a un amante inalcanzable. Cuando al fin caían al suelo, exhaustas, con el corazón casi estallándoles en el pecho, permanecían postradas, indiferentes a los alimentos, a las llamas azules de los mecheros de Bunsen, a las explosiones del éter y a las intimidaciones de Flourens, que las amenazaba con torcerles el cuello o derretirles las plumas con ácido sulfúrico. A Estefanía siempre le fue imposible entender que estos experimentos macabros hubieran sido indispensables para el progreso de las

ciencias médicas, como tantas veces se lo aseguró el tío Esteban:

«La fisiología no hubiera sido lo que es si Claude Bernard no le hubiera cortado el cordón simpático del lado izquierdo a un conejo, para comprobar que la cabeza, también del lado izquierdo, se enrojecía y se calentaba. A estas horas, sencillamente no sabríamos nada de la velocidad de las lágrimas o de las funciones del músculo risorio. Es decir, no sabríamos siquiera por qué lloramos y por qué nos reímos. Los marineros, además, seguirían muriéndose de escorbuto...»

«No me importa», contestó Estefanía, que sabía muy bien por qué y

por quién lloraba.

«Y si Richard Lower no hubiera unido la carótida de un perro a la yugular de otro por medio de una pluma de ganso, no se hubiera llegado a la transfusión. ¿Te imaginas cuántos niños hubieran muerto en las planchas, cuántos hombres en las guerras? ¿Te imaginas un mundo donde no hubiera hombres de sangre universal?»

«No me importa», contestó Estefanía.

«Y si Pasteur (y esto lo vas a entender mejor), no hubiera inoculado de rabia a los conejos para estudiar después fragmentos de su médula espinal, Joseph Meister hubiera muerto.

Y tú, Estefanía...» y aquí el tío Esteban se interrumpió, porque no le gustaba mencionar la muerte así fuera pasada, futura o posible de ningún ser querido.

«Sí, ya lo sé: yo también me hubiera muerto —reconoció Estefanía recordando que una vez la había mordido un perro con rabia—. Pero de todos modos, no me importa.»

Y la lista de los pobres animales que habían contribuido al progreso de la ciencia, y de los que iban a contribuir en el futuro, era interminable. Avenzoar le sacaba los bronquios a las cabras. El mismo Galeno dejaba sin voz a los animales seccionándoles los nervios recurrentes. Plinio disecaba camaleones.

Rufus de Efeso destazaba monos para estudiar su anatomía, Behring quemaba a los conejos con tricloruro de yodo. Y mientras Pavlov volvía neuróticos a los perros jugándoles bromas con sus reflejos más sagrados y engañándolos con luces y campanas, Bard y Mountcastle privaban a los gatos de sus estructuras rinencefálicas, tornándolos feroces y Roux dejaba al descubierto el cerebro tembloroso de un perro vivo. Block abría conejos, los hería en el corazón, los operaba del mismo corazón, los suturaba y los dejaba vivir. Klüver y Bucy le extirpaban el hipotálamo a los monos para comprobar que perdían toda la noción del miedo y

del enojo, se volvían libidinosos y se entregaban al sexo oral. Papez también había experimentado con los macacos, y Harlow había creado monas de trapo con las que embaucaba a los monos bebés, y Kitasato inoculaba bacilos de tétano a las colas de los ratones. «Y en todos los hospitales del mundo, en todos los laboratorios y las escuelas de medicina: en Rochester, en el Hospital Infantil, en la Universidad de Guadalajara, en Viena, en Moscú, en Houston, en el Hospital de Lewisham, pasando por el laboratorio de la Universidad Médica de Albany que Carpenter atiborró de conejos de Nueva Zelanda, conejos belgas y conejos

albinos, y pasando también por todos los nombres de los médicos y los investigadores famosos desde Cardano hasta Koch, desde Bell hasta Ochoterena te encontrarás, en esos hospitales y en esas biografías, criaderos de ratas blancas y cobayos inoculados con esputos, ardillas con sarcomas, marmotas con catarro, chimpancés con triquinosis y perros y canarios que son sacrificados para que cada vez menos seres humanos en el mundo se enfermen o se mueran de eso, precisamente: de podagra, de angina de pecho, de raquitismo, de poliomielitis, de cáncer, de lepra y de lumbago.»

Todo esto le dijo el tío Esteban a

Estefanía; todo esto le dijo una y muchas veces sin saber que por las noches mi pobre prima tenía sueños espantosos en los que se mezclaban por igual todos los horrores y todas las maravillas, todas las ilusiones y todos los temores que esas y otras conversaciones habían sembrado en su imaginación de niña, alimentadas con las lecturas de su infancia y con otros sueños, propios y ajenos. Y la angustia de mi prima era aún mayor cuando despertaba al día siguiente, porque así como siempre creyó en los cuentos de Perrault, Andersen y Grimm, y en las novelas de horror y de crímenes —y lo creía todo: de cabo a rabo, de oreja de plata a

príncipe de la Arabia Feliz, de la víctima cosida a puñaladas a los pasos rojos que desandan el camino de los acuarios—, así también, de la misma manera, Estefanía siempre creyó en la verdad de sus sueños.

2. Estefanía en el País de las Maravillas

Es muy difícil saber quién fue más importante para mí, si Palinuro o Estefanía. Lo que es más, a veces no podría decir quién fue primero, a quién conocí desde siempre, quién se instaló en mi vida con sus palabras y sus ademanes antes que el otro y me pescó de un pie con la puerta para que no huyera y le contara al que llegó después los episodios, las señales y los amores luminosos de la historia del que llegó

primero.

Por supuesto, esto es sólo un decir, porque de hecho una de las primeras cosas que me enseñaron al nacer fue a Estefanía, que entonces era mi prima-hermana y fue después mi prima-amiga y mi prima-amante y que tenía ya veinte días de haber nacido no sólo en la misma ciudad de México —una ciudad que en esa época se columpiaba entre los abalorios de la primavera—, sino también en la misma casa porfiriana de nuestros abuelos, y por si fuera poco en la misma habitación donde dos veces, en menos de un mes, las mismas sábanas blancas radiaron sus tentáculos de bramante en honor del acontecimiento,

las mismas criadas acudieron con baldes plateados de agua hervida y el mismo doctor Latorre llegó a espantar a la cigüeña con el ¡Biiip! ¡Biiiip! de su Hispano Suiza de cien caballos de fuerza, blanco y amarillo y con volante de ébano. Con la diferencia de que al nacer yo, la cigüeña se espantó hacia el lado izquierdo, o siniestro, que no era otro que el lado de los remiendos brumosos y de los aguafuertes narcotizados por el paso de las derrotas. Y al nacer Estefanía su cigüeña —venida de Alsacia— levantó el vuelo hacia el lado derecho, o lo que es lo mismo hacia los kioskos donde cada domingo, puntuales, crecen los músicos

para ofrecernos el viento virtuoso del concierto. Todo lo cual quiere decir, que si bien Estefanía y yo no compartimos la misma suerte —y ya no digamos la suerte verde de los tréboles verdes, sino ni siquiera la suerte mandarina o la suerte fría que dan los tréboles anaranjados y celestes—, sí compartimos algunos tíos y tías y la misma pareja de abuelos maternos formada por Francisco y Altagracia, con sus correspondientes cuatro bisabuelos, dieciséis tatarabuelos y treinta y dos mil etcéterabuelos. Otras cosas que compartimos fueron, por supuesto, ciertos jarrones famosos y los vinos que se ruborizaban en las vidrieras del

comedor junto a los quesos dóciles. También las calles atesoradas del barrio donde nacimos, y que se sabían a sí mismas de memoria: Jalapa, Orizaba, Río de Janeiro, y una gran parte de esa infancia y esa vida que se van, que se van sin remedio a fuerza de mordernos los lápices y las uñas, y acompañadas por los leones de felpa que lanzan rugidos alcanforados y las mariposas de papel estroza que se posaban humildemente en las azucareras y en las cajas de tabaco Príncipe Alberto del abuelo Francisco: todo esto fue el mundo que Estefanía y yo compartimos desde niños. Por lo demás, nuestros padres fueron distintos: mi prima era

hija del tío Esteban y de la tía Lucrecia. Yo, de una hermana de la tía Lucrecia: Clementina, a quien llamaré de aquí en adelante «mamá Clementina», y que se casó con Eduardo. Es decir, con papá Eduardo.

A Palinuro, en cambio, lo conocí mucho tiempo después y nuestros recuerdos en común tienen muy poca relación con el cuento de «había una vez una niña muy pobre que vivía en una casa donde el jardinero que cuidaba los rosales y las portulacas era muy pobre, la cocinera que guisaba calamares en su tinta era muy pobre y las mucamas que barrían la recámara Luis XV eran muy pobres», cuento que se convirtió en

realidad cuando el gobernador se arruinó de la noche a la mañana y Altagracia decidió seguir conservando los muebles, el jardín, el menú y la servidumbre para atender las necesidades de los huéspedes; y en cambio, sí tienen que ver —los recuerdos míos y de Palinuro— con otras sensaciones. Por ejemplo, la de ir brincando charcos de vitriolo azul una y otra vez, a la salida de los laboratorios de la escuela, que de noche se quedaban cerrados, oscuros, desiertos y olorosos a creosota, mientras que en el fondo de los atanores se aparecían las pistas, mojadas, del Circo Atayde. Y es de esa adolescencia de la que tampoco puedo

olvidarme: la de los anfiteatros
acaracolados de la Escuela de
Medicina, de las boticas de barrio, de
los alambiques retorcidos y de los
teoremas incorregibles: tantas veces
Palinuro y yo le dimos nuestra pasión a
la primera muchacha que se atravesó por
nuestra juventud, la falda
minialmibarada, las tobilleras rotas y
fantáticas; tanto hablé con él, tanto nos
emborrachamos juntos y tanto
reinventamos juntos el estetoscopio de
Laennec y las jeringas de Hutchinson y
tanto, juntos también, discutimos la
conveniencia de bañar las manos con
cera derretida en los casos de artritis y
recordamos la teoría celular de Virchow

y memorizamos los espacios ardientes delimitados por la acupuntura, en ese cuarto de los desvanes incidentales y de los luceros que podían ser extirpados si no se pagaba la cuenta de la luz, así de simple, que muchas veces pensé que yo era él y él era yo, hasta el punto que en esas tantas ocasiones adopté su nombre y le presté el mío. Como es natural. Palinuro y yo compartimos también varios amigos, y entre ellos Fabricio —no Fabricio de Acquapendente—, sino otro Fabricio, alto pálido como una espiga bizantina, y Molkas, a quien considerábamos como nuestro hermano de leche.

De aquí la contusión de Estefanía.

De aquí, también la confusión del mismo Palinuro, originada en las sobras de ese banquete platónico en que cada uno de los dos era ambos: y tantas veces el —Palinuro— y ella —Estefanía— me pidieron que les contara como había conocido al otro, que tanto lo estimaba o la adoraba, qué clase de ardor anfibio había sentido al tocarla —o al verlo— en un té danzante o en la excursión a Las Dinamos, o bien qué traje de qué color y qué mejillas de qué arte me había puesto para decirle: «Buenas tardes, Estefanía», o: «Cómo te va, Palinuro», que me di cuenta de que uno y otro se morían de celos entre ellos mismos. Y yo, en la forma más malévola que pude,

echando mano de los pocos residuos deportivos que me habían dejado los años, decidí confundirlos más todavía. Pero nadie me supo prevenir que al jugar con esas lágrimas que visitan el rostro de Tántalo sediento sin que nunca mojen sus labios, yo iba también a quedarme, siempre, con una sed de saber más de ti, Palinuro, y de ti también Estefanía, y yo mismo confundido sin saber quién fue primero: si tú, Estefanía, o yo, Palinuro.

Posiblemente la culpa de esta confusión fue la costumbre que tienen los niños de hablar de sí mismos en tercera persona: «Palinuro tiene sueño.» «Palinuro quiere azúcar con pan y

mantequilla.» Y en esto, Palinuro nunca fue una excepción: hablaba de sí mismo como si fuera yo, o cualquier otra persona, la que hablara de él: «Palinuro esto, Palinuro aquello, Palinuro lo de más allá.» O incluso: «Palinuro lo de muchísimo más allá.»

Esto lo hacía no porque no estuviera consciente aún de su realidad personal o no hubiera afirmado todavía el concepto de su propio yo —de su *yo* Palinuro duermo a la deriva de las trenzas de mi madre, *yo* Palinuro me despierto con ella en las noches a sotavento de su pelo, y *yo* Palinuro me asomo con ella a la ventana para contemplarnos en la cucúrbita de la luna— sino precisamente

por todo lo contrario: a nadie amaba más Palinuro en ese entonces que a Palinuro. Y en esto, como en otras cosas, Palinuro se parecía a César, aunque desde luego habría que darle al César lo que es del César y a Palinuro lo que es de Palinuro. De Palinuro, por ejemplo, fue el poder de reinventar la vida y las cosmogonías familiares y cristalizarlas en un mundo prendido, aquí y allá, con alfileres: aquí, el recuerdo de un bodegón holandés que la memoria había olvidado en una alacena; allá, a la perseverancia de una frase cifrada que la presencia fortuita de un arbusto de asterias había fecundado, una de las tantas veces que fue con Estefanía

a la casa de Walter en Cuernavaca. Palinuro nunca olvidó la visión de las flores, agrupadas en corimbos color magenta como algodón de azúcar, y atrás las estrellas que parecían compensar la distancia entre el nombre del arbusto y su finalidad: Aldebarán, las Pléyades, Sagitario. Nunca olvidó tampoco que tuvo que contarle a su prima la redondez y el itinerario de los astros porque Estefanía era miope y las estrellas se ahogaban en los humores vitreos de sus ojos antes de alcanzar sus propias constelaciones. De Palinuro fue también el privilegio de abarcar con su memoria la covivencia, en un mismo centímetro cuadrado, de un río a punto de

congelarse y el pasto veraniego, de la caída de un ala de paloma en la mermelada de naranja olvidada en el corredor y de un torreón de esferas de Navidad a punto de desmoronarse. Se aparecían también allí, en ese espacio minúsculo, los cincuenta y dos domingos del año, cuando el abuelo y todos sus yernos organizaban una reunión familiar donde el índice de refracción estaba señalado por un puño de sangre: era inútil que el tío Esteban asegurara haber enterrado su fusil hacía muchos años, con tal de cambiar de conversación, porque de todos modos, así se comenzara a partir de la mención de un resfriado o de la imagen de un magiar

sentado en una carreta de capota multicolor —que no era otra cosa que la imagen idealizada del propio tío Esteban viajando por las praderas amarillas hacia Nueva Orleáns—, cualquier pretexto era bueno para echarle leña al fuego y hablar de guerras y revoluciones ya que cuando no era el abuelo el que sacaba del sombrero —por así decirlo—, a Pancho Villa y sus Dorados, o de abajo de la mesa y por las barbas a Venustiano Carranza, era el tío Austin el que insistía en los defectos de los cañones Skoda de 100 milímetros, o en los fracasos de las *Sturmtruppen*, o sin más ni más describía una elipse de dos whiskies y

tres décadas de largo y saltaba de la batalla naval de Jutlandia a la ocupación de Renania y a Rudolf Hess cayendo en paracaídas sobre Inglaterra. Lo más que podía hacer el tío Esteban entonces ante la insistencia de alguien que por principio de cuentas creía, como el general Von Bernhardi que la guerra es una necesidad biológica, era arreglárselas para que, sin que se dejara de hablar de la guerra, se comenzara a hablar de medicina: de las máscaras antigases, de los magnetos gigantes que se empleaban para extraer de los ojos los fragmentos de granada, o del Pabellón Real de Brighton que fue usado como hospital para las tropas de la

India. Sólo así podía tener más o menos tranquilo al tío Austin, quien además de ser su concuño por estar casado con Enriqueta —otra de las hijas del abuelo Francisco—, era un hombre que tomaba en cantidades navegables a pesar de la ipecacuana y otros agentes nauseosos que la tía Enriqueta lo obligaba a ingerir para que abandonara el vicio. Pero el tío Austin, si no muchas, cuando menos tenía dos buenas razones para no dejar de beber: una era que de cada cinco botellas de whisky que llegaban de contrabando de El Tabasco —afirmaba—, cuatro habían sido llenadas en la fuente fría de Geleón, cuyas aguas hacían reír a quien las bebiera; y una tan

sólo, la restante, en la fuente de Cleón, cuyas aguas tenían fama de hacer llorar. Y la otra buena razón, según el tío Austin, era la fuerza y el honor del hábito adquirido en sus años de navegar a la sombra de la Real Marina Británica. El tío Austin, que dejó la marina para trabajar en el servicio exterior, nunca fue un oficial de alto rango, pero a cambio de ello alcanzó el grado 96 en la escala de Gay-Lussac: a las cuatro de la mañana, cuando el único habitante de la casa que estaba despierto era la tía Luisa, cuando todavía los pájaros, hechos bolas azules tiritaban de frío en el pentagrama de los alambres de la luz, el tío Austin bebía una taza de té

perfumado Earl Grey mezclada con alcohol puro. A las ocho, se desayunaba huevos y cerveza —su preferida era la cerveza Saturno de malta tostada—, y a las diez de la mañana ya tenía más de cinco whiskies dentro. «Bebes demasiado» —le reprochaba la tía Enriqueta. «¿Yo? ¡Qué va! S. apenas tomo», contestaba él. Y la tía Enriqueta se quedaba callada, pero a los diez minutos le decía: «Te estás volviendo viejo, Austin: te emborrachas con cualquier cosa. Antes aguantabas mucho más.» «¿Qué estupideces dices, Enriqueta? Si hoy he bebido una barbaridad, y estoy como si nada.» «Ah, ¿ya lo ves?, ¿ya lo ves? —decía la tía

Enriqueta, triunfante—. Te dije que bebías demasiado.» Y el tío Austin, enfrentado a la alternativa de confesar que había bebido mucho, o de sacrificar su prestigio de bebedor de resistencia, aceptaba lo primero y se servía otro whisky para reafirmar lo segundo. A las cuatro de la tarde, el tío Austin había ya sucumbido al periplo y desembarcaba en su cama, aunque despertaba siempre cuando se acostaba la tía Enriqueta, y entonces el tío se le montaba encima, le pellizcaba las penínsulas y le sembraba una tempestad de vibraciones entre los muslos. Los domingos —a pesar de que bebía más que nunca: brandy que le daba el senador, ginebra sin agua tónica

para que no le repitiera la fiebre terciana que le daba el tío Esteban, tequila que le daba papá Eduardo—, el tío Austin hacía un esfuerzo enorme para sobrevivir unas cuantas horas más, con tal de hablar y discutir de la guerra, y entonces se olvidaba de la paz de las tierras donde vivió su infancia: Surrey, Kent, Sussex, y de las casas isabelinas, de los graneros que revientan de hastío, de las muchachas delgadas como espejos que llevan en las manos una corona de lilas, de los pastos dorados donde las manzanas duermen la siesta que precede a la pudrición y de las vacas inmensamente quietas como si esperaran transformarse de un momento

a otro en princesas de la leche, y cuando ya los temas de la primera y de la segunda guerra, de la última y de la anterior, de la pasada y de la próxima habían encendido su cólera, el tío Austin corría a su cuarto a sacar una pistola y se ponía a tirar al blanco en el patio para desahogar sus frustraciones. Al fondo, junto a la cortina de lona de franjas verdes y naranjas del garaje, ponía en fila todas las botellas de pinta y pinta y media que se había bebido en la semana, y sacaba a relucir la pistola. «Le apuesto, gobernador —le decía al abuelo Francisco—, que con cada tiro rompo una botella». Y así fue siempre, a pesar de que no podía controlar el

temblorín de las manos. Su secreto era muy sencillo: siempre apuntaba a una botella, y le daba a otra. «Es la mejor definición de la suerte que he imaginado nunca» pensó filosóficamente el abuelo, aunque no estaba seguro del truco porque el tío Austin a pesar del alcohol y los años, era todavía un buen tirador y la mejor prueba fue que una tarde, de pronto, gritó: «¡Le voy a romper los testículos al otoño!», y en lugar de disparar hacia las botellas disparó hacia el jardín y de dos tiros reventó dos naranjas. La abuela Altagracia, a pesar de que amaba tanto su jardín, no dijo nada: admiraba mucho a los ingleses — a los que creía aristócratas natos— y le

dolió más descubrir a un inglés de buen apellido y fueros rubios que no respetaba las plantas, que contemplar cómo el jugo de las naranjas despedazadas escurría por las ramas y penetraba en la tierra rumbo al ombligo de las semillas, agrio y ámbar, como si fuera otra especie de rencor.

A Estefanía siempre le fascinó el nombre de la abuela: Altagracia, porque ese nombre —decía mi prima—, tenía mucho de lo que a la abuela le hubiera gustado ser, de lo que el pájaro Aéropos, que agitaba eternamente sus alas en la soledad púrpura de sus entrañas, le susurraba todos los días qué debía haber sido: una marquesa que el

sábado a las cinco saliera a abanicar sus títulos bajo los ahuehetes del bosque; una dama, esbelta y suspirada como una columna ceñida al estilo corintio con yedra estallante, que supiera pasear su gracia y revolotear sus vestidos resplandecientes como mil aguas por la crema y nata de las reuniones. Pero Altagracia, ni fue hija de un duque ni se casó con un marqués: lo único que tenía el abuelo que pudiera sonar a clamor de dragantes y sinoples, lo único que parecía cimentar los polisílabos de un imperio, era, también, su nombre. Pero no su primer nombre a secas, sino los dos nombres que le habían dado sus padres y que le hicieron recordar al tío

Esteban con desagrado al emperador de Austria y Rey de Hungría Francisco José. Por lo demás, el tío Esteban se tranquilizó cuando el abuelo le habló de su cepa republicana y liberal, y le juró que odiaba a todos los monarcas y emperadores del mundo, desde Sardanápalo hasta el emperador Norton de los Estados Unidos. Lo que calló entonces es que un emperador, y nada menos que el hermano menor de Francisco José —el también rubio Maximiliano de Habsburgo que en honor de su amante había incendiado con flamboyanes los Jardines Borda— despertaba en el abuelo cierta simpatía: quizás porque Maximiliano había sido

liberal; quizás porque Maximiliano amaba, tanto como él, las buganvillas que refrescaban, con cuajarones de sombra azul turquí, las tardes de los domingos; quizás porque su historia y la de Carlota le recordaban al abuelo otra historia también de amor y de locura que había causado la desdicha de su única y muy querida hermana, la tía Luisa.

A propósito de la abuela Altagracia y de la magia de los nombres —¿qué hay en un nombre?, preguntó el primo Walter citando a Shakespeare—, Estefanía recibió una de las sorpresas más agradables de su niñez, y la abuela Altagracia una gran decepción, cuando Don Próspero llegó a la letra «E» de la

enciclopedia, y Estefanía se enteró que nadie, en la casa, tenía un nombre de tanta importancia, ni derivados de su nombre que fueran tantas cosas tan distintas y bonitas. Y esto se agregó, en mi prima, a la conciencia de su propia belleza, de esa belleza que ya en una época en que apenas comenzaban a insinuarse sus pechos apuntando hacia el oriente como pequeñas frutas amasadas poco a poco por el viento, y que no sólo en su cara y en sus ojos que eran dos turquesas contiguas, sino también en el resto de su cuerpo: en sus muslos, en las alas trucas de sus omóplatos y en su cuello de cisne que interrogaba a las almohadas, esa belleza se

transparentaba ya con la fuerza incontenible de un manantial de rosas que en muy poco tiempo más se deslizaría a flor de piel. Y también, ay de mí, también a flor de sus cabellos, que entonces se le rizaban como tallos de jacinto y que ella adornaba con listones, tornasolados que se daban vuelta sobre si mismos, como las cintas de Moebius, asediando mi corazón con sus ecuaciones fulminantes.

Volviendo al abuelo Francisco — siempre, al fin y al cabo, volvíamos a él —, para Estefanía y Palinuro, y también para el primo Walter que a veces venía de Europa o de su casa de campo a pasar un fin de semana con sus primos

—, el abuelo Francisco sí que era un rey, muy aparte de su nombre sonoro y muy aparte de haber nacido, como lo juraba, en Bagdad: también por ser tan gordo y tan magnífico, con tantos kilos y bacanales a cuestras, y con velámenes y plantaciones de tabaco que lo seguían por los caminos de su historia tras la silla de ruedas que usaba para ir de la Revolución al Senado y de Nueva Orleáns a la Decena Trágica, o simplemente para ir de la mesa donde desayunaba al escritorio donde escribía sus cartas y del escritorio donde escribía sus cartas a la mesa donde jugaba pókar y de la mesa donde jugaba pókar al secreter donde escribía sus

memorias y del secreter donde escribía sus memorias a la mesa donde nos contaba cuentos; y sus cuentos poblaban nuestro mundo de califas que se ahogaban en aljibes verdes como bostezos, de puentes de puro brillo que mediaban entre dos tierras abismadas en negruras insolubles y de barcos en que toda la tripulación se había muerto de una peste milagrosa y navegaban por el mar y por las leyendas como cementerios lentos. Todo esto era necesario para hacer de él el abuelo más grande y memorable y sólo más tarde delimitar sus regiones, interiorizar en la alfombra de su cuarto para descubrir el águila de una moneda perdida y abrir el

cajón de su buró para encontrar unas grageas con que restañar el hipo. Y más tarde aún, muchos años después, asomarse al espejo ropero, al enorme y sinuoso espejo donde se podía fondear la desaparición de una criatura: el mismo Palinuro en la edad en que comenzaba a nacer la curiosidad por los escarceos eróticos de sus padres, y que él hubiera podido espiar desde un tragaluz o imaginar desde el fondo de una conciencia menos luminosa pero más transparente, y que fue sustituida por el aprendizaje lento de la falsificación y del lenguaje de las inversiones: el príncipe que se transforma en pez, el guijarro que se

vuelve meteoro. Era la edad, también, en que encima de su cuna colgaba un ángel de porcelana que le servía de piloto a través de infiernos y paraísos que eran como cajas de sorpresas, y la edad en que comenzó a dibujar y descubrió que el trazo de una Rosa de los Vientos o de la grupa de una ceiba podía encerrar para su prima Estefanía la grandeza de sus días. Ella, que se sentaba a su lado, que se asombraba de su destreza y que le agradecía que fuera su primo, que estuviera con ella, que le hablara en ese lenguaje de efluvios lentos capaz de sujetar un lirio a un contorno imaginativo, o de incorporarla a ella, Estefanía, al mundo de los claroscuros.

«Muy bien, muy bien», dijo el abuelo Francisco cuando Palinuro le enseñó el retrato de Estefanía bajo un árbol. «Qué es lo que vas a ser tú cuando seas grande, ¿un artista? ¿un pintor?» Palinuro le dijo que sí a su abuelo y le preguntó qué es lo que iba a ser él cuando fuera chico. «Ahhh... Mmmm... cuando yo sea chico —le contestó el abuelo Francisco— déjame ver... cuando yo sea chico, sí claro, eso es: cuando yo sea chico, voy a ser un niño como tú, con tus años, tus ojos y tus fiestas.» «¿Y cuándo seas más chico todavía?» «Ah, pues cuando sea más chico todavía, voy a tener la edad que tú tenías cuando naciste.» «¿Cuántos años

tenía yo cuando nací, abuelo?» «Bueno, años no. Tenías menos de un año. Incluso menos de un mes, menos de una semana, menos de un día. Con decirte que ni siquiera habías cumplido una hora o un minuto, y ni siquiera un segundo... Pero en cuanto naciste... ¡Dios mío, en cuanto se nace el tiempo se le echa encima a uno, y ya nunca lo deja en paz a ninguna hora del día!» «¿Y cuántos años vas a tener cuando te mueras, abuelo?» «Bueno, exactamente no sé, pero estoy seguro que serán bastantes, porque ya los tengo. Incluso a veces me parece que tengo muchos más, a pesar de que mi padre siempre me dijo que había yo perdido varios años. Y

como te decía, además, cuando me muera, tendré también varios meses y varias semanas y días. Esto, si no muero en mi cumpleaños, y si *sí* me muero en mi cumpleaños, de todos modos tendré también varios minutos y varios segundos y décimas de segundo y millonésimas de segundo, y así hasta la eternidad, porque yo le prometí a tu abuela Altagracia que mi muerte, aunque corra más rápido que Aquiles, nunca me alcanzará mientras esté vivo: esto me lo enseñó un gringo viejo que conocerás después.» «¿Y qué es lo que guardas en tu ropero, abuelo?» «¿En mi ropero? Ah, en mi ropero hay muchísimas cosas. Por ejemplo mis prismáticos que están hasta

arriba, en lo más inexpugnable del ropero, y desde allí contemplan la Revolución. Pero los puse al revés, para que la vean en miniatura en vista de que está tan lejos. En mi ropero, también, hay otras cosas que te voy a contar me prometes no decírselo a nadie. Ven, siéntate acá conmigo y escucha: en mi ropero hay tres soldados que están escondidos desde los tiempos de la Revolución, desde antes que Venustiano Carranza fuera asesinado en Tlaxcalantongo. Uno es un capitán muy joven, casi un muchacho. Tiene un uniforme verde olivo agujereado en una pierna del pantalón, y en el hombro los zarpazos de oro que ganó en el Pacto de

la Ciudadela. El otro es un mayor que se encontró una estrella en los flancos anaranjados de El Rellano y se la puso en la gorra con el permiso de mi general Villa. El tercero es un coronel, algo viejo y muy flaco, que guardó como recuerdo su fusil Rexer y después se retiró del ejército para dedicarse sólo a la política. Por la noche, cuando todos están dormidos, yo abro la puerta del ropero para que salgan. Tomamos unos tragos mientras se les desarruga el uniforme y luego caminamos por el jardín para que estiren un poco las piernas. Se afeitan después, sobre todo si han pasado varios días sin que me acuerde de ellos: ten en cuenta que les

crecen veintitantos metros diarios de barba. Pero esto no quiere decir que se les salga del ropero y se les enrede en las piernas, en las espadas, en los rosales y en los trolebuses, no: veintitantos metros es el largo total de la suma según calculamos el otro día que estábamos muy aburridos de todos los miles y miles de pelitos que les salen a cada uno. Se ponen después agua de colonia para quitarse el olor a naftalina, y nos sentamos a platicar. ¿Que de qué platicamos? De todo, porque el que no fue cadete en una academia militar y visitó West Point, como el capitán, fue un libertino, como el mayor, o un masón, como el coronel; así que nuestras

pláticas, lo mismo que yo de una mesa a otra, van como un columpio, de las batallas a las muchachas del trópico que fuman cigarros color violeta con boquillas doradas, y vuelven a las batallas, y vuelven a las muchachas y vuelven a las batallas. O a veces, simplemente, raptamos a las muchachas y nos las llevamos a las batallas, y amarramos el columpio a un árbol, como si fuera un cabello, para usarlo en caso de emergencia. Pero también otras veces el capitán, el mayor y el coronel se van a visitar al Gran Arquitecto, y se regresan en ferrocarril a Sonora, donde encienden un gran vivaque mientras cae la nieve. Luego nos ponemos a jugar

pókar en la mesa donde juego pókar. Al capitán le gustan las espadas; qué quieres: está muy joven, acaba de leer a Von Clausewitz y apenas ayer participó en la carga de los seis mil dragones en Paredón. El mayor prefiere las copas: ya pasada la Revolución, hay que despreocuparse y hacer lo que tu tío Austin, o lo que hacía el mayor: tomar el barco Siboney para Nueva Orleáns, beber al ritmo creciente de las mareas azules y jugar en los casinos que brotan de pronto en alta mar como las islas Espórades. Ah, cada vez que me entero que un viajero ilustre pierde hasta la camisa y salta por la borda de su vida para convertirse en calamar impreso, me

acuerdo de los salones de juego donde engordaba yo a mis vellocinos de oro: qué no diera yo por vivir otra vez esos tiempos, con esas muchachas de cabezas arrebatadas en blondas o en trenzas negras: si tú hubieras amado a Patty O'Hara, la irlandesa, que cuando la conocí también me vio cara de adivino, como tú me la has visto, y me preguntó si yo podía leerle su destino en las manos. Y yo le enseñé mis manos mexicanas de ferrocarrilero, de presidente municipal, de capitán y de mayor, que olían a pólvora y a papel carbón y le dije que su destino no estaba en sus manos sino en las mías. Y entonces... Ah, pero esas son manzanas

de otro costal. Y ahora, volvamos a nuestro juego: el coronel, desde luego, guarda los oros en las mangas de su uniforme y no sólo porque se siente un poco viejo y avaro, sino también porque tiene que financiar su campaña para gobernador del Estado y quiere comprarse un escritorio para guardar sus memorias, una casa para guardar el escritorio y un jardín para guardar la casa. Y yo, claro, que ya no me interesan las espadas, que me he quedado sin oros y que me hacen daño las copas, me reservo los bastos para darles de palos a todos. Pero antes de ponernos a jugar bajamos las persianas, corremos las cortinas y cerramos las contraventanas y

las contrapersianas, por si nos pesca el amanecer: hace tantos años que no salen a la calle, que si les diera la luz del sol, se volverían polvo y nos costaría mucho trabajo barrerlos, imagínate, tendríamos que invitar a nuestros amigos para que nos ayudaran a barrer: a don Próspero, al vendedor de lotería, al general que tiene un ojo de vidrio, y luego, ¿cómo sabríamos cuál es el polvo de cada quién? Senador, me dice el capitán todas las noches, tengo tres caballos de espadas. Y yo le contesto: pues en esos tres caballos van a cabalgar mis tres reyes de bastos. ¿Que si yo gano siempre? Mira: el mayor le gana al capitán, es una orden. El coronel le gana

al mayor, es otra orden. Y luego llego yo y les gano a todos. Pero no por eso creas que soy rico. Hace un buen tiempo que les gané el poco dinero que tenían y comenzaron a apostar otras cosas para seguir jugando y no fastidiarnos con nuestras historias. El coronel, que había sido un hombre muy gordo desde que era mayor, me apostó todos los kilos que había subido gracias a las comilonas políticas que organizaba en el Prendes, y a los desayunos del Hotel Waldorf de Nueva York en que por lo menos se comía media docena de huevos, y un *hot-cake* elevado al cubo. Y por eso me ves ahora con esta barriga que parece un barril elástico y donde guardo siempre

mis reservas de risa. Por eso, también, necesito una tina tan grande para bañarme como lo hago cada sábado sin falta, a menos que el sábado sea un 23 de julio, que es el aniversario de la muerte de uno de mis hijos, que se cayó en esa tina y se ahogó cuando tenía cuatro años, y no me baño, te digo, porque cada 23 de julio tu abuela Altagracia llena la tina de flores. Por su parte el mayor, que había coleccionado las cartas de sus amantes, también las fue perdiendo. Perdió poco a poco todas las de Patty O'Hara y una vez, con un par de ases, yo mismo le gané al mayor una carta de amor escrita en papel azul y con perfume de Myrurgia, donde

Francine, que era francesa como su nombre lo decía, amenazaba al mayor con injertarse en una mejilla una lágrima de cristal si el mayor no volvía a Tampico. Un sábado en la noche el mayor perdió, contra cuatro damas de bastos, una carta que venía en un sobre donde tu abuela Altagracia le juraba amor eterno al capitán. Porque esa carta primero fue del capitán, que la perdió con el mayor. Ah, el pobre capitán, que al fin no tenía otra cosa que apostar sino sus recuerdos, también los perdió uno por uno. Últimamente se estaba quedando muy callado y muy triste porque ya no tenía abuelos, ni perros, ni novias, ni batallas de qué hablar:

resultaba que el mayor, además de ser capitán, había hecho la primera comunión del capitán; que el coronel era hijo único de la mamá del capitán, y que yo tenía en la pierna la cicatriz de la bala que le habían metido al capitán. Nos dio tanta pena, que quisimos regresarle unas apuestas, pero como no se acordaba de ellas nos dijo que no eran suyas. Me parece que lo mejor será que se invente otra infancia, otra academia militar y otros amigos: ya ni de sus amigos se acuerda, ya no se acuerda de nada, y a veces me da miedo de que no se acuerde de que está vivo y se nos muera. Ahora, te voy a enseñar. Pero antes corre las cortinas...» Y el

abuelo Francisco puso *El Danubio Azul* en el gramófono, rodó su silla hasta el ropero, le dio vuelta a la llave, golpeó tres veces el suelo con su bastón, como un ujier, y las puertas comenzaron a abrirse, y se abrieron lentamente, como las puertas de una ciudad sitiada y vencida; como las puertas de Troya, como las puertas de Cartago, como las puertas de Celaya se abrieron al empuje de los dorados de Villa, y allí, dentro del ropero del abuelo, estaban los uniformes y los paquetes de cartas descoloridas y el fusil del coronel y los recuerdos del capitán. «Mira, dijo el abuelo. Miren, niños: así era el capitán cuando tenía quince años, como Dick

Sand. Y así era cuando tenía tres años y el pelo largo: todavía lo vestían como niña porque así se usaba. Esta fotografía es de la madre del capitán y está rodeada de una guirnalda de sus flores favoritas: las camelias. Ella era alta y tenía los ojos azules como tú, Estefanía, o como el cielo de su tierra, Castilla. De ella heredó tu madre Clementina el don de silbar como un ángel las arias de Don Juan y del Bajá Selim. Qué digo como un ángel: como Emilia Leovalli, como Diana Durbin, como Al Jolson. Ni los corsés de barbas de ballena pudieron ahogar el mirlo que tenía en el pecho desde que era una niña no más alta que la paciencia de su madre... ¡Ah!... Y

ésta, ésta es la primera espada que le dieron en la academia al capitán. Y aquí está con su novia en el Parque de La Piedad; como ves, su novia sería igualita a tu abuela Altagracia, si no fuera tan distinta... ¡Han pasado tantos años! Y estos son los libros de Julio Verne que leyó el capitán. Cuando aprendas a leer serán tuyos y viajarás con Héctor Servadac en un cometa, y por la noche acompañarás a los músicos que tocan por las calles de la Isla de Hélice.» El abuelo Francisco encendió un puro y escupió un camafeo en el bacín de latón dorado. «Me parece — dijo —, que es al capitán al que más quiero de mis amigos.» «¿Y un día me

vas a contar lo de la bala en la pierna, abuelo?», le preguntó Palinuro. «Sí, sí, el día en que menos lo pienses.» «¿Y lo mismo me vas a contar cómo nací yo, abuelo?» «Sí, sí, claro, también el día en que menos lo pienses.»

Así las cosas, por las noches las ranas verdigrises entretenían sus ocios ahuecando el silencio y un vientecillo negro se deslizaba en el corredor entre los macetones de mayólica que parecían patas de elefante coronadas por penachos de helechos, hilvanando en respuntes memoriosos los ronquidos del abuelo Francisco y de la abuela Altagracia, los silbidos del tío Esteban y de la tía Lucrecia, los gorgoriteos del tío

Austin y de la tía Enriqueta y los suspiros de mamá Clementina, de papá Eduardo, de don Próspero y de todos los demás habitantes de la casa, y acompañado por el tic-tac de relojes que marcaban distintas horas según sus manecillas apuntaran hacia las ventanas traslumbradas por los álamos o hacia el ropero donde estaba colgado el abrigo de mamá Clementina, abandonado y polvoriento como el fantasma de un árbol viejo, junto a las batas de algodón pobladas de remiendos y los pantalones de papá Eduardo, suicidados con sus tirantes rojos. Y mamá Clementina — mamá que había leído *Brujas La Muerta de Rodenbach*, y Clementina que le hizo

prometer a Palinuro que conocería Brujas por ella—, soñaba que con ese mismo abrigo, y con una mascada roída por los gusanos de seda, paseaba el día de difuntos del brazo de la Duquesa de Guermantes por el Muelle Verde, viuda y con crespones y cachemiras de duelo, en una tarde dorada y untuosa como el vino de Tours, mientras en el soplo aguado de los espejos los cisnes expulsados del blasón del noble asesinado lloraban su exilio sobre la blancura de los nenúfares. Dos recámaras más allá y cuarenta años después, en su intimidad más avellanada, bajo su colcha de retazos familiares y a punto de despertarse, la

tía Luisa, como siempre, soñaba con París. Y como pensaba que París estaba ya tan viejo y achacoso como ella, soñaba que le escribía cartas a París preguntándole cómo seguía del Sena, si por fin lo habían operado de la Plaza de la Opera, si le habían graduado anteojos en el Arco de Triunfo y si le habían salido canas en el Bosque de Boloña.

Diez años antes y una recámara abajo el abuelo Francisco, tras haber instaurado el toque de queda con sus pedos formidables, soñaba que pasaba del escritorio de recordar la Revolución a la ventana de asomarse a la calle para ver pasar a las muchachas de pantorrillas gruesas como zepelines, a la

caja fuerte de contar los billetes azules con garigoleos históricos, a la mesa de redactar las órdenes: y ordenaba entonces que se construyera un monumento de tamaño natural al Arbol de la Noche Triste, antes de que el verdadero se cayera a pedazos como un viejo del agua sobre los caminos de Popotla, y ordenaba que fueran sacados de la catedral metropolitana los restos de Iturbide y echados al mar para que navegaran de allí en adelante entre dos aguas, como en vida lo hizo siempre el emperador, y ordenaba que le mandaran un aeroplano de ruedas que lo llevara de la mesa de redactar órdenes a la silla de leer el periódico de los domingos, a la

cama de tomar el desayuno en la cama, a la fotografía de mirar, desde arriba y entre los vivos, la recámara de la abuela Altagracia. Porque tres meses hacia abajo de los años que tenía el abuelo Francisco, veinte centímetros a la derecha de los vivos y otros veinte a la izquierda de los muertos, dos metros bajo el cielo raso y cuatro sobre los géiseres del infierno, con una sonrisa de estuco y la conciencia al negro vivo, la abuela Altagracia, después de haberle mendigado un síncope a la Providencia como todas las noches, dormía y soñaba entre todos sus vivos habidos y entre todos sus muertos por haber. Los vivos, como Estefanía y yo y nuestros padres y

el tío Felipe y la tía Luisa y tantos otros, estábamos enmarcados a la izquierda de la cama, mientras que los muertos en sus daguerrotipos, en sus retratos al lápiz y al pastel, sus caricaturas, sus fotografías de primera comunión y sus esquelas de periódico, tapizaban el lado derecho de la pared. Estaba allí el bisabuelo Uwe, que había desertado cuando la guerra franco-prusiana. La bisabuela estaba a su lado, con arracadas de brillantes y un abanico valenciano. Estaba también una prima nuestra a la que un ataque de peritonitis sorprendió durante su baile de quince años, y que murió con un ramo de orquídeas sobre el pecho cuando la ambulancia pasaba bajo los ciclamos

dorados del bosque. Y estaban allí otros tíos y tías y primos lejanos y tatarabuelos que Estefanía y yo nunca conocimos. Solamente el tío Alejandro, que se fue a Alemania con toda su familia y que después de los primeros bombardeos de Berlín nunca se supo más de él, fue el único que estuvo durante varios años colgado en medio de la pared, bajo el Cristo, ni vivo ni muerto. Hasta que un día Altagracia amaneció con el suficiente humor para vestirse de luto, llorar un poco, recibir pésames y rezar nueve rosarios, y pasó el retrato del tío Alejandro al lado de los muertos. Y la abuela Altagracia, que amaba su jardín y que al igual que el

abuelo extrañaba la nieve del Norte, soñaba que le daba a los rosales, los limoneros y los conglomerados de violetas un poco de nevada dignidad. Soñaba que salía de su cuarto a media noche, se sentaba en un banco altísimo de patas avestruzas, desenrollaba un pliego y le leía en voz alta a Ricardo el jardinero las instrucciones para talquear el jardín: se comienza de noche, caminando de puntas, con las mimosas púdicas. Una vez cumplido este requisito, se puede talquear a los pensamientos, los lirios o las rosas, es indiferente, ¿me oye usted, Ricardo? Hay que tener especial cuidado con los heliotropos, que a estas horas están

dormidos y les faltan varios días o trece años para bajar a la tierra. Las camelias y los narcisos agradecerán que se les talquee, pero como son blancos el trabajo será inútil, ¿me escucha usted, Ricardo? A las hortensias y a las fucsias hay que talquearlas desde cierta distancia y dejar para lo último a los nomeolvides y a las adelfas. Al día siguiente, lo verá usted, Ricardo, el jardín amanecerá nevado para asombro del coronel, del mayor, del capitán, de los inquilinos y de la policía.

Y tres y cuatro recámaras hacia la derecha respectivamente, y sesenta años antes y sesenta años veinte días antes, también respectivamente, a diez metros

uno del otro en el espacio, pero a unos milímetros, a unos cuantos granos de arena y de tiempo de bañarse en el mismo mar y en el mismo sueño, Estefanía y Palinuro dormían y soñaban. Dormía Palinuro, soñaba Estefanía. Dormía Estefanía, soñaba Palinuro.

Palinuro nunca había conocido un lugar semejante. Aquello era como un zoológico gigantesco, o como El Arca de Noé sobre las rodillas de Hurtalí. Había serpientes, focas, ornitorrincos, jirafas, vacas que desbordaban su leche sobre las cabezas de piedras prehistóricas, marmotas, lagartijas y ciempiés, gansos amasados con enormes cantidades de migajón y saliva,

zarigüeyas, cebras, garzas con plumas equinocciales, escarabajos estercoleros, hipopótamos y una infinidad de aves marinas cuyos solos nombres eran va una garantía de espumas y fosforescencias marinas: el alcatraz, el fulmar, el albatros que corta las ondas con sus alas filosas como el papel Brístol. Había también corzas y eran las favoritas de Líster, el príncipe de los cirujanos, rodeado de un aura de fenol y de gloria inglesa, que invitó a Palinuro a ir con él al Parque Real de Windsor y juntos, mientras discutían sobre la ovariectomía que MacDowell hizo en Kentucky, espionaron el acomplamiento de las corzas. Cuando ya había pasado,

cuando ya corzos y corzas habían ejecutado su danza de amor bajo las hojas ámbar de los maples y las hojas oscuras de los robles escarlata pisoteando las rubias pratenses y los corros de brujas formados por los hongos, Palinuro y su maestro decidieron abrir a una corza. A la primera, le rasgaron el vientre con un bisturí media hora después del coito. A una segunda, la abrieron dos días después. A una más —se prometieron—, la abrirían cuando hubieran transcurrido tres semanas. A la primera le extrajeron la matriz y el útero, que era como una pera azul, y a través de un microscopio observaron los óvulos flotantes bañados

por el esperma doncel y allí, oh maravilla de maravillas, allí estaban los corzos nuevos, tan pequeños, pero tan pequeños, que no había forma de jurar que eran ellos. Palinuro y su maestro, felices, brindaron con vino de jengibre. «Increíble, señor Líster», dijo Palinuro. «Yo no soy Líster, querido amigo: soy el doctor Harvey», dijo el señor Harvey-Líster y le enseñó las manos a Palinuro, y Palinuro vio que sus dedos no terminaban nunca, que los dedos de una mano se transformaban en venas y arterias azules y rojas que llegaban hasta la punta de los dedos de la otra mano, donde otra vez se transformaban en dedos. «Perdóneme, señor Harvey, yo

estaba equivocado», le suplicó Palinuro a Líster-Harvey, y cuando los dos personajes lo perdonaron volvió a ser feliz, porque se supo capaz de hacer, lograr y conquistar lo que tantos otros genios habían hecho, logrado y conquistado: genios que conocían el valor de la vida humana y eran fuertes como rompeolas virtuosos, y que aquí o allá, en la torre oeste de la Universidad de Glasgow, en la Salpêtrière de París o en las casas de ladrillo rojo a la orilla del Potomac, habían dejado su vida, pestaña por pestaña, en honor de la ciencia. Y mientras Palinuro uno conversaba con el señor Lístervey y Palinuro dos discutía con el señor

Hárlister de lo mucho que podría avanzar la medicina si se violaba a una yegua con una cánula dorada Hamilton, o se le inyectaba a una mariposa medio litro de jarabe para la tos, hete aquí que pasó Metchnikov por la calle con un tarro de cerveza en la mano. Pocas cosas le gustaban tanto a Palinuro —o incluso a Estefanía—, como verse al espejo e imaginarse con las barbas, espolvoreadas de estrellas, de Metchnikov, el sabio ruso, planeando el itinerario de sus suicidios el primero, el segundo, el tercero, ya fuera en Heligoland, Odessa o Tenerife, y conversando de histología con las iguanas y los rinocerontes y eructando

paisajes negros y hoces plateadas. De modo de aceptó esta segunda invitación para caminar rumbo a la playa mientras los niños de Sèvres lo seguían gritándole «¡Père Noel! ¡Père Noel!»; y él les arrojaba caramelos de porcelana con la forma de conchitas y caracoles. Palinuro se despidió de los señores H. y L. que le dijeron adiós con gaviotas en las manos y se fue con el señor Metchnikov. Llegaron a la playa donde se asoleaba el mar infinito, y pescaron estrellas de mar porque tenían la intención de investigar cómo es que estos animales digieren la luz de la luna y sus coágulos de leche semipesada. Pescaron cinco o seis estrellas, les

inyectaron carmín destilado de los lápices de labios de mamá Clementina, y como eran transparentes pudieron observar cómo unas células portentosas devoraron a las partículas extrañas. Les cortaron las patas a las estrellas y las echaron al mar para que de cada una brotara una nueva estrella con la memoria refrescada. Entre las jorobas del mar, bañado de algas y de patas de estrellas, de cuernos de madrépora y escamas de sirenas, salió, quién lo iba a imaginar, Roberto Koch, que acaba de pescar una anguila de dos kilovatios y tres peces dorados a los que iba a inocular el bacilo de la tuberculosis. Palinuro se encontró en la playa un libro

y le pregunto a Koch si no era suyo. Alguien silbaba una canción y el aire hacía pasar las páginas. Palinuro le iba a hacer la misma pregunta a Metchnikov, pero éste decidió seguir el ejemplo del sabio alemán y se zambulló en el mar, para volver un minuto después con una perca en la mano. Cuando Palinuro parpadeó, en la playa ya no estaba nadie, ni siquiera él mismo. Y es que naturalmente, no era Palinuro el que estaba soñando este sueño, sino Estefanía la que estaba soñando que ella era Palinuro. En fin, el caso es que según el reloj de la luna eran entre las ocho y la mañana de un verano, una tarde en que la eternidad sobrevolaba

las ciudades bajo los nimbos de los soles muertos y en que no había nadie en la playa, a excepción de Estefanía sentada en la arena y rodeada de libros de cuentos de hadas y de novelas rosa, y vestida con su traje nuevo de espuma de mar. Pero era un traje incómodo que cuando la marea bajaba se volvía muy largo, y la hacía tropezar y salpicar burbujas, y con la marea ascendente se le enrollaba hasta el cuello, casi ahogándola, y en la piel se le prendían los caracoles sedientos. Alguien siguió silbando una canción y con el aire las hojas de las novelas y los cuentos se transformaron en pájaros rosados que se fueron volando. Metchnikov volvió a

salir del mar. El agua le había puesto la barba de un azul verdoso, como las turmalinas, y la perca se había transformado en una llave de oro. «Toma niña, guarda esta llave, pero no abras esa puerta», le dijo a Estefanía señalándole una puerta que daba a alguna parte y entregándole la llave. Pero Estefanía se hizo la inocente, se puso una diadema de abejas que zumbaban alrededor de sus cabellos de miel, y con sus propias manecitas, tostadas por el contacto de los peces carbonizados, abrió la puerta. Después de caer hasta el fondo de sus recuerdos se encontró con un conejo blanco que tenía mucha prisa y la mitad de la

cabeza roja y caliente. «¿Adónde va usted?», le preguntó Estefanía. «Al funeral del doctor Bernard, niña entremetida», le contestó. «¿Está usted enojado?», le preguntó Estefanía-Alicia. «Sólo medio enojado», le contestó el conejo: «Antes de morir, el doctor Bernard me cortó el nervio simpático izquierdo.» «Qué tipo tan medio-antipático», pensó Estefanía, en tanto que el conejo se iba corriendo. Para esto, había dejado de llover y los paraguas, con la salida del sol, se habían ruborizado por haberse olvidado abiertos. En la siguiente habitación Estefanía se vio a sí misma dormida en un bosque, bajo una campana de cristal

que le enrarecía el pensamiento, y el príncipe Líster, de bucles rubios y con un aliento morado oloroso a formaldehído, se acercó, levantó la campana y la besó en la boca. Estefanía se despertó muy asustada porque pensó que había concebido un ciervo y que Líster le iba a abrir la matriz con un cuchillo. Pero Líster la tranquilizó diciéndole que sólo le iba a hacer la autopsia, que únicamente le iba a abrir el corazón para limpiarlo de coágulos, y se lo llevaría en una caja de Petri a la reina madrastra Estefanía. En la siguiente habitación, Estefanía se encontró con dos perros que insistían en firmar un pacto de sangre. «Pero ¿con

qué lo escribimos?», preguntó uno, sumamente flaco porque su conducto pancreático estaba desviado al exterior de su cuerpo. «Eso es lo de menos», dijo Mamá La Oca, arrancándose una pluma de debajo del ala. El perro cogió la pluma y se picó una vena. «¿Por qué tienes la sangre tan roja?», le preguntó Estefanía. «Para morirme mejor», le contestó el perro y éstas fueron sus penúltimas palabras. Las últimas, en realidad, fueron unas burbujas que le salieron por la boca y adentro de cada una había uno de sus órganos en miniatura: un pulmón cancerado, un hígado cirrótico, una lengua escarlatina. Al final, del tubo de vidrio donde

desembocaba el conducto pancreático salió una última burbuja, transparente y brillante como un pisapapeles que contenía, también en miniatura, los Islotes de Langerhans Estefanía abrió otra habitación y se encontró con todo el cortejo de los funerales de Claude Bernard. Nunca había visto Estefanía una cola tan larga y sobre todo tan triste de animales enfermos y tullidos, con muletas y cánulas y férulas, con heridas abiertas y fístulas purulentas, con tumores y tuertos, con leucemia y cojos, con transfusiones y mudos. Pasó un sapo macho en una silla de ruedas, que acusó al abate Spallanzani de haberle arrancado las patas a la hora del coito,

para comprobar que ni así soltaba a su hembra. Pasó un vagón con perros hibernizados que tenían los corazones al aire, rodeados de hielo *frappé*. Pasaron los pichones de Skinner, jugando ping-pong. Pasó una carreta llena de ratas inmensamente gordas con agujas encajadas en el hipotálamo. Pasaron los siete ciervos enanos del bosque, enfermos de la glándula tiroides. Pasó también una pareja de ratones blancos recién casados que le enseñaron sus colas llenas de bacilos de tétanos. Pasó después un perro notario que se quitó el sombrero respetuosamente enseñándole el cerebro al descubierto, palpitante y seroso: «Mire usted cómo me dejó el

doctor Roux —le dijo— y como consecuencia de ello, en invierno no puedo pensar porque se me congelan los pensamientos, y en verano todas mis ilusiones me escurren por la cara y el cuello.» Pasaron también tres gansos, dos cabras y un gato, con letreros colgados del cuello, que decían que eran mudos porque el doctor Galeno les había cortado las cuerdas vocales. Y pasaron muchos, muchos otros animales, para la tristeza infinita de Estefanía, incluyendo a diez perros neuróticos de Pavlov, cincuenta conejos fumadores y un caballo que se quejó de ver todo el día y toda la noche, flotando en el aire y flotando en sus sueños, enormes gusanos

dorados, y todo por culpa del doctor McKinley de la Universidad de Alabama, que le había inoculado los ojos con agar-agar y estreptococos. Y por último pasaron dos perros, es decir, un perro; no, es decir, dos perros. Bueno, el caso es que se presentó un perro con dos cabezas —o dos cabezas con un perro, Estefanía nunca estuvo segura—, y se quejaron amargamente: «Yo era un perro completo —le dijo Tuweedledum, que así se llamaba—, hasta que llegó el doctor Guthrie de Chicago, me cortó la cabeza y la injertó en el cuerpo de Tuweedledee. Ahora soy una cabeza sin perro.» «Yo también era un perro completo —se quejó

Tuweedledee—, hasta que llegó el doctor Guthrie de Chicago, y me injertó la cabeza de Tuweedledum. Ahora soy un perro supercompleto, con dos cabezas.» «No es cierto —protestó Tuweedledum— mi cabeza no es tu cabeza.» «Grrrr —gruñó Tuweedledee — si insistes en que tu cabeza no es una de mis dos cabezas, me voy a negar a que mi estómago digiera tu comida, a que mis patas te lleven a pasear, a que mi corazón te lleve sangre pura.» «Cálmense, por Dios», les pidió Estefanía, y les ofreció un pedazo de pan; pero se arrepintió en seguida, y les ofreció mejor, dos pedazos de pan. «No, gracias —dijo Tuweedledum—,

prefiero morirme de hambre que alimentar a un cuerpo que no es el mío.»

«No, gracias —dijo Tuweedledee—, prefiero morirme de hambre que alimentar a una cabeza que no es la mía.»

Estefanía se quedó muy pensativa, y por último llegó un gusano de seda que se quejó que el señor Malpighi lo había abierto en canal. Estefanía metió las manos en el vientre del gusano, sacó la punta del hilo de seda y comenzó a jalarlo y jalarlo y parecía que no iba a terminar nunca. A todas las señoras del mundo se les fueron las medias por ese hilo. A un mandarín que estaba comiendo frutas de lichí con té de jacintos se le fue la bata bordada con la

historia completa de la dinastía Ming, desde la victoria de Chu Yuang-Chan y la ocupación de Karakorum hasta el reinado de Kin Khan. Y a unos ejecutivos de Madison Avenue, que estaban en el Restaurante 21 de Nueva York agasajando a los clientes del Jabón Lux y a 9 de cada 10 estrellas de Hollywood, se les fueron las corbatas regimiento. En la última de las habitaciones estaba Estefanía, sola y loca. Era una sala de volumetría inmensa, de muros, techos y pisos cubiertos con mosaicos blanquísimos e immaculados. Las palomas de Fluorens, sin cerebelo, volaban en lo alto y se estrellaban en los mosaicos, caían en los

frascos de anaranjado de metilo y se cortaban el cuello al romper, con su vuelo torpe, los tubos de ensayo de cristal de Bohemia y los matraces de cristal de Jena. Las gotas de sangre, rojas, y las gotas anaranjadas de metilo, cayeron en los morteros de ágata y en los vertederos blancos corroídos por el ácido nítrico, mientras que las lágrimas de Estefanía se deslizaron por largas pipetas de vidrio, dejando un poco de transparencia aquí y allá, se filtraron a través de tamices de seda, dejando un poco de azul aquí y allá, y se derramaron en crisoles de níquel. Sólo mucho tiempo después, cuando Estefanía se olvidó de las palomas de Fluorens y

de todos sus animales muertos y torturados en nombre de la ciencia, sólo hasta entonces sus lágrimas se evaporaron y cada una se transformó en una pequeña llama en forma de mariposa, del color violeta de la flama del potasio con hidrógeno.

3. Mi primer encuentro con Palinuro

«Doctor Palinuro, válgame Dios, ¿qué hace usted allí?» «Lo que a usted no le importa. Entréguele una copia de la llave a este jovencito y váyase a desverbenar sus comadreos a otra parte. Ya no quiero verla por aquí. Espérese. Acérquese. Extienda la mano. Ajá. Abra bien los ojos. Más. ¡Más todavía! Mmmmm... Parece una Eritroblastosis fetal. ¿Ha sufrido de disnea

últimamente? ¿De enuresis?» «Oh, doctor Palinuro, ¿me voy a morir?» «Todos nos vamos a morir tarde o temprano. Usted se va a morir si no se toma estas cápsulas de Clorhidrato de Clortetraciclina...» «Gracias, gracias, doctor Palinuro. ¿Cuánto le debo?» «Nada, la consulta y la medicina son gratis si me promete no molestarme de nuevo, nunca más, con que le pague la renta. Tómese media cápsula una vez al mes y regrese cuando se le acaben. Y tú —me dijo Palinuro— no te asombres de verme así. Tus pocos años no te permiten asimilar que en el laberíntico remozamiento de la especie tropieza uno con nimiedades como ésta, tan difíciles

de arrancar.»

Me senté a la orilla de la cama, y por un instante supremo pensé, Estefanía, que jamás podría compartir un cuarto con un tipo como Palinuro que me recibía en esas circunstancias, alérgicas a toda esperanza.

«¿Estudias o trabajas?», me preguntó.

«Estudio. Acabo de inscribirme en la Escuela de Medicina.»

«¡Médico! ¡Médico! ¡Vas a ser médico, hermano, como yo! Te felicito. En toda tu vida, o cuando menos calculo que desde la cuarta semana de tu existencia intrauterina, cuando tu corazón medía apenas un cuarto de

pulgada, hasta este momento en que tu corazón es tan grande que en él caben, estoy seguro, todas las bendiciones del mundo, sus horrores e incluso una catedral de libros y tu futuro amigo Palinuro, jamás, escúchame bien, jamás has tomado una decisión más sabia e importante. Pásame un cigarro. Están allí, en el librero. ¿Me lo enciendes, por favor? Tengo las manos mojadas con vinagre. Gracias...» Palinuro aspiró el cigarrillo y continuó: «Claro que los tiempos han cambiado mucho, los médicos ya no cauterizan las heridas con conchas marinas al rojo vivo ni enseñan el arte de la flebotomía con la ayuda de tallos de loto. Nuestra época ya no es

romántica: los cirujanos cosen a sus pacientes con catgut de la Minnesota Manufacturera, y no como antes que se hacía con cuerdas de arpa, de modo que el doctor podía examinar al paciente y tocar un *glissando* al mismo tiempo. Nuestros días, en cambio, son muy distintos. ¿Cómo pueden ser románticos cuando las placentas congeladas se transportan en avión por miles y se le venden como *hot-cakes* de Findus al Instituto Mérieux para que todos tengamos nuestra ración de globulina gamma? pero de todos modos, no cabe duda, médico es la mejor profesión del mundo —dijo, hizo dos anillos de humo y prosiguió— porque cuando se es

médico, mi cuate, se es todo. El médico es un arquitecto, un abogado, un cocinero, un mago, un policía, lo que tú quieras: el médico es todo. Pero por favor, pásame ese chaleco de rombos de colores, que me estoy muriendo de frío...».

De las cuarenta y cinco apariciones de Palinuro en mi vida, ésa, la primera, jamás la olvidaré. La relojería del invierno, exacta en su blancura, se prendió al primer escalón sepia de la casona colonial de la plaza de Santo Domingo, tú la recordarás muy bien, Estefanía, porque así como tú y yo nacimos en el mismo cuarto de la misma casa de la misma ciudad, así Palinuro

vino al mundo —es decir, vino a *mi* mundo— en el mismo edificio y no otro en toda la ciudad de México donde tú y yo vivimos y nos soñamos juntos, y lo que es más: el cuarto donde vivía Palinuro en el quinto piso, era el mismo cuarto y no otro en todo el edificio, en toda la Plaza de Santo Domingo y en el universo entero, donde tú y yo, Estefanía, incansable y asombrosamente hicimos el amor en la cama, en el piso y en el espacio, desnudos, vestidos, despiertos y alelados, para la envidia de nuestros amigos, de nuestros parientes y del Almanaque para Granjeros. El mismo cuarto donde nos peleamos con las palabras y con las cosas y nos

reconciliamos con ellas. El mismo cuarto, en fin, que mandamos hacer a la medida de nuestros deseos y de nuestros recuerdos y al que tú llegabas en las madrugadas después de tus guardias nocturnas en el hospital, cansada de rasurar los pubis de los operados y de precalentar cómodos y de lavar las llagas de enfermos en coma perpetua, y adonde yo regresé después de haber pasado por las agencias de publicidad y otras islas imaginarias, cansado de hacer campañas y anuncios para Cañada Dry, slogans para Palmolive y jingles para las sopas Campbell, y decidido a inscribirme de nuevo en la Escuela de Medicina y no abandonarla jamás. La

portera me precedió en la escalera donde tú y yo encontraríamos una noche a Palinuro arrastrándose para alcanzar la gloria, y en el segundo piso, ¿te acuerdas?, donde vivía el cartero, la portera me explicó que iba a compartir y aderezar mi cuarto con un rancio estudiante de medicina, y mi alegría no pudo ser más grande. Un acopio de tréboles divergentes entrelazó sus hesperidios, por un hilo de plata se deslizó un esturión de hielo que desgajó su?, huevecillos en el aire, y aquel caviar espléndido se transformó en una frutería volante. «Siempre pone el tocadiscos así de fuerte, ya se acostumbrará usted», me dijo la portera

sin escatimar alguno que otro eructo. De un rincón a otro, en los copos de nieve que los cuervos blancos llevaban en sus picos, las tazas desportilladas se espolvorearon de Nescafé y por el redondel del tragaluz, magro y fervoroso, la luz se desmenuzó en los cabellos de medusa de la portera. «Y para colmo no tiene sino un solo disco. A ver si usted lo convence para que se compre otro.» Llegamos así al cuarto piso, ¿te acuerdas, Estefanía?, donde vivían el doctor borracho y la vecina loca, y se escuchaban, aquí y allá, las esporas de una conversación gelatinosa y yo seguía subiendo la interminable escalera del viejo edificio colonial de

espumilla roja, sumergido en una oscuridad de brebaje de algas, entre verdosa y opalina, con sugerencias de alcanfor de manzanas y yemas podridas, hacia el inmenso órgano de viento ardiente que formaban los matraces, los tubos de ensayo y las retortas de la catedral alquímica de Palinuro, a quien iba a conocer de un momento a otro, me dijo la portera, a la vuelta de una cornisa o en el desagüe de la penumbra que se transformó, de pronto, en una diafanidad tempestuosa. Y así fue, te juro que no lo voy a olvidar: bajo aquella luz de celofán oleoso, en medio del cuarto y a tiro de flecha de la ventana que daba a la calle y a la tarde,

estaba Palinuro desnudo de la cintura abajo y de la cintura arriba, recetándose un baño de asiento en una tina de aluminio llena de vinagre. Para entonces era tal el escándalo, y reincidía tanto aquel vaivén dulcísimo del *Invierno* de Vivaldi donde se demoraba un helecho de notas esbeltas, que tuve que acercarme al tocadiscos y apagarlo.

Palinuro se levantó escurriendo vinagre, se puso su chaleco de rombos de colores, levantó un brazo en actitud flamígera, y dijo: «Pero antes de continuar, hermano, déjame saludarte: ¡Salve! Bienvenido a esta reencarnación decadente de los personajes más conocidos de la fauna medicoliteraria.

Bienvenido, y resígnate a la idea de que tú y yo iniciemos en nuestro país dos generaciones inolvidables de hombres dedicados a la gay ciencia de la medicina, así como los Norcini y los Preciani de Norcia y Preci, de modo que nuestros hombres quedarán unidos para siempre, como los de nuestros ilustres colegas y antecesores San Cosme y San Damián. Y ahora supongo que tengo que darte una explicación abracadabrante de las razones por las cuales me encontraste así, rascándome los dicotiledones y dándome un baño de cuelo en este vinagre purísimo. ¿Sabes una cosa? Me pegué un susto enorme cuando te vi entrar, porque creí que me

había desdoblado. Somos iguales, como dos gemelos univitelinos. O quizá sea más correcto decir que tú eres como yo seré y que yo soy como tú eras...»

Caminó hacia una mesa y me mostró un cráneo.

«En otras palabras, lo que escribí en la frente de este braquicéfalo. “Como te veo me vi, como me ves te verás”. ¡Qué estupidez! ¿Hay alguien que pueda verse a sí mismo cuando ya está muerto? Bueno, ésta es la culpable, no la calavera, sino la muchacha de la fotografía. Resulta, hermano, que estoy inundado de ladillas, los fatales piojos del pubis. Se dan casos, por supuesto, de ladillas en los bigotes. Pero yo no me

dejo los bigotes porque soy supersticioso: tengo trece pelitos de cada lado. Y tú, ¿has tenido alguna vez estos desgraciados anopluros inguinales? ¿Los has sentido interiorizar alguna vez tus poros pudendos y darte una comezón de uvas calientes?»

«¿Son una enfermedad venérea?», le pregunté.

«Bueno, tanto como enfermedad, no. Y como venérea, tampoco. ¿Dónde se ha visto una enfermedad con patas? Pero el caso es que se adquieren sólo mediante el contacto sexual. ¿Nunca te las han pegado?»

«Estefanía nunca ha tenido nada de eso.»

«¿Quién es Estefanía?»

«Mi prima.»

«Pero otra amiga, otra prima...»

«Aparte de Estefanía nunca me he acostado con otra mujer.»

«¡Ah, qué me has dicho! Hoy mismo entrarás conmigo en el reino de los burdeles. Acabo de decidir, en este segundo, convertirme en el hierofante, en el mistagogo que te iniciará en los misterios no sólo de la Medicina, sino también de la vida airada. ¡Lo juro por Apolo Médico, por Esculapio, por Higea y Panacea! —gritó, señalando el Juramentó de Hipócrates colgado en la pared, y me tomó de la mano—. Te conduciré por las casas de enfermos y

por los hospitales de ultramar. Te enseñaré los secretos no sólo de las enfermedades venéreas sino de todas las calamidades no previstas en los urinarios. Haré que te aprendas de memoria los cuatro puntos cardinales de la inflamación que componen el cuadrilátero de Celso: rubor, tumor, calor y dolor. Y te iniciaré en el arte de la asideración, o muerte violenta por inmersión en agua helada, para que mates a tus acreedores con un cubetazo de agua fría, sin que jamás se descubra el crimen. Supongo que también se puede hacer con vinagre. Mira, tócalo. Está helado, ¿verdad? Después, para establecer vínculos paulatinos, nos

iremos a cabaretear como los hiperbóreos desde la punta de esta noche hasta el oasis de un mediodía muy distante, más allá de las fronteras del vicio. Te advierto que mi *Bebiculum Vitae* es muy impresionante, así que después de mandar a la nostalgia de regreso por correo ordinario vamos a beber a trompa de elefante en la cantina de Pepes, donde no sólo puedo firmar las paredes con orines sino también algunos vales que pago cuando se me da la gana y el dinero. Luego, podríamos ir a un cabaretucho donde va toda la broza nostra y que le llamamos “El Tijuana”, porque allí, como los turistas gringos, te puedes conseguir unos tragos baratos,

una puta barata y una gonorrea barata. O si prefieres, nos vamos a un burdel al que yo le puse el nombre de los Campos Elíseos, o Delíceos, porque allí el alma y el cuerpo encuentran el premio merecido: las huríes de azafrán prometidas por Mahoma, las odaliscas de cabellos largos y azules como el Nilo. Además, soy muy amigo de la madrota, la Doña Amábile. ¡Qué comezón, carajo! ¿Qué te parece el plan? ¿Tienes algún inconveniente?»

«Lo que tengo es hambre.»

«Yo también, no te creas», dijo Palinuro, se quitó el chaleco, se puso una camisa, y de nuevo el chaleco de rombos de colores. «Mira, te decía que

ésta es la amiga con la que me metí, y te lo cuento para que no confíes en las amigas y menos si son de la clase de prostitutas que trotan por las madrugadas al margen de las leyes y de tu conocimiento. En el día, no lo creerás, era una cenicienta, una cocinerita que me quería tanto, que cada vez que pelaba una zanahoria se acordaba de mí y cuando la rebanaba le dolía en carne propia. Desde que descubrí las ladillas, un coraje se me prendió con avaricia en esta víscera, esquina con el cordón de Arancio. Quitarse las ladillas es fácil, les echas DDT en polvo y se van volando, por así decirlo. Pero los huevecillos, que se

llaman liendres, se pegan a los pelos y no se quitan con nada. Luego, naturalmente, nacen las ladillas bebé que apenas abren los ojos comienzan a chuparte la sangre, y es cuento de nunca acabar. Me recomendaron los baños de vinagre, pero ha sido inútil: las liendres permanecen inefables. Y lo peor, es que desde hace tres días todo me sabe a ensalada de Sanborn's: el café con leche, los *cornflakes*, el ron. Además, mi sudor huele a vinagre, mi orina huele a vinagre, mi saliva huele a vinagre. He llorado de desesperación, y por supuesto los ojos me ardieron una barbaridad porque lloré vinagre. — Palinuro apagó el cigarro en la tina y lo

arrojó después por la ventana. Cogió un espejo de mano. Vio su cara triste. Luego, vio su cara alegre y exclamó, inundado de felicidad—: ¡El médico es el actor por excelencia! Si tú no sabes fingir, nunca podrás ponerle cara alegre al paciente que se está muriendo de carcinoma gástrico y decirle “naturalmente que se va usted a aliviar, hoy tiene muy buen color: ayer estaba usted amarillo y hoy está verde: ¡y verde es el color de la esperanza!” Bueno, pues, ¡a vestirse se ha dicho! Después te tocará hablar a ti, contarme toda tu vida y la de Estefanía, ¿de acuerdo? Hablaremos y brillaremos alternativamente, como Cástor y Pólux.

Para eso, te prestaré en su oportunidad mi chaleco, que tiene virtudes mágicas: cuando te lo pones, te pones la elocuencia y la cultura, te vuelves ventrílocuo de corazón y cambian todos tus puntos de vista, la forma en que ves la vida y hasta tu manera de andar y hablar. Y no te preocupes del hambre: en la cantina de Pepes nos darán unas botanas sensacionales además de unas increíbles cebollas en vinagre. ¿En vinagre? ¡Estoy loco!»

«Bueno, ¿no nos vamos a ir nunca?»

«Ahora mismo acabo de vestirme», me contestó y se puso un calcetín. «Pues sí, me alegro infinito que estudies para médico, porque insisto, no ha habido

nunca un oficio tan noble y tan rico como el de un médico. El médico, y sobre todo el cirujano, conjuga todos los oficios y profesiones del universo. Aunque claro, todo médico es cirujano y todo cirujano es viceversa, como decía Lanfranc: *Omnis practicus est theoreticus: atqui omnis chirurgus est practicus, ergo omnis chirurgus est theoreticus.* Más claro ni el agua...»

«No entendí nada. No hablo latín.»

Palinuro aventó el libro y se sentó en la cama.

«No se necesita hablar latín para saberse *algunas* cosas en latín, o incluso para inventarlas. Por ejemplo: ¿has escuchado la expresión *Cogito, ergo*

sum?»

«Pienso, luego existo.»

«¡Muy bien, muy bien! Pero lo que *no* has escuchado, es la variante que inventé —Palinuro se señaló el miembro — *Vergo, luego cógito*. Genial, ¿verdad? —Palinuro se acercó a la ventana y señaló las azoteas, el campanario de la iglesia de la Santa Expiración, los rascacielos de cumbres plateadas—. ¿Te parecen magníficos todos estos edificios y estas casas? ¿Puedes incluso imaginarte una vieja Escuela de Medicina cuya arquitectura se pueda inventar a discreción, adornar con voluptuosidades hediondas y atlantes patinados que sostienen aulas

oscuras? Pues eso no es nada: el médico, caro amigo, es el arquitecto del cuerpo que compone fracturas y esguinces y fabrica cúpulas y fémures de platino.»

Palinuro se puso el otro calcetín y caminó hacia un enorme baúl que había en un rincón, lo abrió y sacó una gorra de cuadros y una pipa. «Olvídate del ropero del abuelo Francisco. Mi cofre tiene tesoros que te dejarán con el esfínter bucal abierto y lanzando juramentos médicos como ¡sístoles y diástoles!» se puso la gorra, se colocó la pipa en los labios, y comenzó a gatear por el suelo. «El médico, hermano, es el detective... el investigador que le sigue

el rastro al *rigor mortis*, el inspector que interroga a las circunvoluciones cerebrales... ¡qué sucio está el suelo! Tenemos que barrerlo mañana sin falta o a más tardar la semana próxima. Toma, también te presto mi gorra para que vayas desarrollando tu sentido de la observación como lo hizo el famoso doctor Joseph Bell, en quien se inspiró Conan Doyle para crear a Sherlock Holmes. Tengo aquí libros y revistas viejas: nada menos que treinta o cuarenta números de *Lacent*; el *I Ching*, y un chambelán de la tía Luisa que todavía huele a *Roger et Gallet*», Palinuro alzó el brazo y fingió que se perfumaba la axila. «Pero otro día te

enseñaré todo lo que guardo aquí. Por ahora, recuérdame que cuando salgamos, me lleve mis Electromusigramas, que quiero enseñarte mientras caminamos. Y también mi ropa sucia para desinfectarla en el autoclave del hospital. Hay calzones que llevan aquí tres meses. Y calcetines... bueno, éstos ya están para la basura: ¡tienen más agujeros que un queso Emmental!»

«Será que un queso Gruyère», le dije.

Palinuro me quitó la gorra, se la puso, frunció la nariz y afirmó:

«Emmental, mi querido Watson... y a otro asunto: ¡Hoy, las tapas de los libros saltan como cabras al olor de la

yerba fresca! Nunca podrás leer completo este ejemplar del Malleus Maleficarum, porque mira: le hice un agujero a todas las páginas en el centro, para guardar otro regalito de Walter: Cannabis del más verde de todos sus valles. O sea marihuana, como su nombre indica. Pero ésa la reservamos para el regreso. Ah, aquí están mis trajes. En realidad no tengo sino dos, pero también puedo prestártelos cuando quieras. Este, que como ves tiene un lindo color azul Francia, lo uso para ir a las bodas y los bautizos. Y este otro, negro, no me lo he puesto nunca: lo estoy guardando para mi entierro, al que pienso asistir de incógnito para ver qué

tanto me lloran mis amigos.»

«¿Por qué hablas tanto de la muerte?»

«Es la muerte la que habla por mis labios: va te acostumbrarás como estudiante de Medicina, a la muerte de todos los días. Pues como dijo Claude Bernard: *Lu vie c'est la mort*. Aunque prefiero lo que dice el Divino Marques, que consideraba a la muerte como una de las preciosas leyes de la naturaleza. Mira —me dijo Palinuro enseñándome un barco de juguete—: éste fue el primer barco, y el último, que armó mi padre para mí. Lo que me hace pensar que el cirujano, mi cuate, cuando está en la sala de operaciones rodeado de su

tripulación de enfermeras vestidas de verde y blanco, ¡es el capitán de un buque que navega en un mar de sangre y linfa, sobre las cistotomías y las trepanaciones, y entre Scila y Caribdis, con la cara atezada por las lámparas del quirófano! A babor...»

«Hay un anestésista; doctor...»

«A estribor...»

«¡Hay un linfosarcoma, doctor!»

«¡Muy bien, bravo, ya estás aprendiendo a jugar! Ahora toma —dijo, y me entregó unos papeles enrollados—: esto nos lo vamos a llevar. Y también algunas muestras médicas que siempre son muy útiles. Por cierto, cuando tengas cualquier cosa, encontrarás en este baúl

además del Larousse Médico, del Larousse Médical de Guerre que era del tío Esteban y de una edición vieja del Manual Merck, cientos de muestras médicas que he ido coleccionando con los años. Cualquiera día de éstos, nos podemos dar un banquete y organizar toda una semana de Meditrinales, para nuestros amigos y nuestros vecinos. O podemos guardarlas, si prefieres, y cuando tengas cualquier síntoma: esplenomegalia, arañas vasculares, comenazón en el occipucio, fiebre botonosa o una cefalalgia, consulta el Manual y elige tu medicina. Aquí tengo de todo y también anfetaminas, a pesar de tener forma de corazones color de

rosa, no se para el pito... pero también encontrarás aquí, en este baúl y en caso de emergencia, un poco de yohimbina... ¿la has probado?»

«No, no sé lo que es...»

«Es un afrodisíaco. Dime: tú no sabes nada de nada, ¿verdad?»

«Casi nada.»

«Bueno, yo sólo sé que no he cenado, así que vámonos, pues. A propósito de anatomía: ¿te compraste el libro de Quiroz?»

«Sí, lo traigo en mi maleta.»

«Nunca lo hubieras hecho: yo ya lo tengo. Aunque se me ocurre que podemos empeñar el tuyo, y comprar comida con el dinero. Será un acto de

antropofagia simbólica, ¿no te parece? ¡Será como comer orejas empanizadas, tacos de pituitaria o próstatas a la parrilla! A propósito: bueno, no es a propósito, pero da lo mismo: ten en cuenta que el médico, además, es el Demiurgo que con un abrir y cerrar de tijeras —Palinuro hizo la V de la Victoria con los dedos y simuló que se cortaba el miembro de un tijeretazo— es capaz de cambiarte de sexo, fabricándote con tu propio intestino una vagina aterciopelada y palpitante — luego se llevó las manos al pecho—; el médico, por lo mismo, es un artista que esculpe senos y modela vientres. Olvídate de Miguel Angel, Canova o

Tolsá: al igual que Tagliacozzi, el padre de la cirugía plástica —y entonces Palinuro se pellizcó y palpó sucesivamente las partes del cuerpo de las que iba hablando—, el médico es el mago que te saca un labio de un pecho, un pecho de un codo, un codo de una barriga, una barriga de una nalga y una nalga de una nariz... No, perdón, es al revés: una nariz de una nalga. Eso sí está claro, supongo...»

«Sí, sí está claro.»

Palinuro se puso unos calzones multiflores y me alargó un libro.

«Mientras me peino y me lavo los dientes te dejo este libro de necropsias para que no te aburras. Te hablaré

también de mi primera autopsia, en la que por supuesto me tocó una muchacha joven y bellísima —se asomó por la puerta del baño con la boca llena de espuma—. Mientras hojeas el libro, ten en cuenta que el médico ante el cadáver, además de ser detective, es el arqueólogo del cuerpo... El sabio que descubre, en tus ruinas humanas, en el arco triunfal de tu pelvis y en las inscripciones de tu cerebro, toda tu historia y tu prehistoria clínicas. Por cierto...»

Palinuro se encaminó al baúl, sacó una fotografía y la contempló a contraluz.

«Hablando de jeroglíficos, pienso

que el médico, ante una radiografía, es el moderno Champolión que descifra las piedras color de rosa de la vesícula. Mira: esto que ves en la foto *no* es desde luego, la vesícula, aunque esté tan amarillo. Es mi amigo Fabricio, que en realidad es muy blanco: el amarillo es culpa del revelado. Fabricio, que lee en secreto los libros de Havelock Ellis y las novelas de Vargas Vila, tiene como ves toda la facha de asténico: tórax delgado, piernas largas, nariz prominente. Esto otro *no* es el hígado, sino mi amigo Molkas, que como contraste es un pícnico, el cabrón, chaparro, cuadrado, de cuello corto. Nació en el mes de marzo cuyo símbolo,

según los griegos, es un vaso de leche. Y es que el destino de Molkas está unido a la leche, como ya te enterarás. A los dos los vamos a invitar a emborracharse con nosotros.»

En ese momento, Estefanía, una paloma se posó en el antepecho de la ventana.

«Y ésa es la paloma de Palinuro — dijo el propio Palinuro—. Desde hace varios meses me visita todos los días y siempre se le aparece a las personas que quiero. Con ella les envió mensajes de amor a mis novias, y mensajes de odio a la portera. Ándale, palomita, vuela a la cantina de Pepes y dile al general del ojo de vidrio, al billetero, a Don

Próspero y a todos nuestros amigos que Palinuro ya va para allá y que les va a presentar a un cuate sensacional: ¡A un futuro médico!»

La paloma voló de la ventana y se perdió en el cielo. Palinuro dio un salto y cayó de rodillas a mi lado.

«Un médico, hermano, es nada menos que el sacerdote obligado a guardar el secreto profesional, al que le puedes confesar todas tus vergüenzas y tus padecimientos innombrables: confieso, doctor, que me acosté con una puta y me salió un chancro blanco — Palinuro se dio unos golpes en el pecho — . *Mea culpa! Mea culpa!* Confieso, doctor, que no me ha bajado la regla,

que tengo oxiuros, que tengo crestas en el glande, que no soy virgen, que tengo ladillas... ¡Oh Dios mío! Ya se me había olvidado: ¡tengo ladillas...! ¿Adónde vas?»

«A la calle. Te dije que tengo mucha hambre y ya me cansé de tus discursos.»

«Espérame. Un minuto nada más, te lo prometo. Por lo pronto, para irnos animando, vamos a tomarnos lo que queda de esta botella de brandy V.S.O.P. cuyas siglas quieren decir, como ya sabes... pero eso *sí* lo sabes, ¿verdad?»

«Verdad.»

«Bueno, pues entonces, guardemos el secreto. ¡Salud, salud, hermano del

alma!»

«¡Salud!», grité, inmensamente feliz de haber conocido a Palinuro.

Palinuro también te conoció a ti esa tarde, Estefanía. O mejor dicho, comenzó a conocerte. ¡Porque no te imaginas qué borrachera aquélla, la que nos pusimos! Caminamos abrazados como dos escolares, con la garganta inundada de palabrotas y la cabeza llena de pensamientos anaranjados. ¡Estábamos tan muchachos, en aquel entonces; éramos tan inocentes en el fondo y Palinuro estaba tan loco! Imagínate, Estefanía; se paraba de pronto en una esquina y a grito abierto me preguntaba: «¿Sabes lo que quiere

decir quiroponfólix? ¿Has visto últimamente al *Endomyces albicans*? ¿Eh? ¡Contéstame! No sabes un carajo, ¿verdad? ¿Y tú eres el que quiere ser médico? ¡Pues tendrás que comenzar desde la letra A del alfabeto!» Y yo, sin hacerle caso, le fui hablando de ti durante todo el camino, le descubrí tus ojos, tu manera de decir el amor y las ofrendas iluminadas que te iba a hacer cuando regresaras un día. Pasamos bajo los vitrales de la Hemeroteca Nacional que incorporaban varios reflejos y entre ellos las astillas doradas de un cartel de la Sociedad de Ornitólogos. Y pasamos por San Ildefonso, y por Justo Sierra, y seguimos caminando por las calles del

viejo barrio, decididos a descubrir un misterio filoso en cada mendigo o en la zapatería Relox y Perpetua, donde escogimos varios pares de zapatos para el futuro incluyendo un par de la última cosecha. Fue un paseo tan largo el de aquella tarde, Estefanía, tan lleno de calles y paisajes, que no hubo mosaico o columna cambiante, cúpula o patio inundado de flores amarillas que no recorriéramos. En El Éxtasis y La Esperanza pasamos revista a todo el catálogo de celebridades y compramos una tarjeta postal de Nietzsche, otra de Jerónimo Fracastoro, otra del célebre anatómico Guillaume Rondibilis, otra más de Ruelas con el zancudo gigante

que hunde su aguijón en el hueso frontal «como un clavo, como un clavo clavado en la frente», dijo Palinuro citando a Efrén Rebolledo, y por último una tarjeta de Fabricio de Acquapendente, al cual el otro Fabricio le debía algo más que el nombre. Compramos también un disco de 78 revoluciones con la voz de Marlène saliendo de un tubo eucalíptico, contemplamos algunos mapamundis jóvenes que mostraban el verdor de la tierra y pasamos bajo los caramelos de las peluquerías donde los barberos oxigenaban a sus víctimas y arreglaban el pelo y los problemas con navajazos alígeros. También compramos unas láminas con los esqueletos deformes de

Avicena y comenzamos a planear, casi sin quererlo, sin ponernos de acuerdo, el rapto que quizás sólo podría compararse al de Europa, pero en este caso no sería “el mentido robador” —dijo Palinuro—, sino *él*, Palinuro, y yo y Fabricio y Molkas los responsables. «¿Una muchacha de veinte años?» preguntó Palinuro y se contestó a sí mismo: «No, tiene que ser más joven, joven y pura como un linaje egoísta, para que en ella podamos ensayar todas las férulas y vendajes posibles, así como toda clase de gérmenes sobrenaturales... y muy bella, como esa prima tuya que dices... ¿Cómo es que dices?» me preguntó. Y yo le seguí hablando de ti, Estefanía, le

dije que eras una enfermera maravillosa, experta en primeros auxilios, en segundos, en terceros. Le dije que tenías un ojo de un color y otro del mismo y que los dos eran azules como si se hubieran puesto de acuerdo. Le hablé de tu cuerpo, de tus muslos. Le hablé de tus pezones que estaban unidos con las dos estrellas de los Dióscuros por hilos de saliva invisibles, y que cuando te bañabas, le dije, adquirirían todo el prestigio y el esplendor de uvas navegantes. Y como de pronto pensé en la posibilidad de que Palinuro no te conociera nunca de verdad, aproveché la oportunidad para sacar hipérboles orejonas de mi sombrero y decidí

enfrentar a Palinuro a lo desconocido, al alambre conductor de un catecismo que descubriera sus pellejos interiores en tanto se quitaba la máscara. ¡Qué gran borrachera fue aquélla, Estefanía, y de una manera u otra, qué desperdicio de tus posibilidades inmanentes! Porque Palinuro no me escuchaba, aunque a veces enarcaba las cejas, bebía un trago y me miraba como diciendo: «No te apures, estoy a la altura de las coordenadas.» Sólo cuando mencioné tus ojos, vi que por los suyos cruzó un reflejo fugaz. Pero cuando le hablé de mi vocación hacia ti, cuando le conté lo aficionado que era a tus rincones y tus fortalezas metódicas, cuando le dije que

por ti yo era capaz de encerrarme, como una brújula, en el cascarón de una mina para lanzarte un surtidor de escolopendras y de oro en polvo, de palmeras y de terrones de azúcar que te cubrieran como sólo mi amor —mi amor entre los medianiles y los aeróstatos, entre las chusmas y los mercados— podría cubrirte, estoy seguro de que no me escuchó: estaba loco. «Acabo de leer la biografía de Semmelweis escrita por Céline —me dijo— y te la voy a prestar, pero antes te voy a actuar algunas de las escenas». Y entonces, Estefanía, mientras caminábamos por Cinco de Mayo, se acercó una pareja de recién enamorados y les pidió,

imagínate, que cuando tuvieran hijos le recomendaran al doctor que se lavara las manos, que recordaran la historia del profesor Kolletschka, cuya autopsia, les dijo a gritos, reveló la supuración y la inflamación de las glándulas linfáticas, la pleura, el pericardio, etc., etc., de tal manera que el pobre profesor parecía estar relleno de flan. Otro tanto, agregó, se cuenta de la muerte trágica del bacteriólogo Suraisne, en *Cuerpos y Almas*, y así vemos, señores, le dijo Palinuro a los novios, que no sólo la literatura se infecta con la literatura, sino también las infecciones se infectan con las infecciones: eso le pasó al profesor Suraisne cuando le reventó en

la mano el seno purulento de una anciana cancerosa. Cuidado con las bolitas en el pecho, por favor, mucho cuidado... Y usted, joven, si le encuentra una bolita a su novia, llévela a ver a mi amigo Molkas, M.D.S.R.V.P. que es un pechólogo excelente. Y ahora, les voy a mostrar mis Electromusigramas, basados en las teorías de Joseph Struthius, médico del rey de Polonia, quien estudió el pulso y explicó su ritmo de acuerdo con las leyes de la música, y basados también el Fundamento Fisipsicológico de la Estética Musical de Baglioni —le dijo Palinuro a la aterrorizada pareja, y desenrolló el primer electrocardiograma—. Por ejemplo esta gráfica, que

corresponde a unos latidos acoplados por intoxicación de digitales, se ha transformado en una romanza para piano. Este otro...

Pero apenas Palinuro había sacado de su bolsa el segundo rollo, Estefanía, se acercaron dos policías que nos vieron con ojos quirúrgicos y entonces tuvimos que correr y correr, y pudimos, por fortuna, subirnos a un camión en marcha. ¡Qué borrachera aquélla, Estefanía, y qué tragedia, porque a Palinuro se le cayeron en el camino varios de sus Electromusigramas!

«¡Dios mío —exclamó—, se me perdió una Taquicardia en Re Menor y una Trombosis en Do Mayor para

instrumentos de percusión! ¡Qué pérdida tan irreparable!»

Nos bajamos dos calles después, y Palinuro quiso regresar. Lo tuve que jalar de la solapa del saco.

«Olvídate. Nos vamos a meter en un lío.»

«¿Pero no te das cuenta? ¿Cómo voy a dejar que se pierda tanto trabajo? ¡He coleccionado esos electrocardiogramas años y años, y los he estudiado todas las noches para transformarlos en música! Mira, por ejemplo...»

«¡Apúrale, camina más aprisa!»

Palinuro desenrolló otro electrocardiograma.

«¡Pero espérate! ¿Cómo quieres que

te los enseñe si no te detienes?»

«¡Allá vienen, te digo, camina más aprisa!»

«Bueno, está bien, pero míralos cuando menos», me suplicó, y con el dedo índice fue siguiendo los altibajos de la gráfica.

«No puede haber música más moderna. Ya la quisieran Schönberg y Stockausen para sus-días de fiesta. Y cualquiera puede interpretarla a su gusto, con tal de seguir... ¡Camina más despacio, te digo!... ¡Con tal de seguir el ritmo! Tengo lo que no te imaginas: soplos mitrales para instrumentos de viento, fibrilaciones ventriculares en pizzicato... Este otro, por ejemplo, es el

electrocardiograma de un paciente muerto y representa un minuto de silencio, ¡de la música del silencio con la que soñaron Maeterlinck y Cage! Tengo también...»

«Oye: ¿No son éstos los policías que nos estaban siguiendo?»

«No me importa. Tengo Bloqueos para órgano y trompeta...»

«¡Córrele, son los mismos!»

«Y Anginas en Do de pecho, y mi obra maestra, mira... ¡Espérame! ¡Oh, no, se me ha perdido mi obra maestra! ¡Ay, se me cayó mi Sinfonía Fúnebre Opus Uno Número Uno que compuse en honor de mamá Clementina! ¡Eya, córrele más aprisa, o nos alcanzan esos

cabrones!»

«¡Allí, al pasaje comercial, rápido!
¡Cuidado con los coches!»

«El primer movimiento...», gritó mi amigo, pero ya no pude escucharlo más.

«El cuarto movimiento aj, aj, no puedo respirar —susurró cuando estábamos en la tienda—, es un *allegro molto fortissimo* que corresponde a lo que tengo yo en este momento: ¡Ah, aj, una taquicardia paroxística, aj, aj! ¡Mi corazón está que revienta! ¡Qué voy a hacer, ahora que se me ha perdido mi Opus Magnum? —continuó, muy triste, pero de pronto se le iluminaron los ojos — ¡milagro, milagro, esto es un milagro!»

«¿Qué... la encontraste?»

«No, oye, ¿nos siguen todavía?»

«Se pasaron de largo.»

«Cuando dije “milagro” me refería a otra cosa. ¿Te has dado cuenta en dónde estamos? En una tienda de instrumentos musicales. Es el kismet, hermano, nuestra moira. O en otra palabra, el destino. ¿No te parece una coincidencia cojonuda?»

Y en efecto, Estefanía, estábamos rodeados de guitarras, de cornos, de oboes, de trompetas y dulcemeles, de libros de música y de atriles. Palinuro aplaudió, le dio cuerda a un metrónomo, desplegó en un atril Buds and Blossoms de Gurlitt, se subió a un banco, sacó un

lápiz de la bolsa del chaleco y después de aventarle besos a las violas descalzas y a las gaitas recién ordeñadas, a los fagots transportados por adagios de Weber, a las arpas aladas y a los pianos vestidos de etiqueta que esperaban una invitación al vals, dijo:

«El cirujano, señoras y señores, tac-tac-tac, con su escalpelo de acero, fino y delgado como la batuta de sir Henry Wood, tac-tac, es también el director de orquesta que modula las cadencias del corazón y el ritmo Alfa del cerebro...
¡Ancora più forte, señores, ancora più forte!»

«¿Se les ofrece algo?», nos preguntó

una vendedora.

Palinuro se bajó del banco, se colocó un pañuelo bajo la quijada, y fingió tocar un violín invisible usando el lápiz como arco. Luego se enjugó el sudor de la frente y se inclinó respetuosamente:

«Señorita, lo único que se me ofrece es comunicarle que tocar el violín es el arte de hacer de tripas corazón. Buenas tardes», dijo, y salimos caminando despacio, como dos caballeros.

«¿Te fijaste en la vendedora, qué muchacha tan linda? —me preguntó Palinuro—. Me encantaría hacerle una p.m.» «¿Una qué?» «¿No sabes qué es p.m.?» «Pasado meridiano». «Si serás

imbécil... p.m. quiere decir *post mortem*, necropsia, autopsia, ir a casa de Morgagni. Tengo que advertirte que el que se iniciaba en los misterios de Eleusis, debía pasar más de un año, aunque menos de cinco, antes de que fuera admitido en la Autopsia o sea, la contemplación de la verdad. ¡Qué comezón, maldita sea! Y lo malo de morderse las uñas, es que no se puede uno rascar bien. Sólo hasta entonces el novicio, coronado con mirto y después de lavarse las manos, y escuchar las lecturas de las leyes de Ceres, era admitido en el lugar de las tinieblas que de pronto sería surcado por el rayo de la revelación, el cual se encargaba también

de iluminar figuras monstruosas. Pero si te portas bien, te iniciaré antes de tiempo. Quizás dentro de quince días. Ya luego aprenderás las minucias y bemoles del oficio. Por lo pronto, hay que echarle al cadáver un litro de formol en el vientre. Las muestras del pulmón izquierdo se cortan cuadradas; las del derecho, triangulares. Hay que tener la autorización de los parientes si por alguna razón te interesa quedarte con los dedos. Al final, hay que rellenar el pene con algodón y cerrar el prepucio con un punto de sutura. Pero esto no hará falta la primera vez, porque procuraré que te toque una mujer joven y bella, como le tocó a Manuel Acuña, a José Asunción

Silva y a Palinuro. Aunque no te prometo que sea virgen. Las niñas de mis ojos, que son mis princesas consentidas, son las únicas vírgenes que conozco en diez lenguas alrededor de mi ombligo.»

Y seguimos caminando, Estefanía, y en la casa de empeño y junto a las ligas azules de las novias viudas y los relojes y carillones que señalaban las horas distintas de la diuturnidad, y entre las sillas Chippendale y los temblantes y los mantones de Manila que cobijaban a las pianolas viejas con su olor a mangos y a cocodrilos, dejamos mi Anatomía de Quiroz, no sin prometerle que la rescataríamos en dos semanas o en dos

siglos. Y después pasamos por las pescaderías de cristal y saludamos a las amapolas escarchadas que pululaban entre los ostiones y a los cangrejos que se desternillaban de risa; a los pulpos tornasolados que se pudrían al sol y a las máquinas barredoras color mamey que recogían las escamas y los esqueletos fermentados. ¡Cuántas calles, Estefanía, cuántas tiendas conocí aquella vez! ¡Había calles de temperamento fastuoso y las marquesinas se arrodillaban a nuestro paso; calles con sederías y terraplenes de alfombras cautivas y cornucopias que derramaban sobre la acera turbiones de naftalina y céfiros ahulados! Y había también calles

con puestos de verduras y frutas que tenían vida propia, y donde las verduleras, con pechos gordos como bombas de tiempo, se empeñaban en batallas bulbosas arrojándose tomates trasnochados, alcachofas conejas y manzanas con los azúcares abiertos. Había tiendas, también, que reverberaban con los espasmos del arroz y la coalición del trigo; tiendas con ciloramas de licores luminosos; ópticas que nos miraban con sus cientos de ojos dispersos; ferreterías donde el alambre se confabulaba en púas, y azulejerías y tiendas de deportes y agencias de viajes perdidas en divagaciones alpinas. Había también

calles desplegadas como abanicos al flujo y reflujo de los automóviles que encendían la atmósfera con sus gases cronológicos, y calles vacías y oscuras como presentimientos tiznados, calles y callejuelas encadenadas al siglo antepasado, que ya se habían olvidado de sus nombres; calles inundadas por corrientes de hielo espumoso, calles inauditas en la nostalgia que bañaban de cobre nuestros zapatos infantiles; calles con hileras de perros que lamían las heridas de los árboles, y calles y callejuelas con pregones que se rifaban a la posteridad para conquistar un sitio de honor en los libros de arquitectura. Y en La Armería Americana, donde una

bala de calibre gigantesco reservaba sus pronósticos, escupimos sobre las cabezas de los bisontes cazados por los tramperos del Arkansas y ante la vista de las cabezas de ciervo disecadas donde crecían las madreselvas, y de un fusil que se alargaba infinitamente en la leyenda. Palinuro exclamó: «El médico, hermano, no es sólo el cazador de microbios de Paul de Kruif: es también el soldado de la vida, Gran Caballero de la Espada Pequeña, piloto bombardero del Cobalto-60, ¡bum, bum!, flechero de la ballesta antirrábica y artillero del rayo láser, ¡rraaatttarrat!» Y con el corazón lleno del *Invierno* de Vivaldi, de la música

que recomenzaría eternamente, y subiría una y mil veces las escaleras del edificio de Santo Domingo para arrojarle por las ventanas y ahogarse en el smog de la ciudad, visitamos El Capelo Francés y paseamos por los suburbios de espejos, y saludamos a las danzarinas inmóviles bajo las campanas de cristal y a los santos muertos de pie. Y había calles que disfrazaban con adoquines y pellejos ampulosos sus arrugas financieras; calles desahuciadas que desparramaban odres repletos de moscas y botes de basura que reventaban con sueños desperdiciados. Y ahora ya no sólo Palinuro estaba loco, sino yo también, Estefanía, de felicidad,

de ver que cada vez que descorríamos el velo de una calle encontrábamos que seguía otra, y otra más, y así hasta el infinito, y todas ellas unidas por un ritmo geográfico que lastimaba la sangre, pero sin relación de mercancías o de fábulas entre sí. Porque una era la calle de República de Argentina donde las mujeres asoleaban en los balcones fondos y camisetas de lunes a viernes y los fines de semana colgaban tapetes para recibir al domingo. Otra era la calle de República de Guatemala con edificios viejos y de tezontle, con la diferencia de que el verano estallaba en las aceras y sólo uno que otro borrachín desmerecía el paisaje horizontalmente.

Y cuando pasamos por las librerías de Derecho, Palinuro señaló los escaparates y exclamó: «¡Mira, mira esos mamotretos donde las polillas se cagan en las leyes! ¡Y no se te olvide nunca que el médico es el abogado que te salva de la pena de muerte por unos años o por unos días, y por lo tanto, es también el juez que puede prolongar tu sufrimiento obligándote a vivir encerrado, indefinidamente, en la cárcel de tu propio cuerpo!... Obras completas de Lombroso... Eso me sugiere que también el médico es... pero: ¡ahhhh! No se lo digas a nadie: es el criminal. Vámonos, vámonos de aquí de puntitas, cúbrete la cara, que no nos vean... el

médico, hermano, es además el ladrón y el asaltante. ¿Sabes lo que es la dicotomía?»

«Dicotomía, en botánica, es...»

«¡No, no, no! Dicotomía, en jerga médica, es cuando tú, médico general, por ejemplo, le envías a un cirujano amigo tuyo un paciente X al que le has dicho que se tiene que operar del apéndice o de una fístula rectal, sea o no sea verdad, eso es lo de menos, y que el médico Z es el mejor cirujano del mundo en esa especialidad. El paciente X se opera y sobreviva o no sobreviva —también es lo de menos—, el cirujano Z divide contigo los honorarios: eso es dicotomía.»

Y como en ese momento pasamos junto a un plomero. Palinuro se detuvo, le preguntó la hora, le pidió prestado su soplete y lo amenazó con él: «¿Qué derecho tiene usted a llamarse plomero? ¡El auténtico plomero es el médico, que destapa las cañerías del cuerpo! Con la legra, elimina los residuos algodonosos de las arterias; con el bisturí, abre la aorta y extirpa coágulos hasta de doce centímetros de largo, como lo puede usted leer en *El Testamento de un cirujano*, de Ody, si es que sabe usted leer otra cosa que no sean fotonovelas.»

Y en todas ellas, en todas las calles: en Capuchinas, en Plateros, en San Ildefonso, en el Carmen, los jinetes

fantasmas galopaban desde los tiempos del virrey, y bajo la calentura del asfalto corrían ríos subcinericios y en cada casa surgía de pronto un castillo imprevisible. Y conocimos, así, calles donde se nos revelaron los humores del alba y las joyas de la emperatriz se nos dieron en fuentes de cristal, y calles donde las holandesas de gorros azules repartían a los mendigos la nieve de las cinco, y calles endomingadas, calles inmisericordes, calles donde aprendimos la aritmética de las destilerías y la floración locuaz de los escribanos; calles atestadas de funcionarios salúbricos y alguaciles rojos; calles donde se fraguaban

enjuagues ilustrísimos; calles que nos arrojaron a la cara la textura de las lencerías y la sed de los naipes; calles con electroimanes que se pudrían en el lodo; y casas, edificios con parábolas almenadas y ventanas por donde se asomaban las prostitutas de ojos aderezados con polvos de piraña; y templos, iglesias con nichos casuales y capillas enjovelas, fuentes con altos fulgores, obeliscos lacerados y arquerías espumosas. Y tiendas y más tiendas, almacenes, refresquerías, misceláneas, camiserías, yerberías, carnicerías que orillaban sus púrpuras hasta la boca misma de las cloacas, y peleterías, tiendas de exvotos y

parafinas, licorerías, restaurantes, fondas, tiendas de abarrotes y ultramarinos, comisarías y oficinas de telégrafos y correos: ¡Qué borrachera aquélla, Estefanía! Y de pronto, sin más, nos topamos con la cantina de Pepes.

Palinuro me puso una mano en el hombro. «Un momento. Debo decirte algo muy importante: antes que nada y sobre todas las cosas, el médico, fíjate bien, es el sátrapa, el dictador por excelencia: ¡Saque la lengua! ¡Desnúdese! ¡Cierre los ojos! Diga: ¡Ah! No hay en el mundo nadie que se atreva a desobedecer estas órdenes. ¡Ni siquiera un Papa puede resistirse a un examen de próstata! Y ahora sí,

hermano, ¡a beber!»

«Salud, salud, señores», exclamó el general que tenía un ojo de vidrio.

«*To beer or not to beer!*», replicó Palinuro, levantando un tarro de cerveza en actitud de la Estatua de la Libertad.

¡Qué borrachera aquélla, Estefanía, la de esa tarde en que caminé por los hervideros mitológicos al calor de una liturgia alcohólica compartida por Palinuro, el general que tenía un ojo de vidrio, don Próspero y tantos amigos más! Tenía razón Palinuro: la cantina de Pepes era como un templo donde las copas, arrojadas al vacío, podían darle la vuelta al mundo un milímetro arriba de la sal del mar, y volver de frente,

rebosantes de tintineos solares y lenguas que se asomaban por los bordes del cristal, rojas de presentimientos. La exageración, que no conoció límites, refulgió por momentos en los picos de las botellas, y se derramó en los manteles mientras yo trataba de llevarlos a todos de la mano hasta la entrada misma de tus triángulos luminosos. Mientras yo intentaba, con mi mejor voluntad, cosmografiar de tal manera tus agasajos y tus cabellos, tu forma de hacer el amor y de quitarte las horquillas y el corsé, que nuestros amigos, convencidos, se deshicieran en signos de admiración. Pero fue inútil: Palinuro se negó a prestarme su chaleco

de rombos y todos estábamos tan borrachos... Con decirte que el general, cada vez que regresaba del baño, preguntaba «¿Puedo agregarme a su peña, caballeros?» y Palinuro le contestaba: «Por supuesto, ¡lo nombramos agregado militar!» y al general se le salían las lágrimas de la risa, y tenía que quitarse el ojo de vidrio y enjugarlo con los galones dorados de la bocamanga. Y sólo en una ocasión, cuando se cansó de hablar de revoluciones, fusiles, lotería y movimientos estudiantiles, y viéndome tan callado y tan solo, el general me preguntó: «Y dígame, esa linda muchacha que dice usted se llama

Estefanía, ¿cuantos años tiene?» Y cuando yo iba a decir: «Veinte, general». Palinuro me quitó la respuesta de la boca: «Los que usted guste, general», y cuando media hora después el billeteo, por cortesía, me preguntó cómo era tu piel, Estefanía, y yo iba a decir «Suave y bronceada por el sol», Palinuro exclamó: «Como la piel de la elefanta para el elefante», Estefanía, y la audacia retórica conmovió las fibras intermitentes del auditorio. Y cuando muchas horas más tarde don Próspero me preguntó «¿Y de qué color son los ojos de Estefanía?», y yo iba a decir «Azules», Palinuro, que no había escuchado una sola palabra de todo lo

que yo le había contado de ti, opinó: «Me parece que son cafés», se levantó una ola de protestas en la que navegamos un buen rato salpicándonos espuma de cerveza. «Son azules —grité— son azul ciervo». «Nunca he visto un ciervo azul», se atrevió a decir el billetero, muy extrañado. «Yo tampoco. Lo que quiero decir es que si los ciervos fueran azules, serían precisamente de ese azul y de ningún otro.» «¡Caballeros —exclamó el general—, esto merece que descorchemos una sidra!» Y así fue, Estefanía, vino la sidra, la vertimos en las copas y las burbujas subieron por el cielo color de ópalo, y rifaron unos pollos y los ganamos porque compramos

todos los números, y se unieron a nosotros varios parroquianos y entre ellos un organillero y una viejita que vendía muñecas de trapo para los papas de conciencia percutida, y el general compró una para cada uno de nosotros y a todas las llamó Estefanía: Estefanía Primera, Estefanía Segunda, Estefanía Tercera, Estefanía La Loca y Estefanía La Prógnata. Llegó la hora de cerrar la cantina. Pepes nos invitó varias rondas por cuenta de la casa y Palinuro comenzó a repartir síntomas y medicinas a diestra y siniestra. Al billetero le tocó una alergia y un antihistamínico. Al mesero, un herpes genital y un frasco de espíritu de alcanfor. A don Próspero,

una migraña en la mitad de la cabeza que correspondía a la mitad triste de su cuerpo, y unas tabletas de citrato de codeína. Y al general del ojo de vidrio mi amigo lo señaló y le dijo: «¡También los órganos artificiales se enferman! ¿No ha oído usted hablar de los termes que hacen polvo las patas de palo?», y le asignó la viruela de los parabrisas y una solución de ácido bórico para que dejara remojando su ojo por las noches. Cuando todos le preguntaron a Palinuro cuánto le debían, mi amigo, como era de esperarse contestó: «¡Nada. La consulta y las medicinas son gratis. Pero si quieren sentirse cómodos pueden pagar nuestra cuenta!», con lo cual se ganó una

corona de aplausos. Y cuando al fin todo el mundo estaba pendiente de mis labios, cuando al fin un aire encendido apostaba sus caricias en cada esquina de tu cuerpo y todos querían saber cómo eras tú, Estefanía, yo me sentí tan cansado y tan borracho que ya no me fue posible hablarles de ti. Pero juré regresar a la cantina: («Dentro de ocho días», exigió el general), para contarles tu vida y milagros («Sobre todo los milagros», me suplicó el billetero). Y mientras tanto, me propuse leer y releer cuanto libro de arte y filosofía cayera en mis manos: las obras completas de Hrabanus Maurus y la *Filosofía del Arte* de Hegel. Repasar los trabajos de Amor

de Kierkegaard. Desempeñar la *Historia del Renacimiento Carolingio* y lo mismo la *Estética como Ciencia de la Expresión* de Croce. Comprar *Las Siete Lámparas de la Arquitectura* de Ruskin, y *Literatura y Dogma* de Arnold, y pedirle a Walter prestadas las obras de Eric de Auxerre, Bentham, Hobbes y Clemente de Alejandría, para hacer de ti, mi querida y maravillosa prima, una descripción de la que nadie sobre esta tierra se olvidaría jamás. Al fin la sidra barrió la cantina como una tempestad. Don Próspero dijo «Me perdonan ustedes», y lo perdonamos. La viejita de las muñecas se deslizó por un monte imprevisto hasta las

profundidades de una coliflor. Y los restantes salimos de la cantina, en grupo, con las espaldas hojaldradas por la caspa de una vigilia pródiga. Los perfumes de la calle se destaparon en son de guerra y un alba de limones agrios se desmayó apenas sobre los hombros de las estatuas y sobre el ámbar de los tranvías y sobre las agujas altas de las iglesias y los alambres del telégrafo cagados por los pájaros donde se insinuaba ya la espuma redundante del amanecer en que nos fuimos diluyendo. Dejamos al billetero entretenido en hacer barcos de papel con destino a las alcantarillas, que en unos segundos se tragaron toda una fortuna en

yates y safaris. Un astrónomo de última hora se quedó en la esquina de República del Brasil y Justo Sierra, estudiando las enseñadas sestiles del cielo. El organillero se despidió de nosotros junto a unos bloques de hielo seco que conglomeraban sus espíritus danzantes en la acera. El general nos acompañó un buen trecho, bebió a grandes tragos la mañana, insultó a las gárgolas que le escupían granizos babeantes, y se detuvo al fin frente a un objeto inexistente. «Estefanía, Estefanía, al fin tengo el inmenso placer de conocerla», dijo, se quitó la gorra, y al hacer una reverencia se cayó redondo. Su ojo de vidrio lo miró desde el pasto.

«¡Levántase, general —le dijimos—, acuérdesese de West Point y de sus vuelos sobre el Africa, cuando espiaba con un catalejo al Zorro del Desierto!» Pero fue contraproducente porque entonces pensó que se encontraba entre los clavicémbalos de una batalla, y comenzó a arrastrarse pecho en tierra, apachurrando a cuanto escarabajo se encontró por el camino. En la esquina, se condecoró con estiércol. Nosotros lo abandonamos después de recoger su ojo y guardarlo, y muy convencidos de que éramos estudiantes de *La Casa de La Troya* que vagaban por las calles complutenses y salmantinas, enfundados en nuestros carriks y con nuestras

chisteras en las manos abanicamos el aire y le dijimos adiós: «¡Viva la literatura! ¡Viva Galicia! ¡Abajo la revolución francesa!» Quedamos sólo Palinuro y yo, y tú, Estefanía, que nos precediste, invisible, entre los perros enfermos del mal del pinto y las letrinas desposeídas, hasta el viejo edificio de la Plaza de Santo Domingo.

«¡Shhhh! No hagas ruido: la portera se despierta y arma un escándalo. Se levanta hasta las seis y media, la huevona. ¡Enciende la luz, que todavía no se ve bien! La portera es el médico. Perdón, el médico es el portero. ¡El portero del cuerpo! Otra vez el foco está fundido. Mejor dicho, *sigue* fundido. No

te vayas a tropezar. Son dieciséis escalones en cada piso. ¡El médico le prohíbe el paso a la mantequilla y al tabaco, le abre el paso a las proteínas y a los complejos vitamínicos! Oye, ¿está temblando o estoy mareado? Aquí en este piso vive un burócrata mezquino. El médico es el burócrata. ¡Ven, ven hermano! Cada vez se me hace más larga esta escalera. ¿Por qué no nos mudamos al segundo piso, junto al cartero? Claro, siempre he dicho que el médico es el cartero que nos da las buenas y las malas noticias, que nos dice, hip, que vamos a tener un bebé, ¡cuidado, shhh! ¡Te dije que no hagas ruido! O que nos dice: señor Palinuro, tiene usted muy

poca sangre en el torrente alcohólico. Ven, no te sientes en la escalera, dame la mano. Pero nunca me cambiaré al tercer piso, porque allí vive un policía y parece que yo no le caigo muy bien que digamos. ¡Ánimo, sólo faltan treinta y dos escalones! ¿Subimos de dos en dos? En el fondo, está celoso porque sabe que el médico es el policía del cuerpo: lo vigila, coarta sus libertades, lo encierra y lo tortura, ¡hip! Ya se sabe que ningún suplicio ni antiguo ni moderno, desde el potro hasta los toques en los testículos (¡joder! Y los golpes en la espinilla: fíjate por dónde caminas) se pueden comparar a los tormentos y vejaciones que el médico inflinge, ¿inflinge? con

sus shocks eléctricos, sus agujas curvas, escalpelos, purgas, amputaciones, sierras, enemas y mandriles. Las torturas pintadas por Bouts y Lochner, por Tempesta y Pomarancio, no son nada comparadas con las amputaciones de Lloyd, Listón y Farabeuf. El médico es un borracho... me refiero al que vive aquí en el cuarto piso. Ven, ven conmigo, faltan sólo diez escalones. Préstame tu llave. Ya no: aquí está la mía. De manera, hip, que ser médico, siempre lo he dicho, es mejor que ser ingeniero, contador público, licenciado en ciencias de la comunicación, operador de las liebres mecánicas de los galgódromos o incluso mejor que ser

experto en coprolitos...»

«¿Coprolitos?»

«¿No sabes lo que es un coprolito? ¡Eso, eso es: caca fosilizada, como ésa del gato de la portera que está junto a la puerta y que lleva ya ocho días aquí...! Enciende la luz. No, mejor apágala, quiero ver el cielo. ¡Pero si ya es de día! ¡Hip! Prométeme que si no se me quita el hipo, no dejarás que me hagan una frenicotomía bilateral, ¿lo juras? Cierra la puerta y ven, ven conmigo...»

Palinuro se dirigió a la ventana y la abrió de par en par: «Tú y yo iremos por el mundo... Por el mundo, óyeme bien, curando y aliviando a los hombres de todas las enfermedades adquiridas

precisa mente por culpa de sus oficios y sus profesiones: el cáncer de escroto de los deshollinadores, la oftalmía de las nieves de los guías alpinos... Búscame por favor, un gastroscopio antiguo que tengo en el baúl —dijo Palinuro y llevándose las manos a la garganta, continuó—: ¡La intoxicación de sulfuro de carbono de los trabajadores del caucho y el saturnismo de los tipógrafos!»

«El envenenamiento de anilina de los obreros de las fábricas de colorantes», dije yo, y me doblé sobre mi estómago.

«¡Mira qué hermosa, la estrella matutina! No, ése no es, busca un tubo

largo, como telescopio —me indicó Palinuro, y se llevó las manos al pecho—. ¡El corazón de atleta de los futbolistas!»

«¿Es éste?»

«Sí, ése es, gracias, dámelo.»

«La silicosis de los mineros...», dije yo, y comencé a toser.

«Y la tisis de los afiladores», completó Palinuro, y tosió al unísono. Luego, contempló el cielo a través del gastroscopio. «Nunca me imaginé que hubiera tantas enfermedades», le dije.

«Yo tampoco —me confesó—. ¿No las estaremos inventando? Oye... ¿Sabes qué se me está ocurriendo en estos precisos momentos? ¡Qué el

médico es el astrónomo del cuerpo! ¡Es el sabio que observa las nebulosas de los bronquios y las manchas de los plexos solares! El médico, ¿no es increíble?, es el descubridor de los huecos negros del intestino ciego y de las Vías Lácteas que corren por los senos de las recién paridas...»

Palinuro se sentó en la cama sosteniéndose la cabeza con las manos.

«Perdóname, yo quisiera seguir toda la noche con estas comparaciones geniales, pero estoy muy borracho y ya no aguanto el sueño... Buenas noches» —dijo mi amigo, y a continuación se acostó y cerró los ojos.

«¿No te vas a desvestir?», le

pregunté, pero ya no me contestó.

Me acerqué y le quité los zapatos y los calcetines.

«El médico, cuando trabaja de anestesista —le dije, poniéndole un calcetín en la cara—, es el Virgilio que te conduce por las aguas del Leteo...»

Y Palinuro, Estefanía, descendió a los infiernos.

4. Unas palabras sobre Estefanía

Pura, inocente, impávida, como si nada hubiera pasado entre nosotros, como si nunca hubiéramos hecho tantas cosas que habrían obligado a los abuelos a dar de vueltas en sus tumbas de haberlo sabido, y que de verdad les hizo dar cincuenta y dos vueltas al año pero no en la tumba, sino en la pared, cuando Estefanía, un sábado, volteó sus fotografías para que de allí en adelante nunca más nos vieran hacer el amor los

fines de semana: así era mi prima.

Y bella también, y angelical, y pálida.

Y por si fuera poco o nada. Por si fueran poco sus grandes ojos, inmensamente abiertos como si estuvieran asombrados siempre de su propia belleza.

Como si fueran nada sus mejillas eternamente ruborizadas por la vergüenza de traer, desde niña, una calavera adentro.

Nada sus dos manos, nacidas para acariciarme.

Y poco sus cinco sentidos, sus veinte años, sus treinta y tres vértebras, sus cien mil cabellos, su millón de

células o su trillón de átomos.

O en una palabra, su cuerpo.

Ese cuerpo que tanto amé y conocí, que hoy podría esculpirlo, de memoria y con la lengua, en un bloque de sal.

Por si fuera nada todo esto, mi prima Estefanía, mi prima íntegra y tersa, mi prima pura y nítida, después de hacer el amor conmigo, la maldita, se quedaba junto a la ventana y bajo su retrato quieta, sentada, contradictoria como un huracán congelado o como si corriera por sus venas gelatina de piedra.

Y además límpida y casta, inmaculada como una promesa de papel arroz, irreprochable como un remolino de lechuzas blancas.

Y callada también, lejana y clara, como si la hubieran enterrado viva en un prisma de niebla.

Así era mi prima, así junto a la ventana, siguiendo a veces con la mirada toda la tarde el curso del sol, como si tuviera los ojos rellenos con heliotropos, la puta.

Y sobre todo como si nada hubiera pasado, como si no hubiéramos hecho el amor, como si no nos conociéramos, como si yo fuera un pobre mortal descastado y paria, un esclavo, un guiñapo, una mitad de hombre y ella, mi prima, una diosa. Y más que nada, impecable, inimitable y sin tacha, como el Dios de San Anselmo, de Leibniz y de

Spinoza, como el Dios de Escoto Erigena al que valía más amar que conocer, como una criatura que reunía, entre sus cualidades esenciales, la de una existencia necesaria y perfecta.

Tan es así, señores —le dije al general que tenía un ojo de vidrio, al billetero, a don Próspero y a todos los otros amigos cuando volví a la cantina para cumplir mi promesa— tan es así que de Estefanía yo podría hablar como Clemente de Alejandría, Dionisio el Pseudo-Areopagita y Maimónides hablaron de Dios, y para abreviar la descripción de mi prima decirles por la Vía Negativa y camino a la oscuridad esencial, todo aquello que ella no fue

nunca, a pesar de haber sido clásica, admirable y única.

Estefanía, señores, nunca tuvo los ojos negros, la piel naranja o el vientre dorado.

Estefanía nunca tuvo un metro setenta y cinco de estatura, cuarenta y tres escarabajos sagrados de ancho o veinte esmeraldas de profundidad.

Estefanía no fue un teléfono, un acróstico o un sordo de mazapán.

Estefanía nunca engordó de la cintura abajo como un reloj de arena por donde se escurre la mitad de los cereales, los apetitos y los días.

En otras palabras, y en medio de ese pueblo de bandidos y frutas de madera

donde transcurrió su infancia como un río de serpentinas, Estefanía no fue nunca un sargazo austral, el sonido de la espuma o una sospecha destrenzada.

Estefanía, por supuesto, fue mi prima. Estefanía tuvo, al menos la mayor parte de su vida, siete mil días de edad que giraban alrededor de ella como los caballos albos y los cisnes descarados de un carrusel. Estefanía estudió en un colegio inglés de la ciudad de México y Estefanía, aunque tuvo un lugar privilegiado en el caparazón de las flores y como regalo adelantado por todas las navidades de su vida toda la serie de bellezas innumerables que les voy a enumerar, y entre las cuales sus

pestañas rizadas de risa y su lengua de charol rojo y filoso no eran las menos importantes, a pesar de ello Estefanía era un ser humano con todas sus limitaciones, que siempre tuvo ni más ni menos que todo el número de órganos, vísceras y miembros que tiene toda mujer completa, normal, pálida, pura y virginal.

Por lo mismo yo no podría hablarles de las diez tetas de marrana de mi prima, o de la media pestaña de Estefanía.

De sus doscientos dientes de tiburón o de sus dos mil ombligos de árbol.

Y en todo caso, tampoco podría hablarles de su nalga única, su nalga

luminosa, su nalga-luna delicia de los poetas mancos, su redonda y blanca nalga como una media esfera para adivinar la mitad más fría de la noche.

Así que por eso también, y a lo largo de toda la descripción de Estefanía, se cansarán ustedes —yo jamás me cansaré— de oír hablar del mismo número de brazos, pechos, clítoris y vientres que tuvo Estefanía, con los mismos nombres que tuvieron siempre: el pelo pelo, las costillas costillas y los labios, alados incontaminados y dulces flotando entre los cirros blancos de las nubes, labios. Porque si bien yo me encerré alguna vez dentro de un año entre dos febreros locos y besé el pezón húmedo de su

olvido derecho y me reflejé en sus triunfos azules, eso fue posible gracias a que esa única vez sus pechos se llamaron olvidos, sus muslos febreros y sus ojos triunfos. Por lo demás, los nombres que yo les di a las distintas partes de su cuerpo cambiaron muchas veces; tantas, que casi nunca me acuerdo, por ejemplo, del verdadero nombre de su sexo. Y como además ellos mismos intercambiaban sus nombres viejos y nuevos, quién sabe, quién va a saber, señores, si en realidad no acordarme de él sea un triunfo, o recordarlo sea un olvido: el caso es, en fin, que el nombre de su sexo, entre paréntesis, siempre lo tuve en la punta

de la lengua.

Pero si a alguien hay que poner entre paréntesis —en una casa de cristal, en una pecera de ojos de serpiente, en una gota de esperma cuajado—, es a la misma Estefanía, para que ustedes, señores, se concentren en la estructura esencial de la belleza de mi prima. Y para eso hay que ponerla aparte del mundo, aparte de todo aquello que nunca fue, porque mi prima, aparte de ser excelsa y admirable y sobre todo alejada y pulcra, afiligranada y quieta, la perversa, aparte de tener una estrella entre ceja y ceja, y aparte de las galaxias domesticadas que le seguían los pasos lamiéndole las huellas, Estefanía

nunca fue de noche, no llovió sobre las cosechas del pan y jamás fue una verdulera con el resplandor de un perejil entre los dientes. Y si bien es cierto que en su cuerpo —así fuera por ejemplo en su boca o en sus pezones—, se podía encontrar siempre una alternativa color cereza o una excepción morada; y si bien es cierto que en su nuca salpicada por mis bendiciones y en cada centímetro redondo de su piel y en su manía por encontrar desavenencias entre sus dientes maduros y sus dientes de leche, y en su forma de señalar a los pájaros como si supiera, la tonta, que acabarían por posarse en su dedo índice, y en su forma de tirar los dados sobre

lo; apeles ver des de Las Vegas como si esperara, la ilusa, que sus aristas se pulieran y se transformaran en bolas de nieve de azahar; si bien es cierto que en esto y en todo lo demás Estefanía era única y maravillosa, adorable y más que nada impoluta, la hipócrita; y si bien debo admitir que los ojos de Estefanía, en medio de sus dádivas y simulacros tenían cierto parecido musical con las olas, a cambio de ello mi prima nunca tuvo la más mínima semejanza con una escena marina en la cual las playas, los barcos de vapor y los malecones bañados con bocanadas de saliva contemplan a un capitán que desde lo alto de la borda de un buque deshoja un

calendario.

Pensarán ustedes, entonces, que Estefanía pudo ser una anciana amarilla, un mapa frutal o una obligación sorprendente: y tienen que saber que a pesar de que ciertas distracciones del vino y de la sangre se confabularon para atardecer en sus labios; a pesar de que sus largos viajes por debajo y por encima de los meses, por Venecia y por mis brazos la encarcelaron en espejos de seda y la rodearon de amnesias verdes, a pesar de: todo, digo, ella no fue nunca la muerte casta de una bandera, la máscara indefensa de un árbol o uno de esos paisajes de corcho y oro batido dentro de los cuales el

capitán se arrojó al mar, y donde no faltaban las islas nevadas, las erupciones de piratas, la cabeza con alas del capitán y la alusión a las noches pálidas de los trópicos.

Por lo demás, entre otras cosas y al igual que Eucaris, la ninfa de la que se enamoró Telémaco, y al igual que Anaxareta, la doncella hermosísima e insensible transformada por Venus en un bloque de piedra, Estefanía sí fue una mujer de belleza apabullante, un ser que estaba más allá de toda jerarquía geométrica, de todo esplendor mortal, de toda lengua vítrea y sin embargo, más acá de las estrellas. En pocas palabras, y siempre alta y delgada, con el amor

desarmado y prendido a sus pechos como en una pintura de Watteau, hermosa como la Herejía descrita por Winckelmann o como la Bella Rosina de Wiertz desnuda y contemplando un esqueleto colgante, misteriosa como Berenice y Ligeia, y con su nombre, Estefanía, escrito en su frente y su vestido amarillo entre las amarilis, Estefanía fue un ser donde siempre fue posible verse de cuerpo entero, de primo y amigo, de novio y amante, y encenderse, cada día, con una llamarada de presagios.

Aparte, claro, que su perfección nunca tuvo nada que ver con lo que ella fue de verdad, en este mundo, en esta

Plaza de Santo Domingo y en nuestro cuarto, porque vista de cerca y contemplándola a la luz de su muerte y de su voluntad, sentada junto a la ventana y en las piernas una historia de los Navegantes Ilustres con las páginas abiertas al viento, hinchadas y blancas como las velas de un barco, Estefanía estaba llena de imperfecciones:

A veces bizqueaba un poco y tenía pie de atleta.

Nunca terminaba de leer un poema.

Los lunes amanecía con mal aliento.

Y los domingos, como Visnú en el océano del caos, como la mujer del poema de Anacreonte, acababa hinchada y con los ojos pegoteados de legañas,

por culpa de mi lujuria.

Por si fuera poco, tengo que confesarles que mi prima, también, estaba llena de asimetrías deslumbrantes y mágicas. Y no hablemos de las que son comunes a todos los mortales:

El rosado bronquio derecho más corto, más ancho y más vertical que el bronquio izquierdo.

En tanto que el azul claro riñón izquierdo más largo y más estrecho.

Y la translúcida y tibia arteria renal derecha más larga que la izquierda.

En tanto, también, que el esponjoso y aireado pulmón derecho más grande que el izquierdo pero al mismo tiempo dos o tres centímetros más corto.

Esto no es nada.

Y tampoco otras pequeñas imperfecciones que todos tenemos: una pantorrilla más abultada, una pierna ligerísimamente más corta o un párpado apenas más levantado. No. Lo peor es que las asimetrías de mi prima se desbordaban de su cuerpo para abarcarlo todo, porque sus días nunca eran iguales: tenía jueves malos y jueves buenos días como los de Apollinaire, que estaban viudos, y viernes sangrantes y lentos de cortejos. Tenía septiembres que reventaban de talismanes espejeantes, y septiembres lluviosos y horribles. Tenía, a veces, una mirada más inteligente que la misma mirada

cinco minutos antes.

Tenía sueño, y frío, y gripas.

Y tenía una oreja más perfumada, una mano más cariñosa, un brazo más ingrato y un clítoris más dulce.

Por último, de sus dos muslos uno siempre estaba más caliente y ensalivado.

De sus dos pezones, el otro siempre estaba más redondo y duro.

Y de sus dos nalgas, las dos estaban siempre más frías.

Y sin embargo mi prima, mi admirable y pulcra y celestial prima, era perfecta; perfecta por ser un ángel sin ningún principio de limitación que no fuera su sustancia simple; perfecta por

ser sus ideas —sus ideas largas y brillantes que se dejó crecer al par que sus cabellos rubios—, iguales a su esencia divina, y perfecta por ser la única, la primera, la última representante de la especie de los Estefánidos, y sobre todo por ser la representante más fina y clara, la más delicada y álfica.

Esto se debió, más que nada, a la simple razón de que mi prima era sólo igual a sí misma, fiel a su espejo diario: tan es así, tan igual era siempre a ella misma, que un día me levanté a las siete y me senté en el sillón de orejas, cogí el periódico y le hice un agujerito para espiar a Estefanía, y mientras ella

pensaba que yo me entretenía en otros mundos, en el fango y la miseria de ciudad Netzahualcóyotl o en Vietnam azotado por los crímenes gelatinosos, yo veía a mi prima en el centro de la alfombra de cuadros anaranjados y magenta, magenta y rojos, rojos y azules que pensaba, escribía, mordía la goma del lápiz, arrugaba las hojas y las hacía bolas, inocente como siempre, inocente y tranquila y mansa, de rodillas sobre la felpa abatida y casi sin petulancias, como reconociendo sus propias molduras y la fragilidad de sus atmósferas. No quise interrumpirla: doblé el periódico a la mitad del Ángel de la Independencia, caminé de puntillas

hasta el ropero, me vestí sin hacer ruido y regresé, y mientras yo fumaba y hacía anillos de Saturno que circunnavegaban sus pezones, ella, que siempre intentó sin éxito escribir versos, y había veces que le daba por escribirlos en los menús, en los boletos del tranvía, en una historia clínica al margen de las disneas, en un periódico arriba de la calva de Krushev —de la misma manera que los amanuenses del Profeta escribieron el Corán en los omóplatos de los camellos, en las cortezas de los árboles, en las alas de los pájaros y en los muslos de las odaliscas— entonces, en ese momento, mi prima se remitió a los plagios necesarios recomendados por

Eliot y me dijo —mientras desprendía con un cepillo una cascada de hisótopos de oro prendidos a su pelo—, que los ángeles y las apariciones que visitaban a Rilke y a Desnos, la hacían, a veces, concebir frases inmaculadas: «El invierno es una salamandra, la mañana se levantó como una garza», me explicó, para darme un ejemplo, con la misma naturalidad inmerecida con la cual la tía Luisa pronunciaba el francés como queriéndolo aprender. Nuevamente no dije nada y salí de la casa. Me la encontré en el parque, a eso de las once, y vi que en efecto era igual a sí misma, igual a su retrato bajo un árbol, sentada, como estaba, bajo un ahuehuate cargado

de heno, escribiendo, rascándose la nariz con la uña del dedo meñique, rompiendo las hojas en pedacitos comestibles que ponía en los picos de los mirlos y de las tanagras que venían desde el Perú a visitarla. A lo lejos se escuchaba el tintineo de un vendedor de helados. Hice como si yo fuera un señor vestido de negro, con paraguas y barba de archimandrita, para no molestarla. Volvía a verla en la tarde, en la agencia de publicidad, transformada de cuatro a cinco en la reina de un Festival Max Factor: Rojo Romanza para ir con los amigos a la pista de hielo, Rosa Rondó para ir al autocinema a besarse y comer tortas de queso de puerco, y Sonatas en

Púrpura, variaciones para espasmos fulgurantes que abarcaban todos los ojos, encarnados, carmesíes y granates, y que generalmente acababan en la ama. De cinco a seis, Estefanía, vestida de vaquera blanca, poso en medio del desierto salado de Arizona y le declaró su amor a una bomba de gasolina de la Standard Oil que tenía una larguísima verga de hule y la promesa de un tigre de sangre verde y bruñida. A la salida me fui al bar del Hotel Alameda para matar el tiempo, tomé varios Tom Collins y a los quince minutos me sentí dos horas y seis cerezas más joven, y de regreso a la casa, y como era de suponerse, me encontré a Estefanía en la

misma alfombra y en la misma postura, como si no se hubiera movido en todo el día, y rodeada de libros de medicina que mostraban algunos de los aspectos floridos de la vida. Estefanía tomó mi pene y lo saludó: «Cómo está usted, señor», pero mi pene no condescendió a la reverencia que Estefanía esperaba. Y es que ella siempre fue así: fiel y la misma para las tanagras, la pérfida, para los anuncios, la hipócrita, para el amor y los libros, la maldita, a pesar, como dije, de sus defectos.

A pesar, por ejemplo, de que nunca he visto a nadie que en un momento dado tuviera tantas señales y manchas en su piel armiñada y tersa.

No sólo una cicatriz de vacuna en el brazo, del tamaño de un camafeo.

Un lunar en el muslo con la forma de un relicario, que encerraba una manifestación de vellos rubios.

En el vientre, el recuerdo de un apéndice supurado, y las huellas de las inyecciones antirrábicas.

Y en la cabeza la mancha de Neptuno de color desconocido que le crecía entre los cabellos, escondida como el rostro de una virgen en el fondo de una pátera y que sólo el tío Esteban, la tía Lucrecia y el peluquero de Estefanía había visto alguna vez, o presentido, y si acaso quizás don Próspero, que cuando llegó a la letra F

de la enciclopedia descubrió la frenología y descubrió también, en la cabeza de mi prima la protuberancia de la maravillosidad.

Sino que además mi prima tenía, en la nariz y en las mejillas, archipiélagos de máculas que parecían causadas por el impacto de las burbujas de la champaña y que el tío Esteban —porque las adoraba y porque adoraba a Estefanía y bebía sus lágrimas en dedal de marfil—, llamó siempre *peccata minuta*. Y también en sus hombros, en esos hombros de dunas suaves, acariciados por levantes ardientes, donde crecía como la vegetación difusa de los desiertos de arena, un vello dorado con

sabor a alboricoque. Y cuando mi prima se daba baños de sol, ya fuera en Acapulco, en la Way o en la casa de Walter en Cuernavaca donde se acostaba desnuda en el pasto enmarcado por las pasionarias y los plumbagos, las pecas parecían emigrar de sus hombros y juntarse en la espalda formando continentes adventicios que eran como las sombras de mariposas inmóviles y con las alas extendidas flotando muertas a unos milímetros de su piel.

La piel de es^espalda suya y encendida que se olvidaba de su nombre, su moraleja y sus buenos propósitos apenas comenzaba a subir distraída e interminablemente por las

nalgas.

La piel de esa espalda suya, recorrida a todo lo largo y a todo lo dulce por una cordillera de escalofríos que se podían leer con un solo dedo como el alfabeto Braille hasta llegar al trampolín puritano del hueso cóccix y desde allí darse un chapuzón en busca de mayores fechorías, plancton oscuro, estrellitas peristálticas.

Lo cual no es hablar por hablar, porque el amor que nos tuvimos Estefanía y yo, y no sólo porque nos amábamos, sino porque amábamos a nuestro amor, nos llevó a todos los encuentros posibles: desnudos, sudorosos, con la sangre abierta en el

soplo de las alas, y en los minutos que transcurrían entre una ida al cine y las horas enteras que Estefanía empleaba para aderezarse los pechos mientras arriba la luna se inflaba de envidia como una esponja holandesa, ensayamos todos los orificios que les nacían del cielo, tanto a Estefanía como a su prima la luna.

En una ocasión eyaculé entre las piernas de mi prima y le embarré mi esperma en los muslos, en las rodillas y en los vellos espumosos del pubis.

Con la lengua, pude extender las últimas gotas hasta el borde mismo de su ombligo lleno de pelusas y de remordimientos giratorios.

Quince minutos después, me vine en su espalda y con mi semen ungué su nuca, su cuello, sus axilas de pellejo de pollo, sus hombros y el comienzo cálido de sus pechos, y dos horas más tarde —y una eternidad de besos, caricias y maquinaciones sexuales más tarde—, Estefanía me masturbó con sus pies y luego de que bañé con mi semen la mitad áspera y la mitad suave de sus plantas, las improntas de todas sus caminatas por la ciudad y el porvenir descalzo de las rosas, le unté mi semen entre sus dedos chinguñosos, en sus pantorrillas macizas y en sus corvas surcadas por aladas sombras y arrugas invisibles.

De manera que pronto no hubo un sólo centímetro de la piel de Estefanía.

Un solo valle lampiño.

Una sola encrucijada glandular.

Codo o recoveco, talón o frente ávida, que yo no hubiera embadurnado con mi esperma.

Como si mi esperma fuera leche de burra egipcia, pomada de ónix, jarabe de nácar o una crema de belleza de ballena que penetrara y fecundara toda la piel de Estefanía.

Y mi prima quedó así, tiesa y blanca como un ángel de fibra de vidrio, almidonada y nivea como recién salida de la lavandería de un hospital.

Y como embarazada, la pobre, un

millón de veces al mismo tiempo: una por cada uno de sus poros, una por cada uno de mis espermatozoides.

Pero muy poco nos duró la ilusión de tener una infinitud de hijos, porque en su cuello y en su barriga comenzaron a aparecer unas ronchas púrpuras que, como antes las pecas, comenzaron a conglomerarse formando consorcios de rubíes, y cuando la comezón y la urticaria se extendieron por su cara y por sus brazos, yo no tuve más remedio que ponerme una chistera de seda con resplandores de ébano, coronar a mi prima con una diadema de flores de naranjo y llevarla a la tina en brazos, como los novios antiguos cargaban a sus

novias, para darle un baño-maría que a fuerza de vapores y delirios, enjuagues y colofonias, la dejara de nuevo no inefable, no pura y no inocente, sino simple, sencilla y maravillosamente lisa y exacta.

Porque inocente, pura e inefable, no dejó de serlo un solo instante, una sola diezmilésima de instante o una sola diezmillonésima de ángel, como lo podían atestiguar los espejos de su alma: sus ojos, esos ojos azules compuestos por una infinitud de partículas que así, señor general, señor billetero, así como las homeomerías de Anaxágoras contenían las semillas de todas las cosas existentes, así ellas

encerraban el semen de todos mis poemas y escritos futuros.

Los versos que hice sobre ella misma en los hospitales, con su cofia y su bata de color malva como las enfermeras del Saint Thomas Hospital.

Las novelas que juré escribir sobre ella misma, mientras malgastaba mi más preciosa vida en las agencias de publicidad haciendo equilibrios en una cuerda de dacrón y gárgaras burbujeantes con *ginger-ale*.

Y las tragedias, también, que se me ocurrieron sobre Palinuro en la escalera, los bailes de máscaras con Scaramouche y Colombina:

Todo estaba contenido ya en esas

partículas innumerables que le comunicaban a cada una de sus miradas toda la energía vital del fluido magnético intelectual de Restif de la Bretonne, de la noósfera de Teilhard de Chardin.

Todo estaba previsto y escrito en los millones de mónadas, azules como las orgonas de Reich, que palpitaban en los ojos de mi prima con las ventanas abiertas al mundo, cada una reflejando el universo desde su punto de vista finito, y cada una consciente de su infinito reflejar.

Y cuando digo que los ojos de mi prima —esos ojos que nacieron para percibir y ser percibidos a veces por mí,

quizá por ustedes y siempre por Dios—
contenían el semen de mis poemas y
escritos, se trata claro, señores, de una
alegoría, porque el único semen que de
verdad tuvo en sus ojos alguna vez —y
sólo una vez— mi prima, fue la tarde en
que me pidió que me viniera por una de
las ventanas de su nariz, por uno de esos
orificios divinos e inimitables, túneles
foscos que desembocaban en la luz
opalina de sus estrellas olfatorias.

Yo elegí el agujero izquierdo de su
nariz, que era con el que Estefanía
aspiraba mejor las tufaradas de los
retretes y los guarismos perfumados de
las rosas.

Recuerdo que cuando acabé, un licor

turbio alfombró sus ojos por unos segundos, espeso y translúcido como si unos párpados de serpiente subrepticios le hubieran salido a mi prima bajo sus propios párpados prodigiosos.

No pasaron cinco minutos sin que la pobre, la perversa de mi prima comenzara a quejarse de irritación de las carúnculas lagrimales y a llorar unas lágrimas densas y blancas que se le coagularon a la mitad de las mejillas, mientras que por el agujero derecho de la nariz le escurrió un moco infinito y nacarado como sopa de nido de golondrinas o engrudo de esmeraldas.

En la noche soñó que yo le había fecundado una glándula desconocida que

tenía en el cerebro, y que al igual que a Júpiter le crecía una criatura en la cabeza y tenía que parirla en medio de un dolor de muelas más allá de toda santidad: la criatura era Palas Atenea, la de los claros ojos, pero no tan claros, no tan azules en todo caso, como los ojos de mi prima cuando visitaba a sus enfermos en los hospitales o la visitaban sus clientes en las Islas Imaginarias.

Ah, la hubieran visto ustedes, entonces, en las agencias de publicidad, bañada de slogans como la bestia del poema, sonrojada por los aviones de Eastern y alicaída de tanto chocolate en polvo. Ah, hubieran visto ustedes con los ojos de sus enfermos a Estefanía en

los hospitales, donde mi prima fue más santa que Bernadette enfermera de la guerra franco-prusiana. Para mí sería muy fácil decirles que Estefanía era tan bella como Mayaderi la madre de Buda, o como Psiquis que cautivó al mismísimo amor. ¿Pero quién de ustedes conoció a Calé, la belleza por antonomasia? ¿Quién vio jamás a Iris Crisópteros limpiando con algodones las gargantas de los diftéricos del Hospital General? O a Gerda, la hija del gigante Gimer y a la princesa Dropadi cuya mano fue solicitada por mil reyes, ¿quién las vio jamás exprimiendo los ántrax de los enfermos con sus propias manos para arrancarlos de raíz como lo

hacían sor Angélica y Estefanía? ¿Quién de todas esas diosas fue como Estefanía enfermera: alta y delgada, excelsa y clara, y experta en drenajes de pus y en punciones de la cresta ilíaca?

Sus pacientes, que nada sabían de las Princesas de Nieve y de Marfil de Jean Lorrain. Que nunca habían oído hablar de Clorinda, de Zéphire, de la dama Baudelaire bella como un sueño de piedra, sencillamente adoraban a Estefanía cuando cada mañana llegaba hasta sus camas para decirles los buenos días y las buenas o las malas temperaturas, vaciarles sus bacines y sus colecciones de felmas, y si había tiempo y humor —Estefanía siempre se las

arregló para que hubieran—, leerles a los enfermos que no podían leer, con una voz clara y precisa como de locutora de Radio Moscú, las secciones deportivas y policiales de los periódicos, y a los enfermos que no podían escribir y con una letra alta, luminosa y delgada como la propia Estefanía y con una ortografía tan perfecta que parecía postiza, escribirles sus cartas, sus adioses a la vida o a los árboles, y muchas veces, también, las declaraciones de amor para ella misma y los poemas donde la describían sin darse cuenta, sus pacientes, de la inutilidad de describir o escribir a una prima así, a una Estefanía que había nacido ya como escrita, llena

de párrafos redondos y frases que olían a sándalo y menstruaciones; de asteriscos, en sus ojos, que la remitían a la mitad de su sexo y de guiones que separaban nuestro amor en dos capítulos completos: la tarde y la mañana, la mañana y la noche, la noche y las campanas, las campanas y las nubes, las nubes y las espadas.

De nada, pues, me serviría decirles que las piernas de Estefanía eran más largas que las piernas de Rita Hayworth y sus labios más sensuales que los labios de Sofía Loren. O incluso que mi prima, ya no digamos en los hospitales, tan albeante y tan prendida, tan inaudita y clásica, sino Estefanía en pantuflas y

en la cocina, atocinando los intersticios de un jamón y rodeada de platos sucios, ciruelas irreparables y cáscaras de faisán, era más bella que Greta Garbo en *La Dama de las Camelias*, o Marlene Dietrich en *El Angel Azul*.

Primero, porque Estefanía odiaba esta clase de comparaciones y sabía que hacerlas era traicionarla, ya que siempre quiso ser la única dueña de su cuerpo incluyendo sus brazos, sus cabellos, el apogeo entre sus piernas y otros esplendores grises, a pesar, o quizás no a pesar, sino precisamente porque sabía que como todo ser humano, era insignificante y limitada, que con todo su cabello apenas habría alcanzado para

hacerle una peluca a Marilyn Monroe, y con todo el vello de su pubis, unos bigotes rubios a Emiliano Zapata; que la piel de todo su cuerpo apenas habría bastado para forrar una estatua de Brigitte Bardot, y la piel de sus pechos apenas para hacerme un par de guantes; la de su vientre, quizás, para cubrir mi máscara mortuoria.

Y sabía también que si por arte de magia se hubiera transformado de pronto en los elementos primarios que componían su cuerpo, se hubiera hecho agua o menos que agua: viento y polvo, o menos que viento y polvo:

Unos montoncitos de carbono, unos granos de potasio por aquí o por allá.

Quizás una pizca de fósforo suficiente para arder diez segundos.

Quizás, si acaso, cincuenta litros de oxígeno que se hubieran escapado por la ventana rumbo a los castillos de la yerbabuena, y que no hubieran alcanzado para inflar un bote azul que le salvara la vida.

Pero en todo caso menos que viento y agua, menos que cenizas o harina, menos incluso que polvo, y ni siquiera polvo enamorado.

Y segundo, porque sólo Estefanía y nadie sino ella misma, fue la enfermera adorada que todos los días pasaba por los pabellones vestida de blanco, empujando un convoy de curación donde

relumbraban los instrumentos y tintineaban los frascos llenos con líquidos irisados o con grageas que parecían aguamarinas y granates, entre los ramos de claveles disciplinados y de rosas Luto de Juárez, a los que Estefanía todas las mañanas, como una cistófora fiel cambiaba el agua, y atrás iban las enfermeras novicias mientras ella, Estefanía, les indicaba cuáles eran los apósitos de carbonet y tul graso, por qué las pinzas de Cheatle debían llevarse en un frasco con lisol y cómo quitar unos agrafes, cómo hacer tapones de gasa yodofórmica para contener las hemorragias uterinas y cómo emplear el nebulizador de Vilbiss, mientras los

médicos y los residentes la esperaban en los corredores, la citaban en los quirófanos, la encerraban en los ascensores y la asaltaban en los anfiteatros para declararle su amor bajo los tragaluces amarillos, jurarle fidelidad sobre las mesas de operaciones olorosas a mertiolate, besarla entre el cuarto y el quinto piso o entre Patología y Maternidad, entre Infecciosos y Radiografías, o violarla entre los soplos fríos y las delitescencias verdes de los cadáveres refrigerados.

«Qué bella es», decía de pronto un cirujano a la mitad de una trepanación y se quedaba absorto, con un berbiquí en

la mano, pensando que en efecto, qué linda era Estefanía y qué sabia, cuando limpiaba los orificios nasales de los enfermos con loción boratada caliente o les untaba jalea de petróleo en el esfínter anal, para dilatarlo. Y en este sentido «Qué humilde es», opinaba un interno mientras caminaba por el jardín del hospital jugando con su estetoscopio a escuchar el corazón de los árboles. Y sí, sin duda, qué hábil y rápida y delicada era Estefanía para introducir los supositorios de Cibalgina con manteca de cacao; qué cuidadosa para lavar los oídos de los pacientes con una pera de Higginson; qué diestra para lubricar con mantequilla las sondas

nasales. «Y qué desgraciada, qué soberbia, qué puta es», decían entre sí otras enfermeras, que se morían de la rabia y de la envidia, verdes y con el pelo aculebrado y con máscaras de talco como los embriones de Bearsdley, reconociendo, sí, que Estefanía era un ángel, pero en todo caso de la raza de los demonios hermosos como la Fata Morgana.

O de los ángeles crueles, como Azrael y Abaddon.

O incluso de los ángeles grotescos, como Melecimut el de las veinte manos:

Porque no toleraban que mi prima Estefanía mostrara sólo un lado de la moneda, una de sus dos caras, y que al

igual que otro San Vicente de Paúl, otro San Luis con los leprosos y otra Santa Isabel de Hungría pintada por Holbein El Viejo, transcurriera por los hospitales como una bendición sin fin con la cabeza en alto y sus ojos iluminados por la centella viva, increada e increable, de Meister Eckehart.

«Qué bellos son los ángeles», dijo al despertar un muchacho suicida que se había tragado veintisiete nembutales para olvidar a una muchacha y a una mala estrella y que despertó en el hospital para encontrarse con Estefanía y con un ángel, los dos en la misma persona, con Estefanía mi prima, la enfermera, que con sus propias manos,

tantas veces cubiertas del eczema que le producía la alergia a los antibióticos, enfrió con hielo *frappé* la sonda duodenal y colocó al muchacho en la posición de Trendelenburg para el lavado gástrico, y obligó a su organismo a expulsar los barbitúricos, junto con los restos de la última cena y una tenía solitaria agonizante, y lo volvió a la vida y a otra nueva decepción cuando el muchacho, como tantos otros, le declaró su amor y ella le tomó la temperatura rectal, la presión y el pulso, le examinó la lengua, le checó los reflejos con el martillo y le dijo que no, lo dio de alta, le dijo adiós, le entregó su ropa y le ordenó que jamás, ni vivo ni muerto, se

volviera a parar por el hospital, a menos, claro, que estuviera enfermo: a menos que de tanto quererla se le agigantara el corazón como a los que padecen bucardia o corazón de buey, a menos por supuesto, que de tanto desearla le diera un ataque de erección continua y dolorosa que no se curara ni con baños de limón, ni con chorros de alcohol, ni con cataratas de saliva.

Y así fue cómo Estefanía, para tantas personas, hizo las veces de ángel a pesar de que nunca tuvo alas en el sentido alado de la palabra, ni cara en el sentido clásico del verbo, ni ojos en el sentido adverso de la suerte, pero sí sexo en el sentido contrario, con raíces

aéreas que el tío Esteban se robó de la transparente Hungría, como ustedes lo podrán comprobar, don Próspero, general, cantinero, en el momento en que así lo deseen, cuando descubran algún día, quizás, si Dios quiere y sobre todo si lo quiere Estefanía, todas esas sorpresas que mi prima reserva a la vuelta de un pecho, en la esquina del cuello y a la redonda de las nalgas.

Pero lo que son las cosas de la vida, si la falta de alas en Estefanía no fue una negación sino una privación así como la ceguera de un poeta griego, por ejemplo, de todos modos cuando menos una vez en su existencia, mi prima tuvo alas de verdad cuando fue un ángel de mentiras:

en su escuela, y como tantas otras niñas famosas de las novelas y el cine, actuó de ángel en una obra de teatro de fin de curso, y para qué contarles que cuando se supo que la habían elegido para ser el ángel de la guarda de ella misma, hubo en toda la casa un gran revuelo de alas:

Alas transparentes, alas negras, alas de mariposa, alas de querube, alas llovidas, alas nacientes y alas de Altazor paracaidista. Alas también, rojas como las alas de la Virgen pintada por Fouquet, como sugirió don Próspero.

Alas tricolores como las alas de los ángeles que sostienen la medialuna de la Guadalupana, como pidió el abuelo

Francisco.

Alas pardas con ojos de pavorreal como los ángeles pintados por Filippo Lippi, y alas blindadas como las alas de los ángeles de Perugino, tal como quería el primo Walter.

Alas doradas como las alas del arcángel Gabriel pintado por Masolino da Penicale, y alas en explosión como los ángeles del Tintoretto, tal como se le ocurrió a la tía Luisa.

Alas grises como las alas de los ángeles que pintó El Greco, según pensó la abuela Altagracia.

Y alas, en fin, como las que diseñó el tío Esteban para Estefanía, en un intento de darle gusto a todos, y que en

todo caso se parecían a las alas de los ángeles de la Anunciación de Múnaco, y de los ángeles músicos de Memling, y que tenían franjas amarillas, moradas, blancas, lilas, rojas, verdes, rosas y azules, como si estuvieran forradas con la piel de una cebra en tetracolor.

El siguiente paso fue hacerle el amor por el oído derecho. Era este oído con el que Estefanía escuchaba mejor el aleteo de la espuma de la cerveza, los conciertos de Brahms, los latigazos del viento, las canciones de Bilitis y mis pregones de ropavejero que insistían en cambiarle sus caricias, sus besos y sus muslos por lámparas sin alma y otros objetos intocables y casi invisibles

como eran una cantimplora llena de sueños para beber en las noches de insomnio, agua de turquesas para llenar sus ojos, un reloj de manecillas de estalactitas para saber la hora de la eternidad, un paraguas de alas de murciélago para resguardar de una posible lluvia de luciérnagas, una raqueta de hielo para jugar tenis con pelotas de nieve y tantas otras cosas que jamás le interesaron, porque Estefanía estaba cansada ya de los elogios con los que siempre la agobiaron todos los poetas, vivos, muertos o imaginarios, y es que la pobre de Estefanía no podía reír sin que el primo Walter, Ricardo el jardinero o cualquiera de nuestros

parientes o amigos, le hicieran una oda marítima a sus dientes o una oda elemental a sus axilas y ella misma no podía sentarse a leer un cuento o una novela así fuera sobre los temas más dispersos, como la Revolución de Octubre o la conquista del Matterhorn, sin que tarde o temprano apareciera un personaje poeta que traicionara el argumento y se escapara del libro descolgándose por la cinta señaladora para elogiar el aroma de sus muslos o el código agridulce al que obedecían sus ojos; y por otra parte, como ella sabía que la misma relación que existe entre todos los poetas que son y sus amantes que han sido, existía, pura, exacta,

limpia, entre ella y yo, y que por lo mismo que yo siempre me sentí dueño de todos los poemas ajenos, igual que si yo los hubiera escrito con mi propia mano y mi propia alma (hasta el punto que varias veces pensé, muy en serio, en adoptar algunos poemas anónimos) por esta misma razón mi prima Estefanía no podía escuchar, leer o recordar un poema, sin sentirse mortalmente aludida: de ella era la lengua de hostia apuñalada de la mujer de André Bretón, de ella el abrigo color de leche e insolencia de Isabelle la amiga de Louis Aragón, y de ella y de nadie más, las manos de agua caliente de la muchacha ebria de Efraín Huerta. Y la oreja descrita por

Alfonsina Storni, el rosado foso de irisadas cuencas, era también de ella. Fue por allí, una tarde, que le hice el amor: pero a pesar de que apenas y con todo cuidado pasé el glande de seda por el aseado, terso pabellón de su oreja, a pesar de que tan sólo dejé en el caracol recóndito de su oído la primera perla de semen y en realidad los chisquetes cayeron en el pabellón, de modo que mi esperma le escurrió por el cuello como un hilo de sangre gris clara, a pesar de eso, les digo, Estefanía perdió el equilibrio de los días y de las fiestas, se quejó de retintines en el estribo, y tuvo más pesadillas: soñó que un pene gigantesco, un lingam morado y

larguísimo le entraba por una oreja y le salía por la otra, enredado con ganglios linfáticos y huevos pascuales. Yo le aseguré que todo era cuestión mental; que estaba llena de prejuicios burgueses; que no me extrañaría nada que el domingo menos pensado se fuera a misa olfateada por los perros; que de seguir así no le faltaría un sacerdote ventrílocuo que le hiciera confesar pecados inexistentes y nefandos dignos de pagarse a fuego lento en las sentinas del infierno; que esto, que lo otro, que su ombligo, que sus piernas, que sus ojos. Pero Estefanía no me escuchó, quizá porque de verdad mi esperma le tapó el oído dejándola sorda por unas horas, o

quizás porque sencillamente no se le dio la gana ponerme la menor atención: el caso es que Estefanía, que siempre tuvo un oído muy sensible, que fue capaz de escuchar desde niña los diálogos nocturnos y oscuros de sus padres desde tres recámaras más allá, casi en el otro alerón del castillo; que sabía cuándo las babosas se deslizaban por los mármoles de las sepulturas y que sentada bajo un olmo de los pantanos escuchaba cómo crecía el pasto azul de Kentucky, esa vez sin embargo, no escuchó ninguna de mis palabras; lo que es más, no escuchó, siquiera, la caída estruendosa de la tarde y la plomada diagonal del sol que destrozó las vidrieras de colores y

levantó nubarradas de pólvora dorada.

Y como ha de imaginarse, tampoco quiso saber nada de hacer el amor, al menos por unas horas, y me propuso un paseo por nuestro barrio. La hubieran visto ustedes, tranquila, intacta, pasmosa e impoluta como si nada, y consciente de su talento y de sus aniversarios de cristal, y sobre todo de esa gracia que imantaba todos los poderes y hacía prenderse a sus labios las frases más hermosas que flotaban, desamparadas, en el aire: las más traídas de las alas, las que encienden cosquillas en los funerales, las que lo hacen despertarse a uno de la podredumbre nocturna esbelto como un dinosaurio. Por ejemplo, esa

vez que caminamos sin rumbo fijo camino de la iglesia, sin que nos fuera posible encontrarnos con Palinuro o con algún otro vecino importante debido a la magnitud congénita de la ciudad, y que era una tarde en la que no teníamos el propósito de hacer algo especial, sino en todo caso y como todos los días caminar juntos como dos niños, ajenos al universo que nos inventaba, caminar simplemente hasta el final de la calle, levantar una catedral de caballos blancos frente a La Bombi, tendernos en los adoquines de Cinco de Mayo para cuadrricular nuestro amor y besarnos de ronda en ronda y de linterna en linterna para que los transeúntes de la Calle de

Mesones se quedarán esparcidos de un golpe de gracia sin sospechar que nuestras miradas se cruzaban en un arco voltaico. Y ella, mi prima Estefanía, se detuvo bajo un semáforo tuerto, dejó de comer una salchicha que según ella no tenía la menor intención fálica y señaló las arboledas que cundían durante la noche. Un viejo calvo y gordo leía una revista a la sombra de los puentes vivos y temblorosos que formaban las ramas, y al verlo, mi prima soltó una frase relativa al abuelo, como era de suponerse por asociación anónima de sillas y de calvas, y la frase, apenas salida de su boca, se navegó a sí misma entre las fenomenales escorias

encauzadas por la ciudad, se dio un remojón de cola en una fuente movediza y regresó limpia y perfumada, simple y virgen como la propia Estefanía: «Cómo se parece ese viejo al abuelo Francisco, ¿verdad?», dijo mi prima, y a partir de ese momento, supimos que todo era —y fue— posible, y que podíamos conjurar un verso de Eluard o descifrar el nombre de las siemprevivas en el lenguaje verde de Linneo con la seguridad inquebrantable de que teníamos poquísimas probabilidades de caer en la poesía. Después, y como ella odiaba el orden contagioso del calendario, como le desesperaba saber, por ejemplo, que a un martes en que nos

quedábamos en la cama y mandábamos al diablo la oficina y los cigarrillos Salem con todo y sus bosques de secuoias seguía un miércoles cargado de Alka-Seltzers y un jueves impecable y militar, esa vez, cuando menos, decidimos que era el fin de un fin de semana y caminamos por la ciudad desde el silencio del lago un domingo en la noche, cuando los cisnes doblan el cuello y los obreros regresan a sus casas muertos de cansancio y de algodones de azúcar, hasta la Plaza Mayor, un sábado en la mañana, cuando las campanas naufragaban en el ruido de los automóviles y de los camiones y de los tanques que merodeaban por el palacio

presidencial, porque ya había llegado el tiempo; el tiempo de los estudiantes, el tiempo de las manifestaciones y los culatazos, el tiempo, en fin, en el que Palinuro, como el piloto de Eneas, ya no sabría distinguir el día de la noche.

Cómo penetré a mi prima por la boca, y cómo, también, por la vagina, es cosa que les contaré después junto con otras aberraciones admirables y exquisitas. Por ahora baste decir que en lo que se refiere al ano de mi prima, yo lo conocía como a la palma de mi lengua y más de cien veces —para no exagerar y decir más de mil—, la penetré por el recto con todas mis prolongaciones y muy especialmente con mi propio

miembro. Recuerdo sobre todo la ocasión en que Estefanía se disfrazó de grumete efebo con el pelo recogido bajo una gorra de marinero de agua dulce, se acostó bocabajo en la cama, se quitó los pantalones acampanados y me ofreció sus nalgas y yo, después de ponerme una barba postiza color jengibre que me encontré en un supermercado, me saqué por la bragueta un miembro tatuado con recuerdos de Constantinopla, le unté crema de pepinos de Richard Hudnut, y cogiendo con mis dos manos sus dos nalgas, esas nalgas de mi prima inmensamente redondas y frutales como las dos mitades polares de un mapamundi y que sabían apretar al ritmo

de los placeres solitarios de la infancia, la penetré por el ano con todo el largor de mi miembro, y la atenacé por la cadera para moverla yo mismo al compás de mis espasmos, hasta hacerla destrozar de placer y de rabia los bordados de la almohada, hasta que le escurrieron de la boca hilos de seda roja y ardiente y pateó y lloriqueó: ¡Oh Capitán, mi Capitán!, y cuando al fin lancé mi chorro de esperma a las profundidades doradas de su intestino y saqué el miembro, empequeñecido y con los tatuajes marchitos, ella misma lo limpió con un clínex, porque a pesar de que se había puesto, la ingenua, una lavativa de agua de rosas para limpiar el

recto de heces, mi pobre *Mutinus Tutunus* estaba bañado por una mezcla amarillenta y pegajosa como mermelada de mierda y piña.

¡Ah, mi prima, mi prima luminosa como una amatista de dulce o un fresno parpadeante!

¡Mi prima, que era alta como una promesa y linda como ir al zoológico un domingo de ojos cristalinos!

¡Mi prima, mi limpia y relamida Estefanía que sin haber sido nunca un águila de sal o un horóscopo de plata, era bella como la eternidad bordada con nomeolvides y sorprendente como los muestrarios de cintas de colores que se enredan en las hélices de las leyendas!

¡La hubieran visto ustedes, clara y fresca como los naranjos en ayunas, espléndida como las cuatro en punto de la primavera o la póliza del año, transcurriendo por las salas y los pabellones del hospital, por las crujiás, las clínicas y los dispensarios, los bancos de ojos y los bancos de sangre, los manicomios y las leproserías!

¡La hubieran visto rodeada por sus enfermeras, que la seguían como un enjambre de abejas en vuelo nupcial o un palabrerío de confeti blanco que no se atreviera a tocarla!

¡Hubieran visto cómo sus pacientes la adoraban, cómo los cirróticos se olvidaban de sus vientres de medusa y

los tuberculosos de sus sarcoides violetas cuando pasaba mi prima, que era bella y misteriosa como volar por la noche estrellada en el lomo de una interrogación de vapor!

¡Hubieran visto cómo los corazones de los enfermos de aleteos auriculares alcanzaban las doscientas pulsaciones por minuto, y cómo los parkinsonianos extendían sus manos tembleques cuando pasaba mi prima por los pabellones!

¡Cómo a través de los párpados de los diabéticos en coma, se vislumbraban resplandores verdes, y cómo los enfermos de porfiria le sonreían con sus dientes de vampiro, alargados y color de rosa!

¡Ah, mi prima, la púdica, la inefable, la diabólica de mi prima, que sin haber sido jamás la corteza del año o la redondez del mediodía, el fragor de los espejos o la yema del viento; que sin haber sido, siquiera, la astilla de una nube, el reverso de un sueño o la cáscara del arco iris, pero que gracias a que en su roce con el mundo, con la arena, con las loterías y con el frufú de los cuervos, algo de luz y de rencor se le pegó a su alma y algo de dulzura y de inteligencia, de buen humor, se le contagió en su trato y sus conversaciones con el mar y con los milagros, fue excelsa y celestial y absurda, absurda como la leche negra de

Celan o la nieve roja de Góngora,
absurda como un demonio de
malvavisco o un ángel de carbón, un
puente de aire o la oscuridad al rojo
blanco, un buitre de hule-espuma o un
lirio de excremento!

Y sobre todo después de hacer el
amor y sentada junto a la ventana y bajo
su retrato, puro, mansa, quieta y lasciva,
sin permitirme que le tocara yo la punta
de un cabello o un botón del pecho,
tranquila, así, inocente y encaneciendo a
diez años por hora, mansa y sin soñar, y
blanca y recatada y límpida y recién
comulgada, como todas mis nietas
futuras, y encerrada, intacta, en una
burbuja de saliva, en un paréntesis de

vidrio, en un témpano de celofán, llorando lágrimas de gelatina de apio y con la cabeza sumergida en el enigma translúcido y sordomudo de una escafandra, mi prima era una contradicción en carne viva: frágil y recia, la admirable; quebradiza y dura al mismo tiempo, la pérfida, como quedó el día y la noche en que le embarré mi esperma por todo su cuerpo: desmoronadiza, sí, casi etérea pero a la vez sólida y densa como una virgen de nieve forrada con celuloide de acero, la puta, o como una estatua de polen cubierta con leche vidriada, la inocente.

5. El Ojo Universal

Como el sueño se me había espantado por completo, me puse a vaciar el cofre de Palinuro, que estaba lleno de sorpresas y objetos raros. Entre otras cosas que encontré, había una ampolla de vidrio que emitía vapores para preservar mariposas disecadas, cien hojas de papel con el caduceo de Mercurio como marca de agua, unas tijeras que Palinuro usaba para cortarle el pelo a los perros (como llamábamos a los estudiantes de primer año), cinco máscaras de diablos michoacanos, de

distinto color cada una y dos frascos de farmacia antiguos. Uno decía INF. CALUMB Conc., y era donde mi amigo guardaba sus preservativos usados. El otro frasco decía LIQ:MORPH:HYD, tenía una cajita con todas las uñas que se había mordido en los últimos cinco años y un pomo con todo el esperma de las masturbaciones de nuestro amigo Molkas correspondientes a un plazo semejante, y que por lo mismo tenía una etiqueta que decía «Sementerio». También encontré una dentadura domesticada que había pertenecido a la abuela Altagracia, un gabinete flamenco de materia médica con cajoncitos llenos de hierbas y piedras bezoares, un frasco

con un muestrario de colores impreso en su etiqueta para medir la alcalinidad o la acidez de la orina y dos de los tres gigantescos volúmenes de México a través de los Siglos, que según me explicó Palinuro, tenían propiedades carminativas, o en otras palabras, servían para la expulsión de gases: para esto, bastaba acostarte bocarriba y ponerse los volúmenes en el estómago: en seguida comenzaba uno —me dijo—, a echarse unos formidables pedos históricos.

Y mientras yo desentrañaba éstas y otras mil maravillas, mi amigo Palinuro, con el calcetín todavía en la cara y en voz muy baja —como si hablara consigo

mismo, casi como si no quisiera que yo lo escuchara— me contó que antes de que comenzaran las clases en la Escuela de Medicina, cuando estaba recién salido de la preparatoria, el primo Walter lo invitó a una serie de conferencias. Hacía poco tiempo que Palinuro, lleno de fantasías, había comprado su uniforme y sus zapatos blancos, su maletín, un estetoscopio y un espejo frontal. Como siempre, el barrio, con sus edificios viejos pintarrajeados por el musgo y con sus callejones alusivos a la muerte y al Espíritu Santo, contribuyó a los hechizos que fascinaron su imaginación. Cuando caminaba por la Calle de los Santos Sepulcros, en Santo

Domingo, le era fácil imaginarse que llegaba a la escuela vestido de blanco, con sus libros y sus instrumentos, saludaba a los nuevos amigos y a Caronte —el viejo y sabio portero encargado del anfiteatro—, subía por la escalinata, se descubría ante la imagen de San Lucas y entraba en la sala de disecciones. El anfiteatro era inmenso, con graderías circulares de roble labrado, ujieres que portaban antorchas de resinas perfumadas y mozos que al igual que en otras épocas más venturosas, cuando las disecciones eran públicas, repartían flores de azahar entre las damas para que el olor a corrupción no las ofendiera. Eran las

novias de la muerte, pensó Palinuro, cuando se las imaginó sentadas junto a los enanos, las verduleras y los cocheros. Pero en este caso los efluvios provenían de las manzanas, del betún de Judea, de la vainilla: eran los olores de una calle y de un mercado a las once de la mañana, con sol y automóviles, por donde caminaba Palinuro soñando con el primer cuerpo que contemplaría sobre la plancha de disecciones. Palinuro no sólo estaba de acuerdo con Balzac, quien había dicho que un hombre no puede casarse antes de estudiar anatomía, y haber disecado cuando menos a una mujer, sino que además, cuando leyó a Torcuato Tasso, comenzó

a comprender el parentesco que une a la belleza con la muerte. Con Villon, Palinuro compartió la fascinación de las mujeres muertas y con Edgar Allan Poe la convicción de que la muerte de una mujer hermosa es el asunto más poético del mundo. El primer cuerpo que le tocara, por lo mismo, tendría que ser el de una muchacha joven, de trenzas oxidadas y piel tan blanca y quebradiza que casi transparentara las vísceras azules y «su corazón, copo de nieve», como había dicho un poeta triste y cursi. Después, un domingo encontró en el mercado de La Lagunilla una bomba aspirante y el gastroscopio: los dos viejos y oxidados, pero se propuso

limpiarlos hasta que quedaran como nuevos. Y se extasió por horas enteras ante un escaparate de un comercio de instrumentos quirúrgicos y artículos médicos de la Calle de Brasil, que además de reflejarlo a él de cuerpo entero, reproducía un consultorio ideal con su báscula, su mesa de reconocimiento, su escala de letras, sus ficheros, su salivadera, su sillón para reconocimiento ginecológico, y dos armarios: uno repleto de medicinas y libros, y otro con instrumentos relucientes.

En la primera de las conferencias proyectaron la película a color de la extirpación de un riñón. Esta fue la

primera vez que Palinuro salvó la distancia que hay entre la lámina de un libro y la realidad —o al menos, una aproximación fiel a la realidad—. Cuando el cirujano hizo el primer corte de la piel, y después el corte del pániculo adiposo, Palinuro sintió un vacío en el estómago, pero pensó que pronto se le pasaría y trató de concentrarse en las maravillas que habrían de seguir. Pero bastaron unos cuantos segundos para que se diera cuenta de que tales maravillas sucedían, nada más, en el mundo de las palabras y de las ilustraciones: la ligadura de la arteria intercostal le produjo náuseas, y el primer atisbo de las palpitaciones de

los músculos y los órganos cuyos movimientos escapan a la voluntad, lo llenó de alarma. En el momento en que el cirujano cortó la hoja fibrosa del peritoneo visceral y en seguida la cápsula renal, Palinuro sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo, la vista se le nubló y supo que iba a desmayarse. Al aparecer el riñón Palinuro salió de la sala dando traspiés. De regreso a la casa, el primo Walter le aseguró que no tenía por qué preocuparse, que eso les sucedía a muchos estudiantes al principio, pero que después aprendían a dominarse y más tarde se volvían casi insensibles. Palinuro le agradeció el estímulo y se

dijo que sin duda el primo Walter tenía razón. Entonces estaba muy lejos de pensar que el doloroso proceso que lo alejaría de la medicina, apenas había comenzado. Durante esas mismas vacaciones que precedían al primer período escolar, Palinuro visitó también varios hospitales y descubrió que le sucedía exactamente lo contrario de lo que le pasaba a Estefanía. Ella no toleraba la mención de cosas desagradables, pero era capaz de entrar en contacto directo y diario con ellas. Él, en cambio, podía hablar de cualquier cosa: de sangre y heces, de tumores, de las orinas con el olor a pescado característico de algunas infecciones de

bacterias *coli*, de las lipomatosis gigantes y de cuanta porquería o monstruosidad se le ocurriera, incluso a la hora de la comida, sin que sintiera la menor aprensión. Pero cuando de verdad tuvo que enfrentarse a ellas, cuando de verdad aspiró el olor infinitamente agrídulce y desesperanzado de los anfiteatros del Hospital General y del Hospital de la Mujer, y en una sala de la Cruz Roja vio a un hombre de cuyo ano pendía un trozo de intestino de casi un metro de largo; cuando aspiró los vapores nauseabundos de la gangrena; cuando vio en el lazareto a enfermos con lepromas que reventaban de pus amarillo y espeso, y en el laboratorio de

patología le mostraron dos tumores cancerosos de pulmón, pequeños, verdes y nacarados como dos guisantes, Palinuro se dio cuenta que existía la posibilidad de que jamás pudiera superar las náuseas atávicas, el horror cósmico que le producían todas esas miserias humanas.

La medicina estaba bien —me dijo Palinuro esa noche, en voz baja, como si hablara consigo mismo—, cuando uno se aventura con la ayuda del primo Walter a descubrir en la ciudad italiana de Bistori, el origen de la palabra *bisturí*. La medicina era la promesa de un mundo cabalístico mientras se contemplaba en los escaparates los aparatos de anestesia

con cuatro indicadores de nivel a medio llenar con líquidos de distinto color que ascendían y descendían como los órganos para tocar música a colores inventados por Rimington y Burnett. La medicina era un cuento de hadas cuando se hojeaba un libro de vendajes y se descubría la belleza y la elegancia de vendajes de espigas, de capelina y cruzados de inversa, que recordaban el atuendo de las momias de Egipto, las sandalias de los gladiadores que daban su vida por Roma o los turbantes de califas que salían de noche, disfrazados, a caminar por las calles de Bagdad. La medicina era también algo con qué soñar cuando Palinuro y sus amigos se reunían

en un café para hablar del cateterismo del corazón y se imaginaban nuevamente vestidos de blanco immaculado, contemplando en una pantalla fluorescente el tubo de hule insertado en la vena del codo derecho y su paso a través de la vena innominada, la vena cava superior, la aurícula derecha y el ventrículo derecho hasta desembocar en la arteria pulmonar. La medicina, naturalmente, era una maravilla cuando en una noche de farra, mal comidos pero bien bebidos, los tres amigos se hacían el propósito de ahorrar dinero y comprar entre los tres un microscopio para descubrir personalmente el universo abigarrado e hirviente de los

microorganismos. Palinuro se compró un viejo libro de bacteriología, y siguió soñando. Pero entre la mitología de la palabra *bisturí* y la resección del estómago —me dijo—, había una distancia enorme. Tan grande y tan insalvable como la había entre los colores de los niveles de la anestesia y la asfixia blanca con muerte instantánea que podía sobrevenir en cualquier momento durante el curso de una operación; o entre ese mismo mundo liliputiense y multitudinario de los microorganismos, y toda la podredumbre que producían en el cuerpo: las úlceras y las escamas. Las supuraciones, las membranas

difteroideas, la septicemia. Y en última instancia, la muerte.

La muerte, en los tratados de sarcología y angiología, era también una muerte muy distinta a la verdadera, y las técnicas de las que hablaban los libros estaban destinadas no tanto a realzar la miseria de un cuerpo sin vida, sino a dignificarlo, a purificarlo, a transformarlo —por medio de transparencias y colores insospechados— en una escultura de alabastro. La primera operación, me dijo Palinuro, se llama *hidrotomía*. En la carótida primitiva del cadáver —y el cadáver volvía a ser, en sus sueños, el de una muchacha joven y blanquísima como las

muertas que Berlioz se encontraba en las calles de Florencia— se introduce una cánula conectada al grifo del agua. Después se cortan las yugulares. O quizás mejor —decía el libro— se abre el tórax por su línea media anterior, se deja al descubierto el corazón y se perfora el ventrículo derecho introduciendo en el orificio un tubo de cristal. Se deja correr el agua. Y por el tubo comienza a ootar un surtidor de agua turbia teñida de rojo oscuro. Después, el agua se vuelve color de rosa y sale acompañada por coágulos y restos sanguíneos. Por último, se vuelve incolora y recupera su transparencia. El cadáver, con los tejidos cutáneos

hinchados, se deja por horas —o por días, si es necesario—, después de hacerle pequeñas incisiones en la piel para que salga el exceso de agua. El cuerpo, entonces, estaba listo para la segunda operación. Para conservarlo se le podía inyectar sustancias compuestas por azúcar blanco y sal gris, por ácido fénico y glicerina. Y para que revelara los secretos de sus venas y de sus arterias, había que recurrir a sistemas ideados hacía muchos años: Silvio, en el siglo XVIII, hizo la primera descripción del encéfalo al inyectar en las arterias cera hirviendo de diversos colores. Palinuro se imaginó el cuerpo blanquísimo de la muchacha a través del

cual comenzarían a nacer, crecer y multiplicarse como un río, o como mil ríos, las venas y las arterias. Las venas tenían que quedar rojas, y para ello se usaba Carmín Bermellón o Rojo Escarlata Ultramarino. Las arterias, azules, y para ello se recurría al Azul de Prusia o al Azul de Metileno. Así, la realidad se ajustaría a los colores de las láminas de los libros. Palinuro pensó mil veces en el cuerpo recorrido por los ríos rojos y azules de venas y arterias con sus infinitos meandros y ramificaciones, y su imaginación fue más allá todavía y se propuso, ¿por qué no? experimentar con ceras teñidas con otros colores. Podía tal vez emplear el

Amarillo de Martius para las venas de los pulmones y el Negro Janus para teñir las arterias del cerebro. Con el Violeta de Hoffmann el hígado quedaría envuelto en una red de venas color lila. Con el Verde de Naftol, los ojos quedarían apresados en una malla de arterias color oliva. Después se podría recurrir a otros procedimientos mágicos que exigían conocimientos de óptica — como el índice de refracción de músculos, glándulas y líquidos— para volver transparente un segmento del cuerpo donde previamente se hubiera inyectado a las venas y arterias con las sustancias colorantes. Este procedimiento, llamado diafanización,

ofrecía la posibilidad de transformar la estatua de alabastro en un cuerpo de cristal que revelara el mecanismo de relojería del organismo humano, los misterios de esa maravillosa máquina compuesta por cincuenta millones de millones de células, capaz de respirar tres mil trescientos galones de aire en un día o de procesar cuarenta toneladas de alimentos en una vida.

El primer cadáver al que se enfrentó Palinuro, me confesó, no fue el de una muchacha. Y no se trataba de una hidrotomía sino de una autopsia. Fue también esta vez el primo Walter quien lo invitó. El cadáver, por una extraña coincidencia, era el de un muchacho que

debió tener la edad y la estatura de Palinuro. Que debió quizás tener las ilusiones de Palinuro cuando estaba vivo. La coincidencia fue todavía más lejos: Palinuro descubrió que el color de la piel, los ojos y el pelo era similar al de los suyos. Y si el parecido de la nariz, la frente o la boca casi no existía, había sin embargo otras semejanzas que no se podían poner en duda: entre el corazón del muchacho, sus intestinos, sus huesos, su lengua y su vejiga, y el corazón, los intestinos, los huesos, la lengua y la vejiga de Palinuro, no había ninguna diferencia notable. Por lo demás, era un muchacho desconocido, con sangre en la nariz y en la boca, con

facies de Cushing, con los ganglios linfáticos crecidos, con manchas púrpuras en los brazos y en las piernas, con los testículos hinchados y edema en los pies, y cuya sangre había comenzado a decolorarse cuando aún estaba vivo sin que hubiera habido necesidad de inyectarle agua, por la simple razón de que había muerto de leucemia. Era un muchacho desconocido. Pero sus manos se parecían a las de Palinuro. Y también su cerebro, su médula espinal, su aorta. Palinuro resistió tan sólo unos minutos. Alcanzó a ver cómo el profesor, con un solo movimiento de cuchillo, cortaba la piel hasta las costillas desde el hombro izquierdo hasta el hombro derecho. Vio

cómo efectuaba la incisión abdominal y cómo, también de un solo tajo, cortaba los cartílagos costales y separaba los tejidos blandos del tórax. Palinuro se salió del anfiteatro y corrió al baño a vomitar. No alcanzó a llegar al escusado: dejó, en el mingitorio, los cuajarones de leche y los pedazos de carne y verduras a medio digerir. El olor repugnante de su propio vómito lo hizo devolver una y otra vez, hasta que le dolió el estómago. Después salió a la calle a caminar sin saber hacia dónde o por qué. Pero su imaginación no pudo escapar al horror. Sabía también de memoria todo lo que seguía. Mientras caminaba por San Ildefonso, a la sombra

de aquellos inmensos fresnos que parecían contener a todos los pájaros del mundo, vio la mano enguantada del médico recorriendo los pulmones en busca de adherencias, y sintió que le faltaba el aire, que una mano de hierro le oprimía el pecho. Pasó después por las fotografías y los negocios de copiadoras, y los olores amoniacaes que le llegaron le hicieron sentir un malestar intolerable. Vio al médico cortar con tijeras la cavidad pericárdica. Lo vio jalar el intestino delgado y colocarlo en una palangana blanca. Y no pudo dejar de imaginarse que el cuerpo del muchacho era el suyo. Y volvió a vomitar en una esquina, junto

a un poste del alumbrado, cuando le llegaron las tufaradas de las fritangas y la cerveza. Recorrió todas las calles por las que él y yo habíamos pasado tratando de no pensar ya más en la autopsia, y casi lo logró. Y cuando estaba ya en el mercado de las flores, vio al médico extirpar el ano, extirpar la garganta y las estructuras cervicales. Y volvió a vomitar y el hedor ácido del vómito emponzoñó las fragancias de las rosas y las gardenias, de las lilas y los nardos. Cuando se alejaba del mercado, vio, con la misma claridad que si lo tuviera ante sus ojos, cómo el maestro cortaba la bóveda del cráneo con una sierra eléctrica y la separaba con

escoplo y martillo. Una nueva y espantosa mezcla de olores lo asaltó: por un lado la fetidez de las pescaderías donde las merluzas, los calamares y las ostras llovían como maná sobre el hielo; por el otro, los olores de los cigarros Reina Victoria, Caprichos y Alfonso XIII fabricados por El Buen Tono: olores a tabacos Virginia, Burley y turco; aromas nobles y tostados, rubios y oscuros, que envolvieron la adolescencia de Palinuro con las fragancias del Jardín de Alá. Dos imágenes acudieron a su mente: las palabras de Flaubert cuando habla de la repugnante mezcla de olores de los cítricos y de los apestados de Jaffa, y la

historia que le había referido un amigo sobre una avioneta que se estrelló en la sierra con dos hombres a bordo y un contrabando de perfumes, lociones y aguas de colonia. Unos días después, el equipo de rescate localizó los restos por las tufaradas traídas por el viento en las que se mezclaba la pestilencia de los cadáveres en descomposición con el olor de las fragancias. Cuesta abajo, transportaron los cuerpos a lomo de mula y uno de los cadáveres, hinchado como un globo, fue expulsando por el ano durante todo el camino unos gases estruendosos que combinaban también en su olor el tufo nauseabundo de la corrupción y de la materia fecal, con el

aroma fresco y dulcísimo del espliego y la alhucema. Palinuro vio entonces cómo el cirujano vaciaba la cavidad craneal arrancando el cerebro con sus propias manos. Después el médico cortó con tijeras la aracnoides para exponer la arteria cerebral media. Y Palinuro vomitó el resto. Pero el resto fue sólo una baba interminable, ardiente y gris como plomo derretido.

Todo esto fue lo que me contó Palinuro cuando llegamos de madrugada al cuarto.

Yo me quedé con una pregunta en los labios, que le hice cinco horas después,

cuando nos despertamos:

«Pero entonces, ¿en qué año estás?»

«¿En qué año? ¡Qué se yo! Mira: cuando volteo la cara y veo que fue la generación de médicos 50-55 la última que estudió en la escuela de Santo Domingo que visitamos hoy, ese venerable edificio que fue nada menos —y nada más apropiado— que el Palacio de la Inquisición construido por Pedro de Arrieta y declarado Monumento Nacional en 1963 y que está lleno de placas conmemorativas a Rafael Llucio o al memorable vate Manuel Acuña que se dio el lujo de suicidarse en el propio edificio... Cuando volteo la cara y me veo

pidiéndole un autógrafo a Roberto Ortiz, que era algo así como el Baby Ruth de los pobres y mandaba las pelotas de béisbol hasta el Panteón Francés... o me veo escribiéndole cartas a otro monumento: María Félix. Cuando me veo con mis cuates yendo al Tívoli a ver a Tongolele, o al Cineac a ver *Aventuras en Birmania*, o al Novelty a ver *Cómo se Bañan las Mujeres*, pienso que estoy viviendo hace muchos años, y que a ti y a mí, en este momento, no nos hace falta sino cruzar la Plaza de Santo Domingo para ir a la escuela. Pero cuando volteo la cara hacia el otro lado y pienso en la Ciudad Universitaria, no sólo tan lejos de Santo Domingo sino

también tan lejos de mi vida, como diría José Juan Tablada... Cuando veo a los estudiantes lanzarse a las calles para pedir que se acabe con la miseria, la ignorancia y el hambre... ¿Me acompañarás en la manifestación? Cuando veo, te digo, tanta injusticia, cuando me doy cuenta de Vietnam, de Jaramillo, del Ché, pienso que estoy viviendo en un futuro que jamás tuve la capacidad de imaginar y ante el cual me siento casi impotente pero al mismo tiempo responsable. O sea, hermano, que según volteo la cara hacia uno u otro lado, vivo en un año o en otro, muy diferentes y muy distantes... Pero quizás esta confusión se debe más que nada a

mi manía de ir a la Hemeroteca a leer periódicos viejos. Periódicos de cuando nació, imagínate. Un día te voy a llevar conmigo a la Hemeroteca, ¿okey?... ¡Ay, estoy más crudo de lo necesario! Si no vas a comprar unos bebestibles nos moriremos de insuficiencia alcohólica. También hace falta algo sólido, ¿no crees? En la alacena no hay sino dos bollos duros que se dieron por generación espontánea... Andale, yo sé que eres un buen espiroqueto. Te voy a hacer una lista.»

«Yo a lo que me refería es al año escolar —protesté— ¿en qué año vas?»

«¿Que en qué año voy? Pues en ninguno.»

«¿Entonces ya no estudias? La portera me dijo que ibas a la Escuela de Medicina.»

«Voy a la escuela, tú lo has dicho. Me paseo por ella vestido de blanco con mi maletín y mi gastroscopio, coqueteo con las muchachas, les pongo dedos de muertos en sus bolsas y algunas veces asisto a las disecciones...»

«Pero... ¿no dices que no puedes controlar el asco?»

«Ah, es distinto. Asisto a las disecciones, pero no como estudiante de medicina sino como artista. Estoy ilustrando un libro de anatomía. Ya te enseñaré después lo que hago: mi última obra maestra es un dibujo en tinta china

de la protuberancia anular del cerebro posterior, con el nervio patético y las barbas del calamus en amarillo canario.»

«No veo al diferencia», le confesé.

«Yo tampoco. La verdad es que estoy aprendiendo a dominar la repugnancia, supongo, tal como lo vaticinó el infalible Walter.»

«Pensé por un momento que seríamos compañeros de escuela...»

Palinuro pegó un salto en la cama y cayó de pie en el suelo:

«¡Pero naturalmente que sí! ¡Tú y yo, como te dije ayer, pasaremos juntos bajo la máscara de Algos y haremos de Apolo nuestro Dios, *Apollo Fatidicus*,

Apollo Paeon, pues como tú sabes, fue Apolo quien inventó la medicina, ya lo dice Ovidio en *Las Metamorfosis*. Sí, es cierto que perdí parte de mi fe, pero no toda: calculo que conservo el cincuenta y tres punto ochenta y siete por ciento, cuando menos... Además, ¿no te prometí solemnemente que tu primer cadáver sería el de una mujer joven y bella? Si yo no pude cumplir mi sueño, lo cumplirás tú, te lo juro, y en este mismo cuarto, así tengamos que robarnos un cadáver de la Escuela de Medicina o traer a una muchachita y matarla aquí!»

«¿Entonces vas a seguir estudiando? ¿Vas a recibirte de médico?»

«Simondor. Y así como hubo en la

antigüedad un Rufus de Efeso y un Jenócrates de Afrodisia, también un día yo seré tan famoso que las generaciones venideras vincularán mi nombre con mi país de origen y me llamarán *Palinuro de México.*»

«¿Estás seguro?», le pregunté.

«Bueno, estaré más seguro después de beber y comer algo. Andale, sé un buen *boyscout* y ve a comprar las cosas para el *jamboree*. Te voy a hacer una lista de lo que necesitamos mientras pongo música de Wagner. La portera es una mentirosa: Las Estaciones *no* es el único disco que tengo...»

Me sentí tan feliz de haber conocido a Palinuro, en esta tarde cubierta de

encajes foráneos en la que pude ver cómo nuestra amistad resplandecía en las alas de las moscas y las calles crujían a mi paso. Crucé la plaza a la sombra de los árboles que estaban en trance de verdor, saludé a los autobuses rellenos de pasajeros, al sol que brillaba rodeado de una guirnalda de nubes, a los barquitos de papel que navegaban, Estefanía, al albedrío del agua, y llegué al mercado con mi lista en la que Palinuro, con su letra ancha y sabia, había apuntado: sal a mares, vinagre, pan para rizar en el horno, salsa de tomate para asesinar a una hamburguesa, vinagre, pimienta de Jamaica para un jamón hipotético,

azúcar, un galón de vinagre, etc. etc. (y además vinagre) y cuando regresé, cuando al compás de la nave de Tristán e Isolda que singlaba hacia las tierras del rey Marke subí de dos en dos la escala cromática que me condujo al cuarto y abrí la puerta, Estefanía, mi sorpresa fue esta vez mayor y me pasó lo que a Donatello al regresar a la casa de su amigo Filippo Brunelleschi y encontrarse con el Cristo: se me cayeron las naranjas, las granadas recién brotadas de la sangre de los Dionisios, la sal, el vinagre, los huevos, una docena de duraznos pigmeos y cuatro cebollas pingüinas: todo, en fin (y además el vinagre) y la alfombra quedó

como litografía.

En el centro del cuarto Palinuro estaba de pie desnudo y blanco como una estatua, con el pubis cubierto de espuma y con una navaja de barbero en la mano. «Como me dijiste que tu sudor, tu saliva y tus lágrimas apestaban a vinagre, te compré vinagres distintos para que cuando menos huelas diferente cada día —le dije—. Te traje un litro de vinagre de manzana, otro de vinagre de piña y otro de vinagre de vino con estragón». «Gracias. Todo es inútil: la vida no me sonrío, sino que se ríe de mí a carcajadas», se lamentó mi amigo Palinuro y puso un pie en un banco que tenía al lado como si fuera a subirse a un

pedestal. Pero se detuvo y por eso siempre lo recordaré así: mitad humano y mitad escultura, mitad desconocido y mitad héroe, mitad el Palinuro que se enredó en las abreviaturas de la vida y mitad el Palinuro que triunfó sobre la opinión pública y las inclinaciones crepusculares. «De modo», continuó, «que he tomado la decisión heroica de rasurarme y te voy a pedir un favor mayúsculo, ¿estás dispuesto?» «¿Dispuesto a qué?», le pregunté. Palinuro se llevó las manos a la cabeza y exclamó: «¿Pero qué has hecho? ¿Qué es todo ese tiradero?» A veces Palinuro reaccionaba así: se sumergía en sus propios pensamientos, se paseaba por la

calle con las señoritas de Aviñón, repasaba de memoria los doce pares de nervios craneales aplicando el viejo recurso mnemotécnico de los Doce Pares de Francia, y regresaba a la realidad con los ojos más brillantes para darse cuenta de la tragedia. «Pongamos manos a la obra —dijo semidescendiendo del banco— y mientras tanto te explicaré lo que vas a hacer. Allí, debajo de la cama, hay dos naranjas.» «Aquí, bajo el buró, hay un huevo intacto», le contesté. «Cómo vas a ser médico, de seguro no te importará. Aquí, dentro de un zapato, hay una nuez. ¿Compraste nueces?», me preguntó sentándose de cuclillas en la alfombra.

Yo estaba mirando debajo del piano y le contesté de oídas: «No, ésas son nueces de otros tiempos.»

Palinuro levantó la nuez y la miró como si esperara que de un momento a otro se volviera transparente. «Como te digo, cuando seas médico tendrás que enfrentarte tarde o temprano a culos peludos. Toda clase de culos, de todos colores, tamaños y formas: desde los negros y cuculiformes o sean con la forma de una corneta, hasta los rosados e infundibuliformes, o sea con la forma de un embudo. Allá, debajo de la silla roja, hay dos naranjas. Por pura asociación de leas, continuaré: ¿Sabías que a veces los médicos tienen que

extraer toda clase de objetos raros que la gente se introduce por el recto y que luego no pueden salir?» «¿Dos naranjas?», le pregunté. «No tanto como eso —me dijo tirando la nuez al pasado — pero desde luego plátanos machos, velas, foquitos de Navidad. El padre de Flaubert, que era médico, cuenta cómo tuvo que extraer un objeto sólido y largo, que no era precisamente el cuello de un albatros, del culo de un viejo marinero», dijo Palinuro y se puso a gatas sobre la alfombra. «Mmmm, esto parece sal», dijo observando la sal regada en la alfombra. La olió: «Mmmm, huele a sal.» La probó: «Mmmm, sabe a sal.» «Es sal», le dije.

«Mmmm», me contestó.

«Bueno, ¿y cuál es el favor que me vas a pedir?» le pregunté pensando, entre otras cosas, que la sal no tiene olor. «Que me rasures los pelitos del culo», me contestó y metió la cabeza bajo la cama. «Aquí hay dos duraznos y otro huevo, también intacto. Te repito que como vas a ser médico eso no tiene ninguna importancia. Perdóname que no lo haga yo mismo, pero la última vez fue una tragedia. Aquí hay una colilla de cigarro.» «Aquí está la Salsa Catsup... ¿Por qué dices que fue una tragedia?» «Te lo contaré de bulto; mírame». Yo asomé la cabeza por debajo de la silla. Palinuro cogió la navaja y se puso en

cucullas. «Esta es ya la segunda vez que me pasa. Como te dije ayer, las ladillas se mueren con el DDT, pero las liendres no. Bueno, pues aquella primera vez, como ahora, los baños de vinagre resultaron inútiles, así que decidí al fin, desesperado, rasurarme el vello del pubis y alrededores. Me enjaboné, cogí una navaja, puse en el suelo un espejo redondo y lindo como una luna de Venecia por donde navegaban mis glándulas, y comencé la ardua tarea. El espejo es importante porque no debe quedar un solo pelito con una sola liendre, o te vuelves a llenar de ladillas.»

Señaló con la navaja un rincón del

cuarto. «Allí hay cuatro duraznos y una lata de cerveza. Pues bien, ya te imaginarás lo que sucedió: en un momento dado perdí el equilibrio, me di un sentón y rompí el espejo con las nalgas. Los siete años de mala suerte comenzaron en seguida: se me encajaron miles de astillas, comencé a sangrar y tuve que ir corriendo a ver al médico más cercano, que como siempre sucede es un especialista en enfermedades venéreas...»

«Aquí hay una nuez», le dije.

«Es la misma nuez —me contestó—.

¿Estás oyendo lo que te digo?»

«Sí.»

«Espérate, te voy a ayudar», me

dijo, y comenzó a gatear de nuevo en el piso.

«La vergüenza que pasé —continuó —... Aquí hay un zapato. ¿Compraste zapatos?»

«Aquí está el otro zapato», le dije.

«La vergüenza que pasé —repitió Palinuro—. Júrale tú al médico que lo que estaba yo haciendo no era preguntarle al espejo: “espejito, espejito, ¿hay en el mundo un culo más hermoso que el mío?”... Aquí hay una alfombra. ¿Compraste alfombras?»

«Aquí está el huevo que faltaba», le contesté. «Aquí hay una silla.» «Aquí está el Manual de Disecciones que se me perdió hace tres meses.» «Aquí ha\

dos planillas de tranvía.» «Aquí está tu libreta de direcciones.» «Pásamela, tengo que hablarle a una amiga.» «Aquí está un rincón.» «Aquí está la pared. ¿Compraste paredes?» «Aquí estás tú, ¿eres tú?» «Sí, soy yo y no me toques. Además, si seguimos así nos vamos a volver locos. ¿No vas a rasurarme nunca? Aquí está mi culo.»

Te contaré, Estefanía, que antes de rasurar a Palinuro, él me recordó que desde muy antiguo, desde los tiempos de Lanfranc el padre de la cirugía francesa y Tomás Vicary sargento cirujano del rey Enrique VIII, antes desde luego de que William Pott se paseara a caballo sobre la nieve de Kent Road, y un poco

después de que Rhazes se rompiera la cabeza con el libro donde hablaba de la piedra filosofal, condenado por no haber sabido transformar el plomo en oro, los barberos tenían a mucho orgullo ser cirujanos, y viceversa. Palinuro citó un fragmento de *Il Barbiere di Siviglia*:

*Rason, e pettini
Lancette, e forbici,
Al mio comando
Tutto qui stà!*

Hablamos también de lo infelices que debieron ser entonces los cirujanos, los de corto ropaje, que no podían

practicar la cirugía antes de ser examinados por los caballeros de largo ropaje. «Además, no podían formar parte de un jurado» —dijo Palinuro—. «Y entre sus deberes —dije yo— figuraba el de hacerse cargo de los burdeles.»

«Bueno. Eso no está mal. Así progresó la venereología», afirmó Palinuro.

En fin, hablemos también del *Florarium Bartholomei* y nuevamente de *El Barbero de Sevilla*, la ópera en donde el personaje expresa todo el orgullo de la doble profesión —*Io son barbiere, chirurgo!*— y luego de lamentar que no tenía los discos que nos

hubieran servido de música de fondo para la intervención, Palinuro prometió cantar algunos fragmentos más. En seguida discutimos qué posición sería la mejor: si la litotómica, o la prostática. Palinuro sugirió la posición para operaciones urogenitales inventada por Aecio, el médico de Justiniano, o sea: los muslos doblados sobre el abdomen, las rodillas separadas, la muñeca izquierda atada firmemente con una cuerda que pasa por debajo de la rodilla respectiva, luego alrededor del cuello del paciente, luego por debajo de la otra rodilla para atar la mano derecha. Pero se arrepintió en seguida porque esta postura lo dejaba completamente a mi

merced.

«Uno nunca sabe —dijo—, la carne es la carne.»

Nos decidimos por la posición prostática.

Salí de la habitación, cerré la puerta y golpeé con los nudillos: toe, toe, toe.

«¿Quién es?», preguntó Palinuro.

«¡El barbero de la esquina!»

«¿El barbero de la esquina? ¿Qué quieres?»

«*Vengo a farvi la barba!*»

«¿Viene a afeitarme? ¡Hoy no quiero!»

«¡Pues quiera usted o no quiera vengo a afeitarlo!», dije muy firme, abrí la puerta, fui al baño y volví a entrar al

cuarto. Con la bacía en la mano, batí el jabón hasta que se desbordó la espuma, y con el mejor acento Buck Mulligan exclamé:

«Introibo ad altare Dei»

Agregando a continuación:

«Y por favor, controla tus gases.»

«No te apures —me contestó—:

Una voce poco fà

Qui nel cor mi risuonò!»

Palinuro adoptó la posición prostática y yo comencé a desarrugarle el cuero luego de observar, como lo

aconsejan los manuales, la disposición del pelo y de corroborar la tendencia dextrógira de los pliegues.

«Recuerda que el primer deber del médico —dijo mi amigo—, es no dañar al enfermo: *Primum, non nocere.*»

«¿Te afeitó todo?», le pregunté.

«Claro que sí. Por todas partes...»

*«Fígaro sù, Fígaro giù,
Fígaro quà. Fígaro là!»*

Y cuando acerqué a navaja y con los dedos separé los bordes del ano, Estefanía, mi sorpresa no tuvo límites. Lo primero que pensé es que Palinuro

desconfiaba de mí y había decidido espiarme; no lo vas a creer, Estefanía, pero allí, en el culo, Palinuro tenía un ojo.

«Es una ilusión de óptica», dijo.

«No señor, es un ojo», le contesté.

«¿De qué color?»

«Azul.»

«Es el Ojo Universal.»

«Esa es una metáfora —le dije—. Y lo que tú tienes en el culo no es una metáfora, sino un ojo de verdad.»

«¿Estás loco?»

«No estoy loco. Es el ojo de vidrio del general, que ayer te tragaste en medio de la borrachera.»

«No es cierto. El ojo se le cayó en el

pasto y allí se quedó.»

«Sí, se cayó en el pasto, pero nos pusimos a buscarlo. Recuerdo que nos quitamos los zapatos para no pisarlo y caminamos de puntitas como si fuéramos por el Jardín de las Tullerías y estuviera minado. Yo lo encontré, lo recogí y lo guardé en el bolsillo.»

«¿Por qué no se lo diste al general?»

«El general ya se había ido. Luego, cuando llegamos a la casa me lo pediste, te lo pegaste en la frente con plastilina y seguiste bebiendo y jugando al Tercer Ojo. Después ya no lo vi. Seguramente se te cayó en el vaso y te lo tragaste sin darte cuenta.»

«No recuerdo habérmelo tragado —

dijo Palinuro— ¡qué estupidez!»

«Entonces sucedió otra cosa», le dije, y comencé a rasurarlo.

«*Piano, pianissimo!*», me suplicó.

«*Basta! Basta! Non parlate!*»

Deslicé la navaja por el borde superior del pliegue glúteo.

«¿Qué otra cosa sucedió entonces, si no me lo tragué?», me preguntó Palinuro.

«Nada, nada, olvídate.»

«Dime qué cosa.»

«Bueno, bueno, si insistes. No me extrañaría que después de que te saque el ojo me encuentre unos foquitos de Navidad, un soplete...»

«*Ah, canaglia!*»

«... una credencial de diputado, la

naranja que no aparece... la aguja de Cleopatra, los Rollos del Mar Muerto, y otros alicientes...»

Palinuro respingó y señaló hacia el cielo raso:

«*La calumnia é un venticello...!* Piensa lo que quieras, ¡pero de esas mañas sí que no tengo! ¿No piensas sacarme el ojo?»

«En cuanto acabe de afeitarte», le contesté, y noté un extraño parpadeo en el ojo de Palinuro.

«Tienes un tic en el ojo», le dije.

«Es el resultado de una fijación anal», me aclaró.

Y con paciencia seguí contando los pliegues y afeitando pelo por pelo, y te

juro, Estefanía, que el ojo único de Palinuro adquirió una expresión cada vez más agradecida y yo no resistí la tentación de calcar la escena de una película famosa y pasé el filo de la navaja por el ojo azul de Palinuro... Recordé después toda la *Histoire de l'Oeil* y las transformaciones del ojo en huevo, en sol, en testículo de toro, en protohistoria, en panspermia, en ácido desoxirribonucleico y pensé después en Polifemo y me pregunté quién era la Galatea («cuando en el cielo un ojo se veía») a la cual Palinuro le obsequiaba hipogrifos, monocerontes, estatuas vegetales de Condillac y otros monstruos salidos de su imaginación

miserable. Y luego recordé el símbolo con el que comienzan todas las recetas médicas y que representaba el ojo de Horus. Por último, recordé a Ulises, en Sicilia, y ante Ulises, Estefanía, me sentí nadie, me sentí menos que nada.

«Tengo ... *un non so che nell'occhio*», dijo Palinuro, citando por la sinfinésima vez al Barbero de Sevilla.

«¿Qué cosa dices?»

«Que tengo un no sé qué en el ojo», tradujo.

«Es la espuma que te arde. ¡Cierra el ojo y cállate!»

«¿Y si nadie me puede sacar el ojo, qué voy a hacer, Dios mío?»

«Escribirás, como Quevedo, una

historia que se titule Gracias y Desgracias del Ojo del Culo», le vaticiné.

«¿Pero te imaginas lo que va a pasar si no puedo ir al baño? Reventaré y lloverá caca sobre el Valle de México», se lamentó.

«Se le hará un ano artificial, joven.»

«¿Usted me operará, maestro?»

«Yo mero, y no te muevas más, o te doy una cachetada.»

Pero Palinuro siguió lamentándose de su suerte...

«Alguien me hizo mal de ojo, seguro. Imagínate qué problema: de hoy en adelante tendré que andar en cuatro patas, con un agujero en los pantalones

para poder ver. Piensa lo ridículo que será decirle a Estefanía, por ejemplo, “feliz el ojo que te ve, Estefanía”...»

«Ojos se necesitan hasta en los mismos ojos, dijo Baltasar Gracián. Podrás dedicarte a contemplar construcciones de Duchamp, de esas que se ven con un solo ojo y además cerrado», le dije para consolarlo.

«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Y si mi tercer ojo es tan miope como los otros dos, imagínate: tendré que comprarle un monóculo y nunca podré sentarme de nuevo!»

«No importa: siempre podrás usar un culo de contacto. Y como te advertí, cállate, porque precisamente tu ojo me

recuerda...» le dije, con la navaja en alto.

«¿Qué te recuerda?»

«Me recuerda a Sir John Taylor, que llamó al ojo Proteo de las Pasiones. Me recuerda también el ojo temible del Califa Vatek, Comendador de los Creyentes, que fulminaba a quien lo veía cuando estaba enojado. Y el ojo en llamas que Ixora tenía en la frente y con el cual redujo a cenizas a Canteven, cuando osó engañarlo con su esposa Paramasceri...»

«No entiendo la comparación. Mi ojo no es de los que hacen ceniza a nadie...»

«Pero tu ojo, Palinuro, es de los que

hacen caca a quien se atreve a mirarlo, que es casi lo mismo...»

«Qué voy a hacer, qué voy a hacer», lloró Palinuro (por arriba), me guiñó el ojo (por abajo), eructó (por arriba), suspiró (por abajo) y me suplicó (por arriba) que acabara yo de afeitarlo (por abajo).

Pero yo insistí en mis comparaciones, tan impresionado estaba de la grandeza del ojo de Palinuro, comparable tan sólo al As de Oros, al Ojo del Triángulo Trinitario, al Ojo inmóvil fijo en un muro que imaginó San Buenaventura y que observa todos los movimientos de las cosas y las personas, o al ojo único sin párpados y

eternamente abierto del Macroposopos o Gran Rostro del Zohar: te juro Estefanía, que el carbunclo que representa al Ojo Penino, nunca resplandeció con tanta intensidad; que nunca fue tan alucinante el tercer ojo terrible de Shurem, ni tan espantoso el ojo que tenía en la nuca el gigante Argos o en el occipucio Cuchulainn el niño monstruo, o tan hermosos los cien ojos que otros mitólogos dicen que el mismo Argos tuvo antes de transformarse en pavorreal; así como las manchas de Devandiren que se transformaron al revés cada una en un ojo, cuando Guadamen lo perdonó, nunca fueron tampoco tan peregrinas. De la misma

manera, Estefanía, el Ojo de la Noche que contempló a Virgilio moribundo en la calle Miseria y el ojo de Júpiter Trioptalmos encontrado en la guerra de Troya, nunca fueron tan omnipotentes ni tan agoreros. Ni tan bello el ojo de Odín, que dio a cambio para beber del pozo Mimir el agua de la sabiduría y del cual salió la luna. Ni tan luminoso el ojo de ese otro gigante escandinavo, Junner, del cual salió el sol. Y cuando se me acabaron las comparaciones, me encamine al librero, abrí una Historia del Arte y me encontré con el ojo-reloj y el ojo-pintor de Salvador Dalí; el ojo del Ladrón de Mujeres de Sirio Musso; el ojo en la cuchara de la Pintora de

Ojos de Clerici; el ojo-reloj-de-sol de Trevisan; el ojo destructor de Man Ray que aniquila el espacio, y tantos otros ojos más sin que faltaran los pintados por Magritte y Max Ernst, y el ojo celeste de Odilon Redon. Palinuro mismo recordó Las Curiosidades de la Medicina de Cabañes, donde este autor cita el caso de niños nacidos con un solo ojo en la frente. Yo, por mi parte, le señalé que San Agustín en La Ciudad de Dios y Montaigne en sus Ensayos, hablan también de esta clase de monstruos. Herodoto, en su historia, se refiere a los arimaspes, que también tenían sólo un ojo, le dije a mi amigo y le enseñé después Lo Inganno degli

Occhi de Accolti, y Le Symbolisme de l'Oeil de Waldemar Déonna. Hablamos del personaje de Simenon, en La Nuit du Carrefour, que como el general, tenía un ojo de vidrio. Déonna nos recordó el ojo inmenso del tigre abierto sobre el infinito de La Fin de Satan de Víctor Hugo, los ojos profilácticos que los egipcios ponían sobre las tumbas, los cetros de los jueces de paz que tenían un ojo en el pomo y la mano abierta con un ojo en la palma que simboliza la justicia. Y ninguno, ningún ojo, me pareció tan importante y tan original como el ojo único de Palinuro.

Observé después que a causa de un descuido le había hecho una pequeña

cortada a Palinuro y que el ojo lloraba una lágrima de sangre: «Mas tus ojos y tu corazón no son sino para tu avaricia, y para derramar sangre inocente —le dije —: Jeremías, capítulo 22, versículo 17».

«¿Te sabes la Biblia de memoria?», me preguntó.

«Las dos terceras partes: “por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo”: San Mateo, 5, 29. Y San Marcos 9, 47 agrega: “mejor te es entrar en el Reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno”. Por su parte San Lucas, nuestro insigne patrón, afirma treinta páginas después: “La lámpara del

cuerpo es el ojo: cuando tu ojo es bueno, también todo tu cuerpo está lleno de luz”. Y Job...»

Pero Palinuro estaba ya muy impaciente:

«¿Qué pasa? ¿Ya acabas?»

«Por un pelito», le contesté, y en efecto, lo corté con la navaja, al sesgo y de raíz.

«¡Listo!»

«¿Seguro? ¿No queda ni un pelito?»

«¡Ni uno solo!»

«¡Cuidado! —dijo—. Bien dice el dicho que al mejor cazador se le va una liendre...»

Yo me limité a limpiar la navaja y la guardé en su estuche.

Luego le puse a Palinuro un poco de talco y le advertí:

«Lo siento mucho, hermano, pero para sacarte el ojo tengo que meterte los dedos...»

«Ojo por ojo, dedo por dedo», me contestó Palinuro.

A continuación, Estefanía, me puse un dedillo de hule en el dedo cordial de la mano izquierda, le unté jalea de petróleo e hice una muy simple operación, que te describiré en latín para no ofenderte: *digitum in culo eius imposui*, y lo saqué limitándome a decir una sola palabra:

«*Touché!*»

«¿Qué quieres decir con eso?», me

preguntó Palinuro muy amoscado.

«Que ya te saqué el ojo.»

«¿Cómo? Si casi no sentí nada.»

«Porque tengo manos de médico, ya te dije, que además de ser calientes son muy hábiles: Astley Cooper se hubiera muerto de envidia en Edimburgo.»

En seguida le mostré el ojo de vidrio que saqué del bolsillo de mi pantalón, como si hubiera estado allí todo el tiempo.

«Está un poquitín amarillento», le dije.

Palinuro diagnosticó:

«Hepatitis infecciosa. Pobre general, pensar que está enfermo y que no lo sabe.»

«Pobre general —asentí, y pregunté luego—: ¿Qué vamos a hacer con él?»

«Lo quiero vivo —contestó Palinuro—. No quiero que nunca se olvide de la Batalla de Santa Rosa, cuando peleó al lado de mi general Obregón, y de los estudiantes que torturó en la Plaza de las Tres Culturas. Quiero que recuerde siempre que cuando era un capitán revolucionario se persignaba con el primer cristiano que mataba cada día, y que cuando era un general viejo limpiaba su fusil con gusto puñetero. Así que ponlo en un vaso de alcohol.»

«No tenemos alcohol.»

«Bueno, ponlo en un vaso de tequila.»

Así lo hice, y el ojo nos miró inmensamente asustado, Estefanía, porque pensó que se iba a ahogar. Palinuro fue a la cocina a preparar algo de comer. Cuando regresó miró que el ojo nos estaba mirando.

«Juraría que ha cambiado de expresión —me dijo—. Nos contempla con una misericordia infinita. ¿Sabes por qué?»

«No tengo la menor idea.»

«Sencillamente, porque está borracho perdido.»

6. Sponsalia Plantarum y el cuarto de la Plaza de Santo Domingo

La tía Luisa, entre otras cosas porque nació en París en el corazón del Faubourg Saint-Honoré, vivió toda su vida con la hora de Francia. A las doce de la noche hora de México, cuando en París apenas comenzaba a amanecer y pájaros de librea roja anunciaban en el Boulevard Sébastopol el principio del

mundo, la tía Luisa abría los ojos —casi siempre unos segundos antes de que el despertador sonara para recordarle que estaba viva—, se ponía la bata y las pantuflas y rezaba sus oraciones matinales. La danza de las horas continuaba a la una de la mañana, cuando la tía Luisa recorría la casa caminando de puntas, llegaba a la cocina y desayunaba café con leche y *croissants*. Y naturalmente, a las siete de la mañana hora de México, cuando en el verano de París era la una de la tarde, la temperatura se almendraba y la incandescencia bajo el Puente de Alejandro III se volvía nauseabunda, la tía Luisa almorzaba en forma, con vinos

de Burdeos y manteles largos. A las tres de la tarde, hora del Paseo de la Reforma, la Plaza de la Constitución y la Casa de los Azulejos, la tía Luisa cenaba sola en su habitación mientras al otro lado del Atlántico, seis meridianos más allá, se abalanzaba la noche, los mendigos remendaban los periódicos del día y los cabarets de Montmartre se iluminaban, como en otro siglo, al compás de los ajusticiados y los corpiños de Holanda roja. Y varias horas después la tía Luisa se encerraba en su habitación, corría las cortinas negras y espesas de sus balcones, rezaba sus oraciones de la noche con una voz quebrada por las linternas y se dormía

minutos más, minutos menos, a las cinco de la tarde hora de México: once de la noche hora de París, cuando la bohemia inicia el jubileo y las mariposas se desprenden de los alféizares y van a dar, con sus sombras, a las picardías del Sena.

En el año de 1900, el padre de la tía Luisa recibió el encargo de administrar el Pabellón Mexicano de la Exposición Internacional de París: un edificio neogreco, con nueve arcadas, situado a la orilla izquierda del Sena a unos pasos del Pont de l'Alma y en seguida de la Casa de Serbia, que exhibía en dieciocho nichos —tantos como años tenía la tía Luisa—, los tabacos, las

telas y los metales preciosos mexicanos. De manera que el bisabuelo, de regalo de cumpleaños, decidió llevar a la tía Luisa para que conociera la ciudad natal que abandonó a los tres meses de nacida y con la que tanto había soñado: París sin aguaceros. París bautizado con risa y orina. París el de las láminas estereoscópicas y las chimeneas que leyeron a Eugenio Sué. «París el de los cuatrocientos quesos», hubiera dicho Walter.

«París —dijo el bisabuelo— el de los cuatrocientos quesos y las champañas viudas.»

El bisabuelo, enredado en números y correspondencia, dedicó sus pocos ratos

de ocio a aplicar el principio cartesiano de la duda metódica a la existencia activa de los dos fenómenos de la exposición que más lo cautivaron: uno, era la Torre Eiffel; el otro, el Gigante Hugo, que si bien no tenía los pies verdes ni los ojos fulminantes como el basilisco, al bisabuelo le pareció más una encarnación de Armilius el Anticristo, que la representación de Gargantúa en la reconstrucción de *Le Vieux Paris*. Entre el gigante Hugo, que medía dos metros veinticinco centímetros y era capaz de cubrir una moneda de cinco francos con el dedo pulgar, y la Torre Eiffel que medía trescientos metros, estaba pintada del

naranja oscuro en la base al amarillo pálido en la cúspide y resplandecía en las noches iluminada por nueve mil lámparas, el bisabuelo nunca pudo elegir. Por lo demás, le tuvieron sin cuidado el Palacio del Genio Civil o el Pabellón de la Caza y la Pesca, y se negó rotundamente a visitar la Huerta Japonesa cuando supo que los jardineros nipones habían logrado cultivar, a través de siglos de paciencia, abetos y sauces enanos. Nada le molestaba tanto al bisabuelo como oír hablar de esos experimentos que le recordaban la alpinización degenerativa de las plantas.

De modo que la tía Luisa quedó en libertad de recorrer, sola, París y la

Exposición. Y la vieron, en efecto, soltarse el cabello en los Jardines de Luxemburgo para sobrenadar en las cerámicas y las jurisdicciones de las rosas. Caminar de café en café y de rima en rima por los desfiladeros de Saint-Germain des Prés. Llegar al Campo de Marte para visitar la Sala de las Fiestas o bajar de un coche, en el Trocadéro, para conocer el Castillo del Agua y el Panorama del Congo. O hacer mil cosas más como comprarle a la fortuna una docena de peras melba en la Rue Mouffetard, pasarse mañanas enteras en la Maison Artistide Boucicaut en la Rue de Bac y confirmar, a la vista de los vitrales de la Santa Capilla y la luz del

sol que se descomponía en los siete colores del espectro bajo la cúpula del Palacio de la Óptica, que ella, Luisa, había nacido en un momento propicio a las estrellas puesto que le era dado contemplar ese feroz inventario de luces y sorpresas y asomarse desde su ventana en los Campos Elíseos para admirar los suspiros rodantes, los ríos de tolvas y quitasoles, los franceses de pan largo y las turistas de tul y especias que no se cansaban de pasar, todo el día, toda la noche, así fuera la hora de México, la hora del Café de Paix, la hora del Pabellón de Bosnia-Herzegovina, o la hora de acostarse a dormir para levantarse temprano y visitar al día

siguiente Le Jardín des Plantes. Y como en aquel entonces algo tenía la piel de la na Luisa de la porcelana inteligente y su cintura fue., por puro azar, francesa hasta el aborrecimiento, dejó a su paso por Montparnasse, la Plaza Vendôme y la de Rue des Écoles, admiradores y enamorados que después de conocerla se quedaban cuatro días sin dormir y sin pegar las alas. Pero antes la seguían por la Corte de los Milagros, por el Palacio Luminoso Ponsin y por la calle de El Cairo donde los árabes vendían espadas damasquinadas y brocados y muebles con incrustaciones de nácar, averiguaban el nombre de su hotel, el número de su cuarto, el cometa de su

nombre, y le escribían cartas de amor que la tía Luisa no entendió jamás porque apenas pespunteaba algunas sílabas de francés.

Nadie sabe por qué a la tía Luisa se le ocurrió, conociendo ya tanto de los misterios de París y teniendo varias semanas más para recorrerlo, seguir un sábado el itinerario que la Guía Ilustrada Bon Marché recomendaba para conocer la ciudad en tres días, «*a vol d'oiseau*», o en otras palabras, a vuelo de pájaro. Pero el caso es que así fue y que gracias a ello llegó al Jardin des Plantes después de hacer el recorrido Place de la Concorde-Jardin des Tuileries-Rue Royal-La Madeleine-La

Bastille, y de allí tomar el tranvía Bastille-Alma, en el Boulevard Henri IV y el Pont Sully, en el momento en que Jean Paul tenía diez minutos de haber entrado al pabellón de las plantas tropicales. En otras palabras, sólo los separaban las casas de las plantas acuáticas, las plantas alimenticias e industriales, las plantas medicinales, las plantas anuales y las plantas vivaces de ornamentación, pabellones todos que la tía Luisa recorrió a vuelo de pájaro, como lo recomendaba Bon Marché.

Jean Paul era un botánico francés que hablaba español y que por una coincidencia se especializaba en opuncias y otras cactáceas de las

altiplanicies desérticas mexicanas, y sentía una debilidad especial por la flor del látigo de tallos colgantes y por las flores de carmesí satinado del nopalillo. Pero tal vez no fue una coincidencia, porque la tía Luisa fue a París a sentir nostalgia de México, y regresó a México para sentir nostalgia de París, como en cierta forma le sucedió a Jean Paul, que cuando vino a América lo hizo no sólo para alcanzar a la tía Luisa sino también con el propósito de seguirle las huellas a las plantas y árboles que le debían su nombre, o su descubrimiento, a botánicos y aventureros franceses y otros personajes europeos. Entre ellos figuraban, según sus noticias, la

buganvilla, llamada así —como una de las islas Salomón—, en honor del navegante francés Luis Antonio de Bougainville, y el flamboyán, llamado por Tourneforte «Poinciana» en homenaje a Monsieur de Poinci, patrón de la botánica y gobernador de Las Antillas, y por otros llamado árbol del fuego. Aunque dicha sea la verdad, a Jean Paul también le interesaba conocer los jardines mexicanos que Bernal Díaz del Castillo comparó a los encantos descritos en Amadís de Gaula, estudiar la aristoloquia con cara de pelícano y olor nauseabundo que sirve para la mordedura de serpientes tropicales y admirar las humildes flores del

cacahuanantli que le dan su sombra perfumada a las plantas del cacao. Hay quien dice, sin embargo, que la tía Luisa se enamoró de Jean Paul fascinada por el lenguaje y la sabiduría del joven botánico. Nunca antes había conocido a nadie que hablara de vegetales altoceánicos, de la multiplicación por esquizogénesis y de la savia ascendente que se dirige a la sumidad de las plantas, con tanta naturalidad como cualquier otra persona habla del estado del tiempo, la obra de teatro que vio el domingo o la última epidemia de gripe asiática. Y nunca se imaginó que hubiera alguien capaz de darle el nombre de *emergencias* a las espinas de las rosas,

llamar *capítulos* a las inflorescencias o designar con la palabra *alas* a las membranas de los frutos de los arces. Con Jean Paul la tía Luisa aprendió la existencia del Calendario de Flora, supo que los hongos tienen enfermedades holandesas y que un *exsiccatum* es un vegetal seco y preparado, acompañado por una etiqueta donde va su nombre genérico, específico y vulgar, además de la localidad, el nombre del colector y la fecha en que fue coleccionado. Jean Paul le regaló a la tía Luisa un ramo de *exsiccata* de la flor más modesta, la violeta —o *viola odorata*, como dijo Jean Paul que se llamaba en el lenguaje científico— formado con las violetas

más bellas que había recogido a lo largo de los años: una en el Alto Loira, otra en la Normandía, una más en las bocas del Ródano y así por el estilo.

La tercera teoría es que a la tía Luisa le gustó Jean Paul por otra sencilla razón: entre todas sus manías, siempre le tuvo horror a la vejez y bastaba que descubriera en el rostro transparente de un enamorado al viejo que tarde o temprano se abriría paso a través de las arrugas y los pensamientos libidinosos, para que se negara a volver a verlo jamás. Y esta póliza contra la senectud, contra la artritis deformante y la tentación de pintarse las mejillas de verde que buscaba la tía Luisa, sólo

pudo encontrarla en un hombre destinado a morir joven: Jean Paul. Pero el abuelo Francisco, que era un buen lector de Cicerón y había seguido de cerca los pasos del alejandrinismo y de la escuela filosófica de Cousin en el reinado de Luis Felipe, siempre opinó que la coexistencia pacífica sólo se lograría a través de soluciones eclécticas: la tía Luisa, dijo él, se enamoró de Jean Paul por las tres razones: porque era un botánico francés que hablaba español y amaba las plantas mexicanas, porque deslumbró a la tía Luisa con su lenguaje y sus conocimientos, y porque era un hombre destinado a morir joven. Además, ¿no

decía él siempre que uno puede enamorarse de una persona por muchas causas? «Nunca se casen por dinero, cásense por amor —les decía a sus hijas—. Pero enamórense de un hombre rico y serán más felices.»

Nadie pensó, entonces, en la más poderosa y profunda de todas las razones que tuvo la tía Luisa para enamorarse de Jean Paul, y que fue, simplemente, el haberlo confundido con su deslumbramiento por París.

Un año antes de morir, Jean Paul se enamoró de la tía Luisa y le declaró su amor entre las malezas tropicales, a la vista de aduaneros espías que visitaban el pabellón para copiarle al mangle sus

raíces aéreas, mientras afuera, en París, hacía calor o hacía frío, daba lo mismo, o incluso podía caer nieve como en las novelas de Zola, sobre el vientre de París, el Gran Guñol, el Hôtel-Dieu y el Palacio de Siberia de la exposición, también llamado, por sus murallas, El Kremlin Efímero. La tía Luisa le dijo que no. Dos días más tarde, en la exposición de escultura del Grand Palais, la tía Luisa, temerosa de que el día de su muerte se abrieran para recibirla las Puertas del Infierno de Rodin que tenía frente a ella, repitió su negativa. Ocho días después y once meses y dos semanas antes de morir, cuando se encontraban en el interior del

inmenso Globo Celeste, contemplando el movimiento de los astros y escuchando la música de las esferas dirigida por monsieur Saint-Saëns, Jean Paul señaló las siete estrellas de la Cabellera de Berenice, las comparó a la constelación que la tía Luisa tenía bajo el sombrero y después, en una velada alusión a todos los hombres distintos en los que podría transformarse si la tía Luisa le decía que sí, Jean Paul le habló del dios romano Vertumno que para hacerle la corte a Pomona, la ninfa de los jardines, se transformó en campesino, soldado, pescado y mujer vjeja. Le habló también de Júpiter. Júpiter se transformó en cuclillo para

amar a Hera, en toro para amar a Ceres, en cisne para amar a Leda, en paloma para amar a Pitia y en delfín para amar a Melanto. Júpiter, en fin, que se volvió sátiro para amar a Antiope, que se envolvió en una llama para visitar a la ninfa Egina y que descendió sobre Dánae convertido en una lluvia de oro. La tía Luisa le dijo que no.

Veinte días después, una tarde del año 79 de la Era Cristiana, o sea mil ochocientos veintidós años antes de morir, cuando visitaron El Vesubio en París, Jean Paul, vestido con la toga romana y rodeado de esclavos con las cabezas afeitadas, le declaró su amor a la tía Luisa en el momento que el volcán

comenzó a rugir y a lanzar las cenizas ardientes que sepultaron al pueblo de Pompeya, y la tía Luisa, aterrorizada, le dijo que no. Jean Paul repitió su declaración por teléfono y por telégrafo en el Palacio de la Electricidad, transformado en ciudadano del Siglo Veinte. Y entre Venecia y Constantinopla, cuando navegaban en el Mareorama de París, transformada ella en una joven viajera que por primera vez conocía el mar, y él en un vicio lobo que conocía todas las islas habidas y por haber: las Célebes, las Hébridas, las Malvinas y la Isla de Más a Tierra, Jean Paul le declaró su amor a la tía Luisa. Y nuevamente, y a voces, en el Jardín de

Aclimatación del bosque de Boloña cuando viajaba disfrazado de explorador escocés a lomo de un dromedario tras el elefante en el que iba la tía Luisa vestida de cazadora inglesa. Y la tía Luisa le dijo que no, sonriendo, cuando salían de la Casa de la Risa, donde Jean Paul, para seducirla, se transformó frente a un espejo en el botánico francés que hablaba español más gordo del mundo.

Un día visitaron La Tour du Merveilleux, que era, para asombro de la tía Luisa, una casa al revés: se entraba por el desván, y se subía después al tercer piso y luego al segundo y al primero, y así hasta llegar a

la planta baja y al sótano. Las alfombras y los muebles estaban clavados en los techos, las lámparas se levantaban en medio del piso como fuentes de cristal, y a través de las ventanas y gracias a un juego ingenioso de espejos y cristales, se veía todo París al revés. En el desván, la tía Luisa le dijo que no a Jean Paul. En el tercer piso, le dijo que lo iba a pensar. En el segundo, le dijo que tal vez sí. En el primero Jean Paul, de un brinco, arrancó un *Narcissus poeticus* que descendía del techo colgado de un florero al revés y en la planta baja se lo entregó a la tía Luisa, que se lo agradeció en silencio. En el sótano, la tía Luisa, dándose cuenta que no sólo

París y el mundo estaban de cabeza por la Exposición, sino también ella, y su corazón, por Jean Paul, le dijo por fin que sí, con todas sus letras. Y luego cogidos de la mano bajaron corriendo hasta la mansarda y salieron rumbo al cielo, volando, por la chimenea.

Ocho meses antes de morir, cuando todavía en México florecen los cabellos de ángel, Jean Paul comenzó a preparar un viaje largo, en barco, en el que de verdad aprendería a resolver los crucigramas del viento y conocería el espesor de las marinas. Seis meses más tarde y dos antes de morir, cuando tanto en México como en París florecen todavía las nochebuenas púrpuras, Jean

Paul, con tres baúles filipinos llenos de ropa y manuscritos, sus cartas de dispersión y su bastón Raunkjaer para medir la frecuencia de las especies vegetales, además de libros y más libros entre los que no faltaban las obras del barón de Humboldt, la *Biología Centrali Americana* de W. B. Helmsley y las *Memorias de los Gabinetes de Historia Natural* de Lamarck, cruzó el océano Atlántico y comprobó, entre otras cosas, que no sólo el mar es eterno sino también que la fosforescencia nocturna de las aguas, producida por millones de organismos microscópicos, tenía el mismo color verde *chartreuse* que los ojos de la tía Luisa. Las calles

de Veracruz recibieron a Jean Paul en abril con la eclosión amarilla de las flores del cojón de oro mes y medio antes de morir, menos las seis horas que perdió al cruzar el océano y que nunca volvería a recuperar. Y dos días después, y quince antes de pedir la mano de la tía Luisa, las jacarandás de la ciudad de México alfombraron los parques con pétalos morados en honor de Jean Paul y Luisa. Tres semanas después los bisabuelos, para anunciar el compromiso, dieron un banquete en el que todo el menú era una serie de delicias cocinadas con flores: los invitados comieron entre otras cosas sopa de flor de calabaza, ensalada de

flor de colorín, guisado de flor de garambullo, postre de Alejandría o flor de templo con rosas azucaradas, y se brindó a la salud de los novios con agua de flores de Jamaica. Diecinueve días después, y seis meses antes de la fecha fijada para la boda, Jean Paul viajó a la ciudad de Guadalajara para estudiar la flora de sus jardines y llegó dos días antes de su muerte, cuando la ciudad estaba cubierta de flamboyanes en flor. Un día y medio después, y ocho horas antes de morir, Jean Paul caminó por las calles de Guadalajara, consultó en la biblioteca la *Historia Plantarum Novae Hispaniae* del doctor Hernández, compró unas camisas y regresó al hotel

para escribir, con tinta morada de la amapa rosa, una carta para la tía Luisa y otra para su madre, en Francia.

Dos horas después, ya de noche, salió a caminar y se dirigió a un parque público al que llegó hora y media después de salir del hotel y quince minutos antes de morir. Cinco minutos antes, un hombre había llegado al mismo parque. Diez minutos después, Jean Paul se sentó en una banca, bajo un flamboyán, y comenzó a soñar con el viaje de bodas que haría con la tía Luisa seis meses después, y en el cual iban a seguir un itinerario floral por la República para conocer los árboles de clavellina que crecen en los cementerios

de Alpuyecá, la flor del tigre que se da en los caminos de Guerrero, el pie de pájaro que florece a la sombra de las pirámides del Tajín. Y soñó también con los hijos y la casa que tendrían varios años después. Cuatro minutos más tarde, Jean Paul había cumplido ya los cuarenta años y era un botánico tan famoso como lo fueron en sus tiempos Lobelius, Mutis o Valivov. Dos minutos después era un viejo lleno de diplomas, recuerdos e invernaderos donde crecían las orquídeas y las convolvuláceas. Un minuto y treinta segundos antes de morir, Jean Paul agonizaba en su cama, atendido por la tía Luisa y un sacerdote, y rodeado de su gloria, sus hijos, sus

nietos y amigos que habían venido de muy lejos: del Jardín Botánico de Buenos Aires o del Arnold Arboretum de Boston, para asistir a sus últimos momentos. Diez segundos después, el hombre le cortó la yugular. Un minuto y veinte segundos más tarde, sesenta años antes de morir en su cama y veintiocho antes de que fuera descubierto el manuscrito del indio Juan Badiano, seis semanas después de haber llegado a México y 23 años después de haber llegado al mundo, Jean Paul murió, desangrado, cinco horas después de un derrame cerebral, dos días antes de sus funerales, 83 años después de haber llegado al mundo y 60 después de haber

muerto, asesinado, en un parque de Guadalajara.

Fue ésta la tía Luisa —y ninguna otra tía Luisa del mundo— la responsable de haber tomado la primera fotografía de Estefanía bajo un árbol. Esto fue en Veracruz, cuando mi prima y yo coincidimos con el viaje que cada año hacía la tía Luisa para visitar el sepulcro de Jean Paul, cuyo cuerpo por una razón o por otra ni se quedó en México ni llegó nunca a París. Desde entonces el destino de Estefanía —como el de las ninfas de los bosques— quedó unido al de un árbol. Es decir, al de

cientos de árboles. De regreso a la ciudad de México, mi prima quiso que el tío Esteban la fotografiara debajo de un naranjo. Cuando fue a Berlín, muchos años después, se retrató bajo los tilos. En Oaxaca, bajo el árbol de Santa María del Tule. Luego, bajo un abedul en Rusia, bajo una higuera de Bengala en Palm Beach y bajo el Árbol de la Noche Triste en Popotla. Soñó después con visitar un día el árbol de Woolsthorpe a cuya sombra Newton descubrió la ley de la gravitación universal, el plátano del Iliso que refrescaba las enseñanzas de Platón y los halodendros bajo los cuales murió el Buda. En un diccionario de mitología mi prima descubrió el Heom

persa que brotó del cuerpo del primer hombre y el ciprés del que se ahorcó Helena, la esposa de Menelao. En las páginas de la Biblia, supo del cedro sagrado que corona la cima del monte Líbano y el espino del que salió la madera para construir la cruz de Cristo y las columnas del templo de Salomón. Y me hizo jurar que algún día iba yo a retratarla, o cuando menos a dibujarla, bajo éstos y todos los otros árboles famosos de la historia y la literatura, incluyendo el árbol sagrado de La Rama Dorada y los baobabs de *El Principito*.

Entre todos estos retratos y dibujos de Estefanía, mi favorito era una fotografía que mi prima me mandó desde

los Estados Unidos cuando tenía diecisiete años y donde estaba sentada bajo un roble americano que le provocó una fiebre alérgica recurrente que desde entonces le repetía cada año en la misma época. Fue esta fotografía el primer objeto que llevamos a nuestro cuarto de la Plaza de Santo Domingo, después de mandarle hacer un paspartú de color índigo y un marco de hoja de oro. Después, y siempre en relación con la fotografía, fuimos adquiriendo y llevando al cuarto todos los objetos que aun sin proponérselo hacían juego con ella: los ceniceros, los cubrecamas —en realidad, uno solo: la colcha de retazos que nos regaló la tía Luisa y que le

inspiró a Walter la idea de hacerse el famoso chaleco de rombos—, los libros —entre los que no faltaban *Las Cartas de una Monja Portuguesa*, el *Homenaje a Sextus Propertius* y *Las Aventuras de Tyl Ulenspiegel*—, las faldas y las medias de Estefanía, mis calzones y calcetines, las cartas de los amigos, una caracola de la Isla Verde, un huevo de cristal puesto especialmente por Brancusi para nosotros y mil cosas más.

Con el tiempo, mandamos hacer una pared especial para colgar la fotografía y más adelante, cuando habíamos ahorrado lo suficiente, mandamos hacer tres paredes más. La de enfrente con una ventana de modo que todas las mañanas

el sol de otoño iluminara las hojas doradas del árbol y el sol de primavera las hojas verdes. A esta ventana llegaba, también todos los días, la paloma de Palinuro que más de una vez se apareció cuando mi prima lloraba por todos sus antepasados. Y es que a Estefanía, desde que descubrió en el cuarto de la abuela Altagracia los retratos de los muertos, le dio por llorar a los abuelos húngaros que nunca conoció, a los bisabuelos mexicanos que habían muerto muchos años antes de que ella naciera, a una tía lejana de la que no se acordaba y a tantos otros familiares o casi familiares como el desventurado Jean Paul, hasta que al fin un día le expliqué con

números que no era difícil que tuviéramos hasta sesenta y cuatro mil antepasados, o muchos más, y que no era justo que llorara por unos y no lo hiciera por todos, y que para llorar a tanto muerto no le alcanzaría la vida entera. Desde entonces no lloró por ninguno.

La pared del lado izquierdo de nuestro cuarto la diseñamos con dos puertas, de manera que el retrato de Estefanía tuviera un baño y una cocina que se llevaran con su blusa y con sus ojos. Y en la pared de la derecha abrimos una puerta para que todos nuestros amigos pudieran entrar a ver la fotografía, para lo cual mandamos hacer una escalera luego de ordenar un

edificio a la medida, cuidando que todos los detalles tanto de la fachada como el interior —o sea ventanas, instalaciones eléctricas y desagüe, corredores, cornisas, zaguán y arcadas—, armonizaran con el retrato de Estefanía. Por otra parte, nos pareció que lo más conveniente para la fotografía era que nuestro cuarto tuviera cuatro pisos abajo y arriba sólo el cielo que se transparentaba por un tragaluz que mandamos hacer especialmente a fin de que los pájaros, los gatos, los aviadores y sobre todo el pobre hombre que limpiaba el tragaluz, tuvieran oportunidad de ver el retrato.

No nos olvidamos de los habitantes

del edificio: mandamos hacer una portera y unos vecinos —entre ellos el médico, el policía, la vecina loca y el burócrata—, que con el pretexto de espiarnos cuando hacíamos el amor o de pedirnos prestada una cebolla o media taza de harina, se extasiaban ante el retrato de Estefanía. A nosotros nos encantaba que nos espieran, pero la portera comenzó a descuidar sus tareas hasta tal punto que un día, para ahuyentarla, le pedimos al general que nos prestara su ojo de vidrio y lo pegamos al ojo de la cerradura. Supimos después que la portera se había quejado con el policía de que la espiábamos cuando nos espiaba.

También mandamos hacer varios inquilinos indiferentes a nuestras vidas y al retrato mismo, que formaron parte de otros millones y millones de personas —tantas o más que todos nuestros antepasados y probables descendientes—, que mandamos hacer más adelante y que nos pareció adecuado que ignoraran nuestra existencia para que la fotografía no se sintiera agobiada por la curiosidad de tantos admiradores y comenzara a sospechar de sus propios atributos. Esta cifra, desde luego, cambiaba cada segundo según se morían o nacían miles de personas desconocidas, y cada semana, según mi prima caminaba por la ciudad haciéndose de nuevos amigos y

nuevos amantes.

Como es natural, mandamos hacer una ciudad alrededor de nuestro edificio y decidimos que fuera la ciudad de México por la simple y casi única razón que ya habíamos nacido en ella. Después mandamos hacer un país alrededor de la ciudad, un mundo alrededor del país, un universo alrededor del mundo, y una teoría alrededor del universo, cuidando que cada detalle: las iglesias, plazas, tiendas, calles y estaciones de bomberos de la ciudad de México y de todas las ciudades tentaculares que maldijo Verhaeren, y también el mal carácter de la abuela Altagracia, y la Guerra de los

Bóers y los delirios a *potu nimio* y a *potu suspenso* del tío Austin y el terremoto de Lisboa, así como el estreno de *Hernani*, el nacimiento del psicoanálisis, la tragedia de Mayerling y el domingo de Pentecostés, cuidando que todos estos detalles, te decía, hicieran juego o contraste con el retrato de Estefanía.

En otras palabras, tuvimos que mandar hacer —también a la medida— un tiempo *antes* del retrato y un tiempo *después*. A Estefanía no le importó que la época de la creación se remontara millones y millones de años atrás y que el hombre tuviera seiscientos cincuenta mil de vivir, sufrir y morir sobre la

Tierra. En otras palabras, le tuvo sin cuidado la edad del universo con la condición de que hubiera tenido un principio. Es decir, estuvo de acuerdo con el *Doctor Seraphicus* (San Buenaventura), en que cuando menos el tiempo *antes* no fuera infinito, porque al tener que transcurrir un infinito número de días antes de la aparición del retrato, nunca hubiera llegado el día de tal aparición y por lo mismo jamás hubiera existido un tiempo *antes* y un tiempo *después*. Esto nos habría hecho recurrir a un concepto distinto del tiempo y de la eternidad, y por lo tanto al *Doctor Angelicus* (Tomás de Aquino), por el cual el retrato de Estefanía nunca sintió

mucha afición que digamos.

A continuación, y dentro del tiempo antes y el tiempo después, mandamos hacer —de acuerdo con nuestras especificaciones— una serie de acontecimientos cosmogónicos, históricos, literarios y políticos con fechas de entrega retroactivas, que a partir de tiempos inmemoriales y hasta una mañana de agosto de mil novecientos y tantos, convergieran en la creación, inevitable, del retrato de Estefanía. Y nos propusimos que también mandaríamos hacer —a medida que los fuéramos necesitando—, otra serie de acontecimientos sociales, lingüísticos, psicológicos y electrónicos

que se conjuraran en su desaparición y su olvido, también inevitables.

Entre los primeros ordenamos el deslizamiento de los hielos de la época glacial y la semilla de la que salió el arbusto de morera que dio las hojas con las que se alimentó el gusano de seda con el que se hizo el hilo del que salió la tela con la que se hizo el vestido que se puso mi prima la tarde de la fotografía. Ordenamos también la invención del suero antirrábico que le salvó la vida a Estefanía varios años antes de su viaje, y un fotógrafo canadiense que medía uno ochenta sobre el nivel del mar y que recorría a pie los Estados Unidos recitando en voz alta

capítulos enteros de *La Vida en los Bosques* de Thoreau. Entre los segundos acontecimientos —además de una inminente catástrofe nuclear—, incluimos la desidia que nos hizo postergar una y otra vez el mandar hacer un vidrio a la medida del retrato, y cuya ausencia hizo que con el tiempo el pasto de la fotografía se llenara de polvo, la cara de mi prima de cacas de mosquitos y el tronco del árbol de corazones entrelazados.

Pero cuando nos dimos cuenta que ese tiempo, el tiempo que haría posible su desaparición, era irreversible, ordenamos la Teoría de la Relatividad y transformamos nuestro cuarto en un

vehículo del espacio que se desplazó, inmóvil, a la velocidad de la luz en un presente eterno. Las otras fotografías que colgamos en nuestro cuarto además del retrato de Estefanía, y que eran la del tío Esteban, la de los abuelos Francisco y Altagracia, la de mamá Clementina y papá Eduardo y docenas más de todos nuestros amigos y parientes vivos y muertos, todos juntos hasta el punto que nos olvidamos cuáles de entre ellos habían estado vivos y cuáles iban a estar muertos, completaron la ilusión de tener al alcance de nuestras manos las distintas épocas de nuestra vida de manera que nos bastaba mirar alrededor de nosotros para vivir el

futuro y transformarlo en pasado, o recordar el pasado y vivirlo por vez primera en el presente; y de nuevo estábamos Estefanía y yo en el jardín de los abuelos y cortábamos hojas de yerbabuena verde y las mascábamos para que la abuela Altagracia no notara nuestro aliento a tabaco. De nuevo florecían los girasoles de septiembre y el tío Esteban colocaba su reloj de oro American Waltham, escurrido de algas, en un irasco de gallina para conservarlo vivo hasta el año dos mil. De nuevo, allá lejos, en la cocina, Flavia colocaba una clara de huevo cocida en el café humeante para conservar su aroma y su sabor y le imponía la ley seca a las

camisas del tío Felipe. Después, Flavia iba a pedirle el dinero para el pan a la abuela Altagracia, la cual acababa de estrenar una idea fija: eliminar las causas posibles de los problemas que le preocupaban, para eliminar de una sola vez la causa, el problema y la preocupación. «El pan subió dos centavos, señora», le decía Flavia. «No puede haber subido. Los panaderos ganan bastante y el Gobierno no ha autorizado el alza de los precios.» «Ya la autorizó, señora.» «No pudo haberla autorizado. El Gobierno está para proteger al pueblo», contestaba la abuela Altagracia y le daba a Flavia la misma cantidad de siempre. Después

Estefanía y yo le pedíamos al abuelo que nos contara cuentos. Y él nos llevaba a su cuarto, sacaba de una caja de sándalo su colección de monedas antiguas y se ponía en una oreja un napoleón de plata de diecinueve reales y nos decía que el emperador le contaba sus triunfos en Marengo y Austerlitz. Luego se ponía en la otra oreja una moneda de un peso con la cara de Victoriano Huerta, y nos decía que el traidor le contaba, confidencialmente, sus enjuagues con el embajador Wilson. Después se ponía las dos monedas al mismo tiempo, una en cada oreja, y nos decía que Napoleón y Huerta conversaban entre ellos y se entendían muy bien porque todos los

tiranos hablan el mismo idioma. Ah, hacía tanto calor, aquellas tardes, en que Estefanía y yo nos sentábamos en el jardín donde las lagartijas se immortalizaban en los macizos de geranios y nosotros le pedíamos a San Isidro Labrador que nos diera de llover. Pero con suerte, y mientras la tía Luisa seguía bordando arabescos mallorquines en los sobres de las cartas que le escribía a París, y Ricardo el jardinero nos enseñaba el arte de construir laberintos con paredes de trébol, y la abuela Altagracia horneaba galletas de almendra, con suerte, sí, en cualquier momento, podía aparecerse mamá Clementina con una jarra de naranjada

fría que iba a partir al verano en dos casquetes polares.

Fue en este cuarto de la plaza de Santo Domingo —o *atelier*, como a veces nos dio por llamarlo— donde dejé los libros de medicina y me dediqué a pintar. Estefanía, que pasaba por los días como un bólido primoroso deslumbrando a los habitantes de la ciudad y a sus compañeros de trabajo, llegaba cansada por las tardes cuando yo había pintado ya cuando menos cinco versiones distintas de nuestro cuarto: en una, las cortinas eran blancas con girasoles, como quizás las hubiera pintado Van Gogh. En otra, las cortinas eran rojas, arrugadas y hediondas como

un buey destazado por Soutine. En una más, las cortinas, y con ellas todo el cuarto, seguían los delirios ópticos de Escher. A las cuatro de la mañana, cuando apenas podía yo sostenerme en pie, el cuarto se llenaba de elfos y demonios pintados por El Bosco. Y es que el verdadero cuarto, nuestro cuarto, era inalcanzable. En vano acariciábamos las paredes y bejábamos el piso. En vano nos propusimos una noche lamer cada centímetro cuadrado de las paredes. Acabamos en la madrugada con la lengua seca y llena de caliche y telarañas, y para entonces el cuarto había cambiado quién sabe cuántas veces de color, de dimensiones y de luz

y se nos había escapado una vez más. Algunas noches salíamos a pasear y de vez en cuando, en la ventana iluminada de un edificio miserable o en los ojos encendidos de un palacio, descubríamos a nuestro cuarto. Sabíamos que era él y que nos llamaban, y que si hubiéramos respondido a su llamada habríamos entrado a otra dimensión de nuestras vidas: pero nos dio pereza cambiar de nombre y estatura, volvernos viejos de repente, aprendernos de memoria los recuerdos ajenos y recibir con alegría a viejos amigos que nunca habíamos visto. Esas noches siempre íbamos a dar a los parques después de una eternidad de caminar por un río de cenizas, muy

lentos, como pájaros desnudos hasta la espalda. Nos deteníamos junto a un puente sobre un lago oscuro, viendo cómo los árboles buscaban su tristeza y la brisa se volvía nada a la deriva de las fuentes verdes. Nos tendíamos después en el pasto mientras el lago se congelaba desde su corazón afuera, y regresábamos muy tarde, muy cansados, a la hora en que las ramerías demoran su filtro en los carteles y la muchedumbre ajusta sus periscopios; la hora en que los sueños se alargan en los párpados y los niños se desvisten en la niebla y se ahogan de memoria. Y yo, como un marinero que volvía de la injuria, navegaba a ciegas a Estefanía, la navegaba por los espacios

salados de nuestro cuarto, que una vez más, a las seis de la mañana, se nos entregaba tal como era y como siempre había sido.

Entonces, cuando el día comenzaba para el mundo, para nosotros comenzaba una noche sin fin, un viaje por los quásares y las estrellas anaranjadas y por las mareas de terciopelo negro de Venus y las nebulosas onduladas y las lluvias de meteoros y los cometas de seis colas. Un viaje en el que conversábamos con los virus racionales de Russell, los átomos pensantes de Laurie y la nube tetradimensional de Van Vogt. Los cuellos de las camisas, entonces, aterrizaron en las tazas. Los

huevos fritos se desprendieron de las sartenes y navegaron por el aire como estrellas en explosión. La imagen del tío Esteban se separó de su retrato y se interpuso entre los dos en el momento en que íbamos a darnos un beso. Nos reímos, y el caviar se escapó de nuestras bocas como burbujitas negras. Cuando quise volver a penetrar a Estefanía y ella abrió las piernas, mi esperma se salió de su vagina y dibujó en el aire arabescos pornográficos. La disminución de la gravedad llegó hasta tal punto que las rayas de la piel de tigre que tenía colgada en la pared, se desprendieron de la piel y rodearon nuestros cuerpos y nos encarcelaron.

Luego se desprendieron todos los motivos frutales de nuestra vajilla e hicimos así el amor entre racimos de uvas diminutas y montañas de manzanas liliputienses. Luego se desprendieron las flores que Estefanía había bordado en la funda de la almohada, y como cada vez que mi prima dormía el bordado dejaba una huella en su cara, se desprendió también la huella de las flores. Luego se desprendieron los lunares blancos de mi corbata azul y entonces hicimos el amor rodeados de lunas pequeñas con sabor a seda. Después se desprendieron todos los puntos de colores de un cuadro de Seurat y nos bañaron de confeti. Luego se desprendieron los encabezados y las

noticias de los periódicos y las palabras de los libros, y se confundieron, y entonces nos amamos entre la muerte del Ché Guevara en Vietnam y Madame Bovary cruzando el Atlántico en el Espíritu de San Luis. Después se desprendió el significado de las palabras y las frases, y entonces hicimos el amor entre balbuceos y sílabas sin sentido. Después se desprendieron todas las huellas digitales que habíamos dejado en la puerta, en los vasos y en las cortinas, y acariciaron nuestros cuerpos. Después se desprendió la piel de nuestras lenguas y nos lamió la espalda. Luego la oscuridad se escapó por la ventana de nuestro cuarto y nos amamos

a pleno sol. Después todos los colores del mundo se desprendieron de las cosas y con ellos el color de nuestra piel, de nuestros ojos y nuestras venas y nuestros huesos, y entonces hicimos el amor invisibles, entre todos los colores del paraíso. Luego la vigilia se desprendió de nuestros cuerpos y entonces hicimos el amor dormidos. Después el sueño se desprendió de nuestros ojos y nos amamos despiertos. Estuvimos así, haciendo el amor, durante más de doscientos años y cuando acabamos, cinco horas después, nos enteramos que nuestro edificio había sido derrumbado hacía tres meses y que nuestro cuarto se había convertido en una nave espacial

de carne y hueso.

Nada más natural: queríamos tanto a nuestro cuarto, que lo considerábamos como un ser vivo: le festejábamos sus cumpleaños y le contábamos cuentos a la hora de dormir. Un día le regalábamos un tapete para su piso, y otro día le comprábamos una mesa para su tapete, una carpeta para su mesa, un florero para su carpeta y una flor para su florero. O le contábamos el cuento que más le gustaba, y que era el del patito feo, porque siempre se imaginó que él también, un día, iba a transformarse en un cuarto bellísimo con ventanas a los jardines de Versalles. Le prometimos que un día íbamos a comprar un espejo

del tamaño del piso, otro espejo del tamaño del techo y cuatro espejos del tamaño de sus cuatro paredes para que pudiera verse entero y se descubriera lleno de alfombras voladoras y gobelinos flotantes de Gaspar de la Noche.

Para que tengas una idea más aproximada de nuestro cuarto, puedo darte todas sus medidas. Las recordaré siempre, porque Estefanía y yo lo medíamos una y otra vez para saber cuánto había crecido. De ancho, nuestro cuarto medía cuatro metros veinticinco centímetros. De largo, casi cinco metros. De altura tres y de profundidad otros tantos. Esto nos daba veintiún metros

cuadrados de piso, y más de sesenta metros cúbicos de espacio. Mi mesa de trabajo medía un metro veinte por ochenta centímetros. Nuestra cama, uno cincuenta por dos, y de la cama a la mesa había unas veces un metro treinta centímetros, y otras, cuando yo no tenía malditas ganas de dibujar o de escribir, había una distancia insalvable. Entre cada una de nuestras tazas, alineadas de dos en dos al fondo de la alacena, había casi siempre dos centímetros y entre el retrato de Estefanía bajo el roble americano y todos los demás retratos de Estefanía bajo otros árboles que estaban en el álbum, había dos metros quince centímetros, y varios meses y años de

distancia. Entre un cenicero y un libro que yo estaba leyendo, había tres pulgadas. Entre los zapatos de niño con los que aprendí a caminar y mis zapatos blancos de estudiante de medicina, había muchas ilusiones y pies de distinto tamaño. Entre una invitación para una fiesta de etiqueta que guardé en un cajón, y la tienda donde alquilaban smokings, había como doscientos pesos de distancia. Entre comer calamares en su tinta y caminar por el bosque una tarde luminosa, había un domingo y varias soledades de por medio. Entre un músculo que en el cuello de Estefanía determinaba la longitud de una expresión marmórea y un cisne que se

hace trozos en la espuma, había sólo una diferencia de matices. Por lo demás, nuestro cuarto no podía estar mejor ubicado: estaba sólo a trescientos metros del Palacio Nacional, a dos leguas del Bosque de Chapultepec, a doscientas cincuenta millas de Acapulco, a ciento noventa y dos años luz de Betelgeuze, a sesenta varas de la tienda de la esquina y a seiscientos sesenta y seis mil kilómetros del infinito número de puntos del espacio que estaban a seiscientos sesenta y seis mil kilómetros de distancia de nuestro cuarto.

En cuanto a las distancias que nos separaban y nos unían, lo más que puedo

decirte es que también fueron incontables. Había veces en que los dos amanecíamos acostados el uno frente al otro y entonces entre mi nariz y la de mi prima había unos veinte centímetros de distancia que primero perdían el cero para transformarse en dos y después perdían el dos para transformarse en cero. Otras veces, sin embargo, cuando discutíamos y nos dábamos la espalda, entre mi nariz y la suya había cuarenta mil kilómetros de distancia que podían medirse a partir de la punta de mi nariz, trazando una línea recta que siguiera la curvatura de la Tierra por arriba de las montañas, de los valles, de las fábricas de lápices y de las chimeneas de los

buques, hasta encontrarse con la punta de la nariz de Estefanía. En otras ocasiones, yo medía los siete centímetros de mi dedo cordial y le introducía a mi prima seis y medio. Ella me besaba entonces treinta de mis cuarenta milímetros de labios. Yo le lamía un centímetro redondo de pezón. Se metía ella en la boca dos pulgadas cilíndricas de mi miembro. Le contaba yo diez lenguas de su lengua a sus muslos. Se tragaba ella dos centímetros cúbicos de mi esperma. Le mordía yo una pulgada esférica de nalga. Calculaba ella veinte besos de mi ombligo a mi rodilla derecha. Le saboreaba yo tres dedos lineales de saliva. Me prometía

ella cuatro onzas de lágrimas cuando me muriera. Le juraba yo un litro de sangre cuando tuviera un accidente.

7. En nombre de la ciencia

Diez minutos después de haberle extraído el Ojo Universal a Palinuro, éste dio un respiro de alivio (por arriba) y dijo:

«¡Ah, al fin podré cagar! Por cierto —agregó al abrir la puerta del W.C.—, tengo en el baño toda la literatura que te puedas imaginar, desde Pentesilea hasta las revistas que se leen con una sola mano como el Playboy. Pero por favor, no toques una novela de Nicholas Blake

que estoy ocupando y que se titula *Un puñal en mi Corazón*. Todos los días leo tres páginas cuando cago, y después las arranco y las empleo en mi higiene personal. Favor, como te digo, de no tocarla. Una vez viví con un amigo que le dio por usar el mismo libro y terminamos muy mal. Como comprenderás, no se puede leer las páginas 76, 77 y 78 de una novela policíaca, y luego no leer la 79, la 80 y la 81, y sí leer la 82, 83 y la 84, y así sucesivamente. Nuestra amistad llegó a su fin un día en que le dio una diarrea fenomenal y se desaparecieron cincuenta páginas completas: de la 26 a la 75.»

«Nunca supiste quién fue el asesino,

supongo», me atreví a decir.

«Peor aún: nunca supe quién fue el asesinado. Sin embargo, perdoné a mi amigo porque supe que estuvo muy enfermo y que le dio tal cantidad de diarrea, pero tal cantidad, que hubo necesidad de ponerle una transfusión de caca.»

Desde el escusado y ya con la puerta cerrada, Palinuro me gritó:

«Tú sabes, hermano, que el conducto anal está protegido por un esfínter muscular interno y un esfínter muscular externo que normalmente guardan un estado de contracción tónica, ¿no es así?»

«Así es», le contesté.

«Pues bien —agregó—, ahora se encuentran en estado anormal, y por si fuera poco...»

Un gran ruido. Otro más.

«¡Por si fuera poco —continuó—, ha descendido el diafragma y mi colon se encuentra en estado de peristalsis vigorosa!»

Alarmado, yo no supe si buscar en el Diccionario de Términos Médicos todas esas palabras, entonces incomprensibles para mí, o preguntarle a mi amigo:

«Palinuro... ¿te sientes bien?»

«Creo que no —me dijo, y su voz reflejó una alarma mayor que la mía—. En estos momentos estoy teniendo un derrame de una horrible sustancia

compuesta por agua, partes de alimentos no digeridos, elementos metálicos y pigmentos biliares...»

«¡Qué barbaridad!», exclamé.

«El derrame, que se ha convertido en una verdadera catarata, incluye también colesterol, bases púricas y sales inorgánicas de sodio, calcio, magnesio y hierro...»

«¡Palinuro! —le grité—. ¡Abre la puerta!»

«¡Dios mío, Dios mío, creo que me están saliendo por el ano microorganismos de diversos tipos, productos de la descomposición bacteriana como indol y escatol y células mucosas y epiteliales!...»

«¡Palinuro —repetí—, abre la puerta!»

Pero mi amigo continuó impasible:

«En otras palabras, o mejor dicho, en una palabra: ¡Caca! ¡Caca, hermano, el oro freudiano, el primer regalo que el bebé le da al mundo y a sus seres queridos! ¡El oro puro que destiló el serpentín alambicado de mis intestinos!»

«¿Estás seguro que es caca?», le pregunté.

«Sí: yo nunca me equivoco», me contestó, hablando *ex-cathedra* (desde la silla) y agregó:

«¿Y para qué quieres que abra la puerta, se puede saber?»

«Yo también tengo ganas», le

contesté.

«Te sugiero —dijo mi amigo abriendo al fin la puerta del baño— que esperes a que se ventile, o que en su defecto quemes una varilla de incienso. ¿Sabes una cosa?», añadió señalándome el escusado.

«¿Qué?»

«Hice caca verde.»

«¿A qué crees que se debe?», le pregunté.

«Al azar, naturalmente. Si me lo hubiera propuesto, jamás lo hubiera logrado... Y ahora, ¿qué te parece si te enseño mis dibujos?»

Una tarde en que el estudio de la anatomía fastidió a Palinuro más que otras veces, en que los nombres de los utrículos, lóbulos y ligamentos comenzaron a perder su sentido, de tanto repetirlos, mi amigo cogió sus colores y comenzó a dibujar y pintar la sección de la cara que estaba estudiando. Con rojo granate y amarillo ferroso coloreó las fibras y los fascículos del músculo digástrico. Con azul Amberes la vena facial. Con rojo carmín, la arteria lingual. Cuando la sección quedó terminada, Palinuro cogió un lápiz plomo y comenzó a trazar el resto de la

cara. El lápiz siguió un itinerario que no estaba previsto en ninguno de los asombros que nos eran familiares: y así como los bordados de Lisandra, su abuela paterna, seguían en los días oceánicos el camino de las Azores, el lápiz se dejó llevar por la ruta florentina de la galería Uffizi, y dibujó los labios, la nariz, la frente de una cabeza esculpida por Donatello para el placer y los paisajes de Cosme de Medici. La piel lechosa, como los alabastros de Rilke; las líneas —perfectas como la ecuación de un litoral— preconizaban una misma profusión de trazos nobles y cálidos. A falta de museos, Palinuro fue a las bibliotecas a devorar las láminas

de Rafael y Paul Delvaux, de Piero della Francesca y Lucas Cranach; de Vermeer y Georges Latour. De regreso al cuarto y provisto de sus pinceles de pelo de marta y pelo de camello, del aceite negro inventado por Giorgione, y de lápices que imitaban las tierras y colores que tanto amaba Palinuro: el amarillo Nápoles, el negro de vid que empleaba Diego Rivera, el blanco de Cremnitz, la tierra de Sevilla usada por Velázquez en *Las Meninas* y el verde de Verona destinado a sombrear las encarnaciones, mi amigo dibujaba de memoria —o copiaba de alguna tarjeta postal, de alguno de los diccionarios y las historias del arte de segunda mano

que había comprado—, los rostros o las manos, las piernas, el tórax de las figuras, pero siempre a partir del fragmento de una lámina anatómica. Así, la Salomé de Moreau, el *Niño Jesús* de Petrus Christus, los amantes de *El Beso* de Rodin y las mujeres anaranjadas de Gauguin, todos mostraban en alguna parte de su cuerpo la falla o el boquerón donde la piel se abría al mundo de las vísceras: el David de Miguel Angel tenía en el pecho una horrible abertura que dejaba ver los vasos coronarios, el diafragma, la aorta descendente y el corazón mundificado por el amor a Betsabé. Las Manos de Judas, de Goltzius, mostraban los tendones

extensores de los dedos y los metacarpianos sanguinolentos. La Venus de Sandro Botticelli, con el vientre abierto como si hubiera sido cortado con el filo de una conchanácar, mostraba el repliegue peritoneal con cenefas y arborescencias de grasa amarilla a las que se prendían las aguamalas y las algas, y una parte del intestino ciego que le colgaba hacia fuera, erizado de escamas de sirenas y trociscos de madrepora, enrojecido por el sol, exacerbado por la sal del mar, picoteado por las gaviotas y los fulmares. Los ejemplos serían interminables: la Cabeza de Medusa que fascinó a Shelley; el retrato de Arnolfini

y su mujer de Van Eyck o los obreros de Léger: ninguno se escapaba de enseñar, gracias a la magia de un trazo centelleante del lápiz o del cincel, un nicho casual donde se refugiaban las golondrinas y los tumores, un cúmulo de ganglios y donosidades o una chusma de arterias. Lo mismo sucedía con las lesbianas de Courbet, o con el autorretrato de Isabel Vigée Lebrun: ninguna figura de un cuadro o una escultura que pudiera recordar Palinuro, incluyendo al *Condesito* de Fortuny, a los *Santos Inocentes* del Tintoretto cuya sangre se derrama en los pisos de pórfido y serpentina y a los mismos personajes de *La Lección de Anatomía*

de Rembrandt, ninguna de estas figuras dejaba de mostrar en alguna parte de su cuerpo, allí donde se quebraba el triunfo recatado y blanco del mármol o de la tela: en un brazo, en el pecho, en un muslo, en la altiplanicie casta del vientre, y en cualquier otro lugar donde la piel se abría en llamaradas, alguna abertura o herida, una ojiva, una excavación que revelara las frondosidades inapetentes y fermentadas de los bronquios, el hígado cubierto de miel y carey o la corteza oxidada de los pulmones donde se ahogaba un tropel de ronquidos transparentes. Muy pronto se dio cuenta Palinuro que le bastaba dibujar la sección anatómica para

imaginarse el resto; todos los caminos conducían a Florencia, al Prado, a los infinitos museos del mundo: si se dibujaba el músculo sartorio, se llegaba tarde o temprano a *Las Tres Gracias* de Rubens. También, a falta de museos, Palinuro recorrió los parques y las avenidas de la ciudad de México y copió el Neptuno, los tritones y el *Malgré Tout* de La Alameda, el grupo escultórico de las Danaides y los lansquenets que sostenían, cada uno, un globo de cristal; y en el Paseo de la Reforma la efigie de Carlos IV; el Ángel de la Independencia bañado de malta dorada y a sus pies la Ley y la Justicia, y más allá el Cristóbal Colón y los monjes

de la Rábida, la Diana Cazadora, el Ariel y las cariátides que lloraban lágrimas de granizo en las fuentes de Polanco. Palinuro se condolió del destino irreparable de las estatuas y las figuras reproducidas en los cuadros, y que debajo de su piel de óleo y de telas, de granito, de acuarela o de oro numismático, deberían estar rellenas de aire y de espacio, de rosas y licores eléctricos, de tornasoles, de canela y esencia de orégano, o de los materiales, al menos, que se conjugaban en su creación: de mármoles translúcidos de Paros y mármoles perlados de Carrara, de malaquita o caoba, de palo de rosa, de bronce o lacas de granza, de aceites

de adormidera y oropimente, de goma arábica y yeso de París, y que sin embargo contenían en su miseria la misma cantidad de linfa, de sangre, de kioskos malsanos, de podredumbres musculares y cóleras sebáceas que los hombres, las mujeres y los niños que representaban. Esta es la razón —me dijo mi amigo— de los extraños dibujos que hizo, primero cuando se dio cuenta de que no había nacido para la Medicina, y segundo, cuando supo que la pintura no había nacido para él. La razón por la cual —insistió— en el cuello del estudiante de Modigliani (en estas cosas nada le gustaba más a Palinuro que ser obvio) había trazado

dos incisiones horizontales y un tajo vertical de modo que levantando los dos colgajos de piel resultantes, mostrara entre otras cosas la tráquea, el cuerpo tiroides amarillo y azufrado y la vena yugular interna. La razón también por la cual la Mona Lisa, más vieja que el paisaje que la rodeaba y muerta tantas veces, mostraba al mundo los dientes y la lengua hasta entonces desconocidos, la arteria coronaria superior y el músculo risorio que le otorgó su sonrisa enigmática y bisexual.

A continuación, Palinuro me explicó que no veía nada de malo en hacer esos dibujos. Que por fieles que parecieran —y debieran ser, los artistas que los

hacían pertenecían a la categoría de los heurísticos porque su arte no se limitaba a reproducir la apariencia sensible del mundo corpóreo, sino que precisamente descubrían lo que estaba más allá de las apariencias. Que Clerici, para ganarse la vida, pintaba láminas anatómicas. Que el mismo Leonardo hizo más de 600 dibujos de preparaciones de los cuales se burló Ruskin diciendo que pertenecían a «la ciencia del sepulcro». Que el célebre cirujano inglés Jacobo Paget hacía verdaderas obras de arte a partir de sus propias disecciones, a tal punto que en una ocasión una viuda le compró el maravilloso dibujo que había hecho del trozo del intestino ulcerado de

su esposo. Que nada podra haber mis bello y digno que las láminas de los autopsiados de Hogarth, los esqueletos d e *De Humani Corporis Fabrica* de Vesalio que deslumbraron a Baudelaire con sus costillajes de maravillosa y abstracta hermosura, o las acuarelas que Sir Henry Tonks elaboró en la primera Gran Guerra y que mostraban todas las heridas faciales habidas y por haber, y tantos otros dibujos, láminas e ilustraciones —los ejemplos también serían infinitos, me dijo— en los que grandes artistas, o al menos grandes científicos, habían demostrado su profundo interés por el cuerpo humano —al que Schlegel había calificado como

el mayor de los jeroglíficos— y entre los cuales uno de los más bellos y fascinantes era el que aparecía en el frontispicio de la *Osteografía o Anatomía de los Huesos* de Guillermo Cheselden, y donde se veía a Galeno meditando cerca del esqueleto de un bandido muerto; más allá el esqueleto de un cocodrilo en el río Nilo; al fondo una pirámide y el esqueleto de una garza que lleva en el pico el esqueleto de un pez, y al otro lado el esqueleto arqueado de un gato que retrocede ante el esqueleto amenazante de un perro, ilustración ésta que siempre le recordaba a Palinuro, según me dijo, lo que él y sus amigos llamaban «La Cueva de Caronte», y que

prometi6 llevarme a conocer.

«Los cuerpos —me asegur6—, han vuelto a estar tan escasos hoy en d6a como lo estuvieron hace trescientos a6os. Incluso tengo noticias de que se ha iniciado ya un tr6fico internacional de cad6veres, por fortuna para nuestro miserable Tercer Mundo que tambi6n tiene abundancia de esa materia prima: s6, as6 como lo oyes, los muertos viajan ahora tanto como los vivos. Navegan por el Oc6ano Indico, pasan de contrabando por Suez y por el Canal de Panam6 y desembarcan en las playas heladas de Atlantic City para aparecerse a los tres d6as o las tres semanas en la Facultad de Medicina de alg6n colegio

de Nueva Jersey. *Muera ahora, viaje después.* Te decía todo esto, porque los huesos son cada vez más caros y son muy pocos los estudiantes que pueden darse el lujo de tener huesos de su propiedad, aparte de los suyos que no les sirven para estudiar. En los Estados Unidos, según me cuenta Walter, las universidades tienen ya sus bibliotecas de huesos, por así decirlo: sus huesotecas, que prestan huesos contra recibo y además los tiñen de diversos colores según la huesoteca, para poderlos identificar más tarde. Con suerte, te consigues la calavera color de rosa de un tupamaro, el costillar amarillo como jaula de oro de un

guerrillero africano, o la tibia azul de un vietnamita. En otras partes ya se producen, por supuesto, huesos de plástico a partir de moldes hechos con huesos naturales. Son perfectos. Un fémur de plástico, por ejemplo, reproduce con exactitud absoluta la foseta para el ligamento redondo, el trocánter menor, la cresta del aductor menor, ¡qué se yo! Pero no me atrae nada, nada, la idea; yo quiero estudiar el *Homo sapiens*, no me interesa el *Homo plasticans*. Y para eso, hermano, basta con acudir a Caronte. En ninguna parte, ningún estudiante consigue huesos auténticos, huesos de carne y hueso, tan baratos como nosotros...»

Palinuro dio un gran suspiro, consultó su muñeca (donde jamás tuvo un reloj pero que miraba siempre para adivinar la hora) y agregó:

«A propósito de Caronte, ya es hora de que conozcas a mis amigos del alma: Molkas y Fabricio. En estos momentos, Molkas está a punto de salir de su clase de bioquímica y Fabricio debe estar comiéndose unas fresas con crema en La Bombi, como todos los jueves a esta misma hora, ¿vamos?» Y Palinuro me explicó que conmigo quedarían completos *Los Tres Mosqueteros* (que en realidad son cuatro), considerándome a mí como Athos —ausente por un tiempo—, ya que él no estaba dispuesto

a renunciar jamás al papel de D'Artagnan.

Por principio de cuentas, Molkas confesó que se masturbaba todos los días a todas horas. La primera conclusión de Palinuro y Fabricio fue que su amigo, víctima de un narcisismo primario y de una disposición autoplástica que convertía sus impulsos en síntomas, había transformado en un ritual compulsivo toda una inquietud flotante sin contenido ideológico, resultado de una combinación autopunitiva de necesidades viscerogénicas y psicogénicas de

carácter focal, difuso y proactivo...

«Pendejadas —dijo Molkas—. Yo me masturbo en nombre de la ciencia.»

«Es posible, sin embargo, que no tengas la culpa, ya que como dijo Leonardo (otra vez Leonardo), el miembro viril posee voluntad propia: *anima e intelletto separato dall'uomo.*».

«Pendejadas —insistió Molkas—. Yo me masturbo en nombre de la ciencia.»

Fabricio dio un respingo y los anteojos se le resbalaron hasta la punta de la nariz.

«¿En nombre de qué, dices? ¿De la ciencia?»

«No puedo creer a mis oídos»,

manifestó Palinuro rascándose la oreja derecha.

Pero el joven Molkas, incólume, y después de recordarle a sus amigos que ya Paracelso distinguía la diferencia entre semen y esperma (si bien al revés), sacó una naranja del bolsillo de su chaqueta, la pulió con la manga de la camisa, pidió una navaja para pelarla, la consiguió, comenzó a pelar la naranja en espiral y mientras Palinuro corría las cortinas y encendía una lámpara de mesa con la luz dirigida a la cara de Molkas, éste les dijo que su primer propósito — y para eso se había comprado un microscopio plateado de segunda mano y una colección de tintes—, había sido

el de averiguar si sufría o no de azoospermia o en otras palabras ausencia total de espermatozoides en el semen, o en su defecto cualquier otro padecimiento semejante: astenospermia, oligospermia o etcéterospermia, y después de que Palinuro lo regañó por tirar las cáscaras en el piso y Molkas las recogió y las arrojó sin más ni más por la ventana, les aseguró que una de las alegrías más grandes de su vida la tuvo la mañana en que colocó en la plaqueta del microscopio una gota de sus cinco centímetros cúbicos de eyaculación y contempló, con la emoción, la incredulidad y el asombro que sólo otro hombre pudo sentir jamás en toda la

historia —se refería a Leeuwenhoeck—, los millones y millones de flagelados animalitos vivitos y coleando, envueltos en el aura espermática, verdes y con visos magenta (porque había utilizado el colorante FD & C No.2 con safranina) y nadando media pulgada por minuto, los inocentes, recién salidos de los túbulos del testículo...

«¿De qué testículo?», preguntó Fabricio.

Y Molkas, comiendo un gajo de naranja y escupiendo las semillas en el suelo, tuvo que confesar que no estaba seguro, que en varias ocasiones se había masturbado con el único propósito de comprobar la teoría de Hipócrates que

dijo que las niñas son engendradas por los espermatozoides del testículo izquierdo y los niños por los del derecho, pero nunca notó ninguna diferencia, a pesar de lo asegurado por L. B. Shettles en el sentido de que había espermatozoides femeninos y espermatozoides masculinos: no, no había visto ninguno con pestañas largas y rizadas, bigotes, glándulas mamarias o voz ronca, pero sí observó alarmado algunos espermatozoides, dijo, que por la forma de mover la cintura le habían parecido un poco maricones, los desgraciados.

«¿Con qué mano te masturbas?», le preguntó Palinuro a Molkas y Fabricio lo regañó por escupir las semillas en el

suelo.

Molkas se metió otro gajo en la boca, dejó la naranja en la mesa, recogió las semillas y esta vez no las arrojó en la ventana, sino que las puso en la maceta expresando el deseo de que algún día creciera allí un naranjo para que a los vecinos de arriba no les faltara nunca su jugo de naranja por la mañana, se sentó de nuevo y se contempló las palmas de las manos alternativamente moviendo la cabeza de un lado a otro como si estuviera en un partido de tenis, y después de algunos comentarios sobre lo corto que tenía el meridiano de la vida, lo accidentada que tenía la curva del amor y lo larga que aparecía la línea

de la masturbación, contestó que a veces con la derecha, a veces con la izquierda, a veces con ninguna y a veces con las dos, y cuando Palinuro lo acusó de ser ambidextro, protestó alegando que en realidad era ambizurdo, lo que era más o menos lo mismo, pero no exactamente lo mismo, y continuó pelando la naranja, ignorando la advertencia de Fabricio, el cual le recordó la recomendación que hace el Talmud en el sentido de no maldecir nunca con las dos manos para que quede siempre una de ellas destinada a perdonar y bendecir.

Fabricio se quitó los anteojos y observó los cristales a contraluz porque una vez más pensó que le habían crecido

telarañas plateadas en los vidrios, pero una vez más también confirmó que los vidrios estaban rayados, así que se olvidó del asunto y comenzó a balancear los anteojos en el aire mientras recorría el cuarto a grandes zancadas. Palinuro encendió un cigarro, y de pronto Molkas muy a la española (hay que recordar que era hijo de un abarrotero gachupín), gritó:

«Ah carajo... ¡Me cago en Dios!»

«¿Qué sucede?», preguntó Palinuro.

«Me corté un dedo», contestó

Molkas chupándose el pulgar de la mano derecha.

«Te castigó Dios», aseguró

Fabricio.

«¿Por masturbarme?»

«No. Te castigó porque dijiste: ¡Me cago en Dios! Él sabía que ibas a decirlo.»

Lo cual les dio oportunidad de discutir sobre el determinismo y la libertad del hombre; sobre la necesidad —o la imposibilidad— de conciliar el libre albedrío con la omnipotencia divina; sobre si Dios sabía que Molkas se iba a masturbar y pudo evitarlo; sobre si Dios sabía y le importaba un carajo; sobre si Molkas ni sabía ni podía evitarlo; sobre si la Vía Láctea era el resultado de una masturbación de Dios, y sobre otros temas afines que tenían más o menos frescos por haber salido

apenas de la escuela preparatoria, aunque esta conversación más bien se llevó a cabo entre Palinuro y Fabricio, porque la gota de sangre que brillaba en la punta del pulgar de Molkas le sirvió a éste de pretexto para —sin dejar de comer naranja— contarles cómo se había masturbado un fin de semana diez veces, quince, qué sabía él cuántas, en un interminable *tour de force* para comprobar la teoría de Dino del Garbo, el médico del siglo catorce que aseguraba que el semen tenía su origen en el corazón, y cómo a pesar de no haber encontrado en su semen rastros de ventrículos, de arterias coronarias o nódulos de Arancio, logró al fin una

eyaculación casi transparente con una gota de sangre; una gota de sangre que debía venir directamente del corazón a juzgar por las palpitaciones que sintió, y lo que es más, como era sangre arterial brillante y escarlata como la sangre que tenía en la punta del dedo, estaba seguro que procedía del lado izquierdo del corazón. Palinuro y Fabricio, metidos hasta el cuello en un tremedal filosófico, casi no lo escuchaban, alegando uno que como decía el gran filósofo francés Helvecio, el amor propio es la base de toda conducta humana, diciendo el otro que Rousseau a pesar de calificar de vil la obra de su compatriota afirmó sin embargo, que las artes y las ciencias

nacen de nuestros vicios, completando el uno que Spinoza afirmó que las pasiones se pueden transformar en instrumentos de realización, estando de acuerdo el dos en esto, y por su parte el tres —cuando se mencionó a Kant—, levantando la mano para pedir la palabra.

«El acusado quiere ir al escusado», dijo, comprensivo, Palinuro.

«¡Atájenlo, se va a masturbar, el cochino!», gritó Fabricio.

Pero Molkas dijo que no era su intención ir al baño, sino que a propósito de Kant lo que quería decir es que si se masturbaba era, precisamente, por un imperativo categórico y les

ofreció unos gajos de naranja. Les pareció a los amigos, sin embargo, y aparte de rechazar el soborno, que se estaban desviando del tema y que con las desviaciones sexuales del joven Molkas era más que suficiente, así que le pidieron que aclarara un poco más su afirmación en el sentido de que se masturbaba en nombre de la ciencia. Molkas les habló de Pitágoras, les dijo que Pitágoras opinaba que el semen se origina en el cerebro y que por lo mismo un día comenzó a masturbarse fría y cerebralmente con el objeto de comprobar su teoría. Y que después de hacerlo docenas de veces no encontró por desgracia una sola gota de líquido

cefalorraquídeo o un trozo de la cinta de Reil y ni siquiera células de las meninges, o en una palabra: «Ni píamadre», pero que sí, a cambio, se le debilitó tanto el cerebro que ya no pudo recordar por qué se estaba masturbando, hecho que en cierta forma confirmaba la teoría del sabio. Luego observó su pulgar y comentó lo increíble que no hubiera, en todo el mundo, dos huellas digitales idénticas. Palinuro le echó una bocanada de humo en la cara y le preguntó si, a propósito, no había encontrado lo que podría llamarse «huellas espermáticas». Y como Molkas no supo qué responder, Fabricio le aclaró que según algunos investigadores

contemporáneos, los espermatozoides de cada hombre presentan ciertas características únicas o *sperm-prints* tan singulares como las huellas digitales o *finger-prints* y que por lo mismo valían tanto como éstas en los procesos de identificación criminal. Molkas se metió los últimos cinco gajos de naranja en la boca, el jugo le escurrió por la barbilla, y después de llamarle la atención a Palinuro por haber tirado el cigarro en el suelo, comentaron entre todos lo incómodo que sería tener que masturbarse a la fuerza cada vez que lo llevaran a uno a la delegación o tuviera uno que sacar un pasaporte. Molkas aseguró que en su propio miembro (o

cuerpo del delito) podían encontrarse miles de sus propias huellas digitales y mientras tanto Palinuro se disculpó y desmenuzó el cigarro en la maceta, diciendo que así el naranjo crecería más sano y robusto, puesto que el tabaco es un buen fertilizante. Hasta que al fin Fabricio pidió una moción de orden. ¿De veras no quieren? insistió Molkas sacando de otra bolsa otra naranja y protestó al afirmar Fabricio que seguramente después de su primer contacto sexual Molkas había abandonado la masturbación, que se volvía innecesaria, a lo cual Molkas aclaró que para él la masturbación jamás había sido *necesaria*, y que en

todo caso y desde un punto de vista científico, había sido pragmática y en cierta forma empírica e incluso propedéutica. Por supuesto que no dejó de masturbarse, y lo que es más, lo primero que hizo después de tener su primera relación sexual con la puta de Las Vizcaínas, fue masturbarse —dijo, comenzando a pelar la segunda naranja — aterrizado por la posibilidad de descubrir en su esperma el siniestro espirilo que produce la sífilis.

« ¡ E l *Treponema pallidum!* », exclamaron Palinuro y Fabricio a un tiempo, fascinados ante la idea de tener a un amigo que como Baudelaire, Nietzsche, Maupassant, Strindberg y

tantos otros poetas malditos y personajes célebres, se llenara de collares de Venus, le aparecieran chancros del tamaño de una rupia, le diera vasculosis, se le pudriera el cerebro y le diera demencia progresiva, se le degenerara el nervio óptico, se inundara de pléyades ganglionares y de ideas paranoides y grandiosas, se le inflamaran las meninges y se le cayeran el pelo y las pestañas, los bigotes y las cejas, las uñas y los ojos:

En fin, que Molkas empleó un método antiguo que según su leal saber y entender, no podía fallar: hizo un cultivo de su esperma con agar-agar y un pedacito de riñón de conejo, y acudió al

método de coloración de Lipp donde se recomienda usar el Azul Victoria 4 R, y por la noche...

«¿Qué sucedió por la noche?», preguntó Palinuro.

«Por la noche y por asociación de ideas, Molkas tuvo una pesadilla espantosa: soñó que buceaba en un mar de esperma y que de pronto se le aparecía la Reina Victoria, muy pálida y vestida de azul y rodeada de bacterias, virus y protozoos horribles aumentados de tamaño miles y miles de veces, y él había tenido que luchar a brazo partido con el *Staphylococcus pyogenes*, con el *Vibrio cholerae*, con la *Pasteurella pestis*, con el *Mycobactenum leprae*,

con la *Entamoeba histolytica*, con el *Brucella abortus*...»

Hasta que Fabricio dijo:

«Basta, ésta no es una clase de bacteriología... ¿qué pasó después?»

Molkas le dijo que se había despertado muy asustado y con fiebre, pero que a pesar de haber llevado su sangre al laboratorio para que le hicieran la reacción de Wassermann colocándola en el condensador parabólico, no fue posible, para infortunio de la literatura, encontrar en su organismo el agente terrible de la lúes, de la enfermedad napolitana que contiene a todas las otras enfermedades del mundo, del *morbis gallicus* que

padeció el pastorcito Sífilo del poema de Fracastoro, de la enfermedad, en fin, de la cual los españoles culparon a los indios de América, los rusos a los portugueses, los italianos a los alemanes, los romanos a los bárbaros y los biógrafos de Baudelaire a la negra que se cogía todas las noches y sí, por desgracia, se aparecieron después en una gota de pus que le salió por el miembro, unos al parecer indefensos animalitos redondos como uvitas moscatel que se agrupaban en racimos, y que no eran otros que los agentes de la gonorrea, y claro, el hecho de que su amigo no padeciera de la enfermedad que había asolado por siglos a la

«Sifilización Occidental», como dijo Palinuro, y sí en cambio tuviera una vulgar gota del soldado, decepcionó terriblemente a los amigos, aunque Fabricio tuvo el valor civil de anotar en su libreta:

«En resumen, masturbarse es más higiénico que fornicar...»

«Y más sabroso también —se animó a decir Molkas, poniéndose de pie y citando al poeta del crucero—:

Placeres sabe Onán...

¡Que desconoce Don Juan!»

Después, se comió el resto de la

naranja.

«¡Ajá, ajá, ajá! ¡Ya salió la verdad a la luz! ¡Al fin confiesas que te masturbas por placer! ¿No es así?», dijo Palinuro, triunfal.

Pero Molkas no estaba dispuesto a tolerar más:

No los bajó de cabrones y malparidos, no los subió de imbéciles y morones. Se olvidó de la naranja, de su dedo, de su amistad, y les aseguró que ellos jamás entenderían la angustia espantosa de pasarse las noches en vela impulsado por un irresistible *élan vital* y tratando de solucionar de una vez por todas la antiquísima querrela entre los ovistas y los animalculistas, tratando sin

éxito, por días y días con sus noches, de descubrir el semen cagástrico y el semen iliástrico del que hablaba Paracelso, la Panspermia a la que se refería Hipólito y las raciones seminales de san Agustín. ¡Ah, no, en sus largas noches de eterno insomnio, nada de eso había visto, y tampoco —Dios era testigo— por muchas veces que se había masturbado —tantas que no podría contarlas con los dedos de las manos así recurriera a los trucos bajos de Erik Satie (que una vez se contó más de dos mil dedos)— tampoco nunca pudo descubrir el principio plástico del semen al que Santo Tomás de Aquino atribuía la causa del parecido con los padres, el

f a m o s o *principium* *corporis*
formativum! ¡Ah, no, qué iban a saber
ellos, ignorantes y pendejos, que no
conocían los trabajos de Naudin, de
Mendel, de Morgan y los últimos
avances de la genética! Si él, el pobre
Molkas, pudiera algún día darse el lujo
de comprar un microscopio electrónico
que ampliara a sus espermatozoides
veinticinco mil o cien mil veces, ¡qué
maravillas no descubriría! ¡Tan sólo de
pensar en esa posibilidad se le
comprimía la vena dorsal del pene y el
tejido esponjoso se le llenaba de sangre,
o en otras palabras, se le paraba la
verga! ¡Cuando lean ustedes Los
Cazadores de Microbios, les dijo,

cuando se enteren de los sufrimientos que pasó Roberto Koch echándose a perder las manos con sublimado corrosivo para descubrir la gelatina de suero sanguíneo y los colorantes; cuando se imaginen a Yersin quemándose las pestañas para descubrir el bacilo de la peste bubónica, y a Ronald Ross en el verano infernal de la India disecando cucarachas y peces voladores para poder contemplar las esferas y las medialunas del paludismo: entonces, pero sólo entonces, podrán tener una idea del pobre Molkas, dedicando su vida y su juventud a la ciencia, inclinado ante la mesa de trabajo día y noche como escribiente florentino, sufriendo

jaquecas, vómitos y dolores reflejos, viendo lucecitas y uraniscos luminosos, amenazado por el horror del vacío postorgástico, con una mano en el tubo del microscopio y la otra en su miembro, masturbándose como loco, observando como loco, sí, hasta el punto de no saber ya muchas veces si dejaba de masturbar a su miembro para masturbar al microscopio y arrancarle así sus enigmas y ordeñar sus secretos, o dejar de observar por el microscopio y pegar el ojo a la punta de su miembro para descubrir allí, en el fondo del tubo anaranjado de su uretra y en los planetas ovoides de sus testículos, a los minúsculos hombrecitos que habitan en

cada uno de los espermatozoides, como lo habían jurado Plantades y Rondibilis!

Y Molkas se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar.

«Bueno, bueno, no es para tanto...», le dijo Palinuro, alcanzándole un clínex.

«En realidad casi todo el mundo se ha masturbado alguna vez...», dijo Fabricio, pasándole un pañuelo.

«Yo dos veces», confesó Palinuro.

«Incluso no tenemos nada en contra de la masturbación.»

«Se ha demostrado además que Voltaire había exagerado: la masturbación no produce ceguera ni esterilidad.»

«En nuestra época, ya está

reivindicada, mientras se ejecute en privado y no ultraje el pudor público...»

«Hombres de ciencia muy formales como Freud, Erb y Fürbringer, la estudiaron seriamente.»

«Agathias Scholasticus hizo una apología de la masturbación», recordó Fabricio rascándose la cabeza.

«Y Dalí (otra vez Dalí), le concede una categoría muy especial al Gran Masturbador», afirmó Palinuro.

«En *La Edad de Oro*, Buñuel le da una relevancia especial al autosexualismo, también llamado autismo, autoerotismo y quiromanía, y al que muchos Manieristas (Manieristas tenían que ser), han tenido por un vicio

distinguido, antibárbaro y antianimal», expresó Fabricio.

«A pesar de que algunos animales se masturban —recordó Palinuro, y recitó—:

Un mono enamorado de sí mismo

dedicóse con furor al onanismo,

y tal empeño puso en la tarea,

¡que se quedó al final como una oblea!

Moraleja: si es malo el opio...»

«*¡Más malo es el amor propio!* — completó Fabricio—. Devuélveme mi pañuelo.»

«Otro gran estudioso de la masturbación, fue el no menos célebre Tissot», continuó Palinuro.

«¿Será el de los relojes? —se preguntó Molkas a sí mismo en voz alta—. Yo tengo un reloj Tissot al que nunca hay que darle cuerda, porque la va acumulando con el movimiento natural de la muñeca...»

«Estoy seguro de que tiene cuerda de aquí al Día del Juicio», afirmó Fabricio.

«Lo único que a nosotros nos parece, es que el ejercicio de la práctica te ha alejado de la teoría», dijo Palinuro

dándole a Molkas unas palmadas en la espalda.

«Te recomiendo que compres *Onanismo y Homosexualidad*, de Stekel», dijo Fabricio, pellizcándole el mentón.

«Te voy a prestar la conferencia que dio Mark Twain en el Club Estómago de París, titulada *La Ciencia del Onanismo*», prometió Palinuro.

«Y no dejes de leer una novelita de Apollinaire donde un joven descubre el sexo a través de la masturbación», aconsejó Fabricio.

En seguida comenzaron a deliberar en privado y Palinuro señaló la necesidad de ampliar el campo de la

investigación científica experimentando la masturbación en circunstancias diversas e insólitas. Molkas aseguró haberse masturbado en el baño. Palinuro en la cocina. Molkas en un automóvil. Palinuro en el mar. Molkas en una sesión espiritista y sin dejar de tocar las manos de sus compañeros. Palinuro en una bicicleta y sin tocar el manubrio con las manos. Molkas en un desfile. El primo Walter en el helicóptero de Pan Am. Palinuro en un parque. Molkas en un velorio. Palinuro en un minuto. Molkas en treinta segundos. Palinuro vestido de etiqueta y con un clavel rojo en la solapa. Molkas sin clavel y sin ser visto. Palinuro sin bajarse el zíper de la

bragueta. Molkas sin bajarse del autobús. ¿Y Fabricio? Palinuro cuando tenía ocho años de edad. Molkas, cuando tendría ochenta. El primo Walter, en la tina. Palinuro, con la mirada. Molkas, con una sonrisa. Molkas con la misma cáscara de plátano. Palinuro pensando en Raquel Welch. Molkas, pensando en el Vesubio. ¿Y Fabricio? Palinuro con crema de rasurar. Molkas con mayonesa McCormick. Carlos Marx en el Museo Británico. El primo Walter también en el Museo Británico, pensando en Carlos Marx. Palinuro en cámara lenta. Molkas en la rueda de la fortuna. Palinuro en un elevador. Walter en el metro de París.

Molkas con pasta de dientes Colgate. Palinuro con Estefanía. Molkas jamás. Palinuro de pie. Molkas arrodillado. ¿Y Fabricio? Palinuro en la Columna de la Independencia. El conde de Zappelin en sus dirigibles. Molkas con los guantes de su padre. Palinuro con la crema de manos de mamá Clementina. Adán en el Paraíso. ¿Y John Milton?

Tras lo cual, y a pesar de que Molkas había dicho la verdad, pero no toda la verdad y no nada más que la verdad, decidieron no sólo declararlo inocente sino también (y para ponerlo en sus propias palabras) «reivindicarlo ante los oídos de la sociedad».

«De cualquier manera, querido

Molkas —dijo Palinuro—, insistimos en que espacies tus experimentos: la ciencia te necesita vivo y lúcido. Te aconsejamos los baños fríos, bromuros, valeriana, etc. etc.»

De inmediato, y por unanimidad absoluta (tres votos a favor y ninguno en contra), se condecoró a Molkas con la Orden del Rábano, atándole al miembro un listoncito rojo que de paso le sirviera como recordatorio para no masturbarse más de lo estrictamente (y científicamente) necesario.

Y Fabricio, ah, Fabricio el provinciano, había abandonado el pueblo y dejado atrás los mosquiteros que se desbalagaban en la ceniza y la

miel de los atardeceres, contra el consejo de su madre, que lo quería campesino, y se largó a la gran ciudad en un camión lleno de chivos y gallinas, llevando como equipaje varias camisas blancas que volaban en los tendedores, y un costal de ilusiones que rezaba todas las noches, evangélicamente. Cuando el flujo y el reflujo de la sangre en las carótidas de su madre denunció una danza de las arterias inspirada por una insuficiencia aórtica, Fabricio regresó a su pueblo, pero sólo por unos días. Después, dejó para siempre el verano bucólico de su tierra y el oriente enjovado con las estrellas que se perdieron en la gelatina desamorada de

la gran ciudad. A cambio de esto, se deslizó por el contorno de los relojes y sucumbió a la fascinación que le ofrecía la región discorde. Pero apenas se enfrentó a los surcos fétidos de la ciudad y al océano de soledades recurrentes, y mientras caminaba por las ínsulas desahuciadas sin banderas de incrédulo, la cara levantada hacia las extremidades de Sirio, con aquellos dieciséis años echados al mundo como una botella de crisálidas al mar, la frente cuajada aún de viñas efervescentes, a sabiendas que las tripas tienen una esperanza en cada nódulo y con un prurito en el espinazo cerebral: la certidumbre de que sólo le quedaba

por vivir un árbol, un poste de luz, el siguiente semáforo o el nombre de una calle, presintió —sin confesar el desconocimiento majestuoso del futuro, y sin el menor deseo de fortalecer la savia amarga que se le pudría en el pecho—, que su destino, que en algún momento había marcado la hora de la sucesión estelar según el oráculo que le había leído en las manos una bruja del pueblo, se iba a prodigar en pirotecnias y que al igual que tantos otros provincianos indefensos que no conocen los paréntesis de transición que se abren en un cabaret con las delicias de una muerte prematura y se cierran con el espejo de un amanecer sangriento, una

diálisis errátil lo arrastraría por los ríos de la ciudad y lo pasmaría en los escaparates y los mercados; y que al igual que Palinuro sería seducido por las papelerías donde se desglosa el Universo múltiple, soñaría con envainar sus calentamientos adolescentes en las cortes dulces de los burdeles, y con sus inquietudes y sus ambiciones congeladas en espera de la conjura que las vaporizara, se entregaría a la lectura furiosa de los diccionarios de medicina donde descubriría cómo el heliotropo de la gangrena esparce su negro ventisquero a flor de piel, y cómo los nenúfares blancos de la tuberculosis proliferan en los pulmones de

adolescentes deslumbrantes. Él, Fabricio, también era un adolescente deslumbrante. Al menos en sus sueños. Al menos cuando se soñaba bello como Apolo, y como él, enemigo de las tinieblas y del crimen, sin sospechar que tendría también en el amor la misma mala suerte que el dios que a tantas mujeres y ninfas quiso: Casandra, Cirene, Coronis y Clitia, que nunca correspondieron a su pasión. Miope y enfermizo, alejado del mundo y de la realidad, el fracaso de Fabricio se debía los hábitos sexuales solitarios adquiridos en su pubertad. Desde muy niño y como todos los niños, y por medio de la prueba del error, aprendió a

sí hacer y sí repetir en su vida y con su cuerpo lo que sí le gustaba, y a no hacer y no repetir lo que le causaba angustia o dolor. Bilioso, hiperemotivo, vulnerable, hizo de su almohada su enemigo. O todos sus enemigos en uno. Luchaba con ellos cada noche, luchaba con el matón de la clase que lo mandaba a comprar cigarros y con el niño del departamento cinco que le había sacado sangre de la nariz y con el primo que tenía mejores calificaciones y más dinero, y los vencía, los hacía apoyar la espalda en la cama y en el suelo, los obligaba a que le pidieran perdón con lágrimas en los ojos que eran las suyas propias: lágrimas de frustración, de

soledad, de miedo. Una noche, después de que Fabricio conoció a una colegiala de cuadernos roñosos, tobilleras blancas y sonrisa sonrosada que se agachó en la Avenida de los Pensadores para recoger una manzana de oro que pensó que se le había perdido, y en el momento en que Fabricio hundió los dientes en el cuello de su enemigo, la almohada se transformó en la colegiala y la mordida en besos bajo los árboles cargados de heno y junto al lago alfombrado con lenteja de agua. Desde entonces cada noche luchó con su amiga y la hacía poner la espalda en la tierra y rendirse a sus deseos, a sus dientes y a su saliva y al líquido que le salía del miembro en

borbotones cálidos. Después creció. Agnóstico no, como lo comprobaron sus amigos; apático sí, como le dijo el maestro de bioquímica. Además debilucho sí y largo también, y flaco, pero esbelto no, y el miedo al infierno, el infierno contado por un sacerdote rabioso que echaba espuma por la boca y hablaba con voz gangosa lo hizo hundirse en una soledad donde escaseaban las postales pornográficas que le ofrecían sus amigos y ciertos versos innombrables que navegaban en mares de memoria. Le prometió al sacerdote, a la Virgen, a Dios y a Fabricio (sobre todo a Fabricio) que se iba a portar bien a partir de esta noche,

de la semana próxima, del año pasado, y que jamás volvería a cometer el pecado mortal que le hubiera valido una humillación y diez credos en la Iglesia del Rosario, y se quedó así, por no cometerlo, manco de las dos manos, desamparado, sumergido en los terrores que le traía la noche con sus gárrulos entrecruces de planetas y viejas maldiciones, y que lo hacían despertarse un segundo antes del derrame, con el miembro henchido de hormigas de hierro, empapado de sudor y de remordimientos entre las sábanas, ardientes de tanto soñar que su cuerpo se incendiaba. Pero el instinto: la morbosidad no, el diablo tampoco, la

necesidad sí, su naturaleza y nada más que su naturaleza, pudieron más y un día comenzó a masturbarse él solo, él solo en un mundo sin sacerdotes, sin enemigos, sin Dios, sin arrepentimientos, en honor de aquella colegiala y de todas las colegialas del barrio. El error no fue que mientras Fabricio se masturbara —al contrario que Palinuro— pensara en esas posibles amantes cuya visión le hacía imaginarse la anatomía femenina como una posibilidad de lujo, y que iba a conocer a la salida de la Secundaria 18, en el Café Wong o en los téis danzantes de El Riviera, o en lo aficionado que se volvería a sus pechos, a sus axilas

perfumadas con lavanda y a sus muslos redondos y bien paridos. No. El problema —como le explicó mi amigo Palinuro—, consistió en el método. En lugar de iniciar cada masturbación imaginándose desnudo él y desnuda ella, habiéndola penetrado él y habiendo sido penetrada ella, Fabricio comenzaba a manipular su miembro cuando apenas tocaba la mano de ella en la Avenida de los Pensadores, mientras le hablaba, al oído, de los apuros de su amor y la conspiración de sus carencias. Una lógica imberbe le había hecho pensar que la simple penetración por el hecho de ser entre todas las cosas prohibidas la más prohibida de todas, debía

corresponder al placer máximo. Y así, con su mano y con su pensamiento, se las arreglaba para que la eyaculación coincidiera con la penetración imaginaria, creyendo que lo mismo que sentía él en el instante de penetrarla a ella, sentía ella en el instante en que era penetrada por él. Esta novia, que había nacido para hacer el amor con Fabricio, se llamó Celia, se llamó Carmen, se llamó Carla y Catalina, pero siempre fue la misma: una mujer sin rostro, y no obstante con ojos grandes y amazónicos poblados de espasmos, y una muchacha sin cuerpo a pesar de que su sexo, que no era oscuro ni amargo, no tenía tampoco pastizales azules que se

hicieran nudos de araña. Y así, por deseo expreso de Fabricio, la novia elegida para las noches interminables fue pasiva y ficticia y casi blanca, como un clíper, esperando nada, más esperándolo, mientras Fabricio manipulaba su miembro con la mano derecha, y con la otra, con la mano de corsario, le quitaba prenda por prenda, la desnudaba como a un pájaro, dispuesto a triplicar su carne, la más profunda y legítima, hasta que ella quedaba desnuda a lo largo de su cama y de su vida, y él podía entrar en ella y anegarla. Fabricio se creó así un reflejo que lo condicionó a eyacular en el instante mismo en que su miembro

penetraba en una mujer. O en diez mujeres. Pero no tuvo la culpa: no pudo imaginar cómo se hacía el amor, antes de hacerlo, ni supo luego cómo hacer el amor, después de imaginarlo. Y por eso lo quisieron poco.

8. La muerte de nuestro espejo

Lo que nunca jamás pudimos medir fue nuestro amor, porque era infinito. Era sí, como cuando Palinuro le preguntaba al abuelo cuánto lo quería. «Mucho, muchísimo», le contestaba el abuelo Francisco. «Pero ¿cuánto, cuánto, abuelo? ¿De aquí a la esquina?» «Más, mucho más.» «¿De aquí al parque del Ajusco?» «Más, muchísimo más: de aquí al cielo de ida y de regreso, yéndose por el camino más largo de

todos y regresando por un camino todavía más largo. Y eso después de dar varios rodeos, de perderse a propósito, de tomar un café con leche en Plutón, de recorrer los anillos de Saturno en patín del diablo y de dormir veinte años, como Rip Van Winkle, en uno de esos planetas donde las noches duran veintiún años: porque a mí me gusta levantarme temprano, cuando menos un año antes de que amanezca.»

Y la mejor prueba de que nuestro amor era infinito, la teníamos en nuestro cuerpo, que reflejaba fielmente a nuestro amor. Y la mejor prueba de que nuestro cuarto era infinito, la teníamos en el huevo de cristal que estaba en la ventana

y que reflejaba fielmente a nuestro cuarto. Era éste un huevo incoloro y transparente, grande como un huevo de avestruz que se dedicaba, todas las mañanas, a reproducir el paisaje al revés: las montañas colgaban del cielo, el cielo era un lago, y cuando el sol salía en el mundo de afuera, en nuestro pequeño mundo de cristal se ponía la tarde: el sol bajaba por el horizonte, redondo, luminoso y anaranjado como una yema imperial que se hunde en un mar de colirio. Y en la tarde pasaba lo contrario: mientras el sol bajaba en el cielo de afuera y las estrellas se asperjaban en los mástiles de los buques, en nuestro cielo amanecía. Y

por eso pudimos decir, como el emperador de chocolate que le hablaba en alemán a los caballos, que en nuestro reino, en nuestro pequeño cuarto de la Plaza de Santo Domingo, donde nuestra cama era América, nuestra cocina Europa y la tina del baño era Oceanía, jamás se puso el sol. Este fue el huevo de oro que flotó en las aguas primordiales y del cual nació Brahma; el huevo en forma de Gran Lira del Universo del padre Mersene; el huevo que cuelga encima de la cabeza de la *Madonna dell'uovo* de Piero Della Francesca. Este fue el huevo que si tú cerrabas un ojo y te lo ponías enfrente del otro, te hacía contemplar el universo

y sus alrededores como Borges contempló el mundo en el Aleph o como Fausto y Vasco de Gama contemplaron, desde la cúspide del Paraíso, el orbe tolemaico.

Y naturalmente, además del retrato de Estefanía, del huevo de cristal y de la caracola de la Isla Verde, teníamos en nuestro cuarto muchos otros objetos. Algunos casi imposibles, como una montaña de oro en miniatura y una estatuilla del actual rey de Francia, y otros muy concretos, que podíamos palpar, que tenían nombres y marcas. O títulos, como un libro del autor de Waverley. Y también la pipa Dunhill del abuelo Francisco, nuestra licuadora

Osterizer, el reloj American Waltham del tío Esteban. Lo mismo una rasuradora Ockham y una máquina de escribir marca Oldenburg que se derretía bajo mis dedos cada vez que yo me sentaba a escribir una novela. En la despensa, nunca faltaban latas de sopa Campbell autografiadas por Andy Warhol. Teníamos también —o tenía mi prima—, un bikini que vio anunciado en Evergreen y que pidió por correo, y que una tarde fetichista decidí asesinar: a los calzones los ahogué en la lavadora. Al brasier lo ahorqué de la regadera. De la tía Lucrecia, además de nuestro espejo, heredamos un pájaro alcanforado que al aletear se transformaba en un abanico

japonés, y el tío Esteban nos regaló también un samovar de plata que brillaba en las noches blancas. Entre nuestros muebles había un diván Bruce Conner y una mecedora Abraham Lincoln marca Kenneth Koch. Y solíamos reproducir de bulto en una mesa de esquina la naturaleza muerta de Wesselmann: una cajetilla de Lucky Strike, una Coca-Cola, una leche malteada, las nueces, la pera, las rosas de plástico, etc. En fin, teníamos todo lo que hace precisamente que las casas de hoy en día sean tan diferentes y seductoras.

Y si te hablo tanto de los objetos que teníamos en nuestro cuarto de la Plaza

de Santo Domingo es porque quiero contarte, señor general, señor billeteero, don Próspero y querido amigo Palinuro, las cosas increíbles que nos sucedieron con ellos.

Lo primero que hacía yo al regresar a mi cuarto y después de besar a Estefanía, de besar su retrato y de besar el reflejo de Estefanía y el reflejo de su retrato en el huevo de cristal, era llevarme al oído la caracola de la Isla Verde. Escuchaba entonces el ruido del mar, el lamento de las olas que se circunnavegan eternamente a sí mismas como si hubieran perdido la memoria, y el silbido de los peces que las atraviesan como flechas de plata.

Escuchaba también la risa de Estefanía a los diez años, con los dientes llenos de arena. Seguía después con la vieja pipa del abuelo: me llevaba la cazoleta al oído y escuchaba el ruido que hace el viento en los tabacales. Luego abría de piernas a Estefanía y colocaba la oreja en su sexo para escuchar el ruido candoroso de la Creación. Pronto estábamos haciendo el amor, ella cabalgándome con la prisa del jinete que tiene una cita en Damasco, hasta que un hilo de saliva salía de su boca y entraba por la mía y por ese hilo bajaban arañitas luminosas. Ese era el principio. Luego lloraba de placer y sus lágrimas caían en mis ojos abiertos y me

nublaban el paisaje. Ese era el fin.

Después, ella me propuso que la integrara a nuestro cuarto. O no, quizás no fue así. Quizás estaba yo un día pintando nuestro cuarto por la sinfinésima vez y de pronto el pincel sigiló los hombros de Estefanía y dio con sus ojos. La reconocí al momento y la invité a bailar. Hacía tantas horas que no nos mirábamos a la cara, que casi le planto un beso en plena Avenida Cuatro. Le propuse que viviéramos juntos; me dijo que sí y desde entonces caminamos juntos, desayunamos juntos, escribimos juntos y tantas cosas hicimos juntos, que las malas lenguas dijeron que cuando hacíamos el amor también lo hacíamos

juntos.

Perdóname la insistencia en el tema, pero si hubo algo que llenó de sentido a nuestro cuarto, fue eso: el amor que nos tuvimos desde niños.

Si tú te levantabas a media noche, te tropezabas con el amor.

Si alzabas la punta de la alfombra, te encontrabas un montoncito de amor.

Si abrías la ventana, el amor nunca acababa de salir por la ventana.

Nuestro amor impregnó de tal manera las cosas, que comenzamos a confundirlas con nuestro amor:

Una tarde sorprendí a Estefanía lavando los trastes.

Una noche me sorprendió ella

leyendo un libro.

Un día nos sorprendió a los dos profundamente dormidos.

Hasta que al fin las cosas se cansaron y decidieron imponernos su voluntad de vivir. Recuerdo muy bien esa vez en que de pronto, a la mitad de una conversación de sobremesa, nos callamos al mismo tiempo como si hubiera pasado un ángel y descubrimos en medio de la mesa un vaso que jamás habíamos visto. Con esto no quiero decirte que apareció de milagro, no: estaba allí desde la mañana, y antes de eso estaba en la alacena y mucho antes en la tienda donde lo compramos. Pero nunca lo habíamos *visto*. «¿Te fijaste?

—me preguntó Estefanía—. Parece un vaso». «¿De dónde habrá venido?», le pregunté. «¿Qué querrá de nosotros?», dijo ella.

Esta tarde, Estefanía levantó todos los trastos de la mesa, a excepción del vaso que se quedó allí, intocado. Ella quería escribir una carta póstuma al tío Esteban, pero no pudo concentrarse. Yo comencé a pintar el cuarto y a ella dentro del cuarto escribiéndole una carta al tío Esteban sin poder concentrarse, y estaba yo tratando de decidir qué azul usar para pintar sus ojos: si el azul Amberes, o el azul Thénard —que es el azul cobalto— o el azul de la O de Rimbaud, el azul del Tercer Movimiento

de la Colour Symphony de Bliss o el azul de la estrella Gamma de Andrómeda, cuando de pronto en la mesa que estaba yo pintando se apareció el vaso. La sorpresa fue tan grande, que por la primera y la única vez me olvidé del problema sin solución que significaba encontrar el tono exacto de azul que reprodujera el azul de los ojos de Estefanía, y que era tan único y prístino, que Flavia la sirvienta estaba convencida de que mi prima lo veía todo azul: que para ella las casas, los árboles, los perros, las películas y los postes de la luz eran azules; en pocas palabras, todo lo que había bajo el cielo y sobre la Tierra incluyendo los ríos y

los mares: desde el Danubio Azul en sus momentos más grises, hasta el Mar Rojo en sus instantes más verdes.

Decidimos entonces dar un paseo para olvidarnos del vaso, a sabiendas, sin embargo, de que el vaso iba a quedarse allí. Y luego fuimos al cine, pero tampoco pudimos concentrarnos en el final feliz y nos quedamos con la impresión de haber visto una tragedia. Regresamos a la casa y naturalmente, el vaso no se había movido un milímetro. Nos acostamos sin cenar —habíamos comprado unas hamburguesas que nos comimos en la cama— y todo el tiempo estuvimos sintiendo el vaso, pensando en él, sintiéndonos pensados por él. A la

una de la mañana, y feliz como un niño que acaba de encontrar la pluma fuente que se le había perdido, le dije a Estefanía:

«Sind wir vielleicht hier, um zu sagen: Haus, Brücken, Brunnen, Tor, Krug, Obstbaum, Fenster, höchstens: Saule, Turm?»

«No te entendí una palabra», me contesto, y tuve que traducirle:

«¿Es que hemos venido aquí para decir sólo: casa, puente, fontana, puerta, jarra, olivo, ventana; o cuando más: pilar, torre?»

Estefanía se quedó profundamente dormida y a la una y media de la mañana preguntó:

«¿De quién es eso?»

En venganza, yo no le contesté hasta las dos de la mañana:

«De Rilke.»

«No, no sirve.»

Nos quedamos callados de nuevo. A los quince minutos ella me preguntó:

«¿Estás despierto?»

Yo no le contesté para que no pensara que sufría yo de insomnio y se preocupara por mi salud.

Cinco minutos después yo le pregunté:

«¿Estás dormida?»

Y ella, que efectivamente estaba dormida, no me contestó para que no pensara yo que hablaba en sueños y me

preocupara por su salud.

Luego yo también me quedé dormido.

Yo soñé primero que le preguntaba si estaba dormida.

Ella soñó que me contestaba que sí.

Yo soñé después que acababa de conocer a Palinuro y que de nuevo se me caían las compras al suelo, y después iba yo persiguiendo a un huevo flotador. En una mesa estaba sentado en cuclillas Cristóbal Colón con la mano derecha estirada y la palma hacia arriba para ver si estaba lloviendo, y allí estaba el huevo, en su mano, como si lo acabara de poner un ave de paso. Me asomé de debajo de la mesa y le dije: «Perdone,

señor Colón, pero ese huevo es mío: es el que tenemos en nuestro cuarto», y Cristóbal Colón apretó el huevo con los dedos y me disparó la yema en el corazón. Luego iba yo persiguiendo a gatas una naranja que rodaba por una alfombra azul y se detuvo junto a unas piernas con medias de seda y resultó que las piernas eran de Eduardo III que tenía una red de cazar mariposas y que me decía, furioso: *Honni soit qui mal y pense, merde!*, y entonces me pescaba con la red y yo era la cabeza de María Antonieta en la red, y vomitaba nueces y pelotitas de cabellos grises. «¡Lo que pasa es que tiene usted delirios de grandeza!», me gritó el maestro de

francés con la cara de papá Eduardo y me señaló con su dedo índice que se transformó en un gusanito verde que caminaba hacia un vaso verde mientras el maestro me gritaba: «¡Repita, repita el trabalenguas!» Más tarde soñé que me ahogaba en un vaso de agua. Soñé con Roquentin, y soñé con Lenin. Luego, que caminaba desnudo por la calle de República de Argentina.

Estefanía, a su vez, soñó que estaba sentada dos cuadras más allá, en la Plaza de Santo Domingo.

Yo soñé que llegaba a la Plaza.

Ella soñó que entraba a nuestro edificio y subía las escaleras.

Yo soñé que subía tras ella.

Ella soñó que entraba en el cuarto y se metía en la cama.

Yo soñé que me acostaba a su lado.

Ella soñó que se quedaba dormida.

Yo soñé que nos despertábamos dentro del mismo sueño.

«¿Estamos despiertos o soñando?», me preguntó, un poco alarmada.

«No tengo la menor idea —le contesté—. Pero dicen que si uno se pellizca y le duele, quiere decir que está despierto.»

«No lo creo: uno también puede soñar que le duele.»

«De todos modos, vamos a hacer la prueba», le dije, y le pellizqué un pezón.

Ella me pellizcó el ombligo.

«No me lastimaste», dijo.

«Tú tampoco», le confesé.

«¿Quiere decir que estamos soñando?»

«No, quiere decir, simplemente, que nos amamos.»

«¿Qué vamos a hacer con el vaso?»

«¡Maldición! —grité—, ¿por qué carajos me recuerdas ahora el pinche vaso? ¡Sepa la chingada qué vamos a hacer con ese cabrónhijodeputavaso!»

Estefanía se ofendió con mi vocabulario y no dijo más. A la hora, dio un salto de alegría y exclamó:

«Intelijencia: dame el nombre exacto de las cosas.»

«¿De quién es eso?», le pregunté.

«De Juan Ramón. ¿No ves que Juan Ramón escribe inteligencia con jota?»

Yo estuve analizando los versos durante cinco minutos, y llegué a la conclusión de que sí nos servían. Nos levantamos. Intercambiamos nuestros besos y nuestros malos alientos. Estefanía preparó el desayuno. Nos sentamos a la mesa, y a la mitad de un huevo frito le dije, señalando el vaso:

«Estefanía: pásame por favor ese cuchillo.»

Y Estefanía tomó el vaso y me pasó el cuchillo.

Así solucionamos el problema: con inteligencia.

Por último, ella me dijo:

«No sabía que hablabas alemán.»

«Yo tampoco: fue una revelación súbita.»

«A ver, dime algo en alemán.»

«Ya se me olvidó —le contesté—, hace siglos que no lo hablo.»

Pensamos que a partir de ese momento nuestra vida sería más sencilla, ya que podíamos cortar una esperanza con el filo de un guante, leer un golpe de dados o ponernos un par de platos nuevos y caminar por las estufas, rumbo a las letanías del sol, con la sospecha verde de no regresar. Y así fue: un sábado, el vaso —o mejor dicho el cuchillo— se transformó en el párrafo de un libro —cuando menos de nombre

—, y todas las otras cosas que teníamos en nuestro cuarto comenzaron también a transformarse. Pero no todas al mismo tiempo: una mañana, la alfombra era un paisaje por dos o tres horas, y luego recuperaba su identidad. Al mediodía, el reloj de pared se transformó en un cometa inmóvil que a su vez se deshizo en un montoncito de cenizas encarnadas. Pero después, a las cinco de la tarde y como si nada hubiera pasado, el cucú sacó la cabeza y le dio cinco tarascadas al tiempo. Las sorpresas fueron desde ese día infinitas y sobrecogedoras: abríamos un cajón de la cómoda y estaba llena de Coca-Colas de seda con encajes de jarabe. A cambio de eso

abríamos el horno y nos encontrábamos con el camisón de Estefanía a medio cocinar, sazonado con hojas de perejil y polvos de nylon. Nos asomábamos en la ventana y resultaba que vivíamos en el Polo Norte y que unos trabajadores construían un subterráneo submarino y subían a la superficie y traían en las manos esponjas de aluminio y pulpos de tallarín, y por sus espaldas subían unas burbujas de incienso amarillo. Las cosas llegaron a tal extremo que en el baño, en lugar de toallas, nos encontrábamos espejos colgados a secar, y Estefanía, cada vez que se sentaba en el escusado, hacía una gran cantidad de flores: magnolias, amapolas, violetas,

heliotropos y una lluvia de rosas amarillas y microscópicas que inundaban el cuarto de baño con un hedor insoportable. Íbamos al mercado, comprábamos nubes redondas y al llegar a la casa se transformaban en lágrimas. El samovar de plata era un samovar a las once y veintidós, y a las once y veintitrés era el casco de un centurión romano. Luego, en lo que tardábamos en estirar el brazo para alcanzar una copa, cambiaba diez veces de nombre. Luego mil. Luego un millón. Y no se detenían, de manera que cuando teníamos los objetos en la mano, seguían reverberando y ya no sólo nuestro cuarto sino el universo entero se inundaba de

palabras aladas: témpanos, gnonos, solsticios, tahúres, romanzas, espuelas en llamas que se transformaban, mansas, en puercos apaisados, y áncoras, septicemias, centellas de chocolate y tardes vestidas de grisú y terciopelo que se desgarraban en los colmillos verdes del césped.

Siguió entonces una época de profunda infelicidad. Comenzamos a sospechar de toda la gente y de todas las cosas. Si la portera nos decía alguna vez: «Buenos días», se nos iba el día entero preguntándonos qué nos había querido decir... o qué *nos dijo*. «¿Tú crees que nos quiso decir que estamos atrasados en la renta?», preguntaba

Estefanía. «No, me parece que lo que nos quiso decir fue que el día estaba nublado.» Señaló al cielo y dijo: «El día esta nublado.» «La tonta eres tú, Estefanía. Cuando nos dijo que el día está nublado, quería decir otra cosa, *dijo* otra cosa.» «¿Qué cosa?» «Yo qué diablos sé. Precisamente *ése* es el problema: nunca sabremos lo que la gente nos quiere decir.» «¿Pero no hay ninguna posibilidad de que cuando digan: el día está nublado, quieran decir eso, precisamente?» «Una en mil, quizás.» «¿Y cómo reconocerla?» «No lo sé. Y tal vez no baste que ames a la persona y la persona te ame a ti. Pero desde luego, si el día está nublado, hay

ciertas posibilidades de que sea verdad lo que dicen.» Estefanía se levantó, caminó hacia la ventana, y me dijo: «El día está nublado y quiero hacer el amor contigo.» Casi nunca nombrábamos al amor cuando lo hacíamos. Simplemente, comenzábamos a hacerlo, como quien pone de pronto un disco y se sienta a escucharlo sin tener que decir antes: «Escuchemos el quinteto en La Mayor para clarinete y cuerdas, K. 581 de Wolfgang Amadeus Mozart». El primer movimiento era tranquilo, como caminar por un campo de rosas, con un *cantabile* que hacía las delicias de Estefanía. Seguía un *larghetto* ejecutado con lentitud y nobleza. En el tercer

movimiento, tal como lo ha señalado la crítica, el clarinete volvía a ser el instrumento rústico que podemos encontrar en Baviera y otras provincias alpinas. Por último el final estaba lleno de variaciones divertidísimas, caprichos, improntos, obligados y ritornerlos. Los aplausos era abrumadores. De modo que por esa vez no sólo creí a Estefanía, sino que creí en ella. «El amor está nublado», le dije, «y quiero hacer el día contigo». Este estúpido juego de palabras la hizo reír hasta recuperar la inocencia.

Esto nos llevó a otra confusión más. Descubrimos que así como hay la posibilidad de que una persona cuando

dice una sola cosa, por ejemplo: «Buenos días», está queriendo decir y diciendo de hecho mil cosas distintas, hay la posibilidad contraria: que cuando una persona dice mil cosas distintas, está queriendo decir, y dice, una sola cosa. Para seguir con el mismo ejemplo, te contaré: una tarde le dije a Estefanía «¿Quieres ir al cine?», y ella, con esa intuición que se prendía a los picos de los pájaros, entendió que lo que yo le estaba diciendo era, en realidad: «Te quiero». Fuimos, en efecto al cine a ver *El Submarino Amarillo* y le pregunté: «¿Se te antojan unas palomitas de maíz?», cuando en verdad, lo que yo le estaba diciendo era «Te quiero».

Después del cine esperamos nuestro tranvía y cuando llegó le dije: «Este es el que nos deja». Y Estefanía comprendió lo que yo le quería decir con eso. Durante un tiempo, esto resultó muy agradable y en cierto modo halagaba la vanidad de Estefanía, ya que cuando estábamos con nuestros amigos, o en el hospital, o en la agencia de publicidad, yo podía declararle mi amor a todas horas del día sin que nadie se enterara. Y así, frases tan simples como «Hay que hacer un anuncio sobre un nuevo desodorante», «El enfermito de la cama ocho necesita una venoclisis» o «Pásame la sal», todas querían decir, naturalmente, «Te quiero». Como te

imaginarás, la cosa se volvió obsesiva y una vez que le dije a Estefanía «No me esperes a comer», se puso furiosa, me pegó en el pecho con los puños cerrados y me gritó: «¡Ya no me digas tanto que me quieres y demuéstramelo!» Como lo peor que le podía decir en ese momento era «Pero Estefanía, si yo te quiero con toda mi alma» (porque no me hubiera creído ni media palabra) me pareció mejor quedarme callado y dejar de hablarle por varios días.

Tuvimos que hacer el amor en silencio, y nos limitamos a comunicarnos tan sólo con el lenguaje de nuestras lágrimas, nuestros besos y caricias, nuestros eructos y nuestros

gestos, sin decirnos una sola cosa ni en español ni en ningún otro idioma. Pero a cambio de esto, y para que mi prima viera que en efecto yo hablaba más de un idioma vivo y más de una lengua muerta, un día la besé en francés. Ella se limitó a bostezar en sueco. Yo la odié un poco en inglés y le hice un ademán obsceno en italiano. Ella fue al baño y dio un portazo en ruso. Cuando salió, yo le guiñé un ojo en chino y ella me sacó la lengua en sánscrito. Acabamos haciendo el amor en esperanto.

No recuerdo cuándo comenzamos a hablarnos de nuevo así como uno no recuerda nunca cuándo comenzó a hablar cuando era niño: y es que cada vez que

nos peleábamos y nos reconciliábamos, mi prima y yo volvíamos a nacer. Lo que sí sé es que cuando rompimos el silencio, y el silencio se hizo pedazos y comenzamos a ordenar nuestros balbuceos y nuestras sílabas sin sentido, nuestros monemas y fonemas y signos hasta formar palabras y frases y pensamientos, llegamos a la conclusión de que no podíamos seguir viviendo así: reconocimos que nuestros objetos, por ser parte de nuestra vida, estaban vivos también, y tras descartar una serie de posibilidades inspiradas por el asesinato del bikini —y que eran tan horripilantes como aplicarle la ley del hielo a nuestro refrigerador, mandar a

nuestra estufa a la cámara de gases, electrocutar a nuestra plancha o asfixiar a nuestras almohadas—, decidimos aprender a convivir con ellos.

Decidimos también —y después de leer un breviario de shintoísmo—, no permitir nunca más el embrujamiento de nuestra inteligencia por medio del lenguaje. Y así, nuestra reconciliación con los objetos fue inmaculada y absoluta, como si ellos fueran de malvavisco y a nosotros nos gustara encender fogatas en medio de los bosques. Les negamos su valor como símbolos —a ellos y a las palabras que los nombraban—, aunque esto equivaliera a regresar a la infancia

misma de la especie humana y no sólo retornar a nuestra propia infancia, en la que creíamos que los paraguas podían cerrar las alas y dormir, las cucharas ponerse tristes por la muerte de la azucarera y los libros leer a otros libros o ponerse frente al espejo y leerse a ellos mismos al revés. Los aceptamos, así, como seres animados y necesarios en la medida en que una vez que habían existido no podían no haber existido nunca, y agradecemos sus testimonios y la generosidad que hilvanaban en nuestros días.

Después, nos acostumbramos a sus humores y a sus vértigos.

Más tarde, nos encariñamos con

ellos.

Y cómo no iba a ser así, me pregunto ahora en este lugar tan lejos de nuestro cuarto, en que recuerdo el relámpago infatigable de las tazas de porcelana que heredamos de la tía Luisa y el rojo de las cortinas que acentuaban sus ritmos con diademas de astracán: cómo no iba a ser así.

En un principio, la relación fue cortés, si bien la frente de Estefanía fue siempre proclive a los perfiles griegos y a veces acostumbraba mirar a los demás por encima de los hombros. Pero es que queríamos guardar ciertas distancias, y comenzamos, apenas, por saludarlos: «Buenos días, calendario, buenas

noches, lámpara», y así, no importando en realidad que los días se cayeran a mordiscos o las noches fueran huérfanas y fulminantes. Luego nos hicimos más amigos, así como tú y yo, o el general y tú, o el general y Estefanía misma: invitamos a las tazas a tomar el té con pastas inglesas, a las copas las invitamos a beber un Châteauneuf du Pape que traje especialmente de París para celebrar nuestras bodas de cristal y en cierta ocasión —que te pintaré de plata y azul—, invitamos a cenar a la vajilla completa: platos hondos, salsera y sopera, tazas y tacitas, incluyendo a unos primos lejanos que llegaron de Delft. Todos nuestros objetos, puedo

decírtelo ahora con la perspectiva que me dan los años y las improvisaciones, se portaron bastante serviciales. La estufa nos preparaba el desayuno, el reloj nos daba la hora cada vez que se la preguntábamos, la regadera nos obsequiaba todos los días un baño de agua caliente y múltiple, y los libros nos contaban historias maravillosas.

Más adelante, con el correr del tiempo y a medida que me salían canas en el pecho y el calendario llegaba a un camino cubierto de hojarasca y retama, las relaciones se volvieron más íntimas: Estefanía y sus anteojos Polaroid se iban a ver tiendas y eclipses todas las tardes y regresaban un poco más inteligentes y

cansados de tantas ilusiones respetables que enaltecían los escaparates disfrazados de sombreros de fieltro y bolsas de cocodrilo. Mi ropa interior, entre la cual figuraban unos calzoncillos acostumbrados al ocio de la seda, se enteró de ciertas enfermedades secretas que me condecoraron el pene con estigmas góticos, Por si esto fuera poco, Estefanía se acostaba con su camisón a las horas más impensadas y en las posturas más provocativas. Por último, mi máquina de escribir y yo escribíamos juntos novelas sin fin, sin principio y sin misericordia.

Esta relación no dejó de tener sus inconvenientes, ya que el exceso de

confianza hizo que tanto mi prima y yo como nuestros objetos abusáramos a veces unos de otros, hasta el punto de jugarnos bromas pesadas, como el día en que cargamos mi pluma fuente con whisky para que escribiera doble, y como la noche en que le colocamos cuatro cirios a nuestra cama, para que se creyera muerta.

Desgraciadamente, la felicidad no es eterna. Ya lo ves con la tía Lucrecia, que fumaba con una boquilla de ámbar larga como el miedo a morir de cáncer. Ya lo ves con los túneles, absortos ante su profunda estilización del espacio. Y lo viste con el abuelo Francisco, que era como un león acogedor, como una

ballena afable, como un dragón asmático y que también se nos murió, de tan gordo que era, de tantos kilos y victorias que llevaba auestas, y sobre todo de tanto hablar de él. Esto lo descubrí un día fresco y luminoso, después de una de esas noches de farra en las que te olvidas de tu nombre y del color de tu sonrisa. Me levanté para ver cómo había amanecido el espejo del botiquín. Regresé a la cama muy triste, me acurruqué junto a Estefanía, me tapé la cara con las sábanas y le dediqué unas lágrimas a nuestras letras iniciales (la de Estefanía y la mía, y que mi prima se empeñaba en desbordar cada semana de las sábanas, las fundas de las

almohadas, las servilletas y las toallas, para bordarlas de nuevo, entrelazándolas en posturas distintas).

«¿Qué te pasa?», me preguntó.

«Ese espejo anda mal. Hoy por primera vez me di cuenta de lo viejo que está.»

Estefanía fue a verlo.

«Es verdad, pobrecita. ¿Tú crees que se va a morir pronto?», me gritó desde el baño, que le daba a su voz una resonancia como de nieve y ángeles.

«No sé —le contesté—. Habrá que llamar al espejeólogo para que lo vea.»

«Oh, ¿qué podemos hacer mientras tanto por ella? ¿Se te ocurre algo?»

«Sí, que le hagas muecas chistosas

para que lo diviertas», le dije y me puse a contar cuánto dinero me había sobrado de la noche anterior.

«No funciona —me gritó—. Le saqué la lengua y se ve horrible.»

«Arréglate —le sugerí—. Y seguramente pondrá buena cara cuando vea que eres tan bella como Clara Dea, la resplandeciente.»

Y Estefanía, que siempre que se lo propuso fue capaz de desatar el oro de sus cabellos en dos minutos, de salpicarse sorpresas rojas en los cachetes en tres más y de oblicuar sus pestañas postizas en cuatro menos, me dijo al cabo de las mil quinientas:

«Se ve mejor, pero creo que de

todos modos se va a morir, la pobre.»

«El pobre», le dije: porque por supuesto, nuestro espejo cambiaba de sexo según fuera Estefanía o yo el que se asomara a verlo. O a verla.

Decidimos entonces que sus últimas horas fueran las mejores de su vida, y lo llevamos a conocer el mundo moderno. En cuanto la sacamos a la calle, se le iluminó la cara y se le llenó de colores y de movimientos. Lo llevamos a un museo, a una feria y a un mercado y la cara se le llenó de gigantes de Tula, de ruedas de la fortuna y tiros al blanco, de cerezas y de sandías. Se divirtió tanto, y puso tales caras de asombro y de sorpresa tan distintas una de otra, que

los amigos que le presentamos y los desconocidos que se cruzaron en nuestro camino lo confundieron (y la confundieron) sucesivamente con un policía, con una verdulera, con un general que tenía un ojo de vidrio, con una colegiala, con el primo Walter, con un merengero, con una actriz de cine y con el mesero del Bottoms Up, la taberna a la que fuimos a dar a las once de la noche y en donde nos pusimos una borrachera fenomenal.

Del Bottoms Up salimos a las cuatro de la mañana, nos sentamos en el parque del Ariel, y pusimos a nuestro espejo en el pasto. Y como era una noche oscura y nublada, sin estrellas y sin luna, nos

dimos cuenta de que nuestro espejo estaba muerto y que teníamos que enterrarlo.

Si alguna vez se te ha muerto un amigo que te ha visto crecer hasta alcanzar tu estatura más diáfana, un compañero que te escucha en silencio y se burla y se compadece de ti, un camarada que de lunes a domingo ha sido testigo de cómo el amor entre tú y Estefanía se condensa en semillas hasta entonces deshabitadas, comprenderás la enorme pena que nos causó la muerte de nuestro espejo. A tal punto fue grande, que Estefanía, con miedo a que todos los recuerdos de nosotros que se llevaba a la tumba fueran devorados por gusanos

desconocidos, juntó las manos y me suplicó que lo dejáramos afuera para que se lo comieran los pájaros. «¿Pero te das cuenta de lo que quieres? Lo van a hacer pedazos», le dije pensando en silencio y en nuestro espejo, que eran tan parecidos. «Y será como si nosotros, nosotros y nuestros recuerdos, nosotros y nuestros seres queridos, nosotros y lo que hemos sido, también se hicieran pedazos» agregué, recordando que ese espejo había sido del abuelo Francisco después de muerto el bisabuelo José Antonio, y de la abuela Altagracia después de muerto el abuelo Francisco, y de la tía Lucrecia después de muerta la abuela Altagracia y de mi prima

Estefanía, pero no después de muerta la tía Lucrecia sino cuando todavía estaba viva y se lo regaló a mi prima y ella lo llevó a nuestro cuarto de la Plaza de Santo Domingo. Y quizás no me importaba tanto que se llevara recuerdos que no eran míos como los bigotes aderezados con pomada de Hungría del bisabuelo, o recuerdos que no me gustaban, como las cicatrices de varicela de la abuela Altagracia que todos los días trataba de minimizar untándose polvo de conchanácar machacado en zumo de limón. Pero otras cosas: la cara misma de mi prima, su cuerpo adorado de novia lluviosa que yo adivinaba tras la cortina de papiros y

flores de especies ya extinguidas, su sexo fragante y apretado como una explosión de rosas africanas, su vientre donde las anguilas de agua buscaban el hoyo en la arena donde desovar sus nidadas de gorgoritos; esos y otros recuerdos de las veces innumerables que hicimos el amor frente a nuestro espejo, no podía yo resignarme así como así a perderlos para siempre. Y había otro, otro recuerdo que en ese momento me asaltó de sorpresa: la tía Lucrecia tenía el espejo colgado en su recámara y una tarde, varios días después de que mi prima y yo regresamos de nuestro viaje a Veracruz, ella se quitó la blusa y se contempló la espalda en el espejo. «Me

estoy despellejando», dijo. Yo le pedí entonces permiso para arrancarle un pellejito y con los dedos cogí una punta de piel desprendida a la altura del hombro izquierdo y por la que ya habían pasado océanos de espuma y sal y tiré hacia abajo, desprendiendo un jirón finísimo y casi transparente como la piel del tallo de un lirio. Dejé el jirón prendido por el extremo inferior a la piel y cogí otra punta que se adivinaba bajo el omóplato derecho y la jalé para descubrir la nueva epidermis de mi prima, esa epidermis niña que era como un caparazón de ternura infinita, como un casimir rojo y ardiente susceptible a las infecciones doradas y a los

ungüentos de coñac. Recuerdo que a la altura de la cuarta vértebra del cuello pesqué otra punta y esta vez el jirón siguió las ondulaciones de la espina dorsal a todo lo largo de la espalda y se desprendió al llegar al cóccix. Y así, una y otra vez, seguí desprendiendo los trozos de piel, linos, suaves y translúcidos como las túnicas de las cebollas y los lirios y encontrando, aquí y allá, algunos granos de arena, pedazos microscópicos de coral, lenguas de erizo y las huellas de un incendio. Y cada vez que tiraba de un jirón de piel una cascada de amperios se deslizaba por la espalda de Estefanía y mi prima se desmayaba una diezmillonésima de

segundo. Hasta que al fin todo el rubor de Estefanía quedó a flor de piel y su espalda era como un otoño descamisado lleno de banderas y afiches, gallardetes y harapos desbandados por toda la ciudad, aunque algunos trozos, pequeños como plumitas de abeja, habían volado con nuestros suspiros y nuestras risas y sufrido una defenestración imperceptible. Le hablé a Estefanía de esto. Le recordé que después ella había arrancado de mi espalda unos jirones iguales de piel seca, y que los habíamos guardado en nuestros libros. Ella guardó los suyos en las páginas de *Heide*. Yo, los míos en las de *Oliver Twist*. Ella en *Blancanieves*. Yo, en *Tom Sawyer*. Ella

en las páginas de *Mujercitas*. Yo en las páginas de *Niels Lyhne*. Y recordé que muchos años después, cuando crecimos, pusimos nuestros jirones de piel, juntos, entre las páginas de *Pablo y Virginia*, de *Dafnis y Cloe*, de *La Bella y la Bestia*.

Pero Estefanía fue implacable:

«Eso es exactamente lo que quiero —dijo—, que hagan pedazos a nuestro espejo y a nuestros recuerdos, que vengan todos los pájaros: jilgueros, verderones, cuervos, murciélagos...»

«Los murciélagos no son pájaros.»

«No me importa: que vengan todos los pájaros y todas las aves del mundo: golondrinas, aguzanieves, halcones,

cardenales, petirrojos, azulejos, canarios...»

«Basta. No necesitas enumerar a *todos* los pájaros», le dije.

«Claro que sí: pa a que las cosas se aparezcan, hay que nombrarlas. ¿Cómo quieres que vengan, si no las llamo?»

«Bueno, avísame cuando acabes», le dije, y me fui a fumar un cigarro en una banca junto a una tapia donde ocurría, en esos momentos, una floración azul de trompetas aburridas. Tenía yo tanta hambre que me hubiera comido una margarita viva. Y así lo hice: era mi costumbre, como todos los enamorados que tienen el corazón de harina, la de deshojar margaritas para saber qué tanto

me amaba Estefanía. Pero mi forma de deshojar margaritas fue siempre más sabia que los asaltos del azar: con cada pétalo que yo arrancaba y me llevaba a la boca, Estefanía me quería mucho, me quería más, me quería muchísimo más. Al mismo tiempo, y pensando en la pluralidad de mundos que habían previsto Bernard le Bovier y Orígenes, y cuya existencia había negado Nicolás Oresme, pero no su posibilidad, me pregunté si el mundo que nos había tocado a Estefanía y a mí podía ser más justo o más bello, o menos estúpido y más pálido, o más malvado y menos líquido. Me pregunté también si nuestro universo sería zurdo o derecho, y eso me

hizo pensar en los ojos de mi prima, y entonces me pregunté por qué todo el mundo decía que eran tan dulces y si eso quería decir que sus ojos eran de azúcar, y si en ese caso su ojo derecho era de azúcar ordinaria, que polariza la luz hacia la derecha, y su ojo izquierdo de levulosa, que polariza la luz hacia la izquierda, y cuando llegué a la última hoja de la margarita y tenía la boca llena de pétalos y comenzaba ya a amanecer y el amor de Estefanía era casi tan grande como el amor del abuelo Francisco elevado al poliedro, Estefanía vino hacia mí y me dijo que ya había acabado de enumerar a todos los pájaros. Los bordes de su vestido tornasolado

rozaron las yerbas y levantaron un polvo de violetas casi invisible.

«Entonces, ¿estás ya segura de lo que quieres?», le pregunté.

«Sí. Eso es lo que quiero exactamente. Que cada uno se lleve un pedazo tuyo o mío. Que venga un águila y se lleve tus ojos...»

Quedé un poco resentido por la ocurrencia y le dije en venganza:

«Que venga una cacatúa y se lleve tu lengua.»

«Que venga un murciélago y se lleve tu sangre.»

«Que venga un colibrí y se lleve tu clítoris.»

«Que venga un buitre y se lleve tu

miembro.»

«Que venga un ave del Paraíso y se lleve tu alma», le dije, y nos quedamos callados.

«¿Por qué no le ponemos flores al espejo?», me preguntó un tiempo y la mitad de un tiempo y la mitad de la mitad de un tiempo después.

«Buena idea —le dije—. Voy a cortar dos rosas: una por ti y otra por mí.»

«No hace falta», me contestó. Cortó una rosa deslumbrante y la puso sobre el espejo.

«¿Ves? Son dos rosas.»

Nuevamente nos quedamos callados. De pronto, la cara de Estefanía se

iluminó.

«Mira —me dijo—. Se fue al cielo.»

«¿Quién?»

«El espejo.»

Y así era: en el lugar donde antes estaba el espejo, sólo se veía un pedazo de cielo azul con nubes blancas.

Regresamos a la casa por el camino que conducía a un castillo rodeado de jardines verdes y desarmados, donde ningún desierto era probable y la escoria se ahogaba en el fondo de un lago que mecía, piadoso, los reflejos de cuanta princesa vivió prisionera en el ala marfil del castillo, y yo me pregunté entonces —pensando en las rosas del espejo— si no era posible que por un

error genético de la creación hubiera nacido un universo siamés, y si era así, me pregunté dónde estábamos nosotros, de qué lado del espejo, pero Estefanía me interrumpió para decirme que hasta entonces no había pensado en la existencia de un cielo para los objetos. Y yo, con tal de que se alegrara un poco le dije que sí, que allá van todas las cosas cuando se mueren: los ceniceros, las colchas, los cheques sin fondo... «¿Los floreros también —me preguntó—, los turbantes, los mosaicos?» «Todo, le contesté: las pinzas de los dentistas, los encabezados de los periódicos, las antenas de televisión, los rincones de las casas y los títulos de

licenciado en derecho: todos se van al cielo.» «¿Y qué van a hacer allí?» «No hacen nada. Al contrario: van al cielo a no-hacer. O si acaso, a hacer cosas muy distintas. ¿No ves que llegan cansados de hacer la misma cosa toda la vida? En el cielo de los objetos, está prohibido colgar abrigos en los percheros o ver a través de las ventanas. Allí las botellas de vino siempre están vacías y las brújulas señalan siempre hacia el Sur o hacia el Oeste, aunque esto es un poco difícil de asegurar, porque el Oeste y el Sur no están, como en la Tierra, siempre en el mismo sitio sino que se aparecen donde menos se les espera: un día vas caminando y de pronto te encuentras con

el Oeste tirado en la calle y que por estar tan brillante, tan viscoso y perfumado, parece cualquier cosa menos un punto cardinal. En fin, ya te imaginarás que en ese lugar el hielo no es frío y el azúcar no es dulce. Y que no sólo está prohibido leer los libros, sino que los libros tienen las páginas en blanco de la misma manera que no sólo está prohibido subir escaleras sino que además las escaleras, al igual que las ventanas, no dan a ninguna parte. Aunque desde luego, decir que los libros tienen las páginas en blanco resulta inexacto, en primer lugar porque allí los libros no tienen páginas ni las escaleras escalones ni las ventanas

vidrios, y en segundo lugar porque allí el blanco no hace lo mismo que en la Tierra, que es ser blanco todo el tiempo, sino que simplemente es otro color: azul o verde, o incluso no es un color sino cualquier otra cosa: un barco o un árbol; teniendo en cuenta, claro, que allí los barcos y los árboles pueden ser cualquier cosa menos barcos y árboles.»

«Y cuéntame —me preguntó Estefanía— ¿qué es lo que van a hacer allí los ataúdes?»

«Ah, déjame pensar... Sí, naturalmente: allí en el cielo de los objetos, los ataúdes se ponen faldas, pantalones y vestidos de colores, y llevan cada uno una persona viva

adentro.»

«Qué relajó», comentó mi prima.

Y la felicidad regresó a ella por unos momentos: Estefanía siempre tuvo un alma fotogénica donde era posible enjaular arroyos y festividades, y un corazón atento a los espíritus pobres como el de la abuela Altagracia —y a veces el del mismo Palinuro—, incapaces de apreciar el valor de un rey de espadas que se suicida en dos por amor a una reina de corazones. En otras palabras, Estefanía era tan niña como sus ojos, de una igualdad de plata y una justicia abierta a los tropezones del viento.

Nuevamente, la felicidad fue

pasajera. La muerte de nuestro espejo no fue sino la primera de una serie de calamidades que se iniciaron, para jamás detenerse, un domingo de mayo, cuando Estefanía quiso plancharme una camisa y se encontró con que teníamos que operar a nuestra plancha Juana de un cortocircuito en el estómago. No habían pasado tres días cuando a nuestros saleros gemelos les dio retención de agua y a nuestra televisión Admiral le sobrevino un ataque de daltonismo y comenzó a confundir todos los colores. «Dios mío, ¿qué vamos a hacer?», me preguntó Estefanía poniendo los codos en nuestra única mesa, que ya para esas fechas estaba coja. «No tengo la menor

idea —le contesté—, y entre otras cosas porque yo no soy Dios.» Y así era: ni sabía yo qué remedio poner, ni tenía idea tampoco del número de tragedias familiares que se iban a suceder, unas tras otras, casi todos los días: el viernes, nuestra lámpara se quedó ciega y a mi máquina de escribir se le trabaron varias teclas y se volvió tartamuda. Dos semanas más tarde descubrimos que nuestras tuberías tenían arterioesclerosis y que a nuestra puerta Pancha le había dado reumatismo agudo en los goznes. No hubo semana, después, en que nuestra alfombra Alicia no perdiera un mechón de pelo, o a nuestro peine Rodrigo no se le cayeran dos o tres

dientes. Una tarde, en medio de una ópera cómica, nuestro radio Philco se quedó afónico por el esfuerzo. Y el colmo fue cuando a mi reloj de pulsera Alfonso le dio un tic nervioso, perdió la memoria y se le olvidó recordarme la hora de ir al cine. Pero ninguno de nuestros objetos —o quizás debería decir *nadie* de nuestros objetos—, nos asustó tanto como lo hicieron nuestra pasta de dientes Gleem y nuestro escusado Pedro. A Gleem, recién traída del supermercado, cuando apenas era una pasta niña y virgen y siempre con una sonrisa en los labios, comenzó a salirle una horrible supuración densa y blancuzca. Y sí, es verdad que Pedro ya

estaba muy viejo y mal de la garganta, tanto que todos los días le hacíamos hacer gárgaras con detergentes y líquidos destapadores, pero jamás pensamos que una mañana se iba a poner tan grave que comenzaría a vomitar materias fecales. Llegó un momento en que a mi prima y yo éramos los únicos seres sanos de toda la casa. Eso nos tranquilizó un poco, pero nuestra alegría se acabó cuando a nuestro termómetro Felipe le dio una hemorragia interna seguida de una fiebre altísima, y en su delirio comenzó a achacarnos enfermedades imaginarias.

«Hay que hacer algo por ellos, mientras están vivos», dijo Estefanía,

que siempre tuvo remordimientos por no haberle demostrado al tío Esteban todo el amor que sentía por él mientras el tío Esteban jugaba a las cartas, dormía la siesta o bebía un martini seco y ensartaba la aceituna con un alfiler encargado de metalizar las virtudes de la ginebra: en otras palabras, mientras el tío Esteban estaba vivo y palpitante, con los aletones de la nariz inmersos en los viejos olores de Transilvania. «Cómo no escribí nunca su autobiografía — pensaba Estefanía en voz alta—, cómo no le dije nunca que lo quería más de lo que lo odiaba.» Después recordó el cuadro Caridad Romana, de Mattháus Stomer que vio una vez en el Museo del

Prado, y que tanto la impresionó porque ilustra la leyenda de un hombre viejo que fue condenado a morir de hambre en una prisión y su hija lo mantuvo con vida dándole de beber la leche de sus pechos. «Cómo no le di de mamar a papá Esteban —dijo— cuando estaba preso en Siberia.» «Imposible —le grité yo, celoso, y a punto de hablarle de las dimensiones de la ira—. Ni tú habías nacido, ni el tío Esteban se murió de hambre en Siberia.» Pero entonces ella se daba cuenta que yo, en ese momento, también estaba vivo y así fueran las tres de la tarde y a pesar de que la leche todavía no hacía piruetas en sus pechos, insistía en darme de mamar, en ponerme

las pantuflas, en contarme cuentos y en apagarme la luz. Y por más que yo protestaba, era inútil tratar de llegar al cónclave de sus orejas donde si acaso los armiños encontraban un eco suave y resplandeciente: por lo demás, cada palabra que le entraba por un oído se perdía en el laberinto violeta de su cerebro y desde allí pedía auxilio con una vocecita que recordaba los tintineos atmosféricos. El caso es que cuando nos dimos cuenta que estábamos vivos, como los objetos, decidimos evitarnos recíprocamente los menores cansancios. Estefanía me peinaba en las mañanas y yo le deshacía las trenzas en la noche. Estefanía me rasuraba la barba y yo le

rasuraba las axilas. Llegamos a mordernos, yo sus uñas, y ella las mías. A fumarnos, yo sus cigarros, y ella los míos. Yo adivinaba su pensamiento y hablaba por ella. Ella inventaba mis ambiciones y luchaba por ellas en la vida. Yo soñaba sus pesadillas y ella estudiaba mis libros. Yo le daba de comer en la boca y ella me daba de beber en los labios. Por último yo le evitaba el trabajo de acariciarse y la acariciaba de la cabeza a los pies. Y ella me evitaba el cansancio de odiarme a mí mismo, y me odiaba a todo lo largo del día.

En cuanto a los objetos nos dimos cuenta que era posible adelantarles algo

de la felicidad que tendrían en el cielo, ya fuera dejándolos que no hicieran nada o poniéndolos a hacer cosas muy distintas de las que hacían siempre. De manera que durante un buen tiempo nos orinamos en el lavamanos, limpiamos los zapatos con mayonesa, comimos sopa con tenedores, dormimos abajo de la cama y dejamos de contestar el teléfono.

9. La mitad alegre, la mitad triste, la mitad frágil del mundo

*«Con qué nobleza se
revuelven*

*Todos juntos esos
muchachos*

*Y claman por una justicia
Perturbando,
vociferando...»*

dijo el primo Walter cuando en efecto,

perturbando y vociferando entraron a la cantina La Española —donde en esos momentos se encontraban Walter y Palinuro comiendo caracoles a la vizcaína y bebiendo cerveza— siete, diez, quince muchachos, quién sabe cuántos, todos juntos y hablaron, rieron, echaron alburas y discursos, repartieron volantes y salieron alegres, tumultuosos, perturbando. ¿Por qué no se olvidan de la política y se ponen a estudiar? Se preguntó Walter en voz alta, pero lo que dijo —no lo de la política y el estudio sino la cita del poema de Jorge Guillén — lo hizo no tanto porque lo conmovieran los estudiantes o le importaran sus problemas y sus

ilusiones, sino únicamente con el propósito de demostrarle a Palinuro —o demostrarse a sí mismo—, que la recóndita zona de su cerebro que correspondía a lo que podría llamarse memoria auditiva o memoria literaria —o a lo que quizás don Próspero hubiera llamado la protuberancia de la memoricidad poética— estaba, en su caso, funcionando a las maravillas esa noche, que como todas las noches era hija del caos y madre del sueño, de la muerte y del delirio y en la que una vez más los dos primos estaban dispuestos a beber y hablar hasta que los gallos con las paperas llenas de carbón inauguraran el día y los carniceros comenzaran a

deslomar la manteca con el fulgor del vértigo: ¡Oh noche engendradora de embelecocos! hubiera también exclamado Walter y agregado que el *joh!* era un añadido de su propia cosecha de *ohes*, *ayes* y *ahes* que crecían en su huerta en estado lírico, si Palinuro no hubiera insistido en que su primo le explicara qué era la memoria auditiva y cuál la memoria musical y cuál la memoria táctil y cuáles, en fin, todas las memorias que le enumeró Walter gracias a que —agregó por hacer un chiste, él desde luego tenía una gran memoria. O cuando menos un montón de buenas memorias especializadas—, y entonces Walter, Walter el elegante, Walter el del

chaleco de rombos y Walter el que había vivido en Londres, Walter que como Dante Gabriel Rossetti tenía preferencia por lo triste y lo cruel, Walter que lo había leído todo, Walter que sabía de las cuatro mil cuatrocientas cuarenta y ocho enfermedades de las que hablaban los antiguos sabios de la India, que sabía por qué se llamaba materia pecante al sustrato de una enfermedad y el único en la casa que había oído hablar de Caradrio, el ave fabulosa cuya sola mirada curaba la ictericia; Walter en fin, el mismo que había pronosticado que así como en Boloña había una escultura de Tagliacozzi con una nariz en la mano, así también habría alguna

vez en el pueblo natal de Molkas una escultura de su mutuo amigo con un pecho en la diestra (pero no el suyo sino el de una mujer), Walter comenzó a explicarle a Palinuro, entre trago y trago y con el objeto de hacerle entender a su primo la miseria y la fragilidad de la vida humana, cómo es que nuestro cerebro, al igual que nuestro cuerpo, no es otra cosa que un pequeño agregado de órganos: uno que sirve para oler, otro para defecar, otro para sentir hambre o recordar un poema, y así sucesivamente aunque claro, ésta era una explicación muy elemental y las cosas, agregó, son muchísimo más complejas, pero no por eso más alentadoras, sino al contrario, y

por supuesto, cuando rebanas un cerebro (como me contaste que lo hiciste o lo viste hacer) no te encuentras adentro una nariz minúscula, unos ojos en miniatura o un estómago de juguete, y mucho menos y por fortuna una ilusión con la forma y el color mostaza de un suéter universitario o un pensamiento con alitas anaranjadas; de hecho uno no se encuentra nada salvo en esas raras y sorprendentes ocasiones en que se tiene el privilegio de abrir un cerebro y descubrir en su interior uno de esos tumores ovoides y perlados con apariencia de nácar y formados por colessterina y carbonatos cálcicos que lo hacen a uno pensar en la existencia de un

huevo de gallina dentro de un huevo de avestruz, y en la posibilidad de que de pronto se abra para dejar nacer a un cerebro fresco y nuevo y recién barnizado y del tamaño de un huevo de paloma, que contenga, condensada, toda la sabiduría del mundo. A su vez, la explicación que hizo el primo en La Española, quizás no hubiera tenido lugar si Palinuro, tras un segundo y enorme y casi sobrehumano esfuerzo por vencer la repulsión y después de sus viajes por la pintura, por la publicidad y por las Islas Imaginarias, no hubiera regresado a la Escuela de Medicina y asistido a una segunda autopsia que por pura coincidencia era también la de un

muchacho de más o menos su misma edad. Imposible (dijo Walter) los cuerpos de muchachos de veinte años no se dan como enchiladas y comenzó a hablar de nuevo de las disecciones de cadáveres que se hacían en otras épocas cuando los ayudantes de cirujano colocaban en el suelo una alfombra ¿sería roja para disfrazar la sangre? para que al igual que el Sha de Persia, el emperador Moctezuma y los magistrados de las Cortes inglesas, sus pies no entraran en contacto con la tierra impura. Y si Palinuro se animó al fin a regresar, fue gracias a que Walter le había insistido tantas veces que con el tiempo todo el mundo podía dominar la

repulsión con sólo proponérselo, y que esperaba que Palinuro algún día se recibiera de médico y cirujano *Magna Cum Laude* con todos los honores (y todos los horrores) necesarios en la querida Escuela de Medicina, en la inefable Alma Máter, para que él, Walter, lo recibiera como John Hunter recibió a su hermano William en su casa de Londres (de Londres tenía que ser) no necesariamente con los brazos abiertos pero sí con los brazos, o tal vez debía decir con *dos* brazos, porque al igual que el pecho que Molkas tendría en la mano, los brazos no eran de Johnny sino de un cadáver y Johnny se los regaló a Bill para que éste los disecara

cosa que, dijo Walter, hizo en forma admirable. Y hubiera querido seguir hablándole de la Historia de la Cirugía de Graham que acababa de leer y de las disecciones que se hacían en Boloña, por ejemplo, donde sólo se disecaba un cuerpo en todo el año, justo antes de la Navidad ya que como decía Woodall «no es pequeña presunción desmembrar la imagen de Dios», y de los criminales jóvenes que eran estrangulados con toda habilidad y misericordia y se les prometía indulgencias si legaban su cadáver a la ciencia, y de la Academia Mexicana de Cirugía cuyo emblema podría reproducir Palinuro en tercera dimensión y de verdad el día que tuviera

un cadáver (se refería a un cadáver para él solito) ya que consistía en una diestra con el Ojo de la Sabiduría en la palma, y si la mano era de la Sabiduría o en todo caso si el Ojo era de la mano eso era un misterio insoluble, pero el caso es que ambos se destacaban sobre el fondo escarlata de la sangre del mundo, y hubiera dicho más, hubiera tal vez agregado Walter que decir que escaseaban los cadáveres era una exageración y que en todo caso lo que pasaba es que había demasiados estudiantes (de los vivos, claro) y que en sus tiempos era peor porque había menos universidades en la provincia y los muchachos parecían zopilotes

alrededor de los cuerpos y ahora en cambio a Palinuro, si no le tocaba un cadáver para todo el año, un cadáver que pudiera conocer milímetro a milímetro y venícula a venícula (aunque desgraciadamente cada vez se pusiera más correoso) y con el cual acabaría por encariñarse hasta el punto de inventarle toda su historia y su pasado y de hablar con él y de pedirle perdón por sacarle la lengua (se refería, claro, a la lengua del cadáver y no a la lengua de Palinuro), si no sucedía así, siempre le quedaría el recurso de visitar a Caronte, el viejo cuidador del anfiteatro que nada tenía que ver con el viejo enterrador de la comarca aunque era melenudo como

Mandrágoro, y pedirle que lo dejara trabajar con un cuerpo fresco durante unas horas, al amparo de las alas negras de la noche, porque los cadáveres — dijo, o hubiera dicho—, ya no cuestan dos guineas como hace dos siglos sino una botella de tequila, pues tal es el precio de Caronte, quien desde luego no se llama así, pero por obvias razones le habían dado ese apodo en honor del barquero del Hades encargado de transportar a los muertos y de rechazar las almas de los insepultos, y tampoco, claro, es ya necesario —le dijo— que un William Burke y su amante asesinen borrachos para vender sus cuerpos al doctor Knox, aunque por supuesto cada

vez es más difícil que se aparezca en tu mesa de disecciones Dick Turpin u otro criminal famoso, ya que ahora los cadáveres son de viejos y vagos desconocidos, de prostitutas ¿y por qué no? quizás también de estudiantes que perturban y vociferan. Clamando justicia, murmuró Palinuro sin darse cuenta de lo que decía, sino sólo en un intento de completar la cuarteta. Pero Palinuro ya no deseaba escuchar nada de disecciones y autopsias imaginarias o de las disecciones que se anunciaban con bombo y platillos en el Daily Advertiser o en el London Evening Post, sino que quería, y así se lo dijo a Walter, referirse a una sola disección, o para ser

más exactos a una sola autopsia concreta y real: la del segundo muchacho, a la que había asistido hasta el fin, hasta que el profesor había tomado su cerebro en la mano (no el suyo, claro, sino el del muchacho) y comenzado a rebanarlo en dieciséis partes, y de esto es de lo que interesaba hablarle a Walter y que Walter le hablara: del momento en que el profesor, tras extirpar la lengua, la garganta, los globos oculares y el cerebro, cortó transversalmente el hígado con un cuchillo largo y filoso y abrió el riñón y escindió los testículos y el bazo y comenzó después a rebanar el cerebro, y el silencio en el anfiteatro (le dijo Palinuro) era absoluto y si de la

calle llegaba el rechinado de un tranvía, el clamor de los automóviles o un grito, no llegó en cambio ningún ruido que pudiera confundirse con Dios, así como adentro de la sala ningún ruido se confundió con un quejido cuando el profesor extrajo las cuerdas vocales, y ningún sonido se confundió con una exhalación cuando el profesor cortó el tejido pulmonar y si acaso hubo ruidos que se asemejaran en algo a los que hace un organismo vivo, se produjeron cuando el ayudante del profesor, en un cuarto anexo a la sala, vació en un recipiente el contenido del estómago y exprimió el intestino para que expulsara las heces, y por supuesto (¿pero qué por

supuesto? preguntó Walter), no hubo tampoco, cuando el profesor comenzó a cortar el cerebro, ningún destello de conciencia pura o un último fuego de artificio póstumo que revelara un milagro: el cerebro era simplemente un órgano que podía cogerse con una sola mano, un órgano que como decía Walter tenía en efecto forma de huevo y estaba cubierto de sustancia gris y era blanco por dentro y tenía cisuras y surcos y eminencias y que podía rebanarse exactamente en la misma forma en que se rebana un jamón o un queso Emmental. Y Walter, Walter que sabía tantas cosas, Walter que conocía las historias de la medicina más antiguas y

exóticas que narraban el arte de curar desde los tiempos en que Sorano llamaba testículos a los ovarios y se decía que los escorpiones venían de la tierra de Gog y Magog; Walter que con cualquier pretexto contaba cómo Aristóteles refutó la teoría de Alcmeón, el cual afirmaba que las cabras respiran por las orejas, Walter, en fin, le dijo a Palinuro que quizás la última comparación era la más adecuada, y le recordó el proceso de porosis del cerebro durante el cual después de la muerte este órgano se llena de pequeñas cavidades de forma regular bajo la influencia de los microbios de la putrefacción y que son muy parecidas,

según decían, a los agujeros del queso Emmental. Y claro, dentro del cerebro nadie, nunca, se había encontrado la Cuádruple Raíz del Principio de Razón Suficiente de Schopenhauer o la Hipótesis del Carbono Asimétrico de Van't Hoff y Le Bel, o simplemente, como en el caso del segundo muchacho, las tablas de multiplicar y el alfabeto — o el llamado a la huelga y el relajo, si efectivamente se trataba de un estudiante vociferador— y las cartas a la novia: nada de eso estaba ni en ninguna ni en todas las dieciséis partes del cerebro, y no sólo porque el muchacho nunca hubiera estudiado filosofía o no le hubiera interesado la música o la

química, y no sólo tampoco porque pudo haber sido un muchacho que jamás aprendió a leer y hacer números —y que por lo tanto jamás fue estudiante—, y que nunca le llamó la atención el fútbol ni tuvo novia alguna a quien amar y ofender; no sólo por todo eso, sino sencillamente porque nadie, nunca, le dijo Walter, ante los hemisferios cerebrales, ni Galeno, ni Albucasis, ni Avenzoar, ni Esculapio, ni el primer médico de los dioses cuando por primera vez tuvieron en sus manos el cerebro de un hombre muerto, habían encontrado nada en él. Aunque decir *nada*, claro, era ir demasiado lejos. Porque después de que Silvio inyectó

las venas del cerebro con ceras ardientes, y a medida que fue avanzando el estudio arquitectónico de la corteza cerebral, que Stilling inventó la forma de cortar secciones continuas del tejido cerebral y que Golgi desarrollara un método para teñir el tejido con nitrato de plata que reveló la estructura del cerebro como una red de células nerviosas o como un sistema de redes relacionadas entre sí, y después, claro de inventado el microscopio, los investigadores —le dijo Walter—, habían desde luego descubierto en el cerebro tejidos, vasos infinitesimales y otras maravillas hasta llegar al corazón mismo de las células nerviosas. Pero

además, después de que Max Dad y Broca habían localizado el centro del habla en la base de la circunvolución frontal del hemisferio izquierdo (que después lo refutara Henry Head eso era totalmente irrelevante para lo que estaban hablando haciendo uso, precisamente, de las circunvoluciones apropiadas cualesquiera que fueren), y después de que Helmholtz demostrara que el impulso nervioso viaja con boleto de ida y vuelta, y de que Fritsch y Hitzig comprobaran que un estímulo eléctrico del córtex cerebral provoca un movimiento involuntario de los ojos, después de todo eso (y antes también, porque Walter le advirtió que estaba

citando nombres y experimentos en absoluto desorden cronológico), los investigadores habían encontrado maravillas en ese pequeño órgano que Palinuro había visto rebanar en dieciséis partes; o para ser más correctos, no sólo en el cerebro sino en todos los órganos y agregados que junto con los dos hemisferios cerebrales, forman el encéfalo. Y Walter hubiera seguido hablando y diciendo y tornando, si Palinuro, después de ordenar más caracoles y más cervezas, no hubiera desviado de nuevo la conversación para regresar esta vez ya no a la sala de autopsias sino a la misma cantina en donde estaban, La Española, y a donde

él, Palinuro, y un grupo de amigos y compañeros de la escuela habían también llegado hacía unos días y también vociferando, perturbando, alegres y sedientos pero por otras razones muy distintas, ya que después de la autopsia (le dijo a Walter), y luego que alguien hizo la observación de que las dieciséis rebanadas de cerebro formarían puestas una tras otra una banda de casi dos metros de largo, y luego de que el profesor reveló que el pulmón derecho del muchacho pesaba cuatrocientos cincuenta gramos y que su válvula mitral medía diez centímetros; o en otras palabras después de que el muchacho y con él lo que había sido: su

memoria, sus recuerdos y sus vivencias y con él su infancia y sus amigos comenzaron a desparramarse por el mundo, a repartirse en frascos y en botes de basura, en cajas de Petri, en tubos de cultivo, en cristales y preparaciones microscópicas, en láminas y en transparencias, en vertederos y escusados, Palinuro y sus amigos decidieron ir a tomar unos tragos a La Española, donde además de los caracoles a la vizcaína se podía también comer ostiones en escabeche, sándwiches de tártara, cebollas al carbón y otras delicias increíbles, y allí, en el mismo lugar adonde acababan de llegar Palinuro y Walter en esos

momentos (o mejor dicho en otros momentos), salieron a relucir otras estadísticas y otras medidas del cuerpo humano y otras bromas, y se reveló por ejemplo que todos los vasos capilares del muchacho —o en todo caso de cualquiera de los allí presentes— formarían, juntos, un tubo de veinte metros de diámetro o en otras palabras un tubo mucho más grande que cualquiera de los hasta entonces contruidos para desalojar las aguas negras de la ciudad de México, y a propósito de agua, pero no de aguas negras sino sencillamente de hachedosó, agua simple, la hermana agua (hubiera dicho Walter citando a Amado Nervo)

el agua que es agua y vapor y nieve y escarcha y nube y cascada, pero que es también cerebro y lengua, si uno se bebiera de sopetón los cuarenta y tantos litros de agua que contiene el cuerpo — dijo uno de los condiscípulos de Palinuro—, uno por supuesto se caería redondo con un ataque de hidropesía fulminante. Y a propósito de esto, si uno respirara, comenzó a decir otro de los amigos, pero aquí intervino Molkas que como siempre se distinguió por una vulgaridad diamantina y quien dedujo que al medir un miembro normal en erección unos quince centímetros de largo y un recto con todo y conducto anal la misma cantidad de centímetros,

tendría el placer de llegar con la cabeza de su verga hasta el comienzo mismo del colon sigmoide de cualquiera de sus amigos que estuviera dispuesto a que su amante y seguro servidor (Molkas), le almidonara la flora intestinal. Y a propósito de lo de más arriba, continuó el otro amigo (que por cierto estaba muy metido en el asunto de la huelga y las manifestaciones), y que sin necesariamente darse por aludido dijo claramente «No me gusta que me interrumpen cuando hablo», nadie podría respirar de una sola vez los doce mil litros de aire, «¡Imagínense... doce mil litros de aire!» que cada día pasan por los pulmones: sencillamente uno

también reventaría o se agregaría a los satélites terrestres o recorrería una distancia indefinida y repentina y serpentidamente increíble como esos globos que se inflan y se dejan sueltos, así no más: ¡prrrrrt! Y a propósito de gases, dijo Molkas, pero quizás sería más fácil, dijo Fabricio, beberse de una sola sentada el litro diario de saliva producido por el organismo, aunque claro, uno se vomitaría de asco. A cambio de eso —hubiera dicho Walter de haber estado allí porque nunca se perdía la oportunidad de recordarle a todo el mundo que había vivido en Londres—. A cambio de eso —dijo Walter, que después de todo sí estaba

allí en la misma cantina, La Española, cuando Palinuro le contaba de la vez que había venido con sus cuates—, a cambio de eso los ingleses, si se bebieran la pinta de bilis que producen todos los días como todo ser humano normal, al cabo de un año se ahorrarían la buena cantidad de libras esterlinas (no menos de cincuenta), que gastan en cerveza Youngs extra-amarga, dijo, y levantó su vaso de cerveza para brindar con Palinuro. Y a propósito de gases —dijo Molkas recordando que la cerveza provoca gases y a pesar de que Walter no estaba con ellos en esos momentos, pero Molkas sí y también estaba bebiendo cerveza en la misma cantina y

daba la casualidad que en la misma silla en donde se sentaría Walter—, a propósito de gases (insistió después de dejar aclarado «No me gusta que hablen cuando yo interrumpo»), los mil trescientos centímetros cúbicos que normalmente tenemos en nuestro organismo, o sea más de un litro, son más que suficientes como para que uno pueda guardar sus pedos en un lata como ésta (dijo brindando con una cerveza Tecate) e industrializarlos o en todo caso enviarlos a amigos y parientes que de verdad lo quieren mucho a uno y no interpreten este obsequio como un reproche. A lo que Fabricio, en una onda más poética, les recordó que el

embrión humano crece de una célula a dos mil millones de células en el transcurso de nueve meses, y que si se creciera en la misma proporción desde que se nace hasta que se cumple veinte años, se alcanzaría una estatura de casi un millón de kilómetros y por lo tanto uno podría pasarse a la luna por los huevos, dijo, uno sería más alto que el gigante de Micromegas, agregó, y se pasó un huevo cocido por las lunas. Esta alusión a los espacios siderales fue un magnífico aliciente para la imaginación de todos, y si bien nadie supo calcular la extensión del planeta que podrían cubrir las cenizas de sus huesos esparcidas por un huracán —y alguien sopló sobre el

cenicero para hacer una demostración a pequeña escala—, ni era factible calcular cuántos años luz podría recorrer una línea formada por todos los electrones del cuerpo puestos uno tras otro en fila india, sí se supo en cambio, a ciencia más o menos cierta —y aunque no fuera sino para afirmar una vez más la condición de terrenidad del hombre y su imposibilidad de abarcar los cielos —, que con los diez metros de sus intestinos podría dársele dos vueltas y media al globo terráqueo que había en la oficina del director de la escuela preparatoria, pero ni siquiera una vuelta, ni una sola, a la bóveda estrellada del planetarium de Zacatenco.

Y el primo Walter, después de encomendarse a la Fortuna hija del Océano y a Farno el dios que presidía la palabra culta, después de citar a Tomás de Aquino que dijo que contemplar al hombre valía más que contemplar a las estrellas, y a Severino, que dijo que las estrellas sufren los mismos males que los seres humanos (y que de hecho cada estrella es un hombre); después de estar de acuerdo con Campanella quien afirma que en un sentido todo conocimiento es conocimiento de nosotros mismos y después de beberse de dos tragos su vaso de cerveza suplicándole a sus manes titulares que cuantas veces se diera un borrachazo en el curso de la

noche le permitieran como a Anteo recibir nuevas fuerzas al tocar la tierra, expresó que la miseria del hombre y junto con su miseria su fragilidad, la encuentra uno (la encontraba él, la encontrarás tú) no en esos intestinos que no alcanzan a darle la vuelta a las galaxias, sino en otros cúmulos de estrellas, en esas grises y ultramicroscópicas células nerviosas cuyo protoplasma se extiende a veces más de un metro (ningún cometa ha tenido jamás una cola tan larga —le aseguró), en esas células, la neuronas, que abundan tanto en cada cabeza como los astros en la bóveda celeste y que son tan irremplazables como cada uno de

ellos pero que de ninguna manera viven los millones de años que puede vivir una estrella y tampoco de ninguna manera mueren en forma tan espectacular como una supernova, y que cuando nacemos, le dijo, están vírgenes y casi vacías y que desde el momento mismo en que abrimos los ojos empiezan a nutrirse con luz y con sonidos y a cebarse después con palabras y con recuerdos, con memoria, con vida: cuando uno tiene nociones elementales de cómo funcionan las neuronas —le dijo Walter— y de cómo funciona por lo tanto nuestro sistema nervioso; cuando uno sabe que un tumor o un golpe o una sustancia tóxica puede

matar o volver locas a millones de estas neuronas, cuando uno sabe que un coágulo en determinada región del encéfalo puede provocar en una persona un apetito sexual insaciable, o cuando uno se entera que una lesión de la sustancia reticular te hace perder para siempre la capacidad de despertar; cuando uno está consciente de eso, y despierto, claro, cuando uno sabe que los más brillantes propósitos de ser un buen muchacho en la vida, tranquilo y amable con sus prójimos y sus próximos se puede volver nada de la noche a la mañana en el momento en que se enloquecen las neuronas aglomeradas en las almendritas que controlan el centro

de la ira, le dijo a Palinuro su primo Walter tras ordenar otra tanda de cervezas al mesero peinado de capa española, visera de mica verde, camisa de rayas rojas y blancas y bigotes y patillas enormes y finiseculares, sólo entonces comienza uno a darse cuenta, triste cuenta, de lo que somos. ¿Y qué somos? preguntó Palinuro. ¿Sí, qué somos? se preguntó Walter el sábelotodo con una seriedad tal, con una expresión tan perpleja, que los dos primos soltaron la risa, denostaron a la solemnidad, repudiaron lo telúrico y sin embargo Walter no pudo menos que recordar algunos de los mejores poemas de John Donne y parrafadas de los

personajes de Shakespeare en donde el uno y los otros lanzan al vacío y a la oscuridad sus interrogantes angustiosas sobre el origen, el destino y el papel del hombre en este atribulado mundo, y por un momento la conversación se desvió hacia Hamlet; pero no, no era una desviación: en realidad siguieron hablando de lo mismo o de casi lo mismo; de Hamlet con el cráneo de Yorick en las manos, y del cual habían colgado los labios que tantas veces había besado y preguntándole qué se habían hecho su humor, sus piruetas y sus bromas, preguntándole si no le quedaba un solo chiste siquiera para burlarse de su propia mueca; y de allí

pasaron a Matilde con la cabeza adorada de su amado e inolvidable Julián, y de allí al esqueleto de Juan de Calcar con la palma de una mano o mejor dicho con los huesos que sostuvieron alguna vez la palma de una mano apoyados en el cráneo redondo y liso de otra calavera, y en actitud pensativa, ¿pero pensando qué?, ¿cómo se puede pensar sin cerebro? dijo Walter y después añadió que cómo le gustaría, sí, cómo le gustaría ante un cráneo que tuviera en sus manos, o más aún, ante un cerebro vivo y palpitante, descubrir lo que jamás nadie, ningún cirujano, así fuera Frugardi en Palermo, De Saliceto en Verona, Guy de Chauliac

en Aviñón, Paré en Flandes o Dupuytren en París, pudieron nunca descubrir en esa masa ovoide y blancuzca ni en ninguna de sus partes o anexos o agregados, así fuera el bulbo raquídeo o la protuberancia o el tálamo o el hipotálamo, ni antes de que se inventara el microscopio ni después de que Leeuwenhoek y Janssen lo descubrieran para que el hombre se pudiera asomar a un microcosmos efervescente plagado de arco iris y aberraciones cromáticas, porque jamás, ninguno de ellos, había podido contemplar alguna vez un pensamiento con dos patas, una ilusión desnuda, una palabra, siquiera, o el vestigio de una idea. Y mientras Walter

comenzaba a hablarle a Palinuro de los experimentos que Hess, Hediger, Penfield y otros investigadores habían efectuado con animales, y de los que Estefanía por suerte jamás se enteró porque eran tan horribles que al lado de estos investigadores Flourens no era sino una blanca palomita, tan siniestros que consistían, dijo Walter, en quitarle la tapa de los sesos a animales vivos para insertar en ciertas zonas de su encéfalo electrodos que serían estimulados después cuando el animal estuviera despierto, ya fuera con el propósito de destruir el centro del sueño situado en la región frontal del hipotálamo o de alterar las funciones del

centro olfatorio de manera que los pobres animales, perros, gatos, monos o lo que fueran, o bien se pasaban el resto de su vida oliendo frenética y compulsivamente todos los objetos del universo, así fueran o no alimentos: sillas, árboles, los barrotes de las jaulas y las nubes y los boletos del tranvía, o bien perdían para siempre la capacidad y el deseo de dormir y se morían con los ojos abiertos, cada vez más abiertos y cada vez más asombrados de la realidad inacabable del mundo, le dijo Walter, exaltado, y mientras tanto Palinuro pensó que la más extraña, si no la más falsa de las relaciones que sus conocidos tenían o habían tenido con la

medicina, era la del primo Walter, quien por una ironía del destino fue siempre el que tuvo más dinero, más libros y más facilidades a su alcance; el único entre Palinuro, Estefanía, el tío Esteban, Molkas, Fabricio y tantos otros más que tuvo oportunidad de contemplar Escocia desde la cumbre de la torre oeste de la Universidad de Glasglow tal como lo hacía Lister todas las mañanas, y que tuvo también la ocasión de admirar en el Museo Hunteriano los fetos diafanizados e iridiscentes, el niño de los dos cráneos y otras maravillas congeladas, y en el Museo Wellcome de Historia de la Medicina las pezoneras de marfil y de vidrio y el maniquí obstétrico que

usaban los maestros de la Universidad de Pistoia en el siglo XVIII, y en fin, el único que había conocido la Salpêtrière de París y el Museo de Ciencias Naturales de Chicago y que sin embargo prefirió conservar siempre esa relación pseudoerudita y pseudoliteraria con la medicina y con su historia, una relación ambigua cargada de diletantismo y de conocimientos desordenados y con frecuencia inexactos que acababan siempre por irritar a los demás. Y Palinuro, envalentonado por la cerveza, se lo dijo así a Walter y Walter lo escuchó en silencio durante unos minutos pero en seguida retomó el hilo de su conversación y le contó a Palinuro

cómo con los experimentos y con los años los científicos habían descubierto la bioquímica de los celos y el contenido visceral de las distintas emociones: cómo Carlos Darwin había ya estudiado la fisiología de la risa y la había provocado artificialmente galvanizando los músculos zigomáticos; cómo Sechenov aseguraba que la inteligencia es una función de los reflejos del córtex; cómo en fin otros investigadores habían iniciado experimentos similares desde mucho tiempo atrás: Aldini a principios del siglo pasado había estimulado uno de los hemisferios cerebrales de un hombre recién decapitado y había provocado así

movimientos de los músculos faciales del lado contrario de la cara, y también en el siglo XIX, pero hacia fines, cómo Bartholow logró insertar unos electrodos en la cabeza de dos pacientes, gracias entre otras cosas a que los pobres diablos tenían los huesos del cráneo podridos y ablandados a causa de abscesos, y asimismo había provocado movimientos de los miembros opuestos al hemisferio cerebral que había estimulado, porque como Palinuro debía ya de saber (todo el mundo debería saber), es el hemisferio cerebral derecho el que rige los movimientos del lado izquierdo del cuerpo, y viceversa, así que los zurdos

(como Molkas) en realidad, en su realidad más íntima y cerebral, son derechos, ya que tienen el hemisferio cerebral derecho mucho más desarrollado, por así decirlo, que el izquierdo; y eso no era nada: el mismo Penfield había penetrado el cerebro de pacientes vivos, de locos, psicópatas y retrasados mentales que se habían prestado sucesivamente a sus experiencias, injertándoles electrodos en ciertas regiones del encéfalo que cuando eran estimuladas hacían recordar a los pacientes con una nitidez, una claridad y una precisión admirables y casi cinematográficas, vivencias enteras, recuerdos del pasado que de otra

manera hubieran quedado muertos para siempre o al menos fragmentados y deformados, y la mejor prueba era que cuando cesaba el estímulo, los pacientes dejaban automáticamente de recordar; es como si a ti, Palinuro, le dijo Walter, de pronto te dieran un piquete eléctrico en el cerebro y quién se aparece aquí, no en medio de la cantina La Española, por supuesto, y sí en medio de tu vida y de la calle, sino papá Eduardo que se baja de su tranvía favorito amarillo y de todas las tardes a las seis y media y camina con su carrete de paja y su bastón, y con su carrete saluda a la Sagrada Familia V con su bastón de caña señala a las rosas de la Plaza de

Río de Janeiro acusándolas de delitos rojos y fragantes, y luego encuentra a mamá Clementina por el solo sonido de las fuentes y los brillantes que chorrean, y la besa y los dos llegan del brazo a la casa y se meten a una fotografía para recién casarse y tener un hijo y así hasta el infinito, y si eso somos, agregó Walter, es francamente muy triste y como te dije antes, muy poco alentador: aunque ni Penfield, ni Cannon, ni Brodmann, ni nadie que él supiera o pudiera imaginar, ni cuando se inventó el microscopio ni años, décadas más tarde, siglos, cuando los experimentos de Köhler y las teorías luminosas de Huygens y los hallazgos de Koch y el

advenimiento de la microscopia fluorescente y la microscopía ultravioleta y la microscopia electrónica y la microscopia estereoscópica hicieron posible el conocimiento de las células nerviosas y de sus tentáculos ávidos de memorias y conocimientos y de sus cromófilos sedientos de colorantes, nunca, nadie, ni ante un cerebro vivo y tembloroso, hinchidas y tibias las arterias que llevaban la vida escarlata a la protuberancia, al núcleo de la oliva, a la comisura blanca y al cuerpo calloso, o ante un cerebro muerto y endurecido, secos y fríos los senos venosos que habían arrastrado rumbo al corazón los deshechos azules y la sangre

sofocada que abandonaban el cuerpo pineal, la corona radiante y el árbol de la vida, jamás ninguno, así hubiera sido más que médico o cirujano: filósofo, alquimista, brujo o santo: San Damián en Sicilia o Malebranche en París o Freud en Viena o Roengten en Würzburg o Cagliostro en Nápoles, ninguno de ellos había nunca, jamás, descubierto un solo pensamiento que se pudiera tocar, tocar o ver al microscopio, ver al microscopio o qué se yo, oler o saborear, un pensamiento de cal y canto, una idea cristalizada como un virus icosaédrico, una obsesión con mal aliento y orejas de elefante o un recuerdo como una pompa de jabón

erizada de espinas; cualquier cosa, cualquier pensamiento o pensamientos así fueran infinitamente pequeños o así fueran tan grandes y tan incontenibles como el de Nietzsche y otros genios que acabaron locos porque su lucidez y sus pensamientos —afirmó Walter— eran más grandes que su pobre cráneo y su cráneo estalló, aunque por supuesto, esto sólo era una metáfora porque los cráneos estallan, dijo, cuando los rellenas de garbanzos ya que uno de los sistemas más antiguos y mejores para separar los huesos del cráneo y estudiarlos (y me refiero, como puedes imaginar, a un cráneo ya descerebrado) es el de retacarlos de garbanzos

húmedos y dejar que los garbanzos se hinchen hasta que con tus propios ojos puedas ver cómo los huesos se van abriendo, cómo el sagrado bregma donde alguna vez tuviste una fontanela palpitante, cruje y se ensancha y se abre para que puedas contemplar, ¿contemplar qué?, ¿algún misterio?, ¿la avalancha de los sesenta mil geniecillos Balakhilya que salieron de la cabeza de Brahma?; no, para contemplar los garbanzos de los que están llenas las cabezas de todo el mundo (aunque espero que la mía lo esté con garbanzos de a libra) y eso cuando no están llenas de mierda, pues bien decía Hipócrates que los excrementos se originaban en la

cabeza, y no en balde, dijo Walter el culto, Walter el informado, hay extraños vínculos que unen lo más alto con lo más bajo, el cielo con la tierra, como la lisozima que no es otra cosa que la enzima que se encuentra en las lágrimas y los excrementos y es un hecho que cuando te presionan los ojos te aumenta la albúmina en la orina; y quizás los antiguos médicos europeos también estaban en lo cierto —o en lo aproximado— cuando afirmaban que el cerebro está formado por puro moco, del mismo que nos escurre por la nariz (y hasta la fecha, le dijo Walter, hay personas que dicen que cada vez que uno estornuda expulsa miles de neuronas

insustituibles), y esto, sin relación ninguna con la habilidad de los embalsamadores egipcios que con tal de no tocar la cara o la cabeza del muerto, se las arreglaban para sacar todos los sesos por medio de unos ganchos largos que metían por la nariz, ¡brrrr! ¿y sabes? es posible que yo no me hubiera interesado nunca, o bueno, sí, pero muy tarde por el hecho de que el hipotálamo gobierna el metabolismo, el sudor, el apetito y la micción y quinientas cosas más, y no me hubiera interesado en los fenómenos de la epilepsia, en Dostoyevsky, en la cosa increíble de que las alucinaciones olfatorias, gustativas, visuales y auditivas que preceden o

siguen a los ataques epilépticos se producen (o se supone al menos) cuando las neuronas correspondientes entran espontáneamente en actividad, y de todo esto, te digo, sería la fecha en que yo no sabría nada si no hubiera sido por don Próspero, ¿te acuerdas? dijo Walter contemplándose en uno de los espejos biselados de La Española, que reflejaban, además de las imágenes de Walter y Palinuro, las caras sonrientes de unos sátiros asomados sobre unos festones de frutas; bueno, continuó el primo, tú sólo te acuerdas, supongo, de un don Próspero que era la mitad triste y la mitad alegre, pero yo todavía recuerdo cuando las dos mitades de don

Próspero eran alegres, y esto fue, claro, antes de que le diera la hemiplejía que le paralizó el lado derecho de la cara y se lo dejó triste para siempre, qué tío tan increíble, don Próspero, que se pasó media vida (su media vida más alegre), leyendo la enciclopedia, ¿te acuerdas? ¿te acuerdas cuando llegó a la letra E y le dijo a Estefanía que nadie en toda la casa, ni el abuelo Francisco ni el tío Esteban ni la abuela Altagracia ni papá Eduardo tenía un nombre o derivados de su nombre que fueran tantas cosas tan distintas ni tan bonitas, o en otras palabras que ninguno tenía que ver con los estefanídidos, los estefánidos o los estefanienses, porque su nombre no

podía relacionarse, de ningún modo con los radiolarios, los himenópteros o los pisos del carbonífero? ¿te acuerdas? bueno, si yo me acuerdo de tanto no es sólo gracias a mi memoria sino a la memoria de Estefanía, que nunca se olvidó de lo que le dijo don Próspero y lo repitió y lo contó hasta que todo el mundo estaba harto de saber que ninguno de los nombres de la familia se ocultaban bajo la tierra con el nombre de plata agria o servían para medir los halos, los iris y las auroras boreales, en vista de que no tenían el menor parecido con la estefanita y el estefanónimo; hasta que todo el mundo estaba no sólo harto, sino un poco envidioso de saber

que nadie tenía el nombre que le inspiró al Fénix de los Ingenios la obra La Desdichada Estefanía, y nadie —con una sola excepción—, tenía un nombre que compartía el inmenso honor de pertenecer a un asteroide; sí, porque entre los setecientos y pico de asteroides hasta entonces descubiertos, querido primo, hay uno que se llama Estefanía y otro Clementina, y si no me acusas de tener una protuberancia en la zona de la simbolitividad, yo diría que tenía que ser así, porque ellas dos, entre todos tus recuerdos y tus seres queridos, son los más celestes y los más inalcanzables, y si no estuviera la cerveza tan fresca y los caracoles tan

deliciosos te invitaría a caminar por las calles hasta la salida del Fósforo matinal, y tal vez, con suerte, y a propósito de estefanónomos, tenemos la oportunidad de contemplar uno de esos maravillosos halos lunares que según Alberto el Grande se presentan cada cincuenta años, y allá, muy lejos, el rastro luminoso, el rastro incandescente de mamá Clementina y la prima Estefanía, que se alejan de nuestra memoria a la velocidad de la luz, pero no, quizás para verlas sea mejor que no haya luna, que no haya ni siquiera anuncios de gas neón ni lámparas tetrágonas que invoquen a los muertos para que la noche de fuera se vuelva una

sola con la noche de adentro, con *la noche oscura del alma* como diría San Juan de la Cruz, y sólo nos guíe la luz astral, la luz que lleva a los olvidados de Dios hacia la muerte y el pecado; y bueno, te estaba yo hablando de don Próspero que comenzó a vender enciclopedias diez años antes de que llegara a casa de los abuelos, de Don Próspero imagínate, que toda la mitad de su vida triste debió tener una educación imperceptible que nunca le hizo sospechar que las explosiones de la sabiduría humana no abarcan sino una mínima expresión de la nostalgia, pues como tú bien sabes, Palinuro, el olvido es un bosque que no se abarca con el

sueño, ¿te gusta esa frase? y que por lo tanto estaba convencido de que las enciclopedias contenían el mundo, los siete mares y las verdades tardías, y que todas las mañanas ensayaba frente al espejo los argumentos de venta que iba a espetarles a sus posibles clientes, combinándolos con ejercicios gimnásticos —al menos así nos lo contó don Próspero—, de manera que los elogios a la pasta española, el papel *couché*, la tipografía Bodoni y las láminas a colores que ilustraban las banderas de la Liga de las Naciones y el plumaje de los sílvidos surgían así, inocentemente, y sin que don Próspero supiera de qué estaba hablando, entre

las flexiones y las torsiones que lo preparaban para la gran jornada, y bueno, la primera revelación que cambió el curso de su vida —según también nos lo contó el mismo don Próspero—, ocurrió una mañana en que como siempre se levantó temprano, se desayunó un par de huevos tibios, se puso su traje negro —que relumbraba con brillos estoicos en los codos y en las nalgas— y su imprescindible corbata azul marino y cuando estaba listo para hacer sus ejercicios (siempre los hacía vestido), se dio cuenta de que sus anteojos no habían amanecido en la mesa de noche como todas las mañanas, así que primero los buscó debajo de la

mesa, por si se hubieran caído, y luego debajo de la cama y arriba del tocador, y luego abajo de la alfombra que ilustraba a los dromedarios del rey (por si un duende travieso los hubiera puesto allí) y después vació los bolsillos del chaleco y del traje, de donde sacó en conclusión un pañuelo sucio, un billete de diez pesos, algo de moneda suelta, un sacapuntas, un lápiz y un folleto que decía Sólo para Hombres, y después examinó cada uno de los objetos que había en la mesa de noche: la lámpara, el secante, una estilográfica, el cenicero, la carpeta, pero tuvo que aceptar que ninguno de esos objetos se parecía ni remotamente a sus anteojos, y entonces

fue cuando su ángel de la guarda —que en su caso era un ángel calvo, miope y feliz por cualquier lado que se le viera —, le inspiró la idea de buscar sus anteojos en la enciclopedia, de manera que abrió el volumen de la letra A en la página 745 y leyó, con ciertos trabajos, el artículo correspondiente, y claro, encontró allí toda clase de instrumentos ópticos como el antejo de Metius y el de Galileo, teodolitos, taquímetros y espectroscopios, el antejo de Kepler, los anteojos de Benjamín Franklin y el antejo paraláctico, e incluso una planta llamada Anteojos de Santa Lucía, pero no encontró por supuesto a sus propios anteojos y en un sentido más amplio,

tampoco ninguno de los que hablaba la enciclopedia, de modo que ese mismo día don Próspero fue a la óptica, se mandó hacer un par de anteojos nuevos y comenzó a devorar los volúmenes, pues para saber qué cosas *no* estaban en la enciclopedia, según nos explicó, era necesario saber cuáles *sí* estaban, o al menos cuáles creía la gente que sí estaban; y si bien en un principio la palabra escrita le dio la felicidad de comprobar que además de sus anteojos tampoco su cepillo de dientes, la colcha de su cama, las cortinas del cuarto, los huevos tibios y su corbata azul marino estaban en la enciclopedia y que lo mismo le sucedía con la primera

persona o cosa que se encontraba al salir de su cuarto así fuera Ricardo el jardinero o el Oldsmobile amarillo y alfombrado de rocío del tío Esteban, sin embargo, y a medida que su pobre cerebro se fue poblando de proverbios frondosos, de cascadas filosas y de imperios retorcidos, a medida, en fin, que comenzó a treparse en los algarrobos, que se fue adentrando en las Islas Aleutianas, siguiendo el hilo de Ariadna y perdiéndose en las espirales de Andrómeda, don Próspero comenzó a desconfiar de las cosas simples como el café con leche y las tarjetas postales, y a preguntarse cómo podía la gente pasarse la vida hablando de si llovía o hacía sol,

de la escuela de los niños y de la servidumbre y los precios cuando allí, a un paso de ellos, los esperaban las Defenestraciones de Praga y la Guerra de los Pasteles, y cómo, simplemente, se atrevía la gente a decir buenas tardes, sin conocer la Guía de Perplejos de Maimónides; y entonces, ante la imposibilidad de convencer a todo el mundo de los beneficios de la erudición, don Próspero ¿quieres más cerveza? se decidió a emplear el mecanismo del método de enseñanza de idiomas Olendorf, con lo que se propuso aculturar a todos los que lo rodeaban, y que era un método casi inofensivo que no trajo mayores consecuencias

didascálicas, y que consistía en contestar cualquier pregunta con una respuesta que no tuviera nada que ver con ella: *Have you been in New York?* (¿ha estado usted en Nueva York?), *No, but I have got red socks* (no, pero tengo calcetines rojos) y así, cuando la dueña de la pensión (esto fue antes de que llegara a la casa de los abuelos) le preguntaba Cómo va hoy su salud, don Próspero, la respuesta, tajante e inmediata era Köchel 221 de Mozart, señora, o cuando el abuelo (años más tarde) le preguntaba si quería jugar pókar, don Próspero contestaba Las Metamorfosis de Ovidio, aunque por lo demás siempre fue un hombre educado

capaz de agregar a continuación Bien Gracias, o No sé jugar cartas, o cualquier otra cosa que lo hacía sonreír de vergüenza con las dos mitades de su cara, y para entonces habían comenzado a aparecer en la enciclopedia objetos verdaderos: las planillas del tranvía que usaba para señalar las páginas, manchas de huevo, navajas de afeitar e incluso una vez que se quedó leyendo toda la noche, Flavia la sirvienta encontró la cabeza de don Próspero sobre el mapa de Francia, pero la beatitud de su expresión (que recordaba a la de San Juan Bautista), y los ronquidos que rizaban las viñas de Grenoble, le hicieron pensar a Flavia que aún no

había llegado el tiempo en que el corazón de don Próspero se parara de por vida, y si te hablo de Flavia (dijo Walter) es porque ya para entonces don Próspero vivía en la casa de los abuelos, a la que llegó una tarde inolvidable y cuando le preguntó al abuelo si quería comprar una enciclopedia, la abuela Altagracia metió su cuchara y le dijo que consideraría seriamente la posibilidad de comprarla si don Próspero alquilaba un cuarto en la casa, y don Próspero respondió: «La Victoria de Samotracia, señora, trato hecho», y bueno, de Francia a la frenología, agregó Walter, no sólo hay unas cuantas páginas, así que no habían

pasado tres días cuando don Próspero tuvo la segunda gran revelación de su vida al descubrir la ciencia fundada por Francisco José Gall ¿la qué?, preguntó la tía Luisa, y don Próspero le explicó que el cerebro humano es un agregado de órganos que corresponde, cada uno, a una actividad, función o facultad intelectual distintas, y que están más o menos desarrolladas en cada individuo, y que según descubrió Gall (a quien por cierto a causa de sus teorías revolucionarias lo expulsaron de la Austria católica, aclaró Walter) este desarrollo o la carencia del mismo se refleja en la forma de la cabeza, de modo que del examen del cráneo de

cada persona, de sus depresiones y protuberancias, se puede deducir el carácter, las inclinaciones y las habilidades de cada persona, pues como dijo el maestro Cubí y Soler, el cráneo se amolda al cerebro, expresó, triunfante, don Próspero, y después de hablarle del viaje de Juan Bautista Bascolpo a la luna donde los habitantes carecen de pelo y la protuberancia craneal que distingue a cada uno de ellos está pintada de un color distinto, ya sea en la frente, las sienas o el occipucio, como si alguien pintara un globo terráqueo todo de blanco y luego de rojo o amarillo un sólo país o una sola montaña, en seguida don Próspero

le enumeró a la tía Luisa toda la serie de nombres tan originales y cómicos que los frenólogos le dieron a las treinta y tantas protuberancias del cráneo, como la protuberancia de la chistosividad, la protuberancia de la auditividad y la protuberancia de la talentosidad, y cuando la tía Luisa confesó que no entendía una sola palabra, don Próspero le pidió que observara dos bolas que tenía en la frente, y que correspondían nada menos que a la zona de la deductividad, lo cual quería decir que él, don Próspero, tenía muy desarrollada esa gran capacidad intelectual que se llama deducción, a lo cual la tía Luisa respondió No lo creo, y don Próspero

con todo respeto —le dijo— Señora, si usted no lo cree es porque debe tener una depresión cerebral en la zona de la creditividad. Pero de allí, dijo Walter, de las teorías de Gall y Spurzheimer, que muy pronto cayeron en la más vil de las charlatanerías y fueron de fracaso en fracaso, y cómo no iba a ser así, imagínate, si cuando murió Sade los frenólogos se lanzaron sobre su cráneo en busca de las protuberancias de la malignidad y la lascividad y se encontraron con una cabeza pequeña y bien formada, pulida y lisa como la de un inocente muchacho; así que de allí a saber que si se estimula la región septal se produce un sentimiento de placer y de

euforia —y gracias a eso se puede lograr la felicidad artificial de alguien que este agonizando de cáncer o vaya a ser fusilado al amanecer—, de allí te digo a descubrir que atrás de la zona del habla se encuentran la región de la memoria y del conocimiento topográficos, de allí a la conclusión de que si bien las diversas partes del encéfalo están especializadas en una tarea distinta cada una, de cualquier manera no todas ellas pueden funcionar por separado, e incluso existen las llamadas comisuras, dijo Walter, que hacen las veces de puentes de comunicación entre los dos hemisferios cerebrales y de éstos el principal puente

es el cuerpo calloso; bueno, de allí, de todas esas teorías del pequeño filósofo de Tiefenbrunn, a los modernos descubrimientos, había décadas de por medio, siglos, y no sólo las tres mil y pico de páginas que aún tenía que recorrer don Próspero para llegar a la letra F de Frenología a la letra N de Neurología, aunque como ya lo había señalado antes (reiteró el primo tamborileando con los dedos en la mesa de la cantina) nadie, nunca, jamás, había visto o vislumbrado siquiera un pensamiento, lo cual en cierta forma lo consolaba un poco, haciéndole pensar, *sí, pensar* que después de todo no somos nada más materia, sino algo más, un

teleplasma viscoso, o algo menos, algo aparte del espíritu y de la materia, algo que supere —dijo— el viejo dualismo de Descartes pero que vaya más allá de la disolución del dualismo propuesta por Ryle, algo, sí, como la *ombra* que Sísifo sudaba a chorros y que le permitió a Hércules viajar a los infiernos, pues como sabrás, el héroe griego no viajó al Hades en cuerpo y alma, sino en *ombra*, y respecto a lo que decías antes, agregó Walter recogiendo el guante demasiado tarde (pensó Palinuro), sí lo confieso, yo, yo que al menor pretexto te cito de memoria un párrafo de *De re Medica*, yo que tuve oportunidad de hojear en el Museo

Británico el libro de Vesalio donde desaparecieron el hueso de la luz y la costilla de Adán, y que tuve en mis manos el original de las Observaciones Selectas sobre Cuerpos Ingleses de Hall, (el yerno del Cisne de Avon) yo, en efecto, no podré nunca operar un cáncer del recto como lo hizo Von Volkmann o cortar un trigémino como Krause, aunque me sepa de memoria las fechas exactas en que esos dos cirujanos efectuaron esas operaciones por primera vez, y yo tan atildado y señorito, como tú dices, no sólo no tengo la menor habilidad para vaciar una cavidad axilar o extirpar unas amígdalas, sino que incluso pienso que yo no nací para

tareas tan vulgares como hacer una circuncisión o introducir un pesario en una vagina para dar soporte a un útero prolapsado, porque los caballeros, dijo Walter enseñándole a Palinuro sus uñas manicuradas, no trabajan con las manos: eso se deja para los obreros, y sí, soy incapaz de suturar una herida sin infectarla, o de poner una inyección en una nalga sin herir el nervio ciático, aunque sé (y tú no lo sabes) cómo se llama el lugar exacto donde debe aplicarse, y que no es otro que el punto de Galliot; pero mi actitud hacia la medicina, digo mal, mi actitud hacia la vida y la muerte, es mucho más profunda, o trata de serlo, que la tuya, la

del tío Esteban y la de Estefanía juntos, de manera que tus reproches, querido primo, no me hieren porque no me tocan, y no te responderé como la tía Luisa le respondió a don Próspero: levantando su paraguas y diciéndole que si la seguía ofendiendo, le iba a hundir la zona de la insultatividad. Pero don Próspero no tomó en serio a la tía Luisa y de esta manera fue feliz, al menos por un tiempo, al menos hasta que le vino la hemiplejía que le paralizó el lado derecho de la cara, volviéndolo para siempre medio infeliz, convirtiéndolo en la representación andante de la tragedia y la comedia, dejándolo con una sonrisa eterna del lado izquierdo y una mueca de

tristeza del lado derecho, y no sólo eso, sino que la embolia (o lo que fuera que causó la hemiplejía) le afectó también parte del hemisferio cerebral izquierdo —o sea, como te dije, el que rige los movimientos del lado derecho del cuerpo—, porque don Próspero se volvió desde entonces un poco incoherente, un poco olvidadizo, qué sé yo, un poco raro, y qué curioso, dijo Walter, ahora me doy cuenta que la mitad alegre de don Próspero correspondió desde entonces a la mitad de su cerebro que aún entendía al mundo, a la mitad que aún era capaz de asombrarse con sus pájaros orientales, sus fábricas de nubes y sus héroes

remendados, y su mitad triste a la mitad del cerebro que era ya incapaz de entenderlo, porque como te dije, hay una relación entre los hemisferios, y para eso están las comisuras y el cuerpo calloso, aunque dicen que hay cosas que un hemisferio está encargado de aprender y que de ese conocimiento le transmite al otro hemisferio tan sólo unas nociones, que se quedan como dijéramos en reserva, y hay otras cosas que aprende el otro hemisferio, y viceversa, es decir, como si nuestro cerebro fuera como el huevo cósmico hindú: con una mitad de plata que corresponde a la Tierra y una mitad de oro que corresponde al cielo, conteniendo, una

mitad, apenas un reflejo, un pálida copia de lo que contiene la otra, pero de todos modos, algunas funciones específicas corresponden sólo a uno o a otro o los demás agregados que forman el encéfalo, te pregunté si querías más cerveza, insistió Walter asomando la cara entre los sátiros de cuellos llenos de excrecencias, y llegaron las nuevas cervezas y los nuevos caracoles a la vizcaína y las cebollas cambray en vinagre y los dos primos bebieron, comieron, fumaron, y Walter le dijo a Palinuro que quizás la aclaración salía sobrando, pero que él, desde luego y al contrario que don Próspero, era con la mitad triste de su persona con la que

abría los ojos para entender al mundo y sus misterios y con la mitad alegre con la que se embotaba para olvidar al mundo y sus absurdos, y le contó que otros investigadores habían llegado aún más lejos, cortando el cuerpo calloso de monos y gatos, y separando así, rompiendo la comunicación entre los dos hemisferios cerebrales, y después, tapándole al gato o al mono el ojo izquierdo, le habían enseñado a través del derecho ciertas cosas que aprendió así su hemisferio izquierdo, el cual a su vez ya no tuvo oportunidad de contarle al hemisferio derecho lo que había aprendido, y después le destaparon el ojo izquierdo al gato y le taparon el

derecho y a través del ojo izquierdo le enseñaron lo contrario y así su hemisferio derecho aprendió otras cosas muy distintas que no pudo comunicarle al hemisferio izquierdo: o en otras palabras, digamos que por ejemplo el gato aprendió con su ojo derecho que si tocaba un tubo rojo recibía una descarga eléctrica, y si tocaba un tubo azul recibía alimento, y con su ojo izquierdo aprendió lo contrario: que si tocaba un tubo azul recibía una descarga eléctrica y si tocaba un tubo rojo recibía alimento: o digamos que aprendió a temerle a un perro con el ojo derecho, y a atacarlo con el izquierdo; y si cada día de la semana se le destapaba un ojo y se

le tapaba el otro alternativamente, el gato —o el mono— se comportaba de una manera el lunes, el miércoles y el viernes, y de otra el martes, el jueves y el sábado. ¿Y qué pasó el domingo siete? pues que se le destaparon los dos ojos y el gato se volvió loco; o quizás deberíamos decir los dos gatos se volvieron locos ¿o deberíamos decir los dos medio-gatos? ¿y no te parece eso espantoso? ¿no te hace pensar en un futuro que irá más allá de todos los horrores concebidos en las utopías de Huxley y de Orwell, y en donde a los esclavos se les cortará el cuerpo calloso para que aprendan a ser fieles a un amo con una mitad de su cerebro, y fieles a

otro amo con la otra mitad? ¿no te hace pensar en la posibilidad de aprender con la mitad de tu alma la visión nocturna del mundo de que hablaba Fechner, y con la otra mitad la visión diurna del universo?, ¿en la posibilidad de que creas en Dios con el ala izquierda de tu corazón y seas ateo con el ala derecha? ¿en que le huyas a una pulga con la pierna izquierda y hagas correr a un león con la derecha? ¿en la posibilidad de que le seas fiel a los estudiantes y a tu gente, a tu pueblo, con el ojo izquierdo y los traiciones con el derecho de la misma manera que acariciaste y alimentaste a papá Eduardo con la mano derecha y con la izquierda levantaste el

remo que lo hizo pedazos sin que su carne o sus huesos se separaran un milímetro y sin que se ahuyentaran los peces fosforescentes que anidaban en sus costillas? Y cuando abras los ojos y las dos alas del corazón, ¿qué vas a hacer Palinuro? Pero poco consuelo es saber que si no somos uno —siguió diciendo Walter— no somos dos tampoco, sino diez, o mil, quién sabe cuántos, y entre todos no hacemos ese uno que *no* somos, y de hecho nos ignoramos más de lo que nos conocemos, aunque no a tal punto, claro, como esos pobres diablos que gracias a un tumorcito o a un coágulo o una lesión en el hemisferio izquierdo del cerebro

se paralizan del lado derecho, como fue el caso de don Próspero, pero que les va peor, porque no solo pierden las neuronas encargadas del movimiento del brazo y la pierna derechos sino también las neuronas que tenían conciencia de la existencia de esos miembros, de modo que esos enfermos desconocen su pierna y su brazo, y no saben a quién pertenecen y por qué los tienen pegados a su lado verdadero y único, y cuando están en la cama tienen la sensación de que alguien (o la mitad de alguien) está acostado a su lado, y tratan con su pierna y su brazo izquierdos de botar fuera de la cama a la pierna y el brazo que ya no son derechos ni son nada para

ellos sino algo totalmente ajeno a su vida; y el caso contrario es el que le podría pasar al general del ojo de vidrio, o al billetero manco (o al abuelo Francisco si le hubieran por fin cortado la pierna) y es lo que les sucede a muchos de aquellos que pierden un miembro; ellos saben que los perdieron, que se los amputaron, pero a veces las neuronas no se dan por enteradas, y eso es el fenómeno que se llama del miembro fantasma: que te cortaron la pierna derecha, y sin embargo de repente, algún día, meses o años después, se activan las neuronas correspondientes a la sensación de comezón en el dedo gordo del pie

derecho, y te empieza a dar una comezón desesperada (y desesperanzada) porque el dedo gordo ya no existe, o en esos momentos existe sólo para ti y para nadie más y no sólo en forma de pensamiento sino de sensación física, y esto, claro, sólo de pensarlo da escalofríos (y da comezón) y por eso a la gente le aterran los epilépticos y los visionarios y los milagros; por eso, primo, repudian el opio, la mariguana, el ácido; porque producen no sólo un dedo gordo que no existe, sino más que eso: una visión particular del mundo, o más todavía: la visión de un mundo exclusivo que pertenece al epiléptico, al loco o al drogado, al elegido o al poeta

y a nadie más pero que es tan verdadero como cualquier otro mundo, por la simple razón de que la relación que existe entre las neuronas auditivas, olfatorias, gustativas y táctiles que de pronto entran en actividad espontáneamente y el mundo alucinante que producen, y la relación entre las neuronas que se portan bien y el mundo real que nos rodea y que más o menos creemos compartir, es una y la misma, y ya de alguna manera hace siglos, fíjate, en la Edad Media, Ockham, sin saber nada de neurología lo había intuido cuando dijo que Dios podría producir en un ser humano todas las condiciones físicas y psíquicas implicadas en el acto

de ver un objeto, aunque ese objeto no existiera en la realidad exterior, y sin saber nada de la velocidad de la luz, el mismo Ockham dijo que si Dios hubiera ya aniquilado las estrellas, podía producir en nosotros el acto de ver lo que ya había dejado de ser. Y dime... ¿las estrellas que vemos ahora no son las mismas que cuando eran contempladas por Tycho y Rodolfo II desde el belvedere de Hradschin tenían ya miles o millones de años de estar muertas? Pero esto, el hecho de que te crees un mundo exclusivo, eso no se perdona porque no se entiende o porque se tiene miedo de entenderlo, porque quizás la mayor parte de la gente sigue

pensando con Schiller que lo verdadero es lo útil y lo falso es lo inútil, ¿y de qué sirve un mundo único y personal, Palinuro, cuando se supone que hemos nacido para compartir nuestra vida y apacentar juntos nuestros sueños, cuando se supone que estamos aquí no sólo para compartir los caracoles y la cerveza, sino también nuestras risotadas, nuestras guerras de colores y nuestras filosofías huecas? Eso no se perdona porque es algo que se acerca a la verdad más terrible y al mismo tiempo más simple y obvia de todas, y es que con cada uno de nosotros nace y con cada uno de nosotros muere un universo, ya lo han dicho antes que yo, ya lo decía la abuela

Altagracia (señora de los lugares comunes) cuando afirmaba que cada cabeza es un mundo, un universo entero con todos sus planetas, sus estrellas, sus millones de personas y de ideas, sus estudiantes y sus huelgas. Bueno, esto no lo decía ella, con todos estos agregados, pero es lo mismo. Y nuestra fragilidad es tanta, tanta nuestra miseria, que no sólo por razones de filosofía profunda nosotros nunca somos sino que estamos siendo y no seremos del todo hasta nuestra muerte sino por otras razones menos altisonantes y más terrestres: nuestras glándulas, nuestras hormonas, nuestros alimentos. Cuando yo me como este caracol, por ejemplo, quizás estoy

ingiriendo un alcaloide desconocido, una droga misteriosa, un veneno lento que comenzará a cambiar insensiblemente ya no digamos el curso de esta noche, sino de mi vida entera. Y no porque el hombre sea la medida de todas las cosas, Palinuro, ese olor a amoníaco que nos llega del mingitorio nos desagrada a ti y a mí, sino sencillamente porque las neuronas de nuestros centros olfatorios están despiertas y funcionan bien, pues tienes que saber que hay lesiones en el cerebro que vuelven insoportable y hasta doloroso el olor de un nardo. ¿Y cuándo se ha visto que duela el aroma de las flores como no sea aquél de las rosas

rojas que papá Eduardo señalaba con su bastón en el parque Río de Janeiro, y eso porque te duele haber perdido para siempre todo lo que ese aroma te trae a la memoria? Por eso, hermano, y porque la precuña del lóbulo occipital ha sido considerada como un área relacionada con los estímulos sexuales, ¿o no es así?, te propongo, Palinuro —o Jasides, como también te llamó Virgilio—, que en honor a los extraños seres que somos, tan extraños que hablamos con el lado izquierdo del cerebro pero cantamos con el derecho, te propongo que en esta hora Oypris, la hora de la comida y los placeres, salgamos a la calle rumbo al burdel, y recibamos el rocío generoso

de Gunleuda del que brota toda la poesía y la belleza; te propongo que caminemos una vez más por nuestros viejos rumbos y escuchemos los oráculos que murmuran desde las rendijas de las alcantarillas la cabeza de Orfeo y la lengua emplumada de Quetzalcóatl; que le rindamos tributo a Hécate la diosa de los callejones cagados con carbón de cobre; que dejemos que las valquirias nos bañen con cerveza y aguamiel y ambrosía de gonococos y recordemos que si la noche es la madre del sueño y de la muerte lo es también de la amistad y la vejez; te propongo, pues, que nos demos un buen atracón de flores de loto para olvidarnos

de nuestra miseria humana, pero sólo un poco, sólo hasta matar el dolor como se hace en las resecciones de nervios, pero no hasta matar la idea del dolor; y que bebamos, sí, que bebamos hasta matar el fuego de nuestro signo, hasta que toda nuestra agresividad y toda nuestra furia desaparezcan como por arte de magia o como por arte de una lobotomía, y con ella el fuego, el fuego que inflamó a tantos ilustres arianos como Goya, Van Gogh y León Gambetta. Que bebamos, sí, hasta matar el fuego, pero no la idea del fuego. Y mi querido, mi amado primo Palinuro, mi nunca bien ponderado niño: qué más quisiera yo, como decía la abuela, que nunca la nube

más ligera empañara el cielo azul de tu existencia: déjate de huelgas y manifestaciones; el día que te salga una protuberancia en la zona de la politicidad, te saldrá tarde o temprano un policía o un granadero que te la va a sumir de un macanazo, y en ese momento te vas a dar cuenta que la alternativa entre ver y entender el mundo como lo hacía don Próspero (con su lado alegre) o entenderlo como lo entiendo yo (con mi lado triste) deja de tener importancia porque en ese instante, te repito, te darás cuenta que sólo el hemisferio derecho del cerebro del general que tiene un ojo de vidrio es el único que ha aprendido a ver el mundo tal como es: un mundo, por

supuesto, donde todo es de vidrio y de cristal; donde la gente y tus seres queridos, los árboles, las nubes y la misma tierra son de cristal y basta un soplo —basta que lo toques con la punta de un alfiler, como dicen que basta tocar con la punta de un alfiler el bulbo raquídeo para producir una muerte instantánea— y el mundo, el universo entero se desploma y se pulveriza en medio de un silencio y una oscuridad totales y en una fracción de tiempo infinitesimal y sin fin porque cada uno de nosotros es un Dios Siva que cuando Parvati le tapa los ojos se apaga el sol y se apaga el farol de la esquina y el Boyero se queda ciego y se ahoga el

Cisne y la Osa Mayor cierra los ojos y se prepara a dormir un invierno eterno. Pero esta fragilidad nuestra y del mundo —dijo Walter tomando aliento y tras un largo suspiro— no es necesariamente buena o mala, alegre o triste. Depende con que 010 amanezcas, con cuál pie te levantes. Hoy por ejemplo, esta noche —será por la cerveza, será por los caracoles, sera por tu compañía—, carajo, me manché el chaleco; será por estar contigo, te decía, pero creo —no me hagas mucho caso, mañana puedo pensar distinto—, creo que al fin y al cabo el mundo, así como es de cristal, así como es, lleno de luminosidades y transparencias, de fulgores y de

destellos de agua y de vidrio, no está mal; y no en balde mi educación católica (de la que reniego todo el tiempo) me hace pensar en la superioridad de lo que llaman espíritu; bueno, pues materia nada más y nada menos, no somos: ni el iluso de Coleridge tenía razón cuando creyó en la corporealidad del pensamiento, ni Cabanis y Karl Vogt cuando dijeron que el cerebro secretaba pensamientos como el hígado secreta bilis. ¿Y sabes por qué? porque estamos hechos de palabras y las cosas también; porque nosotros somos tan sólo memoria y las cosas existen y son verdaderas cuando se dejan vestir, mansas, del mundo de palabras, del aura iridiscente

y temblorosa de voltios y vatios y protones y neutrones con la cual los positivistas enmascararon el grito del relámpago; por lo demás, no por eso son nuestras, no por eso sabremos nunca qué hay atrás de todas ellas; no por el hecho de que nos juren que las memorias de la Alhambra están hechas de fórmulas orgánicas de azúcar y anfibologías arquitectónicas, no por eso, querido primo, la esencia de sus arabescos y sus celosías dejará de deshacerse ante nuestros ojos como espuma del Mediterráneo. Aunque decir *atrás*, claro, sólo es un decir: no es que la esencia de las cosas esté atrás ni en ninguna parte: ni abajo, ni adentro, ni

alrededor. Todas estas palabras no nos sirven para designar algo que no está ni en el espacio ni en el tiempo, porque espacio y tiempo son también palabras. ¿Y quién ha visto jamás a una palabra redonda? ¿quién ha visto una sílaba color de rosa? ¿quién ha visto nunca a una frase correr por las calles gritando como loca? ¿Quién ha visto nunca a un párrafo gordo y oloroso a tabaco Príncipe Alberto sentarse en la banca de un parque para leer el periódico? ¿quién ha visto jamás a una ilusión vestida de encajes morados, o a un poema que revienta como un estornudo en el plexo solar y lanza la sangre a las alturas? La neurología, querido primo, habrá

llegado a delimitar la región caliginosa y casi impenetrable de la memoria total y organizada y eterna, la memoria en su más alta y profunda y desgarradora manifestación humana, la memoria absurda que es capaz de recordar para toda la vida y palabra por palabra un poema sobre los estudiantes o incluso más, la obra entera del hombre que dotó al cielo del arte con un rayo macabro y un nuevo escalofrío, o incluso, imagínate qué estupidez, incluso puede aprenderse nombre por nombre y número por número el directorio telefónico de la ciudad de México o los Manuales Técnicos Ford, y que sin embargo es capaz la infeliz, la traidora, de olvidar y

para siempre, instante tras instante, las rosas olorosas y fragantes de la infancia y las voces y los ámbitos húmedos y dorados de una adolescencia impávida y triunfal: pero nunca, jamás, nadie ha encontrado, en ese huevo que viste tú, en ese cerebro formado por intestinos blancos y barnizados y apelmazados, en ese laberinto de la concordia discordante rodeado y custodiado por serpientes apelmazadas y blancas, nadie, Palinuro, ha descubierto jamás o siquiera vislumbrado el rastro de un recuerdo, la huella romántica de una ilusión, el espejismo color ajeno de un sofisma, o el signo, el estallido imperial de una idea clásica o los surcos y las

ámpulas, las cicatrices veladas por telarañas tornasoladas, los vestigios y las sombras que debieron dejar a su paso las palabras allí aprendidas y los razonamientos allí concebidos y las imágenes sensoriales del mundo y de sus cosas: del mundo redondo y del aroma de las flores y la cerveza; de la tierra dulce y de la frialdad del hielo y el ardor de las esfinges; de la patria oscura, de la suavidad del fieltro y el sonido de las campanas, y de la juventud (¡de nuestra juventud, Palinuro!) y de la agonía y del ruido de las turbinas, y del color y de la forma de las casas y de las nubes y de las mujeres y del resplandor bárbaro del sol: nunca, jamás, ni mil

años más tarde.

«Mañana, claro, será otro día. Mañana habremos vivido, pero no viviremos para contarlo. Mañana me olvidaré de todo lo que te dije, o lo que es peor, me acordaré y renegaré de ello... Y ahora hazme un favor, ¿quieres? Deja ya de pensar que el cerebro que viste rebanar en dieciséis partes iguales era el del muchacho. En primer lugar, tienes que hacer a un lado los sentimentalismos y recordar que como decía el tío Esteban, el cuerpo o los órganos que estudias, son siempre los de “El Hombre”, así, con mayúsculas, y entre comillas: el

Homo sapiens. En segundo lugar tienes que saber que para rebanar un cerebro, hay que ponerlo a endurecer varios días en una solución de Kaiserling. Y en tercer lugar, aun suponiendo que haya sido el cerebro del muchacho —y esto aparte de que haya sido un estudiante, lo cual es muy poco probable porque a los estudiantes los incineran en el Campo Marte para que no aparezcan nunca más—, de todos modos ese cerebro no podía ser *su* cerebro. ¿Me entiendes?»

«No, no te entiendo», dijo Palinuro.

«Acuérdate de mandar mi chaleco a la tintorería —le pidió Walter—. Otro día te lo explico.»

10. El método Olendorf y el general que tenía cien ojos de vidrio

Aunque la verdad sea dicha, nunca Estefanía y yo fuimos ricos ni nada que se le pareciera. Si algo tenía nuestro cuarto de la Plaza de Santo Domingo en la ciudad de México, es que era un cuarto bien orientado, y con las paredes de cáscaras de huevos como las casas de los pigmeos enemigos de las grullas,

pero nada más. Nunca siquiera tuvimos amigos de esos que cuando llegas a su casa, prorrumpen en caviars y champañas. Y a propósito de champaña, sólo una vez, que yo recuerde, abrimos una botella y fue la tarde en que la llevó el primo Walter, que acababa de regresar de uno de sus viajes por Europa. «Compré esta botella para celebrar», nos dijo. «¿Para celebrar qué?», preguntó mi prima con esa ingenuidad que la circunscribía en sus momentos más lúcidos y hacía saltar los corchetes de su brasier. «Para celebrar que pude comprarla», respondió Walter, y prometió que algún día iba a sorprendernos con una gigantesca

botella Nabucodonosor de 520 onzas líquidas. Pero nunca lo hizo. Nosotros, en cambio, con muchos trabajos y los ahorros de meses enteros compramos una vez veintiuna botellas de sidra para recibir con veintiún cañonazos al nuevo año, a quien nombramos generalísimo en jefe de los trescientos sesenta y cinco días que lo seguirían fácilmente, por los inviernos apabullantes de Iowa City, las primaveras eternas del Valle de México, los veranos del desierto viviente y los otoños de París que se festejan a sí mismos arrojando al viento miles de hojas doradas.

Y si alguna vez te he dicho que íbamos a París o veníamos de Londres,

en realidad es que nos gustaba jugar así, y decirlo así, cuando íbamos a la calle de París o veníamos de la calle de Londres. Si alguna otra vez te dije que visitamos El Prado, el Louvre o L'Orangerie, era que pedíamos prestados en la biblioteca libros de arte dedicados a estos museos y otras galerías —no teníamos para comprarlos—, y nos gustaba jugar después diciendo que habíamos estado aquí o habíamos estado allá. Y el único entre todos nosotros, como te repito, que no sólo una vez sino muchas veces fue a Europa, era nuestro primo Walter, que vivió varios años en Londres con el único objeto de escribirnos cartas donde nos

decía tontería y media: que si las hileras de taxis negros que pasaban por el Strand enterraban su prestigio todos los días; que si había conocido a un par de viejecitos que vendían pedazos de parque inglés y venados con las astas llovidas de whisky; que si cada domingo se encontraba a la vuelta de la esquina al renovado Támesis que arrastraba toda la cultura semanal y que lo deslumbraba, como al buen Pound, con sus cabeceos occidentales.

Pero de todos modos y aunque parezca contradictorio, todas las cosas que teníamos en nuestro cuarto y en nuestra vida tenían un valor incalculable. Y no crea usted, don

Próspero, señor billetero, no creas tú, Palinuro, que te hablo del valor sentimental que representaban para nosotros: eso se da por descontado. No, me refiero al valor real, al económico, al que endulza los negocios de todas las centurias. Porque si bien no teníamos tazones de porcelana Wedgwood, ni divanes madame Recamier, ni la máscara de jade que inmunizó el alma de un barón azteca, a cambio de eso estábamos rodeados de objetos que gracias a las leyes de la oferta y la demanda habían alcanzado precios astronómicos.

Esto lo descubrimos un día en que estábamos más pobres que de

costumbre, nuestras deudas a punto de excomulgarnos y nuestros ahorros al borde del suicidio: Estefanía tuvo la increíble idea de organizar una serie de subastas para vender nuestras propiedades al mejor postor. Según sus cálculos, podríamos sacar con suerte unos tres mil pesos. De ellos, dos mil nos servirían para dar el primer pago de todas las cosas que vendiéramos, para así tenerlas otra vez, y además nuevas. Con los otros mil pesos, podríamos quizás sobrevivir unas cuantas semanas. Así que invitamos al lechero, al general que tenía un ojo de vidrio, al cartero, a la vecina loca, a la portera, y lo invitamos a usted, don Próspero, y al

primo Walter.

Todo salió perfecto a pesar de la ausencia de Walter. Lo primero que rematamos fue nuestra licuadora Osterizer. El general que tenía un ojo de vidrio pujó hasta treinta y cinco pesos. Don Próspero dijo de inmediato: «Cuarenta».

«¿Cuarenta qué?», preguntó el general.

«Cuarenta pesos, naturalmente», contestó don Próspero.

«Nada de naturalmente: podían haber sido cuarenta caballos o cuarenta cañones. De muchas cosas se puede hacer cuarenta.»

«Cuarenta pesos, ¿quién da más?»,

dijo Estefanía, feliz, y dio un golpecito con el martillo.

Y de pronto yo, sin saber por qué lo hacía, me levanté y dije: «Cinco mil dólares.»

Los circunstantes me miraron entre asombrados y tristes, y yo, por supuesto, me quedé con la licuadora. En la explicación que les di, y que fui inventando a medida que se me ocurría, encontré yo mismo las razones de mi actitud. Les hablé de las muchas veces que tú, Estefanía, en bata y con legañas, o en delantal blanco y cofia de chef, me habías preparado al día siguiente un licuado de leche y fresas para aliviar los efectos de la borrachera de la noche

anterior, o una salsa de crema y nueces de Castilla para la cena de aniversario. Y te pedí, Estefanía, que adoptaras la posición de la Estatua de la Libertad, con el prisma de la lidiadora en lo alto, a fin de que todos pudieran contemplar la descomposición de la luz en el espectro luminoso de las zanahorias, los tomates, los betabeles y las colecitas de Bruselas que tantas veces nos habían salvado de morirnos de hambre. Y les señalé que en la licuadora (mejor que en ningún otro objeto de nuestro cuarto) podían apreciar lo que dijo Carlos Marx en el sentido de que el valor de un artículo es labor cristalizada; y después les hablé de la aparición de la

propiedad privada, vinculada por Engels con el cambio del matriarcado al patriarcado, pero que en nuestro caso apareció cuando nos liberamos de uno y de otro: yo del matriarcado de mamá Clementina y Estefanía del patriarcado del tío Esteban, y nos salimos de nuestras casas y pusimos nuestro departamento con nuestras propias cosas. Antes, mamá Clementina y el tío Esteban nos insistían a mí y a Estefanía que todo lo que había en nuestras casas era de todos y por lo tanto nuestro, pero cuando rompíamos algo o tomábamos prestado dinero resultaba entonces que la lámpara era de mamá Clementina, o los cinco pesos del tío Esteban, y no

nuestros como ellos decían. Con argumentos por el estilo, hablándoles del amor, de las naranjas negras que se aparecen en los pentagramas, de las piernas de Estefanía y sobre todo de Adam Smith y de los obreros de Bimbo que los hacen bañarse todos los días antes de hacer el pan y del Seguro Social y de los aguinaldos de Navidad y de la plusvalía y de Fanón, compré esa misma noche nuestro colchón Simmons en siete mil quinientos pesos, el retrato del tío Esteban en mil quinientas libras esterlinas y cuatro hojas de afeitar Gillete (propiedad de Estefanía), en novecientos millones de liras.

El lechero, don Próspero, el cartero

y el general que tenía un ojo de vidrio hicieron todo lo posible por mostrarse comprensivos, pero al final de la subasta, cuando se encontraron con las manos vacías y contemplaron mis riquezas, la envidia se les deslizó por los vericuetos del alma y juraron que no volverían a asistir a ningún remate. Entonces yo le compré a Estefanía tres botellas de vino en cincuenta mil pesos cada una y un pollo frito al estilo Kentucky en doscientos cincuenta y tres dólares, y los invitamos a cenar. Al segundo vaso de vino todos habían olvidado el agravio y quedaron de presentarse al día siguiente.

Excuso decirte que cuando salimos a

caminar esa noche por la Zona Rosa, yo sentí por primera vez lo que sienten los ricos y hasta caminé y hablé y bostecé en forma diferente y vi por encima del hombro en forma distinta también.

Nos tomamos un café en París y una pizza en Génova. Vimos los aparadores de Hamburgo y entramos a una librería en Niza, donde mi prima pidió que le apartaran las obras completas de Ortega y Gasset y La Región Más Transparente. Cuando regresamos a nuestro cuarto, sin los libros y sin un quinto, me di cuenta que yo no había sido justo y que a ese paso Estefanía se iba a quedar en la miseria, nadando en los millones de pesos que yo le debía. De modo que le

prometí que al día siguiente iba yo a rematar mis cosas, y ella a sentarse entre los postores.

Y así fue: Estefanía compró mi cepillo de dientes, el cartel de la representación de Hedda Gabler en el Teatro Aldwych, el Silabario y Catón de Bruno, y además mis corbatas, dos de mis maletas viejas y todas mis mancuernillas, pagando cifras enormes que hicieron temblar de miedo a nuestros invitados. Pero nada le agradecí tanto como haberme dado quinientos mil dólares por el manuscrito de una novela en la que llevaba yo muchos años trabajando, con lo cual Estefanía quiso demostrarme que los

autores desconocidos pueden ser famosos sin que nadie lo sepa.

Esta vez nadie aceptó nuestra invitación a cenar. Cada uno tuvo un pretexto diferente para retirarse a la mitad de la subasta, con la excepción del general, que nos dijo que tenía cuarenta.

«¿Cuarenta qué? —le preguntó Estefanía—. ¿Cuarenta pretextos?»

El general no contestó: se puso la gorra y las condecoraciones, nos miró con un ojo lleno de rabia y salió dando un gran portazo para perderse en una noche sin dimensiones donde las estrellas, los anuncios de gas neón y los automóviles, ocupaban todos el mismo

plano, como en las perspectivas caballeras.

La segunda persona que se marchó fue la vecina loca, que no encontrando un pretexto mejor, dijo que se tenía que ir porque estaba esperando una carta. En seguida el cartero dijo que se iba porque tenía que entregarle la carta. La portera se aprovechó para decir que tenía que ir a abrir la puerta para que pudiera entrar el cartero a entregar la carta. Y don Próspero nos dijo que tenía que dar un pésame con la mitad triste de su cara, y luego ir a una fiesta con el lado alegre.

«¿Y por qué no viene después de la fiesta?», le preguntó Estefanía.

«Ah, porque tengo que escribir la

carta.»

Mi prima y yo suspendimos la subasta para después de la película de la televisión.

Esta vez me tocó, de nuevo, sentarme entre los postores. Pero como no tuve quien compitiera conmigo, cuando Estefanía abrió su joyero y puso en remate el broche con cuatro perlas de verdad que había heredado de la tía Luisa y el anillo de oro del tío Esteban, yo me aproveché y le di treinta centavos por el collar y dos chelines por el anillo.

Estefanía no dijo una palabra, pero al día siguiente me compró mi tocadiscos Garrard estereofónico junto

con mi radio Punto Azul en dos pesos argentinos. Después me compró mi estetoscopio y mis bisturíes, mi Bioquímica y la Colección completa de los Surgeon's Quarters de Fort Winnebago, Illinois, en medio franco. Y no contenta con eso, en la tarde, se quedó con todos mis discos de Charlie Parker por seis céntimos de dólar, y con toda una ópera por tres peniques.

Cuando acabamos de vendernos y comprarnos todos los objetos tangibles y externos que nos pertenecían, entre ellos las paredes de nuestro cuarto, los cimientos de nuestro edificio y los colores de nuestra bandera, nos vendimos y compramos todo lo

imaginable, como los órganos de nuestro cuerpo y sus funciones, nuestras alegrías y nuestras tristezas.

Yo le compré a Estefanía todo su aparato circulatorio, incluyendo el tronco celíaco y sus ramas.

Ella me compró el metabolismo.

Yo le compré la pena que sintió con la muerte del tío Esteban, y ella me compró la alegría que yo sentí cuando la vi tan aliviada del dolor, y que fue tanta, que poco a poco le fui comprando todos sus muertos.

Pero pronto tuvimos que enfrentarnos a dos problemas. Primero, que seguíamos sin dinero porque nos pasábamos el tiempo otorgándonos

créditos mutuamente, pagaderos a plazos cada vez más largos. Segundo, que yo no podía pasarme toda la vida pidiéndole a mi prima que me prestara su aliento para llenar mis pulmones, sus escaleras para bajar a la calle y su ciudad para caminar por sus jardines, y ella tampoco podía pasarse la vida entera pidiéndome que le prestara mi corazón para abrigar sus presentimientos, mi ventana para asomarse a ver su cielo y mi lluvia para estrenar el paraguas que acababa de comprarme.

Y encima de todo, como si Estefanía no tuviera suficientes peatones, viaductos y parquímetros en su haber, y no tuviera yo que cargar con tantos

problemas, países y monumentos innecesarios, la muy cínica me reprochaba que le marchitara yo sus bosques con mi invierno.

Así que decidimos, tras devolvernos todas nuestras cosas y liquidar de esta manera todas nuestras deudas, comprar *El Universal*, consultar *El Aviso de Ocasión* y encontrar un trabajo.

«Walter Thompson, Young and Rubicam, McCann Erickson: todas necesitan gente con talento —dijo Estefanía—. ¿Por qué no trabajamos en una agencia de publicidad?»

La pregunta de Estefanía me pareció tan estúpida, que no pude contestarle. Otras veces yo disfrutaba mucho el

juego surrealista de las definiciones que se parecía al método Olendorf por lo absurdo de las preguntas y las respuestas, que no tenían nada que ver entre si, pero en esta ocasión no le pude perdonar a mi prima que tomara las cosas tan a la ligera siendo que en nuestra vida, y ante nuestros ojos, se abría en esos momentos un compás desesperado.

«¿Y qué es un compás desesperado?», me preguntó Estefanía, y con esta pregunta que se detuvo en sus labios con la inocencia de un colibrí, me sacó de un sueño tijereteado que se alargó hasta las

postrimerías del renglón.

«Una ocasión para violarte», le contesté, cayendo en la trampa. Me senté en la cama y sacudí las sábanas para mantear la modorra: cinco chinches inocentes se transformaron, de común acuerdo, en cinco gotas de sangre voladora.

«¿Y qué es una ocasión para violarme?»

Me puse un calcetín verde por el lado más aproximado a la primavera y le contesté:

«Un estornino en la selva.»

«¿Y qué es un estornino en la selva?»

Me levanté apoyado en la frente,

caminé de uñas hasta la cómoda, me vi en el espejo de barriga entera y me di cuenta que yo había triunfado en la vida.

«La palabra del alférez», le contesté, preguntándome a mi vez qué sería más adecuado para la ocasión: si usar peluca larga de dos colas o un bigote de moño.

«¿Y qué es la palabra del alférez?», me preguntó estirando sus brazos y mostrando sus axilas, donde por lo general anidaban los buenos deseos.

«Una publicidad desahuciada», le contesté, y escogí la camisa con las rayas rojas y cuello de gavián. Estefanía se revolvió en la cama como un gatito de Angora y se quedó callada durante treinta segundos y quince

autobuses.

«¿Y qué es una publicidad desahuciada?»

«La memoria de la tía Luisa.»

«¿Y qué es la memoria de la tía Luisa?»

Le hice a la corbata un nudo As de Guía como en los mejores tiempos de Lord Baden Powell, me puse el zapato izquierdo de piel de cocodrilo con ampollas doradas y le contesté:

«La borrachera del estío.»

«¿Y qué es la borrachera del estío?»

«Estefanía bajo un árbol.»

«¿Y qué es Estefanía bajo un árbol?», me preguntó cubriéndose con la cobija y caminando de un lado a otro del

cuarto como un fantasma despistado.

«La maldición de los espejos», le contesté, y me puse la dentadura de gala y el zapato izquierdo de papel de china con hebilla de violín y cintas de dulce y la pierna izquierda del pantalón gris con rayas rojas.

«¿Y qué es la maldición de los espejos?», me preguntó Estefanía viéndose de perfil en los anuncios de Ron Bacardí.

«Una carta sin nombre.»

«¿Y qué es una carta sin nombre?», insistió.

«Un aviador con los ojos de nuez moscada», le dije, y recordando que yo también tenía que ir al correo a dejar

unas cartas y entre ellas una donde rechazaba el puesto de gerente de ventas de una perfumería, me puse la estampilla derecha en la flor izquierda del ojal más perfumado del cuarto, y con guantes de tetas de vaca me preparé a decirle adiós a Estefanía. Pero ella no podía perdonarme:

«¿Y qué es un aviador con los ojos de nuez moscada?», me preguntó chupando sus pestañas postizas.

«A ver... dime tú qué es», la desafié.

«¿Y qué es, a ver, dime tú qué es?», me preguntó de rodillas a la altura de mi ombligo.

«Un sombrero con naranjas —le dije

—. Pero tienen que ser naranjas grandes y cacarizas, como las que trajo Palinuro la otra tarde.»

Se levantó temblando de frío. De sus labios escurrió un hilo de rímel, como si le hubieran dado una bofetada en blanco y negro.

«¿Y qué es un sombrero con naranjas?»

«Un árbol incendiado.»

«¿Y qué es un árbol incendiado?», me pregunto. Para entonces yo estaba casi vestido: sólo me faltaba ponerme el pulmón de cuadros, la pierna izquierda del pantalón azul con triángulos blancos y canarios, el calcetín izquierdo con agujeros color carne, el portafolio de

etiqueta y la tetera de coral.

«La prodigiosa revelación de un almanaque», le contesté. Ella volteó a ver con curiosidad casi maternal el almanaque que teníamos sobre el escritorio, y me preguntó:

«¿Y qué es la prodigiosa revelación de un almanaque?»

Yo me puse la manga derecha del chaleco verde, el cuello rojo del abrigo, el tacón de las botas, la punta de las sábanas, dos arrugas nuevas y los botones marfil de nuestro colchón Simmons y le dije aspirando una pizca de rapé:

«Entretenerse en las ruinas. ¿Por qué me haces tantas preguntas?» y la cogí de

los hombros.

«¿Y qué es entretenerse en las ruinas? ¿Qué es por qué me haces tantas preguntas?»

Le mordí el cuello hasta dejarle la cicatriz de una estrella pervertida y le contesté:

«La aspiración de un diputado.»

Me fui al baño, me quité la camisa, los binoculares, la corbata de celuloide y el gorro de noche, me puse el pene, oriné y saqué la brocha de afeitar, la pasta de dientes, la loción, el cepillo, el encendedor y las esponjas, las tijeras y mi pasaporte.

«¿Y qué es la aspiración de un diputado?»

«Una mujer sin acústica», le conteste, fiel a la espuma que tapizaba mi cara, y enjaboné el espejo, las cortinas de baño, el piso y mi pluma fuente, para rasurarles mi imagen, el dibujo de flores, la mugre y la tinta.

«¿Y qué es la mugre y la tinta?», estuvo a punto de preguntarme Estefanía, pero no fue capaz de adivinar mis intenciones. A cambio de eso, se asomó por la puerta del baño con una diadema de rizadores en la cabeza y dijo:

«¿Y qué es una mujer sin acústica?»

«Atacar por la puerta de marfil», le contesté en el momento en que me cortaba y una gota de sangre azuleó la espuma.

«¿Y qué es atacar por la puerta de marfil?», me preguntó desde muy lejos, casi desde quince años atrás, casi desde ninguna parte, mientras yo trataba de limpiar la sangre del espejo, de las cortinas y del cielo.

«Estereotiparse de glándulas», le grité asomándome al cuarto: la vi tan sola, en el último rincón, llena de telarañas y pelusas.

«¿Y qué es estereotiparse de glándulas?», insistió.

«Una bendición papal», le dije, jalé el escusado de izquierda a derecha como en las fotografías y me quité el calcetín rojo y cuatro costillas verdes y bajándome el zíper del sombrero asomé

la nariz y le contesté, con gran peligro de mi virilidad:

«El filo de una navaja de afeitar.»

Y dicho y hecho, me puse mis cigarros Raleigh, me quité la pierna derecha del pantalón violeta, me puse un chaleco de olor organdí y cepillé con varios lengüetazos mis polainas de piel de gato.

«¿Y qué es el filo de una navaja de afeitar?»

Salí del baño como un enfermo que resucita y quitándome una pierna de yeso anaranjado y una herida con resplandores de plástico le contesté:

«Los bisbirules que nacen en tu sexo.»

«¿Y qué es los bisbirules que nacen en tu sexo?», me preguntó.

«Yo no dije que en mi sexo, sino en tu sexo.»

«Por eso, en tu sexo», insistió.

«Bueno, como quieras, pues: en mi sexo.»

«Ah, en mi sexo —dijo levantándose el camisón para observar su barbita de mandarín—. ¿Y qué son los bisbirules que nacen en mi sexo?»

«Una inveterada manía», le contesté.

«¿Y qué es una inveterada manía?»

Fui hacia la ventana, la abrí de par en par, aspiré el humo de los *boilers*, dos telegramas urgentes y las veleidades del otoño, y le dije:

«El viaje a los crepúsculos. ¿No te parece bellísimo? Decir estas cosas es mejor que dejarse golpear por la policía.»

Se quitó el camisón, me puse el saco del frac, se recostó en la cama y lloró bocabajo.

«¿Y qué es dejarse golpear por los crepúsculos?», preguntó.

«Un notario ahogado en las marismas.»

Me senté a su lado, me puse una camiseta, la consolé con palmaditas en las nalgas.

«¿Y qué es un notario ahogado en las marismas?», me preguntó en sueños.

«Un poema de Neruda», le dije, y

feliz como nunca me levanté, me puse el abrigo y el bastón, me puse la bufanda y mis diplomas, me puse el papel tapiz, me puse las rodillas, me puse las lámparas, me puse la ciudad y le dije adiós.

«¿Y qué es un poema de Neruda?», me dijo saltando en la cama como una niña de ochenta meses de edad.

«El pensamiento oscuro de las solteras», le dije quitándome los calzones y los semáforos.

«¿Y qué es el pensamiento oscuro de las solteras?», me preguntó, de cuclillas en la alfombra.

«Despertarse entre los nomeolvides. Y a propósito: piensa en mí a todas

horas mientras gano el pan anunciando los protocolos de Good Year Oxo y los prolegómenos de Anderson Clayton. Adiós», le contesté, saliendo del cuarto.

«¡Espérate! ¡No me dejes sola! ¡Dime primero qué es despertarse entre los nomeolvides!»

Cerré la puerta y le contesté muy quedito, como para que no me oyera:

«Un coito respaldado por las oligarquías.»

Las tazas del desayuno, la cafetera y mi novela se estrellaron en la puerta, y con ellos dos volúmenes de los Recuerdos Entomológicos de Fabre de los que salieron volando dos mariposas disecadas y el retrato de Estefanía.

«¿Y qué es un coito respaldado por las oligarquías?», me preguntó mi prima.

Toqué la puerta con la timidez de un deudor sordomudo y le contesté a señas:

«La nieve que se vuelve sal de zafiros. Y no hagas tanto ruido porque ya son las doce del día.»

Me abrió la puerta envuelta en una transparencia de orquídeas y porcelana y me arrojó los brazos al cuello.

«¿Y qué es la nieve?»

«Una hemofilia congénita», le dije, y la eché sobre la cama.

«¿Y qué es una hemofilia?», me preguntó abriendo las piernas.

«Una simple asociación de ideas», le contesté mientras le lamía el vientre

salado.

«¿Y qué es una simple asociación de ideas?», me preguntó con los ojos casi en blanco, casi en azul.

«Los poetas de corazón asesinado», dije, y salté de la cama y me quité una ensalada de lechuga, y me quité mis libros de anatomía, mi peluca y mis nalgas, y mis aspiraciones y los árboles, y en seguida me puse el dedo cordial del guante amarillo y la punta morada de la lengua izquierda y arrojé el cinturón al aire junto con mi señal de nacimiento.

«¿Y qué es los poetas de corazón asesinado?», me preguntó, mientras la cubría con mi cuerpo.

«Las burocracias del asfalto.»

«¿Y qué es?», me preguntó, pero la penetré al mismo tiempo con mi sexo y con mi lengua y le contesté con la boca llena de sus besos y su lengua:

«Un coronel con sus zapatos de morir fusilado.»

«¿Y qué es?», me dijo.

Derramar la sangre en la corona húmeda de las fresas, le contesté, es la tautología bien administrada, es un tobogán de aspiraciones, es un abre más las piernas, es un muévete, amor mío, es un vente, le dije, y comenzamos a movernos como locos y a venirnos lentamente, interminablemente, una y otra vez, en la cama, en las alfombras, en los platos, en nuestras bocas, en los

espejos y en las paredes escocidas con
luces de Bengala, truchas boreales y
jaleas egipcias con la carne hecha
harapos y los capítulos sin planchar,
¡qué maravilla, Estefanía! barboteando
espasmos entre espumas magallánicas y
corrientes alternas que combinaban
pájaros y semen y anuncios y horas
doradas, hasta que después de mucho,
mucho hacer el amor y repetirlo como
una metáfora hasta el infarto y hasta el
infinito, nos perdimos en casualidades
anaranjadas y nos coronamos de vinos y
de exilios al amor de una eternidad en
ciernes, ¿verdad, Estefanía? y mi sexo
se encogió como un acordeón y se
transformó en un viejito perdido en las

nieblas uterinas de Madagascar. «No estaba Sanforizado», dijiste tú, le tocaste la punta de la nariz y después de decirme «Ahora dime qué es una eternidad en ciernes» te dormiste, tranquila, bocarriba, con los ojos abiertos, esperándome sin esperar la menor caricia o movimiento porque sabías que yo estaba cansado de hacerte el amor. «La eternidad en ciernes», te contesté, y nunca terminé la frase: vi que eran las tres y cinco, que era noviembre y hacía sol, y entonces me quité los brazos, el ombligo, la pierna derecha, el yelmo izquierdo, los anteojos, los amigos y las cejas, el apellido y las piernas, el pelo, las orejas y los

crucigramas, y me quedé como si nada y me tiré a descansar adentro de tu cuerpo en un impulso glorioso de travestismo tardío. Estuvimos así, dormidos, los dos hechos un solo amor. Por la ventana abierta entró la tarde y entró la paloma de Palinuro, entraron a vernos los nombres de las plazas, las farolas coronadas de insectos, Ricardo el jardinero, nuestros abuelos y los anuncios de las sopas Campbell.

El que casi también entra por la ventana fue el general que tenía un ojo de vidrio. «No quiero exagerar —nos dijo—, y decir que llevaba yo horas tocando la

puerta, pero sí días enteros». Destapé una botella de Habanero Palma y al calor de unos cigarros Montecristo que nos trajo de regalo, el general nos explicó que deseaba disculparse por su comportamiento del día anterior y que por eso, y aparte de los habanos, había traído consigo su tesoro máspreciado, algo que jamás ninguno de sus amigos —y de sus enemigos menos— había conocido, o sospechado siquiera de su existencia: su colección de ojos de vidrio, que venían en un estuche abullonado con terciopelo rojo como si fuera una caja de chocolates de Perugia. El primero que nos mostró, era un ojo brillante y alegre. «Lo uso en el día de

mi santo —nos explicó—, y en los cocteles de las exposiciones pues así como me ven ustedes, general y toda la cosa, también me gusta la cultura y como que la entiendo bastante. Pero cuando bebo más de la cuenta en una de esas fiestas o en el Club Copacabana, tengo que cambiarme el ojo alegre por este otro, que es un ojo borracho y desafocado. Y al día siguiente, en cuanto me levanto, me pongo un ojo inyectado de sangre ¿ven ustedes?», nos dijo el general que tenía un ojo de vidrio y nos enseñó un ojo enrojecido donde todas las arterias ciliares y los vasos episclerales habían sido reproducidos con una exactitud asombrosa. «Este ojo

lo comencé a usar desde que tenía quince años, al día siguiente de una gran borrachera con bacanora que coincidió con la entrada de Madero a la ciudad de México y el terremoto que se desató el mismo día. Es el mismo que me pongo cuando tengo una gripa marca diablo o me entra una basura en el ojo.» Después el general que tenía un ojo de vidrio nos mostró un ojo finísimo de cristal de Bohemia: «Con un ojo como éste, señores, asistí a un concierto en el Royal Albert Hall de Londres. Porque yo también viví en Londres», dijo, mirando el retrato del primo Walter que estaba en la pared, junto al Big Ben, con su traje Príncipe de Gales que decía en

el orillo de la bolsa del pantalón *Made in England*, y en la mano derecha un ejemplar de los cuartetos de Eliot. Y continuó: «Yo fui tres meses como enviado militar especial, y llegué justo cuando Inglaterra comenzaba a ocupar Basora. Con un ojo así vi también a Mischa Elman en Bellas Artes y a Leopoldo Stokowski en Tijuana. Con un ojo igual recibí la condecoración del Aguila Azteca por mis servicios en Tlaxcalantongo, donde dimos muerte al traidor Venustiano Carranza, o como le llamaba mi padre, Pedustiano Cacarrancia. Aunque esa noche, claro, me puse un ojo asesino: y es que la Patria es primero, y por eso tengo

también un ojo patriótico para los desfiles del 16 de septiembre y el Día de los Niños Héroes y un ojo fiel para el Señor Presidente. Lo mismo un ojo emocionado y lleno de lágrimas para cuando tocan el himno nacional y que a veces, contra toda mi voluntad, es el mismo ojo que me pongo cuando estoy estreñado». «¿No quiere otro trago, general?», le preguntó Estefanía. «Sí, gracias», nos contestó el general poniéndose un ojo amable, cogió una botella, se la empinó y nos mostró después un ojo enamorado. «Con un ojo así mi padre se le declaró a Angela Peralta, *Angelica di voce e di nome*, como le decía su maestro Lamperti. Y

no es que mi padre estuviera tuerto como yo, sino que yo heredé su ojo para las mujeres. Es decir, un ojo galante para las mujeres decentes, y un ojo lúbrico para las coristas del Tívoli y las putitas del 2 de abril. ¡Y éste también! miren qué belleza de ojo en blanco. ¡La de veces que lo usé para hacer el amor en la Quebrada del Infierno donde nos pasamos casi doce meses comiendo carne seca! ¿Pero a quién le importa, cuando se tiene la carne fresca de una indita chihuahuena fiel como un perro?, y como les digo —nos dijo, en efecto, el general—, yo también soy hombre leído y escrito. Este por ejemplo es mi ojo astigmático que sólo uso con anteojos

para ver las telenovelas y leer las Vidas Paralelas de Plutarco o Recorriendo México a Pie y a Caballo. Con este mismo ojo he leído varias veces el capítulo de las balas de Martín Luis Guzmán, Los Bandidos de Río Frío, Doña Bárbara, el Emilio de Rousseau y Se llevaron el Cañón para Bachimba. Con el mismo leí Don Segundo Sombra y aprendí que el corazón del caburé tiene el peso de todos los pecados del mundo. En cambio, cuando leo las historietas de Tarzán o del Mago Mandrake no necesito este ojo, porque de niño yo no era astigmático», nos dijo el general que tenía un ojo infantil y tras beberse el resto de la botella de un trago

y ponerse un ojo medio alegre, nos enseñó también el ojo indiferente que tenía para las partidas de pókar con el abuelo Francisco; el ojo colérico para los estudiantes vociferadores; el ojo reverente que usaba cuando iba a la Basílica de Guadalupe; el ojo de admiración que reservó para conocer al general que participó en la defensa de la isla de Creta; el ojo de sorpresa que se puso cuando se enteró de la boda de María Félix y Jorge Negrete; el ojo de hijo pródigo que usaba el Día de las Madres; el ojo clínico que se llevaba a las peleas de gallos y el ojo de incredulidad que abrió cuando supo que Mussolini había dicho que sus aviones

podían oscurecer el cielo de Italia. Después se puso un ojo triste —el mismo que según nos dijo usaba en los entierros y en las Navidades, porque para él todas las Navidades eran tristes, incluyendo La Navidad en las Montañas —, y nos confesó que él hubiera querido tener muchos ojos más, tantos como matices y variaciones tienen la ira, el buen humor, el desprecio, la felicidad, los celos, la envidia, la resignación y el aburrimiento, pero que en primer lugar era muy difícil estar cargando siempre todos los ojos de un lado a otro, y en segundo, a veces mientras se quitaba uno y se ponía el otro, se esfumaba la emoción o cambiaba de estado de

ánimo. «Y eso es muy peligroso —nos explicó—. Tan peligroso como olvidarse de cambiar de ojo. Por ejemplo, muchas de las veces que me peleé con mi mujer se me olvidó cambiarme el ojo de rabia cuando le pedía perdón y le juraba que la quería mucho, y claro, ella no me creía. Otra vez, lo recuerdo muy bien, estaba yo en una convención del PRI y cuando alguien propuso como candidato para gobernador a uno de mis enemigos, me puse un ojo de desprecio, y como cuando salió electo allí mismo lo primero que hizo fue voltear a verme con un ojo triunfante, yo no tuve tiempo de ponerme un ojo servicial, y claro,

nunca me lo perdonó y esa vez perdí hasta la diputación y me refundieron en la selva de Chetumal todos los cuatro años», dijo el general que tenía un ojo rencoroso, y se acabó otra media botella de otro trago. Estefanía lo vio tan borracho que le preguntó si no quería una taza de café negro. «No, gracias, porque se me espanta el sueño y tendría que ponerme el ojo insomne que me queda un poco grande y no me deja bajar los párpados», contestó, y con un ojo orgulloso nos dijo que a cambio, tenía otros tres ojos que eran una maravilla. El primero era un ojo con opacidades grises en el cristalino, y el segundo tenía el iris abombado V se podía observar un

edema y ciertos exudados que alteraban la fluidez del humor acuoso tal como le había explicado el oculista. «Este es un ojo con catarata, y este otro, un ojo con glaucoma, por si acaso —nos dijo el general con un ojo intranquilo—, algún día le diera una de esas enfermedades al ojo de carne y hueso.» Y después de tocar madera sacó de la bolsa de su blusa un tercer ojo: «Este que ven, sin expresión, opaco y frío, lo llevo siempre junto a mi corazón y espero que alguna mano caritativa me lo ponga el día de mi muerte antes de que me cierren los ojos», nos dijo el general que tenía cien ojos de vidrio.

Estefanía aplaudió, trajimos otra

botella, nos fumamos todos los Montecristo, y el general y yo recordamos viejos tiempos: el Rolls Royce negro y plateado que pusieron a su servicio en Londres, y que medía como cien mil pesos de largo; la muerte de Carlos Pereyra y la invasión de la ciudad de México por brujas cartomancianas; y cantamos *Mambrou s'en va-t-en guerre* y hablamos del Folies Bergères y del asesinato de Trotsky y de la declaración de Guerra de México al Eje y de la ópera *Elixir de Amor* en el Teatro Iris y del caníbal Al Packer de Colorado y del Teatro Gran Tabor con palcos de caoba llevada especialmente de Honduras, y de *Qué*

Verde Era Mi Valle que tanto le había gustado a José Clemente Orozco, y el general, con un ojo nostálgico, nos habló de La Hora Azul del Recuerdo que pasaban por la XEW, y después comenzó a cantar como Emilio Tuero, y luego, con un ojo cerrado, se quedó dormido.

Yo lo dejé descansar durante un buen rato y me dediqué a afilar unos versos en honor de mi prima, que esa tarde se había puesto una de las caras más bonitas que tenía y su cabello era de cobre vivo como los metales de Cardano. Dejé correr las telarañas y un buen tiempo más tarde, cuando consulté el reloj por medio del cual conocía yo la

hora exacta de los ojos de Estefanía, la mañana de sus pechos, el mediodía de su ombligo y la medianoche de su sexo, me di cuenta que ya era el momento de despertar al general y pedirle que se retirara. El general se puso su ojo inyectado, cerró su estuche y se despidió de nosotros después de besarle la mano a Estefanía. Y cuando creíamos que ya no tenía más ojos que enseñarnos, sacó de la bolsa trasera de su pantalón verde olivo un paquetito color de rosa con un moño negro y deshilachado, lo abrió, y nos enseñó un ojo que yo juré había ya visto en alguna parte alguna otra vez.

«Este ojo —me dijo—, es un regalo para usted, joven, para que no se olvide

de su general. Es un ojo que mandé hacer en Londres, porque quería ir a las carreras de Ascot y verlas con ojo de inglés. Me fui directo al Museo de Madame Tussaud, y le dije al encargado de hacer los ojos de vidrio para las figuras de cera que me hiciera el otro ojo que habría hecho para la figura de Nelson si el almirante no hubiera sido tuerto. Pero no me sirvió porque se equivocaron y me dieron un ojo de mujer.»

«¿Y cómo supo usted que era un ojo de mujer?», le preguntó Estefanía.

«Ah, porque el día en que me lo puse me empezó a gustar el inglesito rubio que me tocó de chofer», me dijo el

general, mirándome primero con un ojo cínico y después con un ojo tierno.

¿Y qué crees que nos pusimos a hacer después de que se fue el general? ¿Qué otra cosa piensa usted, don Próspero, piensan ustedes —señor general y tú, Palinuro—, que podía yo hacer con una prima así, que con todo y pertenecer a la naturaleza creada y no creadora, se resistía desde el fondo de su cuerpo y de su alma a ser conocida por medio de la *evidencia potissima* de Juan de Mirecourt, porque aunque sus ojos no podían ser azules y no azules al mismo tiempo, ustedes tendrán que aceptar que

sí podían ser color cielo y no color cielo al mismo tiempo, según el ciclo estuviera nublado o en sus ojos estuviera anocheciendo? ¿Qué otra cosa hacer con una prima así, les digo, con una Estefanía a la cual ustedes y por lo pronto solo podrán conocer por medio del nivel más bajo de la percepción según la clasificación de Spinoza: de oídas, señores, de lo que yo les cuente y les asegure, les jure, les invente y les pronostique? ¿Qué otra cosa hacer con una prima así, con una amiga, con un ángel que por pertenecer a lo inefable, y como lo dijo Bergson, no se escapa a la imagen, pero sí al concepto? ¿Con una amante así que a pesar de referirse a la

realidad y tener un significado por sí misma como todo término categoremático, no formó parte, insisto, de la única realidad aceptada por Petrus Aureoli, que es la del objeto conocible? ¿Y qué hacer sobre todo en ese momento en que el general salió del cuarto y los cabellos de mi prima y junto con ellos su ropa cayeron hasta sus tobillos de álamo blanqueado por la sal, y un intenso olor a champú de esmeraldas sobrecogió nuestro cuarto? Ustedes comprenderán que lo único que yo podía hacer con ella, era el amor.

Y para que no me pase la vida hablándoles de lo mismo, le contarás de una vez y para siempre todas las formas

en que mi prima y yo hacíamos el amor.

Hacíamos el amor compulsivamente.

Lo hacíamos deliberadamente.

Lo hacíamos espontáneamente.

Pero sobre todo, hacíamos el amor diariamente.

O en otras palabras, los lunes, los martes y los miércoles hacíamos el amor invariablemente.

Los jueves, los viernes y los sábados, hacíamos el amor igualmente.

Por último los domingos hacíamos el amor religiosamente.

O bien hacíamos el amor por compatibilidad de caracteres, por favor, por supuesto, por teléfono, de primera intención y en última instancia, por no

dejar y por si acaso, como primera medida y como último recurso.

Hicimos también el amor por osmosis y por simbiosis: a eso le llamábamos hacer el amor científicamente.

Pero también hicimos el amor yo a ella y ella a mí: es decir, recíprocamente.

Y cuando ella se quedaba a la mitad de un orgasmo y yo, con el miembro convertido en un músculo flácido no podía llenarla, entonces hacíamos el amor lastimosamente.

Lo cual no tiene nada que ver con las veces en que yo me imaginaba que no iba a poder, y no podía, y ella pensaba

que no iba a sentir, y no sentía, o bien estábamos tan cansados y tan preocupados que ninguno de los dos alcanzaba el orgasmo. Decíamos, entonces, que habíamos hecho el amor aproximadamente.

O bien a Estefanía le daba por recordar las ardillas que el tío Esteban le trajo de Wisconsin y que daban vueltas como locas en sus jaulas olorosas a creolina, y yo por mi parte recordaba la sala de la casa de los abuelos, con sus sillas vienesas y sus macetas de rosas-té esperando la eclosión de las cuatro de la tarde, y así era como hacíamos el amor nostálgicamente, viniéndonos mientras

nos íbamos tras viejos recuerdos.

También lo hicimos de pie y cantando, de rodillas y rezando, acostados y soñando.

Y sobre todo, y por la simple razón de que yo lo quería así y ella también, hacíamos el amor voluntariamente.

Muchas veces hicimos el amor contra natura, a favor de natura, ignorando a natura.

O de noche con la luz encendida, mientras los zancudos ejecutaban una danza cenital alrededor del foco. O de día con los ojos cerrados. O con el cuerpo limpio y la conciencia sucia. O viceversa. Contentos, felices, dolientes, amargados. Con remordimientos y sin

sentido. Con sueño y con frío.

Y cuando estábamos conscientes de lo absurdo de la vida, y de que un día nos olvidaríamos el uno del otro, entonces hacíamos el amor inútilmente.

Para envidia de nuestros amigos y enemigos, hacíamos el amor ilimitadamente, magistralmente, legendariamente.

Para honra de nuestros padres, hacíamos el amor moralmente.

Para alegría de los psiquiatras, hacíamos el amor sintomáticamente.

Y sobre todo, hacíamos el amor físicamente.

Una tarde yo llegué a nuestro cuarto de la Plaza de Santo Domingo con la

Historia del Arte que nos había prestado Walter, y entonces hicimos el amor siguiendo todas las reglas del arte mínimo, del arte óptico, del arte ambiental y del arte conceptual.

Después nos pintamos de blanco y reprodujimos *El Beso* y *El Ídolo Eterno* de Rodin y *El Abrazo de Cupido* y *Psique* de Antonio Canova.

A partir de entonces solíamos también besarnos junto a la ventana, como los amantes sin rostro de Edvard Munch.

O bien ella se abría de piernas como un gran desnudo americano de Wesselmann, o me ofrecía el trasero orejudo como un cefalópodo de Hans

Bellmer, o se recostaba en la cama con sus bucles y su vestido de niña y la falda arriba de las rodillas, como una adolescente provocativa de Balthus.

Después de un viaje a San Francisco, Estefanía quiso que imitáramos la postura de los amantes modernos de Gerald Gooch. Después de una visita al Museo del Prado, repetimos en tercera dimensión y durante semanas enteras todas las locuras de El Jardín de las Delicias Terrestres de Hyeronimus Bosch.

Y un número infinito de veces nos abrazamos como Leda y el Cisne en los cuadros de Leonardo, como Hércules y Deyanira en las pinturas de Mabuse,

como Venus y Marte en las obras del Veronés.

Sí, puedo decirte que nos amamos apasionadamente, como los amantes de Géricault; que fuimos azules y tristes como los amantes de Chagal, y que juramos que aunque nos hiciéramos viejos y nos salieran y entraran serpientes y sapos por los ojos y la barriga, seguiríamos haciendo el amor como los amantes de Grunewald.

A esto, le llamamos hacer el amor artísticamente.

Y mientras tanto, yo comencé a pensar muy serio en la posibilidad de solicitar un trabajo en una agencia de publicidad, tal como lo había propuesto

mi prima. A Estefanía la contrataron de inmediato como modelo, como escritora y como genio. A mí, me costó un enorme esfuerzo entrar a una agencia. Más esfuerzo me costó salir de ella. Y más, más todavía, me costó no regresar.

11. Viaje de Palinuro por las Agencias de Publicidad y otras Islas Imaginarias

Serían aproximadamente las tres en punto de una tarde gris y desalmada, cuando Palinuro, cansado de una juventud perdida en barrios de dulcerías rancias que colorean los cafés con petulancias geográficas; harto de las cagarrutas de todos los pájaros del Jardín de San Fernando que se

olvidaban de largarse al Sur; triste, además, porque ya había pasado el tiempo en que por cada surco de la vida corre un rastro de savia que se armoniza con los buenos y los malos pensamientos; crecido, por otra parte, lo suficiente como para saber que no es fácil cambiar el color de una avenida o las insignias gramaticales de su propia historia. O en otras palabras: cansado, harto, triste y crecido, pensó en despedirse por segunda y última vez de su primera infancia, y por la primera y también la última vez de su segunda adolescencia, y largarse a viajar por la vida, sin pinceles que chupar, ni huesos femorales que memorizar, sin diademas

de axiomas y cartílagos humeantes que destazar.

Y ASÍ COMO LEMUEL GULLIVER

se lanzó a la aventura para conocer las islas fabulosas de Liliput y Laputa, los Struldbruggs inmortales y los nobles houyhnhnms. Y así como el príncipe Astolfo de Inglaterra voló a la luna en el carro de fuego del profeta Elias en busca de la medicina para la razón perdida de Orlando el Furioso. Y así como Maeldúin visitó la isla de la muralla de fuego giratoria y el país bajo las olas, y así, por último, como Snedgus visitó la isla de los guerreros con cabeza de gato y la isla donde

llueve sangre de pájaros, así también Palinuro, que por toda fortuna tenía sus veinte años ambulantes y un clavel en la solapa del saco, se decidió por fin a decirle adiós a sus recuerdos: adiós a las flores asmáticas que desprendían deseos y solsticios para la tía Luisa; adiós al papel crepé de la tumba de los ratones blancos; adiós a las patas de los anteojos del abuelo Francisco, que quedaron zambas de tanto cabalgar en su nariz.

¡Adiós!

y a visitar las Agencias de Publicidad y otras Islas Imaginarias. ¡Ah, las Agencias de Publicidad que eran así: rosadas y con sillones verdes, con

ventanas grandes como acuarios y con veinte pisos hacia arriba desde donde uno podía suicidarse sin salirse de su propio cuerpo! ¡Ah, las Agencias de punta de rosa y amatista donde Palinuro dejó sus mejores días envueltos en celofán de Celanese y salpicados con los besos de sus amantes! ¡Ah, las Agencias que viajaban a 60 millas por hora, relucientes y plateadas como un Rolls Royce, sin que apenas el reloj se atreviera a chistar:

tic-tac...

tic-tac...!

Las Agencias, las Agencias donde flotaban los jabones de marfil. Las Agencias donde corrían los arroyos de

cold-cream y centenares de caballitos minúsculos y del color de los fuegos fatuos escapaban de los cofres de los automóviles Ford para sumergirse en los monopolios de estrellas fugaces y en las corrientes de mermeladas inmemoriales. ¡Las Agencias, las Agencias donde los whiskies ardían en los témpanos que trajo en un álbum el capitán Scott cuando con su barco rompe-hielos le quebró el espinazo al siglo veinte!

LAS AGENCIAS,
como las islas, en la realidad y en el sueño existen en número infinito. Palinuro sólo conoció unas cuantas. Pero la más grande, la más importante y

de la cual dependía la mayor parte de las islas accesorias imaginarias, fue

LA ISLA DE LA AGENCIA ENCANTADA.

Y así como Bran visitó la Isla donde llueven cristales y piedras de dragón y donde se halla la piedra conspicua de la que brotan cien acordes. Y así como Hui Corra visitó la Isla del río del arco iris líquido y la Isla del pozo de todos los sabores. Y así también como Luciano viajó a la luna para conocer a los pájaros-ensalada con plumas de lechuga, así también Palinuro, y después de solicitar como el mismo Luciano de Samosata la incredulidad de sus

lectores, viajó a la Isla de la Agencia Encantada para conocer personalmente al hada Colgate, a la abuela Pepsi-Cola con su peluca de tres colores, al rey Cadillac El Dorado, a la princesita Kraft que menstruaba mayonesa, y a la especiosa familia McCormick, que con sus dones, sus encantorios y sus prodigios, cubrían la tierra de bendiciones y de paraísos en flor. Parece mentira. Apenas ayer Palinuro era un niño, un estudiante de secundaria, un estudiante de medicina. Y de pronto, inmediatamente después de eso, tan inmediatamente que el propio Palinuro no hubiera podido decir si transcurrieron segundos o millonésimas

de segundo, entró a trabajar en una agencia de publicidad y conoció a otra nueva Estefanía a la que jamás había imaginado por más ideas que se hizo de su forma de caminar, sentarse, recrear sus axilas y decir nonsenses. O sea que en un momento era una criatura que se iba de pinta huyendo de los galimatías que se enrarecían hasta convertirse en tres duraznos y caminaba por el Paseo de la Reforma cazando mariposas, con su acetato de etilo para matar fritilarias y polifemos y sus tobilleras blancas, y en otro momento era ya un muchacho de veinte años que acababa de renunciar al arte y a la medicina, y que todavía sin embargo, era casi un ángel, casi un

bocado de pederasta, y que todavía y no obstante iba contento porque ya nunca más sería un estudiante pobre, fustigado por los nervios trigéminos y perdido en laberintos químicos, y de pronto se vio rodeado de mantequillas siniestras, de abrelatas amenazantes, de gatos de ojos de papel neón y de gringas gigantescas con muslos gruesos y espumosos y pubis de tabaco rubio Lucky Strike. Entonces subió en el ascensor de cristal que lo dejó en medio del supermercado. El supermercado era la Isla. La Isla era la Agencia. La Agencia era la meta de Palinuro.

PALINURO ERA UN MUCHACHO

sin experiencia en la vida. Lo que es más, un muchacho sin nombre. Para que eligiera el suyo, para que escogiera el nombre que le daría fama en la vida, el gerente de la Agencia Encantada, acompañado por Estefanía (la madre dorada de la tortuga, la señora del Edén terrenal de los chinos inmortales Hsi Wang Mu) condujo de la mano a Palinuro rumbo a

LA ISLA DE LOS MIL Y UN NOMBRES

y así como Niels Klim emprendió un viaje fantástico al fondo de la tierra y conoció las noches luminosas y los árboles que caminan y se transformó él

mismo en un satélite del sol central. Y así como Teigue visitó la Isla del carnero de los nueve cuernos y la Isla de los huevos de pájaro rojos y azules que cuando uno se los comía le salían plumas. Y así como Pantagrúel y Panurgo conocieron la Isla Sonante y la Isla de la Superchería y la Isla de los Ignorantes, así también Palinuro llegó a la Isla de los Mil y Un Nombres en la cual, y como sus mil y un nombres lo indican, una computadora especial se encarga de registrar todas las combinaciones posibles de nombres que puede haber para el infinito número de productos fabricados por los clientes de la Agencia Encantada, de manera que

sólo ellos, y nadie más que ellos, pueda usar esos nombres. Y así fue cómo Palinuro, en aquellas tardes jugosas y claras en las que aprendió con Estefanía a hacer los anuncios de las ginebras y las montañas, conoció la genealogía reluciente de los automóviles Packard, la heráldica agridulce de las pastillas Salvavidas, la etimología burbuieante de los Alka-Seltzers y el origen oscuro y mágico de la palabra Kodak y de cuanta palabra semejante hubiera en el universo posible e imposible, como Zodiak, Todak, Krodak, Ikodak y Prodack, y que no sólo le abrieron a Palinuro sus diafragmas de metal hacia un mundo nuevo y mejor, sino que también le

revelaron los misterios de la Isla: pues para evitar que la competencia bautizara a sus productos con los nombres más bellos, inteligentes, sugestivos, fantásticos, morales, absurdos, ingenuos o macabros —le explicó el guía a Palinuro—, en esta Isla hemos registrado todas las palabras de cuanto idioma se habla en la tierra: todos los sustantivos, los adjetivos, los artículos, los adverbios, de manera que nadie, sino nosotros hoy y nunca más podamos llamar a un automóvil *El Bellamente*, o a una mostaza *La Indivisible*. Y registramos también todos los giros de los idiomas muertos y de todos los lenguajes y dialectos futuros. Y para

evitar que la competencia empezara a inventar nombres que como Kodak no quisieran decir nada, pero se asemejaran al nombre de nuestros productos para aprovechar su prestigio, además de tener un valor eufónico y mnemotécnico, registramos todas las combinaciones posibles de dos y tres sílabas. Y después de cinco, diez, quince sílabas. Y más tarde registramos nombres impronunciables que nuestros locutores tardaban hasta cinco minutos en mencionar. Y luego nos dimos cuenta de que todos estos nombres no tenían necesariamente que carecer de sentido, así que acudimos a la literatura y comenzamos a inventar marcas de

productos que contuvieran historias, poesías, novelas y filosofías completas. Y así fue como se creó un detergente cuya marca era El Quijote entero, y una pasta de dientes que contenía toda La Risa de Bergson. Pero para entonces los escritores de la Agencia Encantada desdeñaron a la computadora y comenzaron a escribir por su propia cuenta novelas y obras de teatro, poesías y cuentos que dieran nombre a una salsa catsup, a un neumático o a una cerveza. En la compra de estos productos, regalamos un ejemplar del libro que los bautiza. O si prefiere usted verlo desde otro punto de vista —le dijo el guía a Palinuro—, en la compra de cada libro

obsequiamos el producto correspondiente. Todos los libros del futuro están también registrados, y es así como se le ha reconocido al libro el haber sido el primer producto de consumo de fabricación masiva en la historia de nuestra sociedad industrial.

TRAS LO CUAL, PALINURO ELIGIÓ SU NOMBRE

y lo eligió para todos sus productos comenzando por sí mismo y por sus órganos, huesos y deyecciones, y acabando por todos los cuadros, libros, operaciones, anuncios e inventos que pintara, escribiera, ejecutara y patentara, y fue así como Palinuro llegó de la mano

de su guía, a

LA ISLA DEL NOMBRE PROPIO

donde los genios de la Agencia Encantada se ahorran todos los problemas relativos a las marcas de los productos de sus clientes por medio de un sistema gracias al cual el público adquiere toda clase de productos sin nombre, desde alfombras y máquinas de escribir hasta camisas y rollos de película, y unos aparatos especiales se encargan de imprimir, estampar en relieve, bordar o grabar en ellos el nombre de cada cliente, de manera que cada uno sale de la tienda, de la farmacia o del supermercado con sus

corbatas Martínez, sus aspirinas Martínez y sus *cornflakes* Martínez, y así, al mismo tiempo que existen millones de marcas distintas, para cada cliente no existe sino una sola que es la suya. Y entonces Palinuro,

PALINURO FRENTE AL ESPEJO,
se dio cuenta de que sin salir de la Isla, y sin necesidad de salir de su casa y de sus ojos, y a través de su aparato de Palinurovision, podía ordenar que le enviaran a su casa y a mi alma un frasco gigante de Palinuscafé, una caja de whisky Mac Palinuro y una docena de preservativos Palinurex. Podía ordenar también que le enviaran un libro con su

marca y nombre que contuviera la crónica de las Islas y la crónica de las tardes de las agencias, las tardes de tormentas cerebrales y muestreos estratificados y aparatos que medían los parpadeos de las amas de casa; las tardes aquellas, ah, las tardes en que Palinuro llegaba justo en el momento de la evocación y de las tazas de té que hablaban solas, para sembrar su ironía magistral, y en las que venían a cuento, entonces, los fabricantes de pastas dentales que ponían una perla dentro de cada tubo, la domadora del circo que desnudaba un automóvil Jaguar a latigazos y los vasos de cristal que murmuraban «Johny Walker», «Johny

Walker», mientras bailaban un *country-dance* sobre la grama. ¡Ah, esas tardes de las agencias, que en medio de los alfileres que embrujaban al globo terráqueo y de los peces tropicales que saltaban de los aviones de American Airlines y descendían del cielo en sus paracaídas de vinilo, Palinuro y Estefanía —y a veces el primo Walter—, ahogaban la tenia literaria confusa en el solaz de sus tripas! Tripas que eran, por cierto, jóvenes y engréidas.

DE AQUÍ A LA FAMA

no hay sino un paso —le aseguró el guía a Palinuro—. Y así como Escipión y Chaucer emprendieron el vuelo que los

llevaría a conocer el Palacio de la Fama, así también Palinuro, tras navegar por un lago de avena ardiente, tras cruzar un mar de bacilos búlgaros y refrescos de cebada y abrirse paso a dentelladas en una jungla de llaves inglesas y rollos Tri-X que magnificaban las babas del diablo, llegó de la mano del gerente-guía de la Agencia Encantada hasta el desde entonces llamado y para siempre recordado

SALÓN DE LA FAMA.

Allí, en el Salón de la Fama, y cuyos pisos están cubiertos por una alfombra roja de varios siglos de espesor,

cristalizados en su instante de gloria, en estatuas blancas y vaciadas en moldes tomados en vivo como las esculturas de Segal, están los *copywriters* y los publicistas más famosos del mundo. Allí está Aretino publicista. Allí está Rosser Reeves el inventor del Unique Selling Proposition. Allí está, haciéndole el amor a un automóvil convertible de capota rubia, Ernest Dichter, el hombre que aplicó el principio de la Gestalt a la publicidad. Más adelante está Vicary, el descubridor de la publicidad subliminal. Está Gilbreth, el inventor del cronociclógrafo. Y están los apóstoles de la imagen de marca. Y están los descubridores de la empatía del cliente

hacia el producto. Está también Claude Hopkins dándose un baño de vapor en la cervecería de Schlitz y está John Caples levantándose la cola de la levita para sentarse al piano mientras se escuchan unas risitas de burla. Más allá se encuentra la escultura de un hombre que corre tras una Coca-Cola alada, tratando de cazarla con una red de mariposas: es el genio que inventó la pausa que refresca. Más acá, la estatua de un mago moderno que le ofrece al mundo una esfera de adivinar que tiene en su interior el modelo miniatura de un automóvil Ford. El Salón de Fama, a diferencia del palacio descrito por Chaucer, no se levanta sobre una enorme

roca de hielo. A diferencia de La Casa del Rumor, no se encuentra entre la tierra, el mar y el cielo, en el punto de unión del triple universo. El Salón de la Fama está en el último piso del rascacielos más alto de Madison Avenue, que es más alto que el Empire State, más alto que el edificio Sears Roebuck de Chicago, más alto que la Fundación Ford, la Fundación Guggenheim y el Centro Rockefeller. Más alto que el Premio Nobel de Literatura, más alto que las Universidades de Iowa, de Oxford, de Leiden y de México. Más alto que la BBC. Más alto que la General Motors, Unión Carbide, Sperry Rand y la ITT.

Más alto que la Kimberley Clark, la Woolworth, la duPont, el Standford Research Institute, la Container Corporation of America, la IBM y que todas las compañías más grandes del mundo, incluyendo a la Royal Dutch/Shell, la Volkswagenwerk, la ICI, la Hitachi, la Nestlé. Más alto que el Salón de la Fama, sólo esta el cielo lavado con Rinso Blue, y del cielo caen escamas de Jabón Lux, para blanquear a los habitantes de Nueva York y del mundo. Desde sus ventanales se contemplan los cientos de rascacielos de la ciudad, iluminados por la noche con focos Westinghouse. Abajo en las calles, y como abalorios del día, corren

los taxis amarillos de la Chrysler Corporation. Y millones de hombres y mujeres viajan bajo la tierra, sobre rieles de la United States Steel Corporation. Pero también entre ellos, y por los intestinos y las arterias profundas de la ciudad, por los tubos neumáticos de televenta y distribución instantánea a domicilio, culebrean los espaguetis de la General Foods y ruedan las naranjas Jaffa y fluyen las *salad-creams* pálidas como la linfa y circulan las mermeladas rojas como la sangre...

Y DESPUÉS DE CITAR UNA FRASE FAMOSA

de Aldous Huxley: «Es más fácil

escribir diez sonetos pasables que un anuncio efectivo que lleve a miles de personas a comprar un producto», el gerente-guía de la Agencia Encantada le aseguró a Palinuro que más allá del Salón de la Fama toda fama es efímera, y para demostrárselo lo llevó de la mano a

LA ISLA DE LA FAMA EFÍMERA,
donde le explicó que alguna vez un hombre de cuyo nombre no podía acordarse, había pronosticado que en el futuro todo el mundo sería famoso por quince minutos. Y que fue en honor de este profeta —ya que no en su memoria—, que se fundó la Isla de la Fama

Efímera donde todos los habitantes sin excepción, así como los viajeros que la visitan, tienen derecho a ser famosos durante quince minutos y a elegir el momento y las circunstancias de su fama. Y el guía le explicó a Palinuro que en un principio se pensó que unas circunstancias eliminarían a otras: es decir, que una vez que un hombre eligiera ser el barítono más grande de toda la historia, por ejemplo, no podría haber otro hombre que aspirara al mismo honor, porque resultaría contradictorio. Pero en la práctica nos dimos cuenta de que esto no representaba ningún problema —le aseguró el guía a Palinuro— porque la

fama sólo dura quince minutos, al cabo de los cuales el afortunado en turno pasa al olvido total: lo contradictorio sería que todo el mundo lo recordara por haber sido famoso durante quince minutos, porque eso equivaldría a perpetuar su memoria. Y para evitar que la Isla se llenara de personas que se pasaran el resto de su vida jurando de café en café y de amigos en amigos que habían sido famosas por unos instantes, también ellas olvidan totalmente que lo fueron. Lo cual, por supuesto, no evita que muchas de ellas se pasen la vida jurando que serán célebres algún día. La Isla ofrece la oportunidad de ser famoso por cualquier cosa que se pueda

imaginar: los filósofos, naturalmente, eligen ser famosos por su filosofía; los pintores por su pintura y los médicos por sus artes curativas. Otros habitantes eligen ser famosos por hechos espectaculares como darle la vuelta al mundo en un velero o conquistar la cumbre de la montaña más alta. Y no importa que nunca en realidad hayan llevado a cabo esas hazañas, porque la ilusión es perfecta: durante los quince minutos, toda memoria anterior es sustituida por el recuerdo de los libros, las películas o los descubrimientos del afortunado en turno, o simplemente por el recuerdo de toda una vida de trabajo y dedicación que no podía desembocar

en otra cosa que no fuera la fama merecida. Pero debo decirle también — agregó el guía— que a todos aquellos que carecen de un talento, una vocación o una inquietud especiales, la Isla les otorga el derecho a ser famosos por cualquier cosa que hagan. Así, un hombre puede ser el ascensorista más grande del mundo, el estibador más importante de la historia, el cartero más ilustre de su época. Lo que es más, se puede también ser famoso por nimiedades que al transformarse en motivo de la fama adquieren entonces la importancia de una proeza: se puede ser famoso por lavarse los dientes un lunes en la mañana, por ir al cine, por caminar

por un parque y darle de comer a las palomas; por nacer, simplemente, o por morir; por usar una corbata azul, por ir a misa, por fumar en pipa, por tener amigos. Se puede ser famoso incluso por no querer serlo: y es que en esta Isla la fama no sólo es una oportunidad para todos, sino también una obligación, de manera que a los modestos, a los que carecen de ambiciones, a los que rehuyen la publicidad y la grandeza, la fama los sorprende haciéndolos famosos por su humildad. Por esto, muchos prefieren luchar toda la vida —es decir, creer que han luchado toda la vida—, para poder, así, elegir el momento y las circunstancias ideales de su fama —le

dijo el guía a Palinuro—. Y Palinuro eligió ser famoso por sus mentiras. Así, cuando llegó a la Isla declaró que él jamás sería famoso, y como eso era una mentira, durante quince minutos el viento esparció su fama de mentiroso por todos los confines de la Isla, las multitudes lo aplaudieron, su nombre apareció momentáneamente en las Historias Universales del futuro, y Palinuro vivió por unos momentos la ilusión de haber conquistado el triunfo a través del fracaso.

EL VERDADERO TRIUNFO, SIN
EMBARGO,
estaba siempre a la misma distancia y

para alcanzarlo, y como todo caballero camino al Paraíso, como toda alma musulmana que se dirige a la cima de la montaña del Jacinto, como todo espíritu hebreo que se encamina al Midrash Konen, Palinuro supo que debería primero triunfar en todas las pruebas que le prescribiera la Providencia después de contestar al llamado al héroe y de reconocer el disfraz miserable del portador del destino, que bien podría, por ejemplo, aparecer con la forma de una ranita de tela sintética que diera saltos sinópticos mientras cantaba: ¡Cro-Cro, Cro-Cro-Crolán! Y para esto no sólo hacía falta derrotar a los dragones y tractores John Deere y navegar una

noche entera a bordo del whisky Cutty Sark sin perecer en el periplo y cruzar el puente y verbo encarnado al-Sirat, filoso y delgado como un cabello y lubricado con aceite de cocina Anderson Clayton procurando no caer hacia el lado derecho erizado de puntiagudas antenas de televisión, o hacia el lado izquierdo donde lo amenazaban las latas de conservas carnívoras que flotaban en el pantano gritador, sino también pasar todas las otras pruebas, tests, interrogatorios y exámenes que lo esperaban en la vida. Lo primero que puso a prueba, una vez elegido, fue su nombre:

PALINURO.

¿Cómo dijo usted que se llamaba?

Palinuro, como el piloto de la nave de Eneas.

¿Panuliro?

Palinuro, como el *Palinurus vulgaris* que nace en las aguas bajas con el nombre de langosta común y muere en la alta cocina con el nombre de Thermidor.

¿Parulino?

Palinuro, como el promontorio de la provincia italiana de Salerno.

¿Paluniro?

Palinuro, que era el nombre que él mismo había elegido para que lo acompañara en su vida como una

mascota fiel.

¿Pariluno?

Palinuro.

¡Ah! ¿Y cómo se escribe eso?

Con «P» de Pedro Pérez Palinurez,
Panuliro, Parulino, Palinduro, Palunido,
Paniduro, Pariluno, Poeta, Peluquero,
Publicista, Pinta Paisajes Para París,
Pone Pelucas Por Pocas Pesetas,
Produce Patent Perforated Paper,
Proclama Pilules Pink Pour Personnes
Pales...

¿Cómo dijo?

Dije que se escribe con «P» de Palinuro,
con «A» de Alinuro, «L» de Linuro, «I»
de Inuro, «N» de Nuro, «U» de Uro, «R»
de Ro y «O» de O —dijo— y el pobre,

con «P» de Palinuro, reprobó además las pnumerosas pruebas a que lo psometieron los psiquiatras, incluyendo del ptest de Roschach: «Dígame usted qué es lo que ve aquí», le dijo el investigador. «Veo manchas de tinta». «No se haga el gracioso. ¿Qué es lo que ve?» Y Palinuro: «La primera es una mancha de sangre negra en forma de escorpión. La segunda, una mancha de orina negra donde se ahoga el escorpión. La tercera, una mancha en forma de vampiro que se chupa la orina negra. La cuarta, un hombre que se va a comer al perro por la cola». «¿Cuál perro?» «El que se va a comer al vampiro en la siguiente mancha». «¿Ve usted algo

más?» «Veo puñales, estupro, jovencitas que se masturban con el dedo de la media victoria», dijo Palinuro que de verdad veía todo eso. Y el psiquiatra, que era una mancha informe con un lejano parecido al Pithecanthropus erectus, lo declaró loco de atar. Pero no lo ataron. Lo dejaron suelto, para fortuna de las agencias, de Estefanía y de la publicidad universal. En seguida el psiquiatra, totalmente esquizotimizado, se dividió en cientos de pedacitos de diferentes colores y a Palinuro se le ocurrió juntarlos. Alinuro recogió 75 corcholatas premiadas de cerveza Carta Blanca, que podían cambiarse por más cerveza Carta Blanca. Linuro juntó 160

pedacitos de papel de colores arrojados desde el edificio Nieto durante la visita a México de Kennedy y Jacqueline. Inuro se encontró con 10 boletos del metro de París y 5 planillas del tranvía Primavera. Nuro levantó del suelo 87 estampillas verdes que podían cambiarse por escobas y ensaladeras de plástico anaranjado. Uro recogió 24 pedazos de un billete de lotería que pudo haber sido premiado con el millón de pesos. Ro encontró 104 trozos de sus cartas de amor a Estefanía. Y por último O, con los 465 pedazos, completó el test-mosaico de Lowenfield, formando con ellos, como con un rompecabezas, la imagen del publicista ideal.

Y EL PUBLICISTA IDEAL,
listo para entrar al Salón de la Fama,
tenía la nariz de David Uglyvy, la
barriga de Raymond Rubberham, los tres
pelos de Leo Brunette y la dentadura de
Stanley Razor.

PERO NO FUE TAN FÁCIL
que Palinuro, sin más ni más, entrara al
Salón de la Fama después de pasar por
la Agencia Encantada, como no le fue
tan fácil entrar a la Agencia Encantadora
después de pasar todas las pruebas y
contemplar en los cielorrasos los
planisferios inasibles donde cada
foquito de color señalaba una agencia

anaranjada y lejana, como la estrella Alfa Tauri o la ciudad de Panamá, o una agencia grande y amarilla, como el sol o la ciudad de Nueva York. No, no fue tan fácil a pesar de que Palinuro (tras haber registrado todas las variantes de su nombre) planeó su propia campaña de publicidad y preparó varios anuncios que envió por correo a los gerentes de McCann Erickson, Walter Thompson, Young & Rubicam y Doyle Dane & Bernbach:

YA...

(decía el primer anuncio)

YA CASI...

(decía el segundo)

YA CASI VIENE...

(decía el tercero)

YA CASI VIENE PALINURO...

(decía el cuarto)

¡YA ESTÁ AQUÍ PALINURO!

decía el quinto y último, donde Palinuro, a sabiendas de que la publicidad no es una ciencia porque su arma es la persuasión y la persuasión es un arte, y utilizando todas las fórmulas publicitarias a veces recomendables y a veces jamás recomendables como
NOW! ANNOUNCING!

SENSATIONAL! REMARKABLE!
MAGIC! MIRACLE! OFFER! QUICK!
EASY! LAST CHANCE! BARGAIN! y
ADVICE TO, enfatizó su punto
exclusivo de venta y sus demás virtudes
como su precio económico (Palinuro y
medio por el precio de uno), su
disposición en cualquier lugar y tiempo,
su buena fe, su pasado glorioso (casi
artístico y casi médico), su capacidad
para inventar fábulas encintas y su amor
por el catecismo de las oficinas, los
pregones milenarios y la sintaxis de la
náusea, además de su edad, dirección,
estado civil, nacionalidad y por
supuesto sus tantas veces mentado
nombre, poniéndose como testigo a sí

mismo de sus dotes y bondades: Yo bebo Palinuro, Yo como Palinuro, Yo leo Palinuro; e invitando a las agencias, a los gerentes, a los ejecutivos y al publico en general a hacer lo mismo: ¡Beba PALINURO! ¡Lea PALINURO! ¡Fume, coma, orine, cague PALINURO!

Y ES VERDAD.

es verdad que el Barón de Münchhausen cruzó el puente curvo que unía al África con la Gran Bretaña como un arco iris de piedra, y es verdad que viajó a la luna, donde los habitantes dejan sus cabezas guardadas en sus casas cuando salen de viaje. Es verdad que Arthur Gordon Pym viajó a la Isla de Tsalal

donde conoció a la raza humana más sanguinaria de la tierra. Es verdad que San Brendano conoció la Isla de la Roca donde Judas disfruta su descanso dominical, y que Carlos El Gordo, con el hilo de un cometa amarrado a su pulgar, viajó a los laberintos resplandecientes de las penas infernales. Pero ninguno de ellos conoció las maravillas y los horrores que vio Palinuro en

LA ISLA DE LOS TESTIMONIALES

en el momento fugaz en que, imaginándose las consecuencias que podrían sufrir todos aquellos que bebieran, fumaran, comieran, leyeran

Palinuro y así lo declararan, viajó al infierno donde sufren tormentos todas aquellas personas que en vida participaron en anuncios comerciales diciendo Yo Uso Tal Producto, Yo Prefiero el de Más Acá, Yo Trago el de Más Allá, y donde unos diablillos color de rosa hierven todo el día en enormes pilas de jabón Lux a nueve de cada diez estrellas de Hollywood, y donde los poetas que alguna vez recomendaron las plumas Parker están condenados a escribir mil veces diarias la frase «Yo uso plumas Parker» y donde el barón tuerto George Wrangel está condenado a ponerse y quitarse cada treinta segundos y durante toda la eternidad su camisa

Hathaway. Y allí vio Palinuro cómo a las amas de casa que habían recomendado las aspiradoras Hoover les introducían el tubo de una aspiradora por el gaznate y les sorbían sus propias palabras, y cómo a las que habían recomendado las máquinas de coser Singer les cosían los labios y los párpados y les bordaban flores y cosmoramas en la barriga. Y vio cómo los diablos les cortaban los dedos y el aliento a todos aquellos que habían recomendado alguna vez los cuchillos de cocina Prestige, y cómo a todas las mujeres que dijeron usar ollas Presto les arrancaban el corazón y las ilusiones y los cocían en su jugo. Y vio cómo a

todos aquellos que habían recomendado en vida algún producto comestible o bebestible les colocaban un embudo en la boca y los reventaban con esos mismos productos. Vio cómo reventaban a la señora Roosevelt con margarina Good Luck. A los hombres de distinción, vio cómo los reventaban con whisky Lord Calvert. Al catador Albert Dimes, cómo lo reventaban con té Tetley y al comandante Edward Whitehead con aguatónica Schweepes y al coronel Sanders con pollos Kentucky y a Orson Welles con jerez de Pedro Domecq y a Peter Ustinov con vinos Gallo.

PERO ABRIÓ LOS OJOS,

se dio cuenta de la realidad del mundo, puso los pies sobre la tierra, dibujó su propia caricatura, se la enseñó a media humanidad sin pudor alguno y decidió acudir a otros recursos: si algunos publicistas famosos habían comenzado ofreciendo estufas o biblias de casa en casa, él comenzaría humildemente vendiendo libros. De modo que construyó una especie de barco pequeño de cajas de jabón, una nave de azulada proa y ruedas de patines, y la cargó con la Enciclopedia UTEHA, con La Rama Dorada, con la Historia de Madison Avenue, con el Diccionario de Psiquiatría de A. Porot y el Diccionario Médico Larousse, con la Historia de la

Filosofía de Copleston y con otra infinidad de libros de consulta, novelas, florilegios de poesía, diccionarios y tesoros de la lengua. Y se suponía que cada una de las páginas de estos libros sería una vela que le ayudaría a navegar por la vida y a desembarcar con éxito en las Agencias de Publicidad. Así que cuando amainaron los temporales y los vientos suaves encendieron su grito hacia las rosas náuticas, Palinuro largó velas y un anochecer de présagos resplandores historiado con anécdotas de Simbad el Marino en que un sopor núbil cubría los puertos natales, se hi/o a la mar cana con el propósito de llegar a lejanas tierras donde las marranas

mueren de amor en extranjeras playas, a cambiar sus libros por mercancías exóticas: dentífricos, casas, cheques de viajero, automóviles, *tours* por Europa y frascos de alcaparras, y por fórmulas secretas para ganar amigos, hacer el primer millón de dólares o transformar el café del Brasil en oro, los diamantes de Sudáfrica en esclavos color carbón, las bananas de Centroamérica en orgasmos de las conejitos del Playboy y los pozos de petróleo de Venezuela en un desayuno, en Tiffany, de perlas negras en su concha.

¡GRAN FRACASO DE PALINURO!
porque su barco (el mismo barco donde

transportaba toda su cultura portátil y desplegable) hizo agua, pues ya lo dice un epigrama de Marcial: *Minxisti currente semel, Pauline, carina. Meiere vis iterum? Iam Palinurus eris.*

Y QUIZÁS LA CULPA FUE,

como casi siempre, de los desafortunados consejos del primo Walter:

«¿Qué nombre le daría usted a un nuevo atún enlatado?» le preguntaron a Palinuro.

«Pompilos —dijo— como el pescador jonio metamorfoseado en atún por Apolo.»

«Ah... ¿y qué nombre se le ocurre para

un nuevo detergente?»

«Al-Borak, como el nombre de la yegua fabulosa de Mahoma, que lo llevaba, pasando los siete cielos, de la Meca a Jerusalén en una noche. Borak significa rayo, blancura cegadora.»

«Ajá. ¿Cómo llamaría usted entonces a una nueva miel para *hot-cakes*?»

«Ida, que era el nombre de un monte de Creta, célebre por su miel.»

«Ajajá. ¿Y a un nuevo insecticida en aerosol?»

«Acor, como el dios destructor de las moscas, adorado en Cirene.»

«Ja, ja, ja... déjenos su teléfono y su dirección, y lo llamaremos cuando tengamos una plaza en nuestra agencia.»

Nunca lo llamaron.

PALINURO, INSISTENCIALISTA, fue víctima sin embargo (y de nuevo) de los psiquiatras de la Agencia Encantada que además de acusarlo de autopunitivismo por morderse las uñas, además de clasificar su postura psicológica como una mezcla de arrogancia y timidez y de atribuir su tartamudeo esporádico a una zurdez contrariada, le aplicaron el rigor de todos los tests y pruebas inventados en la historia de la psiquiatría, la antipsiquiatría, la psicología y la parapsicología, incluyendo al funcionalismo, el conductismo y el

estructuralismo. Y mientras tanto Palinuro, a la salida del ascensor de cristal y desarmado en medio de un campo de sembradíos multiláteros, tuvo que luchar a brazo partido con una gorgona a la que le brotaban de la cabeza varias docenas de mangueras Good Year. Y luego los psiquiatras le mostraron una serie de fotografías para hacerle el TAT de Morgan y Murray, y gracias a las cuales Palinuro pudo hacer gala una vez más de toda su imaginación morbosa, pornográfica y epatante. Y mientras tanto tuvo que vencer a las brujas de la Noche de Walpurgis que volaban montadas en sus aspiradoras Bendix. Y después le hicieron a

Palinuro la prueba del Minnesota Multiphasic Personality Inventory que lo perseguiría en el futuro como una pesadilla deliciosa. Y mientras tanto tuvo que enfrentarse a otros portentos, como eran una momia envuelta en papel higiénico Waldorf y una máquina de escribir ventrílocua que le hacía decir cosas que jamás imaginó que iba a atreverse a decir.

POR EJEMPLO:

¿Cómo podía él, cómo podía Walter, cómo podía el gerente, cómo podían todos hablar de Tiffany, de corbatas regimiento, del restaurante 21 de Nueva York y de presupuestos publicitarios de

millones y millones de pesos dólares mientras había en el mundo tanta gente que se moría de hambre? ¿Cómo, mientras cientos de miles de mujeres y de niños se morían de tifos y disenterías cómo podían los poetas seguir muriendo de un golpe de luna llena? Pero entonces el gerente-guía llevó a Palinuro de la mano, y lo llevó de los ojos y de la lengua, a

LA ISLA DE LAS PROMOCIONES

donde no sólo se planean todas las ofertas destinadas a aumentar las ventas de los productos de los clientes de la Agencia sino que además, y siendo la Agencia Encantada —tal como le

explicó el guía a Palinuro— una empresa humanitaria, y uno de sus propósitos principales el de aumentar no sólo el prestigio de las marcas de los productos sino también el sentido de responsabilidad del público hacia la sociedad en la que vivimos, las promociones están planeadas con la intención de que sea el consumidor, en lugar de la empresa, el que contribuya a las grandes causas. Así, cuando un fabricante de chocolate instantáneo, por ejemplo, de verduras enlatadas o de cualquier otro alimento desea efectuar una promoción y ofrecer su producto con descuento o al dos por uno, se le sugiere que no altere el precio y rué a cambio de

ello incluya en cada frasco o en cada lata un cupón por el mismo valor y a nombre de una sociedad benefactora, y que viene ya en un sobre con la dirección correspondiente y una estampilla postal, de manera que lo único que tiene que hacer el consumidor es depositarlo en el buzón de correos. Así, en la venta de ropa y joyería obsequiamos un pequeño paquete con prendas de segunda mano, y le pedimos su nombre y dirección al cliente indicándole que pronto pasará a su casa un representante de Oxfam, el Goodwill o de cualquier otra organización semejante, que se encargará de recogerlo para entregarlo a los pobres.

Como usted puede apreciar —continuó el guía— todas estas promociones tienen la intención simple y por lo demás muy obvia de proporcionar a nuestros consumidores una tranquilidad de conciencia. Así, en la compra de cada botella de ginebra, ron o whisky, se incluye un cheque a nombre de diversos institutos antialcohólicos y del Ejército de Salvación; en los artículos deportivos un giro postal a nombre de las sociedades de protección a los espásticos, los distróficos y paralíticos, y en la venta de un abrigo de visón, unos zapatos de piel de cocodrilo o una estatuilla de marfil se incluyen contribuciones destinadas a las

sociedades protectoras de animales, el medio ambiente y el equilibrio ecológico, y a todas aquellas organizaciones que luchan por la preservación de especies que están por extinguirse como pueden ser la vicuña de Los Andes, los elefantes de Kenya, el ocelote de Paraguay o el aye-aye de Madagascar. Esto, para darle unos cuantos ejemplos. No nos hemos olvidado de los delfines portabombas. No nos hemos olvidado tampoco de los pueblos que sufren hambres y plagas, inundaciones, terremotos, sequías y huracanes: nuestras líneas aéreas internacionales obsequian en todos los vuelos a cada uno de los pasajeros,

pequeñas bolsas de harina de soya y harina de trigo, azúcar, sal, café, medicamentos, para que cuando el avión transcurra por encima de estas atribuladas regiones, las arrojen desde el aire.

PORQUE ENTRE OTRAS COSAS

—le dijo el guía a Palinuro— estamos asimismo conscientes de la finitud de los recursos humanos y naturales, de la exploración demográfica y del reducido tamaño de nuestro planeta, todo lo cual se refleja en el fantasma de la escasez, como lo verá usted si visita

LA ISLA DE LA ESCASEZ

donde Palinuro se quedó sin guía, porque en esta Isla los guías, naturalmente, son muy escasos. Además, Palinuro no pudo recorrer la Isla no sólo porque los transportes escasean, sino también porque las distancias son muy escasas. Palinuro no pudo siquiera estar un día en la Isla, o una noche, porque allí los días y las noches son muy escasos. También las horas y los minutos, pero es difícil darse cuenta porque también los calendarios y los relojes escasean. En esta Isla, sin embargo, no se puede decir que escaseen todos los productos y las cosas que uno pueda imaginar, porque también la imaginación es muy escasa. De esta

Isla, donde escasean la vida y la muerte. Palinuro hubiera querido escribir una crónica más larga y rica, pero le escaseó el papel, la tinta, el tiempo, y sobre todo le escasearon las palabras.

LA CONCIENCIA, AL MENOS, ¡LE QUEDÓ LIMPIA!

Eso, después. Porque antes, no. Y es que de eso se trata, precisamente,

LA ISLA DE ANTES Y DESPUÉS

ya que en la Isla de Antes no sólo están todas las señoras gordas antes de ponerse a dieta con galletas Ryvita y todos los trastes sucios antes de ser lavados con Palmolive y todas las

muchachas de dientes amarillos antes de cepillárselos con Gleem, sino también todos los genios de la Agencia con la conciencia sucia antes de que comprendan los propósitos de la Agencia Encantada y acepten el papel que les tocó jugar en la vida. En la Isla de Después, están todas las señoras flacas después de ponerse a dieta con Ryvita y todos los trastes limpios después de ser lavados con Palmolive y todas las muchachas de dientes blancos después de cepillárselos con Gleem y todos los genios de la Agencia después de penetrar en los misterios de la investigación motivacional y de entender a conciencia lo que es un *status symbol*

y después de haber leído a Macluhan y comprender que el medio es el mensaje y el masaje, y que todos los medios son, además, metáforas activas, y que la publicidad, a fin de cuentas, es un guante de box que sostiene un ramito de nomeolvides. Lo más recomendable, le dijo el guía, es visitar la Isla de Antes antes y la de Después después, ya que de otra manera, si se visita la de Después antes y la de Antes después, no sólo se le ensucian a uno de nuevo los platos y la conciencia, y se le hinchan las carnes y se le amarillean los dientes, sino que además la vida entera: el recuerdo, los perros, los postes del telégrafo, las odaliscas, los lagos y todas las Islas, las

crónicas y sus lectores se despalmolivizan, se desglimizan y se desryvitzan.

ANTE EL PELIGRO DE DESPALINURIZARSE

(el que despalinurice a Palinuro será un buen despalinurizador) y decidido a hacerse un hombre del mundo ancho y ajeno, decidido a pasar, camino al Salón de la Fama por los restaurantes más famosos del cinturón de comunicaciones de Madison Avenue, como el propio 21, el Laurent y el San Marino, Palinuro comenzó a recorrer la distancia gastronómica que existe entre un muchacho de veinte años y

LA ISLA DE LOS GASTRÓNOMOS

sobre la cual, y como le explicó el guía, el cuerno de la cabra Amaltea derramó toda la abundancia de los alimentos terrestres. Sobre ella, también, cayó la escarcha que se convirtió en la vaca de cuyas ubres manó la leche que amamantó al gigante Ymir. Y es esta Isla la tierra de los monstruos Leviatán y Ziz, de carne deliciosa e inagotable, y donde se transforma en realidad la leyenda de Canaan, tierra de leche y miel; y es también la Tierra de Jauja descrita por Ferécrates, donde los tordos asados vuelan alrededor de la gente rogando que se los coman, y la región que visitó

MacConglinne donde las casas tienen las puertas de cecina, los umbrales de pan y las columnas de queso añejo. El guía sólo le mostró a Palinuro los barrios pobres de la Isla de los Gastrónomos, muy alejados de los reinos de Brillat-Savarin y del Vizconde de Viel-Castel, pero donde se repite el ciclo de la vida de los ricos: los habitantes mueren y sus compañeros se comen sus cadáveres porque su carne sabe a papas, a Quiche Lorraine, a langosta, a Saltimbocca alla Romana y otras exquisiteces. Los mismos habitantes se comen también su propia caca, porque cagan zanahorias y lechugas vivas, curries, Baba-au-rhum,

Truchas Pére Louis, mole poblano, kebabs y Soufflé au Grand Marnier. Los habitantes de tanto comer vomitan, pero se beben y se comen sus propios vómitos, porque vomitan platillos exquisitos cocinados en su estómago: Bouillabaisse. Ostras Rockefeller, salsa Madeira y bordalesa, Fettucine y champiñones en mantequilla negra. Los habitantes de tanto comer eructan pero aspiran sus propios regüeldos porque expelen olores de faisán a la cacerola, de Choucroute Garni, de Riñones al Jerez y Tripes à la Mode. Los habitantes de tanto comer se peen, pero aspiran sus pedos, porque huelen a queso Pont L'Evêque, a cocido irlandés, a Omelette

Madame Prunet. Los habitantes de tanto comer lloran, pero se beben sus propias lágrimas porque lloran gotas de anisado, de Nuits St. Georges, de Daikirí, de Drambuie y de Gin & Tonic. Los habitantes de esta Isla en realidad nunca mueren porque cuando revientan comienzan (como Erisicton condenado por Ceres o el Kirtimukha de los templos javaneses) a comerse a sí mismos: se comen sus manos, su estómago, su hígado, sus pulmones, y cuando ya se han comido el maxilar inferior, comienzan a crecerles nuevos órganos de formas, olores y sabores distintos.

ERUCTANDO ENTONCES

y no sólo cultura (a cuyo banquete había llegado tan tarde), Palinuro se dio a pensar en la vanidad de vanidades de la vida humana, y el gerente-guía, que en sus buenos ratos era capaz de comprender el fondo del corazón humano, lo invitó a visitar con él

LA ISLA DE LA PEQUEÑA GRANDEZA HUMANA

que está dedicada a nuestras mínimas y más íntimas grandezas, ya que la Isla no es otra cosa que un inmenso museo de cera donde están representados todos los grandes personajes de la historia,

pero ninguno de ellos en las situaciones o las actitudes que los inmortalizaron. Aquí no encontrará usted —le dijo el guía a Palinuro— a Giuseppe Garibaldi encendiendo los Alpes con el esplendor de sus cazadores rojos, ni a Simón Bolívar jurando desde la cumbre del Aventino entregar su vida en aras de la liberación de su patria. Aquí no está Madame Curie en su laboratorio escribiendo su Tratado de la Radiactividad, ni están los hermanos Montgolfier viajando por los cielos de Lyon. Aquí no aparece Greta Garbo en *Ninotchka* o el ilustre jurisconsulto César Beccaría denunciando la arbitrariedad de la justicia criminal de

su tiempo. Y aquellos que imaginan que en esta Isla van a contemplar a Landrú, a Cartouche o a Gilíes de Retz cometiendo los crímenes que los hicieron famosos; aquellos que piensan que en este museo está Baby Ruth lanzando pelotas rumbo al sol o Zapotek saltando puestos de verdura en Praga, están equivocados. A cambio de eso encontrarán una escultura de cera de Jorge Washington, solo y en la intimidad, escarbándose la nariz con un dedo y sacando de ella un largo moco verde. Verán a María Antonieta defecando en su alta bacinilla de porcelana y oro. A Leonardo da Vinci bajándole los pantalones color de rosa a su amante Salaï. A Sigmund Freud,

adolescente y lampiño, masturbándose en un retrete. Aquí, en otras palabras, no está el ilustre anarquista Bakunin acusando a la Iglesia y al Estado de ser las dos bestias negras que esclavizan a la humanidad. Aquí no está al célebre educador Juan Pestalozzi inventando el sistema de educación mutua de Lancaster. Aquí no está Errol Flynn en *Aventuras en Birmania*, ni está el profesor Max Planck enunciando la teoría de los quanta, ni está el ilustre filósofo Gustavo Teodoro Fechner soñando con los ojos abiertos y en la oscuridad de su habitación con la poesía del Universo y la vida psíquica de las plantas. Es decir, sí, aquí están todos,

pero nadie los reconocería. Como nadie reconocería, en esta reproducción en cera de un feto, a la mujer que sería después Leonor de Aquitania. Nadie, tampoco, en este montón de huesos y piltrafas, en este cuerpo al cual una anguila le engulló el sexo, los hipocampos le devoraron las tetillas, los peces dorados le escarbaron el costillar y los tentáculos de un gigantesco pulpo rojo como el Dios imaginado por Víctor Hennequin le perforaron los huesos del cráneo para salir por las órbitas vacías de los ojos, nadie reconocería en él — aseguró el guía— al cadáver del gran pirata Francis Drake reposando en el lecho de la Bahía de Portobelo. Y por

último el guía le mostró a Palinuro una sección especial del museo originada en la Isla de lo que Pudiera Haber Sido, y donde varios expertos y computadoras, considerando todas las eventualidades y factores externos e internos posibles, así como los elementos hereditarios y ambientales, somáticos y psíquicos, nutritivos y climatológicos que hubieran podido ejercer una influencia en el cuerpo de numerosos personajes del pasado si hubieran vi y ido diez años o más, o treinta, o cincuenta, han elaborado una serie de figuras de cera que pueden dar una idea del aspecto físico que hubieran tenido. Y Palinuro vio que Cristo era un hombre de noventa

años, y que era sordo y que le habían crecido la nariz y la barriga. Y vio que Wolfgang Amadeus Mozart tenía sesenta años, y era calvo, y tenía las manos engurruñadas. Y vio a Marilyn Monroe, que había ya pasado del medio siglo y que estaba inmensamente gorda por culpa de un trastorno glandular. Y vio a Popeye en una silla de ruedas y a Tarzán ciego y a Batman transformado en un viejo pederasta. Y vio por último varios ovillos de huesos y cartílagos, de arrugas y verrugas, de tumores y varices que mascullaban palabras ininteligibles, cualquiera de los cuales podía ser (o hubiera podido ser) el gran pensador Bertrand Russell a los doscientos

cincuenta años de edad, el Cid Campeador a los mil cien, o el patriarca Matusalén a los treinta mil.

SOMETIDO FUE PALINURO,
a continuación, a las asociaciones de palabras prueba Jung de. O en otras palabras (mejor asociadas), a la prueba de las asociaciones de palabras de Jung. Y cuando Palinuro asoció los colores menesterosos con la basura inmortal que se disloca en las espesuras ensortijadas de los parques; y cuando Palinuro asoció la hinchazón de las imprentas con la censura rectilínea y la óptica de los magistrados con las tecnologías dentadas; y cuando Palinuro, pensando

e n *Los Tres Mosqueteros* le habló de genuflexiones damasquinadas; pensando en *Los Hospitales de Ultramar* le contó de las tardes puerperales y pensando en el mismo psicoanalista le habló de los espíritus hipotecarios y de los eclipses obedientes, el psicoanalista aclaró la voz y después de tragarse varias inmundicias del gremio laríngeo anotó en el papel la palabra «reprobado», con una letra muy suya y muy especial, llena de cadencias ilusorias y de séquitos florecientes, pero eso sí, enorme, y atravesando diagonalmente el papel de un lado a otro como si quisiera degollar en zigzag todas las posibilidades que Palinuro tenía de trabajar en una agencia

de publicidad. Aunque esto, en realidad, fue injusto. Es decir, injusto con el analista, que no sólo nunca en su vida había oído hablar de las corazas abstractas, de los terciopelos indoloros y de los olvidos aclimatados, sino que, mucho menos, había tenido ocasión de asistir al encuentro casual del paraguas del primo Walter con la máquina de coser de Estefanía sobre la mesa de operaciones de Palinuro.

EL CUAL, CON TODO, QUEDÓ
TRISTÍSIMO

y agotadísimo y Palinurísimo, preguntándose si en este mundo o si en la parte que a él le había tocado no

sucedían nunca cosas buenas, y de nuevo su ángel de la guarda, gerente y guía y cicerone lo llevó de la mano hasta los umbrales mismos de

LA ISLA DE LAS BUENAS NOTICIAS
donde según le explicó, los habitantes, conscientes de que en el mundo no todo es tribulación y adversidad y no sólo ocurren asesinatos, asaltos de bancos, naufragios, violaciones, bombas, secuestros y otras tragedias y desgracias innumerables; conscientes de que todos los días nacen millones de niños, perros y flores normales y millones de personas celebran sus bodas de plata y de cristal, sus cinco años de jubilados o sus diez

mil días de vida, y otros millones más transcurren por la mañana, la tarde y la noche sin que les roben la cartera, sin que se les incendie la casa, sin enfermarse, sin resbalarse con una cáscara de pólvora, sin llorar a sus muertos, sin perder el empleo, sin que les dé una embolia, sin pelearse y sin tener, en fin, ningún percance especial, infortunio o contratiempo graves. Conscientes de que en cientos de ciudades y regiones no hay terremotos inundaciones, sequías, guerra civil o cualquier otra clase de siniestros, cataclismos y hecatombes, decidieron editar un periódico y un noticiero por cada hogar, de manera que los habitantes

de cada casa, después de enterarse todas las mañanas de la salida del sol, después de abrir los ojos y enterarse de que no sólo ellos sino también el universo está vivo, pudieran conocer todo lo bueno que sucedió en la sala, en el comedor y en la cama, las buenas noticias de la llegada en punto del lechero, la buena noticia de que no se quemó la sopa, y no se rompió ningún vaso y a ninguno de la familia le dieron punzadas en el hígado o le dolió una muela, y no se murió el canario y nadie tuvo pesadillas y no se descompuso la plancha y nadie le pidió dinero prestado a nadie, y la tía cumplió años y todos los demás cumplieron no-cumpleaños y

llegaron dos cartas y tres tarjetas postales y llegó, en punto, el periódico exterior con todas las cifras, resumidas, de todos los millones de personas en el mundo a quienes no les sucedió nada trágico, fatal o irremediable, y sí muchas cosas buenas y agradables o simplemente fantásticas. Pero esto —le dijo el guía a Palinuro— ya pertenece a las estadísticas, y por lo mismo a otra isla menos afortunada.

EN EFECTO, PALINURO NO
CONOCIÓ

como San Brendano la Isla de los Ratones Peludos, grandes como gatos. No penetró en el vientre de una ballena

como lo hizo Luciano, ni sostuvo una batalla con ostras y esponjas gigantes, ni se asomó nunca al espejo donde se ve cada ciudad y cada nación del mundo, ni conoció el lugar donde se oye toda palabra que se dice en la Tierra. No conoció la Isla de los Hermafroditas de Artus. No viajó al centro de nuestro planeta para conocer a los Mégamicres que nadan en ríos de agua roja. No visitó, como Conn, la Isla de la casa techada con alas de pájaros, ni viajó a la Isla Paradisiaca de las cincuenta camas. Pero a cambio de ello viajó a

LA ISLA DE LAS ESTADÍSTICAS Y
LOS PROMEDIOS

en la cual, y según le explicó el guía, todos los habitantes viven un promedio de sesenta años. Pero esto no quiere decir que unos vivan ochenta y cinco, otros cuarenta y otros cincuenta y cinco, y que el promedio sea sesenta. No, esto sólo quiere decir que todos los habitantes viven exactamente sesenta años: ni un día más, ni un día menos. Y quiere decir, también, que todos y cada uno de los habitantes de la Isla duermen un promedio de ciento setenta y cinco mil horas del total de quinientas veinticinco mil que viven. En la Isla de las Estadísticas y los Promedios — continuó diciendo el guía—, prevalece el orden absoluto: todos los ciudadanos

de cada generación nacen al mismo tiempo. Duermen después, de un tirón, todas las horas promedio que deben dormir. Se despiertan al mismo tiempo, y comen durante sesenta y cinco mil horas continuas, para luego hacer el amor cuatro mil doscientas tres veces seguidas y llorar después a lo largo de veinte días, reírse sin parar dos semanas y media, aburrirse cinco años, trabajar ciento cincuenta mil horas, atarse las agujetas de los zapatos treinta y dos mil setecientos ochenta y cuatro veces, caminar diecinueve mil seiscientos kilómetros, estornudar treinta y cinco mil veces seguidas y preguntarse, a lo largo de seis meses y medio, con todos

sus minutos y segundos, cuál es el propósito de la Isla y cuál es el objeto de todo lo que hacen y dejan de hacer en su vida. Tras lo cual se pasan cincuenta y seis mil horas teniendo ilusiones y tres años y medio temiéndole a la muerte, para morir, al fin, todos en el mismo instante, pero de distinta muerte. Luego, permanecen muertos una eternidad como promedio.

DE REGRESO EN LA AGENCIA ENCANTADA,

el gerente-guía le contó a Palinuro que precisamente la Isla de las Estadísticas, con toda su farragosa relación del inacabable número de cosas gratuitas

que todos los hombres (y mujeres) tienen que hacer a lo largo de sus vidas, le dio la idea, a la Agencia Encantada, de crear

LA ISLA DE LOS SALARIOS

que cumple varios propósitos, tal como le dijo el guía. El principal de ellos es el de estimular la creatividad genuina de nuestros escritores y directores artísticos, y por lo mismo, en esta oficina nadie recibe un solo centavo por su trabajo, y no porque el dinero sea, como dijo Ferenczi, suciedad deshidratada, inodora y brillante. En primer lugar, porque consideramos que el talento de nuestros genios es

invaluable. En segundo, porque es nuestro deseo que cada uno de nuestros pequeños talentos ponedores de huevos de oro, dé lo mejor de sí por amor al producto y al arte de la publicidad. De aquí la necesidad de que cuando uno de nuestros *copywriters* escribe un comercial para el jabón Camay, o uno de nuestros directores artísticos elabora un anuncio para el whisky Four Roses, estén conscientes de que no lo hacen por el dinero, y puedan así poner en su tarea todo su corazón y todo su orgullo. Ya lo decía un anuncio famoso *Written after hours*, que la publicidad (el talento creador) es la clase de trabajo que no sólo con dinero se puede comprar.

Nuestros escritores y dibujantes viven muy bien: ganan salarios fabulosos, pero no por su labor en la agencia, que no podía ser más desinteresada. Desde hace mucho tiempo, los departamentos de Sociología y Psicología de nuestra Agencia Encantada descubrieron que hay una infinitud de actos y actividades que todo el mundo hace todos los días, y que sólo pueden catalogarse como un trabajo: un trabajo, por cierto, que nadie aprecia y que nadie hasta ahora remuneraba, como puede ser simplemente apagar la luz o prenderla, abrir la llave del agua, ponerse los pantalones para venir a la oficina, tomar el autobús, caminar, saludar a los

conocidos, limpiarse las uñas, comprar la comida y tantas otras cosas más. A partir de este estudio nuestra Agencia decidió eliminar los salarios que recibían por su trabajo todos nuestros ejecutivos y elementos creadores y pagarles, en cambio, todas esas pequeñas tareas inútiles e ingratas que forman parte de la rutina diaria. Así a nuestros dibujantes y nuestros directores de arte se les da una paga especial por lavarse los dientes, una compensación mensual por consultar el reloj varias veces por día, otro pago extra por peinarse y amarrarse los zapatos y un sueldo especial por echar a andar el automóvil y manejarlo hasta la oficina.

Todas las actividades están previstas; es decir, todas aquellas que no se relacionan específicamente con la tarea creativa y de relaciones públicas que efectúan en la Agencia, como llevar a pasear a los niños, llamar por teléfono al plomero, afeitarse o encender un cigarrillo. Por supuesto, sabemos que también nuestras secretarias y nuestros empleados secundarios tienen que hacer las mismas cosas todos los días, pero desde luego una recepcionista que no hace otra cosa todo el día que contestar teléfonos, no puede recibir el mismo salario por pintarse los labios, que una directora creativa que con sus ideas vende no sólo millones de paquetes de

pan Wonder, sino lo que es más, vende aspiraciones, ilusiones y formas de vida. De la misma manera no puede pagársele lo mismo por anudarse la corbata a un escritor que crea un slogan famoso para los cereales Postum, que a un *office-boy* que se pasa la vida llevando mensajes y paquetes de un lado a otro. De aquí las enormes diferencias de salarios. Cada Navidad obsequiamos a nuestros directores artísticos y a nuestros *copywriters* un generoso aguinaldo en compensación al trabajo que representa, a lo largo del año, el hacer las operaciones aritméticas para distribuir sus salarios y el firmar los cheques con los que pagan sus compras y sus viajes a

plazos, sus seguros de vida, sus multas y sus préstamos bancarios, sus suscripciones a las agencias de crédito y sus hipotecas.

VARIOS DÍAS MÁS TARDE, o quizás varios meses más tarde, varios comerciales más tarde, varios olvidos, páginas y jamones más tarde. Palinuro, consciente de lo caros que estaban los zapatos y los automóviles, de lo costosos que eran los vates privados y los dedos de oro, temió que lo aceptaran en la Agencia Encantada, que le pagaban un gran salario, y un día perder todas sus cosas por culpa de una quiebra de Wall Street; por culpa de un robo, de un

incendio; por culpa, quizás, de un golpe de dados en los tapetes verdes de Las Vegas. Pero el gerente-guía le explicó que podía estar tranquilo, pues en la Agencia Encantada nadie tenía nunca necesidad de poseer objeto alguno en su vida, ya que para eso habían creado otra Isla:

LA ISLA DEL ALQUILER

para viajar a la cual Palinuro alquiló un medio de transporte, alquiló un camino y alquiló un mapa, unas maletas, una ropa, un guía y unas vacaciones. En esta Isla —le dijo el guía— usted puede alquilar todo lo que guste: un automóvil, una escalera, un caballo, un refrigerador,

una casa, un cuadro famoso, una alfombra, un traje de etiqueta, una televisión. Si desea usted un jardín, le alquilamos el jardín y le alquilamos las rosas, las veredas, las fuentes para el jardín y le alquilamos las tijeras para cortar las rosas, la tierra para llenar las veredas y el agua para desbordar las fuentes del jardín. Si desea hacer una fiesta, le alquilamos el salón, los meseros, los vasos y la vajilla, las invitaciones y los invitados, los chistes y las conversaciones. Si quiere usted casarse, le alquilamos el juez y la iglesia, la novia y el traje, la música y la luna de miel. En esta Isla le alquilamos días lluviosos y meses de verano; le

alquilamos un pasado feliz o un futuro glorioso. Incluso le alquilamos la vida y la muerte: si usted quiere nacer, le alquilamos el hospital, el médico, los padres y los padrinos, los biberones y los fórceps. Si quiere usted morir, le alquilamos las plañideras, le alquilamos tres metros de tierra. Y si usted no tiene dinero, no importa: le alquilamos una fortuna, le alquilamos un mecenas, le alquilamos un negocio próspero con tal de que usted, en esta Isla, pueda alquilar todo lo que necesite y guste: un riñón, un paraguas, un idioma, un monumento, una fe religiosa, una máquina de escribir para que escriba la crónica de la Isla.

CON LO CUAL PALINURO SE QUEDÓ TRANQUILO

pero sólo por unas horas, o quizás sólo por un minuto, o quizás sólo por dos mostazas McCormick o por un oscurecerse de espejos, al darse cuenta de que no ser dueño de nada no lo protegía contra la pérdida de todo, a menos, claro, que alquilara una póliza de seguro por cada cosa alquilada, pero el guía le dijo que con ese objeto los genios de la Agencia habían creado

LA ISLA DE LOS SEGUROS

donde no sólo podemos asegurarle su casa, su automóvil, su empleo y su

televisión; donde no sólo lo aseguramos a usted contra incendio, contra secuestro, contra violación, contra temblores e inundaciones, contra terremotos y revoluciones, contra granizo, contra huracanes y gases lacrimógenos; donde no sólo le aseguramos la voz si es usted un cantante famoso, las piernas si es un futbolista célebre, el pulso si es un cirujano ilustre o el carisma si es un tirano insigne; donde no sólo —le dijo el guía a Palinuro— lo aseguramos contra la pérdida de un ojo, de dos dedos, de una vértebra, de la vena cava superior, del esfínter anal; donde no sólo lo aseguramos contra las embolias,

contra el cáncer, contra el síntoma de Petruschky y contra el estafiloma pelúcido; donde no sólo lo aseguramos contra resbalones, choques, mordidas y rasguños, contra aerolitos que caen del cielo y leones que se escapan del zoológico, contra asaltantes, contra locos, contra fantasmas; donde no sólo, en fin, le aseguramos cada parte de su cuerpo y cada una de sus posesiones contra toda clase de daños o pérdidas, o en otras palabras no sólo le aseguramos el pelo, su pluma fuente, la muela del juicio y sus navajas de afeitar contra caída, robo, caries o pérdida de filo, sino que también le aseguramos la crónica que usted escriba de la Isla: se

la aseguramos contra la incredulidad, la burla, el plagio, la incomprensión, la caducidad y el olvido.

POR ULTIMO LOS PSIQUIATRAS

se lavaron las manos y le dieron a Palinuro un estuche de «Hágase-Usted-Mismo-Sus-Propios-Tests» que incluía una cajita de todos los tópicos para hacerse uno mismo la prueba de Duncker; una escala Binet-Simon para determinar por uno mismo su propio IQ, y varios folletos con instrucciones para hacerse uno mismo la prueba de las analogías y silogismos de Burt y las pruebas de las habilidades mentales primarias de Thurstone y que, según le explicó el guía

a Palinuro, había sido traído especialmente de

LA ISLA DE «DO-IT-YOURSELF»

donde todo, y como su nombre lo indica, uno lo tiene que hacer por uno mismo. Viajar a la Isla es muy sencillo, porque uno elige la fecha y el punto de partida por sí mismo, y por sí mismo elige también la ruta, la duración del viaje, el medio de transporte, las tormentas que uno mismo inventará por el camino Pero también, si uno así lo desea, puede preguntar en dónde queda la Isla y cómo llegar a ella, y una vez que uno se responda a sí mismo ésta y otras preguntas, uno tiene que hacer por sí

mismo su equipaje y despedirse de los amigos y los parientes que uno mismo se ha fabricado. Uno llega a la Isla cuando es capaz de reconocerla por sí mismo, cuando uno se convence a sí mismo que ha llegado, o cuando uno, por sí mismo, la pone en medio de su vida. En seguida uno puede inventar por sí mismo el lenguaje de la Isla y descansar del viaje: afeitarse, cambiarse de ropa, salir de compras. O en otras palabras, uno puede comprar un estuche Hágalo-Usted-Mismo provisto de navajas, rastrillo, crema mentolada y un folleto con instrucciones para afeitarse a sí mismo. O uno puede comprar un estuche de ropa nueva para vestirse a sí mismo, con un

folleto instructivo que indica cómo abrocharse los botones de la camisa y cómo meter los brazos en las mangas del abrigo. Por lo demás, el número de estuches Do-It-Yourself que hay en la Isla, es infinito: si uno quiere transformar el desván de su casa en una habitación, reparar las cañerías, rascarse la nariz o abrir la puerta por sí mismo, lo único que uno tiene que hacer es adquirir el estuche Do-It-Yourself correspondiente. También si uno desea por ejemplo manejar un automóvil, retapizar las recámaras, instalar una alfombra o hablar por teléfono por uno mismo, o incluso hacer testamento, cazar patos o cultivar su jardín por uno

mismo. En la Isla uno puede adquirir también estuches Do-It-Yourself para hacerse todo lo que uno quiera por sí mismo: hay un estuche para masturbarse por sí mismo; hay otros para admirarse o despreciarse por sí mismo. Los hay también para suicidarse a sí mismo y los hay para que uno invente la locura que lo condujo al suicidio y las condiciones que lo condujeron a la locura, y para que uno mismo haga la pistola, los barbitúricos o la cuerda para dispararse, envenenarse o colgarse a sí mismo, y los hay, en fin, para que uno mismo imprima el folleto con las instrucciones para que uno mismo se arroje desde un farallón, un rascacielos de ochenta pisos o el

puede sobre el río Hudson. Pero siempre, cuando uno está harto de todo esto, harto de vivir y de arrepentirse por sí mismo, harto de rezarle a Dios por sí mismo, de colgar sus cuadros, de aprender inglés, de fumar, de odiar, salir a la calle, leer, respirar, decir mentiras, estornudar y leer la crónica de la Isla por uno mismo, queda el recurso de largarse de la Isla. O sin necesidad de largarse, uno puede también, por uno mismo, desimaginársela, olvidar que ha leído la crónica de la Isla y encaminarse a esa otra isla donde uno no tiene nada que hacer por sí mismo, porque todo está hecho.

PERO DE REGRESO DE NUEVO A LA AGENCIA ENCANTADA

y antes de decidirse a viajar a la Isla donde todo está hecho, Palinuro, creyendo que al fin podría llenar al mundo con su fama; convencido de que había aprendido ya el significado del botón del pánico y de la crisis permanente de Madison Avenue; pensando haber merecido ya que lo condecoraran con una úlcera estomacal; seguro de poder dominar de allí en adelante los secretos de la demagogia, la publigogia y cuanta arte pirotécnica y parabólica existía mediante el uso apropiado de toda clase de hipérboles,

simetrías y aliteraciones, y sabedor, junto con Musil, que la alegoría es la resbaladiza lógica del alma, suplicó a los dioses que lo llevaran a la cumbre del Helicón y provisto de un estuche de «Haga-Usted-Mismo-Sus-Propios-Comerciales», dio sus primeros pasos en la ciencia nueva, el arte supremo de la Publicidad Poética o de la Poesía Publicitaria, a partir de un comercial para la televisión que se le ocurrió comiendo papas Sabritas y al que tituló provisionalmente:

COSMOPAPAGONIA

Y que dice así: «La mujer del pelo blanco y una arruguita por cada día que

tiene su invierno, está sentada en una mecedora y se mece al ritmo lento de su vida. El general, por su parte, está colgado en la pared, en cuya blanca superficie el salitre ha dibujado mapas de regiones inexploradas. La viejita abre con disimulo un paquetito de papas Sabritas y de reojo mira al general, cuyos bigotes de crustáceo se muestran impasibles a pesar del viento que impulsa, o que debía impulsar, las aspas de los molinos de viento holandeses bordados en punto de cruz que aparecen a su lado. La viejita se lleva una papa frita a la boca y la muerde con unción, pero sin prisa de ardilla. Un ligero, ligerísimo *crack* se escucha en alguna

parte: es, quizás, el crujido de la madera de limonero de la mecedora, que se acuerda de sus tiempos de huerta y pájaros, de limones de sabor filoso, y gime. Pero no: a la segunda papa que la viejita se lleva a la boca, se escucha un *crack* un poco más fuerte, y esta vez el general se balancea un poco, de derecha a izquierda, como desaprobando la acción. Otra papa más, y otra, y otra. De pronto, los tulipanes del cuadro se estremecen con un escalofrío y se estremece la espuma sabia de los bigotes del general. La viejita se ha llenado la boca de papas fritas: cinco, seis, diez papas al mismo tiempo, y se mece ahora al ritmo de sus mandíbulas.

¡Crack! ¡crack! ¡crack!, se oye por dondequiera, y el general y los molinos de viento comienzan a pendular peligrosamente. Nos cercioramos de la marca de las papas fritas: Sabritas. Un florero de los años veinte se pone a bailar charleston y las flores que contiene hacen *strip-tease*. Aumentan los *cracks*, cada vez más fuertes, de manera que no sabemos (nunca sabremos) si los *cracks* que escuchamos provienen del tronido de cada papa al ser triturada por los dientes de la viejita, o si son *cracks* metafísicos, telúricos, provocados por la Falla de San Andrés, a mil kilómetros de distancia, allí donde los cachalotes lanzan al cielo sus

surtidores azules. Tan es así, que el temblor aumenta y se transforma en terremoto incontrolable. Cae el florero y se convierte en un rompecabezas digno de un mandarín. Cae el general como cayó hace muchos años en la Guerra del Chaco. Caen los molinos de viento como cayeron bajo las bombas de los nazis. Y caen las paredes, cae el techo, cae el cielo, cae el sistema solar y sólo quedan, en el espacio infinito, nuestra viejita, su mecedora y la bolsa vacía de papas Sabritas que al no sufrir ya ninguna fuerza de gravedad viajan por el vacío para agregarse a otras galaxias».

QUEDANDO RESPLANDECIENTES

DE ENVIDIA

varios ejecutivos, *copywriters* y directores artísticos, los cuales le dijeron a Palinuro que si bien había una buena idea en el fondo, tenía que dedicarse a pulirla porque todo en esta vida tenía que ser pulido, lo cual no quería decir necesariamente que tuviera que ser adornado, porque algunas cosas, al contrario, hay que desadornarlas, lo cual a su vez no quiere decir que no se les maquille, pues todo en la vida, desde los duraznos en conserva hasta las tardes en familia y los comerciales y los productos —sobre todo los productos— necesitan ser vestidos, pulidos, arreglados, maquillados, como lo verá

usted en:

LA ISLA DEL MAQUILLAJE

donde los expertos de la Agencia Encantada conocían los secretos más íntimos de Mesalina la cortesana de los pezones dorados, y conocían la fórmula del agua de Tristan y del aceite de vitriolo que tiñe los cabellos de rubio, y Lis secretos de los tatuajes maoríes y de las *toilettes* de Cleopatra y Belinda y las virtudes de las lociones de glándulas de cocodrilo y sangre de lobo de Isabel de Baviera y de los cosméticos creados por los Macaroni, y donde las cremas, lápices labiales, *makeups*, polvos y coloretes Max Factor, Revlon, Elizabeth

Arden y Mary Quant reviven las glorias pasadas de Ninon de Lenclos, Madame Du Barry, Mae West y Marie Duplessis, y donde —según le explicó el guía a Palinuro— se preparan los productos de la Agencia Encantada para las fotografías y filmaciones. Nuestros expertos saben, por ejemplo, que el burbujeo de una cerveza se pierde en unos segundos y que la crema de un postre de gelatina Jell-O se derrite con el calor de los reflectores, como se derriten las gotas de sudor de un vaso de Seven-Up helado, o la grasa de una pierna de jamón Parma. Por lo tanto, para que cada producto esté listo para la fotografía que lo inmortalizará de por

vida en la revista del mismo nombre, o para la filmación del comercial que será admirado por cientos de millones de personas, le ponemos Alka-Seltzer a la cerveza y sustituimos la crema del postre por pasta de dientes y las gotas de sudor del vaso por gotas de glicerina y barnizamos con laca cada pierna de jamón. Otras cosas que hacemos en esta Isla del Maquillaje —le dijo el guía a Palinuro— es peinar a las alfombras Luxor, vestir de gala a las latas de puré de tomate Del Fuerte y de etiqueta a los cigarrillos Players, modelar los senos de los brasieres Cross-My-Heart y pintarle la boca a las cajas de té Lipton para que sonrían a las cuatro en punto.

Aquí verá usted cómo nuestros expertos se esmeran en sacarle brillo a los guardafangos de los automóviles Mercury hasta que en ellos se refleja, de cuerpo entero, el dios del comercio y protector de los ladrones. Aquí le ponemos bandeja de plata al lubricante Esso, que puede servirse en copa de cristal de Bohemia para brindar por la salud de los cilindros de su automóvil. Aquí, por último, en esta Isla, le ponemos pestañas postizas a las cámaras Retina para que provoquen, con los guiños de su obturador, el amor instantáneo y memorable.

LECCIÓN QUE LE SIRVIÓ A

PALINURO

para quitarle a la viejita de las papas la Falla de San Andrés, las huertas y los pájaros, los cachalotes y los terremotos, de manera que no quedó nada de la idea original, y el gerente, los ejecutivos, los *copywriters* rivales y los directores artísticos —o en otras palabras la crema y nata de la intelligentsia publicitaria— la archivaron en la basuroteca.

Y VIENDO A PALINURO DE NUEVO TAN TRISTE,

el gerente le dio unas palmaditas en la espalda, resopló en color de rosa y le dijo que por una parte son innumerables las buenas ideas y los slogans y

campañas geniales pero fracasados que alguna vez fueron incinerados en el altar de la buena fe y que como el Ave Fénix cocinada en su nido de orégano y laurel renacían diez años después disfrazados de ideas originales cuando se es *copywriter* famoso y en el exilio; y que por otra parte, no hay comercial, no hay idea —le aseguró el guía a Palinuro— que no muera alguna vez, porque todo en la vida es desechable, como lo podrá apreciar en

LA ISLA DE LOS OBJETOS DESECHABLES

en la que nuestro deber de crear los
productos temporales para las

necesidades temporales de nuestra *throw-away society*, hizo que nuestros genios inventaran las latas de cerveza desechables, el cepillo de dientes Dentamatic desechable y los vasos y platos de cartón Scott desechables y los pañuelos Kleenex desechables. Fue aquí en esta Isla donde nacieron los cubrebocas y los guantes quirúrgicos y las jeringas desechables. Aquí donde nuestros genios inventaron los automóviles desechables y las pelucas de juez desechables y las joyas desechables. Aquí donde se descubrió que las enfermedades, los árboles y el agua, los encendedores y los bolígrafos son también desechables. En esta Isla

cada instante del día y cada día de la semana, son también desechables: hemos creado el pasado, la historia y los recuerdos desechables. En esta Isla — agregó el guía— además de los diplomas, los discursos, los contadores públicos y los transatlánticos desechables, creamos también las sinfonías, las guerras y los muertos desechables. La crónica de la Isla, y la misma Isla con sus montañas, sus mares y sus descubrimientos, son también desechables.

PALINURO, ENTONCES, ¿NO SIRVE PARA HACER COMERCIALES?

concluyó el guía. ¿Palinuro no puede

escribir un libro? ¿Palinuro no sabe pintar un cuadro? ¿Palinuro no sirve para estudiar medicina? Siempre queda un recurso —le aseguró el gerente—: descubrir tres, diez, cien objetivos nuevos en la vida y crear así el Nuevo, Sensacional...

¡PALINURO MIL USOS!

Lo cual fue posible después de que Palinuro, de la mano de su guía, visitó

LA ISLA DE LOS NUEVOS USOS

y se enteró de que el día en que el mercado internacional se saturó de peladores de papas, los genios de la Agencia descubrieron que también

podían usarse para pelarle la piel a los indochinos, de la misma manera que los congeladores Frigidaire sirven para conservar a los niños ametrallados en las costas del Japón y las planchas Westinghouse para quemarle el vientre a los soldados norvietnamitas y los cigarrillos Pall Mall para tostarles los pezones a sus mujeres. Así también se reveló que los cuchillos de cocina Ecko pueden ser usados por los *gangs* juveniles y las pandillas de muchachos de Detroit, Glasgow, Chicago y México City, que las sábanas Queen sirven para escaparse de las cárceles y de los manicomios, y que las toallas Cannon sirven para estrangular a las esposas.

Pero hay usos más edificantes —dijo el guía a Palinuro— como es el caso de los colchones Simmons, que sirven para guardar ahorros con los cuales comprar, a la larga, otros colchones Simmons. Hay unos más populares: todos los automóviles, desde los Fiat hasta los Bentley, sirven para hacer el amor. Hay usos, también más divertidos: descubrimos que los pasteles Betty Crocker son ideales para el viejo truco del pastelazo tan querido de Laurel y Hardy, y que los mejores platos para aventarse a la cabeza son los platos irrompibles de las vajillas Hollywood de melamina. Descubrimos, por último, que toda la gente a quien no le guste la

crónica de esta Isla, puede, si quiere, darle un uso distinto —le dijo el guía a Palinuro.

¡AH, QUÉ TIEMPOS AQUÉLLOS!

Cuando Palinuro, en el preciso momento en que un acorde misterioso prorrogó las dalias que se almidonaban en la tarde, dispersas en los bulevares del Paseo de la Reforma, entró en el edificio de la Agencia Encantada y se encontró a la Estefanía de siempre, que era tan alada, grácil y diáfana, ligera, ingrávida y aérea como una figura calderiana creada con un soplo mágico, de tal manera que se estremecía con el menor aliento de Palinuro y junto con

ella estremecían sus alas los pájaros que le colgaban de las axilas y que dejaban sus huevos de Pascua en el nido de su ombligo. ¡Cómo ha pasado el tiempo! O quizás sería mejor preguntarle a Estefanía: ¿cómo has pasado tú el tiempo? ¿Cómo has pasado por él? Y aunque Palinuro estaba muy lejos de ser un caballero vengador, se aparecía de pronto dentro de una armadura blanca como el armiño dispuesto a poner una pica en Flandes y gritaba que era el Caballero Sol que salvaría a las amas de casa haciendo retroceder a la mugre hasta los confines de los barrios bajos. Y a propósito de blancura, a Estefanía y a Palinuro les gustaba en esa época irse

de picnic, porque sabían escoger muy bien entre una tarde envenenada y una mañana inofensiva, y los domingos, después de toda una semana de hacer comerciales y visitar fábricas de automóviles, laboratorios, usinas de cerillas y de papel tapiz y empacadoras de carne, después de conocer las fábricas de alimentos en conserva donde se lubrican las aceitunas para taponar los culos de los ejecutivos que acostumbran tomar más de cinco martinis diarios mientras viajan de Manhattan a Nueva Jersey o de Mariano Escobedo a Covoacin, y donde se baten enormes cacerolas de mermelada para ahogar a los niños que se portan bien y

se fabrican mostazas para los miembros viriles de los perros calientes, y después, en fin, de visitar las fábricas de alfombras donde allí los montoncillos de fibras naranja como pelambres de oso, los montones de pelusas moradas como volcanes de remolacha, las montañas de pelusas blancas como comezones de talco, las pilas de pelusas amarillas como estornudos de azafrán, y las máquinas tejiendo milagros y cuentos de hadas. Y fue en un picnic donde se les ocurrió el comercial en donde Estefanía estaba sentada al pie de los grandes pinos y su vestido color verde botella se volvía césped interminable, y encendía un cigarrillo Salem mentolado

del cual se desprendía un humo verde de esmeraldas derretidas, y comenzaba a nevar, y caían del cielo copos de menta fría y nevaba en el bosque y en el supermercado, y nevaba en sus corazones publicistas. Y Estefanía, con estas ideas que le parecían geniales, se ponía feliz y las aleluyas revoloteaban en sus ojos.

TRAS ESTE PARÉNTESIS MENTOLADO

Palinuro consideró que ya había aprendido la lección, y para no tomarse el trabajo de hacer sus propios comerciales, decidió adquirirlos, ya hechos, en

LA ISLA DE LOS OBJETOS *READY-MADE*

en la cual, y como su nombre lo indica —le explicó el guía— todo está hecho desde siempre y no sólo las montañas y el cielo y también los héroes, los refrigeradores, los alfileres de seguridad y las declaraciones de independencia, sino asimismo todos los productos imaginables pasados, presentes y futuros de nuestra sociedad de consumo, incluyendo a aquéllos que por una parte responden a la necesidad de alimentar el ocio y aliviar el peso de las obligaciones que agobian a tanta gente, y por la otra a la urgencia de

adoptar una actitud generosa y comprensiva hacia todos los habitantes de la Ciudad Global que no sin razón desean efectuar cambios profundos en nuestra sociedad. En esta Isla, por ejemplo, nadie tiene nunca que escribir una carta, porque todas las cartas están ya hechas. Tenemos una vastísima colección de cartas de saludo a los amigos, cartas de suicidas que se despiden del mundo, cartas perfumadas a la novia y las amantes, cartas a la madre, cartas a los primos, cartas de negocios, cartas diplomáticas y políticas, y de cada una existe una variedad tan infinita como lo puede ser el número de situaciones y estados de

ánimo de todos y cada uno de los habitantes de la Isla. Nuestras computadoras, alimentadas con los antecedentes personales tanto del que escribe la carta como de la persona o institución a quien va dirigida, y sabedoras del estado de sus relaciones recíprocas y de sus problemas, sus necesidades y sus deseos, se encargan de agregarle al modelo elegido por el cliente algunos detalles personales, alguna intimidad cuando así lo consideren pertinente, un toque de humor o de ironía, un reproche o un insulto. A propósito de insultos, tenemos también, *Ready-Made*, una colección de anónimos: anónimos difamatorios,

anónimos con amenazas de muerte, anónimos pornográficos. Y lo mismo, ya hechas, y en casetes especiales para teléfonos, tenemos llamadas anónimas que calumnian, llamadas que prometen la muerte, llamadas lúbricas. Otro grupo de computadoras, alimentadas por nuestros expertos más destacados en teoría económica, política y social, se encargan de elaborar publicaciones semanales, diarias, quincenales o bimestrales de todas las ideologías habidas y por haber: marxistas, fascistas, maoístas, demócrata-cristianas. Y cada modelo es exclusivo: la revista que usted y su partido adquieren, o que usted y su grupo

clandestino o terrorista eligen, es única en el mundo. Vendemos también panfletos y volantes con ideas subversivas y exhortaciones a la revolución. Unos vienen impecablemente impresos y otros están mimeografiados. Los hay con una redacción perfecta, y los hay ingenuos y con faltas de ortografía. Los hay moderados y los hay rabiosos y radicales. El cliente puede elegir su planfleto según su gusto y de acuerdo a las necesidades de su estrategia política, aunque también tenemos computadoras que les proporcionan consejos *Ready-Made*. Vendemos asimismo canciones de protesta para que el cliente las firme

con su nombre: canciones contra el capitalismo, contra los plutócratas, contra la represión de los intelectuales en la Unión Soviética, contra el Sionismo, contra la publicidad, contra la Isla misma. Y por supuesto también con un adhesivo especial para los muros, en favor o en contra del Partido Comunista Francés, del Apartheid, de la Iglesia Católica, del Black Power, del Movimiento de Liberación Homosexual, de los impuestos de lujo, de la OTAN, del servicio militar obligatorio, de los árabes. Y también pancartas y mantas para sindicatos, asociaciones estudiantiles o grupos nacionalistas, en las que se exigen aumentos de salarios,

derecho a la huelga, expulsión de los extranjeros, liberación de los presos políticos, la renuncia del rector de la Universidad y la autonomía académica, el derrocamiento del gobierno, la suspensión de Rhodesia de las Naciones Unidas, mayores pensiones para los jubilados o el rompimiento de relaciones diplomáticas con Cuba; y como en el caso de los panfletos, algunas de estas mantas y pancartas están muy bien impresas, con letras fileteadas en dos colores y tipografías diferentes, pero las hay también primitivas para aquellos que desean dar la impresión de que fueron hechas personalmente con una mano torpe,

honestas, precipitadas y espontáneas. Tenemos también toda clase de bombas de tiempo y *boobytraps Ready-Made*; bombas Molotov que vienen en frascos rojos de un cuarto de litro con la imagen del célebre político del mismo nombre, y por supuesto, y en honor a la nostalgia por los mejores tiempos de Sacco y Vanzetti, fabricamos bombas clásicas: negras y redondas, con mechas largas y blancas, que vienen ya con un dispositivo Ronson de encendido automático. Como usted comprenderá — le dijo el guía a Palinuro— exportamos una gran cantidad de artículos *Ready-Made* a la Isla de Do-It-Yourself, ya que con unas cuantas bombas Molotov,

varias docenas de panfletos y dos o tres pancartas, se forma un estuche de «Haga-Usted-Mismo-Su-Revolución».

Así también, con un galón de gasolina Esso, una caja de fósforos Talismán y un folleto instructivo para rociarse la gasolina y prenderle fuego, se hace un estuche de «Haga-Usted-Mismo-Su-Propio-Bonzo»; de la misma manera, con unas cuantas bolsitas de napalm y unas ampollas con cultivos de vibriones del cólera, se puede hacer un estuche para que cada quién infeste su propio arroyo o desfolie su propio árbol, o con unas cuantas bolsas que contengan colillas de cigarrillo, latas de cerveza vacías y frascos de desechos químicos

industriales, se puede hacer un estuche para que cada quien, por sí mismo, contamine al mundo. Pero entre la Isla de los objetos *Ready-Made* y la Isla de Do-It-Yourself hay una diferencia fundamental que ya habrá usted observado —le dijo el guía a Palinuro— y es que mientras en esa otra Isla se adquieren estuches que contienen todos los elementos y los ingredientes necesarios para que uno, por ejemplo, haga por sí mismo sus cartas explosivas, en esta otra Isla las cartas explosivas vienen ya hechas: lo único que tiene que hacer el cliente es ponerles el nombre y la dirección del designatario. Y para aquellos que desean enviar una carta

explosiva pero no saben a quién dirigirla, la Isla les ofrece a los enemigos ya hechos: una computadora se encarga de proporcionar el nombre, la dirección y todos los motivos y razones que podría tener el cliente —y que de hecho tiene desde ese momento— para matarlos. Y así como en la Isla de Do-It-Yourself se encontró usted con un estuche para que uno mismo haga sus propios graffiti, aquí en esta Isla de los objetos *Ready-Made* los graffiti vienen ya hechos: los más populares no son otra cosa que calcomanías de adhesión instantánea. Hay graffiti obscenos y escatológicos: fabricamos toda clase de dibujos de falos y vulvas y versos que

van de lo ingenioso y lo refinado, a lo vulgar y ordinario. Palabras y expresiones como «¡Caca!» y «*Fuck off!*» vienen en todos los tamaños, colores, tipos de letras impresas y manuscritas e idiomas que usted guste. Los graffiti políticos vienen también en todos los colores y matrices: Rojo Castro, Rojo Trostki, Rojo Nazi. Y hay graffiti ideales para los baños públicos, para las paredes del metro, para las bardas y paredes de edificios públicos y privados, para ascensores y cabinas telefónicas. Y para qué decirle más: usted puede ver, por sí mismo, que en esta Isla no hay nada por hacer: las casas y las nubes, las oraciones y los

pájaros están ya hechos. Lo mismo, también, en esta Isla el amor está ya hecho, y con él todos los deseos y los habitantes y el mar. Incluso, el pasado y el futuro de esta Isla, su nacimiento y su destrucción. También la crónica de su viaje a la Isla está ya hecha.

Y COMO TODO ESTO LE PARECIÓ UN JUEGO

a Palinuro, y le gustaba llevar todos los juegos al extremo, el gerente-guía lo invitó a visitar con él

LA ISLA DE LOS JUEGOS

que se llama también la Disneylandia del Futuro y donde, según le aseguró, las

kermeses en las que se jugaba al casamiento y la cárcel, son apenas un pálido antecedente de los atractivos de esta Isla, que fueron proyectados y creados por nuestros mejo/es psicólogos y psiquiatras, con la intención de proporcionarle al hombre común y corriente la oportunidad de desahogar sus instintos y experimentar emociones fuertes más afines a la realidad cotidiana de nuestra época. La Casa Encantada, el mundo de Blancanieves y las aventuras de Peter Pan, han sido así sustituidos por La Casa de las Violaciones, el Asalto al Banco, el Secuestro del Ejecutivo, las Guerrillas Urbanas y el Secuestro del Avión. La

duración de estos juegos depende del precio que uno esté dispuesto a pagar. Hay juegos que pueden durar semanas o meses. Incluso años. Hay a quienes les gusta jugar toda la vida y que abandonan su casa, su familia, sus amigos y su tranquilidad para venir a esta Isla a volar edificios o iniciar una revolución.

COMO SE VE, NO SE TRATA DE UNA BROMA

—le dijo el guía a Palinuro— porque para bromas, chistes y chanzas, fue creada otra Isla especial que se llama, por lo mismo,

LA ISLA DE LAS BROMAS

que es algo más que una inmensa fábrica de lápices de hule, huevos fritos de plástico, billetes falsos, caramelos picantes y paraguas de esponja de Wolfgang Paalen, y más que un laboratorio donde se inventan máquinas de escribir con teclas que no corresponden a las letras que imprimen, y donde se construyen pianos mudos y se publican periódicos en idiomas que no existen y se fabrican estufas que congelan a los pavos. La Isla de las Bromas es mucho más que esto, y más también que una tienda gigantesca donde se venden pistolas de agua, ametralladoras de granizo y bombas atómicas de nieve. Y aunque en ella se

permite hacer toda clase de bromas pesadas, la Isla es algo más que el paraíso artificial de las Artes Incoherentes; algo más que un almacén de florecitas de papel que arrojan un chisguete de ácido sulfúrico a los ojos y de bolsas llenas de gases letales que envenenan con estruendo de ventosidad a quienes se sientan en ellas y de puros habanos que al estallar le vuelan la cabeza al fumador. La Isla de las Bromas es más que nada, y sobre todas las cosas, una inmensa broma que abarca todos los aspectos de la vida diaria de sus habitantes. Se nace por una broma del destino. Se aprende un idioma que es también de broma porque no

sirve para comunicarse con nadie, aunque parezca lo contrario: en eso, precisamente, consiste la broma. Se usa desde que se nace una máscara que por pura broma es exacta a la propia cara, y que se sustituye después por cuantas máscaras sean necesarias para cambiar sucesivamente de cara y hacerle creer a los demás que uno se vuelve viejo con el correr del tiempo, o que uno se vuelve un político poderoso, un astro del cine, un limosnero, un boxeador, un desconocido. Y en esta Isla, como es de suponerse, uno también se enferma de broma: hay tuberculosis falsas, accidentes ilusorios, ataques al corazón artificiales, cánceres postizos. Después,

tarde o temprano sobreviene la muerte que siempre es apócrifa; el duelo de los parientes y amigos que por supuesto es de broma y el entierro, que también es falso. Por broma, nada más, nos acordamos un tiempo de los muertos. Por broma, también, ellos no vuelven nunca. Pero la Isla es algo más que una inmensa fábrica de gusanos de goma, tarántulas de terciopelo y catástrofes de hule-espuma. Se dice a veces que la Isla no existe, pero es sólo una broma: hay crónicas, como ésta, que tampoco habría que tomar muy en serio.

ASÍ ADVERTIDO PALINURO,
no tomó muy en serio que digamos al

gerente-guía cuando éste, previendo que tarde o temprano Palinuro acabaría por triunfar y entraría por fin a trabajar a la Agencia Encantada, lo llevó de paseo por

LA ISLA DE LAS OFICINAS

en la cual Palinuro tuvo que abrir y cerrar los ojos varias veces, frotárselos y negarse a creer en ellos, para no pensar que se había equivocado de camino y que en lugar de entrar a la oficina de Estefanía, había entrado a su querido cuarto de la Plaza de Santo Domingo. En esta Isla de la Agencia Encantada —le dijo a Palinuro el gerente-guía— hemos superado toda la

libertad decorativa que jamás alcanzaron las agencias de Madison Avenue. Los enormes sillones de piel negra, roja y amarilla de McCann-Erickson. Las alfombras y muebles verdes de Young & Rubicam: todo eso pasó a la historia. A la historia pasaron también los pavorrales de hierro de J. Walter Thompson y sus oficinas, donde se le permitía a cada ejecutivo decorar su despacho a su gusto: con muebles Regencia, muebles coloniales mexicanos, Chippendale, Mies van der Rohe. En nuestra agencia y con tal de que nuestros ejecutivos sean felices, la libertad decorativa va mucho más allá de todo lo previsto. A uno de los

vicepresidentes de nuestra agencia, por ejemplo, le encantan los barcos. Su oficina, por lo tanto, es la reproducción exacta del camarote de un capitán. El mismo se viste con uniforme azul y gorra blanca, y cada mañana, cuando llega a la agencia, se pone sus condecoraciones. El capitán tiene allí su litera y sus cartas de navegación, sus memorias de Okinawa y su cuaderno de bitácora donde redacta los reportes de las juntas con sus clientes, así como sus sextantes, radares y brújulas giroscópicas y compases líquidos. La oficina está construida sobre un mecanismo que se balancea constantemente, imitando el movimiento de las olas, y por medio de

una grabadora se reproduce el ruido del mar y del viento. Por el ojo de buey situado en la pared del fondo se ve el cielo y las gaviotas que lo cruzan. Ningún *office-boy* puede entrar a la oficina de nuestro capitán si no está vestido de grumete. Al capitán, por cortesía de la Agencia, se le ha asignado el manejo de cuentas como el Ron Bacardí, la ginebra Beefeater, el atún Calmex, las sardinas Del Fuerte, los prismáticos Leica y todo aquel producto que de alguna manera esté relacionado con el mar o con la navegación. La manía de otro de nuestros ejecutivos es el camping. Su oficina, por lo tanto, es un cuarto de tamaño considerable, con

un techo que imita al cielo y una lámpara que imita al sol. El piso está cubierto por una alfombra de césped artificial. Al fondo, está una tienda de campaña donde el ejecutivo y sus clientes se refugian en los momentos, imprevistos, en que comienza a caer una lluvia también artificial. Pero si el día es soleado y sin viento, el ejecutivo y sus clientes discuten los presupuestos, los medios y los anuncios a la intemperie, por así decirlo. A estos ejecutivos se les deja venir a la oficina con sus bermudas y su camisa sport. A los clientes se les pide que vengan vestidos en forma semejante y que traigan su canasta con la comida del picnic. Y se les han asignado todas

las cuentas que anuncian estufillas de gas portátiles y lámparas de gasolina y en general todo el equipo de camping: caravanas, mesas de tijera y sillas plegadizas, botiquines de primeros auxilios, botas de hule, cantimploras y toda clase de alimentos enlatados. Sabemos que entre nuestros creadores hay muchas personas frustradas. *Copywriters* que alguna vez soñaron con ser grandes escritores, directores artísticos que desearon ser pintores célebres. Para compensar sus frustraciones, a los *copywriters* les permitimos tener oficinas llenas de libros, con retratos de sus autores favoritos: Artaud, Drieu La Rochelle o

Edgar Lear. Las oficinas particulares de nuestros directores artísticos están diseñadas como los *ateliers* de los pintores y se les permite tener caballetes, material y telas y reproducciones de pinturas de Jean Dubuffet, Caspar Friedrich o Félicien Rops, así como reproducciones de ambientes de Schwitters, *happenings* de Jim Dine y juegos luminosos de Le Pare. Y por supuesto, carteles de pintores famosos Vasarely o Paul Nash. Algunos de nuestros directores artísticos tienen incluso modelos desnudos para regocijo de nuestros clientes. A los *copywriters* que tienen muchos años en la agencia, y han sido empleados fieles y constantes,

les mandamos hacer impresiones de novelas y libros famosos, como Del Tiempo y del Río, Jud El Oscuro o Papillon, cambiando el nombre del autor y poniendo el de ellos, y se los obsequiamos en Navidad para que los coloquen en sus oficinas. Y a los directores artísticos —siguiendo el mismo procedimiento— les obsequiamos copias que imitan a la perfección los cuadros de su pintor favorito, eliminando la firma de éste y poniendo la de ellos. También les imprimimos catálogos de exposiciones y críticas y ensayos sobre su obra. A unos y otros les asignamos las cuentas como el Club de Discos Columbia, el Club de

Libros de Time-Life y las campañas de la Enciclopedia Británica, de los pianos Steinway y de los productos para artistas Rowney, aunque ocasionalmente también ellos tienen que contribuir con su talento a la publicidad de cuentas que no tienen mucho que ver con el mundo de las artes y las letras. Pero esto, por fortuna, no sucede muy a menudo: nuestra agencia es muy grande, casi infinita, y siempre encontramos la forma de redistribuir las cuentas y darle a cada quién las que más le gustan. La magnitud de nuestra organización nos permite incluso darnos el lujo de tener colaboradores rebeldes o revolucionarios, progresistas o

reformistas, a quienes les permitimos vestirse como obreros, como *beatniks* o como jipis plásticos y colgar en sus oficinas carteles del Ché Guevara y de Lumumba, fumar marihuana y tomar LSD y leer el Libro Rojo de Mao o las obras de Fanón, Vance Packard y Galbraith. Les permitimos, también, leer a Teodoro W. Adorno y a Wright Mills. Incluso a Marcuse y no tanto para que sepan de la necesidad innecesaria que tienen de hacer todos los días su trabajo, sino lo que es más importante, para que se enteren que la indoctrinación que llevan consigo los productos es más que una publicidad: es una forma de vida, no sólo buena, sino mejor que nunca antes.

Estos artistas y escritores se encargan de la publicidad sobre la educación sexual, el control de la población, la conservación del medio ambiente, la contaminación y la nacionalización de los recursos naturales, y lo mismo de la publicidad de las editoriales subversivas, de las campañas de políticos de la izquierda y de las campañas clandestinas de los movimientos de liberación nacional. Los únicos directores artísticos que no nos dan problemas son los apasionados por el arte pop. Es decir, el problema es el reverso de la medalla porque ellos, los conocedores del valor estético del Cisitalia diseñado por Fariña, quisieran

manejar todos los productos habidos y por haber: cremas de belleza, detergentes, chocolates, aceites de motores Diesel, e inmortalizarlos como Andy Warhol inmortalizó a las Sopas Campbell y Duchamp a Underwood y Stuart Davis a Odol y Wesselmann al Volkswagen. Pero la relación de todas nuestras oficinas sería infinita, y creo que bastará con unos cuantos ejemplos más: tenemos también ejecutivos cuya máxima pasión es su propio hogar y la vida de familia, y a quienes se les permite decorar su oficina exactamente como tienen la sala de su casa: con los mismos muebles, la misma alfombra, las mismas cortinas y la misma chimenea.

En el piso, aquí y allá, hay varios juguetes regados. Por las ventanas, a través de las cuales se reproduce el jardín o el paisaje o la calle que cada ejecutivo ve desde la sala de su casa, llegan gritos y risas de niños jugando. Es decir, de los propios hijos de cada ejecutivo, cuyas voces han sido grabadas. De otro lado de la oficina, llega un olor de cosas sabrosas cocinándose. A estos ejecutivos se les autoriza a vestirse en pijamas, bata y pantuflas, y se les asignan productos como estufas, refrigeradores, lavadoras y docenas de otros como cortadoras de pasto, vajillas, alfombras, etc., etc. Pero mi caso —agregó el gerente-guía de la

Agencia Encantada— es precisamente el contrario de los ejecutivos caseros: mi sueño fue siempre el de ser un gran publicista y ahora que lo soy, mi sueño es el de ser un publicista más grande aún, de manera que mi oficina consiste en un enorme cuarto alfombrado, con un gigantesco escritorio en forma de riñón, libreros donde tengo la colección completa del Penrose y del Advertising Age, Los Cien Mejores Anuncios, La Voz de la Civilización, las Memorias de Ogilvy, la Historia de Madison Avenue y El Hombre del Traje de Franela Gris de Sloan Wilson. Y desde luego, toda clase de ficheros, carpetas, libros de contabilidad y aparatos de la moderna

tecnología como computadoras y calculadoras, un dictáfono, una máquina de escribir eléctrica, un archivo electrónico, un tablero mágico que me permite conocer la posición y los movimientos de cada empleado de la agencia, un circuito cerrado y secreto de televisión para espiarlos a todos, videoteléfonos blancos conectados directamente con nuestros clientes, y teléfonos rojos conectados con las agencias enemigas. Atrás de mi escritorio está mi propio retrato con un sombrero de Tío Sam y unos grandes bigotes de Lord Kirchener, señalando con el dedo índice a quien se atreve a entrar a mi oficina, y diciéndole: ¡La

Publicidad te Necesita! Y como no tengo otra pasión ni otro hobby en la vida que la publicidad, en mi casa hay un cuarto que reproduce exactamente —detalle por detalle— mi oficina, y donde trabajo en las noches y los fines de semana. La ilusión es tan completa, que a veces cuando me levanto del escritorio para salir a comer y abro la puerta creyendo que estoy en la oficina, resulta que no he salido de mi casa. Algo parecido les sucede a nuestros ejecutivos caseros, que en ocasiones se levantan de su sillón para ir a comer un sandwich en la cocina, y al abrir la puerta se dan cuenta de que en realidad, no han salido de la Agencia. No necesito

decirle que siendo Estefanía —nuestra directora creativa— una mujer esencialmente hogareña, su oficina es una réplica exacta del cuarto de la Plaza de Santo Domingo.

LA COMPRENSIÓN UNIVERSAL,
PUES,

de todas las actitudes humanas, que ha quedado demostrada en principio en la Isla de las Oficinas —continuó el guía—, alcanza la perfección en

LA ISLA DE LA NOSTALGIA Y DE
LOS NATURISTAS

donde los genios de la Agencia Encantada se dedican a inventar nuevos

productos destinados no sólo a todos aquellos clientes que añoran los viejos y buenos tiempos, sino también a esos otros que desconfían de la bondad de la tecnología moderna, de modo que en esta Isla no sólo se ha descubierto la cámara Polaroid capaz de tomar fotografías que hay que mandar a revelar a los laboratorios especiales y que están listas hasta dos o tres semanas después, sino también se ha inventado el bolígrafo atómico de pluma de ganso, el automóvil protónico que corre a cuarenta kilómetros por hora como máximo, el avión nuclear que tarda 60 horas en recorrer el Atlántico, la licuadora electrónica que se mueve a

mano, la estufa de carbón Láser, las velas eléctricas, la nevera de hielo cibernético y los tocadiscos de 78 revoluciones con memoria positrónica. Y, asimismo, en la parte más extremosa de la Isla se elaboran los productos destinados a toda clase de naturistas y disidentes: desde los anticonceptivos de lechuga concentrada y los cigarrillos de trigo integral, hasta las lociones que encanecen el pelo y los maquillajes para realzar las arrugas y las manchas, y desde los desodorantes con fragancia a cebolla y los jabones con aromas a carne humana hasta las pastas de dientes perfumadas con whisky.

AUNQUE LOS MÁS GRANDES DE NUESTROS ARTISTAS

enfrentados a nuestras limitaciones humanas y a la fatalidad de nuestro destino, y sabedores de su impotencia para cambiar el curso de la historia, son aquellos que han fundado

LA ISLA DE LOS ESTETICISTAS

donde la principal labor de nuestros expertos no ha sido tan sólo la de embellecer nuestras necesidades fisiológicas, sino la de dignificar las catástrofes naturales y artificiales que atribulan al mundo. En otras palabras, además de descubrir la fórmula para que

cada quién elija, según su gusto, el color y la forma de sus materias excrementicias; además, por lo tanto, de que en esta Isla se encontrará usted excrementos plateados o excrementos esféricos y relucientes como esferas de Navidad, excrementos transparentes como víboras de gelatina y excrementos cilíndricos y con franjas rojas y blancas que recuerdan los bastones de caramelo y las barras de las peluquerías; además de que en esta Isla los gargajos son redondos como perlas y los tumores cerebrales tienen la apariencia de orquídeas y amapolas, además, le decía, en esta Isla cada quién puede elegir el color del fuego que en caso de accidente

podría consumir su casa, o el matiz de las aguas que destruirán sus cosechas. Hay incendios escarlata y los hay azul ultramarino. Hay inundaciones doradas, granizos multicolores como confeti, avalanchas de nieve púrpura, huracanes color esmeralda. Pero también en esta Isla —continuó el guía— dignificamos las catástrofes artificiales. La idea nos fue inspirada por las visiones de Alberto Durero y los hongos de las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Nosotros no intentamos estimular esta clase de experimentos, ya que eso depende de los políticos y los militares. Nosotros, en esta Isla, no tenemos nada que ver con el peligro

perpetuado por la sociedad industrial avanzada en su irracional racionalidad, nada que ver con el fetichismo tecnológico, nada con la desublimación o la conquista de la Conciencia Infeliz. Nuestra tarea, ante la imposibilidad de evitar los desastres, se limita a embellecerlos, a hacerlos más llevaderos. Así, hemos logrado un hongo atómico con pedúnculo azul y sombrero rojo con manchas amarillas como los hongos de los cuentos de hadas escandinavos. Otras explosiones producen hongos y setas de color verde pálido con sombreros lilas, o de tallo esbelto y naranja con sombrero esponjoso y manchas de color cobalto.

La labor de los artistas de esta Isla — pues merecen más este título que el de hombres de ciencia— ha ido mucho más lejos: cada bomba de los aviones norteamericanos B52 está equipada con un dispositivo especial, de manera que al hacer explosión libera un sinnúmero de luces de Bengala cuyos millones de estrellas bañan de luz la frente de los muertos. Nosotros no acostumbramos tomar partido en las guerras —agregó el guía—: también los bombarderos están equipados con cargas de fuegos artificiales de manera que cuando el aparato hace explosión al ser alcanzado por un proyectil enemigo o al estrellarse en tierra, el ámbito se cubre de castillos,

girándulas y cascadas de luces. Lo mismo sucede con cada avión de pasajeros y con cada automóvil. Tenemos accidentes tornasolados, colisiones color cereza, choques iridiscentes. Lo mismo sucede con cada ametralladora y arma de fuego que se fabrica en la Isla. Aquí se asesina a los tiranos, a los héroes y a los gángsters con balas luminosas, de diferente color, ya sea granate, violeta o verdemar, que dejan tras sí una estela de chispas, y que al entrar al cuerpo producen un relámpago que no se olvida en mucho tiempo. Pero en esta Isla —le dijo el guía a Palinuro—, no somos del todo amorales: cada uno de estos inventos

lleva, en sí mismo, una moraleja oculta y evidente al mismo tiempo. No es necesario señalarle a los visitantes de esta Isla que todas las pirotecnias y explosiones luminosas de que hemos hablado, recuerdan el Apocalipsis de San Juan, y que por otra parte los hongos elegidos para embellecer las conflagraciones atómicas recuerdan en su mayoría a especies como la amanita de las moscas y el rovellón falso, que se encuentran entre las más venenosas. De cualquier manera, de nosotros será el mérito, si llega a ocurrir una explosión final que destruya a nuestro planeta, de ofrecer a los cielos un espectáculo no sólo grandioso por su duración

inacabable: porque la explosión de la Tierra no tendrá lugar una sola vez, sino cientos, miles de veces: tantas como pueda ser contemplada, en el futuro, por los habitantes de aquellos planetas que se encuentren a cuatro años luz de distancia de nuestro sistema solar, o a diez mil años luz, a cien mil, a un millón. Les corresponderá a los habitantes de otras galaxias —o acaso a algunos cuantos terrestres que pudieran huir a bordo de una nave alejándose de la catástrofe a la velocidad de la luz— el privilegio de contemplar cada segundo de cada minuto de sus vidas el espectáculo maravilloso de un instante de fuego que se transformó en una

eternidad.

PALINURO EN PRODUCTOLANDIA.

Y entonces Palinuro, aprovechando no tanto el resplandor de la explosión final que acabaría con el mundo, sino sobre todo aprovechando el ruido de la implosión electrónica de nuestra época, ya que habiendo sido el ruido una de las manifestaciones más importantes de todos los tiempos; habiéndose elaborado por aquellos felices días en inglés (y en la Agencia Encantada) y para destacar esta importancia la Historieta Cómica Universal del Ruido en su relación más íntima con la publicidad, los productos, los consumidores y las Agencias;

habiéndose reunido la Agencia en pleno o cuando menos los genios en pleno para traducir esta Historieta Cómica Universal al español; habiéndose llegado a la conclusión de que cuando un perro ladra en inglés hace ¡*Arf!* ¡*Arf!* y no ¡*Guau!* ¡*Guau!* como en español; habiéndose además dado cuenta Palinuro de que ésta era su oportunidad dorada para ingresar de una vez por todas a la Agencia y labrar su porvenir como publicista, nuestro amigo dio un gran salto y cayó no sólo en medio de la mesa de la Sala de Juntas (habiéndose lastimado un poquito al hacer ¡*Pum!*), sino también en medio de Productolandia, habiéndose ganado la

admiración de sus coterráneos y de sus congéneres al demostrar sin lugar a dudas que estaba en capacidad de ser Kodakófilo, Fordólogo, Kraftívoro, Pepsicoladicto, Colgatista y Nabiscófago como el que más, para lo cual les hizo una larga, larguísima y ancha relación de Los Mil y Un Productos que figuraban en su vida diaria y semanaria, todo esto a pesar de que en un principio, cuando la puerta hizo primero *¡Screech!* y después *¡Slam!* hubo un intento por parte del gerente por interrumpir a Palinuro y correrlo de la sala y de la Agencia, también de una sola vez y para siempre. Pero era ya muy tarde. O mejor dicho, muy

temprano, según Palinuro, puesto que ya para entonces había sonado su despertador *Westclox* de todos los días a las siete de la mañana en punto (*¡Tiliiiiimg!* hizo el despertador) y nuestro amigo después de quitarse de encima sus sábanas *Queen* y su cobija eléctrica *Sunbeam*, de bostezar (*¡Auuugggh!*) y de hacer la lección número 13 del curso de *Charles Atlas*, fue a la cocina, tomó un *Alka-Seltzer* (*¡Tssss! ¡Tssss!*) y tras eructar convenientemente (*¡Erp! ¡Erp!*) abrió la puerta de su refrigerador *Westinghouse* (*¡Brrr! ¡Brrr!*) sacó una lata de jugo de naranja *Sunkist*, la abrió con su abrelatas *Ecko* (*¡Click!*) se la bebió

(¡Gulp! ¡Gulp!) encendió su estufa
Acros (¡Flum!) puso a calentar agua
(¡Buble! ¡Buble!) se sirvió una
cucharada de *Nescafé* (¡Splash!) le puso
un chorrito (¡Piss!) de leche *Carnation*
y dos terrones de azúcar de la *Tate and
Lyle* (¡Plop! ¡Plop!) mientras que en su
tostador *General Electric* tostaba dos
rebanadas de pan *Wonder* a las que
embarró con mantequilla *Gloria* (¡Trsss!
¡Trrrss!) y mermelada *McCormick*,
habiéndose comido después un gran
plato de *Rice Krispies* de *Kellogg's*
(¡Crisp! ¡Crasp! ¡Crisp!) y luego de
habiéndose limpiado la boca con una
servilleta *Scott*, fuese al baño a lavarse
los dientes con pasta *Forban's* (que era

como la extensión de la piel de sus dientes), habiendo hecho su cepillo *Dentamatic* al frotar sus incisivos algo así como *¡Brushijt! ¡Brisschj! ¡Brachjt!*

Y fue en esos momentos, en medio del silencio de admiración que lo rodeaba, interrumpido si acaso por las máquinas de escribir de la Agencia (*¡Tap! ¡Tap! ¡Tap!*) y el sonar civilizado de los teléfonos (*¡Riiiiing! ¡Riiiiing!*) cuando el ejecutiborracho, envidioso de Palinuro, se plantó en medio de la mesa y declaró que nuestro amigo le había robado una idea que tenía para la pasta *Forhan's* y que era un comercial en alemán, intraducible, puesto que consistía en lo siguiente: *¡Heil*

Forhan's! saludó chocando los talones de sus botas para sacarles una chispa de ingenio, y situándose frente al circuito cerrado de cámaras de televisión con un cepillo de dientes imaginario en una mano y una pasta de dientes imaginaria en la otra mano, *Puten der Pasten uver das Bruschen*, dijo, y *Brusjchen, Brasjchen, Brischjen*, agregó cepillándose los dientes en una forma furiosamente imaginaria, con el resultado de que el gerente gritó *¡Raus!*, los ejecutivos *¡Es un genio!*, el gerente *¡Es un imbécil!*, los ejecutivos *¡Nosotros nos referíamos al joven Palinuro!*, el gerente *¡Yo también!*, y de la confusión reinante se aprovechó Palinuro, y

mimificando todo lo que decía, agregó que una vez descalzo en sus pisos *Goodrich* se metía a la regadera (habiéndose quitado antes su piyama *Arrow* y sus pantuflas *Canadá*) para enjabonarse con su jabón *Lux* y enjuagarse con su esponja *Dolphin* (porque sólo los fines de semana se permitía un buen baño de tina con escamas fragantes *Radox*) yhabiéndose lavado el pelo con champú *Alberto VO 5* yhabiéndose después secado el cuerpo con su toalla *Marks & Spencer* y luego de declarar que no compraba todos esos productos para hacer todas esas cosas, sino que hacía todas esas cosas para poder comprar todos esos productos, se

puso en todo el cuerpo su cotidiano talco *Old Spice* (habiendo tosido un ejecutivo alérgico al talco, ¡*Cough!* ¡*Cough!* habiendo hecho la tos y habiendo el ejecutivo-médico recomendado Para Esa Tos *Fosfocreosol*), Palinuro se aplicó su desodorante *Mum Roll-On* (con una bolita mágica en donde podía leerse el futuro del mal olor) y tras unas buenas gárgaras con *Listerine* (¡*Gurgle!* ¡*Gurgle!*) aplicóse posteriormente (y anteriormente también) su agua de colonia *Sanborn's* y se peinó con su peine *Pirámide* tras untarse en los cabellos su brillantina *Vitalis* y ponerse en la punta de la nariz (con objeto de

preservar el brillo de la juventud) una pizca de *Cold Cream* de *Pond's*, habiendo entonces el ejecutivo drogadicto llevándose a la nariz un pañuelo con *Cocaína en Flor*, mientras que Palinuro dándose cuenta de pronto de que se encontraba desnudo, se puso rápidamente sus calcetines de nylon *duPont* sus zapatos *Corfam*, sus calzones *Aurrerá*, su camisa *Fajer*, su camisa *Van Heusen*, su corbata *Nudo-Perfecto*, su gabardina *Acquascutum* y su sombrero *Stetson*, ha biéndose quitado este último de inmediato para agradecer los aplausos (*¡Clap! ¡Clap! ¡Clap!* hicieron los aplausos) que le brindó la concurrencia.

«¡No se mueva! —dijo un director-artista—. Lo voy a dibujar.»

«¡No se mueva! —dijo un *copywriter*-escritor—. Lo voy a escribir.»

Y continuaron los vítores y los aplausos (*¡Clap, Hurra, Hurra, Clap!* hicieron los aplausos y los vítores) pero una algarabía mayor aún saludó LA MAÑANA TRIUNFAL DE PALINURO, y era la hecha nada menos que por su gato, su periquito, su árbol, sus pescaditos y su perro, cuando Palinuro, después de echarse unas gotas de loción *Jockey Club* en su pañuelo y de limpiarse los zapatos con spray *Johnson* (*¡Sprish, Sprash!*, hizo el spray) le dio a

su periquito australiano su alimento *Trill*, le dio a sus pescaditos su alimento *French's* enceró las hojas de su árbol del hule con *Bioleaf-Shine*, le dio a su gato su alimento *Félix* (*¡Miauuu, miauuuu!*, hizo el gato) y a su perro fox-terrier pintado por Francis Barraud le dio su alimento *Pal* (*¡Arf! ¡Arf!* hizo el perro en inglés y *¡Guau! ¡Guau!* en español después) y lo dejó escuchando en su gramófono *RCA* la Voz de su Amo y tras tomar (Palinuro) su diaria pastilla *Plunvite* y ponerse unas gotas de *Eyemo* en los ojos para protegerlos contra el *smog* citadino y darse una untada de *Chap-Stick* en los labios para protegerlos del polvo, y encima de su

nariz sus lentes *Optosun*, cogió su paraguas *Latex* y su portafolio *Fleetline* y encendió su cigarrillo...

«¡Maravilloso, maravilloso! — exclamó un ejecutivo más bien calvo, más bien chaparro y más bien estúpido, que esperaba llegar un día a la altura de los cincuenta mil pesos mensuales—. ¿Quiere usted un cigarrillo de verdad, joven talento?»

«Ah, *Marlboro*...», dijo Palinuro.

«*Where the flavour is*...», completó el ejecutivo.

Y mientras Palinuro (habiéndole encendido el cigarrillo el propio gerente con su encendedor *Flaminaire*) santificaba la nariz de su mecenas con

un anillo de humo, el también propio gerente consultando su reloj *Omega* no sólo dijo que abreviara, que se hacía tarde, sino que asimismo le reclamó que hubiera llegado tarde esa mañana a la Agencia, habiendo sido éste un gesto de generosidad más que de reproche, puesto que con ello le daba a entender que lo consideraba ya como uno de los suyos.

«No se mueva —le dijo a Palinuro el director-artista—: ya voy en la barriga.»

«No se mueva —le dijo a Palinuro el *copywriter*-escritor—: ya voy en el capítulo once.»

«¡Sí, muévase! —rugió el gerente—.

¡Queremos una imagen dinámica!»

Y habiendo Palinuro pescado todos los *tips* y *hints* (*Tipitipitipihint*) se apresuró a decir que él se movilizaba en un automóvil *Ford* que no sólo estaba en su futuro sino también en su presente, su pasado, su subjuntivo y su pluscuamperfecto, y que (y por eso había llegado un poco tarde), después de checar sus llantas *Goodyear* y sus bujías *Champion* y su aceite *Mobiloil* y su gasolina *Pemex* y su juego de herramientas *Gordon* y su gato *Eversure*, había recorrido la ciudad saludando a los automóviles *Packard*, *Dodge*, *Buick* y *Pontiac*, que tocaban sus bocinas (*¡Honk! ¡Honk!*) y a los

ciclistas en sus bicicletas *Avenger* y a los motociclistas en sus motocicletas *Honda* (*¡Prrrrrrtttt! ¡Pratatatarrp!*) y a los agentes de tránsito que *¡Priiiiip! ¡Prrriiip!* hacían con sus silbatos, y mientras que escuchaba con una oreja todos los jingles en su radio *Motorola*, iba con el otro ojo atento a todos los carteles y *billboards* publicitarios, y por eso había llegado tarde (aunque, creía él, no tarde a la publicidad sino nada más tarde a la Agencia Encantada) habiendo subido hasta el séptimo piso de los genios creativos en su elevador *Otis*, habiendo abierto la cerradura de su oficina con su llave *Yale*, habiéndose sentado ante su escritorio *DM Nacional*,

y habiendo hecho a continuación innumerables cosas, como leído todos los anuncios del periódico, tomado más *Nescafé*, fumado decenas de cigarrillos *Delicados* y *Raleigh* (porque en realidad todas las marcas de cigarrillos eran sus favoritas) y habiendo también firmado los presupuestos de los clientes con su pluma *Eversharp*, contestado su teléfono *Erickson*, escrito en papel de *W. H. Smith & Son* sus cartas confidenciales con su máquina de escribir *Olivetti*, habiendo pegado una que rompió con *Scotch-Tape 3M*, y por último permitiéndose a eso de las once de la mañana una pausa refrescante al amor de una *Coca-Cola*, preludio de un *lunch*

en *Sanborn's* donde después de comprar e l *Newsweek*, *Vogue*, el *Reader's Digest* y *Better Homes & Gardens*, bebido como aperitivo un whisky *White Horse* con un chorrito de chispeante burbujeo de una soda *Canada Dry* (*¡Spark! ¡Spark!* hizo el chispeante burbujeo), ordenado que le descongelaran una hamburguesa y una ensalada *Findus* y pedido su caldo de pollo *Knorr-Suiza* y a la sopa haberle puesto su pizca de sal *Cisne* y a la ensalada mayonesa *Kraft* y a la hamburguesa además de mostaza *Colman's* un poco de...

Pero aquí Palinuro fue interrumpido por cinco *bell-boys* coloraditos y gordos

vestidos con uniforme de satín-rojo-soutine, que tomados de la mano cantaron:

*Estaban los tomatitos
muy contentitos,
cuando llegó el verdugo
a hacerlos jugo...
«¡Qué me importa la muerte
—dicen a coro—
si muero con decoro
en las conservas Del
Fuerte!»*

Habiendo nuestro amigo a
continuación dicho:

«A eso iba yo precisamente: ¡bautizo mi hamburguesa con un poco de salsa de tomate catsup *Del Fuerte!*»

Esta vez, los aplausos fueron abrumadores (*¡Clap-clap-clap!* hicieron los aplausos abrumadores).

Y bebería una cerveza *Heineken* con su hamburguesa, ordenaría un pudín *Royal*, tomaría un café *Maxwell* al que le pondría unas gotas de *Sucaryl*, se fumaría un purito *Tampa*, compraría unos chiclets *Adams*, pediría la cuenta, ratificaría el total con su calculadora de bolsillo *Sinclair* y pagaría ya fuera con cheques de viajero con los que acostumbraba hacer pajaritas de papel de 50 dólares que les regalaba a las

azafatas de *Pan American* (su línea superfavorita) con un mensaje de amor, o pagaría si era necesario con un cheque del *First National City Bank* o con su tarjeta de crédito *Sanborn's* si es que era posible localizarla en ese larguísimo acordeón formado por sus tarjetas de crédito *Diner's Club-American Express-Bancomer-Access-Harrods-Banamex-Hertz-Neiman Marcus*, porque desde luego había que aclarar que los billetes comunes y corrientes, como esos de a peso con la Columna de la Independencia impresa por la *American Bank Note Company*, los reservaba nuestro amigo Palinuro para sus gastos menores, como comprar

cerillos *Clásicos* y pastillas *Salvavidas*.

El largo viaje por Productolandia continuaba cuando al regresar a su oficina, después de pasear por la Zona Rosa y especialmente por el Pasaje Génova a ser saludado por todos los colegas publicistas que iban al Pasaje, etc., dictaba cartas en su dictáfono *Agovox*, hacía anotaciones marginales en sus documentos con su lápiz *Eagle* y les sacaba copias en su copiadora *Xerox* y así por el estilo, de manera que a las ocho de la noche, agotado, no le quedaba otra cosa que tomarse un *Bufferin* para el dolor de cabeza y abandonar la oficina (con todo su otro dolor espiritual) y largarse al University

Club a beber un martini seco hecho con ginebra *Beefeater*, vermouth *Nolly Prat* y una aceituna *Clemente Jacques*...

«¡Esa es la mejor idea de la tarde!» —exclamó el ejecutiborracho asomando la nariz por debajo de la lengua.

«Sí, admito que es una buena idea», admitió el gerente y tronó los dedos (*¡Snap! ¡Snap!* hicieron los dedos) ordenando que trajeran los ingredientes mágicos.

«Ya puede estarse quieto —le dijo a Palinuro el director-artista—: ya le dibujé el dedo gordo».

«Ya puede estarse quieto —le dijo a Palinuro el *copywriter*-escritor—: ya le puse ‘FIN’.»

El *copywriter*-escritor contempló el dibujo:

«¡Qué buena ilustración para mi libro!», dijo.

El director-artista leyó el libro:

«¡Qué buen libro para mi ilustración!», dijo.

Todos se agruparon como jugadores de fútbol americano para admirar la obra maestra.

¡Genial, genial! ¿Cómo la van a llamar?

*TODO LO QUE USTED DESEABA
SABER ACERCA
DE PALINURO*

(PERO QUE TENÍA MIEDO DE

PREGUNTAR...)

Y todos los que deseaban saber todo acerca de Palinuro, pero que tenían miedo de preguntar, voltearon a verlo y lo señalaron con sus dedos fálicos, con sus sonrisas, sus narices y sus dientes fálicos.

Y Palinuro, rojo de vergüenza como un tomatito *Del Fuerte*, tuvo que confesar que él usaba bolsas de agua caliente *Boots* cuando tenía los pies fríos; que Estefanía usaba tubos para el pelo *Lady Jane*; que él se limpiaba con papel higiénico *Waldorf*; que Estefanía usaba *Tampax* para sus menstruaciones; que él (dijo mostrando *the real thing*)

usaba condones *Durex* (que eran nada menos que la extensión de su piel más querida) para sus coitos con Estefanía; que ella a su vez usaba la pomada anticonceptiva *Ortho-Gynol*; que él se pintaba las canas con *Miss Clairol*; que Estefanía usaba fajas *Playtex* para sus llantas; que él usaba el linimento *Sloan* para el reumatismo; que Estefanía se afeitaba las piernas con una rasuradora *Lady Renungton*; que él se ponía ungüento *Solasil* para las almorranas; que Estefanía usaba spray vaginal *Cosmea*; y que por ultimo los dos usaban desodorante *In Step* para sus pies, parches del doctor *Scholl* para los callos y *Head & Shoulders* para la

caspa, además de penicilina *Squibb* para sus catarros genitales, de la misma manera que usaban jalea *Ramsés* para lubricar sus relaciones vaginales, y margarina *Acco* para sus relaciones anales y mantequilla no, de ningún modo, porque tanto Estefa como yofa estamos muy conscientes de los peligros del colesterofa, dijo Palinuro haciéndose el chistósofo.

Y entonces a la sala de juntas de la Agencia Encantada, que era amplia como una cripta familiar pero con respiraderos por donde las ratas asomaban sus bigotes almibarados, y sin vista a la calle pero con vista al mundo entero como lo atestiguaban los carteles

de la *Cook's*, que colgaban de los muros y con los cuales el ejecutivo viajero hacía barcos y aviones de papel que navegaban de uno a otro lado de la sala, y en donde había una mesa ovalada donde Merlín todos los días ponía una caja de pañuelos desechables *Kleenex* en el centro y sacaba una campaña de publicidad de la manga derecha y de su sombrero picudo y con estrellas sacaba bocados de galletas *Ritz*, entró La-Reina-Ginebra-Estefanía seguida por un oso negro que le calentaba el cogote con su aliento de miel de abejas y seguida por sus pajes, y cada uno llevaba, como una ofrenda, una especie distinta: Raíz de Angélica de Sajonia, Naranja de

Valencia, Canela de Ceilán y Enebro de los Alpes, y en seguida entró Lanzarote de la Mancha, que últimamente había tenido algunos percances con unos molinos de pan *Bimbo*, pero que tenía la virtud de llorar, a veces, con un dejo de americano feo. Y cuando al fin ejecutivos, pajes, La-Reina-Ginebra, los bardos de la corte, los pintores y los escribas estaban todos reunidos, los heraldos tocaron las trompetas que eran redondas como escupideras de latón dorado y todo el mundo se puso a beber un martini seco, dos martinis secos, tres martinis secos y así hasta el catorce y más (el trece nunca, porque eran supersticiosos) y corroídos por la

envidia y habiendo aprendido la lección dádales por Palinuro, la conversación fue como sigue:

«¿Y qué vas a hacer esta noche?»

«Voy a ver Perry Masón en mi televisión *Admiral* que es la extensión de mi sistema nervioso.»

«Yo mañana pienso darme un baño con mi lámpara solar *Philips* y en la tarde ir a mi lección de baile a la escuela de *Arthur Murray*.»

«Yo voy a salir de viaje con mis maletas *Aries*.»

«Yo pienso desayunarme una taza de cocoa *Nestlé* y firmar todas las tarjetas *Hallmark* que tengo que enviar a mis amigos y a mis parientes de Navidad, de

Cumpleaños, de Convalecencia y de Etcétera, y entre ellos a Hill and Knowlton, Richard Avedon y George Gallup», dijo el ejecutivo publicirrelacionista.

«Yo voy a jugar tenis con mis raquetas *Yamaha* y después golf con mis palos de golf *Campbell*», dijo el ejecutivo golfotenisista.

«Yo voy a cazar conejos con mi rifle *Winchester*», dijo el ejecutivo cazadorista.

Y en tanto que ¡*Click!* hacía la televisión, ¡*Fuuuuu!* la secadora de pelo, ¡*Pac!* los palos de golf y ¡*Pum!* la escopeta, el ejecutivo hogareño dijo que cortaría los setos de su ventana con su

cortadora *Wilkinson*, retapizaría su recámara con papel *Vymura*, compondría las puertas con su *Black & Decker* y pintaría la escalera con sus brochas *Fleetwood* empapadas en su pintura *Marlux*, y no queriéndose quedar atrás el ejecutivo explorador dijo que se iría al campo a pescar truchas con sus cañas *Mordex* mientras escuchaba su radio portátil *Sony*, y no queriéndose quedar atrás el ejecutivo culto aseguró que dedicaría el fin de semana a estudiar sus lecciones de idiomas por correspondencia *Berlitz* mientras escuchaba en su tocadiscos *Garrard* con sus magnavoces *Wharfedale* los últimos envíos del Club de Discos *Columbia*, y

no queriendo quedarse atrás el ejecutivo libidinoso dijo que durante el *week-end* se tomaría un *break* y desde el *roof-garden* de su *pent-house* espiaría (con sus binoculares *Optomax*) a las muchachas que se daban baños de sol en sus bikinis *Jansen* y se bronceaban con sus lociones *Sun Tan* y les tomaría transparencias con su cámara *Yashica* cargada con *Kodachrome* para enseñárselas después a sus amigos con la ayuda de su proyector *Agfa* y no deseando tampoco Estefanía permanecer a la zaga, afirmó que se dedicaría a las labores propias del hogar lavando los trastes con *Fairy Liquid*, rebanando jamón con su rebanadora *Krups*,

limpiando la tina con *Ajax*, lavando la ropa con su lavadora *Hotpoint* con jabón *Persil* y secándola con su secadora *Bendix* planchándola con su plancha *Sunbeam* después de rociarla con su almidón *Topps*, perfumando su casa con su refrescador de aire *Goddards*, desinfectando su escusado *Montgomery Ward* con su desinfectante *Domestos* y limpiando sus alfombras *Mohawk* con su aspiradora *Electrolux* y sí deseando el gerente de la Agencia Encantada quedar en primer lugar, declaró que el sábado y el domingo los destinaría a visitar la Exposición Universal del Hogar, la Industria, la Agricultura y la Ciencia, y recitó a

continuación una retahíla desesperanzada e implacable de todos los productos y marcas que iba a contemplar durante el fin de semana y que abarcaban desde los órganos *Rosedale* hasta los tractores *Ford* pasando por toda clase de computadoras, checadoras de tarjetas, congeladoras, trajes de astronauta, comederos para gallinas, cubiertos, autopistas sintéticas, imprentas, refugios antiatómicos y aparatos de dentistería.

Y en tanto que *¡Tris-tras!*, *¡Flit-flat!*, *¡Click-clak!* y *¡Krupps-kraps!*, todos creyeron que Palinuro no tenía ya nada

qué decir, y nada qué hacer ya fuera el fin de semana o ese mismo momento, sino el ridículo: Pero están equivocados, les dijo Palinuro, y aclarando que ante todo era un soñador, desde el mismo viernes en la noche cuando estuviera en su casa de cemento *Portland-Anáhuac* y tuberías de cobre *Anaconda Nacional*, tras taparse con su cobija *Slumberland* y reposar la cabeza en su almohada *Dunlopillo*, comenzaría a soñar. Primero, abriría la puerta de cuerno y soñaría despierto en un futuro que no estaba tan lejano como podría pensarse, en el cual no sólo tendría el placer de poner a remojar su dentadura por las noches en un vaso con *Steradent*,

sino quizás el gran honor de contar en su cuerpo cuando menos con una arteria artificial y una válvula de *Silastic* de la *Minnesota Manufacturera* y quizás, por qué no, le estaba reservado el enorme privilegio de tener un corazón cuyos latidos dependieran de un transistor atómico *Eveready* que demorara el día en que al fin le fuera posible descansar para siempre en un ataúd *Gayosso* cubierto de guirnaldas y coronas de *Interflora*. Luego, les dijo, soñaría entre dormido y despierto que vivía en un mundo... ¡el mundo del porvenir, caballeros! donde sus bostezos tendrían una marca registrada, donde sus pensamientos se venderían en envases

de lujo, su orina en latas inoxidables, sus sueños en tabletas solubles y sus versos en ungüentos perfumados... ¡el mundo del porvenir, señores! donde habría artistas que se encargarían de diseñar el logotipo de sus estornudos, escritores que habrían de inventar el slogan de sus lágrimas y ejecutivos que investigarían el mercado de sus suspiros; un mundo, les dijo, donde sus sonrisas estarían de barata al dos por uno; donde podría alquilar sus enfermedades, comprar sus ambiciones hoy y pagarlas después, ofrecer una de sus esperanzas gratis en la compra de cada decepción y regalar estampillas verdes con cada envase de sus múltiples

variedades de caca: ¡Caca Evaporada, señores, Caca Congelada, Caca en Polvo Instantánea! ¡Caca Condensada, señores, Caca Desechable y Caca de Plástico lavable en casa! Y después — les dijo—... Ah, después, cuando apague mi foco *Westinghouse*, abriré la puerta de marfil y soñaré dormido... ¡Que soy Cleopatra en mi brasier *Made-In-Form!*

Y mientras ¡*Smash, Screech, Clap, Sniff, Slurp, Knock. Crack, Pum, Tap, Woo, Ejem, Erp, Cough y Achoo!* hacían los ejecutivos, ¡*Splash, Gurgle, Gulp, Slurp* y *Smash!* hizo el vómito de

Palinuro, que allí en plena sala de juntas de la Agencia Encantada, vomitó toda la ginebra *Oso Negro* que se había bebido y vomitó la leche *Carnation* que le había dado de niño mamá Clementina y vomitó las sopas *Campbell* que le había calentado Estefanía, y vomitó vomigurgle y vomigulp y vomislurp y vomisplash.

PALINURO PUBLICISTA

quedó así consagrado para siempre. Lo que hubiera sido de él si jamás hubiera aterrizado en Productolandia; lo que hubiera sido de él y de Estefanía, de su amor y de su vida, si nunca hubiera abandonado sus estudios de medicina

para volver a ellos tras su largo viaje por las Agencias, pertenece a la antepenúltima de las islas por él visitadas:

LA ISLA DE LO QUE PUDO HABER SIDO

llamada también la Isla de la Ucronía, donde los escritores e historiadores más imaginativos —le dijo el guía— se dedican a elaborar el infinito número de versiones de lo que hubiera sido la historia de un país o la historia del mundo si Cristóbal Colón no hubiera descubierto América, por ejemplo, o si Marat no hubiera sido asesinado en la tina, o si Julio César sí hubiera muerto

en las Galias. Esta es la Isla de las verdades determinadas que, como afirma Suárez, son sólo conocidas por Dios, por ese mismo Dios que como afirma San Pedro Damiano, bien podría hacer, si quisiera, que el mundo nunca hubiera existido. Y en la Isla de la Ucronía Palinuro encontró a Delisle de Sales escribiendo *Ma République*, y a Louis Geoffroy escribiendo *Napoleón y la Conquista del Mundo*, y a Louis Millanvoy escribiendo *La Segunda Vida de Napoleón* y encontró el manuscrito de Roger Caillois donde se cuenta cómo el cristianismo jamás hubiera existido si Poncio Pilatos hubiera entregado a Barrabás y protegido a Cristo, y vio a

Kevin Brownlow filmando la película de la ocupación de Inglaterra por los nazis. Y también en esta Isla, Palinuro consultó la historia de los Estados Unidos escrita por Winston Churchill donde se narra lo que hubiera pasado si el general Lee no hubiera perdido la batalla de Gettysburg, y allí, por último, escuchó todas las sinfonías que Mozart hubiera escrito si no hubiera muerto a los 36 años de edad, y que el Maître Christophorus se había encargado de componer. Pero nuestra tarea es interminable —continuó el guía— porque de hecho cada libro que narra lo que hubiera sucedido si Marco Polo no hubiera traído la pólvora al Occidente o

si Aníbal no hubiera cruzado los Alpes o cosas menos obvias y menos conocidas: lo que hubiera sucedido por ejemplo si Donjuán de Austria se hubiera casado con María de Escocia, o si el emperador Federico no hubiera tenido cáncer o si Byron hubiera sido rey de Grecia, cada uno de estos libros, le decía, tiene que referir toda una serie de hechos históricos, hipotéticos, lógicos y a la vez imaginatorios que son examinados por otros de nuestros escritores, los cuales a su vez elaboran las historias de lo que pudo haber sucedido si no hubieran sucedido tales hechos hipotéticos, aunque en estos casos aceptan el primero de ellos, o en

otras palabras el que sirvió de punto de partida para la primera historia, porque de otro modo tendrían que escribir la historia de lo que hubiera sucedido si Aníbal sí hubiera cruzado los Alpes, como en efecto lo hizo. Pero las narraciones se invalidan unas a otras, ya que también hay expertos que han escrito, por ejemplo, lo que hubiera pasado si Lincoln o Cristo no hubieran nacido. Y si Lincoln o Cristo no hubieran nacido, Winston Churchill no hubiera escrito lo que hubiera pasado si el general Lee no hubiera perdido la batalla de Gettysburg y Caillois no hubiera escrito lo que hubiera sucedido si Poncio Pilatos le hubiera salvado la

vida a Cristo. Otros, con un mayor sentido de la autocrítica y de los procesos históricos, saben sin embargo que no se puede escribir una historia de lo que hubiera pasado si Lincoln no hubiera nacido, sin que se demuestre primero las razones por las que pudo no haber nacido y que pueden también ser infinitas, y entre ellas, por ejemplo, que sus padres nunca se hubieran conocido, que sus abuelos hubieran sido estériles o que sus tatarabuelos se hubieran ahogado frente a las costas de Nueva Inglaterra. Y como entonces va 110 hubieran sido sus padres, ni sus abuelos, ni sus tatarabuelos, el asunto se complicaría muchísimo, llegamos a

considerar la necesidad de escribir la historia de lo que hubiera sucedido si el mundo no hubiera existido. Pero como esto nos dio por resultado un libro con las páginas en blanco, pensamos que hubiera sido mejor escribir la historia de todo lo que *no* hubiera sucedido: Aníbal no hubiera cruzado los Alpes, Robespierre no hubiera sido herido por Merda, el Mariscal Keitel no hubiera firmado la rendición de Alemania y Palinuro no hubiera viajado por las Agencias de Publicidad y otras Islas Imaginarias. Pero la Isla de lo que Pudo Haber Sido no termina aquí. Es privilegio del poeta, camaleónico por excelencia como lo llamó Keats, y que

como Beschen el Ser creado por Brahma ha sido ave, viento y océano, el de transformar todo en todo: una ciudad en un águila —dijo Tesauro— un hombre en un león. ¿Cuál es el último enigma? se preguntó Marsilio Ficino: el de poder transformar una cosa en otra. Así en Los Sosias de Rotrou, donde todo es todo. Así en las leyendas de Criniso y de Icelos. Así también en el Alfeo de Hardy donde las personas se transforman en rocas, fuentes, árboles, muertos vivientes y vivos muertos. Así en El Criticón de Gracián donde los monstruos de la carroza arrastrada por sus héroes cambian sin cesar de estatura, de color, de sexo y de ser. Así también

en el bosque de Arden, donde se encuentran plegarias en los árboles, libros en los arroyos, sermones en las piedras. Así también en esta Isla, cuya parte más extremosa es, por sí misma, otra Isla cuya crónica sólo ha podido ser narrada por los juglares y por los bardos. Aunque en otros tiempos, antes de que las arenas que la unían a la Isla principal fueran cubiertas por las aguas y el detrito, era una lengua de tierra que se adentraba tres millas, o cien, en el mar. De aquí que se le conozca por el nombre de Isla de la Lengua de Proteo. Aunque quizás no es el mar donde descansa, y sí en un páramo. O tal vez no es una Isla ni una lengua de tierra, ni

la madriguera de las chusmas de pájaros, ni una esperanza. Quizás, a veces, ni siquiera se llama así, Isla de la Lengua de Proteo, y se llama en cambio Isla de los Alrededores, Isla de los Péndulos o Isla de la Molienda. El caso es que para viajar a esta Isla es necesario dirigirse hacia el norte, o hacia el suroeste, o hacer girar la Rosa de los Vientos y encaminarse hacia el punto que señale cuando se detenga, o hacia su contrario, y estar preparado para un viaje de diez días o de mil años, por la sencilla razón de que la Isla pudo haber estado cerca, allá, tras el jubileo de las montañas y haber sido una fortaleza, pero pudo haber estado muy

lejos, al otro lado, a muchas aventuras más allá de las Columnas de Hércules, y haber sido una estrella. La Isla está habitada por zorros, gansos, perros y otros animales fantásticos, porque bien pudo haber sido la Isla un mundo donde éstos y otros animales hubieran sido inventados por la fábula. Pero la Isla sabe que bien pudieron haber sido otros los animales o los seres destinados a habitarla, de manera que el viajero puede encontrarse, según el día que llegue a la isla, con los monorontes y los sclassaberocchias imaginados por Alessandri, o si tiene la suerte de llegar el día en que la isla pudo haber sido el planeta vivo de Bradbury que cambia en

relación con los seres que lo visitan, el afortunado viajero podrá cambiar, con solo el pensamiento, las dimensiones, las virtudes, la historia y el futuro de la Isla. La Isla sabe sin embargo que bien pudo nunca haber sido visitada por viajero alguno y se prodiga entonces, en su soledad, hacia amarguras y reverberos jamás soñados, y se puebla de brisas, de anclas, de altares, de suburbios que se marchitan en las tenazas de los bosques. También la Isla sabe que pudo no haber sido nada nunca, y entonces no existe ni existirá jamás. Pero como pudo haber sido todas las cosas toda la eternidad, a veces el viajero no tiene necesidad de salir de su

casa y ni siquiera de sí mismo, para conocerla: la Isla es su vida y su cuerpo, sus ojos y sus triunfos, su edad y sus mentiras. Y es también el fin del mundo, las alas de un escarabajo, una escoba en el rincón, la novia y los solteros, Andrómeda y Bizancio. La Isla pudo haber sido, también, una invención de Borges. La Isla entera pudo haber sido una advertencia a los viajeros que se lanzan en su búsqueda a lo desconocido, ignorantes de los azares, los círculos mágico, las exhalaciones y los olvidos que encontrarán a su paso. Porque también la Isla pudo haber sido un olvido gigantesco de su creador, que se olvidó de crearla, y un olvido de todos

aquellos que se olvidaron de descubrirla, de subyugarla y de contar su historia. Algunas noches, cuando la luna está renca, los piratas que saben olfatearla llegan a la Isla de la Lengua de Proteo y entierran en ella sus tesoros. Pero apenas la abandonan alejándose en sus balsas, la tierra y las tapas de los cofres se abren, y de ellos se escapan una vez más las supersticiones, los cortinajes, los cíclopes de gelatina, las peladuras de papas y cuanta idea o cosa o pánico pueda tener un nombre, una palabra o un signo en cualquier idioma de la galaxia, porque la Isla, también, pudo haber sido puro lenguaje.

Por último (o por penúltimo), Palinuro

conoció

LA ISLA DE LOS UNIVERSALES

que está en todas partes y no está en ninguna, porque es, en realidad, la Isla en sí, la Isla como concepto universal habitada por todos los otros conceptos universales: el caballo universal, el publicista universal, el triángulo, la mesa, el río, el Palinuro universal. Siendo pues esta Isla todas y ninguna, en mayor o menor grado todas las Islas comparten sus cualidades y defectos universales: su audacia y su timidez, su belleza y su fealdad, su riqueza y su miseria, su malicia y su ingenuidad, su lucidez y su insania. Todas las islas

participan, sobre todo, de su obviedad.

Y ASÍ FUE COMO NUESTRO HÉROE
PALINURO,

tras un largo y plúmbeo sueño, llegó al fin de su viaje por las Agencias de Publicidad y otras Islas Imaginarias, bañado de procelosas Coca-Colas y de mostazas inmemoriales, de refluentes psico-dramas y rebanadas de vida, cubierto con costras de salsa catsup, habiéndose acostado con las rubias mayonesas y vencido al Caballero Ajax. Así volvió nuestro héroe a su cuarto de la Plaza de Santo Domingo, a sus amigos y a los esqueletos danzantes de la Escuela de Medicina. Nuestro amigo,

Palinuro, que no descubrió como Alejandro el Grande la Isla habitada por los sobrevivientes de la Guerra de Troya, ni viajó por los aires en una máquina conducida por grifos, ni contempló la tierra donde las raíces de los árboles están forradas con pieles de leones y panteras. Que no conoció, como Luciano, a los selenitas que tienen mocos de miel y sudan leche, ni como él viajó a la tierra de Lampton, situada entre las Híades y las Pléyades y habitada por las lámparas de todas las naciones. Nuestro héroe, Palinuro, que no viajó como los héroes del Persiles a la Isla Nevada, la Isla del Fuego y la Isla Bárbara, y no visitó como Maeldúin

la Isla con la fuente que da leche los sábados y vino y cerveza en las grandes fiestas. Que no viajó, como Psalmanaazar, a la fabulosa Isla de Formosa y no bajó como el Dante a los nueve círculos del infierno ni ascendió como él por los siete círculos del purgatorio. Nuestro hermano, Palinuro, que no conoció la tierra maravillosa de la anarquía suprema o Pantopantarquía, donde la música se consigue embotellada y las operetas caben en un litro y las canciones en un vaso, y que fuera descrita por el Conde Didier de Chousy, ni conoció las maravillas que le mostró a Don Cleofás el Diablo Cojuelo cuando se asomaron a las casas sin

techos de Madrid, ni visitó la calle de los espejos y el baratillo de los apellidos. Nuestro compañero, Palinuro, que no contempló el mundo del que hablaban Fourier y sus discípulos, que previeron la transformación del océano en un bol de limonada y la aparición de los anti-leones, ni viajó al mundo de los habitantes de dos dimensiones descrito por Edwin Abbot. Que no visitó, como el poeta Aristeas de Proconesa y acompañado por Apolo, el país mítico de los Hiperbóreos. Que no conoció, como el Barón de Münchhausen, el globo que levantó por los aires al Real Colegio de Cirujanos de Londres, y las jaibas y los mejillones que se daban en

los árboles y el ciervo al que le creció un cerezo en la cabeza y los caballos calzados con cráneos humanos. Nuestro amigo, héroe, hermano y compañero Palinuro que no conoció como Gulliver la Isla Volante; la Isla de los libros compuestos al azar; el país de los matemáticos que hablan con rombos, elipses y paralelogramos, la Isla de las Arañas que tejen telarañas de colores; la Isla de los Magos que convocaban a los espíritus de los muertos; ni conoció como Pantagruel la Isla de los Macreones habitada por los demonios y los héroes; la Isla Salvaje poblada de chorizos; la Isla de Hurtadillas habitada por el Martes de Carnaval y la Isla de

las Palabras Congeladas. Pero que un poco menos cansado, harto y triste que cuando comenzó el viaje, pero sí más crecido, regresó también un poco más viejo, sí, aunque un poco más sabio también, pues a pesar de que su recorrido por las Agencias de Publicidad y otras Islas Imaginarias duró tantos días como idiomas empleó Panurgo para dirigirse a Pantagrue, o sea catorce, a Palinuro se le figuró que había viajado por las Islas tantos años como idiomas escuchó Pantagrue de los labios de Panurgo, o sea también catorce, que es el número que simboliza la eternidad. Palinuro no sabía, entonces, que aún le quedaba por

recorrer otra Isla, la más grande y desolada de todas. Pero ahora que recuerda esos tiempos, esas tardes en las Agencias, y que tiene un ligero presentimiento de que todo aquello no habría de ser inútil, comprende que palabras más, palabras menos, automóviles, Alka-Seltzers y vajillas Hollywood de melamina más o menos, los tendrá presentes siempre con un rencor apenas de color beige, y ningún análisis sobre esas hondonadas arponea ya más su corazón.

12. La erudición del primo Walter y las manzanas de Tristram Shandy

Sí, sin duda la erudición del primo Walter era más bien un lastre. Saber que el ojo humano tiene siete millones de conos, no parecía un conocimiento que lo ayudara a ver mejor, porque el primo Walter fue siempre bastante miope. Saber que el rubor es causado por la dilatación de los vasos faciales

periféricos, no parecía tampoco servirle de gran cosa, porque Walter se sonrojaba contra su voluntad a la menor provocación. Saber, por último, que nuestro sistema nervioso tiene diez mil millones de neuronas y cien mil millones de células gliales, no parecía ya no digamos un dato que ayudara a nadie a ser más feliz en la vida, sino ni siquiera un conocimiento que contribuyera a la propia inteligencia del primo.

Porque no se puede ser inteligente —pensó Palinuro— y lastimar a las personas que se quiere cuando uno está tratando de hacer lo contrario, como aquella vez en que Walter quiso consolar a Estefanía diciéndole que no

debía preocuparse por los experimentos efectuados con animales, pues al fin y al cabo no eran las criaturas inocentes que aparentan ser. Y en seguida le habló de las teorías del padre Bougeant, de los numerosos personajes que se habían referido al *aura corrumpens* que despiden los animales y de la interminable lista de golondrinas, perros, puercos, gansos y caballos que habían sido juzgados como criminales a través de la historia y que acabaron con sus huesos y sus plumas en la cárcel, o con su vida en la hoguera o la horca. No por nada —agregó—, Lombroso se refirió a muchos animales como *delinquenti nati*, Mefistófeles se reveló a

Fausto como el señor de las ratas, los ratones, las moscas y las ranas... «*Der Herr der Ratten, und der Mäuse, der Fliegen, Frösche.*» Estefanía lloró, y el tío Esteban tuvo que contarle una vez más las historias de los perros San Bernardo que les llevan coñac a los exploradores impotentes enterrados en la nieve hasta la cintura.

O como aquellas otras veces —y que fueron tantas—, en que diez minutos después de jurarle su cariño a la tía Luisa y a la abuela Altagracia, Walter las irritaba tratando de demostrarles que a pesar de que las dos beatas se pasaban la vida rezando rosarios y letanías y que no había día de Dios en que no fueran a

la iglesia a darse golpes de pecho, él sabía más de religión (e incluso de apologética) de lo que jamás llegarían a saber las dos juntas, y eso a pesar de ser un descreído: porque ateo no, les aseguró: él creía en un Dios deseante y deseado que estaba fuera de la comprensión del vulgo, y por la misma razón no pensaba, como Voltaire, que si Dios no existiera sería necesario inventarlo. Walter nunca se atrevió, por supuesto, a hablarles de los evangelios heterodoxos (como el de David Friedrich Strauss) que atribuían el embarazo de María (o Mirjam) a un joven llamado Pantera. Nunca mencionó las teorías sobre el papel desempeñado

por Judas Iscariote (De Quincey, por ejemplo), y que de ser verdaderas lo transformaban si no en la víctima más importante de la cristiandad, sí en la primera y la indispensable. Y jamás citó a Rousseau que decía que cuando Cristo comulgó, tuvo que tener el cuerpo entero en su mano y poner la cabeza dentro de su boca. Esta clase de gimnasias, no tanto físicas como intelectuales, hubieran sido demasiado para la abuela Altagracia y la tía Luisa. Ellas podían aceptar que los Reyes Magos estuvieran enterrados en la Catedral de Colonia — como afirmaba Walter— y al mismo tiempo vivos en la constelación de Orión —como creían ellas— porque eso

no entraba en conflicto con la idea de que todos los muertos que estaban tres metros bajo tierra estaban también mucho más abajo, en el infierno, o mucho más arriba, en el cielo. De los libros apócrifos del Viejo y el Nuevo Testamento como Bel y el Dragón y La Venganza de El Salvador; de las teorías de los latitudinarios que sostienen que cualquier religión capacita para salvar el alma; de descubrimiento de que el maná no era otra cosa que una especie de sacarina secretada por un insecto y que es absorbida por el rocío de los tamarindos del Sinaí y que cuando está seca flota en el viento; de la semejanza entre el Padrenuestro y el Kodish

caldeo; de las simpatías y las diferencias que pudieran existir entre la Biblia y la Shasta, el Zend-Vesta, el Corán y los libros sibilinos, o de otros paralelismos entre la misa y sus misterios comparados con los ritos paganos y las leyendas solares, Walter podía hablar en la mesa, con un poco de cuidado y dirigiendo la palabra al tío Esteban o a papá Eduardo o al abuelo Francisco, porque la abuela y la tía no escuchaban, o fingían no escuchar. Aunque a veces, indignadas, no les quedaba más remedio que intervenir. «Eso es completamente absurdo», exclamó la abuela Altagracia. «No, abuela —afirmó Walter—. El hecho de

que según los cálculos de los expertos Cristo nació en realidad en el año cuatro antes de Cristo sólo quiere decir que la cronología está equivocada y que debimos haber comenzado a contar nuestra era cuatro años más atrás...» «Es imposible —insistió la abuela—. Cristo no pudo nacer cuatro años antes de haber nacido.» Y el primo Walter, con todo el dolo y la ventaja de que sabía echar mano en esas circunstancias, se levantó de la mesa, se pasó la servilleta por los labios y dijo: «Para Cristo todo era posible. Cristo hacía milagros, ¿no es cierto?» Y bueno, sólo una vez, que Palinuro recordara, la abuela Altagracia había callado a

Walter y fue un Viernes Santo, cuando también estaban reunidos todos en el comedor hablando muy en serio de la muerte del Señor, y claro, Walter dijo de pronto con la boca llena: «A propósito, leí en un libro que Cristo, según un tal doctor Stroud, murió debido a una ruptura del corazón que causó la efusión de sangre en el pericardio. Y la mejor prueba de eso es que cuando Longinos lo picó con su lanza, por la herida salieron coágulos esponjosos; es decir, una mezcla de *crassitudo* y *serum*». La abuela Altagracia, escandalizada, le dijo: «Nuestro Señor no pudo morir de lo que muere un hombre, porque era el Hijo de Dios».

«Pero de algo tuvo que morir si era de carne y hueso —alegó Walter—. Y si no fue del rompimiento del corazón, ¿entonces de qué murió?» La abuela necesitó sólo dos segundos para responderle: «De un milagro —dijo—. Su muerte fue el último milagro que hizo».

En otra ocasión, el primo Walter quedó en uno de los ridículos más grandes de su vida. Solía aprovechar cualquier coyuntura para conducir la conversación hacia los temas de sus lecturas más recientes, y así, en la cena que siguió al bautizo de la hija de la tía Enriqueta, y a propósito del bolo que el tío Felipe arrojó al aire para que se lo

arrebataran los muchachos, Walter dijo que una moneda de cincuenta centavos desarrolla, al caer, un millón de ergios de energía, y que a propósito, el nombre que le dio Leibniz al impacto de los objetos era el de *vis viva*. Así que cuando alguien se cae —agregó columpiándose en la silla— produce, sin lugar a dudas, una *vis viva*. Y entonces —si lo hubiera hecho a propósito no le habría salido tan perfecto—, metió los pulgares en las bolsas de su chaleco de rombos, se echó hacia atrás muy orondo y se cayó con todo y silla.

Walter se negó a calcular cuantos millones de ergios había desatado, o

cuantos microvatos habían producido las risas de todos. Cambió el tema y sin más ni más comenzó a hablar, y con la intención de captar la atención del tío Esteban, de Gilíes de Corbeil, médico de Felipe Augusto, que había escrito — dijo— cuatro obras en versos latinos, una de ellas dedicada completamente a la orina. La abuela dijo que ése no era un tema adecuado para la sobremesa, Estefanía dijo que era ella la que se estaba orinando de la risa, y todos se levantaron de la mesa, dejando sólo al primo Walter. Bueno, no todos porque al tío Esteban se le ocurrió la idea de dedicar un número de la revista Historia de la Medicina al congreso de urólogos

que iba a celebrarse en unos meses más, y Walter le sugirió que ilustrara en la portada el cuadro *La Femme Hydropique* de Gerard Dou, en el que aparece junto a la paciente un médico que sostiene en lo alto un matraz lleno de orina y lo examina al trasluz, y le recomendó que no dejara de mencionar el párrafo de *Le Román de Renart*, donde el zorro examina la orina del león.

La respuesta de la abuela no causó tanto regocijo como la caída en el comedor, que fue disfrutada no sólo por los tíos y demás parientes, sino por los propios amigos del abuelo Francisco (ya que Walter no desperdiciaba ninguna

oportunidad para humillarlos con su erudición), y a la cual se refirió el general que tenía un ojo de vidrio, diciendo que más bien que haber producido una *vis viva*, lo que había logrado el primo Walter era haber demostrado su *vis* cómica. Y aclaró en seguida que no sólo en la academia de West Point, sino lo que era más importante: en la escuela de la vida, había aprendido algunas frases en latín: *Dulce et decorum est pro Patria mori*, afirmó, mirando a todos con un ojo célebre. Esto no quería decir, de ninguna manera, que el general o los otros amigos del abuelo fueran cultos. En realidad abuelo y don Próspero eran los

únicos que alguna vez se habían preocupado por la filosofía, el arte, el jazz y esas cosas, y algunas tardes, el amor del coñac y los quesos azules, trataban con paciencia de aculturar a sus amigos. Pero era inútil. Un ejemplo clásico era el ex diputado Fournier, que a pesar de amar el orden, el progreso y el altruismo, se hacía el sordo completo apenas Augusto Comte comenzaba a hablar de su famosa Ley de los Tres Estados. Nietzsche, que solía aparecerse abrazado a la cabeza de un caballo, no era bien visto. Tampoco Nerval, al que se le veía con frecuencia caminando por la calle de la Vielle Lanterne de París. Brueghel y sus dos hijos —Brueghel del

Infierno y Brueghel del Terciopelo—, eran mejor recibidos gracias a la magia de sus nombres. En cambio, cuando el abuelo hablaba de México, cuando contaba por ejemplo que el badajo de la campana de Dolores (que se llamaba el esquilón de San Joseph) estaba hecho con una granada, sus amigos le prodigaban una salva de aplausos. «¡Qué barbaridad —decía la abuela Altagracia—: la próxima vez que demos el grito de Independencia, puede haber una explosión!» «La habrá, la habrá», decía el abuelo en tono misterioso, partía un pedazo de queso danés y agregaba: «Mmmmm... hay algo podrido en Dinamarca». Y así se

pasaban las tardes de los sábados el abuelo Francisco y sus amigos, que parecían completarse unos a otros porque el que no había ocupado un escaño verde en el Congreso había cabalgado al lado de su General Obregón y el que no era maestro venerable de una logia del Rito de York era un lector fiel de la enciclopedia, y también, por supuesto, porque el abuelo veía muy bien con el ojo izquierdo que era el que le faltaba al general que tenía un ojo de vidrio, y el general oía perfectamente con el oído derecho que era del que estaba sordo el ex diputado Fournier, y el ex diputado Fournier tenía completo y sano el brazo izquierdo que

era el que le faltaba al billeteero de la lotería, y el billeteero podía reír o ponerse serio con el lado derecho de la cara, que era el que don Próspero tenía paralizado, y don Próspero, por último, caminaba sin ningún problema con la pierna derecha, que era la que tenía inservible el abuelo Francisco. De la misma manera, había también una serie de conocimientos que pertenecían al inconsciente colectivo del abuelo y de sus amigos, de modo que podían perdonar que Walter supiera más que aquellos ignorantes que por ejemplo nunca habían oído hablar de Paderewski, que además de ser un gran pianista había sido presidente de

Polonia, o que aquellos que jamás habían tenido ocasión de escuchar un comentario sobre la quinta sinfonía de Dvorak, conocida como la Del Nuevo Mundo. Que Walter, en fin, supiera más que los analfabetos que ignoraban por completo la existencia y la historia del cardenal Richelieu, conocido como la Eminencia Gris; o incluso más que aquellos que no tenían la menor idea de que Goebbels había sido el responsable de la famosa frase: «cuando escucho la palabra cultura saco mi revólver», todo esto era digno de elogio, porque ellos también lo sabían. Es decir, lo que no sabía don Próspero lo sabía el abuelo o lo sabía el general o lo sabía el tío

Esteban, y por ello podía afirmarse que todos, entre todos, lo sabían. Pero lo que les resultaba imperdonable, lo que no podían tolerar es que Walter, cuando ellos se atrevían a hablar de esto o de aquello o de lo de más allá, les saliera con la novedad de que Paderewski no había sido presidente de Polonia sino primer ministro, que la quinta sinfonía de Dvorak era en realidad la novena, que el verdadero autor de la frase sobre la cultura y el revólver no había sido Goebbels —ni Goering, como se atrevió a afirmar el general con su ojo disidente — sino el expresionista Hanns Johst, Jefe de la Cámara de Escritores del Imperio, y que, por último, se había

dado el nombre de Eminencia Gris no al cardenal Richelieu, sino a su ayudante el padre Joseph de París, cuyo verdadero nombre había sido François Leclerc de Tremblay.

De nadie, sino de ellos, había sido la culpa. Comenzaron a ofrecerle dulces, cuando Walter tenía diez años, para que se agregara a la peña de amigos durante unos minutos y los divirtiera con su precocidad. Pero la diversión, como a los doctores del templo, les duró poco tiempo. Y cuando ya hecho todo un joven y con una barbita incipiente, cuando medía un metro setenta y tantos de modo que ni el general ni el abuelo podían ya contemplarlo desde lo alto de

sus catorce lustros de sabiduría, y ya habiendo vivido en Londres una temporada dejó de pedir caramelos para aceptar habanos y copas de coñac, Walter se transformó en una plaga. Lo de menos es que se pusiera a hablar de cosas que nadie entendía y de personas que para los amigos del abuelo no existían ni existirían nunca: las películas de Pudovkin o de Fritz Lang, la hermenéutica de Dilthey, la obra de Saussure o Lukasiewicz; la escultura de Naum Gabo o la pintura de Kokoschka; la teoría del flogisto o las disputaciones *De Quolibet*, la poesía de Trakl o la música de Gulielmus Dufay: esto y los Ídolos del Mercado de Bacon, el

periodo llamado *Sturm und Drang*, el libro de Caird sobre Hegel, la Palingenesia Universal y la diferencia entre el poeta Samuel Taylor Coleridge y el músico negro Samuel Coleridge Taylor, era como si Walter estuviera hablando en griego. Y Walter no era tan tonto como para no darse cuenta que a nadie le interesaba (como no fuera a don Próspero pero sólo cuando el asunto coincidía con la letra de la enciclopedia que estaba leyendo), que él conociera personalmente a Darii y Ferio, que hubiera leído a Sheridan Le Fanu y todas las leyendas sobre vampiros surgidas en Iliria, o que él supiera que Buto era en la mitología egipcia la designación del

caos infinito, que la palabra alemana *Weltanschauung* se refería a toda una concepción del mundo, o que los clientes de Madame Sosotris le tenían miedo al futuro.

A nadie, tampoco, entre los amigos del abuelo, le interesaba sus conocimientos médicos, o al menos con muy pocas excepciones, y eran sólo aquellas que parecían tener algún tinte obscuro. El ex diputado Fournier se asombró de la relación que había entre la palabra orquídea y la palabra orquitis que designaba la inflamación de los testículos, y el general miró a Walter con un ojo incrédulo cuando lo escuchó hablar de los vínculos que existían entre

la palabra penicilina —una nueva y maravillosa droga, les aseguró— y la palabra pene o miembro viril. Siempre me han gustado algunas cosas de la medicina, afirmó el general. Siento decepcionarlo (dijo Walter) pero esto no tiene nada que ver con la medicina, sino con la etimología.

Otra de las manías de Walter, era la de referirse a lo que él designaba como los antecedentes que demuestran que el Eclesiastés tiene razón al afirmar que no hay nada nuevo bajo el sol. Pero nadie le prestó atención cuando afirmó que la leyenda de Raimundo Lulio tenía un antecedente en la historia de Titón, quien había obtenido la inmortalidad

pero se olvidó de pedir la juventud eterna, ni cuando dijo que efectivamente e 1 *Si fallor sum* de San Agustín anticipaba a Descartes, y que sin lugar a dudas el pintor Luca Cambiaso era el padre del cubismo y Lyell el padre de la teoría sobre la evolución, ni cuando opinó que Bioy Casares debió de haber leído *Las Bacantes* de León Daudet antes de escribir *La Invención de Morel* y que Oscar Wilde debía —o debió— conocer (antes de escribir *El Crimen de Lord Arthur Saville*) la leyenda de Trasio, el adivino de Chipre que le predijo al rey Busiris que se obtendrían buenas cosechas si se sacrificaba cada año a un extranjero, y él —el adivino—

fue el primer sacrificado.

En venganza, una tarde en que el abuelo citó el verso donde el poeta mexicano Enrique González Martínez ordena que se tuerza el cuello al cisne de engañoso plumaje (aludiendo, claro, al poeta nicaragüense Rubén Darío) Walter señaló que el concepto no era nada original, porque ya Verlaine había hablado de la conveniencia de torcerle el cuello a la elocuencia. No pudo resistir tampoco cuando el general afirmó que el primer bombardeo aéreo de la historia lo había efectuado un militar mexicano (el general Pesqueira, en Sinaloa, si no mal recuerdo —dijo—) y entonces Walter aseguró que según

sus informes ya los austríacos habían bombardeado Venecia en 1840 con montgolfiers no tripulados. La puntilla fue cuando el abuelo comentó la mala suerte que había tenido el general Bernardo Reyes, que recién escapado de la cárcel al frente de un grupo de rebeldes, apenas llegado al Zócalo una bala en la frente lo había matado: Walter dijo que para mala suerte, la de Porthéo, el primer griego que salió del caballo de Troya, se cayó de cabeza y se mató.

Por esta vez, sin embargo, la cultura salvó a Walter de una segunda caída, aunque no tan grave como la del griego, ya que hablando de la Revolución el tío Austin metió su cuchara y acusó a

Pancho Villa de salvaje por haber desenterrado el cadáver del periodista inglés Benton para juzgarlo y fusilarlo y enterrarlo de nuevo, con lo que se armó (todos lo sabían) una más que justificada polvareda internacional. Walter, tras hacer un anillo de humo, dijo que el salvajismo de esta naturaleza no era una virtud exclusiva de los mexicanos y recordó el caso del papa Urbano III a quien ya muerto y sepultado se le declaró simonista, se le desenterró también, se le cortó la mano derecha y se le arrojó al Tíber. Y después agregó que no sólo los aztecas hacían sacrificios humanos, sino también los jonds, que habían sido un pueblo

dravídico de Bengala, para no decir nada de la Santa Inquisición.

Todos, salvo el tío Austin, le perdonaron en ese momento sus intervenciones anteriores (los escupitajos de cultura, como los llamó una vez el general), a pesar de que al papa Urbano flotando en el Tíber siguieron la cabeza de Orfeo y de Carlos I, Acteón devorado por sus perros, los caballos de Cromio, el brazo del almirante Nelson, Policrito comiéndose a su propio hijo, algunas referencias a la hija de Tito Andrónico llevando entre los dientes la mano cortada de su padre, una cita de Herodoto donde cuenta cómo Babilonia fue capturada por un hombre

que se mete en la ciudad cortándose la nariz y las orejas, los restos de Adonis, de Osiris y de Tirano Banderas, los órganos genitales de Orígenes y del favorito de Eduardo II, las mutilaciones de los coribantes, las atrocidades de los turcos en Armenia, los miembros sueltos que esculpía Rodin, el cuento *Das Madchen ohne Hande* de Grimm y el poema de la muchacha de las manos cortadas de Pierre Quillard (ambos citados por Praz), el cuento del mutilado de Mark Twain, *El Hombre Descuartizado* de Albert-Birot, la cabeza de Holofernes y la cabeza de Juan Bautista y la cabeza de Menalipo que Tideo despedazó a mordiscos, la

lengua de Filomela, los testículos de Urano, los despojos de Tupac Amaru, el hígado de Prometeo y las entrañas de Ticio, el brazo de Cervantes, el omóplato de Pélops, los ojos de la hija de Equeto, la ninfa Eco descuartizada por los pastores y el esqueleto del general Lavalle descarnado junto al río para que el agua se llevara sus piltrafas. Por su parte el ex diputado Fournier contribuyó con la cabeza del padre Hidalgo y la del propio Pancho Villa. Don Próspero, con la mano del general Obregón. El billetero y el general con su propio brazo y su propio ojo respectivamente. Y el abuelo Francisco dijo que tal vez, aunque no era lo que

deseaba (y apretó su bastón de madera), algún día su pierna iba a seguir los mismos pasos tras las huellas de la pierna del generalísimo Santa-Anna.

En fin, que además del tío Esteban, sólo Palinuro apreciaba los conocimientos médicos del primo Walter, y desde luego Estefanía, a quien con los años se le fue quitando el asco por las palabras y que a condición de que el primo no hablara de los animales que habían sido mártires de la ciencia, estaba dispuesta a escuchar cualquier horror o incluso permitir que Walter denigrara al gremio de las enfermeras, comparando a la mayoría con las puercas y borrachas Sairey Gamp y

Betsey Prig descritas por Dickens y diciendo que Florencia Nightingale, la heroína de Crimea, había sido una lesbiana desatada y que no se imaginaban qué de cosas habían sucedido en el hospital de señoritas que fundó en Chandos Street.

Esto no le agradaba mucho que digamos al tío Esteban, que había idealizado más de lo conveniente la profesión de enfermera y de médico, que se había declarado en contra de la eutanasia y en favor del mandato de Esculapio («prolongarás vidas nefastas») y a quien, en fin, le molestaba oír hablar de los experimentos realizados por Falopio en los

criminales, de la prueba de la vacuna antivariólica en los niños de la caridad de la parroquia de Saint James (autorizada por la reina Carolina), y en pocas palabras, de todas las atrocidades que los médicos, afirmando que el fin justifica los medios, habían cometido con dementes y convictos, ancianos abandonados, débiles mentales y niños retrasados, y que iban desde la inyección de sustancias radiactivas en las venas para investigar aspectos del metabolismo del calcio, hasta la inmersión de los pies de los niños en agua helada para medir su presión aórtica, la introducción de agujas en el cráneo para estudiar las proteínas del

líquido cerebroespinal y la provocación de síncope artificiales, todo logrado aprovechando la inocencia o la incapacidad de los pacientes, pagando a la gente pobre y ofreciendo reducción de sentencias o tarifas con descuento a los familiares de locos internados. Esto, para no mencionar los monstruosos experimentos a gran escala realizados en Dachau por el profesor Wetz, y tantos otros que el tío Esteban desconocía en aquel entonces pero de los que Walter, el sabelotodo, se enteraría en un futuro no muy lejano, cuando leyera los trabajos de Pappworth.

El tío Esteban era la única persona —además del abuelo Francisco— a

quien Walter respetaba en verdad, así que procuró no hablar de estos temas, y sí, en cambio, de aquellos que más le fascinaban al tío, y que en opinión de Walter eran los que más se aproximaban a la clase de curiosidades que aparecían cada semana en la sección de Ripley que publicaba el periódico *Novedades*. Incluso le sugirió (y al tío Esteban le encantó la idea y la puso en marcha) que publicara en la revista *Historia de la Medicina* una sección dedicada a las curiosidades: Aunque usted no lo crea, los cráneos fósiles de Tenerife muestran ya la trepanación sincipital o de Manouvrier. Aunque usted no lo crea, si el ADN que ha transmitido la

información genética de todos los seres humanos desde tiempos de Cristo fuera reunido, pesaría menos de un gramo. Aunque usted no lo crea, los clérigos excomulgaban a quienes hacían uso del cloroformo, llamándolo «aire de Satán». Aunque usted no lo crea, se le daba el nombre de *calentura* a un delirio furioso que atacaba a los navegantes en la zona ecuatorial, y que los hacía arrojarse al mar. Aunque usted no lo crea, la guerra bacteriológica (ya mencionada por el novelista francés Robida, contemporáneo de Julio Verne) fue inventada por los tártaros que sitiaron la ciudad de Caffa, ya que cuando la peste negra comenzó a diezmar a los

invasores, éstos catapultaron a los cadáveres putrefactos, que volaron por encima de las murallas y cayeron en las calles, los tejados, los árboles y las ollas donde se cocinaban los pucheros. Aunque usted no lo crea, los antiguos médicos chinos tenían siempre una muñeca de marfil donde sus dientes debían señalar el lugar donde sentían algún dolor o molestia, porque el médico no podía tocarlas. Aunque usted no lo crea, los egipcios no trataban igual a todos sus muertos: a los cuerpos de los ricos los lavaban por dentro con vino de palmera y los rellenaban con mirra; a los cuerpos de los pobres les inyectaban resinas que les disolvían las vísceras; a

los cadáveres de los muy pobres, los ponían a macerar sesenta días en una solución alcalina. Aunque usted no lo crea, Henry Wellcome, en cuya memoria se bautizó el Museo Wellcome de la *Historia de la Medicina* de Londres, acompañó su tesis de graduación con su invento más notable: unos supositorios largos de color pistache, chocolate, vainilla y limón.

El primo Walter, buen lector de literatura de ciencia-ficción (presumía de haber tenido en sus manos un ejemplar del *Necronomicon*, el libro inexistente más célebre del mundo) se encargaría más adelante de aportar a la revista visiones futuristas en las que se

hablaba de los cerebros humanos colocados en cuerpos computadorizados; de la interpretación electrónica automática de síntomas médicos; de los hombres ascéticos y los hombres psicoquímicamente iguales del siglo séptimo de la Era de Ford; del diagnóstico de fallas cardíacas por teléfono y de la técnica que en unas cuantas décadas más habría de permitirle a un cirujano operar desde Flamburgo, a larga distancia, a un paciente que estuviera en Hong-Kong: la telecirugía.

Pero fue la mano del papa Urbano III, o en todo caso la mano del general Obregón junto con el cerebro del

muchacho a cuya autopsia asistió Palinuro, lo que le sirvió de pretexto para conversar con el primo Walter largamente —o quizás sólo para escucharlo, ya que en muchas ocasiones Walter tendía a los monólogos interminables— de dos cosas relacionadas más con su vida que con la medicina y que siempre le habían provocado una oscura, indefinible angustia. Una de ellas era la propiedad de su cuerpo.

Fue en nombre del arte, y no de la ciencia, que Palinuro había hecho los dibujos inspirados en los cuadros famosos que mostraban las interioridades del cuerpo humano. Pero

en el fondo, muy en el fondo, él sabía que esto no era cierto: que si los había hecho en nombre de algo, era del terror y de la repugnancia y que en todo caso no había partido de una vena azul o de un músculo rojo para llegar a la piel blanca y lisa de las estatuas, sino que el proceso había sido exactamente el contrario, y el propósito principal de las láminas, casi inconsciente, era quizás el de superar ese terror y esa repugnancia que lo habían acompañado tantos años, sin que él pudiera nunca saber si el terror había nacido de la repugnancia o la repugnancia del terror que se apoderó de él cuando comenzó a comprender y aceptar que su cuerpo estaba destinado a

repartirse por los anfiteatros, los laboratorios y los hospitales del mundo, o simplemente a hacerse polvo en la tierra de cementerio y a dispersarse algún día en el vacío. En la edad de la inocencia de Palinuro, en la suya y en la de nadie más, cuando mamá Clementina lo sentaba en su regazo para contarle a Robinson Crusoe con su sombrilla de hojas de palmas, el enanito de los Cuentos de Calleja con un libro por cada letra de su nombre y a Heidi en los Alpes, entre las cistíneas y los lirios de San Bruno; en esa edad mamá y papá, los abuelos, los primos, Estefanía, todo el mundo —y él mismo— eran estatuas de marfil tibio y suave que comenzaban

y terminaban en su piel, sus manos, sus ojos, su pelo. Afuera de la piel estaba el mundo y estaba el sol, estaban los pájaros y los peces, los automóviles, los perros. Estaba el abuelo Francisco que se ponía el sombrero y con él sus ideas políticas y salía a la calle arrastrando todo su pasado congresista y burdelesco y se alejaba en el recuerdo y en el oro de la tarde, entre provincias de césped y talismanes desparramados que daban la ilusión de los trabajos perdidos. Afuera, también, estaban el jardín y las hojas de la higuera que una plaga de gusanos había transformado en pañuelos de encaje verde. Y estaba la abuela en su cuarto que olía a muertos y a vivos y a

elixir paregórico, y estaba la tía Enriqueta con su bata de seda roja con flores de loto paseando por el corredor con una tetera de plata de la que se escapaban los espíritus del té. Y éste, sin que Palinuro lo supiera o lo ignorara, era el mundo de la revelación divina de Reimarus: el mundo increado de Aristóteles y un mundo desconocido por Pascal donde no era necesario apostar en favor o en contra de Dios, porque no había nada que ganar o que perder y porque ese mundo correspondía a la sola idea de Palinuro y nada más —pero nada menos—, como también su cuerpo correspondía nada más —y qué mejor—, que a su idea: su cuerpo fuera

y su cuerpo dentro, los dos uno mismo sin principio ni fin como el mundo objetivo y el subjetivo, el mundo real y el mundo imaginario en que vivía. Y adentro, cuando la piel y los ojos eran de uno, estaba también el mundo entero y una sensación de plenitud, de totalidad vehemente e insondable, de calor, de dolores y placeres en acecho, de sueño o de hambre, de ganas de reír o de llorar mientras que más allá de los ojos y de la piel, cuando la piel y los ojos eran de otros, estaba el propio reflejo de Palinuro, unas veces en forma de una imagen que se contemplaba a sí misma en el espejo de una pupila, y otras en forma de una dimensión que adentro de

esa piel ajena prometía la continuidad y el amor, carecía de nombre y de calificativo, y en la cual, si acaso, dentro de él mismo, vivía un cometa inalámbrico que se llamaba corazón y que tocaba la puerta todos los minutos de todos los días para entrar al universo.

El principal acceso a ese interior pleno, la puerta que el corazón descubría siempre demasiado tarde, era la boca: por ella entraba la parte del mundo que se llamaba agua, el agua de piel sin fin que cabía toda en una sola gota de alma redonda, y que se vestía de blanco para disfrazarse de leche y que se ponía una máscara de vidrio para disfrazarse de hielo. Y entraba la

comida, entraban los extraños y fulgurantes alimentos terrestres, las frutas como lunas verdes y rojas, las carnes y el pescado y el pollo que inventaban en los mercados y los breñales de zanahorias rayadas y los purés y el agua que se vestía en las mañanas de jugo de naranja, y los caramelos que se aparecían en los bolsillos del tío Esteban y en las redomas de las dulcerías. Y cuando estas partes del mundo se metían en la boca, desaparecían y nadie volvía a saber de ellas jamás y nadie se preocupaba. Sin ninguna relación con los alimentos, y nada más porque sí, sin que nunca antes hubieran existido sino

hasta el instante mismo de aparecerse, simplemente se aparecían los excrementos dorados y el agua vestida de amarillo, y a veces, también, el vómito multicolor. Lo que entraba a la estatua de marfil suave y tibio, no iba a ninguna parte: ni quiera a su interior. Lo que salía de ella, no venía de ninguna parte: ni siquiera de adentro.

Pero más adelante, cuando pasó la época del lenguaje solar, cuando Palinuro comenzó a sentirse atraído por lo misterioso y lo prodigioso y a sentir temor y atracción y repulsión por lo que podía amenazar su seguridad y nació en él la angustia, y a la imagen de su propio cuerpo y de sus sensaciones y al sonido

de su nombre se agregó la continuidad de sus memorias, las palabras le enseñaron entonces que tener pelo, boca y dientes («A Palinuro le está saliendo un diente, a Palinuro le cortamos el pelo»), y manos y lengua («Niño, lávate las manos, niño, enséñame la lengua») y nariz y ojos y corazón, quería decir que él no era sino una suma de cosas distintas que servían para una sola cosa diferente cada una, y que no había posibilidad alguna de que esas cosas intercambiaran sus papeles («A Palinuro le está saliendo una nariz, a Palinuro le cortamos las manos, niño lávate el corazón»). Otra clase de aprendizaje, lento también, le enseñó a violar,

complacer y exacerbar las partes de su cuerpo que ofrecían una posibilidad de contacto con el interior. Y fue cuando comenzó a explorar con los dedos su boca, sus orejas, su nariz («Niño no te chupes el dedo, niño no te rasques la oreja, niño sácate el dedo de la nariz») y su ano y su miembro («Niño no te toques allí, niño no te toques allá»), y a morderse la lengua y a rascarse la espalda y a verse en el espejo con el objeto de confirmar que todas esas cosas estaban allí como el día anterior o como hacía tres horas, y que no habían desaparecido con el sueño, con la calentura o con la voluntad. La primera vez que se espínó con un rosal o se cortó

con un vidrio y se dio cuenta que el agua podía vestirse de rojo para disfrazarse de sangre y de dolor; la primera vez que tuvo conciencia de estar comiendo una parte de un animal y vio a un gato despanzurrado; la primera, también, que vio a un ciego y se fijó que al billetero le faltaba un brazo, fueron otras tantas veces en que comenzó a darse cuenta que la unidad de su cuerpo, o que la unidad del cuerpo de mamá Clementina y de papá Eduardo y del abuelo Francisco y de sus primos y de las personas que caminaban por la calle, no existía, y podía alterarse en cualquier momento, y que algunas partes de su cuerpo eran prescindibles y se podía

vivir sin ellas, y otras no podían faltar nunca y sin ellas no se podía vivir o ir al cine. Pero Palinuro, como todos, pasó por su infancia y por su adolescencia sin pensar en la falta de unidad de su cuerpo, sin sufrir por su fragilidad, por su integridad amenazada cada instante de su vida. Al fin y al cabo, ¿no habían ascendido un hombre —Cristo— y una mujer —María— en cuerpo y alma al cielo? ¿No volverían, el Día del Juicio, las almas a sus cuerpos?, y Palinuro creció y se acostumbró al intercambio de su cuerpo con el mundo; creció y se acostumbró a pensar en forma vaga, imprecisa y muy esporádica en todos aquellos órganos misteriosos que sólo

muy de vez en cuando hacían sentir su presencia confusa y sorda y que estaban tan lejos de su conciencia y casi siempre tan lejos de su vida, que no había ninguna posibilidad de conocerlos o explorarlos y por lo mismo ninguna de que mamá dijera Niño no te rasques el hígado, Niño no te muerdas los pulmones, Niño no te metas el dedo en el corazón. Se acostumbró también a aceptar sus piernas, su nariz o su lengua como cosas de su propiedad, como cosas que le pertenecían en el mismo grado en que sus juguetes, su ropa o sus padres eran suyos y de nadie más, sin preocuparse nunca demasiado por no poder sentir en las cosas de afuera lo

que sentía en su cuerpo («Mamá no me ha salido un árbol, mamá no tengo sueño en mis guantes, mamá no me dueles tú»), o por no poder disponer de las partes de su cuerpo como lo hacía con sus cuadernos, sus zapatos o su tren mecánico («Mamá guarda mis ojos en el ropero, mamá cómprame unas manos nuevas, mamá dale cuerda a mi corazón»). Hasta que el primo Walter se apareció en su vida —también como venido de ninguna parte— y una madrugada, a la salida de la cantina La Española, después de haber bebido como cosacos toda la noche, le dijo algo así como: «Y en fin: aunque hubiera sido el cerebro del muchacho, de todos

modos no podía ser su cerebro ¿me entiendes?» Y Palinuro, aunque respondió que no, en realidad sí había entendido —o al menos intuido—, lo que su primo quería decir.

«Quizás nos convendría partir de Locke —opinó Walter— para tratar de averiguar si la propiedad de nuestros órganos es posible. En otras palabras, si podemos ser dueños de nuestro hígado, nuestro esófago y nuestra vena cava, para poner tres ejemplos. He elegido a Locke, porque me parece que lo primero que habría que hacer sería definir en dónde comienza y en dónde termina la propiedad de las cosas. Recuerdo que en un párrafo de Tristram Shandy, el

escritor inglés Lawrence Sterne (que se sabía de memoria a Locke) se pregunta cuándo las manzanas del granjero comienzan a ser su propiedad: ¿Cuando las siembra? ¿Cuando crecen? ¿Cuando las cosecha? ¿Cuando las pone en la mesa? ¿Cuando las come? ¿Cuando las digiere? ¿Cuando las caga?... Mira, primo: creo que nadie puede, honestamente, dar una contestación definitiva. Y esto, que se aplica a unas manzanas humildes y corrientes (ya no digamos a las manzanas de oro que sedujeron a Atalanta), puede también aplicarse no sólo a tu cuerpo o a cada uno de sus órganos y partes, sino a tu propia vida, a tu vida entera. ¿Tú sabes

cuándo comienza tu vida a ser tu vida? ¿Acaso cuando la forma de tu nariz y el color de tu pelo, tu estatura y tu carácter están divididos entre los cromosomas de uno de los cien mil millones de espermatozoides de tu padre —que entre paréntesis cada vez que tu padre iba a un burdel el pobre espermatozoide se la pasaba brincando de un testículo a otro para no ser hijo de puta— y los cromosomas de un óvulo de tu madre, que según la ley de las probabilidades no se debieron encontrar jamás, pero que un día —o una noche, es lo más frecuente—, se juntaron para formar un solo ser: Palinuro, Palinuro el Grande o Palinuro el Pequeño? O lo más

probable: ¿Palinuro el Mediocre? ¿O los cinco, diez, veinte Palinuros distintos que eres para los demás según tu relación con ellos haya sido de hijo, de hermano, de amante, de amigo, de enemigo o de casi un desconocido, incluyendo gracias al bovarysismo o sea al poder que se le otorga al hombre de concebirse de manera distinta a como es, incluyendo, te decía, a los varios Palinuros que sucesiva y a veces simultáneamente tú crees que eres? O quizá debería mejor decir: ¿A los varios Palinuros que ustedes creen que son? ¿Es entonces, dime, cuando tu vida comienza a ser tu vida? ¿Cuando el espermatozoide fecunda al óvulo en la

ampolla de la trompa de Falopio? ¿O cuando eres un embrión presomita de 18 días, más parecido a la mismísima vulva de tu madre que a ti mismo? ¿O cuando tienes ya 20 días de engendrado y visto por tu cara dorsal te pareces, por el contrario, más al órgano reproductor de tu padre que a ti mismo —si es que vamos a confiar en las ilustraciones de Ingalls y Heuser? Dime, Palinuro, ¿cuándo comienza tu vida a ser tu vida? ¿A los 23 días, cuando tu corazón comienza a latir? ¿O cuando se unen el *septum primun* y el *septum secundum* cerrando así, para siempre, la comunicación entre la aurícula derecha y la aurícula izquierda? ¿O acaso es

cuando tienes ya tres meses de engendrado y pasas del período embrionario para graduarte de feto vestido de amarillo? ¿O cuando naces, a los 180 días, para cumplir con el mínimo de viabilidad que señala la ley? ¿O a los 9 meses, para cumplir con la sociedad, y entonces el aire, el aire que es la vida y el soplo de Dios llena tus pulmones y los cambia de color? ¿O tu vida comienza a ser tu vida cuando la comadrona corta tu cordón umbilical de cincuenta centímetros de largo (y que desde luego está torcido en el sentido contrario al que corren las manecillas del reloj como el de todo hijo de vecino) interrumpiendo así la sagrada

simbiosis madre-hijo y dejándote solo en el mundo, abandonado como un Tarzán caído de su liana favorita, transformado en un nuevo y único y desahuciado experimento de la Naturaleza? ¿Cuándo comienza tu vida a ser tu vida? ¿Cuando te dan la primera nalgada y respondes con el primer vagido? ¿Cuando tu madre te carga en sus brazos cada mañana y te acaricia la cara con una bocanada fétida (.porque acaba de despertarse y es natural que tenga mal aliento) y el oído con palabras dulces, y tú comienzas a aprehender el mundo, y a saber que la felicidad y el terror, lo bello y lo repulsivo pueden ser una misma y sola cosa? ¿O cuando das

tus primeros pasos? ¿O cuando dices tus primeras palabras y sabes ya que el agua es agua y tú eres tú? ¿O cuando vas por primera vez a la escuela? ¿O cuando tienes tu primer amigo? ¿O tu primera novia y le acaricias, con las células muertas de la epidermis de tus manos, las células muertas de la epidermis de su cara? Dime, Palinuro, ¿cuándo comienza tu vida a ser tu vida? ¿Cuando tienes tu primera pelea y te duelen los puños? ¿O cuando tienes tu primer muerto y te duele la vida? ¿O cuando llegas a la pubertad y comienzas a perder diez mil neuronas diarias que ya jamás vas a recuperar y se desarrollan tus gónadas y aparecen tus caracteres

sexuales secundarios y todas las cosas que te rodean: tu madre, las palabras, los alimentos, se tiñen de sexualidad y el tubérculo genital que comenzó a alargarse desde las primeras semanas de engendrado, después de que se fusionaron tus pliegues genitales, o sea el verdadero *omphallus* que te une a tu madre y a tu especie, se sigue alargando para confirmar que eres un varón; lo que es más, que eres un varón prepotente? ¿Cuándo, Palinuro? ¿Cuando una tarde, bendita y maldita entre todas las tardes te sales de tu casa a los 16 años para comenzar tu vida y descubres que si el mundo no estaba en tu hogar, tu hogar no está en el mundo? ¿Cuando entras a la

Escuela de Medicina? ¿O cuando te recibes? ¿O cuando reflexionas sobre tu vida? ¿O cuando te sale el diente del juicio a los treinta años y le juras fidelidad a la Diosa Razón consagrada en Notre Dame y le regalas a tu superego un ramo de normas éticas disecadas entre las páginas de los libros, como tu piel y la de Estefanía? Cuándo, dime: ¿Cuándo te casas y sientas cabeza y ya dueño de tu casa, tu televisión y tu automóvil, ya transformado en arquitecto de tu propio destino, ya convencido de que estás viviendo en un mundo regido por una justicia felina en el cual al fin y al cabo hay que comer y pagar impuestos, hacer

el amor y morir, y donde tarde o temprano todos los hombres saludan o matan a sus vecinos y los astros se comportan a la altura del nivel del mar, decides entonces engendrar un hijo con tu propia vida? ¿O cuando te haces viejo y llegas al año llamado el Gran Climático: el 63 —o el 64, como en la canción de los Beatles? ¿O tu vida comienza a ser tu vida cuando comienzas a perderla? Y en todo caso, ¿puedes decirme cuándo se comienza a perder la vida? ¿Cuando se efectúa la fecundación en la trompa de Falopio, o un instante después? ¿O treinta minutos más tarde cuando tu madre puede ya pedir que le cedan el asiento en los

tranvías porque tiene ya, además de los ojos brillantes, media hora de embarazada? ¿O empieza a dejar de ser tu vida unos días después, cuando el huevecillo fecundado logra al fin implantarse en la pared del útero? Quizás puedes pensar que en realidad tu vida comienza a dejar de ser tu vida cuando se inicia, desde que naces, el proceso de arteriosclerosis crónica del que habla Cazalis Demange y la lucha fagocitaria y el envenenamiento por toxinas microbianas intestinales de las que habla Metchnikov y que si tienes suerte te estarán matando durante ochenta o noventa años para que te puedas morir de viejo: sordo, ciego,

senil, con los tejidos nobles atrofiados, los huesos blandos y los cartílagos calcificados. Pero tal vez ¿por qué no? tu vida comienza a dejar de ser tu vida cuando se inicia el cáncer que te impedirá morirte de viejo, o cuando comienza a formarse la embolia que evitará que te mueras de cáncer y de viejo o cuando das los primeros pasos para atravesar la calle en la que te va atropellar el automóvil que te salvará no sólo de morirte de embolia, de cáncer y de viejo, sino también de todas las otras muertes que ya no serán tuyas: te salvará de morir congelado en el lago Michigan, de morir atravesado por la flecha de un comanche hace cien años, de morir de

ingravidez a bordo de un cohete espacial rumbo a Betelgeuze dentro de dos siglos, de morir de una puñalada de fuego, de morir de una traición, de un beso envenenado, de una pasión equívoca. Pero quizás disfrutes del privilegio de uní larga agonía. Y entonces: ¿Cuándo tu vida comienza a dejar de ser tu vida? ¿En el momento en que comienza el coma y ves al mundo con ojos caliginosos? ¿O cuando ya no lo ves ni puedes hablarle porque estás en coma cataléptico y sin embargo escuchas al mundo, escuchas todavía el frufú de la sidra que se resbala por los aniversarios y lo piensas: piensas en el mundo y en su miedo que arrecia, en las

banderas de agua y en las tarjetas postales? ¿O tu vida deja de ser tu vida cuando un aneurisma te transforma en una estatua vegetal que vive por años y felices días sin ver al mundo, sin contemplar la sevicia de los atardeceres que se comen vivos a los flamencos y a otros recuerdos de colores; sin sentir al mundo, sin saborear sus alfajores prístinos, sin sentir el frío de sus nieves polares teñidas con las sombras del arlequín, y sin que siquiera, como a la estatua vegetal de Condillac, te lleguen los olores del mundo: el olor a pino agrio de las axilas de Estefanía, el olor de amoníaco y parafina que te espera a la puerta de los sueños, el olor de las

fuentes del Parque Río de Janeiro el olor a nuez moscada, el olor a la rubia mayonesa, el olor a pan y el añorado olor fétido del aliento de mamá Clementina que viene desde ultratumba para arrullarte y que no es otro que el olor de los jarrones del cementerio donde se pudren los lirios y las siemprevivas? ¿Es entonces cuando tu vida deja de ser tu vida? ¿Cuando todas esas palabras que ya nunca podrás decir: los juramentos célebres, los discursos que iban a conmover a las multitudes nómadas, las frases de cadencias infinitas con las que ibas a sondear el corazón de tus amantes y que se hicieron pedazos con el látigo del

monosílabo cuando aprendiste a balbucear tu ternura, cuando todas esas palabras, te digo, están aún vivas en tu cerebro, tu pálido cerebro color hortensia, y bullen en el fondo, devorándose unas a otras, resplandeciendo aquí y allá en frases que se ocultan tras barricadas de rosas o en mausoleos de escorbuto, prisioneras en las turbinas de tu plexo solar, enredadas en los tallarines linfáticos y en los acertijos sin fin, deslizándose por la diagonal agridulce del silencio o en las alas del tigre, a oscuras, a solas, soñando con ellas mismas y su gimnasia esmerilada? ¿O tu vida deja de ser tu vida cuando te vuelves loco y piensas

que estás viviendo la vida de los otros?
¿O cuando simple y llanamente estiras la pata, es decir, das la última boqueada, es decir, la aurícula derecha de tu corazón, que por eso se llama la *ultimum moriens* se detiene para siempre y entonces tú te mueres del todo, te mueres de la cabeza al dedo gordo, del hígado al bazo y de los dientes al riñón y se te empañan las córneas y la mandíbula se te afloja y alrededor de tu vientre aparece la coloración verdosa de la putrefacción y después, y comenzando por las vesículas seminales (por donde más pecado había) y extendiéndose a los músculos de la mandíbula, el cuello, los brazos, las

piernas y el resto de tu cuerpo comienza e l *rigor mortis*, la rigidez cadavérica causada por la opacidad de las fibras musculares y de cuyo itinerario inflexible nadie ha regresado vivo hasta ahora? ¿Es entonces cuando tu vida deja de ser tu vida? ¿Cuando te colocan una pluma en los labios para saber si de verdad estás muerto? ¿Cuando hacen en la palma de tu mano un dibujo con tinta violeta para comprobar la aparición del aura amarilla de Terson que no es otra que el aura ictérica de los muertos? ¿Cuando te colocan un vaso de agua en el pecho y un espejo en los labios? ¿Cuando te hacen la prueba de Lorain y exponen un trozo de tu piel a una flama

para que se forme una vesícula de aire que estalla con ruido indicando así que estás muerto, muerto total, muerto de solemnidad? ¿O cuando te colocan un pedazo de papel tornasol neutro bajo un párpado y el papel se pinta de rojo para confirmar el signo de Lecha-Marzo? ¿O un poco después, cuando ya estás en tu caja con tu pelo cepillado, sobre los párpados unas torundas de algodón húmedo, una almohadilla bajo la quijada y el recto taponado? ¿O cuando comienzas a transformarte en la Imagen del Delirio de Hendrik de Kijeser, en un cadáver hirviente de gusanos y muriéndose de no poder morir, como decía Lortigue? Sólo hasta entonces,

cuando estás muerto, muerto y en tu caja, o muerto y en un cuarto de hotel, esperando que lleguen todas las moscas y los insectos de que habla Barbusse en *El Infierno*: la Lucilia César verde y azul, los ácaros, los dermestos negros de élitros rosados, los corinetes de caparazones rojos, la gran sarcófaguiana y por último el tenebrio obscurus, o muerto y enterrado o enterrado y vivo, o enterrado y medio vivo si te pasa lo que al señor Valdemar del cuento de Poe y se te empieza a pudrir el cuerpo teniendo el alma viva y en uso de razón, o cuando estás en la mesa de autopsias (¡y bien, aquí estás ya, sobre la plancha!) con el vientre vacío y la piel

desprendida mostrando tus
interioridades, o sea más parecido a uno
de tus dibujos o a una de las figuras
horrendas de Anna Marandi que a ti
mismo. Sólo hasta entonces, cuando tu
cuerpo comience a repartirse por el
mundo porque así lo dispuso el destino
o porque así lo quisiste tú y llevemos —
lleve alguien— a enterrar tu corazón en
una caja roja al jardín de la casa de tus
abuelos y tu cerebro en una caja blanca
bajo las losas de la Escuela de
Medicina y tus pulmones en dos cajas
celestes en la cumbre de una montaña y
tus testículos en dos cajas negras como
huevos de azabache en los basureros de
la Plaza de las Tres Culturas: sólo hasta

entonces la gente suele decir que tu vida fue esto o lo otro, lo de aquí o lo de más allá. Suele decir la gente: su vida fue feliz, de niño conoció el mar que se muere de sed en las playas infinitas y las urracas brincaban tras él en las arenas musicales de Studlan Bay, siguiendo sus huellas y encontrando mariscos preciosos. Su vida fue la de un hombre sano: seis millones de glóbulos rojos no podían estar equivocados. Y tuvo dinero y amor. Y fue el genio más grande jamás habido, más genial que Chaplin, Dante y Mozart juntos elevados a la décima potencia, multiplicados por dos veces la raíz cuadrada de Einstein más Picasso punto seis y divididos —dolorosa y

jubilosamente divididos— entre Platón y Aristóteles (sin darse cuenta, imagínate, que uno siempre muere de mala suerte, que morir es una afrenta, un agravio personal y una vergüenza, cualquiera que sea la clase, la hora y el lugar de la muerte). O bien dirán que tu vida (y escucha: nada podrá evitar que así lo sea, por mucho que pongas de tu parte, porque tu destino no depende de ti sino de los dioses: por llorar inconsolablemente la muerte de su hermano, las Híades fueron transformadas en la constelación que anuncia las lluvias; por llorar inconsolablemente la muerte de su hermano, las Meleágridas fueron

convertidas por Minerva en gallinas pintadas) o bien dirán, te decía, que tu vida fue triste, que por dejar siempre tus juguetes en el jardín y tus calcetines en la cocina, sin hacerle caso a mamá, a tu muerte dejaste todas las cosas del mundo fuera de su lugar: las espuelas, colgadas de la jarra del vino; el vino, en el lavamanos; el lavamanos, en la sala; la sala, en una cajita de música en el extremo sur del universo y, al universo, al universo lleno de concavidades cibernéticas y dé corazones de helio, lo dejaste a punto de escaparse por su propia tangente en busca de la cuadratura del círculo; y dirán que por no hacerle caso tampoco a mamá

Clementina, por no terminar nada de lo que empezabas: ni tus sueños, ni tus cartas; por dejar siempre un dibujo a la mitad de un manzano o un poema a la tercera parte de un clamor, se cumplió su maldición: “Nunca terminarás nada en tu vida”, le dijo mamá Clementina, y al morir —dirán de ti, Palinuro— dejó dos libros sin acabar de leer, tres camisas a medio usar y varios amores y amistades a medias, y dirán más, dirán que moriste a la mitad de una digestión y de un suspiro, a la mitad de un pensamiento y de un latido, y que dejaste sin terminar la descripción de Estefanía y del cuarto de la Plaza de Santo Domingo, y lo que es más dejaste tu vida

sin terminar y no porque hayas muerto a los veinte años o a los treinta y cinco: si hubiera vivido cien más dirán, también hubiera dejado su vida entera sin terminar. A cambio de ello, nadie apreciará que desde el momento en que mueras, comenzarás a cumplir todas las promesas que le hiciste a mamá Clementina: dejarás de morderte las uñas, dejarás de masturbarte, dejarás de decir mentiras y serás perfecto. En fin, dirán también, quizás, que tu vida fue una obsesión constante con la muerte y con las palabras, con el sexo, con la cultura, con la fama. Con la muerte, porque en realidad le tenías miedo no tanto a ella como a la vida. Con las

palabras, no tanto porque no pudieras decir con ellas lo que deseabas, sino porque ellas decían de ti lo que no querías decir. Con el sexo, porque en el fondo lo despreciabas. Con la cultura, porque la falta de confianza en tu imaginación te obligó a tratar de suplirla acumulando conocimientos y datos eruditos. Con la fama, porque te odiabas ti mismo y necesitabas del aprecio de los demás. Y por eso (dirán) fracasó siempre con más ruido del estrictamente necesario. Quiso ser Dédalo (dirán) y se despeñó, como Ícaro, en el abismo de su infancia. Y en fin (dirán), fue un pobre diablo enfermizo, un títere con sangre de jarabe que se pasó la vida, *tu vida*, de

los Homeópatas a los proctólogos a los fisioterapeutas a los psiquiatras y que no tuvo nunca —no tuviste— ni dinero ni amor, pero a cambio de ello tuviste muchas deudas y pocos amigos, jamás fuiste al cine a ver *El Pájaro Azul* o el *Agente 007*, y por lo tanto, jodido y pobre, sin escuderos triunfales que te ofrecieran un puente de plata o una cuenta en el banco, te pasaste la vida, *tu vida*, chupando los alambres del telégrafo.»

13. El pan de cada día

Entre otras cosas en su vida, Palinuro fue un niño.

Ser niño era lanzar con el pensamiento una espiral más en el aire antes de cerrar los ojos cegados por las golondrinas que sembraba el verano: una espiral arrojada al vacío, que de pronto se alargaba en el insomnio y así, recta y tensa en punto de arpa, se hundía en el mar para que él, Palinuro; pescara un barco de vela, le abriera el vientre y encontrara un tiburón, le abriera el vientre y encontrara una estrella, le

abriera el vientre y encontrara una fábula.

A veces, también, ser niño era estar enfermo. Primero, porque tenía el hígado muy chico. Luego, porque tenía ronchas muy grandes.

Y siempre, porque tenía fiebre: entonces su madre le quemaba el pecho con antiflogistina y lo cobijaba con un edredón de plumas de pato salvaje forrado con el disfraz de un arlequín desmayado que contaba sus transfiguraciones: una sucesión de parches y retazos ordenados amorosamente por unas manos hábiles y pacientes; luego, una catedral de losanges; más tarde, con el tiempo, con

la humedad y con la polilla, de nuevo un montón de andrajos.

Pero ser niño era también tener un abuelo materno, gran señor por lo gordo y por lo señor, que un día fue gobernador de un Estado de la República, y otro día nació en Bagdad: y esto era la verdad, la verdad pura, aunque no toda la verdad.

Y era tener una abuela materna que cuando decía a desayunar, a desayunar se ha dicho, y cuidado del que no se comportara bien en la mesa, pobre del que no supiera quitar la nata del café con leche en la forma más práctica y elegante, que era la que usaba ella: soplaba apenas la superficie del líquido,

tocaba apenas la nata con las yemas de los dedos índice y pulgar, la levantaba como quien levanta a una rata muerta por la punta de la cola y al mismo tiempo le recordaba a Palinuro y a su prima que en inglés y según sus informes no existía la palabra *nata*, porque en los Estados Unidos nunca se hierva la leche, así de saludable y nutritivo debía ser el precioso líquido que allá dan las Hereford color heno y las Santa Gertrudis color cereza, decía, sin saber siquiera y sin que le importara si estas vacas eran famosas por su carne o por su leche. ¿Y a quién le iba a importar, cuando tenían nombres tan bonitos, como no fuera al tío Felipe en los días

en que estaba interesado en las ciencias económicas?

Pobre, también, del que no se presentara albeante. Y ella misma se encargaba de dar el ejemplo: se levantaba todos los días muy temprano, y en la penumbra de su cuarto, que exhalaba una peste de valeriana combinada con fragancia de membrillos, pasaba y repasaba con la plancha preñada de carbones rojos el cuello y los puños almidonados de su blusa hasta despertar en ellos el prestigio ambiguo del celuloide. Y así, inmaculada, se conservaba a lo largo del desayuno y de todas las comidas del día: porque nunca, que Palinuro recordara, un trozo de

remolacha dejó en las faldas de la abuela una huella de sangre dulce y sospechosa, y nunca, tampoco, una col de Bruselas saltimbanqui cayó sobre la seda joyante de su pechera para asestarle el abolengo de la salsa blanca.

Y sobre todo, pobre del que no respetara el pan de cada día.

A esta abuela, la materna, Palinuro la nombró reina de la cocina y administradora de la charola del pan.

Como administradora de la charola del pan, la abuela tenía el privilegio de contar y elegir los bizcochos que cada quién tenía derecho a comer —ni uno más, ni uno menos— y de repartirlos cada noche y cada mañana,

eucarísticamente.

A su abuelo, que además tenía las manos grandes como aletas de caguama, Palinuro lo nombró comandante en jefe del buen humor y de las palabrotas que le hacían desear a la abuela tener a la mano un abanico valenciano para poner cara de escena pastoral.

Y lo nombró capitán general de su propia dentadura de marfil con muelas almenadas de oro, y del jardín de la casa, donde se desperdigaban las margaritas de ombligo rubio.

Pero ser niño era también tener otra abuela, la abuela paterna, que vivía en otra casa y en otro mundo.

Tan lejos, pero tan lejos, que entre

sus dos abuelas había la distancia que hay de la tierra al cielo.

O quizás de la tierra al mar.

Porque su abuela materna, con su fría procuración que se volcaba sobre sus hijos y sus nietos como una cascada de granizo, nunca fue capaz de acompañar al abuelo y sus amigos, o al abuelo y Palinuro por el camino limpio y azul de una tarde sobrellevada con cierta ternura y cierto humorismo, con el sencillo propósito de crear un misterio, un pozo de sensaciones.

En cambio su otra abuela, la paterna, a la que Palinuro le dio el nombre de Lisandra, sí que era bulliciosa y alegre, sí que por sus venas corría el yodo y sí

que tenía esos ojos de miel de mar acostumbrados al ocio de las redes y a los malecones espumantes donde los erizos ensartaban gotas de agua en cada espina y las ostras redondeaban su aburrimiento encerrándolo en una perla.

Cualquiera hubiera dicho que a su abuelo materno algún remordimiento recóndito lo obligó a elegir la mujer que personificaba el extremo opuesto de aquellas madamiselas que tanto había amado y tanto habría de amar aún, de la misma manera que cuando era senador y ya estaban casados, se gastaba veinte pesos oro en rosas Luto de Juárez, almendras de licor y pañuelos de Madrás para la abuela, porque lo

remordía la conciencia, tal vez, haberse gastado otros quinientos en el último carnaval de Nueva Orleáns donde se había disfrazado de Harún Al-Raschid —¿acaso no había nacido en Bagdad?— y pasado la noche entera en un burdel de sillones forrados con brocatel y paredes tapizadas con rododendros descoloridos, rodeado de las putitas francesas que le rascaban la espalda y la calva con sus uñas largas y pintadas con alheña.

En cambio el otro abuelo, el paterno, al que Palinuro nunca conoció porque murió muchos años antes de que él naciera, el abuelo jefe de aduanas, el abuelo que amaba la música pero que no

quería que nadie más la amara, el abuelo que era puritano y duro e inflexible, tanto que cuantas veces descubrió un tren cargado con un contrabando de champaña que venía de Veracruz ordenó que se rompieran una por una todas las botellas estrellándolas en los furgones que quedaron así rebautizados con los carajos de los estibadores, el otro abuelo, al que Palinuro nunca le dio un nombre porque no habiéndolo conocido ya no hacía falta dárselo, sacó a su mujer, Lisandra, del fondo del mar, le arrancó los caracoles y los corales enredados en el pelo, le lavó la sal con agua de azahares, y la llevó, olorosa a Heno de Pravia, al altar de La

Enseñanza.

Ninguno de los dos fue feliz.

O mejor dicho, ninguno de los cuatro.

Y cualquiera hubiera pensado también —lo pensó Palinuro—, que era la abuela paterna Lisandra la que debió haberse casado con su abuelo materno.

Sentados uno frente al otro ante la mesa del desayuno, hubieran dejado que cada quien comiera los bizcochos que quisiera y cuantos deseara.

Sentados, así, uno en cada extremo de la mesa, hubieran jugado guerras con las bolitas de pan, hubieran jugado ping-pong, hubieran jugado competencias de narraciones y cuentos fantasmagóricos.

Porque cuando no eran los recuerdos de la abuela Lisandra (los suyos y los de toda su ascendencia) entrampados en el horizonte y que desde hacía tiempo se batían en retirada. Cuando no era que estos recuerdos le ganaban una batalla más al olvido y salían de nuevo a flote para presidir el paisaje, era el botín que el abuelo materno arrancaba cada noche a los libros conquistados en sus peleas contra el insomnio y de los cuales sacaba por la punta de un ala las historias de los soldados del generalísimo Morelos y Pavón que comían rodillas de buey asadas en el hierro ardiente de los cañones mientras la artillería burbujeaba y la banda

tocaba una marcha en tecnicolor, o las leyendas de piratas de barbas rojas y desbocadas que morían en una playa y sus calaveras abrigaban un enjambre de abejas.

Y su abuela Lisandra, al otro lado de la mesa o al otro lado del mundo, sabía retomar la narración de su abuelo materno en el mismo lugar donde la había interrumpido: en los piratas, y entonces le contaba a Palinuro — mientras la tía Adelaida tocaba el piano la historia de un río— cómo era posible, y sobre todo cómo era probable, que Palinuro descendiera de los piratas que asolaron el Golfo, sí, de los mismísimos bucaneros que sitiaron a Cartagena de

Indias y quizás del propio Corsario Negro que se alejó llorando de las costas de Maracaibo bordeadas de paletuvios, aunque lo más seguro de aquellos que al mando de Lorencillo desembarcaron en la Heroica Veracruz —la tierra de Lisandra, la ciudad a donde cada año iba la tía Luisa a visitar la tumba de Jean Paul—, y secuestraron a todas las mujeres de la aristocracia jarocho y se encerraron con ellas en la catedral de manera que de allí, a los nueve meses, salieron muchos niños con patente de corso. Era el tiempo, por supuesto, en que mi abuela —decía Lisandra—... y quién sabe, quién va a saber.

Y esto también era la verdad, la verdad pura, pero tampoco toda la verdad.

Porque ella tal vez sí sabía que su abuela —la tatarabuela de Palinuro— estaba en Europa cuando Lorencillo desembarcó en Veracruz. Aunque tal vez no lo sabía.

Pero nunca se lo dijo a Palinuro.

De la misma manera que su abuelo materno nunca le dijo que así como hay un pueblo en los Estados Unidos que se llama París, había otro en México que se llamaba Bagdad, que era el lugar donde había nacido, y que en 1866 había sido asaltado por mil negros norteamericanos al mando del coronel Reed y del general

Crawford.

Nunca se lo dijo.

Pero no hizo falta.

Porque eran los tiempos en que Palinuro hablaba todavía el lenguaje de los genios y bastaba nombrar las cosas para que fueran verdad y se apreciaran por la sola magia de sus nombres, y porque lo mágico estaba hecho de transparencias, de hilos invisibles y del sacrificio lento de la saliva y la fuga de las vocales.

Eran los tiempos en que todavía el mundo era un milagro redondo erizado de secretos: en que a los saleros se les ponía granos de arroz para que a la sal no le salieran grumos, y en que don

Próspero aseguraba que a propósito de sal y así como a los canarios se les debía llamar fringílidos, a la sal, que era blanca y la verdad casi dulce desde un punto de vista poético aunque sólo fuera porque nace en las alas del mar, se le debía dar el nombre de cloruro de sodio, en tanto que Flavia la sirvienta decía que a propósito de cloro cuando el agua sabe demasiado a cloro hay que dejarla a serenar por las noches, porque de otra manera echa a perder el sabor del café con leche, y esto lo afirmaba ella que conocía como nadie el arte de sazonar las carnes con salvia y las legumbres con eneldo, y a propósito de leche, decía la abuela Altagracia que

sabía además rebajarse los callos con lija de agua y depilarse las piernas con una pasta de caramelo y arsénico, nada mejor que la leche que dan las vacas Hereford para blanquear las teclas del piano, y a propósito de blanquear, eran los tiempos en que Ricardo el jardinero, además de saber cómo cazar mariposas embarrando con jarabes las ramas de los árboles, aseguraba que nada mejor para blanquear las dentaduras que los polvos de coral y asta de venado, lo cual hacía que el tío Esteban recomendara morder un imán para el dolor de muelas y la tía Lucrecia aconsejara uvas pasas con bicarbonato para las postemillas y el abuelo Francisco dijera que a propósito

de dolores, él, que además era un experto en el arte de curar tabacos con manzanas y coñac, afirmaba que nada había como la nieve del bicarbonato de soda para apagar los fuegos de las agruras estomacales, y a propósito de nieve, nadie como la tía Luisa para organizar nieves de limón con sales de nitro: ella, que además de conocer el arte de remojar los encajes de Alençon en agua de goma arábiga y aguardiente, y de conocer la ciencia de extirpar verrugas tornasoladas ligándolas con cordoncillos de seda, ella, la tía Luisa, le escribía a París cartas con tinta simpática verde que se volvía invisible para volver a aparecer con el calor del

fuego, de la misma manera que ella misma entreabría a veces los labios para dejar salir un borbollón de palabras invisibles que sólo con el tiempo, y con el calor del recuerdo, revelaban sus misterios.

Y ser niño era ser dueño de este mundo y era alzar los ojos para contemplar los pájaros altísonos, y era saber ensañarse con el viento esbelto cuando hacía falta ensañarse con él y saber contemporizar con la lluvia cuando la lluvia, por ejemplo, cantaba un himno y prometía, para el desayuno, los prodigios necesarios: porque en medio del jardín crecía una higuera, y porque la abuela Altagracia había

decidido que los higos no debían de comerse sino hasta que se cayeran de maduros, y porque cuando Palinuro se metía a la cama olorosa a jabón de Marsella se ponía a contar los higos que tiraba la lluvia, y que podían ser cinco, siete, diez: los mismos que al día siguiente, en la mañana, iban a entreverar sus delicias oscuras en el frutero de cristal con las manzanas ruborizadas, los melones gota-de-miel y las uvas adventicias que rezumaban alguno que otro brillo especial y parcelas enceradas. Y mientras pasaba la noche, Palinuro buceaba, en el fondo de las sábanas, una superstición que le prohibiera interrumpir el juego o

desconfiar el desorden. Pero no había deslealtad, ninguna contradicción que deslindara lo cotidiano de lo insólito. Tampoco, y él lo sabía, era necesario luchar demasiado con la imaginación: bastaba cambiar un deseo por otro casi idéntico, con tal que sus oídos de niño acostumbrados a asociar el blanco de una nube con el grueso de un líquen, detentaran otro prestigio. O bastaba quedarse callado, aligerar el enjambre de sortilegios que se filtraban en su pecho, y cuando las palabras justas estuvieran en la punta de su lengua, dejarlas ir, dejarse ir con ellas hacia lugares más propicios al ensueño. Cerraba entonces los ojos y pensaba

mañana será otro día, como afirmaba la abuela Altagracia cada noche tras adornar su dolor de cabeza con una cinta de seda púrpura, lista ya para desposarse con su arcángel favorito. Pero mañana nunca fue otro día para ella, la abuela Altagracia, que al nacer se puso la vida como quien se pone un vestido usado, usado y largo, largo y flojo, que se le fue enredando en el cansancio de los espejos y de los arrepentimientos. La tía Luisa, en cambio, siendo su corazón un mecanismo de azúcar donde cada paje de escoba obedecía a una intuición de juguete y desbarataba la armonía prevista, cada vez que salía el sol a la

hora de París estrenaba la vida y se la ponía como quien se pone de sombrero una mañana de invenciones voladoras y orquídeas inauditas. Y así: de sombrero y falda y nubes y jardín y abriles nuevos, la tía Luisa encarnaba el sueño de Palinuro que se prometía volver a nacer con la mañana, se juraba conocer de nuevo y por la vez primera a su prima cuando la viera sentada bajo la higuera del jardín, incorporada a las inflorescencias del pasto, radiante, tranquila y en acicalada espera. Sólo así valía la pena vivir: en un presente eterno y siempre nuevo donde no existieran ni los siguientes diez minutos ni los siguientes diez mil años, y donde fuera

posible ver las cosas a través de un caleidoscopio que cada vez que el mundo diera una vuelta, dibujara una fábula distinta: ayer, podía haber sido un califa sabio y gordo como el abuelo; mañana, un laberinto habitado por pájaros roe y tamariscos rojos. En la oscuridad de la noche, cuando cesaba la lluvia Palinuro se pensaba frente al espejo donde su padre se afeitaba todos los días y se peinaba y se ponía su camisa blanca de puntitos verdes y el espejo coincidía con la imagen prevista para ser reflejada: sólo un leve tornasol, contradictorio, evidenciaba la decoloración y era como si Palinuro tuviera alguna vez que tirar al cesto de

la ropa vieja su traje de marinero de agua dulce, por el que habían pasado ríos de recuerdos y de algas, años, y sobre todo tantos domingos en la feria y tantas primeras comuniones, para comenzar a parecerse a su padre, para comenzar a ser tan viejo como él. Otros contornos, sin embargo, como los limoneros que la luna cubría de ceniza y el perfil de su madre, su piel de durazno nevado, desvirtuaban el vacío que lo hubiera agobiado, lo anegaban en la atmósfera probable de los ojos de su madre y le echaban en cara las diferencias y las distancias que existían entre lo que era suyo: su carne, su aliento, y lo que también le pertenecía:

la carne y el aliento de su madre, de mamá Clementina, que por estar tan cerca, quizás por estar juntos, tal vez, y sus palabras: entonces recordó. Y entonces quería decir en aquel tiempo, siendo así, con tal y cual condición, en aquellas noches o sólo en aquella noche única en que su madre entró a su cuarto y le dijo mamá quiere saber si el niño se lavó bien los dientes y él le entregó a su madre su aliento de menta tibia; mamá quiere saber si el niño se lavó bien la cabeza, y la cara de su madre se hundió en su pelo, mamá quiere saber si el niño se lavó bien los muslos, y el rostro de su madre se hundió en su carne como en un cúmulo de arena perfumada y los dos se

quedaron dormidos, haciendo un amor para el cual aún no tenían un nombre, y cobijados por la monotonía del silencio hasta que el primer aletazo del día lo encontró solo y contemplando el cielorraso, solo de nuevo, solo para el resto de sus días. Pero no siempre era así. No siempre a Palinuro le gustaba acostarse a dormir y menos cuando a mamá le tenía sin cuidado que él estuviera jugando con sus soldados o subido a un árbol y ella le decía que ya era hora de meterse, de merendar y de acostarse: ahora no, mañana, ahora bájate, ahora guarda tus soldados, ahora merienda, ahora apaga la luz, ahora duérmete, ahora olvídate. ¿Y cómo

decirle a mamá que una rama alta y esbelta no puede dejarse para mañana? ¿Cómo decirle que no se puede encintar una batalla para que los gallardetes y los obuses se queden inmóviles hasta mañana? ¿Y podría mañana, como ahora, ver y acariciarse la cara con la brocha de afeitar de papá, oler la máquina de escribir Oliver del abuelo Francisco, comerse a besos el camisón sucio de mamá y palpar la colcha de retazos de la tía Luisa y que estaban allí, esperándolo, pidiéndole que les diera un nombre que los hiciera perdurables en su memoria? Una brújula era otro objeto importante: señalaba un camino, siempre el mismo. Allí irían a parar las selvas

doradas, los hipopótamos, las ciudades cuyas raíces podridas serían pulverizadas por los vientos de la Estrella Polar. Sus cuadernos de la escuela, su mochila de cuero con hebillas plateadas, estaban más cerca de su carne de lo que hubieran profetizado las teorías sobre el olvido. Algunos libros, también, gruesos como lomos de bisonte: los abría en cualquier página, los olía para saber en qué ríos habían ganado su diafanidad, los leyó muchas veces para encontrar una clave y atreverse a decir las cosas, a navegar otra vez con los piratas y cortar en dos, con su espada, los surtidores de las ballenas.

Y fue la estrella amarilla de la ballena (o quizás el pico del cisne, quizás las alas del dragón), la que dispuso el orden en que debían aparecer en escena los momentos de la vida de Palinuro. La intensidad, la importancia que pudiera aparentar cada uno de ellos, dependía más de ese orden que de su propia alegría, seguridad o insignificancia. Por ejemplo, estaba escrito que a los tres años iba a estrenar un velocípedo y una filosofía de la velocidad. Que a los seis, y llevando auestas un carcaj de lápices de colores humedecidos en los polvos del arco iris, escamoteara un diente de leche a la codicia de las ratas grises y lo

cambalacheara por una salamandra. Que a los siete, habiendo ya descubierto el abecedario en la sopa de letras y en los pizarrones de la escuela, estaba escrito con esas mismas letras que una tarde, una tarde que era como un prodigio anaranjado, le dijera a su padre que él, Palinuro, iba a ser un gran hombre, y su padre, que estaba metido en otra vida hasta el cuello sorteando sus propios pensamientos, lo único que hizo fue sonreír porque no había entendido la jugada de Palinuro, quien se limitó a lanzar las palabras en busca de un encuentro intuyendo que si algún día iba a ser un médico de verdad que hiciera operaciones maravillosas en el corazón

de un hombre —en su mismo corazón, tal vez—, esas palabras serían recordadas como una premonición, como la conciencia pura de un destino y de una voluntad, y adornarían su grandeza; y en cambio, si nunca podía ser nada más que él, si estaba condenado a habitar un silencio demasiado parecido a la ignorancia y a alardear de una timidez que se confundiría con la soberbia, si la insuficiencia o el exceso incendiaban su vida, si alcanzaba una bella muerte a los quince años o si su talento era tan sólo un juego de espejos, la misericordia las haría polvo. Estaba aún lejos el día en que debía jugarse la suerte por primera

vez; lejos el momento en que las tareas escolares, convertidas en una penosa acumulación de cifras, monzones y adverbios, perderían todo sentido cuando Palinuro, sentado ante la mesa de trabajo, se embebía en la contemplación del retrato de una novia imaginaria y en el mapamundi que deletreaba sus viajes futuros. Lejos el instante en que al menos por un tiempo, por unos años, antes de regresar a sus adorados libros de medicina, sería necesario abrir la puerta de cristal que daba cabida a la noche immaculada, y de regreso al muelle, también imaginario, de regreso al buen humor del verano, el momento de arrojar la botella de Leyden

al mar con un mensaje para las anguilas y encaminarse hacia la torre del acueducto que alargaba su sombra en las montañas para guiar a los pastores y los lobos perdidos. Y si había recorrido el acueducto muchas veces, con la agilidad y el miedo disfrazado de un equilibrista, sin mirar los arcos que se alargaban en la medida exacta en que el precipicio profundizaba en un infierno de cactus y piedras preciosas, y si la cara del abuelo, que Palinuro modeló en barro con sus propias manos representaba no sólo al primer hombre muerto que había visto sino también a todos los hombres muertos que vería después en los anfiteatros, los pavimentos y los

hospitales, era porque una casualidad infinita determinó que eso fuera, para él, lo significativo en su vida. Pero no para sus amigos, no para nadie más que estuviera dispuesto a decidir, por el fulgor de un diálogo o la generosidad de una fiesta, cuáles eran, de entre sus días, los más dignos de martirizar al calendario, sin sospechar que para Palinuro quizás fueran los más miserables o indiferentes, los que más cubrían su corazón con un túmulo de encajes neutros. En otras ocasiones se había escapado al circo, el circo teñido por la magia de una luz zodiacal y que se aparecía tarde o temprano en todas las historias que conocía para prestarles

su colorido y sus acrobacias, y que una vez, por fin, se apareció en su vida. En otras más, iba con sus amigos al arroyo del bosque, al riachuelo alfombrado de verdín y bordeado de árboles que entrelazaban sus ramas más altas formando un túnel de verdor, y él y sus amigos se pasaban de un lado a otro, trepándose por un árbol que era grueso y fuerte y bien enraizado como sus propias infancias, y cuando llegaban hasta las ramas más débiles, aquellas que se confundían con las del árbol de la otra orilla y por el cual tendrían que descender nuevamente hasta la tierra, cuando estaban en lo más, alto, era cuando Palinuro y sus amigos tenían

trece años y cuando más peligro había de precipitarse al arroyo y romperse el cuello o el alma y embarrarse la cara con la lenteja de agua que crecía varios metros más abajo y muchos años por encima de ellos. Pero Palinuro fue esa clase de niño y de adolescente, y no había nada que hacer: había elegido una pureza contaminada con improvisaciones y rodeos y un desdén por los tesoros fáciles, por los que no estuvieran escondidos en la orilla del mundo, y por lo mismo, y así como alargaba el camino hacia el arroyo del bosque, prefería demorar las palabras y salvaguardar las variaciones infinitas que flotaban casi al alcance de su mano

como una fosforescencia marina. Mientras tanto, mientras llegaba ese momento, Palinuro sabía que un mote de caballeros, un mote antiguo que se filtraba entre los colores de una cortesana, obligaba al caballero a buscarse, a preguntar por sí mismo en las tabernas y en los mesones, en la punta del bosque y en las puertas de la ciudad, y a aprender y a plagiar todas las variantes de su leyenda, a preservarlas como lo hacía con sus harapos y sus sortijas, y lo comprometía a no cantarlas salvo en la soledad, cuando nadie lo escuchaba sino los pájaros y las madrelvas, a medio andar entre un castillo y un tugurio, o

entre la nevería y la calle donde los muchachos del barrio jugaban a la rayuela. Palinuro aceptó y creyó elegir este camino, porque le era imposible saber qué clase de hombre o de niño había sido según los que conocían los resortes de su espíritu o según los que solamente lo vieron una vez, al paso y de reojo, con un paquete de bengalas y letanías mordisqueando una paleta de tamarindo. Este camino no era largo o fácil, corto o difícil, y tampoco necesariamente lo llevaba a muchas partes o a ninguna. Podía conducirlo, a través de un invierno pálido y sin juegos florales, a un reino que no tuviera redención, porque su continuidad era

previsible. Podía también, este camino, quedarse en un sueño que se volvería sobre sí mismo para transformarse en una estatua de sal, en un sueño donde a Palinuro le sería permitido seguir inventándose a partir de sus miserias subterráneas y sus contradicciones, y donde todos los excesos estaban permitidos. Pero el mismo camino podía hermanarse con lo cotidiano y habitar ya no dentro de sus ojos o en todas partes, como Dios, y sí en una región más obvia de la fantasía y mimetizarse hasta confundirse con las cosas y los alimentos más sencillos. En este último caso y cuando ya una conciencia alambicada se hubiera encargado de

poner todas las cosas en su sitio, le ofrecería una prórroga cristalizada que lo situaría de nuevo en la casa de sus abuelos, la casa donde había nacido, la misma que años después, cuando ya no existía y cuando Palinuro, sofocado por una turba de recuerdos infieles sintió la necesidad de aferrarse al primer objeto con pulso que su imaginación y su memoria pescaran al vuelo, y así, alado como era, convertido en un cazador de reflejos, nunca más volver a sellar sus labios cada vez que se abrieran para escupir sus demonios y sus ángeles y antes de que el temor a repetir los gestos o incluso la vergüenza de hacer una cosa bien hecha fueran diluyéndose en el

cristal que copiaba los campanarios de otras ciudades y las páginas de otros libros. Palinuro se prometió inventariar y describir por su propia cuenta y riesgo, enumerando y contando cada cuarto y cada maravilla que la casa contuviera, n atrapar así todos esos recuerdos resbaladizos en una red de palabras inmutables: sus palabras y nada más que sus palabras contagiadas, sí, por un sentimentalismo opaco, tal vez, y por los amores propios que pluralizaban su vida: pero sus palabras al fin y al cabo, o si acaso también sus ademanes, aquellos que al mismo tiempo de parecer los más insignificantes, podían significarlo todo, desde un niño en

brazos o un barco, hasta una invitación, casi una súplica, a compartir la danza, a improvisar el milagro. Jurado el secreto, lo de menos era que esa red de palabras se limitara a enmarcar y enmascarar los huecos irrecuperables, y que en este sentido lo único que le quedaba a Palinuro por hacer fuera formar una tristísima colección de olvidos, de cajas vacías llenas de ausencias que le dejarían de recordar quién sabe qué lugares o qué instantes congelados de un barrio irrecuperable y un álbum con las páginas en negro que no contuviera las fotografías de cada uno de los amaneceres, tardes, paseos y desayunos que Palinuro había olvidado para

siempre.

Porque hecho el hallazgo, y jurado y compartido el secreto, la vida de Palinuro se transformaba casi en otro ser como él mismo, en otro *yo* que habría de ser testigo de su hechura y del amor y la paciencia que Palinuro había aplicado día a día a sus metamorfosis y a los artificios de arena y cristal que dibujaron sus ojos y sus deseos; que lo vería copiar en el aire el estilete de las rosas y sus corolas envueltas en aromas y lo sentiría transfigurar la huella de un pie en la nieve seca o de una pena que le alargaba la comisura de los labios. Y estaría agradecida, agradecida como un perro —o como una perra, su propia

vida— porque con cada palabra más que Palinuro pronunciara, así fuera la más inútil o la más ambigua, habría de crecer y dilatarse como una playa que se propone el horizonte, y con cada palabra menos tendría que retraerse, acurrucarse en la espuma, prometerse algunos años más de espera. Pero de allí en adelante, sus recuerdos serían intocables porque también quedarían escritos: escritos en su corazón y escritos en su memoria indeleble: escritos en su lengua y escritos en el viento.

El precio que había que pagar por esto no era muy alto: bastaba detener el tiempo, rezar una oración al revés, cantar en voz alta a media noche y más

que nada habituarse al inventario precoz de los nuevos colores y sensaciones que se prodigaban en el jardín y a los nuevos ámbitos y vestigios y órbitas de la casa: la casa y sus corredores largos y sombreados y sus bargueños y sus vigas y sus alacenas y sus limoneros; la casa y sus cristaleras, sus duendes de caoba y sus aguamaniles de porcelana y sus balaustradas en ruinas; la casa y los objetos queridos del abuelo Francisco: su álbum de discos Stanley Tibbet, sus cuadros de Charrería de Ernesto Icaza y las bacantes de Santiago Rebull y el viejo automóvil LaSalle, con sus salpicaderas y sus puertas y sus vidrios sostenidos por la sola fuerza de las

telarañas, que alguna vez había usado capota de charol y neumáticos con polainas de talco inglés y que ahora, en el garaje y tras las cortinas de lona de rayas verdes y naranjas, dormía desde los años veinte una siesta inoxidable.

Y hacía falta, también, habituarse a los nuevos nombres de los habitantes de su casa y de su vida:

A su madre, que era tan bonita que parecía retratada, la llamó Clementina y le dio una mirada especial, un resquicio por donde se adivinaban las muñecas con el serrín de fuera y los zapatos plateados del día de su boda.

A su padre lo llamó Eduardo y le regaló unos anteojos de medias lunas,

una corbata ancha y roja como un corazón atravesado por un fístol, y unos libros de contabilidad sobre los cuales, y de lunes a sábado, se deshilachaba la sangre de la corbata.

A su prima, que en ese entonces era ya bella y presumida como si fuera el territorio ilustrado del alabastro o el espíritu flotante del mercurio, la llamó Estefanía.

A su abuela materna le regaló un frasco de láudano que cada noche recibía su beso místico y amanecía con algunos sueños menos, y la llamó como la llamaba todos los días el abuelo cuando se encontraban en la mesa del desayuno:

«Altagracia.»

Y al abuelo, a quien le dio ciento treinta kilos venidos a menos de setenta y una pierna más gorda que la otra lo llamó como lo llamaba todos los días la abuela Altagracia:

«Francisco.»

Porque así, como con dos fogonazos, con la sola mención de sus nombres y sin agregarles los buenos días correspondientes (aunque para la abuela siempre eran más los malos que los buenos días), se saludaban Francisco y Altagracia cuando se encontraban en la mesa del comedor en donde a veces, como esa mañana, amanecían en el frutero los higos emasculados por el

chubasco y junto al frutero y en el centro de la mesa y bajo un rayo de luz que descendía en las noches de la lámpara imperial como enviado especialmente por el Señor, estaba la charola del pan.

Además de administradora de esta charola, y de reina de la cocina, Palinuro nombró a su abuela Altagracia administradora también de sus propias ilusiones y corazonadas: las ilusiones, para la abuela, eran pedazos de estrellas zozobrados en las atarjeas; las corazonadas —por ejemplo cuando un pajarraco le dijo al oído que su hijo Felipe nunca más iba a estudiar medicina— consistían en un leve aletear del ventrículo izquierdo y la expulsión

subsiguiente de un soplo cardíaco que le salía por la boca convertido en las mismas palabras de siempre:

«Quiera Dios acordarse de mí.»

Y el abuelo Francisco:

«Quiera Dios, mejor, llenarte la boca de lirios.»

Y al abuelo, y no sólo por haber nacido en Bagdad, no sólo por disfrazarse de Harún Al-Raschid en los carnavales de Nueva Orleáns, sino sobre todo porque el primer libro que leyó Palinuro fue *Las Mil y Una Noches* y desde entonces y durante años soñó que algún día iba a tener un palacio de esmeraldas y crisólitos orientales donde comería faisanes rellenos de alfónsigos

junto a estanques rodeados de jazmines de Aleppo, lo nombró Comendador de los Creyentes. Pero tanto, tanto en la escuela, en la calle, en el jardín y en la cama, despierto y dormido y entre dormido y despierto tanto habló Palinuro del palacio, tanto dijo «Allá en el palacio esto» y «Allá en el palacio lo otro y lo demás allá», que papá Eduardo dobló el periódico, lo dejó a un lado, y con el mismo tono con el que muchos años antes el otro abuelo de Palinuro, el abuelo paterno al que nunca conoció le dijo a papá Eduardo: «Se prohíbe hablar de la guerra en esta mesa», papá dijo: «Se prohíbe hablar del palacio en esta casa», y se levantó y caminó y cerró tras

sí las puertas de la cava del palacio, de la antecámara del palacio, de la sumillería del palacio y volviéndose hacia mamá Clementina le preguntó: «¿No quieres ir a ver *Lo que el Viento se llevó* con Olivia de Havilland?» Con el mismo tono también con el que veinte años antes el otro abuelo le había preguntado a su esposa Lisandra: «¿No quiere ir la señora a ver el *Conde de Luxemburgo*? Canta Emilia Leovali.» Y después papá agregó: «Ayer comenzó la invasión de Sicilia», y al decir esto lo que en realidad hizo fue completar aquella otra frase, sobre la ofensiva de Verdún, que tuvo que tragarse de mala gana cuando su padre se hartó de las

discusiones que Eduardo y sus hermanos armaban en la mesa, y que comenzaban en la Alta Alsacia, cuando se servían las almejas en su jugo, y acababan en la Mesopotamia, cuando se recogían los restos del pudín de zanahoria con estragón, poco antes de la tregua señalada por el helado alpestre sazonado con marrasquino, que gracias a Dios —decía Lisandra— les entumía no sólo la lengua, sino también los instintos bélicos. Pero tú —le dijo a Palinuro su otro abuelo, su más abuelo, su abuelísimo Francisco, sentándolo en sus piernas y dejando que le rascara la calva como lo hacían sus esclavas circasianas— tú algún día tendrás

también hijos y les dirás que allá en tu palacio, sí, en tu palacio, te servirán alcarratas con agua de rosas mientras la noche, como dijo el poeta, cubría amorosamente a Damasco con sus alas.

Después llegaban al comedor papá y mamá, saludaban a los abuelos y se sentaban a los lados de la mesa. Y en medio estaba la charola del pan, a la misma distancia de la abuela Altagracia y del abuelo Francisco. A igual distancia también, de su hijo varón (a quien Palinuro le dio el nombre de Felipe) a pesar de que Felipe nunca, o mejor dicho solo una vez, que Palinuro recordaría siempre, se presentó temprano en el comedor para desayunar

junto con todos los demás. Felipe, por ser estudiante y ser joven, según la abuela, por quemarse de noche las pestañas sobre los libros de medicina—era uno más de los miembros de la familia que había querido ser médico—y por acostarse tarde después de una fiesta que no era sino un descanso muy merecido (según la abuela) tenía no sólo el derecho a desayunarse en la cama a las once de la mañana hora de México sino también el privilegio que le estaba reservado a la abuela (por ser la que repartía el pan) y al abuelo (por la simple razón de ser el abuelo), y que era el de elegir, desde la noche anterior, el pan que se le iba a dar la gana comer en

el desayuno. Y pobre de Flavia si se le olvidaba comprarlo en la mañana y apartarlo para el joven Felipe.

Por lo mismo, para papá Eduardo la charola del pan estaba a una distancia infinita de sus manos.

Porque ser niño era tener un papá Eduardo que trabajaba con las manos en el departamento de contabilidad de una casa comercial del centro de la ciudad de México, apergollado a los libros y las cifras con cadenas de papel y con una cinta de esparadrapo en la boca, fumando a escondidas por el orificio de una cerradura un cigarrillo Elegante mientras sus manos, sus manos que más habían nacido para pescar en las teclas

del piano corcheas de corazón de nácar, saltaban de un número a otro de la máquina sumadora y los tendones del flexor profundo de sus dedos hacían danzar en los dorsos culebras azules, juguetonas y mansas como aquellas culebras de agua que se le enredaban en las piernas cuando se escapaba, niño Eduardo, del Colegio Inglés y de sus misas cantadas y del Tántum Ergo para irse de pinta al Río del Consulado y llenar su cantimplora de renacuajos y teñirse las manos y las rodillas con tierra de tepetate amarillo: y era éste el mismo papá Eduardo que se quitaba la cinta de esparadrapo para desayunar, pero que permanecía callado mientras

remojaba en el café con leche el pan que el destino y la abuela le habían designado para esa mañana soleada que dibujaba una sonrisa especial en el lado alegre de la cara de don Próspero. Y era el mismo papá Eduardo que volvía a cerrar los labios cuando terminaba el desayuno, porque sabía muy bien que la cantidad con la cual contribuía al gasto de la casa, en parte como huésped y en parte como hijo político, la cantidad que le había sido fijada por la abuela Altagracia y en cuyo centro de gravedad se contrarrestaban todas las fuerzas con una vertical dirigida al corazón, no era tan alta como para permitirle a Eduardo el hijo político hacer valer sus derechos

selectivos frente a la charola del pan, ni tan baja que Eduardo el huésped no pudiera aspirar a rebelarse un día. Por eso también y mientras llegaba ese día, mamá Clementina, y en tanto papá Eduardo se iba a la casa comercial, debía seguir ayudando a Altagracia con el quehacer de la casa, tendiendo camas con el cuidado de quien viste a un gran señor enfermo, barriendo, sacudiendo los muebles dorados de la recámara Luis XV ocupada por el espía japonés, vaciando la bacinica con las defecaciones tormentosas de la madre del subsecretario de la Marina Nacional y llevándole al tío Felipe su desayuno en la cama.

De niño, papá Eduardo no había sido muy distinto: hijo del otro abuelo, del abuelo aduanero al que nunca conoció Palinuro, y que cada vacación regresaba a la que también había sido su ciudad natal, Veracruz, para cazar jabalíes y asarlos en la playa de Mocambo, Eduardo niño había sido el papá Eduardo que en su infancia tuvo, sin tenerlo, un piano en su casa y tuvo, sin tenerlo tampoco, el Método Beyer, y escondido en el desván de la casa donde había visto pasar los obuses de la Decena Trágica y hundiéndose en calderones imprevistos, ahogándose en mares de semifusas y vagando, extraviado pero extasiado en

interminables bosques de notas, se quedaba dormido sobre las páginas de una *Canción sin Palabras*, de una canción con palabras extrañas y mágicas, y soñaba que era una gran pianista y que su madre Lisandra no había acabado de tejer el mantel para la Nochebuena sino hasta las doce en punto, y que ya puestos en el mantel los platos de la vajilla Rosenthal Victoria con los trozos de pavo trufado y las copas de Baccarat con vino de Borgoña, ella seguía tejiendo el mantel y decía una vuelta y ya, y otra vuelta y ya, entre los árboles corrían ríos que nacían en selvas negras y morían en mares negros, y allá, lejos, Lisandra tejía un mantel de

encaje que flotaba sobre las olas camino de Terceira y San Miguel, una vuelta y ya, otra vuelta y ya, y Eduardo tocaba al piano la Berceuse de Chopin al modo de los ángeles, una vuelta y ya, y otra vuelta y más. ¿Dónde se habrá metido esa criatura? Y este grito despertó a papá Eduardo, y lo despertó para siempre porque esa misma tarde —en que su hermana Adelaida se volvió loca buscando el Método Beyer— el abuelo le dijo a Eduardo el niño que se olvidara de tocar el piano si quería llegar a ser Eduardo el hombre, que la música al igual que los bordados y los encajes era para las mujeres, y que si insistía en aprender a tocar el piano

tendría que aprender también a tejer crochet y aprender a usar faldas y a dejarse el pelo largo, y cuando adivinó las palabras que Eduardo el niño enjugaba en su boca —porque él sabía que su padre iba a las óperas y las zarzuelas—, le dijo que otra cosa muy distinta, cuando uno ya estaba grande, era gozar la música como se goza a las propias mujeres. Y bueno, fue Eduardo el de varios años después, Eduardo el joven de carrete y bastón, pianista frustrado y en la boca una cinta de esparadrapo y en la cinta una sonrisa bordada por la abuela Lisandra, el que conoció mamá Clementina, y fue mamá, después de remojarse el pelo con

cerveza y hacerse los rulos con pinzas al carbón y de pintarse las cejas en arco abriendo la boca y de darle al abuelo Francisco un beso en la patilla despeinada del lado de la cara con el que más soñaba dormido lo que menos se imaginaba despierto, la que se puso su vestido de novia y se casó con papá Eduardo.

Papá y mamá tenían varios años de vivir en la casa de los abuelos cuando llegó la mañana en que el tío Felipe se presentó a la mesa del desayuno a las siete en punto y no tanto por haberse levantado temprano, sino tal vez por no haberse acostado todavía, y Flavia le llevó a la mesa el pan elegido. Entonces

papá Eduardo estiró la mano hacia la charola del pan, y cuando la abuela Altagracia le dijo que ya había comido el pan que le correspondía, papá Eduardo le respondió que iba a comer más porque así lo deseaba, y que para eso pagaba su renta y contribuía al gasto de la casa, y el tío Felipe le dijo respeta a mi madre, y papá Eduardo le contestó tú no tienes derecho a hablar, tú que eres un vago y un mantenido.

Así, con todas sus letras, se lo dijo a Felipe. Sí, a Felipe, el hijo varón de Altagracia, el mismo que le obligaba al abuelo a mentirse a sí mismo y a los demás cada vez que jugaba pókar y alguno de sus amigos le preguntaba

¿Tiene usted As, senador?; y él contestaba que no; no tenía un solo As, sabiendo que sí, que escondido en la manga de su camisa tenía un As al que le apostaba todo en la vida, y que era el tío Felipe: un As de diamantes facetado y pulimentado por el áspero consentimiento de Altagracia hasta hacerlo brillar de indecisiones y en el cual el abuelo veía más que nada al hijo en el que habría de subsistir su talento político, mal tronchado según él no tanto por el accidente que lo inutilizó entre la lluvia de oro y planta, sino por el hecho de que sus dos más cercanos antecesores en el árbol genealógico, sus padres, estaban trepados en ramas que se salían

de los márgenes y de la ley establecidos por los meridianos 86 y 117 de longitud oeste de Greenwich, que limitan el territorio de la República Mexicana, ya que por ser hijo de españoles (decía el abuelo fiel a la ceniza de su habano) no fui presidente; porque de otra manera, y tal como me lo dijo el presidente Portes Gil: Señor gobernador, yo mismo lo nombraría primer mandatario, pero la Constitución, usted sabe.

Y cuando el abuelo afirmaba tal cosa, sus amigos y sus yernos y sus nietos lo creían a pie juntillas, porque entre otras cosas el abuelo siempre tuvo el aspecto de un héroe nacional a punto de descongelarse. Así que cuando el tío

Felipe dejó de interesarse y de intervenir en las conversaciones sobre la medicina que se encargaba de iniciar el tío Esteban los sábados en la tarde (para espanto de la tía Luisa que para no escucharlas embobinaba su atención de un alcatraz) y comenzó a afirmar que no le interesaba saber si había sido o no James Bigger el primero que trasplantó una córnea en mil ochocientos treinta y cinco, y que le tenía sin cuidado si Samuel Pepys había pagado o no veinte chelines por una transfusión de sangre de cordero, y cuando todavía más Felipe comenzó a burlarse del tío Esteban que muy orgulloso contaba el caso de Robert Liston y James Syme, que amigos,

enemigos y amigos de nuevo se enviaban órganos y miembros del cuerpo humano de Londres a Escocia y dijo que cómo era posible que nadie creyera en esas patrañas, que quién se podía imaginar lo ridículo que se habría visto el ilustre cirujano Listón en bata y pantuflas esperando al cartero a las ocho de la mañana para ver qué le enviaba su amigo Syme, si tres dedos de entrega inmediata o un estómago certificado, y agregó que lo que más le interesaba ahora en la vida no era ya la medicina sino la economía (que era la ciencia del futuro) el abuelo no se preocupó, sino al contrario: pensó que como economista, al tío Felipe se le abrirían más

fácilmente las puertas de la política, sin sospechar entonces (el abuelo) que muy pronto Felipe, su Felipillo del alma, habría de ser derrotado por los monopolios, los oligopolios y otros semicabrones de la ciencia económica que se acercaban ya, amenazadores, navegando corriente abajo por las volutas de la oferta y la demanda, y que el mismo Felipe no tardaría en traicionar a la economía y en descubrir en la química lo que por algunas semanas —meses, con suerte— sería, según él, la verdadera y definitiva vocación de su vida: cuando la abuela Altagracia le dijera el siguiente treinta y uno de diciembre te tocan a ti las gotas

de la felicidad, y le sirviera las últimas trece gotas de la última botella de sidra del año, en la copa del tío Felipe se habría de transparentar ya la flama azul de los mecheros Bunsen. En otras palabras, el abuelo no sospechaba que la carta más importante que se jugaba en la vida, y que esperaba sacar un día de sorpresa para deslumbrar al mundo, era tan sólo un diamante de hielo que se le habría de derretir en las manos.

Los demás, no es que no sospecharan. Los demás, y entre ellos papá Eduardo, lo sabían y no porque se los hubiera dicho un pájaro, sino porque lo decían las fiestas a las que iba Felipe, los automóviles que manejaban sus

amigos, las horas en que llegaba a la casa, las novias que se sentaba en las piernas:

«¡Que Felipe es un vago, que Felipe es un mantenido!», exclamó la abuela Altagracia en el colmo de la indignación.

«Estudié dos años medicina, y voy a estudiar economía. ¿Tú qué sabes de eso?»

«Yo lo que sé es que jamás has puesto un pie en la Escuela de Medicina», le gritó papá Eduardo arrojando su servilleta al centro de la mesa.

Y entonces Felipe recogió la

servilleta como quien recoge un guante arrojado en desafío, la nuez de Adán se le transformó en un huevo de avestruz, se levantó, fue hasta donde estaba sentado papá Eduardo y le dio un golpe en la cara con un puño bien puesto que reconocía sus vínculos, y la silla de cuero claveteado quedó patas arriba con el respaldo descansando en las rosas de la alfombra y con ella también papá Eduardo y sobre estas mismas rosas se posaron como un escarabajo sus anteojos estrellados, y papá se levantó, dos veces se levantó para pegarle al tío Felipe, y dos veces el tío Felipe volvió a tirarlo de un golpe y la última a papá Eduardo las piernas se le hicieron de

gelatina y un yodo macabro inundó sus ojos y no se levantó ya más.

Aparte de que Palinuro juró vengar un día a su padre del tío Felipe, aparte de que tuvo ganas de echarle una sopa de espinacas en la cabeza para verlo emerger como un muerto que sale verticalmente del mar, pálido y escurrido de algas, aparte de que juró un día vaciar un frasco de tinta china en las camisas blancas del tío Felipe cuando estaban abandonadas a su suerte en el lavadero para cuando Flavia regresara a acabar de enjuagarlas se imaginara que el grifo había regurgitado una turba de mariposas negras que se habían posado para siempre en las camisas del joven

Felipe, aparte Palinuro, además de las tres veces que el tío Felipe golpeó a papá Eduardo, durante muchos años vería repetirse ante sus ojos la misma escena que volvía hacia adelante y hacia atrás como una película delirante: la servilleta arrojada por su padre regresaba sola como un pájaro dócil a su mano, y de pronto todo estaba como unos segundos antes, como Palinuro hubiera deseado que la vida se detuviera para siempre, y por unos instantes se hacía la ilusión de que nada había sucedido: pero entonces se recordaba a él mismo, que recogía los trozos de cristal de los anteojos de papá Eduardo, esparcidos en las rosas de la alfombra

como gotas de rocío verdes y congelados, y entonces recordaba a papá Eduardo con la boca hinchada y con su ojo moro y con su parche de bistec crudo y con sus anteojos rotos y con su cinta de esparadrapo en la boca: y fue por esto, porque papá nunca volvió a hablar en la mesa, porque nunca más estiró la mano hacia la charola del pan del mismo modo que nunca más cuando era niño se había atrevido a alcanzar de nuevo las teclas del piano, fue por esto y porque papá Eduardo no se atrevió a salirse de la casa de los abuelos ya que la única forma de que le sobrara un poco de dinero para ir al cine y para jugar pókar los domingos en la tarde con el

senador y sus demás yernos y beber el brandy que traía el general del ojo de vidrio y el whisky del tío Austin, era seguir viviendo con los abuelos, y tratar de sobrellevar lo mejor posible esas pequeñas humillaciones: fue por eso que papá Eduardo siguió cayendo siempre, y siempre estaba de pie en el momento mismo de recibir el puñetazo, y siempre estaba en el suelo y volvía a levantarse y a caer como un dominguillo, en movimientos sincopados que se interceptaban a sí mismos, y que descubrían una armonía irritante y absurda de emplomados de lámparas imperiales platos de porcelana Delft Bleu colgados en las pruebas, papeles

tapices con flores bizantinas y las patas cabriolas de las sillas, en distinto ordenamiento según papá Eduardo caía o se levantaba, siempre a punto de desmoronarse, a punto siempre de poner de nuevo sus huesos unos encima de otros y levantarse una vez más, mientras la abuela Altagracia y mamá Clementina gritaban: ¡Felipe un vago! ¡Felipe un bruto! ¡Felipe un mantenido! ¡Felipe un bárbaro!

14. Más confesiones: la buena y la mala leche de Molkas

La primera vez que Palinuro abrió los ojos, vio nuevamente a Molkas sentado en el banquillo de los acusados. Palinuro tenía, pues, derecho a un respiro. Pero sólo se trataba de eso: de un respiro. Los interrogatorios que habían comenzado en las Islas Imaginarias, y junto con ellos las preguntas que le hacía Walter —como si fuera la voz de su conciencia— y que se

hacía él mismo —como si fuera la voz de Walter—, serían infinitos. Pero mientras le llegaba el turno por una vez más, había que aprovechar la oportunidad para torturar a Molkas a fin de que desembuchara el resto de la verdad. Si era necesario, hasta sacarle sangre...

«O hasta sacarle leche», dijo Fabricio.

¿Quién era Molkas? ¿Quién era ese extraño personaje de la vida irreal que por puñetero tenía miedo de morir del mal de Parkinson y en cuyo honor se habían compuesto los siguientes versos:

En noche lóbrega

*galán incógnito
puñeta autárquica
se recetó?*

¿Quién era ese muchacho *poker-face* siempre con su indispensable suéter universitario color mostaza capaz de tomarse diez tortas de queso de puerco en El Pánuco, poniendo como testigos de su hazaña a las caricaturas de los rectores que se marchitaban en las paredes manchadas de Coca-Cola y al puma universitario y al equipo de fútbol americano con todo y sus porras de muchachas regordetas y capaz de eructar de una sola vez otras tantas dinastías? No era, desde luego, una segunda

versión que reprodujera los ocios deslumbrantes del primo Walter. Por mucho que la voluntad luchara, Molkas nunca podría tener el mismo chaleco de rombos y los mismos anteojos oscuros donde se ahogaban los palacios de Venecia y el café de Deux Magots, y ni aun cuando se echara mano de todas las posibilidades cromáticas Molkas podía compararse a Fabricio, que para aquel entonces ya tenía un mundo medieval sobre los hombros y el talismán que su madre le había heredado: esto es, una lengua larga como un pez rojo y tembloroso a cuyo contacto las azucenas se carbonizaban y el corazón se resbalaba por la costilla izquierda.

Entonces... ¿quién era Molkas?

«Yo soy Molkas», dijo.

Y como arte de magia y gracias a Fabricio —es necesario recordar que Fabricio era mago— el muchacho que estaba en el cuarto se transformó en el Molkas que Palinuro había conocido hacía unas cuantas semanas: un muchacho que presumía de que, sin ser mago —porque en realidad era adivino—, tenía el poder suficiente como para condecorar a un estornudo, reírse de una carcajada con sus propios dientes o mandar a un pedo a los infiernos porque él sí, contra todo lo que le aseguraran Palinuro o el primo Walter, era amo y señor de todo su cuerpo y sus funciones

incluyendo no sólo sus bien engrasadas circunvoluciones que giraban a más de cien pensamientos por minuto sino también de cualquier otro órgano por importante o por sagrado que se considerara. Al mismo tiempo, tenía arranques geniales y casi poéticos, y era capaz de pronto de alzar la cara al cielo y decir, por ejemplo: «El cielo esta estrellado, y tiritan azules...» y después cambiaba la palabra «astros» por una leperada para demostrarle a sus amigos que él, Molkas, no tenía ídolos en la vida, como no fuera él mismo. Aunque a veces también inventaba frases que eran suyas y de nadie más: «cuando el horizonte se apelmaza —decía,

completamente borracho— y los borregos corren tras sus matrículas, puedo paralizar el alba».

«Soy un hombre de gran experiencia en el asunto», le juró a Palinuro cuando se conocieron y comenzaron a hablar sin más ni más de novias, mujeres y amantes. Y luego, sin más también, le preguntó a Palinuro:

«¿Te has acostado alguna vez con tu novia?»

A Palinuro le dolían los testículos con la sola mención del nombre de sus novias. Repasó mentalmente a todas las que había tenido y hubiera podido tener, y entre ellas por supuesto incluyó a su prima Estefanía, a la hija de un

boticario, a una criadita dominguera a quien le había hecho más de una demostración empalagosa y a la hija de su maestra de tercer año de primaria, que tenía un nombre de princesa árabe y una cara de querubín bañada con agua mineral. O sea, a todas aquellas que acarició con tanta delicadeza, que ellas no se enteraron.

«Desde luego, eso no es lo que les gusta a las mujeres —le aseguró Molkas — sino por el contrario que las impregnes de huellas digitales y genitales, como dijo un amigo mío que ya conocerás si deja de llover algún día...»

Y esa misma mañana, en que llovía a

cántaros, y tras asegurar una vez más que era un hombre de gran experiencia en el asunto y decirle: «Cuida que las flores negras de Baudelaire no se transformen en las flores blancas de la leucorrea», advertencia que Palinuro no entendió, primero por hermética y segundo porque estaba seguro que Molkas no sabía quién había sido Baudelaire ni Neruda ni ninguno de los poetas que citaba en ocasiones como perico, los dos amigos pasaron frente a la estatua de San Lucas. «Según la leyenda, fue pintor —aclaró Molkas—. Y según la Epístola a los Colosenses cultivó el arte de Galeno. Se le considera, pues, el patrón de la

medicina entre los católicos». Y a continuación Molkas observó los dedos de Palinuro y le aseguró que llegaría a ser un buen cirujano si los ejercitaba adecuadamente y para eso, lo mejor era relacionarlos todos los días con los cinco sentidos. «Uno se chupa el pulgar con la disciplina de un rumiante — afirmó—, desde el momento mismo en que descubre que es posible trascender a la providencia. El dedo índice, desde luego, es para escarbarse la nariz en busca de misterios verdes, aunque esta actividad sólo está permitida los sábados, y hoy por casualidad es sábado: San Lucas nos perdonará que le dejemos un moco embarrado en su

sabiduría. Dice aquí que este venerable monumento al hombre que fue sabio y médico, fue trasladado a este recinto en 1859 de la Escuela de San Carlos. El dedo anular es para limpiarse las legañas de los ojos, y perdóname que no pueda enaltecer ese humor cuajado y seco que aparece en los párpados y nos hace ver caballitos de colores por todas partes. ¿Preguntas qué quiere decir IATPIK? No tengo la menor idea», le dijo Molkas a Palinuro cuando quiso saber el significado de la inscripción que aparecía en los rollos de mármol. «Por último el dedo chiquito, como su nombre indica, es el auricular o del oído, especialmente diseñado para

quitarse la cerilla. Ahora te invito a ir a los portales de la Plaza de Santo Domingo para que conozcas a los Evangelistas de los escritorios azules. Habrás notado, desde luego, que faltó un dedo: el cordial, que por lo mismo es el más amistoso y que va derecho al corazón de las cosas. Lo he dejado para el final porque es el dedo reservado al placer. ¿Me permites ser obvio? Clítoris, según afirma Fabricio, fue una doncella griega hija de un gladiador mirmirón. Era tan pequeña que Júpiter, enamorado de ella, tuvo que transformarse en hormiga para poder amarla. Tú deja correr las delicias y no le temas a la hebra fácil. Clitoréate a las

muchachas hasta que las hagas ver su maravillosa suerte. Yo soy hombre de gran experiencia en el asunto.»

Por lo demás, y como se había visto, era posible hacerse amigo de Molkas de la noche a la mañana y tratarlo como si uno lo hubiera conocido siempre y llevara años de convivir y combeber con él y de lugar dominó en la misma camina donde corren las horas y se dejan olvidados portafolios sin fondo llenos de documentos inconsútiles, con dos condiciones: una, tomar con cierta filosofía su vulgaridad —o su «vulvaridad», como él mismo decía—, y otra, ser como Palinuro era en aquel entonces: un muchacho que creía que

todo aquel que estudiaba medicina era una persona excepcional. Y ocurría que de los tres amigos, la excepción en este sentido, era nada menos y nada más que Molkas, que no estudiaba la gaya ciencia, la ciencia adulterina como la clasificó San Víctor, para pasearse por los hospitales vestido de blanco y con maletín en ristre diagnosticando las cataratas trémulas del cristalino y las erupciones polimorfas que les salen en las nalgas a los niños de pecho. En otras palabras, no estudiaba medicina por los mismos ideales que llevaron a Claude Bernard y Brown-Séguard a renunciar a la literatura y dedicarse a la ciencia («Gracias a Dios —había comentado

Walter—. De otra manera, imagínate los culebrones que hubieran escrito»). Y si se interesaba en los tumores del cerebro, era únicamente porque había leído en alguna parte que la operación para extirparlos —al menos en aquel entonces—, era la más cara que podía efectuar un cirujano. Por la misma razón, despreciaba las reducciones de las fracturas del antebrazo, que apenas dejaban unos cuantos pesos de ganancia. Su más grande ilusión era llegar a ser un abortero en un país, como México, donde estuviera prohibido el aborto... Nada más por eso era un buen estudiante que devoraba los libros y las revistas de ginecología sin que esto quisiera decir

que su deseo fuera el de estudiar una especialización, pues el concepto que Molkas tenía de especialista era el de una persona que estudiaba cada vez más acerca de cada vez menos, hasta que llegaba a saberlo casi todo sobre casi nada, y eso era muy triste. No, lo que él iba a ser, era un modesto abortero general.

«Mientras más mujeres estén dispuestas a desengordar —decía—, más engordará mi bolsillo.»

«Pero esa ya es una especie de especialización, si se me permite la redundancia —le dijo Fabricio—. Y si a eso vamos, yo creo que si quieres vivir tranquilo y ganar mucho dinero, deberías

dedicarte a la investigación sobre el cáncer. Como dijo un ilustre investigador contemporáneo, hay más gente que vive del cáncer que gente que se muere de él.»

«Yo más bien sugeriría —dijo Palinuro— que te dediques a la cirugía plástica, a la que Harold Gillies llamó tan atinadamente “La Cenicienta de la Cirugía”. Las viejas ricas pagan dinerales para que les desengrases el vientre.»

«Para que les quites las bolsas de los ojos» —expresó Fabricio.

«Para que les hagas una *ridectomie*, como dicen los franceses, o *facelifting*, como dicen los ingleses. Esto es,

desarrugarlas y meterles las arrugas bajo el pelo y detrás de las orejas, de manera que nunca puedan sonreír de nuevo. Pero tampoco pueden fruncir el ceño cuando les presentas la cuenta.»

«¡Qué asco, abrir la panza de una cincuentona y sacar con las manos tres kilos de grasa fofa!», exclamó Molkas.

«De acuerdo: es como abrir a un pescado para sacarle las tripas. Las manos se te enseban para siempre», confirmó Palinuro.

«Quitar las hernias de grasa que abolsan los ojos, no es menos impresionante —agregó, con aire doctoral, Fabricio—. Cuando inyectas la novocaína en el párpado, se separa del

ojo y se hincha como un globo...»

«¡Qué asco!» repitió Molkas.

«Y después —continuó Fabricio— salen las hernias, juntas, como un racimo de granos de café.»

«¡Puaf!», expectoró Molkas.

«Pero todo eso deja mucha plata, al fin y al cabo. Como la compostura de pechos. Pechos flácidos que casi no existen. Pechos enormes, a los que les sobran toneladas de grasa.»

«¿Compostura de pechos? Mmmmm —dijo Molkas—. Eso me parece mejor...»

«No veo por qué. En todo caso resulta igual de asqueroso. Hay pechos a los que les sobran, dicho sea sin

exagerar, hasta un kilo de grasa a cada uno», le advirtió Palinuro.

«Y la grasa de los pechos es igual de repugnante: amarilla y coposa.»

«Sí, sí, pero eso me parece mucho más interesante, definitivamente», dijo Molkas, soñando con un cartel, en su consultorio, que dijera con letras doradas: «Molkas, cirujano mamoplástico.»

Además, Molkas era un compañero útil. Conocía todos los tejemanejes de la Escuela de Medicina y tanto para Palinuro como para Fabricio, Molkas fue el oso Baloo que les enseñó la ley de la selva. Esto, aparte de que no había libro mediocre sobre historia de la

medicina o enfermedades infecciosas o biografías de cirujanos y descubridores de drogas cabalísticas que Molkas no hubiera leído, y compartía con sus amigos esa desesperanza total, esa angustia que significaba abrir al azar el diccionario de términos médicos y comprobar que de cada cincuenta palabras, no sabían el significado de cuarenta y nueve, y a veces de cuarenta y nueve y media, y estaba convencido, como lo estaban ellos, de que tales términos se aparecían en las páginas venidos de otros planetas, con el único fin de complicarle la vida a los estudiantes de medicina: hiperpirexia, esternocleidomastoideo,

fenildimetilpirazolona-
metilaminometansulfonato —o sea,
simplemente, magnosulfona—. Y eso
para no mencionar —entre otras cosas
porque era inmencionable— el nombre
de otra sustancia que aparecía en el
libro Guinness de los Récords y que
tenía 1913 letras, o sea 1813 más que el
trueno de Finnegan's.

«¿Tú crees que estas palabras tienen
un origen humano? ¿Tú crees que haya
un hombre con los huevos tan azules
para inventarlas?», preguntaba Molkas,
con ronquidos iracundos. Y Palinuro
expresaba su acuerdo recorriendo a
grandes pasos la Plaza de Santo
Domingo. «Enfermedad de Rokitansky,

síndrome de Babinski-Nageotte. ¿Te imaginas nombres más complicados? ¿Por qué no fueron enfermedad de Martínez, síndrome de Pérez y Pérez? ¿Es que en España y Latinoamérica no ha habido hombres de ciencia tan disponibles y tan vertebrados como el que más?», se preguntaba Molkas y Palinuro reía de buena gana, de buen corazón.

Pero pronto los amigos de Molkas comenzaron a sospechar que había algo extraño en esa preferencia por las operaciones de los senos... *Oh los senos, bayas jugosas* —había dicho Gómez de la Serna—. *Los senos, bajo las blusas de lunares, tienen veinte mil*

pezones... Y Molkas se estremecía hasta el tuétano cada vez que él mismo recitaba el fragmento en voz alta, y se condolía también de la pobre Santa Águeda, la de los pechos cortados. Y es que nunca les había dicho a sus amigos que le gustaban las mujeres con los pechos grandes y generosos, los pechos que se derraman sobre su propia sombra; los pechos Alpes de Marfil como los llamó Marino, los pechos que buscan el ombligo y apuntan hacia los dióscuros; los pechos gemelos de gacela como los llama el Cantar de los Cantares; los pechos acróbatas equilibrados por toda una bibliografía pecaminosa; los pechos que las trenzas

de las Valquirias no alcanzan a cubrir; los pechos perfumados por los biombos; los pechos, por último, amenazados por los tumores malignos y los primeros dientes de leche...

«Y si se puede comparar a Molkas con alguien más —le dijo un día Fabricio a Palinuro (confidencialmente) pensando en la forma casi perfecta en que Molkas tocaba el acordeón—, será con Brighella, el cínico y brutal Brighella.»

Esta era la clave de la personalidad de Molkas: un muchacho que reunía varias habilidades como tener un magnífico oído musical, dibujar como un rey, etc., pero sin la menor sensibilidad

para apreciar la música o la pintura. «No es que le tenga asco a la cirugía plástica —dijo Fabricio—. Lo que le repugna, en realidad, es cualquier palabra que le recuerde el arte». «Las artes plásticas por ejemplo», dijo Palinuro. «Exactísimamente», asintió Fabricio. «Pero entonces... ¿por qué lo de los pechos...?» «Eso es algo que vamos a averiguar muy pronto.»

En el camino de la *Commedia dell'Arte*, Fabricio no era, contra lo que podría suponerse, ninguna Isabella disfrazada y sí un Scaramouche que la rara vez que abría la boca fascinaba a su público con sus aventuras fantásticas. Más de una vez se trepó en una banca de

la Plaza de Santo Domingo para contarle a los carteros, los vendedores de globos y las amas de casa que iban al mandado, una historia de los más célebres cirujanos y pintores de la antigüedad, que se la atribuyó a sí mismo. Y Palinuro, ¿quién más podía ser sino un Arlequín, y no sólo porque el primo Walter le regaló el famoso chaleco de rombos de colores, sino también por la manera en que aparecía o desaparecía en la vida de los demás siempre en forma inesperada y repentina (sus amigos llegamos a contar hasta cuarenta y cinco apariciones) y por otros trucos que sabía hacer, como alargar o encoger el cuerpo para aparentar mayor o menor

estatura?

Y efectivamente, muy pronto los dos amigos conocieron el porqué de la obsesión del malvado Brighella en relación con los senos. Y de paso se enteraron que durante toda una época de su adolescencia había sido muy infeliz y que todo tenía mucho que ver con su obsesión por los pechos y su primera infancia, que pasó en los brazos de mamá Molkas. Y es que resulta que mamá Molkas —a quien hay que llamar así porque Molkas se negó a dar su verdadero nombre—, carecía de pezones, y nunca pudo amamantarlo.

«Dicho sea científicamente, padecía de *amastia*», dijo Palinuro.

«Si serás bruto —exclamó Fabricio —. *Amastia* quiere decir ausencia de pechos. Y lo que mamá Molkas tenía, o mejor dicho, lo que no tenía eran pezones, y esto es nada menos que una simple y vulgar *atelia*. Es la misma diferencia que existe entre una mujer que tiene polimastia, o sea varias mamas, y otra que tiene politelia, o sea varios pezones.»

«Bueno, mamastia o mamatelia, como se diga, el caso que mi madre nunca pudo darme el pecho.»

«O en otras palabras, más científicas, el pobre Molkas fue un niño agalacto que nunca tuvo oportunidad de chuparle a mamá los tubérculos de

Morgagni», dijo Fabricio, aprovechándose de lo indefenso que era Molkas cuando estaba borracho perdido. Pero Molkas no escuchaba...

«Mi mamá, entonces, me crio con leche evaporada Carnation...»

«Leche de vacas contentas, de la que servían en los coches *pullman* del South Pacific», le señaló Fabricio.

De sus tiempos de publicista, Palinuro se sabía unos versos:

*«Carnation Milk is the best
in the land, in the land,
Here I sit with a can in my
hand.
No tits tu pull, no hay to*

pitch,

Just punch a hole in the son-of-a-bitch.»

«Bueno, ¿y qué pasó con mamá Molkas y sus conductos galactófonos?», preguntó Fabricio.

Mientras tanto, Palinuro se quejaba para sí: «Dios mío, todo esto parece una historia clínica inventada por Freud.»

«Los conductos se secaron. Además, mamá Molkas murió hace muchos años, y no tiene caso hablar de ella», dijo hijo-Molkas.

«Entonces explícate y dinos por qué comenzaste a hablar de mamá Molkas si no viene al caso», lo ultimó Fabricio,

que era más inocente que Palinuro en algunas cosas, o quizás más olvidadizo.

Y Molkas les contó su historia.

Les contó cómo, durante muchos años, el mayor placer que podía sentir, y lo único que lograba la erección era imaginarse tocando y besando los pechos de una mujer, pero que muy pocas veces se atrevió a hacerlo con sus novias, y cuando se atrevía, o ellas no lo dejaban, o la cosa no pasaba de allí y de mojarse los pantalones. Y el día en que se decidió a inaugurar su vida intersexual —un triste atardecer monogámico con estrellas color tinta que parecían asteriscos melancólicos— y se dirigió a la calle de Las Vizcaínas

caminando despacio y con la mano en los bolsillos para irse levantando el ánimo y erguir su complejo de inferioridad, ocurrió una gran tragedia. Tenía ya una idea más o menos fotográfica (o quizá fotogénica) de lo que iba a ser la primera prostituta de su vida: iba a ser bella, como ciertas muchachas de hule-espuma que salían en el Playboy, y admirable a los sentidos más comunes: su piel sería un alabastro de contradicciones donde iban a florecer lunares color de miel y barro rellenos con jugo de luna vieja. Y desde luego, además de quererlo con todo el corazón, ella defendería sus repliegues más íntimos como una mariposa bocarriba,

para darle a Molkas la sensación de estar violando a una virgen por el camino más encarnizado. O sea, de acuerdo con la descripción de Molkas y con sus alucinaciones, esa mujer admirable iba a ser algo así como una edición pirata de Estefanía. Su decepción, por lo tanto, fue inmensa cuando esa primera prostituta de sus años verdes se negó a quitarse el brasier: «Me pagan por coger, no por dejarme manosear y babosear los pechos», le dijo, se echó bocarriba en la cama, se levantó las faldas y se transformó toda ella en una flor peluda semidesnuda a lo largo del día, y por si fuera poco con un olor, Dios mío, con un

olor pútrido que nada tenía que ver con las primaveras ríspidas que Molkas se había imaginado.

«Supongo que no pudiste hacer nada», dijo Fabricio.

«Nada, nada, nada», triconfesó Molkas.

«Casi me atrevo a decir que no se presentó la eyaculación terminal», se atrevió a decir, sin *el casi*, Palinuro.

«Pendejo —dijo Molkas— si ni siquiera se me paró.»

«Eso es impotencia psicosexual —aseveró Fabricio—. De allí a las desviaciones sexuales no hay sino un paso... Al *peeping-Tom* o contemplismo...» agregó, imitando con

la mano el ojo de una cerradura.

«Al exhibicionismo» dijo por su parte Palinuro, enseñándole el miembro a Molkas.

«Al fetichismo», agregó Fabricio, mostrándole a Molkas el brasier de Estefanía.

«Al masoquismo», finalizó Palinuro, y le largó a Molkas una bofetada que lo hubiera tirado al suelo si Molkas no lo estuviera ya.

«Déjalo. No abuses de su borrachera. Es necesario comprender que su libido ha quedado fijada en el período paraláctico.»

Palinuro encendió nuevamente la lámpara de buró y la colocó por segunda

vez frente a la cara de Molkas.

«Tienes que confesar —le dijo con voz muy suave—. Tienes que contarnos todo, desde el principio hasta el fin, sin olvidar un solo detalle.»

Molkas lloró, y sus lágrimas arrastraron consigo las fuerzas que le permitían levantar en vilo la anatomía de Testut. Pero eran lágrimas de cocodrilo: porque en seguida prometió suicidarse. Sacó, en efecto, una pistola de plástico de la bolsa de su gabardina, se puso de pie y se llevó el cañón a la sien derecha. Después apretó el gatillo. El ruido del tiro, como era de esperarse, no se produjo. No salió tampoco de la pistola una bala de acero, o una bala de

plata, o una bala, siquiera, de talco...

Volvió a apretar el gatillo.

Otro fracaso.

Lo intentó por tercera vez.

El mismo resultado.

En vista de las circunstancias, Molkas mostró el revólver a un público imaginario y dijo:

«Señoras y señores: este revólver está envenenado.»

Se llevó el cañón a la boca y sorbió con gran ruido el veneno: cayó redondo.

Una vez más intentó Molkas hacer el amor con una prostituta, pero entonces el problema no fue que ella no se dejara besar los pechos, sino simplemente, que *no* tenía pechos.

«Dicho sea científicamente, padecía de *amastia*», dijo Palinuro esta vez con una seguridad admirable.

Y tampoco en esta ocasión Molkas pudo hacer nada. Creyó, entonces, que era impotente y que jamás podría acostarse con una mujer. «Pero una tarde bendita... una tarde en que fui con otra prostituta —era mi quinto o mi sexto intento, no recuerdo...» Esa tarde, cuando Molkas se quedó solo con la mujer, se sentó en la cama sin pantalones, con las piernas cerradas, muy triste, y la mujer le dijo: «Andale, que tengo prisa.» Y él le contestó: «No, no puedo. Es decir, no quiero.» «Será que eres todavía muy niño», le dijo la

mujer. «No. Ya soy un hombre. Lo que pasa es que no quiero. Pero te voy a pagar, no te apures.» «Sí, sí, eres muy niño todavía. Se te nota en la cara, en el brillo de los ojos. Ven, toma», le dijo la mujer. «Y me dio el pecho». «¿El pecho?», preguntaron incrédulos al unísono Fabricio y Palinuro. «Y eso no es nada: ¡el pecho tenía leche!» «¿Leche?», «¡Sí, porque ella tenía un niño!» «¿Un niño?», «Sí, un niño de pecho, un bebé, así, pequeño como tú, anda, chupa, niño mío», le dijo la mujer. Molkas dio una chupada y contempló el pezón erguido. Luego sorbió con más fuerza, y la leche le escurrió por los labios y el cuello con una estela propia

de espumas antiguas. Al fin se prendió como un erizo y su fama comenzó como un funicular en vista a los gritos de placer que había dado la hermosa y que los otros dos amigos casi juraban estar escuchando a través de las palabras de Molkas: «Creímos por un momento que la estabas matando». «Pensamos en llamar a la policía». «Pusimos a votación si debíamos o no derribar la puerta e irrumpir en el cuarto para salvarla». «Lo hubiéramos encontrado prendido a los pechos», como un bebé, bebiendo el lujo joyante de esos caramelos oscuros, mientras la hermosa, la admirable mujer manipulaba su miembro, y como para siempre, de

pronto y luego que una gota embotonó la punta del pomo de la espada, el esperma salió como géiser y Molkas sintió lo que ninguna vacación le había dado jamás, y la mujer le tomó el pulso hasta que dio las últimas boqueadas y Molkas casi se queda dormido en sus brazos. Cuando se levantó, el esperma y dos hilos de leche confluían en el ombligo de la mujer, como en el centro del Edén.

«¿Pero entonces no la fornicaste?»
«Después sí. Después pude por primera vez en mi vida, y luego muchas veces más.» «¿Cómo? ¿Has vuelto a ver a esa puta?» «Sí, me dijo: ven, ven la semana próxima y volví porque me enamoré como un imbécil». Y como imbécil,

Molkas volvió una y otra vez al mismo cuarto que estaba sumergido en un oscurantismo floral y donde un perro de peluche de cuello suave, las cortinas que esperaban la muerte casta y la percha donde Molkas colgaba su sombrero y ella sus corpiños, fueron testigos de las visitas que efectuó, sin amigos, cada lunes, cada martes, cada día en que hubo sol y los helicópteros doblaban las hélices, para amar a la mujer y oficiar el intercambio de leches en su vientre nuevo y admirable. Y sólo después de cada intercambio podía penetrarla y sentir un segundo orgasmo. Molkas comprendió que si esas delicias no podían compensarse con devoción o

ternura, con abanicos y ropa de seda tendida a secar, podía simularlas a base de tripas y de corazón. Se disfrazó entonces de estudiante bueno, de los que van a la escuela provistos de una regla para calcular el diámetro de una idea. Se disfrazó de príncipe Azul de Prusia. Se disfrazó de persona mayor dejándose crecer la muela del juicio y unos bigotes que, de tan tímidos, casi no se atrevían a salir. La mujer lo abrazaba, lloraba en su cabeza madroños enteros, le contaba la antigüedad de una frigidez salvaje y la pobreza de sus padres, la hermandad con las calles de la colonia, sus ligas arrojadas al paraíso de los coliseos. Y de todo esto, no quedaba en el cuarto

nada que le recordara otros tiempos, ni siquiera por cortesía. Sólo la acompañaban la voz de un locutor desde un aparato incógnito, un papel tapiz destrozado por yerbas áulicas, los retratos de alguien y una niña marina, la que fue ella hacía muchos años, junto al huevo nupcial que usaba para remendar los calcetines de Molkas. Por los calendarios pasaba un tren mudo, unas planchadoras conversaban bajo los arcos de frutas y un boticario remoto anunciaba sus bálsamos. «Pero eso no es amor», dijo Fabricio. «Ah, pero comencé a enamorarme en cuanto me puse a hablarle de mi vida». Y en efecto, Molkas, a la deriva, le discurrió

a la mujer un pasado fantástico. Le habló de una caravana de empleos, de subastas y de abrigos y camisetas usadas, de la obligación de hacer milagros y componer las cañerías antes del meridiano. Al principio, lo hizo a paso de tortuga, y sintió su voz esponjosa, pero el miedo al vacío y los espasmos de la admirable matizaron los remordimientos. «No tuve mamá», le contaba, «no tuve papá, crecí en un orfanatorio». «Mentiroso de mierda», dijo Palinuro. «Fui muy desgraciado, me pegaban con una vara de membrillo y me robaban las almohadas, me prohibían llorar y me ordenaban que tuviera sueños dorados». «Pobre Molkas, mi

amor, ¡cómo has sufrido! Pero sigue mamando, amor mío, luego me cuentas», decía la hermosa, y los resortes del colchón saltaban de placer. «Luego tuve una novia. Le escribía muchas cartas de todos los colores y todos los perfumes, le contaba que estaba muy solo entre los huérfanos, que la escuela era gris, que la comida era una porquería y ella me contestaba lo mismo: me dices que estás muy solo entre los huérfanos, que la escuela es gris, que la comida es una porquería y que siempre que te contesto te digo lo mismo que tú me has escrito...» «Pobre Molkas, pobre amor. ¿Pero se puede ser más desdichado?» «Por supuesto, mujer —le dijo Molkas

— Si los perros y los bedeles te traicionan y tú mismo faltas a tu palabra y vives en un fárrago de noches que se cotizan por sus alumbramientos, imagínate, y al día siguiente ir a trabajar a un banco, diez horas seguidas. Y vienes y te hundes en esta buhonera y escuchas el murmullo de tus esfínteres. Manejar esas máquinas, contabilizar diez mil cheques diarios hasta que ya no puedes más, mujer, y los amigos y los pelotones adiposos de las glándulas mamarias.» «¿Sabes qué era yo desde entonces?», le preguntó la mujer. «Una puta», le dijo Palinuro. «¿Qué comes, qué adivinas?», preguntó Molkas, a lo cual Palinuro contestó muy serio:

«Todas las mañanas me desayuno un diccionario en su tinta». «Pues sí, —dijo la mujer—. Así como me ves, desde entonces era ya una puta. Creo que lo fui siempre. Creo que nací con las piernas abiertas.» Pero Molkas no la escuchaba: «Luego, cuando llegaba el día de pago, otra vez a emborracharme con los amigos del banco, y mi novia se quedaba esperándome siempre, bajo un fresno, acribillada por las palomas». Pero la mujer no lo escuchaba: «Yo viajaba en un tranvía cuando iba a la escuela, y un viejo me daba mordiscos en los muslos». «¿Te daba cosquillas?» «Me daba mordiscos. Y lo peor de todo, es que ese viejo era mi padre.» Molkas

se levantó, hizo un lance con su capa y le habló sin ambages en los siguientes términos: «No se puede hablar así, mujer. No se puede exhibir a los familiares como si fueran monos de circo. Eso, que se llama ropa sucia y que en tu caso está podrida, se lava en casa automáticamente.» «Molkas, amor mío, hijo, nunca te había visto así.» «Y nunca más me verás, vergüenza ha de darte.» «Sí, mi amor, claro, perdóname», decía la admirable, abrazada a sus rodillas. «Levántate y anda al carajo.» «Perdóname, rorro, güerito de mi alma, te digo», y le besaba los raspones de las rodillas, las idas a patinar y los partidos de béisbol. «¡Tu

padre, tu padre! ¡Dices eso de tu padre: qué no dirás de mí!» «¡Qué barbaridad: qué dramón!», dijo Fabricio sin decidirse a creer una palabra de lo que decía Molkas, pero... «Los niños y los borrachos dicen la verdad», apuntó Palinuro, recordando que en ese caso tan particular, además de estar borracho, Molkas estaba niño. «Una vez más me ofreció sus pechos», dijo Molkas. Pero Molkas los despreció, sacó de su cartera un billete sucio, lo hizo una bolita y lo disparó al retrato de la recién aparecida Virgen de Fátima. La mujer le gritó desde la ventana y volvió a mostrarle la vía láctea. Un chisguete blanco alcanzó a mojar a Molkas, que pronto se perdió

entre la inaudita exposición de cráneos fosforescentes que transitaban por la calle.

«¿Y no volviste nunca?»

Sí, volvió una vez más porque necesitaba los pechos de la mujer, pero la mujer, del susto, perdí la leche y perdió a Molkas para siempre.

«Qué tragedia.»

«Qué horror.»

«¿Y qué hizo ella? ¿Se tiró a la vida honrada?»

«Más vale que nos digas la verdadera razón por la cual la abandonaste, Molkas...»

«Fue por culpa del niño, que berreaba como un endemoniado.»

«¡Ah. primero lo dejabas sin leche y luego te quejabas porque berreaba de hambre! ¡Eres un descastado!»

«¡Eres un destetado!»

«¡Eres un desheredado!»

«¡Eres un despechado!»

«¿Qué hiciste después?»

A Molkas, a diferencia de Palinuro, no le interesó robarse un itinerario donde florecían las latas de aceite y las enajenaciones publicitarias. No en balde había crecido entre alusiones científicas al sexo y a los gonococos, y entre plegarias rústicas que conjuraban las oclusiones atmosféricas para que la alfalfa creciera más verde. «¿Te dolió mucho dejar a la hermosa?» De ninguna

manera: las frutas vacías volvían hermética toda posibilidad de farándula. «¿Te bebiste una botella, para olvidarla?» Se bebió una botella, se hizo de unos amigos más listos y visitó burdeles y burlesques de una variedad infinita. Luego, con toda la constancia de que era capaz, se puso a buscar a una novia que suscribiera sus herejías. Se fue a los parques a la hora en que los jardineros vapuleaban el pasto con látigos niquelados, y compró manzanas almibaradas para convidar a una niñera rubia. Esperó a que las colegialas de la Benito Juárez y la Secundaria 18 salieran de clases, y les silbó piropos que las hacían enrojecer de las

pantorrillas para arriba. Visitó los barrios bajos, codeándose con borrachos que agonizaban de insuficiencia alcohólica, peluqueros decididos a oxigenar a sus víctimas y ciegos que lo importunaban con sombreros y zíperes voladores. Compró todos los periódicos del día, incluyendo los vespertinos rojos y se dedicó a buscar a las adolescentes perdidas: «Martha, trece años, salió de su casa el domingo pasado y no ha vuelto. Vestía blusa blanca como la nieve, falda color rosa, tobilleras amarillas». Le guiñó el ojo a la portera. Solicitó a una viuda que tenía largas uñas australes y estaba siempre cubierta de alhajas agoreras y

se permitió darle de nalgadas a la cocinerita del café de chinos. La niñera se dejó invitar a uno de esos cines de barriada donde entre caricatura y caricatura se desplazan algunos barcos llenos de helados y donde las viejas van con sus paraguas para jalarles las piernas a los muchachos y las jovencitas van con sus uñas para encajarlas en las piernas de los viejos y los viejos van con sus pipas, y etcétera. Y la niñera se dejó tocar y besar los pechos delante de una multitud de beduinos de la Arabia Feliz que galopaban por la Arabia Pétreá. Una muchachita extraviada en un callejón inmundo se dejó llevar a un jardín, una noche, y bajo un farol del que

colgaban cinco esferas para adivinar el futuro, se dejó masturbar con la condición de que Molkas lo hiciera sin despeinar los pelitos púbicos. La viuda, chorreando aniversarios, se dejó llevar al cuarto de un hotel, se quitó sus trapos negros para mostrar sus calzones ultravioleta, y después le bailó a Palinuro la danza del ombligo. Luego se acostó en la cama y comenzó a resoplar como un rinoceronte. Pero Molkas había ya probado el sabor de la leche, y nunca más pudo hacer el amor.

«¿Nunca?», preguntó Fabricio. «¿Nunca de los nuncas?», preguntó a su vez Palinuro con acento bíblico. «Nunca por unos meses», dijo Molkas, porque al

fin, y casi por casualidad, conoció a una lavanderita de ojos negros como capulines y trenzas castañas con reflejos cobrizos, que lo invitó a visitarla. Vivía en un cuarto, sola, en una azotea desde la cual era posible admirar el zodiaco entero. Y cuál no sería la sorpresa de Molkas, esa misma tarde, cuando vio en la blusa de la lavandera dos manchas de leche seca y amarillenta. Y ella se quitó la blusa para enseñarle sus pechos llenos de leche. Le contó que durante muchos años le salían en la matriz unos tumores grandes y redondos, transparentes, llenos de cosas inaudibles de todos colores, que transbordaban de la mesa de operaciones a las

bomboneras llenas de fenol de los laboratorios de patología. Pero eran tumores benignos, le dijo el médico, que sólo desaparecerían el día que ella tuviera un hijo. «Yo no quería tener un niño —le dijo la lavandera—. Pero mi cuerpo lo quería. Una vez me decidí, y lo tuve.» «¿Dónde está?», preguntó Molkas. «No está. Lo regalé hace unos días. Va a vivir mejor y lo van a querer más.» «¿Y todavía tienes leche?»

«Todavía.»

«¿Y todavía tiene leche?», preguntó Fabricio.

«Todavía», contestó Palinuro a nombre de Molkas, porque Molkas se había quedado dormido.

Desde entonces, los dos amigos comenzaron a entender un poco más a Molkas y alimentaron su obsesión (por así decirlo), asegurándole que era muy difícil que padeciera de solitaria con las molestias colaterales (expulsión de cucurbitinos por el culo), pues ya Savonarola había exaltado las propiedades vermífugas de la leche de la mujer; recordándole que San Pablo compara su enseñanza a los Corintios con la leche dada a los niños; pidiéndole que ahorrara dinero para viajar y conocer algún día las fuentes de Villa d'Este donde había esculturas de mujeres —o al menos una— con pechos increíblemente grandes; regalándole

unas fotografías de la Jayne Mansfield y un número de la revista *Bizarre* donde se ilustraba a Rosalie Fournier, la mujer cuyos muslos se le atrofiaron y se le convirtieron en pechos, y sugiriéndole que si le era otorgado elegir al animal en el que iría a reencarnar, escogiera: o ser un chimpancé para lactarse durante años enteros, o bien una de esas hormigas especializadas en cuidar a los pulgones que dan leche dulce, o bien una sanguijuela cuyos servicios todavía se siguen empleando en medicina, como en el caso de la pericarditis, y con frecuencia hay que untar la piel del enfermo con leche azucarada cuando el animalito se rehúsa a succionar. El

primo Walter que, claro, no podía quedarse callado (y que entre paréntesis le puso a Molkas un apodo bilingüe: *Milkas the Lecherous*) no estuvo de acuerdo con la elección y le dijo que lo mejor era que mamá Molkas reencarnara en un mamífero monotrema, ya que la leche de estos animales les sale por los poros, les escurre por la piel y tiene que ser lamida por la cría, y él, Molkas, reencarnara en un pez de la clase teleost, que tiene sus papilas gustatorias repartidas a lo largo de todo el cuerpo. Además, Walter por supuesto le recomendó la lectura de la mitología hindú para que se refocilara con la leyenda de Lakmi, la diosa que nació en

el mismo mar de leche donde seguramente había nacido también Kamadhenu, la vaca alada de las tres colas, y le contó la leyenda de Júpiter y la cabra Amaltea y de Esculapio y su cabra respectiva, y le leyó el trozo del Ulises donde Leopoldo Bloom se imagina que está ordeñando los pechos de Mary directamente sobre su taza de café. Molkas no descansó recorriendo cuanta tienda de antigüedades había en México (y de ambigüedades también, le recomendó Palinuro), desde que Fabricio le contó que recordaba haber visto una estatuilla de marfil de la Diana de Éfeso en su representación de Polimastos, la de múltiples pechos. De

una enciclopedia, Molkas copió después un dibujo de la Ceres Mammosa, nodriza del mundo, que también estaba representada con un gran número de pechos. En los libros de texto, se enteró que son las proteínas las que azulean la leche humana, que el acto de mamar está relacionado íntimamente con las contracciones uterinas y que la leche de vaca puede ser maternizada mediante la centrifugación que separa la caseína y la manteca. Y cuando Fabricio le contó que los judíos ortodoxos no usan los mismos cuchillos para partir la carne que para los productos derivados de la leche, se preguntó qué haría un cirujano judío cuando tuviera que operar el seno de una

lactante, y si existía lo que podría llamarse la cirugía kosher. En un compendio de sabiduría casera supo que para mejorar la leche de la mujer hay que darle cabezas de camarón y gusanos de seda pulverizados y disueltos en vino. Walter le descubrió también la leyenda del mago que se había transformado alternativamente en hombre y mujer, y le tradujo trozos enteros de *Les Mamelles de Tirésias*. «¿Tú crees que Tiresias, cuando dejaba de ser mujer y volvía a ser hombre, conservaba leche en sus pechos?», le preguntó a Fabricio. «No tengo la menor idea. Lo único que sé, es lo que dice el Papiro de Elbers, y es que la leche de un

hombre, por su incalculable rareza, está llena de virtudes.» Molkas se estremeció, porque por primera vez se dio cuenta que podía, por qué no, ser homosexual. «¿Pero se es homosexual cuando uno se enamora de un hermafrodita como Zeus Stratios, el de las grandes chiches?» «Además —dijo Fabricio sin que viniera al caso—, Tiresias confesó que la mujer gozaba nueve veces más que el hombre en el acto sexual. Por otra parte, mucho ojo: no confundir esos fenómenos extraordinarios con otros más comunes, como el de la llamada leche de brujas.» Y una tarde Molkas llegó al cuarto feliz como pocas veces porque acababa de

descubrir la leyenda de Moisés: «El arcángel Gabriel, cuando lo dejó en la cueva, hizo que brotara leche de uno de sus dedos, para que no se muriera de hambre. ¿Se imaginan qué maravilla, tener un dedo que dé leche y chupárselo toda la vida?», dijo Molkas en el colmo de la alegría. Y es que en el fondo, Molkas no era sino un niño. «Un niño con la leche todavía en los labios», como dijo Palinuro.

De todos modos, algo sí que estaba bien claro, y cuando Molkas acabó de dormir la mona de su patafísica borrachera se encargó de recordárselo a sus amigos:

había nacido virgen, pero no Virgo, y aunque así hubiera sido, ya no era virgen. Por lo mismo, habría de iniciarlos no sólo en los misterios del sexo, sino también ¿por qué no? en los placeres de la necrofilia. Para ello, irían a la misma calle de Las Vizcaínas, donde se alborotaban las médulas de los cargadores y los carteros dejaban sus mochilas a la mitad de la calle o de las escaleras para entregar a las pirujas una carta de amor a primera vista. A esta calle llegaban también, cada ocho o quince días, los médicos de Salubridad y abrían de piernas a las putitas para recetarles antibióticos y coitos de emergencia. Los estudiantes tenían, por

lo general, sus horas de visita. Aquellos que por primera vez se lanzaban a cabaretear al ritmo amargo y frenético de la cerveza y de la Obertura de Poeta y Campesino, elegían la medianoche, caminaban del brazo arrastrados por las tufaradas a pescado fresco y se aparecían en palomilla con las manos llenas de promesas. Estos eran los estudiantes troyanos que estaban siempre listos para presentar armas. Otros muchachitos, los de secundaria, que aún empuñaban su sexo en son de alegoría, llegaban como un florilegio puntual a la hora del cartero y de los vendedores de cepillos, paseaban sus corazonadas lampiñas por la acera de

enfrente y desde allí contemplaban la fila de puertas y ventanas. Algunas pirujas les enseñaban de una vez por todas el estupor recién talqueado y otras algún pecho de emperatriz o un par de muslos donde un sacerdote había perdido el alma y la dentadura. Las mujeres los llamaban por el color de su pelo y de sus suéteres, y ellos fingían que no las escuchaban. A la salida de la escuela eran rescatados por las colegialas de uniformes heráldicos y se iban diciendo el amor en voz baja, tocándose apenas la punta de los deseos. Al mediodía llegaban los borrachos que se orinaban en las calles sin piedad y los camiones de fumigación que

recogían a las ratas, muertas de un taconazo plateado. Hacia las cuatro o las cinco, era el turno de los pequeños horticultores que habían vendido sus cosechas del día en La Merced o en Jamaica. A las nueve o diez de la noche, llegaban los agentes viajeros que les regalaban a las muchachas un dominó en miniatura, chocolates de plástico o relojes de arena que provocaban su admiración durante un minuto de silencio. Cada día veintinueve se aparecían los empleados del Banco de Comercio, del Banco Nacional y del Banco del Atlántico después de balancear las cuentas de cheques y la fidelidad conyugal y si no muchas veces

cuando menos una, llegó a Las Vizcaínas una ambulancia para llevarse a la Morgue a una prostituta muerta: un desconocido destapador le había abierto el vientre con un trozo de espejo en busca, quizás, de una nueva imagen. Algo semejante estaban ellos dispuestos a hacer, pero era necesario, primero, decidir si había que llevar a la prostituta al cuarto para hacerle el amor despierta y viva y luego anestésiarla para matarla mientras estuviera dormida, o hacerle la autopsia mientras estuviera dormida y después matarla mientras estuviera aún viva, a fin de hacerle el amor cuando estuviera muerta. La otra posibilidad era la de llevarla ya muerta al cuarto, y en

este caso no tenía que ser, necesariamente, una prostituta. Pero sí una mujer joven y bella que tendría que morir en una calle céntrica por cesación vitalicia del corazón; sería, de ser posible, más desconocida que las compañeras de clase y viviría sola con sus gatos guardaespaldas y sus periquitos australianos vestidos de perejil y crepúsculos verdes, y no llevaría consigo ninguna credencial o carta de amor que le diera un nombre o un color de ojos en la vida. Caería en medio de la calle y de los zapatos de piel de cerdo y sería arrastrada por la indiferencia de los peatones que se replegarían como adversarios vencidos

mientras la mujer, muerta, recorría una extensión ilimitada del miedo y los presagios. Una leve crepitación de flores anticiparía el ataque al corazón. La policía, tras comprobar que las fosas nasales estaban descarburadas, le regalaría el cadáver a la escuela de medicina y ellos se encargarían de robarlo. Fabricio llegaría en una ambulancia de la Cruz Verde, mientras Palinuro y Molkas emborrachaban a Caronte. Luego penetrarían en la cisterna abriéndose paso entre las sombras juncales, los fríos musgosos y los espasmos fermentados de los muertos y se la llevarían en hombros. Los budas panzones que comían uvas de

mármol en las escalinatas de la escuela y las serpientes enrolladas a los mundos de ónix se estremecerían al grito de la sirena, y la sirena recorrería las calles de Guatemala, Brasil y Palma Norte y su grito rebotaría en las aletas sostenidas de los dinteles y en las leyendas congeladas según designios coloniales y de paso asustaría a los burgueses que a esas horas entrelazaban piernas y vejámenes. Llegarían, pues, a eso de las once de la noche, cuando las campanas arrebatan las lenguas de las canéforas. Abrirían las puertas de la ambulancia y bajarían a la amada inmóvil, y si algún vecino en piyama o en traje de parranda preguntaba qué había pasado,

simplemente se le diría que era una herida en convalecencia por culpa de una colisión inverosímil entre patricios y garbanceros, y se le enseñaría su rostro tranquilo y sus ojos de dama incógnita. Una vez en el cuarto, descubrirían su belleza egipcia que se extendería de la punta del peroné a los cabellos desconcertados sobre la almohada y que recorría valles y colinas color salmón, pilastras, pinos mansos con sus pezones al aire y aglomeraciones velludas. Entonces, le harían el amor mientras pareciera dormida. Otra condición era por supuesto, que el cuerpo estuviera fresco. Y fresco en estas circunstancias no

quería decir tibio —dijo Molkas—, pero ya que no se podía evitar que estuviera frío ni se podía esperar que estuviera caliente, sí habría que asegurarse al menos que no estuviera helado, de la misma manera que si no podía estar suave y por otra parte no podía dejar de estar tieso, lo ideal sería que estuviera menos rígido de lo necesario y no más correoso de lo probable. Entonces lo único que restaría por hacerle sería el amor y la autopsia, ya fuera uno antes y otro después, o una antes y otra después, o las dos cosas al mismo tiempo, y ya fuera Palinuro antes y Molkas después y Fabricio el último, o los tres al mismo tiempo o bien dos

antes y uno después, o bien los dos primeros después y el uno último antes, dejándolo a la suerte o por orden alfabético (o al revés), o por secuencia de estaturas de modo que el más alto hiciera la autopsia primero y el más bajo el amor después (o al revés), o según el largo de nuestros miembros viriles —agregó Molkas— ya fuera antes de la erección o después (o en vez) y dependiendo no sólo de si la erección ocurría ante la perspectiva de hacer el amor antes y la autopsia después (o al revés), sino también de cómo, al igual que el cadáver, estuviera el miembro de cada quién en cuanto a lo duro, lo suave, lo frío, lo tieso, lo

correoso, lo caliente y lo flexible.

Después, la adquisición ya estaba allí, en el centro de la cama.

Y la cama estaba en el centro del cuarto.

Y el cuarto, en el centro del universo.

Fabricio, Real Colegio de Cirujanos, levantó las manos como pidiendo aplausos. Pero lo que en realidad pedía, y así lo entendieron sus ayudantes, es que le pusieran sus guantes.

«Mirad, pues, que he tenido el gusto de apurar la copa de un mendigo sin

apearme de la bicicleta. Es más: una copia fiel de este original ha sido enviada al César, junto con un racimo de uvas envuelto en la piel de Frutidor. ¿Cuál es la historia clínica de nuestra paciente?»

«Presenta fiebre con hipo, lo que quiere decir, doctor, que el mercurio del termómetro está comprometido en una carrera de obstáculos.»

«Encefalitis epidémica», diagnóstico Fabricio, y con un gesto pidió que le colocaran el cubrebocas.

«¿Qué más?»

«Presenta un agudo delirio de persecución: a dondequiera que va la persiguen sus recuerdos, sus malos

pensamientos y un muchacho de veinte años.»

«Ese soy yo», afirmó Palinuro.

«¿Y de qué la vamos a operar?», preguntó Fabricio.

«De todo, doctor: de quistes sebosos, del apéndice, de tumores cerebrales, de la muela del juicio...»

«De difteria, de paludismo...»

«Tenemos que hacerle una histerectomía, Maestro, una flebotomía, una rinoplastia, una ablación...»

«Tenemos que sangrarla, doctor, intubarla y cauterizarla.»

«Tenemos que operarla del sarampión que le dio en las rodillas, Maestro, de los golondrinos que le

salieron en los sobacos.»

«De las uvas que le crecieron en el ano, de las naranjas que le maduraron en el pulmón» —aseguró Molkas.

«De los picos de cuervo que se le atoraron en el esófago, Maestro —dijo Palinuro—. De las flores tropicales que le salieron en la nariz. De las moscas que revolotean en su aliento...»

«¡Uf, Uf! —exclamó Fabricio agitando las manos enguantadas—. Espanten esas moscas del cadáver: sus patas son vectoras de microbios.»

«Tenemos que operarla de linternas en los riñones —dijo Molkas—. De anónimos en los ovarios. De cosquillas en el páncreas...»

«De catarro, Maestro. De los espantapájaros que se escondieron en su corazón.»

Fabricio cogió el bisturí que le extendía Molkas, le abrió las piernas a la mujer y le metió el bisturí por la vagina, limpiamente, hasta el fondo.

«¡No seas bruto!», le gritó Palinuro.

Fabricio, que era mago, sacó el bisturí de la manga de su camisa y atrás de él, anudados, tres pañuelos de diferentes colores.

Esto les dio otra gran idea.

Segunda Parte

15. Trabajos de amor perdidos

Todo comenzó cuando recién muerta mamá Clementina —y apenas acabada de sepultar—, mi primo Walter trató de consolarme y comenzó a hablar de la transmigración de las almas, de las reencarnaciones y las metempsicosis, de la teoría del eterno retorno de Nietzsche, de los gnósticos y del nacimiento de una mariposa cada vez que alguien muere. ¿Qué clase de mariposa te gustaría que fuera mamá Clementina?, me preguntó

mi primo a quien, sin embargo, le repugnaban las mariposas y recordaba con alegría la noche en que paseaba con unos amigos por la costera de Acapulco y se calentó el automóvil, y cuando iban a destapar el motor —le contó a Palinuro— se encontraron que el radiador estaba tapizado de mariposas negras. Decidieron enfriar el motor con cerveza helada y mientras tanto escucharon el ruido que hacían las mantarrayas atacadas por sus enemigos los peces rojos, y las pobres mantarrayas querían volar y se alzaban casi un metro sobre el nivel de las aguas y caían con las aletas extendidas como alas abiertas: plash, plaf, plash, plaf, y

nosotros enfriábamos el motor con cerveza helada, y la espuma barría las mariposas negras. Hay mariposas —me diio Walter— como la Vanessa antiopa, que es la que vuelve a la vida cuando amainan los vientos y sale de nuevo el sol; hay hespéridos plateados que sostienen increíbles combats aéreo con sus congéneres alados; hay mariposas que tienen un capullo que se rompe al solo roce de los dedos; hay otras que al levantarse sobre los despojos ninfales y abrir las alas, expulsan por el ano un líquido rojo como lluvia de sangre. Las hay diurnas, agregó, que según dicen mueren con las alas levantadas y unidas. Las hay también nocturnas, que mueren

con las alas abiertas y abatidas, como las mantarrayas. Pero yo le dije a Walter que no quería que mamá Clementina reencarnara en ninguna otra cosa, sino en ella misma.

«¿En la misma?, ¿la misma exactamente, con todas sus arrugas?»

«Con todas», le dije.

«¿Una por cada día que vivió?», me preguntó.

«Y una por cada día que no vivió», le contesté.

«¿Y todas sus canas?»

«Todas.»

«¿Y sus deseos insatisfechos?»

«Y sus ilusiones rotas.»

«¿Y sus suicidios espurios?»

«Y su papá Francisco.»

«¿Y sus pechos sin leche?»

«Y su matriz estrecha.»

«¿Mamá La Bruja?»

«Mamá La Muerta.»

«¿Mamá Sandía?»

«Mamá La Zorra.»

«¿Mamá Tortuga?»

Mamá la misma, la misma y nadie más, le insistí, ningún animal, ninguna fruta, ninguna otra persona, porque ya no sería la misma. Y Walter me dijo: imposible de toda imposibilidad; la tía Clementina no podría reencarnar en ella misma a la edad que tiene; o mejor dicho, a la que tenía; o mejor dicho aún, a la que tendría si hubiera vivido un día

más; no podría, porque entonces no hubiera muerto ayer, y si uno no muere no hay reencarnación posible. Y Walter afirmó que esa reencarnación no sólo es posible sino que existe y siempre ha existido y existirá, y cuando yo le dije que de ser así tendríamos entonces recuerdos de nuestras vidas anteriores él contestó que no, que los recuerdos de esa clase son también imposibles por la simple razón de que esas vidas anteriores fueron las mismas. Imagínate por ejemplo, dijo Walter, a mamá Clementina en su mecedora, que se sobrecoge porque recordó de pronto que en su otra vida estaba sentada en su mecedora y se espantó porque recordó

de pronto, y así hasta el infinito como en los paquetes de avena Quaker donde un cuáquero sostiene un paquete de avena Quaker donde se ve un cuáquero que sostiene un paquete de avena Quaker y así hasta el infinito también. Y por otra parte, no sólo hay que ponerse en el lugar del primero de los cuáqueros, sino en el de todos los cuáqueros intermedios y pensar que todas las mamás Clementinas también intermedias recordarían entonces que en una vida futura, o mejor dicho en mil vidas futuras, estarían recordando mil vidas pasadas en las que estarían recordando mil vidas futuras y así, repito, hasta el infinito. Y como recordar un número

infinito de recuerdos se llevaría asimismo un tiempo infinito, y a la vez el recuerdo estaría circunscrito a un instante, mamá, en su mecedora, se transformaría toda ella en un recuerdo vivo y ardiente, sin principio ni fin, sin tiempo, o en otras palabras sería una especie de Funes el memorioso pero al revés, porque sólo tendría un único recuerdo de un solo presente instantáneo y eterno. ¿Y los recuerdos de la infancia, los recuerdos de la infancia de otra vida, éstos no son posibles?, le pregunté a Walter y él me dijo que no, de ninguna manera, mamá tampoco podría tener recuerdos de la infancia de otra vida, porque si por ejemplo, mamá

en su mecedora recuerda que en la otra vida se cayó del velocípedo cuando tenía cuatro años, estará recordando simplemente lo que le sucedió en esta vida, que fue exactamente igual. De modo que como ves esta clase de reencarnación es un hecho y la estamos viviendo, y si me dices que no es posible demostrar su veracidad, te contestaré que tampoco es posible demostrar su falsedad, y yo le dije a Walter: ¿Y los recuerdos del futuro? ¿Y si mamá en su mecedora cinco años antes de morir recuerda de pronto todo lo que le pasó durante esos cinco años en su otra vida? Y Walter me dijo que también eso sería imposible porque

recordar cinco años completos, con todos sus detalles, se llevaría cinco años y equivaldría a vivirlos, y si sólo se recordara algunas cosas: la propia muerte, por ejemplo, eso querría decir simplemente que la tía Clementina, en su mecedora, y aquí Walter se interrumpió y propuso que se le pusieran algunos elementos decorativos a mamá Clementina, porque de otra manera parecía que estaba en su mecedora, sola y flotando en los espacios intersiderales como la viejita de las papas Sabritas sin decidirse en qué planeta aterrizar. Pongámosle abajo —dijo—, una alfombra con rosas. Arriba, una lámpara. En el regazo, una bola de

estambre. Alrededor, la casa blanca que nunca tuvo, y alrededor de la casa los árboles y el campo, y en el campo y entre la avena y bajo los árboles, los lobos azules que esperan la caída del heno y la fuga de las gallinas. Y entonces, si de pronto mamá Clementina presiente su muerte, esto sólo quiere decir que en la otra vida, cuando tenía la misma edad y estaba sentada en su mecedora azul sobre su alfombra de heno, arriba un árbol, en su regazo un lobo, alrededor sus gallinas, y alrededor de sus gallinas la casa de avena que nunca tuvo y las rosas de estambre que esperan la fuga del campo y la caída de las lámparas, en ese momento, digo,

presintió su muerte también. Pero nada más, porque no podemos recordar lo que no hemos vivido, y tampoco lo que hemos vivido en nuestras vidas anteriores aunque hubiéramos tenido mil encarnaciones previas, porque hubo una que fue la primera: no podrían ser infinitas, aseguró Walter, puesto que entonces sí podríamos recordar el futuro. Cada encarnación, además, repite todos los detalles de esa primera vida sin encarnación previa situada no en un tiempo físico sino metafísico, porque se trata, afirmó, de una prioridad lógica y no temporal, así que para volver a nacer se tiene que hacerlo en el mismo día del mismo año del mismo lugar siempre, de

modo que todas las encarnaciones ocupan también el mismo espacio físico además del mismo tiempo. Por lo mismo, en esa primera vida en que mamá estaba en su mecedora, no tenía ninguna vida que recordar; y como cada reencarnación, te digo, repite al detalle infinito la anterior, a partir de su segunda reencarnación, mamá será la misma señora sentada en su casa blanca, arriba el campo y la avena, a sus pies las mecedoras de estambre, en su regazo una gallina, alrededor sus lámparas, y alrededor de sus lámparas las mecedoras azules que esperan la fuga de los árboles y la caída de los lobos, que no tendrá nada que recordar de su

pasado inexistente ni de su futuro infinito.

«Entonces, en cierto modo sólo hay una vida», le dije a Walter.

«Sólo una», me contestó.

«Con sus alegrías», afirmé.

«Con sus tristezas», aseguró.

«Con sus placeres.»

«Con sus laringitis.»

«Y sólo una muerte», afirmé.

«¿Sólo una?», me preguntó.

«La muerte implacable», le contesté.

«¿La Muerte Calaca?»

«La Muerte Negra», le aseguré.

«¿La Muerte en Rosa?», me preguntó.

Estefanía llegó a la conclusión de que Walter estaba equivocado, y de que la forma de consolarme era muy simple: ella encarnaría a mamá Clementina. Para esto, para que yo viera a mi madre en mi prima, era necesario que Estefanía tuviera un hijo.

Y entonces nos olvidamos de nuestra colección de preservativos y píldoras anticonceptivas, de las esponjas empapadas con vino, de los lavados con ácido bórico y de cuanto artefacto intrauterino se había inventado hasta la fecha, desde el diafragma de Mensinga hasta la espiral de Marguilies pasando por las bolitas de oro que usaba

Casanova, y nos olvidamos también de nuestros dildos vibratorios y de todas las otras cosas con las que yo acostumbraba a penetrar a Estefanía. Porque sólo por jugar, sólo porque su con inocencia y sin remordimientos y en las tardes de ocio y de grandeza, y unas veces porque yo lo quería y otras porque ella me lo pedía así, yo acostumbraba a penetrar a mi prima con los objetos más variados y legítimos que mi pensamiento pudo liberar. Los puritanos y los pervertidos pueden imaginarse cuánta extravagancia y fantasía se les ocurra: cortineros, palos de escoba, zanahorias peludas y cañones de escopeta. Sí, es verdad que con todo esto la penetré.

Pero si la imaginación no va más allá, si no se sabe nada de las batallas circulares a las que se entregan los amantes bajo los auspicios del dios Tantra, si no se sabe de las fortalezas que sucumben al golpe de los caracoles y de la aventura de la ceniza donde el amor dibuja sus desembarcos escatológicos, la imaginación —tu imaginación— se quedará arrodillada a merced de sus propias costillas y no llegará, siquiera, a tocar la punta de nuestras sábanas. Porque en nuestro cuarto de la Plaza de Santo Domingo, y antes y después, en la playa de Mocambo y en los hospitales y las agencias de publicidad, yo penetré mil

veces a Estefanía con cuchillos de alas de mariposas, con espolones de harina, con corazones de duendes y sombreros de almendras, con surtidores de abanicos y con los colmillos que en las noches de luna llena crecen en los lomos de las nubes en miniatura.

Para qué decirte nada de mis dedos, para los cuales y desde que éramos niños el sexo de Estefanía fue como un guante de fuego, si bien no siempre la penetré con propósitos amorosos porque no hubo vez que ella regresara a nuestro cuarto en la madrugada, borracha, con el cuello lleno de patitas de ratón y un poco de menta roja en los labios, en que yo no la penetrara con el dedo índice

para acusarla de infiel y señalarle el origen de su perdición; y no hubo vez, tampoco, en que unas horas más tarde, rendido al fin por su desnudez adventicia que yacía a mi lado como un augurio inmóvil, y asustado por el color azul transatlántico que inundaba sus ojos a medida que sus pensamientos se alejaban de mí y de nuestro cuarto rumbo a su infancia bajo los templos de carbón de Pittsburgh, en que yo me acercara a ella, conciliador y cariñoso, y la penetrara con el dedo pulgar en señal de creer de nuevo en su inocencia.

Todo esto, además de las veces en que Estefanía se penetraba ella sola con toda clase de objetos, y no porque fuera

dada a los placeres solitarios, sino simplemente a causa de esa coquetería natural que la siguió a todas partes mientras vivió, fiel como un lacayo de terciopelo. Y es que Estefanía, sin proponérselo, era coqueta no sólo con todos los seres vivientes sin que le importara la edad, el tamaño o el color de sus sexos, sino también con todas las cosas que se desvivían de amor por ella, y así no era raro que algunas veces se dejara chupar los pechos por un viejo a quien los años y el viento habían desdentado a golpes de oro, o que otras veces detectara la inmensa necesidad que una vela sentía por penetrarla, y dócilmente la dejara entrar y encenderse

con sus fulgores uterinos.

Pero no es así como nacen los niños: mi prima no fue María, que concibió por obra y gracia del Espíritu Santo, ni era como las mujeres de Badu que según cuenta Pausanias quedaban embarazadas cuando veían a sus hombres, ni fue Hoasse, que se preñó cuando descendió sobre ella el arco iris. De modo que me dediqué a penetrar a Estefanía ni más ni menos que con r miembro, una y otra y otra vez.

Y pasaron los meses, y Estefanía no se embarazó.

Y la penetré con una jeringa donde había yo colocado mi semen —pensando que quizás mis espermatozoides eran

incapaces de alcanzar sus óvulos—, y tampoco se embarazó.

Le propuse entonces que consiguiéramos el semen de un donador: de Molkas quizás, de Fabricio, de Walter. Pero mi prima no quiso.

Le sugerí que fuéramos a un banco de esperma para que le inyectaran el semen de un donador anónimo.

Pero también se negó y no por lo que se niegan las mujeres pensando que su hijo sería el producto de una masturbación, sino porque le dio por pensar que quizás ese donador anónimo va no existía y no deseaba que su hijo fuera engendrado después de muerto su padre.

Y sobre todas las cosas, porque quería que fuera mi hijo.

«Quizás soy estéril», le dije.

«No, la estéril soy yo», afirmó.

«Hay otra solución: se puede obtener el óvulo de otra mujer, fecundarlo con uno de mis espermatozoides en un tubo de ensayo y después injertar el embrión en tu matriz.»

Pero también se negó:

«¿Cómo —preguntó—, cómo le voy a decir a mi hijo que lo llevé casi nueve meses en mi vientre y lo di a luz, y que sin embargo yo no fui su madre, sino su incubadora?»

Y esto le disgustó no por pruritos

morales, sino sobre todo porque quería que fuera hijo suyo.

De los hijos clónicos, de esos extraños seres creados por la genética moderna y que son hijos de un solo progenitor, no quiso tampoco escuchar nada, y no porque le pareciera aberrante tener una hija gemela, sino sobre todo, porque quería tener un hijo que fuera de los dos.

Dejamos entonces de hacer el amor por unos días.

Y lo hicimos una vez más.

Y Estefanía se embarazó.

Nunca supimos en realidad cuál fue el instante en que el óvulo mensual de Estefanía fue alcanzado al fin por uno de

mis espermatozoides. Pero el caso es que un día penetré a mi prima con una vara de avellano que tenía una estrellita en la punta, como las varas de las hadas, y así fue por arte de magia un niño apareció de pronto en su vientre y yo lo descubrí esa misma noche, en que la penetré con un telescopio de plata en busca de la constelación de Sagitario: nuestro hijo iba a nacer a fines de noviembre, noveno mes del año según la Roma antigua, décimoprimeros según el calendario gregoriano y mes que anuncia la caída del invierno y de las promesas cristalizadas. Sería un niño, por lo tanto, que tendría todos los atributos de su signo: estaría destinado a ser hijo del

fuego y de las mutaciones, serían sus símbolos la estrella y el arco y bebería de la misma leche que bebieron las diosas alegóricas que cantaron en los funerales de Ulises.

Nuestra felicidad, al saber que Estefanía estaba embarazada, fue inmensa, pero sólo por unos momentos, porque casi en seguida mi prima comenzó a tener una serie de ideas raras.

«¡Dios mío! ¿Qué pasará con mi hijo si me da una embolia y pierdo para siempre la capacidad de despertar?»

«Tendrás un hijo que nacerá dormido —le contesté— y que en lugar de dar su primer chillido dará su primer

ronquido. Y claro, cuando se muera, en lugar de cerrarle los ojos tendremos que abrírse los.»

Después me arrepentí de lo que dije.

«Pobre de mi hijo: se pasará la vida soñando.»

«Sí, pero sus sueños serán como los sueños de los ciegos de nacimiento...»

«¿Cómo son?», me pregunto Estefanía.

«Los ciegos sueñan olores, tactos, formas, pesos. Y ellos no pueden imaginarse ni soñar cómo se ve un perro de lejos. Porque los perros, de lejos, se ven más chicos, como todas las cosas. Pero para los ciegos de nacimiento las cosas siempre son del mismo tamaño.»

Para nosotros, y como dijo Berkeley, los objetos visibles están dentro de nuestra mente y los tangibles fuera de ella. Para ellos sólo existe la segunda categoría de objetos.»

«¿Y tu amor —me preguntó mi prima —, tu amor por mí es siempre del mismo tamaño, aunque yo esté lejos?»

«No veo qué relación puede tener una cosa con la otra.»

«Si no lo ves, es porque estás ciego. Y dime: ¿qué va a pasar con mi hijo si creen que estoy muerta y me encierran viva?»

«Se me ocurre que podrías tener un hijo anaerobio, que viviría sin oxígeno como los microorganismos intestinales»,

le contesté, y me arrepentí de nuevo.

«Pero de todos modos moriría, y mi hijo no tendría con qué alimentarse: ni leche ni nada.»

«Eso es lo de menos —le dije, y me arrepentí por tercera vez—: tu hijo podrá nutrirse con el producto de las diversas fermentaciones de tu cuerpo: la fermentación butírica que produce la grasa de cadáver: la caseica; la amoniacal. Ya cuando llegue la descomposición delicuescente negra preferida por los sílfidos y otros insectos coleópteros, tu hijo será un muchacho sano y regordete...»

«¡Maravilloso!», exclamó mi prima.

«No tanto, porque tu hijo será un

gusano más, el pobre, un topo que jamás saldrá de la tumba porque correría el peligro de caerse en el aire y ahogarse. Sus pulmones, entonces, serían negros como el carbón y duros, difíciles de cortar como los pulmones de los mineros galeses.»

«¡Oh, no! Prométeme que si me muero me vas a congelar para que mi hijo pueda nacer en un milenio más luminoso...»

«Te lo prometo —le dije, y ya no me arrepentí—. Tu hijo, entonces, será inmensamente viejo, como si viniera de muy lejos, de los tiempos en que los glaciares comenzaron a retroceder; como si hubiera viajado por el espacio

curvo, a la velocidad de la luz, envuelto en una parábola amniótica. Pero nadie lo sabrá, porque sus pulmones serán limpios, nuevos, suaves, fáciles de cortar como los pulmones de un esquimal... O incluso —agregué—. Ya siendo hijo de los dos, ya siendo nosotros sus bio-padres, podríamos agregarlo a un cargamento de embriones congelados que vaya a colonizar otro planeta...»

«¡Esa es una posibilidad fantástica! —exclamó mi prima—. ¿En qué planeta podría vivir nuestro hijo?»

«¿En cuál te gustaría que viviera?», le pregunté, haciéndome el propósito de
c o m p r a r *El Principito*, las

Cosmicómicas y el libro de los *Planetas Habitables* de S. H. Dole para poder hablarle a Estefanía de los mil y un planetas que nuestro hijo podría colonizar. Estefanía sonrió, y yo pensé que ya habíamos pasado lo peor y que de allí en adelante todo sería felicidad. Pero no fue así. Y es que Estefanía durante sus tiempos de enfermera en el hospital —tiempos que en realidad nunca acabaron, porque siempre regresó una y otra vez a sus pacientes, como el ruiñeñor de Florencia—, vio nacer a tantos niños con malformaciones congénitas, que le entró un gran miedo de tener un hijo monstruoso. Pensaba que al igual que la Lilith del Talmud,

estaba condenada a dar a luz a demonios, y le dio por imaginar a una criatura, la más desventurada del Universo, que reunía todas las imperfecciones posibles:

«Qué tal —decía—, que tengamos un hijo hermafrodita con corazón derecho y espina bífida, que nazca con dos cabezas: una de ellas mongoloide y la otra hidrocéfala, una retrasada mental y la otra ciega, una sorda y la otra muda, y las dos con labios leporinos y paladar hendido, qué tal», lloraba Estefanía encomendándose a las diosas romanas Carna y Ossilago.

Su pesimismo me obligó a recurrir una vez más a mis viejos libros de

medicina, que estaban guardados en un baúl, llenos de polvo. Allí, junto al manual de Fisiología de Kimber, el Atlas de Disecciones de Testut y Jacob-Billet y las Técnicas de Necropsia de Baker, encontré la Embriología de Langman y después de repasarla por unas horas, hablé con Estefanía. Le dije que había muy pocas posibilidades de que tuviera un monstruo; que ni ella ni yo éramos sifilíticos; que tomaríamos todas las precauciones necesarias para que no le diera rubéola; que no la dejaría tomar Talidomida; que no estaba probado que el LSD modificara los genes; que no había estado nunca en Hiroshima y que jamás permitiría que le

inyectarán cortisona mientras durara el embarazo.

Casi la convencí, casi.

Casi volvió a ser la misma y a danzar aérea, con el trapo de cocina que espantaba a las moscas multicolores, y los brazos como jaleas alargadas que tropezaban con el aire volviéndolo espiral.

Casi.

Pero cometí el gran error de recordarle nuestro parentesco. Es decir, le indiqué que no había ningún antecedente familiar. Porque si bien es cierto que la abuela Altagracia dejaba de hablarle al abuelo Francisco cuando se peleaba con él, y se hacía la que no

escuchaba, la verdad es que nunca fue sordomuda. Por otra parte, si bien todo el mundo dijo siempre que el abuelo Francisco tenía una gran cabeza, ese mismo todo el mundo estuvo de acuerdo en que jamás fue macrocéfalo. Por último, de mamá Clementina y de la tía Lucrecia se dijo unas veces con buena intención (y otras con mala) que eran dos hermanas inseparables, pero nunca fueron siamesas.

«Además —le dije—, nuestro parentesco no es muy cercano: también Hipermnestra y Linceo fueron primos hermanos, y sin embargo procrearon un hijo normal, Abas, que fue nada menos que abuelo de Perseo...»

«Pero Perseo no existió en realidad, es pura mitología...»

«A cambio de eso el que sí existió y fue hijo de dos nobles gemelos que cometieron incesto a instigación del diablo, fue el Papa Gregorio El Grande.»

«Sería increíble tener un hijo Papa» —comentó, y de nuevo se le apagó el brillo de los ojos.

No quise insistirle más. Comprendí que no hubiera servido de nada agobiarla con mi erudición —recién adquirida en los libros— y recitarle de memoria que en un matrimonio entre primos hermanos sólo hay de 15 a 17 por ciento de posibilidades de tener un

hijo con retinitis pigmentaria, de 14 a 15 con idiocia amaurótica, de 9 a 23 con sordomudez hereditaria y de 3 a 18 con debilidad mental. No hubiera servido de nada, digo, porque ya conocía yo su respuesta:

«¿De qué me sirve saber que Jean Rostand diga que en un matrimonio entre primos hermanos sólo hay una probabilidad entre cuatrocientas de tener un hijo albino? ¿Puedes tú asegurar que nuestro hijo no será esa probabilidad?»

Este desprecio por las estadísticas lo había heredado Estefanía del tío Esteban. «La única estadística verdadera y digna de confiar en toda la

historia de la humanidad —decía el tío Esteban—, es que de todas las personas que existen, el cien por ciento nacieron, y el cien por ciento van a morir.»

Como siempre que Estefanía estaba triste, intenté una vez más halagar su vanidad y le dije que si bien yo era un escritor sin libros, un pintor sin cuadros y un estudiante de medicina sin estudios, yo era sin embargo el único hombre en el mundo capaz de navegaría de memoria sin lastimar sus ojos con los reflejos del yelmo, y el único capaz de reconocer la fisonomía de sus zapatos entre el millón de muertos de un accidente aéreo. El único, también, que podía pescar en el aire una ambición

flotante y sin cortarle las alas prendérmela en la garganta para cantar, a vuelo de pájaro microscópico que se pasea por un mapamundi, sus bellezas innumerables: y le hablé de sus manos, de sus tobillos, de sus pestañas, del cobre que se desbocaba en sus trenzas y del nitro desfalleciente de sus labios que le daba un aire de mascarón nevado, de yeso a punto de desprenderse de la piel y emprender un largo viaje para sorprender a los ángeles.

Estefanía me agradeció el aluvión de metáforas, pero no cambió su actitud.

Y así pasaron los días, y nuestro hijo comenzó a crecer en el vientre de mi prima y yo, para consolarla aún más, le

dije que estaba casi seguro que tendría un embarazo perfecto. Que no se le hincharían las piernas como a otras mujeres. Que no tendría albúmina. Que no se le agrietarían los pechos. Que no le saldrían varices ni hemorroides. Que además yo estaba para satisfacer sus deseos: pistaches, membrillos verdes, pollos fritos. Que esperaba que no tuviera antojos estrafalarios como algunas mujeres que sienten de pronto una necesidad impostergable de comer cosas extrañas, pero que en ese caso yo también le daría gusto y le mandaría hacer caramelos de jabón y chocolates rellenos de pasta de dientes y pastelitos de tierra y paletas heladas de carbón.

Pero fue inútil.

En un nuevo intento por tranquilizarla, se me ocurrió aplicar un poco de magia homeopática para exorcizar a los demonios. Recordé los famosos *animalucci* de Leonardo, esos monstruos creados con partes de animales diferentes —algo parecidos quizás a los experimentos del doctor Moreau— y me propuse a partir de esa idea confeccionar los monstruos más bellos de la tierra para que nuestro hijo, cuando tuviera seis meses o un año, jugara con ellos: eran unos enormes animales de peluche que combinaban, cada uno de ellos, las características de cuando menos dos especies distintas. De

los muchos que mandé hacer tres fueron los preferidos de Estefanía: el Burropótamo, que cada vez que lanzaba uno de sus rebuznos estentóreos se caían todos los cocos de la isla; el Tigrefante, que despertaba la codicia de los cazadores porque su hermosísima piel equivalía a la de diecisiete tigres y medio de Bengala, y el Gatodrilo, a quien se le tenía gran miedo porque según las consejas, en las noches de luna entraba en los campamentos y sorbía la leche de las misioneras blancas.

Para esto, nuestro hijo estaba ya a mediados de la sexta semana, y comenzaron a profundizársele las fosas nasales.

«Es una lástima que no lo podamos ver», dijo Estefanía.

Pero ya Momus se había quejado con Vulcano por no haberle dado al hombre una ventana en el pecho a través de la cual se contemplaran sus pensamientos secretos, y quizás tampoco como Perseo, había jamás existido Shen Nung, el emperador celeste con barriga de cristal. Además, le expliqué, todavía no han inventado el holograma ultrasónico. Así que esa noche, después de leerle a Estefanía una traducción de Las Bodas del Cielo y el Infierno, de arreglar todos los aparatos domésticos que estaban descompuestos (y de asegurarle que nuestro hijo, como todos

los niños modernos, nacería con algo de estroncio 90 en los huesos) le regalé a mi prima un nuevo perfume de gardenias. Cuando nos acostamos, mojé el dedo cordial en el perfume y lo introduje en la vagina de Estefanía para que nuestro hijo se asombrara de la continuidad de los parques. Pero ella, que muchas veces interpretaba las cosas al revés, no entendió —o no quiso entender— la intención exorcizante de mis animales:

«Tienes toda la razón —dijo—. Si nuestro hijo está condenado a ser un monstruo, lo mejor es rodearlo desde chiquito de seres semejantes a él, para que piense que eso es lo normal en el

mundo.»

Estefanía compró dos muñecas iguales a quienes llamó Rosa y Josefa, y las cosió una con otra por el costado, para volverlas muñecas siamesas. A otro muñeco le cortó los brazos y le puso los de otro más pequeño, para volverlo un muñeco talidomídico. A una Blancanieves le dio un tijeretazo en los labios para volverlos leporinos. Y así por el estilo, sin que faltaran Caperucitas Rojas con barbas —como la Mademoiselle Lefort que fue exhibida en Spring Gardens— y Cenicientas inmensamente gordas como las fenómenas del Circo Atayde, además de un Frankenstein espástico, un Humpty

Dumpty hidrocéfalo, un muñeco de ventrílocuo sordomudo y una preciosa muñeca Shirley Temple que gracias a un mecanismo ingenioso producía una baba artificial que le escurría por la barbilla todo el tiempo y que nunca aprendió a caminar o siquiera a decir «mamá».

Hacia finales de la séptima semana, cuando ya la lengua de nuestro hijo había descendido y supimos por el desarrollo de las gónadas que era un varón, compramos una botella de champaña, bebimos a su salud y después humedecimos el corcho y lo introducimos en la vagina de Estefanía para que nuestro hijo se acostumbrara al sabor del Año Nuevo.

Para entonces, yo me había contagiado ya de la obsesión de mi prima y muchas veces soñé que teníamos un hijo enano. Me consolé pensando —y así se lo dije a ella— que muchos enanos fueron inmortalizados por pintores célebres como Tiépolo, Ghirlandaio y el Veronés. O como Velázquez, le dije, y además muchos personajes ilustres, reyes y emperadores, se rodeaban de enanos, como Suetonio. Sulla tenía un harén de enanas. Felipe II el prógnata era también famoso por sus enanos, que todavía se pueden ver en la fachada del Museo del Prado, le dije, para no hablar de Rodolfo II de Praga, que coleccionaba

monstruos y laberintos. Y está visto además que ha habido enanos con una gran suerte: Khnoumhopton, el famoso enano egipcio, Estefanía, llegó a ser jefe de perfumes de la corte del faraón, y cuando se casó el no menos célebre enano Tom Thumb del Circo Barnum, los Vanderbilt y los Rockefeller lo cubrieron de diamantes y el presidente Lincoln le regaló un juego de muebles chinos barnizados con laca, y con incrustaciones de oro, le dije.

Y así llegó nuestro hijo a las ocho semanas de edad intrauterina y a pesar de ser apenas una mirruzquita precisamente del tamaño de un pulgar, tenía ya figura humana y sus ojos,

todavía sin párpados, estaban completamente abiertos. Me sentí tan contento, que me llevé al cine a Estefanía a ver *La Tragedia de Mayerling*, le compré el libro del doctor Spock, le prometí que cuando naciera nuestro hijo yo mismo cortaré el cordón umbilical con mis propios dientes como lo hacen todos los mamíferos, le invité un taxi de regreso a la casa, y en la noche introdujimos en su vagina la punta de un periscopio para que nuestro hijo tuviera oportunidad de echarle un vistazo al mundo exterior. Estefanía y yo le hicimos muecas, le mandamos besos y guiños, le enseñamos fotografías de sus abuelos póstumos y

nos despedimos, agitando las manos, hasta la otra semana.

Me propuse después dedicar mi vida al estudio de los monstruos, y con una pasión que supera los esfuerzos de Plinio, de Aldrovandi, de Olaüs Magnus y Ambrosio Paré, y sólo fuera comparable a la devoción de autos como Charcot y Richer, Guinard y Chauvin, Dubreuil y Geoffroy Saint-Hilaire. Me prometí, también, elaborar un catálogo de monstruos más amplio que el de Buffon. Recuerdo que adquirí entre otras cosas las 40 láminas de los *Monstruos de la Naturaleza* de Regnault, la *Historia de los Monstruos desde la Antigüedad hasta Nuestros Días* de L.

Martin y el *Diccionario Ilustrado de Fenómenos de la Naturaleza* de F. E. Guérin. Le escribí también al primo Walter, que estaba en Londres, para que me consiguiera el *Atlas de Anatomía Patológica* de Lancereaux. De entonces en adelante, nuestro hijo creció más y más en el vientre de Estefanía: en las palmas de las extremidades aparecieron los dedos; sus vísceras comenzaron a fabricar sangre y sus glándulas a secretar líquidos azucarados; la cabeza se redondeó y el tamaño de su cuerpo aumentó en proporción con ella; en las cejas y el labio superior le brotó el lanugo, mamá Estefanía comenzó a donarle todos sus anticuerpos y

gammaglobulinas para que se defendiera en la vida, y por último cuando ya sus testículos habían bajado de la pelvis al tiempo que sus riñones ascendían a la región lumbar, toda su piel se cubrió con la sustancia blancuzca y caseosa con la que debía nacer. Poco después, el primo Walter nos escribió desde Londres, diciendo que no había encontrado el Atlas pero que a cambio nos enviaría fotografías —como en efecto lo hizo— de algunos ejemplares extraordinarios que encontró en el Museo Hunteriano del Real Colegio de Cirujanos: sapos con miembros supernumerarios que según Walter debieron dar saltos simultáneos en diferentes direcciones;

una lagartija con dos colas que seguro escapaba a la muerte dos veces al mismo tiempo, y un ruiseñor con dos cabezas, que con toda probabilidad (indicaba el primo Walter), debió cantar unos dúos bellísimos. También nos envió, para alegría de Palinuro, fotografías de una paloma con alas accesorias, y para risa de todos, un *Palinurus pemcillatus* con una antena en un ojo, según la descripción de Milne-Edwards.

Y mientras tanto, no hubo día festivo o fin de semana que no hiciéramos algo para componer nuestro cuarto y el mundo; en que yo no pensara en hacer un móvil inspirado en el cuadro

Maternidad, de Miró, para colgarlo arriba de la cuna, o Estefanía no participara en una manifestación contra la guerra de Vietnam, o los dos no nos preocupáramos de adelantarle a nuestro hijo un poco el placer de conocer las cosas y las miserias de la vida, y le enseñáramos a través de la vagina de Estefanía, un soldado de plomo, un bastón de caramelo, una lámpara de pilas con la que iluminábamos por unos segundos su vida intrauterina.

Y en muchas ocasiones, para que nuestro hijo supiera de dónde había salido, introduje en la vagina de Estefanía mi propio miembro paterno, disfrazado unas veces de payaso, otras

de pirata tuerto y otras más de guiñol villano que amenazaba con ponerlo de patitas en el mundo si no pagaba la renta.

Entonces estaba yo muy lejos de sospechar que lo último que habría de introducir en la vagina de Estefanía eran los instrumentos con los que iba a hacer pedazos el cuerpo de nuestro hijo.

Esto sucedió en el octavo mes, en el mes del embarazo que preside Saturno, devorador de sus propios hijos.

Nunca olvidaré ese día. Yo había pintado en el vientre desnudo de mi prima un hemisferio con el mapa de América, y tratábamos de adivinar qué regiones y países correspondían, en ese

momento, a las diversas partes de su cuerpo. Llegamos a la conclusión bastante elemental, de que su boca debía estar en la Tierra del Fuego, y sus pies en Groenlandia.

«¿Y su corazón?», me preguntó Estefanía.

«Yo creo que debe estar por aquí, en la Isla de las Tortugas», le dije, y como ella no estaba de acuerdo, fui por mi estetoscopio para escuchar su corazón como lo hacía todas las mañanas y ese día, nunca lo olvidaré, no escuché nada.

«Qué extraño —le dije a Estefanía—, todo está en silencio.»

«¿No oyes sus risas?», me preguntó.

«No.»

«¿Sus suspiros?»

«Tampoco.»

«Quizás está llorando.»

«No.»

«Quizás está dormido y sueña que ya nació.»

«Tampoco. Y además los fetos no ríen, ni respiran, ni lloran.»

«Estás equivocado —me dijo—, yo le he oído cantar... Dime: ¿tú crees que está muerto?»

«Sí —le dije—. Está muerto.»

Y pensé que nuestro pobre hijo había sido una de las excepciones de la estadística perfecta del tío Esteban: un niño que por no haber vivido jamás murió, y que sin embargo, por haber

muerto, jamás vivió.

Nos quedamos callados. No sé por qué, en ese momento, me acordé de la vez que se murió nuestro espejo: quizás porque también nuestro hijo se iba a llevar, para siempre, algo de cada uno de nosotros. Bajé al jardín y regresé con un ramo de narcisos. Nos quedamos así, por vanas horas. Yo, arrodillado y con la cabeza apoyada en los muslos de Estefanía y ella acostada en la cama, bocarriba, con los ojos abiertos y el vientre cubierto de flores.

Estefanía y yo sabíamos muy bien lo que se tiene que hacer cuando la criatura muere en el vientre de la madre y la matriz se niega a expulsarla a pesar de

los estimulantes, así que volví al baúl y abajo de los libros encontré los instrumentos que necesitaba. Estefanía se negó a que usara yo un embriulco provisto de garfios, porque le aterrorizó la idea de que desgarrara yo el cuerpo de nuestro hijo. No quiso tampoco que empleara el cefalotribo para triturar su cráneo. Al fin nos decidimos por el embriotomo de Ribemond-Dessaigues con el cual efectué, sin muchos trabajos, la separación de la cabeza. Y fue así como vino al mundo nuestro primer hijo, que nació como mueren los reyes y los santos: decapitado. Fue así, también, cuando comencé a cortar con las tijeras de Dubois el resto del cuerpo, para

extraerlo, como Estefanía tuvo en su vientre muchas criaturas monstruosas: a la primera, le faltaba la cabeza; a la segunda, le faltaba la cabeza y un brazo; otra más no era sino un tronco con dos piernas; y por último, tuvo un hijo más sin cabeza, sin brazos, sin piernas y sin tronco.

Sólo hasta que hube extraído todo el teto fue que Estefanía, un poco atontada aún por la anestesia que adormilo a las flores de la almohada, se atrevió a hacerme la pregunta que había tenido a flor de labios.

«Creo que fue mejor así —le dije—. De otra manera hubiera sufrido mucho. ¿Quieres verlo?»

«Solo quiero que contestes a mi pregunta... dime: ¿iba a ser un monstruo?»

Yo recliné la cabeza y la puse en el lugar del pecho de nuestro hijo donde se hubiera escuchado su corazón, si hubiera vivido, y le dije a Estefanía:

«Nuestro hijo tenía, en el pecho, un músculo hueco, cubierto de masas adiposas y lleno de sangre.»

«Qué horror —suspiró Estefanía— fue mejor que no viviera.»

Besé las orejas de nuestro hijo, y cogí sus manos con las mías.

«Además, a los lados de la cara tenía dos repliegues cartilagosos, y en los dedos unos apéndices formados por

escamas duras y secas.»

«Inocente criatura.»

«Y no sabes —le dije, pensando en los pulmones de nuestro hijo, en sus ojos y en tantas otras cosas—. He explorado su cuerpo, y no te imaginas lo que me encontré. Sus pulmones nunca cambiaron de color porque jamás se llenaron de aire y sus ojos nunca se iluminaron con las luces de Bengala porque jamás se abrieron. Su cerebro era un mundo inasible donde no había un solo buen pensamiento, ni un ejército, ni un barril de aceite donde ahogar al sol. Con esto quiero decirte que era un niño sin recuerdos y sin lealtades, sin lágrimas. Jamás he visto un árbol bronquial tan

lleno de pájaros desnudos que murieron de frío antes de aprender a cantar. Era, además, un niño sin olvidos y sin esperanzas, con glándulas que se prendieron como rémoras a sus vísceras menos nobles; con órganos como esponjas rojas que escondían su vergüenza en bahías rancias; con cartílagos sin creencias calcáreas. Era un niño sin reflejos, sin orina, sin amigos. En sus entrañas sólo encontré nebulosas que obedecieron a una ecuación viscosa; espumarajos que bañaban el páncreas y las redomas de las islas; flemas albeantes que nunca conocieron el sigilo, reverberos y huesos crudos. Era un niño sin

heroísmos y sin sentimientos que no merecía vivir. Y por si fuera poco, por si no fuera suficiente todo ese remolino de cordeles de vinagre que nunca fueron purificados por la linfa, y todo ese simulacro de frutas, cámaras oscuras, artificios y médulas, y si te parece poco que además fuera un niño sin ilusiones y sin rama de olivo que jamás derribó a un duende en la vida, que nunca conoció las frondosidades del orbe, el aire liberado por los cerezos, las zapatillas de los reyes magos; que jamás se atrevió a luchar con el ángel, como Jacob, para ir después de colegio en colegio a presumir las alas de sus puños. Si te parece poco todo esto —le dije—,

tienes que saber, además, que nunca he visto a un niño con tantas aberraciones que recordaran su humilde origen animal. Jamás he visto unos riñones tan parecidos a los riñones de un cerdo, una vejiga tan semejante a la de un conejo, un corazón que se diferencie tan poco del corazón de un cordero y unas manos que recuerden tanto las manos de un macaco. Y si te fijas bien, verás que sus ojos iban a ser verdes como los ojos de un tigre y tenían reflejos de cóndor; y su sangre era oscura, como la de una paloma y su piel suave, como la de un antílope. Y si te fijas mejor todavía, descubrirás en su cuerpo tejidos reticulares que eran finos y transparentes

como las alas de las libélulas, arterias que eran como las procesiones de serpientes azules que lamían las heridas de los antiguos griegos y ganglios redondos y blancos como ojos de pescado que te ven desde todas partes...»

«Entonces, iba a ser un niño normal, ¿verdad?», dijo Estefanía.

«Sí —le contesté—. Iba a ser un niño normal.»

Estefanía lloró. Lloró tanto esa tarde, Dios mío, que cuando cerré los ojos para olvidarme de nuestro hijo y evocar otras cosas y otras personas, me encontré de pronto con la tía Luisa, que le gustaba almibarar los festones de los

abanicos con escarcha azul. La tía Luisa, la única de las personas que yo había conocido que sabía que las cosas son una y varias a la vez, y que por eso le perdió el miedo a las palabras. Me acordé de ella por asociación de ideas; o quizás deba decir mejor por asociación de lágrimas, porque cuando Estefanía y yo éramos así de chiquitos, y llorábamos, la tía Luisa nos sentaba en su regazo y nos quitaba la pena diciendo cuanto disparate se le venía a la cabeza, sin temor de equivocarse por culpa de un tropezón fulminante: allá se podía quedar el príncipe disfrazado de juglar que con la órbita de su espada le corta la cabeza al dragón y por haber sido tan

goloso, el dragón vomita entonces todos los cadalsos que se comió en sus buenos tiempos, las gaviotas vivas y coleando, las caravanas de versículos de la Biblia, los artesonados y la metralla de naranjas. ¡Ay del príncipe! ¡Huy del dragón! ¡Ah de los niños que todavía tienen lágrimas! No saben, no saben lo que se cocina en las lágrimas. En las lágrimas hay orugas ácidas que pulen las calles, y vaporarios en cada árbol de la ciudad. Las lágrimas no saben la hora y de repente se mueren de un susto azul. ¡Huy las brujas, ay el pobre dragón! Las lágrimas se pueden ir, aunque no lo quieran, por una turbulencia de amatistas. Y a propósito de piedras

preciosas y bailes de sorbete largo, te diré que en las lágrimas los hipocampos se mojan la cola y salpican, luego, turquesas líquidas. ¡Ay mis hijos, cuídense de las lágrimas salpicadas! Las lágrimas suben como fríos redondos por las espaldas de los buzos: te lo dirá tu tío Esteban, que casi se muere de pulmonía en el hundimiento del Lusitania. En las lágrimas te crecerán aceitunas y espárragos en las orejas, y con las lágrimas los poetas se enferman del mal del fuego. ¡Huy mis hijos, ay mis lágrimas! Yo conozco unas lágrimas que prometieron portarse bien desde el año pasado y los limones, cuando tienen sed, se meten en una conchanácar y les

sorben las lágrimas a las coristas: pregúntaselo a tu abuelo, que conoció todos los desembarcos de Nueva Orleáns. Además, si no dejas de llorar, recuerda que en las lágrimas los pájaros comen telarañas y que hay lágrimas que se cazan por correspondencia, como las ballenas blancas. ¡Ay de las ballenas blancas, que se acaban, que se acaban! Y si todavía no lo crees, que tu tío Austin te diga que en las lágrimas se pescan bulbos eléctricos sin mosquitos, y que él mismo te seque esas lágrimas, bajo juramento, con la orilla que nace del mantel como salvada del vino. ¡Ay mis hijos! ¡Huy las telarañas! ¡Oh los buzos! ¡Ea del vino! Y además, para qué

llorar, niños, si todas las cosas se componen y las lágrimas se derriten cuando la música las tienta con sus espinas de agua, y cuando no, cuando las cosas no se quieren componer, se cuelgan en la pared, se les pone un marco de azulejos y otro de lágrimas. ¡Qué digo de lágrimas: en todo caso de lágrimas forradas de risa, y hasta otro asunto, abur, Ave César! ¡Ay la tía Luisa! ¡Oh las lágrimas! ¡Ay mis hijos! ¡Huy las brujas con sus privilegios alcanforados!

16. Una misa en tecnicolor

¿Dónde la encontraste? ¿Qué hiciste con ella? ¿Cómo se llama? ¿Violeta, Beatriz? ¿En qué consiste un diagnóstico diferencial? ¿Ha pagado usted el impuesto sobre la renta? ¿Se sabe de memoria el Padrenuestro? ¿Para qué la trajiste aquí? ¿Qué piensas hacer ahora? ¿En dónde vivía? ¿En Santo Domingo? ¿En Las Vizcaínas? ¿En el Dos de Abril? ¿Sabía usted que RH significa Rhesus macacus? ¿Que la palabra

malaria quiere decir mal aire? ¿Cómo la mataste? ¿A qué horas, con qué propósito, con qué manos, con qué agallas la mataste? ¿Por qué si se dice que tenemos 206 huesos en nuestro esqueleto los bebés tienen 3 50? ¡Conteste! ¡Rápido! ¿Le comieron la lengua los ratones? ¿Le comieron los huesos? ¿Qué quiere decir ICTUS? ¿Sabía usted que algunos venenos para ratas son estupendos anticoagulantes? ¿Por qué no los aplicó usted? ¿Por qué dejó que su sangre se coagulara? ¿Cuántos años tenía? ¿Qué te dijo cuando estaba agonizando? ¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

Fabricio, como si nada hubiera

pasado, desató los tres pañuelos. Con el pañuelo verde se sonó la nariz. Con el amarillo, se secó el sudor de la frente. Con el azul se enjugó una lágrima ficticia. Después afirmó:

«Y eso no es nada: también puedo sacar conejos blancos de la matriz de la señora Toft, langostas del vientre de mamá Clementina, y cuando sea grande y cirujano, niños de verdad, que serán futuros ingenieros, futuros policías, fundadores de imperios indelebles, atletas que participarán en las Olimpíadas Submarinas de Venecia, e incluso futuros grandes médicos como yo.»

Luego, extendió una mano:

«Los instrumentos —ordenó—.

Quiero revisarlos.»

«No falta nada, doctor: tenemos aquí clamp arterial, pinzas para ligaduras, sierra Stryker, martillo...»

«Termocauterío, doctor, peladientes...»

«Llaves inglesas, Maestro, tirabuzón...»

«Exprimidor de tumores.»

«Rallador de sesos.»

«Desatornillador de venas.»

«¿Se le ocurrió a alguien traer un bisturí, o dicho en otras palabras una lanceta, un escalpelo, una navaja, un vulgar cuchillo de cocina?»

«Ah, ¡ya sabía yo que algo se me

había olvidado!»), dijo Molkas dándose una palmada en la frente.

Palinuro se permitió recordarle a Fabricio que el bisturí lo tenía él, y para colmo en la mano.

Fabricio Mago, lector de las Clavículas de Salomón; memorizador de frases y palabras cabalísticas como ¡Eloim Essaim! ¡Nekam Adonai! o ¡Abracadabra!; sabedor de que el fuego griego sólo se apaga con orina; experto en los poderes enfriantes de la amatista y las virtudes antihemorroidales del topacio; sabedor, en fin, de que para apagar otra clase de fuego —el de la concupiscencia— basta llevar encima del pecho el corazón de una tórtola en

una bolsa hecha de piel de lobo, se sintió avergonzado por su distracción ya proverbial que tantos disgustos le causaba en la vida y a veces malestares físicos, y decidió hacer otra demostración de sus poderes ultraterrenos: se dirigió a la ventana, la abrió y con el bisturí en la mano trazó un círculo, de manera que cortó un trozo de la realidad del tamaño de la luna de un espejo, lo cogió con todo cuidado y lo dejó en la alfombra para que la mujer, al despertarse, se desayunara unas chimeneas humeantes, algunas nubes, un tendedero de ropa y casi un pájaro que se escapó por la tangente y se ahogó en las arenas persas.

Molkas se asomó a ver el trozo de cielo.

«Peligrosísimo. Hay que ponerle una valla y un letrero de advertencia.»

«Cuidado con el cielo», dijo Fabricio.

Ahora fue Molkas el que abrió las piernas de la mujer y decidió meter un dedo, con la diferencia de que esta vez los amigos estaban seguros de que el dedo no aparecería después escondido en la manga de la camisa, porque Molkas no era mago: era adivino, y adivinaba el futuro.

«¿Qué vamos a hacer?», preguntó Palinuro.

Y Molkas se acercó a la ventana y

con los ojos fijos en el redondo y negro sol de la melancolía que se ocultaba tras la realidad, adivinó:

«La policía llegará a las siete de la mañana, en busca de drogas heroicas y células comunistas. Encontrará el cadáver y te arrestará. Pero nosotros, tus amigos, te llevaremos a la cárcel cigarrillos y puros, dulces, y un manual para construir globos aerostáticos.»

Molkas adivinó más todavía:

«Luego seguirá un tiempo de bonanza: un temblor de tierra derrumbará los muros de la cárcel y podrás escapar y confundirte con la multitud.»

«¿No podemos cambiar el futuro?»,

preguntó Palinuro.

«Tú, Fabricio, que eres mago, cámbialo», dijo Molkas, y siguió adivinando las diferentes posibilidades del futuro: si la policía no llega a las siete de la mañana, dijo, llegarán las moscas verdes. La gamuza habrá de proliferar en la carne de la mujer, las miasmas romperán las redes, los piojos abandonarán el cuerpo y un olor desventurado se extenderá por las escuelas. La policía vendrá, de todos modos, y nos encontrará dentro de un témpano. Entonces, Palinuro, te denunciaremos señalándote con un dedo a la altura del corazón, y tú sentirás que un escalofrío encarcelado te revienta en

el pecho y sabrás que nunca más ¡ay, nunca más!, compañero, serás un estudiante.

«¿Me dejarán solo?»

«Como viniste al mundo.»

«¿Y luego qué hará la policía?»

«Te preguntará cómo se llama la mujer, por qué la mataste, si crees en la Virgen, dónde pensabas esconder el cadáver, cuánto son dos y dos, cuánto cien mil novecientos noventa y nueve más dos, qué quieres ser cuando seas grande, cuál es la capital de Belgrado, si era soltera o casada, si es verdad que la biopsia es más importante que la autopsia y si hiciste el amor con ella antes de traerla al cuarto.»

Después, Molkas regresó al presente:

«Esta pobre mujer se murió en plena regla con el Tampax adentro.»

«Pendejo: no es el Tampax, sino el tapón vaginal. Cuando uno se muere hay que taponar todos los orificios del cuerpo.»

Molkas, sin embargo, se las arregló para meter de nuevo el dedo, dijo: «Introito» y después se lo chupó.

«Dos cosas tienen que aprender si desean ser médicos, señores: una, a dominar el asco. La otra, a ser observadores. Como ustedes *seguramente* observaron, yo metí este dedo, el cordial, y aunque no lo pareció,

el que me chupé fue este otro: el índice.»

«Yo jamás podría hacerlo —aseguró Fabricio—. Soy muy distraído: cada vez que hojeo un libro, me chupo el dedo cordial y trato de pasar las páginas con el índice, y claro, es imposible.»

Pero así como a Molkas se le perdonaba todo en nombre de la ciencia, a Fabricio se le perdonaba más, incluso, en nombre de la magia.

En nombre de la magia, Fabricio sacó de un sombrero de copa una bufanda verde, se la puso en el cuello y dijo: «Esta es la estola, del color verde que significa la esperanza, del verde que se usa desde la Octava de Pentecostés

hasta el Adviento». En nombre de la misma broma. Palinuro sacó del ropero el cordón rojo de su bata y expresó que era el cingulo, del color que simboliza la sangre de los mártires y que se emplea en la fiesta de la Santa Cruz y en la Degollación de San Juan Bautista. En nombre del mismo sacrilegio, Molkas sacó de un clóset una escoba y le dijo Este es tu cayado, y de un cajón sacó un chal de Estefanía y le dijo Este es tu amito, del color de rosa que se usa en el Domingo de Laetare. En nombre de los tres, alquilaron en una tienda de disfraces de la calle de Mesones una sotana que parecía, y era, una sotana de verdad.

«Blanca, como la del Papa», dijo Fabricio.

Y en nombre de Cristo, Molkas y Palinuro le besaron los pies a su Vicario en la Tierra, que lucía un par de calcetines morados, que es el color de la mortificación y la tristeza, de la Cuaresma y de las Cuatro Témporas, según afirmó Fabricio, que además de ser mago se había educado en una escuela de jesuítas, *Ad Majorem Dei Gloriam*.

Lo que debía seguir era prácticamente un acto de terrorismo: cortar la matriz para descubrir el sitio donde nació Nerón y sacar, de entre los ovarios y los preservativos gelatinosos,

la esmeralda que debió caer del ojo asombrado del emperador.

Se sonrojaron de tan sólo pensarlo, y Fabricio, arrepentido, dejó el bisturí sobre la cama y le dio vuelta al cuerpo de la mujer, de modo que descansara en decúbito prono, con las nalgas en resolución.

«Señores... —dijo, poniendo el dedo índice en el punto de Galliot—. Estos son los glúteos mayores... La cara superior del glúteo mayor está cubierta por la aponeurosis, la cual emite...»

«Quítate, tú no sabes hacer eso», le dijo Molkas. Fabricio se retiró a un rincón. Molkas puso su mano izquierda en la nalga derecha de la mujer, se

ajustó la corbata y con voz estomacal comenzó la lección:

«Entre los músculos de la nalga, señores, éste es el más superficial y el de mayor volumen. Suele esponjarse de tristeza en las tinas de baño y descabezar sueños estoicos frente a los espejos. Su cara superior está cubierta por la aponeurosis y besos frustrados, la cual aponeurosis emite hacia el interior del músculo múltiples tabiques interfasciculares, malos pensamientos y famosas desilusiones...»

Molkas pellizcó un buen trozo de la nalga derecha de la mujer, y continuó:

«Una gruesa capa de tejido adiposo, señores, aumenta el volumen de esta

región, egocéntrica por excelencia, y modela su forma hasta que la cara se nos cae de vergüenza. El borde inferior marca el pliegue glúteo —agregó dibujando el itinerario a una distancia inverosímil— el cual desciende, en la mujer, hasta el lucero encrespado donde se remoja, periódicamente, toda la sabiduría del mundo... Este pliegue está definido gracias a los tabiques fibrosos que fijan la piel: primero, a la aponeurosis glútea, y segundo, al anverso de la historia...»

Fabricio aplaudió. Palinuro se atacó de la risa.

Pero Molkas adivinó sus intenciones:

«¡Jamás te atrevas!»

Palinuro no se atrevió.

Bajo la mujer había tres sábanas que cubrían la cama, y bajo la cama estaban los restos de los mártires de la ciencia; y no sólo fotografías de Koch y Semmelweis y biografías de Hunter y Galeno y Miguel Servet y artículos sobre el doctor Liceaga, sino incluso un pequeño cráneo que, según Palinuro, era la calavera auténtica de Pasteur, que le habían vendido en París al primo Walter. «¡Pero si ésta es una calavera de niño!», dijo Molkas. «Naturalmente — contestó Palinuro—: ésta es la calavera de cuando Pasteur tenía tres años de edad.» Y los dos (es decir, los tres)

contemplaron la adquisición que estaba en el centro de la cama, dormida como una bella durmiente en sus laureles y rosas deshojadas, los cabellos húmedos por el limo de una alcantarilla, desnuda, tibia aún, y los ojos cerrados llenos de las últimas ventanas de cristal y aluminio a través de las cuales se adivinaba una desaparición casi incidental y un cometa que surcaba el cielo dejando un rastro de recuerdos. En sus labios, marinos, un orgullo de seda anunciaba el advenimiento de colores subterráneos. La cabeza sobre la almohada, los pechos apuntando al Escorpión, el cuello en la posición del Cisne y azul, azul como el de Siva,

como si se hubiera atragantado con la vida o con su propia muerte. Y tan tranquila que parecía dormida, que parecía que apenas unas horas antes la mujer paseaba por los cabarets con sus piernas depiladas y desnudas bajo un abrigo de mink que hacía un ruido plateado al rozar las botas de los generales.

«Me acercaré al altar de Dios, al Dios que es alegría de mi juventud», dijo Fabricio, y después de hacer el signo de la cruz, al revés y con la mano izquierda, se acercó a la imagen sangrante y horrible de un Cristo del Divino Morales que colgaba en la pared y que habían comprado en la papelería

La Polar.

«¿Por qué estás tan triste, alma mía?», le preguntó Molkas a Fabricio, quien volteó bruscamente:

«¡Me voy! ¡Me voy! ¿Está claro? Ustedes no creen en Dios. Yo sí creo.»

¿Se sabe usted e. Yo Pecador? ¿Qué quiere decir *Credo quia absurdum*? ¿Dónde la vio usted por primera vez? ¿Desde cuándo la conocía? ¿Por qué a los cadáveres que viajan de un lado al otro del mundo se les coloca en ataúdes de cobre?

«Escucha, mi cuate: si yo creyera en Dios, Él saldría perdiendo.»

«¿Y tú, Molkas?»

«Yo no creo en Él porque estoy

hecho a imagen y semejanza de su
soberbia.»

«De todos modos, me voy.»

«Pero cómo, Maestro: ¿No va usted
a operar a nuestra enfermita?»

Palinuro sacó a relucir una botella
de ron:

«Lo que hace falta es un buen trago.»

Fabricio le arrebató la botella, se la
empinó y comenzó a beber.

«¡Evohé!»

«¡Qué increíble juego de garganta!»

«*Testículos habet e bene
pendentes.*»

«¡Ya basta, acuérdate de los
pobres!»

«Tú no eres el único con sed»,

protestó Palinuro.

«Yo, por mi parte, tengo más sed que el ácido sulfúrico», aseguró Molkas.

Fabricio se limpió la boca con el dorso de la mano, se ajustó la mitra de papel periódico y preguntó:

«¿El estado de la lengua?»

«Saburral, doctor.»

«¿Y esta guirnalda que presenta en la frente?»

«Venus la coronó con sífilides pigmentarias, doctor, porque al igual que la Magdalena, ha amado mucho.»

Molkas tomó la mano de Fabricio y la llevó hasta el cuerpo de la mujer. La punta del bisturí señalaba el ombligo.

«Alguien dijo una vez que en la

punta del cuchillo del cirujano resplandece la vida. Lo leí en un libro escrito por un médico italiano que era un perro fascista», recordó Palinuro.

Y la punta del bisturí, en la que resplandecía la vida, trazó un círculo imaginario en el vientre de la mujer, allí donde Yang y Yin y la luz y la oscuridad y el cielo y la tierra se complementan.

¿Le interesa a usted la acupuntura?
¿Cuáles son los espacios ardientes?
¿Deseó alguna vez la muerte de su madre?

«¡Claro que me interesa! —dijo Molkas, como si hubiera escuchado la voz de su conciencia—: Más divertido que clavar alfileres en las fotografías de

mis enemigos, me parece clavar agujas en el cuerpo, vivo, de mis seres queridos.»

Pero los disimulos de la piel no engañaron a Palinuro, quien se apresuró a afirmar:

«Está casi viva.»

«Eso quisieras», dijo Molkas.

«Quizás está viva como tú y yo», insistió Palinuro.

«Ahora lo sabremos», dijo Fabricio, tomó el bisturí y cortó la yugular.

«Si sale un chorro de sangre incolora que no deja huella sobre las sábanas, es que está muerta.»

Se quedaron callados, viendo a la mujer. Galaxias enteras de pensamientos

avasallaron sus mentes, se multiplicaron, fueron infieles a sus promesas y sus guarismos, naufragaron en medio de un esplendor de posibilidades: era un vacío lleno con las cosas del mundo que más deseaban en esos momentos: fotografías de una novia, diplomas de la Escuela de Medicina, grupos escultóricos de ilusiones. Todo terminaba en un armisticio fangoso y purulento. De pronto un vítor fervoroso resonó en las calles. De la abertura brotó un coágulo ilimitado e invisible que seguía la forma exacta de cada vena, de cada arteria, de cada vaso que la mujer guardaba, celosamente, en su cuerpo.

«Para qué todo este escándalo», preguntó Palinuro y se sentó a la orilla de la cama, tristísimo, casi a punto de incendiar al universo. Quizás en ese momento se le apareció Estefanía, dormida entre las pasionarias y los plúmbagos. El sol de la tarde limpiaba su piel con hojas de arce plateado.

«¿Podemos volverla a la vida?», preguntó Palinuro.

«Nos vamos a meter en un lío espantoso —dijo Fabricio—. Creo que es mejor que la regresemos al anfiteatro.»

«¿Y perder esta maravillosa oportunidad de violar a la muerte?», dijo Molkas.

Pero Fabricio lo ignoró:

«¿Está viva, por fin?»

«¿Respira?», preguntó Palinuro.

«¿Estudiaste su cuerpo de acuerdo

con las reglas de la anatomía: uno, comparada; dos, descriptiva; tres, topográfica?», preguntó Molkas.

¿Qué día es hoy: lunes, miércoles?, preguntó papá Eduardo. Díganos usted: la erisipela, ¿se cura con penicilina?, preguntó el maestro. ¿Hace cuántos meses que no te confiesas?, preguntó el sacerdote. ¿Es usted alérgico a los antibióticos?, preguntó la enfermera. ¿Es *morbis* el nombre latino de la enfermedad y *hallus* el nombre del dedo gordo del pie?, preguntó el maestro de

etimologías. Conteste SÍ o NO. ¿Qué quiere decir IHS? ¡Se acabó el tiempo! No nos ha dicho todavía cuántos años tenía la mujer. ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Cuarenta de vida y quince de prostituta? ¿Era viuda, divorciada? La contribución más importante de Metchnikov a la ciencia fue: a), la teoría fagocitaria; b), el descubrimiento de las propiedades del yogourth. ¿Noventa años? ¿Ciento veinte? ¡Responda! ¡Pronto! ¡Equivocado!

«¿Por qué me hacen tantas preguntas? —gritó Palinuro—. ¡No, no está viva, nunca lo ha estado! ¡Cuando la conocí, ya estaba muerta! ¡Cuando la traje aquí, ya estaba muerta!»

Cuando Palinuro decidió levantar el ancla y despegar de las páginas de un libro que le mostró el color azul nacarado de un asa intestinal y se lanzó a vagar por las calles del barrio, la mujer ya estaba muerta. Cuando caminó bajo la lluvia y bajo el granizo que decapitó a los crisantemos y fulminó a los pájaros de la calle de San Ildefonso y puso a sus pies un botín de plumas y castañas asadas, la mujer ya estaba muerta. Y cuando la vio junto a la Gran Sedería y frente a un escaparate que la rodeaba de lujos y esplendores matutinos, y supo que era una mujer como cualquiera otra que fuera como ella: pequeña, blanca, con sus suspiros

de benedrina, un abrigo de la mala suerte y un sombrero abatido por el granizo y los fuegos artificiales, la mujer ya estaba muerta. Palinuro se acercó a ella, le hizo una reverencia, le ofreció un cigarrillo, la sedujo mostrándole cien veces el Ángel de la Independencia y los carteles turísticos de las agencias de viajes, y se fueron caminando rumbo a la plaza de Santo Domingo, él soñando en voz alta en las transformaciones del coito, y ella soñando con viajes a bordo de un camello universal. Ella se quedó atrás porque no iban tomados de la mano y Palinuro tuvo que decirle muchas veces ándale, apúrate, mientras ella saludaba al almirante Nelson, descendía

por el Volga y subía por el ascensor de cristal de la Torre Eiffel. Era más bien pequeña, con un vestido verde manchado por las erupciones y una bolsa de piel de cochino cebada con billetes de lotería. Palinuro la esperó en lo alto de la escalera. Luego, desnudo, la esperó en la cama. Ella, frente a la luz, se quitó la ropa: dejó sus medias a la mitad de la Gran Vía, su vestido verde y sus pantaletas floreadas a la orilla del Vesubio y, por último se quitó el brasier y lo arrojó desde el Puente de los Suspiros y mostró su pecho, liso como el de un muchacho...

«No te creo una sola palabra», dijo Molkas.

¿Ha leído usted demasiada psicología? ¿Ha leído poca? ¿Quién se cree usted que es? ¿Por qué intenta suplantar a Molkas? ¿Sabe usted cuál es la diferencia entre la represión y la supresión en términos psicológicos? ¿Qué significa INRI? ¿Es verdad que aprendemos de lo anormal? ¿Que la fisiología se deduce de la patología? ¿Cuál es la diferencia entre paranoide y neurótico? ¿Entre hebefrénico y psicótico? ¿Entre oligofrénico y esquizoide? ¿Cree usted en la división de la personalidad? ¿En qué le gustaría parecerse a Fabricio? ¿Es usted Pal? ¿Es usted Nuro? ¿Es usted Pal y Nuro?

Molkas, contagiado, se hizo otras

preguntas a sí mismo:

«¿Cuándo carajos me manché yo las manos con yodo? ¿Y ahora con qué me las limpio?»

«Las manchas de yodo se quitan con tiosulfato», le indicó Fabricio.

«Es verdad —reconoció Molkas y se acordó del profesor Fierro que decía: —Y las manchas de Azul de Turnbull, se quitan con sosa.»

Y tú Palinuro, compañero, amigo, ¿con qué te vas a quitar las manchas de su aliento en tus manos? ¿Conoces a su familia? ¿Te dijo que te amaba? ¿Con qué vas a limpiar las manchas de su saliva en tu pecho, de sus lágrimas en la almohada? ¿Qué significa *Ecclesia*

abhorret a Sanguine? ¿Sabía usted que Prontosil fue la primera sulfonamida? ¿Que Purkinje descubrió la singularidad de las huellas digitales en 1823? Las manchas de permanganato de potasio se quitan con hiposulfito: ¿Con qué vas a quitar las manchas de tus dedos en su cuello, las manchas de su voz en tu conciencia, las manchas de sus gritos en tu corazón?

Y aunque Fabricio se sentía mal, tan mal que tuvo que ir al baño a vomitar todas sus encarnaciones sucesivas: un estibador, un lobo, una muchacha que murió en la hoguera y, por último, todo el vino tinto que había tomado y que fue tanto que por unos momentos creyó que

era sangre y que se estaba muriendo, vio a Palinuro tan triste y solo en un rincón del cuarto, tan lleno de arrepentimientos y de miedos, de nostalgia y de noches polares, que se compadeció de él y se propuso (no sin antes gritarle a Molkas: «¡Sí, ya lo sé, la lista de los genios que se interesaron en la necrofilia es muy respetable, pero no me interesa conocerla! ¡Estoy harto de todo, de Leonardo, de Pontormo, de Freud, del carajo y de tu chingada madre!») se propuso, decíamos, alegrar también el corazón de Palinuro y a pesar de sentir un temblor involuntario y rítmico en todos sus músculos estriados, a pesar de que entre los bastidores de su

conciencia brillaba aún una lucecita que emitía señales solitarias, ordenó que se trajera el agua gregoriana y que se encendieran las seis velas de rigor y otorgó su bendición *Urbi et Orbi*.

«*Pax Vobis*», dijo el Papa Falopio Primero.

Molkas, traductor simultáneo, aclaró:

«La paz sea con vosotros.»

Ya que Falopio fue el nombre elegido por Fabricio al ser nombrado (para ponerlo en sus palabras) cabeza visible de la Iglesia Caótica Apostática Mexicana, junto con todos sus títulos adyacentes como Santo Padre, Obispo de Tlatelolco, Sucesor de San Pedro

Pérez y Patriarca de los Autobuses de Occidente.

Su enemigo tradicional, el cardenal y futuro Papa Eustaquio, se llevó las manos a la boca y le dedicó a Falopio Primero una sonora trompetilla.

*«Mariguana tuvo un hijito,
y le pusieron San
Expedito...»*

Lo que le recordó a Fabricio el gas hilarante:

«A propósito: ¿hay cloroformo?, ¿tenemos novococaína?, ¿supositorios de cloretona?»

«No hay droga prohibida o controlada por la ley que no tengamos en existencia en esta sala, doctor» afirmó Molkas, muy orgulloso, y comenzó a sacar del cofre de Palinuro toda clase de frascos y cajitas:

«¡Morfina! ¡Nembutales! ¡Cortisona! ¡Isoniazida! Tenemos incluso —continuó Molkas levantando en lo alto una pequeña pastilla—, un ejemplar de la primera píldora anticonceptiva que se fabricó en laboratorio, en 1952...»

«¡Un incunable!», exclamó Fabricio.

Lo que les recordó a los tres amigos lo mucho que se habían divertido cuando habían recorrido las calles, llenos de entusiasmo por las ideas que les

ocurrían cada cinco minutos o cada tres postes de la luz: cuando pasaron por El Capelo Francés, pensaron en la posibilidad de comprar una campana de vidrio «Mejor dos —dijo Molkas—, para poner bajo una el cerebro de la mujer y bajo la otra el corazón tibio con un escarabajo de basalto». Cuando pasaron por la Librería Tagore, discutieron la conveniencia de comprar algunos libros de ocultismo y compraron, en efecto, varios volúmenes sobre la ciencia de Hermes Trismegisto, Isis Sin Velo de Madame Blavatsky, cuanta novela satánica hubiera aparecido alguna vez en el *Index Librorum Prohibitorum*, los escritos de

Margery Kempe y de Annie Besant, los tratados de espiritismo de Allan Kardec y el Libro del Placer, de Austin Osman Spare, si bien Fabricio —a escondidas— compró también la *Vida de Cristo*, de Kempis, y *El Progreso del Peregrino*, de Bunyan. Cuando pasaron por la Casa Prina del Pasaje Catedral y vieron en el escaparate la máquina eléctrica para fabricar hostias, casi deciden romper el vidrio, robarse la máquina y correr por las calles arrojándole a los dueños y los empleados de la tienda, los sacerdotes y los policías y, en fin, a todos los transeúntes y peatones y doctores de Palma y zapateros y licenciados de la

calle de Tacuba y evangelistas de la plaza y librereros de Argentina y limoneros de Ecuador y verduleras de La Merced que los persiguieran indignados, arrojándoles «¡Hostias, hermano, hostias a pasto, como pedazos de carne a los perros hambrientos, como semillas sagradas al viento y los surcos para que de cada hostia salga un cristo sangrante con todo y *Cruz Immissa*; hostias, compañeros, hostias al por mayor, hostias por gruesas, lluvia de hostias, granizada de hostias como pedazos de carne humana para los buitres, como maná para los infieles, como margaritas para los cerdos!»

«Sí, pero hostias de colores», había

insistido Palinuro.

¡Se habían reído tanto, los tres amigos, cuando pasaron de la Misa Negra a la Misa Blanca, a la Misa Verde, a la Misa Roja, a la Misa en Technicolor! ¡Se habían entusiasmado tanto pasando de la Magia Negra a la Magia Blanca, a la Magia Verde, a la Magia Roja, a la Magia en Technicolor! ¡Habían gozado tanto comprando máscaras de reptiles, de pájaros mitológicos, de belcebús y diablos michoacanos; encargándole a Caronte que les consiguiera grasa de cadáver para fabricar las velas; comprando los colorantes artificiales para pintar las hostias; cortando con una sierra la

cúpula de cráneo de Pasteur niño para que les sirviera de cáliz. «¡Salud!», dijo Molkas. «¡Sköl!», respondió Fabricio. «¡Es vino pasteurizado!», exclamó Molkas; y robándose del laboratorio el azufre para combinar con el sebo de las velas y el ácido clorhídrico y el sulfuro ferroso para producir el olor a huevos podridos del incienso sulfhídrico!

Pero Palinuro estaba inconsolable.

En un nuevo intento de alegrarlo, Fabricio le aseguró que al contrario de lo que pensaba, no habían olvidado su inocencia a la mitad de ningún planeta ni al final de ninguna parábola. Ni siquiera, le dijo, en la terminal del arco iris. Que allí, en el cielo, continuaban

incólumes Aldebarán, Mirfác y todas las estrellas que habían ganado un lugar en el firmamento por la simple razón de que ellos las habían preordinado. Que en el mundo donde vivían todo era posible, porque era un mundo donde ser médico era estar enamorado de la vida y de la muerte por partes iguales, donde tener dieciocho años era en realidad tener mil más que descendían por el hilo de una nube para poner a sus pies la blancura de los Salones de la Fama, un mundo donde, en el meteoro que los conducía a la conquista de su destino pródigo, había lugar para todos los sueños, para la saga cristalizada de La Casa de La Troya y las aventuras

inolvidables de Eugenio Gant y las muchachas que servían pajaritos rellenos de abejas en las fondas de República de Cuba y el barrio entero con sus templos y su Librería Robredo y sus baños públicos con escaleras que descendían a infiernos vaporosos. Un mundo donde era posible, en fin, soltar a la pasión por los cabellos, cualquiera que fuera su nombre: Las Golondrinas de Gustavo Adolfo Bécquer, el Árbol de la Ciencia, la sutura de un corazón vivo por el profesor Luis Rehn de Francfort o los paseos por la línea de fuego de Las Vizcaínas, y arrastrarla a la antigua por un lecho de púrpura y levantarla en las mañanas para bañarla con besos y

latigazos de saliva.

De pie frente a la mujer que yacía en la cama, muerta, ciega, Molkas levantó los brazos al cielo y en tono melodramático exclamó:

«¡Ah, si fuera posible llenarla de aves hasta el colmo!»

Fabricio le puso una mano en el hombro y continuó: «¡Si fuera posible cubrirla con la más leve sonrisa de la tarde, arrullarla con murmullos y calumnias!»

Molkas se hincó, se cubrió la cara con la sábana, dejó escapar algunos suspiros licuados y gritó:

«¡Si fuera posible cantarle todas las tardes un trío sostenido en un alambre

del telégrafo!»

Fabricio le perdonó a Molkas que hubiera mojado la sábana, se encaminó a la ventana, descorrió las cortinas y le gritó al público:

«¡Si fuera posible estornudarle en plena cara para demostrarle la violencia de nuestros sentimientos!»

Y Fabricio estornudó y le tendió a los peatones una trampa gripal.

Molkas amenazó a Fabricio con el puño en alto: «¡Si fuera posible levantar en vilo a las estatuas para descubrir los nidos de avispas que las nutren!», le gritó rosado de la ira.

Y Palinuro se asombró de la belleza de las cosas que dijeron sus amigos, y la

agradeció, pero se entristeció aún más.

Fabricio Mago, que desde que era niño y se escondía en las pérgolas cenicientas de los parques le gustaba transformar a los patos en cisnes, a las orugas en mariposas y al clima de la ciudad de México en una primavera infinita, se arrodilló, recogió el trozo de realidad que estaba sobre el piso y lo colocó de nuevo en su lugar, para que el cuarto y con él el corazón de su amigo, se inundaran de luz.

Pero Fabricio era un mago distraído:

«¡Está al revés! ¡Nos vamos a caer hacia arriba!», gritó Molkas señalando los foquitos de los árboles de Navidad de Park Avenue, que se habían reunido

en la nebulosa de Andrómeda para celebrar el Año Nuevo.

«Qué vergüenza —exclamó Palinuro—, a la fotografía de la abuela se le van a bajar las faldas; es decir, a subírsele, hasta enseñar sus *blúmers* color de rosa»

«Qué desastre: a la fotografía del tío se le va a caer el monóculo y le va a quedar colgando, inmóvil, como si fuera el péndulo de un reloj hipnotizado», dijo Fabricio.

«Por fortuna, sin embargo —dijo Molkas—, el cuello se le va alargar como si Modigliani le hubiera tomado una fotografía, hasta que ojo y monóculo se encuentren en medio del delirio.»

Luego agregó:

«¡Qué calamidad! ¿Qué le irá a suceder a las láminas de nuestro calendario ahora que el mundo anda de cabeza?»

«En marzo, a los Alpes Suizos se les caerá la nieve y se cubrirán de vegetación semitropical», profetizó Fabricio.

«En mayo, la torre de Pisa se va a enderezar y comenzará a enseñar sus raíces cuadradas», adivinó Molkas.

«En agosto, a los árboles del bosque de Boloña se les van a caer los pájaros.»

«En octubre, se vaciarán los canales de Venecia y los gondoleros se quedarán

sin empleo.»

«En noviembre, se le caerá la niebla a Londres y los ingleses descubrirán que son blancos como bacalaos.»

«En diciembre, el cuarto va a estar hecho un batidillo, y el vecino del piso de abajo (es decir, del piso de arriba) se va a quejar con la administración de goteras en el suelo.»

«En enero del año próximo, a las cero horas un segundo del día primero, romperemos el calendario en trescientos sesenta y cinco pedacitos, y hablaremos por teléfono a la agencia de viajes para planear nuestras vacaciones antes de que la Tierra se vuelva inhabitable o se caiga en la luna y abra un cráter de

dimensiones insospechadas que se quede sin bautizar por falta de hombres célebres», dijo Fabricio, y adelantándose a los acontecimientos cogió el calendario y lo hizo pedazos. Luego, enderezó la realidad.

Molkas, aliviado, volvió a poner los pies en la tierra.

«¿Y qué pasó después?», le preguntó a Palinuro, en el momento en que la sangre se le iba a los pies y se volvía transparente de la cintura hacia arriba.

A través de la cara de su amigo Molkas, Palinuro se vio a sí mismo en la cama junto a la mujer del pecho liso como el de un muchacho, se vio beber hasta recuperar a la bestia extraviada en

las cicatrices de la Rosa de los Vientos, y se vio beber más todavía con la esperanza de alcanzar una espermatorrea suprema. Y la mujer se durmió, pequeña y con sus ojos verdes constelados de humillaciones, pequeña y con su piel de seda escandalizada por su propia ternura. Y Palinuro se vio encima de ella, golpeándola en la cara. Y la mujer dio un grito agudo, inmenso, un grito que se despeñó como una cascada a lo largo de su cuerpo y enganchó el impulso asesino en las manos de Palinuro. Perdóname, le dijo Palinuro y limpió con la lengua el hilo de sangre que brotaba de los labios de la mujer. Perdóname, le dijo otra vez y con sus

manos, con esas manos que había heredado de papá Eduardo, con esas manos largas y venosas diseñadas para hacer el amor con guantes de fuego, exprimió la vida de la mujer hasta la última gota de linfa y de polvo y de aire y de saliva, y adelgazó su voz y su alma y dejó en su cuello la huella digital de un placer reservado a los dioses. «Eloy maté a una muchacha. Fue agradable y estimulante», escribió en su diario el empleado y asesino inglés Alton. Ni una sola hoja más se movería en los sueños de la mujer para destilar sus veranos y las persianas podridas de los hoteles de paso no volverían ya a dibujar su piel de cebra en el pecho liso y despoblado de

rémoras y galaxias.

Molkas cubrió la cara de la mujer y se sentó junto a ella. ¿Escuchó alguien los gritos? ¿Qué hiciste después? Describa usted el cateterismo del corazón. ¿Conoce usted los estudios del criminólogo Bertillón? Dése golpes de pecho y repita: por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa. Describa la tercera vértebra cervical. ¿Leyó usted *Crimen y Castigo*? ¿*El Cuestionario de Cirujanos*, de Guy de Chauliac, escrito en forma de preguntas y respuestas? Diga usted si lo vio alguien cuando salió del cuarto. ¿Va usted a llamar a la policía? ¿Tiene usted una coartada? ¿Prevalecen en usted los instintos

tánicos sobre los eróticos, o los eróticos sobre los tánicos? ¿Sabía usted que según Plutarco los egipcios ponían un cadáver en los banquetes para no perder de vista a la muerte en medio de sus placeres? ¿Cómo piensa deshacerse del cuerpo? ¿La vas a enviar de regreso a su barrio? ¿A su pueblo? ¿A la Cochinchina? ¿A Timbuctú? ¿Piensas comértela con salsa inglesa, como lo haría Lord Dunsany? ¿Emparedarla con un gato en la cabeza, como lo haría Edgar Allan Poe? ¿Desmembrarla y enviarla a pedazos por correo, como lo haría Ambrose Bierce? ¡Conteste! ¿Ha leído usted demasiada literatura? ¿La ha digerido? ¿O piensa usted desmembrarla

y hervirla? ¿A qué temperatura hierve Shakespeare? ¿Es verdad que el vapor del agua hirviente mata a los organismos al provocar la coagulación de la proteína celular? ¿A qué temperatura resucita Perséfone? ¡Ay, amigo, compañero del alma, compañero!: ¿Por qué la mataste? ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Qué vamos a hacer? Menudo lío, carajo, menudo lío en que nos has metido. ¡Contesta, contesta, cabrón! ¿Qué vamos a hacer?

«Rezar», dijo Fabricio.

«*Labia majora*», dijo Molkas. «*Ora pro nobis*», dijo Fabricio. «*Struma ovarii*»: «*Ora pro nobis*». «*Pruntus*

vulvae»: «*Ora pro nobis*». «*Uterus bicornis*»: «*Ora pro nobis*». «*Uterus planiformis*»: «*Ora pro nobis*». «*Uterus subseptus*»: «*Ora pro nobis*». «*Condyloma acuminatum*»: «*Ora pro nobis*». «*Vulvitis senile*», dijo Molkas. «*Ora pro nobis*», dijo Fabricio.

Y Palinuro bajó las escaleras de dos en dos y salió enloquecido a la calle.

«¿Lo recuerdas?»

«No.»

«¿Qué recuerdas, entonces?»

«Nada.»

«¿Pero qué fue lo que hiciste en seguida?»

«Tú, que eres adivino, adivina.»

Molkas no sabía adivinar el pasado sino sólo el futuro. No podía adivinar, por ejemplo, los sueños que había tenido la noche anterior, y nunca pudo adivinar a María Estuardo, a Búfalo Bill, a Pico de la Mirandola.

«Tú que eres mago, Fabricio, ¿no podrías regresarnos en el tiempo? ¿No podrías regresarnos a un día en el cual el pasado de ahora sea el futuro de ayer?»

Nada hubiera sido tan fácil para Fabricio. Otras veces, tomaba un periódico, lo rompía en pedazos, metía los pedazos en su sombrero de copa, pronunciaba un tumulto aritmético de

frases misteriosas en idioma lunar (*Wondelis Idusalin na Perixola Metartos*, por ejemplo) y sacaba del sombrero un avión de papel. Luego lo echaba a volar por la habitación y el avión se transformaba en la nave de Juan Ignacio Pombo volando de Ciudad del Cabo a Inglaterra; en el gigantesco clíper de la Pan American cruzando por primera vez en la historia el cielo trasatlántico; en el avión plateado del rey Carol de Rumanía, y en la avioneta que se estrelló en el Empire State a la hora de todos. Luego rompía el avión en pedazos, los metía al sombrero y sacaba de él un barco de papel. Lo ponía a navegar en la tina, y el barco se

transformaba en el crucero germánico Karlsruhe, que había llegado a las costas de Acapulco un primero de abril de hacía cuántos años: ¿veinte?, ¿cuarenta?, y en el barco Siboney que partía hacia Nueva York, y vaya sorpresa, a bordo iba el abuelo Francisco bebiendo un nanche-cocktail. Después hacía pedazos el barco, los metía en su sombrero y sacaba de él una hilera de hombrecitos de papel tomados de la mano, los ponía a caminar por el cuarto, y se transformaban en ellos mismos, en los tres amigos, y Fabricio los llevaba de la mano por las calles del barrio para descubrirles los misterios y encantos de la Hemeroteca Nacional, de

la cual estaba tan orgulloso como si él con sus propias manos hubiera puesto la primera piedra o dispuesto cada uno de los vaivenes sofisticados de los vitrales o hubiera editado cada periódico *Excelsior* de 1935 o cada *Revista Azul* de 1908. «Hemeroteca quiere decir —le informó a Palinuro— el lugar adonde puedes ir y leer los periódicos del día en que naciste, y si vives lo suficiente, del día en que mueras.» Y así fue, para el asombro de Palinuro, quien leyó los diarios de antes de nacer y supo qué estaba haciendo el capitán Anthony Edén en el momento en que mamá redondeaba su fertilidad, así como lo que estaba haciendo mamá cuando Anthony Edén

era nombrado Lord del Sello Privado, y luego de cuando Palinuro mismo nació y de cuando tenía tres años y papá le regaló un *destróyer* plateado para sacar a flote submarinos nazis. Y luego, por supuesto, y como era casi obligado, decidieron jugar a que éstos eran los periódicos del día en que estaban viviendo, o ése el día de los periódicos que estaban leyendo, y volvieron a recorrer las calles comentando la esquila del estudiante muerto en los zafarranchos de 1929, y mientras decidían si ir a la cantina La Opera a tomar una Moravia, ir al Politeama a ver la revista musical Helio America, al cine Balmori a ver Los Lanceros de

Bengala con Franchot Tone, o al Toreo a ver a Armillita lidiando toros de La Laguna, Fabricio cogió un periódico, hizo con él un sombrero de papel que se transformó en un Stetson de piel de castor, cogió otro periódico, lo hizo pedazos, metió los pedazos en el sombrero y sacó de él un coche de papel que en cuanto comenzó a rodar por la calle de Plateros se transformó en un Bentley negro y flamante, y lo llenaron de pelotas de béisbol de Pinedo Deportes y se treparon en él y Fabricio se puso unos guantes blancos y les dijo adiós a los turistas que salían de La Anasco para tomarles fotografías y le dijo adiós a Tarzán el Temerario que

tenía el pelo engrasado con Petróleo Golba y acababa de raptarse a Cuquita la Mecnógrafa, y frente al Hemiciclo de Benito Juárez el volante se volvió loco y le hizo dar al automóvil varias vueltas a las fuentes, al amparo de los ángeles de piedra parados de puntas en las copas de los árboles y a quiénes espantó sino nada menos que al capitán Tiburón y sus sobrinos que estaban haciendo un picnic, y a las parejas de enamorados que temblaban de frío y a quién, también, sino a mamá que estaba allí esperando a papá Eduardo, a mamá Clementina con su abrigo de piel de coneja y su sombrero de gardenias artificiales y sus medias Van Raalte

agujereadas, que silbaba Ariadna en Naxos para la envidia verde de los pájaros.

Pero esa vez, Fabricio se negó. Se negó a que se apareciera en el cuarto la Virgen de la Aviación, que tenía los ojos claros como el agua del Potomac donde se hundió Sarabia. Lo que le recordó a los muchachos su visita a la Virgen del Tránsito de la Iglesia de San Sebastián, vestida de novia en su catafalco de cristal y madera dorada y rodeada de monedas de plata y de cobre. Lo que les recordó a la Virgen del Cobre ante la cual se habían arrodillado los tres amigos frente al altar de su capilla y junto a los candelabros de

bronce. Lo que les recordó a La Corregidora de bronce que señoreaba la plaza de Santo Domingo con su pelo y su peinado de bronce y las palomas que se paraban en sus hombros y la llenaban de cacas que con la pátina de los años se volvían también de bronce. Lo que ya no les recordaba nada en especial, pero desde allí, desde la ventana que daba a la Plaza se podían ver muchas cosas: las imprentas y papelerías de los portales; los escritorios públicos y azules de los evangelistas, la Casa de la Malinche y su esposo Juan Xaramillo y el edificio Juan de Dios Peza y la Plaza Torres Quintero y los caballeros águila armados con tridentes y los leones

dorados con argollas en los hocicos, y se veían ellos mismos, los tres amigos, recorriendo las calles, felices, discutiendo y hablando de las manifestaciones estudiantiles, de los granaderos y la policía; del índice de refracción de la glándula lagrimal; de la broma de la bolita de mercurio; de los gasterópodos que copulan en cadena actuando cada uno a la vez como macho y hembra; del siguiente partido de fútbol entre la Universidad y el Poli; de Vintras, que convenció a Alejandro Geoffroi a efectuar el Rito de Onán en los altares; de la enfermedad de Chagas transmitida por la chinche hocicona, y de que entre los romanos todo era un

presagio: un estornudo, el canto de un mochuelo, el silbido de un agente de tránsito. Y, en fin, lo que no se podía ver desde allí, se podía hacer aparecer con un poco de magia y buena voluntad. Pero Fabricio se negó. Se negó a que se aparecieran la Biblioteca Nacional, el hotel de paso Río de Janeiro, las yerberías del Carmen (donde vendían la petiveria para los cálculos renales y la germandrina para la diabetes), la Plaza de Loreto, la Sociedad de Beneficencia Alianza Monte Sinaí, el Reloj Otomano con sus ranas guitarristas y la cúpula azul de la Torre Latinoamericana. Se negó a que aparecieran los puestos de tulipanes y rosas del mercado de las

flores. Se negó a que apareciera la campana mayor de la Catedral: la Santa María de Guadalupe, de doce toneladas de peso. Se negó, incluso, a que se aparecieran la Hemeroteca, la cruz de las calaveras y la fuente de Las Casas con sus albañiles en busca de contratos y se negó, lo que fue el colmo, a que se aparecieran allí en el barrio, allí en las calles y cerca de sus ojos, las colegialas de Las Vizcaínas, las dulces y frescas colegialas que cada veintiocho días sangran por la herida original.

Le hubiera sido fácil a Fabricio: hubiera bastado que recogiera los pedazos del calendario, los metiera en su sombrero y sacara de él, por ejemplo,

un viernes nueve y reluciente, un viernes primero de un mes luminoso y virgen que le permitiera a Molkas adivinar:

Yo estaré dormido como un bendito. Fabricio vagará por la calle, transformado en un jugador de fútbol imaginario. Tú, Palinuro, bajarás las escaleras enloquecido, y te encontrarás con Fabricio y los dos irán a despertarme. Me vestiré. Saldremos a la calle, caminaremos del brazo rumbo a la Plaza de Santo Domingo, y tú nos contarás lo que ha sucedido. Pero Fabricio y yo no vamos a creer una sola palabra de lo que digas. Fabricio pateará diferentes cosas: una piedra, un tacho de basura, una lata de cerveza. Yo

recogeré un periódico abandonado y profetizaré que al día siguiente la noticia se publicará en primera plana y a ocho columnas dóricas. Fabricio pateará una botella verde esmeralda que se estrellará en la siesta de un fauno. Por último, le dará una patada al aire y todo el armazón del viento se vendrá abajo; y con ella las paredes del cuarto, las plazas, los árboles y nuestros calzones, dejándonos ilesos, pero indefensos, a los ojos del mundo...

¿Sueña usted que exonera en público después de masturbarse? Mentira: el proceso de defecación en la fabricación de la sacarosa no tiene nada que ver con los excrementos. ¿Hubo testigos?

¿Conoce usted la diferencia entre el psicópata criminal y el criminal ecológico? ¿Hubo panaderos que te vieran, contadores públicos, ingenieros? ¿A dónde te vas a esconder? ¿Bajo los puentes? ¿Sobre las nubes? Repita: *Credo in unum Deum*. Falso: una hernia que pierde el derecho de domicilio no es una hernia que duerme sobre las bancas de los parques. ¿Te gustan las mujeres, Palinuro? Apócrifo: un azúcar invertido no es un azúcar homosexual. ¿Hubo algún quiropráctico que te prestara sus manos? ¿Un agente de seguros que te vendiera una póliza? ¿Un notario que levantara un acta? ¿Quién más fue testigo, aparte del cuarto y la

ventana? ¿El cielo fue testigo? ¿Dios, tu conciencia, los pájaros fueron testigos? La saliva humana contiene: a) amilasa; b) maltasa. Ponga una cruz, dos cruces, una paloma, dos palomas, un buitre, diez ángeles.

Llegaremos, pues, al cuarto del crimen —continuó Molkas— y la veremos tendida en la cama, cuan larga y desnuda es... Pensaremos entonces que está viva y dormida, y que nos engañaste, gracias a Dios. Pero al contemplar su cara veremos que tiene la lengua fuera. Pensaremos entonces que está viva y despierta y que juega con nosotros. Pero al examinar de cerca su lengua, la veremos cubierta de lama y

hongos. Pensaremos entonces que está dormida y enferma. Pero al ver sus ojos veremos que los tiene saltados. Pensaremos entonces que está dormida y enferma. Pero al ver más de cerca sus ojos, veremos que están sin vida. Pensaremos entonces que está dormida y ciega. Pero al tocar su piel, que está fría, al tomarle el pulso, que está muerto, pensaremos entonces que está muerta y que murió de amor entre tus brazos. Pero al verla más de cerca veremos una huella violeta en su cuello. Pensaremos entonces que está muerta y que la mataste de amor cuando estaba ciega, despierta y loca. Entonces te preguntaremos: ¿Por qué lo hiciste?

¿Quién era? ¿Cómo se llama? ¿Dónde vivía? ¿Cuándo, para quién vivía? Y será en vano que tú nos jures que está muerta, que está viva, que está despierta, que está ciega, que está loca, que está dormida, que no quisiste matarla, que la quisiste viva, que la trajiste despierta, que la volviste loca y que la mataste ciega, porque no vamos a creerte una sola palabra.

En lugar de eso, y como si nada hubiera pasado, Fabricio se puso sus botas de hule para minimizar la electricidad estática, pidió que se aseptizara el campo operatorio, se colocó la máscara de muselina, solicitó que se eliminaran el lápiz labial y el

barniz de uñas porque podrían disfrazar la cianosis durante la anestesia, y a propósito preguntó:

«En resumen: ¿qué anestesia vamos a usar?» Palinuro, acordándose de su viaje por los infiernos, sugirió:

«Calcetinato de patasio.»

«Tengo una idea mejor —dijo Molkas, y sacó un frasco color ámbar—. Esta es la única y verdadera droga de los sueños: LSD.»

«¿Cómo se toma? ¿Se chupa?».

«Se traga con leche, con agua o con saliva. Pero es mejor no tomar alcohol porque se puede cruzar.»

«¿Y cuándo comienzan las alucinaciones?»

«Depende de la pastilla. Unas tienen más ácido y otras menos.»

«Y las alucinaciones... ¿se tienen con los ojos cerrados o con los ojos abiertos?», preguntó Palinuro.

Había una vez un niño a quien le gustaban mucho los colores. Había una vez, en las páginas de un periódico muy viejo que Fabricio le enseñó cuando estaban en la Hemeroteca, un anuncio de hilos mercerizados de La Cadena. «¡Ah qué niños tan traviosos!», dijo la tía Luisa toda violeta de gusto, porque era ella la que acostumbraba darles toques en las anginas con Violeta de Genciana.

«¡Ah qué niños tan imposibles!», dijo la abuela Altagracia, amarilla del coraje, porque era ella la que usaba amarillo de Orleáns para colorear sus pasteles. «Ah qué niños tan picaros», dijo mamá Clementina, roja de amor, porque ella era la que miraba a Palinuro desde una fotografía roja que cada vez que salía de su sobre de papel negro forrado de plata se iba oscureciendo más y más, y porque era ella la que puso el foco rojo en el cuarto de Palinuro, y las cortinas rojas en la ventana, y los cuadros de papel celofán rojo en los vidrios cuando a Palinuro le dio el sarampión. Habían jugado toda la tarde, él y su prima, en el jardín de la casa de los abuelos con el

hijo de los polacos que estaban de huéspedes, pero que luego se tuvieron que ir porque no podían pagar la renta. Yo nací en Ostroleka, decía el polaquito, que siempre andaba con los calcetines caídos y una boina descolorida, y Palinuro y su prima le decían: «¿Ostro qué?» «¿Ostroloca?», y él seguía con Ostroleka, y ellos con Ostroloca, y así hasta que lo hacían llorar y decir groserías en un idioma que era como hablar con la boca llena de pralinés. Pero luego lo contentaban y jugaban con él a las escondidillas y él se ponía en un rincón, con los ojos cerrados, y Palinuro y Estefanía se metían al cuarto de mamá Clementina y

papá Eduardo, a donde el polaquito tenía prohibido entrar, y cuando había hasta contado cincuenta, en voz alta y en español, los buscaba por el jardín, en el cenador, en el garaje tras las cortinas de lona de rayas verdes y anaranjadas, en el automóvil abandonado, en el corredor y entre las macetas de geranios, en la alacena de la cocina llena de cazuelas y loza de Talavera, y en las escaleras de caracol que conducían a la azotea y en la misma azotea, y allí el polaquito se asomaba hacia la calle y contemplaba el parque Río de Janeiro, y sus fuentes y sus prados salpicados de dandeliones y se olvidaba de Palinuro y Estefanía. «¡Ah qué niños tan traviesos!: ¿creerá

usted que sacaron todos los hilos del costurero?», dijo la tía Lucrecia, que se había ido al centro con un sombrero de revuelos de organza. «¿Creerá usted que un hilo color cinabrio iba de mi retrato vestida de novia al cuadro de Genoveva de Brabante que tengo en la pared del otro lado?», preguntó mamá Clementina, que se había puesto sus guantes olorosos a naftalina para ir al centro con la tía Lucrecia. «¿Creerá usted que cuando llegamos todo el cuarto estaba lleno de hilos de todos colores que lo cruzaban de un lado a otro?», volvió a preguntar la tía Lucrecia, que había regresado del centro con un vestido de piel de hadas y un prendedor de aguamarinas. «¿Creerá

usted que un hilo color de rosa partía del grabado de la Plaza Mayor y llegaba hasta un campo de tulipanes y de molinos de viento bordados en punto de cruz?», preguntó mamá Clementina que había regresado del centro con un frasco de Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham. «¿Creerá usted que otro hilo anaranjado iba desde la pata cabriola de una silla hasta la trompa del elefante del pebetero?», le dijo el tío Esteban al abuelo Francisco. «¿Creerá usted que otro hilo gris iba desde las manos de Estefanía hasta el pasador de la puerta de cristales biselados desde donde los veía, asombrado, el polaquito?», le preguntó el abuelo i don Próspero.

«¿Creerá usted que jugaban a pasar por debajo del puente rojo, sin tocarlo, o brincar el puente verde, sin tocarlo?»

«No, no lo creo: eres un mentiroso de mierda —dijo Molkas—. Nunca he conocido a nadie que tenga una imaginación tan exaltada y delirante.»

«¿Conoces la leyenda de Teseo?», preguntó Fabricio.

«¿Y creerá usted que había un hilo azul que iba de los ojos de Estefanía a los vitrales azules de la iglesia de la Santa Expiración al Azul de Metileno de los laboratorios de química?» «¿Y creerá usted que había un hilo rojo que iba de los tulipanes africanos que florecían en junio en la casa que tenía el

primo Walter en Cuernavaca a las manzanas *starking* que la tía Lucrecia compraba el mes de agosto en el Parián, al cuarto rojo del sarampión, a la fotografía de mamá Clementina que se inclinaba sobre el pecho de Palinuro, roja de amor?» «¿Y creerá usted que había otro hilo blanco que iba del vestido de primera comunión de Estefanía al blanco del pastel de la boda del tío Felipe, al blanco de la sal que Palinuro y el polaquito (¡Ah, qué niños tan malvados!) le echaban a las babosas que salían de los grifos y a los caracoles del jardín para ver cómo morían retorciéndose?» «¿Y creerá usted que ese mismo hilo blanco llegaba hasta la

boca de mamá Clementina que desde su siesta sagrada y desde su tumba abierta le decía a Palinuro: hijito, si no puedes dormir no pienses en nada, hijito, pon la mente en blanco?»

Palinuro cerró los ojos y vio a la mujer que navegaba, blanca, por un océano de espuma y vómitos blancos en un altísimo catafalco de hielo y seguida por bandadas de aves marinas y blancas y contempló cómo su infancia, su infancia que era como un vitral mágico de colores y transparencias, se hacía pedazos cuando los pájaros, marinos y blancos, blancos y ciegos, se estrellaban

en el cristal.

Y soñó que la mujer era mamá Clementina, y que él, Palinuro, la había matado.

«Y todavía, fíjense, todavía tengo una idea mejor... O mejor dicho, varias ideas», dijo Molkas, que tenía en las manos una enorme jeringa.

O mejor dicho, varias jeringas.

Palinuro abrió los ojos.

Y la carne de la mujer era más blanca que el blanco de la carne de los muertos. Molkas se había encargado de pintarla con agua de yeso de París de la cabeza a los pies. La cara, los párpados cerrados, la sonrisa secreta: todo era blanco como la leche. Y era blanco su

pelo y blanco el vello de sus axilas y del pubis. Y sus uñas, sus lunares, sus dientes y sus sueños eran blancos. Y la cama donde dormía estaba cubierta con sábanas blancas donde colgaban calendarios con meses blancos y cuadros de paisajes con cielos y árboles y veranos blancos, y donde una ventana blanca se abría a una inmensa y blanca ciudad cubierta con hollín blanco como el armiño.

Molkas, Fabricio y Palinuro estaban también pintados y vestidos de blanco de la cabeza a los pies, con sus caras y sus intenciones y sus batas blancas, y con sus dedos y sus zapatos y sus suspiros blancos.

«La primera jeringa, señores, contiene una solución de Violeta de Metilo, colorante empleado en los cultivos del bacilo tuberculoso.»

La aguja dorada penetró en las glándulas lagrimales de la mujer.

«La segunda, un tinte que por lo general se emplea para teñir el tejido negativo de las bacterias...»

El Rosa de Bengala inundó los conductos galactóforos de la mama derecha. Para la mama izquierda, Molkas había elegido el Azul de Prusia.

«La cuarta jeringa, contiene una solución de azafrán, material indicado entre otras cosas para teñir las lesiones que la fiebre amarilla causa en el

hígado. Lo he reservado para las glándulas salivales.»

La quinta contenía Verde de Naftol para las glándulas sudoríparas de las axilas de la mujer. La sexta, Rojo de Magdala para las vesículas seminales de Molkas.

Palinuro no tuvo que volver a cerrar y abrir los ojos para ver lo que vio: los pechos blancos de la mujer comenzaron a rebosar su savia de color: como leche de rosas y fresas, la del seno derecho; como crema de azul cielo la del izquierdo. De los labios, y por el mentón y el cuello blancos, y hasta la sábana blanca, le escurrió un hilo de saliva amarilla como el ámbar. Después, en sus

axilas blancas comenzaron a brotar pequeñas gotas de sudor verdes como esmeraldas de agua. Por último, de sus ojos se desbordaron las lágrimas violetas que se deslizaron por sus mejillas blancas y hasta los encajes blancos de la almohada blanca. Molkas se bajó el zíper blanco de sus pantalones blancos y sacó su enorme verga, dorada como la aguja de una jeringa, penetró a la mujer y la inundó con esperma rojo como sangre. Palinuro cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, vio que entre las piernas de la mujer se desbordaba la sangre, sangre roja como esperma púrpura que corrió por sus muslos blancos hasta las sábanas blancas y el

piso blanco y se filtró por las rendijas blancas y por los ojos blancos de las cerraduras, y roja, roja como era, púrpura y granate como esperma rojo, salpicó de rojo los domingos blancos, manchó de púrpura las voces blancas y los desfiles blancos y de granate y carmesí las mañanas, las camisas y las sorpresas blancas. Así, roja como era, roja y púrpura por las sábanas blancas y las escaleras y las avenidas blancas corrió, roja, se escabulló, púrpura, se deslizó, granate, para la alarma blanca y los gritos blancos y el asombro, el dolor, el pánico blancos. Así como era, roja y blanca, blanca y rosa y azul y nevada y lactescente y ópalo, salpicando

las alas violetas de los cuervos blancos,
la boca rubia de los vinos rojos, los
olvidos verdes de las niñas grises, el
perfume azul de las rosas negras.

«*Hymen imperforate*», dijo Molkas.

«*Ora pro nobis.*»

17. *O my darling Clementine!*

Y *mamá* era una palabra tan viscosa, tan gastada por los tiempos y las epidemias. Porque decir *mamá* era condescender con las miserias de un lenguaje inocente, era tratar de rodearla de zoológicos y fiestas de cumpleaños y adjudicarle una cabeza blanca y unas arrugas inolvidables, cosas que mamá nunca tuvo o que al menos Palinuro no recordaba que hubiera tenido. Aunque mamá, por otra parte, era una señora

chiquita que nació un poco vieja y viéndola bien, viéndola de cerca con una lupa, observando su piel seca, sus deseos insatisfechos, las fotografías de la quinceañera que juraba haber sido alguna vez cuando era novia de papá Eduardo y leía Brujas La Muerta y se asustaba con las gárgolas de la catedral que espantaban al diablo y se maravillaba con los ángeles que tenían cabellos de tripas de violín y alas en forma de arpas, viéndola bien mamá era adorable, bella como el álgebra, con una bondad espesa y casi inmerecida, y una perversión que le alambraba las vértebras. Mamá, que siempre le dijo: nunca me faltes, y ahora ella le faltaba

en la bendición y en los adioses, en las direcciones de las cartas y en las mentadas de madre.

Mamá (y podía repetir esta palabra hasta el infinito, hasta que perdiera todo sentido y pasara a significar cualquier cosa: un riñón, una tortuga, una sandía). Mama, carajo, que se le hundió como una catedral se hunde en el mar, expectorando espumas verdes. Mamá La Pobre, Mama La Bruja, Mamá La Muerta, que se quedó tan sola con su camisión azul, sus zapatos plateados y su sombrero de plumas, tan pobre, tan tiesa, tan llena de silbidos y laberintos y copos de nieve vieja, tan llena de hongos y jaleas, tan porosa, tan verde,

tan hinchada, la pobre, tan podrida. Mamá cochina, que se hizo pipí en los brazos de Palinuro cuando la llevaba al hospital. Mamá cochina, que se hizo polvo en la tumba, que se hizo malvavisco, la pobre. Y luego mamá y las embolias, mamá y los coágulos, mamá y su entierro, mamá y las lágrimas, mamá y el retraso imperdonable, de años quizás, entre la idea que tenía Palinuro de su muerte y esa realidad que se le mostraba ahora, desnuda como un país sin respiraderos.

La primera vez fue cuando mamá tenía el sueño liviano y Palinuro tenía seis años y como todo muchacho que respeta el delirio de sus fantasmas, tenía

también el deseo de verla muerta, de verla en su caja negra y verse él mismo a su lado, de pie y con el alma bocabajo llorando a la reina de las conejas. Todas las tardes después de comer y mientras digería las veleidades inconclusas que aleteaban en su estómago, mamá Clementina dormía una siesta y mientras la dormía y rebuznaba en sueños no se movía una hoja, no zumbaba una mosca, no se reproducía una flor, no anclaba un transatlántico en el océano Indico, no se arrastraba un gusano y el tiempo casi no se atrevía a pasar con tal de no hacer ruido y despertarla. Porque la siesta de mamá era sagrada, sagrada como un campanario o como los desperdicios de

una letanía, y Palinuro trataba de no pensar en nada porque mamá le había dicho: no hagas ruido, duérmete conmigo y si no tienes sueño pon la mente en blanco y no pienses en nada.

Pensar en todo lo que no debía pensar: en papá Eduardo, en los soldados de plomo, en las historietas dominicales y en lo que iba hacer cuando fuera grande y fuera médico, le llevó muchas tardes acostado al lado de mamá, pendiente de su respiración y de sus silbidos, deseoso de que un día se detuvieran para siempre y la habitación se llenara con el estruendo del universo.

Una tarde intentó hablarle muy quedito, al oído, para no despertarla.

Pero mamá abrió los ojos.

Otra tarde, cuando se le aflojó el primer diente de leche, Palinuro descubrió que con sólo tocarlo con la lengua provocaba el dolor y con sólo dejar de tocarlo, el dolor desaparecía. Y aprendió así a disfrutar del dolor por el solo placer de exorcizarlo a voluntad.

Entonces, de pronto, hacía un ruido para que mamá Clementina abriera los ojos y lo regañara, y él pudiera gozar después de las lágrimas y las sonrisas de arrepentimiento de mamá Clementina. Mamá, mamá que había sido la más suave, pérfida e insensata, pero también la más bella de todas las hijas del abuelo Francisco, y la que estuvo

condenada a un destierro diario como castigo de no vivir dentro de su vida, como castigo por dedicarse a espiar su propia vida desde una cerradura que inventó el alcanfor.

Mamá, sin embargo, era mucho más importante y más querida que un diente de leche y cuando a Palinuro le dolía mamá Clementina, no había en el mundo nada más grande, nada más imperfecto, nada más desnudo que ese dolor.

Hasta que una tarde, de tanto pensar en todo, la mente de Palinuro comenzó al fin a ponerse en blanco, y él estaba con su primo Walter, y luego mamá estaba muerta en el jardín y el primo se acercaba a verla. Palinuro le iba a decir

al primo Walter que no hablara tan alto, pero recordó que mamá estaba muerta y que de ahora en adelante él podría gritar y cantar y disparar los cañones de sus ejércitos de plomo. Pero cuando vio que mamá estaba muerta en el pasto, quieta como una momia de musgo, amenazada por las plantas trepadoras y los escarabajos blindados. Palinuro se arrepintió y se despertó con el corazón dando saltos y mamá Clementina estaba a su lado, como siempre, y un sudor frío plateaba su siesta. «Tuve una pesadilla, mamá», le dijo con una voz muy suave como apretar la nieve con los dedos. Mamá no le contesto. «Tuve una pesadilla y soñé que mi corazón era mi

primo Walter.» Mamá apenas si movió los parpados. «Soñé que te morías, mamá, soñé que yo deseaba tu muerte con todo mi primo Walter.» Una pena, del tamaño de una golondrina, pasó volando por encima de mamá y la sombra de un ala recorrió su frente. «A veces cuando estoy despierto deseo que te mueras. Luego me arrepiento cuando estoy dormido.» Un pelícano gris se desplomó del cielo, se clavó de pico entero en el pecho de mamá y se quedó con las patas al aire. «Perdóname, mamá, pero a veces te odio y no quiero ser tu hijo.» Desde el mar llegó una gaviota negra que se posó en el corazón de mamá y la abofeteó con las alas.

Mamá comenzó a hacer ruidos sospechosos. «¿Me perdonas, mamá? ¿Me perdonas?» Y mamá, que ya, para entonces tenía un poco de espuma verde en la boca, lo perdonó mil veces, pero antes hizo que Palinuro le jurara otras tantas, por ella, por papá Eduardo y por él mismo, por el honor de sus juguetes y por las comarcas de Dios, que nunca más volvería a desear su muerte. Y Palinuro se lo juró. Lo juró por sus soldados y por las batallas irracionales dibujadas en la línea de fuego, lo juró por los Hijos del Capitán Grant y lo juró por el automóvil del abuelo Francisco, y lo juró por sus crayolas y sus escuadras y lo juró por la nevera y por sus bloques

de hielo que contenían pescados cristalizados. Mamá se puso tan contenta que comenzó a silbar una canción para ahuyentar las penas. A mamá le gustaba silbar las arias famosas como la plegaria de Orfeo, y lo hacía con las ventanas abiertas, de manera que todo el vecindario se enteraba de la muerte de Eurídice. Entonces la canción que mamá silbaba se desbordó por los balcones y caminó a la sombra de los muros rojos del Palacio de la Inquisición entre los puestos de frutas y las casa de empeño, y la gente se detenía y se preguntaba de dónde venía esa canción, quién la estaba silbando: el carnicero se quedaba a punto de destazar una cola de buey, el

saltimbanqui en el aire a la mitad de un salto inmortal; las sirenas de las fábricas dejaban de pitar y las vitrolas y las ambulancias se callaban mientras la canción seguía su camino y cruzaba las avenidas, daba vuelta en los callejones, espantaba a los peatones desprevenidos y paseaba en canoa por el lago del bosque, mientras la gente se detenía y se preguntaba y se maravillaba. Entonces mamá dejó de silbar y las ventanas se cerraron, las cortinas de papel de cobre se quedaron quietas, el alma de mamá se escapó por un hilo de saliva y Palinuro se hincó a su lado y lloró las Navidades en que mamá encendía las velas del árbol y papá llegaba a la casa con una

botella de brandy y el tío Esteban con bolsas de higos de Esmirna y pasas de Corinto y lloró sus primeros patines, las bodas de cristal, las fiestas de fin de año y los faroles chinos que iluminaban el corredor de la casa de sus abuelos, y lloró su escuela, y lloró las siestas y los suicidios falsos de mamá Clementina.

Media hora después llegaba la tía Lucrecia enfundada en zorros grises que arrastraban con sus colas legiones de polvo y algodones empapados en mertiolate y pus azul, se apoyó en el marco de la puerta, sacó de su bolsa sus anteojos, se los puso y contempló a mamá: «Ya sucedió. Lo supe desde hace una hora. Sentí un alfilerazo en la yema

del corazón y me dije: Clementina ha muerto. ¿Esa es tu madre, hijo? Parece mentira, qué acabada está. Hacía cinco años que no nos veíamos. Tú sabes, Palinuro, hijo, la familia ha crecido tanto que algunos de nosotros sólo nos vemos en las bodas y en los entierros. ¿Verdad, Clementina? Sí, sí, fue hace cinco años la última vez que hicimos un intercambio de alacranes. Tu madre tuvo su carácter, tú lo sabrás. Era necia, testaruda. ¿Verdad, Clementina?»

Pero no es que mamá Clementina fuera siempre así, como decía la tía Lucrecia. Había dos cosas, entre otras, que Palinuro tenía que agradecerle:

Una, eran sus obsesiones. Por

ejemplo, la obsesión que mamá siempre tuvo por la tripa de Palinuro y que comenzó la primera vez que lo bañó y se dio cuenta que Palinuro bebé tenía una prolongación carnosa entre la piernas. Hasta entonces, la idea que tema mamá de un bebe se parecía más a la de un ángel rollizo, como aquellos que suelen escaparse por las vulneras de las catedrales y por lo mismo, además de oler a una mezcla decadente talco Johnson y leche malteada, un bebé pertenecía a una especie de presente eterno, sin mutaciones posibles. A pesar de ello, a pesar de que ella misma, inasible como una exhalación estuvo siempre inmersa en el claroscuro donde

se conjugaba un pasado turbio que nunca acababa de irse y un porvenir luminoso que nunca se decidía a comenzar, se dio cuenta de pronto que dentro de Palinuro bebé había unos testículos, unos pelos y unos pensamientos lascivos que desde entonces luchaban por abrirse paso y que algún día iban a triunfar para que Palinuro no se perdiera la gran aventura de la vida, la ambigüedad de los sexos y el origen de las especies. Papageno, el Zar Saltan, la Princesa Turandot: todos los personajes de la ópera podían haber bajado a la tierra para consolar a mamá, y sus esfuerzos se hubieran ahogado en la alfombra del comedor.

«Vamos a meter al agua al niño

chiquito», dijo mamá, y la tripita se paró por la primera vez y le respondió a mamá con un chisguete. «Eso es una grosería», dijo mamá secándose las lágrimas mitad de orina y mitad de verdad, y metió al agua a todos los Palinuros posibles.

Entonces el líquido a pesar de que no era agua bendita como lo exigen los ritos católicos, y no era tampoco sangre de toro o miel como lo pide la liturgia tibetana, apenas entró en contacto con el cuerpo de Palinuro, con las nalgas sonrosadas en diminutivo, con los pies y las uñas y la espalda y las manos gordas en diminutivo, comenzó a bautizarlo. En menos de diez segundos, cada parcela

del cuerpo de Palinuro, cada orificio natural, cada pliegue y cada protuberancia, sin excepción de la tripa, se llamaron Palinuro para siempre.

«No puede llamarse así», dijo la abuela Lisandra, desde las profundidades de un vals.

«Me siento mal», dijo la tía Luisa, sin que su sentirse mal, por lo menos esa mañana, tuviera nada que ver con el bautizo de Palinuro.

«Para las almorranas no hay nada mejor que la pasta de dientes», aseguró el abuelo.

«Por Dios, Francisco, qué cosas dices.»

«Sobre todo, porque te da buen

aliento en caso de sinfónico arrastre.»

«Insisto», dijo la abuela Altagracia, y mientras tanto un descuido providencial de mamá permitió que el agua cubriera por un instante la cara de Palinuro, de modo que los iris y las niñas de los ojos, y las fosas y los cornetes de la nariz se llamaron Palinuro en la misma medida en que se llamaron así cada una de las partes musicales del oído, incluyendo los martillos, los yunques y los caracoles. Luego Palinuro dio un buen trago, y de ese trago la mayor parte recorrió y bautizó todo su aparato un; ario, incluyendo el doble filtro azul de sus riñones, llegó al meato y fue expulsada en forma de un líquido

amarillo y tibio, fenómenos repetitivos que cualquier médico podría explicar como un caso de palinuria simple.

«Eso es otra grosería», dijo mamá Clementina, que tenía una memoria espléndida aunque no necesariamente trágica: se sabía de corazón las tablas de multiplicar, los principales pasos del charleston, el color de los ojos de las compañeras de la escuela primaria que más había querido, y los nombres más bonitos de los ingredientes —como agua de marasque y crémor tártaro— de todas las recetas de confitería que coleccionaba con el amor y la perseverancia con los que otras personas coleccionan cucharitas de

plata, estampillas postales o enfermedades venéreas. Pero si hubiera sabido. Si mamá Clementina, como lo aseguraba el primo Walter, hubiera sido capaz de recordar también el futuro, cuando Palinuro regresaba a la casa con una borrachera fenomenal que desnudaba las paredes, vomitaba sus apéndices en los bastidores recamados y dormía sus siestas en los antepechos de las ventanas para desde allí desplumar su egolatría. Si por un instante hubiera imaginado las escaramuzas de Palinuro y Estefanía, o lo que es más lo hubiera visto tirado en la plaza como un helicóptero marchito, herido y sangrando por las luces del traje, mamá

Clementina se hubiera sentado del susto y la sorpresa, pues como decía el abuelo «Es mejor estar sentado que parado». O se hubiera acostado en la cama con una jaqueca en vísperas porque como agregaba el abuelo «Es mejor estar acostado que sentado». O se hubiera muerto, con varios años y varias embolias de anticipación, porque como concluía el abuelo «Es mejor estar muerto que acostado». O, sin exagerar, lo menos que hubiera hecho era levantarse a la mitad de la comida, temblorosa como un ramo de violetas recién cortadas: derramó el agua sobre el mantel, se tropezó con la silla y con el tapete, se golpeó con la perilla de la

puerta y la pantalla de la lámpara, se le doblaron las piernas y las pestañas, se pegó en la cabecera de la almohada, se desplomó sobre las cobijas, se enredó en la cama y tuvimos que correr a su cuarto y rascarle todo el cuerpo para que no temblara ya más. Y es que mamá Clementina todo lo arreglaba con una comezón. Así fue desde que era novia de papá Eduardo y los dos paseaban por el parque de La Piedad que había sido cementerio hacía muchos años y donde uno podía encontrarse una calavera asomada a flor de tierra. Mamá estaba subida en un tronco caído tapizado de líquenes y papá frente a ella con los pulgares metidos en las bolsas del

chaleco y el resto de los dedos
explayados y en movimiento como si
fuera a tocar al piano una romanza
ilustrada. Entonces mamá se resbaló a
propósito y papá no tuvo más remedio
que cerrar los ojos y abrir los brazos. Y
así, abrazados y sin dejar de besarse,
caminaron hasta una banca y se sentaron
y siguieron besándose sin preocuparse
de las hormigas rojas que se les subían
entre los calcetines y las medias y de los
moscardones que revoloteaban
alrededor de las lámparas de carburo.
Luego llegaron los zancudos. Papá sintió
comezón en una rodilla y se rascó.
Luego mamá sintió comezón en un
tobillo, empezó a rascarse y en eso

estaba cuando papá sintió comezón en el muslo derecho de mamá y se rascó un poco más arriba de las ligas floreadas, pero ya para entonces mamá había sentido comezón en la espalda de papá y se rascó con las dos manos a todo lo largo de la popelina. Luego papá sintió comezón en el perfume de Myrurgia, exactamente atrás de la oreja derecha de mamá, mamá en los pelos del pecho de papá, papá en la barriga de mamá al sur del ombligo y de los calzones de artisela, y las cosas hubieran llegado más lejos: por lo menos a un hotel de mala nota con personas oxidadas y preservativos fluorescentes, si no hubiera llegado la hora de cerrar el

parque. Y mamá recuerda esto como si hubiera sido ayer.

Mamá enjugó a Palinuro como sólo una mamá puede hacerlo, lo sacó de la tina y lo puso sobre una toalla azul.

«Los niños buenos no se tocan eso —dijo—. Está prohibido por las buenas costumbres.»

Palinuro no dejó de tocarse la tripa, porque no se la estaba tocando. Sin embargo, obedeció a mamá.

Y en fin, uno tiene tantos huesos que cargar en la vida, tantos músculos propensos a la sensiblería y a las inyecciones y tantas cavernas y glándulas donde se pudren los encajes de nuestra infancia, que no

terminaríamos nunca. Pero baste decir que el agua alcanzó a bautizar toda la anatomía de Palinuro y que en algunos casos rebautizó lugares comunes que por generaciones de sabios y lectores habían tenido el mismo nombre, provocando, así, una serie de reformas en el reino de la geografía y en los hervideros mitológicos. En su camino por los paisajes corpóreos, más allá de los valles silvianos y de los desiertos olfatorios, el agua llegó a la orilla de los Islotes de Langerhans que como todo el mundo sabe están en el páncreas, y bautizó las playas de cristal con el nombre de Islotes de Palinuro. Desde entonces, también, la vértebra Atlas y el

tendón de Aquiles se llamaron vértebra Palinuro, el que sostiene al mundo en sus hombros, y tendón de Palinuro, el héroe griego que se alimentó en su adolescencia con tuétano de león.

La otra cosa por la cual Palinuro estaba o debía estar agradecido con mamá Clementina, era por el simple hecho no tanto de que lo hubiera traído al mundo, sino por todos los trabajos (más de los que tuvo Estefanía) y todos los sacrificios (muchos más de los que hizo mi prima) y todos los dolores que le costó preparar su vientre para traerlo al mundo.

Mama Clementina se imaginó que sufría una esterilidad absoluta.

El doctor se imaginó una esterilidad relativa, que podía quizás atribuirse a espasmos tubulares provocados por conflictos y tensiones emocionales.

Palinuro, después de que mamá con toda impudicia le contó cómo era que había tenido estrechez uterina, y cómo decidió no decirle a nadie y curarse en secreto, y cómo una hermana de papá Eduardo iba por ella y las dos decían que se iban al cine cuando que de verdad se iban al consultorio y cómo el tratamiento para ensanchar el cuello uterino le producía dolores espantosos y cómo se los ocultó a todos, y cómo sin embargo gozó con esos dolores porque era como si Palinuro estuviera ya

creciendo dentro de ella, en cierto modo, y martirizándola sin querer, Palinuro se imaginó —no pudo evitarlo — se imaginó a mamá en la cocina, mamá desayunando, mamá yendo al parque con papá, y con una laminaria metida en su útero, una laminaria que crecía y se dilataba a cada instante para abrir paso a la posibilidad de que él, Palinuro, de que tú, hijito, fueras concebido.

Mamá no le dijo más. Pero en la Historia de la Medicina del tío Esteban, y en los diccionarios y los tratados de obstetricia, Palinuro supo después que Albucasis había descrito el tratamiento de la fractura del pubis de una mujer

introduciéndole en la vagina un globo que era inflado después por el médico, y que esto podía considerarse como el primer indicio del colpeurinter. Y que el colpeurinter era algo así como un saco de caucho vacío que se colocaba en el útero y se llenaba luego con agua para corregir la estrechez. Y que para la estrechez uterina podían emplearse, como dilatadores, otros cuerpos: una esponja, una laminaria. Y que laminaria era el nombre con el que se conocía una especie de alga, la *Laminaria digitata*, cuyo pedúnculo servía para corregir la esterilidad relativa debida a la estrechez del cuello uterino porque una vez seco tenía la propiedad de hincharse con la

humedad de los líquidos orgánicos y adquirir un gran volumen.

Y Palinuro se imaginó que mamá Clementina, en las noches, cuando papá Eduardo estaba dormido, caminaba de puntitas hasta el ropero, donde tenía escondida su laminaria guardada en un frasco con éter yodofórmico junto a sus relicarios y sus pinzas para rizarse las pestañas y su ropa interior perfumada con briznas de tomillo, y la ponía a secar al sereno en el jardín y luego, cuando papá Eduardo se iba a la casa comercial, mamá descolgaba la laminaria escondida entre las hojas del naranjo, le espantaba las abejas y el rocío, se encerraba en el baño y se la

colocaba ella misma en la vagina, y después, como si nada, como si no sintiera dolor alguno, como si no tuviera metida en la vagina y en el corazón una esperanza cada vez más grande y más húmeda de tener un hijo, mamá, que siempre fue tan resignada, mamá, que siempre supo bordar leyendas en las espaldas de los santos y contar su pobreza en decimales, mamá, mientras sacudía y barría las recámaras de los huéspedes de Altagracia, comenzaba, como si nada, a silbar una canción.

Y todo eso lo hice para que nacieras tú, hijo, repitió mamá Clementina desde todos esos lugares, tan incómodos, donde estaba muerta. (Pero era mentira.)

Hasta que un día el ginecólogo, en cuyos anteojos brillaban dos estrellitas agoreras, le dijo a mamá Clementina: «Está usted lista, señora, son doscientos pesos».

Mamá regresó del consultorio con los ojos llenos de paisajes resplandecientes, con las entrañas corroídas por el entusiasmo y el corazón envuelto en una cáscara de sueños, y caminó despacio por las calles y sintió que iba desnudándose, que su ropa se enredaba en los árboles y en los alambres de púas, y se la llevaban los pájaros y la colgaban en los astabanderas y en los cables de alta tensión, y así, desnuda, llegó a la casa

lista para entregarse a papá Eduardo y ofrecerle sus más variadas posiciones así como la inversión total de su carne.

Y se hizo el milagro por el que tanto le rogó mamá a la Virgen y por el cual le prometió llevarle a su santuario un ramo de flores regado con sus lágrimas sincrónicas y un ropaje milagroso donde bordaría penachos y tutilimundis.

El milagro por el cual, también, caminó de rodillas desde la puerta del templo hasta el altar mayor. Y fue allí donde Palinuro Primero vino al mundo, inmerso en unas gotas de púrpura, en un plenilunio que humedeció apenas los muslos de mamá. «Esa hemorragia señora —le dijo el médico— fue una

eflucción. En otras palabras, usted expulsó el huevo fecundado, que aún no se había adherido al útero. En otra palabra más, fue un aborto. Pero si no me equivoco, usted quedó en condiciones de embarazarse de nuevo.»

Por eso fue mentira: toda esa paciencia, toda esa reserva ultrasolar de energías que mamá demostró tener, toda esa destreza para transformar el dolor en un cataplasma cordial, estaban, en verdad, dedicadas a Palinuro Primero, que jamás pasó de ser óvulo descarriado de la familia y que fue relegado a un bote de basura, de manera que en realidad Palinuro fue concebido antes de serlo, y si bien inauguró la matriz de su

madre no fue el primer hijo que ella tuvo en su seno, de modo que cuando nació, con el nombre de Palinuro Segundo, era, en realidad, su hermano menor. Lo único que sí hizo mamá Clementina por Palinuro Segundo fue que, tras ese paréntesis manantío, y con el corazón lúcido, dispuso con papá Eduardo las coordenadas de un nuevo acto sexual, alevoso y casi sencillo, casi mecanográfico, con el que logró al fin colocar a Palinuro Segundo en su vientre, del cual salió nueve meses después para venir al mundo, o para que el mundo viniera a él y le abriera los ojos a su estulticia y su vaciedad.

Mamá no tenía por qué haberle

contado eso a Palinuro. Mamá tampoco tenía por qué haberle dicho una vez: «Tu padre no me satisface», porque Palinuro no estaba ya en edad de imaginarse que tu padre no me satisface quería decir que papá Eduardo no le regalaba chocolates rellenos de topacios, que papá Eduardo no la llevaba a ver películas de Charles Boyer, no le inundaba el alma con aleluyas y tamarindos o no la llevaba a patinar al Luna Park. Quería decir, simplemente...

Mamá, en otras palabras, no debió haberle contado, nunca, que ella había sido una vulva con dos patas, y papá Eduardo un falo con dos manos. Y que cuando Papá Falo llegaba, por las

noches, Mamá Vulva se abría de cuerpo entero y le mostraba a Papá Falo el agujero cósmico, el cadalso sin fondo y más allá los ovarios que colgaban de sus orejas como esferas de navidad, y más allá todavía la tumba-huevo que le regaló al concebirlo, y más allá la gelatina de sus huesos. Y que Papá Falo se apretaba la cabeza con sus manitas blancas y huesudas y en la punta de su calva brillaba la perla que depositaría en Mamá Vulva, en Mamá Valva. Pero entonces a Mamá Valva comenzaban a crecerle los labios mayores, y mientras más crecían más se adelgazaban y cuando alcanzaban el tamaño de unas alas de mariposa, Mamá Valva escapaba

de Papá Falo y volaba sobre un campo donde los hijitos Falos crecían como hongos venenosos, y una corte de vulvas de alas negras como alas de murciélago la seguían en su vuelo suave y gracioso mientras la noche cubría la tierra con sus estrellas plateadas y malignas y sus cometas de carbón y Palinuro flotaba en las aguas amarillas con su cuerpo de caracol marino pegado a una concha de glándulas sebáceas y soñaba con una enorme langosta roja que lo amenazaba con sus tenazas de metal. Después Mamá Valva se contemplaba de vulva entera en un espejo rodeada por su corte de mariposas y se peinaba sus largos y lacios pelos púbicos que le llegaban a la

punta de los pies, pedía a gritos que le llevaran a su paje favorito y Palinuro se despertaba y se transformaba en un paje y mamá lo cubría con sus alas y Palinuro volvía a dormirse dentro de ella y a navegar de nuevo en un río plástico, bajo gárgolas averiadas y rumbo a castillos de ceniza. Luego Mamá Valva entraba en el mar y una colonia de delfines danzaba a su alrededor y un delfín negro y con escamas de plata y lepra equilibraba en su nariz un testículo enorme, rosado y cubierto de venas azules y rojas y lo arrojaba a otro delfín, pero el testículo caía en el mar y de las aguas brotaba un surtidor ardiente. Y Mamá Valva abría sus labios y sus alas

se incendiaban y los delfines, uno tras otro, saltaban a través del círculo de llamas negras.

Y esto quería decir que papá no la satisfacía, y que a mamá comenzaba a darle comezón en todos los agujeros roñosos de su piel que destilaban miel de avispas y salía después al balcón a la media noche, a llorar y casi, casi a poner el grito en el cielo.

No, mamá nunca debió contarle esto a Palinuro en las largas tardes en que Palinuro tenía cinco años y un hígado demasiado pequeño para soportar las madejas de teoremas que embotellaba en su corazón, y de la mano de mamá Clementina iba a la consulta de un

homeópata que sabía muy bien cómo sacarle a mamá las cuentas de una plegaria. Y Palinuro tenía que echarse en la bolsa sus ilusiones de oro y su soldado de plomo, su capitán favorito herido a mansalva que sabía como ninguno hacer escarmiento de aquellos entre sus enemigos que por una coincidencia tenían un leve parecido con los matones de la escuela, y a quienes rasgaba en sus propias caras la bandera enemiga y les entregaba a cada uno un pedazo de distinto color. En esas horas de espera, largas y casi monásticas que Palinuro pasó en el consultorio, además de escribir sus primeros versos que recordaban esa niñez de leche de

almendras condensadas que todos hemos perdido una vez en la vida, y que Palinuro perdió dos veces, descubrió el cuadro que representaba a la muerte y a un médico luchando por arrebatarse a una mujer desnuda, y se arrepintió de haber deseado la muerte de mamá y se dijo entonces que ese mismo cuadro colgaría de la pared de su consultorio cuando fuera doctor, y que cada minuto de su vida estaría dedicado a luchar contra la muerte, y juró que nunca dejaría morir a mamá Clementina, que pondría a todas sus muertes posibles en un costal y las echaría al mar, que a otras las tiraría de espaldas y de sorpresa, que a otras las haría

resbalarse por la mantequilla de las carreteras y a otras las pondría frente al soplo aguado de los espejos para que se murieran de viejas, y a la peste negra la pintaría de blanco, y a las viruelas las volvería locas y al cáncer le cambiaría el signo del zodiaco.

Pero ésta era otra más de las promesas que nunca pudo cumplirle a mamá Clementina. El coágulo invisible que mamá guardaba dentro de ella desde que era una niña (de la misma manera que había llevado siempre el huevito del que nacería Palinuro) y que comenzó desde entonces a rondar en secreto por sus venas y por sus vasos comunicantes, alimentándose con células mortificadas

y con fagocitos pálidos y con el deseo, firme como una plomada y tantas veces expresado: «No quiero vivir mucho, no quiero llegar a los cincuenta años y presentarme en el cielo hecha una vieja», ese coágulo, esa burbujita aérea que fue creciendo con los años como una bola de nieve sucia, se había atascado al fin en el corazón de mamá Clementina. Y allí estaba ella, incendiada de sudor y sueros, abandonada por las venoclisis, cubierta de historias clínicas y de electrocardiogramas silenciosos, muerta en la cama del hospital. Allí estaba también la tía Lucrecia, tragándose el sueño a bostezos y repitiendo una y otra

vez: «Cuando sentí el alfiletazo que te digo, vi que eran las dos y cuarenta y siete. Dime, hijo: ¿a qué hora murió tu madre?».».

Sucedió entre la ensalada y el arroz, o tal vez entre el arroz y la carne, quién lo sabe, quién lo va a saber: el recuerdo —pensó Palinuro— es un ventrílocuo delirante que nos pone en los labios palabras ardientes y mentiras blancas y hechizos que brotan disfrazados de aventuras y que nos hacen confundir el arroz con la ensalada y el primer coágulo con el último. O tal vez fue un afán inocente por sacralizar esos días, que de por sí estaban perdidos. El caso es que Palinuro salió de la escuela,

llegó a su casa y se sentó a comer con mamá Clementina y estaban los dos solos porque papá Eduardo comía en la casa comercial, inclinado sobre sus fracasos y los huevos fritos, y la tarde prometía un pálido folklor de sobremesa y los acostumbrados chismes y bromas que le hacían a mamá olvidarse de lo que ella llamaba la ingratitud cuajada de Palinuro. Para entender esto, para comprender que hiciera lo que hiciera Palinuro siempre sena un ingrato con mamá, habría que vivir con ella algunos años y saber que su corazón, frágil como un dios y vehemente para negarse el placer de la vida, era sin embargo sólido para el chantaje y para destilar la

ley del más débil. Así fue la segunda vez, las otras muchas veces en que Palinuro tuvo una idea aproximada de la muerte de mamá. Lo que debía seguir eran los gritos, las medicinas, los doctores, la casa patas arriba y mamá Clementina que se levantaba de sus escombros a los diez días, lista para vivir unos meses más ¿o unos años? en ese mar borroso donde las olas dejaban aquí y allá un respiro entreverado de digitalina y sales inglesas. Si Pal uro dejaba los estudios de medicina para ponerse a pintar, Palinuro era un ingrato. Si Palinuro dejaba la pintura por la publicidad, Palinuro era un ingrato. Si Palinuro no le daba la razón a mamá

cuando ella y papá comenzaban a arrojarse insultos y acababan arrojándose los platos, las lámparas, la casa y el mundo, Palinuro era un ingrato. Y Palinuro era un ingrato si no se acordaba de su cumpleaños, si no respetaba su siesta, si esto, si lo otro, si lo demás allá. Y cuando mamá, muy seria, con su voz llena de salamandras y sapos blancos que vivían felices en su inmundicia le decía que la próxima embolia iba a ser la última, la que iba a llevarla a un purgatorio donde papá le haría el amor a todas horas de todos los días como un varón que amanece a cada instante, y Palinuro no se conmovía hasta las lágrimas con esta historia,

Palinuro era un ingrato.

Mamá no quiso escuchar más promesas de Palinuro y esa tarde, entre la ensalada y la sopa, o entre la carne y el postre, quién lo va a saber, me duele la pierna, dijo; y el tenedor cayó sobre el plato con un brillo especial. «Es un calambre», dijo Palinuro. «No —dijo mamá—: es una embolia, la última.» Mamá quiso caminar pero se dobló como una muñeca de trapo, así que Palinuro la cargó para llevarla a la cama y luego la cargó para siempre, desde esa tarde, con todo y su cama clínica y su caja de acero, sus encarnaciones futuras y la tierra invadida por las flores. Y mamá sin embargo era tan pequeña, tan

liviana, que Palinuro se sintió como quien lleva en brazos a un compañero ametrallado y escucha cómo el aire silba por las heridas del cuello y siente cómo la sangre le empapa las manos. Pero no, no era sangre, hijo, hijito, qué pena, me orine, le dijo mamá. Era tan sólo un esfínter que se cansaba, al fin, de tanto jugar a abrirse y cerrarse. Era, también, otra de las venganzas tardías de mamá. Luego, en menos de lo que se dice, un rocío gris plantó la Cuaresma en la máscara dulce que tenía por cara, en un tobillo manso, en el rincón del cerebro donde se fraguan las fantasías verbales, y fue mamá ya no habla, mamá no puede mover la pierna izquierda, mamá está

llorada de lociones y nevada de talcos, mamá y el hospital, mamá y diez horas de sueño tranquilo, mamá y su agonía que comenzó a la una y veinticinco de la madrugada.

A esas horas, aferrada a los barrotes de la cama con esas manos que bordaron en madera la historia de Genoveva de Brabante, mamá tenía un racimo de burbujas verdes en la boca. A la una y veintiséis mamá soltó los barrotes y quiso decir algo, nunca se supo qué, si una hermosa frase que se prendería con artificios al aire suave, o una injuria más contra papá, o quieres más arroz, hijo, porque su rostro se arrugó como si le hubieran caído veinte siglos encima y se

quedó quieta como una amapola desvencijada y con los ojos turbios. A la una y veintisiete, comenzó a guiñarles los ojos a las enfermeras. A la una y veintiocho le estalló el páncreas. A la una y treinta el camisón y las sábanas comenzaron a palpitar a la altura del corazón. A la una y treinta y seis mamá comenzó a bailar y las enfermeras tuvieron que amarrarla por las muñecas y los tobillos. A la una y cuarenta y dos se le reventaron los riñones. A la una y cuarenta y siete mamá se orinó por segunda vez. A la una y cuarenta y ocho las burbujas verdes se transformaron en un vómito negro. A la una y cuarenta y nueve le crecieron unos pelos largos en

el corazón. A la una y cincuenta y dos mamá ya no quería bailar en la cama. A la una y cincuenta y cinco mamá comenzó a vomitar trocitos de pulmón de piel de víbora. A las dos y tres, mamá dejó de guiñarles los Ojos a las enfermeras y los cerró. A las dos y siete los abrió de nuevo. A las dos y diez se le reventaron los oídos y cedió el esfínter anal. A las dos y doce las enfermeras la limpiaron y la perfumaron con lavanda. A las dos y quince se que do quieta, lloro un poco de sangre arañó las sábanas. A las dos y dieciséis se le cayó el pelo. A las dos y dieciocho mama comenzó a respirar como un fuelle. A las dos y veinte le estallaron en

el cerebro todos los recuerdos, los paseos por el parque de La Piedad, su viaje a Nueva York, el lago Michigan que se helaba en el invierno, la pierna gorda del abuelo Francisco. A las dos y veintiuno mamá les enseñó la lengua a las enfermeras y expectoró un chorro de mucosidades por la nariz. A las dos y veinticuatro, le dio pulmonía. A las dos y veinticinco, le dio tifoidea. A las dos y veintisiete, le dio sarampión. A las dos y veintinueve se le complicaron el párpado derecho, la trompa de Eustaquio y el ganglio semilunar. A las dos y treinta le estallaron, en orden sucesivo, el ojo derecho, el bazo, la nariz izquierda y el esternón. A las dos y

treinta y tres todas las fotografías donde estaba como una niña buena que la tía Luisa sentaba en sus rodillas y como jovencita de trece años que comulgaba cada viernes primero en la iglesia del Rosario y como señora decente que iba cada semana a las consultas del doctor Latorre, comenzaron a cuartearse y se cayeron a pedazos. A las dos treinta y cuatro el pulso inició el ascenso desde las muñecas y los dedos de los pies. A las dos y treinta y cinco el pulso se localizaba en las tibias y en los hombros. A las dos y treinta y siete, le dio la vuelta a las ingles y descendió por el cayado de la aorta. A las dos y treinta y nueve el pulso se ahogó en el

corazón dando alaridos y el corazón comenzó a coagularse y se le cayeron los pelos largos y los dientes de leche. A las dos y cuarenta, mamá estaba teóricamente muerta. A las dos y cuarenta y uno las enfermeras sacaron todas las sondas que la comunicaban con el mundo exterior y con los espacios interplanetarios, con los ceniceros y los telegramas. A las dos y cuarenta y tres llegó el jefe de la clínica, se quitó su impermeable y su saco, se arremangó la camisa, examinó a mamá y a las dos y cuarenta y seis la declaró muerta. A las dos y cuarenta y siete Palinuro se dio cuenta. A las dos y cuarenta y nueve salió a la sala de espera, encendió un

cigarrillo y se dio cuenta que mamá no sólo estaba muerta allí, en su cama, sino también a todo lo largo del hospital, de las paredes y los plafones, las crujías y los orinales. Palinuro se acercó a la ventana donde también mamá estaba muerta entre los vidrios y las moscas muertas, y vio que en los automóviles, en la gente que caminaba por las calles, en las azoteas y en los tinacos de agua verde, mamá estaba muerta. Mas allá de la ciudad y de las Secretarías de Estado y de las agencias de publicidad, mamá estaba muerta en las montañas, en los árboles, en las piedras. Más allá de sus ilusiones, mamá estaba muerta en todos los condes y las condesas de Flandes y

muerta en el Béguinage y muerta en Brujas la Muerta. Palinuro pensó en su casa y en la casa blanca que mamá iba a tener algún día. Y mamá estaba muerta en la alfombra de la sala, en la licuadora, en los tenedores, en las cortinas floreadas de la cocina. Quiso imaginársela sentada en su mecedora espacial, sonriendo, bordando un ramo de flores silvestres en la funda de una almohada, y vio que estaba muerta en la mecedora, en las agujas, en los hilos rojos, en sus lobos y en sus lámparas. Recordó sus cartas donde ella le pedía que le escribiera todos los domingos, y supo que mamá estaba muerta en el perfume de las lilas, en un cajón del

escritorio, en el domingo próximo. Regresó al cuarto para verla una vez más muerta en la cama y vio que mamá estaba muerta abajo de la cama, en la orilla derecha de la cama, en la cabecera de la cama. La besó en la frente y supo que estaba muerta en sus huesos, muerta en sus cabellos y en su piel. Más tarde, cuando llegó la tía Enriqueta, cuando llegaron los amigos, sabría que mamá estaba muerta también en todos ellos, muerta en los zorros plateados, muerta en las corbatas negras, muerta en la cinta de esparadrapo de papá Eduardo y muerta en la bolsa de chaquiras de la tía Lucrecia y en el chaleco de rombos del primo Walter. Y

comprendió que para siempre jamás, aunque las cosas no lo supieran, aunque las barredoras y las toronjas del Parián y los policías quedaran intactos por la muerte de mamá, mamá estaría muerta en todas partes: arriba de la cama, abajo de la arena y de los nidos de cangrejos, sobre las olas y bajo los valeses, muerta a la entrada de los cines, en los salarios caídos, en los campos de concentración y en los tratados de botánica; muerta en las noticias de Vietnam, en el Popocatépetl y en la calle Cuarenta y Dos, y muerta en las cartas a la Doctora Corazón, muerta en los azulejos arrepentidos de los mingitorios, en las once mil vírgenes de Santa Úrsula y en

los cursos por correspondencia. Allí, en las tabernas, en las explosiones demográficas y en los ángeles de Memling mamá estaba muerta. Y estaba muerta, también, en sus palabras.

La tía Lucrecia se entregó a las páginas amarillas del directorio para organizarle a mamá un funeral en toda forma, en el que no faltara una caja con herrajes de acero, plañideras de varios sabores y guirnaldas espolvoreadas con refranes. Después se entregó a las páginas blancas para avisarle a cuanto pariente, amigo o conocido existía a cincuenta kilómetros a la redonda del hospital. «Siento mucho la muerte de tu mamá», dijo el tío Austin, con un aliento

que hizo ruborizarse a las orquídeas que la tía Enriqueta llevaba en el pecho. Por su parte la tía Enriqueta, que estaba veinte kilos más delgada y más vieja, abrazó a Palinuro y exclamó entre hipos y sollozos: «Pobre de tu mamá, que no conoció a sus nietos». Palinuro no pudo quejarse. Llegaron otros tíos y llegaron los primos. Llegó su abuela Lisandra, llegó el tío Felipe. Llegó Molkas y llegó Fabricio. Contaron pocos chistes y se robaron algunos ceniceros, y todos le dieron algo: un pésame, un abrazo, una condolencia, un ramo de gardenias o de gladiolas blancas, y trataron de distraer a Palinuro hablando de la ocupación nazi, de la devaluación del peso, de las

inundaciones de la ciudad de México que como dijo el tío Felipe ponían a flote, además de un poco de mierda, la ineptitud de los regentes. Más tarde platicaron (a propósito de lo que había dicho la tía Enriqueta) de todo aquello que mamá ya no iba a conocer además de sus nietos. «El vuelo a la luna», dijo el primo Walter. «La tercera guerra mundial», agregó el gerente de la funeraria. «La televisión a colores», dijo la tía Laura. Y casi todos se estuvieron un buen rato. Algunos cuatro horas. Otros durante dos cigarros y tres tazas de café. Se habló también de las diferentes clases de agonías y de muertes que la gente suele sufrir. Con

inyecciones de morfina día y noche. Con ventosidades escarchadas. Con espasmos terebrantes. De cáncer. En el baño. En la oficina cuando se agacha uno a tomar agua. En la rueda de la fortuna cuando se desprende un carro y cae en un puesto de tiro al blanco. El borracho que se orinó en un poste de la luz y se electrocutó por vías urinarias. Y un hombrecito miope que se había equivocado de velorio se acercó a Palinuro, le dijo «Lo acompaño en su dolor», contempló las explosiones florales que coronaban el ataúd y agregó «No cabe duda que fue un gran hombre». Luego todos comenzaron a despedirse y le prometieron a Palinuro que

regresarían en la tarde para acompañarlo al entierro. Palinuro se quedó solo, se sentó en un sillón y soñó que mamá estaba muerta arriba del ataúd, y que los viejos amigos, los que también estaban muertos, llegaban a verla. El general del ojo de vidrio, que se inclinó sobre mamá y le obsequió una sola lágrima y la lágrima escurrió por la cara de mamá como si ella misma la hubiera llorado. El ex diputado Fournier, que aplicó su trompetilla acústica al corazón de mamá en busca de una esperanza póstuma. Y el abuelo, el tío Enrique, la tía Luisa que llegó a las diez de la mañana hora de París y don Próspero que por primera vez en

mucho tiempo estaba triste del lado izquierdo y triste del lado derecho. Y Flavia la sirvienta y el tío Esteban carcomido por la tuberculosis, y los polacos, y el tío Alejandro que vivió entre los vivos y los muertos durante tantos años.

Mamá Clementina presidió su entierro. Iba en una carroza gris con vitrales violetas que despertaron la admiración y el olvido, y atrás de ella una fila de automóviles de todos los colores y fábricas. Cuando pasaron por el mercado de las flores las vendedoras se persignaron con margaritas y rosas de Castilla. Cuando pasaron por el bosque los ciclamos dorados se

desprendieron de algunas de sus hojas. Al llegar a la fuente de la Diana Cazadora el viento arrastró una cortina de agua iluminada por un arco iris triunfal. Tres avenidas adelante un vendedor de sombreros se quitó diez sombreros al mismo tiempo y un policía se crucificó para detener al tránsito y dejarle el paso libre a mamá Clementina. Pero ya para entonces el cortejo fúnebre se había visto entrecortado por los semáforos y las defecciones. Tres automóviles en los que viajaban algunos condiscípulos de Palinuro, vestidos de blanco y con sus anatomías entre las piernas, perdieron la pista en la esquina del Paseo de la

Reforma y la Avenida de los Insurgentes y regresaron a la Escuela de Medicina. Cinco más, entre ellos un Volkswagen rojo y flamante, voltearon hacia la derecha, y se descarriaron en la letanía delirante de la gran ciudad. En Observatorio y Tacubaya un Packard negro levantó el cofre, lanzó un surtidor hacia las nubes y se quedó quieto como una ballena, y en la esquina de Revolución y Calle Siete un Plymouth beige y un Pontiac amarillo decidieron desertar hacia una cantina para celebrar allí el ocaso de un whisky. Mamá Clementina siguió adelante, reflejando en sus vitrales los callejones y las cabinas telefónicas, los limosneros y los

cilindros de las peluquerías, y a la altura de Mixcoac más de la mitad del cortejo tuvo que esperar el paso de treinta carros de ferrocarril llenos de pasajeros pobres que comían sandwiches de atún y se persignaban y les decían adiós y de niños que vomitaban por las ventanas. Cuando el tren acabó de pasar y se vio que adelante seguía una calle que terminaba en ángulo agudo, catorce automóviles más desistieron y otros tres se dedicaron a preguntar en las misceláneas y en las distribuidoras de petróleo diáfano si alguien había visto pasar a un cortejo. Pero hubo automóviles fieles donde viajaban amigos viejos, los primos de la infancia,

las tías Lucrecia y Enriqueta, y mamá siguió adelante rumbo al Panteón Jardín que la esperaba con las fosas abiertas. En el kilómetro tres, mamá alcanzó a un grupo de ciclistas con camisetas anaranjadas que subían una cuesta en cámara lenta y que le sirvieron de escolta, se adelantaron, alejándose, en la bajada, y volvieron a acompañarla en la subida siguiente, se alejaron de nuevo más veloces que la nieve derretida que corre hacia los valles, y de nuevo la acompañaron cuesta arriba cuando los pinos comenzaron a sombrear el camino. Mamá Clementina llegó en decimonoveno lugar, cruzó la meta con las luces encendidas y los jueces se

despidieron de ella con sus banderas en la mano. Cuando mamá entró al Panteón, la recibieron con campanas y palomas y luego una lluvia amenizó el entierro y proveyó de lágrimas a los asistentes. Todo el mundo lloró de la cabeza a los pies, todo el mundo, incluyendo a Palinuro que permaneció firme como un paje satinado mientras las paladas de tierra sepultaban las disciplinas y los infiernos de Mamá Sandía, Mamá La Pobre.

Cuando se quedó solo después de despedirse de mano y abrazo de todos los parientes y los amigos y cuando mamá estaba ya acostada tres metros bajo tierra o lo que era lo mismo de pie

frente a la eternidad, Palinuro recordó que era casi un niño y sacó de sus bolsillos, para obsequiárselas a mamá, las octavas maravillas y media que allí guardaba: un sapo; tuercas y tornillos; una moneda antigua; la historia del abuelo y el capitán con la bala en la pierna y el gringo viejo; un grillo en una jaula de corcho y alfileres; su pañoleta de *boyscout*; dos piedras casi preciosas y tres huesos de chabacano. Luego espantó a los pájaros que amenazaban con llevarse las coronas entre los picos, se sentó en el polvo y en voz baja, para no despertarla, se puso a conversar con su querida Clementina.

18. La última de las Islas Imaginarias: esta casa de enfermos

1.

Buenos días, doctor Palinuro. Y cuando digo «Buenos días», sepa usted que quiero decir eso exactamente. Hay días, doctor, como fábricas de sidra, que navegan sobre las nubes y espurrean burbujas y olores a manzana: son los días en que nos emborrachamos hasta

matar la idea. En mi calidad de subdirector médico del hospital, he venido a darle la bienvenida a nombre de todos los doctores, las enfermeras, los oficinistas y los mozos. Otros días a uno le dan ganas de mandar al mundo por un tobogán con todas sus correspondencias, doctor, sus automóviles, sus estadísticas románticas y el oropel helado de los pasteles de bodas: son esos días como lagartos inmóviles que se trasladan a la velocidad de la Tierra y uno se queda en la cama leyendo, dibujando un amanecer entre las ruinas, durmiendo. Hemos preparado un *tour* por todos los pabellones a fin de mostrarle cómo

hemos realizado los proyectos que usted concibió desde su exilio en el Ministerio, doctor Palinuro, y yo me permitiré ser el cicerone de esta gira. Otros días, —quizás la mayor parte— son grises, doctor: consolidan una arquitectura desaliñada, la ciudad se espina de campanarios, un licor turbio donde flotan miles de suéteres verdes y tristes inunda las calles, las apisonadoras desparraman el excremento de los perros y por un descuido espectroscópico el arco iris se cae en los charcos de petróleo: son los días sin remedio, las horas mediocres que atesoran nimiedades, inventarios inofensivos y olvidados. En nuestro

recorrido por los pabellones nos acompañarán los más destacados cirujanos y especialistas de nuestro personal, entre los cuales figuran algunos patólogos que han tomado cursos de karate para controlar a los maniáticos, así como fisiólogos encuadrados a las teorías de Santiago Ramón y Cajal. Y olvidaba decirle, doctor, que hay días también, como éste, para visitar hospitales, para comprender que si existen los microscopios bañados con babas y los bisturíes que encanecen en los frascos de alcohol, también hay estrellas que se apagan en la tina del baño y faisanes que cruzan el cielo llevando en su pico las uvas con las

cuales serán cocinados bajo fuentes de plata almibarada. Me parece casi inútil advertirle, doctor, que sus ideas han sido objeto de ataques enconados y abiertos por parte de numerosos higienistas y sociólogos, algunos eminentes, por cierto. La envidia crece en todos los lugares, doctor: en las agallas de los chalecos y en la profundidad de las baterías solares. Mire usted por ejemplo estos zapatos nuevos, de charol, que me compré la semana pasada. Pero permítame colgarle su estetoscopio del cuello y ponerle los guantes de hule que William Stewart inventó por amor a las manos de Carolina. Le decía, colega, que las

objeciones más sólidas han sido, naturalmente, las que tienen que ver con la asepsia, el aislamiento de los infecciosos y la moral de los pacientes. Lo que sucede, en otras palabras, es que la humanidad, mientras espera la iluminación de una limosna, ha dado media vuelta para regresar al período de la historia en la que ha sido más infeliz: mire usted, doctor, esta fotografía de cuando yo tenía 20 años. Inútil decirle que los resultados obtenidos hasta ahora han debilitado esos argumentos: los contagios han sido escasos; los pacientes, en su inmensa mayoría, tienen oportunidad de paladear las enfermedades de sus vecinos de cama, y

por otra parte les resulta edificante, en los desenlaces fatales, ver que los otros se mueren de enfermedades distintas y no de las que ellos padecen. Pero comencemos nuestra visita, doctor, permítame que lo tome del brazo y caminemos por este corredor que regurgita el bullicio gris de multitudes de enfermeras y practicantes que hablan y cantan, se besan en los umbrales de los quirófanos y empujan convoyes de curación que contienen ramos de claveles, jeringas doradas y frascos tintineantes y que le abren paso a nuestra comitiva y lo saludan, doctor, y se deslumbran con su autoridad carismática. Sabrá usted que Torcuato

Tasso cuenta cómo los hechiceros viajan en carros arrastrados por unicornios blancos, en medio de las nubes. Quiero decirle con esto que nuestro viaje no será, por lo tanto, menos maravilloso: ni las esponjas que humedecen el desvarío, doctor, ni las navajas de afeitarse que me persiguen en mis sueños, echarán a perder el gusto que me causa acompañarlo: corresponda usted a los saludos, y agite su estetoscopio en el aire si así lo desea. Mientras nos acercamos al Pabellón Acústico debo agregar que los otros ataques que hemos recibido son inconsistentes y podemos por lo mismo olvidarlos, así como olvidamos la teoría de los cuanta o los

instantes que estallan y son astros de Octavio Paz. Hemos respondido a nuestros enemigos con mayor número de argumentos que los que usó Alberto el Grande contra los averroístas. No vale la pena, pues, mencionar que acusan a esta clasificación de grotesca, barroca e inhumana. Deberían tomar en cuenta estos críticos que lo grotesco e inhumano, por ejemplo los tumores en delitescencia, la sangre vertida al espacio exterior y los gusanos que estremecen a la tierra con su suavidad, se dan por sí mismos en muchas dolencias independientemente de nuestros afanes taxológicos que no hacen sino dramatizarlos. Y deberían

asimismo tomar en cuenta que nada hay más inhumano que las enfermedades en sí: las invasiones de microbios, las fugas del pensamiento y las leucemias que transforman a nuestros niños en amorfos de la escuela de Boucher y Vanloo, doctor, en fin, todo aquello que atenta contra el maravilloso mecanismo que es el cuerpo humano y perdone usted si caigo en lugares comunes, pero cuando usted dice: el cielo es azul zafiro lo que hace usted ni más ni menos es asistir al encuentro de los gallardetes. Por último hay días, doctor, que sin dejar de ser azules y luminosos, se ponen tristes para hacer juego con nuestra tristeza. Si a usted, doctor, por

ser tan joven no le ha tocado uno de esos días, tiene que imaginárselo como un día sin alarmas, sin aguinaldos trágicos, muy distinto, de esos días que se caen de nubes y linóleos, de lluvias inconsolables y tranvías amarillos, o de aquellos que son tan tristes que la tristeza se transforma en algo que se puede embarrar en la cara, en los árboles y en los perros, y entonces la cara se alarga, a los árboles se les caen las hojas y los perros se enferman del mal de pinto. No, doctor, tendría usted que imaginárselo al contrario, como un día en que a la tristeza no se le ve venir de ninguna parte, porque está desde siempre en las cosas mismas: si nos

ponemos un sombrero rojo con plumas de avestruz, nos estamos poniendo a la tristeza. Si nos montamos en un caballito del carrusel, nos estamos montando en la tristeza. Y la tristeza está en los globos y en los rehiletes, en la montaña rusa, y en las cigüeñas bobas que hacen sus nidos en los periscopios de los submarinos. Para decírselo de una manera más afortunada, doctor, tendría que pintárselo como uno de esos días tristes que viajan de incógnitos por la mitad del mundo falsificando la alegría natural de las libélulas y los géiseres. ¡Como si en la tierra nada más hubiera niñas que hacen su primera comunión esparcidas entre los ángeles! Como si no hubiera

los muertos de todos los días —sus muertos, doctor— y no hubiera enfermos —nuestros enfermos, colega— y no hubiera los viejos que se caen en la tina del baño y se rompen el huesito de la suerte. Esto, que no tiene ninguna base científica, puede darle al menos una idea de la tristeza.

2.

A propósito de nuestros enfermos, y pasando al asunto que más nos interesa, lo primero que quizás notará usted en la

Sala Acústica y que confirmará más adelante a medida que visitemos el resto de los pabellones, es la arquitectura singular de todos ellos. ¡Ah, doctor, junto a nuestros pabellones palidecen de envidia las cúpulas, las torres y los edificios de Miguel Ángel, Le Corbusier y Frank Lloyd Wright! No tiene objeto describir lo que usted verá, querido amigo, con sus propios ojos, así que me limitaré a enfatizar de vez en cuando algunos de los detalles más notables, como la construcción en caracol de esta primera sala, que seguramente le recordará a usted sus visitas a un famoso museo y por consiguiente las ráfagas verdes y sonoras de Kandinsky que

recorren el Parque Central de Nueva York en el Día de San Patricio. En esta primera sala y de acuerdo con un concepto que hará de nuestro hospital el más original de la tierra, hemos agrupado a todos los pacientes que por uno u otro motivo emiten ruidos especiales. Quien alguna vez ha escuchado, doctor, el viento ampuloso del concierto que nos pide de rodillas que vayamos al mar, y el ruido voluntario de los ríos que se asoman por las ventanas, sabrá de qué estoy hablando. Además del trío clásico formado por los enfermos de asma, bronquitis y enfisema, tenemos una gran variedad de estridores de niños con

tosferina, y silbidos traqueales de nuestros enfermitos con laringitis diftérica. La difteria ya no es la grave enfermedad que se llevó al sepulcro a dos hermanas mías, gemelas, cuando tenían cuatro años. Lo único que recuerdo de ellas es la imagen de un torso dorado que se hunde en la nieve. Ahora venga usted para acá. Saluden al doctor Palinuro, niños, es el director del hospital y es muy bueno con todos ustedes. Mire, doctor, aquí tenemos a una mujer que le ha dado por despedir a través de la vagina ciertos gases que hacen un ruido semejante a los eructos. Desconocemos la causa pero podemos afirmar que en este caso no se trata sólo

de la gratitud del vientre. A propósito, la timpanitis se caracteriza por la hinchazón y distensión exageradas del vientre, el cual se transforma en un verdadero tambor. Vea usted a este pobre viejo que se echa unos pedos formidables como único medio de expresión pues hace tiempo que ha perdido la voz, y se gusta, doctor, tamborilear con sus dedos en el estómago del paciente para confirmar el diagnóstico: así, rataplán, rataplán, rataplanplanplán. ¿Tiene usted frío, doctor? Es extraño: hasta aquí no llegan las faldas del invierno. ¿Verdad, amigos? Les llamo así, amigos, a este grupo de pacientes con garrotillo en los

que se puede observar el ruido que producen los colgajos de mucosa que se desplazan con la respiración. Como usted sabe, se le llama ruido de bandera en términos médicos. Y ahora si me permite continuar, le diré que todas estas respiraciones anóricas que escucha usted son de enfermos que desde luego tienen los pulmones atestados de cavernas donde los virus han formado verdaderas estalactitas. Me dejaré usted ofrecerle mi pañuelo de seda para que se libre de un contagio prematuro. Sí, en efecto, doctor, encontrará usted en esta sala a muchos enfermos provisionales que en realidad pertenecen a otros pabellones. Aún no

hemos resuelto la clasificación de muchos, y éste es uno de nuestros problemas más graves hasta tal punto que mil veces hace que me pregunté dónde dejé el alma, doctor, en qué pesebre calcinado se ahogó, si la perdí entre las tarjetas de felicitaciones de Año Nuevo o quizás lo que sucede es que la guardé en una cápsula de cobalto 60, qué sé yo, doctor, en estos tiempos. ¿Cómo dice usted? Sí, naturalmente, a los pacientes que por lo regular están en la Sala de Deyecciones o en la Sala Óptica, los traemos aquí en cuanto los dolores los hacen gritar. Esos alaridos, por ejemplo, pertenecen a los enfermos en el último estadio del cáncer. Quien

haya tenido un padre, un tío o un soldado muerto de proliferaciones malignas, también lo sabe. Por otra parte acostumbramos trasladar a esta sala a enfermos que presentan diversas clases de estertores y entre ellos a los agónicos. Digamos que este muchacho de veintidós años, estudiante de Leyes, presenta un estertor ronco causado por el paso del aire a través de los bronquios que los espasmos han estrechado. Leyes, me hubiera gustado estudiar Leyes, doctor, y quizás lo haga algún día antes de que la muerte me dispense su recia caravana y me lleve de la mano, en un autobús, rumbo a la flora de las ciudades... Venga usted para acá,

si es tan amable, y escuche este otro estertor provocado por el estallido de burbujas muy finas y semejante al ruidito que hacen los cabellos cuando se frotan con los dedos. Permítame arrancarle una cana, doctor Palinuro. Tiene usted muchas canas para ser tan joven. ¿Escucha usted? Se trata, como es natural, de un estertor crepitante. ¡Cuidado con ese orinal, colega! Eso es, así es, muy bien, es usted muy ágil, doctor Palinuro. Lamento la falta de espacio. Mire, inclínese sobre este paciente y dígame qué le parece este gran estertor subcrepitante... ¿verdad que le recuerda a uno cuando soplaba en una pipa jabonosa y luego se iba al

parque a patinar y comer algodones de azúcar? Lo tenemos en varios grados: fino, mediano y grueso, y es causado por el aire cuando pasa a través de las mucosidades y el pus acumulados en los bronquios. Uno de éstos es un caso grave de tuberculosis pulmonar. Le diré para abreviar que me gradué *Magna Cum Laude* a los veintiún años, doctor, con las calificaciones más altas y luego me fui a pescar durante todo un verano a los ríos del Canadá: siempre he sabido adaptarme a las circunstancias con una calentura domesticada. De modo que, le decía, tenemos estertores sibilantes y traqueales que producen sonidos de flautín, de chirimías, de pífanos: algunos

estridentes, otros melodiosos y dulces, otros monótonos, aquéllos sordos y roncós. Todos, en fin, los habidos y por haber. Recuerdo que mi madre entonces —digo entonces en los tiempos de mi graduación—, enemiga de los monogramas consanguíneos, se negó a bordar los diplomas. Ahora venga conmigo, doctor Palinuro. Me gustaría que hablara con algunos pacientes para que observe sus voces. Desde luego, debemos ser prudentes y no hacerles sentir su gravedad a aquellos que la padecen. Buenos días, buenos, ¿cómo amaneció hoy la enfermita? Conque mañana es su cumpleaños, ¿eh? ¿Cuántos cumple? ¿Cincuenta y tres? La

Administración le enviará una caja con cincuenta y tres chocolates, ¿qué le parece? Habrá visto, doctor, que la paciente habla con dos voces completamente distintas. Cuando contestó a mi saludo y dijo «Buenos días, doctor», su voz era profunda como la voz de esas mujeres que usan corbatas de tela escocesa para sugerir que desean líos de faldas, doctor, y cuando dijo «Mañana es mi cumpleaños», su voz era delgada y cristalina, como caída del cielo. «Cincuenta y tres» respondió la voz profunda, y fue la voz cristalina la que dijo «Gracias doctor». Es casi inútil contarle que estos enfermos se entretienen horas y horas dialogando

consigo mismos hasta el punto, peligroso, en que las voces se enamoran una de la otra, Se trata, desde luego, de una voz bitonal causada por la parálisis del nervio recurrente, debida, a su vez, a un aneurisma de la aorta. A propósito: ¿ha escuchado usted alguna vez el ruido, semejante a un hierro enrojecido que se sumerge en el agua, del aneurisma arteriovenoso? Sigamos caminando, doctor: tenemos por delante toda la mañana, toda la tarde, y en cierto sentido toda la vida. Este otro caballero, veamos cómo se siente, muy bien, la gráfica de la temperatura ha descendido notablemente, lo felicito: pronto podrá usted de nuevo seguir a las muchachas

de medias color de miel que atraen a los zánganos. Ahora díganos usted algo, lo que guste, para que lo oiga el doctor Palinuro. ¡La Comedia del Arte, doctor! Los actores que se orinan en el público, Arlequín que sirve a dos patronos... y el inolvidable Polichinela: sí, le llamamos voz de Polichinela, por razones obvias... y adivino su diagnóstico: pleuresía con derrame, ni más ni menos... Ah, y aquí, en esta camita linda, tenemos a un ángel de 12 años que tiene una campanita de plata en el pecho. ¿Cómo va ese neumotórax, pequeño amigo? Está muy orgulloso del nombre de su enfermedad, lo mismo que los pacientes, por ejemplo, que presentan el

signo de Auenbrugger, la enfermedad de Strümpell-Marie o el síndrome de la arteria cerebelosa posteroinferior de Wallenberg. Por fortuna, en este no se trata de un padecimiento grave, doctor: uno de estos días nuestro pequeño se levantará de la cama e irá al jardín a continuar que los crisantemos tienen en la cintura una suave y fragante chimenea. ¿Le gustan a usted los versos? Yo soy el tenebroso, doctor —el viudo— el desconsolado. Yo improviso poemas cuando estoy en el escusado, cuando vengo camino del hospital y contemplo la inclinación de los amaneceres, o cuando voy al cine con mi novia y me doy cuenta que sus pechos dibujan su

conducta en el fondo de las palanganas. Pero perdone usted mis desviaciones, doctor, que no tuvieron otro objeto que ahorrarle algunos sentimentalismos. No hay necesidad de sentirse afectado por los gritos de estos niños que van de los tres a los siete años de edad, imagínese usted, los pobres. Por favor, no los escuche usted. Bueno, si usted insiste, está bien. En efecto, doctor Palinuro, ese grito breve y penetrante es el grito hidrencefálico característico de los niños con meningitis tuberculosa, usted lo ha dicho mejor que nadie. Cuando oigo ese grito húmedo, pegajoso y miserable, pienso en el alto tributo que se le exige a esa carne tan tierna: estos

niños, al contrario que nuestro ángel, conocerán quizás muy pronto el contorno de la muerte. En otras palabras, nunca pasarán de la infancia y el minuterero de la fama jamás los nombrará ingenieros electrónicos o contadores públicos. Ahora le suplico que haga uso, como yo, doctor, de un *woki-toki*, porque vamos a pasar por una división especial de otros pacientes también provisionales y que traemos aquí mientras esperan turno para ser operados o clasificados en otras salas. Yo hubiera querido, doctor, ahorrarle a usted los crematorios. Yo hubiera querido ahorrarle Hiroshima y darle el mundo ya hecho para que usted sólo tuviera que cerrar los ojos para

olvidarlo, o abrirlos para soñarlo, doctor, pero me fue imposible: hay tantas personas que todos los días son arrolladas por automóviles en los viaductos de Los Angeles y de nuestra propia ciudad, tantas otras que reciben puñaladas en medio de una noche revolucionaria, tantas otras que tienen oclusiones intestinales y hernias... ¿Pero, me está usted escuchando, doctor? Cambio. Tantas otras con hernias estranguladas, le decía, o que sufren los crímenes gelatinosos de los marines. ¿Cómo? ¿Cómo dice, doctor Palinuro? Cambio. O basta un cólico renal o biliar, una fractura conminuta. ¿Dice usted que no me oye? Cambio. Y

no se diga una neuralgia de todas las ramas del trigémino. Ah, que sí me oye. Cambio. ¿Cómo? Cambio. Claro, doctor, aquí también traemos a las mujeres que van a dar a luz en cuanto les comienzan los dolores y sólo nos las llevamos cuando el bebé está a punto de nacer. Nos acompañan también los histéricos que de pronto lanzan un grito o un alarido repentinos. Espero, en honor a esta sala, que usted perdone este clamor que es aproximadamente insorportable, y apenas una muestra humilde de los aullidos, los estornudos, los lamentos, los alaridos, los ululatos y los hipos espasmódicos que encuentra uno todos los días debajo de la escalera

y que al igual que el grito de Villaurrutia, doctor, se transforman en eco, en muro, en espejo, en una estatua asesinada que se muere de sueño. Luego, doctor, y como diría Hamlet, el resto es silencio. Yo tuve un maestro de música en la escuela secundaria, con bigotes porfirianos blancos y largos, espolvoreados con el oro del Si Bemol, que en ocasiones, desesperado, gritaba: ¡Quiero oír silencio! Un día, al fin, nos callamos cuando se desplomó muerto en el salón de clases, y desde entonces aprendí que el silencio se puede escuchar. Esto le sucederá a usted sin duda cuando le muestre esta subdivisión del Pabellón Acústico de la que estamos

especialmente orgullosos. Como usted puede apreciar, las paredes y las puertas son de corcho, las alfombras son gruesas y todo el diseño, en general, corresponde ni más ni menos que al diseño de un estudio de radio. La diferencia es que aquí no escuchará usted el andante cantabile de la sinfonía número cuatro para órgano de Charles-Marie Widor, o un boletín de noticias que le habla de la dinamita triunfal que destruye los almacenes y las casas públicas de Belfast: Aquí, doctor, escuchará usted tan sólo una serie de sonidos delicadísimos, suaves como el carillón de una ciudad miniatura encerrado en un pisapapeles de la

infancia: así de tenues y afilados como el ámbito de la seda son los sonidos que produce esta clase de enfermos y que gracias a la conformación acústica de la sala son audibles a simple vista, o si usted me permite la expresión, doctor Palinuro, a simple oído. Acérquese usted a esta joven paciente cuyos brazos blancos y largos parecen una continuación de mis deseos de adolescente y aprecie usted la crepitación nívica del enfisema subcutáneo. Como su nombre lo indica, el sonido que escuchamos es igual al sonido que hace la nieve cuando se la comprime. ¿Se acuerda usted de los inviernos en Milwaukee, doctor, y de

cómo la vida se fue como la nieve entre las manos y las muchachas tenían en el cuello bufandas amarillas que revoloteaban en los bailes del Paper Doll? Ya lo dice el dicho: las ocasiones son pocas y no vuelven de la ira. Tenemos también un caso de artritis seca: basta que nuestro enfermo abra y cierre la mano para que escuchemos la crepitación almidonada que la caracteriza. Y también distinguirá usted, sin necesidad alguna de su estetoscopio, la respiración anhelante de los diabéticos en coma y la sibilante de los urémicos inconscientes, así como todos los soplos pulmonares y cardiovasculares habidos y por haber y

cuanto remolino diastólico y presistólico existe. Tenemos algunas quinceañeras cloróticas que emiten soplos intensos: un poeta despistado los confundiría fácilmente con suspiros a la disposición de los altares. Y para abreviar, le diré que contamos con un obrero que padece de un trastorno del músculo cardíaco el cual produce un soplo clasificado como musical de acuerdo con la terminología médica, como sucede en el caso de la aortitis crónica, y tenemos también varios soplos pleuríticos y algunos ruidos pericárdicos, y por último un bello caso de canto de las arterias... Canto de las arterias, doctor, nuestra profesión nos

permite penetrar en las exhalaciones de la sangre, y que como usted bien sabe, también llamamos el doble soplo de Duroziez. Sí, doctor Palinuro, adivino su crítica. Naturalmente, doctor Palinuro. Desde luego, querido colega: no hemos podido evitar ese ruido constante de fuelles cornudos, tambores de guerra y borborignos monstruosos que nos sirve entre otras cosas para recordarnos que estamos hechos de carne y hueso, de aire y gases, y que adonde quiera que nos conduzcan los funiculares o nuestras aspiraciones intelectuales, estamos destinados a llevar con nosotros la carga de estrépitos, chasquidos y runrunes de nuestras vísceras y nuestros cartílagos.

Nada puede evitar, mientras leemos en voz alta *El Hombre Aproximativo* de Tristán Tzara contemplamos en voz baja la *Catedral en Explosión* de Desiderio Monsu, esa maravillosa mezcla de ruinas clásicas y góticas, arcadas románicas y filigranas indias que contienen la luz de tantos siglos, nadie, le decía, puede evitar que el bolo alimenticio se deslice por el cardias convenientemente impregnado y reblandecido por la saliva, o que la presión del líquido que contiene la vejiga nos induzca a la micción. Del mismo modo nada pudo evitar a nuestro paso por esta última sala, que escucháramos los murmullos vesiculares

e insondables causados por la entrada y la salida del aire en los pulmones, y también uno que otro chapoteo gástrico de esos que el vulgo denomina ruido de tripas. Sí, doctor. No, doctor. Tal vez, doctor. Pero le recuerdo que por una vez, al menos, nuestro juego es obvio y que por lo mismo tengo distintos nombres. Le daré una colección de tarjetas para que elija el que más le guste de acuerdo con el día de la semana, la longitud de su humor y la agresividad que en un momento dado puede sentir hacia un servidor. Todo está previsto, incluso el aburrimiento mortal que nos hace recurrir a los orfeones infantiles.

3.

Pasemos ahora, colega, al pabellón siguiente, situado al final de este corredor donde encontrará usted algunas monjas que han abdicado a la flagelación y que vienen aquí a matizar su arrepentimiento. Pasaremos cerca del territorio ácido de los quirófanos y le llegará el tufillo de los desinfectantes. Por cierto, le haré una sinopsis jovial de una de nuestras mayores frustraciones. Pero antes debo decirle que no perderé el tiempo mostrándole las oficinas del hospital. Baste decir que contamos con expertos que conocen las oscilaciones

de la administración y que llevamos una contabilidad altruista que dignifica nuestro negocio: para eso nos basta aplicar el liberalismo económico del *laissez-faire* que encontramos en Adam Smith y en los fisiócratas franceses. Le suplico que no ponga atención a ciertas personas de ojos entornados que pasean por los corredores: se trata de emisarios asexuales pagados por otras clínicas, que nos tienen una ojeriza ortodoxa y tratan de inocularnos virus espías. De vez en cuando les administramos una seductora dosis de alcanfor para que se pasen de nuestro lado. Usted lo sabe: la curiosidad involucra revoluciones interiores. Pero cuando se tiene un

espíritu racional bien balanceado, doctor, y se sabe aplicar las máximas fumigatorias, el problema desaparece. Ese colapso de afanadoras gesticulantes encargadas de la reseña de las jaboneras y del recuento de las sábanas no tiene tampoco ninguna importancia: nos han hecho confrontar un chantaje aséptico pidiendo un aumento de salarios, y amenazan con formar un sindicato. Pero por fortuna, en cuanto aparece la corteza del segundo semestre, cambiamos el sistema. Notará usted que en este hospital no hay discriminación racial, y que tenemos médicos melanodermos y leucodermos en proporciones iguales. Le iba a contar, querido colega, que por

razones cualitativas nos fue imposible crear la sala que pudo llamarse el Pabellón Olfativo y en el cual, como su nombre lo indica, hubiéramos agrupado a los enfermos que despiden olores peculiares incluidos, por supuesto, en la clasificación de Zwaardemaker, que irían desde el etéreo al nauseabundo, pasando por el empirreumático y el ambrosíaco. A falta de esto, en su recorrido lo asaltarán algunos aromas que usted podrá identificar fácilmente. Y no me refiero a los que son tan comunes como la fragancia del papel de Armenia o los olores alcohólicos que inundan de sabiduría a todo hospital que se precie de serlo. No hablo tampoco del aroma

de los papeles carbón que sale de nuestras oficinas, y que le recordará el olor del tren eléctrico de su infancia. Pero sí, con suerte, le llegará un olor a heno recién cortado y usted pensará, con razón, que proviene de los pacientes cuya orina tiene un alto contenido de acetona. Y con más suerte todavía podrá apreciar el olor a chocolate cocido que despiden el cuerpo de un enfermo intoxicado con oxocloruro de carbono o el clásico olor detectivesco a almendras amargas de los envenenados con cianuro. Me abstendré de mencionarle los esputos fétidos de la gangrena del pulmón que generalmente contrarrestamos quemando cristales de

ácido tartárico que producen un aroma a caramelo. ¡Las tardes en el cine, doctor! ¡La Solución Mágica con Ray Milland! ¿Se acuerda usted? Pero si pasamos cerca de la repostería del hospital sin duda le llegará el olor de las fragancias de nuestros pasteles y postres cuyos olores y sabores hemos acentuado con éteres artificiales: tintura de lirio para los pasteles de frambuesas y espíritu nitrado para la jalea de manzana. En cuanto a nuestro personal, lo encontrará usted oloroso a lavanda, y quizás también pueda usted apreciar el aroma deportivo de la vaselina con la que edifican sus peinados. Puedo afirmar que el único mal olor que hemos

tolerado de parte de ellos es el olor de pies, por considerarlo una manifestación de la rebeldía natural. Después de todo, doctor, la higiene —como dijo Chesterton—, no es una virtud.

4.

Pase usted, doctor. No, no, después de usted. Gracias, doctor, pero dije: después de usted. La cortesía, querido amigo, no es una obligación: es un privilegio, sobre todo en este edificio en el que hay tantas puertas giratorias que

si uno se distrae vuelve a entrar al mismo pabellón diez veces. No será nuestro caso, no se alarme. Es fácil apreciar por otra parte que este pabellón es el resultado del buen gusto de arquitectos especializados que conocen el significado etimológico de la palabra *pabellón*, que como usted sabe significa *mariposa*. El techo, altísimo, recuerda la forma de un inmenso lepidóptero no sólo por las dos vertientes que imitan las alas sino además por la disposición y formas irregulares de los cristales que lo integran. Nuestros expertos en decoración nos sugirieron que colgáramos estas gráficas en las paredes de nuestro pabellón. Lo que parece la

silueta multicolor de Nueva York con rascacielos rojos, azules, verdes y amarillos, es una tabla de reacciones alérgicas. Estas son termografías de pecho y cerebro en las que el cáncer se revela por el color rojo que destaca entre los otros. Tanto las termografías como las láminas que ilustran el yodo radioactivo absorbido por la glándula tiroides, están formados, como lo ve usted, por miles de puntitos de todos colores que parecen arcos iris amotinados. A propósito, los innumerables y pequeños arcos iris que cruzan nuestro pabellón blanco se deben a la incrustación de prismas en las ventanas. Pase usted, doctor Palinuro.

Suplico que corresponda nuevamente a los saludos de los enfermos. Le dije con anterioridad que como todo lo humano nuestro sistema es imperfecto, y hemos tenido que aplicar criterios cualitativos. Yo soy el primer crítico de nuestros métodos, colega, el *Advocatus Diaboli*. Así, verá a nuestro paso por las distintas salas a muchos enfermos provisionales, y notará la ausencia de otros; una ausencia, le diré, que en realidad no es tan significativa como aparenta ser si se piensa en otras manifestaciones. Por ejemplo, en esta sala hemos prescindido de los enfermos de fiebre amarilla y peste negra por considerar que los vómitos y las diarreas que los

caracterizan constituyen una manifestación más importante que el color de la piel o el nombre de la enfermedad. Perdóneme que no haga más hincapié sobre este asunto, pero deseo reservarme algunas sorpresas para más adelante. Venga, venga usted, doctor Palinuro, y permítame presentarle nuestro primer caso. ¿Cómo amaneció usted hoy? ¿Todavía no ha ido al baño? Tsss, tsssst. Eso está malo. A ver: saque la lengua para que la vea el doctor Palinuro. Se trata, ya lo ve usted, de una lengua amarillenta: ¿quién no ha estado estreñido alguna vez? Basta salir de vacaciones, doctor, a los memoranda azul de las Bermudas, para que uno no

sepa dónde dejar sus desechos. Este caso de estreñimiento común y corriente se alivia con un laxante. Y este otro caso es también muy simple. Guri guri. Un niño lindo recién nacido que presenta placas blancas en las encías, guri, guri, las cuales revelan un estado febril que muy pronto cederá, ¿verdad pequeño? Otra de mis grandes ilusiones fue la de ser locutor, querido colega. ¿Se acuerda usted: Esta es la BBC de Londres, ésta es una vista panorámica de las fábricas de nilón de Nueva Jersey, ¡ea!, pequeño? Permítame que le tome del brazo nuevamente, doctor, incluso permítame que caminemos abrazados como dos amigos de secundaria que

comparten la misma *Historia Romana* de A. Malet, la misma *Botánica* de Motts y Calderón, y la misma novia ¡qué tiempos aquellos doctor! Pero los jóvenes, como bien lo dijo Minot, envejecen más rápidamente que los propios viejos. Le decía que es muy importante que los enfermos se den cuenta que entre todo el personal existen espléndidas relaciones amistosas aparte de las jerarquías, que sabemos respetar. Por desgracia no pertenezco a la generación que tuvo como maestro al sabio Isaac Ochoterena, pero en una ocasión hice un retrato de él, con tinta china, que me valió un grado honorífico: al maestro le interesaba más la

ortografía que la *Philosophie Zoologique* de Lamarck, y más el significado original de las palabras que los misterios dinásticos de las flores. Es una verdadera lástima que no todos nuestros casos sean curables, doctor, pero es algo a lo que todo médico tiene que enfrentarse con sangre fría. Vimos ya una lengua amarilla y unas placas blancas. Este caso, doctor Palinuro, es verde: las prominencias de tejido verdoso que este muchacho tiene en la cara, principalmente alrededor de los ojos y las fosas nasales, no son otra cosa que el resultado de un cloroma linfático llamado también cáncer de Arán y que con frecuencia se presenta en la

leucemia. Qué tal, muchacho, ¿cómo va ese crucigrama? Vamos a ver. Trece vertical, comienza con C y tiene diez letras. Mmmmmm. Childerico, hijo del fundador de la dinastía merovingia. ¿Eh? ¿qué tal te decía yo? O este otro caso, doctor Palinuro: el azar nos lleva ahora por el camino de las lilas. Este hombre, amoratado desde la punta de los parpados hasta los dedos de los pies, se asfixia por causa de un edema pulmonar. Nada podemos hacer ya: cada segundo que transcurre se reduce su capacidad de oxígeno y por lo tanto también su capacidad para encariñarse con el correo, los gorriones o la gasolina. Y desde luego este bebé, totalmente

amarillo, también se nos muere, en este caso de ictericia. No faltan aquí, como es de suponerse, los enfermos con síntomas que llamamos invisibles, como esta muchachita anémica cuyos glóbulos rojos insisten en colorearse solamente por el Azul de Tuolidina. ¿Qué dice esa sangre azul, mi querida niña? O este otro joven que padece anemia plástica y por lo tanto su médula ha tomado el color amarillo del saúco. Pero no estudié Leyes, querido colega. Y no fui locutor tampoco. Por último soñé con ser un cirujano famoso, Gran Caballero de la Espada Pequeña: el bisturí, doctor, de quien alguien dijo que tenía el nombre de pájaro azulado. Por desgracia heme

aquí transformado en un humilde médico clínico. Puedo abreviar su paso por esta sala, doctor, enumerándole algunos casos que sí, claro, usted ya ha pensado en ellos. Gracias, doctor, por recordármelos: tenemos aquí a enfermitos con toda clase de erupciones, derrames intradérmicos, exantemas, chancros, líquenes y vitíligos, úlceras azules que avanzan como serpientes, ántrax debidos a la acción del estafilococo dorado, hidátides, sarcoides rosados de origen tuberculoso, lepras y cuanta enfermedad de la piel presenta una coloración especial que puede ir desde el rojo langosta hasta el verde bandera, pasando

por la costra negra y aureolada de pus de los palafreneros, doctor, y la estomatitis nacarada de los fumadores. Así, vemos estos cloasmas amarillos en la cara de esta mujer, que nos revelan un trastorno de la matriz; a este trabajador de la industria eléctrica con el cuerpo tapizado de imágenes y aforismos causados por una fulguración; lenguas rojas con papilas grandes como frambuesas que indican el principio de una escarlatina y lenguas negras y peludas atacadas por los hongos del género oospora; pénfigos acuosos amarillo limón y numerosos enfermos que presentan las diversas variedades rojas, azules, violetas y amarillas del

mal del pinto. ¿Cree usted que estoy abusando, doctor Palinuro? Quizás nos conviniera más seguir de largo y visitar otra sala. Bueno, sí, como usted quiera. Respeto su sentido profesional, su espíritu de sacrificio. En realidad, sólo así se llega a ocupar puestos de tanta responsabilidad como el suyo. Los pies de esta mujer de treinta y siete años presentan una gangrena simétrica de las extremidades, de ahí los tegumentos violáceos y negros, rodeados por treguas blancuzcas y rosicleres bárbaros. ¿Cómo dice, doctor? ¿Que se le hace conocida esta enferma? Debe haber una confusión. Pasemos al vecino de cama si le parece oportuno. A ver, a

ver, abra la boca y diga: ¡Aaah! Ese barniz espeso y negro que cubre las encías se debe a una grave infección: sí, sí, ya le van a traer su pastilla. Le ahorraré el glaucoma, doctor, que es tan conocido, los sudores negros de la cianopatía cutánea y las manchas estrelladas que causan la atrofia amarilla de la pupila. Pero lo hago a mi pesar, debido a que no tenemos ninguno de estos ejemplos. En fin, hay cosas que no se pueden lograr y es necesario resignarse. Me encantaría, digamos, tener una fiebre purpúrea de las Montañas Rocallosas, pero se dan tan lejos. A cambio de esto no puedo resistir la tentación de mostrarle las

colecciones de pus y de orina de diferentes enfermos, que le traerán a usted un mundo de recuerdos a colores de sus primeras clases de microscopia. Ah, pero el doctor Sampietro me advierte que estas colecciones fueron trasladadas hace unos días a otro pabellón que conoceremos más adelante. Así es. De modo que por el momento no podrá usted contemplar una bella muestra de pus azul coloreado por el bacilo piociánico y una prueba de tuberculosis pulmonar mediante la aplicación en la orina de unas gotas de permanganato en una solución del uno al mil... como usted sabe se forma un halo pálido, luminoso, que parece la aureola

de un santo caída en desgracia. Pero en este pabellón hay sorpresas. Algunos de nuestros colegas creen aún en la cromoterapia, o sea la curación por medio de rayos luminosos de diferentes colores. Lo invito a pasar por el cuarto azul, por el cuarto verde, por el cuarto ultravioleta. Lo invito también a que observe los clavos sifilíticos de este hombre que en otras épocas, del oscurantismo, cuando no había gas neón que dibujara en el cielo intempestivamente los gorjeos de una Pepsi-Cola, se le hubiera creído un estigmatizado sobre la tumba del Diácono Pâris. Vea usted las pápulas callosas y rojas que presenta en las

palmas de manos y pies y que Teresa Neumann hubiera envidiado. Tenemos un caso de la enfermedad bronceada de Addison, y dos enfermos con la piel color amarillo pálido provocado por la luridez. Aprecie este caso clásico de enfermedad azul, doctor. Sí, usted lo ha dicho: la causa es la estrechez congénita de la arteria pulmonar. Tuvimos la semana pasada un caso de púrpura fulminante. Es una pena que usted no haya estado con nosotros. Estos enfermos no duran mucho, como el nombre de la enfermedad indica. Ahora sí, doctor, ¿ya está usted preparado? Venga conmigo, vengan con nosotros, muchachos. Saludaremos primero a este

hombre que tiene el cabello y las barbas verdes a causa de una intoxicación crónica por el cobre, y luego, doctor Palinuro, le suplicaré que se incline para observar de cerca los ojos de esta anciana. ¿Ve usted esa infinidad de partículas y resplandores pequeñísimos que forman una constelación flotante? ¿Ve usted ese maravilloso polvo de oro que se desplaza con el movimiento del ojo? Este milagro se debe al reblandecimiento del cuerpo vítreo. Las partículas son cristales de colesteroína y tirosina, y el polvo está formado por los fosfatos. Tengo que confesarle en seguida, doctor, la satisfacción que he sentido al darme cuenta de que su visita

coincide con un caso grave que presenta características envidiables. Venga usted, pasemos al cuarto oscuro. Este hombre que se debate en esa camilla en medio de diarreas y vómitos, es un caso de envenenamiento con fósforo. ¿Quieren ser tan amables de apagar las luces? Eso es. ¿Observa usted esas maravillosas cascadas fosforecentes, doctor, esos efluvios verdes que parecen enjambres de luciérnagas? Como usted lo adivina, se trata solamente de los vómitos y las diarreas de este pobre hombre, que el fósforo se ha encargado de volver luminiscentes. Muy bien, muchachos, prendan la luz. Suminístrenle al enfermito una solución de caparrosa

azul.

5.

Le propongo ahora, doctor, que hagamos una escala en la cafetería del hospital para comer algo y fumar un cigarrillo. Pero antes pasaremos por nuestra tienda de curiosidades y *souvenirs*. Tenemos aquí tarjetas postales de nuestros fetos y monstruos... ¡Ah, doctor, de eso le hablaré dentro de unos minutos! Si gusta, puede usted comprar reproducciones a escala de piernas enyesadas y tumores

célebres. Tenemos también banderolas del hospital y trapos de cocina que ilustran láminas de libros de medicina antiguos y que hemos teñido —a propósito de nuestro recién visitado Pabellón Óptico— con colorantes obtenidos de nuestros propios pacientes. De nuestros enfermos de escarlatina, sacamos varios tonos que van del rojo encendido al rosa frenesí. De los icterícos, un precioso amarillo jazmín. ¿Sabe usted beber vino en bota, doctor? Llévese esta bota que, como usted ve, tiene la forma y la apariencia de un hígado. ¡Pura broma, doctor, como los globos inflados con helio que son idénticos a los pulmones! Tenemos de

todo: no faltan calaveras de verdad llenas de sorpresas, como ésta que tiene un reloj fosforescente adentro que sólo se puede ver si se asoma usted por las órbitas... Lo que quiere decir que para conocer al Tiempo, doctor, hay que verlo a través de los ojos de la muerte. Para sus hijos, doctor, para sus sobrinos, hay un gran surtido de libros para iluminar con láminas que les indican a los niños por medio de números dónde va el color negro gangrena y dónde el color verde lepra; también esqueletos armables y reproducciones en miniatura de muletas, camillas y sillas de ruedas motorizadas, así como equipos de cirugía de juguete para amputarle las

piernas a las muñecas y hacerle la circuncisión a los osos de peluche. A usted, doctor, le reservamos esta caja de música con pequeños personajes: doctores y enfermeras de blanco, un anestesista y un paciente sobre una mesa de quirófano. Cada vez que le da usted cuerda, colega, los muñequitos bailan y operan al paciente del corazón al ritmo de un cuarteto de Boccherini. Pero no hay ningún *souvenir*, doctor, más apreciado que las joyas elaboradas en los talleres del hospital aprovechando las diferentes litiasis padecidas por nuestros enfermitos. Mire usted estas mancuernillas de plata con cálculos bronquiales tallados por nuestros

artesanos, y dígame qué le parece este maravilloso collar de oro con piedras de vesícula engastadas, doctor. ¡Ah, querido colega! ¡Digna de una reina es esta diadema hecha con gemas pancreáticas! ¡Llévele a su novia, doctor, este anillo de compromiso donde brillan doce pequeños cálculos lagrimales, y permítame que yo le obsequie a usted este fistol que tiene engastada en la punta una piedra salival que extirpamos hace tiempo de la boca de un sabio! Inútil escarbar en las profundidades de la tierra o de las cajas fuertes de Cartier en busca de diamantes y zafiros, doctor: es en las entrañas de nuestros propios cuerpos donde

encontramos las piedras más caras y nobles: ¡los ópalos del riñón, las turmalinas del intestino grueso, colega, los lapislázulis del hígado! Henos aquí a las puertas de nuestra cafetería, que como usted sabe, es un restaurante *selfservice* y por lo mismo tendremos que hacer cola como cualquiera de nuestros amigos y empleados, a fin de demostrar que sabemos democratizar al tocino. Tome usted su charola, doctor. Señores, el doctor Palinuro, director del hospital. Agradezca los aplausos, amigo, no tema que su estetoscopio llegue al suelo y escuche usted los latidos de nuestro planeta. A ver, a ver, echémosle un vistazo al menú. Ajá. Ajá. Le tocó un

día internacional, doctor, como quien dice *haute-cuisine*. Siempre que esté usted cansado, doctor, y hambriento, encontrará aquí la oportunidad de disfrutar de un almuerzo mullido. ¿Es usted vegetariano? Escoja un *muffin* de trigo y una crema de soya. ¿Ha leído usted a Walton? Le recomiendo estos pescados, rosados como la flor del cólchico. Notará usted, desde luego, la ambigüedad de los manteles, pero no haga caso. ¿Cómo está, osteópata Rodríguez? Tenemos una junta a las cinco para discutir sobre su aumento, tocólogo Valencia. ¿Qué dice esa sinusitis? Yo muy bien, gracias. En tiempos de la guerra, doctor, las cosas

eran distintas: no veía usted sino alcachofas acribilladas. Pues bien, como le decía, se imaginará usted que desde luego hemos destinado un pabellón a las monstruosidades y tendrá razón. Le advierto que contemplará usted curiosidades increíbles que no conoció Gog en la Bottega di Ben-Chusai ni imaginaron usted y Estefanía en el cuarto de Santo Domingo. ¡Mire usted en cambio, ahora, qué hermoso *beef-steak*! Trínchelo por el istmo, querido doctor: no le remorderá la conciencia. Siento decirle, sin embargo, que no hemos inaugurado el pabellón... ¿Pero cómo, dice usted que no tiene hambre? Es una lástima. Tomará usted café, cuando

menos... No lo hemos inaugurado, le decía... ¿un poco de crema? por considerar que nos faltan aún varios ejemplares valiosos. ¿Azúcar, doctor? Buenas tardes enfermera Martínez. En los tiempos del racionamiento mis tías abuelas solían decir que los pavos asados se habían ido volando y que las vacas tomaban su propia leche mediante invenciones prolongatrices. En cambio ahora y tan sólo en nuestra humilde cafetería, los oros del sabor se desprenden interminablemente. Por lo pronto tenemos una colección privada de fetos en conserva. Pero también hacemos aquí pan de guerra con avena y alforfón para los que sufren de la

nostalgia de las trincheras... ¡Ah! Aquí llegamos a los postres, doctor. Le recomiendo especialmente el pastel de moras. No espere usted encontrar un budín a la Ganivet, doctor, bizcochitos de Reims o buñuelos de viento con pasta lionesa: ¿se acuerda usted, querido colega, de esos postres maravillosos como la torta Sara Bernhardt o el Boudoir Champagne colocados en el antecomedor de las casas porfirianas, sobre una mesa de trapezóforos y en manteles bordados con punto de Palestrina y festones al bies? Casi me siento femenino de pensar esto. Pero el pastel de moras es bueno. Con su permiso, otorrinolaringólogo Navarro.

Como verá usted, o mejor dicho, como escuchará usted, las palabras ascienden al calor de la plática, se juntan arriba y de pronto llueven sobre los concurrentes frases ingeniosas, chistes inauditos y discursos que se pueden cosechar sin temor a mancharse las manos. Pero si prefiere usted la intimidad y la música, cada mesa cuenta con audífonos individuales y usted puede elegir el canal que guste, como en los aviones: ¿escuchar la sonata de Vinteuil, doctor, la orquesta Boston Pops, Ebony Concert, rancheras mexicanas o el último jit de Elvis Presley! ¿Algo más, doctor Palinuro? Perdón, me parece que lo he pisado. ¿No fue así? ¡Qué alegría! A

unos, como es de suponerse, les falta la cara. ¿A quiénes, pregunta usted? Me refiero a los monstruos, doctor, a nuestros monstruos y no incluyo entre ellos a varias enfermeras con el síndrome de Turner y a varios mozos con el síndrome de Klinefelter que andan sueltos, unas y otros, por el hospital. No, me refiero a los recién nacidos que los espartanos tiraban al Taigeto y que nosotros conservamos en frascos porque sabemos —¿lo dijo quién, doctor?— que el esteta necesita de la fealdad como contraste, y sólo el moralista trata de desterrarla. Otros no tienen lengua, y por ello, aunque tienen dientes, no podrían gozar como yo del

placer de decir en voz alta: *Personne ne connaît l'origine dramatique des dents!*

Pero perdone usted: le decía que otros pequeños monstruos nacen con cuatro nalgas y cuatro piernas. Otros, en cambio, con dos cabezas, dos tórax y una sola pelvis. Hemos llegado a la caja. Puede usted pagar con pesos, dólares, libras o marcos alemanes, como guste. Y claro, como éste es el restaurante de un hospital, puede usted pedir sus alimentos empleando un lenguaje más científico, por así decirlo: ¿quiere usted dos grajeas de azúcar? ¿un filete sol de doscientos cincuenta escrúpulos? ¿Cuarenta centilitros de leche? A propósito de dientes, le diré

que hay niños diodoncéfalos que nacen, como los tiburones, con dos hileras de dientes. O bien algunos presentan las piernas unidas como las sirenas: Parténope, Ligia, Leucosia, que cantan en las rocas de Escila. Necesitamos servilletas, doctor, y cubiertos. Observe el diseño de estos cuchillos: extraordinario, ¿no le parece? Yo diría que en ellos podemos apreciar los cimientos niquelados de los instrumentos quirúrgicos del futuro. El cirujano, doctor, así como el cazador y el cocinero de Archimboldo no son otra cosa que sus propios animales y utensilios, el cirujano, le decía, no es nada más que una suma de instrumentos:

estiletes, pinzas, tijeras... ¡de esas joyas aterradoras como un bouquet de acero de las que habla el poema de Ivan Gilkin sobre la virgen del bisturí! Y perdóneme que me refiera a tantos poemas... ¿pero no dijo Novalis que poesía es el arte de construir la salud trascendental? ¿Y no fue Baudelaire el que habló del sentimiento que precipita a ciertos poetas a los anfiteatros y las clínicas? Buenas tardes, neurólogo Samuels. Como usted ve, aquí seguimos la política de darle un título a todo el mundo. A otros les nacen brazos en la cabeza, como a los pulpos. ¿Qué tal, afanadora García? No faltan los enanos, claro está. Compartamos la mesa de los

oftalmólogos Henríquez y Dávalos. Ups, perdón, he regado la mitad del café. Siéntese usted. Buenas tardes. ¿Y nuestro urólogo Núñez? ¡Ah, claro, está de vacaciones! Y los niños con los diversos estigmas de la heredosífilis: anomalías dentales, nariz cóncava o en silla de montar, labios leporinos, gargantas lupinas y frentes olímpicas. En fin, bonito día, ¿verdad doctor Dávalos?, toda clase de monstruos conocidos y entre ellos tres de los que estamos especialmente orgullosos, pero de ellos le hablaré cuando terminemos nuestro refrigerio. ¿No desea usted probar las fresas con crema después del pastel? Las fresas con crema, en opinión

de un amigo mío, judío, que estuvo prisionero en Buchenwald, son el símbolo de la abundancia. Volviendo al pabellón de los monstruos, cómo le va pediatra Arredondo, le decía que desde luego en esa sala contaremos cuando menos con un caso de acromegalia: usted sabe, el llamado gigantismo del adulto. Usted llega a los treinta o cuarenta años y es un hombre feliz y normal. Y de pronto de la noche a la mañana le comienzan a crecer los huesos de los pies, de las manos, de las mandíbulas, doctor. También en nuestra cafetería tenemos variedades y espectáculos. Alguna vez contratamos a un mago que conocía tanto su oficio de

desapariciones que nunca nos enterábamos de su presencia si no hubiera sido por un ligero olorcillo a salamandra que se pegaba a las servilletas. Pero era un mago triste que un día, con un rápido movimiento de sus dedos y el filo de una navaja escamoteó su propia vida. ¿Más café, doctor? ¿Chocolate caliente a la española? De hecho contamos ya con algunos pacientes de diversas edades, que presentan tumores, tubérculos, forúnculos, testículos supernumerarios y neoplasias de todos los tamaños y pesos imaginables. Gusto en saludarla, patóloga Steiner. Diga usted una cifra, doctor, cualquiera. ¿Veinte kilos?

Efectivamente, hay tumores que pesan veinte kilos. ¿Mil doscientos? También hay tumores, doctor, que pesan mil doscientos gramos. Cómo le va policía Matsumoto. Recuerdo cuando yo iba a la secundaria y tomaba todos los días un tren rumbo a la primavera, que el conductor tenía en el cuello unas grandes bolas, como si se hubiera atragantado con varias manzanas de Adán: la enfermedad de Hodgkin. Usted ha visto por otra parte esos testículos con elefantiasis que llegan hasta el suelo, esos pechos del tamaño de una sandía. A propósito de pechos, tenemos a una mujer que se inyectó parafina en los senos. Con el tiempo, la parafina

emigró y la pobre muchacha se llenó de pechos. Esto es, de parafinomas malignos. Por cierto, qué ironía, estas fresas han sido importadas de Israel, doctor. En cuanto a los jóvenes inexpertos con el glande cubierto de las vegetaciones rugosas que llamamos crestas de gallo y algunos ejemplos respetables de señores con mariscos en el ano, o sea con hemorroides viejas y resacas, no se los mencionaré pues como usted sabe son más comunes de lo que se piensa y suceden en las mejores familias. Vea usted por ejemplo, al doctor Fellini, que tiene que sentarse en una bolsa de hielo picado. ¿Qué tal sus fresas, doctor Palinuro? Bien comparó

el poeta Robert Herrick los pezones de las mujeres con las fresas con crema. A cambio de eso, tenemos varias mujeres que como la Volmar de Juliette, poseen clítoris de varias pulgadas, y entre ellas una anciana que lo tiene tan desmesurado, que en realidad parece un anciano. Supongo que a usted, como médico, no le molesta hablar de todo esto mientras come, doctor, así que cómase usted sus fresas. Para qué ir a buscar a las mitologías al Cancerbero que Orfeo adormeció con su lira, al Leviatán que preside a la cuarta parte del mundo: en nuestros frascos, conservados con fenol, tenemos monstruos que superan todas las

previsiones imaginativas. Lo veré más tarde, contador Paunescu. Y para usted, ahora, el mejor postre que puedo ofrecerle: los tres casos de que prometí hablarle. Uno de los fetos es un edocéfalo: la nariz recuerda la forma del pene, y las orejas, situadas en la nariz, recuerdan la forma de la bolsa testicular. Sin comentarios. Entre paréntesis, doctor, encontrará usted en nuestra cafetería un menú afrodisíaco que incluye cacao en abundancia y cantáridas espolvoreadas con cuerno de rinoceronte. Bonito pisacorbatas, colega Carvalho, ¿dónde lo compró usted? El otro simplemente es un feto que logró inmortalizarse antes de nacer y para esto

se llenó de incrustaciones calcáreas transformándose en una terracota digna de Ambrosio Paré. El café estaba un poco frío, ¿no le pareció? El tercero, que hubiera hecho las delicias de Geoffroy Saint-Hilaire, el gran estudioso de los siameses y admirador, seguramente, de los ángeles enlazados de Rosso Florentino, es un monstruo doble unido desde la boca hasta el ombligo, que simboliza el amor incestuoso al que se entregaron dos gemelos, varón y hembra, en el propio vientre materno, y el consiguiente castigo a perpetuidad. No hicimos la autopsia de la pequeña hembra, doctor. Me gusta pensar que de haberlo hecho

quizás hubiéramos encontrado en su
vientre a otra pareja diminuta, y así
hasta llegar al origen de la especie.
¿Qué otra cosa es el amor, querido
colega, sino la prolongación de una
misma imagen a través de las
inundaciones, los tatuajes y las naciones
desventuradas? Mmmm. Ajá. Mmmmm.
Perdóneme. Ah, otórguele a ese grupo
de enfermos de esa mesa, que comen
convulsivamente todo el día a causa de
un problema en el hipotálamo,
otórgueles, le decía, la reverberación
gentil de una sonrisa. No tenemos
pacientes con tumores en las axilas del
tamaño de un huevo, como los que ya
describe Boccaccio en El Decamerón,

pero hay sin embargo una sala de mujeres monstruosamente gordas como las estatuillas auriñacientes... Y tenemos un ejemplar único en estas latitudes: una negra hotentota con los labios menores increíblemente alargados, que le penden de la vulva como un delantal. Coma usted algo, doctor, no se malalimente. Le recuerdo que si quiere usted nadar en la alberca del hospital, necesitará no menos de quinientas cincuenta calorías por hora; si se decide a escribir sus impresiones sobre el hospital, necesitará treinta, y si se limita a reflexionar sobre ellas, no necesitará ninguna: ¡pensar no cuesta nada! ¿Tiene usted cigarros? No,

gracias, yo no fumo. Sólo le pregunté por curiosidad. Seguramente notó usted, doctor, la tristeza con la que hablé de nuestros fetos conservados en fenol. Es, en efecto, una tragedia que casi todos los monstruos nazcan muertos o mueran al momento de nacer, y se desperdicien por el resto de la eternidad en los limbos malthusianos. Me encantaría conservarlos vivos como una muestra de lo que quizás no es un signo de regresión, sino los albores de una evolución hacia lo infinitamente variado. ¿Quiere usted un rombo de regaliz, doctor? ¿Un malvavisco con clorofila? ¿Un chicle con flúor? Si todos los seres humanos tenemos caras y

voces distintas; letra diferente, doctor, y una forma diferente de entender los acrósticos y de importunar a los elefantes, ¿no sería posible una humanidad donde todos tuviéramos una forma original, única y maravillosa? Buenas tardes doctores, y buen provecho. Digo yo, la genética, esa ciencia demiúrgica que nos legó Mendel, la misma que le permitió a Hugo de Vries en Amsterdam hace ya casi cien años realizar milagros con los híbridos... con permiso, señores. Sí, aquí tengo fósforos, doctor. Al cruzar entre sí diversas especies de estramonio, adormidera, celedonias y tréboles... No tiene usted qué

agradecerme, doctor. ¿No podrá la genética algún día, buenas tardes a todos, sí, claro, darnos una hija, después de usted, doctor, bella como un manatí, adiós, a la que tengamos que poner en un estanque, muchas gracias por su compañía, y alimentarla, doctor, con lotos vivos y ardientes, por aquí, por la derecha, para envidia de nuestros amigos, buenas tardes, el cíclope verde, la cocatriz amarilla, el basilisco ciempiés, el makara multicolor y el garuda cabeza-de-pájaro?

Mucosidades, pus, orina, excremento, jugos gástricos, vómitos, exudados: éste es el pan de cada día, doctor. Y sobre todo la sangre, colega, la sangre que tan peculiar le pareció al Mefistófeles de Fausto, la sangre que gime y que no hay golondrinas que se la beban. Dejémosles a las viudas las tertulias que se improvisan en los cadalsos, y a los astrónomos, a los que se ocupan del relleno de la atmósfera y los engaños de Marte, dejémosles los clamores sismológicos. Que sea para nosotros, los médicos, los que seguimos el camino de Fabríz de Hilde y del ilustre doctor Sydenham, la gloria de trabajar al nivel de nuestros nervios y nuestros humores y

el privilegio de asombrarnos de las reacciones del líquido cefalorraquídeo ante el oro coloidal. Nos encontramos naturalmente en el Pabellón de las Secreciones, Flujos o Deyecciones, como usted quiera llamarle. Algunas personas se deprimen cuando visitan este pabellón y otras sufren accesos de vómitos que las integran provisionalmente al grupo de pacientes. ¿Recuerda usted lo que comentábamos en la cafetería? Usted y yo, decíamos, en calidad de hombres de ciencia, estamos muy por encima de esas reacciones y asociaciones de ideas. Notara usted aquí también la ausencia de enfermos con padecimientos característicos de otra

latitudes. Sin embargo, y como usted lo verá, aun estos males están representados en el pabellón. Pregunta usted cómo, doctor? Un poco de paciencia y lo sabrá. Los vómitos, por ejemplo. Los hay violentos, como el vómito en proyectil. El enfermo está inconsciente pero tranquilo y a su lado está una enfermera leyendo las historietas dominicales y de pronto surge un chorro incontenible que salpica las cortinas, la alfombra, las lámparas, la cofia de la enfermera Pérez y la armadura del Príncipe Valiente. Otros son los vómitos de regurgitación: brotan despacio, en borbotones llenos de grumos y espumas que se deslizan por la

barbilla o las mejillas y mojan la almohada o inundan las vías respiratorias y matan al cónsul. Sólo a una mente estrecha y morbosa, doctor, se le puede ocurrir asociar esas manifestaciones con los alimentos terrestres que existen fuera de nosotros. El vómito representa tan sólo la interrupción del proceso maravilloso mediante el cual la carne del cordero se transforma en nuestra propia carne. Es el quimo, doctor, el pan y las verduras líquidas bañadas de ácido clorhídrico, de pepsinas, de secretagogos; es un paso —no exagero, doctor— hacia la entelequia de la zanahoria y de la sal gema. Los vómitos verdes como los de

esta solterona son simplemente vómitos biliosos. Por otra parte, los venenos corrosivos, las úlceras del estómago y la ruptura de las venas esofágicas producen vómitos con sangre. Y existe también el vómito color pardo oscuro: es aquel que contiene materias fecales. Quizás el caso más notable que tenemos en este hospital, en lo que a esta clase de vómitos se refiere, es el de este anciano con cáncer intestinal. Pero digo mal, doctor, no se trata en realidad de un vómito, sino de una tergiversación de los procesos fisiológicos. Si esperamos unos minutos, doctor, verá usted cómo el paciente expulsa por la boca sus materias excrementicias, sólidas y

perfectamente moldeadas, tal como salen por el ano. Hace dos días que comenzó y parece que ya está resignado: el único momento de angustia verdadera que padece es cuando el excremento sube por el esófago y lo asfixia. Pero una vez que llega a la boca, sale con suavidad, casi naturalmente, diría yo. Luego las enfermeras le limpian los labios, los cuales presentan unas úlceras sangrantes que de alguna manera extraña recuerdan a las hemorroides. Para completar la ironía magistral que el destino le ha jugado a este hombre, doctor, le estamos administrando alimentación por el recto. Ahora dígame, doctor, cuando usted examina un

excremento semisólido, ¿se le ocurre pensar en el relleno de los pasteles de calabaza? ¡Por Dios! Cuando usted contempla un excremento bien formado, como el de este hombre, ¿le pasan por la imaginación algunas salchichas flotantes? ¡Qué horror! Cuando usted observa un excremento líquido y amarillento, ¿recuerda usted el jugo de naranja que toma por las mañanas? ¡Qué asco! ¡Qué comparaciones de tan mal gusto! Y podría ponerle ejemplos *ad nauseam*. Otra cosa muy distinta es que el impétigo recuerde a unas gotas de miel en la cara, y el impétigo circinado a la mermelada de fresas. Otra, también, que el trozo del hígado tenga, en la

cirrosis cardíaca, el aspecto de la nuez moscada. Por lo demás, el queso derretido y la sustancia grisácea que le sale a este jovencito por la nariz, no tienen nada que ver. La harina, doctor, a la que debemos el santo olor de las panaderías como dijo nuestro poeta, y los millones de pequeñísimos cristales blancos que cubren la piel de estos enfermos, tampoco tienen ningún parentesco. En los enfermos urémicos del período agónico, los cristales semejantes también a la arenilla transparente que cubre las hojas de la belladona, aparecen después de una crisis, cuando se evapora el sudor viscoso y amarillo como mantequilla

rancia que les cubre el cuerpo. Pero no debí hacer esta comparación, aunque confieso que me fascina la relación que hay entre los excrementos y la comida. El estiércol, como todo el mundo sabe, es un magnífico abono. Cuando yo era niño, doctor, recuerdo que las mejores sandías crecían, silvestres, en los terrenos baldíos donde iban a exonerar los muchachos, después de comer, precisamente, sandias, va que las semillas salían completas, sin digerir. ¡Ah, que sandias aquellas, doctor, que cortábamos en grandes rebanadas, como carcajadas rojas para reírse del calor del verano! Le mostraré un caso que solo es grave en apariencia. ¿Cómo van

esas funciones fisiológicas, señora? ¿Un poco alteradas? No se preocupe: el doctor Palinuro la va a examinar. Vamos, vamos, no le dé pena. Abra las piernas. Así, así. ¿Ve usted, doctor? Uno tiene oportunidad de observar con frecuencia diversos flujos uterinos: algunos son blancuzcos como crema agria diluida. Otros son ambarinos y transparentes, como la miel de abejas. Otros, en fin, son viscosos e incoloros como la clara del huevo: es el caso de esta enferma. Venga usted y contemple sus grandes labios y el resto de los órganos genitales exteriores, que parecen recién enjabonados... el flujo seroso nos indica un cáncer del útero.

Quizás una histerectomía la pueda salvar. Pero regresemos a nuestra primera enfermita a quien dejamos tres camas más allá. Usted diría que el caso de esta mujer es muy serio. Bueno, usted no porque es médico, pero lo diría un profano. Sí, sí, ya le dije, mi señora, que se trata de una fístula que comunica al recto con la vagina y que mañana la vamos a operar. Por supuesto, mi señora, yo también me asustaría mucho si de pronto comenzara a expulsar excremento por la vagina. Incluso por razones anatómicas me asustaría más que usted. No lo quiero cansar, doctor. Mi padre decía que nada mejor para levantar los ánimos que un poco de

abuso. En cambio, yo heredé la pulcritud de mi abuelo: gracias a él, todos los días me lavo los ojos, los labios y cada pliegue de las orejas y los pies. Los dientes, uno por uno: cada incisivo, cada colmillo, cada molar requiere una limpieza especializada. Le ahorraré la vista de un paciente atacado por temblores y sacudidas que expulsa por la nariz, a borbotones, toda clase de ostras verdes y parduzcas, y saludaremos a este jovencito que como usted ve se nos está quedando en los huesos, de tal manera que sus clavículas parecen arpones nacientes, y todo a causa de tanta pérdida seminal mezclada con sangre. Otra manifestación

incontrolable y por demás curiosa, es la que presenta este otro enfermito. Usted me preguntará por qué llora este hombre, qué le hemos hecho, qué le ha pasado, y yo le contestaré, simplemente, que padece de una fístula lagrimal que lo obliga a llorar en forma constante, aparte de su estado de ánimo que, quién lo diría, por lo general es optimista. Yo le pediría a usted que le contara un chiste, que le dijera por ejemplo que cuando uno muere el estómago se digiere a sí mismo y vería cómo se suelta llorando. Pero esto iría en contra de la política del hospital, ya que como usted sabe, doctor Palinuro, por supuesto, desde luego, claro está, bien

dicho: lo admiro por su perspicacia, colega. En efecto, estos dos casos ilustran por primera vez una de las teorías que aplicamos en este hospital gracias a sus generosas sugerencias, doctor, y que consiste en lo que yo podría llamar la anulación de las posibilidades conceptualistas de la enfermedad. Sin embargo, este sacrificio está compensado por el aprovechamiento de las posibilidades metafóricas de la misma. Por ejemplo, cuando nos dimos cuenta del enorme desperdicio de lágrimas que sufre este paciente, decidimos contarle todos los días historias desgarradoras. Crímenes, injusticias, fratricidios, exploradores

que se pierden en el Polo Norte y convertidos en témpanos flotan por los sueños de la muerte. Casos de antropofagia, estupros, niños huérfanos que buscan a sus padres desde los primeros capítulos de las novelas de Dickens, y cuanta tragedia pueda usted imaginar. Y no necesito decírselo, doctor, porque usted lo ha visto: el cuarto del joven que sufre derrames seminales está tapizado con los *playmates* del año en curso y los domingos le proporcionamos matinés de películas pornográficas. San Agustín pervirtió el pensamiento de la humanidad durante más de mil años, colega: nosotros deseamos liberarlo del

pecado original. Las moscas revolotean en círculos viciosos, doctor: personifican a la envidia. Y allá, lejos, las casas con sus techumbres rojas de miedo: no tengo nada en contra de las moralejas, colega, al contrario. Abran las puertas muchachos, ábranlas de par en par. Esta inmensa sala, doctor, llena de pócimas suntuosas, le recordará a usted las neverías de su infancia, los frascos llenos de jarabes y esencias de frutas, las bomboneras de cristal de las cocinas de nuestras abuelas. Descorran las cortinas, levanten las persianas, enciendan las luces fluorescentes. Aquí, en estos anaqueles, doctor, que cumplen con el requisito de la iridiscencia,

tenemos la colección más completa del mundo en su género: una exhibición permanente de secreciones, exudados, derrames flujos, etc., etc., que permanece abierta al público de domingo a viernes durante cuatro horas diarias y el sábado lo dedicamos a pulir los frascos y sacudir los anaqueles. Se aceptan contribuciones espontáneas: un litro de sangre color de rosa proveniente de un niño leucémico, muestras de laudable pus y falsas membranas de enfermos de bronquitis. Pero vea usted y aprecie usted los esputos de los enfermos de asma, que contienen filamentos espirales, pequeñas perlas y los famosos cristales de Charcot-Leyden

constituidos por aminos muy semejantes a la cadaverina y la putrescina. Y a propósito, esta papilla espesa de tejidos necrosados que se forman en el curso de la gangrena no es otra cosa sino una muestra de putrúlagu. Por otra parte, el contenido de este frasco abombado, que recuerda al vino negro de Corinto, es un ejemplo de la sangre deglutida que los niños sifilíticos expulsan por la boca. Y por supuesto, esta otra es una muestra humilde, común y corriente, del mocopus bronquial en el que se observan los tapones de Dittrich: ¿los ve usted? esas pequeñas cabezas de alfiler, blanquecinas... quién diría que están formadas por leucocitos, residuos de

hematíes, cristales de ácidos grasos y leptothrix pulmonalis. Sigamos adelante. A ver, a ver, a este frasco se le ha caído la etiqueta, pero el doctor Solís nos dice que estos gusanos que ve usted son los famosos vermiotes, o sea, doctor, los filamentos de materia corrupta que salen cuando se presionan con los dedos las ulceraciones del cancroide de la cara. En esta otra bombonera, tenemos una colección de esputos rectales de Trélat, que como su nombre lo indica tienen todo el aspecto mucoso de los escupitajos, salvo que presentan estrías de sangre. Mire: doctor, ésta es una muestra impresionante de las heces negras de los enfermos tratados con

bismuto: yo diría que así es el excremento del diablo. Y por blanco y puro, diría yo que así es el excremento de los ángeles: como las heces pálidas de los que sufren de insuficiencia hepática. Desde niño, doctor, tuve la obsesión de pensar cómo serían los desechos naturales, o mejor dicho, los desechos sobrenaturales de los seres fantásticos: cómo sería por ejemplo el vómito de Unicornio, el excremento de Ave Fénix, la orina de Pegaso. Pero venga usted conmigo para admirar esta hilera interminable de frascos de colores cuya ausencia hice notar en el Pabellón Óptico y que nos enseñan los distintos y variadísimos colores que

puede adquirir la orina humana por causa de diversas enfermedades o cuando se la somete a reacciones químicas que determinan su parecido con la cerveza irlandesa, los vinos blancos de Alsacia, los rojos de Burdeos y los rosados espumosos de Coimbra. ¡Ah, si el Doctor Myersbach, del que tanto se burlaron, no hubiera revivido el arte de la urinoscopia! Pero también hay un frasco de orina con un anillo azul que revela la presencia de sangre; el color violado denuncia a la acetona y el anillo verde la presencia de bilis. Este es un precioso ejemplar de orina lechosa con albúmina, y este otro de la orina cafenegruzca de la

alkaptonuria. A propósito de precipitados y reacciones, colega, este frasco contiene un exudado pútrido de las pleuras con un hermoso coágulo color de rosa producido por el tanino; éste es un suero de sifilítico al cual la reacción de Landau lo hizo colorearse de amarillo claro; esta redoma mágica contiene un líquido peritoneal sometido a la reacción de Rivalta: de aquí ese precipitado azulado que se desliza lentamente hasta el fondo como el humo de un cigarrillo. Y para terminar con esta breve visita a nuestra exhibición, le diré que tal como le advertí, también las enfermedades ajenas a nuestro hemisferio están representadas aquí:

este frasco encierra una muestra del vómito negro de la fiebre amarilla, y este otro nos lo obsequiaron nuestros colegas foráneos, esos mártires de la ciencia que trabajan *in partibus infidehum*, en tierras de infieles, y que contiene cerca de dos litros de la diarrea característica del cólera: como usted ve, se trata de un líquido incoloro que contiene innumerables copos blancos del tamaño de los granos de arroz. Si usted agita el frasco, doctor, verá cómo forman un remolino de nieve exactamente como en el Ciudadano Kane, y luego se depositan con lentitud en la base del frasco. ¡Ah! pero sentémonos un momento, doctor, el

cansancio tapiza mi cerebro. ¡Ah, cómo me duelen las piernas! Sin embargo, soy feliz. Lo que fue para Buda la miseria de nuestro cuerpo, lo que para él (porque le diré que así lo describe en uno de sus Gâthas) fue un cuerpo maldito por las lágrimas, la transpiración, la humedad, la orina; lleno de gotas de sangre e inmundicias de vientre, de médula, de sangre y líquidos cerebrales... para mí es la mayor riqueza, doctor: *Inter urinas et faeces nascimur*. Y no le insistiré más. Tenemos aquí un catálogo ilustrado, con 16 láminas a color y 70 en blanco y negro, que vendemos a 25 pesos el ejemplar. Para usted es gratis, doctor, con una condición: dentro de

algunos minutos vendrá una enfermera que le tomará una muestra de su sangre, le hará un frotis de garganta, ah, doctor, qué alivio sentarse y estirar las piernas, y le hará una punción en el manubrio del esternón para tomar una muestra de su médula ósea, y otra punción, lumbar, para que conozcamos el estado de su líquido cefalorraquídeo, y le pondrá una inyección, pero ah, doctor, permítame que me quite los zapatos para estirar los dedos un momento, así, así y una inyección intravenosa de Secretina, le decía, para estimular la secreción de su páncreas y examinar sus jugos duodenales, y un enema de sulfato de bario para tomarle una radiografía de

colon. Ah, debo decir que es una enfermera bella como esa muerte disfrazada con una hermosa piel de veinte años que se me escapó de los brazos y de los testículos hace algún tiempo, doctor, pero que encontraré algún día sentada en un automóvil blanco, la maldita. ¡Ah, doctor, qué alivio estirar los ojos! ¡Pero le pegaré el susto, le pondré tales cuernos! Mientras llega nuestra enfermera y yo me permito echarme una siesta breve, doctor, le suplico pase usted al cuarto del fondo. Encontrará usted un frasco donde depositar su excremento. Puede usted ayudarse con una cucharita de madera. Habrá un tubo de ensayo donde dejar su

orina. Otro frasco para sus esputos y uno más para sus secreciones nasales. También encontrará usted una cápsula para su esperma, pero tal vez usted desee que nuestra bella enfermera le ayude a obtener esta muestra. Y si usted no padece de eritrofobia, un túmulo rubicundo le bajará a los pies cuando ella, con sus dedos largos y finos como el pánico, le desabroche los botones de la bragueta. Ah, doctor, qué alivio estirar los dientes. ¿Nos hará usted el favor, colega, de dejarnos hacer un vaciado de yeso de su cara, *in vivo*? Detesto las máscaras mortuorias. Como usted puede suponer, lo que más nos interesa, doctor, es que su orina

demuestre la prosperidad de sus riñones por su contenido normal de uratos que forman un depósito rojo; que su excremento no esté mezclado con el moco verde característico de la disentería; que sus esputos no presenten el color herrumbroso causado por la neumonía; que su sangre tenga cuando menos 5 millones de eritrocitos y que cada una de sus eyaculaciones contenga la cifra promedio de 350 millones de espermatozoides sanos. ¡Ah, doctor, qué placer es estirar las uñas! En otras palabras, lo queremos a usted en el estado hígido de los antiguos, doctor, deseamos que su organismo o más que su organismo, su *Gestalt* —si el término

está bien aplicado— alcance la eucinesia, la mezcla justa y armoniosa de sus fuerzas y sus cuatro humores cardinales y corroborar que su orientación alopsíquica no deje nada que desear. Pero desde luego, si alguno de esos líquidos presenta alguna anomalía, tendremos el gran placer de incorporarlo a nuestra colección y si descubrimos un tumor lo guardaremos para ilustrar la portada a colores de nuestro próximo catálogo. Si es algo menos grave, no se dirá, doctor, que en ese hospital no aplicamos a la perfección la técnica de los cuidados físicos y morales conocida como hipurgia... Y si es algo muy grave

también, ¡no faltaba más! Traeremos a los mejores especialistas del mundo, que da la casualidad que están todos en el hospital. Rogaremos a la diosa romana Salus y si es necesario invocaremos a los espíritus de los médicos más grandes de ta historia: ¡Galeno, doctor, Macaón, los sabios de la Escuela de Salerno, Avicena el príncipe de la medicina, o Erasítrato que contará las pulsaciones de su corazón con la ayuda de una clepsidra! Estoy seguro que la ley de Karma, la homeostasis de su organismo, doctor, su tendencia a recuperar el equilibrio alterado, es muy poderosa. De todos modos, colega, cualquier enfermedad o

síntoma o bacteria que padezca llevará su nombre pues en la biblioteca de nuestro hospital, como usted bien lo sabe, sólo figuran las últimas ediciones de las enciclopedias y libros de textos donde se han incorporado todos los nuevos términos como la Palinuroscopia, la Palinuritis, la Palinurrea, la Palinurofilia y la Palinurofobia. Me olvidaba decirle, doctor Palinuro, ¡ah, qué ganas de estirar el hígado! que en el cuarto encontrará también un frasco con propanol, cuyo olor causa un intenso lagrimeo. Háganos el favor de olerlo y depositar sus lágrimas en esta plaqueta. Más tarde las examinaremos al

microscopio para averiguar qué clase de infusorios o de Palinurococos cohabitan con las niñas de sus ojos. ¡Ah, doctor, qué sueño tengo! Pero no necesito decirle que todas las noches en cuanto apago la luz me duermo como un bendito con la conciencia limpia. Pero antes leo *Las Vidas Imaginarias* de Schwob, la biografía de José Bálamo o las *Profecías* de Nostradamus. A veces, hojeo de nuevo *El Asesinato como una de las Bellas Artes* de De Quincey, los *Diálogos de los Muertos* de Fenelón o *Las Memorias de Ultratumba* de Chateaubriand, y si tengo tiempo contemplo algunas láminas de Beccafumi, Bronzino o José Luis

Cuevas. Luego, me hundo en un sueño ortodoxo, sin fantasmas... O como diría Eluard —otra vez Eluard—, me bajo a mi espejo como un muerto a su tumba abierta. Buenas noches, doctor.

7.

Tuve un sueño muy extraño, doctor. O quizás fueron dos sueños. ¿Qué hora tiene usted? ¿Dice usted que le han robado su reloj American Waltham, recuerdo de su tío Esteban? Yo estaba en un hospital, doctor, en este hospital si

mal no recuerdo, y usted venía a verme. Me parece, por el color de los pájaros, que deben ser las ocho y media ¿Cómo pude dormir tanto tiempo? ¿Por qué no me despertó usted, doctor Palinuro? Y caminábamos del brazo por estos mismos corredores cuando de pronto nos asaltaron los fumadores de pipa. Unos eran gordos, otros eran flacos. Unos fumaban tabacos Príncipe Alberto y otros, alérgicos a la nicotina, fumaban pipas de mentiras. La sala estaba llena de nubes humo de maple. Pero sigamos nuestro recorrido mientras le cuento el sueño. Yo quise explicarle, doctor, que se trataba de enfermos hemipléjicos a quienes les damos el nombre de

fumadores de pipa en vista de que la mejilla paralizada se les infla cada vez que respiran, pero cuando abrí la boca para decirle esto, en lugar de palabras me salieron nubecitas de humo... ¡Imagínese, doctor, qué gracioso! ¡nubecitas de humo! Y usted me decía: ¿Pero está usted loco? Y yo le contesté: doctor, nuestro hospital no sería el más famoso de la tierra y sus alrededores, si no contáramos con salas destinadas a los locos, los afásicos, los delirantes y los maníacos. De modo que visitaremos, en seguida, el Pabellón Cinético. No, no estoy loco, doctor, nuestros criterios modernos nos autorizan a pensar que todas estas personas no están dementes

en el sentido bíblico de la expresión... En el sueño yo era un viejo, viejo de años y de martirios, y usted era un joven y yo sabía que tendría que despedirlo alguna tarde con un pañuelo húmedo de adioses. Por el contrario, creemos que al igual que Federico Nietzsche, viven en otras dimensiones cuyas reglas de juego nos son desconocidas. Por otra parte los enfermos se han aficionado a las pipas y a las nubes de humo, y las nubes de mentiras revolotean, doctor, revolotean. Si usted observa de cerca los ojos de esta muchachita verá que presentan un temblor reticular que se aprecia más fácilmente si se la obliga a seguir un objeto con la vista... Mira,

preciosa, mira esa nube cómo va volando, volando... y la nube, doctor, cayó precisamente en la mano de un enfermo con pulso miuro que recuerda la cola de una rata, como su nombre lo indica. ¿Lo siente usted, doctor? —le preguntaba yo—. Y éste es un pulso trepador, lo que seguramente quiere decir que hay una trombosis del miocardio. ¿Siente usted cómo sube a sacudidas? Y por último tenemos un lentísimo pulso de Monneret que nos llegó por la vía aérea la semana pasada y que desde luego indica ciertas congestiones del hígado. Qué sueño tan extraño, doctor, yo le decía que aquí, en esta sala, hemos agrupado a todos los

enfermos que sufren de agorafobia o sea, doctor, a todos aquellos a quienes aterrorizan los espacios abiertos e infinitos, las plazas, el campo y los libros de viajes interplanetarios. A la derecha, doctor, la Plaza Trafalgar. A la izquierda, el Ponte Vècchio. Ni siquiera el Palacio de Fortunio en la novela de Gautier, y que tenía ventanas a dioramas que ilustraban ciudades distintas cada día, puede compararse a esta sala en cuyas paredes proyectamos las imágenes cambiantes de las ciudades más bellas de la Tierra, y por lo mismo es el lugar ideal para disfrutar de la infinita libertad que nos brinda el universo. Usted, doctor, cogía la nube de humo

con los dedos índice y pulgar y me la enseñaba diciéndome: ésta es la prueba de que usted está loco: ¿Cómo se le ocurre mezclar así a los enfermos? ¿Qué tienen que hacer los locos en el Pabellón Cinético? Extraño sueño. Yo le decía: pero cálmese usted, colega, ya aparecerá su reloj. En primer lugar, la definición por excelencia de la lógica escolástica: el hombre es un animal racional, se queda a la zaga del superhombre, que está más allá de toda racionalidad. En segundo lugar, cuando yo era un niño que apenas llegaba adonde ahora llegan mis rodillas, doctor, soñaba con conocer la Selva Negra de Alemania: aquí la tiene usted,

a la izquierda. A la derecha, y al fondo, el Sequoia National Park de California, con los únicos árboles rascacielos del mundo. Ahora bien, permítame un paréntesis. Pero se le ha caído la nube de las manos, doctor, y va dando saltos. ¡Corramos a alcanzarla!, le decía yo en mi sueño. Pues bien, ¿hay alguna diferencia, doctor, entre este enfermo del Pabellón Cinético que tiene la mano en la posición del cuello del cisne y este otro, enfermo de nosofobia? Pero déjeme continuar: cuando yo era un adolescente y la cabeza me llegaba hasta donde ahora me llega, soñaba con visitar París. Aquí está París, doctor, la Tour Eiffel. Aunque debo decirle,

cuando yo era un adolescente, tenía ya la misma estatura física que tengo ahora pero no la misma estatura intelectual. Mis aspiraciones ahora van más lejos: hoy sueño con visitar las estrellas. Entonces usted, doctor, me sacaba una nube de humo de atrás de la oreja. Yo le decía: magnífico truco, doctor Palinuro y usted, muy satisfecho, abría la mano y la nube volvía a escaparse de sus manos y esta vez subía hasta el cielo y nosotros veíamos cómo se multiplicaba en miles de nubes. Pero volvamos a la realidad, doctor, que supera a todos los sueños: levante usted la vista para que vea cómo el techo de este pabellón imita la forma de un planetarium y en las noches, sobre

un fondo negro y aterciopelado, reproducimos en él todas las constelaciones con una exactitud que no soñó Hiparco y con una belleza que el Globo Farnesio se olvidó de mostrar. Por una parte, este hombre padece de un trastorno reflejo que le paralizó la mano en la posición del cuello del cisne. ¿Cómo amaneció esa mano hoy? ¿Igual que ayer? ¿Igual que mañana? Ahora observe a sus compañeros. Algunos de ellos son casos de esa grave enfermedad de la médula que se llama siringomielia. Como resultado, uno tiene manos de predicador con la muñeca doblada en ángulo recto hacia el antebrazo; el otro manos succulentas con los dedos

adheridos entre sí, y el tercero, manos de pinzas de escorpión. Ah, querido colega: en la punta del lápiz se dibuja una palabra, la sostengo hasta el fin, le pongo cola, la demoro en los puntos suspensivos y la repito cien veces como en tarea escolar para no olvidarla nunca: dolor, dolor, dolor, dolor. ¿Ve usted allá arriba la constelación del Cisne? ¿Ve usted en el cielo del planetarium la constelación del Escorpión? Usted y yo, en nuestro sueño, caminábamos del brazo por los días de la semana y yo le mostraba a los enfermos que por querer escapar del dolor, caen en el dolor. Nuestros enfermos de nosofobia, colega, o sea el temor obsesionante a la

enfermedad. Se comienza siendo hipocondríaco. Luego se desliza uno por la vertiente farmacéutica. El lunes, vimos a nuestro paciente en la sala de los tuberculosos. El martes se le diagnosticó leucemia. El miércoles, diabetes. El próximo domingo se le dirá que tiene tuberculosis. Y aquí, en la tierra, somos espejo fiel de lo que podría suceder en las alturas. Estos dos hombres juegan todos los días con sombras chinescas y representan una comedia en la que el cisne picotea al escorpión, y el escorpión ataca al cisne por el cuello, y el cisne picotea al escorpión y el escorpión ataca al cisne por el cuello, y así hasta el infinito: la

encarnación de la metáfora, doctor, mi vieja obsesión. Aunque a veces también a estos enfermos, y sobre todo los domingos, los trasladamos a un pabellón al que llamamos nuestro zoológico de cristal. Se juntan allí con los enfermos que tienen manos de araña o manos de pato con los dedos unidos por cartílagos y pronto se agregan a ellos los pacientes que tienen tos de perro, los leprosos de cara leonina, los elefantiásicos y los que tienen boca de tapir a causa de la atrofia del músculo orbicular de los labios. ¡Ah, colega, la vida es más divertida de lo que usted se imagina! Por ejemplo, a través de este vidrio que por el otro lado es un espejo, podrá usted

contemplar un cuarto enorme y blanco y de paredes altísimas como una cárcel que Piranesi nunca imaginó, y allá, acurrucado en el último rincón, a un hombre. Este paciente fue internado en el pabellón porque sufría de un delirio de abandono que, como todos los delirios, carecía de base real. Este mismo criterio es el que aplicamos en los casos de los enfermos de claustrofobia, o sea todos aquellos que temen los espacios cerrados, los cuartos pequeños y los libros de bolsillo. No, doctor, nosotros no nos hemos olvidado de las lecciones de bondad hacia los locos que nos enseñaron Pinel y tantos otros: no se trata ni de una crueldad, ni

de un intento de cura de inmersión. Sencillamente hacemos esto con el objeto de afirmar que la actitud de nuestros enfermos ya no es delirante, porque en efecto, este pobre hombre se encuentra dejado de la mano de Dios y de los hombres, y los que padecen de claustrofobia se hallan encerrados en cajas donde apenas pueden moverse: sus delirios, pues, no son tal cosa sino la verdad pura. Pero tenemos un caso al que no hemos podido proporcionar consuelo alguno: un hombre que descubrió un día que estaba encerrado en su cuerpo y que desde entonces se pasa los días elaborando un plan que le permita escapar con vida. En otras

palabras, no se puede decir de nuestro establecimiento lo que decía W. H. Auden de los sanatorios donde cada vez los enfermos ríen menos, a medida que pierden la certeza de su cura. Ah, doctor, la Necesidad tuvo un templo en Corinto. La Piedad, una capilla en el Lacio. La Enfermedad tiene aquí una catedral, en este sanatorio. O mejor dicho: las enfermedades, los cientos de enfermedades demoníacas de las que habla el Ayur Veda y que tan sabiamente clasificó Emilio Kraepelin. No ha habido hospitales en el mundo, colega: el Bethlehem, la Castañeda, la Maison Charenton o el hospital de Williamsburg, que puedan compararse

al nuestro. Y además, ¿quién no está solo y abandonado? ¿Quién no está encerrado en su propia angustia? Recuerdo que en mi sueño usted y yo caminábamos solos por el hospital y de pronto entramos a una sala donde había cuatro pacientes. Uno era un hombre de unos sesenta años que se levantó el camión, nos enseñó el trasero y nos pidió que le excitáramos la piel del ano. El otro era una linda muchacha que se sentó en la cama, se levantó las faldas, cruzó las piernas, y nos suplicó que le diéramos golpecitos en la rodilla. El otro paciente era una anciana que sacó los pies por debajo de la cama y nos pidió que le hiciéramos cosquillas. El

último era un viejo que se bajó los pantalones del pijama y nos pidió que le pellizcáramos la cabeza del pene. ¿Y usted se queja porque perdió su reloj American Waltham, doctor? Estos pobres pacientes, le decía yo, han perdido algo más importante: sus reflejos, doctor. Un reflejo, como usted aprendió cuando se quemaba las pestañas para demostrarle algún día a Sir William Osler que estaba equivocado, consiste en una excitación periférica transmitida al centro nervioso por vía centrípeta y que vuelve a la periferia por vía centrífuga bajo la forma de movimiento. En vano le excitará usted la piel del ano a este

hombre: el esfínter ya no se contraerá más. Y las piernas de esta damita no responderán nunca al reflejo rotuliano. O le puede usted hacer cosquillas en las plantas de los pies a la anciana, y verá cómo los dedos tampoco se contraen. O por último puede pellizcarle la cabeza del pene a nuestro anciano, y observará que es inútil también, porque el miembro no se retrae. Pero venga usted conmigo, doctor, quizás en este lugar estaremos a salvo de los mendigos. Permítame usted que continúe describiendo el pabellón. Le hablé de las constelaciones. Todavía es de noche y puede usted contemplar el resto. Con un poco de imaginación verá usted, en

las noches boreales, a Hércules el arrodillado que da muerte a las quince estrellas de la serpiente. En las noches australes contemplará a Orión, el cazador celeste que recupera la vista cada vez que expone sus ojos a la luz del sol; las Pléyades, transformadas en palomas, revolotean asustadas alrededor del gigante; la Osa, como lo cuenta Homero, lo vigila desde lejos; pero llega el Escorpión —de nuevo el Escorpión, doctor—, y lo ataca por la espalda; entonces la Osa y el León se elevan en el cielo, majestuosamente. Este es, como le decía, el Pabellón de los que sufren de agorafobia. Y que nos vengan a decir ahora que Siger de

Brabante no tenía razón cuando afirmaba que todos los sucesos de la tierra están determinados por los movimientos de los cuerpos celestes. ¡Qué sueño tan extraño, doctor! Usted y yo estábamos sentados en medio de una llanura enorme, pero no a salvo ni de mendigos, ni de inoportunos, ni de ladrones. Me veo a mí mismo en el sueño y casi no me reconozco. Era yo, sí, pero al mismo tiempo no era yo: el delirio del Sosias, doctor, venga para acá: mientras continúo contándole el sueño le presentaré a una enferma que padece lo que el sabio Capgras llamó las ilusiones del Sosias, y que no es otra cosa que un delirio de negación parcial en el cual el

sujeto no identifica a las personas que conoce perfectamente, pero está dispuesto a admitir el parecido con esas personas y las considera como una especie de dobles. Caminamos después por la llanura y cortamos algunas flores. Yo junté un ramo de margaritas para mi querida paciente. ¿Cómo está usted? ¿Se acuerda de mí? Soy el subdirector médico del hospital. ¿Cómo? ¿Dice usted que no soy el verdadero subdirector médico, que soy su doble? Quizás tenga usted razón. Pero tendrá que reconocer, en todo caso, que soy el mismo doble que el día de ayer le traje este mismo ramo de flores. ¿Cómo? ¿Dice usted que soy el doble del doble?

Quizás tenga razón. Nunca somos lo que fuimos ayer, doctor, nunca seremos mañana los mismos de hoy... Y la vida se nos pasa imitándonos a nosotros mismos y tratando, como Kafka, de solucionar el enigma de nuestra propia identidad. Le presento al doctor Palinuro, director del hospital. Y usted, disfrute de la hermosa ocasión que el azar le brinda de ser, en estos momentos, usted mismo: el auténtico doctor Palinuro. Mañana o esta tarde, quizás, o incluso hace diez minutos, en mi sueño, usted ya no será el mismo. Otro es el caso de los enfermos con delirio de desdoblamiento que creen ver a su propio doble, o Doppelgänger. Para

darles gusto a estos enfermos, se nos ocurrió ponernos, cuando los visitábamos, máscaras que imitaran sus rostros. Unas veces esto resulta. Pero otras, cuando ellos se encuentran en esos momentos con sus dobles, piensan que nosotros somos sus triples. Le mostraré más adelante una sala de sordomudos a los que varios ventrílocuos escondidos tras las cortinas hacen conversar todo el día. Y cuando se sienta con ganas de un baño de tina, doctor, lo llevaré a la sala donde están nuestros enfermos de ablutomanía, que no es otra cosa que una obsesión por el lavado incesante y compulsivo del cuerpo. Pero a propósito de imitar, doctor, recuerdo que usted y

yo, en mi sueño, llegamos hasta la orilla del mar y había playas de arena dorada que contaban los minutos de los días felices, y playas de arena negra que contaban los minutos de los días de luto. Y del mar salieron los habitantes de los espejos, de los que hablaba Borges, doctor. Y no eran otra cosa que estos enfermos que tenemos aquí y que sufren de una clase de delirio, bien conocida, que consiste en la imitación de todos los gestos y los movimientos de otra persona. Elija a su enfermo, doctor, siéntese frente a él y juegue al espejo: afeítese, anúdese la corbata, lávese la cara con espuma del mar, guíñese los ojos, coja un puño de arena y espárzala

por los malecones del puerto, y su espejo humano repetirá fielmente cada uno de sus gestos. Pero no todo es así de triste, doctor. Venga usted, acompáñeme, quiero decirle que después los hombres y las mujeres nos obsequiaron conchitas, caracoles y escamas de sirenas. Lo que me recuerda que estamos ante las puertas del pabellón de los que sufren el delirio de la prodigalidad y que como usted sabe no pueden vivir sin hacerle regalos a todo el mundo continuamente. Por motivos económicos en primer lugar, y en segundo considerando que esta manía se satisface por el simple hecho de obsequiar, sin mucha relación con el

precio o la calidad del objeto obsequiado, instalamos un departamento especial que se encarga todos los días de envolver y adornar objetos insignificantes que les dejamos por la noche, cuando están dormidos. Usted sabe que ningún viajero griego se atrevía a saciar su sed en un río sin antes dejar un obsequio para los genios de las aguas, las anaraidas, en los nichos colocados a tal efecto, y los obsequios eran muy simples... Al día siguiente, nuestros enfermos los descubren debajo de la cama o de la almohada, o en los cajones de la cómoda, y se lanzan por el hospital obsequiándolos a los doctores, las enfermeras y los mismos pacientes.

Así, no le extrañe a usted que al entrar en la sala uno de los enfermos se acerque con un estuche de terciopelo que contiene algunas hojas de álamo. Buenos días, muchachos, ¿cómo amanecieron? ¡Ah, ya veo: nos tienen unos regalos. Qué maravillosa sorpresa! A ver: éste dice «Para el doctor Palinuro». ¡Y éste es para mí, qué delicia! Al endocrinólogo Navarro le tocó un botón. ¿Dónde lo va a poner, doctor? ¿En la camisa roja, en la anaranjada? Vaya problema que tiene usted. Doctor Iglesias: no necesita usted desenvolver su regalo para que sepamos de qué se trata, pues salta a la vista que es un cigarrillo envuelto en celofán. Le

tengo envidia pero seré generoso, pues como usted ve, en esta cajita que me ha tocado este día viene un fósforo que usaré para encenderle el cigarrillo. ¿Vio usted la uva que le tocó a la enfermera Salazar? Nunca, en mis viajes por la Borgoña y Maipú, he visto una uva tan perfecta, brillante y sedosa. Le suplico, doctor Palinuro, que desenvuelva con todo cuidado su obsequio, pues ese mismo papel será empleado nuevamente. Qué maravilla: al doctor Palinuro le tocó el periódico del domingo pasado. Miren ustedes, colegas, qué exquisita textura, qué tintas tan discretas, y sobre todo, qué noticias: «Inundación en Pakistán». «Miss Brasil fue elegida

Miss Universo». Lejos del mar, doctor y ahora por un valle sombrío, le decía yo que no todo es alegre: el periódico, la uva, las hojas de álamo y los caracoles están destinados a desaparecer, porque todo nos ha sido prestado. Por lo mismo me deprime el delirio de desposesión descrito por Lévy-Valensi: esta mujer piensa que ya no se pertenece, que las ideas de otros invaden sus pensamientos, que su voz, su mirada y su olfato son los de otra persona. Algo semejante al síndrome de Cotard, que consiste en un delirio sistemático de negación: a este hombre le ha dado por negar todo: el paso del tiempo, la muerte, la vida, la lluvia, el sol. Yo, en

cambio, no negaré mi sueño, doctor, no negaré que caminábamos por el valle y nos seguía una multitud de enfermos que nos importunaban con sus delirios y sus parálisis, sus movimientos incontrolables y sus manías. Cuatro enfermos que padecían de risa espasmódica a causa de una afección de las regiones mesodiencefálicas, nos asaltaron a la puerta de una taberna, y tuvimos que desperdiciar nuestros mejores chistes. Un hombre que sufría de la pérdida total de la memoria topográfica nos preguntó dónde estaba el pabellón de los locos y tuvimos que ingeniarnos para darle toda clase de instrucciones falsas. Recuerdo que

pasamos después por la sala de los vientos y los relámpagos, donde están los enfermos que tienen fobia a las tempestades; por el pabellón enceguecedor de los que padecen de fobia a la luz, donde tuvimos que ponernos lentes negros para proteger nuestros ojos; por los corredores llenos de serpientes, tarántulas y alacranes, de los que sufren de delirium tremens: por el pabellón de los travestís, donde yo me disfracé de Madame de Bennes, y la doctora Fuentes de Caballero de Eon de Beaumont, y pasamos también por la sala en eterno movimiento de los enfermos de trastornos del equilibrio de origen laberíntico: ¡qué gracia me hizo,

doctor, que se cayera usted tres veces!
Pero menos mal que no se precipitó desde la punta del rascacielos donde tenemos a los enfermos que tienen fobia a las alturas: ¡Uy, qué vértigo, doctor!
Luego bajamos de nuevo al campo y pasaron a nuestro lado como estrellas fugaces los enfermos de dromomanía que sienten la necesidad imperiosa de trasladarse de un lugar a otro en forma constante. ¿Pregunta usted que por qué no los encerramos, doctor? ¿Afirma usted que nuestros tratamientos y sistemas son contradictorios? Pero, colega, ¿qué cosa hay que sea más contradictoria que la vida? Observe usted por ejemplo, el comportamiento de

estos pacientes: Acuéstense. Levántense. Tomen agua. Muy bien. Los enfermos de heteronegativismo, doctor, que ejecutan precisamente lo contrario de lo que se les manda. En un principio, para que obedecieran, teníamos que ordenarles que hicieran lo contrario de lo que deseábamos. Pero pronto descubrieron nuestro truco. Así que ahora, cuando queremos que un enfermo por ejemplo saque la lengua, le decimos simplemente: ¡Saque la lengua! Entonces él piensa que en realidad queremos que haga lo contrario, y para desobedecernos saca la lengua. Maravillosa simpleza, ¿no es así, colega? Más tarde en mi sueño y a la

sombra de un árbol nos entretuvimos varios meses para conversar con esta mujer que padece de manía lectuaria: la obsesión de guardar cama eternamente. Y cada vez nuestro cortejo era más grande, doctor. A la luz de la luna nos seguían los enfermos de siringomielia. El hombre con manos de predicador que abogaba por la paz del mundo. El hombre con las manos de fakir que insistía en caminar por el camino de las lenguas de erizo. La mujer con manos contraídas en pila de agua bendita que salía siempre de abajo de un puente para ofrecernos su precioso líquido. Después, un hombre con barbas negras se acercó a nosotros, en una bicicleta, y

nos atormentó con toda clase de proposiciones: que las enfermeras se cortaran el pelo, que los neurólogos usaran corbatas azules, que la limpieza del hospital comenzara a la una y quince hora de Greenwich: usted sabe, el delirio de los reformadores. Y como si esto fuera poco, durante todo el camino, toda la noche, todos los árboles y todas las noticias de última hora, nos siguió una mujer que padecía del delirio profético y que nos pronosticó toda clase de castigos divinos: rumores universales que acallarán los sonidos de nuestro Pabellón Acústico, terremotos que destruirán nuestro Pabellón Cinético, lluvias negras que caerán del

cielo para inundar nuestro Pabellón Óptico. A la orilla de un río nos encontramos, después, a un caballero muy amable al que tuvimos que saludar cien veces porque padecía el tic de Salaam, doctor, que consiste en una serie de movimientos paroxísticos de salutations. Y después yo le mostré a todos los epilépticos que traemos a este Pabellón Cinético durante el paroxismo y que sacamos en cuanto llega la fase crepuscular, de manera que usted pudo apreciar nuestra eficacia si tomó en cuenta que por lo general los accesos no duran más de un minuto. Seguramente usted se preguntará por qué, en esta sala que llamamos Cinética, hemos incluido

a los paralíticos. Y yo le contestaré que por dos razones: una de ellas es que en la mayoría de las parálisis los enfermos presentan ciertos movimientos insólitos, como es el caso ya visto de los hemipléjicos, o por ejemplo en ciertos casos de parálisis total en los cuales las mandíbulas adquieren un movimiento espontáneo debido a la contracción de los músculos masticadores y al que llamamos tic mascullante porque parece que los enfermos se pasan el día mascullando maldiciones. Y por otra parte, si se fija usted en muchos de los casos de parálisis parcial, verá que las actitudes de los enfermos dan una idea de movimiento eternizado. Yo trataba de

explicarle todo esto, doctor, cuando de pronto entramos a un túnel y fuimos testigos de cómo dos de nuestros guardias, descendientes de los habitantes de Sodoma que intentaron seducir a los ángeles de Lot, se disfrazaron de demonios para violar a dos muchachos que padecen de alucinaciones genitales y juran que todas las noches son objeto de maniobras eróticas contra natura. En la mitad del túnel, doctor, o en la mitad de nuestra vida como hubiera dicho el Dante, nos encontramos con una multitud de enfermos que padecían trastornos del habla. Algunos de ellos se limitaron a repetir las últimas sílabas de cada una

de nuestras palabras. Otros, de pie en cajas de jabón, hacían discursos interminables; otros conversaban entre sí con palabras que no existen en las catorce lenguas que Panurgo empleó desde su encuentro con nuestro amigo. Y de vez en cuando, como estrellas, brillaban en su diálogo algunas palabras verdaderas. Había pacientes de toda clase de dislexias y afasias. Con ceguera verbal a causa de la lesión del pliegue curvo. Había enfermos de jergafasia que sacaban palabras sin sentido de toneles filológicos sin fondo... Y para qué contarle más: usted conoce todos los matices. Usted conoce ese mundo de parloteos, monólogos exteriores,

verbigeraciones y facundias que nos recuerda los mejores momentos del Pabellón Acústico, y hace que uno se sienta como Ovidio a las orillas del Mar Negro: *barbarus bic ego sum, quia non intelligor ulli*: incapaz de comprender y hacerme comprender, soy el bárbaro. Nada tan lejos de las analectas y las homilías y tan cerca de los sistemas de sílabas sin sentido ideados por Ebbinghaus y Muller. Pero venga usted por acá, doctor, tenemos que huir de los enfermos de graforrea, que tienen una necesidad imperiosa de escribir todos los días, todas las horas y todos los minutos. Uno de ellos, doctor, lleva cinco años y doce mil quinientas páginas

escribiendo la historia de nuestro querido hospital, y todavía no pasa de un prólogo donde los númenes y los electrocardiogramas permanecen insepultos. Al final de esta sala, doctor, o sea al final del túnel —en mi sueño— nos sentamos de nuevo y descubrimos que estábamos desnudos en medio de un grupo de coprófilos que además de comerse sus excrementos se los embarraban en todo el cuerpo, y no contentos con eso, embarraban las piedras del camino, las raíces de los robles, las plumas de los reyezuelos y las alas de las libélulas. Pero le dije que estábamos desnudos, como los Adamitas en sus paraísos, doctor; y es que hace

algún tiempo teníamos un pabellón destinado a los cleptómanos, y en un principio dejábamos que nos robaran en nuestras visitas cotidianas. Pero la facilidad hizo que perdieran el aliciente y fue necesario entonces permitirles que efectuaran sus correrías por todo el hospital, de tal manera que pudieran robar también a otros pacientes. Esto nos complicó la vida un poco: los enfermos se quejan cuando desaparecen sus ahorros o sus grageas y las enfermeras cuando se esfuman los termómetros o las historias clínicas. Pero hemos adiestrado a una serie de maníacos sádicos que se encargan de vigilarlos, sorprenderlos y humillarlos.

No hemos podido evitar, sin embargo, un mercado negro de los objetos robados que son adquiridos a precios exorbitantes por los pacientes de oneomanía, cuya enfermedad consiste en comprar compulsivamente todo lo que se les ofrece. ¿Se explica usted ahora el misterio de su reloj American Whaltham, doctor? ¡Nos han robado todo, colega, los calzones y el sombrero, los zapatos y la pipa! Pero no se ofenda usted: no lo hicieron con *animus injuriandi* y recuerde que el mismo Proudhon aceptó en una oportunidad la definición de propiedad privada como un robo. Ahora bien, le diré que la única limitación que les hemos impuesto a

nuestros cleptómanos es que respeten las propiedades de los enfermos en estado de coma que presentan los síntomas de la carfología, que como usted sabe, tiran constantemente de las sábanas y parece que buscan con las manos objetos que no existen. Pero en este caso, doctor, nosotros hemos hecho existir tales objetos: canicas ágata, almendras, soldados de plomo que ponemos a su alcance y que quizás les sirvan de consuelo en ese infierno inconsciente por el que deben estar pasando. Pero llegó el momento en que debemos finalizar nuestra visita al Pabellón Cinético. Usted notará, en seguida, que yo y todos nuestros colegas, usted

mismo, adoptaremos una actitud diferente a nuestro paso por esta sala. ¿Se imagina usted, doctor, qué sueño más absurdo? Usted se sentó en una silla de ruedas, y yo me acomedí a empujarlo, mientras le guiñaba el ojo izquierdo y el derecho, alternativamente, a todos nuestros pacientes. El doctor Dávalos puso la mano en cuello de cisne y comenzó a pellizcarles los senos a las ancianas inválidas. El osteópata Martínez caminó por toda la sala como si arrastrara los pies por el lecho de un río alfombrado con pepitas de oro. El doctor Hernández fingió un ataque de Chorea Sancti Viti. Otros médicos, en fin, hacían toda clase de movimientos

espasmódicos *ad libitum*. ¡Ah, doctor, los temblores cuáqueros, los saltadores galeses y los rodadores de las Iglesias Pentecostales, no lo hubieran hecho mejor! ¡Si aquello parecía una peregrinación de convulsionarios de San Medardo atacados de tarantismo, una horda de danzantes de Aquisgrán echando espuma por la boca! Y por favor, le suplico que no intente usted interpretar el simbolismo de mi sueño. Para el caso tenemos a varios enfermos con delirio de interpretación para quienes las frases más triviales están cargadas de significados ocultos. Y las cosas también: descubren mensajes en el color misterioso de una mesa, en la

forma secreta de una manzana, en el olor incógnito de un mal aliento. No necesito decirle que esta clase de enfermos recibe de la administración del hospital cartas escritas con tinta invisible y telegramas en clave. Límitese usted a escuchar el final de mi sueño: la nuestra, como le dije, era una comitiva de seres deformados, paralíticos y tullidos. Nos precedían tres enfermos de bulimia que como las langostas, iban comiendo todo lo que encontraban a su paso de manera que nuestro camino estaba limpio de cáscaras y huesos de ciruelas. Le insisto a usted que nuestros pacientes disfrutaban mucho. Pero que aquellos que llevan aquí algún tiempo ya perdieron la idea

de lo que es la normalidad. Creen sinceramente que todas las personas padecen en mayor o menor grado de alguna clase de parálisis o movimientos incontrolables y naturalmente empiezan a preguntarse, a preguntarnos, por qué están aquí. Pero me olvidé decirle que para esto, habíamos salido del túnel y nos encontrábamos de nuevo en campo abierto y faltaba poco para que amaneciera y nos seguía, en una camilla de ruedas, un joven de diecinueve años atacado por el tétanos en la fase final, totalmente arqueado, que descansaba apenas sobre la punta de la cabeza y los talones. Algo muy parecido a la curvatura de los torsos de los histéricos

descrita por Charcot. Y nuestros guías eran dos personas de lenguas movedizas: el mío un anciano agónico que sacaba la lengua como un perro fatigado: caso de cinanquia, doctor, y el suyo era una quinceañera con la lengua temblorosa del tifus exantemático. Y pasamos por un pueblo donde la mitad de la gente danzaba todo el día y toda la noche, doctor, con la música Movimientos Perpetuos de Poulenc: eran los enfermos del baile de San Vito; y la otra mitad la veía danzar: eran enfermos de insuficiencia aórtica que presentan el signo de Musset y que no pueden controlar los movimientos rítmicos de la cabeza. Luego pasamos

por el pueblo de los desmemoriados. Allí, la mitad de la gente sufría de amnesia anterógrada, en la cual el olvido desvanece el recuerdo de los acontecimientos a medida que suceden, doctor, y la otra mitad sufría de la ilusión de lo ya vivido, de lo ya visto, de la que nos habla Dwelshauvers y en la cual todas las percepciones, en el mismo instante en que ocurren, son asimiladas simultáneamente por la memoria, que las transforma en recuerdo. Por eso la mitad de esos enfermos está siempre alegre: para ellos, la vida comienza en cada instante. Es como si para usted esta visita al hospital comenzara con cada palabra

que digo. Y en cierto modo, así es, ¿verdad doctor Palinuro? Y la otra mitad de la gente siempre está triste, porque lo ha visto todo: para ellos, nada es nuevo en la vida. Es como si usted, doctor, tuviera la sensación, cada vez que digo una palabra, de haber visitado este hospital un número infinito de veces. Y eso también es así, ¿verdad, doctor? Póngase usted este pañuelo perfumado en la nariz, mi estimado colega, porque vamos a pasar por la sala de los que padecen delirio de tener malos olores en su cuerpo: como usted comprenderá, los enfermos que entran en esta sala tienen prohibido bañarse por el resto de sus vidas, y todos los días se

les unta en los pies el jugo de quesos podridos y en el resto del cuerpo sebo de perro muerto y cuanta inmundicia se pueda usted imaginar. Luego entramos a otro pueblo, camino de la tierra de Oz, donde un hombre que tenía la cabeza de cristal huyó de nosotros temeroso de que la rompiéramos con nuestras voces. Y un hombre con piel de paja nos suplicó que lo protegiéramos del fuego. Y una mujer se hincó para pedirnos que no le robáramos sus riñones de oro. Son los enfermos que sufren delirios metabólicos, doctor. Y otros padecen de asomatognosia: pierden la conciencia del cuerpo o de parte de él. Por eso, había en mi sueño otro pueblo donde los

hígados, los cerebros y los órganos genitales flotaban por los aires olvidados por sus dueños. En este pueblo nos encontramos a un hombre que nos llamó a señas, porque pensaba que había perdido la lengua. Vimos también a una mujer que andaba a tientas por el mundo y por los campos gorgóneos de Cistena donde jamás llega la luz del sol o de la luna, porque pensaba que había perdido sus ojos. Y por último nos encontramos a un hombre en pena que andaba en busca de su cuerpo, pero que no supo que lo vimos, porque él se creía invisible. Aquí está su reloj, doctor Palinuro. ¿Dice usted que no es el suyo? Por supuesto que no.

Y es que vamos a pasar por la sala de los que padecen cronofobia, que son los enfermos que odian el tiempo y se pasan la vida destruyendo cuanto reloj encuentran: déles usted esta imitación de juguete, doctor y tal vez eso los engañará. En mi sueño, doctor, yo tenía la sensación de que a medida que pasábamos por los pueblos nos acercábamos a una gran ciudad. Ahora venga usted, colega, sólo nos falta contemplar a un grupo de los enfermos que padecen el delirio de tocamiento, para salir al jardín que nos llevará al último pabellón del hospital: el más grande y más original de todos. En el último pueblo nos encontramos con

multitudes delirantes: mujeres que habían acariciado los escaparates de las tiendas y gritaban que tenían las manos llenas de vidrio; hombres que agitaron las manos para decirnos adiós, y se quejaron de tener las manos llenas de viento; ancianos y jóvenes que se acercaron a nosotros para tocar nuestras vestiduras y nuestros rostros y se alejaron después, horrorizados, gritando que tenían las manos llenas de terciopelo y de carne: es la obsesión de mancharse o contaminarse al contacto con los objetos, doctor, y que desde luego nos conduce siempre a la náusea. Pero al fin dejamos atrás al último de los pueblos, y vimos allá a lo lejos la

ciudad con sus cúpulas doradas y sus rascacielos de ámbar; y la ciudad tenía murallas muy altas y transparentes y estaba sitiada por un jardín tan bello como éste, doctor, pase usted: quiero mostrarle el jardín que rodea al hospital de tréboles que bailan un vals amotinado en el pasto. Vea usted qué maravilla, contemple las fuentes, escuche cómo barbotan en su idioma líquido una canción de protesta contra el calor y admire los laureles de ramaje autónomo coronados con su propia gloria. Aquí, nuestros enfermos encuentran solaz y reposo, los obsesionados sexuales se consuelan imitando a los alcatraces energúmenos que con sus dedos de

polvo amarillo apuntan hacia las vaginas de un cielo inexistente, y los amnésicos se asombran cuando descubren que las rosas repiten la memoria interior de los poetas. En mi sueño, doctor, y a medida que nos acercábamos a la gran ciudad, comenzaba a amanecer y el sol coloreaba de anaranjado las celosías de la Alhambra fingidas por los duraznos en flor. Como le dije, la gran ciudad estaba rodeada por un jardín, precioso y laberíntico, diseñado por Hans Vredeman de Vries y en este jardín los niños jugaban a los encantados. Encantaban a los árboles, a las fuentes, a los vendedores de lotería. Nos encantan también a nosotros, doctor. Yo mismo,

cuando deseo huir de las ágoras salvajes y del olor chocarrero de las letrinas, vengo a este jardín al oscurecer y me quedo hasta que los pétalos se desparraman en los cristales del alba, absorto en la contemplación de las Andrómedas que inauguraron épocas precortesianas. Y todo en el jardín estaba inmóvil como en una Arcadia congelada: las niñeras con sus carreolas y sus bebes, los vendedores de globos y los jardineros que entuban en sus mangueras la posibilidad de cambiar de vida. Pero me he desviado del tema, doctor, y le suplico que me perdone. Tengo la impresión de que hasta la misma música, que era una armonía

soñadora y vaga de Debussy, estaba congelada. Lo que deseaba mostrarle, antes de pasar a nuestro último pabellón, y el más original de todos, es a nuestros enfermos catatónicos, que son otra especie de endemoniados, pero en este caso extáticos, como Beatriz de Nazaret. Usted sabe muy bien que la sífilis cerebral, las tuberculosis crónicas y los procesos encefalíticos agudos, producen con frecuencia un síndrome psíquico y psicomotor que interesa la actividad motora voluntaria, y que Kahlbaum designó con el nombre de Spannungsirresein, y que se caracteriza, las más de las veces, por la flexibilidad cérea; en otras palabras, son pacientes

que conservan indefinidamente, por horas y horas y a veces por días enteros la postura que se les da, hasta que caen agotados por el cansancio. No se trata tampoco de la miositis, que es la osificación de los músculos; ¡Pobre de Lord Byron, que a los 36 años tenía la mitad del corazón dura como el marfil! De manera que si en mi sueño todos los seres humanos estaban encantados, era simplemente porque de alguna manera simbolizaban a estos enfermos. ¿Ve usted en aquella vereda a un vendedor de helados ofreciendo su multicolor mercancía a una pareja de enamorados? Los tres son enfermos catatónicos. Hubiéramos querido congelar los

helados también, doctor, es una pena que les escurran por las manos. Como también es una lástima que de los labios de la pareja enamorada escurra un hilo constante de saliva distraída: uno de los pocos síntomas que revelan, en la catatonía, que el paciente está vivo, que el paciente tiene un alma en movimiento. Permítame ahora, doctor, que con mis manos tome su rostro y le dé vuelta, lentamente, para que contemple al resto de los paseantes. Sí, también aquellos policías inmóviles con sus toletes en alto son enfermos catatónicos. Y lo mismo el borrachito que se empina una botella para la eternidad. Y el joven jugador de béisbol que espera, con el

bate en la mano, una pelota que jamás llegará. Y también aquella banda de músicos inmóviles: todos son catatónicos. Permítame que le abra la boca, doctor, para que por ella le entre todo el asombro del mundo. Y permítame que por último le muestre otra variedad de enfermos catatónicos, que son los que presentan la llamada hipertonia rígida: una vez que adoptan una postura, jamás la cambian y no hay fuerza humana que los haga moverse un milímetro. A este grupo de enfermos, doctor, los hemos pintado de blanco o de dorado, para que adornen nuestros jardines. Vea usted, por ejemplo, a este hermoso joven que representará al

David de Miguel Angel por el resto de sus días y a esta matrona en la actitud de la Victoria de Samotracia antes de que fuera derrotada por los siglos. Aquélla es la Venus de Gnido de Praxíteles; aquél, el Perseo de Benvenuto Cellini; aquélla, sobre el cisne de piedra, es un Aura eternizada. Déjeme ahora, doctor —le decía yo en mi sueño—, que le levante el brazo y le estire las manos y los dedos para que usted los toque y sienta por sí mismo que estos enfermos no son de oro, no son de mármol, doctor, sino de carne y hueso, como usted y yo. ¿Se acuerda usted de sus dibujos, doctor, de sus estatuas rellenas de vísceras? Pero no, mejor no los toque

usted, porque puede romper los glaciares milenarios que simbolizan la inmovilidad de la esperanza. Se lo digo por propia experiencia, doctor: así, con el calor de nuestros cuerpos y el sonido de nuestras palabras, se rompen los sueños. Usted y yo habíamos llegado a la orilla de la ciudad, y estábamos a punto de penetrar en sus murallas de cristal. Y yo sabía que apenas las tocáramos, se derrumbarían sin ruido y entonces el encanto se rompería: llegaría Dédalo, la batuta comenzaría a temblar en las manos del director de la banda; el enamorado con su mano en cuenco se apresuraría a recoger la saliva que cae de los labios de su

enamorada y la pelota de béisbol llegaría, por fin, al muchacho que la aguarda. Todas nuestras estatuas se desperezarían en los bosques, listas para emprender el viaje de retorno a la mitología. Entonces el sueño dejaría de ser sueño y yo me olvidaría de él. Y sería como si nunca lo hubiera soñado, como si hubiera perdido mi capacidad de soñar. Esto es algo que no podría tolerar, doctor, Yo vivo de mis sueños. Y mis sueños son verdaderos. Le pondré un ejemplo: hace unos días soñé que le contaba a usted un sueño. Y ya lo ve usted, es verdad. De aquí la enorme compasión que siento por los enfermos en estado de insomnio psicótico que han

perdido la capacidad de soñar y que incluye no sólo el sueño fisiológico, o sea el más bello ejemplo de resolución conjunta del tono muscular de la actividad física como lo calificó Antoine Porot, sino lo más importante, doctor: el sueño paradójico. Pero por fortuna puedo decir que hemos eliminado su problema en forma casi perfecta. Hemos estudiado todas las teorías y tratados sobre los sueños, desde los escritos de Sinesio de Cirene hasta el Traumdeutung de Freud, y los resultados que hemos obtenido son dignos de la máquina de fabricar sueños de Clément Vautel... Qué va, doctor, digo más: dignos de los sueños de

Antifón narrados por Luciano y de las visiones que tenían los poseídos griegos encerrados en la caverna de Trofonio. Todas las noches, en cuanto se apaga la luz del pabellón, comienzan a descender del techo toda clase de maravillas fosforescentes: jirafas verdes con manchas rojas, cebras amarillas con rayas violetas, mascarones etruscos y máscaras polinesias, elfos que bajan colgados de paracaídas hechos con la mitad del cascarón de un huevo, duendes que cabalgan en el lomo de cerdos azules y larvas de vapor y sangre hijas de incubos y súcubos. El mundo de El Bosco, doctor. Y el ámbito, al igual que el cielo de Francia durante el reinado de

Pipino El Breve, se puebla de palacios, jardines y naves. ¡Ah, doctor, ya Tesauro decía que los sueños no son sino ingeniosas metáforas! Además estos animales se mueven, caminan, hablan, como el león automático que construyó Leonardo para Luis XII y como el Golem, los robots de cerebro positrónico, el pato mecánico de Vaucanson que producía excrementos artificiales y las doradas estatuas de Delfos. Ah, doctor, no hay demonio ni monstruo inventado por el hombre o salido de las profundidades del Gehenna que no aparezca en los sueños de nuestros pacientes: ¿Los efrits musulmanes? ¿Los omi del Japón? ¿Los

rakshas de la India, los kelpies escoceses y los djinns árabes? Todos están aquí, doctor: los lémures malos y los lares buenos, los gobelinos de la Galia y los gigantes nacidos de la sangre de Urano, los duendes caprichosos y malignos de Languedoc y todos los demonios ígneos, acuáticos o lucífugos clasificados por Bunyan. ¿Para qué ir a París —me pregunto— a escalofriarse con los mascarones del Pont-Neuf y las gárgolas de Nuestra Señora? Basta cerrar los ojos —o mejor dicho, en este caso basta abrirlos—, para contemplarlos. Pero los verdaderos monstruos, doctor, los engendrados por el sueño de la razón, como diría Goya,

están representados por actores profesionales que hacen las veces de personajes de la vida real: el padre y la madre de los enfermos, los primos que se fueron a Europa, el amigo íntimo que murió en un accidente. Y todos ellos se transforman unos en otros, se confunden hasta volverse irreconocibles, o se combinan dos o tres un solo personaje, o se mezclan con otros personajes fantasmas logrados a base de proyecciones tridimensionales; modificaciones y juegos, todos, que son con frecuencia necesarios para fijar las coordenadas de una pesadilla o de un sueño fabuloso. Una noche en que usted no pueda conciliar el sueño, doctor,

dése una vuelta por este pabellón. Aunque desgraciadamente tenemos una tendencia hacia la tragedia, no se verá usted defraudado: en una encuesta reciente la mayoría de nuestros enfermos declaró que los sueños que les ofrecemos son los mismos que ellos soñarían si tuvieran la capacidad de hacerlo. Y los otros enfermos, ¡ah, qué satisfacción, doctor! Los otros estaban tan convencidos de que se trataba de sus propios sueños, que se ofendieron con nuestra encuesta y nos acusaron de plagio... Ya amaneció, doctor, y aquí termina mi sueño. Pero... ¿será de verdad mi sueño, colega? Buenos días, jardinero Navarro. Bonita mañana,

policía Sanjuán. Buenos días, general López. Qué tal, vendedor Ortiz. Fresca la mañana, ¿verdad cartero Gutiérrez? Buenos días, barrendero Morales. Hasta luego, lechero Diosdado. Buenos días, electricista Domínguez. Y a usted, doctor Palinuro, no me queda sino darle las gracias por su visita y decirle adiós. Así pues, gracias doctor Palinuro, y adiós. Hemos terminado. ¿Cómo? ¿Dice usted que prometí enseñarle el pabellón más grande del hospital y el más original de todos y que no lo hice? Perdona, querido colega, pero falta usted a la verdad. Hace cuando menos diez minutos que caminamos por él. De hecho, hace casi un día que venimos

recorriéndolo. Iré más lejos aún, doctor, para asegurarle que no hemos hecho otra cosa en la vida que recorrer incansablemente este pabellón. ¿Adivina usted? ¡Claro, doctor! Por eso le dije que debíamos quitarnos nuestras batas, dejar a un lado nuestros estetoscopios y olvidarnos de que somos médicos. Naturalmente, doctor. Esta sala, inmensa como una ciudad y que no tiene nombre específico, es el Pabellón de los Sanos. En un principio era mucho más exclusivo. Pequeño, también, como un invernadero. Y en él teníamos una muestra selectiva de personas de todas las edades y rangos sociales a quienes atraíamos con diferentes trucos. A los

pobres, les pagábamos. A los ricos, les hablábamos en nombre de la ciencia. Con los viejos y con los niños huérfanos teníamos poco problema porque venían aquí a encontrar compañía. Como usted puede apreciar, tenemos de todo: un reverbero de eruditos rabiosos, contadores, veterinarios, bailarinas de ballet, prostitutas, estudiantes de teología, caudillos. ¿Qué tal, cocinera Antonia? Poetas occidentales que se dedican al contrabando de nirvana. Fontaneros cobardes. Pintores. Pederastas cuajados. Fabricantes de aspirinas. ¿Qué tal, locutor Alvarado? Y como verá todos están sanos, o aparentemente sanos, doctor, y viven en

esta ciudad una especie de vacaciones obligatorias: comen, duermen, trabajan, ven televisión, juegan canasta uruguaya, cometen adulterios, se insultan. Los carpinteros optimistas inventan el palo de rosa. Los estudiantes de mayo transforman los adoquines en pájaros. Los novios enemigos se lanzan dardos montescos y capuletos. Los meteorólogos se dedican al estudio de las nubes enciclopédicas y los músicos cazan arpegios y elaboran sus testamentos polífonos. O bien la gente juega golf, billar, nada, hace gimnasia calisténica y contesta los cuestionarios vivos que vienen en las cajas de los cereales, soluciona crucigramas donde

las palabras se contagian unas a otras con sus significados, o simplemente viene aquí a hundirse en el *spleen* o *taedium vitae*, doctor, o a veces en ese fastidio total, el fastidio verdadero de que habla Heidegger, enjambrante como una niebla silenciosa en los abismos del Dasein. Pero pasó el tiempo, doctor, y el pabellón fue creciendo cada vez más a pesar de que la mayoría de los enfermos, perdón doctor, de los sanos, lo abandonaba a las tres semanas de estar aquí. Digo la mayoría porque algunos (un pequeño porcentaje) se quedan con nosotros. Le diré, confidencialmente, que entre todas estas personas había médicos del hospital

disfrazados de ingenieros agrónomos o de profesores de idiomas que se encargaban de vigilar a varios pacientes cada uno y tenían obligación de reportarnos la aparición del menor síntoma sospechoso en alguna persona. Y cuando esto sucedía estrechábamos la vigilancia y si era necesario se sacaba a la persona de la sala, durante la noche, para someterla a un examen. Una pequeña diarrea, una tos persistente, una punzada en el hígado: todo eso puede ser altamente significativo. En la mayoría de los casos, esa diarrea es sólo el síntoma de una intoxicación mínima o de un desarreglo sin importancia. Pero en otros, puede ser el

principio de un tumor. Una fiebre puede indicar, con frecuencia, tan sólo un poquitín de agotamiento. ¿Qué tal, fabricante Mendoza? Buenos días, archidiácono Correa. Pero otras veces es el primer síntoma de una meningitis. Sin embargo, el pabellón siguió creciendo de manera incontenible, doctor, a pesar de mal ejemplo que por lo general daban los viejos, cuyas muertes desafinaban con nuestros propósitos: hubo algunos que se nos morían sin darnos tiempo a sacarlos vivos. Atraídos por la inmensa fama de este pabellón, los visitantes de nuestros enfermos comenzaron a solicitar que se les admitiera por algunos días. Pues

bien, sí, ya lo adivina usted, las ironías de la vida son infinitas: varios visitantes se nos han muerto intempestivamente, y poco después sus enfermos, que estaban desahuciados, sanaron casi por milagro... Y luego va no sólo fueron los visitantes: cientos de personas comenzaron a golpear las puertas del pabellón pidiendo que las admitiéramos. Y otros acudieron a trucos bajos, doctor: con tal de ingresar al hospital y tener la oportunidad de convivir con los sanos, estudiaron para médicos y se emplearon en la clínica del hospital; estudiaron para cocineros y comenzaron a trabajar en la cocina del hospital; estudiaron para plomeros, doctor, para

lavadores de trastes, para tenedores de libros y para elevadoristas. En un principio, habíamos designado a algunos investigadores que seguían implacablemente a todas las personas que abandonaban esta sala y regresaban a sus casas tan sanas como llegaron, a fin de que descubrieran algún día ese primer temblor, esa primera jaqueca que es el principio de la muerte. Pero como llegó el momento en que ya no supimos quién era el médico disfrazado de barrendero y quién era el barrendero disfrazado de médico, nuestro antiguo sistema de espionaje se vino abajo, y tuvimos que sustituirlo por uno más universal, tuvimos que enseñarle a todas

las personas a espiarse unas a otras, y también a espiarse a ellas mismas. Naturalmente, sólo un médico puede descubrir los signos de la enfermedad de Ebstein o de la enfermedad de Rokitansky; pero casi cualquier persona puede descubrir esas primeras gotas de sangre brillante que bautizan a un cáncer del recto, la primera respiración anfórica que denuncia una caverna en el pulmón, o el primer error en las operaciones aritméticas más sencillas que antecede a una parálisis progresiva y general. Los resultados de esta ampliación infinita han sido muy desalentadores, doctor: tenemos muchas muertes. No sólo se mueren los viejos:

también los jóvenes y los niños; también las recién casadas; también los empleados del hospital: hace apenas tres días, en la cafetería, el corazón del doctor Taboada, celoso quizás porque fue un eminente cardiólogo que nunca se ocupó de él mismo, le hizo la broma clásica del pastelazo: nuestro colega — a causa de un síncope— se desplomó sobre la mesa y hundió la cara, muerto, en su pastel de cumpleaños. Por otra parte, doctor Palinuro, mientras más crecía nuestro pabellón y debido a nuestro afán de que en él las personas tuvieran una vida de apariencia normal, creció también el número de nuestras instalaciones: construimos parques,

ferias, bares y restaurantes, casas, casinos, iglesias y escuelas, hasta que nos dimos cuenta de que era absurdo construir una ciudad dentro de otra ciudad y que era mejor derrumbar las murallas y limitarnos a imaginar otra muralla, etérea y transparente y sobre todo móvil, doctor, que le permitiera a la ciudad interior invadir a la ciudad exterior, hasta que las dos se confundieran en una sola gran ciudad. Y así fue, doctor, y luego la ciudad invadió los campos y los bosques, y llegó a la orilla del mar, y luego a la orilla del mundo, desde la cual se despeña interminablemente. Se cumplió así la ilusión de mi vida, doctor, el

desiderátum de crear el hospital más grande y más bello del mundo, junto al cual no fueran nada el Centro Médico de Chicago, el Santo Spirito de Roma o el Hospital de los Inocentes de Florencia diseñado por Brunelleschi. Lamento dejarlo así, doctor, solo, en una ciudad tan grande, abandonado a sus propios recursos. Pero quizás esto le sirva de ayuda. Aquí tiene usted las llaves de la ciudad. En este caso, doctor, estas llaves de oro que imitan la forma de una rama dorada, no sirven para abrir las puertas de la muralla, porque la muralla no existe. Con ellas, en cambio, puede usted abrir todas las puertas de todas las casas de la ciudad. Son como las llaves

de Roma, la ciudad eterna, doctor, y recuerde usted que todos los caminos llevan a Roma. Le aguardan algunas sorpresas. Hay puertas que dan a casas de amigos que lo esperan a cenar. Otras, a una sala de conciertos, a un cine, a un viaje por el Oriente. La mayoría dan a su propia casa, a su recámara, doctor, a sus manuscritos y a sus sueños. Pero tarde o temprano, abrirá usted la puerta del tigre, doctor, y lo veremos de nuevo en esta casa de enfermos. Mientras tanto, goce usted doctor, como lo aconseja Santayana cuando dijo que no había cura posible para el nacimiento y la muerte, salvo disfrutar el intervalo. Y ahora, doctor Palinuro, si usted va a decirme

que con este experimento no logramos sino una copia simbólica y por lo tanto miserable de lo que es la vida, le recordaré primero que fue idea suya, y segundo, que no trata de ser otra cosa sino precisamente eso. Así es la vida, doctor Palinuro. O quizás debo decir que así es la muerte. Sólo me resta decirle que si espero verlo por aquí de nuevo, deseo que sea lo más tarde posible, y creo que así será: es usted muy joven y se ve en buen estado de salud, aunque debo decirle, ahora que le estrecho la mano, que tiene usted el pulso un poco acelerado y quizás convenga hacerle un nuevo examen. Por último, doctor, quiero confesarle que yo

también soy un enfermo. Pero no aparte su mano con tanta prisa: mi enfermedad no es contagiosa. Espere usted, no se vaya. Mi enfermedad es mental, doctor. ¡Hey! Doctor, le decía que mi estado mental, que se caracteriza por la pérdida... pero, doctor, regrese usted, le estoy hablando... Por la pérdida, le decía, de las inhibiciones sociales y sexuales... Doctor, no me haga correr tras usted: ¡mis piernas son viejas y débiles! y por una inclinación morbosa a las bromas y la verborrea, se conoce por el nombre de moría. Doctor, regrese, casi lo he perdido de vista, no me haga forzar los ojos: ¡son débiles y viejos! ¡Doctor! ¿Dónde está usted? Quería

decirle que a esta clase de enfermos, por fortuna, nos dejan sueltos por el mundo para que lo alegremos con las kermeses que chisporrotean en nuestras lenguas. ¡Doctor, regrese! ¡Ya casi no escucho sus pasos! ¡No me haga forzar mis oídos! Son débiles y viejos, doctor. Y quería decirle también que pienso escribir un libro al respecto, ¿me escucha usted, doctor? y desatar una tempestad de regalías que me hunda en la prosperidad. ¿Me oye usted, doctor? No me haga gritarle: mi voz es débil y vieja.

19. Una historia, otras historias

Una noche, años antes de la muerte de mamá Clementina, y para que papá olvidara la pelea con Felipe, el tío Esteban los convidó a los dos a irse de parranda con él y la tía Lucrecia al Copacabana Club, al Ciro's o adonde más se les antojara, y los cuatro se subieron en el Oldsmobile del tío Esteban y mamá Clementina dijo que ella iba a pedir unos langostinos al mojo de ajo y el tío que él iba a ordenar una

pechuga de pollo frito a la Maryland y atrás dejaron la casa y con ella y atrás también se quedaron los soviéticos cruzando el Donetz y los japoneses ocupando las Molucas y se quedaron las vitaminas bautizadas por Casimir Funk y la tenebrosa balada de Mary Ghost, a pesar de que la noche, y sobre todo con el apagón obligatorio, era ideal para cantar: «El brazo que en tu brazo se apoyaba / se lo ha llevado el doctor Vyse / y mis dos piernas de paseo se han ido / al hospital de Guys...» porque así como papá Eduardo prometió no hablar esa noche de la guerra, el tío Esteban juró no hablar de medicina, pues se trataba, y no de otra cosa, que de bailar

toda noche la Noche y Día ahora que Colé Porter estaba de gira en México, como si nunca hubiera habido ni guerras ni operaciones, como si los ingleses no hubieran bombardeado el valle del Ruhr o la línea Maginot se encontrara a una distancia inimaginable de México.

A las cinco de la mañana, de regreso a la casa, el tío Esteban rompió el pacto y le dijo a papá Eduardo que tenía que salir de viaje a Puebla y Veracruz para visitar médicos y boticarios que eran clientes de su laboratorio, y que si quería, podían ir él y Palinuro, y en ese caso él llevaría a su hija. Y a las cinco de la mañana del sábado siguiente, Palinuro, después de una noche de fiebre

en que le dolió todo el cuerpo y después de que mamá diagnosticó que era la emoción la que tenía la culpa de la calentura, y que el tío Esteban aseguró que era la acumulación de ácido láctico en los músculos la causa del dolor y después de que el mismo tío le recetó dos aspirinas y un té de canela y la propia mamá Clementina unos jeroglíficos de yodo en las plantas de los pies que ella le dibujó con una escobetilla y que le vaticinaron un mundo de sargazos y ardentías, Palinuro comenzó a escalar asombros en la oscuridad que enjugaba el sueño de la ciudad, y cuando se encendió la lámpara-tulipán del baño y escuchó el

chorro del agua, se levantó de la cama, se vistió y corrió a ver a papá Eduardo para contemplar una vez más todo ese extraño proceso que le parecía un doble desperdicio: el de la barba, y el de la espuma lograda con tanto afán caligráfico y que eran las dos arrasadas todos los días con los trazos lineales de una navaja filosa como el evangelio para perderse en el agujero del lavamanos como un remolino de nieve sucia para la cloaca. La llegada del tío Esteban y la salida del sol se anunciaron con bocinas. Cuando Palinuro llegó al zaguán, un hálito amarillo resbalaba por la carrocería brillante del Oldsmobile. El tío se desabotonó el abrigo, sacó del

bolsillo de su chaleco su gran reloj y dijo:

«Salimos en media hora. Hoy llegamos a Zacatlán donde vamos a estar un día, y luego bajamos a Orizaba donde tú y Estefanía pueden coger luciérnagas a puñados sin salir de la plaza principal, y donde pasean las muchachas en las noches y sus novios les hacen la ronda contraria y les dan ramos de violetas que son como secretos oscuros. Luego, vamos a ver a Cruz, o sea a Veracruz, donde en realidad vamos a ver a la tía Luisa que está de visita en la tumba de Jean Paul, y luego otro día de mañana, muy temprano, nos vamos todos juntos a pescar...»

Y el Oldsmobile comenzó a trepar y bajar por la carretera de respuntes blancos, a serpear al subir por la sierra, a deslizarse de bajada como en un tobogán, y la falda de Estefanía se infló como un globo, y después llovió y las sombras de las gotas de agua de los cristales le pintaron en la cara más pecas de las que siempre tuvo, y el tío Esteban comenzó a silbar y el parabrisas se empañó con sus canciones tenebrosas y papá Eduardo encendió un cigarrillo y el parabrisas se empañó aún más y a Palinuro comenzó a darle sueño, y pasaron por túneles donde jamás en la vida había llovido y Palinuro se preparó a su primer encuentro con el mar: el mar

vislumbrado en las conversaciones del abuelo Francisco; el mar visto en todas sus dimensiones batientes en las lámparas estereoscópicas de su abuela Lisandra; el mar escuchado en los múrices y en los turbantes nacarados que los reyes de Escandinavia montaban en plata para escanciar sus vinos y que la tía Adelaida usaba para detener las puertas del comedor, y mientras el Oldsmobile se deslizaba como una flecha amarilla por la planicie y le ganaba una carrera a la niebla y otra al ferrocarril, el limpiaparabrisas, como un metrónomo en andante, llevaba el ritmo de las canciones del tío Esteban y modulaba el prodigio apacible sobre la

playa, perseguía las huellas de su puma en la arena, las llenaba de espectros y regresaba a sus soledades.

Tres cosas fueron las que más recordaría Palinuro de ese viaje a Veracruz: los enanos Vigil de Zacatlán de las Manzanas, la pesca milagrosa y las conversaciones interminables del tío Esteban y la tía Luisa a propósito de alemanes y de cangrejos. Después de comer en la ciudad de Puebla, donde salieron a su encuentro puestos de frutas que efervescían de uvas en cada esquina, tiendas de caramelos y de elixires, y patios de azulejos con fuentes en el centro bañadas de luz amarilla, llegaron el mismo día a Zacatlán por el

camino de las manzanas que habían sobrado de la cosecha reciente y que los campesinos amontonaban en ripios para que los automovilistas y los paseantes se regalaran con ellas. Bajaron y recogieron las manzanas y las pusieron en las laldas de Estefanía, y entraron al pueblo cuando una lluvia finita repiqueteaba sobre los adornos de los carros alegóricos, que los quiebraplatos azules comenzaban a cubrir. Esa noche se hospedaron en la casa del boticario del pueblo, amigo del tío Esteban, y al día siguiente Palinuro y Estefanía salieron a pasear por el campo y se encontraron con el enano Vigil. El hombrecito tenía en la mano un botín

flagelante de ramas verdes de su última excursión a los sesteaderos, según les dijo asomándose entre las espinosillas que enmarcaban como con una guirnalda de mariposas rojas su cara de brujo. Se sonrió con los primos enseñando un colmillo con puntos de oro, y Palinuro se dio cuenta de que el enano era igual a papá Eduardo, sólo que en más pequeño y en menos arrugado. Y cuando Estefanía lo tocó para ver si era de verdad, el enano Vigil le dijo: «No me toques, espiguita, que se te cae la porcelana de la cara y se te pone la piel de coliflor», y por el camino rojo les contó que sus padres, los enanos Vigil, eran del cerro por donde ahora mismo

se veía bajar a los indios con sus cargas de carbón de encina, y que se habían hecho ricos fabricando relojes de campanario y castillos de corcho y que habían tenido tres hijos, pero el padre y sus hermanos se habían muerto de lepra, y les dijo que su madre, la pobre, no estaba cabal de sus cabales desde que se fue la hermanita Girasol. Ya la verán, ya la verán, les aseguró, pero primero los voy a llevar a la Cueva del Diablo para que conozcan las piedras luminosas; y Palinuro, Estefanía y el enano Vigil hicieron una virada lacticínea y descendieron al valle donde herbajaban las vacas que los saludaron con sus colas espantamoscas y el enano les dijo

también que su madre, la loca, le hacía comprarle vestidos de gente grande y se los ponía y los arrastraba por toda la casa levantando nubes de polvo amarillo, les contó, y al mismo tiempo barrió el camino con su escoba de verdascas y yerbas de olor y Palinuro y su prima entraron en la noche y siguieron el rastro que dejó el enano Vigil en la estela de jaboncillo que serpenteaba sobre las ondas de lo oscuro hasta llegar al antro del pedrerío. Y allí estaba ya el enano Vigil esperándoles, desnudo y sentado en la pradera luminosa a la orilla del agua, y en la punta de las estalactitas brillaban estrellas que se escurrían hacia arriba en

un filamento instantáneo, y el enano les dijo siéntense en las piedritas y saldrán de aquí con las nalgas refulgentes y mientras ustedes piensan yo me voy a dar un baño en el agua verde, dijo, saltó al hondón y desapareció entre las espirales, y unos minutos después una vocecita sacó a Palinuro y a Estefanía de las dubitaciones veteadas en que habían profundizado, creyendo que el enano Vigil había muerto en los brazos del tirano movedizo; pero no, no estaba muerto: era su voz la que dijo ¿adivinan dónde estoy? y el enano Vigil estaba vivo, vivo y verde, fosforescente, y luego les dijo que se iba a exprimir el agua que se le había quedado dentro, y

comenzó a orinar y su orina trazó en el aire un puente luminoso. Al regreso, el enano Vigil habló con las flores y con los colibríes, les aventó piedras a las vacas y se trepó a un capulín para divisar la casa en la que vivía con su madre y donde todo era en miniatura: los muebles, los platos, las lámparas y la tina del baño y la misma casa porque eran ricos, les recordó, muy ricos con todo y ser enanos y con todo y haber tenido lepra. Y dentro de la casa mamá Vigil, con un largo vestido de moaré lluvioso se balanceaba en una mecedora y siempre en trance de márgenes sombrías al ritmo de los relojes de campanario que la rodeaban, y miró a

Palinuro y a Estefanía con talante difuso, como si ellos tuvieran la culpa, se despechugó un par de bostezos, estiró los brazos y en actitud de garza memoriosa señaló los castillos y los paisajes de corcho que labraba en sus días de ventura, y un frufú moderado acompañó su aletear; por la ventana se veían los nogales y el trigo que despuntaba en espigas bizantinas, y mamá Vigil al fin habló y dijo mirándolos con los ojos estremecidos «Hasta mañana, hasta mañana», y se aposentó en un sueño. Y Palinuro sintió un escalofrío porque mamá Vigil se parecía a mamá Clementina, solo que era más vieja y mucho más arrugada.

De Zacatlán se fueron a Orizaba, donde estuvieron encerrados aburridos toda una mañana y toda una tarde. Luego, el Oldsmobile los llevó al fin a Veracruz, donde se hospedaron en el mismo hotel de la tía Luisa, y dos días después se fueron con el tío Esteban y con papá Eduardo a pescar.

¿Te acuerdas, Estefanía? El café de La Parroquia con sus cafeteras rematadas por cascotes romanos, el cementerio cortado en dos por la carretera, las canoas de cedro y los patos buzos que surcaban las aguas de la laguna de Mandinga bordeada de bejucos y mangles blancos de raíces aéreas que parecían caídos del cielo, y

las medusas iridiscentes por las que respiraba el mar, y la historia de los búfalos que se habían escapado de la Isla de Sacrificios y llegaron nadando hasta el mismo puerto de Veracruz, y Veracruz y su plaza y su palacio municipal que parecía hecho de terrones de azúcar coloreada y los faroles con dragones plateados y los flamboyanes florecidos y las caracolas de la Isla Verde y las figurillas de coral: ¿te acuerdas? Estas y otras maravillas que tú y yo conocimos en nuestro v; je no fueron nada comparadas con aquella mañana en que salimos a la punta del alba, cuando las gaviotas entreveraban sus ululatos giratorios y nos trepamos a

la lancha y el temblor de la sal se incorporó a nuestra piel y nos hicimos a la vela desplegando con ella toda nuestra imaginación marítima y comercial, ¿te acuerdas? y los barcos empañaban sus reflejos con una niebla espesa y velluda, y pequeños botes de pescadores cenicientos nos aguardaban a la vuelta de cada arrecife, y navegamos así mientras los alcatraces prendados de su propia quietud apenas movían los ojos con un brillo de lentejuelas y una nube trazaba nuestro itinerario por entre las anémonas líquidas que nos tendían pedúnculos de espuma. Navegamos en el silencio apenas turbado por un levísimo rumor

de olas arrancadas al relente nocturno que se relamían en la arena y revolvían con toda dulzura sus entrañas, sin faltar las cabrillas, ¿te acuerdas? que se las figuraban obstáculos personales y las trascendían con arcos plateados y sin faltar tampoco el delfín que tiró de nuestra lancha con insospechadas hebras de gorgoritos, y cuando la fuga ambarina de los primeros reflejos del sol se anunció sobre las veladas arquerías que formaba la espuma, seguida de una lluvia fina y fría que sembró diamantes alusivos en el cristal del mar y en el principio verde que anunciaba aguas menos profundas, algún bajío translúcido, islas de coral rosado

cundidas de pececillos que formaban racimos voluntarios, el jarocho detuvo su lancha y en el fondo se abrió un espejo donde tú y yo pudimos contemplar el misterio de un cielo donde se volcaron todos los crepúsculos que se habían inventado desde el día de la Creación, ¿te acuerdas, Estefanía? y parados en la lancha, tú y yo y papá Eduardo y el tío Esteban, y moviendo nuestros hilos como vaqueros que hacen floreos con las chavindas, nos dimos vuelo toda aquella mañana que fue como un nido de naranjas ardientes, y el tío Esteban me gritaba cuidado, que tu anzuelo no se te enrede en el cabello de Estefanía, en sus hilos de oro fulminante,

y en ese momento tú y yo, o los dos, sentíamos el jalón de un pescado y gritábamos ¡picó otro! ¡picó otro! y otro, y otro más, y fue increíble esa mañana, ¿te acuerdas? en la que el mar nos dio a sus peces y yo pesqué un bagre con barbas y hocico obtuso que te hizo hacer muecas de asco, y luego un pescado color azul espliego con estrías negras y oblicuas, y tú pescaste una doradilla con una mancha ocre en la frente, y papá Eduardo un candil rosado de ojos fosforescentes, y el tío Esteban un sargo de cola ahorquillada y después —cómo nos reímos—, pescó una novia y pronto el piso de la lancha se convirtió en un hervidero de formas y colores húmedos

y palpitantes y había, ¿te acuerdas? salmonetes con vientres rosados y con barbillas como estigmas de azafrán y peces como sables plateados con alas de ángel y otros, violáceos como la dalia excelsa, tenían ojos luminosos, y había rayas romboides salpicadas de manchas de charol y las cabrillas que habíamos visto saltar por encima de las olas agregaron su azul oscuro y sus franjas sanguíneas al multicolor hervidero y nos enseñaron sus muchos dientes de brillo incisivo, y el tío Esteban, ¿te acuerdas? pescó varios lenguados como hojas de plata y Guachinangos rollizos y papá Eduardo pescó dos pargos de aletas y cola encarnadas y varios pámpanos de

carne blanca y relumbrante como leche cuajada, ¿te acuerdas, te acuerdas Estefanía que cogimos tantos otros pescados que prometían misterios infinitos con nombres que parecían inventados por la tía Luisa: *huachinango meunière*, *pámpano à la papillot*, cuando estuvieran sobre los platones y las fuentes de porcelana de mi abuela Lisandra, fuentes de delicias, allá, en México, allá cuando regresáramos y yo le contara, al vaivén de otros mares, la pesca milagrosa? ¿Y te acuerdas que nadie nos creyó nunca, Estefanía, ni siquiera la tía Luisa, porque llegamos al hotel con las manos vacías?

«¿Qué sucedió? —preguntó la tía Luisa—. Los pescados, que yo sepa, no se van volando.» «Mala suerte, señora mía, pésima: cuando llegamos al muelle el jarocho desembarcó primero y yo le di el extremo del cordón que habíamos pasado por todas las bocas de los cien pescados; qué digo cien: de los quinientos que pescamos, y yo me quedé con la otra punta, y de pronto hete aquí que viene una ola fuerte y se mueve la lancha más de lo previsto, y yo no suelto el cordón y no lo suelta el jarocho y el cordón pues que ¡triz! se revienta, y todos los pescados se nos cayeron al mar.» «¿Y estaban vivos, señor Esteban?» «Unos vivos, y otros tontos.

Otros muertos que se fueron flotando, y otros medio muertos o medio vivos, qué sé yo, que se fueron nadando de lado, como descansando. El caso fue, en fin, que los perdimos a todos.» «Y tú, niña —te preguntaba la tía Luisa—. Dime: ¿Cómo es posible que te pongas a pescar, tú que tanto quieres a los animales?» «Ah, pero es distinto, señora, como yo mismo le dije a Estefanía: eran pescados para comerse.» «No me venga usted con esos cuentos, señor Esteban: ¿quién se va a comer treinta y seis pescados?» «No fueron treinta y seis los que pescamos, sino como quinientos.» «Con mayor razón todavía: ¿quién se va a comer quinientos

treinta y seis pescados? ¿Eh? Dígame.» «Lo que voy a decir es que ahorita mismo yo me comería un huachinango entero, porque estoy muerto de hambre, señora Luisa.» «¿Y por qué no se tiraron al agua para recuperar unos cuantos pescados?» «Por miedo a los tiburones.» «Eso precisamente es lo que yo les decía a Palinuro y a esta niña ayer que los llevé a la playa: cuidado con los tiburones que velean a lo lejos, porque cuando uno se da cuenta, están ya veleando a lo cerca.» «Ah, sí, me dijeron que el año pasado los tiburones le comieron la pierna a un español.» «Sí, la pierna derecha.» «No, señora Luisa, fue la izquierda.» «La izquierda o

la derecha, da lo mismo, la lástima es que no se lo comió todo entero. Se lo merecía, por ser español.» «¿Cómo puede usted decir eso, señora Luisa, siendo sus padres españoles?» «Ah, pero era como si hubieran sido franceses. No se le olvide que mi padre se educó en La Sorbona.» «Usted siempre con los franceses por aquí, los franceses por allá.» «Usted siempre con los rusos por acá, los rusos por más allá. ¿Le tiene miedo a los franceses?» «Me tienen sin cuidado. A los que les tengo miedo es a los alemanes, que puede ser que ganen la guerra.» «Pues sí, óigame usted bien: ayer les dije a Estefanía y a este niño que no se

metieran al mar. ¿Y usted me hizo caso? Igual ellos.» «Uno se cree muy seguro, señora Luisa, cuando ve a los aviones de guerra gringos que bajan a Tejería para tomar gasolina colorada. Pero los alemanes están más metidos aquí de lo que uno se imagina.» «Malo está que bajen aquí los gringos, pero más malo es lo que hicieron ayer en la playa esta niña Estefanía y este niño Palinuro, a pesar de que yo les dije que el mar no se anda con miramientos. ¿Quiere usted escucharme y dejar de jugar con su anillo, que me pone nerviosa? ¿De dónde sacó ese anillo, señor Esteban?» «Lo saqué del mar estaba allí, flotando, entre la espuma y los reflejos.» «No me

venga usted con esas cosas, los anillos no flotan, ni que fueran de hule.» «Este es un anillo de oro con una piedra de verdad. Y s; le digo que flotaba es porque me lo encontré cuando el hundimiento del Lusitania: lo tenía puesto un muerto que pasó al lado de mi submarino y yo lo único que hice fue sacárselo del dedo.» «A propósito de cosas que flotan: hubiera visto cuántas gaviotas había ayer en la playa flotando en el aire.» «Lo que mi submarino me recuerda...» «¿Pero había submarinos en aquella época, señor Esteban?» «Me recuerda que como le decía, los alemanes están llegando ahorita hasta las costas de Chiapas, por un lado, y a

las de Tabasco, por el otro. Y hasta desembarcaron, imagínese.» «Había también una urraca que iba de brinco en brinco parándose en las huellas de Estefanía.» «No era una urraca, señora Luisa, debió ser un zanate.» «Era una urraca, señor Esteban, y no porque lo supiera yo, sino porque lo sabía ella. Vaya usted a decirle a una urraca que no es una urraca y verá cómo se le ríe en las barbas.» «Pero por favor, tía Luisa, ni las urracas se ríen ni yo tengo barbas.» «Y luego cuando todavía estábamos en la playa, yo me pregunté: ¿llevaré a estos niños a las dunas de arena? Y como me lo pregunté en voz alta, pues estos niños me oyeron y tuve

que contestarme que sí.» «Y cuando usted se para en la orilla del mar, en los pueblecitos costeros del Pacífico, cerca de Guatemala, puede ver cómo llegan en sus lanchas los alemanes.» «Y entonces nos fuimos a la plaza para tomar un camión a Antón Lizardo, y pasó el jorobado de la lotería y le compré un billete. A lo mejor mañana ya soy rica. Luego pasaron cuatro hombres que parecía que iban a enterrar a una marimba... ¿Pero me decía usted que los alemanes llegan en lanchas desde Alemania?» «No, señora Luisa: llegan en submarinos, que se quedan allí afuerita, y luego se montan en sus lanchas y desembarcan con regalos para

los puebleños.» «Ah, cómo me gustaría acariciar un submarino. Jean Paul también me traía regalos cuando venía de Francia.» «Le traje, señora, porque sólo vino una vez.» «Entre traje y traía no veo la diferencia. Yo también era joven todos los días de mi juventud, y sólo lo fui una vez. Luego, camino a Antón Lizardo, viera usted qué de cangrejos anaranjados que estaban cruzando la carretera, y cómo los íbamos aplastando a los pobres. Yo no sé si eran de los mismos cangrejos que vimos en los manglares y que los llaman los cangrejos violinistas, pero el caso es que los apachurramos a todos.» «Luego, los alemanes se suben a la sierra a lomo

de chamula.» «¿Chamula? ¿qué animal es ése?» «Con todo mi respeto, señora Luisa, el animal será usted: le hablo de los indios chamulas. Y ya que usted insiste en hablar de cangrejos le diré que los chamulas cargan a los alemanes ni más ni menos que como los cangrejos ermitaños cargan a las actinias. Y que me vengán a decir a mí que los chamulas son una raza débil, señora.» «Pues con todo mi respeto también, señor Esteban, el alemán será usted.» «Y cuando llegan a las mesetas altas, allí hay un pueblo como en Alemania, con sus casas góticas y sus techos de dos aguas.» «Pobres cangrejos, tan optimistas, que cuando veían que se acercaba el camión

lo amenazaban con sus tenazas... pero los fuimos apachurrando a todos: ¡plash! ¡plaf!» «Así, como a cangrejos, deberíamos de aplastar a los alemanes: vaya usted, vaya a esos lugares y verá cómo en el corazón del trópico, aquí en México, hay viejos de barbas blancas que fuman pipas tirolesas.» «¿Quiere usted dejar de hablar de tantas cosas a la vez y escuchar lo que hicieron ayer estos dos niños, su hija y su sobrino, en las dunas de arena, señor Esteban? ¿A quién le interesa saber nada de alemanes violinistas y submarinos tiroleses?»

«¿Te acuerdas, Estefanía, que así

hablaban el tío Esteban y la tía Luisa?»

Estefanía sí recordaba. Lo que sucedía es que no lo recordaba con las mismas palabras que yo, ni con la emoción, con la alegría o la nostalgia que yo esperaba.

«Ya nada puede ser lo mismo —me dijo—. Por ejemplo, cuando papá Esteban jugaba en el mantel con el anillo y ponía nerviosa a la tía Luisa, me parecía un anillo muy grande, inmenso... y ahora ya no.»

«Es que las cosas cambian —le expliqué—. Uno cambia también. Ya ves lo que cuenta Ovidio de la transformación de Filomena, sin lengua, en rruiseñor. Después Tagliacozzi

aprendió a cambiar las narices ganchudas por otras casi suspiradas, como las de la reina Nefertiti. Yo también, alguna vez, fui pequeño y flaco como el catecismo que me enseñaba ni más ni menos que la misma tía Luisa y me gustaba jugar con ella a las damas chinas después de la Torre de Rabel, y entonces me parecía un juego muy divertido. Ahora ya no.»

«¿Qué más?», me preguntó Estefanía.

«¿Qué más qué?»

«Ponme otro ejemplo.»

«Es muy sencillo —le dije—.

Olvídate de cuanta historia del arte ha salido en los últimos siglos. Mira: en

este libro hay un cuadro de Monet: la catedral de Rouen. Siempre me había parecido un cuadro bello. Pero lo he visto tantas veces, a tantas horas del día...»

«¿A las cuatro?»

«A las cuatro.»

«¿A las seis?»

«A las doce, a la hora nona, a la hora Mesembria, a la hora en la que bajan a beber los elefantes y hoy en la mañana, a las siete en punto más o menos, me pareció de pronto que no era bello y que nunca, ¿me oyes? *nunca* lo ha sido.»

«Que todo cambie tanto, me parece una cosa muy triste», dijo Estefanía

pensativa.

«Antes también me parecía una cosa muy triste —le contesté—. Pero ahora que lo pienso bien, creo que no es una cosa ni triste ni alegre. Simplemente, es una cosa.»

Estefanía fue a preparar café y yo continué la lectura de mi libro. Volvió a los pocos minutos, pero ya no estaba pensativa.

«Ayer te quejaste de que no tenías dinero para pagar todas las cuentas atrasadas —me dijo—. ¿Qué vamos a hacer?»

«Nada: mandar a los acreedores a volar.»

«Ayer no pensabas igual.»

«Ayer estaba yo preocupado. Ahora no.»

«¿Entonces, cómo estás?»

«No estoy nada: ni preocupado ni triste, ni alegre ni feliz, ni nada. ¿Por qué diablos tiene uno que *estar algo* siempre?»

«¿Estás enojado?»

«No, ni siquiera estoy enojado», le contesté.

Unos minutos después, Estefanía dijo:

«¿Sabes? Ha pasado algo...»

«¿Qué cosa?»

«Iba a decir *algo espantoso*. Pero no, no es espantoso. Es algo... algo... No sé, no encuentro el adjetivo.»

«Bueno. Pues cuando lo encuentres, avísame», le dije.

A estas alturas de lo que te cuento, Palinuro, ya habrás adivinado lo que nos sucedió: tuvo que pasar mucho tiempo para que Estefanía encontrara el adjetivo que necesitaba, porque en el último de nuestros viajes por los sistemas planetarios de Niels Bohr (en el que por cierto escuchamos los rumores de las nubes de hidrógeno, saludamos a las estrellas cefeidas y comprobamos la velocidad de escape del sol) la falta de gravedad, como recordarás, hizo que todas las cosas de nuestro cuarto se desprendieran de su sitio. Pero no sólo las cosas que nos

pertenecían como los muebles, los pisapapeles, los libros y los espejos, sino también todas las cosas que pertenecían a las cosas: todas sus virtudes, sus defectos, sus atributos. De modo que las cosas quedaron desamparadas. Pero no, ni siquiera desamparadas y sí más allá —o más acá— del *ousía* aristotélico y de la sustancia tomística, como los muertos de muchos siglos de los que hemos perdido toda memoria y que ya no son ni gordos, ni altos, ni malos, ni duros, ni cobardes, ni esponjosos y ni siquiera son, como otros, muertos históricos o muertos inmortales. La diferencia, naturalmente, es que nuestras cosas no estaban

muertas, aunque no por eso estaban vivas, sino que simplemente estaban, como una referencia a sí mismas, como las palabras que las llaman por su nombre y sabes bien que no hay palabras cuadradas, ni palabras que estén contentas, ni palabras transparentes como el agua. Y estaban, sencillamente, porque de todos los universos posibles que nos aguardaban al fin de nuestros viajes, había uno... pero no, no era un universo posible y no era tampoco un universo imposible: era, simplemente, un universo donde los adjetivos, en una época perdida en la noche de los tiempos... o ni siquiera en una época perdida o encontrada, o en una época

pasada o futura, inmerecida o dorada, sino nada más en una época, los adjetivos, te digo, se habían rebelado y desaparecido. Y no es porque estuvieran ausentes, sino simplemente porque no estaban.

Nosotros habíamos caído en ese universo.

«Dios mío —dijo Estefanía—. Pensar que nunca más vamos a poder tomar café caliente, a leer libros interesantes y a comprar fresas baratas.»

«Bueno —le contesté—. Por otra parte, nunca más vamos a tomar café frío, a leer libros malos y a comprar fresas caras. Todo tiene su pro y su contra.»

Pero esto no consoló a Estefanía. Y la verdad, tampoco me consoló a mí, tan sólo de pensar en todas las cosas que prácticamente dejarían de existir y no volverían a ser. Ya no habría nunca más zapatos anchos, cometas salvajes que anunciaran el nacimiento de príncipes y mendigos, banderas matutinas que adornaran el alba, vinos tibios y añejos. Tampoco volverían las Navidades imperiales, los viajes largos, las veletas asombradas al golpe del viento, ni sabríamos de más selvas intrincadas, de muertes injustas, de capullos calvos, de protectorados pluviosos a cuyo amor madura el trigo. Y se acabarían para siempre las corbatas rojas y las

ciudades crueles que se ahogan en un odio tachonado de estrellas. Tampoco Estefanía y yo volveríamos a ser los mismos: ni sus ojos azules, ni mis manos tibias; ni sus frases tontas, ni mi amor inmenso. Y ni siquiera los campanarios de San Andrés de los Campos, los grises y bellos y altos y solitarios campanarios viejos, esbeltos, luminosos y tristes, volverían a ser lo mismo en el tiempo. Ni siquiera en un tiempo perdido o recobrado: simplemente, en el tiempo.

Pero no puedo decir que nos sentíamos infelices. Además, Estefanía no volvió a decir nunca: «¡Dios mío!», porque no tenía sentido: en ese universo Dios no era grande, ni omnipotente, ni

malvado. Simplemente, era Dios.

Pasaron varios días.

Pero no sé si rápidos o lentos, si lluviosos o meridianos: sólo sé que pasaron y que Estefanía recorrió una tras otra las calles de la ciudad preguntándole a todo el mundo por lo bello y lo enorme, pero nadie pareció entenderla. No faltó quien le señalara el Monumento de la Revolución, los ahuehuetes de la Calzada de los Poetas del bosque de Chapultepec, los volcanes que allá a lo lejos presidían el valle, o un cartel de la catedral de Salisbury que aparecía en el escaparate de una agencia de viajes. Y mientras tanto, yo dedicaba cada minuto de mi vida a buscar en los

cajones del escritorio lo perdido y lo inesperado. Pero no hubo un solo lápiz plomo, una fotografía del abuelo Francisco del brazo y por la calle de Orizaba con el presidente Portes Gil o una sola navaja de afeitar que estuvieran perdidos, o cuyo encuentro, por más voluntad que puse, fuera inesperado. También publicamos anuncios en los periódicos ofreciendo recompensas a quien encontrara lo insólito y lo misterioso. Y llegaron después a nuestro cuarto de Santo Domingo magos de levita que nos prometieron sacar, del fondo de sus chisteras de seda, lo mágico, lo sorprendente y lo abracadabrante. El primo Walter se

compró un Cadillac Limousine 1940, contrató a un chofer para que lo llevara de la Agencia de Publicidad al Nicté-Há, y guardó en la cajuela del automóvil una infinidad de cajitas de todos los tamaños y colores, llenas de mariguana. Y todo esto lo hizo el pobre nada más que para demostrarnos lo extravagante. Te imaginarás que no pasó mucho tiempo sin que empezaran a hablarnos por teléfono varias personas que no quisieron dar sus nombres, para ofrecernos lo obscuro y lo anónimo. Lo que es más, cuando íbamos de compras a La Merced vaciábamos las bolsas donde habíamos traído las verduras, para ver si encontrábamos en el fondo lo

verde y lo fresco. El colmo fue cuando una tarde recibimos una tarjeta que decía que si íbamos al número tal de tal calle, a tal hora, descubriríamos lo falso. Pero fuimos, V esa calle no existía. Estábamos a punto de perder toda esperanza cuando una noche Estefanía dijo: «Todo esto es absurdo.»

«Estoy de acuerdo —le contesté—. Es absurdo.»

Luego pegue un salto en la cama. Ni grande ni pequeño, nada más un salto.

«¿Te das cuenta de lo que hemos dicho? —exclamé—. La palabra *absurdo* es un adjetivo... Eso quiere decir... quiere decir nada menos, Estefanía, que tal vez no todos los

adjetivos han desaparecido del mundo, que han quedado algunos. O quiere decir que sólo ése ha quedado. Cuando ya estaba en la secundaria, tenía un maestro de Historia Natural que decía que todo era absurdo.»

«Eso sería terrible», le dije.

«Espantoso», dijo ella.

«Pavoroso», dije yo.

Estefanía pegó otro salto en la cama.

«Tienes razón. No todo se ha perdido. Además de lo absurdo, tenemos ya tres adjetivos más. Y eso es maravilloso, ¿no te parece?»

«Formidable», le dije.

«Fantástico», dijo ella.

«Increíble», dije yo.

«Irreprochable», concluyó Estefanía, y a pesar de que yo no entendí qué tenía que ver el adjetivo *irreprochable* con lo que estaba sucediendo, la vi tan feliz, tan tranquila y tan desnuda, que no quise molestarla.

Después de unos minutos, le dije:

«Claro, nada se ha perdido. Tú sabes que después de cada uno de nuestros viajes, cuando volvemos a poner los pies en la tierra, todas las cosas que se habían desprendido por la falta de gravedad, caen de nuevo. Y lo mismo pasa con los adjetivos. Lo que sucede es que los adjetivos tardan más.»

«¿Por qué?»

«Tardan más por un proceso natural

—le dije—. Cuando yo tenía dos años, supe lo que era una casa: la casa de nuestros abuelos. Cuando conocí las casas de nuestros primos, supe que era una casa grande. Cuando aprendí los nombres de los colores, me enteré que era una casa gris. Y muchos años después, aprendí que la casa de nuestros abuelos, además de grande y gris, era una casa muy bella.»

«¿Cuántos años después?»

«Demasiados. Veinte quizás, cuando ya no existía.»

«Lástima que ya no hay una casa donde se pueda poner una placa para decir que allí naciste —dijo Estefanía y tras una pausa agregó—: Aunque eso,

realmente, no importa. Siempre habrá una calle en la cual poner un letrero que diga: “Por aquí pasó Palinuro”. Y pondremos placas en las cantinas, los restaurantes y los hoteles: “Aquí comió Palinuro, aquí bebió, aquí durmió, aquí etcétera”. Y en los escusados, en los cines, en las playas y en el lugar donde mueras y en donde estés enterrado. Y así, si no eres famoso, de todas maneras lo serás...»

«Pero un momento —le dije—. ¿Quién te ha dicho que yo soy Palinuro?»

«Si eres o no Palinuro, nadie lo va a saber cuando ustedes dos estén muertos», me contestó.

Pero en fin, para no desviarnos del tema, y como podrás suponer, pensamos que a partir de ese momento los adjetivos, alados y mansos, iban a caer del cielo y a repoblar al mundo según fueran apareciendo en lo sucio de las calles, lo blanco de las ambulancias y lo distraído de los peatones.

«Las cosas volverán, entonces, a ser lo que fueron siempre —dijo Estefanía—. ¿Te imaginas qué maravilla? Los arcos volverán a ser triunfales cuando los adjetivos desfilen por abajo de ellos.»

«Las fuentes volverán a ser frescas cuando las bañen los adjetivos», dije yo.

«Los limosneros volverán a ser

agradecidos cuando les regalemos adjetivos —dijo Estefanía, que a veces tuvo una idea de la justicia demasiado pequeñoburguesa—. Ah, cómo me gustaría tener en mis manos todos los adjetivos y repartirlos por el mundo. Qué justo sería que hubiera ricos pobres, idiotas inteligentes, enanos gigantes...»

«Y tú y yo, Estefanía, corremos el peligro de volvernos infantiles si seguimos jugando tanto con los adjetivos, así que vimos a dormir», le dije, pensando que los adjetivos, en realidad, son como la nieve. Primero, se presienten. Luego comienzan a caer, muy despacio. Son pequeños y apenas se

tocan. Por último, uno se hunde en ellos y le da pulmonía. «Mañana vamos a amanecer sepultados bajo un montón de adjetivos.»

Y así fue, porque aquella noche nos olvidamos de cerrar la ventana y por ella entraron primero lo frío y lo lluvioso y después lo inhóspito y lo helado, y Estefanía y yo amanecemos ateridos, húmedos, cansados, soñolientos y viscosos. Pero también optimistas, porque pensamos que íbamos a tener una mañana luminosa y a beber café caliente, que el cartero nos traería una tarjeta postal muy bonita de unos amigos que se habían ido de vacaciones a Grecia a conocer todas las islas del

Pireo, y que en el radio íbamos a escuchar unas noticias horripilantes. Que también podríamos recordar, y esta vez sí como si hubiera sido algo fantástico, el viaje que hicimos de niños a Veracruz y el camino a Antón Lizardo cubierto de cangrejos anaranjados y el viento norte que salpicaba la arena de las dunas en el escote de la tía Luisa, o qué se yo cuántas cosas más de nuestra infancia: por un lado la abuela Altagracia que se peinaba siempre con un peine de marfil y las púas del peine le blanqueaban cada día algunos cabellos, y por el otro lado mi otra abuela que a veces se pasaba las tardes contemplando los trozos de haya que

flotaban en la madre del vinagre. En otras palabras, pensamos que todas las cosas volverían a ser lo que siempre habían sido: los limones, agrios; las noches de verano blancas, y el orbe de los vinos fulgurante.

Pero la vida no es tan sencilla como uno la piensa. A veces ni siquiera como uno la vive. También cuando estábamos niños teníamos malos ratos: cada vez que yo quería ser pirata, al tío Austin le daba escorbuto, a papá Eduardo le amputaban una pierna y se la ponían de palo, y a mamá Clementina la ahorcaban en Haití. Y cada vez que Estefanía quiso ser bailarina, el tío Felipe se disfrazaba de empresario rico para seducirla y la

tía Lucrecia envejecía a diez años por hora y moría con los labios carcomidos por el éter. De manera que yo abandoné mis sueños de ser pirata, y Estefanía los suyos de ser bailarina. Porque las cosas no son tan sencillas, nos decían, y sólo la tía Luisa, el abuelo Francisco y a veces el tío Esteban, nos daban cofres llenos de aplausos y coronas de gloria y de papel de China.

Me di cuenta de que las cosas no son tan sencillas al día siguiente, cuando me senté a desayunar y comencé a recordar los sueños que tuve esa noche.

«No entiendo —le dije a mi prima—. Antes, mis sueños han sido siempre buenos o malos, agradables o

desagradables. Pero anoche todo fue distinto: tuve sueños puntiagudos, sueños rojos, sueños ácidos. No entiendo...»

«No te apures. Debe ser resultado de la excitación. ¿Quieres unas tostadas con mantequilla?»

Estefanía fue a la cocina y a los pocos segundos pegó un grito:

«Ven —me dijo—. Ven pronto.»

Corrí a la cocina.

«Mira —me dijo—: el pan está verde.»

«¿Cómo es posible? Ayer estaba blanco», dije, cogí una rebanada y vi que en efecto, el pan *estaba verde*.

«Y eso no es nada: han pasado cosas

peores. ¿Sabes qué es esto?», me preguntó Estefanía mostrándome una esfera de metal plateado que nunca antes había yo visto.

«No tengo la menor idea —le dije—. ¿De dónde salió?»

«Es el cuchillo de la carne.»

«¿Cuchillo? ¿Estás loca? Los cuchillos son largos, delgados, filosos...»

«Naturalmente: así son cuando tienen los adjetivos correctos. Pero a este cuchillo le cayó un adjetivo equivocado: es un cuchillo esférico.»

No necesitamos decirnos nada más para saber lo que nos esperaba. Es cierto que cada vez que hacíamos un

viaje los objetos, cuando recuperaban su peso, descendían nuevamente en nuestro cuarto. Pero también es cierto que nunca, o muy rara vez, caían en el lugar que ocupaban antes. Sin embargo, esto no era irreparable: siempre se puede sacar un par de medias de la sopa, lavar las medias y hervir la sopa, o sacar un collar de perlas de la taza del baño, hervir el collar y lavarse las manos. Se puede, también, volver a clavar las alfombras, sacar los platos sucios de abajo de la cama y poner cada cosa en su sitio. Lo que es más difícil, casi imposible, es que las cosas vuelvan a ser lo que han dejado de ser o dejen de ser lo que han llegado a ser. Tú también

te habrás dado cuenta de la tragedia: imagínate que antes de un viaje muy largo tú tienes no sólo un nombre para cada cosa, sino un adjetivo para cada nombre, y que al volver del viaje te encuentras que nada está en su lugar, que muchísimos adjetivos cayeron donde no les correspondía, y que otros adjetivos están por allí sueltos y perdidos en el espacio, y que pueden caer o aparecerse de un momento a otro, y que tienes que dedicarte, por días y días enteros, a levantar un inventario de todos y cada uno de los objetos que tienes en tu cuarto para averiguar cuál es el que tiene el adjetivo correcto, cuál el equivocado, cuál un adjetivo de más y

cuál, por último, se ha quedado sin adjetivo.

En un principio no quisimos aceptar la realidad. Pero así como los ojos se acostumbran poco a poco a las sombras, nos fuimos acostumbrando a la idea y descubrimos, entonces, que en la casa había un tiradero de adjetivos espantoso:

En la tina del baño, sobrenadaban lo mugroso y lo superfluo.

En la alacena se había metido lo despoblado, y lo inútil había invadido los libreros.

Bajo las alfombras, se escondían lo oriental y lo evidente.

En mi novela había caído lo

hiperbólico y lo vacío.

Y tuvimos la sensación de que lo agobiante y lo desesperanzado merodeaban en el aire a punto de caer en la tarea que emprendimos.

Pero no fue así, por fortuna, ya que tanto lo bueno como lo malo habían descendido sobre nuestra suerte, y por lo mismo tuvimos en ocasiones la buena suerte de poder hacerlo, y otras, la mala suerte de no hacer nada.

Lo primero que decidimos fue recoger todos los adjetivos que estaban sueltos y ponerlos en el lugar que les correspondía:

Lo glorioso lo usamos un día de primavera.

Lo aristocrático lo echamos en el bote de la basura junto con una relación de nuestros bosques genealógicos.

Lo coqueto lo destinó Estefanía a un bikini que se puso ese mismo día.

Lo nuevo (que también estaba suelto porque todas las cosas de nuestro cuarto eran muy viejas) lo guardamos en un cofrecito nuevo que compramos a propósito.

A lo casuístico, lo alotrópico y otros adjetivos muy difíciles y casi incomprensibles para Estefanía, los refundimos en el Diccionario de la Real Academia con el propósito de no usarlos jamás.

Por último lo desventurado se lo

asestamos, de un escobazo, a un ratoncito que aterrorizaba a Estefanía.

Cuando vimos cómo quedó el pobre, yo le atribuí lo muerto y Estefanía se reservó lo compasivo para sí misma.

Quedamos de acuerdo en asignarle lo contradictorio a la situación.

El segundo paso, fue el de hacer una lista detallada de todos nuestros objetos, con todos los atributos y defectos que habían tenido a fin de que todo fuera como tenía que ser: lo pesado pesado, lo translúcido translúcido y lo justo justo.

Al cabo de unos días, casi todo estaba en orden. Digo casi, porque tuvimos algunos fracasos. Es verdad que el cuadro de Monet había perdido lo

bello. Pero en nuestro siguiente viaje a París, visitamos el Jeu de Paume y contemplamos largamente la catedral de Rouen durante las horas de la mañana y de la tarde, y después de empaparnos con sus reflejos espurios y sus sombras tardías, tuvimos que admitir que era un cuadro bello.

Es verdad, también, que el juego de damas chinas perdió lo divertido. Pero de regreso a México, jugamos un partido y mientras tanto recordamos cosas graciosas que nos pasaron en la infancia, y entre ellas el terror que le daba a Estefanía tragarse semillas de naranja porque pensaba que iban a salirle raíces retorcidas por el ano y flores de azahar

por la boca. Nos reímos tanto, que jugamos otro partido de damas chinas porque nos pareció un juego divertidísimo.

Con el anillo del tío Esteban no pudimos hacer nada. Por más que le dimos vuelta al círculo de oro y multiplicamos los guarismos de la amatista, nunca nos volvió a parecer un anillo inmenso.

Nos quedamos, así, sin saber qué hacer con lo inmenso, junto con otros dos adjetivos: lo desconocido y lo azul, que flotaban en medio del cuarto sin saber dónde caer. Nada, en nuestro cuarto, era inmenso. Nada tampoco nos era desconocido. Por último, todo lo que

tenía que estar azul incluyendo al camisón y los ojos azules de Estefanía, una colcha azul, nuestra vajilla azul y todos nuestros libros de cubierta azul incluyendo al cuaderno de tapas azules de Adán Buenosayres, estaban así, azules.

Unos cielo, otros marino, otros turquesa y otros rey según su humor y sus aspiraciones, pero todos azules.

Y así pasaron muchos días... Estefanía hizo el amor con un desconocido, tuvimos semanas azules, dábamos suspiros inmensos. Durante otro tiempo escribí un libro inmenso, comimos manzanas desconocidas, vivimos en un universo azul. Y durante

otro más tiempo cenamos en un restaurante desconocido, comimos un platillo azul, pagamos una cuenta inmensa.

Y así por el estilo hasta que nos cansamos.

La historia termina cuando nos acercamos a la ventana —siempre que nos asomábamos a la ventana, desde la cual se veía un cielo pequeño, gris y familiar, se resolvían todos nuestros problemas—. Y así fue: abrimos la ventana, salió el sol en ese momento, y dejamos que los últimos adjetivos se fueran hacia el cielo azul, inmenso y desconocido.

Pero no, la historia no termina aquí,

porque no creo que sea una historia corta, a menos que te parezca así. No lo creo, porque a otros les ha parecido larga, aunque no interminable, a pesar de que en cierto sentido podría no terminar nunca. Desde luego, en otro sentido menos cierto no comenzó jamás porque no es una historia verdadera, como sé que han dicho algunos amigos de Estefanía. Aunque tampoco es falsa, y eso yo mismo, yo que la viví, lo puedo asegurar. A estas conclusiones y a muchas más llegamos Estefanía y yo algún tiempo después, cuando nos dimos cuenta que desde el momento en que decidimos contar nuestra historia, sus adjetivos ya no dependían de nosotros y

que por lo mismo a unas personas les iba a parecer una historia imposible, y a otras una historia tonta, y a otras una historia aburrida. Al tío Esteban, por ejemplo, le pareció una historia ingeniosa y divertida. Mamá Clementina dijo que era linda. A Ricardo el jardinero fue como si le hubiéramos contado una historia incomprensible. La tía Luisa exclamó que era una historia embolismática y nos regaló, de premio, una rosa invisible. Al primo Walter le pareció una historia cursi, y también le pareció cursi que la tía Luisa nos regalara la rosa. Por su parte el abuelo Francisco opinó que era una historia alambicada y confusa, aunque nos

prometió, como consuelo, llevarnos a ver a los leones la próxima vez que llegara el circo a la ciudad de México. Pero Estefanía y yo quedamos felices — si es que se puede ser feliz en este mundo—, de saber que nuestra historia, de todos modos, siempre sería algo para alguien y no simplemente una historia sin adjetivo en la vida.

20. La Priapíada

En el Reloj de Flora, dieron las cinco de la mañana. En los sindicatos de los veladores, en los puestos de las violeteras y en los conciertos de medianoche, dieron las doce del día del día siguiente. En el reloj de lágrimas de la tía Luisa, dieron las diez y quince hora de la orilla izquierda del Sena. En la ruta ansarina que siguen las naves de Pekín, dieron las tres de la tarde. En el Big Ben y en los corredores fértiles de Londres, dieron las once de la mañana. En las Islas de los Mares del Sur, las

tres treinta y tres de la madrugada del día anterior. En la calva del abuelo Francisco, en los espasmos portuarios de Singapur, en la atmósfera vidriada de Bruselas y en la quietud antigua de Venecia dieron las dieciséis horas y treinta segundos. Por último, en la cúpula azul de la Torre Latinoamericana dieron las siete de la mañana.

Fabricio dijo que para cambiar el futuro no sólo tenía que retrasar diez mil horas todos los relojes del mundo, sino que además necesitaba unas alas de murciélago martirizado, la sangre de una golondrina, las tres plumas traseras de una gallina cuáquera y cien gramos de polvos de la Madre Celestina. Como las

farmacias y las yerberías del Carmen no estaban abiertas a esas horas, Fabricio se puso a buscar en el ropero, en el cofre sin fondo, en el chifonier color papel manila que estaba en un rincón misterioso del cuarto, y atrás de las cortinas. Encontró las corbatas cálidas de Palinuro, los calcetines sin remendar, una capa de estudiante salmantino, las camisas viejas manchadas con sal verde, la credencial de senador del abuelo Francisco, una caja de lémures detonantes, una engrapadora, un pisapapeles con flores acantiladas en el centro, un cuchillo de fuego batido y una manzana ojerosa. Pero como no encontró lo que buscaba decidió entonces

transformar los calcetines en murciélagos, la manzana en un corazón de águila, el pisapapeles en una soledad viva y él mismo transformarse en un mago de otros tiempos, de los que conocían el poder de los electuarios, los secretos de las larvas fluídicas, las setenta y dos Sehemhamphoras del nombre de Jehová y todas las mancias habidas y por haber: o sea en un Adalberto, en un Diodoro de Catania, en un Le Lover. Pero para llevar a cabo estas transformaciones, Fabricio sabía —pues no era ningún tonto— que necesitaba otros ingredientes: una lengua de serpiente envuelta en cera virgen, dos onzas de agua de mil flores, un as de

oros, un viernes de primavera. En vano, también, los buscó debajo de la almohada y dentro de los cuartos oscuros donde se revelan fotografías y adulterios. Por lo cual decidió obtener estos ingredientes a partir de otros: un eclipse de luna, una salamandra, dos dientes de gusano, una puñalada de agua, una cascada de leones, la risa de una botella y un collar de verrugas de bruja ensartadas en la cuerda de un violín, ingredientes que a su vez podría obtener a partir de dos testículos de ganso, un smoking de segunda mano y dos rosas de terciopelo azul que conseguiría, según sus cálculos, gracias a una cajita con pastillas de eucalipto, dos tomas de

Histología, una esponja empapada en la bilis de un ministro de gobernación y tres candelabros plateados con alas de ángel. Todo lo cual, desde luego, aparecería en el cuarto: los caballos cagándose en la cama, la salamandra nevada danzando en el fuego azul del terciopelo, la tía Lucrecia humedeciendo su lengua en un pote de cera fundida que le regaló Fabricio y los testículos de Palinuro vestidos de smoking y caminando a paso de ganso por los Campos Elíseos, con la condición, por supuesto, de reunir en ese cuarto, pequeño y triste como un paraíso subarrendado, todos los ingredientes mundiales.

Unos cuantos segundos después, Fabricio tenía ya en sus manos todo lo que necesitaba y satisfizo así el deseo de Palinuro.

El cuerpo de la mujer comenzó a despertar en los lugares más inesperados. Una pequeña profusión de reflejos delimitó las fronteras de su piel en aquellos sitios donde era más blanca y sofocante. La mujer levantó los brazos y las sombras de la mañana rodearon sus pezones como yedra inocente. Entreabrió las piernas y mostró el resultado de un largo viaje: mariposas muertas, escarabajos con las alas cubiertas de polen, libélulas destrozadas a la velocidad de la luz. Su carne, como

un oleaje oscuro, se derramaba sobre los muslos. Por último, infinitas hileras de hormigas blancas que le llevaban la leche, subieron por su vientre como un escalofrío, llegaron a las regiones alpestres y exquisitas y sus pechos comenzaron a llenarse y a transformarse —cómo le hubiera gustado a Molkas contemplar ese milagro— en pechos perfumados por los biombos.

Pero Molkas no estaba allí.

Tampoco estaba allí Fabricio para exclamar:

«¡Está viva! ¡Está viva!»

El precio que tenía que pagar Palinuro por cambiar el futuro, era perder a sus amigos. Ya nunca los

conocería.

En su memoria —en la memoria que jamás tendría de ellos—, Palinuro acarició el cuerpo de la mujer con las manos de Fabricio para asistir a la revelación de la carne. Primero, la tocó en la frente. Luego, en el immaculado declive de la cadera. Después puso la mano en el cuello de la mujer y la deslizó dulcemente siguiendo la forma del pecho, del vientre, de los muslos, del universo. Un leve cosquilleo en las yemas le indicó que había comenzado a sentir el suplicio rojo de la sangre, sus ondulaciones casi bíblicas, su paso a través de las redes y las tuberías que le devolvían la vida y el calor a las manos,

a la punta de las orejas, a los dedos gordos de los pies. Era la sangre, la sangre que aleteaba en los labios reclamando una ciudadanía y galopaba al encuentro de abismos providenciales, de selvas azules y hemorroides mágicas. Y supo que la piel de la mujer era contagiosa, que al acariciarla con las manos de Fabricio se metía por los dedos como un guante y recorría el cuerpo, y le forraba el miembro y lo enderezaba, y supo que nunca más sería el mismo.

La mujer abrió los ojos, y Palinuro, con los ojos de Molkas, los contempló y se contempló en ellos. Y vio que los ojos de la mujer no eran ya las bóvedas

destruidas por las que se colaban las estrellas heladas y los bulbos de crisantemos luminosos que se apagaban con el viento. Un arco iris circular hirió las pupilas, temblorosas como lirios sobre la piel de una fábula, y en ellas se reflejó la ventana que daba a la plaza y al reino, el rostro de Palinuro con los ojos de Molkas cruzados por filos nocturnos, y allá, muy lejos, en el centro de una mandala y prisionera en un prisma, se veía ella misma, la mujer.

Con sus propios labios, Palinuro la besó en la boca. Y supo que su aliento era fresco y ardiente como ajeno y que llenaba la boca y la garganta con océanos y fondos de lagos transparentes

y con una miel azul y verde, tan azul como caminar por un cuento, tan verde como pasar la tarde bajo un puente, y sintió cómo inundaba sus pulmones, casi ahogándolo, con su repertorio acuático de cobalto fundido, de hojas de álamo, de automóviles celestes...

Supo, entonces, que mamá Clementina estaba bien en donde estaba: muerta y enterrada, y que su historia — no la historia del mundo, sino nada más la de él, Palinuro—, había sido una pesadilla de la que estaba al fin despertando, y que la mujer estaba limpia y viva y magnífica, y siempre lo había estado, y se llamaba Estefanía y siempre se había llamado así.

El despertar fue lento, como un día que amanece, como un pueblo que se va enjabonando y se asombra de sus triunfos, de sus templos, de sus intestinos silvestres, de la lluvia que comienza a balbucear un himno tenso: una lluvia que no era nada, menos que una llovizna, y que sin embargo se sabía en que momento estallaba al contacto tibio de las plantas, y podía escucharse su tamborileo en los fuselajes de los aeroplanos en marcha.

Antes, sin embargo, de olvidar para siempre a sus amigos Molkas y Fabricio, antes de no saber que nunca —

o quizás nunca— los iba a conocer, Palinuro tuvo oportunidad de vivir con ellos dos grandes aventuras más: La Priapíada y La Cueva de Caronte.

Cuando estaban en la clase de anatomía, Molkas les explicó a Palinuro y a Fabricio en qué consistía la broma:

«Lo primero que tenemos que hacer es cortarle, a tres cadáveres frescos, la encarnación proporcional de tan sobado prestigio. O en otras palabras, la verga.»

«¿La qué cosa?», preguntó Palinuro.

«La cosa, exactamente —terció Fabricio—. ¿O no sabes lo que es una verga? ¿No has oído nunca hablar del miembro viril o pene, también llamado en el siglo dieciocho el *Arbor vitae*

destinado a perpetuar la especie gracias a la penetración que efectúa de la *Frutex vulvaria*? ¿No has oído hablar nunca de un falo? ¿De los caínitas, que en la forma de este órgano adoraban a la muerte porque su creación era un onanismo infinito y su redención un aborto eterno?»

«¿No has oído hablar del hueso número doscientos siete —preguntó Molkas a su vez—. Es decir, hueso a los veinte años, músculo a los cincuenta y pellejo colgante a los sesenta?»

«Sí, sí, ya sé —contestó Palinuro—. Pero se va a armar un escándalo.»

En esos momentos llegó el profesor Flores, se enjugó el sudor de la frente y

del cuello con un pañuelo gris y sin decir buenas tardes se sentó y comenzó la clase.

«Articulación temporomaxilar — dijo—. A ver, Rodríguez: describa usted la cápsula articular y los otros medios de unión.»

«De acuerdo: se va a armar un escándalo —aceptó Molkas—. Pero no trascenderá a las masas. ¿Tú crees que hay un periódico en México capaz de publicar una noticia como ésta: “Tres vergas desaparecen de la Escuela de Medicina?” Imposible. Nuestro robo será algún día tan famoso como el de las terneras de Eurites o el casco de Amíntor, incluso como el asalto al tren

inglés, pero no porque lo publiquen los medios masivos, sino porque pasará de boca en boca, dentro de la mejor tradición oral como los antiguos poemas épicos. Y se llamará... se llamará...»

«... Apófisis cigomática...», dijo Rodríguez.

«Muy bien», dijo el profesor Flores y encendió un cigarrillo.

«No, no me parece un buen nombre», dijo Molkas.

«La Priapíada, entonces», sugirió Fabricio.

«Aprobado», exclamó Molkas.

«Ustedes, señores, los de atrás: si no les interesa la clase, pueden salirse» — gritó el profesor.

«Sí, sí nos interesa.»

«Entonces, cállense. Ligamento pterigomaxilar, Navarrete.»

Palinuro le dio un codazo a Molkas y murmuró:

«¿Te fijas cómo le tiemblan las manos? ¿Cómo se puede ser cirujano con ese pulso de taquígrafo parlamentario? Parece que está cortando gelatina en el aire...»

«¡Shhhh! Nos va a sacar de la clase», advirtió Fabricio.

«Todo lo contrario: tiembla porque *no* está operando. Es un sádico que ha sublimado sus tendencias homicidas primitivas transformándose en cirujano —dijo Molkas—, deberías verlo cuando

está en el quirófano. Apenas hunde el cuchillo en las paredes blandas, adquiere una precisión milimétrica: es capaz de hacerle una vasectomía a un mosquito. Ahora escuchen: el segundo paso es llevarnos las vergas al cuarto. Pero quizás sea mejor conseguir cuatro o cinco. Los hombres, como los automóviles, necesitamos piezas de refacción. Después...»

«¡Señores! Les doy una última oportunidad: o ponen atención a la clase, o...»

Los tres amigos pusieron atención a la clase.

En la cafetería, Molkas enteró a Palinuro de algunas de las leyendas que

corrían acerca de Caronte. «¿Pero de verdad se llama así?» «Naturalmente. Igual que el mismísimo remero de la laguna Estigia, hijo de Erebo y de la Noche. Sólo que en este caso se llama Caronte Pérez.» Unos decían que de joven había sido pescador en su país de origen, la República de Turkmenia, y que había querido huir con la mujer de un amigo en una barca dirigiéndose a las costas de Persia, pero que la barca había naufragado a unos cuantos kilómetros de la costa, los mismos que nadó Caronte arrastrando a su amante, pero que ella iba ya muerta, y que Caronte, como el Dimetés de la mitología, contempló cómo la mujer se

podría en la playa. Mucho tiempo después, ya enrolado en la marina mercante de Grecia, Caronte llegó a México. Otros decían que todo esto era un cuento, y que en realidad Caronte había nacido en un pueblecito de Veracruz, San Rafael, donde había descendientes de los hijos naturales de unos franceses, y que por eso Caronte tenía los ojos claros y la piel blanca, pero por lo demás era tan indio como cualquier otro, y que el acento con el que hablaba se debía a un defecto congénito del paladar. Lo que sí se sabía con certeza es que Caronte llevaba muchos años como mozo de la Escuela de Medicina primero, y después como

guardián del anfiteatro, y que desde luego «Caronte» —a pesar de lo afirmado por Molkas— era sólo un apodo, a diferencia del nombre de su perro que, ése sí, se llamaba *Cancerbero*, y no sólo porque así lo había bautizado toda una generación de estudiantes, sino además porque heredaba el nombre de su padre —quizás de su abuelo— bautizado a su vez por otra generación de estudiantes. El caso es que según otros rumores, Caronte había trabajado en una maternidad antes de llegar a la Escuela de Medicina, y alimentaba a su primer perro con placentas y fetos. Los descendientes, y entre ellos el

Cancerbero actual, tuvieron que contentarse con los estómagos y los corazones de los cadáveres. Caronte había pasado cuatro o cinco años en la escuela, cuando pidió que lo dejaran lavar los cuerpos y asistir a las disecciones en sus ratos libres. Aprendió, más adelante, a embalsamarlos inyectándoles cloruro de cinc y alcohol. Y al fin se las arregló para realizar una hidrotomía y por si fuera poco, demostró que era un experto disector. Nadie, como él, para hacer preparaciones anatómicas que el profesor Flores calificaba como «hermosísimas», aunque muchos estudiantes —o al menos Fabricio y

Palinuro— no supieran qué tenía que ver la hermosura con una mano cortada y puesta sobre una tabla con un clavo en cada uno de los dedos, y unos colgajos cutáneos separados por unos ganchos, mientras que otros ganchos o erinas levantaban los tendones. «En otras palabras, Caronte es el hombre —dijo Molkas— que nos proveerá de miembros viriles.» «Esa clase de mutilaciones —agregó su amigo— no debía sorprender a Palinuro, ya que en el anfiteatro habían hecho cosas peores. Es decir, muchísimo mejores. Y le aseguró que lo que se contaba en libros como Cuerpos y Almas, por ejemplo las travesuras de los estudiantes de

medicina que echan orejas de muertos entre las patatas fritas de los vendedores del Odeón, era algo más que literatura barata: “Los hombres de ciencia del futuro, cuando se perfeccionen los trasplantes del corazón —le dijo— tendrán que reconocer que en esta humilde pero querida escuela de la Plaza de Santo Domingo, nos adelantamos décadas enteras. Te invitaré un día a un trasplante múltiple. Elegimos cuatro o cinco cadáveres frescos y desconocidos, y trasplantamos el famoso músculo del primero al segundo, el del segundo al tercero y así sucesivamente. Aunque el corazón de la mujer es más pequeño que el del hombre

—ya aprenderás que pesa 50 gramos menos como promedio—, nosotros no somos partidarios de la discriminación sexual, de modo que trasplantamos los corazones indistintamente de uno a otro sexo. El resultado es toda una novela pastoral: el corazón de Olivetti lo tiene Mario; el corazón de Mario, Lucinda; el de Lucinda, Orazio; el de Orazio, Smeraldina; el de Smeraldina, Leandro, y el de Leandro, Florinda. El círculo se cierra aquí, pero se trata de un círculo vicioso, porque Florinda es lesbiana y su corazón lo tiene Olivetta. Otros trasplantes y mutilaciones resultan mucho más divertidos —continuó Molkas—. Antes de Flores teníamos

otro maestro de disecciones al que llamábamos Magú porque estaba más ciego que un crítico de arte. No te imaginas las bromas que le hacíamos. Una vez cosimos un miembro viril a la vulva de una jovencita y el pobre viejo pensó que iba a pasar a la historia de la medicina cuando diera a conocer, en la Academia, lo que por un momento creyó que era un caso extraordinario de hermafroditismo superprotándrico. El día que se encontró un cadáver con tres riñones, pensó que le habían llegado los Idus de Marzo. Después, decidimos hacer bromas más elaboradas y nos fuimos de compras al Mercado de San Juan, para darle al viejo el gusto de

encontrarse un erizo marino en el estómago de un muchacho. Y para qué te cuento más.”» Pero sí, sí le contó más: le aseguró que la verdad era que nadie se iba a enterar de la desaparición de los miembros, porque no había quien llevara una contabilidad de los cadáveres que ingresaban a la escuela. O mejor dicho, la llevaba Caronte, pero con libros dobles. Caronte, además, era un magnífico proveedor de huesos. Se decía que estaba en connivencia con un cuidador del Panteón de Dolores, y que se los robaban de una antigua fosa común para venderlos a los estudiantes. «¿Vamos un día a la cueva de Caronte?»

Y era calurosa la tarde aquella en que los tres amigos se reunieron en el cuarto de la Plaza de Santo Domingo.

Molkas llegó con un maletín negro. Lo abrió y puso sobre la cama los cuatro miembros.

«Aquí está el botín», dijo, y luego cogió las vergas, formó con ellas un ramo y se paseó por la habitación con las manos en alto, como Itifalóforo de las fiestas dionisiacas o como un torero que acabara de cortar oreja y rabo, nariz y vergas. A los muchachos les pareció que la belleza nacarina de la carne, las luces y las sombras amariposadas que ocultaban a las uretras esponjosas y los

cuerpos cavernosos del pene llenos de deseos trogloditas, le daban a los miembros dignidad de aves. Y en efecto, parecía que de un instante a otro las vergas, transformadas en pichones, iban a levantar el vuelo de las manos de Paolo Uccello. Unas, que volarían hacia la izquierda, le llevarían a la humanidad un mensaje siniestro, pensó Palinuro, y harían llover sobre ella toda clase de rechiflas y contratos. Las otras, con una rama de orozuz dulcísimo en los picos, volarán hacia la derecha completando la V de la Victoria y le llevarán al universo un mensaje de paz y fertilidad: por los techos de dos aguas se resbalarán, candorosas, las calabazas de

Halloween, y los cocheros, en sus pescantes, soplarán tríos en vejigas llenas de agua de azahar.

Molkas inició la repartición milagrosa de las vergas:

«A ti, Palinuro, te confío esta verga negra y peluda que me recuerda la franqueza con la que hablaba el profesor Santisteban de los temas sexuales...»

Tosió axiomáticamente, y prosiguió:
«Para ti, Fabricio, esta larga y pálida, que debió pertenecer a un descendiente natural de Carlos Quinto, que como ustedes saben...»

«Usaba el pene como espada al cinto», dijeron Palinuro y Fabricio.

«... Y que por lo tanto contiene más

de setecientas venas por las que corre un esperma azul. Por último, yo me reservé la más parecida que encontré a la mía aunque sin el tatuaje concebido, que me mandé hacer una vez que había teñido mi experiencia con los colores de todos los mares. En un burdel de la calle del Mar Amarillo, pesqué un estafilococo dorado. En otro burdel de la calle del Mar Rojo, un gonococo color vino. Y así por el camino de las muchachas en flor... Bueno. Aquí tienen, también, una buena provisión de alfileres y un par de tijeras cada uno. Acabo de sacarles filo. No pueden fallar. Pueden ustedes echar una cana al aire y cortarla en dos a las tres de la madrugada.»

Luego, les mostró la técnica a seguir.

«Se coge con las dos manos el pellejito de abajo, así, eso es, como si se sostuviera un preservativo. Se lleva a la altura de la bragueta, previamente desabrochada. Así. Se sostiene con una mano. Eso es. Con la otra, se coge el primer alfiler, y se prende el pellejo al borde interior de la tela. Aja. Luego, con la otra mano, se toma otro alfiler y se prende del otro lado. Magnífico. Y así, hasta que esté bien firme. Bueno, esto es un decir. En realidad, queda prendida con alfileres, como las vergas de los sifilíticos en la etapa cuaternaria. Se deja de fuera, colgando. Así, ¡muy bien! se abrocha el botón de abajo y el botón

de arriba. No se manosea demasiado porque la fama se le puede subir a la cabeza y se transformará en su propio obelisco: correríamos el riesgo, entonces, de mojarnos las flores del sombrero. Perfecto, muchachos.»

Molkas se acercó de puntillas a Fabricio, tocó la verga colgante del muerto y exclamó:

«¡Sería una locura!»

«*Noli me tângere*», advirtió Fabricio.

«¿Me juras que no es la tuya? Sospecho que nos estás engañando.»

El pudor le selló los labios a Fabricio. Sin embargo, después de unos instantes se atrevió a decir:

«Te lo juro por mi madre, que en paz descansa de éstas y otras veleidades.»

«Es una obra maestra —dijo Molkas, absorto en la contemplación de la verga del muerto—: Su agresividad lo demuestra.»

«No trates de hacer futurismo», le señaló Palinuro.

«Luego, por último —dijo Molkas retornando a la normalidad— se toma un gran abrigo, se pone y se abrocha.»

«Pero hace mucho calor», se quejó Fabricio.

«Sin abrigo, no hay broma posible. Además, las vergas tienen que estar todo el tiempo ocultas. No estamos viviendo en los tiempos en que las ménades

paseaban por las calles con un enorme *Phallus* erguido sobre una carroza procesional. Pero no nos desviemos de la conversación: se necesita, también, como les dije, un par de tijeras bien afiladas, que deben ir en la bolsa derecha. O en la izquierda, claro, si alguno de ustedes dos es zurdo como yo.»

Luego, a pesar de que la tarde era una tarde calurosa, se les vio salir en abrigos largos color pizarra y caminar, a grandes pasos, por las calles del centro de la ciudad.

«Ojo con los policías», dijo Molkas.

«Allí viene uno», avisó Palinuro.

«Háganse como que no lo ven», dijo

Molkas.

Los tres muchachos formaron una fila india y caminaron tocando el hombro del compañero de adelante.

«Así, muchachos, como los ciegos de Brueghel. Que no se diga que no somos cultos.»

«¿Por dónde vamos?», preguntó Fabricio.

«Me huele a melocotones del Peloponeso», dijo Palinuro.

«Debemos estar cerca del mercado de las frutas.»

Y siguieron de frente, sorteando toda clase de peligros metálicos. A su lado pasaban las ambulancias y los bomberos, dejando un rastro de resinas

y gritos imperfectos. Pero desde luego:

«No quiero morir joven y bello», dijo Molkas, que entreabría los ojos al cruzar las calles.

«Me llega un leve airecito a coños que están madurando, a pelos púbicos que están naciendo, llenos de amor y de ácidos piníferos», dijo Palinuro.

«Estamos por llegar a la escuela secundaria», futurizó Fabricio.

«Donde los muchachos siguen a las muchachas con una constancia parecida al ámbar y con los ojos a la altura de las corvas, allí donde las tobilleras se descascaran», completó Molkas.

Dieron vueltas a la derecha, a la izquierda, siguieron de frente. Pasaron, a

ciegas, frente a los escaparates del Centro Mercantil, que se dedicaban a la divulgación de las porcelanas de Sévres, de las vajillas Royal Worcester y de los tiroleses Doulton que con sus pantaloncitos cortos cantaban de trío: *¡Ailírolí, ailíroluuuuú!* Y de pronto a Palinuro le llegaron una serie de olores que le trajeron recuerdos myrúrgicos:

«Me huele a Marlene de Luxe, a Varón Dandy, a Lápiz de Labios Tangee», dijo.

«Es que nos encontramos en el departamento de perfumería de El Palacio de Hierro», respondió Molkas.

Abrieron los ojos, y así era. Molkas se acercó al mostrador, y en tono

imparcial pidió:

«Arpège de Lanvin, por favor. Y Miracle de Lenthéric. Tengo una novia —explicó—, con glándulas emuntorias detrás de las orejas. Pero antes que nada, quisiera olerlos.»

Molkas cogió el chambelán, se asperjó el dorso de la mano, y se lo llevó a la nariz.

Comenzaron, entonces, a aparecer los síntomas: el aura flotante que circunscribía al delirio:

«Me duele algo —dijo Molkas— pero no sé qué.»

Después, miró a sus amigos con una expresión de extrañeza apaisada, y mientras ellos trataban de averiguar si le

dolía la segunda vértebra cervical, la garganta o el séptimo mandamiento, se llevó de nuevo el dorso de la mano a la nariz, exclamó: «¡Ah, ah!», y comenzó a dar saltitos. Palinuro y Fabricio lo tomaron cada uno de un brazo decididos a evitar a toda costa su ascensión en cuerpo y alma: corría el peligro (le explicaron a las señoras) de romper el tragaluz, enredarse en las velas de un helicóptero, interrumpir la polinización de los ángeles y en cierto modo, de trastornar la frondosidad del orbe.

«¡Ah, ah!», exclamó Molkas una vez más, bizqueó, palideció como una torre de vinagre a punto de fermentar, emitió un alarido inarticulado y se desplomó

cuan largo era, cuan largo y joven y estudiante era.

«¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa al joven?», preguntó la empleada.

«En estos momentos, le pasa todo el alumbrado público por la cabeza», contestó, invulnerable, Palinuro.

«¡Hay que hacer algo!», dijo otra señora.

«Por supuesto —exclamó Palinuro—: Cómo no lo había pensado: pronto: alcohol, unas sales francesas, lo que sea, ¡pero pronto!»

Fabricio, tras comprobar la rubefacción, la midriasis, la sudoración y otras manifestaciones neurovegetativas, emitió el diagnóstico:

«Calma, señoras, calma, se trata tan sólo de la fase tónica...»

«Es un ataque», dijo otra señora.

«Por supuesto que sí: un ataque de la enfermedad que le da al cuco una vez al mes», explicó Palinuro.

«¡Que traigan a un médico!», dijo otra señora.

«Un ataque del llamado Mal de Hércules, con el cual castigaban a los hombres los demonios elasio», agregó Fabricio.

«¡Llamen a la Cruz Roja!»

«Un ataque de la enfermedad para la cual Joseph De Chesne recetaba el agua de golondrinas», puntualizó Palinuro.

«¡Que llamen al gerente!»

«Sigue la fase clónica —agregó Fabricio—, caracterizada por contracciones rítmicas y sincrónicas de todos los músculos.»

Y en efecto, Molkas sucumbió a las convulsiones y una espuma rústica le salió por la boca.

«Está echando espuma», gritó la empleada.

«¡Ah, ay, ay!», gritaron las señoras.

«Y ahora siguen los atentados contra el pudor, mucho ojo», vaticinó Fabricio, aunque no era adivino.

Molkas se levantó de un salto, se pegó en el pecho tres veces con los puños cerrados como King-Kong, dijo «¡Ah!» tres veces, tres veces se abrió el

abrigo y enseñó tres veces la pinga del muerto que desde luego tres veces pareció la suya propia. Las señoras pusieron el grito en el cielo, la vendedora dejó caer un frasco con ocho onzas líquidas de loción Jean Marie-Farina y Fabricio y Palinuro, con las mejillas rociadas de vergüenza, trataron de dominar a Molkas.

Pero ya era muy tarde: Molkas, con los ojos en blanco y emitiendo grititos sinfónicos, sacó las tijeras de la bolsa del abrigo y con el valor y la decisión que iluminaron a Atis el día de su boda, cortó la verga en dos.

La verga cayó sobre el charco de perfume, y las señoras se desmayaron de

derecha a izquierda.

«Sigue la fase prófuga», dijo Fabricio, y los tres amigos pusieron pies en polvorosa, y así, corriendo, casi hasta perder el alma y el valor cívico, salieron de la tienda, atravesaron la Plaza de la Constitución (no sin detenerse un momento para saludar a la bandera: Molkas el enfermo saludó al color verde, Fabricio el pálido saludó al blanco y Palinuro el vergonzoso al color rojo) cruzaron el Monte de Piedad, Tacuba, Donceles y San Ildefonso, llegaron a la Plaza de Santo Domingo y se sentaron al borde de una fuente improvisada.

«¡Qué maravilla! —dijo Fabricio—.

¿Te fijaste en la cara que puso la señora gordita?»

«Nunca, en toda mi vida de crápula, me he divertido tanto —afirmó Palinuro— y tú, Molkas, estuviste genial. ¡Molkas! ¡Molkas, te estoy hablando, contesta!»

«¡Shhh! Está posesionado de su papel —señaló Fabricio—. En este momento, se le detendrá la respiración: apnea, querido colega.»

«El pobre se nos va a asfixiar.»

«No te apures. Dura sólo unos instantes. Sigue un ronquido estertóreo...»

Molkas eructó.

«¿Lo ves? El eructo huele a

Cardiazol y a cebollitas de Cambray. Después, vendrá un período de amnesia, y cuando despierte dirá: ¿quién soy? ¿en dónde estoy?»

«Bueno, Molkas, para broma ya estuvo suave», dijo Palinuro, amenazando con darle una cachetada.

«Nunca hagas eso. Puedes causarle un trauma.»

«Cuando una broma se alarga demasiado, deja de ser buena.»

«Es que quizás no se trata de una broma —sugirió Fabricio—. Quizás nuestro pobre amigo Molkas es epiléptico de verdad. Quizás ha sufrido un traumatismo craneal o padece una encefalitis aguda o acostumbra darse

pinceladas de estricnina en la zona cortical...»

«Podría tratarse de un sifiloma o de una embolia gaseosa producida por un pedo extraviado.»

«¿Tú crees?»

«Todo es posible en esta vida. Fíjate bien en los síntomas. El mejor actor del mundo no podría fingirlos con tanta maestría.»

«¿Qué vamos a hacer, entonces?»

«Esperar.»

«¿Tú crees que podemos hacer la broma en un tranvía?»

«Jamás.»

«¿En una iglesia?»

«Imposible.»

«¿En dónde, entonces?»

«En ninguna parte. Tuvimos demasiada suerte esta vez.»

«Pero nos van a sobrar vergas.»

«Las vergas nunca sobran.»

«Bueno, me estoy muriendo de hambre. Carguemos a este muchacho y vamos al cuarto.»

«No es necesario que lo carguemos: está en la fase sonámbula. Lo agarraremos de las manitas y lo llevaremos despacio, sin despertarlo...»

Cuando llegaron al cuarto de la Plaza de Santo Domingo, lo acostaron en la cama y le abrieron la camisa, le quitaron los zapatos y los calcetines y le cerraron los ojos.

«¿Qué hacemos?», volvió a preguntar Palinuro.

«Esperar», volvió a contestar Fabricio.

«¿Estás seguro que es un epiléptico?»

Fabricio abrió de dos en dos el Vademécum.

«Podemos confirmar otro síntoma: signo de Babinsky. Hazle cosquillas en el pie.»

«Ya.»

«¿Se enderezó el dedo gordo?»

«Sí.»

«No cabe duda: nuestro amigo es un epiléptico.»

«Qué desgracia. Lo

encomendaremos a los Tres Reyes Magos, escribiendo sus nombres en un pergamino, como recomienda Juan de Ardenne.»

«Por último, es frecuente, en los ataques epilépticos, la eyaculación involuntaria... Bájale el zíper de la bragueta.»

Palinuro se sentó en la cama, al lado de Molkas, y comenzó a bajarle el zíper.

«¡Espera, no lo hagas!», gritó, angustiado, Fabricio.

«¿Por qué no?»

«Se me acaba de ocurrir una horrible posibilidad... Imagínate que nuestro pobre amigo Molkas, en la confusión, en lugar de... en lugar de...»

«¿En lugar de qué?»

«No, no puedo decirlo... ¡sería espantoso! Imagínate, ¡Dios mío, que en lugar de cortar en dos la verga del muerto, Molkas se cortó en dos la suya propia!»

«Ni pensarlo.»

«¡Pero es posible!»

«¡En ese caso, nuestro amigo Molkas se nos está desangrando!»

«Tenemos que enfrentar la vida con valor y decisión. Palinuro, bájale los pantalones.»

Palinuro le bajó los pantalones a Molkas.

Fabricio se cubrió los ojos con las manos:

«No tengo el valor de ver —dijo, y preguntó—: ¿Está o no está?»

«Se nota un bultito debajo de los calzones.»

«No basta. Bájaselos.»

Palinuro le bajó los calzones a Molkas.

«¿Tiene o no tiene?» —preguntó Fabricio, y entreabrió dos dedos para espiar.

«¡Tiene! ¡Tiene!», exclamó, jubiloso, Palinuro.

«¡Tiene! ¡Tiene!», coreó Fabricio y se acercó a la cama para contemplar la virilidad de Molkas.

«Todavía hay otra horrible posibilidad...», dijo Palinuro.

«No veo cuál: esto tiene toda la apariencia de un miembro.»

«Pero, ¿estás seguro de que es el suyo? ¿Y si resulta que es el del muerto?»

«No sé. Pero es fácil averiguarlo.»

«Tienes toda la razón. Los muertos tienen los miembros fríos.»

Fabricio se puso sus guantes de cirujano:

«En efecto, está helado.»

«Mmmmm... malo, malo. Sin embargo, la prueba no es concluyente. Dale un jaloncito, para ver si se desprende», dijo Palinuro.

Fabricio extendió la mano, dispuesto a darle un jalón al miembro. Por un

momento tuvo miedo de quedarse con él, como Horus con el miembro de Set.

«Vamos a ver... todo sea en nombre de la ciencia: un jaloncito primero, luego otro, así, así, un-dos, un-dos, un-dos, media vuelta firmes, ¡ya!»

«¿Se desprende?», preguntó Palinuro, a quien le tocó el turno de cerrar los ojos.

«No —dijo Fabricio—. Pero sucede algo raro: tiene fiebre y se está poniendo rígido...»

«Ya lo sabía —explicó Palinuro—: es la fase tónica...»

«Y ahora... ahora... ¡Dios mío! Le sale espuma verde por la...»

«Es la fase clónica», dijo Palinuro.

«¡Putos, putos desgraciados! —gritó Molkas, poniéndose de pie en la cama de un salto—. ¡Abusivos, pederastas, degenerados! ¡Aprovechándose de un pobre epiléptico, inconsciente! ¡Vayan a hacerle la puñeta a su tiznada madre, putos, les voy a dar de sombrerazos!»

Pero el esfuerzo lo agotó. Cayó sentado en la cama y contempló su virilidad enhiesta.

«Miren nada más cómo la han dejado, a la pobre, desvestida y alborotada... ¿Qué voy a hacer?»

«Si quieres, podemos jugar unas competencias», le insinuó Palinuro.

«Sí, sí, ya sé: a ver quién la tiene mis larga. A ver quién escupe más lejos.

Me lo sé todo: no hay novela moderna sobre la adolescencia en la que no aparezcan dos cabrones haciendo lo mismo. Pues bien: ésta va a ser la excepción de la regla.»

Y dicho y hecho, en un abrir y cerrar de zíperes Molkas quedó vestido de nuevo.

A los pocos instantes, los tres muchachos eran, de nuevo, amigos inseparables.

«Mientras tú estabas en coma —le dijeron Fabricio y Palinuro—, decidimos que no hay que repetir la broma: una segunda vez saldría mal.»

«Yo no estoy de acuerdo», dijo Molkas.

Fabricio, indiferente ante la opinión de su amigo y sin que viniera al caso, recitó en voz alta un cuarteto de José Asunción Silva:

*«De los filósofos etéreos
huye la enseñanza teatral,
y aplícate buenos cauterios
en el chancro
sentimental...»*

«Señores, si no se deciden — advirtió Molkas— las vergas se van a pudrir.»

Abrió el maletín y las examinó:

«Bien, hasta ahora, tienen una

consistencia pacífica.»

Decidieron que el azar, el mismo azar que amenazó a Palinuro desde el pavimento transformado en un rey de espadas, decidiera por ellos.

«¿Ven la aguja del campanario de la iglesia?», preguntó Molkas, señalando hacia la ventana eternamente abierta. Palinuro vio la torre, esbelta y bañada de sol como un lugarteniente del verano, y atrás el cielo azul y limpio, pintado al fresco.

«Bueno —continuó Molkas— pues si llega una paloma blanca que se suicida dejándose caer, a plomo, sobre la aguja del campanario, eso querrá decir que repetiremos la broma.»

«*Okey*», dijo Palinuro, y se preguntó cuál podría ser la rara avis capaz de cometer tal desacato al color blanco. Fabricio, tímidamente, dijo que si Molkas insistía podían hacerle la broma a las putitas de Las Vizcaínas.

«No hay prostituta de estos rumbos que no conozca la broma desde que Quiroz reprobó tres veces anatomía», puntualizó Molkas.

Paniluro se quedó asomado a la ventana. Llegó, al fin, una paloma que voló casi a ras del suelo levantando vales de polvo y las huellas de los peatones que la siguieron en su ascenso. Pasaron cuatro perdices que iban a los funerales de Ícaro. Y pasaron también el

águila y el ánsar de vuelo diestro que contempló Eneas, y las musas que Apolo transformó en urracas. Y pasaron Itio el jilguero y Tereo la abubilla y Progneza la golondrina. Pasó después Ibis, el pájaro sagrado de Egipto, y más tarde un ánade blanco que revoloteó en los dorados pórticos y anunció que los galos estaban ya a las puertas de Roma. La paloma volvió y se posó en el borde de Siloé, la fuente de las aguas silenciosas, y volvió a levantar el vuelo.

«Todo está cargado de simbolismo —admitió Fabricio, no sin cierta ternura—: algún día los psiquiatras descubrirán que el miembro viril es un símbolo fálico.»

Las ideas, como los víveres, comenzaron a escasear:

«Hagamos una lista de todas las bromas negras y sangrientas que sean posibles», sugirió Molkas.

Y así lo hicieron: enviar tres de los miembros, por correo certificado, a solteronas decimononas y la otra, por teléfono, al maestro de fisiología con el objeto de romperle el tímpano. Echar tres de ellas en una botella al mar, con un mensaje alusivo a los placeres de las islas solitarias y la otra... Pero rechazaron éstas y otras ideas que se les fueron ocurriendo, y que pasaron por todos los veintidós grados del barroco, desde el barroco *pristinus* hasta el

barroco *officinalis*, como fueron, por ejemplo, meter dos miembros en las órbitas de una calavera con los glándes previamente pintados de blanco y en el blanco unas pupilas midriáticas y otro miembro más saliendo por el hueco de la nariz, o incinerar los miembros y arrojar sus cenizas al aire para fertilizar al Valle de México, o darles sepultura cristiana y llevarles flores al panteón...

«¿V tú crees que se irán al cielo?», preguntó Palinuro.

«Subirán, sí, subirán para asombro y delicia de las Once Mil Vírgenes», afirmó Molkas y les dijo a los amigos que, si le permitían un paréntesis, podía explicarles la idea de un gran negocio

que se le había ocurrido hacía unos días y que los volvería millonarios...

«Estamos, como ustedes saben, sufriendo una explosión demográfica, que reivindica las teorías de Malthus. Por lo mismo, y además de las píldoras anticonceptivas, una de las industrias con más futuro es la de los preservativos. Les propongo que nos lancemos a fabricarlos. Pero teniendo en cuenta las dimensiones de una posible competencia, bastante dura, por cierto, nos veremos obligados a inundar el mercado con nuevas ideas. No hay problema. Las tengo a montones. Quiero fabricar una línea de condones inflables color pastel para usarlos en los

cumpleaños. Para los militares tendremos condones verdeolivo. Para los viudos, preservativos negros. Para los recién casados, preservativos blancos con apariencia de seda. ¿Qué les parece? Para los amantes del arte, tendremos condones con diseños ópticos y abstractos. Unos, con dibujos como los de Bridget Riley, que harán que el miembro, por ilusión de óptica, parezca mucho más largo de lo que es. Otros, con diseños de Vasarely, harán que el glande semeje una esfera perfecta. Pero tendremos también condones más tradicionales, con paisajes de Whistler y Constable. Éstos los podemos vender en Londres. Podemos exportar, a San

Francisco, condones fosforescentes. ¿Qué les parece? ¿Se imaginan un condón dorado y luminoso como el pez de Klee? El pez se transformará en el anzuelo. En Disneylandia, podemos vender preservativos con las imágenes del Pato Donald y Mickey Mouse. A Nueva York, exportaremos condones *pop*, es decir, preservativos rojos que digan Tome Coca-Cola, y que garanticen un burbujeo refrescante. Se recomendará que estén bien fríos. Para los calvos, haremos preservativos con peluca. Para usarse con las señoras decentes que en un momento dado deseen sentirse las más abyectas, abandonadas, irresponsables, vulgares y miserables de

todas las putas, fabricaremos preservativos que reproduzcan con exactitud los accidentes y signos de enfermedades venéreas tan antiguas como la humanidad: desde el chancro que arruinó al dulce pastorcillo Syphilis, hasta las carnosidades de la verga descritas por Don Francisco Díaz (médico de cámara de Felipe II) y las inflorescencias aterciopeladas del granuloma *pudendi*. ¿Qué les parece? Y estos preservativos formarán parte de nuestra línea para los que deseen hacer el amor sadomasoquícticamente. Pero el mejor de ellos será un condón verde que imitará la forma de un cacto cuajado de espinas (en realidad unos filamentos

inofensivos de nylon) que venderemos exclusivamente en México y que se recomendará para usarse durante la regla (aunque entonces no haga falta), para que acabe cubierto de sangre... ¿Qué les parece?»

A Palinuro y a Fabricio no les pareció.

«¡No: miento! Nuestra estrella será un preservativo ultrasensible que al igual que el camaleón, cambiará de color según el momento del coito. Al principio será tornasolado, entre un azul y un rosa brillantes y lisos, jaspeados y pulidos como el mármol. En el instante de la penetración, se pondrá rojo. Más tarde, morado por el esfuerzo. En el

momento del orgasmo, nuestro preservativo pasará por todos los colores del arco iris, después se pondrá blanco como papel, y por último color de rosa de nuevo, pero esta vez con el rosa de una rosa marchita. ¿Qué les parece?»

Silencio.

Palinuro se acercó a Molkas y le dijo un secreto. A Molkas casi le da otro ataque:

«¿Tú crees en la telepatía sin hilos? ¡Te juro que en eso mismo estaba pensando!»

«Te doy mi palabra de horror.»

Tres caballeros con peluca y justillo largo, envueltos en sus capas color rapiña que se arrastraban por encima de sus *blue jeans* barriendo las colillas de cigarros y los boletos de los tranvías, solemnes como Van Eyck y que venían al mismo tiempo de dos sitios diferentes: uno era el Museo de Ciencias Naturales de la Escuela Primaria, donde los insectos se conservaban en esencia de mirbán, a las mariposas se les atravesaba con alfileres empapados con nicotina y un daguerrotipo de Réaumur presidía las nebulosas del vivarium (era éste el mundo que los dejó a la puerta de

Bagheera la pantera, y de Shere Khan el tigre que por haber comido demasiado murió aplastado por los búfalos): el otro lugar era, simplemente, La Casa de la Troya (Palinuro, en aquella época, casi se la sabía de memoria: *¡Pombiña branca com'a neve e roxiña com'aquellas nubes que vanse por alí...!*). Entraron a la cantina, decíamos, estos tres caballeros, a la cantina La Española, con su piso de azulejos y sus anaqueles donde brillaban los whiskies, los licores y los vasos de Bacardí adornados con negros murciélagos y los anises del Mono.

«Tres tequilas», dijo Molkas golpeando el mostrador. Luego le dijo a

Palinuro, retador:

«No sólo tú sabes versitos médicos...»

«Ah, ¿tú también?», preguntóle Palinuro.

Y una vez que dijeron salud en honor de todos los presentes, Molkas le contestó, quevedescamente:

«Pues qué crees tú: ¿Estudio medicina, o peralvillo?»

«Te echo una competencia», le dijo Palinuro, a su vez echando el ojo a un grupito de borrachos que estaba en un rincón.

«Cuerpo, loado seas en tu carne y hueso...», principió Molkas.

«Tus nervios y tu sangre, tu semen y

tu seso...», completó Palinuro.

«Luis F. Franco, de Argentina», señaló Fabricio.

«En mi encéfalo está tu imagen fija», citó Molkas.

«Desde el frontal al puente de Varolito...» continuó Palinuro y brindó, desde lejos, con los borrachitos del rincón.

«Desde la fosa Silvia y el salterio...», continuó Molkas y se agregó al brindis multitudinario.

«A los tálamos ópticos», se atrevió a completar Fabricio, quien ordenó otra ronda de tequilas.

Luego el mismo Fabricio hermosísimo como Astur con sus armas

de varios colores, inició la marcha hacia los borrachitos. Por alguna extraña razón, les eran familiares: uno era un manco que vendía billetes de lotería. Otro era un organillero. Uno más se parecía tanto al general que tenía un ojo de vidrio, que no podía menos que ser el mismo.

Pero a pesar de que fue Fabricio el que inició la marcha, Molkas dijo la primera palabra, haciendo una reverencia:

«Señores, perdonen ustedes la interrupción: somos tres caballeros que vivimos del exhibicionismo...»

«¿Del qué...?», preguntó el billetero.

«Del exhibicionismo —repitió Molkas—. Desgraciadamente, sabemos que muchas personas lo consideran como un gesto atentatorio contra la decencia...»

«Y que la ley lo reprime como un ultraje público al pudor», completó Palinuro.

«Pero no comprenden —terció Fabricio señalando a Molkas—, que muchas veces es producto de un estado confusional o crepuscular transitorio como es el caso de la embriaguez y la epilepsia...»

«De todos modos, no tienen ustedes por qué preocuparse —aseguró Molkas—: somos exhibicionistas en el sentido

primitivo de Lasègue.»

«O sea, que nos limitamos a enseñar nuestras vergas», aclaró Palinuro.

«Sin ninguna clase de manipulaciones», estipuló Molkas.

«Sin comentarios obscenos», prometió Fabricio.

«Ni frotaciones como las estudiadas por Magnan», finalizó Palinuro.

«¿Y se puede saber por qué carajos enseñan ustedes las vergas?», preguntó el general con un ojo impaciente.

«Es que vivimos de enseñarlas, caballeros... tenemos las vergas mis largas del mundo —explicó Molkas—. Más largas que la verga del Príapo del Museo de Dresde y que el gigantesco

Falo de Delos y más largas (aunque en este caso debería de decir más altas) que los doce Lingams sagrados de la India, que en la fiesta de Siva se bañan con leche.»

«No más largas que la mía», dijo el general, quien se dispuso a recordar sus viejos tiempos en los que se llevaba a las criaditas a los terrenos baldíos de Chapultepec Heights y les regalaba Pilules Orientales para que les crecieran los pechos.

«Sus recuerdos de juventud no nos interesan», dijo Molkas.

El general no se ofendió:

«Y además de larga, todavía se me para.»

«Vamos, general: usted cree todavía en la resurrección de la carne.»

«¿No será usted de esos optimistas que cuando amanecen con una erección la atribuyen a su virilidad sin saber que lo que sucede es que la vejiga, llena de orina, presiona la próstata y causa así una erección puramente mecánica, prácticamente asexual?»

«A las pruebas me remito», respondió el general y comenzó a desabrocharse la bragueta, constelada de escudos nacionales.

«Un momento, mi general —lo detuvo Palinuro—. Primero, debemos hacer una apuesta.»

«De acuerdo —dijo el general—:

Aquí están veinte pesos.»

«Aquí están diez», dijo el organillero.

«Aquí está medio millón de pesos», dijo el billeteero.

«¡Muy bien, muy bien! —exclamó Molkas, y prosiguió—: Quiero participarles, señores, que van ustedes a perder su apuesta, porque mis antecesores son moros de pura cepa. O en otras palabras, de pura verga.»

«Eso no es nada —dijo Fabricio el aristócrata—. Yo desciendo directamente del Duque de Roquelaure, que como ustedes saben, tenía un miembro de dimensiones excepcionales...»

«¿Recuerdan ustedes el grupo escultórico Laocoonte, señores? — preguntó Palinuro— pues bien: fue un antecesor mío el que sirvió de modelo; es decir, fue su miembro el que sirvió de modelo para las enormes serpientes que destrozaron a Laocoonte y a sus hijos Antífates y Timbreo.»

«Si ustedes han ido alguna vez a París —dijo Molkas— y visitado la Salpêtrière y conocido los refectorios, habrán visto los murales pintados por los estudiantes, de hombres con miembros que le daban la vuelta entera al cuarto. Uno de mis abuelos les sirvió de modelo.»

«Dejemos de hablar de antecesores

—dijo Palinuro— y limitémonos a nuestros miembros actuales. ¿Sabían ustedes que el camote y otros vegetales crecen mejor y más con la música? Lo mismo le pasó a mi miembro: el mío creció y se desarrolló con la introducción de La Flauta Mágica, de Mozart.»

«Metáforas aparte, yo le gano a mi amigo Palinuro por una nariz —dijo Fabricio—. Ustedes ya habrán observado que la tengo muy grande. ¿Qué mejor prueba quieren? Pues como dice el proverbio latino y dice bien: *Noscitur a labiis quantum sit virginis antrum: noscitur a naso quanta sit hasta viro...*»

«No le hagan caso, caballeros. Es un pedante que no pierde la ocasión para exhibir su erudición. Yo lo que puedo decirles, es que mi verga representa la degeneración del Manierismo en el estilo serpentinata.»

«Yo tengo la verga tan larga —dijo Molkas— que cuando nació el doctor la confundió con el cordón umbilical y por poco me la corta.»

«Eso no es nada —dijo Palinuro—: yo tengo la verga tan larga, que tengo tatuado en ella el texto completo, inexpurgado, del Kama Sutra. Pero como está en el alfabeto Braille tiene que leerse con los dedos.»

«Eso es menos que nada —alegó

Fabricio—. Yo tengo la verga tan larga que me tropiezo con ella, me la pisan los peatones, la orinan los perros, se queda en los ascensores cuando bajo y luego tengo que ir a reclamarla a un quinto piso.»

«¡Pues yo, señores, tengo la verga tan larga que si pierdo esta apuesta, me voy a suicidar colgándome con ella de una viga!», dijo Molkas.

«Si ustedes me permiten —habló Fabricio, aunque no era su turno— les diré que yo tengo la verga tan larga como el pene de Inuvayla'u, que se arrastraba por las noches como una serpiente y violaba a sus vecinas. Yo me he fornicado a todas principiando por

the girl next door...»

«Pues yo —dijo Molkas, aunque tampoco era su turno—, yo tengo la verga tan larga que cuando sea rey y duerma en el ala derecha del castillo, sin moverme de mi cama haré el amor con la reina, que vivirá en el ala izquierda del castillo...»

«¡Por favor, señores! —intervino Palinuro—. Yo tengo una verga tan larga, que una vez que fui a la India un encantador de serpientes tocó la flauta y mi verga comenzó a subir hacia el cielo, y allí fui yo tras ella, subiéndome a pulso por ella misma, con lo cual por supuesto cada vez crecía más, hasta que al fin, arriba de unas nubes, me encontré

con la fuente de la eterna juventud y un par de huevos de oro igualitos a los míos... Desde entonces me inicié en el Vudú, que no es otra cosa que el culto a la serpiente.»

«Señores, con perdón de ustedes —dijo Molkas—, yo tengo la verga tan larga que cuando trabajé de extra en Hollywood, la usaba en los rodeos para lazar a los toros. Y más de una vez le hice besar el polvo a un cacique pielroja.»

«Y la mía es tan larga —agregó Fabricio— que en las Olimpíadas del Orinoco gané una medalla de oro en el salto de garrocha.»

«Para terminar —dijo Palinuro—

les diré que mi verga es tan larga, que en una época trabajé en Acapulco como salvavidas, y sin moverme de mi atalaya les tiraba mi verga a los que se estaban ahogando. Salvé a cientos de vidas. Pero cuando corrió mi fama tuve que renunciar de tantos maricones y gringas cuarentonas que me pedían auxilio. Luego, cuando tuve que ganarme la vida como acróbata, ponía mi verga de un edificio a otro como una cuerda tendida entre el hombre y el superhombre, y caminaba por ella haciendo equilibrios.»

«Para terminar, yo —finalizó Molkas, a quien siempre le gustaba decir la última palabra—. Yo tengo la

verga tan larga, señores, que disfruto del privilegio concedido a los perros, que es mamármela a mí mismo... pero sólo la punta, porque una vez que me la tragué entera, se me fue por el esófago, ardiente como Gugner la espada de Odín o como Excalibur la espada de Lanzarote, y recorrió todo mi aparato digestivo incluyendo mis doce metros de intestinos y se asomó por el culo muy extrañada de salir por donde generalmente entra y quejándose de dolor de estómago, porque naturalmente, mi estómago comenzaba a digerirla. Fue un desastre.»

«¡Pamplinas! ¡Pamplinas! —dijo el general, que muy en el fondo hubiera

preferido ser refugiado de la Guerra Civil Española—. ¡Basta ya de charlatanerías! ¡Enseñen pues esas vergas!»

«Perfecto —dijo Molkas—: ¡Dejándonos ya de exageraciones, tengo que decirles que mi verga es tan larga que me llega a los pies...!»

«Dije que basta de charlatanerías» advirtió el general.

«Mi general, usted lo verá con su propio ojo», dijo Molkas y se levantó la pierna derecha del pantalón, como si fuera a cruzar un charco.

«No veo nada», dijo el general.

«Yo tampoco», dijo el organillero.

«Perdón. Perdón. Se me olvidó que

ahora me la puse del otro lado», dijo Molkas, levantándose la pierna izquierda del pantalón. Y por allí asomó la verga del muerto.

«Inconcebible», dijo el vendedor de lotería.

«Monstruoso», exclamó el general.

«Sigo yo —dijo Palinuro—. Y antes que nada, tengo que pedirles perdón, ya que sufro de un estado doloroso de erección perenne.»

Palinuro se desabrochó el cuello de la camisa, y por allí se asomó la verga del muerto.

«Señores, esto es lo más asombroso que he visto en mi vida», reconoció el general.

«Digno de Ripley», señaló don Próspero.

«Y esto no es nada —dijo Molkas— la verdad la verdad, es que de nosotros tres es nuestro amigo Fabricio el que se eva las palmas en cuanto al tamaño de la verga. Pelen bien los ojos, señores, porque van ustedes a ver la verga más larga del mundo. 1 an larga la tiene nuestro amigo Fabricio, que le sube hasta el pecho, se le mete por la manga de la camisa y le sale por el puño. Muéstrales, Fabricio.»

Fabricio extendió el brazo derecho y con la mano izquierda sacó del puño de la camisa una verga. Y era una verga larga. Y era una verga larga, pálida y

perfumada como un pañuelo Luis Quince.

El asombro del general fue tan grande que su ojo cayó al suelo, se hizo pedazos y liberó una visión artificial del mundo.

21. Una bala muy cerca del corazón y consideraciones sobre el incesto

«Ah, ¿tú quieres que te cuente uno de los recuerdos favoritos del capitán? Ah, yo tengo uno guardado para ti, que te va a encantar, como encantó a mi general Pancho Villa. Pero primero déjame decirte que una vez al capitán le dieron un balazo en la pierna... pero de esto ya llovió, hijito, llovieron ríos y mares».

«¿Al capitán le dieron un balazo en la pierna, abuelo?», preguntó Palinuro. «Sí señor, así como lo oyes.» «¿Y no murió?» «No se murió, no señor, pero la bala se le quedó adentro.» «¿En la pierna, abuelo?» «Primero en la pierna, pero después ya no, porque tienes que saber que las balas caminan dentro del cuerpo. Muy despacio, eso sí, pero caminan. Cuando el capitán tenía veinticinco años y era mayor del ejército, le dieron calambres en el hígado: lo que quiere decir que la bala le había perforado la cápsula de Glisson y se había escondido cerca de la vena del ombligo. De allí, por el conducto colédoco, la bala tardó seis años en

pasar a la vesícula biliar del mayor, que para entonces era coronel, y justo en el momento en que el coronel perdió las elecciones para Presidente Municipal de San Ángel, la bala perforó la vesícula y al coronel se le derramó la bilis. Durante años y años la bala dejó en paz al coronel, que para entonces ya era senador de la República. Y durante otros más años la bala dejó también en paz al senador, que para entonces era gobernador interino de Tamaulipas: se dedicó a bajar, muy despacio, ejecutando una danza serpentina y haciéndose notar muy de vez en vez, gracias a unos retortijones que molestaban al gobernador la noche en

que cenaba una langosta de más o tomaba un bicarbonato de menos. Por no sé qué azares del intestino, la bala perdió el carril, y cuando el gobernador ya no era gobernador, se fue por el ligamento de Denonvilliers, hijito, y por la espalda, a traición, le perforó su próstata color de rosa y se la fregó para siempre.» «¿Y después, abuelo?» «Después, hace unos días precisamente, tras otros muchos años tranquilos y resignados, me enteré que la bala había emprendido de nuevo el vuelo hacia arriba, por el camino azul de las arterias y que va derecho, hijito, por la arteria coronaria izquierda hacia el corazón Mira, hijito pon la mano en el pecho...

eso es, eso es, ¿ves? El pobre lo sabe y está asustado. No me latía así, tan escandalosamente, desde que el senador se enamoró de Patty O'Brien, el coronel de Francine y el capitán de tu abuela Altagracia. Pero a mis años, hijito, no queda nada sino enamorarse de la muerte. Ahora te voy a contar el recuerdo que te decía, ven, ven acá, mi piel de Judas, muchacho de mis pecados, pero sólo de los pecados veniales que nunca han pasado del amor bajo los limoneros cuando el capitán vestía quince años verdes. ¿Quién nos iba a decir que yo iba a ser tu abuelo y tú ibas a ser mi nieto? ¿Quién, a ver, dime? ¿El mendigo de la esquina, que

tiene una chistera de brocado? ¿El vendedor de helados, que vende ilusiones de vainilla y aventuras de chocolate? ¿No sabes? Pues yo te lo voy a decir. O mejor dicho, el capitán, que llevaba dos días sin dormir, o cuarenta y ocho horas a caballo, que es casi lo mismo, porque mi general Villa me había encomendado una misión superespecial, o mejor dicho se la había encomendado al capitán en nombre de la Providencia, y entre otras cosas había que ir a Huahuanoyahua a reclutar gente con qué combatir a tu general Orozco. Y digo *tu general*, porque en esta guerra tú y yo somos enemigos, ¿eh? Tu general es Pascual Orozco y el mío es Francisco

Villa. Bonita cosa, pelear al lado del que de verdad fue Centauro del Norte — no sabes lo que te perdiste— y caminar rumbo a la Sierra Azul y saber que cinco mil soldados se acercaban a Parral. Bonita cosa derrotar a los dragones, como San Jorge. Bueno, pero antes te voy a enseñar el libro que le gané al capitán jugando pókar, y que tiene mucho que ver y que oír con sus recuerdos. A ver, a ver; no, éste no es porque dice Dictamen de los Teólogos de Friburgo. Y éste tampoco, porque son las cartas de una polonesa al Marqués de Caracciolo. Ah, éstos sí, éstos sí que son libros lindos editados en la tierra de mis padres, señor, El Hurto Sabroso, y

las Historias de Locos que tú leerás cuando seas un hombre a carta cabal. Y aquí está por fin. Pero no, ésta es La Gran Década Nacional, hijito, con los liberales ilustres de México. Algún día sabrás. Y claro, aquí está por fin. Este libro, que ves así ahora, empastado a la española para lo cual hubo que rociar la piel de un cordero inocente con alcaparrosa, me lo regaló —o mejor dicho se lo regaló al capitán— un hombre que iba a morir, como les pasa a tantos otros. El capitán llevaba casi cuatro días sin dormir, porque lo mandó llamar el mismísimo general Pancho Villa, que se codeaba con el nieto de Garibaldi, y le dijo: “Capitancito: voy a

fusilar a un gringo viejo.” “¿Por qué, mi general?” “¿Quién es usted para pedirme razones?” “El capitán Francisco Villareal, mi general.” “Ah, bueno — dijo su general— nomás porque somos tocayos lo perdono, pero que no se vuelva a repetir.” “No, mi general”, contestó el capitán, que llevaba casi cinco días sin dormir y sabía que pleitear con Villa rezaba muerte. Todo esto que te digo, hijito, sucedió casi en el tiempo de nunca jamás, como en los cuentos, y mi general Villa —es decir, su general Villa— continuó diciendo mientras se llevaba a la boca un jarro con café caliente: “Lo voy a fusilar por espía, al cabrón gringo.” Y su general

Villa comenzó a bizquear, como siempre que se llevaba a la boca un jarro con café bien caliente. Y con el ojo izquierdo, hijito, cubría el flanco derecho del ejército y con el derecho el izquierdo. Con el derecho le echaba un ojo a los huertistas de Tierra Blanca, y con el izquierdo se daba cuenta que Carranza no quería la toma de Zacatecas. Y allá a lo lejos, fuera de la tienda de su general Villa, alguien cantaba, o cantaba nadie:

*“Un gorrión entre claveles
me dijo en cierta ocasión:
no te creas de las mujeres
porque las mujeres son*

*redomas de todas mieles,
y amantes de la traición...”*

»Comenzaba a nevar dentro de la tienda de mi general, no lo vas a creer, y los copitos de nieve enfriaban el café de Pancho Villa y caían sobre un mapamundi que mi general tenía sobre la mesa, y mi general decía: “Ah qué nieve ésta, ah qué nieve ésta, carajo”, y la sacudía a manotazos, y con un ojo veía a París, y con el otro a Hong Kong. “Mañana tomamos Madrid”, decía. “Sí, mi general.” “Pasado, Moscú — agregaba—. Ah qué nieve ésta.” “Sí, mi general.” “Y traspasado mañana, tomamos Coñac.” “Sí, mi general”, le

contestó por tercera vez el capitán, y como siempre, muy servicial, le dijo: “Si quiere, mi general, yo le sacudo la nieve.” No lo vas a creer, te dije, pero es que el capitán llevaba casi seis días sin dormir, y estaba soñando que caía nieve, como aquella vez que cayó de verdad en la Sierra de las Nieves que por eso se llamaba así. “¿Qué chingaos está usted diciendo, capitancito? Si me vuelve usted a carnear, me lo fusilo.” “No, mi general, no. Me quedé dormido, y estaba soñando.” “Un buen soldado — contestó mi general— no se queda dormido ni cuando está dormido.” “Sí mi general, es decir, no, mi general”, le contestó el capitán con los ojos abiertos

y tan grandes como pudo, de modo hijito, que por ellos entró Pancho Villa de cuerpo entero y letras de oro sentado, así como estaba, frente a una lámpara de gasolina tomando su café caliente y con la diestra en el puño de su pistola; y le dijo mi general, mi general le dijo: “De modo que usted que le hace al inglés, capitán, vaya a ver a ese pinche gringo a ver qué le saca.” Y el capitán le contestó: “Con perdón de mi general, yo no hablo inglés.” “Ah qué güerito éste tan modesto”, dijo su general Villa. “De verdad, mi general.” “Cómo no va a ser: usted es de buena familia, capitán.” “Pero nunca aprendí inglés” le contestó el capitán, y como llevaba casi siete

días sin dormir, se quedó dormido de nuevo, hijito, así como te lo cuento. “Ah qué nieve ésta, ah qué nieve ésta — decía Villa—. No me deja ver Madrid, no me deja” y estaba lleno de pieles de oso y sus bigotes se le habían escarchado, sus grandes bigotes, hijito, que apuntaban hacia la derecha uno y hacia la izquierda el otro; uno hacia el toque de Diana, otro hacia el ferrocarril blindado del general Fierro, y dijo entonces: “Usted habla inglés, capitán: es una orden. ¿Me entiende? Una orden... Qué, ¿no me oye?” “Yes, mi general”, contestó el capitán, despertándose. “Así que vaya a ver al gringo ese cabrón espía de Pascual

Orozco, y averigüe la verdad antes de la madrugada, que es cuando lo voy a fusilar.” “Perdónelo, general”, le dijo el capitán, que tenía un corazón muy grande entre pecho y espalda. “¿Y qué negocio con dejarlo vivo?”, preguntó Pancho Villa y el capitán no supo responderle.

»Pues aquí tienes que me monté de nuevo a mi caballo, al que conocía tan bien que éramos uña y carne, hueso y ampollas, hijito, de tantos días, casi nueve, de no haber dormido y pasándola a caballo, y me encaminé —o mejor dicho, nos encaminamos mi caballo y yo, mi capitán, mi caballo y yo a la tienda donde estaba preso el gringo, rumbo al noroeste, allí donde la montaña

le copia su color al tigre. Y allá vamos, dale que dale y yo, por dentro, iba cantando:

*“Tirar, compañeros, tirar
con valor:*

*dos a la cabeza, tres al
corazón...”*

»Mientras caía la nieve y yo gritaba: “A un lado, a un lado, nada más acabo con estos desgraciados” y allá lejos, hijito, en el Cerro de la Bufa, el enemigo se salpicaba de miedo entre los baúles y las cabras. Linda noche aquella en que se acabaron las balas de cañón y

apedreamos al enemigo con pájaros congelados mientras mi caballo, que me adivinaba el pensamiento, iba solito y su alma rumbo a la tienda del gringo. Y yo, con mis patines de hielo y mi tricornio implume, dirigía la batalla contra Pascual Orozco, patinando en el río congelado: “¡Disparen ese cañón! — gritaba el capitán—. ¡Dispárenlo, con mil de a caballo, acabemos con esos desgraciados!” Y así, entre soñando y despierto, con un ojo en el sueño donde los pájaros se nos acabaron y tuvimos que tirarle naranjas al enemigo, y otro ojo en los huizaches y las nopaleras, por si acaso nos tendían una emboscada a esas horas de la noche: imagínate, el

capitán llevaba casi un mes sin dormir —, “Sí general”, iba diciendo en sueños, aquella noche en que por poco se queda dormido bajo un pirul que se desangraba en los surcos. Y para no hacerte la historia larga, te diré que al fin llegó adonde estaba el gringo, que era un hombre viejo, bastante viejo, pero no demasiado viejo. Digamos que así como estoy yo ahora, a cincuenta años de distancia de los días en que bebíamos agua de las norias, sin saber que en el fondo había cadáveres de soldados que murieron en el primer asalto a Torreón. “Que dice mi general Villa que cómo se llama usted”, le preguntó el capitán al gringo viejo, y el

gringo viejo le contestó en español. No vas a creer su respuesta, pero ésta fue, y lo juro como que me llamo Francisco y soy coronel retirado: cerró el libro que estaba leyendo, y que es este mismo que tienes en las manos, y dijo: “Como de todos modos voy a perder mi nombre mañana cuando salga el sol, no tiene caso ocultarlo: es Fulano de Tal.” El capitán se sentó, sacó de su chaqueta el cuaderno donde había apuntado el borrador de la siguiente carta que le iba a enviar a tu abuela Altagracia, y escribió el nombre del gringo, que es el mismo que está en el libro que tienes en las manos, y comenzó a soñar. Cuando uno se duerme bajo un pirul, dicen las

buenas lenguas, uno tiene sueños de amor, uno sueña con doncellas que tienen los pelitos del pubis rasurados en forma de corazón, hijito, y comencé a soñar con tu abuela, que si así como la ves ahora, tan vieja, es porque se ha dedicado toda su vida a hacerse más vieja cada día, pero nada más: en su edad, en su edad de oro, en su edad de esmeraldas y lapislázulis, hijito, tu abuela Altagracia era como una manzana del Merovingio. Tu abuela estaba triste pero bella, disfrazada de nieve como un espantapájaros que se queda a la intemperie, y yo le juraba mi amor eterno con la espada en la mano y luego monté en mi caballo; es decir, el capitán

montó en su caballo y se encaminó de nuevo a la tienda de su general Pancho Villa y le dijo cuando llegó: “Que dice el gringo que se llama así y asado.” “¿No más para decirme cómo se llama el gringo vino usted?”, dijo su general Villa que estaba furioso, con un ojo en la muerte de Fierro en los pantanos, bañado de oro, y otro en el cadáver de Benton. Entonces el capitán, con el caballo entre las piernas, se tuvo que regresar en medio de la batalla. Los federales, levitas rojas y cascos que parecían cafeteras rusas, aventaban bolas de nieve grandes como calabazas que dibujan fuegos elípticos en la noche y caían en la región discorde. “Nos

tocarán grandes nevadas, como en 1812”, dijo Pancho Villa escupiendo casquillos de bala. “Está usted muy cansado”, le dijo el gringo al capitán. El capitán dejó que su caballo, paso a pasito, lo llevara de nuevo a la verdad y cuando llegó se bajó de su caballo Palafrén, le dio unas palmadas en las ancas, entró a la tienda del gringo, se sentó, abrió los ojos y le respondió: “Es que llevo más de 50 horas sin dormir.” Y así era, pero el capitán sentía que llevaba como un año sin dormir. “¿Quiere un cigarro?”, le preguntó el gringo viejo al capitán. “Gracias.” “¿Gracias sí, o gracias no?” “Gracias no... Y dígame: ¿Cómo sabe usted que

va a morir mañana en la mañana?”

“Porque dicen que soy espía, y la tradición manda que a los espías que se atrapa de noche, se les fusile en la madrugada del día siguiente.” “¿Es usted espía?”, le preguntó el capitán a su viejo gringo que sostenía la brida de su caballo Palafrén. “No, mi capitán.” “Lo reportaré a mi general Villa”, dijo el capitán y picó espuelas. Allí donde las calabazas caían, iluminadas por dentro, se derretía la nieve y formaba emblemas taciturnos. “¿Cómo es que puede usted enfrentarse a la muerte tan tranquilo? La muerte es algo muy serio”, le dijo el capitán al gringo viejo, que cabalgaba a su lado por las faldas quietas del Cerro

de la Tila y le señaló unas fogatas que se distinguían a lo lejos; “¿Ve usted esos fuegos? Estamos quemando los cadáveres de los federales. La peste ya no se aguantaba.” El gringo viejo le contestó: “¿Cómo sé yo que la muerte es algo muy serio? Nunca he estado muerto en toda mi vida.” Y la noche, hijito, era una noche negra y suave como terciopelo genovés y las estrellas brillaban como candiles con prismas de opalina. “Que dice el gringo viejo, mi general, que no es espía.” “Me importa una celestial chingada. Regrésese usted y averigüe qué es lo que vino a espiar el cabrón gringo ese.” “¿Qué es lo que vino usted a espiar?”, le preguntó el

capitán al gringo. “Ya le dije que no soy espía. Yo soy periodista y escritor.” “Ajá —dijo Pancho Villa— ¿conque periodista y escritor? Me lo paso por los güevos”, y siguió fabricando billetes de banco, por cientos y miles, mi general Villa que repartía dinero como pan caliente: billetes azules como ojos de gringa, billetes rojos como sangre de dragones. “Capitán: lo que usted debe hacer, es irse a dormir ahora mismo”, dijo el gringo viejo de regreso a la tienda. “Gracias. Sólo estoy cumpliendo con mi deber. Usted es el que debe dormirse, para que amanezca descansado. Y dígame: ¿qué es lo que usted escribe?” “Historias” “¿Historias

de verdad?” “Todas mis historias son verdaderas”, contestó el gringo.

»Pancho Villa no lo podía creer: “¿Así que escritor, eh, capitán? Mire: cien billetes de éstos, capitán, son para usted, si me averigua qué es lo que escribe el gringo ese.” Y el gringo viejo, hijito, sacó de su mochila militar este mismo libro que ves ahora, y que yo le gané al capitán gracias a una tercia de reinas que me llegó de mano y se lo entregó al capitán, que llevaba cinco años sin dormir. “Esto es lo que he escrito durante toda mi vida.” “Ya no volverá a escribir nunca”, dijo el general Pancho Villa. “Que dice mi general Villa que usted ya no volverá a

escribir nunca”, le advirtió el capitán. “Está equivocado —dijo el gringo viejo—. Me quedan varias horas de vida y pienso escribir otra historia.” “Que no le den *ni lápiz ni papel*”, le dijo el general Pancho Villa al capitán. “Que no le den *ni lápiz ni papel*”, le dijo el capitán al teniente. “Que no le den *ni lápiz ni papel*”, le dijo el teniente al sargento. “Que no le den *ni lápiz ni papel*”, le dijo el sargento al cabo. “No me hace falta —dijo el gringo viejo—. Lo único que tengo que hacer esta noche es volver a escribir una historia que escribí hace muchos años y que viene en este libro.” El capitán aceptó esta vez el cigarro que le ofrecía el gringo. “¿Sin

lápiz ni papel?”, le preguntó el capitán. “Las historias se escriben de muchas maneras”, le contestó el gringo viejo. El capitán tomó su libreta, hijito, y allí, junto a unos versos que le hice a tu abuela Altagracia, escribió: “Las historias se escriben de muchas maneras.” Afuera seguía nevando; o mejor dicho, adentro, en los sueños del capitán, que llevaba diez años y diez días sin dormir y desde entonces soñaba despierto con ser un coronel, con ser un general, con ser un presidente de la República que dirigía la toma de Zacatecas, que fue por cierto una de las batallas campestres donde plasmé mi bizzarria, hijito: el capitán y el gringo

viejo viajaban en ferrocarril por las praderas de alfalfa y el capitán-presidente encendía los cañones con escupitajos pirofóricos y el enemigo, lo hubieras visto, bajo esos nubarrones que se desmoronaban como focas y el gringo y yo nos reíamos a carcajadas desbocadas capaces de despertar a todos nuestros antepasados verticales, y entonces el capitán recibió una bala en la pierna, la bala con la que iban a comenzar todos los problemas de mi pierna gorda, hijito, de mi pierna como ballena de la Emulsión de Scott que llevo arrastrando desde hace tantos años y por dondequiera deja una estela de espuma de pólvora y que un día llevaré

a enterrar, como lo hizo con la suya el generalísimo Santa-Anna, entre los vítores de todos los médicos que le han pronosticado la muerte. “¿Qué le pasa, capitán?”, le preguntó el gringo viejo, con respeto. “Nada, una bala en la pierna, que recibí hace unos meses, pero no es nada. Y dígame, ¿cuál es la historia que va usted a escribir de nuevo?” “Aquí está, en este libro. Quédese con él, y léala después.” “No leo inglés”, dijo el capitán, que había olvidado la orden de su general Pancho Villa. “Entonces se la voy a contar”, dijo el gringo viejo y se sacudió un poco de nieve que tenía en las charreteras. El capitán le dio una última turnada a su

cigarro con olor a vainilla que le recordó la defensa de Papantla y se montó de nuevo en su caballo rumbo a la tienda del general Villa. En el camino, se encontró a un teniente borracho. “Mi capitán: dice el gringo que no necesita ni lápiz ni papel para escribir.” “¿Cómo lo sabe usted, teniente?”, preguntó el capitán. “Me lo dijo el sargento.” “¿Cómo lo supo el sargento?” “Se lo dijo el cabo.” “¿Cómo lo supo el cabo?” “Se lo dijo el mismísimo viejo.” “Ah, pues ahora mismo voy con mi general Pancho Villa y le voy a decir: dice el gringo viejo, mi general, que para escribir no necesita ni lápiz ni papel.” Y Pancho Villa se quedó callado. Porque

mi general Villa, hijito, las cosas que no entendía prefería no escucharlas. Y afuera alguien cantaba, pero no recuerdo qué canción, sólo recuerdo que cantaba alguien.

»Camino de regreso a la tienda del gringo, la noche estaba más oscura, llena de pétalos de pólvora dormida, hijito, y el gringo comenzó a contarle al capitán la historia de Parker Adderson, filósofo: “Sucedo en la Guerra de Secesión —le dijo—. Y se trata de un soldado que se disfraza de confederado para espiar los movimientos del enemigo.” “¿Y qué para después?”, le preguntó el capitán, que llevaba veinte años y tres días festivos sin dormir. “Los confederados

lo pescan, y lo van a fusilar al día siguiente. Pero el soldado Adderson es valiente, no le tiene miedo a la muerte.”

“Ajá, ajá —dijo su general Pancho Villa—. Conque es un valiente, ¿eh? Conque no le tiene miedo a la muerte” —dijo— y comenzó a levantarse de su equipal, poco a poco, y si no lo he dicho todavía, debo decirlo de una vez para siempre: mi general Villa, hijito, era un gigante: cada batalla, cada frase que decía, cada hombre que mandó matar, lo iban haciendo más grande y más grande, de modo que comenzó a levantarse y parecía que no iba a terminar nunca, y por las piernas del pantalón comenzaron a escurrirle las batallas de Saltillo y de

San Pedro de las Colonias y los convoyes cargados con medio millón de cartuchos y por las mangas de la camisa le escurrieron todas las mujeres que lo recibieron con ramos de rosas en León y los aeroplanos que bombardearon la estación del Ébano, y preguntó: “¿Y por qué no le tiene miedo a la muerte?” El gringo viejo iba caminando en su caballo, muy despacio para no pisar a las perdices que cuando se sienten perseguidas se acuestan bocarriba y cogen el pasto con las patitas y se esconden, y contestó: “El sargento Adderson no le tiene miedo a la muerte porque sabe que mientras esté vivo está vivo, y cuando esté muerto estará muerto

y no le dolerá, ni sentirá nada. Sabe que la muerte es una ilusión.” “¿Conque una ilusión, eh? —dijo el general Villa desde lo alto de todo su nombre—. Pues ya verá ese gringo viejo cómo le voy a dar yo su ilusión, y ahorita mismo.” “¿Y qué pasa después?”, le preguntó el capitán al gringo viejo. “No recuerdo bien, porque esa historia la escribí hace más de veinte años. Pero me parece que el general confederado que está interrogando al sargento, se enfurece y lo manda matar en seguida, sin esperar al día siguiente.” “Espéreme un momento”, dijo el capitán y se bajó del caballo para recoger dedales de eucalipto. En aquel entonces yo los

pintaba de los colores que tienen los sombreros de los elfos, y se los enviaba de regalo a tu abuela Altagracia. El capitán se subió de nuevo al caballo y preguntó: “¿Y qué pasa después?” “Después... —contestó el gringo—, después el general manda llamar a un capitán y le dice: capitán, éste es un espía yanqui al que vamos a fusilar... ¿Cómo está el tiempo?” Y el capitán contesta: “Ya no llueve, general, y volvió a salir la luna”, dijo el gringo viejo contemplando la luna, hijito, que brillaba, como un témpano, en el mar de fondo de los recuerdos. “¿Y después?” “Después, mi general Villa me dijo: tome usted esta pistola, capitancito, y

usted mismo péguele de tiros al gringo, para ver si es cierto que es tan valiente.”

“¿Y entonces qué pasó?” “El general le dió al capitán: muy bien, entonces conduzca a este hombre al paredón y fusílelo ahora mismo.” “¿Y Parker Adderson se enfrentó a la muerte con valor?” “Parker Adderson —contestó el gringo viejo—, comenzó a llorar y gritar como una mujer, y a implorar el perdón del general. Y luego, con un puñal como éste, mató al capitán”, me dijo el gringo viejo y me entregó este mismo puñal que ahora ves, hijito, y que es de puro acero toledano templado en las nieves de los Pirineos», dijo el abuelo Francisco.

«Yo, por mi parte, le contesté a mi

general Villa: “No puedo hacerlo, mi general.” “¿Se atreve usted a desobedecer una orden, capitán?”, dijo Pancho Villa. “Sí, mi general, me atrevo.” “Es usted valiente, capitán, pero esto le va a costar caro”, dijo el mismísimo general Pancho Villa y comenzó a contar con los dedos las batallas que había ganado en su vida y el general Felipe Ángeles le prestó sus manos porque los dedos no le alcanzaban a Pancho Villa para contar las batallas que había ganado. Luego se llevó a los labios su jarro de café, y con un ojo en mi muerte y otro en mi perdón, dijo: “No más porque es usted igualito a mi hijo, capitán, no lo mando fusilar.

Pero eso sí, lo voy a tener excomulgado a pan y agua por veinte días.” “Con perdón de mi general... ¿a cuál de sus hijos me parezco?”, preguntó el capitán, que no sabía que Pancho Villa hubiera tenido hijos. “Al que nunca he tenido”, contestó Pancho Villa, y se derrumbó en su equipal, porque para aquel entonces la gloria comenzaba a pesarle como un navío cargado de dinamita y porque de alguna manera, también, tenía un ojo puesto en su pasado, en su Hacienda de Río Grande, en la Batalla de las Escobas, en el corneta de diez años que salvó el sitio de Celaya y en los hombres de la División del Norte que era como un inmenso pájaro dorado: y el

otro ojo estaba puesto en Columbus, y en la ciudad de Parral donde murió acribillado por las balas, y en el gringo que profanó su tumba para robarse su cabeza y llevarla a los Estados Unidos.» «¿Y después, abuelo?» «Después lo que recuerdo es que mi general Pancho Villa se levantó de nuevo: siempre se levantaba de nuevo, y tomó prestado mi caballo *Palafren* para ir a matar, él mismo y con su propia mano, al gringo viejo. Y al capitán se lo llevaron a una celda, y el capitán estaba triste porque iban a matar al gringo, pero no muy triste, porque tenía casi toda la vida de no dormir, y ahora iba a recuperar, de ésa toda la vida, cuando menos veinte

días. Y así fue. Apenas el capitán se acostó en el catre de campaña, se quedó dormido como un tronco y comenzó a soñar. Soñó que iba en su caballo, despacio, por las llanuras, y que a su lado iba el fantasma del gringo viejo, también a caballo. Íbamos, como te digo, despacio, para no romper el encanto de la noche, la luna de cristal, las estrellas de celuloide. “Dejó de nevar”, dijo el gringo. “Dejó de nevar”, repitió el capitán, como un eco. Y siguieron despacio, hijito, mientras los fusiles de hielo que colgaban de los árboles caían sin chistar y engrosaban las filas de los arroyos que corrían hacia el verano. Pasamos por Sacramento.

Pasamos por Noé. Pasamos por La Polvoreta. Y yo no me atrevía a preguntarle al fantasma del gringo viejo si le había dado tiempo de volver a escribir su historia, si el sargento Parker Adderson se había portado, al fin, como un valiente. Pasamos por Cerro Prieto. Pasamos por la muerte de Víctor Elizondo, que se cortó las venas para que no lo fusilara Pancho Villa. Pasamos por Indé y El Presón, donde los dorados platicaban al amor de fogatas encendidas con boñiga y yo no me atrevía a preguntarle al fantasma del gringo viejo si había tenido tiempo, si había tenido valor, si había tenido güevos de reescribir su historia.

Despacio, en nuestros caballos, llegamos por fin a un valle, hijito, que nacía al pie de las montañas, se explayaba en espumaderos verdes, y vivía su madurez junto al río y su otoño en las arboledas, para morir interminablemente allá lejos, en la llanura. “Salió el sol”, dijo el capitán. “Salió el sol”, repitió el gringo viejo, como un eco, y dándose vuelta se fue y nunca lo volví a ver. Entonces el capitán pensó: “Quién sabe, quién va a saber nunca lo que pasa dentro de los hombres valientes cuando tienen una bala muy cerca del corazón.”»

Que el abuelo Francisco supiera tanta historia de México, tantas

anécdotas, tantas leyendas de banderas trigarantes, abrazos de Acatempan y traiciones inolvidables, era un deleite para su hermana, la tía Luisa, a pesar de que el abuelo decidió ignorar todo lo sucedido y por suceder a partir del día en que tuvo el accidente de la caja registradora, ya que para él, en el momento en que se acabó su carrera política, se acabó también la historia. Pero por suerte el Imperio Mexicano y con él la tragedia de Maximiliano y Carlota, pertenecían a un pasado lejano, y nada más natural, nada más fácil para el abuelo que descubrir entre la historia de los emperadores y la de Jean Paul y la tía Luisa, una serie de coincidencias y

paralelismos de esos que, como él mismo decía, si no se dieran en la vida real no se darían jamás en las novelas. Es cierto que Jean Paul era francés y que Maximiliano no lo había sido, pero el Imperio Mexicano se levantó bajo los auspicios de Napoleón III y fueron francesas las tropas que lo apoyaron. Es verdad también que al cuerpo del emperador se le condujo a Veracruz custodiado por trescientos dragones y sólo cuando el Novara salió de aguas mexicanas, los austríacos ordenaron disparar los ciento un cañonazos de rigor. En cambio, el cuerpo embalsamado de Jean Paul fue llevado al mismo puerto por ferrocarril con la

intención de embarcarlo de regreso a Francia, y por una razón o por otra, por papeles de más o de menos, las autoridades decidieron de pronto enterrarlo en el Panteón Municipal de Veracruz. Pero tanto Maximiliano de Habsburgo como Jean Paul eran rubios y habían muerto, jóvenes, en México. Por otra parte, también fue verdad que Jean Paul no dejó entre sus recuerdos una Cruz de Caballero de la Orden del Águila y de Guadalupe, o una Historia de Italia de César Cantú, pero a cambio de ello había entre sus pertenencias varios objetos que recordaban a aquellos que fueron repartidos entre los parientes y los amigos de Fernando-

Maximiliano. El rosario que recibió el archiduque Carlos, fue a dar a manos de la abuela Altagracia. El abuelo Francisco se transformó en depositario del reloj y la cadena que fueron obsequiados al duque de Flandes. El medallón con un bucle de los cabellos de la emperatriz, destinado a la reina Victoria de Inglaterra, y que en este caso contenía un bucle de la tía Luisa, lo guardó ella misma para heredarlo más tarde a una sobrina que la igualara en hermosura y que fue, naturalmente, Estefanía. Por último, así como a la Gran Duquesa Sofía se le dio el escapulario de Maximiliano, atravesado por una bala, la tía Luisa envió a

Francia, a la madre de Jean Paul, el escapulario manchado de sangre.

«Después, todo el mundo sabe lo que pasó —o todo el mundo lo debería saber, Luisa—: Carlota —igual que tú— se volvió loca por entero, desde la punta de sus cabellos castaños hasta la punta de su pie imperial, y así, loca y muerta de hambre, loca y abandonada, metió los dedos en el chocolate del Papa. Si un día te atreves a meter los dedos en mi chocolate, pobre de ti, Luisa», dijo el abuelo, sin darse cuenta que a la tía le molestó no tanto la alusión a su locura, como el hecho que su hermano pensara que ella podía confundirlo nada menos que con el Papa Pío IX. ¿Qué le hace

suponer tal cosa?, se preguntó. La infalibilidad, le contestó don Próspero, que por ese entonces había ya llegado a la letra P de la enciclopedia y sabía que Juan María Mastai Ferretti, arzobispo de Spoleto, y que pasó a la historia con el nombre de Pío IX, había proclamado en el Concilio de 1870 el Dogma de la Infalibilidad Pontificia.

Por lo demás, ninguna referencia a la locura podía afectar a la tía Luisa, quien por una maravillosa ironía de la vida, y mientras todos aquellos que la rodeaban creían que se había desatado en su alma una demencia incurable y progresiva, recorrió durante muchos años un largo y doloroso camino hacia la lucidez.

La experiencia que había tenido a los dieciocho años en *La Tour du Merveilleux*, en la que se dio cuenta del gran amor que tenía por Jean Paul y por París a medida que viajaba al revés por el espacio, le dejó una impresión tan profunda que de la misma manera no se dio cuenta del inmenso dolor que sintió por la muerte de uno por la lejanía del otro, sino a medida que efectuó una especie de viaje al revés por el tiempo. En las primeras semanas que siguieron al asesinato de Jean Paul, ni siquiera mencionó su nombre, por lo cual la gente pensó que la tía Luisa, o era una mujer insensible, o era, como Crisotemis, maestra en el arte del

disimulo. En los meses y los años siguientes, hablaba de Jean Paul o de París muy de vez en cuando con el tono vago y distraído de quien recuerda cosas muy lejanas, y a veces confundía los nombres y las fechas. Por ejemplo, decía «Jean Jacques», en lugar de «Jean Paul», o «hace treinta años», en lugar de «hace tres». Y así, y mientras la tía y su hermano el abuelo Francisco se hacían viejos y nacían mamá Clementina y sus hermanas y después Estefanía y yo, el recuerdo de Jean Paul y de París se fue haciendo más preciso y definido y la tía Luisa comenzó a hablar cada vez más seguido de ellos y cada vez con más dolor y nostalgia.

Había pasado una infinitud de años desde la muerte de Jean Paul, cuando la tía Luisa comenzó a viajar a Veracruz cada tres meses para visitar su sepulcro y llevarle flores. Más adelante, viajó cada mes. Luego, cada dos o tres semanas. Y un día, o mejor dicho un año antes de un día cuyo momento en el tiempo fue fijado arbitrariamente por la imaginación de la tía Luisa, o quizás por una conjunción de estrellas invocada por Jean Paul unos segundos antes de morir asesinado en un parque de Guadalajara cuando se soñaba viejo y lleno de gloria agonizando en su lecho, la tía se vistió de luto y se fue a vivir al puerto para poder lamentar, todos los días de ese

año, la desaparición de Jean Paul. Quienes la conocieron en ese entonces contaron que cada vez estaba más triste y lloraba más, y que luego le dio por no salir del hotel, y más adelante por no salir de su cuarto, y que de pronto un día se pasó casi veinticuatro horas sin dormir, entre desmayos y lágrimas, y al final lanzó una especie de gemido entre estertor y grito, entre ronquido y carcajada, y se quedó dormida. Al día siguiente se levantó como si nada, se puso un vestido blanco con flores rojas, se polveó la nariz con su borla de plumas de cisne, se fue a los portales a tomar un *mint-julep*, se compró un collar y unos aretes de caracoles, se fue

al cine a ver una película de Charles Boyer y por último empacó sus cosas, tomó un taxi a la estación del ferrocarril y regresó a México. Cuando llegó a la casa de los abuelos, sabía ya que París y Jean Paul habían sido una misma cosa para ella, y que lo seguirían siendo toda su vida.

Que una cosa puede ser ella y otra cosa al mismo tiempo, o muchas cosas a la vez, no era nada nuevo para la tía Luisa. Lo que es más, sus sueños le habían enseñado que una persona puede ser otras al mismo tiempo y ninguna de ellas. Así, una vez soñó que el tío Austin, con faldas escocesas, no era él sino su propia esposa Enriqueta y el

amigo que vino a visitarlos y les regaló una caja de whisky con cuernos de venado. En otra ocasión, se dio cuenta que una persona puede ser una persona y una cosa a la vez o varias cosas y soñó que una hermana suya, que murió de difteria, era las rosas de la almohada, y que las rosas se hundían a través de la carátula de cristal de un reloj. La hermana era, entonces, las tres y media de la tarde y el segundero una flecha roja que se le clavó en la garganta. También, una vez aprendió que una persona puede ser muchas cosas y personas al mismo tiempo menos otras cosas más otras personas. Pero ésta fue una revelación que recibió con los ojos

abiertos, cuando se dio cuenta que el abuelo, no sólo por lo viejo y por lo olvidado que estaba de sus amigos políticos, sino sobre todo por lo gordo y por lo elegante, era su propio automóvil LaSalle abandonado, más su jardín y su pierna, menos las manías de la abuela Altagracia, multiplicado por todas sus victorias parlamentarias y dividido entre mis islas y el amor por sus hijas. Cuando estuvo bien segura de este fenómeno, se lo dijo a su hermano: «¿Sabes, Francisco? Las cosas son una cosa y otra al mismo tiempo. Son y no son.» El abuelo levantó la mirada de los caracoles que pulimentaban los sardineles del jardín, dejó de recordar

los trapos sucios que salieron al sol en la Convención de Aguascalientes, y preguntó: «¿Qué has estado leyendo últimamente, Luisa? ¿No te he dicho que no es bueno leer libros que no se entienden?» «No lo leí en un libro. Lo leí en una flor», contestó la tía Luisa. «Las flores no se leen.» «Esta que te digo no era una flor, era un cuchillo.» «¿De qué diablos estás hablando?» «No estoy hablando —dijo la tía Luisa—, estoy llorando.» «¿Por qué lloras?» «Por París.» «París está lejos, ya te lo he dicho.» «Sí, pero está vivo, y lo extraño. Quiero que París venga, quiero verlo de nuevo y besarlo.» «¡Oh, París!», exclamó el abuelo recordando

el final de la ópera de Charpentier que, por pura casualidad, tenía el mismo nombre que la tía Luisa, y agregó: «Con razón dicen que estás loca.» «Lo estoy y no lo estoy», respondió la tía, que había aprovechado la lección de sus sueños y ganado la partida.

Porque desde entonces, desde que comenzó a vivir con la hora de Francia y a escribir cartas a París y la gente creyó que eso era el remate de su locura, la tía Luisa aprendió a jugar que a veces estaba loca y a veces estaba lúcida, y a veces estaba las dos y a veces ninguna, y nunca más nadie se atrevió a dejar de escucharla cuando hablaba de Jean Paul y de París, por la sencilla razón de que

todo el mundo estaba ansioso de descubrir, en los momentos en que parecía lúcida un trasfondo de insania, y de adivinar, en los momentos en que parecía loca, un trasluz de cordura.

Incluso hubo quien le siguiera la corriente. Y ese *quien* no podía ser otro que el abuelo Francisco, que una mañana le salió con la novedad de que había leído en un periódico que París iba a visitar a la ciudad de México. Esa misma noche a las doce —seis de la mañana del Boulevard Raspail—, la tía Luisa, vestida ya con sus faldas largas, sus zapatos de hebilla de plata y en el cuello una cinta de terciopelo negro con la que estrangulaba las arrugas que la

habían malquistado con su edad florida, se dijo: «Tengo que organizarle un gran recibimiento a París», y comenzó a elaborar un plan de fiestas, discursos y banquetes. El proyecto, tal como se lo contó al abuelo y sus amigos un Sábado de Gloria, ganándose así una ronda de elogios y miradas de terror, era más o menos el siguiente: el aeropuerto de Orly sería recibido con una banda militar en el aeropuerto de Balbuena. El Arco del Triunfo desfilaría bajo el Monumento de la Revolución. Al bosque de Boloña se le ofrecería un almuerzo campestre en el bosque de Chapultepec, al que asistirían todas las debutantes de México, y donde se comerían carneros

asados y se beberían clamores de vino viejo. Notre Dame asistiría a una misa solemne y cantada en la Catedral de México. El Monumento de los Inválidos depositaría una ofrenda floral en la Columna de la Independencia. Y por último, los Campos Elíseos podrían caminar todas las veces que quisieran por el Paseo de la Reforma, comer en un restaurante de lujo o simplemente sentarse a leer en un café al aire libre y a la sombra litografiada de los fresnos. La tía Luisa no descuidó un mínimo detalle. No hubo callejuela o *arrondissement* de París, puerta o avenida, puente o monumento, para los cuales no planeara, con todos sus

rituales y alabastros, una fiesta, una tertulia, una *soirée* o una conferencia académica: desde la Puerta de Versalles hasta la Puerta de Lilas; desde el Puente de Tolbiac al Puente de Mirabeu; desde los Jardines de Luxemburgo al Hotel Dieu. Así, durante muchos días y a partir de las cinco de la mañana —las once en el reloj del Café de Cluny—, se vio a la tía Luisa salir a inspeccionar la ciudad de México casa por casa, piedra por piedra y policía por policía para que todo estuviera listo cuando llegara París.

Convencida, pues, de la pluralidad del alma individual de las personas y las cosas, a la tía Luisa le parecía encontrar

la confirmación de sus teorías a cada instante, y no sólo en sus sueños y en la vida diaria, sino también (qué mejor) en las páginas de la enciclopedia que don Próspero le leía los domingos en la tarde a la sombra de la buganvilla.

Fue así cómo conoció —ella, que alguna vez soñó que su hermano Francisco y su novio Jean Paul eran la misma persona, y que se casaba con él (o con ellos) y que tenía un hijo que era el mismo abuelo Francisco vuelto a nacer (o el mismo Jean Paul, en todo caso), fue así como se enteró —con un asombro que no le cabía en los ojos y la boca— que el dios griego Adonis, habiendo sido el producto incestuoso de

la unión del rey Ciniro y de su hija Mirra, fue no sólo hijo de su hermana y hermano de su madre, sino también hijo de su abuelo y nieto de su padre, y por si fuera poco, tío y sobrino de sí mismo. Esto, de paso, le sirvió a la tía para elaborar toda una historia imaginaria —regocijo de quienes la creían loca, maravilla de aquellos que como Estefanía y yo sabíamos que era la tía más inteligente que jamás tendríamos—, y por medio de la cual, según ella, se comprobaba que eran estos enormes embrollos de parentesco —y no los monstruos probables a los que tanto temía mi prima—, los que habían llevado a los sabios antiguos a prohibir

los matrimonios entre padres, hijos y hermanos.

«Estás más loca que una cabra», le dijo por la sinfinésima vez el abuelo Francisco.

«Y tú, tú estás más equivocado... — en ese momento una lombriz se asomó entre el pasto, y la tía Luisa, que seguía creyendo que las lombrices caían junto con la lluvia y don Próspero no le había contado del papel que desempeñan en la aireación de los suelos, afirmó—: Tú, Francisco, tú estás más equivocado que una lombriz», pensando que un ser tan desvalido y tan insignificante como una lombriz sin lugar a dudas había cometido la equivocación de su vida al

no haber nacido pájaro. Luego, retomó el hilo:

«Te lo voy a demostrar con ejemplos que te toquen muy de cerca.»

Y dicho y hecho, la tía Luisa se encerró en su cuarto y al cabo de algunos días obligó al abuelo Francisco a sentarse en una banca del jardín a escuchar la interminable relación de incestos y parentescos que había elaborado.

«Haz de cuenta, Francisco, que tú te casas con tu hija Clementina.»

«Yo jamás cometería tal crimen», aseguró el abuelo Francisco.

«Dije: *haz de cuenta*. Es sólo una suposición.»

«Bueno, está bien, haré de cuenta... —contestó el abuelo Francisco, y tras una pausa, agregó—: Aunque de todos modos, yo jamás cometería tal crimen.»

La tía Luisa no escuchó la segunda negación del abuelo, porque ya había comenzado a leer en voz alta su relación. Y tantas veces nos la leyó después a Estefanía y a mí, que ella misma acabó por creer que se trataba de un hecho real y consumado, como lo fue, en efecto, en más de un sentido:

Cuando el abuelo Francisco (que en la historia de la tía Luisa era una combinación de Jean Paul, el tío Austin y él mismo) se quedó viudo de la abuela Altagracia (muerta de diabetes: sus

últimas palabras tenían el olor de las manzanas podridas), tuvo una reunión con sus dos hijas (la mayor, mamá Clementina y la menor la tía Lucrecia, o para ponerlo desde el punto de vista de Estefanía: la mayor la tía Clementina y la menor mamá Lucrecia), y en esa reunión decidieron los tres (el abuelo y sus dos hijas) buscar entre ellos mismos un varón que perpetuara la estirpe, con el doble propósito de conservar la fortuna en manos de la familia y justificar la pasión hemofílica que la abuela Altagracia había tenido siempre no sólo por sus hijas sino por toda su futura descendencia —así lo afirmaba— hasta la cuarta o quinta generación. Y si

bien es cierto que el abuelo además de botánico era un gran bebedor y afirmaba que en cada botella de whisky había un genio que cada vez que se le metía al cuerpo le concedía todos sus deseos, mamá Clementina y la tía Lucrecia no tuvieron que acudir a las argucias de las hijas de Lot para seducir a su padre: ese mismo fin de semana el abuelo, sobrio y en el goce interino de todos sus sentidos, se unió con mamá Clementina (quien en la historia de la tía Luisa era una combinación de papá Eduardo y ella misma), y como resultado de esta unión incestuosa, a los nueve meses justos nació el tío Felipe, el cual, y no porque fuera un arquetipo de belleza varonil,

sino por ser hijo de su abuelo (papá Francisco), hermano de su madre (la tía Clementina), y tío y sobrino de sí mismo, pasó a ser el segundo Adonis de la historia. Apenas llegado a la mayoría de la edad, el tío Felipe (o para ponerlo desde otro punto de vista: el sobrino Felipe), se casó con mamá Lucrecia (que era su media hermana y tía a la vez, y a la que, por cierto, estaban a punto de extirparle un pulmón plagado de tubérculos), pasando así (el tío Felipe), a ser cuñado de su madre (la tía Clementina), yerno de su padre y de su abuelo (papá Francisco) y concuño de sí mismo. A su vez, la tía Lucrecia pasó a ser nieta política de su padre (el tío

Francisco) y nuera de la que fue a su vez su hermana, suegra y madrastra, o en otras palabras mamá Clementina, quien de esta manera pasó a ser cuñada de su hijo, Felipe. De esta unión (entre Felipe y Lucrecia), nació nada menos que la tía Luisa, quien a pesar de haber sido entre otras muchas cosas prima de su padre (el tío Felipe), sobrina de su madre (la tía Lucrecia) y nieta de su bisabuelo (papá Francisco), nunca pasó de ser sino una combinación de sí misma. Pero eso sí, tan original y tan bonita, que cuando cumplió sus diecisiete abriles el mismo abuelo Francisco le propuso matrimonio, por lo cual la tía Luisa pasó a ser biznieta de su esposo (el primo

Francisco), madrastra de su madre (la tía Lucrecia), abuelastra, tía y suegra de su padre (el sobrino Felipe), abuela de sí misma (la tía Luisa) y hermana de mamá Clementina (su tía abuela). Para esto, la abuela Clementina y papá Felipe habían tenido un sobrino incestuoso que fui yo: hijo y nieto de mi media hermana (la prima Clementina), sobrino de papá (el abuelo Felipe) y dos veces meto de mi bisabuelo (el tío Francisco). Casi al mismo tiempo, por una diferencia de días, nació una niña de la unión del tío Francisco y de la bisabuela Luisa: Estefanía, que entre otras cosas fue tía de su abuelo (papá Felipe), media hermana de su bisabuela (mamá

Clementina), biznieta de su mamá (la tía Luisa), hija de su bisabuelo (el primo Francisco) y media hermana también de su tía abuela (mamá Lucrecia, a la que, por fin, siempre sí le extirparon el pulmón y le llenaron el hueco con una bolas de acrílico que eran cómo pelotitas de ping-pong).

Esta enorme confusión de parentescos originó, a su vez, otros problemas: la Navidad, los cumpleaños y las bodas de plata se volvieron muy complicados, ya que cada miembro de la familia se sentía obligado a darle, a cada uno de los otros, tantos regalos como vínculos tenía con él. Así, por ejemplo, no era raro encontrarse, bajo el

árbol de Navidad, una serie de paquetes que decían: «Para papá Felipe, de su hija adorada Luisa.» «Para mi nieto, Felipe, de su abuela que no lo olvida, Luisa.» «Para mi yerno, Felipe, de su estimada suegra Luisa.» Y si los tiempos pintaban bien, «Para mi prometido, Felipe, de su futura esposa Luisa».

Por estas mismas razones el divorcio, las separaciones y otras distorsiones conyugales y pleitos entre familia, se volvieron casi imposibles: cuando el abuelo Francisco y mamá Clementina decidieron separarse por incompatibilidad de caracteres, el abuelo no se resignó a separarse de su hija, y mamá Clementina, a su vez, no se

resignó a abandonar a su padre, así que siguieron viviendo juntos, aunque desde entonces durmieron en camas gemelas. Cuando la tía Lucrecia se disgustó con su medio hermano (el tío Felipe) y decidió no dirigirle la palabra nunca más, siguió hablando, sin embargo, con su esposo y su sobrino, que no eran otros que el mismísimo tío Felipe. Y una vez que la tía Luisa, ya casada con el abuelo Francisco sorprendió a éste en los brazos de otra mujer y bajo una nube de humo (el abuelo Francisco, siguiendo un consejo chino, fumaba cuando hacía el amor para postergar el momento cumbre) y le gritó furibunda: «Me regreso con mi madre ahora mismo», no

tuvo en realidad, que regresarse a ninguna parte: primero, porque todos vivíamos juntos, y segundo, porque no era la ninfa lo la mujer en cuyos brazos se encontraba el abuelo, sino precisamente la madre de la tía Luisa, o en otras palabras, la tía Lucrecia.

Haciendo a un lado otros problemas (entre ellos los cambios súbitos de parentesco que de pronto nos permitían ordenarle a nuestro propio padre que fuera a comprar la leche, o que nos obligaban a tratar con la cortesía y la deferencia que se debe a un suegro a alguien que hasta entonces había sido siempre nuestro sobrino nieto), problemas que fueron minando el

principio de autoridad y el respeto mutuo, cada vez que nacía un nuevo miembro de la familia, se armaban discusiones interminables sobre el papead: «Sacó la nariz de su abuelo», decía alguien. «No, es la nariz de su tío», agregaba otro. «De ninguna manera: es la nariz de su suegro», alegaba un tercero. Y, naturalmente, casi siempre los tres se referían a la misma persona, aunque también había la posibilidad de que se estuviera refiriendo a dos, o tres, o cinco personas distintas, o bien a cualquier otro miembro de la familia, fuera o no abuelo, tío o suegro del recién nacido, porque la nariz larga y gruesa fue una

característica que todos heredamos. Es decir, fue la primera característica común, porque a fuerza de mezclarnos unos con otros, los nuevos descendientes se parecían cada vez más entre sí, de manera que si un niño nacía con la nariz de su abuelo, los ojos de su tía, las orejas de su padre y la boca de su nieto, podía muy bien pasar, por ejemplo, como primo gemelo de uno de sus tíos.

Todo esto no era, según la tía Luisa, sino una exploración de posibilidades, porque de hecho no nacieron sino unos cuantos niños. La relación de la tía Luisa se limitó a ocho incestos (dos de mamá Clementina, dos del abuelo Francisco, dos del tío Felipe, uno de la

tía Luisa y uno de la tía Lucrecia), que, en realidad, fueron sólo cuatro, porque un incesto se consuma sólo con la concurrencia de dos personas. Aparte, claro está, de los ocasionales incestos entre miembros de la familia del mismo sexo, que nunca tuvieron mayores consecuencias genealógicas. Ahora bien: estos cuatro incestos, ocurrieron a lo largo de más de 30 años. Tuvieron que pasar quince, cuando menos, desde que sucedió el primero, para que el tío Felipe llegara a la pubertad y cometiera el segundo con la tía Lucrecia. Y si bien el tercero (el consumado por mamá Clementina y el tío Felipe), pudo suceder en cualquier momento entre el

segundo y el cuarto, para que este último se consumara, tuvieron que pasar diecisiete años más, o sea, la edad que tenía la tía Luisa cuando se casó con el abuelo Francisco. En otras palabras, la tía Luisa dejó a nuestra imaginación lo que hubiera ocurrido si en lugar de cuatro incestos hubiera habido diez o quince y, por lo mismo, otros tantos productos incestuosos que una vez llegados a la pubertad hubieran seguido relacionándose con sus padres y entre ellos mismos y dando a luz a un hijo por año como promedio.

Por último, hubo otros resultados decepcionantes, porque a pesar del enorme número de parientes cercanos,

lejanos, consanguíneos, políticos, directos, indirectos, transversales y colaterales que cada uno de nosotros teníamos, la familia estaba reducida a siete miembros, de aquí que cuando murió el abuelo Francisco y a pesar de que la esquila publicada en los periódicos decía: «Se le ruega a usted unirse al inmenso dolor de sus hijos, hijas, hermanos, sobrinos, sobrinos nietos, madrastra, suegros, cuñados, primos políticos, hijastros, nietos, biznietos, yernos, nueras, esposas, nietas políticas, consuegros y demás deudos», sólo asistimos al velorio y al entierro las únicas siete personas (es decir, las únicas seis) que podíamos asistir,

aunque a cambio sobre la tumba del abuelo quedaron más de ciento cincuenta coronas de flores de sus propios jardines e invernaderos, enviadas por sus parientes. Unos días más tarde, se inició la tormenta más grave que jamás haya conmovido a nuestra familia, cuando nos dimos cuenta que el abuelo Francisco, que a lo largo de los años había acumulado una gran cantidad de dinero y propiedades, no había tenido la delicadeza de hacer testamento.

Y hasta aquí llega la relación que la tía Luisa, con esa paciencia que tenía (capaz de alfabetizar a los minutos y las horas para que aprendieran a leer la eternidad) escribió con su propio puño y

letra para que Estefanía y yo (que en la realidad éramos primos hermanos) nos creyéramos tíos bisabuelos uno del otro y primos en segundo grado, y decidiéramos, por lo tanto, reservar el primer parentesco para cuando estuviéramos viejos, y renunciar al segundo, ante un notario, para poder entregarnos uno en los brazos del otro sin que pesara, sobre nuestras cabezas y sobre las cabezas de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos, la maldición del incesto.

22. Del sentimiento trágicómico de la vida

Sí, hermano, vengo de Londres. ¡De Londres! ¿Te das cuenta? *London: thou art the flour of cities all.* He vivido varios años allí, en esa ciudad irreal, en la Roma de hoy y compendio de nuestro tiempo como la llamó Emerson. Demasiados años quizás. El inefable doctor Jonson dijo una vez que si alguien estaba cansado de Londres, es que estaba cansado de la vida. Por lo tanto, no me queda ninguna esperanza,

puesto que estoy cansado de Londres. ¿Pero cómo se puede hacer caso a quién despreció libros tan magníficos como *Tom Jones* y *Tristan Shandy* y que dijo que prefería la vista de Fleet Street a la de cualquier paisaje rural? Al tío Austin le traje una corbata King's College. Aunque te voy a confesar que yo también soy animal de ciudad. Soy de los que piensan que Dios creó el mundo para darse un espectáculo a sí mismo, y por eso a él le corresponde aplaudir la actuación multitudinaria de las cataratas del Niágara o aburrirse con el monólogo interminable del desierto del Sahara. Yo me quedo con lo que el hombre hizo para el hombre. Y que más te puedo

decir de Londres: es una ciudad que se pasa las noches durmiendo y soñando con sus glorias pretéritas. Con esto quiero decirte que la vida se acaba a las once pasado meridiano. ¡Nunca he visto a nadie que se acueste tan temprano como los ingleses! Salvo, quizás, las propias inglesas, que se acuestan a las siete porque tienen que regresar a sus casas a las diez. Y mientras tanto, la luz de los semáforos baila manzanas en medio de la lluvia. ¡Cómo llueve hermano! El otro día, hartado, salí de la casa y le di de paraguazos a la lluvia. Pero fue inútil. La lluvia es implacable y diamantina. Con esa misma agua, llené esta botella para la abuela Altagracia.

Le diré que es agua de Lourdes. Total, todas las aguas son iguales, y en ellas se pueden encontrar las mismas algas microscópicas con la forma de medialunas y caramelos de esmeralda, los heliozoos como erizos de luz y los piojos de gelatina azul que descubrimos tú y yo, cuando éramos niños, en los libros del tío Esteban. Al tío, por cierto, le traje varias láminas para la revista de los laboratorios, y entre ellas las Escenas de Hospital de Taddeo di Bartolo y el Premio a la Crueldad de Hogarth donde un perro que se come el corazón del autopsiado me recordó, como ya te imaginarás, al perro del viejo Caronte. Al abuelo le traje un

ejemplar viejísimo de un Atlas y Portulano de la República Mexicana. Y para mí, para Walter, traje una reproducción gigante del maravilloso cuadro de Millais que muestra a Ofelia muerta en las aguas del río, y frente al cual, cuando al fin lo pude contemplar en el original, y acordándome de mis buenos tiempos de estudiante y del juego de microscopía que después le regaló el tío Esteban a nuestra prima y me asombré de los mundos que bullían «del áureo microscopio en la platina», ¿quién dice así? ¿Machado? me di cuenta que también en los ojos y los pulmones de los ahogados podemos descubrir, con suerte, esas maravillas de simetría

iridiscente, esos animálculos que parecen relojes de arena, cangrejos diminutos, pulseras de cuentas y lágrimas verdes con pelos largos. Por lo demás, viejo, los ingleses se arreglan cada mañana los parches del cabello, se atan las cintas de la voz, se cosen la lengua, se abrochan los ojos, se almidonan la sonrisa y comienzan a caer del cielo sobre la City, de bombín y paraguas, como si los hubiera pintado Magritte. Bueno, no exactamente, porque aunque todos los ingleses son iguales, unos son más iguales que otros. Me he acordado mucho de ti, primo, mientras caminaba por Londres del brazo de Eliot. No soy ni monárquico, ni

clasicista, ni católico anglicano: pero conversé con él, sin embargo, en Hampstead, en Putney, en Primrose y en otras tenebrosas colinas de Londres. He pensado en ti y en tus ilusiones, cuando caminaba a la orilla del Támesis, por los jardines del malecón, en tanto me apiadaba de los mendigos que al anochecer se cubren con el tiempo bajo el poeta que se inflama, y con el cual también conversé de su tierra nativa y en su nativa lengua. ¡He conocido maravillas, no tienes idea! ¡He conocido personalmente el estetoscopio de Líster y los fórceps de Listón! Me faltó poco para tenerlos en las manos. Me acordé tanto de ti, primo, y de las noches

aquellas que paseábamos por Mesones y por San Juan de Letrán y por la Reforma y por la colonia Juárez y después, cuando amanecía, llegábamos al Bosque de Chapultepec que recorríamos entero desde el Paseo de la Milla hasta el Molino del Rey. Podría escribir ahora un libro que se llamara Historia de Dos Ciudades. Podría escribir, mejor, un libro de mil páginas nada más que sobre la impresión de melancolía infinita que me produjo Ofelia. De todos modos, aunque sea para eso, para ver los originales de los cuadros que conociste en ilustraciones, vale la pena ir a Europa, pasando claro está por Nueva York para saludar al Guernica: La

Lección del Doctor Tulp, que es nada menos que la Lección de Anatomía de Rembrandt, me pareció infinitamente más bella de lo que jamás imaginé. ¡He visto tanta pintura! ¡He contemplado tantos Triunfos de la Muerte, incluyendo el de Lorenzetti en Pisa, y tantos cuadros de cadáveres en descomposición, sin faltar, claro, los de Valdés Leal! Pero además de pensar en ti, en tus ilusiones y en la mano del general Obregón, ¿te acuerdas de ella? He hablado contigo muchas veces en voz alta, sin miedo de que me pensarán loco. ¡Hay tantos locos en esa ciudad, hermano, tanta gente que habla sola! Nadie por supuesto les hace caso, ni siquiera los policías que a su

vez hablan con dos voces distintas: si les preguntas por una calle, su cachiporra florece como la vara de nardo de San José, y te contestan con la voz amable. Pero cuidado: con la otra voz, con la que guardan junto a su corazón transistorizado, en cualquier momento te pueden acusar de pederasta o de inmigrante pakistano. ¡Conocí una dentadura afinada en Do mayor! Conocí, en el Museo Hunteriano, la más increíble colección de trozos selectos del organismo humano. Allí están, en sus prismas transparentes, como el barco que se encontró el Barón de Münchhausen y que navegaba encerrado en un témpano. A mamá Clementina, si

viviera, le hubiera traído una manita de marfil para rascarse la espalda, que vi en una tienda de Portobello. Y mientras tú, primo, caminabas por San Ildefonso o por Justo Sierra, con tu Manual de Microscopia bajo el brazo, y soñando como yo soñé algún día encontrar en una gota de agua de mar o en los ojos del poeta Shelley la noctiluca luminosa y transparente y las diatomeas de clorofila enmascarada que forman el fango de los lechos oceánicos y que tienen formas de trenes, de flautas, de enjambres y de círculos radiados, mientras tú soñabas y te reías pensando en Horacio Wells en el momento en que descubría las propiedades hilarantes del cloroformo y

llorabas pensando en Horacio Wells cuando fue humillado en Boston y se echó a la calle a arrojar vitriolo a la cara de las prostitutas, mientras tú te jurabas —como me juré yo algún día recibirte de médico para aprender a describir el barniz del cráneo y la red fluviátil que rodea a la vida, para aprender a diseccionar cadáveres mansos y a detectar la propagación marcial de la adrenalina, yo, tu primo Walter, caminaba con mi paraguas y mi chaleco de rombos por Charing Cross Road y husmeaba en las librerías de viejo y me moría de la angustia de no poder comprar tantos libros tan maravillosos... ¡Nunca he comprado

menos libros en mi vida, hermano! y te decía —te dije— que muy bien, podemos aceptar que aunque no sepas cuándo tu vida comienza a ser o dejar de ser tuya, de todos modos es tuya y de nadie más. Hubieras visto, claro, qué mirada tan alarmada me echó el dependiente de la librería pero no, te repito, porque yo estuviera hablando solo, sino porque lo hacía en español. Pero la vida, continué, no es una cosa. La vida, aunque aparentemente puedas usarla y disfrutar y abusar de ella, no es un traje; la vida —dije señalando un lindo mapa de Kent iluminado a mano— no es diez hectáreas de terreno, y por último la vida —grité saliendo a la calle

— no es un automóvil. ¡Qué automóviles en Londres, hermano! Ante un Rolls Royce, no queda sino quitarse el sombrero y comenzar a pedir limosna. Pero los ingleses, si les pides para comprar pan, no te dan ni un penique. Si les pides para tomar una pinta de cerveza tampoco, pero al menos te ven con simpatía. La vida —continué caminando por el lado más dulce y sombreado de la famosa calle de Pall Mall—, es saber disfrutar el momento presente y los pequeños placeres, y por asociación de ideas encendí un cigarrillo (el último que me quedaba) y lancé una bocanada de humo hacia las flores de las ventanas del Banco de

Nova Scotia, otra hacia el Instituto de Artes Contemporáneas, y una tercera hacia el monumento de Florence Nightingale. A cambio de todos los libros que no compré, están todos los libros que sí leí. Me hice lector del Museo Británico, hermano, y miembro de la London Library. ¡Imagínate: un millón de libros a mi alcance: en inglés, español, francés... en todos los idiomas vivos y todas las lenguas muertas! Y allí, en la biblioteca y ante las obras de Plinio El Viejo y de Cayo Salustio Crispo; allí frente a la tragedia ática y los libros de Tucídides (copié para el tío Esteban una magnífica descripción que hace Tucídides sobre la peste de

Atenas), me dije que los anatomistas habían arrancado de cuajo las raíces griegas y latinas para bautizar con ellas las partes de nuestro cuerpo, y que el tórax y la crista galli, el yeyuno y el septum lucidum, el tuber cinereum y el calamus scriptorius pertenecían a este linaje. La vida puede ser, sí, quizás, una propiedad, le aseguré a Florence Nightingale, pero su razón de ser una propiedad no sería siquiera, como señala Hegel, una prolongación necesaria de la libertad individual, por la sencilla razón de que tú, Florence Nightingale, y tú, primo, y yo Walter, no elegimos vivir y ser libres. La vida, insisto, no es una cosa —le dije al

empleadito de la biblioteca, que dio la casualidad que hablaba un poco de español y creyó que le estaba yo dando el título de un libro. ¿La vida qué, señor? me preguntó. *Del Sentimiento Trágico de la Vida*, de Miguel de Unamuno, le dije, y mientras se iba a buscar el libro, fui al baño a orinar. ¡Nunca he orinado tanto en mi vida, hermano! Y es que me pasaba la mañana tomando té para guiñarle un ojo al sueño y aprovechar al máximo la prórroga que cada día inauguraba, y la tarde y la noche tomando cerveza, para guiñarle un ojo al insomnio. Pero puedo decir que como buen *boyscout* que conoce dentellada a dentellada la historia de

Mowgli, nunca me acosté sin hacer algo bueno: sin haber, por lo menos, conquistado la imaginación por ese día. Y cuando tenía en la mano mi querido órgano reproductor, o en otras palabras una muy querida prolongación de mi libertad individual, me dije a mí mismo: bueno, sí, la vida, entre otras cosas, es un montoncito de cosas de las cuales depende. La vida es tu cerebro, me dije viéndome en el espejo. Pero no tu cerebro sólo, sino tu cerebro más tus ojos, más tu boca, más tu aparato circulatorio, más tu eso y lo otro, continué, lavándome las manos y saliendo al vestíbulo y mientras esperaba que el empleado trajera el

libro —los ingleses se toman su tiempo para todo, menos para el acto sexual—, me puse a hojear el Libro Guinness de los Récords Mundiales, y además de enterarme de la mujer que distinguía colores con los dedos, y de la media tonelada y pico que pesa el hombre más gordo del mundo y de otras imbecilidades por el estilo, vi que naturalmente y como era de esperarse el cerebro de Turguenev —uno de los más grandes conocidos hasta la fecha—, pesaba dos kilos doce gramos, y el de Anatole France —uno de los más pequeños—, sólo un kilo diecisiete gramos. Y digo *naturalmente* porque tu era de toda consideración literaria,

comprobé una vez más que el cerebro humano es *una cosa*. A ti, perdóname, aparte de algunos recuerdos no te pude traer sino una de las corbatas de moño que me pediste. Aunque parezca mentira, en Londres casi no existen. ¡Qué mal se visten los ingleses, hermano! Pero eso no es nada: ¡qué mal se desvisten las inglesas! Y bueno, todas esas cosas, dije firmando el recibo, son tu vida. Le di las gracias al empleado, abrí el libro al azar en la página donde Unamuno cuenta cómo Leopardi vio la estrecha hermandad que hay entre el amor y la muerte, apunté la frase en una libretita para agregarla a mi colección de frases y de ideas semejantes —el amor tiene el

olor de la muerte, dijo Bataile, y Thomas Mann tuvo que recurrir al francés para hacer decir a su personaje: *le corps, l'amour, la mort, ces trois ne font qu'un*— y me despedí de la London Library y de su puerta de cristales biselados, y salí a la Plaza de Saint James con la esperanza de que ya se hubiera asomado el sol. Imposible. En Inglaterra el sol es una brillante excepción y en el invierno, si acaso una hipótesis deslumbrante. Estábamos, sin embargo, en verano. ¡En el día más largo del año! Pero ante esa sombría perspectiva, me guardé el libro en la bolsa, y me dije que para conocer el sentimiento trágico de la vida basta

vivir en Londres soñando siempre con un amanecer en el trópico. Le envié un beso a un cartel de Acapulco que me miró con sus ojos azules desde un escaparate de la Pan American, y entré a una tabaquería a comprar cigarrillos. ¡Lo caros que son en Londres, viejo! Pero a pesar de ello, fumé siempre como un condenado, y esa es la palabra exacta porque fumar, en nuestra época, parecería un pecado mortal. ¿Pero de qué sirve —le pregunté a un organillero — de qué sirve sacrificar tantos placeres, si no hay ninguna garantía de vivir? Porque si la vida no es un automóvil, la muerte, en cambio, sí puede ser un automóvil: cuidado, primo,

que en Londres se maneja por el lado izquierdo y nada hay más peligroso en el mundo que, recién desempacado del avión, atravesar Park Lane. Y además todo sucede tan rápido: un automóvil te mata en una décima de segundo; un cáncer, en una centésima de siglo. La vida es gratis, le dije a los tres peniques que me dieron de vuelta de los cigarrillos; la muerte, en cambio, cuesta un ojo de la cara, un hígado del tórax, una costilla del corazón, y volví sobre mis pasos para darle esos tres peniques, y dos más, al organillero: tanto gusto me dio en esos momentos y en pleno Londres escuchar el vals Sobre las Olas de Juventino Rosas. ¡Ah, no sabes lo

sentimental que se vuelve uno por esos rumbos! Se comienza siempre jurando que jamás nos conmoverá una canción ranchera o la relectura de la Suave Patria, y acaba uno gritándole a los ingleses no digamos que la Iglesia y el Estado están separados en México desde hace más de un siglo, o que nacionalizamos en 1938 los veneros de petróleo que nos dio el diablo, sino echándole en cara que si no fuera por nosotros no tendrían ni papas, ni tabaco, ni jitomate, ni chocolate. Lo que es fundamental, ni mariguana. Tarde o temprano uno acaba orgulloso de las mismas estupideces y de los cuchillos de jade del Museo Británico y de las

máscaras mexicanas del Museo Horniman. En la esquina de Charles II y Haymarket dejé un salivazo que contenía, además de unas estrellitas de menta microscópica, dos briznas de tabaco y quién sabe cuántos millones de animálculos, pues como dijo ¿quién lo dijo? más seres habitan en la boca de un hombre que hombres en el mundo. Y pensé que claro, esas cosas —me refiero a nuestros miembros y a nuestros órganos— sólo forman parte de nuestra vida, porque de algunas, si no de todas, se puede prescindir. No sólo Obregón perdió una mano y el capitán Ahab una pierna, sino que el tío Esteban vivió sin un pulmón y el general sin uno de sus

ojos. Hay también quien pierde los dos: no te imaginas la cantidad de ciegos que hay en Londres. Nunca he visto tantos. Nunca tantos ciegos dejaron de verme a mí. Te los encuentras por todas partes: en King's Road, en el Strand, en Petticoat Lane, con sus bastones larguísimos y blancos con los que casi, en venganza, les sacan los ojos a los niños. Puedo asegurarte que los ingleses quieren a los niños más de lo que cuentan las leyendas, pero menos de lo que uno piensa cuando deja de creer en esas leyendas. Ah, siempre me desperté en Londres con un mal sabor cotidiano y con un aliento a cobres encendidos y cloacas antiguas que me hacía perder a

todos mis amigos por las mañanas, y recuperarlos por las tardes, cuando los humos del café circulaban entre los naranjos. Miento: eso fue en París. En Londres nunca tomé café porque sabe a una mezcla de garbanzo y achicoria. A la tía Luisa le traje un mapa transparente de La Ciudad Luz, impreso en mica, para que lo ponga sobre un mapa de la ciudad de México y vea qué calles y qué bulevares y qué relojes coinciden. A ti, para que les descubras las entrañas, te traje varias reproducciones y entre ellas una de *La Baigneuse* de Rembrandt (a la cual Cabañes le diagnosticó una hernia) y otras de los frescos de Giotto: de aquella caridad sin caridad, aquella

envidia —para decirlo con las palabras de Proust— que parece una lámina de tratado de medicina que explicara la compresión de la glotis por un tumor de la lengua. Di vuelta por Orange Street y luego por Whitcomb rumbo a Leicester Square y le aseguré a un barrendero que desde luego, no hay quien pueda vivir sin corazón o sin hígado. O al menos, no todavía. Y sin cerebro, menos, le aseguré a una pareja que hacía cola para entrar al Odeón de Leicester. ¡Cómo vine en Londres! ¡No salía yo del National Film Theatre! Teatro también: el mejor del mundo. Pero decidirse, como yo aquella vez, entre ir a una obra de Ben Jonson o una de Shakespeare, es

como tratar de elegir entre Virgilio y Homero. Me compré un par de *hot-dogs* y me senté en una banca. También compré el Evening Standard para buscar un nuevo departamento sin esperanzas, por supuesto, de encontrar un lugar amplio, caliente y sólido donde no oyera los rechinos de la cama de la pareja de al lado. Eso no existe en Londres. A Estefanía le traje una postal de la Galería Nacional de Retratos, de la misma Florence Nightingale, tan inocente como se ve junto a su hermana Parthenope. En cuanto le di la primera mordida a la salchicha, comencé a desdecirme. Por supuesto que sí cuido a mi hígado, le dije a la salchicha (aunque

no acostumbro hablar con la boca llena). Pero lo cuido no porque lo quiera, sino porque le tengo miedo: yo no podría amar a mi hígado así creyera, como Galeno, que en él convergen todas las venas, o pensara como los hebreos y los armenios que es la sede del amor. Al tío Austin le traje una botella de whisky de malta. Pero uno nunca sabe, le dije a una paloma. Nunca sabe cuándo el hígado va a salir con una atrofia amarilla aguda o con una degeneración adiposa. Nunca. Por eso lo cuido. ¡Cuántas veces, cansado de mi hígado, lo he mandado al diablo y me he emborrachado hasta la inconsciencia! Pero al día siguiente de una borrachera me arrepiento y lo trato

con algodones y dejo de beber y le doy sus proteínas indispensables. Por razones semejantes, dije casi atragantándome con el *hot-dog*, me preocupó a veces de mi estómago y de mis pulmones, agregué aspirando el *smog* fresco y el olor de las pizzerías. Me chupé, a la inglesa, la salsa catchup que me quedó embarrada en los dedos. ¡Cómo se chupan los ingleses los dedos! Uno diría que para graduarse de cirujano y ganarse el título de Míster hay que aprender a chuparse los dedos después de hacer un examen rectal. A cambio de eso, primo, se pierden el placer de remojar el pan en el café. Comencé a comer el segundo *hot-dog*, le

di unas migajas a las palomas y les advertí que no porque cuide a mis órganos significa que me cuido a mí mismo, no: los cuido a ellos, porque sé que estoy en sus manos. O mejor dicho, estoy en sus lóbulos y en sus mucosas. Sé que son unos tiranos sagrados (el Generalísimo Hígado, el Rey San Páncreas, la Santísima Trinidad Aracnoides) que me prohíben algunos de los mejores placeres que tengo. Y claro, tú dirás que en todo caso —le aseguré a una paloma pechugona que se paró en la calva de William— no me los prohíben a mí, sino a mi lengua y a mi paladar. Y así es: también estoy a su merced. Ellos ordenan cuándo quiero comer, y qué

cosa. Ellos, junto con mis costillas y mis riñones, son los verdaderos dueños. Tan es así (le dije confidencialmente a una banca del parque), que han acabado por gustarme cosas como el pescado con patatas fritas: el famoso *fish and chips* que apesta a vinagre corriente, el *steak and kidney pie* que apesta a orines y desde luego, los *hot-dogs* que estaba comiendo, que apestaban a mostaza inglesa y me sabían a esos baños de pies que nos daba la tía Luisa cuando teníamos fiebre. Eso es lo malo de ser pobre. Sí, tuve suficiente dinero para ir a estudiar a Europa, pero una vez allí, fui siempre un estudiante indigente que nunca comió en el Claridge's. Nunca,

tampoco en el Simpson's y no por falta de corbata. Pero conocí en honor de Voronoff algunos macrobióticos y comí gelatina de angulas en el East End. Dejé las últimas migajas de recuerdo en Leicester Square, puse mis huesos unos encima de otros, y caminando tras mi nariz y seguido por mi espalda, me dije (con una voz que no reconocí como la mía) que ellos, todos, mis órganos y mis vísceras, conspiran contra mí cada instante de sus vidas. ¡No hay día, carajo, le grité a Marión Brando, que yo no me pregunte cuándo mi estómago va a comenzar a sabotear a mi digestión, cuándo el sistema linfático me va a declarar la guerra, cuándo los pulmones

van a comenzar a boicotear al corazón o cuándo el cerebro se va a declarar en huelga sin avisarme y lo que es peor, sin que yo me entere jamás! ¡Nuestro organismo —agregué— está sometido a un régimen industrial donde la individualidad tiene que ser defendida por la misma sociedad a la que termina por destruir! Por eso a veces, como esa bendita tarde en Londres, primo, me siento vencido ya y me refugio en el último rincón de mí mismo, en el más pequeño y lejano de todos los rincones, y me pongo en cuclillas, con los ojos cerrados, a esperar la llegada de los fantasmas y me pregunto cuál de ellos va a llegar primero: si el carcinoma

bronquial con su cortejo de silbidos, o la diabetes mellitus con sus túnicas de sangre dulce. Porque sé que a la larga o a la corta ellos, los órganos de mi cuerpo, van a triunfar, van a acabar conmigo. Vi, en Londres, todo el cine de horror que se ha filmado. Nunca, sin embargo, puedes estar solo, en el centro total de ti mismo, le dije al doctor Caligari. Ya Fichte afirmaba que la autoconciencia pura, en la cual el *Yo* sería completamente transparente para sí mismo, es un ideal inalcanzable, le aseguré a Drácula, y el *Dasein* no existe sino en su referencia esencial con una exterioridad que es el mundo, le dije a Boris Karlof. Y sabía junto con Hume,

primero, que cuando uno trata de sumergirse en la intimidad más profunda de uno mismo, siempre se encuentra uno con alguna percepción de calor o de frío, de luz o de sombra, de amor o de odio, de dolor o de placer. ¡Nunca he sido yo sin mis manos, le dije a Orlac! Nunca mi nariz ha sido ella sin mí, pensé, recordando un cuento de Gogol, y entonces sentí calor, primero, y sentí frío también a pesar de ser verano. Pero qué digo: ¿verano?, el verano pasa cuatro o cinco días al año en Londres y después se va porque no le gusta el clima. Y sentí amor por mí mismo y odio. Y sentí, sobre todo, que estaba yo tan solo, allí, en medio de Leicester Square y tan a la

intemperie y tan inerme, que hubiera querido llorar a puntapiés, emparedar el bullicio del mundo y regurgitar perversiones. A falta, sin embargo, de meterme en mi propia alma, me refugié en una cabina telefónica, saqué de mi bolsillo una moneda de dos peniques y marqué el servicio de información turística en español para escuchar una voz en mi propio idioma, y mientras la voz hablaba del cambio de guardia, de la última obra de John Osborne, del sepulcro del Duque de Clarence, del concierto de los Rolling Stones, de la feria de flores de Chelsea y de las tiendas de ropa de Knightsbridge, les grité a mis órganos por teléfono que si

bien no tenía yo el poder para alquilar mi hígado, para demandar a mi estómago, para correr a patadas a mi corazón o divorciarme de mi cerebro, tendría el placer y el consuelo de arrastrarlos a todos ellos a la tumba, ¿me oyen?, porque jamás, ¿me oyen?, jamás les daré gusto de dejarlos vivos, sentados frente a su tienda y esperando que pase el cadáver de su enemigo. ¡No, no —repetí— nunca les daré el gusto de dejarlos vivos y rebosantes de salud mientras yo me pudro! En la London Library redescubrí a Hermann Broch y a Virgilio agonizante que piensa en la vida separada de sus manos y en los distritos y provincias de su cuerpo y en la

criatura indivisible que es el hombre y sin embargo dividida en un número infinito de partes individuales a cada una de las cuales corresponde una idea, como quiere Spinoza. Pero en ninguna de esas partes encontré, jamás el alma donde quería meterme, ese capullo tornasolado del cual saldría el alma algún día transformada en una mariposa de alas pulidas, llenas de encajes y de espumas. Y la busqué desesperado, como el doctor Lucio Negri, en el nudo vital de Fluorens, en el bulbo raquídeo y en la glándula pineal y en toda la extensión del cerebro, que según Cantor sería una extensión infinita (pero que se convierte en nada, en cero, cuando te

pasa un tanque por la cabeza). Yo, primo, que también y al igual que los colegas del médico argentino, tuve más miedo de encontrarla que de no encontrarla. El mismo miedo, el mismo pavor que sienten todos, aun los más creyentes en una vida ultraterrenal, de que se les aparezca un muerto. Y sin embargo, sin embargo, primo, dejé muchos pedazos de mi alma en Londres. Los dejé en los jardines del Embankment. Los dejé en Soho, en Aldwych, en Forest Hill, en London Bridge. Los dejé en el puente de Westminster cuantas veces lo crucé al amanecer: las campanadas del Big Ben, viejo, demoran todo su esplendor para

las seis de la mañana, y vuelan por la ciudad, vuelan y acarician el bronce hermano de las estatuas: el conjunto de Rodin de los Jardines del Parlamento, la escultura de Moore frente al Vauxhall. Pero como te imaginarás, mis órganos no me contestaron: el diálogo trovadoresco entre los sesos y el corazón escrito por el Marqués de Santillana sólo existe en la literatura, y ya para entonces la voz había acabado su larguísima relación de información turística y había comenzado a hablar otra vez de lo mismo: del cambio de guardia, de la última obra de Osborne, del sepulcro de Jack El Destripador, etc., etc., así que le di las gracias en

español y salí de la caseta telefónica, tratando de recordar si había sido Henry Miller el que dijo que vivir en un país donde se escucha todos los días una lengua extranjera, lo vuelve a uno más consciente de ciertos matices del propio idioma que uno jamás imaginó. No sabes el escalofrío que sentí una vez, caminando por uno de los sombríos puentes de Londres, el Blackfriars Bridge —su nombre por cierto es mucho más impresionante en español: el Puente de los Frailes Negros— cuando al escuchar los gritos de unas aves me vinieron a la memoria, de pronto, aquellos versos de Góngora que dicen: «infame turba de nocturnas aves,

gimiendo tristes y volando graves». No hay puentes más bellos que los de París, por supuesto. Pero en Londres hay uno, el Puente de Waterloo, que tiene la vista más hermosa del mundo. Hablo como siempre de paisajes urbanos, no de escenarios naturales. Desde allí, Monet pintó Charing Cross y los edificios del Parlamento a todas horas del día. Desde ese mismo Turner, además de descubrir la pintura abstracta, inventó la luz amarilla de los atardeceres invernales de Londres, aunque no fuera sino para justificar lo que años después diría Wilde en su ensayo sobre la decadencia de la mentira, cuando afirmó que la niebla de esa ciudad no existía hasta que

fue inventada por los escritores y los pintores. ¡Me reí tanto, cuando alguien me dijo que Turner había pintado así porque ya no veía bien! Pero la risa no me duró mucho tiempo. Pensé en la locura de Góngora, en la locura de Parmigianino, en la de Nietzsche y Nerval y en la de tantos otros, y pensé nuevamente —como aquel vez que estábamos en La Española, te acuerdas — en el grado en que dependen todas nuestras actitudes mentales de nuestras condiciones físicas. Yo, por ejemplo, me pongo de un humor de perros cuando tengo hambre. Estefanía, cuando tiene la regla. Y etcétera. Ya no te hablaré nunca más de electrochoques y lobotomías —

me juré a mí mismo—, ya no mencionaré nada de los nirvanas electrónicos y el electrosexo que se logrará algún día con el estímulo eléctrico del centro del placer; ya no te voy a hablar —te juré desde allí, desde el Puente de Waterloo, primo—, de la acción de los atarácicos, los tranquilizantes, los alucinógenos y los energizantes, y del animal sódico que nos hace hablar de cosas de las que jamás hablaríamos cuando estamos despiertos; ya no te voy a hablar de las drogas que revivirán la memoria de los ancianos y harán olvidar a los jóvenes y de las drogas antimotines que serán empleadas contra los revolucionarios del futuro. Nunca, nunca más te hablare

de esto, primo, a menos que me salga una protuberancia en la zona de la repetitividad. ¡Nunca! dije, pero eso no obsta para que no me siga rebelando con toda mi alma y todas mis neuronas contra el hecho de que ser peores o mejores, más inteligentes o más tontos, más valientes o más cobardes, más talentosos o más ineptos, depende nada más y nada menos que de nuestro cuerpo y su intercambio material con el mundo que lo rodea. Casi me pareció divertido admitir la posibilidad de que Jorge III haya perdido prematuramente las colonias británicas de América debido a la porfiria que padecía; casi también que Robert Walpole cambiara de ideas

políticas según aumentaban o disminuían las molestias que le causaban las piedras que tenía en la vejiga. Más me divirtió pensar que el destino de Francia hubiera dependido nada menos que del estreñimiento de Napoleón Bonaparte, y pensé que quizás desde entonces comenzó a definirse el carácter estreñado de los franceses y que por eso y como compensación, los herederos de la libertad, la igualdad y la fraternidad son tan afectos a las trompetillas y a la palabra *mierda* (¡cómo recordé a la tía Luisa estudiando francés en el jardín de la casa, y al abuelo burlándose de ella sin que la tía se enterara! ¿Te acuerdas? *Madame Legrand vient de voir sa mere,*

decía ella, y el abuelo: *Merde!* y la tía: *Madame Legrand vient de voir sa merde*). Pero aquí acaba lo cómico: aceptar la posibilidad de que Turner descubrió la luz amarilla de Londres porque sufrió una alteración en las pupilas, de que Constable le debía su originalidad a un daltonismo parcial, el Greco a su astigmatismo o Monet a sus cataratas, no me hace maldita gracia. Munch tenía, también, una sombra de pájaro en los ojos. Y de Munch te traje una reproducción de una muerte con una mujer desnuda. Pero en este caso, están enamoradas una de la otra, se trata de un idilio: el amor y la muerte son la misma cosa, dijo también Mirbeau. Más

optimista, porque después de todo no estaba yo en el Puente de Waterloo una tarde amarilla de invierno, sino que caminaba por Leicester Square un día de verano —sin sol, es verdad, pero al fin y al cabo un largo día de verano—, y sin preocuparme ya tanto por recuperar las delicias de un idioma viril y translúcido que se me deshacía como copos de nieve vieja, mi cerebro decidió que todo ese cuerpo que según Edison no sirve sino para llevarlo a él —el cerebro— de un lado a otro, se encaminara por Irving Street hacia el sur. Y no sé si Malebranche tenía razón. No sé si nuestras piernas nos mueven a nosotros o nosotros a nuestras piernas (o Dios a

nuestra voluntad y a nuestras piernas) pero el caso es que nosotros tres nos encaminamos hacia la Plaza de Trafalgar y entonces recordé, qué coincidencia, que allí mismo, en esa calle, algún estudiante estúpido de esos que se especializan en literatura latinoamericana y saben más de Manuel Payno de lo que jamás sabremos nosotros de Alexander Pope, me dijo: Así que vive usted en el exilio, y yo le contesté: No señor: vivo en Londres, y para ser más exactos, en Irving Street. ¿Cómo? ¿En esta misma calle? ¿En qué número?, me preguntó. Y yo le dije: En el número siete, que es la talla de mi calzado. Y me fui. Es decir, nos fuimos

yo y todos mis miembros y órganos (que para entonces éramos ya una multitud) con nuestra casa y nuestra patria y nuestro mundo auestas, como el caracol.

¿Dónde estabas tú entonces, primo?
¿Dónde, mientras yo pasaba frente a la Galería Nacional de Arte de Londres?
¿Caminabas por la Escuela de Medicina y soñabas que eras Dandy en Baltimore, atreviéndose a penetrar el tercer ventrículo cerebral? ¿Pasabas bajo la placa dedicada a Rafael Lucio? ¿O junto al monumento del doctor Carmona y Valle, rodeado de sus cuatro lechuzas

sabias? ¿O leías El Testamento de un Cirujano y aspirabas a ser Humanus para triunfar sobre Nimbus? ¿O contemplabas los escaparates de instrumentos y aparatos de laboratorio, y fascinado no tanto por lo que podías hacer con ellos, sino por los nombres que los designan, por la magia de esas palabras cargadas de misterio y exotismo? Ah, primo, yo también me enamoré de las palabras, y a su conjuro, cuando tuve mis primeras clases de laboratorio en la preparatoria, se agregó la magia de las formas y los colores: los globos de vidrio de Jena, los crisoles de níquel y los serpentines, los tubos de decantación y las retortas que parecían

pipas para gigantes gordos y transparentes. Al abuelo y sus amigos, para hacer más mexicana su cultura (o más culta su mexicanidad) les tengo que recordar, ya que mencioné a Hans Castorp... Lo mencioné, ¿verdad?, que la siniestra y silenciosa y luctuosa figura que contempla en la primera mañana de su estancia en las montañas, la señora *Tous-les-Deux* (y que si algo simboliza es la muerte que ronda por el Sanatorio Berghof) era una mexicana. Y también que es en la ciudad de México donde sucede el cuento de Papini en el que un hombre se le acerca a Gog para proponerle la *morte ai morti* (la muerte a los muertos). Ah, querido Palinuro: yo

subí hasta la cumbre de la mismísima torre oeste de la Universidad de Glasgow, y desde allí, con los ojos ahogados en otros cielos, desde allí, te juro, cuando contemplé esa negra y lúgubre ciudad, pensé más en el rastro húmedo de Cernuda que en Líster, y me apiadé del poeta y de los muertos que se olvidan unos a otros y lloré lágrimas de hollín que engrosaron las aguas del Clyde, plateadas de frío. De los astilleros del Clyde, me dije, debió partir algún día el Rattlesnake del que fuera cirujano oficial el ilustre doctor Thomas Henry Huxley. Pero nunca fui, ni seré, ninguno de los Huxley, aunque tuve el privilegio, como te digo, de ser

socio de la misma biblioteca que frecuentaban Lytton Strachey y personajes como Sprandell o el frustrado escritor Philip Quarles que le concedía al novelista el privilegio de considerar a su gusto todos los aspectos de sus tramas o sus historias desde cualquier punto de vista imaginable, incluyendo el fisiológico y el fisicoquímico. Y mientras bajaba las tortuosas y oscuras escaleras de la torre de la Universidad de Glasgow pensé en los capítulos del Ulises, cada uno dedicado a un órgano distinto, y pensé en Borges («No es inconcebible una historia de los sueños de un hombre; otra, de los órganos de su cuerpo...») y

pensé en Henry James que afirmaba que toda novela debía ser como un organismo viviente, único y continuo, y me prometí que ese libro que yo iba a escribir alguna vez sería tan enfermizo, frágil y defectuoso como el organismo humano, pero a la vez, si era posible (aunque es imposible) tan complicado y magnífico, dije, mientras yo y mis cien mil kilómetros de tubería sanguínea bajábamos de dos en dos la escalera de caracol de la torre, pero no será, me dije (me repetí hasta el cansancio) no será un libro con una piel apolínea, con una piel lisa y blanca y suave como la piel de Ofelia que corra un velo estético sobre la realidad, no: será un libro

descarnado, dije saliendo a las calles de Glasgow, un libro dionisiaco que afirme triunfalmente la vida con toda su oscuridad y su horror. Aunque la verdad es que estaba yo en Londres y no en Glasgow cuando recordé que Bretón dijo que el surrealismo es una sociedad secreta que conduce a la muerte, y que México (eso lo dijo en otra ocasión), era el país más surrealista de la tierra. El general me verá con un ojo agradecido cuando se lo cuente. ¡Todo el mundo en Europa conoce las calaveras de Posada! grité, cuando vi la muerte de Daumier tocando la trompeta, y la muerte cabalgando de Della Bella con su sombrero de plumas al aire, y las

muertes luchando con señoras gordas y flacas como la de Hans Baldung y la de Niklaus Deutsch y tantas otras que no estaban, Palinuro, en el consultorio del homeópata al que te llevaba cada quince días la tía Clementina. Y en fin, podría darte toda una lista de nombres de cuadros que no tendría más sentido que el horizontal. Y aunque la horizontalidad pertenece por excelencia al reino de la muerte, cambiaré de tema, dije, saliendo de la Galería Nacional de Arte, y saliendo del Louvre, del Prado y de cuanto museo y galería visité en los Estados Unidos y Europa: no sólo de muerte vive el hombre. Pero la razón por la que no visité ese día la Galería

Nacional de Retratos que está a la vuelta, fue otra: por mucho que hagas cola, me dije, nunca entrarás en ella, Joshua Reynolds no pintará tu retrato como pintó el de Hunter, y el rey Jorge IV no te nombrará baronet por quitarle un quiste sebáceo, como nombró a Cooper. En la escalinata de la galería vi que se me había roto la uña del pulgar, la arranqué con los dientes y la dejé allí de recuerdo. ¡Nunca he visto a nadie, como los ingleses, que se muerdan tanto las uñas! Cruce Saint Martin's Place, vi que faltaban cuarenta minutos para el concierto de mediodía, y tomé por William IV y luego por Chandos Place, y de pronto (iba yo ensimismado y no

recuerdo dónde, si en una callecita o callejón, si en Floral Street o Maiden Lane, qué se yo) allí me tienes, frente a un escaparate que contenía todos los instrumentos y los gusanos de vidrio donde había nacido el arte angélico de las transmutaciones y los bebedizos y los filtros y donde Teofrasto y Nicolás Flamel y todos los alquimistas de la *ruelle de l'or* consumieron su cerebro y sus ilusiones, sin faltar, claro, las alargaderas y los sifones, y los tubos de Erlenmeyer y tantas otras cosas que me trajeron a la memoria el espíritu del hidrógeno encerrado como un genio en un tubo de Plücker y los baloncitos con fosfamina de los que se desprendían al

calentarlos (¡ah, qué tiempos aquellos!) humos blancos que producían anillos ensortijados y hermosísimos que se ensanchaban y ascendían en el aire y nos hacían pensar —me hicieron pensar a mí, al menos— en la posibilidad de instalar un día una fábrica de aureolas. Hice un anillo de humo con mi cigarrillo, mucho más humilde e imperfecto, y al verme allí, reflejado en el escaparate, imagen de una imagen como diría Plotino, Cratilo ante Cratilo sin saber quién era el Walter de carne y hueso y quién el de carne y vidrio, no sólo confirmé por la enésima vez que más que primos, Palinuro, somos gemelos, los Pileati Frates con las

cabezas coronadas por fuegos fatuos, sino que además me di cuenta que para ti y para mí, desde que éramos muchachos y estudiábamos prácticas de laboratorio, la trementina de Venecia tenía todo el prestigio de los palacios helados y las lluvias de luz y sombra de Canaletto, y las puntas de París, por el solo hecho de llamarse así, se incendiaban al sumergirse en una botella tibia de Beaujolais. Al primo Walter (o sea a mí) le traje varias botellas de vino francés. Pero de precios módicos, qué le vamos a hacer. Aunque ganas no me faltaron, te juro, de comprar allí mismo un alambique para destilar mi propio whisky que en Londres también es

carísimo. Me limité a echar una bocanada de aliento en el vidrio del escaparate, y en la empañadura puse la W de mi nombre. Pero te dije alguna vez, si mal no recuerdo, que si tú te tragas las palabras y yo las escupo, es porque estamos condenados a brillar alternativamente, como Cástor y Pólux. Así que quizás, para que tú vivas, es necesario que yo muera. Hablo de una muerte simbólica. No quiero morir tan joven, y esa es una de las razones por las que me salí de Londres. A esa ciudad, hermano, todo el mundo va a morir: Freud, Nijinski, Simone Weil, ¡tantos otros! En fin, que no esperarás que quien no tuvo dinero para comprar

una botella de Mouton Rothschild en una subasta de Sotheby's, un icono en la galería de María Andipa o un diván Victoriano en Prides of London, te herede algo más que un chaleco. Pero te traje un precioso catálogo de Letraset que me reglaron en Gerrard Street. Por cierto, la maldita mancha de caracoles de La Española no se le quitó a mi chaleco jamás y eso casi cambió el curso de mi vida, o cuando menos mi actitud mímica y prácticamente lúdica, porque no puedo desabrocharme el saco sin llevarme la mano al corazón para ocultar la mancha. Cualquiera diría que habría que aplicarle la reacción de Adler que produce una coloración Azul

de Prusia intensa que denuncia la presencia de sangre. Pero no, todavía no me he pegado un tiro en el corazón aunque me gustaría elegir el espesor de mi muerte, y me interesó la lectura del Biathanatos de John Donne y me condolí, cuando caminaba por Londres, de los pobres suicidas que eran enterrados bajo el pavimento. Todavía los ingleses consideran el suicidio como un crimen. «¡Cuidado: si se mata, lo metemos a la cárcel!» Sylvia Path también murió en Londres, y me imagino que debe estar enterrada, con los tobillos roídos, junto con un ratón y una musaraña. Tampoco en Inglaterra eres dueño legal de tu cuerpo cuando estás

muerto, lo cual me parece más lógico, aunque si deseas legarlo a la ciencia tienes que escribirle al H. M. Inspector de no sé cuántos, a la Alexander Fleming House. Si es sólo tu corazón el que quieres dejar, tienes que enviarlo — es decir: tendrán que enviarlo— al National Heart Hospital. En fin, que decidí que ya era hora de echarme una buena pinta de cerveza, envié la mitad de mi corazón rumbo a Westmoreland Street, la otra mitad rumbo al Instituto de Cardiología de México, me despedí de los serpentines y los matraces, me di media vuelta y emprendí la marcha de nuevo con la energía rodante de un escarabajo: como Sísifo, primo, y

durante cada día, tengo que cargar a
cuestas una enorme piedra: pero la voy
labrando en el camino para que siempre
sea distinta a la del día anterior. Pero
bueno, me dije, levantarse es preciso,
desayunar no lo es; acobardarse es
preciso, escribirle a los amigos
tampoco; ponerse la corbata es a veces
necesario, ponerse trágico no lo es;
hablar es preciso, callar también, la
muerte es hereditaria, la esterilidad no
lo es. Y pensé que no siendo yo Julio
César que le heredó a sus súbditos sus
jardines y sus ciudades, podría en
cambio heredarte el planeta entero con
todos sus océanos y paisajes naturales
—a ti que tanto te gustan—, sin

olvidarme de los trebolares sin suerte y de los volcanes sumisos a la leyenda y a la historia. Pero si quieres, también te puedo dejar mis recuerdos de Europa y mis paseos por Londres y mis visitas semanales a Dobell's donde siempre logré escuchar diez discos gratis por cada uno que dejaba apartado pero que casi nunca compraba. En fin, que para que tú brilles en mi ausencia, tendré que darte algún día mi chaleco, el mismo que la tía Luisa hizo con los sobrantes de la colcha de retazos que te cubrió, Palinuro, cuando te dio el sarampión y cuando te operaron de las amígdalas. Pero no quiero que, con mi chaleco, heredes mis ilusiones —te dije mientras

me encaminaba al Shaftesbury a tomarme la cerveza y recordé, nostálgico, los tiempos en que íbamos a los cabarets de la colonia Guerrero, y leíamos poemas de Manuel M. Flores y El Brindis del Bohemio, y nos bebíamos cartones enteros de cerveza y acabábamos subidos en los semáforos hablándonos de tú con la luz verde. ¡Qué tiempos aquéllos! Tú estabas seguro que algún día le darías tu nombre a una enfermedad desconocida, a una operación nueva, a un síntoma original. Lo único que tuvo que hacer Von Helmholtz, le dije a la putita que me acompañaba —eso fue hace años, primo, hace siglos, en el cabaret Barba

Azul—, fue idear el oftalmoscopio que le permitió observar el fondo del ojo vivo, para que desde entonces la fama lo viera con buenos ojos. Le di un buen trago a la cerveza, encendí otro Rothmans (sólo en París fumé Gauloises, como los personajes de Cortázar) y tú le dijiste a tu muchacha respectiva: a Farabeuf, para poner otro ejemplo, le fue suficiente inventar la pelvitomía, para eternizarse en un instante. Y como era de esperarse, cuando metí la mano en la bolsa del abrigo para pagar la cerveza me acordé que además del libro de Unamuno todavía llevaba conmigo, por así decirlo, la mano del general Obregón,

que fue de lo primero que comencé a hablarte. ¡Tanto que criticaba yo a la tía Enriqueta por comenzar hablando de una cosa y después irse por las ramas y por las ramas de las ramas hasta que todos sus oyentes se perdían menos ella, que regresaba siempre al tema del principio, guiada por su maravilloso instinto de conversación! En fin, que caminando hacia la Plaza de Trafalgar y pensando en la mutilación progresiva en la que eran maestros los hombres del pequeño trabajo o *hsiao kuung de ren* citados no por Farabeuf sino *en* Farabeuf, y pensando en el hombre de hojalata del Mago de Oz, en la gangrena simétrica de las extremidades, y en operaciones

modernas como la horrible hemicorporectomía y en todas las posibilidades futuras del cyborg —el monstruo mitad hombre y mitad máquina — le pregunté a uno de los leones esculpidos por el benemérito Landseer cuándo creía él (el león) que, físicamente hablando, uno comenzaba a dejar de ser uno mismo: ¿cuando le cortan a uno una pierna, o cuando le cortan la melena? ¿Cuando le cortan un brazo o cuando le cortan la piel para usarla de alfombra en un club de Northumberland Street? ¿O cuando le cortan el segundo brazo después de haberle amputado las dos piernas y la cola? Y por asociación de ideas, me

acordé de una anécdota muy divertida que me contaron en el lugar más inapropiado del mundo: estábamos en Surrey, y habíamos caminado toda la mañana desde el castillo rojo de Farnham rumbo a Moor Park (donde Swift encontró a su querida estrella matutina) y habíamos cruzado prados húmedos y bosques caducos donde florecían la menta pratense y las anémonas y recorrido caminos campestres rodeados de celidonias amarillas, y de pronto uno de mis amigos, un argentino, me dijo que cuando Valle-Inclán estaba en México, Obregón lo invitó a una corrida de toros, o a una obra de teatro, da lo mismo, y al

final Valle-Inclán que también era manco, le dijo a Obregón: general, présteme su mano para aplaudir. Fue algo muy surrealista, como si de pronto se apareciera en el Parque de Windsor la banda de los guardias de la reina tocando la Marcha de Zacatecas. También recogí moras en el camino a Langford Court, cuando el sol comienza a destilar el vino de los dandeliones. Y es que desde que salí de México y pasé un invierno en un pueblito norteamericano, primo, comencé a vivir dentro de tarjetas postales. Al tío Austin le traje —y no me preguntes por qué a él le traje más cosas que a ninguno: después de todo él es inglés y hace

mucho tiempo que salió de su tierra— le traje, te digo, un montón de tarjetas postales, y entre ellas una de la Plaza de Trafalgar donde estaba yo en esos momentos, y por cierto debajo de otro famoso manco: el almirante Nelson, y no por casualidad sino porque me había dirigido a su monumento con toda premeditación y alevosía. Por puro juego nada más (el almirante nunca me hizo nada, aunque desde que vi el retrato de la hermosísima Lady Hamilton pintado por Rommey me dieron ganas de robarlo y escribir un cuento a propósito), alcé mi paraguas como si fuera un fusil, le apunté a su único ojo que desde lo alto de la columna

contemplaba las costas de Calais, y ¡pum! No, no me escupió ningún huesito de ciruela, pero a cambio me envió con una paloma un mensaje bastante expresivo: nada menos que una caca líquida que me nubló el cristal derecho de mis anteojos, incorporándome así al reino de los tuertos. Lavé los anteojos en una de las fuentes de la misma plaza de Trafalgar donde cada treinta y uno de diciembre se bañan algunos ingleses locos —y digo locos porque los otros no se bañan nunca a pesar de que es el único país que tiene una Orden del Baño — y me metí en Saint Martin in the Fields para escuchar un concierto de mediodía. Haendel también murió en

Londres. He aquí, pues —me dije—, el origen del horror que producen los mutilados, a lo que se agrega la conciencia de nuestros límites y nuestra divisibilidad y por supuesto, el atentado contra la simetría sagrada, pero no sólo la doble simetría triangular de la que habla Thomas Mann: la formada por los dos ojos y la boca, y la simetría peluda formada por las dos axilas y el pubis. No, hay que agregarle los dos brazos y las dos piernas. Especialmente las dos piernas, ya que había llegado tarde al concierto y tuve que permanecer de pie y de pronto comenzaron a dolerme. Porque, si uno *no* deja de ser uno mismo cuando le cortan las piernas, ¿para qué,

entonces, tenemos piernas? ¿nada más que para caminar y jugar fútbol, o en mi caso nada más que para caminar, porque jamás he jugado fútbol ni corrido en ningún maratón? Y como no podía yo estar allí todo el tiempo de pie, aunque estuvieran tocando el Aleluya (que además no era el caso) salí de nuevo a la calle. Había dejado de llover y me encaminé a una tienda china para comprar unos chiles en vinagre y una lata de abulón (de vez en cuando me podía dar uno que otro lujo y ese día con sobrada razón porque si no te lo he dicho todavía era nada menos que mi cumpleaños) y como de costumbre me perdí y me vi de pronto ante una librería

especializada en ocultismo. ¡Cómo han proliferado, hermano! Antes la magia era el privilegio de unos cuantos iniciados. Ahora, ¿qué nos han dejado? Hubo un tiempo en que el agua regia que contenían las navecillas de los laboratorios, no tenía para mí ninguna relación con los ácidos que la forman y sí con el agua de la fuente de un palacio donde una princesa, inmensamente vieja y con los pechos carcomidos como la amante de Raimundo Lulio, había deslavado el oro de sus cabellos. Hubo un tiempo en que para mí, los vapores rojos y venenosos que se desprenden de las virutas de cobre bañadas con ácido cítrico, tenían más relación con la Magia

Roja y el Gran Grimorio que sirve para invocar a los espíritus infernales que la relación que podían tener con una simple y limitada reacción química. Pero madame Blavatsky también murió en Londres.

En Londres no hay cafés al aire libre, ni al aire no-libre: o vas a un pub, o vas a otro pub. Pero casi todos son una maravilla. Este segundo al que fui, tenía reproducciones en madera, soberbias, de los animales clásicos como el Unicornio de Escocia, el León de Inglaterra, el Halcón de Plantagenet, el Galgo Blanco de Richmond y el Dragón

Rojo de Gales, y esa tarde estaba lleno de escoceses que precisamente habían ido a Londres a ver un partido de fútbol entre los Queen Rangers y el Heart of Midlothian: pedí una pinta de *brown-ale* (la cerveza inglesa tibia es mejor que lo que se cree fuera de Inglaterra, pero peor de lo que uno piensa cuando se acostumbra a ella), y saqué el libro de Unamuno de la bolsa de mi abrigo, pero un escocés borracho de nariz roja comenzó a preguntarme de dónde era, y cuando le dije que de México insistió en brindar a la salud de todos los mexicanos, a pesar de que no estaba seguro si México era una provincia de los Estados Unidos o una isla, pero

había oído hablar de que se iban a celebrar allí unas Olimpiadas o que se habían celebrado alguna vez, daba lo mismo, ¡salud, me dijo, *cheers!* y yo, fiel a mis obsesiones insistí en que no teníamos por qué ser como somos, pudiendo haber sido como los habitantes de la luna que según Boucher de Perthes tienen sólo un brazo, una pierna y ninguna nariz, pero el escocés pensó que estaba yo hablando de los mutilados de la guerra, y me explicó que él había participado en la conquista de Renania Occidental pero no le gustaban los vinos del Rin, y cada loco con su tema, yo le pregunté al escocés y le pregunté al Toro Negro de Clarence por qué

nuestros sexos no podían ser geométricos como los de los habitantes del país imaginario inventado por Diderot en *Les Bijoux Indiscrets*, y le mencioné que según William Tenn en *Venus* en lugar de dos sexos, hay siete. ¿Se imagina usted, le dije, qué tantas combinaciones de tragedias griegas podrían hacerse con siete sexos? Pero me di cuenta, por la mirada que me echó el escocés, que podía interpretar mis palabras como una alusión sexual equívoca y pensar que yo era de esos que se acostaban con una escoba con faldas, así que lo dejé seguir hablando de Montgomery —yo creía saber algo de historia de Europa, viejo, y me di cuenta

que no sabía nada. ¿Pero qué me importaba? La historia del mundo se remonta a nuestros recuerdos más lejanos: lo demás es pura fábula—. Por cierto, al tío Esteban le traje un librito de la medicina y la cirugía de la primera guerra que seguro le va a encantar y le recordará cuando hacía el amor con la polaca, en las trincheras llenas de lodo y piojos, y entre los resplandores de los Big Bertha ¿O los Big Bertha son de la segunda guerra?, le pregunté al escocés, pero él no me contestó, siguió hablando de Monty (como le decía cariñosamente a Montgomery) y mientras tanto le aseguré una vez más que yo no era sudamericano, que se llama Sudamérica

sólo a la parte sur de América, que los Estados Unidos nos habían robado todo, incluyendo el nombre del continente, que —le insistí— es América desde Alaska a la Tierra del Fuego y que su error era semejante al que cometemos nosotros cuando le damos el nombre de Inglaterra a toda la isla, incluyendo a Gales y a Escocia. Esto no me lo perdonó hasta que no le invité a una pinta de cerveza y le di diez peniques para que apostara en favor del Midlothian a mi nombre, y una estampilla postal para que me enviara el recibo a la casa. Nos despedimos de todos modos como buenos amigos, le dije adiós también al Caballo Blanco de Hánnover, y sólo hasta que salí a la

calle, maldito escocés, pude hojear de nuevo Del Sentimiento Trágico de la Vida, y cuando me enteré que el hombre es un animal guarda-muertos, casi tomo el metro a Highgate para llevarle un ramo de geranios rojos al autor de El Capital. Porque no sólo Carlos Marx murió en Londres, viejo, sino también la revolución proletaria internacional. No tengo ni idea si Engels murió allí o en Manchester, aunque sé que sus cenizas, porque así lo quiso, fueron esparcidas en las playas de Eastbourne, donde pasó algunas temporadas con Marx. ¡Como si las playas inglesas no fueran ya lo suficientemente inhóspitas! Pero recordé que tenía que comprar unos boletos para

Tosca, así que me encaminé mejor a Covent Garden. Seguía lloviendo. Siempre llueve, como te digo, pero no a cántaros como en México sino que es un chipichipi interminable, jamás un aguacero, y supongo que ésa fue la razón por la cual César Vallejo no se fue a morir a Londres. Y claro, comenzaron a darme ganas de orinar de nuevo, y ya no podía regresar al pub porque lo habían cerrado. La ciudad está llena de escusados públicos, uno no se puede quejar. Incluso la batalla que le dio la gloria a Wellington y que bautiza no sólo al puente sino además a la estación de ferrocarril de Waterloo, ahora quiere decir algo así como el «escusado del

agua». Eso es lo que sucede cuando uno aprende inglés y algunas palabras comienzan a perder su magia, y uno se da cuenta que Liverpool es algo así como la «alberca del hígado» y Beefeaters no quiere decir otra cosa, ni quiso decir nunca, que «comedores de carne de vaca» (o de bife como dicen los argentinos). Pero claro, no encontré ningún escusado en esos momentos, y pensé que uno podría satisfacer sus necesidades fisiológicas en cualquier parte y sin cometer un atentado al pudor si se pudiera orinar, por ejemplo, con los dientes. ¡Carajo —le grité a un comedor de bife que me veía desde la etiqueta de una botella de ginebra—,

carajo, uno debería orinar con los dientes, ver con las rodillas, digerir con los pulmones, respirar por el dedo gordo, pensar con la nariz, fabricar azúcar con los testículos y reírse con la trompa de Eustaquio! ¡Uno debía hacer todo con todo, para ser uno solo, completo y de verdad! Y seguí caminando y observando mi mano, asombrado de su existencia, y una vez más me pregunté cuándo comenzó a ser suya la mano del general Obregón: ¿Cuándo tuvo conciencia de ella y empezó a moverla? ¿O cuándo tuvo que ganarse la vida con las manos trabajando en el molino harinero? Levanté mi mano y señalé hacia la

izquierda: me fui por Chandos Street. Y en todo caso, me pregunté: ¿cuándo dejó de ser suya? ¿Acaso cuando la perdió, en Celaya? ¿O siguió siendo suya cuando la guardó en un frasco de fenol? Volteé hacia la izquierda por Southampton procurando no ocupar demasiado espacio interplantario, siguiendo siempre a mi mano que me arrastraba, implacable, por los vericuetos de Soho. ¡Qué ciudad tan enredada! Las calles te danzan, como arabescos, en medio de la frente. No en balde Unwin en la historia de Abenjacán el Bojarí le dice a Dunraven que para quien verdaderamente quiere ocultarse, Londres es mejor laberinto que un

mirador al que condujeran todos los corredores de un edificio. Y no hace sino unos días, un amigo comentaba que los ingleses se perdieron la oportunidad de construir una ciudad racional después del Gran Incendio, si le hubieran hecho caso a Wren. A pesar de mi respeto por éste y otros arquitectos ingleses, o semi-ingleses, como Inigo Jones, en cuanto llegué a Covent Garden y vislumbré la iglesia de San Pablo —no confundir con la catedral que fue construida por el otro, por Sir Christopher— me dije: he aquí el lugar ideal para vaciar mi vejiga. ¿Mi vejiga? Curioso que cuando la gente va a ver la mano del general Obregón nunca se refiere a la mano que *era* o que

fue de él, sino a la que *es* ¿Cómo puede ser nada propiedad de alguien que ya no existe? ¿Cómo es posible, por ejemplo, que los periódicos digan «el cadáver del estudiante fue encontrado en una zanja», si ya no existe el estudiante que es supuestamente propietario de ese montón de carne, huesos y cartílagos, y si existiera no podría tampoco ser propietario de su cuerpo —vivo o muerto— como si su cuerpo fuera un objeto (y sin embargo *es un objeto*, un montón de objetos) para llevárselo en brazos, si está muerto, o ayudarlo a volver a la vida, a caminar y a soñar, si está vivo? Así que mientras me arrimaba a una columna y me bajaba el zíper de la

bragueta, me negué (pero esta vez en voz baja, porque no quería que nadie me sorprendiera) a declararme dueño de todos esos objetos viscosos, carnales y óseos que me forman, que están abajo y dentro de mí, alrededor de mí, alrededor y afuera, arriba y en la periferia, y si de hoy en adelante me referiré a ellos o a los ajenos por medio de pronombres posesivos, es porque de otra manera la comunicación sería imposible. Así que cuando diga *mi vejiga* no quiere decir que me refiera a la vejiga de Walter, sino simplemente a ese órgano muscular hueco que estoy señalando (con un dedo que tampoco es el mío) y cuya única función parece ser la de reservorio de la

orina para después echarla —y si esa es su única función bien podíamos haber prescindido de la vejiga en un mundo menos imperfecto— y que ahora, por cierto (es decir ese día, cuando yo estaba en Londres) contenía más de medio litro que me dispuse a expeler a través del miembro, no sin antes prometerme que si me pescaba un policía, iba a negar que el charco resultante era de *mi* orina, y que por lo tanto, hubiera salido de *mí* miembro. Pero no vayas a creer que soy tan pesimista. Es decir, a veces sí lo soy; a veces pienso, como Schopenhauer, que éste es el peor de los mundos posibles, y lo que es más, que cada día se vuelve

peor. Pero comencé a orinar, ¡cómo oriné esa tarde, querido Palinuro: más que Gulliver cuando apagó con su orina el palacio de la princesa de Liliput, más que Gargantúa cuando bautizó con orina a París! y entonces y a medida que vaciaba la vejiga, me sentí un poco más inclinado a creer, como los melioristas, que el mundo, al menos, puede mejorar: y cuando al fin acabé de orinar fue tal el alivio que sentí, que pensé que quizás Leibniz tenía razón y éste es, después de todo, el mejor de los mundos posibles. Lo que es más, se me ocurrieron dos frases célebres: después de mí el diluvio, y donde yo orino no vuelve a crecer el pasto. Ni siquiera el pasto

inglés. ¡Qué parques tan maravillosos los de Londres, viejo! Saint James, hermano; Hampstead Heath, donde Keats escribía sus poemas juveniles; Green Park por donde paseaba la señora Dalloway. Siempre están verdes, aun en el invierno, cuando todos los árboles están pelados. Se diría que cae nieve verde. Pero no, en Londres nieva muy poco. Lo que quiere decir que se sufren todas las desventajas del frío, sin que nunca puedas disfrutar de una blanca Navidad. Aunque para ser justo, hay que aceptar que el invierno jamás es tan inclemente como el de París, y ésta es otra cosa que nos tienen que agradecer los ingleses a los mexicanos: la

corriente del Golfo que les entibia su invierno y sus abriles crueles. En contraste con los parques, no hay espectáculo más triste en el planeta que una caja de jitomates ingleses. No necesitas tener un consultorio en Harley Street para diagnosticarles, a primera vista, una anemia perniciosa. ¿Te acuerdas de aquel experimento de química donde se hace pasar una corriente sulfurosa por una campana de vidrio que contiene un ramo de violetas, alelís y geranios y las pobres flores, con ese hálito infernal y hediondo se decoloran casi instantáneamente? Así son los jitomates ingleses que no sirven siquiera para arrojárselos en la ópera al

pobre y tullido Porgy. Pero quizás —me dije al llegar a Covent Garden y contemplar una increíble explosión de claveles, rosas, crisantemos, pensamientos, jazmines, nomeolvides y narcisos atrompetados, quizás la comparación con las flores tampoco es justa, porque en Inglaterra hasta las más humildes flores silvestres renacen cada año como una bendición. Kew Gardens, por ejemplo, es el paraíso. Con la ventaja de que tienen allí la colección de magüeyes y cactus mexicanos más impresionante que yo haya visto (pero no se lo digas a la tía Luisa) además de una buena cantidad de *Tagetes erecta*, que no es otra que la humilde flor

amarilla, el cempaxúchil, con la que conmemoramos nuestro Día de los Muertos. Y en ese momento salió el sol. ¡Salió el sol, un milagro en Covent Garden! y me dio tanto gusto que le compré a la vendedora de flores (que era linda y cockney como una bella dama) un ramito de violetas para el pecho de la vendedora de encajes y listones, a quien le compré una media yarda de terciopelo azul para las trenzas de la vendedora de naranjas que no se llamaba Nell Gwyn pero tenía un nombre impronunciable, y a la que le compré tres naranjas para hacer el amor con una de esas prostitutas de Soho que tienen que disfrazarse de modelos,

masajistas y muñecas, porque la prostitución está prohibida. Es decir, lo que está prohibido es solicitar clientes. Inglaterra, primo, sigue siendo un país furiosamente puritano. Pero claro, uno no puede esperar que la sociedad que condenó a Wilde y al Amante de Lady Chatterley, se vuelva permisiva de la noche a la mañana. La diferencia es que ahora no lo confiesa, y se da el lujo de tener, incluso, sus *sex-shops* por donde sólo pasan como un escalofrío, y aterrados, los adolescentes vírgenes, los impotentes y los turistas, pero aterrados no por el despliegue de las pomadas para provocar la erección o postergar el orgasmo, y de los estimuladores anales y

los consoladores: es la dimensión de los consoladores lo que aterra. Jamás me he sentido tan acongojado. Pero una ventaja de la cultura, desde luego, es que a unas cuantas cuadras de los *sex-shops* de Soho y Tottenham está el Museo Británico, donde uno, después de contemplar a los héroes del Partenón, puede confirmar que el hombre de la civilización griega de la que nos habla John Burnet, es la medida de todas las cosas. Lo mismo les pasa a los ingleses con la discriminación racial: la mayoría de ellos no reconoce que la hay, porque no es elegante reconocerlo (por cierto, no recuerdo haber visto ningún consolador negro). Pero el sol volvió a

meterse una vez más y un hálito frío recorrió Covent Garden y por un instante recordé por última vez nuestro querido laboratorio de química y la mezcla derivada del hielo carbónico donde las frutas, las flores y las hojas se congelan instantáneamente y se vuelven quebradizas y que en ese entonces representaba para mí, esa mezcla, nada más pero nada menos que una concentración helada de intuiciones transparentes donde la inmersión brusca de un recuerdo —la borrachera aquella que nos pusimos esa noche en La Española, por ejemplo, o cualquier otro — tenía la virtud de cristalizarlos, pero también de volverlos frágiles, así que el

menor descuido, el ir y venir del tiempo, una palabra equivocada, una confusión de ideas, los vuelven añicos. Después, resulta inútil tratar de situarlos en una época o en un lugar, o atribuirle al abuelo Francisco, a la tía Luisa, o a cualquier otra persona, a ti primo, palabras que nunca dijeron o hechos que jamás vivieron ¡Y vieras qué prostitutas tan lindas, algunas! No cabe duda que tenía razón Jonson (el otro, el poeta isabelino) cuando dijo que el clima de Londres era ideal para criar ramera. Pero lo que sucede es que hay más inglesas hermosas que mujeres hermosas de ninguna otra nacionalidad. Es una fiesta para los ojos, aunque uno acaba

por sentirse mal volteándose a verlas, porque los ingleses nunca voltean: para ellos, el trasero no existe. Yo creo que lo que más les asustó del libro de Lawrence, fueron los apretones de nalgas con los que terminaba el guardabosques. Otra de las ventajas de las inglesas, es que todas guardan, escondidas entre los dientes, las píldoras anticonceptivas con las que cometen sus suicidios platónicos. Cuando llegué a la taquilla me encontré con que ya estaban vendidos todos los boletos de Tosca. Tuve que contentarme con La Bohemia. ¡Nunca he hecho tanto esfuerzo para que me guste la ópera, y nunca he hecho menos esfuerzo para

comprar los boletos con la suficiente anticipación! Furioso, la tomé contra la mano del general Obregón, que no tenía la culpa, y con ella hice lo que jamás, ella, habría podido hacer consigo misma. Porque sí, es posible que alguna vez en medio de una operación y gracias a un mecanismo de espejos, alguien pueda contemplar su propio cerebro vivo, y especialmente la circunvolución donde se genera el asombro de contemplarlo. También, quizás, algún día podremos echarle un vistazo a otras reconditeces de nuestro propio organismo —¿no hubo un médico que se operó él mismo de apendicitis?— y admirar todo su esplendor tropical de

ganglios aromáticos, nervios como raíces aéreas y pantanos intestinales. Pero jamás, me dije volteando la cara hacia el noreste en dirección al Hospital de Ojos de High Holborn, jamás podremos tener nuestros ojos en las manos, como Santa Lucía, y verlos con nuestros propios ojos. Jamás, tampoco, murmuré despidiéndome con la mano de Obregón del pabellón psiquiátrico del antiguo Hospital de Charing Cross, jamás podremos tener nuestro cerebro sobre una mesa y reflexionar sobre él con nuestro propio cerebro. Volví sobre mis pasos. Di vuelta a la derecha por Garrick Street, y me pregunté si no estaría yo también, como el actor de la

Inglaterra, atacado de esplín o cuando menos de una apatía rubia. Viré a la izquierda en New Port, a la derecha en Charing Cross Road y a la izquierda de nuevo en Shaftesbury Avenue donde vi en el escaparate de una tienda de licores una botella de Tequila Cuervo que prometí iba a comprar para recordar nuestros viejos tiempos, y calculé si habría una posibilidad remota de destilar tequila de los magueyes de Kew Gardens, pero, no, dije, en todo caso sería más fácil sembrar mariguana en Belgrave Square frente a la embajada mexicana y cosecharla cada 16 de septiembre. El general Obregón, por supuesto, le dije al maniquí de otro

escaparate, tuvo oportunidad de contemplar su mano y de pensar en ella. Me vi la mano —la mía, claro—, volteé hacia el sur, y soplé en el dorso para enviar una pequeña turba de células muertas en dirección al Hospital de Enfermedades de la Piel de Lisie Street, y le seguí diciendo al maniquí que sin duda alguna el general Obregón debió haber estado muy orgulloso de su respectiva mano y especialmente del dedo índice, que designó a tantos generales, gobernadores y ministros. Quizás, incluso, un día se atrevió a cogerla con la otra mano y le acarició la palma, donde la pólvora había borrado las huellas de la harina, y se asombró de

que esa mano, que había recorrido la piel de sus mujeres, que había empuñado las armas en los combates de Naco y Cananea, y que había estrechado la mano de Pancho Villa, Zapata y el abuelo Francisco, fuera sólo un objeto que se podía regalar a una amiga, como lo hizo Van Gogh con su oreja, o tirar a la basura. La tiré entonces sobre mi espalda, muy lejos, para que fuera pasto de los perros callejeros y le dije al maniquí: pero lo que jamás pudo hacer mi general Obregón, fue coger su mano derecha con su mano derecha, de la misma manera que a Santa-Anna no le fue posible, en un arranque de cólera, darle una patada a su pierna izquierda

con su pierna izquierda, ni a la tía Luisa le sería posible, nunca, lamer su lengua en caso de que se la llegaran a cortar (no me gustan nada esas úlceras que le han salido) y entré a la tienda dispuesto a no salir de ella sin una corbata de moño como la que tenía puesta el maniquí, y aquí la tienes, primo, azul con rueditas blancas, como una noche con cien lunas.

Desde luego, en Londres no hay perros callejeros. A Estefanía le traje la dirección de la Sociedad Protectora de Animales, fundada hace más de un siglo y que todavía no protesta contra la

cacería de la zorra. Con decirte que a los perros cazadores (que son los que destrozan a las zorras) les lavan los ojos con azúcar cande. Y supongo que los consideran como humanos, porque no vi ningún perro disecado en el Museo de Historia Natural. ¡Qué enormidad de museo, el de Kensington! Cuando contemplé esa increíble colección de ballenas y esponjas gigantes, de arrecifes de coral y pandas disecados, de serpientes y mariposas y múrices y meteoritos y hornablendas, me dije que los anatomistas habían acudido también a la flora, la fauna y la gea y a los paisajes de nuestro planeta para poblar nuestro cuerpo de árboles bronquiales,

peñones del temporal, lagunas óseas, aletas, conchas, espinas, troncos y bulbos. Te traje, también, un tratado de tintes de microscopía. Te invito, primo, a penetrar en el mundo azul de los bacilos gram-positivos. A Molkas, por favor, recomiéndale la reacción de Feulgen: con ella, dije atravesando Wardour Street (una calle donde abundan las librerías pornográficas y los establecimientos de masaje) la proteína básica de la vida se tiñe de púrpura resplandeciente y los espermatozoides se transforman en fósforos culebrantes. ¡Ah, mi querido Palinuro: los misterios anfibios que te esperan! ¡El abanico de colores de sugerencias exorbitantes ante

el cual palidecen el espectro de Munsell y el catálogo de Winsor and Newton! Compré también toda una colección de tierras y acrílicos. Con la Auramina — le dije a Sir Laurence Oliver que me miraba muy serio desde una cartelera teatral— las larvas de la salamandra enseñan su propensión al fuego. Con el Azul Nilo —murmuré entre dientes cuando atravesaba la calle Windmill, rumbo a Piccadilly Circus— las hidras revelan su estirpe faraónica y con el Negro Janus las flores descubren al mundo el misterio de las fábricas de polen. Traje también souvenirs a montones: banderitas, camisetas, autobuses de dos pisos, un cenicero con

el Big Ben para la tía Luisa. ¡Qué cantidad de gente en Londres! Casi le pego una bofetada a un jipi cuando señalé hacia el noroeste, en dirección al tenebroso Hospital de Middlesex, y dije en voz alta: con el Violeta de Cresilo, señoras y señores, el tejido fresco de los tumores confiesa sus astucias malignas y luctuosas. Y como ya me encontraba en el corazón mismo del Reino Unido y del Imperio Británico, nada menos que en Piccadilly Circus y frente a la estatua de aluminio a la que todo el mundo llama Eros pero que pretende ser el ángel de la caridad cristiana, señalé la alada figura y le recordé que la coloración de Gram-

Poppenheim se recomienda para el pus de la gonorrea. Y de pronto me sentí muy ridículo allí, primo, yo solo entre esa multitud de jipis, homosexuales, drogadictos y policías, con la mano en alto y el dedo índice tenso, solo yo, carajo, como un guía abandonado por todos sus turistas, entre ese montón de gringos, españoles, alemanes, mexicanos con sus bolsas de Harrows y sus tartanes de Brompton Road, japoneses con sus cámaras Yashica, italianos y suecos (la niebla que vuelve a Londres cada verano, viejo, y entonces los ingleses se ponen furiosos, porque ya no encuentran lugar en el *pub* adonde van a comer su *lunch* todos los días): No, no hay en

Londres tantos drogadictos como dicen: eso es una leyenda. Carnaby Street no ha sido nunca Cannabis Street. Tampoco tantos homosexuales: ésa es otra leyenda: hay bisexuales, asexuales y transexuales. Tampoco hay niebla: ésa es una invención de Conan Doyle. Traje también folletos y un mapa ilustrado que compré en la casa de los mapas en Saint James Street, para ahorrarme la descripción de todos los lugares que conocí y la enumeración de todas las calles por donde pasé: tomé otra vez por Jermyn Street, crucé Babmaes, di vuelta a la derecha en Duke of York y me encontré otra vez frente a las puertas de la London Library. Salí de ella, sin

saber por qué, con un ejemplar del Libro Guinness de los Récords Mundiales, decidido a leerlo de cabo a rabo. ¡Tanto que despreciaba yo a los coleccionistas de estampillas postales y cajetillas de cigarros, primo, y de pronto, esa tarde, cuando vi en Astleys la colección de cazoletas de pipas más hermosa que he contemplado en mi vida, descubrí que me había vuelto un coleccionista empedernido, y que había malgastado los mejores años de mi vida coleccionando anécdotas de la historia de la medicina, rosas, ojos únicos, animales mártires de la ciencia, citas sobre la muerte y el amor, enfermedades y síntomas, y quién sabe cuántas cosas

más! Me sentí como una colección ambulante. Qué digo una colección: ¡Diez colecciones! Y pensé que si eres filatelista tienes, cuando menos, el placer de enseñarles a tus amigos tus estampillas anaranjadas de la Isla de Mauricio. Si coleccionas monedas, puedes deslumbrar a un prestamista con una pieza de oro de cinco guineas del reinado de Carlos Segundo. Y en fin, el coleccionista de gemas modestas o de conchas y caracoles siempre puede heredarle a sus hijos su colección de lágrimas de apache escarbadas de las faldas de las Rocallosas, o su colección de estampillas postales emitidas por Austria en 1937, en homenaje de los

médicos de la vieja escuela de Viena y en la que se incluyen estampillas dedicadas a Billroth y Von Hebra. Pero mis colecciones son de puras palabras, como el Libro de Hermes donde las letras mayúsculas eran templos y las frases ciudades, o como el barco de Cervantes que viaja al Parnaso, cuya popa está compuesta por sonetos y la «la gavia, toda, de versos fabricada». Mis colecciones, en otras palabras, son como los ladridos sin perro de Pablo Neruda o las muecas sin gato de Lewis Carroll. Puedo citar un verso de Mallarmé: *La chair est triste, hélas, et J'ai lu tous les livres!*, pero no puedo enseñarte a Mallarmé. Lo tuve en mis

manos, es decir tuve sus obras completas en la London Library, y me di cuenta que si mi carne estaba triste, era precisamente por todo lo contrario: no he leído todos los libros. ¿Te dije antes que había leído mucho? Fue mentira: nunca he leído tan poco como en Londres. Ante la vista de tantos volúmenes me invadió una angustia desesperanzada. Cuando vi que la biblioteca de la Asociación Médica Británica tiene más de ochenta mil volúmenes, y más de ciento cuarenta mil la del Real Colegio de Cirujanos, me di cuenta que no sabía nada de medicina. Pero que tampoco necesitaba saber nada, ni quería ya, ni iba a querer nunca

más. En los pocos libros que leí confirmé lo que, en el fondo, ya sabía desde siempre: que la medicina no es — no ha sido nunca—, sino una profesión más, una forma de vida, y que son muy pocos los médicos que son santos, o si quieres ponerlo de otra forma, son muy pocos los santos que son médicos. Ya desde el siglo doce Arquimateo aconsejaba a sus discípulos que cuando el caso lo ameritaba, dijeran que el enfermo estaba muy grave: así, si moría, no les echarían la culpa: si sanaba, en cambio, todo el crédito sería para ellos. Ya Juan de Gaddesden se quejaba de ciertas enfermedades desagradables de las cuales el médico muy pocas veces

saca provecho. Ya desde los tiempos de los griegos, los médicos abandonaban a los enfermos moribundos en un bosque, para que su muerte no empañara el prestigio del templo de Esculapio. La envidia en la profesión no es nada nuevo: ¿No quemó Paracelso, públicamente, los escritos de Galeno y Avicena? Y ya los cirujanos de Cnido, como siglos y siglos después los de Viena, daban más atención a los síntomas que a los pacientes. Nunca, por supuesto, le hablaré al tío Esteban de los crímenes médicos de los que habla Barnesby, nunca de las diatribas de Louis Ferdinand Céline contra sus colegas. Nunca tampoco, me dije, serás

Claude Bernard, ni serás sepultado en Saint Sulpice, ni rodearán tu sepulcro lampadarios con llamas verdes. ¡Y hasta mi querida colección de nombres de partes del cuerpo humano se me vino abajo, cuando me encontré en la biblioteca un diccionario epónimo con más de ochocientos nombres distintos que van desde la fascia de Abernethy hasta los cuerpos de Zukerkand! ¿Porque tú crees de verdad que bastó que el agua bautizara con tu nombre la vértebra Atlas y el tendón de Aquiles? ¡Ay, hermano, te digo —y te dije entonces, cuando entré al Museo Wellcome de la Historia de la Medicina—, que pocos son los que saben que tú, yo, todos: el

hombre que vendía periódicos en Euston Road, el estudiante que murió en la Plaza de las Tres Culturas, el *clochard* que me regaló un elefantito blanco a la orilla del Sena, todos, en fin, vamos paseando por el mundo una serie de agujeros, nervios y gelatinas que ni siquiera tienen nuestro nombre! También fui, muchas veces, al Observatorio Real de Greenwich y conocí el telescopio de Newton. Y así, le dije a uno de los guardias del observatorio, así como los astrónomos célebres se han ganado un lugar en el cielo contemplando la noche durante dos minutos o cincuenta años hasta que descubren una estrella nueva (aunque quizás muerta hace mil años) y

le dan su nombre. Así como en el cielo —le dije al encargado del Planetarium de Londres que está junto a Madame Tussaud. ¡Qué magnífico museo!— así como en el cielo, bañado por neutrinos y antipartículas, y entre los agujeros negros y el susurro de las nubes de hidrógeno y para enriquecer el catastro estelar se fueron apareciendo el cometa de Biela, la estrella de Tycho, la nebulosa de Bode y los objetos Messier, así en el organismo —le dije al cuerpo humano de plástico transparente del Museo Wellcome—, así en el organismo bañado por linfocitos y hematíes, y para el júbilo de todos los que dijeron que el cuerpo humano era la copia del

universo, aparecieron, entre las nubes de linfa y los murmullos de la sangre, el triángulo de Hesselbach, la gelatina de Wharton, los corpúsculos de Ruffini, los espacios de Fontana, la cisura de Rolando y las criptas de Lieberkühn. Pero tampoco puedo enseñarte todas las partes del cuerpo humano de que te hablo y te he hablado. Bueno, sólo algunas, claro. Puedo enseñarte los ojos, las piernas. Puedo enseñarte los órganos genitales externos (también vi *strip-tease* y *drag*: me aburrieron soberanamente lo mismo que las películas pornográficas) pero no puedo enseñarte mis glándulas suprarrenales. ¡No puedo enseñarte mi hueso palatino,

le dije al hombre de plástico transparente del Museo Wellcome que (ese sí) mostraba todas las interioridades mágicas del maravilloso cuerpo de El Hombre, así, con mayúsculas, el *Homo sapiens* de la subfamilia *Hominae*, familia *Hominidae*, superfamilia *Hominoidea*, del suborden *Anthropoidea*, de orden *Primates*. No puedo enseñarte mi vena cística, le dije al animal político, al hombre conciencia de la creación. No puedo enseñarte la pleura parietal de mi pulmón izquierdo, le dije al hombre bípedo omnívoro que usa pantalones, al hombre Hijo de Dios, al hombre de lo eterno de Max Scheller y al hombre

multi-anfibio de Huxley. No puedo enseñarte el extremo fúndico de mi estómago, le dije al hombre de la aventura humana de Jean Rostand, al hombre que vive y muere y no quiere morir del todo de Unamuno y al hombre caña pensante de brazos emancipados y visión binocular y estereoscópica que descendió de los árboles y de las musarañas para levantarse sobre sus dedos gordos y transformarse él mismo en un árbol, en un *Deus in terris*, en el *Homo faber* que construyó la Muralla China y el Apolo Décimo, en el *Homo sedentarias* que descubrió el secreto de la boda de las plantas y en el *Homo ludens* que aprendió a jugar con los

dragones de vapor y los ábacos de hidrógeno! dije, y te juro que casi me quedo sin aliento. Aspiré el relente nocturno —acuérdate que en realidad no estaba yo en el Museo Wellcome sino en el Planetarium—, y de allí me fui a ver una vez más el museo de figuras de cera de madame Tussaud. ¿Te dije hace unos instantes que me había gustado mucho? Mentira: me dejó indiferente. Estoy hecho un mar de contradicciones. ¿Te dije antes, también, que no amaba mis órganos? Tampoco es cierto. Amo a mis piernas tanto como amó a las suyas Walt Whitman. Amo a mis pies, y los amaría igual así estuvieran horadados como los pies de Edipo. Y si en la otra vida fui el

rey Midas, le dije a John Kennedy, te aseguro que adoré mis orejas de burro. Si en la mitología me tocó ser Hércules Melampigo, le aseguré a Mohamed Alí, no hubiera cambiado mis asentaderas negras por las de nadie más. Sí, grité señalando a Winston Churchill: amaría mi barriga así fuera tan grande como la del Dios hindú Ganapati. Amaría mi calva (le dije a Landrú) así fuera como la de Sileno. Y para qué seguir: si mis dientes fueran tan grandes como los de Manduco o los de Macmillan, se pasarían la vida sonriendo con ellos mismos y si mis ojos fueran bizcos como los de Tersito o los de Jean Paul Sartre, se pasarían el tiempo viéndose,

enamorados, el uno al otro. Si, por último, en esta historia yo soy Walter, claro que amo todas las partes de mi cuerpo y no las cambiaría por las de nadie, le dije a la Reina Isabel, a Enrique Octavo, a los Beatles, a Eisenhower, a Marilyn Monroe, a Harold Wilson, al Príncipe Alberto, a la propia Madame Tussaud y a uno de los guardias del museo al que confundí con una figura de cera y que me invitó a salir y me acompañó muy cortés hasta la puerta para darme mi abrigo y mi paraguas. La ventaja es que en Londres casi no se usa dar propinas. Desde luego, en el museo de cera no está Jean Paul Sartre. Tampoco están ni Kafka, ni

Dylan Thomas, ni Vivaldi, ni Kant. Con suerte, puedes encontrarte a Picasso, al Ché o a cualquier otro que nuestra sociedad, como dice Marcuse, se ha encargado de llevar hasta la farmacia y el supermercado. Pero no está Marcuse. Tampoco en la cámara de los horrores están las masacres de Lídice o Dachau. No está ni lo mejor ni lo peor del hombre. Y aquí tengo otra cita apuntada: lo mejor del hombre, dijo Eluard (¿o lo más bello?), es mejor que el hombre. ¿Y lo peor?, me pregunté. Lo peor siempre es igual que el hombre. Pero en cuanto salí, en cuanto salí de nuevo al día y vi que de nuevo se había aparecido el sol, una verdad, una certeza me deslumbró

como un paracaídas de fuego. Me vi allí, en medio de Marylebone Street, yo solo pero no yo solo y mi alma, no yo solo y mis trillones de células, no yo solo y mi conciencia, no yo solo y mi razón vital, sino *yo solo*, nada más, yo como punto de vista del universo, insustituible y necesario nada menos que para mí y para nadie más (o más que para mí, infinitamente más que para mí que para nadie más), yo solo como un acto psíquico fundado en la representación de lo que decía y hacía y de lo que ahora, primo, hago y digo, ayer en Londres y hoy en México, solo yo, como hombre, pero no como El Hombre, sino como un hombre, con minúsculas, como

individuo, como el muchacho del que viste la Autopsia y entonces dije: mentira, mentira, el corazón y el cerebro humanos que aparecen en las páginas 37 y 367 del segundo volumen de la Anatomía de Quiroz podrán ser el corazón y el cerebro de El Hombre, pero los que viste tú. Palinuro, *sí* eran el corazón y el cerebro de un muchacho, de un individuo concreto que había nacido, vivido y muerto ignorado y olvidado por los poetas y los filósofos: un muchacho de veinte años de edad, tal vez; estudiante quizás, por qué no; un muchacho que había jugado fútbol en la secundaria y que había reprobado matemáticas y de cuya existencia jamás

se habían enterado ni siquiera James, Adler, Ortega, Kierkegaard, Stirner o cualquier otro de los apóstoles de la individualidad, pero que sin embargo estaba allí, ocupando con su cuerpo de marfil frío el mismo espacio que ocupó su mundo de adentro en el mundo de afuera, en el mundo exterior que se había extinguido cuando su corazón y su cerebro dejaron de funcionar, y que no podía ser confundido ni con El Hombre ni con todos los hombres, y ni siquiera con todos los muchachos de veinte años que hubieran existido, porque así como tenía un peso, un cajón, una etiqueta y un número en la muerte, alguna vez había tenido un nombre, una novia y una

estatura en la vida, que habían sido de él y de nadie más, y el corazón que el profesor cortó con las tijeras y limpió de coágulos y depositó en una bandeja, y el cerebro que el profesor cortó en dieciséis partes iguales, era el suyo, el del muchacho, y de nadie más en todo el Universo a la redonda.

Pero no quiero ponerme solemne. ¿Cuál es la última frase de Adán Buenosayres? Solemne como pedo de inglés. Mis necesidades fisiológicas, sin embargo, se limitaron a un estornudo: siempre estornudo con el sol. Pero esa vez lo hice en dirección de Gray's Inn Road, que es donde está el Hospital de Oídos, Nariz y Garganta. Con el sol,

también (y por primera vez en mi vida) me dieron ganas de orinar de nuevo, y me dirigí al *pub* más cercano, pensando que era un buen pretexto para tomar otras pintas. Al sol, también, le atribuí la sed. En la oficina de los objetos perdidos de Baker Street me compré una gorra de detective, y en una tienda de curiosidades una modesta colección de pósters. Vieras cómo hay de pósters en Londres. Volvió el Art Nouveau, volvió el surrealismo. A la tía Lucrecia le traje un cartel de Bearsdley. A la tía Luisa, uno de Mucha. A ti, a propósito de lo que te decía, uno del Ché Guevara. Cada vez lo sacan más limpio y bien parecido. Deberían sacarlo (le dije a la

vendedora) rasurado y con el pelo corto, que en eso, al fin lo han convertido. Pero el Ché, le dije a la cajera, no era un santo. Era un hombre que había matado, que había cogido un fusil muchas veces, con sus dos manos. Con esas manos, Palinuro, que son las que tú necesitas, o quizás debía decir las que tú y nuestra gente necesitamos para cambiar el mundo, o cuando menos para cambiar nuestra odiada y querida, áspera y suave patria. Porque la mano del general Obregón, primo, y la de Valle-Inclán, ya no sirven ni siquiera para aplaudir la Revolución Mexicana. Y estaba yo diciendo todo esto camino al *pub*, yo imagínate, yo que el otro día

sin ir más lejos, me metí a Fortnum and Mason con la intención de ordenar que me mataran un caviar que se me había escapado ya tres veces del bolsillo pero fue imposible y tuve que contentarme con una lata de tortillas y un frasco de miel de Yucatán y con otro estornudo más (la de gripas que tuve en Londres: de tanto moquear me salieron estalactitas en la nariz) con un estornudo, te decía, plagado de millones de bacterias y virus incógnitos que aterrizaron sobre los quesos de Brie y los patés de Estrasburgo. Yo, imagínate, que me gustan tanto los libros y los discos caros, que disfruto la buena ropa, que tengo la capacidad sensual de

enamorarame como el señor de Phocas y como Des Esseintes de los ópalos cambiantes y las amatistas orientales, de las tortugas doradas, las encuadernaciones lujosas y los pescados mecánicos, de los papeles más exquisitos y de las esencias, los licores y los vinos más delicados y raros. Yo, que tanto he admirado, caminando por la Quinta Avenida, por la Rue de la Paix y por Bond Street, los guantes Christian Dior y los linos irlandeses y la porcelana Jacob Petit y los brazaletes de Orner y los suéteres de cachemira y las tapicerías de Beauvais y las alfombras persas, y que viendo tantas cosas tan increíbles y tantos objetos hechos por el

hombre, me dije, claro, que también los anatomistas habían acudido a ellos para designar las túnicas, los vasos y los cálices de nuestro cuerpo, además del cayado de la aorta y de la silla turca. Yo, imagínate, que ante la posibilidad de jamás llegar a poseer esas cosas, sentí siempre una íntima tristeza reaccionaria, para citarte por una vez más, y por la última, a nuestro eximio poeta. Pero también por eso vale la pena vivir una temporada en Europa: para revalorar a escritores como López Velarde y a pintores como Clausell. Y sí, estaba yo en Baker Street. ¿O estaba en Green Park? Bueno, ya habrás notado o cuando menos imaginado que mis

caminatas por Londres, esos largos paseos en que pensaba decirte todas las cosas que ahora te estoy diciendo, fueron muchos. No sé, siquiera, hasta qué punto todo esto sucedió, y lo recuerdo fielmente, y hasta qué punto tiene más de imaginación que de memoria. Pero imaginación y memoria son una misma cosa, dijo Hobbes, y estoy de acuerdo. ¿Y qué otra cosa podemos ser, sino memoria? Nadie aprende nunca lo que es mamá o el color verde hasta que no se aprende la palabra *mamá* y la palabra *verde*. La literatura comienza —al menos la clase de literatura que a mí me interesa— cuando decimos *mamá verde*. Mi carísimo

Palinuro, no necesito decirte que allí, como estaba yo, solo pero acompañado de Leticia y Tristicia al mismo tiempo, solo pero con los ojos abiertos, paranoico como los gatos de Penfield, bizco como tu general Pancho Villa cuando tenía un ojo en la Revolución y en la Justicia y el otro ojo en la Gloria y los cañonazos de cincuenta mil pesos; delirante como un don Próspero que concibiera el mundo al mismo tiempo con los dos hemisferios de su cerebro: el hemisferio trágico de Agatón y el hemisferio alegre de Aristófanes, y esquizofrénico como un hombre que estuviera simultáneamente en Londres y en la ciudad de México y tuviera que

manejar por el carril de la derecha y por el carril de la izquierda al mismo tiempo, no necesito decirte, primo, que era yo una contradicción andante, el Oxymoron perfecto y encarnado con el que jamás soñó Marino, amo y señor y esclavo de los infiernos celestes. ¿Pero tú crees que se puede manejar por la mitad de la calle, por el centro exactamente? Imposible. El centro es una ilusión de óptica. Y se necesita ser un país latinoamericano para tener una ciudad como Bahía, en la que se puede manejar un rato por la derecha y otro rato por la izquierda. ¡Casi me vuelvo demagogo en Londres de tanto ir a Hyde Park! Recordé entonces que era

domingo, recordé que se había metido el sol nuevamente (no lo vas a creer, pero así es el tiempo en Londres) y recordé una vez más que era mi cumpleaños, así que me compré un pequeño pastel para celebrarlo, y siempre siguiendo a mis piernas que a su vez se seguían una a otra y otra a una, me encaminé rumbo a la esquina de los oradores de Hyde Park. Para esto, me despedí de Eliot, a quien en realidad ya sólo necesitaba para hacer una cita más: *You say I am repeating something I have said before. I shall say it again*: sí, primo, no sólo hoy contradigo lo que dije ayer, sino que mañana (y con mañana quiero decir dentro de diez minutos o dentro de diez

años) comenzaré a planchar mis pesadillas con la oreja contraria y como te dije hace tiempo en la cantina La Española, podría renegar y avergonzarme de todo lo que pienso y digo ahora. Lo importante en todo caso, es que el Walter de estos momentos, según creo, es lo bastante inteligente y compasivo como para comprender a un posible Walter del futuro que será tan imbécil como para no aceptar la forma en que pensaba el Walter del pasado, pero que quizás tenga la misericordia necesaria para perdonar al Walter del pasado por su ineptitud para pensar como el Walter del futuro: si nunca podemos bañarnos en las mismas aguas

de un río ni en el mismo color azul de los ojos de Estefanía, menos aún, primo, podemos bañarnos en las aguas de un mismo pensamiento. Fue así como se me ocurrió el cuento del trasplante de un cerebro, que escribiré algún día, y que fui desarrollando mentalmente cuando caminaba con el libro de Unamuno en la bolsa de mi abrigo, el libro de los Récords Mundiales bajo el brazo derecho, el paraguas colgado del antebrazo izquierdo y una caja blanca que llevaba con las dos manos, con tanto cuidado y cariño que más bien que un pastel parecía contener mi propio cerebro o cuando menos una bomba.

Se trata de dos hermanos, dije cruzando Sackville Street. Uno era un arquitecto, agregué, saludando al edificio de la Royal Academy, Victoriano y renacentista y magnífico. Pero al igual que los arquitectos de Swift, el propósito de su vida fue el de construir templos con hermosas cúpulas, comenzando no desde los cimientos, sino desde arriba, desde las cúpulas, dije enviándole un beso, de recuerdo y por encima del Arco del Almirantazgo a la soberbia cúpula de la catedral de San Pablo. Qué construcciones hay en Londres, primo: la catedral de Westminster, que es una aberración

neobizantina o algo por el estilo; Mansion House, que es completamente palladiana. Y pensé también, cuando pasé por las Arcadas Burlington (bello ejemplo de arquitectura de la regencia) y enviando un recuerdo nostálgico a Tepozotlán y a la catedral de México y sin ir más lejos al palacio neoveneciano de las cortes de Justicia construido sobre las piedras sepulcrales de Ruskin, pensé que también el hombre acudió a sus casas y sus ciudades y sus templos y sus fábricas para darle nombre al antro pilórico, al vestíbulo de la boca, al acueducto de Silvio, al laberinto del oído, a los pilares del corazón. Pero el arquitecto de mi cuento dejará su obra

inconclusa: apenas termine una cúpula, seguirá con otra y con otra más, de manera que todas quedarán flotando en el aire, vacías, brillando sólo para los astros con parsimonia oceánica, sin peristilos o arcos torales que las sostengan, sin columnas en ruinas que aprovechen toda la antigüedad para crecer y alcanzarlas, de manera que se transformarán en el símbolo viviente de la vida y el talento del arquitecto, dije enviando un suspiro, por encima de Berkeley Square a Marble Arch; o en otras palabras, será un hombre que nunca tuvo los pies en la tierra y que habrá de morir, muy viejo, con los ojos llenos de nubes. En cambio su hermano

el cirujano que será miembro del Royal College of Surgeons, dije señalando en la dirección de Lincoln's Inn Fields, fue un hombre que partió de las raíces más profundas del conocimiento, y de las más modestas también: de la anatomía, comenzando por la anatomía de los huesos, hasta que le fue posible dominar todos los misterios del órgano que se oculta bajo la más sagrada de las cúpulas, y que no es otro que el cerebro humano, agregué, muy contento con la idea, mientras atravesaba Brick Street. La Calle Ladrillo, dije para mí, y pensé que en Londres y en muchas otras ciudades del mundo, en México, en París, hemos llamado a las calles de mil

maneras distintas: les hemos dado nombres de flores, de santos, de reyes, de presidentes, de héroes, de otras ciudades, de animales, de instrumentos, de mares, de batallas, de piedras, de países, de continentes y de estrellas, pero nunca nombres de partes de nuestro cuerpo. Así que nuestro cirujano —o quizás debo decir mejor *mi* cirujano—, obsesionado con la idea de lo grandiosa que hubiera sido la obra definitiva de su hermano si su talento genial y difuso hubiese tenido una segunda oportunidad de manifestarse habitando el cuerpo disciplinado de un hombre joven y sano, consiguió tras muchos años de fracasos y experiencias efectuar con éxito el

primer trasplante de cerebro. Me arranqué un pellejito de un dedo y con la ayuda de un soplido lo envié en dirección de Saint James Palace, donde antes estaba el Hospital de los Leprosos, y le supliqué a la Reina Madre que si algún día me daba el mal de la rosa, me aliviara con su mano regia. ¿Dónde, pues —me pregunté al llegar a Down Street— dónde está Nietzsche para que acuse a la cristiandad, una vez más, de despreciar al cuerpo? ¿Dónde está Swendenborg, que llamó al hombre microcosmos de la creación? ¿Dónde está Nicolás de Cusa? ¿Dónde está Rousseau que le enseñó al hombre a contemplarse en un espejo y

enamorarse del fascinante y complejo animal que es? ¿Dónde está Roben Boyle. invitando al alma a conocer la estructura exquisita de la mansión divina en la que habita? ¿Dónde están dije, atravesando Piccadilly rumbo a Green Park, dónde, que no han bautizado con los nombres de nuestro organismo las calles, las plazas y las avenidas de nuestras ciudades? Porque nunca, primo, he conocido la Plaza del Hígado, el Callejón del Dedo Gordo o la Avenida de la Médula Espinal. Y una vez en Green Park me encaminé a mi banca favorita, y le dije a las palomas: y fue así como en esta isla tan agraciada con tantos dones naturales (pero me refiero a

la Isla Imaginaria de mi cuento, y no a Inglaterra, que además de pasto sólo produce carbón y huelgas de los mineros del carbón) donde por primera vez en la historia un vivo abrió los ojos en el cuerpo de un muerto. O si quieren ponerlo ustedes en otras palabras, les dije a unos *hare-krisnas* que pasaron bailando y temblando de frío, diremos que fue la primera vez que un muerto abrió los ojos en el cuerpo de un vivo, y no porque se tratara de un trasplante de ojos conservados en sangre citratada en Lariboisière. Porque habrás de saber, primo, que según mi cuento, el trasplante de cerebro encendió la más acerba de las polémicas de que se tenía memoria,

ya que muchos dijeron que era inmoral, puesto que era el muerto el que recibía el beneficio al seguir viviendo en el cuerpo del vivo. Pero los defensores de la operación —le dije a una familia de hindúes llena de turbantes, hijos y lunares—, argüyeron que sucedía exactamente lo contrario: el trasplante sólo era posible cuando todavía el cerebro tenía vida, y por lo tanto era el vivo el que seguía viviendo en el cuerpo del muerto, le dije a un ugandés y a dos bengalíes y pensé que también esta isla y este mundo (me refiero a Inglaterra y a nuestro planeta) producen cada vez más extranjeros. Y entonces unos y otros revisaron, en apoyo de sus respectivos

argumentos, toda la historia de las contribuciones de los muertos a los vivos desde los tiempos de Paré, en que se usaban pedacitos de momia para detener las hemorragias y en que con el musgo que crecía en los cráneos de los ajusticiados como una máscara de terciopelo verde se hacían ungüentos para curar las heridas envenenadas por la pólvora, hasta la época moderna, en que congelamos huesos y trasplantamos riñones y corazones, en que con la arteria de un niño muerto se puede salvar la vida de otro amenazada por la enfermedad de Fallot y en que la pituitaria de monjas que se murieron con telarañas de la virgen en el sexo se

utiliza para fabricar las drogas de la fertilidad. Pero nunca se pusieron de acuerdo, dije ya muy cerca de mi banca, y por un momento tuve la impresión de verme yo a mí mismo sentado en la banca, viéndome a mí mismo caminando por el parque hacia la banca, para sentarme. Pero esta visión sólo duró un instante: yo estaba, en realidad, ya sentado en la banca y decidí que era más sabio comenzar a comerme el pastel en ese momento y compartirlo con las palomas, aunque por desgracia una vez más comenzaron a darme, en ese momento, ganas de orinar. Trasplantar un cerebro, dijeron los detractores, es asesinar a un vivo. Todo lo contrario,

alegaron los apologistas: trasplantar un cerebro es resucitar a un muerto. Es algo peor: es asesinar a un muerto, dijeron otros atacantes que se hallaban en gran estado de confusión. En todo caso, es resucitar a un vivo, dijeron otros defensores igualmente confundidos, en tanto que la polémica sobre la ética de los trasplantes se remontaba a la leyenda, y se denostaba a Pien Chiao, por atreverse trescientos años antes de la Era Cristiana a narcotizar a dos hombres e intercambiarles los corazones y los estómagos, o se alababa la habilidad de los hermanos Ashvini, que para engañar al dios Indra le trasplantaron al sabio Dadhyanchi la

cabeza de un caballo. El debate, que conmovió y dividió a todas las Academias de Ciencias del Mundo, incluyendo la Academia de Viena, la Academia Mexicana, la Real Academia de Londres y la Academia Imperial del Brasil, se apagó bruscamente con la muerte del gran cirujano. Pero sus alumnos y seguidores decidieron conservar su cerebro, que se hallaba intacto, y trasplantarlo al cuerpo de un muerto —o de un vivo: nunca se pusieron de acuerdo—, y a los pocos meses el gran cirujano volvió a la palestra y aunque estaba físicamente muy cambiado —de la noche a la mañana se había quedado

completamente calvo, medía siete centímetros menos, pesaba veinticinco kilos más y tenía un ligero acento cockney—, defendió el trasplante con elocuencia y retó a los antitrasplantistas a continuar la discusión en los siglos venideros. Pero todos se negaron a claudicar y a que sus cerebros fueran trasplantados, y uno por uno fueron muriendo. En fin, que aun sin sol, bastaba que la lluvia diera un respiro, pensé, para considerar que esa era una tarde bella, o cuando menos amable. Y como yo pensaron miles y miles de personas que de pronto comenzaron a pasear por Piccadilly, por Green Park, por Park Lane y en fin, por todas las

calles de Londres. ¡Nunca había visto yo tanta gente! Otros científicos, continué dándole una gran mordida al pastel, comenzaron a poner en duda la eficacia del trasplante cuando se dieron cuenta que el cirujano, en su segunda vida, no era ya el hombre dulce y afable que había sido durante su primera existencia, sino al contrario, un hombre lleno de soberbia y desdén. Los geneticistas explicaron que los cromosomas de las células del maestro de matemáticas al que había sido trasplantado su cerebro en su tercera vida, debían contener el complemento hereditario $47XYY$, asociado al comportamiento impulsivo y antisocial. Los endocrinólogos —le

dije a los fresnos— atribuyeron la melancolía y los trastornos depresivos que tuvo el cirujano en su quinta vida a una insuficiencia de las glándulas suprarrenales del joven poeta que le cedió su cuerpo. Los darwinistas cristianos interpretaron la apasionada conversión al catolicismo que sufrió el cirujano en su octava vida, a la evolución del cerebro a través de los años, y citaron a Tomás de Aquino, que decía que así como un poco de ciencia aleja del concepto de la divinidad, un mucho de ciencia acerca a Dios, en tanto que los científicos ateos señalaron que se trataba de un caso de evolución regresiva. Los astrólogos, le achacaron

la enorme capacidad de trabajo, la nueva voluntad combativa y el dinamismo que tuvo el cirujano en su novena vida, al hecho simple de que ésta se había iniciado en la sala de operaciones en el momento mismo en que terminó el trasplante y abrió los ojos bajo el signo de Aries con influencia de Tauro como signo ascendente, con lo cual se habían fusionado en su personalidad el fuego y la tierra. Me paré, me sacudí el polvo de las nalgas del pantalón y las migajas del chaleco, guardé en la caja un pedazo de pastel que me había sobrado, y tuve por un momento la intención de dejar en el parque el libro Guinness de los

Récords, pero no quise quedar mal con la London Library, así que cargué otra vez con el edificio más alto del mundo, con el tipo que estuvo treinta años en un pulmón de acero, con el noruego que tenía seis metros de barba y con el alcohólico más alcohólico del mundo que desde luego fue un inglés que se tomó más de treinta y seis mil botellas de Oporto. A propósito de bebidas y del libro de los récords, la cerveza Guinness es excelente, aunque desde luego no es inglesa, porque el mejor whisky de Inglaterra es de Escocia, la mejor lana de Inglaterra es de Australia, el mejor té de Inglaterra es de Ceilán y los mejores escritores de Inglaterra son,

como la Guinness, de Irlanda. Pero antes de continuar mi periplo abrí de nuevo el libro de Unamuno (esta vez ya no tan al azar) en la página donde dice: ¿quién es capaz de extraer la raíz cúbica de este fresno? La arranqué, hice con ella una pajarita de papel y te la envié, primo, volando, por encima de las nubes, por encima del Hotel Hilton, por encima del Hospital de Saint Mary, por encima de Mayfair y sobre todo por encima de los árboles. Los frenólogos, por su parte, señalaron que la disposición a creer en la astrología, la magia y los fantasmas que tuvo el sabio durante su vida número trece, obedecían a un hecho muy simple: el cráneo del estudiante de

ciencias políticas al cual su cerebro fue trasplantado, tenía una gran protuberancia en el lugar correspondiente a la zona de la maravillosidad, y el cerebro del sabio, una vez adentro, creció y llenó ese hueco con toda clase de fantasías. Llegué a la esquina de Hyde Park, saludé a Wellington montado en su caballo *Copenhagen*, y viendo su monumento, viendo Aspley House, me pregunté dónde había quedado el buen gusto inglés, dónde se había ido el talento de los arquitectos que construyeron la abadía de Westminster, en la que tantas veces y frente a las placas y los bustos y los nichos de Jane

Auston y Coleridge y Newton y tantos otros artistas y personajes, me pregunté: si aprendemos a ver la luz con los oídos de Turner, ¿por qué la mácula lútea de nuestra retina no se llama la mácula de Turner? Si aprendemos a entender el mundo con el cerebro de Einstein, ¿por qué no tenemos en nuestro cerebro un surco interlobular que se llame la cisura de Einstein? Y luego —y mientras al mismo tiempo pensaba someter a las Academias de Medicina de todo el mundo una larga lista que incluyera el reflejo de Proust, el antro de Platón y el músculo risorio de Bergson— seguí elaborando mi cuento: nuestro sabio — dije caminando rumbo a los baños

públicos por el subterráneo que pasa bajo el monumento a Wellington— nuestro sabio, que durante todas sus vidas anteriores se había indignado y deprimido sucesivamente ante las diversas teorías, o bien había personado a sus atacantes, o había permanecido al margen dedicado a su trabajo, en esta treceava vida se transformó en un entusiasta seguidor de la frenología —la ciencia que tanto fascinó a don Próspero — y como fue siempre un admirador del *wit* inglés que Gall llamó *esprit de saillie* y Spurzheim denominó *mirthfulness*, dispuso que su cerebro fuera trasplantado a un cráneo que al igual que el de Rabelais o Pirón, tuviera

dos protuberancias esféricas en la parte superior y lateral de la frente, como signo de desarrollo de los órganos que Cubí y Soler designó como órganos de la chistosividad. El resultado fue desastroso, dije, mientras me lavaba las manos. Los discípulos del cirujano eligieron el cráneo de un adolescente donde estas protuberancias estaban desarrolladas en exceso, dije saliendo de nuevo a la luz del día, sin fijarse que tenía además dos depresiones en las zonas correspondientes a la perfectividad. A causa de esto, en su última vida el cirujano, con una indiferencia total a toda clase de adelantos y progresos científicos, sufrió

una perversión del sentido del humor, se volvió irónico y mordaz, comenzó a burlarse por igual de amigos y enemigos y acabó por reírse de sí mismo, de sus teorías y del trasplante de cerebro, diciendo que era una pérdida de tiempo trasplantar un cerebro de una generación a otra durante casi mil años y catorce vidas, para verificar lo que puede comprobarse en el curso de una sola existencia: que un mismo hombre puede cambiar muchas veces en su vida de ideas, creencias y opiniones, hasta negarse y destruirse a sí mismo, Y así fue. El gran cirujano, cuando apenas tenía veinte años como el joven Werther, o novecientos setenta y cinco

como Matusalén, se voló la tapa de los sesos en esa su última vida, destruyendo para siempre su cerebro. Cuando escriba el cuento, le dije a un vendedor de paletas heladas, voy a poner en el epitafio de su tumba la frase «vi a los gusanos heredar los prodigios del ojo y del cerebro», tomada de la famosa novela *Frankestein o el Moderno Prometeo* de Mary Shelley. Y cuando saqué diez peniques para pagar mi paleta, me di cuenta que claro, como era de esperarse, había olvidado en el baño el libro de los récords. Esta vez sí decidí abandonarlo a su merecida suerte y no me arrepentí porque ya para entonces había comenzado a pesarme un

carajal y no era para menos, con esa colección de gordos y gigantes y madres rusas con cuarenta hijos y ese otro loco que se bañó en regadera durante ciento setenta y tantas horas seguidas. No ha de haber sido en Londres, porque allí no conocen las regaderas. Ni siquiera, primo, han descubierto el agua tibia. La moraleja de mi cuento es muy sencilla. Te recomiendo que, para que no te quedes en las nubes como el arquitecto de mi cuento, comiences con más modestia, desde abajo. Un buen estudiante de medicina sabe que en un principio debe atenerse a la tríada sagrada: anatomía, fisiología y bioquímica. De estas tres materias, la

anatomía es la que primero se estudia, y la anatomía —después de un brevísimo vistazo al aparato tegumentario— comienza por el conocimiento de los huesos. Haz una visita a la Cueva de Caronte, primo, y lánzate en busca de los huesos de tus antepasados para que descubras de dónde vienes y adónde vas. Yo, por lo tanto, y terminado mi cuento, pero no mi paseo, iba a grandes pasos rumbo a la esquina de los oídores de Hyde Park, decidido a que si algún policía me detuviera como sospechoso, y me preguntara si llevaba una bomba en la caja del pastel, le diría que yo no tengo nada contra los extraños —para mi los ingleses son extranjeros, por

supuesto—, y que en realidad puedo quererlos u odiarlos tanto como ellos a mí, y después agregaría algunas de mis frases cliché favoritas: primero —le diría—, soy terrorista, sí, pero del alma, y por lo tanto sólo le puedo interesar a los psiquiatras, que son los policías del alma; segundo, la única bomba de tiempo que llevo conmigo está dentro de mi cráneo. El día que estalle, estallará el universo entero incluyéndolo a usted: lo siento, pero no puedo hacer ninguna excepción. También te traje, primo, un ejemplar de *La Tumba sin Sosiego* —en inglés, por supuesto— y un folleto sobre el Museo Wellcome.

El Museo Wellcome, que está en Euston Road, y al cual puedes llegar en metro por la línea Metropolitana o la Circle, o en el bus 68 entre otros si vives (como yo) en Camden Town, es en realidad dos museos. Arriba, está el Museo de Historia de la Medicina propiamente dicho, abierto a todo el público. Uno o dos pisos más abajo hay otro museo. El de la medicina, simplemente. Aunque más bien es una especie de museo de patología, que sólo puede ser visitado por los médicos o los estudiantes de medicina. ¡No sabes el trabajo que me costó entrar! Casi me disfrazo de médico inglés, casi tengo que jurar que

mi interés por conocerlo no tenía nada que ver con un deseo morboso de contemplar fotografías de órganos genitales externos con chancros y queratopapilomas. No recuerdo con exactitud qué cosas vi en éste y otros museos. Para lo que te quiero decir da lo mismo: arriba está William Cheselden, cirujano de la reina Carolina. Y está Lister drenando, con la ayuda de hilos de seda, un absceso que le salió en una axila a la reina Victoria. Abajo, están las fotografías de mujeres y niños con los horribles sarcomas de Kaposi. Arriba, está el médico poeta Oliver Wendell Holmes, en el momento de darle al cloroformo el nombre de

«anestesia», y están los fórceps de Levret y los gabinetes flamencos de materia médica. Abajo, están las fotografías de los traseros de unos pobres indios brasileños mostrando la gangrena pútrida del recto, endémica de las zonas pantanosas. Arriba está Jenner descubriendo la vacuna contra la viruela. Abajo, los niños que la viruela dejó ciegos. Arriba, está Ronald Ross descubriendo las medias lunas que aparecen en la sangre durante la malaria, y está Yersin descubriendo el bacilo de la peste bubónica y Koch con las manos bañadas de colorantes y el doctor Schweitzer junto al río Ogoué rodeado de gloria y de moscos. Abajo, están

estos mismos moscos, en reproducciones de cera gigantes: el anofeles, el simúlido, y los niños africanos y latinoamericanos que se mueren de paludismo y de la enfermedad de Chagas, y están los pobres indios colombianos atacados por las horribles leishmanias. Arriba, primo, arriba están Pasteur y Erlich y Bruce y otros cazadores de microbios tal como me los contó hace mucho tiempo Paul de Kruif, cuando yo no me daba cuenta de lo estúpido, lo servil y lo superficial que era todo lo que escribió De Kruif. Arriba, está el ilustre cirujano y biólogo y fisiólogo y escritor y Premio Nobel Alexis Carrel cultivando tejidos de

corazón de pollo y escribiendo La Incógnita del Hombre, antes de que yo supiera que él había aprobado las medidas tomadas en Alemania contra los retrasados mentales y los delincuentes. Abajo no están, pero deberían de estar, las fotografías de las víctimas de los nazis. Arriba, está Santiago Ramón y Cajal demostrando la individualidad de la célula nerviosa, y están las historias que escribió (antes de que yo me diera cuenta de lo cursi y lo ingenuo que había sido Cajal: está el hombre que tenía vista de microscopio y está el vengativo doctor Forschung) y están todos los instrumentos ópticos a los que el hombre se asomó para descubrir los

maravillosos adenovirus icosaédricos que cambian el color de las hojas del tulipán y los virus cristalinos del intestino y las bacterias como bastones dorados y los vibriones con largos flagelos y los microorganismos redondos de núcleos nevados que causan la muerte esférica y los que son indispensables para la vida y los protozoos y las rickettsias y los que viajan, presididos por un prestigio blanco, por la historia civil de las bacterias. Y abajo, están las fotografías de miembros viriles de muchachos con papilomas, de caras de mujeres con piodermias, de niños uruguayos y argentinos con el hígado y los ganglios

linfáticos hipertrofiados por causa del kala-azar y de enfermos de tifo murino y disenterías y oncocercosis. Arriba, está el cirujano Eparvier escribiendo *Los Milagros de la Cirugía*, y a quien yo leí antes de entender lo que quería decir cuando habla de los mutilados a causa de lo que llama «la horrible guerra de Ho Chi Minh». Abajo no están, pero deberían de estar, las fotografías de todos los indochinos asesinados por los franceses y los norteamericanos. Arriba está Alexander Fleming descubriendo la penicilina y está Eijkman el padre de la vitamina B y está Banting descubriendo la insulina y Domagk descubriendo el valor terapéutico del prontosil y están

Minot, y Evans y Wagner-Jauregg y Pasteur y las Farmacopeas antiguas y el libro de Francisco Hernández y la vida de Constantino El Africano y la historia del *aqua vitae* y la historia de la quina y de la zarzaparrilla y de la Organoterapia y de la Farmacodinamia. Abajo, deberían estar las fotografías de los convictos filipinos en los que el coronel Strong produjo el beriberi y los convictos de Misisipí en los que el doctor Goldberger produjo la pelagra, y deberían estar las fotografías de todos los etíopes, pakistanos, biafranos, guatemaltecos, hindúes, mexicanos y vietnamitas que han muerto de hambre, y debería estar la historia de las

medicinas de patente y de los laboratorios como Abbott, Squibb, Lederle, Lakeside, Parke Davis y tantos otros que se han enriquecido brutalmente comerciando con la vida y con las enfermedades, con el hambre y con la muerte. En fin, primo, que arriba está todo lo que yo había querido ver cuando me soñaba cirujano vestido de blanco como en un cuadro pintado por Bárbara Hepworth, bajo la luz de una lámpara escialítica que elimina todas las sombras posibles; cuando me soñaba Spallanzani realizando la primera fecundación artificial de la historia, Landsteiner descubriendo los grupos sanguíneos, el doctor Percival Pott con

su casaca verde-manzana y sus puños de chorrera de encajes recorriendo en trineo los nevados caminos de Kent. Y abajo, abajo está lo que nunca había querido, o podido, o sabido ver. ¡Casi me vuelvo demagogo de tanto ir a Hyde Park! te repito, y me repetí a mí mismo una vez más cuando estaba por llegar a México y contemplé esta horrible, inmensa ciudad, desde la única perspectiva desde la cual todavía puede verse hermosa y como un manto de terciopelo negro tachonado de piedras preciosas, como un enjambre de luciérnagas infinito, como un campo de zafir donde pacer estrellas: desde arriba y de noche. Porque desde abajo, y de

día, esta ciudad donde nos tocó nacer y vivir (y si aquí nos tocó qué le vamos a hacer, como dice Fuentes), es una ciudad enferma y monstruosa y gris y miserable: y su miseria sin luces y sin gemas, sin redención, se derrama por el valle y por las montañas y las selvas y los desiertos donde vive, pero muere más que vive y muere de amibiasis y parasitosis y gastroenteritis y hambre, nuestro pobre pueblo. Y la moraleja de todo esto, mi querido Palinuro, mi cuate del alma, no te la voy a dar yo. Recuerdo que la tía Luisa escribía en trozos de papel todas las moralejas de las fábulas que iba leyendo y las guardaba en una caja. Cuando tú, cuando

Estefanía o yo hacíamos algo malo o dejábamos de hacer algo bueno, sacaba una moraleja al azar. Claro que la mayor de las veces la moraleja no coincidía y era muy divertido. La diversión se acaba —afirmaba la tía— cuando la moraleja coincide. Pero esa responsabilidad te la dejo a ti: te la heredo, junto con mi chaleco. Ahora déjame que acabe de contarte...

Rumbo a Hyde Park iba yo, es decir, rumbo a la famosa Speaker's Corner de Hyde Park iba tu primo Walter a punto de transformarse en un costal de necesidades fisiológicas, pero contento y sobre todo asombrado, asombrado de ver tanta gente, tanto turista que iba a

ver la Aguja de Cleopatra o la Torre de Londres, de ver tanto *teeny-bopper*, tanto *punk*, tanto *teddy-boy*, tanto jipi, tanto *skin-head*, tanto juez con peluca blanca, tanto caballero de la Orden de la Jarretera, tanto yoga, tanta gente que iba a los Proms o al Roval Festival Hall, tanta que venía a Hyde Park a asolearse, hablar, comer o dormir, tanto inglés que iba a visitar a sus viejos a los asilos de ancianos o a sus locos al Maudslev, tanto samaritano. Dios mío, tanto miembro del Ejército de Salvación, tantos mini-héroes, tantos vegetarianos y *computerniks*, tanto *freaky* y tanto obrero, tanto lector de Gurdjieff y de Yoko Ono y tanta gente seria y

mendigos; asombrado a tal grado de ver tanto judío, tanto español refugiado, tanto irlandés católico y protestante, tanto poeta laureado, tanta gente en fin que en cualquier momento podía batir el récord mundial de comerse las uñas o de no bañarse, de cocinar el pudín de Yorkshire más desabrido del mundo o de partir la rebanada de *roast-beef* más delgada de la historia, de pronosticar el fin del mundo, de tocar gaitas, de no hablar sánscrito o de hablar mal inglés (nadie como los ingleses para destrozar su propio idioma) o el récord de pelar papas o de atragantarse con ellas, de querer a los perros o de masticar chicle, que cualquiera hubiera dicho que la

humanidad era un libro de los récords ambulante, que era un gigantesco circo, pero yo, tu primo Walter, dije No, están equivocados, me subí a una banca y les dije No, el verdadero circo es cada uno de nosotros, el verdadero circo —le dije a un auditorio de *rastafarians*, *black muslims*, ingleses nazis, turcos y muchachas que iban o venían de abortar — es nuestro propio cuerpo: ¡Los doscientos seis huesos —les dije— que se levantan unos sobre otros hasta formar la más alta de las torres humanas! ¡El miembro viril enano que se transforma en gigante! ¡El pubis barbado! ¡El corazón capaz de escupir trescientos litros de sangre por hora!

¡Las cuerdas vocales que hablan y cantan! ¡Los pulmones que ventilan doce mil litros de sangre por día! ¡Y por encima de todos, encerrado en una torre de hueso y de marfil, extraviado en sus propios laberintos, el fantasma que se cree amo y señor del circo, domador de su lengua y de sus nervios, pregonero de su voz, administrador de su estómago y su vesícula, malabarista de sus testículos, jinete de sus piernas: el hombre ilustrado que en cada circunvolución de su piel tiene tatuada una historia, un teorema o una ilusión: el cerebro! ¡El ingenuo, tirano y solitario cerebro que trabaja y se desvela haciendo equilibrios sobre la locura,

lanzándose al pozo de los sueños, dando saltos inmortales de un pensamiento a otro, y todo por amor a sí mismo y por amor a una vejiga, una glándula lagrimal y un páncreas que no le pertenecen, y que sin embargo orinan, lloran o transforman el azúcar por él o por ellos mismos, pero ciegos, mudos, sordos, sin saber qué hacen o por qué hacen lo que hacen, o dónde, cuándo, cómo lo hacen y sin que tú, Palinuro, sin que usted —le dije a un hijo de la luna, le dije a un italiano, le dije a un ángel del infierno, le dije a un alcohólico anónimo, le dije a un lord y le dije a un teósofo— sin que usted ni nadie pueda conocerlos y sin que ellos puedan conocerse entre sí para

agradecerse sus favores y servicios mutuos y celebrar su asociación delirante, irracional y fantástica: el corazón que reparte la sangre, la sangre que alimenta al cerebelo, el cerebelo que equilibra al esqueleto, el esqueleto que sostiene a los nervios, los nervios que le duelen al cerebro, el cerebro que mueve a los dedos, los dedos que alimentan a la boca, la boca que mastica para el estómago, el estómago que digiere para los músculos, los músculos que mueven a los pulmones, los pulmones que oxigenan a la sangre, la sangre que va al corazón y el corazón que reparte la sangre a través de arterias y capilares finos como cabellos para

completar, así, la red donde ha caído presa el alma; para cerrar, así, el círculo de la vida, el círculo mágico, insano, oscuro, magnífico y vicioso de la vida!

Mi largo paseo turístico por Londres — nunca fui otra cosa sino eso: un turista —, mi larga caminata por la flor de las ciudades, por el sucio y polvoriento Londres de Byron, por la ciudad de los mástiles, por la cámara de compensación del mundo, por el Londres, en fin, que el criado de Shallow quería ver cuando menos una vez antes de morir, primo, mi largo viaje de un día hacia el principio de una

noche que parecía que nunca iba a llegar, mi largo sueño de un día de verano, terminó en el Puente de Waterloo —no, no me atreví a orinar desde esa altura— y de frente al Támesis, de frente a la historia líquida que transcurría bajo mis pies, y en el momento en que estuve a punto de arrancar otra página del libro de Unamuno en donde habla sobre el ridículo y el heroísmo y hacer con ella un barquito de papel pegado con saliva, decirle adiós con un acento extraño y enviártelo por la tibia corriente del Golfo, con saludos, besos, abrazos y recuerdos para todos los parientes y los amigos. Pero no lo hice. Me quedé allí

hasta que se metió el sol —que salió, no lo vas a creer, nada más que para ponerse— y se encendieron las luces del alumbrado público que primero son rojas y después, cuando se calientan, son amarillas como la luz invernal. Recuerdo que allá, a lo lejos, en el puente de Westminster y más acá de las siluetas negras del Big Ben y las casas del Parlamento, a un farol le dio un ataque navideño: se encendía y se apagaba, se apagaba y se encendía, hasta que al fin se durmió, tranquilamente, en la sombra. También mis ilusiones murieron en Londres.

23. La Cofradía del Pedo Flamígero

De Molkas, Palinuro heredó la vulgaridad.

Una tarde, recuerdo, después de haber comido unas cuantas docenas de ostras que compramos en el mercado de San Juan adornadas con perejil y con iridiscencias de hielo picado, una lata de sardinas plisadas que mi amigo había guardado en el cajón de sus calcetines con previsión finlandesa y unos pasteles, estábamos bebiendo un aguardiente de

uva que ostentosamente llamábamos «coñac», cuando Palinuro eructó y después alzó la pierna izquierda, dijo «Con tu permiso, manito», y se tiró un pedo.

Yo, que no quería creer a mis oídos, le pregunté con toda ingenuidad:

«¿Te tiraste un pedo?»

«No: solamente la mitad —me contestó, imperturbable—. La otra mitad se me quedó atorada.»

«¡Cochino, puerco, atascado, cerdo!», le dije.

«Olamos intensamente, para que el olor se vaya más rápido», sugirió.

Yo no pude más y le arrojé la servilleta a la cara en señal de desafío,

como años antes lo hizo papá Eduardo con el tío Felipe.

«Esta injuria me la vas a pagar cara», me dijo desde atrás de la servilleta, blanco del coraje quizás porque la servilleta era blanca.

«Elige las armas», le contesté.

Palinuro se quedó pensativo y triste detrás de la servilleta. Al fin se la quitó de la cara, inaugurando una sonrisa:

«Las mismas que provocaron el desaguizado.»

«No te entiendo», Je dije, y es que de verdad no lo había entendido.

«¡Shhhh! No hables tan alto. Es un secreto.»

Se levantó, corrió las cortinas y

continuó:

«Te reto a pedos.»

«Por Dios, Palinuro, me decepcionas. Nunca pensé que fueras tan vulgar», le dije, y de verdad estaba yo decepcionado.

Palinuro se cubrió el rostro con las cortinas.

«Tienes razón —dijo, rojo de vergüenza quizás porque las cortinas eran rojas—. Yo, que en otro tiempo modulé cantares al son de leve avena...»

«Y no aciertas ahora, Palinuro, a distinguir el día de la noche», le contesté.

«¡Ah, pero se trata de algo bien

distinto! —dijo alegremente saliendo de atrás de las cortinas—. Algo que no sospechas.»

«Dudo mucho que puedas inventar algo más. Si quieres ganarte la simpatía de mi hígado, sírvenme otro aguardiente y cambiemos de tema.»

Pero Palinuro insistió:

«Nuestra competencia no estará relacionada, como tu mente pútrida te hace pensar, con el sonido, la duración o el olor.»

«¿Entonces con qué?»

«Con la luz y los colores. Sí, aunque pongas esa cara tan asombrada: la luz y los colores, como he dicho. Tú, que amas el color, tú que amas el amarillo

indio que se obtenía de la orina de elefantes alimentados con hojas de mango, tú que amas las tierras de Siena tostada, el azul Academia y los pardos Van Dyck; tú que como André Derain usas veinticinco colores en la paleta con la que te enfrentas a la vida, hermano, amarás la inflamabilidad de los pedos.»

«¿La inflaqué?», le pregunté, y los *Comentarios de las Guerras de las Galias* se me cayeron de las manos.

«No me hagas repetir una palabra tan larga, hermano. Lo que quiero decirte, simplemente, es que los pedos son inflamables.»

«Me estás tomando el pelo», le dije, muy serio, y reanudé mi lectura en la

página en la que Julio César cuenta cómo los britanos, para combatir, se pintaban de color verdinegro con zumo de gualda.

«Te juro que no te engaño: son inflamables. O en otras palabras, se encienden, se incendian, son devorados por las llamas.»

Fastidiado, dejé a Julio César encima de la cama, y cogí el segundo tomo de *A la Recherche* para deleitarme con los crisantemos de variados colores que Odette tenía en su salón de invierno. Palinuro miró por encima de mi hombro.

«¿Lo ves? No puedes escaparte a los colores. Has caído en las redes del arco iris. Pero no te preocupes: al final (o al

principio) encontrarás un pote con oro de Acapulco. Pues bien, como te decía, esta noche entrarás conmigo a la Cofradía del Pedo Flamígero.»

«¿Por qué tiene que ser esta noche? ¿Por qué no ahora mismo?»

«Porque los pedos, por lo mismo que son inflamables, son luminosos.»

«No te creo.»

«¿Qué puedo hacer para que me creas?»

«Vete al carajo», le contesté, sin despegar la vista de Odette, que en esa página estaba más bella que nunca.

«Veamos qué dice la enciclopedia acerca de los pedos», dijo Palinuro.

«Shhh... Habla más quedito: te va a

escuchar Madame de Villeparisis.»

Palinuro cogió el tomo P-Rob de la Enciclopedia UTEHA.

«Pájaro... paleontólogo... pancreatoenterostomía. Ah, carajo, esta palabreja sí que no me la sabía. Pasquín, pecaminoso, pedir... Ah, aquí está. No puede ser. Sí, sí puede ser. ¡Las sorpresas que da la enciclopedia, hermano! ¡No te imaginas! Mira lo que dice aquí: “pedómetro”... ¿Tú crees que se trata de un instrumento para medir la longitud de los pedos? Pues no señor: se usa para medir a los niños. “Pedofilia”. ¿Piensas que se trata de amor a los pedos? Te llevarás un chasco: el amor por la infancia. Pedofobia, por lo tanto,

no es el odio a los pedos (que yo encontraría bastante justificado cuando no se trata de los propios) sino el temor morboso a los niños y sus travesuras. ¿Y tú crees que la “pedopatía” es el estudio de las enfermedades de los pedos? ¿Tú crees que los pedos sufren de mal aliento, o que les da tos, que estornudan, que tienen flujo, que sufren de soplos cardíacos? Pues no señor: “pedopatía” es el estudio de las enfermedades de los niños. Luego sigue la palabra “Pedorrera” ¿Tú crees que pedorrera significa frecuencia o muchedumbre de ventosidades expelidas por el ano? Pues sí señor: eso significa. Pero ¡oh, sorpresa! Hay algo más: “pedorrera” se

le llama también, en Cuba, al ave *Todus multicolor*, de la familia de los tódidos. Insisto en que no podemos escapar del color», finalizó, cerrando la enciclopedia.

«¿Y qué hay de la inflamabilidad de los pedos?», le pregunté, alzando la vista y recorriendo de cuerpo entero a Odette hasta encontrarme con Palinuro.

«Nada, hermano, que tendré que hacerte una demostración empírica cuando llegue la noche. O quizás debería decir mejor: una demostración empirotécnica.»

Llegó la tarde, Estefanía, escuchamos *Eine kleine Nachtmusik*. En las lencerías del barrio los listones y los

bramantes desaparecieron en un deshielo súbito. Allá lejos, en la Plaza Mayor, los vendedores de gelatina entraron en cuarentena, y en los alrededores de los cagajones de bronce de Carlos IV, los periodistas armaron los escándalos vespertinos con epígrafes y palpitaciones. Y yo era aún incapaz de creer.

«Son las siete y media. ¿Persistes en tu incredulidad?», preguntó Palinuro, muy indignado.

«Persisto: ver para creer.»

«Bienaventurados los que no vieron, etc... Me limitaré, entonces, a mencionarte una serie de hechos incontrovertibles.»

«No veo el objeto —le dije—. Haz la demostración que prometiste.»

«En un asunto tan serio como éste, es necesario partir de la revelación teológica, aunque no sobran algunos conocimientos de filosofía y cierta cultura general. El filósofo francés Roscelino afirmó, por ejemplo, que un *universal* no es sino un *flatus vocis*, y D'Alembert escribió un tratado que se tituló Reflexión sobre la Causa General de los Vientos. Lo primero no tiene nada que ver con nuestro asunto, desde luego, y es muy probable que los vientos a los que se refería el segundo pensador fueran vientos de otros costales, como aquellos que Eolo entregó a Ulises

encerrados en un odre de piel de buey. A cambio, un versito que recuerdo de la traducción al español de la Historia de la Cirugía de Graham:

*Graves daños se siguen y
dolencias sin cuento
de guardar en el cuerpo leve
soplo de viento,*

lo mismo que la decisión del emperador Claudio, quien según Suetonio quería lanzar un edicto legalizando la emisión de pedos en todos los lugares y circunstancias, son cosas que sí tienen que ver con nuestro tema, aunque no

necesariamente con la inflamabilidad. Lo mismo, cuando menos uno de los libros encontrados por Pantagruel en la biblioteca de San Víctor: *Ars honeste petandi in societate*, o sea algo así como El Arte de Pedorrearse Decentemente en Público. Pero tú tuviste laboratorio de química...»

«Como todo hijo de vecino.»

«Claro, como todo hijo de vecino de la colonia Roma, Narvarte, o Polanco que puede darse el lujo de pagarse los libros y perder el tiempo estudiando los bajorrelieves del anhídrido carbónico, en lugar de ponerse a chambear y llevar unos pesos a su casa. Pero ésta no es la ocasión de hablar de estas cosas...»

«¿Entonces de qué?»

Palinuro ignoró mi pregunta olímpicamente:

«Habrás aprendido allí, en el laboratorio, que las sales de potasio y estroncio producen una llama roja...»

«No», le contesté.

«¿Te atreves a negar un hecho científico?»

«Cuando digo *no*, quiero decir, simplemente, que no quiero escucharte, y nada más.»

«Y que la sales de bario producen una llama verde...»

«No.»

«Y las de sodio producen llamas amarillas...»

«No.»

«Y el sulfuro de arsénico un blanco deslumbrador...»

«No», le dije, tan serio como me fue posible.

Llegó la noche, Estefanía, y los nómadas cotidianos regresaron a sus casas...

«¿Y qué me dices de los penachos de los ésteres bóricos?»

«No.»

Y los prelados, en sus templos, comenzaron a beber con sigilo sus chocolates espumosos...

«¿Y qué de las fugas de la aurora boreal que van de un polo al otro de la tierra, sobre los volcanes nevados?»

«No.»

Y en la Biblioteca Nacional las luces de mercurio triunfaron sobre la fama del Barón de Humboldt, el último hombre universal...

«¿Y qué de los infusorios fosforescentes, de las colonias de actinias o anémonas petrificadas que iluminan el agua?»

«No.»

«¿Y qué de los despertadores Westclox?»

«Tampoco.»

«Me limitaré entonces al análisis escueto de un pedo. Como tú sabes, cada pedo contiene como promedio cincuenta y nueve por ciento de nitrógeno y

veintiuno de hidrógeno, además de otros porcentajes menores de bióxido de carbono, metano y oxígeno, y por supuesto, algunas veces un poco de sulfuro de hidrógeno que es el responsable del olor a huevos podridos. Ahora bien, el hidrógeno y el metano, que son combustibles, mezclados en proporciones adecuadas con oxígeno, se vuelven explosivos. Se sabe de casos de explosiones habidas en los quirófanos cuando se aplica el termocauterio estando los intestinos abiertos. Se sabe, también...»

Y en el zoológico de Chapultepec, Estefanía, las osas mayores se durmieron sobre sus constelaciones...

Entonces Palinuro, desnudo como casi siempre que venía al mundo, se encaminó a la cómoda, abrió un cajón, sacó una vela, la colocó en un candelero, puso el candelero en el piso, encendió la vela, se puso unos bigotes postizos para parecerse Le Pétomane, se empinó de modo que su nalgatorio quedara a unos centímetros de la flama, y me dijo:

«Quizás, entonces, te convenzan los hechos históricos.»

«Quizás», le dije.

En el cuarto, en el edificio, en el barrio, Estefanía, en el universo, resonó entonces el espantoso grito de guerra de los galos:

«¡Sluagh-ghaaaaaaaairm!»

Y del culo de Palinuro surgió una fulguración roja y ardiente.

«¡Sí!», le dije.

«¡Batalla de Lepanto!», exclamó y se soltó un pedo verde y luminoso en forma de tirabuzón.

«¡Sí, sí, sí!», le dije y me bajé los pantalones, encendí un fósforo, me lo acerqué al trasero y grité:

«¡Trafalgar!»

Y un surtidor de la luz amarilla subió a lo alto y cayó sobre los hombros de los turistas transformado en una lluvia de chispas.

No sabes, Estefanía, la cantidad de batallas y escaramuzas que libramos

Palinuro y yo en la intimidad de la noche, la de refriegas, la de torneos y justas. No sabes, tampoco, la infinita variedad de colores, luces y formas que se desprendieron de nuestros cuerpos. Hubo pedos tornasolados y cambiantes como la luz zodiacal, pedos cóncavos y prietos, pedos rectilíneos y filosos, pedos añejos, pedos extravagantes, pedos incendiarios que hacían repicar las alarmas.

«*Chusseurs ardennais*», gritó Palinuro.

«¡No pasarán!», le contesté.

Y los hubo también opalescentes y jaspeados, magentas y solferinos, y hubo pedos suculentos que seguían la

arquitectura comestible de Gaudí y pedos de artillería pesada y de retrocarga, abrasadores y púrpura, pedos de asalto, pedos de asonada, pedos meteóricos y sórdidos, pedos oblongos y esponjados, pedos rutilantes, pedos estereofónicos y trasnochados, pedos vehementes y órficos: de todo hubo en ese cuarto donde ya nunca pudimos dormir en paz, donde en medio de la noche, cuando menos lo esperábamos, sonaba el grito de guerra de Palinuro:

«¡RAF!»

«¡*Lutwaffe!*», le contesté.

«¡*Genetrix!*», respondió Palinuro.

«¡Santiago!», grité, y me tiré una luz

de Bengala que brotó a borbollones como una Vía Láctea y tapizó de estrellitas las tapas de Amadís de Gaula y las Sergas de Esplandián.

Palinuro me respondió con un pedo ambarino, de bombardarda.

Y el cuarto, y con él de nuevo el mundo, se inundó de pedos como relámpagos y centellas que carbonizaron el pasto de la alfombra, de pedos lanzallamas, de pedos pardos y pedos morochos, de pedos azul celeste y de pedos con rosicler, de pedos cacofónicos, de pedos de gelignita y pedos de azufre, de pedos violados y voluptuosos, de pedos grisú y pedos de polvorín, de pedos melifluos, de pedos

anfibios y de pedos relativos en el estado intermedio entre la materia y la energía que desencadenaron una reacción volcánica.

«*¡Phantom!*», gritó Palinuro, en el colmo de la emoción.

«*¡Spitfire!*», contesté.

«*¡Savoia!*», insistió.

«*¡Panzerdivisionen!*», respondí.

«*¡Dios lo quiere!*», exclamó, imitando a Pedro el Ermitaño.

«*¡Limburgo, para quien lo ha conquistado!*», le respondí.

«*¡Ça ira!*», contestó.

«*¡Inglaterra y San Jorge!*»

Pero así como hubo pedos ditirámicos, pedos flagrantes e

ignipotentes, pedos desfigurados y pedos estridentes y verdinegros, pedos de francotirador, Estefanía, y pedos lívidos y chirriadores, también Palinuro y yo sostuvimos batallas más románticas, encuentros que recordaban la Guerra de las Dos Rosas, La Guerra de los Pasteles y La Guerra de los Bufones, porque hubo pedos coruscantes y artificiales como castillos y girándulas de fuego, pedos undívagos y undísonos como enjambres de luciérnagas que se desperdigaban por la noche infinita de los huertos góticos, pedos esteliformes, pedos bucólicos, pedos rubios y quintaesenciados, pedos meridianos, pedos inocentes en forma de anillos que

auroleaban nuestros traseros, pedos fotogénicos, pedos plácidos y espársiles, pedos tráfugas y pedos salados y risueños, pedos sincopados, pedos glaucos, pedos con eco y pedos resbaladizos y anaranjados como anguilas que se arrastraban por el suelo y buscaban, por instinto, los enchufes eléctricos.

«¿Te rindes?», le pregunté a Palinuro.

«¡Jamás!», me contestó, y se tiró unos pedos de retirada, casi crepusculares.

«¡Numance! ¡Liberté!»

Y con el tiempo, cuando el menor pretexto se transformó en *casus belli* y

nos iniciamos en los secretos de la logística, Estefanía, aprendimos a seleccionar nuestros alimentos para determinar el calibre de nuestra artillería. Porque así como nos dimos cuenta que las lentejas producen pedos fragmentados como confeti, y la coliflor metralla verde y letal, y las habas fuego de postas blancas, así, también, aprendimos que cuando comíamos quesos descompuestos, producíamos pedos fatuos y rancios de color azul heráldico; cuando bebíamos cerveza, nos tirábamos pedos espumosos con tendencias ultravioletas, y cuando almorzábamos faisán (y mientras más podrido mejor) nos salían pedos

superferolíticos que como el gran cometa De Chéseaux tenían varias colas multicolores que los seguían fielmente por los atlas estelares de Norton.

Tuve el orgullo de derrotar a Palinuro con un pedo huérfano y desfalleciente, núbil: uno de esos pedos tímidos de pan y agua, desnutridos y casi transparentes, subdesarrollados, que se desbalagan como fantasmas.

Palinuro se había quedado sin parque. Pero no se dio por vencido. Se enderezó, tarareó los primeros acordes de La Marsellesa y replicó:

«La France a perdu un George Bataille: elle na pas perdu la guerre.»

Y de Fabricio (pero sobre todo del primo Walter), Palinuro heredó la retórica. Porque después —no unos minutos ni unas horas después, sino varios días, semanas quizás; incluso sería mejor decir: varios Palinuros después—, mi amigo todavía de pie (más tarde lo vería arrastrándose por el resto de sus días, o quizá sería mejor decir por el resto de sus horas) y con la misma voz (pero no la misma voz de siempre, sino la misma que tendría de entonces en adelante), me dijo, muy serio:

«Nada de nada todavía. Estamos en espera de la respuesta. Los verdaderos

agitadores son la miseria, la ignorancia y el hambre. Los estudiantes nos estamos organizando para acabar con ellos. Las estatuas, como es de esperarse en caso de apuro, han sido testigos. Pero no las estatuas de Londres, hermano, sino las de México: ahora es nuestro turno. Ellas, tan acostumbradas a los avisos de variedades y a las parejas de enamorados, a las demostraciones folklóricas y a los niños con sus rehiletes de papel lustre, vieron, y casi puede decirse que sintieron. Por la levita y la peluca de circunstancias del Licenciado Verdad, siempre de pie en el Paseo de la Reforma y el Río Neva, pasaron ciertas ondas hertzianas en

busca de un continente: era la respuesta, que estaba todavía en el aire, confundida con los decretos flotantes, en tanto que algunos licenciados en derecho, provistos de plumeros tricolores, remueven el polvo de viejas constituciones y otras vastas necrópolis y eligen las leyes más ventiladas para hacer un ramo con ellas y regalárselo a los jueces en suspensión de garantías. Eso quiere decir que nos tienen miedo: los gobernantes conversos, los limosneros que mendigan un poco de unto presidencial, los escritores cenizos que ahogan en el tintero su sed de martirologio y con ellos los banqueros expertos en negocios churriguerescos,

los ministros tumefactos, los diputados y los senadores siempre de pie como órganos domesticados. En una de esas constituciones, abierta eternamente en las manos de Miguel Ramos Arizpe, diputado a las Cortes de Cádiz, y no lejos del primer macetón de malvones, los helicópteros que sobrevuelan la ciudad como abejorros verdeolivo, dejaron caer volantes olímpicos de varios colores, así como cagarrutas de monóxido de carbono, mientras Ramos Arizpe, con su recio corazón de musgo y la pátina que le han dado setenta y un años de inmovilidad, ve pasar a la gente que ve pasar a los automóviles. Unos eran el pueblo: carniceros, albañiles,

burócratas y vendedores de paletas, y otros eran los automóviles negros y brillantes, con molduras de cromo, faros de niebla y sirenas caracoleantes y adentro de ellos los mismos diputados porque según parece el Congreso en pleno se reunió todo un día en la cámara dorada de escaños verdes que recuerda el otoño de la Revolución. Nos tienen miedo, todos, y con ellos los ricos que temen la contaminación de sus herencias y de sus albercas y los que presumen de humillos plutocráticos y los apóstoles asalariados y los líderes campesinos y obreros y los militares veteranos dormidos en los afelpados dogmas de la misma Revolución. Ellos, todos, que en

la última de nuestras manifestaciones, ellos y los demás achichincles de testículos sedentarios, se asomaron a la balconería principal del Palacio y a las plateas subordinadas y se quedaron ciegos ante nuestro reverbero de valor cívico y se retiraron después a los interiores franceses como murciélagos que defienden sus reductos históricos y se chuparon los dedos olorosos a langosta para conmemorar la derrota de los estudiantes. Pero no, no nos han derrotado todavía. Haremos una nueva manifestación, vaciaremos el entusiasmo de quinientos mil corazones en la Plaza Mayor. El presidente ha dicho: Todo está en paz y un estudiante, tras un

torneo enlodado con un agente de la judicial, cayó muerto a la vuelta de la plaza sobre las naranjas y las rebanadas de sandía y sus cabellos, junto con un poco de sesos color violeta, acariciaron los cromos venturosos de uno de esos automóviles que se dirigían a la Cámara de los Diputados, y cuando un fotógrafo quiso dramatizar el sacrificio en Kodacolor para mostrar a los lectores extranjeros el matiz exacto de su suéter color mostaza y el rojo de la sangre y de la sandía, su cámara voló diez metros y se estrelló también transformándose en un galápago de resortes, esquirlas y cloruros de plata. Pero nos tienen miedo, hemos hecho temblar al

Gobierno desde la punta de los dedos gordos y a través de todos los cartílagos administrativos hasta la trompa presidencial, y la consternación se cuele ya, se está colando, por todas las nalgas de los Estados. Habría que haber visto, desde una posición privilegiada, la espada al aire y la arena sobre las rodillas y las arrugas de bronce, a todos aquellos señorones que apenas ayer recorrían a caballo los barrancos insolutos al grito de Tierra y Libertad y ahora tan empanzonados y con la curva de la felicidad propiciada por sus whiskies importadísimos bajando de sus automóviles negros y oceánicos y blindados con sus trajes domingueros

color azul almirante y corbatas plumizas, despidiéndose de sus amantes doradas y de sus mujeres que pluralizan sus carnes y sus perfumes en los interiores forrados con piel, las mismas mujeres que en las fiestas supernacionales, con faldas de chinas poblanas y otros adefesios flamantes enfrían la champaña presidencial con los resabios de sus afeites vidriosos. Pero habría que haber sido Hermenegildo Galeana y tener, además de un gran pistolón, deseos de volver a pelear desnudo y a machetazo limpio y con su batallón de negros para desperdigar a los realistas; habría que haber sido, para verlos, Guillén de

Lampan, que muy serio en la Columna de la Independencia, recordaba gracias al calor que hacía, su perdido imperio de la América Citerior y sus declaraciones de humo y chocolate escritas en las sábanas de la Inquisición, para verlos subir de dos en cuatro las escalinatas del recinto, a todos esos diputados de carteras de piel de tiburón y fistles de águila tuerta y sin faltar coroneles con las pecheras chorreadas de condecoraciones y charros terratenientes de espesor primitivo que trataban de ignorar el aroma oneroso, un poco a queso de puerco y otro poco a cebolla, un poco a níquel y otro poco a sangre y nóminas burocráticas, que

bifurcaba a la multitud a lo largo de las calles y las peluquerías y las tintorerías y las tlapalerías, mientras que afuera en el recinto, ignoradas o no ignoradas por los diputados, estaban las madrecitas de cabezas blancas recién salidas de un Diez de Mayo que, viudas de hijos, solicitaban los cadáveres de Juanito, dieciséis años, estudiante de ciencias biológicas, o Manuel, dieciocho, chaparro y prieto bachiller de humanidades y otros más; o cuando menos un recuerdo: el reloj que estrenó cuando entró a la preparatoria o los calcetines remendados con tanta devoción entre telecomedia y comercial, entre Maximiliano en los jardines Borda

y la ternura del papel higiénico Waldorf. Pero en vano: policías con toletes mecánicos y garabatosos bailaban un vals terrible alejándolas con una presión capaz de estremecer las cuerdas de los tendedores y echar a volar las camisas por la tarde. Las camisas y otras prendas, de manera que un brasiére quedó colgado de la mano que eternamente tiene extendida Cristóbal Colón para ver si está lloviendo. Pero si algo ha llovido últimamente, además de improperios y promesas antropomórficas, han sido bombas de lágrimas, ha sido un llanto amarillo que recorrió las calles de la ciudad, pero que no mojó ni los pies de Cristóbal

Colon ni las nalgas de Diana Cazadora que alternativamente púdica y deshonesto como todos nuestros patrimonios nacionales se entretenía lanzando flechazos garzos a los dirigentes de la Goodyear Oxo. Y yo mismo tengo un amigo, es decir: tema, a quien una bala sonrosada la desternilló el pecho, y allí esta, en el pavimento caliente donde se puede freír testículos de estudiante, a la espera de amoratarse en el anfiteatro y que le cuelgen del dedo del pie una etiqueta con nombre de soldado y apellido de niño héroe, y le asignen los años que se adivinan en sus dientes rotos y sus caries heliocéntricas. Pero nos tienen miedo: los Pegasos de

Querol, las Danaides de la Alameda, las diputadas que llegan a la cámara y que se despiden de sus perros de aguas recién salidos del pedigrí y de sus niños que van a la escuela con sus uniformes casi británicos: tienen miedo que les putamadremos sus Olimpíadas, acusan a la mala entraña de fuerzas exóticas de tratar de dejar a México desnudo de prestigio ante los ojos y los oídos avizores del mundo, y mientras tanto yo los he visto, yo he visto cómo a los estudiantes los encapucharon a empellón limpio y luego los muy soldados les hablaron golpeando a las costillas con las culatas y los pararon de espaldas a los muros de las escuelas y les gritaron

el preparen, el apunten y el fuego de salva sea la Patria, porque todo es posible en la paz. Y siguieron llegando los automóviles y sobrevinieron los agasajos y los saludos en el cruce de los peristilos y el vestíbulo, y vi más de un ministro que caminaba hacia la Presidencia dentro de la parábola holgada de sus millones y de su silencio, y vi líderes obreros con anteojos oscuros que parecían inofensivos y diputados encendidos y tímidos como tulipanes extranjeros y diputados que en cualquier momento podían ganarse el Premio Belisario Domínguez, y diputados con bigotes a lo hijo preferido de cualquier municipio y diputados que

bailaban como si tuvieran un billete de lotería enredado en las espuelas, y escaleras adentro, columnas, cortinajes de terciopelo y vitrales adentro del Capitolio, vi que el paraíso reventaba de ciudadanos preacondicionados a rascarse la trompa de Eustaquio con cerillas suecas y soportar toda una sesión interminable en tanto que los parlamentarios, todavía eructando sus *waffles* y sus chilaquiles desayunados en Sanborn's y en el Hilton, se disponían a transformarse en iguanas listas para dormir despiertas pues tal ha sido siempre la liturgia que remolca las sesiones parlamentarias, ocasionalmente traspasadas por las notas de un himno

nacional bastante desteñado que se escucha en las ceremonias de exclusiva patrioridad y en aquellas fechas que nos han empujado hasta los límites mismos de nuestra idiosincrasia. Y cuando un general que no tenía ningún ojo de vidrio hizo un llamado a la ley y el orden y pidió el apoyo de la Cámara para el señor presidente, ese hombre solitario que carga sobre sus espaldas las enormes responsabilidades de toda una Nación —dijo— lleno de misericordia exacta para su pueblo descalzo, sus juanes valientes y una juventud descarriada que él trata de arrastrar al buen camino a punta de consejos, la moción fue coreada con

esplendor y hubo tales derrames de aplausos que el caliche se desprendió de la cúpula de la Cámara y cayó sobre las calvas venerables de los veteranos de la Revolución. De inmediato algunos voluntarios recorrieron las filas de escaños pidiendo una limosna de silencio a fin de que el inaugurador pudiera leer la orden del día, venida como siempre y por teléfono directo desde arriba de los pinos en donde el presidente, con las crines de la República en la mano, despepita sus mandatos trompetarios para enfilear todo el mundo a la derecha o a la izquierda según el humor de Washington o los presentimientos numismáticos de los

jerarcas del partido. La furia está ensimismada y los políticos se espetan discursos de quince mil vivas México. Pero volveremos a organizamos para acabar con el hambre, la ignorancia y la miseria, y volverán a escucharse los cantos de los estudiantes que alegraban a las palmeras de las glorietas y a los Volkswagen y los cocodrilos verdes que se arrastraban por la calle del Río Amazonas y por la calle del Río Eufrates y por el Danubio y por el Sena, los cantos que subían hasta los faroles y hasta las oficinas de información de la embajada norteamericana y los quintos pisos de los hoteles donde los turistas contemplaban ese acontecer insólito

para recuperar después los *mezzanines* y los bares de los *roof-gardens* y comentar, entre las agruras heladas de un martini, los instantes vivos. Todo degeneró, o al menos por aquel día, en una comilona: Cámara adentro los diputados hicieron un receso y devoraron sus lonchas a mandíbula batiente, y Cámara afuera llegaron los torteros y los taqueros, y todo el mundo: las cabecitas blancas, los vendedores de banderitas de ciento y pico de países que confirmaban la cosmopolitad de nuestra patria —las mismas que ondeaban en las instalaciones Olímpicas cinco veces admirables—, y los chóferes aborígenes de los diputados y

los aspirantes a diputados que habían llegado tarde al presupuesto nacional y los vendedores de globos con sus metáforas redondas y los vendedores de matracas y escudos futboleros: todos, incluyendo a los policías y a los granaderos y a muchos, muchísimos estudiantes, sucumbieron al picnic. Pero esos son los estudiantes que tendrán que esconderse de ahora en adelante. Que tendrán que meterse en los aparadores de las tiendas internacionales y comprometerse a ser maniquís por el resto de sus vidas, o que tendrán que esconderse en los frontispicios anónimos de universidades extranjeras, en los escombros de la gramática y en

los puestos de gobierno.»

«Palinuro —le dije—, no entendí una sola palabra.»

«Ese es el problema: que nadie entiende —me contestó—, pero ven a verme después de la manifestación y te contaré.»

Y es que Palinuro era así, siempre fue así: todo lo que decía en serio parecía de broma, y todo lo que decía de broma parecía en serio.

Antes, sin embargo, de que sus amigos Molkas y Fabricio olvidaran para siempre a Palinuro, antes de no saber que nunca —o quizás nunca— habían

conocido al verdadero Palinuro, tuvieron oportunidad de vivir con él la última de dos grandes aventuras. A la Cueva de Caronte se llegaba por un túnel, una especie de socavón de unos diez metros de largo y menos de un metro de diámetro que comunicaba un sepulcro vacío con una de las secciones de la antigua fosa común del Panteón de Dolores. Allí, al final del túnel, el viejo había excavado una especie de espelunca que servía de bodega para todos los huesos que podían encontrarse con sólo escarbar un poco aquí o un poco más allá. Pero no era fácil hallar un esqueleto completo en esa mina de huesos. Tampoco, encontrar piezas en

buenas condiciones. Gracias a la aridez de la tierra, los huesos estaban limpios; pero esta misma sequedad se encargaba de destruirlos. Algunas veces, huesos que parecían íntegros: un fémur, una tibia, apenas entraban en contacto con el aire, se hacían polvo. Pero todo aquel que deseaba probar suerte en la Cueva de Caronte podía hacerlo cuando quisiera, con tal que pagara la tarifa establecida por el viejo. El precio de los huesos era aparte, según la calidad y el peso: Caronte los vendía por kilo. Todo, además, estaba previsto: como el túnel sólo permitía el paso de una persona que debía arrastrarse a lo largo de los diez metros, Caronte se las había

ingeniado para construir un aparejo de poleas que transportara los huesos, por medio de un pequeño costal enganchado a una cuerda y que iba o venía, según se tiraba de la cuerda para uno u otro lado. Los muchachos dejaron que el azar decidiera cuál de los tres iba a ser el héroe que debía arrastrarse a la media noche por el túnel con el riesgo no sólo de que los denunciaran y los pescara la policía (aunque ése era un riesgo que corrían los tres) sino lo que era peor, de que el túnel o la cueva se le cayeran encima y lo enterraran vivo (y ése era un peligro que sólo correría uno de ellos, por más que Caronte juraba que todo estaba perfectamente apuntalado).

Tiraron las monedas al aire «Sol», dijo Molkas. «Sol», dijo Fabricio. «Águila», exclamó Palinuro. «Perdiste: tú tendrás que ir a la Cueva de Caronte.» «No, yo gané: yo tendré que ir a la Cueva de Caronte», dijo Palinuro, a quien desde niño le gustaba lugar pensando que era un soldado de la primera guerra mundial (pero pensando en realidad que era el tío Esteban), y que venía, arrastrándose pecho en tierra, desde los Balcanes y la Hélade y se abría camino hacia Salónica por el laberinto de césped, incorporando a sus rodillas los rizomas subterráneos y con la camisa abierta a las balas y los caballitos del diablo. ¡Ven, ven! le gritaba desde el otro extremo del jardín

y del mundo un amigo de cuyo nombre ya no se acordaba. Pero Molkas, envidioso, pronosticó que tendrían que hacer varios viajes a la Cueva de Caronte si iban a cumplir con su propósito de juntar todos los huesos de un esqueleto, y que por lo tanto, se irán alternando. Sin embargo la suerte de Palinuro fue tanta, que bastó con una sola vez. Molkas revisó la lista: «Pala de mano y martillo macho, ¿qué es eso?» «Un martillo de minero.» «Mmm... pala de mano, martillo macho y lámpara de cabeza. ¿Cómo que de cabeza?» «De las que se ponen en la cabeza, bruto.» «Ah, lámpara de cabeza, vértebras, papel, lápiz, costillas, mariguana...» «¿Quién

escribió aquí: “mariguana”?» «Yo», confesó Palinuro. «No hace falta. En el Panteón de Dolores se da silvestre, como los cacomites y las caléndulas... Costillas, mariguana, una botella de Bacardí... ¿No será mejor dos botellas?» «Con una basta.» «Una botella de Bacardí, cuerdas, fémures... ¿Por qué carajos pusieron todos los huesos en la lista? Hubieran hecho una lista de todo lo que necesitamos llevar, y otra de todo lo que necesitamos traer, ¿no les parece?» «De todos modos cada uno de nosotros tiene que llevar consigo todos sus respectivos huesos.» «En tal caso, lo que más necesitamos, y bien puestos, son huevos.» Fabricio le quitó

la lista a Molkas y escribió: «Huevos.»

Palinuro cerró la boca del costal, jaló la cuerda y lo envió a sus amigos, junto con un mensaje que decía «Envióles doce costillas. Punto. Sospéchase costilla de Adán una de ellas. Punto». Tres minutos después llegó la respuesta junto con la botella de Bacardí: «Brindamos ya a la salud de la costilla de Adán, toma un trago y regresa la botella. ¿Por qué escribes en forma de telegrama?» Molkas y Fabricio, en el otro extremo del túnel, el que daba al sepulcro vacío, abrieron la boca del costal y se encontraron un hueso sacro y el siguiente mensaje: «Envióles hueso sacro. Punto. Mensajes por cable

carísimos: Dos puntos: Necesario ahorrar palabras.» Los amigos enviaron el costal vacío sin ningún comentario. A los dos minutos, regresó con un ilíaco, tres vértebras, y un par de fémures: «Sospéchase fémures emperador Cuauhtémoc. Punto. Comunicar Sociedad Geografía e Historia.» La respuesta no se dejó esperar: «Cubrirémonos de Gloria. Punto. Necesario brindar salud emperador. Punto. ¿Dónde carajos está la botella? Signo de interrogación.» La botella regresó con dos o tres tragos menos y «Oh maravilla —cablegrafió Molkas— una calavera completa. Signo de admiración.» «Sospéchase —dijo

Palinuro en su siguiente mensaje (al que acompañaron una tibia y un húmero)—sospéchase calavera Benemérito Benito Juárez.» «Pendejo: Dos puntos: Benito Juárez está enterrado en el Panteón de San Fernando. Punto.» Un minuto de silencio. Los dos amigos abrieron el costal y se encontraron con un par de ilíacos en magníficas condiciones, y un mensaje de Palinuro: «Sospéchase ilíacos Padre de la Patria Miguel Hidalgo.» Palinuro, en el otro extremo del túnel, solo y acompañado de los huesos de todos sus ancestros, abrió el costal: «Pendejo. Dos Puntos: Sospéchase son ilíacos de mujer.» «Entonces —respondió Palinuro—,

deben ser los ilíacos de La Madre de la Patria», y comenzó a ensartar (pasando una cuerda por los agujeros respectivos) todas las vértebras lumbares, dorsales y cervicales que había encontrado, y que no necesitó meter en el costal: se fueron a lo largo del socavón, como el esqueleto vivo de una serpiente cascabel. «Necesitamos vértebras sacras», dijo el mensaje. «Necesito aire.» Contestó Palinuro. La respuesta llegó en el costal, junto con la botella: «La mitad de arriba de esta botella está llena de aire. La mitad de abajo, de Bacardí. Tómate la mitad de arriba.» «No me hacen maldita gracia sus pinches chistes», dijo Palinuro cinco

minutos después asomándose al otro extremo del socavón. «¡Fiuuuuu! Nunca pensé que uno podría sentir tanto alivio al entrar en un sepulcro. ¿Qué horas son?» «Las dos y media.» «Tenemos tiempo de sobra.» «Si quieres, yo voy ahora», dijo Fabricio, que siempre había querido escaparse de un campo de concentración. «No, *yo* perdí, *yo* voy», contestó Palinuro, se ajustó la cuerda que le rodeaba la cintura, encendió la lámpara, y comenzó a arrastrarse de nuevo por el túnel. Cuando llegó a la Cueva de Caronte, siguió excavando. A continuación Fabricio y Molkas recibieron dos astrágalos, un sinnúmero de falanges, metacarpios y

metatarsianos, dos rótulas, una piedra que Palinuro confundió con una rótula, una tibia que Palinuro pensó que debía ser de Emiliano Zapata —«Zapata está enterrado en Cuautla», cablegrafió Molkas—; un calcáneo que Palinuro pensó debía pertenecer a Pancho Villa —«Pancho Villa está enterrado en Parral», aclaró Fabricio—. «¿Que no está en la Rotonda de los Hombres Ilustres?», preguntó Palinuro en un mensaje con respuesta pagada. «No me extrañaría en lo más mínimo —contestó Molkas—, allí ni están todos los que son, ni son todos los que están;» además de dos o tres peronés, dos vértebras Atlas y otra tibia que Palinuro pensó

debía ser de Miramón. «Miramón — escribió Molkas— no está aquí, sino en la Rotonda de los Traidores Ilustres», además de varios húmeros, cuñas y huesos cuboides que podían haber pertenecido a mamá Clementina, a Hernán Cortés, a la corregidora Ortiz de Domínguez o al abuelo Francisco, si — como Fabricio se encargó de recordarle a Palinuro— la tía Clementina no estuviera en el Panteón Jardín, Hernán Cortés en el Hospital de Jesús, la Corregidora en Querétaro y el abuelo Francisco en el Panteón Francés de La Piedad. «Conclusión. Dos puntos: único hallazgo importante huesos emperador Cuauhtémoc y costilla de Adán»,

cablegrafió Palinuro. «Imposible demostrar autenticidad», contestó Molkas. «Imposible demostrar no-autenticidad», contestó a su vez Palinuro. Como respuesta, llegó la botella. «Salud», cablegrafió Palinuro. «Salud», decía el mensaje que llegó dos minutos después.

Nunca se había visto a Molkas tan feliz. «¡Tenemos cuando menos un esqueleto y medio!», exclamó mientras comenzaba a ordenar los huesos en el piso del cuarto de la Plaza de Santo Domingo. Y sí, tenían, además, de unos cuantos huesos repetidos, casi un esqueleto completo al que sólo le faltaban si acaso una o dos vértebras o

algún hueso del pie. «A cambio de ello —se quejó Palinuro—, está formado por huesos de distintas personas de distintas edades. ¿No lo ven ustedes un poco deforme?» «Bueno —dijo Fabricio filosóficamente—: si la vida no es perfecta, no podemos esperar que la muerte lo sea.» «¿Y esto qué diablos es?», preguntó Palinuro. «Una quijada de perro.» «¿Y qué carajos hacía allí?» «Quizá lo enterraron con su dueño», dijo Molkas. «Quizás es el primer *Cancerbero* que tuvo Caronte.» «Quizás —agregó Fabricio— es el perro que acompañó a Quetzalcóatl durante su viaje a Mictlán, la tierra de los muertos.» Y acordándose de las

huesotecas de las universidades norteamericanas, que para identificar los huesos que prestan a los estudiantes los tiñen de diversos colores, preguntó: «¿De qué color vamos a pintar a nuestra muerte?» «De rosa mexicano», propuso Palinuro. «¿No sería mejor?...» «De rosa mexicano, punto.» «Bueno —dijo Fabricio, aunque esta vez menos filosóficamente—: si hay una Vida en Rosa, ¿por qué no va a haber también una Muerte en Rosa?»

24. Palinuro en la escalera o el arte de la comedia

(Obra en cuatro pisos con un prólogo en la planta baja, un epílogo en un desván y varios intermedios sorprendidos.)

(La realidad está allá, al fondo. La realidad es Palinuro, que comenzó arrastrándose en la Cueva de Caronte y nunca más se levantó. La realidad es Palinuro golpeado, en la escalera

sucia. Es el burócrata, la portera, el médico borracho, el cartero, el policía, Estefanía y yo. El lugar que le corresponde a esta realidad es el segundo plano del escenario. Los sueños, los recuerdos, las ilusiones, las mentiras, los malos deseos y las imaginaciones, y junto con ellos los personajes de La Commedia dell'Arte: Arlequín, Scaramouche, Pierrot, Colombina, Pantalone, etc.: todo esto constituye la fantasía. Esta fantasía, que congela a la realidad, que la recrea, que se burla y se duele de ella y que la imita o la prefigura, no ocurre en el tiempo, sólo en el espacio. Le corresponde el primer plano del

escenario.)

PRÓLOGO

(Una calle. La fachada del edificio de la Plaza de Santo Domingo en la ciudad de México. Es de noche. Se apagan, una tras otra, las luces de las ventanas. Se oyen las campanadas de un reloj que da las tres de la mañana. Entra La-Muerte-Ropavejera con un gran sombrero de plumas y con sus ojos luminosos y su esqueleto color de rosa, arrastrando una carreta llena de faldas, medias, sombreros, capas y otras prendas de ropa y pedazos y

miembros de maniqués, lámparas y fierros viejos...)

LA-MUERTE-ROPAVEJERA:

¿Camisetas? ¿Quién quiere camisetas con la «U» de la Universidad? ¿Quién quiere unos calzones verdes? Señoras y señores, secretarias y sargentos: ¿Quién quiere una nariz de escritor? ¡Vendo chalecos de futbolista! ¡Vendo orejas de aviador, codos de corista! ¡Compro bufandas de pistolero! Señoras y señores, titiriteros y geólogos, lingüistas y afanadoras: vendo abrigos de psiquiatra, compro muslos de acróbata, vendo nalgas de director de orquesta, compro máscaras de traidor...! ¡Señoras

y señores, diputados y albañiles,
lecheros y marmolistas, arquitectos y
enfermeras: vendo todo, compro todo!
¡Compro vidas usadas, vendo muertes
nuevas! ¡Compro vidas tristes, vidas
fracasadas, vidas famosas, y las cambio
por muertes de colores, por muertes
heroicas, por muertes desconocidas! ¡O
se las vendo al contado, señores; se las
vendo a plazos y con descuento,
señoras! ¡Las vendo al mejor postor!
¿Quién da más, señoras y señores,
diputados y pintores, veterinarios y
ciclistas? ¿Quién da más por una
Muerte-en-la-Plaza? ¡Vendo axilas de
industrial y botas de granadero!
¡Compro domingos de oficinista! ¿Quién

da más por una Muerte Sorpresa? (Se quita el sombrero y se pone una peluca de bucles rubios) ¿Quién da más por una Muerte-Niña? (Se quita la peluca y se pone unas pestañas postizas) ¿Quién da más por una Muerte-Bella? (De la boca le salen moscas azules; de los ojos, mariposas de gusanos de seda. Se va gritando su pregón milenario. Por un lado entra Scaramouche disfrazado de estudiante, aunque lo denuncian su antifaz y su larga cola de lentejuelas negras. Por el otro lado entra Arlequín, también disfrazado de estudiante, aunque lo denuncia su máscara negra de diablo michoacano.)

SCARAMOUCHE: ¡Ustedes, Los
Arañas: chinguen a su madre!

ARLEQUÍN: ¡Ustedes, Los
Ciudadelos: chinguen a la suya!

(Se traban en una pelea a colazos y sombreroazos. Entra Pantalone, con su casco de granadero y su máscara de diablo blanco.)

PANTALONE: Entro yo, disfrazado de granadero...

(Entra el Capitano Maldito, con casco de granadero y su máscara de diablo verde.)

EL CAPITANO MALDITO: Entro yo, también disfrazado de granadero.

LOS DOS: ¡Y los dos, juntos, les damos a los estudiantes hasta por debajo de la lengua!

(Les sacan de la boca, a Arlequín y a Scaramouche, unas larguísimas lenguas de seda roja, y las pegan por abajo. Con cada golpe brotan chispas y fuegos artificiales. Entran Colombina y Pierrot. Colombina tiene un vestido de paloma blanca hecho de plumas. Pierrot, un traje de papel crepé color de rosa.)

COLOMBINA: ¡Vean ustedes cómo les pegan a los estudiantes! ¡Vean cómo les brotan chispas que plasman helechos en el cielo!

PIERROT: ¡Vean cómo les descalabran el remolino ardiente del pelo, cómo les desquician el perfil!

(Salen Colombina y Pierrot. Salen también Pantalone y el Capitano Maldito, arrastrando a Arlequín y a Scaramouche.)

ARLEQUÍN *(mientras lo arrastran)*: ¡Sí, sí: vean, vean, para que después no digan que no vieron!

(Entra La-Muerte-Autor con su carreta y sus anteojos de intelectual. Llega hasta el centro del escenario y le hace una reverencia, al público.)

LA-MUERTE-AUTOR: Lo que acaban ustedes de ver, señoras y señores, damas y caballeros, verduleros y costureras, ingenieros y monjas, es un avance de la obra Palinuro en la Escalera. Este pequeño episodio se titula a su vez «La Pelea entre dos Escuelas». Gracias a esta pelea, tuvimos conflicto estudiantil, tuvimos personaje y tuvimos obra... *(hace una reverencia)* Y lo que están viendo ustedes en este preciso momento, de cara a cara, es a

LA MUERTE. Porque yo, señores, soy La-Muerte-de Todos (*señala al público*) soy La-Muerte-de-Usted. La-Muerte-de-un-Estudiante. La-Muerte-de-un-Coronel. La-Muerte-Calaca. La-Pálida-Enlutada. La-Putilla-del-Rubor-Helado que tarde o temprano me los voy a llevar, a TODOS al diablo (*un escalofrío azul recorre el escenario*). Pero mientras tanto, mientras les llega la hora, señoras y señores, oculistas y almirantes, locutores y tenderos, mientras les llega la hora de irse conmigo al diablo, los invito a ser personajes de esta obra, en el momento en que se atrevan, se les antoje, o no tengan más remedio... ¡Ah! No se

preocupen por los vestuarios: aquí, en mi carreta y como ustedes ya han visto, tengo todo lo necesario para que se disfracen: ¡tengo pantorrillas de filántropo, tengo sombreros de optometrista, bigotes de esquizofrénico! *(se pone su sombrero de Muerte-Ropavejera)* ¿Quién me compra casacas de ministro? ¡Vendo sudarios de estudiante! *(comienza a salir del escenario)* ¿Costillas que vendan? ¿Gabardinas de Agente de la Secreta? *(se detiene por unos instantes)*... Y por supuesto, señoras y señores, hacendados y prostitutas: de lo que tienen que decir, ¡hay que preocuparse todavía menos! ¡Todo se inventa! ¡Todo es

improvisado! Lo único que hay que saberse, damas y caballeros, cartógrafos y traductores, es el argumento... Palinuro en la escalera... Palinuro golpeado por un tanque: ¡eso es todo! ¡así de simple! *(sigue saliendo)* ¡Compro vidas usadas! ¡Vendo muertes nuevas! *(se pone unos guantes y un monóculo)* ¿Quién quiere una Muerte-Elegante? *(Se lleva a la boca un espantasuegras y lo sopla)* ¿Quién quiere una Muerte-en-Broma? *(Sale.)*

(Entran de nuevo Pantalone y el Capitano Maldito disfrazados de granaderos, cargando una escalera portátil. En ella, bocabajo y con los

brazos y las piernas colgando hacia afuera, va Arlequín, con su traje de rombos hecho con retazos de sarapes y colchas. Pantalone y el Capitano Maldito dejan la escalera en el suelo, con todo y Arlequín, y salen. Entra Colombina, con su antifaz de plumas de paloma.)

COLOMBINA: ¡Oh, pobre de ti, Emperador de la Luna! ¡Pobre de ti, Arlequín, Servidor de dos Patrones! ¿Qué fue de tu astucia y de tus acrobacias?

(Baja una media luna colgada del techo y queda suspendida arriba de

Arlequín. Sentado en ella está Pierrot con su antifaz violeta de papel lustre, y un laúd.)

PIERROT: ¿Qué fue de tu lealtad y de tu carácter mercurial? ¡Oh, pobre de ti, Arlequín, Rey de los Leones, Príncipe Travestista!

(Sale Colombina. La luna sube y desaparece junto con Pierrot. Entra Tartaglia con su gorra de cartero y su máscara de diablo azul en un monociclo, cargando un gran sobre blanco.)

TARTAGLIA: ¡Una CACA! ¡Una

cacarta PAPA! ¡Papara! ¡Para Arlequín!

ARLEQUÍN: ¿Me la puede leer, por favor? Estoy muy débil...

TARTAGLIA: *(arrojándole la carta)*

¡LELE! ¡LALA! ¡Léela TUTU! ¡Léela tú, huevón!

(Tartaglia sale en su monociclo. Arlequín, resignado, se incorpora, y se sienta en la escalera. Tiene unos enormes testículos de rombos a colores. Abre el sobre, el cual explota. Un humo negro cubre toda la escena.)

EL PRIMER PISO

(Nos encontramos en la realidad. El escenario es el interior del viejo edificio de la Plaza de Santo Domingo en la ciudad de México. Está oscuro. En la penumbra se distingue apenas el descanso del primer piso y la escalera —de dieciséis tramos— que sube hacia el segundo piso. Al fondo, las puertas de los departamentos numerados del 1 al 4. La fecha de la acción es un miércoles 28 de agosto. El año, considerando que Palinuro vivió simultáneamente en varias épocas, pudo haber sido cualquier año perteneciente a un pasado conocido o a un futuro invisible. Digamos —pero

esto es sólo un decir— que es 1968, el año en que la ciudad de México se vistió de albercas olímpicas y de palacios de cobre... el año en que el polvorín de la Revolución de Mayo de París cundió por el mundo como un río galvanoplástica...)

LA VOZ DE ESTEFANÍA: ¡Oh, hay algo aquí!

(Se escuchan ruidos de gente que sube por las escaleras.)

MI VOZ: ¡Soy yo, no seas tonta!

LA VOZ DE ESTEFANÍA: No, no: hay alguien tirado aquí, en la escalera...

(Yo enciendo un fósforo. Se ve a Palinuro, tirado en los últimos escalones que vienen de la planta baja. Tiene puesto su chaleco de colores.)

YO: ¡Qué barbaridad. Palinuro ya volvió a las andadas!

ESTEFANÍA: ¡Qué borrachera se puso, por Dios! ¡Y tanto que nos prometió que no volvería a hacerlo!

PALINURO *(levantando la cabeza)*: ¡Yo no estoy borracho ni un carajo: estoy herido!

(Palinuro se arrastra por el descanso. Estefanía y yo nos sentamos en los primeros escalones que

conducen al piso de arriba, esperándolo. El fósforo se apaga.)

MI VOZ: Sí, me imagino, Palinuro: te resbalaste con una cáscara de tequila.

LA VOZ DE PALINURO: Para que se te quite lo estúpido, enciende la luz y mírame.

MI VOZ: El foco está fundido. Llevo una semana diciéndoselo a la portera, y no lo ha cambiado.

LA VOZ DE PALINURO: Imbécil. El que está fundido es el de la planta baja. ¡Enciende la luz, te digo!

(Yo camino unos cuantos pasos y enciendo la luz.)

ESTEFANÍA (*reclinada sobre Palinuro*): ¿Ya viste como está Palinuro? ¡Tiene la cara llena de sangre!

YO (*acercándome a Palinuro*): ¡Y los ojos como bombones mal paridos! ¿Con quién fue la bronca, amigo?

(*Palinuro sube, arrastrándose, tres escalones.*)

PALINURO: En este croquis honorífico puedes leer lo que tú quieras. Me pasó una paliza, y casi me pasa un tanque. He llegado hasta aquí arrastrándome y no puedo más. Me molieron las costillas y las piernas.

YO: Déjame que te ayude...

(Se oye una puerta que se abre y se cierra.)

ESTEFANÍA: ¿Quién anda ahí abajo?

LA VOZ DEL DOCTOR *(desde la planta baja)*: El doctor del 14, ¿quién anda ahí arriba?

ESTEFANÍA: ¡Ah!, ¿es usted doctor?
Venga, por favor.

(Palinuro conquista dos escalones más. Se oyen los pasos del doctor, subiendo la escalera que viene de la planta baja.)

YO: Déjame que te ayude, te digo, puedes tener un hueso roto...

(Por toda respuesta Palinuro sube arrastrándose tres escalones más. Por el hueco de la escalera que viene de la planta baja, asoma el doctor, borracho.)

EL DOCTOR: ¿Un hueso roto? ¡Cuidado, puede ser una fractura en pico de clarinete!

(El doctor desaparece, y se oye el ruido de alguien que rueda las escaleras.)

LA VOZ DE LA PORTERA *(desde la planta baja)*: ¿Qué escándalo es ése? ¡No dejan dormir!

(Se abre la puerta del departamento 2 y sale el cartero, en pijamas de franela rayada.)

EL CARTERO: ¿Qué desean? ¿Quién tocó? ¿Está borracho el joven? Hay que darle un café negro bien cargado y ponerle hielo...

LA VOZ DE UNA VECINA *(desde muy lejos)*: ¿Quién es? ¿Son ustedes, hijos?

ESTEFANÍA: ¿Pero cómo quieres subir solo, Palinuro, si ni siquiera puedes levantarte?

PALINURO: ¡Déjenme, déjenme, quítense de mi camino!

EL CARTERO: Si quiere, joven, podemos cargarlo entre los cinco. Es

decir, entre los cuatro. Pero si no quiere, haga de cuenta que no dije nada, no se vaya a ofender, se lo suplico... Le voy a decir a mi mujer que le haga un café bien cargado. (*Se mete a su departamento.*)

(Se oyen de nuevo los pasos del doctor subiendo la escalera. A su vez, Palinuro sube, arrastrándose, hasta el escalón número 12, y todos subimos también para quedar a la misma distancia.)

PALINURO: Te digo que he venido arrastrándome por calles enteras, así que no veo por qué no pueda arrastrarme

unos cuantos pisos... Y ustedes, díganme: ¿adónde diablos fueron mientras a mí me apaleaban en el Zócalo? ¿En dónde estaban?

(Se quedan congelados bajo una luz azul. En primer plano, entra Colombina con su vestido blanco de paspartú. La persigue Scaramouche, con traje de lentejuelas negras, y con una larga cola de gato negro.)

SCARAMOUCHE: ¡Dame un beso, Colombina!

COLOMBINA: ¡Arriba los estudiantes!

SCARAMOUCHE: ¡Dame un beso, Colombina!

COLOMBINA: ¡Abajo los granaderos!

(Por fin, Scaramouche alcanza a Colombina y le da una nalgada. Colombina lo sienta de un bofetón. En la nalga de Colombina queda pintada la mano negra de Scaramouche. En la mejilla de Scaramouche queda pintada la mano blanca de Colombina. Esta hace una reverencia al público.)

COLOMBINA: ¿Que dónde

estábamos? ¿Que qué hicimos mientras Palinuro se quedó en el zócalo? ¡Nos divertimos como locos! Organizamos un baile de disfraces en la Escuela de San Carlos. Claro que eran disfraces humildes, improvisados... ¡Cuéntales, cuéntales, Scaramouche, cómo nos divertimos en el baile! ¡Si lo sabes contar bien, te premiaré con un beso! Estaba allí todo el mundo...

(Entra al escenario una caja de madera que alguien empuja con un palo largo. Scaramouche

se sube a ella.)

COLOMBINA: Estaba allí el Presidente... bueno, estaba un estudiante disfrazado de Presidente... estaba Napoleón Bonaparte...

SCARAMOUCHE: ¡Ejem!
¡Ejem!

(Colombina empieza a bailar al compás del vals Dios nunca muere.)

SCARAMOUCHE: ¡Ejem!,
¡ejem! Comenzaré por decirles cómo nos fue: ayer en la tarde,

doscientas cincuenta mil personas, ¡sí, así como lo oyen!, trescientas cincuenta mil personas...

COLOMBINA: No, no, ¡no les cuentes de la manifestación, cuéntales del baile! Estaban allí Cleopatra y Abraham Lincoln, había estudiantes disfrazados de granaderos, había granaderos...

SCARAMOUCHE: Sí, sí, aunque ustedes no lo crean, cuatrocientas cincuenta mil personas...

COLOMBINA *(continúa bailando)*: Estaba yo, disfrazada de Estefanía, y el primo Walter, disfrazado de Pierrot... ¡y cómo

bailamos, bailamos toda la noche!
Había estudiantes disfrazados de
Agentes de la Secreta...

SCARAMOUCHE: ¡Sí, señores,
una gigantesca manifestación
contra La Miseria, La Ignorancia y
El Hambre: éstos son los
verdaderos agitadores, señores, y
no los estudiantes!

(Aplausos y rechiflas.)

COLOMBINA:... y Agentes de
la Secreta disfrazados de
estudiantes. ¡Cómo bailamos,
bailamos toda la noche!

SCARAMOUCHE: ¡Imagínense!

Hagan un esfuerzo y traten de imaginarse a quinientas cincuenta mil personas en una manifestación en la que hubo de todo: y no sólo estudiantes y maestros...

COLOMBINA: Maestros disfrazados de Agentes de la CIA...

SCARAMOUCHE: Sino también canciones y bailes... y obreros, ¡y padres de familia!

COLOMBINA: ¡Y Agentes de la CIA disfrazados de obreros, disfrazados de vecinos y vecinas, de bomberos, de curas y maestros!

(Scaramouche, agotado por

el esfuerzo, se sienta en la caja, pero la caja se rompe con gran estruendo y Scaramouche se da un sentón en el suelo. Colombina saca del pecho un pañuelo de muselina y le enjuga el sudor de la frente.)

COLOMBINA: ¿Y te acuerdas, te acuerdas, Scaramouche, quién se llevó el premio?

(Scaramouche se levanta y toma del brazo a Colombina. Salen juntos.)

SCARAMOUCHE: Y así, juntas

y cantando, juntas y tomadas del brazo, seiscientas cincuenta mil personas marchamos hacia la Plaza Mayor: el Zócalo...

(Se asoma el Dottore, con su birrete y su máscara de diablo amarillo y su larga capa de brocado color violeta de cuello alechugado.)

EL DOTTORE: ¿El Zócalo? ¿El Zócalo? *Ubi gentium est quadra Zocalliana?* O sea: ¿dónde diablos está el Zócalo?

(La escena se oscurece. Por

*unos segundos continúa
escuchándose Dios nunca
muere.)*

*(Volvemos a la realidad. Palinuro
en la escalera. Con él, Estefanía y yo.)*

YO: Y después nos vinimos para acá directamente. Nunca nos hubiéramos imaginado encontrarte aquí. Pensábamos que a estas horas estabas en la Plaza, celebrando nuestro triunfo: porque vamos a triunfar, Palinuro, ¡estamos triunfando! Nunca hubo en México una manifestación tan gigantesca. ¡Lo vas a ver, Palinuro, vamos a lograr que el Gobierno haga reformas radicales! Y

ahora, por favor, déjame ayudarte:
apenas puedes con tu alma.

PALINURO (*todavía en el escalón número doce*): ¿Cómo te atreves a decirme eso? Yo siempre he podido con mi alma. A veces me pesa mucho porque se parece demasiado a sí misma. Pero otras veces, como ahora, reconquista otras edades y se vuelve a reír de mí... casi no la siento, es como un cabello de ángel...

(El doctor aparece por el hueco de la escalera.)

EL DOCTOR: Si me permiten...

ESTEFANÍA: De acuerdo, Palinuro,

pero si tienes un hueso roto te va a doler horribilmente.

EL DOCTOR (*subiendo unos escalones*): Si de huesos rotos se trata, o de accidentes...

YO: Y además, es muy peligroso.

EL DOCTOR: Claro que sí. ¡Una costilla rota puede lastimar el tejido pulmonar!

PALINURO: ¡Eso es lo que quiero, que duela, que me duela hasta la muerte!

EL DOCTOR: Si me permiten, voy a examinarlo. Yo soy médico. Estudié en la Universidad Nacional. Y aunque no soy especialista en traumatología, hice muchas guardias en la Cruz Roja. A ver, joven...

ESTEFANÍA: Yo puedo ayudarlo, doctor, soy enfermera...

YO: No te conocía esa fase masoquista, mi querido Palinuro...

(El doctor abre su maletín. Saca de él una botella de tequila. Le da un trago. La pone en un escalón Sigue buscando en el maletín.)

EL DOCTOR: Yo hubiera jurado que aquí estaba mi estetoscopio. Mmmm...

PALINURO: ¿Yo masoquista? ¿Yo? ¡Se trata de no olvidar, eso es todo! Quiero alargar esta humillación y estos dolores por horas, por días si es necesario, para no olvidarlos nunca...

¡Ohhh! (*conquista el escalón número trece.*)

YO: ¿De qué estás hablando?

ESTEFANÍA: ¿Le ayudo a buscar, doctor?

(El doctor tira por accidente la botella, la cual rueda escaleras abajo.)

LA VOZ DE UNA VECINA (*desde muy lejos*): ¿Eres tú, Pepe? ¿Eres tú, Memo? ¿Son ustedes, hijos?

LA VOZ DE LA PORTERA (*desde la planta baja*): ¿Qué ruidos son éstos? ¿Ya trajeron mujeres otra vez?

LA VOZ DEL BURÓCRATA (*desde el*

segundo piso): ¡Ladrones, ladrones, policía!

OTRA VOZ (*desde más lejos*):
¿Alguien me llama? ¡Ya voy, ya voy, me estoy poniendo los calcetines!

EL CARTERO (*sale de su departamento y mira hacia arriba*):
¿Eh? ¿Qué pasa? Ah, sí, son ustedes. Su café se está calentando, joven (*se mete*).

(*Estefanía ha encontrado el estetoscopio y se lo da al doctor. Este sube a gatas la escalera hasta donde está Palinuro y comienza a examinarlo.*)

EL DOCTOR: A ver, no se mueva.

¿Por qué ustedes, los estudiantes, se meten en tantos líos?

PALINURO: ¡Ha sido una noche espantosa, hermano! ¡Llovió como si hubiera un torneo de grifos, pero no fue agua: fueron golpes los que llovieron! Y si no lo crees, date una vuelta a la plaza y verás sobre los charcos maduros del cemento a los estudiantes apaisados. ¡Nos han descosido todos los inventarios de los cuarteles, hermano, manito del alma!: para esto ha servido la elocuencia aftosa del Presidente. O, en otras palabras, de lo que yo hablo es de estudiantes que esta noche fueron heridos en la Plaza Mayor. ¡Hablo de estudiantes muertos! ¡Hablo de

estudiantes que han desaparecido llevándose en el corazón un armisticio diminuto!

YO: Me parece que estás hablando demasiado.

EL DOCTOR: Y moviéndose más de la cuenta. Estése quieto para poder examinarlo. Además, yo no he visto todavía a ningún estudiante muerto.

YO: Así no vas a remediar nada, Palinuro, deja que te carguemos...

PALINURO: Nada tiene remedio ya. Lo único que queda es empeorar las cosas. Tratar de mejorar algo, o creer que se puede mejorar, es seguirle el juego a esos cabrones.

EL DOCTOR: Aquí está la llave de mi

departamento, enfermera. Es el número 14, en el cuarto piso. Tráigame unos rollos de vendas ortopédicas...

ESTEFANÍA: ¿Tiene un hueso roto, doctor?

(Palinuro comienza a subir los tres escalones que le faltan para llegar al segundo piso.)

(Todos quedan congelados bajo una luz azul. En primer plano, cristaliza una alegoría. Entra el Dottore, con un estetoscopio larguísimo, con el cual se le enredan los pies.)

EL DOTTORE: Si de huesos se trata... si de huesos, decía, yo no soy especialista en huesos, pero da lo mismo, porque soy médico... *Dixi*. O sea, dije. Y dije así, *dixi*, porque además de doctor en medicina, soy médico en latín y doy clases de gonorrea prosódica. ¡Perdón: de gramática sifilítica! ¡Perdón otra vez! Pero ustedes me entienden... *pane lucrando*; o sea: para ganar el pan; aunque sería mejor decir: *tequila lucrando*... y no es por nada, sino porque de vez en cuando me gusta echarme unos

tragos. ¡Salud, señores, salud! ¿Y por qué no he de echarme unos tragos? Después de todo, *Ars longa, vita brevis*. O sea: el oficio es largo, la vida es corta... ¡Salud!

(Se empina la botella, y después hace reverencia al público. Se le cae el estetoscopio. Se agacha a recogerlo, entonces se le cae su Vademécum. Se agacha a recogerlo, entonces se le caen los anteojos. Se agacha a recogerlos, entonces se cae él. Tamborazo. Comienza a roncar.)

LA VOZ DE LA MUERTE-
DETECTIVE: ¿Alguien ha visto a
un estudiante muerto? Díganme:
¿alguien de ustedes ha visto
alguna vez a un estudiante muerto?

*(Entra, con una lupa gigante
de armazón blanco y lente color
de rosa. Trae un paraguas
cerrado y gorra a cuadros. Entra
Tartaglia el cartero en su patín
del diablo con un gran sobre
negro.)*

TARTAGLIA: Una CACA. Una
cacarta PAPA. Papara. Para la
MUMU. ¡Para la Muerte!

LA MUERTE-DETECTIVE: ¿No me la lee, por favor?

TARTAGLIA (*abriendo el sobre*): DIDI. Dice así: querida MUMU. Querida mumuerte mía: PEPE. Perdóname que POPO. Que popor esta vez te haya dejado plantada, PEPE. Pepero los golpes no alcanzaron a MAMA. A mamatarme, POPQ. Popor eso, mis COMPAPA. Mis compañeros y yo, PAPA. Papara demostrarle a esos hijos de PUPU. De puputa, que todavía estamos vivos y COCO. Y COCO...

(Entra

Scaramouche,

corriendo y agitando su cola.)

SCARAMOUCHE: ¡Vivos y coleando!

(Entra Colombina.)

COLOMBINA: ¡Vivos y cucu... y cuculeando! *(se alza las faldas y le enseña a Scaramouche sus calzones de plumas de paloma).* ¡A que no me alcanzas, Scaramouche!... Cucú... Cucú... cucurrucucúúú... *(Scaramouche la corretea).*

TARTAGLIA: ¡Con tanta interrupción no se PUPU. No se

pupuede leer!

LA MUERTE-DETECTIVE
(dándole de paraguayos a Tartaglia): ¡Basta, basta, no te aguanto un segundo más, Tartaglia, te voy a llevar al diablo!

TARTAGLIA *(escabullándose a los golpes):* ¡POPO! ¡POPÓ! ¡Por favor! ¡PIPI! ¡PIPÍ! ¡Pipiedad!

(Sale Tartaglia y La-Muerte-Detective tras él, mientras que Scaramouche continúa correteando a Colombina.)

COLOMBINA: ¡Cuéntales,

cuéntales, Scaramouche, lo que vamos a hacer!

SCARAMOUCHE (*recapacita y se detiene*): ¡Eh? ¡Lo que vamos a hacer? ¡Ah, sí, claro! ¡Lo que vamos a hacer nosotros los estudiantes, para demostrarles a esos hijos de puta que todavía estamos vivos, es organizar una huelga general de todas las escuelas! ¡Nos apoderaremos de la Universidad! ¡Cambiamos los nombres de las aulas y de los laboratorios!

COLOMBINA (*bailando*): ¡Y organizaremos fiestas. ¡Verdad, Scaramouche? ¡Y fogatas en la

explanada de la Universidad! ¡Y otro concurso de disfraces! ¡Y una kermés, Scaramouche!

SCARAMOUCHE: ¡Las llamaremos «Aula Ché Guevara», y «Aula Camilo Torres»! ¡«Laboratorio Camilo Cienfuegos»! ¡Crearemos brigadas para recorrer las ciudades y el campo...! ¡Colombina, dame un beso!
(Salen. La escena se oscurece.)

(Volvemos a la realidad: Palinuro ha conquistado el segundo piso.)

EL SEGUNDO PISO

(Palinuro está tirado en la escalera, a punto de iniciar la conquista del tramo que conduce al tercer piso. Estefanía llora. El doctor la consuela. Yo trato de ayudar a Palinuro, pero él me rechaza. El escenario es prácticamente el mismo salvo alguno que otro detalle: la pantalla del foco y el color de la pared podrían ser diferentes. O podrían no serlo. Los departamentos están numerados del 5 al 8.)

EL DOCTOR: Lo que sucede es que ponerse con las autoridades es muy peligroso. Lo que ustedes deberían hacer es estudiar. Claro que también hay que estudiar las desigualdades y las injusticias sociales. Pero básicamente, ustedes deberían olvidarse de manifestaciones y de huelgas. ¡Las verdaderas revoluciones se hacen en las aulas! La autonomía de cátedra es el orgullo de nuestra Universidad... «Por mi raza hablará el espíritu.» Ya no llore, enfermera, todo se arreglará.

ESTEFANÍA: ¿Se habrá roto un hueso Palinuro?

EL DOCTOR: No tengo vista de rayos

X, señorita. Aparentemente, no hay fractura en las piernas. Ahora, tráigame lo que le pedí.

ESTEFANÍA: Sí, doctor (*sale.*)

YO: ¿Pero qué fue lo que sucedió, Palinuro?

PALINURO (*se arrastra por el descanso y sube los dos primeros escalones*): No sé. Estaba yo muy tranquilo comiendo algodón de azúcar, y veía pasar a las escuelas andarinas con sus carteles... ¡Eran miles, miles de muchachos cantando, marchando a través de auroras boreales, y de pronto yo estaba ya con ellos gritando: ¡Muera el mal gobierno! ¡Mueran los ricos arrinconados en el excremento y la

policía que anda a tientas por el mundo!

UNA VOZ (*desde muy lejos*): Ya voy, ya voy... ¡me estoy poniendo los pantalones!

(*Se oyen los pasos de alguien que sube la escalera.*)

EL DOCTOR: Mmmm... sangre de la nariz. Esperemos que sea una simple epistaxis.

(*Palinuro conquista dos escalones más.*)

YO: Si seguimos hablando tanto, vamos a despertar a todo el mundo.

EL DOCTOR: Tiene razón su amigo.

Y los pueden denunciar: en estos días no se puede confiar en nadie.

(Por el hueco de la escalera se asoma la portera con una bata de algodón floreado.)

LA PORTERA: A mí, por lo pronto, ya me despertaron. ¡Caramba con ustedes! Un día traen mujeres. Otro día no me pagan la renta. Otro día, o mejor dicho, otra noche, llegan borrachos y despiertan a todo el edificio.

PALINURO: Nadie se despierta en este pinche país *(sube un escalón más)*. Los que no están cogiendo y por lo tanto, perdidos en un remolino de ilíacos y

piernas, están soñando con Zatopek y las banderas de las Naciones Unidas...

LA PORTERA: ¡Ah, las banderas, tan bonitas! La que más me gusta es la de Turquía, con su estrella y su media luna. Pero no han contestado a mi pregunta, jóvenes.

YO: Me parece, Palinuro, que me estoy cansando de tus juegos...

LA PORTERA: ¡Mire nada más qué borrachera se trae! ¿No le da vergüenza?

(Aparece el cartero por la escalera que viene del primer piso.)

EL CARTERO: Aquí está su café,

joven. ¿Toma usted azúcar?

YO: El joven Palinuro no está borracho, señora, lo han golpeado esta noche, en el Zócalo, después de la manifestación.

EL DOCTOR: Incluso, es posible que tenga una fractura en pico de bayoneta.

LA PORTERA: ¿Cómo? ¿Le encajaron una bayoneta?

YO: Le digo que lo golpearon, señora. Cerca de tres mil estudiantes se quedaron en el Zócalo cuando terminó la manifestación y de pronto salieron los tanques del Palacio Presidencial y arremetieron contra todos...

EL CARTERO: Yo, con el permiso de ustedes, me retiro (*sale escaleras*)

abajo).

LA PORTERA (*sentándose en un escalón*): Es malo beber así. También mi difunto Ambrosio veía tanques color de rosa cuando llegaba a casa cayéndose de borracho. Al día siguiente, le daba yo un buen desayuno. Cuando él trabajaba en El Rastro, siempre teníamos muy buena carne en la casa: él me enseñó a partir un animal entero. (*Se acerca a Palinuro*) ¡Dios mío, pero si está sangrando! ¿Qué le pasó, joven Palinuro?

(Se abre la puerta del departamento 6 y aparece el burócrata con su gorro de dormir y una bata de tela de toalla.)

EL BURÓCRATA : ¿Qué es lo que sucede en esta casa? Es más, yo diría: ¿Qué es lo que sucede en esta calle, en esta colonia, en esta ciudad, en este país, que ya no se puede dormir? Y sobre todo: ¿qué es lo que sucede en este piso? ¿Están ustedes borrachos?

(Palinuro se arrastra escaleras arriba, conquistando tres escalones más.)

YO: ¡Un tanque aventó al joven Palinuro más de tres metros. Luego, cuando estaba en el suelo, lo patearon y le dieron de culatazos!

(Por la escalera que va al tercer piso, precisamente la que Palinuro está conquistando, aparece Estefanía. Las vendas se le caen y se desenrollan a lo largo de la escalera.)

ESTEFANÍA: Oh, perdón, doctor, ahora las recojo...

(Palinuro conquista un escalón más.)

EL BURÓCRATA : ¿Qué? ¿Qué dice usted? ¿Quiénes? ¡Levante estas cosas, que me estoy enredando los pies con ellas!

YO: La policía.

UNA VOZ (*desde lejos*). Ya voy, ya voy, me estoy poniendo la camiseta...

EL BURÓCRATA: Ya me imaginaba que ustedes eran unos delincuentes.

EL DOCTOR: A ver, joven, saque la lengua...

PALINURO: No, no, esta vez no fue la policía, fue el ejército.

EL BURÓCRATA: ¿El ejército? ¿El ejército? ¡Ah, son ustedes estudiantes, no lo nieguen!

EL DOCTOR: Acompañeme usted a mi departamento, enfermera: éstas no son las vendas que necesito. (*Mientras salen, escaleras arriba*) ¿Sabe usted hacer un torniquete? ¿Sabe usted hacer una férula de Thomas para la rodilla?

LA PORTERA (*nostálgica*): Yo siempre iba a ver desfilar al ejército cada 16 de septiembre, con mi difunto Ambrosio. Como les decía, su oficio era el de matarife y le encantaba todo lo que fueran armas... armas blancas, decía, ¡y de todos los colores!

EL BURÓCRATA: ¡Bien hecho, señora! ¡Yo también voy a ver siempre a nuestro glorioso ejército... el ejército mexicano! Tengo, además, una colección de soldadnos de plástico, y yo mismo pinto los uniformes. ¡Bien hecho, la felicito!

(En primer plano, cristaliza una nostalgia: entra La-Muerte-

Generala, con un enorme y puntiagudo sombrero de charro rojo. La siguen sus Cuatro Coroneles: un coronel blanco, un coronel verde, un coronel azul y un coronel amarillo, que son Pantalone, el Capitano, Tartaglia y el Dottore. Desfilan con paso de ganso, dando vueltas por el escenario. A un lado Pierrot, con su guitarra, iluminado por un haz de luz color ámbar. Caen serpentinas y confeti.)

PIERROT: En efecto, por las calles desfilaba el ejército. ¡Era

el 16 de septiembre! ¡Los fusiles estaban entretejidos con serpentinas y los cañones disparaban salvas de confeti! La multitud aplaudía y los niños comían tortas y cacahuetes... ¡y manzanas glisadas de almíbar!

(Salen La-Muerte-Generala y sus Cuatro Coroneles. Entran Scaramouche y Colombina. Scaramouche ha cambiado de técnica: se ha pasado la cola del disfraz entre las piernas y la ha cogido con las manos, de modo que parece una enorme verga negra. Da saltitos hacia atrás, en

tanto Colombina da saltitos hacia adelante, tratando de pescarlo.)

SCARAMOUCHE: ¡Mira, mira, Colombina!

COLOMBINA: Oh, ¿será verdad tanta belleza?

PIERROT: ¡Ah, recuerdo las bayonetas, que como una catarata de peces espada, se zambullían en el azul del cielo, allá, muy arriba...!

SCARAMOUCHE (*agitando la cola*): ¡Dame un beso, Colombina, y será tuya, toda tuya!

(Colombina, con un salto final, pesca la cola de Scaramouche. Este la abraza y caen al suelo.)

PIERROT: Allá, muy arriba, donde los aeroplanos jugaban a los encantados entre las nubes de azúcar...

(De lo alto, colgados de hilos, bajan varios aviones plateados que recorren en círculos el escenario. Colombina y Scaramouche se besan y se acarician.)

PIERROT: Y mientras tanto, por todas partes, en las antenas de televisión, en los fresnos negros y en los hombros de los héroes...

(Entran Pantalone y el Dottore, disfrazados de héroes a pie, con sus sacos de cola de pato y sus corbatas plateadas. Atrás de ellos, Tartaglia y el Capitano, disfrazados de caballo pinto, y encima de ellos La Muerte-Ecuestre, con su uniforme de brocado, sus charreteras de fideo dorado y un cinturón tricolor. Todos tienen palomas de papel en sus hombros

y sus cabezas, y están bañados de cagarrutas verdes de plastilina.)

PIERROT: Mientras tanto, decíamos, en las antenas de televisión, en los fresnos negros y en los hombros de los héroes, se posaban las palomas de la paz que llevaban un ramito de cilantro en el pico. ¡Era el 16 de septiembre! ¡Era la Independencia! ¡Era la bandera, y era el Himno Nacional!

(Salen La-Muerte-Ecuestre y los héroes a pie, desfilando a los acordes del Himno Nacional.)

COLOMBINA (*zafándose de los brazos de Scaramouche*): ¡Es el himno, el himno, Scaramouche, ponte de pie!

(*Los tres se ponen de pie: Colombina, Scaramouche y la cola-verga de Scaramouche.*)

COLOMBINA: ¡Oh, Scaramouche, las vergüenzas que me haces pasar!

(*Colombina saca de su bolso de plumas de paloma dos calcomanías rojas en forma de círculo, y las coloca en sus dos*

mejillas.)

(Volvemos a Palinuro en la escalera.)

EL BURÓCRATA: Estos jóvenes modernos, en cambio, que se dejan el pelo largo y se pasan el día oyendo música en inglés con el radio a todo lo que da, ya no tienen respeto por nada. No respetan las investiduras, no respetan el idioma, el ejército, la Patria. ¡No respetan la Plaza Mayor! Me han contado que esta misma noche, señora, echaron a rebato las campanas de la catedral —yo mismo las escuché— y lo que es más...

LA PORTERA: ¿Qué le parecerían unos huevos rancheros?

(Palinuro conquista los escalones número 27 y 28.)

EL BURÓCRATA: ¿De qué está hablando usted? ¿Qué tienen que ver los huevos revueltos con la crisis que estamos viviendo?

LA PORTERA: Yo no dijo revueltos, dije rancheros.

YO: ¿Qué fue exactamente lo que pasó en el Zócalo, Palinuro?

PALINURO: ¡Traigo los ojos empapados, los pies vestidos de tierra! Desacralizamos el Zócalo, hermano.

¡Tres veces lo desacralizamos! Pedimos permiso para encender la Catedral, y lo hicimos. ¡Pedimos permiso para tocar las campanas del templo mayor, y nos lo dieron y las tocamos, hermano, con toda el alma! Fueron dos amigos, dos compañeros de la Escuela de Medicina los que se subieron al campanario para llamar al pueblo... ¡para pedirle que se levantara y acabara con la corrupción de los dirigentes políticos juveniles, con el soborno, con los latrocinios de los funcionarios públicos...!

YO: ¿Y qué hizo el pueblo, Palinuro?

PALINURO (*subiendo un escalón más*): El pueblo, ya te dije, estaba

dormido. ¡Por eso encendimos las luces y tocamos las campanas! «¡Únete, Pueblo, Únete, Pueblo!», gritamos hasta desgañifarnos...

(Aparece el cartero por la escalera que viene del primer piso.)

EL CARTERO: Le traje también unas galletas, joven. Creo que han ido ustedes demasiado lejos. Perdón, como soy cartero siempre estoy pensando en distancias.

PALINURO: Y entonces, hermano, entonces se iluminó toda la Plaza, ¡y se iluminó todo México! Y luego los badajos estallaron en campanadas, y

casi nos olvidamos por qué estábamos allí, en el Zócalo, porque eso parecía una fiesta, y me imagino, manito, que los que no estuvieron allí, en esos momentos, cuando las campanas se escucharon en toda la Plaza y en todo México, los que no estuvieron con nosotros bajo los mismos carteles que decían «Hasta la Victoria Siempre» y bajo los mismos gritos iracundos, como tú, hermano, que no estuviste, y Estefanía, que tampoco estuvo, todos ustedes debieron sentirse un poco viejos, y el corazón se les debió arrugar cuando menos un centímetro cuadrado. Pero, claro..., pasó el tiempo, cantamos corridos y comimos tortas y mandarinas,

cantamos La Adelita, pasaron los discursos, los ángeles de la catedral se durmieron con la cabeza metida en sus alas, la gente se fue a su casa, y yo y tres mil estudiantes nos quedamos de guardia perpetua en la Plaza... Pero de pronto se abrieron las puertas del Palacio donde habíamos pintado la palabra ¡«Asesino»!, y las opiniones se dividieron: unas puertas decían «Ase», y otras «sino»... ¡y salieron los tanques y desembarcaron en nuestra playa!

EL BURÓCRATA : ¿Lo ven? ¿Lo ven? Profanaron la catedral. Nuestro pueblo es católico en más de un noventa y cinco por ciento. Sin embargo, yo soy ateo. Mi ascendencia es liberal. Podría decir que

mi bisabuelo putativo es Don Benito Juárez, el Benemérito. Pero de ahí a faltarle el respeto a un templo, hay una distancia muy grande: ¡de la tierra al cielo! Después de todo, mi madre era católica y yo la quería mucho. Ahora, voy a llamar...

(En este momento, se va la luz.)

LA VOZ DE LA PORTERA: ¡Oh, se fue la luz!

LA VOZ DEL BURÓCRATA: ¿La pagó usted, señora?

LA VOZ DE LA PORTERA: ¿Cómo la voy a apagar, si no me he movido de aquí?

LA VOZ DEL BURÓCRATA: Yo no dije a-pa-gó de «apagar», dije pa-gó, de «pagar».

LA VOZ DEL CARTERO: Esto me recuerda el tiempo de la guerra...

(Se oyen pasos de alguien que baja una escalera.)

LA VOZ DE LA VECINA DEL 15 *(desde lejos)*: ¿Por qué llegaron tan tarde, hijos? ¿En dónde estuvieron? ¿Por qué no me hablaron por teléfono? ¿Ya cenaron? *(una pausa)*. ¿Eres tú, Pepe? ¿Son ustedes, hijos?

LA VOZ DE LA PORTERA: Bueno, yo voy mejor por unas velas... cuando no

veo, no puedo oír bien.

LA VOZ DE LA VECINA DEL 15
(*acercándose*): ¿Qué sucedió? ¿Un pleito?

LA VOZ DEL CARTERO: Le iba diciendo que esto me recuerda los apagones del tiempo de la guerra. Yo iba a marchar al Estado Nacional todos los domingos, como voluntario, cuando México le declaró la guerra al Eje. ¡Qué valiente, México, ponerse al brinco con los alemanes y los japoneses! Pero después de que nos bombardearon «El Potrero del Llano», ¿qué otra cosa podíamos hacer? Y cada domingo, en el Estadio, nos ejercitábamos con fusiles de palo...

LA VOZ DE PALINURO: Los tanques que nos despanzurraron, señores, no eran de palo...

LA VOZ DE LA VECINA DEL 15 :
¿Tanques? ¡Qué barbaridad! ¿Por qué no llaman a la policía?

LA VOZ DEL BURÓCRATA : Eso es exactamente lo que voy a hacer en este preciso momento: llamar a la policía.

UNA VOZ (*desde lejos*): Ya voy, ya voy, me estoy poniendo...

(En el primer plano, se desarrolla una fantasía: entra Pantalone con una vela encendida, a la luz de la cual vemos al Capitano Maldito

sentado en un banco, con su máscara de diablo verde. Duerme y ronca. Tiene al lado un enorme garrote de rey de bastos.)

EL CAPITANO MALDITO (*aún dormido*): ¿Alguien me llamó? Ya voy, ya voy.

PANTALONE (*furioso*): Sí, sí, ya sé: se está usted poniendo los bigotes y el nombre, se está usted poniendo la barriga, se está usted poniendo a su abuela! (*Al público*): Esta es nuestra policía, señores...

(Del techo, colgado de una cuerda, baja Arlequín, disfrazado de piñata gorda, con su traje de rombos de papel de china. Entran Colombina y Pierrot enfila india, cada quién con una vela encendida. Scaramouche sostiene la suya con las manos a la altura del pubis, como si fuera su miembro encendido, apuntando hacia el trasero de Colombina. Cantan las letanías.)

PANTALONE: Esta es nuestra policía, señores... ¡Siempre dormida! *(Confidencial)*: Y...

¿quieren que les cuente un secreto? Pues además de no estar nunca en vigilia nuestra policía... y según dicen... aunque, claro, no estoy seguro, hay rumores, me han contado, quizás son calumnias e imposturas, uno qué sabe... (*más confidencial aún*): No se lo digan a nadie, es probable, aunque no imposible, tal vez, presuntamente, quién puede asegurarlo, puedo estar equivocado, pero se dice... se dice... (*lo más confidencial posible*): ¡Qué ha matado a algunos estudiantes!

EL CAPITANO MALDITO (*sin abrir los ojos*): ¿Estudiantes?

¿Estudiantes? ¿Dónde hay
estudiantes?

(Dormido todavía, se levanta, coge el garrote y empieza a golpear a diestra y siniestra. Todos salen corriendo y gritando. EL CAPITANO MALDITO encuentra la piñata y le da de golpe. Se asoma el Dottore, con una vela.)

EL DOTTORE: ¡Cuidado,
cuidado, puede ser una bomba!

ARLEQUÍN: ¡Ay, ay, ay!, ¡los
palos que nos dieron no fueron de
hule!

(Al fin, Arlequín revienta y se le sale todo el relleno: bombas Molotov, resorteras, piedras, palos, cohetes, más piedras y más palos. La cuerda se revienta y Arlequín cae.)

EL DOTTORE: ¿Ya ven? ¡Se los dije!

(Se mete. El escenario queda a oscuras mientras el Capitano Maldito, jadeante, recoge el botín. Entra Colombina, con su cola de paloma incendiándose. Atrás de ella, Scaramouche con un casco de bombero y una larga

manguera que se ha colocado entre las piernas.)

COLOMBINA: ¡Oh, oh! ¡Tengo la cola caliente, auxilio, me quemó!

SCARAMOUCHE: ¡Ven, Colombina, ven!: ¡aquí tengo el extinguidor del fuego que te devora, ven! *(Salen. El escenario queda a oscuras.)*

(Volvemos a la realidad, que también está a oscuras. A Palinuro, sin que nadie se haya dado cuenta, le falta sólo un escalón para conquistar el tercer piso.)

LA VOZ DE LA VECINA DEL 15 : ¿Por qué no llaman al doctor del 14? Yo tengo dos hijos que son estudiantes de lunes a viernes. Ayer llegaron temprano y les di de merendar. Pero hoy no han llegado. Quizás, ¡ay!, no lleguen nunca... Me estoy aprendiendo el camino de aquí al hospital Rubén Leñero. Y después me voy a aprender el camino de la entrada del hospital... ¡Ay, auxilio, socorro! ¡Les voy a prohibir a mis hijos que sean estudiantes! ¡Los quiero vivos, auxilio, socorro!

LA VOZ DEL BURÓCRATA : ¡No se ponga histérica, señora, permítame que la consuele!

LA VOZ DE LA VECINA DEL 15 : Sí,

gracias, por favor... ¿Dónde está usted?
Ah, aquí está. Sí, sí, abráceme, así,
consuéleme. Así, así, más abajo, más
abajo, así, así... más a la derecha...
allí, así... así... ¡más rápido!

(Mientras tanto Palinuro, sin que nadie se entere, conquista el tercer piso. De pronto, vuelve la luz, sorprendiendo al burócrata y a la vecina del 15 en sus maniobras consoladoras. La vecina señala hacia abajo para desviar la atención.)

LA VECINA DEL 15: ¡Huyeron, huyeron... por allí se fueron!

EL BURÓCRATA: ¿Quiénes huyeron?

LA VECINA DEL 15: ¡Huyeron después de golpear a estos jóvenes! Yo lo sé porque mis hijos son estudiantes: uno de ellos estudia logaritmos y un día va a construir puentes. El otro estudia para veterinario y un día va a construir vacas... ¿qué estoy diciendo? Oh... ¡el muchacho herido desaparecido!

(Yo subo la escalera, alarmado.)

YO: ¡Palinuro, Palinuro! ¿Dónde estás?

LA VOZ DE ESTEFANÍA *(desde el tercer piso)*: Aquí está, ya llegó al otro piso...

LA VOZ DEL DOCTOR *(también desde*

arriba): No se preocupen, ahorita mismo lo vamos a curar...

(Por la escalera que viene del primer piso, aparece la portera, con unas velas en las manos.)

LA PORTERA: Como todo estaba muy oscuro, me esperé a que volviera la luz para buscar las velas...

EL BURÓCRATA: Bueno, si la policía no viene a mí, yo iré a la policía.

LA PORTERA: No irá usted a salir así, en bata, a la calle, ¿verdad señor Martínez?

EL BURÓCRATA: No, voy a hablar por teléfono.

LA VECINA DEL 15 (*jalándolo de las manos*): ¡Por favor, use mi teléfono! Vivo en el cuarto piso, venga, use mi teléfono... (*mientras suben*): Mi teléfono es muy fácil de manejar, oh, puede usted meter todos los dedos que quiera al mismo tiempo para marcar más rápido, ¡venga conmigo!

(Atrás de ellos, sube la portera.)

LA PORTERA: Luego, un picadillo con papas...

GRAN KERMÉS ESTUDIANTIL

(Intermedio para recabar fondos destinados al movimiento estudiantil. Aparece Colombina, con su falda de bailarina hecha de tules transparentes y estrellas plateadas, sentada en un banco bajo un haz de luz color de rosa deshojando una enorme margarita de papel.)

COLOMBINA: SÍ ganaremos, NO ganaremos, SÍ ganaremos, No ganaremos, SÍ ganaremos... *(sólo queda un pétalo)*. Oh, oh, ¡NO ganaremos!

(Se lleva las manos a la cara y comienza a llorar. Entre sus dedos se escurren lágrimas de vidrio azul que caen al suelo y se hacen polvo. Entra Pantalone, mal disfrazado de Scaramouche, con su cola verde.)

PANTALONE: ¿Por qué llora la niña?

COLOMBINA: ¡Oh, porque vamos a perder! ¿No quiere usted contribuir al Movimiento Estudiantil? Lo que sea su voluntad... *(le extiende la mano.)*

(*Se asoma el Dottore y examina la cola de Pantalone mientras éste acaricia a Colombina.*)

EL DOTTORE: ¿No les parece a ustedes que *non sunt communes caudae hominibus*, o sea: que no son comunes las colas en los hombres?... y, además, esta cola es... es verde. ¡Verde! (*Sale.*)

PANTALONE: ¡Ya, ya no llores, niña! Ven conmigo a mi cuarto y te voy a poner unas moneditas en esta alcancía que tienes entre las piernas... (*le alza*

la falda a Colombina y le mete la mano).

*COLOMBINA: ¡Viejo puerco!
(le pega en la cara con su bolsa de plumas y éstas se desprenden y vuelan por el escenario. Se apagan las luces. Un instante después, un haz de luz ilumina a La-Muerte-Vendedora arrastrando su carreta.)*

LA-MUERTE-VENDEDORA:
¡Llegó el tiempo de la fiesta, señores! ¡Contribuyan ustedes con los estudiantes! ¡Cómpranme cosas, véndanme cosas!: Les vendo la vida, les compro el alma ¡¿Chicles? ¿Chocolates? ¿Papas?!

¡Vendo calaveras de azúcar,
vendo pan de muerto! ¿Quién
quiere una maquina para dar
toques eléctricos? ¡Aguas frescas,
señores, de tamarindo y de piña,
de sangre y de limón! Vendo
testículos de almendra, clavículas
garapiñadas, cascanueces...
¿Cigarros? ¿Cerveza? ¡Vendo
costillas de turrón! ¡Vendo todo,
compro todo! ¡Vendo dulces de
alegría! ¡Pezones de alfajor!
¿Helados de vainilla? ¿Tibias de
mazapán? ¿Quién quiere darse
unos toques en la nuca? ¿Quién
quiere que le haga polvo la nuez
de Adán? ¡Vendo dentaduras de

menta, codos de chocolate,
paletas de arsénico y melón!
¿Granadas que vendan? ¿Sandías
explosivas? ¿Plátanos
lacrimógenos? ¡Vendo macanas de
caramelo, bayonetas de azúcar
cristalizada! ¡Contribuyan ustedes,
señoras y señores, linotipistas y
amas de casa, lavanderas y
cardiólogos, choferes y
secretarias, contribuyan ustedes al
movimiento estudiantil!
¿Muéganos? ¿Metralletas de
yerbabuena? ¿Churros? ¡Alquilo
huesos de la suerte! (*Sale.*)

(Entra Pierrot con luces de

Bengala en las manos Después de él entra Colombina, Scaramouche, Arlequín, también con luces, girándulas y otros artificios pirotécnicos. Entre una danza y otra, irán metiendo en el escenario sus puestos, provistos de ruedas, para organizar la Gran Kermés Estudiantil.)

PIERROT: ¡París era una fiesta!

COLOMBINA: ¡México será otra fiesta!

SCARAMOUCHE: ¡Viva el Consejo Nacional de Huelga!

ARLEQUÍN: ¡Yo, que soy el pintor, dibujaré las pancartas!

COLOMBINA: ¡Por favor, hágame una con dos palomas que diga: «Libertad a los Presos Políticos»!... Otra que exija la derogación del Artículo 145, otra que pida la desaparición del Cuerpo de Granaderos, otra que...

PIERROT: Y tú y yo, Scaramouche, que somos los poetas, nos encargaremos de hacer las canciones, los lemas de batalla, los slogans... ¿Qué les parece «Sal-al-Balcón-Hocicón-Sal-al-Balcón-Hocicón»...?

COLOMBINA: ¡Genial, genial!

PIERROT: ¡Y traduciremos todos los lemas de los Muros

Parlantes de Nanterre:...
«Prohibido Prohibir.» «Mientras
más hago la Revolución más hago
el Amor... Mientras más hago el
Amor más hago la Revolución»!

COLOMBINA (*desde su puesto
de besos*): ¡Vendo besos, vendo
besos a peso en beneficio de los
estudiantes!

SCARAMOUCHE (*desde su
puesto de intelectual*): ¡Esta es la
primera vez que un movimiento de
esta clase exige reivindicaciones
de tipo democrático! ¿Quién me
compra este slogan: «Viola a tu
Alma Máter»?

PIERROT (*desde su puesto de*

juéz): ¿Quién quiere casarse?
¿Quién quiere ir a la cárcel?

ARLEQUÍN (*dando maromas y saltos espectaculares de un puesto a otro*): ¿Cuánto pagan por una marometa? ¿Cuánto por un salto mortal? ¡Muevo el ombligo por dos pesos, señores, alargo el cuello por tres!

COLOMBINA: ¡Besos a peso, besos a peso!

PIERROT: ¿Quién quiere casarse? ¿Quién quiere pagar una multa? ¿Quién quiere ir a la cárcel y que lo torturen?

ARLEQUÍN: ¡Muevo las orejas por dos pesos! ¡Me pongo bizco

por cuatro más!

COLOMBINA: ¡Besos a peso, besos a peso!

SCARAMOUCHE: Contribuyan, señoras y señores, con los estudiantes... ¡sigan mi ejemplo! *(se baja de su puesto de intelectual y se dirige a Colombina)* ¡Dame un beso, Colombina! *(Colombina saca de su bolsa de plumas una calcomanía en forma de labios rojos y se la asesta de una cachetada a Scaramouche.)*

COLOMBINA: ¡Me debe usted un peso!

SCARAMOUCHE: ¡No traje

dinero!

PIERROT (*salta de su puesto de juez y arrastra a Scaramouche a una jaula*): ¡A la cárcel, a la cárcel, por tramposo!

COLOMBINA: ¡Contribuyan ustedes con los estudiantes, señoras, señores, padres y madres de familia!

PIERROT: ¿Alguien más quiere ir a la cárcel?

ARLEQUÍN: ¡Contribuyan, señores oficinistas y señores ejecutivos!

PIERROT: ¿Alguien más quiere perder la libertad?

COLOMBINA: ¡Contribuyan

con dinero, con sus opiniones en voz alta, señores maestros y automovilistas!

PIERROT: ¿Alguien más quiere que lo torturen?

COLOMBINA: ¡Besos a peso, besos a peso!

(Comienza a soplar el viento. Viento y polvo. Todo se vuelve gris y se va oscureciendo. Entran Pantalone y el Capitan Maldito armados con sendos garrotes.)

EL CAPITANO MALDITO: ¡Yo les voy a dar sus besos, pendejos!

PANTALONE: ¡Yo les voy a

dar su cárcel, hijos de la chingada!

EL CAPITANO MALDITO: ¡Yo les voy a mover el ombligo a palos, cabroncetes!

PANTALONE: Yo...

(Empiezan a repartir garrotazos. Salen chispas.)

VOCES DEL PÚBLICO: ¡Eso ya lo vimos! ¡Eso ya lo vimos! ¡Es siempre igual!

(De pronto, empieza a temblar.)

VOCES DEL PÚBLICO *(muy*

alarmadas): ¡Está temblando!
¡Está temblando!

(Pantalone y el Capitano se arrodillan con los brazos en cruz. Colombina, Scaramouche y Arlequín salen corriendo. Se escuchan ruidos telúricos, crepitaciones y crujidos.)

PANTALONE: ¡Ave María Purísima!

EL CAPITANO: ¡Sin pecado concebida!

(El público comienza a salir atropelladamente. Entra Pierrot

disfrazado de edificio.)

PIERROT: ¡Un sismo, un sismo, escuchan ustedes cómo se conmueve el país! (*Su disfraz comienza a cuartearse.*)

(Pantalone y el Capitana se levantan y salen corriendo. Entra Colombina disfrazada de Constitución, Arlequín disfrazado de Revolución Mexicana, Scaramouche de Partido Revolucionario Institucional.)

COLOMBINA: ¡Oigan ustedes

cómo se desmorona la
Constitución!

SCARAMOUCHE: ¡Escuchen
ustedes cómo se cuartea el Partido
Revolucionario Institucional!

ARLEQUÍN: ¡Oigan cómo se
viene abajo la Revolución
Mexicana!

PIERROT: ¡Sí, oigan, oigan,
para que después no digan que no
oyeron!

*(Sus disfraces se desmoronan
en el suelo con gran escándalo.
Salen. Deja de temblar. Entran
Pantalone, el Dottore y el
Capitano disfrazados de*

barrenderos, con sendas escobas. El público comienza a regresar a sus asientos. Entra en seguida La-Muerte-Bruja montada en una escoba, y revolotea por el escenario.)

TODOS: ¡Ay qué tiradero, ay qué tiradero!

LA-MUERTE-BRUJA: ¡A barrer, a barrer se ha dicho!

EL PRIMER BARRENDERO: ¡Nosotros siempre somos los paganos!

EL SEGUNDO: ¡A nosotros siempre nos toca barrer el tiradero!

EL TERCERO: ¡Nos toca recoger los escombros de los temblores, los papelitos y el confeti cuando vienen presidentes, emperadores y primeros ministros!

EL PRIMERO Y EL SEGUNDO :
¡A nosotros siempre nos toca recoger los volantes y la sangre!

EL SEGUNDO Y EL TERCERO :
¡Limpiar el polvo! ¡Barrer la mierda!

EL TERCERO Y EL PRIMERO :
¡Recoger las sombras incorregibles de los estudiantes, los restos de su honor, sus suéteres, sus insignias deportivas!

TODOS: ¡Ay qué tiradero, ay qué tiradero!

LA-MUERTE-BRUJA: ¡A barrer, a barrer se ha dicho, huevones!

(Del cielo baja un hilo de araña y de él, colgado, Tartaglia, con vanos pies y varias manos.)

TARTAGLIA: ¡Una CACA!
¡Una cacarta urgente del GOGO!
¡Del gobierno PAPA! ¡Para los BABA!
¡Para los babarrenderos del PAPA. Del papais!

(Con sus diversas manos les

*arroja a la cara cientos de
papelitos.)*

TODOS: ¡Ay, qué tiradero, ay
qué tiradero! *(Salen barriendo los
papelitos, y detrás de ellos sale
La-Muerte-Bruja, azuzándolos.
Entra Colombina con unas
castañuelas.)*

COLOMBINA: ¡Las autoridades
siempre tienen presentes a los
habitantes más desvalidos y
miserables de nuestra sociedad!
¡Las autoridades se han acordado
de los barrenderos y les han
enviado una carta que dice: «La

cultura es el fruto magnífico de la libertad»! (*comienza a tocar las castañuelas.*)

RUMORES ENTRE EL PÚBLICO:
¡Ah, Oh! ¡Eso lo dijo el presidente!

(*Entra Scaramouche con un pandero.*)

SCARAMOUCHE: ¡Las autoridades saben que su responsabilidad es la de combatir teorías nihilistas que atentan contra nuestra mexicanidad! El discurso agrega: «La conducta de las autoridades ha sido en

respuesta a un plan de agitación y subversión perfectamente organizado...» (*comienza a tocar su pandero.*)

RUMORES ENTRE EL PÚBLICO:
¡Oh, Ah! ¡Eso lo dijo el regente de la ciudad!

(*Entra Pierrot con unas maracas.*)

PIERROT: ¡Las autoridades ofrecen el diálogo a los estudiantes, pero un diálogo sin exhibicionismo. El sermón puntualiza: «México es un país donde hay libertad. No

implantaremos el estado de sitio»!
(comienza a tocar sus maracas.)

RUMORES ENTRE EL PÚBLICO:
¡Ah, Oh! ¡Eso lo dijo el secretario
de defensa!

*(Entra Arlequín con un
violín.)*

ARLEQUÍN: Se trata del honor
de México, como dijo...

*(Entra intempestivamente La-
Muerte-Presidente con una
banda tricolor al pecho,
arrastrando una larguísima capa
de terciopelo.)*

LA-MUERTE-PRESIDENTE:

¿Qué importa quién lo dijo? De todos ellos yo hago un solo hombre: ¡El Señor Presidente! ¡Yo, yo lo dije todo, Yo, el Señor Presidente!

(Entran Pantalone, el Dottore y el Capitano Maldito y se deshacen en reverencias.)

LOS TRES: Sí, Señor Presidente. Sí, Señor Presidente. Sí, Señor Presidente.

LA-MUERTE-PRESIDENTE:

¡Yo, que como un solo hombre soy y seré el único responsable de

las medidas adoptadas por las autoridades para salvar el honor y la paz de México! Yo, el único responsable desde el punto de vista histórico, político, sociológico, antropológico, económico...

PANTALONE Y EL DOTTORE:
Burocrático, salutífero,
filatélico...

EL CAPITANO: Policíaco,
lacrimógeno, estilográfico...

PIERROT Y COLOMBINA:
Histérico, trompalógico,
tuertológico...

ARLEQUÍN Y SCARAMOUCHE:
¡Dientológico, cabronológico e

hijodelachingadalógico!

LA-MUERTE-PRESIDENTE: ¡Sí,
señor: Yo, como un solo hombre!

*(Scaramouche se trepa a los
hombros de Arlequín y Pierrot en
los hombros de Scaramouche.
Los demás ayudan a La-Muerte-
Presidente a treparse a los
hombros de Pierrot. Salen
Pantalone, el Capitano Maldito y
el Dottore. La-Muerte-Tótem se
enrolla en su larguísima capa,
que cubre a todos los que están
bajo ella.)*

LA-MUERTE-TÓTEM: ¿Qué

horas son?

COLOMBINA (*temblorosa*):
Oh, ¿no oyeron que el Señor
Presidente quiere saber qué horas
son?

PIERROT (*asoma la cabeza*):
¡Las que usted ordene, Señor
Presidente! (*la mete.*)

LA-MUERTE-ALTÍSIMA: ¿Qué
día es?

COLOMBINA: Oh, oh, el Señor
Presidente quiere saber qué día
es...

SCARAMOUCHE (*asomando la
cabeza*): ¡El que usted guste,
Señor Presidente! (*la mete.*)

LA-MUERTE-SERENÍSIMA:

¿De qué mes?

COLOMBINA: Oh, oh, el Señor Presidente desea saber de qué mes...

ARLEQUÍN (*asomando la cabeza*): ¡Del que más le convenga, Señor Presidente! (*la mete.*)

LA-MUERTE-SU-ALTEZA-SERENÍSIMA-EL-SEÑOR-PRESIDENTE: Ordeno, porque así me gusta, me place y me conviene, que sean las ocho de la noche del martes treinta de julio...

(En sendos paracaídas de gajos de colores bajan del cielo

el Dottore, el Capitano, Pantalone y Tartaglia. Cargan entre todos una larguísima bazooka. La-Muerte-Altísima abre su capa para sacar una espada y oh sorpresa, Scaramouche, Pierrot y Arlequín ya no están debajo de ella.)

LA-MUERTE-EN-ZANCOS:
¡Preparen!

(Arlequín, Pierrot y Scaramouche entran y corren por el escenario, aterrorizados junto con Colombina.)

ARLEQUÍN: ¡Eso fue a las ocho de la noche!

LA-MUERTE-EN-ZANCOS:
¡Fuego!

(Sale de la bazooka una bala del tamaño y el color de una naranja, iluminada por dentro, que navega lentamente por el aire en línea recta.)

COLOMBINA Y PIERROT: ¡Eso fue a las ocho de la noche de un martes treinta de julio!

ARLEQUÍN Y SCARAMOUCHE
(con unas redes de cazar

mariposas): ¡Detengan esa bala, deténganla!

(La escena queda a oscuras. Sólo vemos la bala, que continúa inexorablemente su camino.)

EL TERCER PISO

(Palinuro, tirado bocabajo en el descanso, se arrastra hacia la escalera que lo llevará al cuarto piso. En algunos de estos tramos estamos sentados la portera y yo. El doctor, en cuclillas junto a Palinuro, tiene una calavera color de rosa en la mano.

Estefanía, cargada de vendas, tijeras y frascos, a su lado. Los departamentos están numerados del 9 al 12.)

EL DOCTOR: Traje esta calavera para mostrarles dónde pudo haber ocurrido una fractura...

LA PORTERA: ¡Qué horror! ¡Cuando desenterramos a mi difunto Ambrosio, siete años después de muerto, todavía tenía un mechón de pelo! Lo que hubiera sufrido de verse así, en los puros huesos, él que era especialista en carne...

PALINURO: Mañana, de todos modos, el sol saldrá para alumbrar otras miserias. Los niños se levantarán

temprano y no sabrán lo que pasó esta noche, no lo sabrán nunca... *(a mí)*: Ven, dame una mano... nada más una, me siento mal...

(Aparece el cartero, con un plato.)

EL CARTERO: A ver, joven, coma algo. Le traje un poco de papaya. Yo creo que le va a caer bien... *(sale.)*

PALINURO *(al doctor)*: Y usted, por favor, llévese esa calavera. No quiero saber de otros que no sean mis propios huesos.

LA PORTERA: Un cocido, tal vez... Mi difunto Ambrosio siempre llegaba con las manos llenas de sangre, pero eso

sí con una pierna o un solomillo frescos... Creo que primero voy a ver qué tengo en el refrigerador (*sale.*)

ESTEFANÍA: El doctor, Palinuro, es especialista en ortopedia.

EL DOCTOR: Sí, claro. Bueno, es decir..., no exactamente, aunque sé bastante. En verdad, en lo que soy especialista —y no me apena confesarlo, créanme— es en las llamadas enfermedades secretas. Señorita: ¿quiere usted, por favor, llevar esta calavera a mi departamento?

(Estefanía sale. Palinuro sube el primer escalón del tramo que va al cuarto piso.)

PALINURO: Mi enfermedad también es secreta, doctor. ¡Todos los estudiantes han sido golpeados y muertos en secreto, han sido llevados en secreto al Campo Militar Número Uno, desnudados en secreto, incinerados en secreto!

EL DOCTOR: Pero estoy orgulloso de mi profesión. Ya lo dijo usted mismo: fueron dos estudiantes de medicina los que tocaron las campanas de la catedral. Y si va usted al Hospital Juárez, o a la Maternidad Isidro Espinoza de los Reyes, le contarán los pasantes cómo se han hecho cargo de los estudiantes heridos. Igual que en París, hace unos

meses. Los periódicos dijeron que los héroes de la Revolución de Mayo, del Odeón y del Barrio Latino, de la calle de Gay Lussac, fueron los estudiantes de medicina. Además, hace unos meses, los médicos del Seguro y del ISSSTE, como usted recordará, hicimos una manifestación blanca en el Zócalo... ¡Noble profesión, la Medicina!

(Entra de nuevo el cartero.)

EL CARTERO: Perdón. Se me había olvidado el hielo. Póngaselo en los testículos.

EL DOCTOR: ¿En los testículos? Será en la frente... Hay que detener a toda

costa la hemorragia nasal.

EL CARTERO (*observando los escalones*): ¡Oh, hay gotas de sangre en la escalera! (*levanta luego la vista hacia el techo.*)

PALINURO: ¿Qué es lo que espera usted ver? ¿Una estalactita desangrándose?

EL CARTERO: No, no, perdón... no quise decir eso. Y que siga mejor, joven, hasta mañana (*sale.*)

(Palinuro sube dos escalones más.)

YO: Vamos, Palinuro, ya es tiempo de que te ayudemos un poco, ¿no te parece?

(Por la escalera que viene del cuarto piso, aparecen el burócrata y la vecina del 15.)

EL BURÓCRATA: ¡No entiendo! ¡Cuando la línea no esta ocupada, no contesta nadie! El caso es que no pude comunicarme con la policía...

PALINURO: La policía, mi estimado, es una metáfora hasta que se pone un casco de granadero y sale a golpear estudiantes...

(Se abre la puerta del departamento 10 y sale un hombre muy gordo y muy viejo, en bata de artisela color azul-policía.)

EL POLICÍA: Ya, ya estoy aquí...
(bosteza) Auugghh... ¡qué sueño! Bueno,
¿qué es lo que sucede?

EL BURÓCRATA: Usted no es
policía... ¡no está uniformado! Y,
además, no tiene usted el menor sentido
de emergencia: Llevo una hora
llamándolo, y usted diciendo: ya voy, ya
voy...

*(El policía se sienta en un escalón y
cierra los ojos.)*

EL BURÓCRATA: ¿Me oye usted?
¿Me oye?

EL POLICÍA: Ya voy, ya voy...
(abriendo un ojo): Soy policía retirado.

Me dedico al ajedrez y a mis nietos. Ya batallé mucho en la vida (*cierra el ojo*). Perdonen que no me haya puesto pantuflas, pero tengo los pies hinchados...

EL BURÓCRATA : Hay que arrestar a estos jóvenes...

LA VOZ DE LA VECINA DEL 15 : ¡No, por favor, no los arreste! Mis hijos son estudiantes... (*Al policía*): ¡Y usted no me guiñe los ojos, que me pongo nerviosa!

EL DOCTOR: Lo que necesita este joven, es ayuda médica.

EL BURÓCRATA : ¡Son unos agitadores anarquistas!

PALINURO (*subiendo otro escalón*):

¡Los verdaderos agitadores, ya lo dijimos hasta el cansancio, son La Miseria, La Ignorancia y El Hambre!

EL POLICÍA (*abriendo un ojo*): Esa frase la inventó un nieto mío que estudia en el Politécnico. También tengo otro nieto que estudió para granadero. Son tan feos los pleitos entre miembros de una misma familia, ¿verdad? (*cierra el ojo y se queda dormido.*)

LA VOZ DE LA VECINA DEL 15 : ¿Qué quiere decir anarquista?

EL BURÓCRATA : ¡Están provocando el pánico! ¿No aprecian ustedes la libertad que hay en México?

LA PORTERA (*apareciendo por la escalera*): Sí, ayer se acabó la gasolina

en toda la ciudad.

PALINURO: ¡Claro que sabemos que hay libertad! ¡Libertad para crear sindicatos blancos! ¡Libertad para explotar al pueblo! ¡Libertad para crear monopolios!

EL BURÓCRATA : ¡Dicen que mañana no va a haber leche!

LA PORTERA: Luego será el pan. Cuando menos, si viviera mi difunto Ambrosio, no nos faltaría la carne.

YO: ¿Pero qué, no ven que el joven Palinuro está herido? ¡Un tanque lo aventó más de tres metros...!

EL BURÓCRATA : ¡Ustedes quieren acabar con todo! ¿No se dan cuenta? ¡Van a acabar con las Olimpíadas y con

el prestigio de México!

EL POLICÍA (*abriendo los ojos*):
¡Eso nunca! Cuando yo era joven fui
campeón de tiro al blanco de la Policía
Metropolitana (*se duerme.*)

EL BURÓCRATA: Además, escuchen
ustedes que hablan tanto de cultura: por
primera vez en la historia, habrá
Olimpiadas Culturales... Beethoven,
Rubens...

LA VOZ DE LA VECINA DEL 15: Los
atletas suecos, tan rubios que son...
¡imagínense que se tuvieran que regresar
a su país!

PALINURO (*subiendo a rastras dos
escalones más*): ¡Eso es, eso es! ¡En
vista al fuego olímpico, pónganse unos

anteojos Polaroid para no ver el cardillo de las bayonetas!

(Se quedan congelados bajo una luz azul. En el primer plano cristaliza una posibilidad: sale La-Muerte-Edecán vestida de rosa y blanco, arrastrando una carreta alegórica donde van Pantalone, el Dottore y el Capitano disfrazados de turistas, con cámaras Kodak, sacos de cuadros, pelucas rojas y pecas postizas. Toman fotos con flashes durante todo el episodio. De fondo, ruido de motores y de bocinas de automóviles. Cae una

especie de escarcha negra que va tiznando a todos.)

LA-MUERTE-EDECÁN: ¡O! ¡O!
¡O! ¡O! ¡O! ¡MEXICO, 1968!
Señoras y señores, turistas y
compatriotas, viajeros y
franceses, amigos y gringos: están
ustedes en el corazón de los
Decimonovenos Juegos Olímpicos
¡México, 1968! ¡A la derecha, la
Torre Latinoamericana, el edificio
más alto de México!...

*(Entra Scaramouche, que
tiende en el suelo una larga tira
de papel higiénico color de rosa*

desde los pies de La-Muerte-Edecán hasta la salida.)

LA-MUERTE-EDECÁN: ¡La franja color de rosa que verán ustedes en el piso, los conducirá al Estadio de la Universidad!

(Entran Colombina, Arlequín y Pierrot, que tienden de la misma manera tiras de papel higiénico de diversos colores.)

LA-MUERTE-EDECÁN: A la derecha, la Columna de la Independencia... La franja verde, los conducirá al Palacio de los

Deportes... ¡Al frente, la Penitenciaría del Distrito! ¡Atrás, el Museo Nacional de Antropología! La franja violeta, los llevará a los canales de remo de Xochimilco...

(Entra Tartaglia en un caballito de madera.)

TARTAGLIA: ¡Una CACA!
¡Una caca PAPA! Papara...

LA-MUERTE-EDECÁN: Ah,
¿una carta para mí?

TARTAGLIA: ¡No, una CACA!
(deja a sus pies un rollo de papel higiénico blanco, usado y

arrugado a todo lo largo; lo desenrolla mientras sale del escenario.)

LA-MUERTE-EDECÁN: ¡Ah, sí, se me olvidaba: la franja de mierda, señores, los conducirá al Palacio Nacional y a todas las Secretarías y Departamentos de Estado!... A la derecha, el Monumento a la Revolución. A la izquierda, el Carillón de Santo Tomás... Arriba, los helicópteros...

(Entran Arlequín, Scaramouche, Pierrot y Colombina, y les entregan a

Pantalone, el Dottore y el Capitano los extremos de unas serpentinas rojas, que ellos mismos desenrollan a medida que salen del escenario por diversos sitios.)

LA-MUERTE-EDECÁN: ¡Y los hilos de sangre, señores y señoras, los conducirán a La Morgue, al Hospital Rubén Leñero y al Hospital General, al Hospital de la Mujer y al Hospital de la SCOP, a las Delegaciones y al Campo Militar Número Uno...! A la derecha, la Cámara de Diputados... a la izquierda, la

Preparatoria de San Ildefonso...
al frente, la Plaza de las Tres
Culturas... atrás, el ejército...
abajo, la fosa común. MÉXICO
1968, señores, la franja azul, los
conducirá a la alberca olímpica...
la franja de plata... (*sale,
arrastrando su carreta. Lluvia de
flashes.*)

*(Entran Scaramouche,
Pierrot, Colombina y Arlequín
portando pancartas y cantando):*

TODOS:	¡No	queremos
Olimpíadas,		queremos
Revolución!	¡No	queremos

gran bala a los manifestantes. La bala estalla y sale de ella un humo amarillo. Se escucha, al final de ésta y las siguientes hazañas, las exclamaciones del público: ¡O! ¡O! ¡O! ¡O! ¡O!, cada «O» correspondiendo a un aro olímpico. Salen, corriendo y llorando, Scaramouche, Pierrot y Colombina. Atacado por una intensa tos. Arlequín dobla las rodillas y queda acurrucado en el piso.)

LA-MUERTE-LOCUTORA:

¡Asistan ustedes, señoras y señores, al salto de bayoneta!

(Entra el Dottore, disfrazado de atleta olímpico, con un fusil y su bayoneta, la cual encaja sobre la espalda de Arlequín, al tiempo que salta sobre él. Arlequín queda extendido sobre el piso. Sale el Dottore.)

LA-MUERTE-LOCUTORA: ¡No se pierdan, damas y ladies, la carrera de los dos metros planos de estudiante!

(Entra el Capitano Maldito disfrazado de atleta, corre sobre el cuerpo de Arlequín y sale por el otro lado. Arlequín intenta

incorporarse. Por la pantalla de la televisión sale la mano de La-Muerte-Locutora, que le da el golpe de gracia con un larguísimo fémur.)

LA-MUERTE-LOCUTORA: ¡Y no dejen de ver, caballeros y gentlemen, el levantamiento de cadáveres!

(Entra Pantalone, disfrazado de levantador de pesas. Se acerca al cuerpo de Arlequín, se hinca y lo levanta sobre su cabeza.)

EL PÚBLICO: ¡O! ¡O! ¡O! ¡O!
¡O! *(todo queda a oscuras, salvo
la pantalla de la televisión.)*

LA-MUERTE-LOCUTORA: Y
ahora, antes de continuar con
nuestros programas, un minuto de
comerciales.

*(Volvemos a la realidad. Palinuro
en el escalón número seis del tramo
que va del tercero al cuarto piso.)*

EL BURÓCRATA: ¡Todo eso, además,
son exageraciones! ¿Qué esperaban?
¿Que no hubiera muertos después de
tantas provocaciones? ¿Después de que

los estudiantes han destruido aparadores y han saqueado las armerías? Vayan ustedes a ver los camiones de los que se han apoderado, vean todos los que han incendiado. Y, además, ¿saben ustedes que en la Revolución mexicana hubo un millón de muertos? ¿Y cuánta gente murió en las dos guerras mundiales y en la guerra civil de España, eh? ¿Y se espantan ahora de que maten a cuántos estudiantes...? ¿cinco?, ¿seis? ¡Diez que hubieran sido, eso no es nada!

YO: Pero en París...

EL BURÓCRATA : Usted lo ha dicho: en París. Pero no estamos en París, estamos en México. Aquí, las cosas son distintas. Si a usted le gusta más París,

váyase a vivir allí.

PALINURO: ¿Diez estudiantes, dijo usted? Me pareció entender que usted trabaja en el Departamento de Estadísticas, ¿verdad?

EL BURÓCRATA: Sí. Y, además, pago mis impuestos... ¡y con los impuestos se paga la educación de ustedes, que es prácticamente gratuita!

PALINURO (*subiendo un escalón más*) \ Pues escuche, escuche usted: antes de que le cuente yo cómo los tanques afilaron sus pezuñas amargas en la arena de la Constitución... ¿dijo usted diez estudiantes? Antes de que le cuente que los altavoces nos dieran unos minutos para salir de la plaza... Antes

de que le cuente...

EL BURÓCRATA : ¡Pues ya me lo está usted contando!

PALINURO: Antes, le digo, de que le cuente... ¿Dijo usted diez estudiantes? antes, quiero que me diga si sabe usted, que trabaja con estadísticas, que los inversionistas extranjeros se llevan de México más de medio millón de dólares diarios y que el dos por ciento de la población, acapara, en nuestro país, el cincuenta por ciento del ingreso nacional.

EL BURÓCRATA : ¿Por qué insiste usted tanto en diez estudiantes? ¡Muchos más jóvenes mueren cada semana, atropellados por un automóvil! ¿Y qué

me dice de todos los que mueren de muerte natural?

LA PORTERA: ¿Apuntó usted las placas del tanque?

PALINURO (*subiendo un escalón más*): Estos también murieron de muerte natural. Si usted quiere acabar con la injusticia social y con la corrupción, si usted se pone contra los potentados y los políticos, es natural que le echen un tanque, es natural que lo muelan a palos, es natural que lo maten a culatazos. Pero a lo que voy es a lo siguiente: usted, que trabaja con números y estadísticas, quizás sabe también cuál es la superficie, en conjunto, de los glóbulos rojos de un hombre... ¿lo sabe usted?

EL DOCTOR: Yo se lo puedo decir: es más de dos mil quinientos metros cuadrados.

PALINURO: Sí, es más de dos mil quinientos metros cuadrados. Pues bien, señor burócrata: con la sangre de diez estudiantes, de sólo *diez* estudiantes, se puede pintar todo el Palacio Nacional.

EL BURÓCRATA: Sería muy difícil. La sangre se seca muy rápido. ¡Y sería absurdo!

LA PORTERA: No se apure, joven, mañana limpio la sangre de la escalera. Además, no me impresiona... ¡con tantos años de lavar camisas y pantalones chorreando sangre!

EL DOCTOR: Será bueno tomarle una

muestra y conocer su tipo, en caso de que fuera necesaria una transfusión.

EL POLICÍA (*abriendo un ojo*): La mía es universal...

LA VECINA DEL 15: Yo también me voy a dormir. ¿Dónde estarán mis hijos a estas horas? ¿Sabían ustedes que yo puedo planear mis sueños y salen exactos? Voy a soñar con mis hijos. Voy a soñar que llegan temprano... (*mientras baja las escaleras*). ¡Ay, ay, qué dolor de cabeza! ¿Quién tendrá una aspirina que me regale?

PALINURO: ¡Entonces, como les decía, nos lanzaron los tanques y nos rompieron las costillas a culatazo limpio! (*conquista el escalón número*

nueve.)

EL BURÓCRATA : ¡Cada loco con su tema! ¿No va usted a hacer nada, señor policía?

*EL POLICÍA (abriendo el otro ojo):
Ya voy, ya voy...*

EL BURÓCRATA: ¡Pues vamos!

EL POLICÍA: ¿Adónde vamos?

EL BURÓCRATA: A la delegación.

EL POLICÍA: ¿A la delegación? ¿A estas horas y con este sueño? *(cierra los ojos.)*

LA PORTERA: Yo también me voy a dormir. Yo no sé planear mis sueños y creo que eso no se puede hacer. Pero siempre me gusta planear el menú con anticipación. Mañana, por ejemplo,

vamos a comer... (*mientras baja las escaleras*): De todos modos, es increíble que dejen andar por ahí tanques sueltos...

EL BURÓCRATA: Pues bien, así como me llamo Justo Martínez, para servir a ustedes, les prometo que mañana haré honor a mi nombre, levantaré un acta y los acusaré a todos de disturbios a la Nación y al edificio, ataques a las vías generales de comunicación, disolución social, etcétera, incluyéndole a usted, señor policía...

EL POLICÍA (*abriendo un ojo*): Sí, sí, ya voy... ¿y usted no juega ajedrez, señor Martínez?

EL BURÓCRATA: No, no juego

ajedrez, ni damas, ni pókar, ni timbiriche, ni nada. Y de niño, sépanlo ustedes, no jugué a las canicas, ni al trompo, ni al yoyo, ni a los encantados, ni a la roña... ¡para mí, la vida no es un juego!

EL POLICÍA: ¿No jugó usted nunca a policías y ladrones?

PALINURO: ¿Ni a estudiantes y granaderos? ¿Ni a obreros y rompehuelgas? ¿Ni a los halcones y las palomas?

EL BURÓCRATA: ¡No señor, no juego aiedrez! ¡Buenas noches! (*mientras baja las escaleras*): Recuerden: recuerden que el Presidente les ha tendido una mano... ¿van a dejar ustedes que esa

mano se quede tendida en el aire?

(En primer plano, cristaliza una alegoría: una gigantesca mano de cartón en tercera dimensión, extendida, con la palma hacia arriba, cuelga del techo por medio de cables. Arlequín, Pierrot, Scaramouche y Colombina, dan de saltos tratando de alcanzarla. Se mueven como marionetas. De cada uno, salen, hacia el techo, los hilos que los mueven: amarillos los de Arlequín, rojos los de Pierrot, plateados los de Scaramouche, negros los de

Colombina.)

PIERROT: ¡No, no dejen que esa mano se quede tendida en el aire!

COLOMBINA: ¡Bájenla!
(salta). ¡No dejen que se quede tendida en el aire!

(Scaramouche coge de las nalgas a Colombina.)

SCARAMOUCHE: ¡Yo te cargo, Colombina, si me prometes que me darás un beso! *(Trata de cargarla y del esfuerzo se le descose el trasero y le sale un*

chorro de confeti amarillo).

ARLEQUÍN (*revolcándose de la risa*): ¡Hay que conseguir, ja, ja, ja, hay que conseguir, ja, ja, una escalera, ja, ja!

(*Entra La-Muerte-Vendedora-de-Escaleras.*)

LA-MUERTE-VENDEDORA-DE-ESCALERAS: ¿Escaleras? ¿Quién compra escaleras? ¡Vendo escaleras para alcanzar el dedo índice del Presidente! ¡Compro escaleras automáticas, señores, para subir de campeón juvenil de oratoria a ministro silencioso!

Escaleras, señores, ¿escaleras de mano? ¡Escaleras de caracol para subir de aspirante-a-suplente-de-diputado a chófer-asistente-del-ayudante-del-consejero-del-secretario-del-ministro!

¿Escaleras, señores? ¡Alquilo escaleras para bajar de la antesala del Palacio al infierno de Tlatelolco! ¿Quién quiere escaleras? ¡Escaleras que compren, escaleras que vendan! ¡Escaleras que bajen, escaleras que suban!

ARLEQUÍN (*aún revolcándose de la risa*): ¡Yo, ja, ja, yo quiero una escalera, ja, ja! ¡Espérese,

espérese, ja, ja!

(La-Muerte-Vendedora-de-Escaleras no le hace caso, y sigue rumbo a la salida. Entra el Dottore, borracho.)

LA-MUERTE-VENDEDORA-DE-ESCALERAS: Buenas noches, doctor... *(sale.)*

EL DOTTORE *(distráido)*: ¡Buenas noches! *(recapacita)*... ¡Te conozco, te conozco, bien que sé cómo hiedes, maldita! *Quo modo est mater tua?* O sea: ¿cómo está tu madre, Muerte-Hija-de-Puta? *(se da cuenta de*

pronto de la mano que cuelga.)
¡La mano que cuelga! ¡Cuidado,
mucho cuidado con esa mano! Es
peligrosa, muy peligrosa...

ARLEQUÍN: Por fin, ¿usted
está con nosotros o contra
nosotros?

EL DOTTORE: ¿No tienen un
traguito que me regalen? *Nunc est
bibendum*, o sea: ahora es cuando.

COLOMBINA: No ha
contestado a nuestra pregunta,
señor Doctor.

EL DOTTORE (*nostálgico*): Yo
también fui estudiante... *Plus
minusve*: o sea, que a veces —
como ustedes— era más

estudiante, y a veces menos estudiante. Yo también soñé con revoluciones, y escribí discursos ardientes *calamo corriente*, o sea, al volar de la pluma. Quizá sea mejor decir *máquina corriente*. Yo también tuve amigos que hoy son senadores y ministros, y que ya no me quieren dar audiencia: la otra vez estuve diez horas en una sala de espera comiendo tortas, ¡y nada! Yo, yo... ¿qué estaba diciéndoles? Ah, sí, pero eso fue antes de que me hundiera en la *aurea mediocritas*: o sea, en la mediocridad dorada. Tero como les digo, yo también fui estudiante

y tuve veinte años... *in illo tempore*, o sea, en aquel tiempo...

(Se escucha un estampido y se abre una puertecita en La Mano de la que sale una escalera de cuerda, por la que bajan Pantalone, el Capitano y Tartaglia disfrazados de soldados y policías.)

EL DOTTORE: ¿Lo ven? ¿Lo ven? Se los dije: ¡Cuidado con esa mano... es la Mano de Troya!

ARLEQUÍN Y SUS
COMPINCHES: ¡La Mano de
Troya! ¡Es la Mano de Troya!

¡Huyamos, es la Mano de Troya!

(Los soldados y policías sacan unos enormes cuchillos con los cuales cortan los hilos que sostienen a Arlequín y sus compinches. Todos caen al suelo como muñecos de trapo. La escena se oscurece.)

(Volvemos a la realidad. Palinuro ha subido dos escalones más y se encuentra en el número 13. Con él estamos Estefanía, el Doctor y yo. El policía ronca en el escalón número ocho.)

EL DOCTOR: Claro que estoy con ustedes y los entiendo. Pero han cometido muchos errores. Yo vi parte de la manifestación de esta tarde. Insultaron a las autoridades... fueron soeces. ¿Qué necesidad hay de eso? ¿No dijo alguien que el silencio es más fuerte? Recuerdo al maestro Urrutia, gran médico español, que solía decir: «el silencio es aséptico».

ESTEFANÍA: ¿El silencio? ¡Esa es una buena idea!

EL DOCTOR: Además, llevan las de perder y todo es inútil mientras no convencan a los obreros y a los campesinos.

ESTEFANÍA: Eso es lo que vamos hacer, precisamente... nos estamos organizando en brigadas. ¡Iremos al campo, a las fábricas, a los talleres, a los mercados!

(Por la escalera baja la vecina del 15.)

LA VECINA DEL 15: ¿No han visto al señor Martínez? Oh, no puedo dormir... ¡no he pegado los ojos en cinco minutos! Primero pensé que estaba soñando que estaba despierta y que no podía dormir, hasta que tuve que enfrentarme a la realidad, como dicen mis hijos...

EL DOCTOR: Creo que ustedes son

unos ilusos... en mi opinión, no hay nada que hacer.

LA VECINA DEL 15: Oh, ¿quiere usted decir que el joven Palinuro no sobrevivirá?

PALINURO: Sí sobreviviré, señora: ¡Aguantaré aún el estrépito de muchos días!

LA VECINA DEL 15: ¿Saben ustedes cuál es el departamento del señor Martínez? Le voy a pedir que me dé un masaje urgente... ¡me duele tanto la cabeza!

YO: El señor Martínez vive en el departamento dos.

LA VECINA DEL 15: Ah, gracias a Dios. Y gracias a ustedes, por

supuesto... no sé si me explico: y usted, joven, tenga más cuidado al atravesar las calles...

EL DOCTOR: ¡Fue en el Zócalo, señora, ya nos lo han repetido estos muchachos!

LA VECINA DEL 15: Pues entonces, que tenga más cuidado al atravesar el Zócalo, ¿no les parece? Además, creo que deberían poner semáforos para los tanques y así los estudiantes podrían atravesar con seguridad. Ay, ¿dónde estarán mis hijos ahora? Con este dolor de cabeza me cuesta mucho trabajo imaginarme dónde están (*comienza a bajar las escaleras*)... no lo van a creer ustedes, ¡pero tengo un dolor de cabeza

en todo el cuerpo! (*Hace una pausa, inclina la cabeza hacia un lado, se lleva la mano a la oreja*)... Díganme: de todas esas ambulancias que andan por la ciudad, ¿no podríamos llamar alguna para que venga por el joven? Oiganlas: van por todas partes...

(Mientras baja las escaleras se escuchan las sirena, de las ambulancias que van y vienen y son como el viento bajo los arcos triunfales, enlodan el antimonio de las avenidas, repiten el grito de alerta de una nebulosa a otra. Palinuro, ayudado por mí, sube tres escalones más y conquista así el cuarto piso.)

LA MANIFESTACIÓN SILENCIOSA

(Segundo gran intermedio, destinado a recabar un poco de compasión y estímulo moral para los estudiantes, precedido por varios episodios misceláneos. En primer término el Dottore, con un larguísimo estetoscopio color de rosa, examina a Arlequín, tirado en el suelo. A un lado Colombina, afligida.)

EL DOTTORE: Mmmmm...
Mmmmm... No cabe duda: tiene varias ilusiones con fractura

conminuta.

COLOMBINA: ¡Oh, doctor!
¡Todo nos está saliendo mal!

EL DOTTORE: *Errare humanum est...* Mmmm... me parece que hay varias esperanzas luxadas y un derrame de líquido cefalooptimístico... Mmmm.

COLOMBINA: ¡Todo, todo nos ha salido mal! Quisimos hablar con los campesinos, con los obreros, con las amas de casa...

(Entra La-Muerte-Muda y se sienta en el centro del escenario. Entran Pierrot y Scaramouche. La-Muerte-Muda se pone un

sombrero de campesino y se tapa la boca con las manos.)

PIERROT *(muy cortés)*:
Dígame usted, Señor Campesino, qué opina del asesinato de Jaramillo. Dígame usted qué opina de la masacre de Atoyac, de que el 50 por ciento de la población mexicana habite en el campo, de que tengamos 37 por ciento de analfabetismo. ¡Dígame, dígame qué opina!

LA-MUERTE-MUDA
(destapándose la boca): ¡No puedo, soy muda!

PIERROT: ¡Cómo que muda, si

está hablando?

LA-MUERTE-SORDA: Perdón, quise decir que estaba sorda (*se pone una gorra de obrero y se tapa las orejas con las manos.*)

SCARAMOUCHE: Entonces, Señor Obrero, cuando yo le digo que la Revolución, en México, es el opio del pueblo; cuando le digo que el MURO es un grupo fascista financiado por la CIA y aliado del Opus Del; cuando yo le grito que los sindicatos están vendidos y le pregunto qué sabe usted del Ché Guevara. ¿No me oye usted?

LA-MUERTE-SORDA: ¡No, no le oigo! ¡Y no me grite, que no

estoy sorda!

SCARAMOUCHE: Pero si dijo que estaba sorda...

LA-MUERTE-CIEGA: Perdón, lo que le quise decir es que estaba ciega... *(se pone un sombrero de ama de casa y se tapa los ojos con las manos.)*

PIERROT: ¡De manera, Señora Ama de Casa, que usted no ve lo que pasa en México, un país donde el promedio de ingresos no llega a los quinientos dólares anuales por habitante! ¡De modo que no ha visto que México mete en la cárcel a su juventud, que es nada menos que el futuro del país!

¿No ha leído usted Los hijos de Sánchez? ¡México es un país que se muere de hambre, señora! ¿No lo ha visto?

LA-MUERTE-CIEGA: ¡No, no puedo ver, estoy ciega. Y ya no me quite más el tiempo, porque tengo que ir a ver mi telecomedia!

PIERROT: ¿Cómo que ver, si dijo que estaba ciega?

LA-MUERTE-SIN OLFATO: Perdón, lo que quise decir es que no puedo oler (*se pone un sombrero de profesionista, y se tapa la nariz.*)

SCARAMOUCHE: Entonces, Señor Pequeño Burgués... ¿quiere

decir que no le llega el olor de la opresión y de la demagogia? ¿No le apesta la conciencia? ¿No le llega el olor de la pólvora, de los gases lacrimógenos, de la sangre, de la mierda?

LA-MUERTE-DESCARNADA

(quitándose la mano de la cara):
¡Por supuesto que no, imbécil!
¿Qué no ve que no tengo nariz?

(La escena se oscurece. Un nuevo haz de luz ilumina al grupo formado por el Dottore, Arlequín y Colombina.)

EL DOTTORE: Mmmmm... a

propósito de nariz, *rubet nasum*; o sea, su nariz está roja. Y, por si fuera poco, *candet genas*; o sea, sus mejillas están pálidas. Sí, definitivamente, se trata de un caso de estudiantitis aguda complicado con ideología paroxística intermitente.

COLOMBINA: Oh, ¿y es contagioso, doctor?

EL DOTTORE: ¡Terriblemente! Hay que ponerlo en cuarentena.

COLOMBINA: ¿En su casa?

EL DOTTORE: En la cárcel... y después, internarlo.

Colombina: ¿En un hospital?

EL DOTTORE: ¡En un colegio

militar!

COLOMBINA: ¡Oh, yo no sabía que usted era fascista!

EL DOTTORE: Yo tampoco, pero la disciplina es la disciplina. ¿Adónde vamos a ir si seguimos así?

COLOMBINA: Al desastre total, doctor... ¿Se acuerda usted de la bala anaranjada?

EL DOTTORE: ¿Esa que parecía una bala de bazooka?

COLOMBINA: ¡Era una bala de bazooka, doctor!

(Entran Scaramouche y Pierrot disfrazados de

periodiqueros, corriendo por el escenario y anunciando sus días.)

SCARAMOUCHE: ¡Extra, extra!
¡Los paracaidistas lanzaron una fuerte calabaza!

PIERROT: ¡Última hora, última hora!
¡Los paracaidistas lanzaron una fuerte calabaza contra la puerta centenaria de la Preparatoria!

SCARAMOUCHE: ¡Noticias!
¡Noticias! ¡Los paracaidistas lanzaron una fuerte calabaza contra la puerta centenaria de la Preparatoria de San Ildefonso!

(Entra La-Muerte-Rica, con su dentadura de oro macizo, y su esqueleto color de rosa con incrustaciones de jade, su chistera de seda tornasol, sus polainas color crema, su larguísima boquilla de ámbar y su látigo de esmeraldas.)

LA-MUERTE-RICA: ¡Yo les compro todos los periódicos! *(se los compra. Pierrot y Scaramouche salen, felices, contando su dinero.)*

LA-MUERTE-OBVIA *(al público, confidencialmente)*: De cualquier modo... ¡todos están

vendidos! (*se pone un gorro de papel periódico.*)

LA-MUERTE-PERIODIQUERA:

¿Periódicos? ¿Quién quiere periódicos? ¡Vendo buenas noticias, compro crímenes! ¿revoluciones que vendan?, ¿golpes de Estado? (*sale.*)

(Pasa volando de un lado a otro del escenario vacío un huevo blanco. Se escucha una gran ovación. Pasa de nuevo, en dirección contraria. Se escucha otra ovación. Así, varias veces, hasta que salen de un lado Pierrot y Colombina disfrazados

de futbolistas de la Universidad, y del otro Arlequín y Scaramouche, disfrazados de futbolistas del Politécnico. Se pasan unos a otros el huevo. Ovaciones y burlas. De pronto se les cae el huevo y se casca. Todos quedan inmóviles y tristes.)

COLOMBINA: ¿Lo ven? Se los dije: la culpa fue de Pierrot.

PIERROT: No, fue de Scaramouche.

SCARAMOUCHE: No, fue de Arlequín.

ARLEQUÍN: No, fue de

Colombina.

(Se asoma el Dottore.)

EL DOTTORE *(al público)*: La culpa de todo es de todos ellos: los estudiantes *(se mete.)*

COLOMBINA: Tengo una idea... ¡Vengan, muchachos! *(entran en conciliábulo.)*

SUS VOCES MEZCLADAS:
¿Cómo? ¡Shhh, silencio! ¿Qué?
¡Silencio, shhh! ¡Ah, sí claro!
¡Silencio! ¡Shhh! ¡Shhhhh!

(Salen todos, de puntillas. Silencio. Entra también de

puntillas La-Muerte-Silenciosa, con la boca cubierta de esparadrapo y un cartel que dice):

EL CARTEL DE LA MUERTE:
«Y así fue como se organizó...»

(Entran Pierrot, Colombina, Scaramouche y Arlequín, disfrazados de estudiantes, con las bocas cubiertas con esparadrapo. Cada uno trae un cartel con una palabra distinta, y sendos costales de los que sacarán otros carteles según se desarrolle el episodio. Algunos

de estos carteles tendrán la forma de los «balloons», de los personajes de las historietas cómicas. Cuando no se indique otra cosa, sus carteles tendrán fondo blanco y letras negras, y los de La-Muerte-Silenciosa serán negros con letras blancas. Toda la manifestación se efectúa en un silencio absoluto: no se escucha, siquiera, el zumbido de una mosca.)

EL CARTEL DE PIERROT:
«La».

EL CARTEL DE COLOMBINA:
«Manifestación».

EL CARTEL DE
SCARAMOUCHE: «Del».

EL CARTEL DE ARLEQUÍN:
«Silencio».

*(Pierrot, Scaramouche,
Colombina y Arlequín tiran los
carteles y sacan otros.)*

EL CARTEL DE
SCARAMOUCHE: «Éramos 300
mil personas.»

EL CARTEL DE ARLEQUÍN
*(con letras de vanos colores y
tipos):* «Marchamos en silencio
hasta el Zócalo.»

EL CARTEL DE PIERROT: «Yo

no estaba, pero me lo contaron.»

LA MUERTE SACA UN CARTEL
(con una mano impresa que señala a Pierrot): «No estaba por
miedoso.»

EL CARTEL DE COLOMBINA
(con hermosa caligrafía y letras rosas): «¡Muera la fresiza!»

UN CARTEL DEL PÚBLICO *(con letras pequeñas y tímidas)*: «Yo
me quedé en la casa.»

LA MUERTE SACA OTRO
CARTEL: «Se quedó por
precaucioso.»

(Del techo, colgada de un hilo, baja una gran mosca azul

que revolotea por el escenario, con un cartel diminuto que dice: «Bzzzzzz... Bzzzzzzz.» Sale.)

PIERROT SACA OTRO CARTEL: «El enemigo inmediato es la burguesía.»

OTRO CARTEL DEL PÚBLICO: «¡Son comunistas!»

PIERROT SACA OTRO CARTEL (*con letras en tipo “Old English”*): «Mentira: ¡yo soy intelectual!»

COLOMBINA SACA OTRO CARTEL (*con letras Futura Bold mayúsculas*): «¡Abajo el PRI monolítico, abajo el poder

piramidal!»

(Aúllan a lo lejos unos perros silenciosos. Colados del techo pasan unos letreros alargados que dicen. «Auuuuuu»... «Auuuuuuuuuu»...)

ARLEQUÍN SACA OTRO CARTEL: «Hoy, todo estudiante con vergüenza es revolucionario.»

(Entra Tartaglia montado en una motocicleta silenciosa de placas oficiales y de cuyo tubo de escape sale un letrero que dice: «Prrrrtt... Prrrrrttttt!»)

Saca un cartel.)

EL CARTEL DE TARTAGLIA:
«La Revolución se BABA. Se
babajó del CACA. Del cacaballo
y se subió a la MOMO. A la
TOTO. A la CICI. A la CLECLE.
A la TATA. ¡A la motocicleta!»

*(Sale Tartaglia con su
motocicleta silenciosa que dice:
«Prrrrrrrttt... prrrrrttt».)*

PIERROT SACA OTRO CARTEL
(con tipo Romantique No. 5):
«Los artistas están con nosotros.»

LA MUERTE SACA OTRO

CARTEL: «¡Pero el ejército no!»

(Entra el Capitano Maldito disfrazado de soldado. Toca una trompeta silenciosa de cuyo extremo sale un letrero que dice: «Tú-tú-tú-tú-tú-tú-tú...» Atrás de él, entra Pantalone disfrazado también de soldado, tocando un tambor silencioso. Los palos del tambor tienen cada uno un letrerito, que los hace parecer banderitas rígidas; el de la izquierda: «¡Rataplán!» El de la derecha: «Plan-plán». «Rataplán». «Plan-plán».)

PANTALONE SACA UN
CARTEL: «Yo soy soldado, y
dentro de cinco días ocuparé la
Universidad.»

EL CAPITANO MALDITO SACA
UN CARTEL (*con faltas de
ortografía*): «Yo zoy diputado y
el rektor ez un ijo de
£&%’*&%af&a.»

*(Se asoma el Dottore con un
cartel.)*

*EL CARTEL DEL DOTTORE (con
letras Itálicas): «¡Delenda est
Carthago!»*

PANTALONE SACA OTRO
CARTEL: «¡Que renuncie el
rector!»

PIERROT SACA OTRO CARTEL
*(con letra manuscrita y
elegante)*: «¡Yo soy el Rector y
renuncio!»

EL DOTTORE SACA OTRO
CARTEL *(con una cenefa negra)*:
«¡La autonomía universitaria está
de luto!»

*(Pantalone, el Dottore y el
Capitano Maldito desenrollan
una larga manta donde se lee,
escrito con letras de colores
vivos):*

LA MANTA: «Nosotros somos las Fuerzas Vivas de la Nación.»

OTRO CARTEL DEL PÚBLICO: «A ustedes les toca velar por la mexicanidad.»

(Suenan a lo lejos unas campanadas silenciosas. Pasan por el escenario, colgados del techo, unos letreros redondos que dicen «Tan... tan», «Tan... tan»...)

PANTALONE SACA OTRO CARTEL (*con letras Helvéticas*): «¡Mueran las ideas exóticas!»

ARLEQUÍN SACA OTRO

CARTEL: «¡Sí, mueran los izquierdistas!»

COLOMBINA SACA OTRO

CARTEL: «¡Pero qué dices, Arlequín?»

(Arlequín lee el cartel que enarbola, y lo arroja. Desesperadamente, busca otro cartel en su costal. Al fin saca un plumón de su bolsillo y escribe en el reverso de un cartel):

EL CARTEL DE ARLEQUÍN
(con letras rojas de vergüenza):
«¡Perdón: alguien me puso un cartel que no me correspondía!»

LA--MUERTE--BROMISTA

SACA OTRO CARTEL: «¡Ja, ja, no será la última vez!»

(Pantalone apunta a Arlequín con un fusil.)

ARLEQUÍN SACA OTRO CARTEL: «¡No dispaes, soldado, tú también eres el Pueblo!»

(Sin embargo, del fusil de Pantalone sale un letrero que dice: «¡PUM!» Arlequín saca otro cartel.)

EL CARTEL DE ARLEQUÍN:
«¡Ay!»

(Cae en silencio. Colombina se acerca a Arlequín, le acaricia el pelo y saca otro cartel.)

EL CARTEL DE COLOMBINA:
«¡Adiós!»

EL DOTTORE SACA UN
CARTEL: «*Sit tibi terra levis...* O sea, que la tierra te sea leve».

(El Capitano Maldito y Pantalone arremeten contra Colombina, Pierrot y Scaramouche con sus fusiles, sus tambores, sus trompetas y sus puños. Vuelan por el escenario

carteles de distintas formas, tamaños y colores que dicen «¡Pam!», «¡Cuaz!», «¡Pum!», «¡Zaz!», «¡Pácatelas!», y por otra parte: «¡Ay!», «¡Oh!», «¡Ouch!»...)

EL DOTTORE SACA OTRO CARTEL: «*Et coetera, Et coetera... O sea: etcétera, etcétera.*»

EL PÚBLICO SACA VARIOS CARTELES AQUÍ Y ALLÁ: «*¡Clap, clap!*» «*¡Bravo!*», «*¡Hurra!*», «*¡Clap-clap!*»

(Los actores interrumpen la

acción y hacen una reverencia al público. Se asoma la mano del doctor con un cartel.)

EL CARTEL DEL DOTTORE:
«*Exeunt... O sea: salen.*»

(Y en efecto, salen.)

LA-MUERTE-AGRADECIDA
SACA OTRO CARTEL (*con letras de vanos colores y adornado con flores y corazones*): «Gracias, amado público.»

LA MUERTE SACA OTRO
CARTEL: «Así termina la
Manifestación del Silencio.

Ahora, les rogamos...»

(Entran Arlequín y sus secuaces, cada uno con un cartel que complementa una sola frase: «UN MINUTO» «POR LA MUERTE» «DE SILENCIO» «DEL SILENCIO».)

LA MUERTE SACA OTRO CARTEL: «¡No, no, el orden está mal!»

(Los personajes cambian varias veces de lugar hasta que al fin se lee: «Un Minuto de Silencio por la Muerte del

Silencio.»»)

LA-MUERTE-AUTORIDAD

SACA OTRO CARTEL: «¡Eso es!
¡No hay nada como la Ley y el
Orden!»

*(Cae el telón con gran
estruendo.)*

*(Y volvemos a la realidad: Palinuro
ha conquistado el cuarto piso.)*

EL CUARTO PISO

*(La realidad, sin embargo, nunca
volverá a ser la misma... realidad y*

fantasía comienzan a confundirse.)

PALINURO (*al comienzo de la escalera que sube al desván*): ¡Las bombas lacrimógenas estallaron como injertos zodiacales! ¡Acaríciame la cara, hermano, acaricia las carnosidades imprevistas labradas por las botas de los soldados! ¡Y escucha, escucha los desvaríos como lunas dulces que estallan en mi pecho! ¿Dónde quedó la greña brava?... las señoras nos llevaban sus medias, pobrecitas, para que hiciéramos hondas y les echaban agua hirviendo a los soldados...

ESTEFANÍA: ¡Palinuro está delirando, doctor!

EL DOCTOR: Debe tener fiebre. Aquí tengo un termómetro.

PALINURO: Claro que sí tengo fiebre, doctor: tengo más de cuarenta grados a la sombra. ¡Pero el delirio es de otra estirpe. Sólo quiero darle un contenido a mi furia. Cuando marchábamos cogidos de las manos como niños buenos, cuando encendimos los santuarios y echamos las campanas a vuelo, entonces sí que delirábamos, pero los buitres emperifollados movilizaron a la opinión pública en nuestra contra! ¡Y métase el termómetro por el culo!

EL DOCTOR: Yo no iba a ponérselo por allí. De todos modos, estoy cansado. Que pasen buenas noches. Mañana,

joven, le daré una checada con mucho gusto. Ah, y cuidado con el cartero. Así como lo ven, tan tímido, es un tipo que denunciaría a su madre... Adiós. *(Sale.)*

ESTEFANÍA *(al doctor)*: Muchas gracias, doctor... *(Al policía)*: Despiértese, señor policía. Despiértese y váyase a su departamento... ¡Si se queda dormido en la escalera, se puede resfriar!

EL POLICÍA *(abriendo un ojo)*: ¡Ah, sí, claro, ya voy! Les decía que me gusta mucho jugar. Pero no sólo ajedrez. También cartas. Me gusta hacer apuestas. ¿Les hago una?

PALINURO *(subiendo a rastras dos escalones)*: ¿Cuál apuesta? ¿Qué vamos

a perder nosotros, los estudiantes? Eso ya lo sabemos. Cuando los tanques desembarcaron en nuestras playas... los tanques, sí, con sus protuberancias mortíferas... entonces, se nos echaron encima y nosotros, muy a la española, dijimos: ¡no pasarán!... ¡y sí pasaron los hijos de la chingada!

(El policía comienza a bajar la escalera.)

EL POLICÍA: Ya no aguanto el sueño. Buenas noches a todos. De todas maneras, les hubiera ganado la apuesta.

(Sale.)

PALINURO (*sube un escalón más*):... salieron los tanques pero el coraje, sin embargo, nos salvó del deshonor: yo mismo, entre muchos, puse un ejemplo dorado: me quité mi chaleco de rombos de colores, ¡y reté al primer tanque: aja, tanque, aja! ¡Me hubieras visto, yo en medio de la Plaza como en medio de la República desnuda, transformado en un gran toreador, hermano, mis veinte años contra cinco toneladas de acero hirviente!

(Sale Arlequín vestido de toreador. Brinda el toro a todo el público.)

YO: (*señalando a Arlequín desde la realidad*): ¡Allí está, mírenlo, allí, listo para cubrirse de gloria!

ESTEFANÍA: ¿Allí está quién?

PALINURO: Le di un pase... ¡Un pase genial que arreboló de expectación a las tribunas!

(Sale Pantalone con cuernos y Arlequín le da un pase.)

EL PÚBLICO: ¡Oleee!

PALINURO: ¡Aún no había recuperado yo el equilibrio sumario, cuando otro tanque empeoró una situación que salvé con una manoletina

magistral!

*(Arlequín le da otro pase a
Pantalone. Nuevos vítores.)*

YO: ¡Allí está Palinuro, allí,
cubriéndonos ya de gloria!

ESTEFANÍA: ¿Dónde? ¿Dónde que no
lo veo?

(Salen Arlequín y Pantalone.)

YO: Aquí, Estefanía, aquí está
Palinuro: en la escalera.

ESTEFANÍA: ¡Bravo, Palinuro, bravo!

PALINURO: ¡Entonces, desde las
ventanas del Palacio, los burócratas
alabaron la pericia de mis goznes y

agitaron sus pañuelos, húmedos por la desgracia infligida al territorio nacional! No fui yo el único... (*conquista varios escalones más*). Otros compañeros siguieron mi ejemplo, y la Plaza se transformó en una noche de lances y quiebros ¡hubieran visto qué revolotear de camisas y suéteres politécnicos y universitarios sobre la arena de la Constitución!

(Pasan Scaramouche, Colombina y Pierrot volando cometas que tienen forma de camisas y suéteres. Salen.)

ESTEFANÍA: ¡Olee, Olee, Palinuro!

YO: ¡Allí está, mírenlo, miren a Palinuro! Estefanía: ¿Dónde?

(Aparece el doctor, cargado de vendas.)

EL DOCTOR: Pensándolo bien, y revisando mi Manual Merck, creo que lo mejor, por si acaso, es suponer que el joven Palinuro pudo haber tenido cuando menos una luxación, o quizás un hueso dislocado, que sé yo... Más vale prevenir que lamentar. Señorita enfermera, vamos a vendarlo. *(Saca un papelito de su bolsa, y se lo da a Palinuro.)* Estos son mis honorarios. Estoy con ustedes, como les dije, pero

de algo tengo que vivir... (*comienza a vendar a Palinuro, ayudado por Estefanía.*)

PALINURO (*ignorándolos*):

Hubieran visto, sí ¡Oleeee!, gritaban los propietarios repentinos de reformas agrarias y los candidatos que serán ungidos con su propio pus el próximo período presidencial. ¡Oleeee Palinuro, Oleeee, muchachos, así se hace! Recuerdo a un compañero, alto como un paisaje vertical...

(*Aparece Scaramouche toreador, alto y gallardo, todo cubierto —incluyendo la cola— de lentejuelas plateadas. Salen*

los toros: cabezas con cuernos, en plataformas con ruedas y manubrios, manejados por el Capitano Maldito y Pantalone. El toro de Pantalone es blanco con ojos rojos, el del Capitano Maldito, verde con ojos amarillos.)

YO: (señalándolos): ¡Allí está el compañero, mírenlo!

(Scaramouche comienza a torear al toro blanco de los ojos rojos. Sale Arlequín toreador, con su traje de lentejuelas multicolores. Sale Pierrot, de

rosa y plata. Salen otros dos toros: el manejado por el Dottore, amarillo con los ojos azules; el llevado por Tartaglia, azul con los ojos anaranjados. Todos torear.)

YO: ¿Lo ves Palinuro?

LA VOZ DE LA VECINA DEL 15 : ¡Ay, mis hijos, ay, mis hijos...!

PALINURO: ¡Sí, allí estoy, véanme todos: por poco me aplasta un tanque con dos metralletas largas como cuernos, si no fuera porque un amigo mío de la Preparatoria le dio un quite muy a tiempo, que encendió los hurras de mi corazón! ¡Pero en un momento

dado mi capa, o en otras palabras mi chaleco de rombos salió volando...! *(Colombina pasea un cometa que tiene la forma del chaleco de rombos de colores de Palinuro.)* No lo van a creer. Entonces, me pesqué... me pesqué... *(Se arrastra dos escalones y se desmaya.)*

ESTEFANÍA: Oh, ¿qué le pasó, doctor?

EL DOCTOR: No sé. no sé, cállense... déjenme oírle el corazón... *(reclina la cabeza sobre el pecho de Palinuro. Toros y toreadores se quedan inmóviles y silenciosos. Después, salen.)*

ESTEFANÍA: No se ha muerto ¿verdad doctor?

(Palinuro vuelve a la vida. Con un enorme esfuerzo sube hasta el escalón número once y se desmaya de nuevo.)

EL DOCTOR: Volvió a perder el sentido. Ayúdenme a cargarlo...

YO: ¡Jamás! Eso sería traicionarlo: Palinuro se propuso subir arrastrando y arrastrándose subirá.

EL DOCTOR: ¡Pero no podemos dejarlo aquí el resto de la noche! Se encuentra tan débil que dudo que recupere pronto el sentido. Hay que hacer algo...

ESTEFANÍA: Lo podemos subir arrastrando...

YO: Esa es una idea mejor.

EL DOCTOR: Está bien. Pero háganlo con cuidado...

(Palinuro se resbala dos o tres escalones.)

YO: Bueno, manos a la obra o tendremos que recomenzar la historia si dejamos que Palinuro se resbale hasta la planta baja.

EL DOCTOR: Y yo, voy a estudiar mis huesos para saber dónde podría haber fractura. Volveré en la mañana temprano, para examinar al joven Palinuro. Habrá que aprender de nuevo a hacer enyesados y férulas. Señorita

enfermera: ¿Se acuerda usted de las férulas de Böhler? Quizás sea necesario un aparato de Sayre, para lograr la extensión de la columna vertebral... ¡qué sé yo! Todo puede ocurrir, todo puede ser necesario... ¿se dan cuenta? ¡Qué estupidez, que haya subido arrastrándose toda la escalera! *(comienza a bajar y se dirige a su departamento, el número 14)*. Nunca me perdonaré el haberlo permitido. Imagínense: si había una costilla rota a estas horas puede tener lastimado todo el tejido pulmonar... si hubo una fractura de pelvis, a estas horas puede tener desgarramientos en la vejiga, en el recto, ¡qué sé yo! ¡qué desgracia! *(se*

mete a su casa.)

LA VOZ DEL DOTTORE (*desde lejos*): *Palinuro dignus erat meliore fato!*

(Se abre la puerta del departamento del doctor, y se asoma éste.)

EL DOCTOR: ¡Sí, exactamente, como dijo alguien, su amigo era digno de un destino mejor! (*vuelve a meterse y cierra. La escena se oscurece y termina así el cuarto piso.*)

EPÍLOGO

LAS VOCES A OSCURAS: ¡Hubo gritos que estallaron con estruendos de fuelles acorralados! ¡Hubo también hipótesis maleantes...! Pero había gente, en las calles, dispuesta a surtir denuncias y calumnias a quienes estaban escasos de ellas. Mientras tanto, la virginidad efusiva de las dalias se deshojaba blandamente...

LAS SEGUNDAS VOCES A OSCURAS: Fue una noche de mariposas negras y vidriosas. Fue una noche de ronquidos y estertores de gracia, maldiciones enrevesadas y crepitación de

sopletes marciales...

LAS PRIMERAS VOCES A OSCURAS: Fue una noche ideal para el aprendizaje cruel de la simetría... fue una noche en que se dejó oír el ululato de los cazadores, y entre los cohetes y otros estampidos vernáculos se escucharon también los chasquidos producidos por las conjunciones de blasfemias, los sollozos encajonados, los sofocos de las chusmas asmáticas y el tableteo del pánico...

LAS SEGUNDAS VOCES A OSCURAS: Fue una noche sin repatriación posible, una noche de

paradojas salitrosas y de intuiciones amarescentes, fue una noche de pompa arqueológica, negra como un embudo tiránico y la atmósfera era falaz y sobre todo... ¡dura de pelar!

LAS PRIMERAS VOCES A OSCURAS: ¡Fue la noche de los tanques, tanques grises y enormes como cadalsos navegantes!

LAS SEGUNDAS VOCES A OSCURAS: ¡Fue la noche de los estudiantes!

LAS PRIMERAS VOCES A OSCURAS: Si ahora van de madrugada a la Plaza, antes de que los *bulldozers* y las

barredoras mecánicas pulan los restos del naufragio, allí donde fueron embarrados por las espátulas grises de La Muerte, los verán allí... verán a los estudiantes, tirados en el aceite, expósitos al viento y a las eminencias solares...

LAS SEGUNDAS VOCES A OSCURAS: O quizás ya nada más encuentren sus zapatos...

LAS PRIMERAS VOCES A OSCURAS: Sus zapatos vacíos...

(Un rayo de luz sumamente pálido y polvoriento ilumina a La-Muerte-Ropavejera, que pasa

entre las brumas, con su carreta.)

LA-MUERTE-ROPAVEJERA:

¿Zapatos? ¿Zapatos usados que compren? ¡Vendo mocasines de estudiante de filosofía! ¡Zapatillas de ingeniero, botas de pasante de medicina! ¿Quién quiere pantuflas de bachiller en ciencias biológicas? *(Sale.)*

(Queda el rayo de luz. En la superficie iluminada del piso se abre una alcantarilla por la que brota humo verde y aparezco yo arrastrando a Palinuro vendado de pies a cabeza.

Atrás de mí aparece Estefanía.)

YO: ¡Setenta y cinco, setenta y seis, uf! ¡Qué cansancio! Setenta y siete, setenta y ocho, setenta y nueve... ¡Y ochenta! Fiuuuuu. *(Me seco el sudor de la frente.)* ¿Quién iba a imaginar que Palinuro me iba a pesar tanto?

(Un haz de luz ilumina una angosta y altísima cama en el centro del escenario. Llevamos a la cama a Palinuro.)

YO: ¡A lo que hemos llegado! Pensar que todo iba a terminar en esto... ¡con todo lo que nos divertimos en el

baile de máscaras...!

ESTEFANÍA: ¡Ya lo creo! ¡Cómo bailamos! ¿Verdad? ¡Bailamos toda la noche! Y estaba ahí todo el mundo: Lenin, Gandhi, los Grandes de España, el Regente de la Ciudad, Madame Pompadour, y el Jefe de la Policía...

PALINURO (*abriendo un ojo*): ¿Y aaónde fueron ustedes después?

YO: ¡Fuimos al anfiteatro de la vieja Escuela de Medicina, le dimos una botella de tequila a Caronte, y le pedimos que hiciera la disección de un cadáver para nosotros!

ESTEFANÍA: ¡Fue tan emocionante, Palinuro! Al principio nos pusimos muy tristes, porque el cadáver que sacó el

viejo Caronte era el de un muchacho muy jovencito, que parecía un estudiante...

YO: ¡Pero alguien tuvo la idea de que le pusiéramos un casco de granadero, y asunto resuelto!

ESTEFANÍA: Y para estar todavía más tranquilos, le pusimos un antifaz de halcón y un guante blanco del Batallón Olimpia...

PALINURO (*abriendo el otro ojo*): ¡Genial, genial! ¿Y qué más? ¿Le pusieron también unos calcetines de la CIA y un reloj del Opus Dei y unos calzones del Muro y unos anteojos de la Interpol?

ESTEFANÍA: ¡Sí, ja, ja, ja!... ¡Dios

mío, me voy a orinar de la risa!

PALINURO: ¿Y quién fue el asesino?

ESTEFANÍA: ¿El asesino de quién?

PALINURO: Del estudiante...

ESTEFANÍA: Ah, ¿del que parecía estudiante?

YO: Tenemos una descripción hablada; cualquier día de éstos lo pescamos (*saco un papel imaginario de la bolsa del pantalón y leo*): El asesino, según los testigos, tenía los ojos de un político, la nariz de un rico, la frente de un reaccionario, las orejas de un hijo de puta...

ESTEFANÍA: ¡Se los dije! ¡Se los dije: me oriné de la risa! Y entonces, claro, le dimos al estudiante el premio

por el mejor disfraz de la noche: Y el pobre se emocionó tanto que resucitó de la emoción y se cayó de la mesa de disecciones, y por poco se mata de verdad, porque claro, todo era una broma y él era sólo un muerto disfrazado de estudiante desnudo... qué estoy diciendo: era un desnudo, es decir, era un estudiante... bueno, ustedes ya saben a qué me refiero... estaba así, como estás tú, Palinuro, exactamente... ¡Oh, cómo nos divertimos!

PALINURO: Un momento... yo no estoy ni desnudo ni muerto. Estoy, nada más. Pero no sé en dónde...

YO: ¡En la gloria, Palinuro!

(Se encienden cientos, miles de estrellas. El efecto es el de un planetarium: las paredes y el techo del cuarto de la Plaza de Santo Domingo se han transformado en la bóveda celeste, negra y aterciopelada, donde resplandecen las constelaciones boreales y las principales de sus estrellas, y con un brillo intenso y especial de las dos estrellas gemelas Cástor y Pólux. Más allá de las constelaciones corre la Vía Láctea, en tanto que por el piso reptaba una niebla blancuzca, producida por hielo seco. Colgada de un hilo baja una media luna luminosa la cual le da a la escena

una luz blanca. Baja también un columpio donde está Pierrot con su lira.)

PIERROT: «Los huesos de Palinuro / le rezan a la Estrella Polar...»

(El columpio sube, llevándose a Pierrot.)

PALINURO: *(restregándose los ojos)*: Ah, sí, sí, ya me acordé qué era lo que les estaba contando. Entonces, como les decía *(se sienta en la cama)*, me pesqué de la bandera nacional, recién arriada...

TODOS NOSOTROS: ¿De la bandera nacional?

(En el cielo se abre una ventanita cuadrada y se asoma Pantalone con un gorro frigio anaranjado.)

PANTALONE: ¡Herejía! *(Se mete.)*

(Se abre otra ventanita romboide y se asoma el Capitan Maldito con camiseta de franjas moradas y blancas.)

EL CAPITANO MALDITO:
¡Sacrilegio! *(Se mete.)*

(A la altura de la Osa Mayor se abre una ventanita redonda y se asoma Tartaglia con una larga nariz de Pinocho.)

TARTAGLIA: ¡Bla-bla!
¡Blasfemia! *(Se mete.)*

(Palinuro se pone de pie en la cama. Levanta el brazo señalando hacia la Estrella Polar, que queda justo arriba de su cabeza. De la estrella cae un chorrillo de nieve.)

PALINURO: ¡Me pesqué de la bandera, sí, así como lo oyen! ¡Y entonces sí que me hubieran visto:

alfombrado con cascabeles juveniles,
inmenso como mi inmenso capote...!

(Por un lado, sale Arlequín con un capote de seda de rombos verdes, blancos y rojos. Se escucha una ovación. Por el otro lado, sale La-Muerte-Toro, con unos largos y afilados cuernos de plata labrada. Se escuchan las fanfarrias y recomienza la corrida. Se oscurece el fondo.)

LA VOZ DE PALINURO: ¡Era el capote más hermoso que se puedan imaginar: todo él de sedas y águilas aéreas, de verdes insurgentes y nopales

nahoas! ¡Todo él lleno de culebras y religiones blancas y estallando en garantías, ramas de encina y laurel y coronas imperiales!

TODOS NOSOTROS: ¡Oleeee, oleeee, Palinuro!

LA VOZ DE PALINURO: ¡Ah, mi hermoso capote! ¡Todo él lleno de rojos españoles y de abrazos de Acatempan! ¡De himnos y de traiciones y de convenciones de Aguascalientes! Y yo allí, gritándoles a los tanques: ¡aja, toro, aja! y mirando hacia las casas celestes que marcaron mi destino, y de pronto toda la grandeza monolítica de un tanque se me deja venir... ¡y yo que le doy un pase magistral que despliega los verdes

en un abanico de esmeraldas, y me quedo impávido, hermano, enrollado en la bandera, como un niño héroe listo para dar un salto dentro de la historia!

(Arlequín se queda inmóvil, enrollado en su capote de rombos tricolores. Sale La-Muerte-Toro.)

UNAS VOCES: ¡Sacrilegio!
¡Herejía! ¡Blasfemia!

(Entra La-Muerte-Gobierno, arrastrando una carreta en la que van Pantalone, el Dottore, el Capitano Maldito y Tartaglia,

los cuatro con pieles de borregos en la cabeza.)

TODOS: ¡BEEE, BEEE! ¡A desagraviar a la bandera, BEEEEE! ¡A desagraviar a la bandera, BOOO! ¡Iremos al Zócalo, BEEE! ¡Es decir, nos llevarán, BUUUU! ¡No vamos porque queremos, BAAAAAA! ¡Sino porque nos llevan, BEEEEE! ¡Somos burócratas, BOOOO! ¡Pero somos borregos, BUUUUU, BEEEEE, BOOOO, BAAAAA! *(Salen.)*

(Se vuelve a iluminar el fondo. La luna comienza a descender, y a medida que baja, la luz disminuye.)

PALINURO (*nuevamente sentado en la cama, comienza a quitarse los vendajes*): ¡Ay, pero hubieras visto lo que siguió, hermano! ¡Ay, no en balde, desde mañana, las madres habrán de lagrimear cuanto montón de tierra confundan con una tumba desconocida o los rincones de la Plaza donde piensen que se reventaron las válvulas de sus hijos y se desparramó su vida!

UNA VOZ: ¡Ay mis hijos, ay mis hijos!

YO: ¿Escuchas? ¡Es la vecina del quince!

PALINURO: ¡No, manito, no, mi cuate del alma! No es la voz de la vecina del quince: es la voz de la Patria, ¡de

nuestra pobre, pobrísima Patria!

(Aparece como un fantasma La-Muerte-Patria, llena de andrajos de colores, con un camisón de loca al que se prenden los alacranes de vainilla.)

LA-MUERTE-PATRIA: ¡Ay, mis hijos...! ¡Ay mis hijooooos! *(Sale.)*

PALINURO: ¡Y en seguida, anoche, en la Plaza de la Constitución, hermano, se armó la Pamplona y los estudiantes que no torearon a los tanques se les treparon encima y les dieron de palos y de puntapiés, de cartelazos y pedradas... y el público arrojó a la arena sombreros y cojines y flores y

botellas en nuestro honor!

(Caen de todas partes flores, botellas, cojines y sombreros y otras prendas de ropa interior arrojadas por el público y por los personajes: Pantalone, el Capitano Maldito, el Burócrata, la Portera, el Cartero, etc. etc., que se asoman a las ventanas del cielo, por las alcantarillas, las bambalinas, los palcos y las plateas, echándole a gritos la culpa de todo a los estudiantes, al Hambre, a los agentes del Vaticano, arrojan calzones azules, floreros, latas de cerveza, zapatos, a los Bolcheviques, se meten, apagan las luces, se asoman La-

Muerte, la Portera, el Dottore y el Doctor, y le echan la culpa a la Oposición, al Ché, a los Fósiles, a los Shrines; encienden, cierran las ventanas del cielo, arrojan relates, Coca-Colas vacías, calcetines verdes, llaveros rosas y le echan la culpa a los Peces del PC, a los estudiantes, a Los Agachados, a Cohn Bendit, al Tuerto de Oro, a la Masonería, a los estudiantes, encienden, abren, se asoman, arrojan pantuflas amarillas, escupitajos tornasoles, claveles y le echan la culpa a los presos políticos, a los estudiantes, a la CIA, a los anarquistas, a la Generación Sandwich, a los Ex presidentes, al

Tapado, a los Halcones, a La Ignorancia, se meten, apagan, se asoman por las ventanas del cielo, por la luneta y el paraíso, Pierrot, Colombina, Tartaglia y cierran, encienden, apagan, iluminan, y le echan la culpa de todo a los estudiantes, al chambismo, a Rudi Dutschke, a Arrabal, a Los Supermachos, a los Boinas Rojas, a los sinarquistas, a los tupamaros, arrojan taparrabos dorados, pañuelos de lino, chisteras de nutria, ramos de violetas, botellas de whisky, a los Mencheviques, a los Katangueses, a los estudiantes, a la Pasionaria, a los estudiantes, a los estudiantes, a los

estudiantes, y se meten, cierran las ventanas del cielo, se salen del teatro: apagan las luces, a los estudiantes, a los estudiantes, a los estudiantes y la luna sigue bajando y con ella luz disminuye aún más.)

PALINURO: Y allí nos tienes, hermano, recogiendo toda esa basura provocativa: las bayonetas rotas, las fotografías de la infancia, las cartillas militares, los folletos y las letras de las coplas contra los gobiernos y los imperialismos, nuestras pancartas donde decíamos «Únete pueblo», «Pueblo, abre ya los ojos», «¡La raza está Acelerada!»...

(La luna acaba por meterse tras la cama de Palinuro. Se apagan las estrellas y la escena queda a oscuras, aunque de vez en cuando un chorrillo de nieve blanca y luminosa cae de la Estrella polar. Se enciende la luz negra. Dos, tres, cuatro, estudiantes fosforescentes con máscaras de mimos comienzan a arrastrarse por el suelo.)

LA VOZ DE PALINURO: Allí nos tienes, hermano, recogiendo nuestras venas, un pañuelo azul, nuestros libros de geografía y logaritmos, nuestras probetas de ensayo y nuestras ilusiones, mientras la voz oceánica de los megáfonos regurgitaba su perversión y

pedía para nosotros una oreja, un lomo blindado, la cola, dos ametralladoras, la otra oreja y la verga de infantería de los tanques...

(Los estudiantes fosforescentes continúan su danza serpentina en el suelo.)

LA VOZ DE PALINURO: ¡Nos cubrimos de gloria, hermano! ¡Y ellos se cubrieron de mierda para siempre! Perdimos, pero perdimos sin miedo, como los buenos. Más de un tanque, como te he dicho cien veces, le sacó las tripas a un muchacho que había estrenado un traje de luces donde

brillaban ciertas frases célebres y algunos slogans inofensivos que su madre había bordado ¡Fue la resurrección del sacrificio: nos arrancaron el corazón, hermano, y ya nunca más seremos los mismos!

(Se apaga la luz negra, todo queda en oscuridad absoluta.)

LA VOZ DE PALINURO: Lo que más siento, hermano, es la muerte tricolor de mi bandera, el que mi bandera haya sido planchada por los tanques. Y también que una gran fotografía del Ché... ¿me perdonarás que hable de mi bandera y del Ché al mismo tiempo, hermano? Te

decía: cuánta pena me dio ver que el cartel del Ché se haya quedado en medio de la Plaza, con las huellas de las botas y de las orugas de los tanques en la cara, mi pobre Ché...

(Se encienden las estrellas y un haz de luz cenital muy débil ilumina un objeto que hay en el piso y que no se identifica sino a medida que la luz se intensifica gradualmente.)

LA VOZ DE PALINURO: Mi pobre Ché, cagado hasta la médula como un niño de pecho, y con su estrella plateada sucia por el smog de los periódicos...

(En el piso, al centro del escenario, hay dos manos cortadas, Palinuro, ya sin vendajes, baja del lecho y cae hincado frente a ellas, bajo el haz de luz.)

PALINURO: Apenas me dio tiempo, hermano, antes del encontronazo final, de recoger sus manos y guardarlas ható mi camisa... *(recoge las manos y las guarda junto a su corazón)*. ¡Para que me refrescaran el pecho, hermano, inundado con un sudor sagrado! ¡Para que me sostuvieran el corazón, que a esas horas parecía un saltimbanqui reaccionario!

(Palinuro levanta sus propias manos al cielo, en actitud de súplica y se queda inmóvil. Muy lentamente, la luz comienza a disminuir hasta quedar de nuevo a oscuras. Se apagan las estrellas y se enciende la luz negra. Se escucha nuevamente el alando de las ambulancias, llamando a muerte. Pasa La-Patria-Fosforescente, con su vestido de andrajos fosforescentes.)

LA-PATRIA-FOSFORESCENTE: ¡Ay, mis hijos... ayyyy, mis hijooooos! *(sale)*. ¿A dónde se los llevaron? ¡Ayyyy, mis hijooooos!

VOCES DEL PÚBLICO: ¡Sí! ¿A dónde se los llevaron? ¡Queremos saber a

dónde!

LA VOZ DE PALINURO: Si quieren saber, cabrones, ¡pregúntenle a la Rosa de los Vientos!

(Baja del cielo una enorme Rosa de los Vientos, formada por ocho antorchas. Aparecerán sucesivamente ocho estudiantes con máscaras de mimos blancas. Cada uno arrancará una antorcha encendida, dirá la frase que le corresponde y correrá y danzará por el escenario.)

EL PRIMER ESTUDIANTE: ¿Quieren saber a dónde? ¡Al Campo Marte!

EL SEGUNDO ESTUDIANTE: ¿Quieren

saber a dónde? ¡Al Campo Militar
Número Uno!

EL TERCER ESTUDIANTE: ¿Quieren
saber para qué? ¡Para quemarlos!

EL CUARTO ESTUDIANTE: ¿Quieren
saber para qué? ¡Para volverlos ceniza!

EL QUINTO ESTUDIANTE: ¡Cada
estudiante muerto es una antorcha viva!

EL SEXTO ESTUDIANTE: ¡Cada
antorcha viva es un estudiante muerto!

EL SÉPTIMO ESTUDIANTE: ¡Vean,
vean cómo sus cenizas trasvuelan los
rascacielos!

EL OCTAVO ESTUDIANTE: ¡Vean,
vean cómo sus cenizas sofocan los
fuegos olímpicos!

TODOS (*arrojándose unos a otros*)

las antorchas, como malabaristas):
¡Cada estudiante muerto es una antorcha viva! ¡Cada antorcha viva es un estudiante muerto! ¡Cada estudiante muerto es una antorcha viva! ¡Cada antorcha viva es un estudiante muerto!

(Salen. Silencio. Comienza a brotar del suelo y tras la cama un sol de papel de China, luminoso y anaranjado: Palinuro está en el suelo, muerto. De los labios le escurre un hilo de sangre. Nosotros estamos a su lado. A lo lejos se escucha la voz del Poeta, en tanto el sol continúa ascendiendo. Mientras más sube, más grande se vuelve, y más rojo.)

LA VOZ DEL POETA:

«Has muerto, camarada,
en el ardiente amanecer del
mundo.

Has muerto cuando apenas
tu mundo, nuestro mundo,
amanecía...»

(Todo queda inmóvil y en absoluto silencio por unos segundos que parecen una eternidad. Después, el sol se apaga y vuelve la oscuridad completa.)

(Entra La-Muerte-Finalera, con su ojo de vidrio lánguido y su esqueleto color de rosa, iluminada por un reflector.)

LA-MUERTE-FINALERA:

¿Finales que compren?
¿Principios que vendan? ¡Vendo
finales a la medida, vendo finales
a plazos y al contado! ¡Finales
truculentos, finales felices! ¿Quién
me compra un final? ¿Finales
artísticos? ¿Finales sin fin?
¡Vendo finales mediocres!...
¿Quién me compra un final?

(Entra el Dottore, borracho.)

EL DOTTORE: ¡Hip! *Aeternum Vale*, ¡hip! O sea: adiós para siempre. *Consummatum est. Requiescat.* ¿Tiene usted, por favor, un final en latín?

(La-Muerte-Finalera desenrolla un final que dice: «FINIS».)

EL DOTTORE: No, no, quiero algo... hip... algo... ¡más rebuscado!

(La-Muerte-Finalera saca un

*cartel y se lo entrega al Dottore.
Este lo aprueba con entusiasmo y
lo muestra al público y a los
lectores.)*

EL CARTEL DICE

(Con letras rojas y doradas)

«ACTA EST FABULA»

(La comedia ha terminado)

25. Todas las rosas, todos los animales, todas las plazas, todos los planetas, todos los personajes del mundo

Yo juré que iba a encontrar a mi prima así fuera en el fin del mundo. Que en cuarto la viera y descubriera en su vientre las gotas de sangre que habían caído de la frente del carnicero y en sus pechos la harina desprendida de las

manos del panadero y bajo su lengua la estampilla con un escarabajo de Malasia que le había pasado la lengua del cartero, iba yo —lo juré— a reventarle un huevo de pato en la cabeza, a decirle que Novalis nunca había existido, a hablarle mal de los Pink Floyd, a cambiarle el color de los ojos y las dedicatorias de mis versos, a azotarla con pétalos de flores para que le olieran las heridas, a insultarla de la cintura para abajo, a tomarme dos horas en desvestirla y a llevarla a un restaurante a comer cóctel de moscas, sapo relleno de ojos de buitre, sopa de tarántulas, colas de rata empanizadas, jugo de chinches, pudín de zorrillo, ensalada de

alas de murciélago y helado de víbora de cascabel. Después —le diría— te voy a comprar en una tienda de bromas un vaso con agujeros para que la cicuta se te derrame en el pecho y los ahorcados de Lautréamont te van a sacar la lengua y a clavarte alfileres en la tuya para que se te caiga la de sueño y te voy a llevar a un cine falso donde pasan películas falsas y si te fijas bien la estatua de la Columbia es de marmol de Carrara falso y Robert Taylor no es Robert Taylor, pero sé que no te vas a fijar, y si crees que con esto, pues no señor (no señora), también tengo un invento para hacerte perder la noción del tiempo, para hacerte bolas con los

minutos y los días de tal manera que tardes un segundo en escribir toda tu historia y te estés diez años escribiendo el primer renglón.

Pero en cuanto la vi, en cuanto me la encontré siglos o días después junto al río y la vi tan vieja, pero tan bella, Dios mío, y con el nombre de trapo al revés, tan mal vestida pero tan hermosa, con su gabardina llena de quemaduras de cigarro y pipís de paloma, sus medias de lana negra embarradas de yodo, coronada con langostas que le comían el trigo rubio que le crecía en el pelo, a su lado una bolsa reventada con las verduras del día y ansiosa por besarme de un bigote a otro pero sin confesarlo,

la maldita, como quien no quiere la cosa, y supe que con sólo verme había sentido de nuevo ese fulgor súbito, ese hundirse en represas anaranjadas y remolinos de mariposas que sintió en una ocasión, la puta, cuando la presenté en un bar de la ciudad de México a un amigo mío, y otra vez en París cuando vio pasar en un desfile del catorce de julio a un soldado desconocido y una vez más en los Alpes Suizos cuando se enamoró perdidamente, la infiel, de un esquiador austríaco que tenía la piel tostada por la resolana de la nieve y era alto como un surtidor pelirrojo, me arrepentí de todas mis promesas y le dije que la quería. Le dije te quiero por

la tarde, te quiero por las ranas que
crujen de humedad, te quiero dentadura
y polvo de miel, te quiero por amor, por
solamente, te quiero entre sus brazos, te
quiero entre las cinco y las semanas, te
quiero enredada en mis palabras, te
quiero por un disco y un pedazo de vino,
te quiero por la espuma, te quiero entre
las hojas de un pescado, te quiero por
las venas y los rubros, te quiero bajo un
taxi y por encima, te quiero una media y
un esposo, te quiero por las ingles, te
quiero luz y estrellas, mar y puma, te
quiero demasiado y por lo pronto, y
comenzamos a amarnos en medio de esa
larga ausencia empapada con repudios y
lienzos mortales, y nos amamos entre las

solapas de las plantas, en los acordeones de las nubes, en los hábitos de las colmenas, en las entretelas de los guantes, en las marismas del tabaco, en el hambre de los espejos, en la luna de los cuervos, en los propósitos del césped, en la senectud de los ríos, en los equilibrios de la tarde, en los océanos de los escritorios y en las esquinas del sol, y con nosotros todo el mundo y todas las cosas comenzaron también a hacer el amor: los vecinos con las vecinas, los perros con las perras, los caballos con las yeguas, los corchos con las botellas, los deshollinadores con las chimeneas, los arcos con los violines y los obeliscos con las bocamangas y

todos concibieron servilletas, provincias, deportes y pomos y relojes que nacieron de nuestro amor a los nueve meses o a las doscientas nubes, en tanto que varios otoños pasaban de largo sin hacer escala en el mundo porque nosotros seguimos haciendo el amor alargando el verano a voluntad, sudando lágrimas de lodo y abrasándonos en el mercurio que vegetaba en nuestras venas y subía a nuestras cabezas y las remozaba con vino nuevo.

Y después le regalé a mi prima todas las rosas del mundo: las rosa místicas de Rubén Darío, la rosa más secreta e inviolada de Yeats y la rosa de ayer de Ornar Khayyam, y la besé en medio de

la frente y le dije, como Alberti, que una rosa es más rosa cuando está habitada por las orugas y la llevé al cine a ver *Días de Vino y Rosas* y la llevé a la filosofía para enseñarle la rosa de Locke y la rosa de Condillac y las razones seminales de San Agustín que San Buenaventura comparó con el botón de la rosa que aún no es rosa pero lo será, y entonces secuestré un taxi y le ordené que nos llevara a la casa, y por el camino le dije a Estefanía que el Zahir es la sombra de la rosa y le leí de memoria *Una Oda con un Lamento* para rodearla de rosas, y escuchamos en el radio un fragmento de *El Caballero de la Rosa* y le prometí llevarla a ver

Metistóteles para que contemplara a Fausto morir bajo una lluvia de rosas, y de estas rosas, de éstas y de las que coronan a la diosa de la Lujuria y de la Muerte en la Tentación de San Antonio, de éstas y de las rosas de los árboles que cantan en la visión de Perpetua casi me robo una rosa, casi me robo dos, casi me robo, para Estefanía, la rosa labial y sumergida de la que también hablaba Villarrubia, la rosacruz celestial del Paraíso del Dante, las rosas de la vida de Ronsard y la pura, encendida rosa émula de la llama de Francisco de Rioja.

La culpa claro, fue de nuestros amigos.

Porque mi prima comenzó a escribir *Los Ojos Azules de la Plaza de Santo Domingo*, en el momento en que se enteró, por boca de terceras personas, que algunos de nuestros amigos decían que nuestra vida era falsa y superficial porque nunca hacíamos nada en serio ni nos sucedían cosas trascendentales. Se quejaban, también, de la monotonía de nuestra existencia, que transcurría en una serie de etapas casi inevitables: hacíamos el amor, nos disgustábamos o nos reconciliábamos con los objetos; nos peleábamos; teníamos un sueño; creábamos un juego; el juego hacía crisis y de la crisis nacía otro juego; nos contentábamos después, soñábamos y

volvíamos a hacer el amor.

Por supuesto que pudimos haber mandado a nuestros amigos por un tubo neumático y decirles que se ocuparan de sus propios asuntos. Pero sucede que teníamos la pretensión de que nuestra vida y con ella todo lo que sucediera en nuestro querido cuarto de la Plaza de Santo Domingo interesara a los demás. Y no es que nos importara el qué dirán —cuando menos no a mí: a ella sí y por razones que explicaré más adelante—. Lo que pasaba es que yo quería de tal manera a Estefanía, que deseaba que el universo entero pudiera asomarse a su alma y contemplar una visión en miniatura de su propia imagen. O cuando

menos que lo hicieran los cuatro o cinco amigos que teníamos, para que vieran qué bien vivían en el alma de Estefanía y cómo, allí dentro, ella siempre les tenía una mecedora, música y acertijos para que se divirtieran, así como toda la colección de las cartas que nunca les escribió. Además, me gustaba ver a Estefanía en relación no sólo conmigo, nuestro cuarto y nuestros objetos, sino también en relación con las otras personas y con los otros objetos. En otras palabras, siempre anhelé que llamara la atención en las fiestas y que las personas se quedaran encantadas, pendientes de su boca, cuando ella contara anécdotas de su vida o

recuerdos de su infancia, cuando ella les hablara de la *Rosa Anglica* de Juan de Gaddesden o del *Jardín de Rosas para Mujeres Preñadas* de Eucharis Roesslin.

A nuestros amigos les llegó la primera entrega de *Las Plazas Azules de los Ojos del Domingo Santo* cuando menos lo esperaban. No se nos ocurrió otra forma de darle sentido y grandeza a nuestra vida. La única otra posibilidad se contradecía a sí misma: hubiera sido inútil incendiarla —esto es, condenarla al silencio—, porque no habría alcanzado la fama de haber dado muerte a su propia gloria. El primero de nuestros amigos nos devolvió el

manuscrito con algunas anotaciones al margen en las que hablaba de ciertas faltas de ortografía que cometíamos en nuestros sueños y de la ausencia de sintaxis cuando hacíamos el amor. Criticó también el sinnúmero de veces que aparecían en el manuscrito ciertas palabras gruesas, así como las múltiples referencias a nuestros órganos genitales y a nuestras necesidades fisiológicas. A cambio de ello, no hizo ningún comentario sobre las muchas veces que Estefanía escribió palabras como «mundo», «Dios», «universo», «arco iris», «ángeles» y «amor», ni se fijó en el también infinito número de rosas que aparecían en el manuscrito, si bien nos

dijo, respecto a la palabra «azules» que la insistencia en el color de los ojos de Estefanía parecía indicar un prejuicio racial al implicar —según él— cierta superioridad de los ojos azules sobre el resto de los ojos de otro color. Pero nuestro amigo no se dio cuenta que ya para entonces el título de la historia había cambiado, y el azul había dejado de calificar a los ojos para calificar a la plaza, y que nosotros no podíamos pretender que una plaza, por muy azul que fuera, pudiera ser más importante que por ejemplo la Plaza Roja de Moscú.

Pero tuvimos que leer entre renglones para descubrir la más seria de

las objeciones que nuestro amigo puso a nuestra historia: nos reprochaba —tal como nos dijo más tarde— que viviéramos la mayor parte del tiempo en una especie de pasado imperfecto donde muchas cosas parecían suceder más de una vez, y ninguna cosa una sola vez concreta. Ustedes no pueden decir: «Íbamos al parque, nos sentábamos bajo los manzanos en flor y comíamos a su sombra», y pretender que yo me interese en todo lo que hicieron si no me dan más datos concretos, por ejemplo: el 21 de abril —o cualquier otro—, y dicen entonces «el 21 de abril fuimos al parque, comimos bajo un árbol, etcétera».

Nos extrañó que nuestro amigo no hubiera mencionado tampoco el manzano en flor, que era un dato mucho más concreto que un árbol cualquiera, pero admitimos que nada perderíamos con darle gusto, así que después de modificar el original, y de ponerle el nuevo título de «Los Domingos Azules de los Ojos de la Santa Plaza» el 21 de abril —que por coincidencia estaba próximo—, fuimos a comer al parque y nuestro amigo nos acompañó. Otra divertida coincidencia fue que no encontramos ningún manzano en flor. Pero decidimos que haríamos nuevas correcciones en el manuscrito y que todo era cuestión de sustituir el manzano por

un árbol cuyo nombre no supiéramos. De manera que escogimos un árbol grande, lleno de miles de hojas verdes, comimos a su sombra, escuchamos unos discos de Charles Mingus y dormimos una siesta poblada de céfiros. Nuestro amigo no sólo se interesó de nuevo en el manuscrito: se interesó también por una mariposa moribunda que cayó, con las alas abiertas, a la mitad de una página y a la que estudió y observó durante horas, mientras Estefanía y yo jugamos a ensalivarnos.

Ese juego lo descubrimos cuando Estefanía al besarme me ensalivó la mano sin querer y dijo de pronto:

«Qué raro, tu mano huele a apio.»

Yo no quise decirle que lo que olía era su propia saliva (habíamos llevado una ensalada de apio al picnic) y le dejé continuar con el juego. Así que mientras nuestro amigo seguía contemplando la hoja seca que cayó en la página del manuscrito, ella continuó descubriendo olores raros en las distintas partes de mi cuerpo, según en su saliva predominara uno de los olores de las cosas que iba comiendo. Se asombró ante tantos olores fuertes y extravagantes que asoció con procesos de fermentación y misterios orgánicos. Pero lo que más le sorprendió fue, precisamente, encontrar una relación entre las partes de mi cuerpo y cosas que estaban fuera de mí y

eran ajenas a mi epidermis. Quedó tan inquieta por el hallazgo, que me pidió que le dijera a qué olía su cuerpo. Me pareció que yo tenía la oportunidad de ser más gentil y delicado de lo que ella había sido conmigo, así que primero acabé de comer los sandwiches y los quesos, y me reservé el placer de olería hasta la hora de las frutas.

Comí mandarina, y le ensalivé el pelo, lo olí y le dije:

«Tu pelo huele a mandarina.»

Comí fresas y le ensalivé los pezones. Los olí y le dije:

«Tus pezones huelen a fresas.»

Comí manzana y le ensalivé el resto de los pechos. Los olí y le dije:

«Tus pechos huelen a manzanas.»

Para esto, comenzó a llover y tuvimos que regresar a casa.

Nuestro amigo se despidió de nosotros, agradecido porque le habíamos dado una oportunidad más de aparecer en nuestras vidas, y orgulloso porque sabía —es decir, supo—, que durante un tiempo ya no se podría decir que Estefanía y yo cantábamos, barríamos o escribíamos en días y momentos indefinidos de nuestra existencia, porque a cambio de eso cantamos, barrimos y escribimos en fechas muy concretas, que jamás se me

olvidarán: un 20 de agosto, cantamos desde las 9 de la mañana a las 12 del día. Un 13 de diciembre en la madrugada, barrimos nuestro cuarto y las escaleras del edificio. Un 18 de enero, escribimos todo lo que nos sucedió el día anterior, 17 de enero, hasta los primeros minutos del día 18, que fue cuando comenzamos a escribirlo. Y sobre todo aquella tarde, del 21 de abril, en que antes de llegar a nuestro cuarto, fuimos al mercado de las frutas y yo compré peras, piñas, mangos y albaricoques para ensalivar a Estefanía de pies a cabeza.

Pero las cosas no fueron tan sencillas como nuestro amigo imaginaba

—es decir, imaginó—. Los problemas surgieron cuando Estefanía comenzó a corregir el capítulo de nuestra vida en donde se habló del parque. Porque si bien estaba escrito que iríamos a comer con nuestro amigo el 21 de abril, había muchos detalles —como los céfiros y los discos de Mingus para no hablar de la mariposa ¿o la hoja seca? que cayó del cielo— que no aparecían en el manuscrito anterior que prefiguró nuestro día de campo, así como tampoco una rosa Reina Isabel y una rosa pérsica que yo corté para Estefanía. Yo le dije a mi prima que el hecho no era importante, que simplemente hiciera los ajustes necesarios y que la próxima vez no se

dejara llevar por la imaginación y se abstuviera de contar cosas o cosas que no nos hubieran pasado o que no nos iban a pasar.

Todo esto no habría tenido mayores consecuencias si no hubiera sido por el horror sagrado que Estefanía le tuvo siempre a las mentiras. De aquí, precisamente, que le importara el qué dirán. Las calumnias de la gente la aterraban no porque afectaran su prestigio, sino porque eran mentiras que se cernían sobre el mundo, disfrazadas de verdades. De aquí que cuantas veces le fue posible, trató de neutralizar estas mentiras con verdades absolutas. Cuando llegó a sus oídos que algunas

personas habían dicho que era lesbiana, se lanzó a la noche en busca de la verdad, y la encontró en los brazos de una mujer hombruna con los ojos de pantera, que le enseñó las delicias del fricarelle y el tribadismo. Esa noche, el sexo de Estefanía olía al sexo de otra mujer. En otra ocasión, cuando se enteró que alguien dijo que era una mujer sin sentimientos que se reía de todo y de todas las personas, se rio de la calumnia y se rio de quien se la contó, y después se rio de mí, de la memoria del tío Esteban, de los terremotos del Perú y de los judíos de Auschwitz. Tuve que contarle que alguien había dicho que era una mujer sentimentaloides y sensiblera,

a fin de que pudiera llorar a lágrima viva de todo lo que antes la había hecho reír. Pero lloró, sobre todo, por su insensibilidad anterior.

Tuve, también, que hablarle de la rosa perenne del Indostán descrita por Ibn Qutaiba. Tuve que prometerle que la iba a llevar a ver a Nijinski bailando en *El Espectro de la Rosa*. Tuve que comprarle *La Rosa y el Anillo* de Thackeray. Tuve que leerle *Una Rosa para Emily* de Faulkner. Tuve que contarle la historia del asno que come rosas, de Apuleyo. Tuve que recitarle el *Milagro de las Rosas* de Laforgue. Tuve que contarle la vida del dictador Rosas y la muerte de Rosa Luxemburgo y las

aventuras surrealistas de Rrose-Sélavy.

Tuve, también, que ir al supermercado a comprarle una caja de detergente Star que traía, como regalo, una toalla con rosas.

Pero me di cuenta en seguida que no habíamos aprendido la lección.

Una vez más, y como siempre, nos habíamos dejado arrastrar por el artificio y la obsesión de llevar todo a un extremo donde la magia y las artes combinatorias no se permiten ya más. Uno no puede penetrar en los continentes así ilustrados sin jugarse las indulgencias del futuro. Uno no puede salir a comprar una manzana o una rosa y regresar con ciento. Uno no puede,

como tantas veces lo hicimos Estefanía y yo, decidir que íbamos a dar un paseo a lo largo de una mañana, y caminar y caminar toda esa mañana, más la tarde con sus lontananzas honestas, más la noche asombrada de frío, más la mañana gemela del día siguiente con sus glorias redondas y sus mariscales dulces, hasta que noches, mañanas y tardes mueren, todas juntas, con la explosión de un mediodía distante: la experiencia nos enseña que uno regresa con ampollas, con sueño, con astillas de luz bajo la piel, sin ninguna posibilidad de devolverle a los recuerdos inmerecidos algo de su incalculable belleza. Cansados, llenos de hastío, no queda

sino dejar que ruede el mundo... a la derecha, a la izquierda, otra vez a la derecha y de frente, luego, hasta topar con los vestigios del infierno.

Porque, de haber aprendido la lección, de allí en adelante hubiéramos tenido que aprender a comprar sólo media manzana o media rosa, a caminar un tercio de las calles, a contagiarnos de la cuarta parte de una gripa, a compartir un terrón de azúcar, a contemplar la milésima parte del ala de un pájaro, a beber agua en pedacitos de vidrio y a contentarnos con una pizca de omnisciencia.

Es cierto que de esa manera habríamos recuperado, al menos, una

parte —por pequeña que fuera— de la tranquilidad perdida, ya que nos habría bastado leer unas cuantas páginas de un libro para darlo por leído, escribir una carta que dijera tan sólo «querido amigo» para darla por escrita y cumplir la sexta parte de nuestras ilusiones para darlas por cumplidas. Pero a cambio de ello nunca volveríamos a gozar de un orgasmo completo ya que sentiríamos sólo las primeras mitades y tendríamos que guardar las otras para la noche del futuro en que abjuráramos de nuestra promesa y pudiéramos amarnos con algo más que medios besos y centésimas de caricias. Por otra parte Estefanía nunca hubiera acabado de escribir Los Santos

Azules de los Domingos de la Plaza de Ojos, y en la búsqueda del secreto de la media muerte, se nos hubiera ido, sin duda, la mitad de la vida.

Pero el paseo al campo con nuestro amigo nos sirvió para recordarnos que en mucho tiempo —dos o tres días cuando menos—, no habíamos hecho el amor oralmente:

Nadie como Estefanía, con su lengua de becerra triste, para reconocer el camino de la sal de su dueño y transformar mi pene en una torre de miel.

Nadie como yo, con mi lengua de galgo sediento (que sabía adaptar su velocidad y su filo y su tamaño a las

modalidades de su sexo y de su humor) para hacer aullar de placer a la recatada, a la lúbrica, a la inocente e inmaculada y diabólica de mi prima.

Tuve que leerle las Letanías de la *Rosa de Remy* de Gourmont y *El Parlamento de las Rosas* de Herrick. Tuve que llevarla de la mano a la literatura para que conociera *La Rosa de Papel* de Valle-Inclán y *El Romance de la Rosa* de Lorrís y la *Rosa de Otoño* de Benavente y la *Rosa de Arena* de Montherlant y *El Cardo y la Rosa* de William Dunbar.

Tuve que contarle cómo el poeta Marinetti acostumbraba recitar sofocado con rosas y cómo Coleridge había

pedido que dejáramos a la rosa tranquila en su tallo y cómo Juan Ramón quiso que no la tocáramos ya más y cómo en la antigüedad se le daba a la lepra el nombre de Mal de la Rosa.

Pero fue inútil.

Le sugerí que lo mejor que podía hacer, para tranquilizar su conciencia y conciliar el sueño, era recurrir al método famoso de contar borregos que saltan una valla. Estefanía no aceptó la idea por completo, porque le disgustaba seguir toda norma tradicional y transformarse en uno más de esos borregos. Le pareció más conveniente dejar suelta la imaginación y que saltaran la valla todos los animales de la

Tierra que así lo desearan. Como puede suponerse, le fue tan difícil llevar la cuenta del número de tigres, avestruces, tiburones y arañas viudas que saltaban la valla, que decidió tener en la cama una libreta y un lápiz para ir tomando nota. Como resultado, comenzó a dormirse cada vez más tarde, y muchas veces tuve que apagar la luz a las cinco de la mañana y quitarle de las manos la libreta abierta, donde cada noche había una lista distinta a la del día anterior: veintitrés golondrinas, setecientos ocho salmones, nueve lombrices, dos mil seiscientos cuatro elefantes, un chimpancé, una guacamaya, catorce ranas, un cormorán, tres escolopendras,

cuatro boas constrictoras y veintisiete gusanos de seda. «Este sistema no sirve», le dije, pero no me hizo caso: «Es infalible —me contestó—, no sólo me quedo dormida con la luz encendida, como me has echado en cara varias veces, sino también en los momentos que menos te puedes imaginar: el otro día me quedé dormida en la agencia, y ayer, en el hospital.» «¿Y te parece correcto quedarte dormida en una junta donde esta en juego la campaña de primavera del Shampoo Richard Hudnut? —le pregunté—. ¿Te parece una actitud responsable quedarse dormida en una operación, en el momento en que el cirujano te pide que

le pases el perforador de huesos Hamilton?»), agregué, pero como era de esperarse, Estefanía se había quedado profundamente dormida. Le quité el tenedor de las manos, le saqué de la boca un pedazo de carne que se le había quedado a medio masticar, le deshice las trenzas, la llevé en brazos a la cama, le quité la ropa y el maquillaje, le puse su camisón y su crema de noche y me dormí a su lado.

Al fin Estefanía estuvo de acuerdo en elegir a un animal de una sola especie para que saltara la valla y por motivos obvios, escogió al delfín azul. Descubrió así un método para dormir mucho más elegante y original que el de

contar borregos y de paso descubrió por accidente un sistema para despertarse. Por ejemplo, si una noche se quedaba dormida a los veintitrés minutos de empezar a contar, y exactamente en el delfín número mil trescientos ochenta, a la mañana siguiente, veintitrés minutos exactamente antes de despertarse, Estefanía soñaba con el delfín número mil trescientos ochenta detenido en el aire, que de pronto saltaba hacia atrás como si fuera una película, proyectada al revés, de delfines azules que saltaran hacia adelante; y luego seguía el delfín número mil trescientos setenta y nueve, el mil trescientos setenta y ocho, el mil trescientos setenta y siete y así hasta

llegar al delfín número cero. Entonces Estefanía se despertaba y sus ojos estaban frescos, aireados y limpios de sueño y animales.

Pero este método, que siempre le funcionó para dormir, le fallaba para despertarse aquellas veces que tenía un sueño demasiado profundo y no le era posible detener la marcha atrás de los delfines, de manera que al delfín número cero, que era siempre invisible y redondo, seguía el delfín rojo menos uno, el delfín rojo menos dos, el delfín rojo menos tres, y así hasta que Estefanía se despertaba muy agitada. En esas ocasiones, tenía que volver a dormirse un rato, a fin de dar

oportunidad a que los delfines saltaran hacia adelante, como si fuera una película proyectada al revés, de delfines rojos que saltaran hacia atrás. De no ser así, a Estefanía le quedaba, durante el día, la sensación de vivir en un menos universo donde lo único que se podía hacer era menos-aburrirse o menos-divertirse, menos-ir-a-trabajar o menos-que-darse-en-la-casa, menos leer-a-Saint-John-Perse o menos-no-leerlo. Por fortuna, en ese mundo imperaban las leyes algebraicas, así que las cosas, cuando se multiplicaban, se volvían positivas: no nos quedó más remedio, las veces en que a Estefanía no le fue posible volver a soñar, que repetir todo

lo que menos hacíamos, para que se volviera real.

Esto a su vez nos enseñó que debíamos volver a escribir nuestra historia cambiando el tiempo de manera que nunca nadie supiera cuántas veces habíamos hecho las cosas: si una, o mil. La posible repetición invalidaba el milagro, pero afirmaba la única realidad que poseíamos.

Y como una de las cosas más fáciles de repetir era el amor y los mil nombres de nuestro cuerpo, nos desnudamos e hicimos el amor desnudos.

Después nos vestimos e hicimos el amor vestidos.

Luego, lo hicimos desnudos-vestidos

y vestidos-desnudos.

Lo primero sucedía cuando ella, con mis pinturas acrílicas, me pintaba en el cuerpo desnudo una camisa, una corbata, un cinturón, pantalones y calcetines, y yo pintaba en el cuerpo también desnudo de Estefanía un brasier, una blusa transparente, pantalones y guantes. Pero como es natural, acabábamos hechos un batidillo: con la saliva y el sudor la ropa se desteñía, se hacía trizas, se derretía y nuestros cuerpos quedaban cubiertos por borrones y chorreaduras de colores grises y apagados, como si nos hubiéramos disfrazado de soldados camuflajeados, sucios y heridos. Sólo algunas de las manchas de las sábanas

conservaban los colores originales, puros y tersos, como si en una sola tarde Estefanía hubiera perdido varias virginidades, de distinto color cada una.

El amor vestidos-desnudos lo comenzamos a hacer cuando Estefanía terminó lo que llamo «nuestros disfraces de Adán y Eva». Eran dos vestidos que nos cubrían del cuello para abajo, incluyendo manos y pies, y que Estefanía hizo con seda color carne. Se ajustaban tan perfectamente a nuestro cuerpo, y reproducían con tal fidelidad cada uno de nuestros accidentes y defectos, que la ilusión de que estábamos desnudos llegó a ser completa. No sólo tuvo la paciencia Estefanía de bordar en los

vestidos cada uno de sus lunares y de mis cicatrices, sino que además las partes correspondientes a las manos y a los pies estaban hechas como los guantes, con cinco dedos cada una, y una incrustación de fieltro blanco en cada dedo, que imitaba a las unas. También, naturalmente, mi vestido tenía una bolsa externa, con la forma y el tamaño exacto de mis genitales, hecho con tela elástica que permitía la erección total. Estefanía me bordó el pelo del pecho y del pubis con hebras de lana negra, y para ella se reservó un triángulo de felpa peluda y suave de color castaño claro y algunas hebras de oro para las axilas. Hizo las aureolas de sus pechos con dos círculos

de raso color de rosa y los pezones con dos almendras forradas de terciopelo. Y quiso ir aún más lejos y reproducir, en el vestido, todo el exterior de sus órganos genitales, para no sentirse en desventaja conmigo. Hizo los labios mayores con pliegues de la misma seda del vestido, y los labios menores con dos holanes de damasco color de rosa y nacarado. Se fabricó también un clítoris de franela encarnada. Por lo demás, los vestidos tenían agujeros donde debían tenerlos, a fin de que pudiéramos hacer el amor sin problemas o simplemente ir al baño. Solamente la noche en que Estefanía estrenó el vestido se empeñó en ponerle, en el orificio

correspondiente a la vagina, un trozo de organdí de su vestido de quince años, que yo no tuve problema en romper.

Nunca supe cuál de las dos formas de hacer el amor fue mi favorita. Aunque quizás el hacerlo vestidos-desnudos nos excitaba más, no sólo porque cuando comenzábamos a sudar y se empapaban nuestros vestidos era como si por abajo de la piel se nos derramaran líquidos innumbrables y peligrosos: sangres transparentes, linfas secretas, sueros nupciales, sino también porque siempre fue un gran placer comenzar haciendo el amor con una carne ajena, y acabar haciéndolo con una carne propia. Una vez, sin embargo, se atascó el

larguísimo zíper que tenía en la espalda el vestido de Estefanía y yo, desesperado, le corté los pezones de dos tijeretazos, le arranqué los labios mayores y el clítoris con los dientes y le rasgué toda la piel con una navaja. No descansé hasta desnudarla del todo y saborear el verdadero terciopelo de sus pezones, el verdadero damasco de su sexo, la verdadera seda de sus muslos.

De todas maneras, mi prima y yo tuvimos que confesar que jugábamos demasiado con las palabras. Y especialmente ella. Todo el mundo —tú, yo, el plomero y los poetas— ha jugado alguna vez con ellas. Pero nadie como lo hizo Estefanía porque ella comenzó de

verdad a jugar materialmente con las palabras. Jugaba con ellas ajedrez, y se las comía. Jugaba con ellas a los policías y los bandidos, y cuando escuchaba una palabra sospechosa le seguía la pista, implacable, a través de las enciclopedias y los diccionarios, como sucedió con la palabra *saprófito* a lo que sorprendió al fin en la profundidad de un bosque, alimentándose con vísceras de violetas y sangre de orquídeas recién degolladas. La condenó al exilio, y nunca jamás volvió a pronunciarla. También, a veces, le gustaba jugar a las escondidas con las palabras: se quedaba callada por horas y horas, y naturalmente, las

palabras no la encontraban. O bien, de pronto, comenzaba a vaciar los cajones de la cómoda y cuando todo estaba fuera —brasieres, medias, tarjetas de visita, afrodisíacos y aguas de colonia—, se iba a la cocina a continuar la búsqueda. Cuando yo le preguntaba qué era lo que quería encontrar, me contestaba que no tenía la menor idea. «No es posible —le dije—. Uno sabe siempre qué es lo que está buscando.» «No siempre. Yo estoy buscando una palabra que no sé cuál es, porque está escondida», me contestó, y unos diez minutos después regresó al cuarto triunfante, con un sacacorchos en la mano: «Esto es lo que yo buscaba. En cuanto lo vi, supe que era la palabra

sacacorchos la que se había escondido. ¿Me entiendes ahora?» «Por supuesto», le aseguré, me lancé a la cocina y comencé a vaciar la alacena. «¿Qué buscas?», me preguntó. «No sé. Pero en cuanto lo encuentre te digo.» Volví al cuarto con una botella de vino: «Esto era lo que buscaba.» Estefanía me miró en el colmo de la tristeza: «No, no has entendido. Las cosas no son así.»

No sabes lo que bebimos esa noche. Pero esta vez no nos dio por reír, no nos dio por enseñarnos las espirales del ombligo para demostrar la estirpe boreal de nuestros abuelos, ni se me ocurrió, siquiera, hablarle a mi prima de la rosa de Rilke que representa la unión

de los contrarios, o de los cadáveres de rosas en féretros de espumas de Villaespesa... No, esa noche el buen humor se perdió en un laberinto gangoso y miope. Esa noche escupimos nuestras agallas en las arenas, las espigas rondaron los pechos de Estefanía y yo sentí que mi lengua se hundía en el corazón seco de los gritos. Y es que esa noche buscábamos, sin saberlo, una pelea. La encontramos, al fin, y encontramos unas palabras horribles — que jamás nuestro amigo sospechó que existieran— y que nos dijimos sin tener la menor compasión de nuestro amor, que se hizo chiquito de la vergüenza hasta que lo perdimos de vista.

A la mañana siguiente nuestro amor, un poco más grande y con la cara limpia, estaba sentado a la orilla de la cama esperando que nos contentáramos. Yo me levanté, bebí un jugo de toronja que me iluminó un poco la mañana, y le dije a Estefanía: «No está bien que nos digamos cosas tan feas.» «Nosotros no nos dijimos cosas feas —me contestó—. Fueron ellas las que nos dijeron a nosotros: se aprovecharon de que estábamos borrachos. Lo que hay que hacer, de ahora en adelante, es esconderse de ellas, y si se acercan, dejarlas con un palmo de narices.» «Te prometo que así será», le dije «¿Me das tu palabra?» «Te doy mi palabra.»

Estefanía se quedó callada algunos segundos y dijo después: «Dámela, entonces.» «¿Qué cosa?» «Tu palabra.» «Ya te la di.» «No. Me dijiste que me la dabas, pero no me la has dado.» Entendí lo que Estefanía quería decirme con esto, y me empeñé en demostrarle que yo no sólo tenía una palabra que darle, sino cientos de ellas y volví, entonces, a escribirle cuentos de hadas donde los reinos se volvían invisibles y las percusiones se encerraban en sus comarcas de mugos y jalea; cartas de amor perfumadas con las exhalaciones de un templo que la pátina del otoño había desvelado; cuentos infantiles donde los tranvías eran elefantes

amarillos colgados de un hilito de sol y poemas en los cuales sus ojos adquirirían el prestigio de un hervor de asteroides, y sus trenzas, el de dos subterfugios que le recorrían el cuerpo a latigazos. Pero a medida que pasaba el tiempo, y más tenía yo que vérmelas con miles y miles de palabras que no le decían nada a Estefanía, comencé a vislumbrar la verdad y a entender lo que Walter había querido decirme a su regreso de Londres: no había una sola palabra a la que yo pudiera llamar *mía*, a la que yo pudiera poseer a tal punto y con tal prepotencia que me fuera posible dársela a mi prima. Ella adivinó mi pensamiento: «Esto te enseñará —me

dijo— a no volver a ofrecerme cosas que no puedes cumplir.» «Esto te enseñará a ti a no pedirme cosas que no puedo cumplir, estúpida», le contesté, y la verdad, entonces, se presentó a mis ojos, entera y desnuda: estaba visto que yo no tenía palabra. Estefanía picó un poco de cebolla y la puso en la salsa de la carne. Se limpió los dedos en el delantal y dijo: «¿Reconoces que yo tenía razón?» «Tú siempre tienes la razón», le contesté. Estefanía probó la salsa. «Le falta sal», dijo. Le puso sal y con los ojos húmedos me contestó: «En eso que dijiste de que yo tengo siempre la razón, tú la tienes.»

Así de perfecta era Estefanía. Tanto,

que yo aprendí que las palabras, por hermosas que fueran, no podían agregarle un ápice a su perfección, y que más bien era ella la que ennoblecía a las palabras. Por eso mismo le dije en otro poema (y sin que ella lo tomara a mal) que su piel era suave como el pus y que su boca era dulce como el excremento de los albatros.

Tuve —cuando regrese de esa larga ausencia de minutos o siglos durante la cual en alguna parte de mi corazón, en una de esas ágoras rancias reservadas a los fantasmas y a los dobles sentidos retumbó un rencor casi académico que creció como un girasol negro: por haberme dejado solo y abandonado en

mi cama solitaria náufrago de su amor; solo y abandonado y aferrado a los barrotes de la cabecera como un prisionero condenado a castidad perpetua pidiendo a gritos un coito de gracia; solo y abandonado como un caballero que se pasa las noches velando su única arma que la esperó, fiel y de pie como el mástil de un circo transparente —tuve, decía—, que llevarla a un jardín botánico para que conociera el perfume de mil rosas que no place sino un instante de Bernardin de Saint-Pierre y el aire embalsamado de la rosa que aspiró Víctor Hugo.

Tuve que a una tienda de licores y comprar —y bebemos— una botella de

whisky de las Cuatro Rosas.

Tuve que llevarla a la mitología para enseñarle la rosa de Aglaé, y la rosa donde se cuaja la sangre de los dioses, y las rosas de Sirinx.

Tuve que llevarla a la historia para que conociera las tres rosas azules de la Masonería, la rosa roja de San Jorge, la condecoración de la Rosa Imperial del Brasil, la Guerra de las Rosas, el lecho de rosas que no tuvo el emperador Cuauhtémoc, los secretos sub-rosa de las cámaras de los consejos y la vida de Rosa Munda, la amante legendaria del rey Enrique Segundo de Inglaterra.

Tuve, también, que hablarle de la rosa eterna y del viento enamorada de

Ricardo Molinari.

Pero la alegría no comenzó a volver a los ojos de mi prima hasta que fui a la librería, y como le prometí, compré *La Cosmicómica*, de Calvino, y *El Principito*, de Saint-Exupéry, y le hablé ya no de los planetas en que hubiera vivido nuestro hijo, sino de los planetas en los que iba a vivir. Le recordé que antes de regresar al asteroide B-612, el Principito tuvo que morir sobre la tierra. ¿En qué planeta te gustaría que viviera nuestro hijo?, le pregunté. Hay planetas que están tan lejos de su único sol, le dije, que sólo los habitan los espíritus de la nieve. Esos planetas son tan fríos, pero tan fríos, que si haces mucho

ejercicio comienzas a sudar granizo, y si enciendes un fuego no lo puedes apagar nunca porque se queda congelado para la eternidad, igual que si le hicieras un monumento al fuego esculpiendo las llamas en un bloque de hielo azul. Otros planetas, en cambio, están tan cerca de su sol, que sólo los habitan los espíritus del fuego con sus lenguas de asbesto, y hace allí tanto, pero tanto calor, que las lágrimas se evaporan apenas salen de los ojos y se transforman en dos hilos de humo blanco. Me cuentan que del centenar de estrellas más próximas a nuestro sistema solar, cuarenta y tantas podrían tener planetas habitables dentro de su ecosfera. ¿Dónde te gustaría que

viviera nuestro hijo? Hay planetas enormes, planetas muy gordos, donde la fuerza de gravedad es tan poderosa, y la densidad molecular de toda materia es tan grande, que el mar es de cristal de roca y las pompas de jabón son de vidrio. ¿Dónde te gustaría que viviera nuestro hijo? ¿En un planeta de Tau Ballena? ¿De 70 Ofiuco A? ¿De Sigma Dragón? Hay también planetas donde todos los países son islas flotantes en eterno movimiento. Hay planetas con dos lunas que se persiguen por el cielo desde la eternidad, pero nadie sabe cuál es la perseguida y cuál la perseguidora, porque se ignora cuál de las dos lunas comenzó primero a girar a su alrededor.

Y hay planetas también de dos soles, que, sin embargo, no se persiguen por el cielo porque es el planeta, por supuesto, el que gira a su alrededor, y no ellos en torno de él. En esta clase de planetas no sólo se da muchas veces el fenómeno del sol de la medianoche, sino también, a veces, el del sol del mediodía. Aunque me imagino que también debe haber planetas con dos soles que giran primero alrededor de uno y después alrededor de otro, haciendo ochos. Esto se debe a que cuando están a punto de completar una órbita alrededor del primer sol, comienzan a ser atraídos por el segundo hasta que caen en su campo gravitacional, giran a su alrededor, y

cuando están a punto de completar la órbita alrededor del segundo sol, son atraídos de nuevo por el primero, y así hasta el infinito. Hay también otros planetas que son los planetas flacos, y que bien podrían ser tan pequeños como los del Principito, donde la gravedad es tan pequeña que en ellos nuestro hijo sería muy alto, su cuello retaría diseñado por Brancusi, y la rosa esquiva de Sylvia Plath crecería hasta perderse en las nubes. Allí, si tú silbas, tu silbido va mucho más lejos. Allí nuestro hijo sería un atleta olímpico porque cuando tú lanzas un disco, una piedra o una metáfora, se pierden de vista como un pájaro. Pero en esos planetas hay que

saber medir las fuerzas porque hay metáforas traicioneras que cuando tú piensas que apenas están alcanzando el horizonte, le dan la vuelta al planeta y te matan por la espalda. ¿En qué planeta te gustaría que viviera nuestro hijo? En los planetas de las islas flotantes, donde las naciones viajan más que los hombres, la lluvia no llega a los países: son los países los que llegan a las nubes y a la lluvia, y por eso es tan difícil predecir el tiempo: a veces cuando el país navega hacia el Ecuador, se encuentra en el camino un huracán que lo desvía hacia el Polo. Hay otros planetas que al igual que Saturno, tienen anillos donde los vendedores de Coca-Cola intergaláctica

montan espectáculos giratorios. Hay planetas, también, que tienen un sol anaranjado, o un sol verde, o un sol blanco. Incluso hay planetas que giran primero alrededor de un sol amarillo y después alrededor de un sol azul, haciendo ochos, de manera que en esos planetas hay años azules y años amarillos. ¿En qué año te gustaría que viviera tu hijo? Aunque, desde luego, vivir en un planeta así tiene sus desventajas, porque la cuenta del tiempo es muy complicada: según los cálculos de unos astrónomos, el planeta dio cuando menos una primera vuelta completa al sol azul antes de entrar en órbita alrededor del sol amarillo. Otros

astrónomos, en cambio, opinan lo contrario: que antes de entrar en la órbita alrededor del sol azul, el planeta dio cuando menos una primera vuelta alrededor del sol amarillo. Los primeros son los astrónomos azulistas. Los segundos, los astrónomos amarillistas. A propósito de colores, puedo decirte que en los planetas flacos, y debido a la escasez de oxígeno, nuestro hijo tendría unos pulmones muy grandes, lo que no quiere decir que fueran muy anchos, sino todo lo contrario, muy largos; pero el aire que nuestro hijo expulsara por la boca al silbar estaría tan concentrado que su silbido sería azul y por la poca gravedad se iría muy lejos, y sería

entonces una serpentina azul y diáfana que se le enredaría a papá Eduardo en los pies cuando viniera por la calle saltando en cámara lenta y cantando bajo la lluvia y lo haría caer de rodillas ante su adorada Clementina. Pero las serpentinas, en otros planetas donde se respiraran gases de otros colores, podrían muy bien ser color de rosa o amarillas, y entonces no sólo París, sino el mundo entero sería una fiesta. ¿En qué fiesta te gustaría que viviera tu hijo? ¿En una fiesta amarilla o en una fiesta azul? En el planeta de los dos soles, el tiempo comenzó a contarse cuando un profeta dijo que el fin del mundo habría de ocurrir cuando el planeta completara un

número de órbitas iguales alrededor de ambos, y como la idea de tener un fin del mundo azul les pareció a casi todos mejor que la idea de tener un fin del mundo amarillo, se decidió al fin que el planeta había dado una primera vuelta al sol amarillo, y terminaría sus días al completar su última vuelta alrededor del sol azul, y entonces comenzó el año azul, al final del cual se inició el año u io amarillo, y así hasta el fin del mundo. ¿En qué lado del planeta te gustaría que viviera nuestro hijo? Hay planetas desafortunados que giran alrededor de un solo sol, pero que no giran sobre sí mismos, de manera que en un lado siempre es de día y en el otro siempre es

de noche. En esos planetas no se podría viajar hacia Europa o hacia América: se viaja hacia los trópicos eternos o hacia las nieves perennes; se viaja hacia la noche o se viaja hacia el día. Si se viaja hacia el día, se pasa por los países de los hombres amanecientes. Si se viaja hacia la noche, se pasa por los países de los hombres crepusculares. ¿Qué clase de cuentos te gustaría que le contáramos a nuestro hijo? En el Reino del Mediodía, se les lee a los niños cuentos de *Las Mil y Una Noches*. En el Reino de la Medianoche, se les cuentan las fábulas de *Los Mi!* y *Un Días*. Pero también por otra razones la vida es un poco complicada en el planeta de los

dos soles, porque si uno, por ejemplo, esta en junio del año amarillo de 1970 y hace una cita para dos meses después, o sea para agosto, no hay ningún problema porque no cambia el año ni cambia el color. Pero si uno en junio del año azul de 1970 habla de lo sucedido en junio del año azul de 1969, en realidad uno no se está refiriendo a lo que sucedió un año antes, sino dos años antes, ya que en este caso, aunque no cambia el color sí cambia el año. A propósito de colores, no hay razón por la cual no se den, entre tantos millones y millones de estrellas, planetas como aquéllos de las serpentinas donde la sinestesia sea una realidad y con ella los olores que se

escuchan y los colores que se tocan, y con ellos las ilusiones de Flaubert y Rimbaud, y de Wagenseil que nos habla de la melodía roja de la tarde, y de quien dice que la música de Beethoven es negra y la de Mozart azul, y de Rimsky Korsakov que afirmaba que el La Mayor era rosado, y de Scriabin que decía que no, que era verde, y para mí, Estefanía, que alguno de los dos era daltónico, pero jamás sabremos quién. Por último, es famoso el sonido que se produce, cuando, con un martillo amarillo, se golpea la tecla blanca de un piano color de rosa. ¿En qué planeta quieres que viva tu hijo? En los planetas gordos, allí donde el aire en lugar de

respirarse se mastica y con el oxígeno se hacen gelatinas tendría el cuello y los hombros más anchos, y el corazón también, y sería mucho más bajo, debido a la enorme fuerza de la gravedad. En cambio, en los planetas flacos uno no tiene sombras, porque las sombras se van volando. Y en el planeta de los dos soles, cuando en el caso contrario uno está digamos en junio del año amarillo de 1970 y quiere hacer un compromiso para un año después exactamente, es necesario decir nos vemos en junio de 1970, refiriéndose, claro, al año azul, porque entonces cambia el color, pero no el año. Pero si uno está en junio del año azul de 1970 y se hace un

compromiso para un año después eso es más fácil porque quiere decir junio del año amarillo de 1971, ya que en este último caso sí cambian los dos: el año y el color. ¿Cuántos años te gustaría que viviera tu hijo? En los planetas flacos, donde la fuerza de gravedad es tan pequeña que en lugar de llover para abajo llueve para arriba, debido al menor esfuerzo que tendría que realizar para efectuar todas sus actividades, viviría muchos años más que en la Tierra: quizás trescientos. En los planetas gordos, en cambio, donde la fuerza de gravedad es tan grande que el agua se evapora hacia abajo y por eso el centro de la Tierra (es decir, de su

Tierra) siempre está nublado, nuestro hijo viviría sólo unos cuantos años. Con la desventaja adicional de que como tardan mucho en dar vuelta sobre sí mismos, los años, en esos planetas, duran unos pocos días. Es decir, pueden durar cien años de los nuestros y es por eso que allí la gente no celebra sus cumpleaños sino sus cumplimeses. Allí, las rosas que no duran sino un día de Fontenelle, no viven en realidad ni una centésima de día. Y en aquellos planetas que tardan menos en dar una vuelta sobre sí mismos, por ejemplo, sólo diez meses terrestres, uno puede hacer muchísimos compromisos iguales para el mismo día como es almorzar con un

amigo a las noventa y tres horas de la mañana y almorzar con otro —o con el mismo—, a las doscientas treinta y cinco de la tarde, o a las mil quinientas. En los planetas flacos, en cambio, hay años de apenas diez días terrestres. Allí no se celebran los cumpleaños sino los cumpleaños siglos, y uno puede desayunar y comer y cenar siete veces al mismo tiempo. ¿Cuántos años de cuántos días te gustaría que tuviera nuestro hijo? En el planeta de los dos soles, según haya nacido en uno o en otro, o el doble de esa misma edad aparente menos un año. Porque si alguien por ejemplo nació en la primavera del año amarillo de 1930 y está en esos momentos en la primavera

del año azul de 1949, eso no quiere decir que tenga 19 años de edad; de la misma manera que si alguien nació en el invierno del año azul de 1930 y está viviendo en el invierno del año amarillo de 1949, esto tampoco quiere decir que también tiene 19 años. El primero, en realidad, tendría 39 años: 19 azules más 19 amarillos más el año azul en el que no nació, y el segundo, 10 amarillos más 19 azules, menos el año Amarillo en el que no nació. En los planetas de la sinestesia las rosas exhalarían poemas de Malherbe sobre las rosas, y las violetas (que podrán no ser violetas sino anaranjadas) por culpa de su timidez serían tartamudas. La ventaja del planeta

de los dos soles es que allí uno puede celebrar su cumpleaños azul y su cumpleaños amarillo, así como se celebran o conmemoran dos veces todas las revoluciones y las filosofías combatientes que surgen en los años amarillos, y las reconciliaciones y las filosofías melancólicas que suelen darse en los años azules. Aunque también, claro, hay planetas que tienen cuatro, cinco, siete lunas por conquistar, que giran a distancias diferentes en órbitas entrecruzadas, de manera que no sólo se eclipsan unas a otras en belleza, sino también en la realidad física, así que puede haber noches de cuatro lunas llenas, dos menguantes y una creciente, o

noches de cinco lunas menguantes, una llena y una nueva, y así, mil posibilidades distintas. En el planeta de las islas flotantes, las guerras son casi imposibles: a veces el país enemigo está a unos cuantos kilómetros, y a veces, el mismo país enemigo está al otro lado del mundo. Pero también llega un momento en que el planeta de los dos soles se paraliza: cada vez que está por terminar una de sus órbitas y comienza a afectarlo la atracción del otro sol, su movimiento de rotación comienza a disminuir de intensidad, las noches y los días empiezan a alargarse cada vez más hasta que llega el temido día de los dos crepúsculos (o de los dos amaneceres,

porque esto también está en discusión y hay astrónomos amanecistas y astrónomos crepusculistas), en que el planeta se paraliza totalmente por una fracción de segundo que a los habitantes les parece una eternidad porque nunca están seguros de que el planeta ceda a la atracción del otro sol y comience así a rotar al revés y la vida continúe su curso, o se quede paralizado para siempre entre los dos soles que vistos desde la capital del imperio aparecen en los extremos opuestos del horizonte, uno amarillo y el otro azul, en tanto que el resto del cielo es de color verde. Y por eso a este día y a los días que le preceden y le siguen, se les llama los

días verdes. Pero no sólo en este planeta la vida es muy difícil para los poetas, que tienen que cambiar el color de sus metáforas cada año, y donde la rosa blanca de Martí sería un año amarilla y otro año azul y unos cuantos días verde, sino también en el planeta de las siete lunas, donde hay noches en que tienen que estar seis veces más inspirados, así como hay otras noches en que los hombres lobo se vuelven cuatro veces más lobos o las mujeres tienen una menstruación cinco veces más intensa y noches, como aquéllas del plenilunio sagrado en el que se sacrifican siete vacas gordas y blancas en honor de las siete lunas llenas, cuando no hay marino,

por valiente que sea, que se atreva a navegar por el océano de las siete mareas simultáneas. ¿Te gustaría que tu hijo viviera en un día verde? Sería muy peligroso, porque en cualquiera de esos días el planeta también podría salir disparado hacia el vacío o partirse en dos. Y a esto es a lo que se refería el profeta, y que nadie lo había entendido: el color del fin del mundo no será ni azul ni amarillo: será verde como los desolados cielos de Giorgio De Chirico. ¿O te gustaría que nuestro hijo muriera en el planeta de las islas flotantes? Allí, si uno viaja a un país muy distante y piensa que está muy lejos de su patria, cualquier día, al despertar, uno la

encuentra ante sus ojos. ¿O te gustaría que nuestro hijo muriera en uno de esos planetas donde mientras yo escribo una novela y tú Estefanía preparas en la cocina con riñones y zanahorias un elixir de amor, por la escalera sube un sonido apetitoso, cristalino y furtivo como una lágrima? ¿En uno de esos planetas donde los cuadros de una exposición exhalan su propia música y cada vez que miras el mar escuchas a Debussy? Por fortuna, hasta ahora el planeta tiene miles de años de cambiar de sol y comenzar a rotar sobre sí mismo en otro sentido, y si no fuera porque las personas envejecen y las cosas se gastan y se acaban, uno pensaría que al principio de cada año,

ya sea azul o amarillo, el planeta comienza a desandar el tiempo, y que sería necesario poner a marchar los relojes al revés. Pero no, el tiempo no se detiene, y tarde o temprano a uno le llega su hora azul, o su hora amarilla. O también, ¿por qué no?, su hora verde del fin del mundo. ¿O te gustaría que nuestro hijo muriera en uno de esos planetas flacos donde la fuerza de gravedad es tan pequeña que no sólo los huevos de las gallinas son largos como salchichas, sino que el mar flota muchos metros arriba del nivel de la tierra, de manera que a los marineros muertos se les tiene que atar a un globo para que se zambullan en las aguas? ¿O te gustaría

que nuestro hijo muriera en uno de esos planetas gordos donde la fuerza de gravedad es tan grande que no sólo los plátanos son redondos como pelotas de béisbol, sino que los árboles no crecen hacia arriba sino hacia abajo, de modo que las minas más valiosas no son de oro o plata, sino de manzanas o de flores, y a los muertos se les entierra en la punta de los árboles? Y en lo que se refiere a si la hora última, a si la hora de todos será verde azulada o azul verdosa, verde sandía o verde limón, eso depende de las opiniones y las preferencias de cada quien. Pero tienes que decirte, Estefanía.

Y entonces me dio tanto gusto ver a

Estefanía tan feliz, que después de llevarla a un restaurante a comer consomé de pez volador, ojos de foca flameados, testículos de cebra con puré de menta, riñones de *mink* a la champaña, lengua de tigre con incrustaciones de sal gema, huevos de ave del Paraíso revueltos, paté rosado de hígado de flamingo, nalga de mandril en salsa arco iris, queso de leche de jirafa y helado de cerezas rellenas con luciérnagas, le regalé una docena de rosas que formé con la triste rosa que crece sola y no conoce otra excitación de Mallarmé, con la rosa del milagro de Jean Genet y la rosa enferma de William Blake, con la rosa es una rosa de

Gertrude Stein, con la encarnada rosa de regazo cubierto de escarcha de William Shakespeare, con la rosa que no sabe lo que es de José María Pemán, con la rosa de corazón violeta y la rosa blanca que insulta a los dioses del Nerval, con la rosa auditiva de Vallejo, con la rosa de nieve perfumada de D'Annunzio y con la rosa de casa hechizada y la rosa de humo de cigarro de Péret con la que casi le incendio el alma junto con mis besos, uno por cada rosa del mundo, y entonces hicimos el amor en el pecho congelado del alba.

Y en esto estábamos, cuando nos avisaron, Palinuro, que estabas por nacer. A tu abuela Altagracia se lo dijo

Robín Hood.

A Robín Hood se lo dijo Lady Windermere.

A Lady Windermere se lo había dicho el Conde de Montecristo.

Al Conde de Montecristo, las dos mitades del Vizconde.

A las dos mitades del Vizconde, las dos mitades de don Próspero.

Y entonces el doctor Latorre, que era un señor con una verruga soltera en el lado más sombreado de la nariz, se sentó en la cama, bostezó como un comanche, encendió su pipa y comenzó a hacerle señales de humo a los tramperos del Arkansas.

Y Corazón Leal le dijo a Cabeza de

Águila que le dijo al grajo embalsamado de su bastón que le dijo a Robinson Crusoe que le dijo a Viernes que le dijo al Hombre que fue Jueves.

Y llegaron, para verte nacer, todos los personajes de Los Pardallán y de los Rougon-Macquart.

Y llegaron también, a caballo y levantando una gran polvareda El Llanero Solitario, Doña Bárbara, Los Lanceros de Bengala, Don Segundo Sombra, Artemio Cruz y Los Bandidos de Río Frío.

Llegó Phileas Fogg que tuvo que tomar un tren expreso desde Iowa City y perdió cinco días y recuperó cuatro, dando así la vuelta al mundo, en

realidad, en ochenta y un días.

Y llegaron Christmas y Lolita, D'Artagnan y el Hombre sin Cualidades.

A Tyl Ulenspiegel se lo dijo Lord Jim.

A Lord Jim se lo dijo Tirano Banderas.

A Tirano Banderas se lo dijo el enano del tambor de hojalata.

Al enano del tambor de hojalata, se lo dijo Roldan el Temerario.

Y entonces Simbad el Marino le dijo al Capitán Veneno que él contó al Capitán Sangre que le dijo al señor K., que lo contó a Pancho y Ramona que le dijeron a la Dama de Espadas que le habló por teléfono a Ivanhoe que le

mando un telegrama a Tartarín en los Alpes que le envió un mensaje heliográfico a Fortunata y Jacinta que le dijeron al Barón de Charlus que le escribió a Sherezada que les dijo a Bertoldo Bertoldino y Cacaseno que le hicieron señas con banderas al Robinsón Suizo que tomó un avión para avisarle a Zazie que se salió del metro para decirle a Ana Karenina que se subió a una troika para ir a contarle a Spiderman que bajó por un hilo de araña para decirle a Arthur Gordon Pym que tomó un taxi para avisarle a Sherlock Holmes que se subió en un autobús de dos pisos para avisarle a Dick Tracy que le mandó un mensaje con un ramo de flores a

Madame Bovary que olió su perfume favorito y le contó a Bilitis que le hizo un poema a Manasidika y le contó a Hans Castorp que encendió un habano y le dijo al Mago Mandrake que hipnotizó a Lotario y le contó a Leopoldo Bloom que compró un riñón de cerdo y le contó a Damián que le contó a Bouvard y Pécuchet que le dijeron a Mafarka el futurista que le dijo a los árboles pensantes de los Hobbits que le dijeron a Pantaleón y las Visitadoras que le contaron a Eugenio Gant que le dijo a Peer Gynt que le contó al Alcalde de Zalamea que le dijo a Tartufo que le contó a Fedra que le comunicó a la Maga que le dijo a la Hija de Iorio que

le dijo a Omégar el último de los
hombres que le dijo al Ultimo de los
Mohicanos que le dijo al doctor
Sangrado que le dijo a José Cerní que le
contó al Corsario Negro que le dijo a
Big Brother que le dijo a Doc Savage
que le dijo a Beremundo el Lelo que le
dijo al retrato de Dorian Grey que le
dijo al Fantasma de la Ópera que le
contó al hombre que ríe que le dijo al
doctor Jekyll que le contó a Mister Hyde
que le dijo a José Trigo que le dijo a
Pablo y Virginia que le dijeron a Romeo
y Julieta que le dijeron a Renzo y Lucía
que le dijeron a Chichikov que le
dijeron a Lord Greystoke que le dijo a la
loca de Chaillot que le dijo a Silvestre

Paradox que le contó a Saturnin Farandoul que le dijo a Fu Manchú que le dijo al señor Here Comes Everybody que le dijo a Arlequín médico volante que le dijo al doctor Jivago que le dijo al Doctor Pascal que le dijo a Eric de Melniboné.

A Barbarella se lo dijo su robot Aiktor.

A Aiktor se lo dijo Cari el robot del año dosmiluno.

A Cari se lo dijo Adam I ik.

A Adam Link la Eva Futura.

Y a la Eva futura se lo había dicho el general que tenía un ojo de vidrio a quien se lo había dicho el ex diputado Fournier a quien se lo había dicho su

mujer después de jalar el hilo rojo que iba de su cama al dedo gordo del pie derecho del ex diputado que dormía en otra cama con el oído sano del lado de la almohada, de modo que el ex diputado Fournier comenzó a soñar que jalaba otro hilo que iba de su cama al dedo gordo de Rip Van Winkle y al dedo gordo de Endimión y de Fosca y de otros dormilones famosos, y entre ellos estaba yo, tu abuelo Francisco, y nos despertamos por un rato para venir a ver cómo nacías y de paso le dijimos a la Dama de las Camelias que le dijo a Marco Vinicio que le dijo a Rafael de Valentín que le dijo a Pedro Páramo que le dijo a Fantomas que le dijo a Tom

Sawyer que le dijo a Víctor-Hugues que le dijo al Hada Veryluna que te dio un sombrero verde para que vieras el alma de todas las cosas.

Y el alma de mamá Clementina era como las claras batidas en punto de nieve.

Y entonces tu abuela Altagracia se levantó y paseó por el corredor de la casa con una campanilla de plata que tenía los nombres de los cuatro evangelistas y comenzó a tocarla pavoneándose en hemiciclos y a cada campanillazo floreció una lámpara:

La lámpara imperial del comedor.

La lámpara-tulipán del baño.

La lámpara de mi mesa de escribir

cartas contra el presidente Aarón Burr que quería proclamarse emperador de México.

Y la lámpara de Aladino.

Y Aladino le dijo entonces a los Hombres de Buena Voluntad que le dijeron a los Forsyte que le dijeron a los Thibault que le dijeron a Papá Goriot que le dijo a todos los personajes de La Comedia Humana.

Y llegaron, para verte nacer, el Barón D'Ormesan y los txalqs de tres tentáculos y tres ojos y los trífidos y el Horla de Maupassant y Madame Átomos y el océano vivo de Solaris y los mortícolas y los hombres de veinte dedos que habitan bajo París y el señor

Dupont Jean y Alicia en el País de las Maravillas ilustrada por Tenniel, y Lisístrata ilustrada por Beardsley, y Don Quijote ilustrado por Doré, y La Bella y la Bestia ilustrados por Walter Crane, y Gargantúa y Pantagruel ilustrados por Robida, y Oliver Twist ilustrado por Cruikshank.

Y llegaron después Griffin y Wilhelm Storitz, pero nadie los vio porque eran los hombres invisibles y sólo nos dimos cuenta cuando empezaron a volar por el cuarto los fórceps del doctor Latorre que eran como una langosta plateada.

Y llegó Monsieur Plume.

Y llegó primero Gulliver en el país

de los enanos y llegó después Gulliver en el país de los gigantes.

Y llegó el Vizconde de Bragelonne.

Y yo, tu abuelo, abuelísimo Francisco, te dije: Ven, ven conmigo y vamos a montarnos en el chorro de una botella de champaña para que veas, desde las alturas, que ya para esas horas la casa se había convertido en un barco, en un velero enorme jalado por una volatería de pájaros marinos, y el doctor Latorre manejaba su Hispano Suiza por la cubierta alfombrada de espumitas y Ricardo el jardinero cortaba las algas que crecían en los camarotes, y alrededor navegaban todos los barcos de los libros de Julio Verne: el

bergantín *Forward* y el *Great Eastern* y el *Delfin* y el *Chancellor* y el *Pilgrim* y el *Cyntia* y por el camino nos encontramos a los náufragos del *Jonathan* y a los piratas del *Halifax* y a los hijos del capitán Grant que viajaban en el *Duncan*, y abajo de la casa navegaba el *Nautilus* y casi, pero casi, chocamos con el *Arca de Noé* en donde venían para verte nacer todos los animales de la granja de los animales de Orwell y todos los leones y cuervos y zorros de las fábulas de Esopo y Mamá La Oca y *Platero* y Yo y *Dumbo* y Sir Oran Haut Ton y el ratón *Mickey* y el gato con botas y *Baloo* el oso pardo y el tigre de Tracy y *Sirio* el perro y los

macrobios del profesor Tornada y *Rocinante* y los bouyhnhnms y *Snoopy* y el dinosaurio de La Piel de Nuestros Dientes y el mamut azul de la gran Euscaria, y atrás, y lanzando un gran chorro de agua, la ballena blanca Moby Dick.

Pero antes de encontrármelos a todos, antes de encontrarme en el corredor de la casa y en las escaleras y en los balcones al Bachiller Trapaza y al Lazarillo de Tormes y a Guzmán de Alfarache y al Periquillo Sarniento, antes, hijo, me relamí los bigotes llameados por los años, le di una buena manteada a la modorra, me levanté de la cama con el clamor de un marino

jubilado, me puse la bata y me vi, en el espejo, más abuelo que nunca.

Ven, ven conmigo y te diré. Súbete a mis hombros o camina por mi calva que es la mitad más sabia de cuantos mundos han existido, y ven, ven y contempla desde aquí arriba la casa donde naciste. Ven y contempla a tu prima Estefanía. Ven y mira al tío Austin con sus knickerbockers. Ven y ve a la corista con su bata de gardenias líquidas. Ven y ve a los sargazos amarillos desvelarse en las marismas y las lluvias opulentas desvencijar selvas. Ven y ve cómo el general se pone su ojo maravillado para verte nacer. Ven y ve cómo la abuela Altagracia se arma de dientes para

sonreír. Ven y ve sus cabellos que imitan la caída del invierno. Ven y ve cómo la tía Luisa se lo cuenta a la campamocha rezadora y a la cochinilla acanalada del naranjo. Ven y ve cómo comenzaste a nacer entre los pujidos de tu madre y los pujidos del doctor. Ven y ve a las parejas de enamorados que se besan a la luz de un farol y a la sombra del mundo sin saber que los vemos desde una tarjeta postal. Ven y ve el alfiletero en forma de corazón rojo donde tu tía Lucrecia desahoga sus instintos brujos. Ven y ve cómo el sol rebota de ventana en ventana hasta llegar al paraíso. Ven y ve y apréndete la hora del amor en punto. Ven y ve a los

caballeros a caballo sobre su espada que toman cerveza en copas de nieve. Ven y ve cómo está lleno de amor por ti mi pecho homérico. Ven y ve cómo mis bigotes apuntan a la luz eléctrica de pura alegría. Ven y ve el hundimiento mágico de algunos jardines. Ven a verte nacer. Ve cómo la tía Enriqueta se ríe como una gallina y cada vez que se ríe pone un huevo de remendar calcetines. Ven y ve cómo tu abuela Lisandra toca la pianola que huele a mangos y cocodrilos. Ven y ve a la tía Adelaida soñar con cucarachas bañadas de harina de manzanas. Ven y ve a Flavia que te trae un botellón de agua recién llovida. Ven a verte nacer. Ven y ve los pecíolos

inmortales de la estrella matutina. Ven y ve la nieve tostada. Ven y ve cómo el agua reinicia su aventura translúcida por las cañerías. Ven y ve a las golondrinas que abandonan las fauces satinadas de los leones de piedra y jadean su muerte circular por las plazas trémulas. Ven y ve cómo se encienden los semáforos con movimientos peristálticos. Ven y ve a las beatas de corazón inhóspito que procuran no pisar las cruces formadas por las conjunciones de cada cuatro baldosas. Ven y ve el mar desperdigado en blancuras. Ven y ve cómo los ocres suenan sobre un montón de astillas azul cadmio. Ven y ve las nubes que navegan en el cielo como templos a la deriva.

Ven y ve cómo la tía Luisa abre el balcón y un rayo de oscuridad cae en la acera. Ven y ve cómo dice que no sólo París vino de París, sino también los niños vienen de París. Ven y ve cómo murió tu tío Esteban en una cámara de oxígeno desde la que fue diciéndoles adiós a los caminantes que iban a Vladivostok. Ven a verte nacer. Ven y ve cómo el doctor Latorre te pesca al fin con su langosta de plata por la aletilla de la nariz o de una oreja helada para sacarte del invierno materno.

Y avísale al sargento Parker Adderson mientras esté vivo.

Avísale a Grabinoulor, el viajero de todo el tiempo y todo el universo.

Avísale a Flash Gordon.

Dile a Domingo Gonsales que regrese de la luna.

A Multioliandre, que regrese del futuro.

Avísale al viajero del tiempo de H. G. Wells.

Dile a Saint-Menoux y a Héctor Servadac.

Pídele a Remedios La Bella que baje envuelta en un rayo de luna.

Dile al teniente Gulliver Jones que regrese de Marte en su alfombra mágica.

Dile a Cyrano de Bergerac que te traiga un frasco para guardar las lágrimas de mamá.

Y avísale al espíritu de Fausto que

cabalga por los espacios.

México-Iowa City-Londres.

NOTA FINAL

El título del capítulo «Esta Casa de Enfermos» fue tomado del «Pregón de los Hospitales», del poeta colombiano Alvaro Mutis. El fragmento del poema citado en la página es del mexicano Octavio Paz. «Los Huesos de Palinuro le Rezan a la Estrella Polar» (página 689) es el título de un poema del norteamericano W. S. Merwin. El capítulo «Una Bala muy cerca del Corazón», fue inspirado por una narración del escritor y periodista norteamericano Ambrose Bierce y por lo que pudo haberle sucedido a este escritor en las últimas horas de su vida. Por lo demás, las alusiones a otros poetas y escritores son

abundantes y evidentes. Es el caso de «Muerte sin Fin», de José Gorostiza, poema al que se alude varias veces en «Palinuro en la Escalera». Parte de este libro se escribió con el patrocinio del International Writing Programa de la Universidad de Iowa, y con una beca de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation.



FERNANDO DEL PASO MORANTE.
(Ciudad de México, 1 de abril de 1935)
Novelista mexicano. Cursó hasta el segundo año de la carrera de economía y llevó un seminario de literatura comparada en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Trabajó en varias agencias de publicidad y fue becario del

Centro Mexicano de Escritores (1964-1965). Colaboró en diversas publicaciones, como *La Palabra y el Hombre*, *Vuelta* y *Revista de la Universidad de México*. Desde 1970 residió en Londres, donde se desempeñó como locutor y redactor para la BBC. En 1986 fue nombrado agregado cultural en la embajada mexicana en París.

Tras unos inicios como poeta (*Sonetos de lo diario*, 1958), se orientó hacia un tipo de novela total que integrara la historia y la ficción, el sentido del humor y la reflexión cultural, política y el mito. México es el escenario primordial que ya se recrea en su primer

título, *José Trigo* (1966), para alcanzar un desarrollo y dimensión mayores en la siguiente novela, *Palinuro de México* (1979), obra que fue galardonada con varios e importantes premios. Se trata de una obra sumamente ambiciosa, incluso exuberante, entre cuyos posibles modelos narrativos cabría citar el *Ulysses* de Joyce y *Rayuela* de Cortázar. Como éstas, aporta, con gran libertad, un abrumador caudal expresivo y temático, Palinuro, personaje extraído de la *Eneida* virgiliana (el piloto de Eneas que se quedó dormido mientras tripulaba), pasa a representar el muchacho soñador y constituye un instrumento para trazar una irónica

reflexión sobre el hombre actual.

No menos extensa es la tercera novela, *Noticias del Imperio* (1987), sobre la trágica historia de Carlota, reconstrucción del imperio de Maximiliano. El autor cede la voz a su personaje, quien, desde su locura, va desgranando recuerdos que arrancan de sus orígenes familiares y giran en torno a su esposo fusilado. Obtuvo el Premio Nacional de Letras y Artes en 1991. En 1996 publicó la novela de corte policíaco *Linda 67: historia de un crimen*.